



Obras completas de
José Antonio Primo de Rivera



ÍNDICE

PRÓLOGO, por Agustín del RÍO CISNEROS

ÍNDICES:

CRONOLÓGICO DE OBRAS

EPÍSTOLAS

POESÍAS

APÉNDICES

OBRAS

EPISTOLARIO

ESCRITOS POÉTICOS

APÉNDICES

*"Ojalá fuera la mía la última sangre española
que se vertiera en discordias civiles. Ojalá
encontrara ya en paz el pueblo español, tan
rico en buenas cualidades entrañables, la
Patria, el Pan y la Justicia"*

José Antonio Primo de Rivera
noviembre de 1936

Fuente: José Antonio Primo de Rivera. Escritos y Discursos.
Obras Completas (1922-1936)
Agustín del Río Cisneros.
Ed. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1976

Página "web": <http://www.rumbos.net/ocja/>

Sugerencias, correcciones y aportaciones: ocja@rumbos.net

PRÓLOGO

por Agustín del Río Cisneros

Estas Obras completas de José Antonio Primo de Rivera –de las cuales he tenido el honor de ser recopilador– se publican ahora por el Instituto de Estudios Políticos en ofrenda de la memoria de José Antonio en el XL Aniversario de su muerte en Alicante y en servicio permanente del pueblo español.

Esta edición reúne todos los textos de José Antonio recogidos hasta la fecha, después de largos años de búsqueda e identificación. Incluye todos los elementos incorporados en las diversas y sucesivas recopilaciones que he venido realizando al correr del tiempo. Refunde la edición de **Obras de José Antonio**, que viene publicando durante los últimos años la Delegación Nacional de la Sección Femenina y el volumen de **José Antonio íntimo.–Textos biográficos y Epistolario**, que hice con la colaboración recopiladora de Enrique Pavón Pereyra y que publicó Ediciones del Movimiento en 1968, en que se agrupaban los textos hasta entonces considerados como inéditos. Se añaden ahora también las piezas fundamentales de la defensa de José Antonio en el Proceso de Alicante y otros hallazgos que pudimos identificar recientemente.

La colaboración de Enrique Pavón Pereyra ha merecido justamente los mejores y más cálidos elogios, a los que añado en estos momentos mi personal gratitud. Me complazco en dejar aquí constancia y recuerdo de una etapa de nuestro común afán y trabajo, impulsados por análoga devoción a la figura de José Antonio, y que fraguó además nuestra cordial y buena amistad. La común labor realizada en la búsqueda y salvación de textos inéditos fue recogida en las publicaciones de 1956 y 1958, fusionados en el citado libro "José Antonio íntimo, Textos biográficos y epistolario" aparecido en 1964 y reeditado en 1968, que ahora se integra en esta edición cronológica de Obras Completas. En la sucinta historia de las ediciones joseantonianas que va –como nota independiente– después de este prólogo, me refiero con más precisión y detalle a esta valiosa colaboración, que vino a unirse en 1956 a la línea de recopilación y al proceso editorial que inicié en 1937 y continué, en forma ininterrumpida y en progresivo perfeccionamiento, hasta 1976.

Esta obra contiene lo siguiente:

1. La sucesión cronológica de los textos de José Antonio desde 1922 hasta el 18 de noviembre de 1936, que recoge sus discursos, conferencias, alocuciones, entrevistas, declaraciones, ensayos, artículos periodísticos, notas, hojas, circulares, manifiestos, escritos y piezas varias, sus intervenciones de defensa ante el Tribunal de Alicante y su testamento, redactado en vísperas de su muerte.

Se divide esta compilación en dos partes: anterior y posterior a la creación de la Falange.

2. El Epistolario de José Antonio, que ofrece una serie de ciento treinta y tantas cartas, ordenadas también cronológicamente, que van desde el año 1921 al 19 de noviembre de 1936, incluidas las que redactó en la Prisión Provincial de Alicante antes del Proceso y las últimas que escribió el día anterior a su muerte.

3. Varios Escritos Poéticos.

4. Un apéndice, que comprende el Acta de Constitución de Falange Española y unas referencias informativas sobre la religiosidad de José Antonio y el plan de lecturas de José Antonio en las cárceles de Madrid y Alicante.

+ + +

El pensamiento y la acción política de José Antonio se proyecta sobre un **marco histórico**, configurado por la sucesión de acontecimientos políticos que determinan o suscitan su actitud, su reflexión y su decisión en cada momento.

A fin de esclarecer ante el lector este cañamazo histórico de fondo, la ordenación cronológica de los textos va separada por portadillas que marcan las fechas y los hechos de mayor relieve en la sucesión del tiempo y a los cuales responde José Antonio en cada época y circunstancia, dando así una visión dinámica de su concepción política y, a la vez, un trazo biográfico de su compromiso y emplazamiento personal ante el destino colectivo del pueblo español.

Este cuadro o marco histórico, que señala el devenir político de la intervención de José Antonio en la vida pública española, y que resume las referidas fechas fundamentales y acontecimientos decisivos de una época que va de 1923 a 1936, se coloca como perspectiva general o como introducción esquemática a la recopilación de los textos que componen esta edición.

Esta misma relación de fechas y hechos históricos indica la evolución de los acontecimientos políticos y vale como pauta temporal en la sucesión de las palabras y de los escritos de José Antonio en esta Obra. Y sirve como referencia en la ordenación de los textos del Índice Cronológico General.

Dada la extensión de la obra, ésta ha tenido que fraccionarse en dos tomos de volúmenes semejantes: el Tomo primero, con los Textos correspondientes a los Discursos y Escritos políticos que van de 1922 al 7 de abril de 1935 y el Tomo segundo, con los textos de Discursos y Escritos Políticos que van del 9 de abril de 1935 al 19 de noviembre de 1936, el Epistolario, los Escritos Poéticos y el Apéndice.

El tomo segundo comienza con el discurso pronunciado el 9 de abril de 1935 en el Circulo de la Unión Mercantil de Madrid sobre el tema "Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo" y se cierra con los Índices de la Obra: índice de sistematización, según el esquema de clasificación de textos de las primeras ediciones publicadas en la postguerra civil española; Índice topográfico¹ e Índice cronológico general, según el criterio finalmente establecido en las últimas ediciones de la Obra joseantoniana.

I. LOS TEXTOS DE JOSÉ ANTONIO Y SU REFLEJO BIOGRÁFICO

En 1951, con motivo de la presentación de la primera edición cronológica, hice un bosquejo biográfico de José Antonio que ahora transcribo y amplío a fin de reseñar, aunque sea esquemáticamente, todo el ciclo político de su vida, ya que también se ha extendido el tiempo abarcado por la recopilación.

Al ordenarse cronológicamente los textos de José Antonio Primo de Rivera, siguiendo su proceso biográfico y político, puede verse claramente el desarrollo de su personalidad y la generación de sus ideas sobre el cañamazo histórico de situaciones y circunstancias sucesivas de la política española.

A través de sus palabras y escritos se trasluce la vida de José Antonio, llena de intención y de finalidad al servicio de España. Su clara inteligencia, su vibración moral permanente y su resuelta voluntad se manifiestan en actitudes enteras: lúcidas, limpias y valientes, caracterizando su heroica y fecunda vida. La interna explicación de su pensamiento y la autenticidad de su conducta se revelan seductoramente en estas páginas –los viejos textos familiares– y flotan en el aire de España como incitantes de la acción política y como recuerdos de promesas inesquivables. Son la ausencia y la trascendencia de José Antonio operando sobre varias generaciones españolas que, de uno u otro modo le conocieron: unos, los más veteranos, física y personalmente; otros, los más jóvenes, moral e intelectualmente, por la estela de su vida legendaria y por su mensaje doctrinal.

¹ En esta edición no se incluye este último índice topográfico

Esta figura de José Antonio –perfilada y animada por su propia palabra– se ofrece ante nosotros aleccionadora, dinámica y sugestiva, rica en matices, capaz del diálogo íntimo: del consejo, del estímulo y del reproche; se acerca con su bella prosa al alma del lector –en trance sincero y honrado– y le transmite su noble mensaje de hermandad y de esperanza.

Sabemos que hay que rendir tributo admirativo –y que es de corazones leales hacerlo– a la memoria de los hombres señeros que ejercieron el bien para su Patria, y José Antonio lo hizo genialmente. Cabe, pues, el canto épico a su heroica existencia y la eterna elegía a su gloriosa muerte, pero no alejemos su magnífica y humana figura de nuestra tarea común en el diario quehacer, imaginando su consejo, adivinando cuál sería su norma, para que fructifique la semilla de su ideal.

+ + +

La obra joseantoniana se divide en dos partes:

I. Etapa anterior a la creación de la Falange, que alcanza de 1922 a octubre de 1933, y

II. Etapa falangista, que comprende desde el 29 de octubre de 1933, en que se funda públicamente Falange Española con el acto del teatro de la Comedia, en Madrid, hasta el 18 de noviembre de 1936, fecha en que escribe José Antonio su testamento en Alicante, la víspera de su muerte.

Esta segunda etapa se subdivide a su vez en dos períodos:

A) Falange Española, del 29 de octubre de 1933 hasta el 13 de febrero de 1934.

B) Fusión de la Falange Española y de las J.O.N.S., 13 de febrero de 1934 hasta el 18 de noviembre de 1936.

I. **En la primera etapa** se registra el inicio político de José Antonio. Un noble sentimiento filial promueve sus intervenciones. El 28 de enero de 1930 se produce la dimisión del General Primo de Rivera. Es encargado de formar Gobierno el General Dámaso Berenguer, el cual queda constituido el 30 de enero de 1930. La caída de la Dictadura del general Primo de Rivera fue aprovechada aviesamente por la licencia crítica, y José Antonio sale con su valentía –que le viene de estirpe– a defender el nombre de su padre y su gestión histórica al frente de los destinos de España. Es el momento que José Antonio denomina irónicamente "la hora de los enanos".

La muerte de su padre en París –16 de marzo de 1930– tiñe de dulce y serena melancolía el alma de José Antonio, pero enciende al mismo tiempo su ánimo y su mente en el sentido nacional. El problema personal del mando del general Primo de Rivera se transforma enseguida en el análisis histórico de España. La función de la inteligencia política, la misión del Poder y la psicología del pueblo español, desfilan ante su aguda y penetrante mirada, ya no para zanjar retrospectivamente, con justicia, el hecho de la pasada Dictadura, sino como temas atractivos y necesarios de estudio para una nueva solución del problema político y social de España. En la defensa que José Antonio hizo de don Galo Ponte, ante el Tribunal de Responsabilidades Políticas de la Dictadura, hay, junto a su ejercicio de buen abogado, mucha sustancia política proyectada al futuro como interpretación de la realidad social española y como diseño de una importante tarea de gobierno. Ya no es el juicio procesal de un régimen, o de un grupo de hombres, lo que ventila José Antonio, sino el juicio íntimo de la reciente historia española y el apunte de una nueva época política. Lo mismo puede verse en los escritos que dedica al tema de los intelectuales en relación con la Dictadura.

El 4 de abril de 1930 se hace público el manifiesto político de la Unión Monárquica Nacional y José Antonio asume la Vicesecretaría de esta entidad el 2 de mayo de 1930. Su dedicación política con este motivo queda registrada en esta publicación con las reseñas de una serie de actos celebrados en diversos lugares de España durante el curso de 1930 y comienzos de 1931.

El 18 de febrero de 1931 el Almirante Don Juan B. Aznar sucede en el Gobierno al General Berenguer, ante un panorama general de crisis de la Monarquía.

El 12 de abril del mismo año se celebran elecciones Municipales y el día 14 de abril de 1931 se proclama la Segunda República Española.

El 28 de junio de 1931 se convocan elecciones constituyentes, que se llevan a efecto el 4 de octubre de 1931. José Antonio presenta su candidatura por Madrid. Su manifiesto electoral del 29 de septiembre de dicho año, bajo el título "Por una sagrada memoria hay que oír a los acusados", explica bien su propósito. No consiguió ser elegido en aquella ocasión, pero evidenció la gran simpatía y adhesión que suscitaba su persona. Después de las elecciones, José Antonio expresó su gratitud, con su característica gentileza, a los veintinueve mil electores que habían votado su candidatura en Madrid, publicando un artículo en el diario "La Nación", que va incorporado en esta obra.

Desfilan ante la mirada penetrante de José Antonio hechos de transcendencia histórica, como el establecimiento y caída de la Dictadura del General Primo de Rivera, el derrumbe de la Monarquía española y la proclamación de la II República española en 1931, seguidos de un proceso de inestabilidad, confusión y anarquía. Confluían factores de decadencia histórica, de descomposición social y de irrupción subversiva, con predominante signo marxista. El futuro se ofrecía como un enigma lleno de incertidumbres y riesgos para la comunidad española. Se ofrecía a la contemplación de José Antonio un tiempo de transición histórica en que habría de realizarse una nueva configuración política, de renovación institucional y de experiencia democrática. José Antonio había dicho el 16 de enero de 1931, en la conferencia pronunciada en Madrid sobre "La forma y el contenido de la Democracia", que "la aspiración a una vida democrática, libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política, por encima de toda moda", distinguiendo entre la **forma** y el **contenido** de la democracia. Habría que diferenciar, pues, el fracaso de las formas democráticas en su adaptación a las características sociales de cada época, del valor permanente del contenido democrático. Y concluía "No prevalecerán los intentos de negar derechos individuales ganados con siglos de sacrificios. Lo que ocurre es que la ciencia tendrá que buscar, mediante construcciones de "contenido", el resultado democrático que una "forma" no ha sabido depararle. Ya sabemos que no hay que ir por el camino equivocado; busquemos, pues, otro camino, pero no mediante improvisaciones".

Ahora bien, el panorama de los hechos políticos de la II República española muestra a José Antonio un proceso de disolución y corrupción democrática, que lleva a la grave crisis social de 1936.

El problema político consistía, según la visión joseantoniana, en realizar en cada época histórica de un pueblo su forma democrática, de acuerdo con los imperativos de su tiempo y de su proceso sociológico, a fin de salvar el contenido, real y esencial, de sus valores populares. Y en concreto, de frente a sus circunstancias, superar la forma liberal de la democracia, que mostraba por un lado, su ineficacia e incapacidad de servir a la justicia social, y por otro, su fragilidad ante el desafío revolucionario del comunismo.

De aquí, de estas premisas, partiría después José Antonio para formular su teoría orgánica de la sociedad y su síntesis de reordenación política orientada a corregir los excesos del individualismo extremo y del colectivismo absoluto.

En el fondo de la preocupación de José Antonio, en la Primavera de 1933, está la percepción de un hecho fundamental: la crisis del liberalismo. Entra en quiebra el liberalismo, no sólo por razones especiales de la vida española, donde el liberalismo fue adoptado siempre como una planta exótica y vivió precariamente, sino por motivaciones universales. El sistema liberal, entendido y realizado con las formas políticas del siglo XIX, no pudo superar dos factores de perturbación: uno, económico, ligado al proceso de la sociedad, producía la descomposición del capitalismo liberal, y otro, de carácter político, engendraba la rebelión de las masas movilizadas por el comunismo internacional. Después del triunfo del marxismo en Rusia –independientemente del gusto y el criterio de cada quien– no puede sostenerse el liberalismo en sus formas decimonónicas con sus defectos y anacronismos. José Antonio observó esta crisis del liberalismo, en que se conservaba un venerable respeto por la libertad abstracta mientras prosperaba y cundía la injusticia económica, base política que el marxismo aprovechaba hábilmente.

Hay en esta etapa anterior a la creación de la Falange una viva curiosidad por los acontecimientos del mundo, una toma de pulso a la modernidad, y dentro de ella con especial interés al fenómeno político del fascismo italiano. Pero es necesario decir que ese balbuceo de observación extranjera queda pronto replegado ante la original personalidad de José Antonio, más inclinado a buscar en las propias raíces españolas la fuente de su inspiración política. La fecha de fundación de Falange Española marca un límite claro. De ahí en adelante se perfila cada vez más la línea auténticamente española de su pensamiento y de su acción, y avanza en singularización y en originalidad el despliegue ideológico. La Revolución Española se formula precisamente en función de la necesidad y del interés de la propia sociedad española, y quedan deslindadas las fronteras intelectuales con otros movimientos políticos de revoluciones nacionales europeas. Muchos son los aspectos diferenciales del ideario de José Antonio: el concepto del Estado, subordinado a principios morales y al fin trascendente del hombre; el sentido de la dignidad humana, la consideración de la persona en la vida social, el respeto a la libertad, la afirmación de los valores eternos del hombre, la inspiración católica de la filosofía política y la estructura de la sociedad, con las unidades naturales de convivencia y representación política: Familias, Municipios y Sindicatos; estas notas características singularizan y distinguen tajantemente el pensamiento de José Antonio de todas las formas de totalitarismo, sean fascismo, nacionalsocialismo o comunismo. José Antonio declaró textualmente, a fin de barrer confusiones y equívocos perjudiciales al entendimiento de su política, con fecha 19 de diciembre de 1934 lo siguiente: "Falange Española de las J.O.N.S. no es un movimiento fascista", declaración que, por el tiempo en que fue formulada, era completamente ajena a todo oportunismo político.

II. A) Al fundar Falange Española, José Antonio levantó la bandera de un Movimiento de salvación nacional. Predicó el reencuentro de las auténticas venas de España para el cumplimiento de su misión universal. Tradición y Revolución se fundieron en dos afanes: ambición histórica y justicia social. Suscitó el gran clamor español de unidad y de victoria. Su mensaje de fe puso en pie al hombre español y levantó la conciencia nacional dándole el temple necesario —brío, estilo y metas— para hacer frente a la invasión comunista.

España estaba partida por tres clases de secesionismos: la anarquía de los partidos políticos, la traición de los separatismos y la violencia de la lucha de clases. José Antonio sembró la unidad y encendió el coraje de unas juventudes lanzadas al rescate de la Patria.

En el período de Falange Española se abren tres vías principales para la expresión política de José Antonio:

1. Se inician los actos políticos de Falange Española, quedando inaugurada esta serie con el discurso de la fundación del 29 de octubre de 1933, texto al cual hay que acudir en cada vuelta del camino.

2. Triunfa su candidatura de diputado por Cádiz el 19 de noviembre de 1933 y comienza su tarea en el segundo Parlamento de la República en diciembre del mismo año, donde pronunció magníficos discursos de afirmación y de polémica que se han salvado del olvido en que yace la mayor parte de la retórica parlamentaria.

3. Da nacimiento al semanario **FE** el 7 de diciembre de 1933 y publica en esta revista artículos y crónicas, maravillas de gracia expresiva y de fino pensamiento.

Y con los primeros sacrificios de vidas jóvenes que caen defendiendo el ser de España, mártires de la Patria, nace también ese estilo literario sencillo y patético, con que se honra a los camaradas caídos interpretando lealmente su sacrificio al entender la muerte —según dijo José Antonio— como un acto de servicio.

II. B) En el período de fusión de Falange Española y las J.O.N.S. gana en extensión y profundidad el Movimiento nacionalsindicalista. José Antonio radicaliza sus posiciones políticas. Su acción es más enérgica y su pensamiento más acerado. El sentido de la revolución penetra las ideas y las conductas. Si al principio José Antonio había insistido preferentemente en defender la unidad nacional frente a los separatismos, en afirmar el espíritu español frente a las deformaciones de la

escéptica ironía izquierdista y de la vacua grandilocuencia derechista, en comprender la Patria por encima de la lucha de partidos y exaltar la soberanía frente a todos los internacionalismos, en este segundo período de fusión con las J.O.N.S. acentúa fuertemente el sentido de la justicia social frente a todos los privilegios y arbitrariedades clasistas, proclamando una nueva concepción económico-social.

Las dos palancas de la revolución, lo nacional y lo social, quedaron articuladas en la dialéctica y en la táctica políticas. Las flechas ideológicas pulían sus puntas: la ilusión de las juventudes, en torno al ideal patrio, y la necesidad de los obreros, hacia un mejoramiento del nivel de la vida. El trabajo en la paz y el heroísmo en el combate se consideran así como los auténticos títulos del verdadero patriotismo. Y las consignas del nacionalsindicalismo circulan y vigorizan la política de la Revolución española.

La subversión marxista y separatista en 1934 centra la polémica de José Antonio. Analiza los ingredientes de esta rebelión y no se conforma —como tienden siempre a hacer las derechas de turno— en sofocar la rebeldía aplicando estrictamente los tan amados recursos conservadores del orden público, sino que denuncia la necesidad de dar cauce y norma al espíritu revolucionario dentro de líneas españolas, con lealtad para los auténticos valores tradicionales, pero con inexorable rigor en la exigencia de ambiciones sociales de una política moderna.

El segundo bienio de la República, de 1933 a 1935, forma el paisaje de fondo de esta lucha de la Falange a la intemperie. Victoria sin alas fue la calificación de José Antonio al triunfo de las derechas y realmente ese fue su signo durante los dos años. Si José Antonio acusó en este tiempo a la izquierda, por su deslealtad con la Patria, por falsificar el destino histórico de España, también fustigó a la derecha por su insolidaridad colectiva, por su apego —bien por inercia o por egoísmo— a la injusticia social, por su insensibilidad para el dolor de los humildes, así como por la falta de temperamento para acometer con gallardía los problemas nacionales. Esta derecha, tan propicia a las soluciones acomodaticias, a las ficciones y a las apariencias formularias, pactaba con las situaciones establecidas, aunque implicaran la injusticia y la adulteración del sentido español. José Antonio entendió bien, como buen católico, el principio teológico —paulino— de la caridad, sin oscurecer el sentido político de la justicia, error o defecto en que incurrió cierto sector del conservadurismo egoísta español. En la vida colectiva pública la caridad debe llegar donde no alcanza la justicia, completando y perfeccionando así la sociedad, a la cual da su gracia moral, pero no debe utilizarse la caridad como un paliativo prudente e insincero de una injusticia manifiesta o de una miseria humana intolerable que requiere efectivo remedio. La afirmación revolucionaria de José Antonio sonaba escandalosamente en los ambientes fariseos y explica el silencio intencionado con que fue tratado el Fundador de Falange por el derechismo del segundo bienio de la República que, por otra parte, no encontraba reparos en aliarse con los viejos radicales, atufados aún de su rancio anticlericalismo.

Los dos primeros Consejos Nacionales de F.E. de las J.O.N.S. señalan momentos decisivos en el desarrollo táctico e ideológico del Movimiento nacionalsindicalista. El primero, celebrado a principios de octubre de 1934, coincidió con la revolución marxista y separatista de ese año, con el llamado octubre rojo. El segundo tuvo realización los días 15 y 16 de noviembre de 1935, ya abocados a las últimas elecciones de la República. Ambos se desarrollaron sobre cálidas y tensas atmósferas políticas, a las cuales respondía la gallarda y clara decisión de José Antonio.

En el semanario **Arriba** nos dejó José Antonio rica fuente de doctrina y orientación política. Fue fundado el 21 de marzo de 1935 y sirvió de instrumento magnífico de expresión y de lucha. El 26 de marzo de ese mismo año nace el semanario **Haz**, revista universitaria y juvenil. La Prensa nacionalsindicalista aumenta y se extiende por España. Por la brevedad de esta reseña no podemos citar aquí los nombres de todas estas publicaciones heroicas del tiempo fundacional. Consignemos, sin embargo, para cerrar esta escueta alusión, el **No Importa**, boletín de los días de persecución, tiempo trágico para muchos camaradas. En las páginas de esas publicaciones vieron la luz muchos artículos de José Antonio que componen este libro y junto con sus discursos y conferencias integran la vieja doctrina familiar de la Falange.

Atacado por los dos costados, la saña de la izquierda y el recelo de la derecha, continuó la lucha esforzado de José Antonio en este tiempo difícil hasta desembocar en las elecciones de 1936 y en el

triunfo electoral del Frente Popular, puente del comunismo para llegar al Poder en España. Arreciaron entonces las persecuciones contra la Falange y el odio se cebó en la persona de José Antonio. Detenido y encarcelado en Madrid el 14 de marzo de 1936, fue conducido a la Prisión Provincial de Alicante el 5 de junio de ese año. La consigna de este período fue el "No Importa", bajo cuya moral se dio la réplica a la saña roja. La sucesión de los manifiestos, las circulares, las órdenes de mando y los escritos de José Antonio durante esta época indican la prodigiosa lucha de un hombre extraordinario y excepcional, que sabía ciertamente que entregaba su vida, pero que con su sacrificio y su elevado mensaje abría el camino para una España digna, justa y libre. Ante la invasión de los bárbaros en su moderna forma de subversión marxista, definió la trágica situación española: "No nos hallamos en presencia de una pugna interior. Está en litigio la existencia misma de España como entidad y como unidad. El riesgo de ahora es exactamente equiparable al de una invasión extranjera". El cerco a España se denuncia –decía– por sus consignas, por sus propósitos, por sus gritos, por su sentido. De Moscú partían los hilos de esta invasión comunista. Quizá el mundo vea actualmente con más claridad el hecho de la tragedia española a las luces de otros espectáculos universales de la agresiva expansión del comunismo, bajo la cual cayó víctima José Antonio Primo de Rivera.

Asume José Antonio la adversidad del último período de su vida en la Prisión Provincial de Alicante con ejemplar serenidad, lucidez y responsabilidad histórica. Y pone de relieve su fortaleza moral y su esclarecida inteligencia en la defensa que hace ante el Tribunal que le juzga en el Proceso incoado contra él, su hermano Miguel y su cuñada Margarita Larios. Mantuvo lealmente las ideas que habían inspirado su conducta política al fundar y conducir Falange Española de las J.O.N.S. Y se defendió – como dejó dicho en su testamento– con los mejores recursos de su oficio de abogado, "tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad".

II. CLAVE HUMANA DE JOSÉ ANTONIO, IDEAS ESENCIALES Y EVOLUCIÓN POLÍTICA

Confluyen en José Antonio una serie de virtudes que se armonizan muy singularmente y configuran su personalidad. Representa un momento de plenitud humana de un noble linaje en leal compromiso con su pueblo, en que se funden la experiencia histórica de su estirpe con la visión renovadora de su iluminada juventud. Hay en José Antonio –como constantes– un grande y limpio amor a España, un dolor acuciante por el declive histórico de nuestra Patria en la época moderna –registrado muy especialmente durante el siglo XIX y primer tercio del XX– y una ferviente y rotunda decisión de conseguir el renacimiento patrio, entregando para ello su más generosa vocación de servicio y sacrificio. Su propósito es riguroso: recuperar un destino ascendente para el pueblo español, mediante un gran esfuerzo y empuje colectivo. Para ello es necesario un gran ideal, síntesis de tradición y modernidad, capaz de impulsar la vida española, dándole la energía precisa para la conquista de las grandes metas comunitarias, la elevación espiritual y material de España, por las rutas fecundas de la unidad nacional, la dignidad humana y la justicia social.

Las ideas esenciales y permanentes de su doctrina son:

- El concepto del hombre, como portador de valores eternos.
- La consideración de España, como unidad de destino en lo universal.
- La exigencia de la justicia social, como base inexorable de la existencia colectiva.
- La implantación del sindicalismo nacional, como sistema de ordenación económica y vía de representación política, junto a la familiar y municipal.
- Y la concepción del Estado, como instrumento –medio y no fin– al servicio del hombre y de la Patria.

La nueva ordenación política habría de corregir los excesos del individualismo anarquizante y del colectivismo totalitario, opresivo de la personalidad humana. La imagen política de José Antonio se configura como un Estado Social de Derecho.

Y en esto, sucintamente, ha consistido el mensaje de José Antonio y su gran obra de salvación nacional, a cuya empresa convocó a la juventud y a todo el pueblo español.

José Antonio justifica claramente su empresa política. "Así resulta que cuando nosotros –dice en el discurso de fundación de Falange Española– los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias, y por lo que nos toca de cerca, nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas". La sociedad española se hallaba en situación anárquica, confusa y dividida en tres secesiones fundamentales: la pugna de los partidos políticos, la lucha de clases y los separatismos regionales. Ante la tremenda crisis del pueblo español, que vivía ya el último trance de su derrumbe histórico, se precipitaba la descomposición liberal de la sociedad e irrumpía violentamente la subversión del marxismo internacional, procesos que fraguaron conjuntamente la hecatombe española de 1936. En José Antonio se concilian las dos vertientes que habían operado contradictoriamente sobre la conciencia española: la línea tradicional y afirmativa de la unidad nacional y de los valores históricos, y la del pensamiento crítico renovador o regeneracionista. A tal fin, plantea una salida constructiva e integradora de los auténticos afanes de la tradición y de la revolución. "Entre una y otra de esas actitudes, se nos ocurrió a algunos pensar –dijo José Antonio– si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución –no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con un pulso firme al servicio de una norma– y de la tradición, no como remedio, sino como sustancia; no con ánimo de copia de lo que hicieran los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias. Fruto de la inquietud de unos cuantos nació la Falange".

La evolución del pensamiento de José Antonio avanza, de manera coherente, a través de sus tres años de actuación política al frente de la Falange. Y podemos comprobar ese despliegue de ideas comparando el discurso inicial de fundación, de 29 de octubre de 1933, con el pronunciado al clausurar el 11 Consejo Nacional de la Falange, en el cine Madrid, el 17 de noviembre de 1935 y con el del cinema Europa, el 2 de febrero de 1936, en que expresa la actitud de Falange ante las elecciones convocadas ese año, en los que alcanzaba plenitud su mensaje político de la revolución nacional.

José Antonio examina la crisis de la sociedad moderna y responde desde la concepción cristiana de la vida, dando soluciones válidas en todos los planos de la convivencia: ofreció los fundamentos espirituales de un nuevo humanismo; estableció las bases orgánicas de una nueva sociedad y prefiguró un orden político que salvara la dignidad humana de los extremismos que operaban antagónicamente y que continúan haciéndolo hasta nuestros días. A José Antonio interesa fundamentalmente la salvación de la personalidad humana, amenazada simultáneamente por el liberalismo, que lleva por inercia a la anarquía y a la injusticia, y por el totalitarismo, que propende a la despótico supresión de las libertades humanas.

III. EL MENSAJE DE JOSÉ ANTONIO

En 1964 hice un estudio sobre el mensaje de José Antonio en el que analizaba su actitud ante la evolución ideológica de la época moderna, poniendo de relieve su disposición abierta, crítica y comprensiva, que le llevaba a resolver las contradicciones de su tiempo en una síntesis superadora, con la integración de los valores reales y efectivos de los sucesivos procesos históricos. Este trabajo se publicó como presentación de la edición de las obras de José Antonio en aquella fecha, reproduciéndose en las siguientes ediciones realizadas por la Delegación Nacional de la Sección Femenina. Me permito incorporar también estas reflexiones en este prólogo, porque el mencionado análisis doctrinal me parece que ha salvado la prueba del tiempo y tiene validez actualmente, y me exime, por otra parte, de cualquier tentación de ocasional oportunismo. Y en todo caso será un testimonio de constancia y consecuencia política en el entendimiento con que vengo asumiendo la responsabilidad de ofrecer a las sucesivas promociones españolas el mensaje de José Antonio.

1. *Movimiento abierto al futuro*
2. *Actitud prospectiva ante la historia: comprensión y crítica de los procesos políticos de nuestra época.*
3. *A la conquista del tiempo nuevo.*

Consideramos el pensamiento de José Antonio como un **Movimiento abierto al futuro**. La clave de su posición es la actitud revolucionaria, actitud transformadora, dispuesta y favorable al cambio hacia un nuevo orden político-social. José Antonio tuvo una comprensión **prospectiva de la Historia**, en la cual se inserta la doctrina de la revolución española. Precisamente este sentido de su doctrina es el que va a permitir proyectar la revolución española con la mayor actualidad en el panorama del **tiempo nuevo**. Así, para circunscribir nuestra idea y hacerla patente, veamos cómo se articula en su mente con lucidez todo un tiempo histórico, que va del fin de la sociedad feudal y del Estado absoluto, pasando por el liberalismo, el capitalismo, el socialismo y el marxismo hasta los hechos políticos de las revoluciones nacionales de la primera postguerra mundial: fascismo y nacionalsindicalismo, para llegar –más allá de las conocidas formas de totalitarismos, que consideró como estructuras transitorias e imperfectas– a un nuevo tipo de sociedad, en donde habrían de encontrar armonía y conjugación equilibrada y estable, un orden de libertad y un sistema de justicia, la dignidad de la persona humana y los intereses comunes de la sociedad, resolviéndose el duelo jurídico de los derechos individuales y de las obligaciones sociales, sin caer viciosamente en el estatismo absorbente o en la anárquica disolución.

Admira la exquisita honradez intelectual de José Antonio. Y no es un criterio ecléctico, sino de selección y de amor por la verdad, lo que le lleva a distinguir la contribución valiosa de cada proceso histórico, de sus defectos, fracasos y motivos de caducidad. Por ejemplo, él, que hizo la mejor y más dura crítica del **sistema liberal**, poniendo de relieve su mal de origen y sus consecuencias lamentables, el escepticismo desaforado, la lucha de los partidos, la atomización de la sociedad y la anarquía resultante, no tiene ningún reparo en reconocer la conquista irrenunciable del liberalismo político, la igualdad ante la ley, y señalar la virtud de la iniciativa humana de la magnífica época heroica del capitalismo, del **liberalismo económico**, con sus dos palancas del progreso técnico y de la explotación de las riquezas; claro es que reconociendo que al final había de terminar en un desastre, porque la libertad naufragaba en el escepticismo y en el desorden, y porque la industrialización técnica se agarrotaba en el capitalismo deshumanizado, incapaz de establecer una justa distribución de bienes. Lo que había conseguido el liberalismo económico era, indudablemente, la iniciativa de la explotación de las fuentes de riqueza, el poner en marcha los resortes de la producción y aplicar los avances técnicos de la primera revolución industrial. Este es su éxito, que no puede regatearse. Pero este capitalismo liberal había olvidado, en la euforia de su expansión, la exigencia humana de la solidaridad social, y descuidó el cumplimiento de la justicia distributiva y de la necesaria participación de los trabajadores en la suerte económica de las empresas, hecho que más tarde –y en virtud de su propio instinto de conservación ha tenido que reconocer y tratar de corregir en algún grado, a fin de evitar el disturbio social. Ahora bien, ha quedado bien claro el fracaso social del capitalismo histórico y su necesaria corrección para ordenar justamente la comunidad, de manera que pueda ofrecer estabilidad y armonía fundamental entre sus componentes. De lo contrario, queda abierto el camino a la subversión, que se lleva por delante – como siempre– no sólo las estructuras económicas, sino los valores espirituales de la civilización.

El sistema de ideas de José Antonio es riguroso, con afán de síntesis, integración y superación. Aunque José Antonio formulara su crítica al sistema liberal, su pensamiento no tiene nada que ver con las políticas reaccionarias que anhelan secretamente, escuetamente, volver a los privilegios feudales, que desprecian o temen a la libertad y que desconfían sistemáticamente de la razón humana de los demás, mientras razonan egoístamente en favor de sus ventajas arbitrarias.

Al analizar el **socialismo**, considera justo su nacimiento como reacción lógica ante la injusticia capitalista y valora la razón de las reivindicaciones sociales; apunta el descarrío del socialismo, lo que cierra su viabilidad política: el materialismo histórico, el ateísmo, el resentimiento, la lucha de clases, la violencia y la deshumanización.

Aunque José Antonio hiciera un análisis crítico del socialismo de su época, su concepción política no tiene nada que ver con quienes sustentan criterios de avaricia capitalista y carecen de sensibilidad para el dolor de los humildes y consideran sobrecargas económicas el repartir sus sobrantes económicos entre los que trabajan y viven en la escasez o cercanos a la miseria.

Y ante el propio **marxismo comunista**, frente al cual había de jugarse su propia vida, no falla la claridad mental de José Antonio. Lo define con un profundo sentido teológico como "una versión infernal del afán hacia un mundo mejor", frase en la cual hay ciertamente una condenación, pero

también el reconocimiento de que existe en ese movimiento político del comunismo una real, aunque demoníaca, aspiración a un mundo mejor, que se deforma, llegando prácticamente a las más monstruosas e injustas de las situaciones humanas. De este marxismo, José Antonio dijo que estaba impregnado de un indudable "sentido de abnegación y solidaridad social", traicionado a la postre por la máquina fría y desalmada del Estado soviético.

Aunque José Antonio defendiera un sentido de libertad frente al determinismo marxista, su pensamiento no coincide tampoco con una variedad de anticomunismo que rechaza tal doctrina sólo en cuanto pone en peligro el abuso de su capital o las ventajas materiales que le proporciona la sociedad burguesa; ni coincide tampoco con aquel anticomunismo surgido en el mundo occidental después de la segunda guerra mundial, y que se ha puesto en guardia al descubrir desagradablemente que el comunismo, además de ser una subversión social, es un imperialismo que ambiciona desplazar de las encrucijadas del poder y de las fuentes de riqueza a las potencias que venían ejerciendo la hegemonía mundial.

José Antonio intentó una superación del dilema capitalismo-comunismo, así como una síntesis de tradición y modernidad capaz de responder a las convocatorias del tiempo. Hizo la crítica de la tesis capitalista de la sociedad, precisamente por el fallo de este capitalismo en la justa distribución de bienes, pero no coincidió tampoco con los propósitos demagógicos afanados en romper los engranajes de la producción de riqueza, sin considerar que los intereses nacionales, en su conjunto – la renta nacional– será, en fin de cuentas, lo que permita un mayor o menor reparto de disfrute económico entre los miembros de la comunidad. Ni tampoco concuerda con el conservadurismo rancio de la política, indiferente y despegado del progreso técnico y de la industrialización necesaria, posibles sólo por el avance de las ciencias aplicadas. Convendrá recordar cómo entendía José Antonio la operación salvadora de nuestro tiempo, el salto sobre la invasión de los bárbaros – subversión comunista del siglo XX– para sentar las bases de una época histórica de unidad espiritual y armonía social:

"Pero en las invasiones de los bárbaros –decía José Antonio, en noviembre de 1935– se han salvado siempre las larvas de aquellos valores permanentes que ya se contenían en la edad clásica anterior. Los bárbaros hundieron el mundo romano, pero he aquí que con su sangre nueva fecundaron otra vez las ideas del mundo clásico. Así, más tarde, la estructura de la Edad Media y del Renacimiento se asentó sobre líneas espirituales que ya fueron iniciadas en el mundo antiguo.

"Pues bien: en la revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya ocultos y hasta ahora negados los gérmenes de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes, y queremos salvarlos. Esa es la labor verdadera que corresponde a España y a nuestra generación: pasar de esta última orilla de un orden económico social que se derrumba a la orilla fresca y prometedora del orden que se adivina, pero saltar de una orilla a otra por un esfuerzo de nuestra voluntad, de nuestro empuje y de nuestra clarividencia; saltar de una orilla a otra sin que nos arrastre el torrente de la invasión de los bárbaros".

Quizá la labor de la revolución auténtica sea salvar esos gérmenes que están negados, que están frustrados en la revolución marxista del siglo XX y colocarlos a un nivel de humanización y fecundidad histórica distinta. En buenas cuentas, este fue el gran intento de José Antonio, cuyo trazo inicial queda enraizado en los años fundacionales, pero está abierto a la empresa española.

El camino de la Revolución

En resumen: José Antonio quiso una Revolución, pero las revoluciones pueden dividirse a este respecto en dos clases: negativas y positivas.

Negativas, las que están movidas sólo por el resentimiento producido por la desigualdad social y el contraste de los niveles de vida –que van del lujo insolente a la mortificante miseria–, y estas revoluciones tienen siempre un carácter destructivo. Caldeadas por un ansia igualitario, sólo ambicionan el reparto agotador de los bienes de una sociedad, sin preocuparse lo más mínimo en cultivar, en incrementar las fuentes de riqueza con miras al mañana. Porque en el fondo lo que buscó el socialismo subversivo desde su impregnación marxista –y esto ha dominado su trayectoria hasta

recientes evoluciones en la segunda postguerra mundial– no fue alcanzar la justicia económica en el marco de las sociedades liberales, sino el fabricar atmósferas sociales de malestar y descontento, llevarlas a la desesperación y utilizarlas como turbinas revolucionarias para hacer estallar la sociedad capitalista, y luego ya vendría la dictadura soviética a sustituir las huelgas por el trabajo forzado, y la agitación rebelde por la más sumisa servidumbre, conseguida por los fríos procedimientos del terror. Y así quedaba convertido el primitivo afán de justicia, que anheló ingenuamente un pueblo lanzado – al comunismo, en un mito de expansión universal y de paraíso futuro, paraíso futuro que habrá de alcanzarse en ese infinito rojo donde no llega nunca ni la más ilusa esperanza humana. Ese, como hemos dicho antes, es el camino negativo de la revolución social, el camino destructivo.

José Antonio no pretendió nunca lanzar al pueblo español por ese camino negativo en que se articulan todos los resentimientos para una obra de destrucción y disolución de la convivencia social y de la realidad nacional.

La Falange abrió el camino positivo de una revolución. Una revolución que habrá de ambicionar metas espirituales, nacionales y sociales. En el aspecto económico, los objetivos completos de la producción y de la distribución. Sin cuidar y sin aumentar la riqueza nacional, el reparto de bienes será siempre una cicatera distribución de la escasez y de la pobreza. Tan revolucionario es descubrir una vena de riqueza en la explotación nacional, concertar con eficacia los intercambios en el comercio exterior, incrementar el rendimiento de las tierras, aumentar las instalaciones industriales complementarias, en un sistema de crecimiento económico nacional, como velar por los salarios justos y decentes o mantener los precios en los niveles adquisitivos de nuestra población trabajadora.

Es preciso conseguir una nueva sociedad con fórmulas eficaces de libertad personal y de seguridad social. Pero no se piense que todo se reduce a la necesaria implantación de los sistemas de previsión y seguridad que garanticen contra la miseria a los hombres, dentro de una colmena social, si bien esta colmena social se rija matemáticamente, bajo una organización exacta, para que no se exhiba públicamente el dolor, el fracaso o el infortunio.

Es necesario garantizar un campo de acción para la iniciativa humana, para la emoción del riesgo y para la alegre satisfacción del éxito. La Falange sabe que la meta anhelada, , tampoco es el simple logro de una sociedad planificada, aritméticamente dosificada, con coeficientes previos reglamentados para la tristeza y la alegría en la vida humana, asemejándose a las colectividades de los insectos, de las hormigas, de las abejas o de los termitas.

La Revolución tendrá, pues, afanes espirituales y materiales. En el aspecto económico, las siguientes metas: aumento de la producción, justa distribución, seguridad y promoción abierta –en igualdad de oportunidades– al esfuerzo humano.

Síntesis política actual.–Un orden de libertad y un sistema de justicia. José Antonio ambicionó una síntesis política, sincrónica con el tiempo histórico en que vivimos y que ha de ser a la vez un orden de libertad y un sistema de justicia. Un orden de libertad y un sistema de justicia que garanticen los derechos de la persona humana y realicen la solidaridad social en la vida común de la nación.

La Revolución se proyecta en tres planos: el objetivo espiritual, que es la fiel realización de la concepción cristiana de la vida, y reconquista del genio hispánico; el objetivo nacional, que es lograr la unidad de destino, la fortaleza de España en el mundo, y el objetivo social, que es conseguir la hermandad, la efectiva justicia en los diversos sectores de la sociedad española.

La doctrina de José Antonio es un mensaje de fe y de esperanza. Proclama nobles propósitos: lograr la unidad de los hombres y de las tierras; hacer que el hombre sea efectivamente portador, recreador de valores eternos; conseguir que la concepción cristiana de la vida se cumpla sin deformaciones; hacer que el principio espiritual no se falsifique, que la ambición nacional no quiebre, que la justicia social no se pierda entre una serie de trámites administrativos o se desvirtúe difiriendo sus saludables soluciones a un futuro más o menos lejano.

El hecho esencial de 1933-1936 –ese duelo que tuvo escenario en nuestro territorio–, en que se planteó la lucha radical entre dos concepciones de la vida: entre la concepción española, occidental y cristiana que proclamara José Antonio, y la concepción marxista, asiática, deshumanizada del comunismo internacional, sigue planteando tensamente, con dramática inquietud, el mismo problema en una dimensión mundial. Ante esta amplia perspectiva humana, la concepción de José Antonio que dio cara al reto del marxismo soviético, tiene hoy vigencia; sigue con validez, pero no solamente para España, sino con proyección universal.

Estamos en un tiempo de transición universal, de grandes mutaciones culturales, técnicas, políticas y sociales. La moderna revolución científica, la corriente general de transformación económico-social y la emergencia de grandes contingentes humanos al protagonismo político, confluyen, estimulando la aceleración histórica de esta segunda mitad del siglo XX, factores que trazan un nuevo panorama de vida a los afanes humanos. Asomamos a una nueva época –sugestiva, tensa y difícil– que requiere una comprensión dinámica y constructiva, tal como se ofrece en el pensamiento de José Antonio, quien rebasó su marco contemporáneo con vaticinios y aciertos proféticos, con inteligentes anticipas y afortunadas intuiciones del futuro iluminando la marcha histórica de un pueblo entero y abriendo los caminos de una nueva configuración social, exigente de justicia, de verdad y de dignidad humana.

IV. PERVIVENCIA DEL IDEAL DE JOSÉ ANTONIO

La vida de José Antonio se nos ofrece como estilo ejemplar de humanidad española; su doctrina, como fuente de inspiración y legado irrenunciable; su obra, como empresa incitante que reclama culminación; su alma, como inefable presencia que estimula, aconseja y vela los más nobles afanes de la comunidad española. Y su abnegación, al entregar su vida por España le dio el registro máximo de autenticidad y de trascendente significación.

La hora general del mundo parece reclamar posiciones claras en defensa de la civilización cristiana occidental. Se requieren perfiles definidos y líneas netas. El conjunto de ideas de José Antonio, que sirvieron para dar la réplica al comunismo, cobra excepcional vigencia. El definió las metas de la Revolución pendiente y explicó su contenido moral, nacional y social. Al desenvolver estos gérmenes doctrinales, la Revolución española había de ser auténticamente espiritual –católica–, sin caer en el fariseísmo; efectivamente nacional, sin los defectos del fascismo, y exigentemente social, sin incurrir en los errores del marxismo.

La anticipación de José Antonio en comprender la encrucijada histórica moderna le dio un carácter de vanguardia, de vigía de los tiempos nuevos, que el pueblo español ha de esforzarse en merecer ante el horizonte universal de las ideas y de los acontecimientos.

La doctrina de José Antonio ha atravesado el tiempo influyendo decisivamente en la marcha del pueblo español. La Falange encendió una fe nacional, que vio la victoria a través de una Guerra de Liberación bajo el caudillaje de Francisco Franco. España consiguió vencer todos los riesgos de la Segunda Guerra Mundial y mantuvo su independencia y neutralidad en un tiempo difícil. Posteriormente rompió también el cerco de una conjura internacional, defendiendo su soberanía e integridad.

Abierto el largo ciclo de la paz de Franco contribuyó eficazmente a la transformación nacional operada durante esta época. Impulsó las tareas de la reconstrucción, del crecimiento y del desarrollo nacional. Estimuló los mejores afanes sociales. Fomentó una conciencia colectiva de unidad, de justicia social y de permanente superación. La laboriosidad del pueblo español abrió un camino ascendente de elevación y mejora de los niveles de vida en nuestra comunidad. La síntesis de tradición y modernidad –como pensara José Antonio– trazaba un rumbo constructivo a la nueva sociedad española.

El destino quiso unir a Franco y a José Antonio en el recuerdo de los españoles. Una misma fecha – el 20 de noviembre– y un mismo lugar de oración –la Basílica del Valle de los Caídos– servirán a su memoria, entrelazadas sus vidas y sus muertes en el servicio de España.

Extinguida la vida de Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975, y cumplido el trámite legal de sucesión, fue instaurada la Monarquía en la persona de Don Juan Carlos I como Rey de España, en cuyo reinado el pueblo español cifra sus mejores esperanzas. Coincidiendo en esta misma esperanza, deseamos que bajo su dirección alcance España su más fecunda plenitud histórica, por las rutas de la paz, la unidad, la libertad y la justicia.

He de expresar mi gratitud a Pilar Primo de Rivera y a Jesús Fueyo Álvarez, Presidente del Instituto de Estudios Políticos, por haber amparado, en forma decisiva e ilusionada, el proyecto de esta edición, permitiendo así ofrecer con ella un testimonio fiel de la vida y del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera al cumplirse el XL Aniversario de su muerte.

Y he de dejar constancia también de mi reconocimiento a Manuel Solana Sanz, Secretario Gerente del Instituto de Estudios Políticos, y a Fernando Cañellas Rodríguez, Jefe del Departamento de Estudio, Desarrollo y Difusión de la Doctrina del Movimiento del mencionado Instituto, por el afecto y el estímulo con que acompañaron mi propósito editorial y promovieron su realización.

Finalmente, con esta obra he pretendido contribuir al esclarecimiento de una época difícil y convulsa de la vida española, sirviendo lealmente —a juicio de mi conciencia— a la verdad histórica que se merece el pueblo español.

Al conmemorar este 20 de noviembre de 1976, hemos de ofrendar a la fecha aquellas palabras del testamento de José Antonio que revelan su generoso y postrer anhelo: "Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el pan y la justicia".

Madrid, 10 de noviembre de 1976

AGUSTÍN DEL RÍO CISNEROS

ÍNDICE CRONOLÓGICO COMPLETO

(1922 - 1936)

I. ETAPA ANTERIOR A LA CREACIÓN DE LA FALANGE

(Año 1922.- Escritos universitarios)

1922	<u>Ejercicios de derecho civil</u> (Análisis de la sentencia del Tribunal Supremo de 25 de noviembre de 1915. Por José Antonio Primo de Rivera y Ramón Serrano Súñer).
31 mayo 1922	<u>La culpa como causa de incumplimiento de las obligaciones</u> Ejercicio de José Antonio; como alumno del tercer curso de Derecho Civil.
El General Primo de Rivera en el poder (13 de septiembre de 1923 a 28 de enero de 1930)	
27 mayo 1929	<u>Bajo el nuevo régimen. Como resurge Cádiz. Los hombres nuevos</u> (<i>La Nación</i> , 27 de mayo de 1929)
27 noviembre 1929	<u>Homenaje a los hermanos Machado en Madrid</u> (<i>La Nación</i> , 28 de noviembre de 1929 y <i>Blanco y Negro</i> , 8 de diciembre de 1929)
Dimisión del General Primo de Rivera (28 de enero de 1930). El General Dámaso Berenguer es encargado de formar gobierno, el cual queda constituido el 30 de enero de 1930	
10 febrero 1930	<u>Homenaje al cacique desconocido</u> (<i>La Nación</i> , 10 de febrero de 1930)
12 febrero 1930	<u>El heroico silencio</u> (<i>La Nación</i> , 12 de febrero de 1930 y <i>Unión Patriótica</i> , 18 de febrero de 1930)
17 febrero 1930	<u>Reseña de la conferencia pronunciada en el ateneo de Albacete. "¿Qué es lo justo?"</u> (<i>La Nación</i> , 18 de febrero de 1930 y <i>El Defensor</i> , de Albacete, 18 de febrero de 1930)
22 febrero 1930	<u>Las aulas y la política.- Que lo episódico no se transforme en sistema</u> (<i>La Nación</i> , 22 de febrero de 1930)
24 febrero 1930	<u>La notoriedad</u> (<i>La Nación</i> , 24 de febrero de 1930)
26 febrero 1930	<u>"El señor Asua no quiere contaminarse"</u> (<i>La Nación</i> , 26 de febrero de 1930)
13 marzo 1930	<u>Valores nuevos</u> (Entrevista celebrada con César González-Ruano (<i>Heraldo de Madrid</i> , 13 de marzo de 1930)
Don Miguel Primo de Rivera muere en París (16 de marzo de 1930)	
18 marzo 1930	<u>Manifestaciones de don José Antonio Primo de Rivera hechas a raíz del fallecimiento de su padre</u> (<i>Informaciones</i> , 18 de marzo de 1930)
Fundación de la Unión Monárquica Nacional.- Manifiesto público: 4 de abril de 1930.- Reunión Fundacional de la Unión Monárquica: 25 de marzo de 1930.- José Antonio Primo de Rivera asume la Vicesecretaría de la Unión Monárquica Nacional el 2 de mayo de 1930	
15 abril 1930	<u>Lo del Colegio de Abogados.- Un abuso de la mayoría</u> (<i>La Nación</i> , 15 de abril de 1930)
25 abril 1930	<u>Las discusiones en la academia de jurisprudencia</u> (<i>La Nación</i> , 25 de abril de 1930)

1 julio 1930	<u>La política nueva</u> (Declaraciones publicadas en el <i>Diario de Jerez</i> , de Jerez de la Frontera, Cádiz, el 1 de julio de 1930, reproducidas en <i>La Nación</i> el 2 de julio de 1930)
1 julio 1930	<u>José Antonio Primo de Rivera, en Villamartín. Recorriendo la región Jerezana</u> (<i>La Nación</i> , 2 de julio de 1930)
3 julio 1930	<u>Resumen de la conferencia pronunciada en Cádiz, en la inauguración del nuevo local de Unión Monárquica Nacional</u> (<i>Diario de Cádiz</i> , 5 de julio de 1930)
24 julio 1930	<u>El momento político</u> (Contestación a la encuesta del diario <i>El Pueblo Manchego</i> , de Ciudad Real, publicada el 24 de julio de 1930. Reproducida en <i>La Nación</i> el 25 de julio de 1930)
28 julio 1930	<u>Consejos.- Un grito en la noche.- Para los vendedores de "Rebelión"</u> (<i>La Nación</i> , 28 de julio de 1930)
29 julio 1930	<u>Acerca de los intelectuales</u> (<i>La Nación</i> , 29 de julio de 1930)
3 agosto 1930	<u>Resumen del discurso pronunciado en Barcelona, en el local del cuarto distrito de la Unión Patriótica. (en la Rambla de los Estudios)</u> (<i>La Nación</i> , 4 de agosto de 1930 y <i>Unión Monárquica</i> , 4 de agosto de 1930)
30 agosto 1930	<u>Extracto del discurso pronunciado en El Ferrol (La Coruña)</u> (<i>Galicia</i> , de Orense, 31 de agosto de 1930)
30 agosto 1930	<u>Extracto del discurso pronunciado en Santa Marta de Ortigueira (La Coruña)</u> (<i>La Nación</i> , 1 de septiembre de 1930)
31 agosto 1930	<u>Reseña del discurso pronunciado en La Coruña en el mitin de propaganda de la Unión Monárquica Nacional</u> (<i>La Nación</i> , 1 de septiembre de 1930)
4 septiembre 1930	<u>Resumen del discurso pronunciado en Carballino (Orense)</u> (<i>La Región</i> , Orense, 20 de noviembre de 1938)
4 septiembre 1930	<u>Reseña del discurso pronunciado en Ribadavia (Orense)</u> (<i>Galicia</i> , Orense, el 5 de septiembre de 1930)
5 septiembre 1930	<u>Reseña del discurso pronunciado en Orense</u> (<i>Galicia</i> , Orense, 6 de septiembre de 1930)
6 septiembre 1930	<u>Reseña del discurso pronunciado en Lugo</u> (<i>Galicia</i> , Orense, 7 de septiembre de 1930)
5 octubre 1930	<u>Discurso pronunciado en Bilbao, en el mitin organizado por la Unión Monárquica Nacional en el Frontón Euskalduna</u> (<i>La Nación</i> , 6 de octubre de 1930 y <i>Unión Monárquica</i> , 15 de octubre de 1930)
10 octubre 1930	<u>La correspondencia a una semicorrespondencia</u> (<i>La Nación</i> , 10 de octubre de 1930)
15 diciembre 1930	<u>España: la lanzadera duerme en el telar</u> (<i>Unión Monárquica</i> , 15 de Diciembre de 1930)
20 diciembre 1930	<u>El milagro de la Guardia Civil</u> (<i>La Nación</i> , 20 de diciembre de 1930)
1 enero 1931	<u>Pronóstico para el año 1931</u> Don José Antonio Primo de Rivera (<i>La Nación</i> , 1 de enero de 1931)
16 enero 1931	<u>Extracto de la conferencia pronunciada en Madrid, en el local de la Unión Patriótica, sobre el tema "La forma y el contenido de la democracia"</u> (<i>La Nación</i> , 17 de enero de 1931 y <i>Unión Monárquica</i> , 1 de marzo de 1931)
Gobierno del Almirante D. Juan R. Aznar.- Inminente derrumbe de la Monarquía (18 de febrero de 1931)	
16 marzo 1931	<u>La hora de los enanos</u> (<i>ABC</i> , 16 de marzo de 1931)

28 marzo 1931	<u>"Notas a una nota"</u> (<i>La Nación</i> , 28 de marzo de 1931)
1 abril 1931	<u>Discusión que concluye</u> (<i>La Nación</i> , 1 de abril de 1931)
II República española.- 12 de abril de 1931: Elecciones municipales.- 14 de abril de 1931: Proclamación del Régimen republicano	
12 junio 1931	<u>Lo jurídico. El destino de la República</u> (<i>La Nación</i> , 12 de junio de 1931)
Convocatoria de elecciones constituyentes (28 de junio de 1931).- Las elecciones se verifican el 4 de octubre de 1931 y José Antonio sale derrotado	
22 septiembre 1931	<u>Esta mañana fue abierto el archivo del General Primo de Rivera ante su hijo don José Antonio y la Comisión de Responsabilidades en pleno. Lo que ha dicho el Marques de Estella a los periodistas</u> (<i>La Nación</i> , 22 de septiembre de 1931)
29 septiembre 1931	<u>"Por una sagrada memoria ¡Hay que oír a los acusados!"</u> (ABC, edición en Andalucía, 29 de septiembre de 1931)
30 septiembre 1931	<u>El nuevo candidato ante la elección</u> (<i>La Nación</i> , 30 de septiembre de 1931)
3 octubre 1931	<u>Aclaración.- Mensaje electoral</u> (<i>La Nación</i> , 3 de octubre de 1931)
10 octubre 1931	<u>Después de las elecciones.- Agradecimiento</u> (<i>La Nación</i> , 10 de octubre de 1931)
12 noviembre 1931	<u>"Mi primer drama policiaco"</u> (<i>La Nación</i> , 12 de noviembre de 1931)
12 noviembre 1931	<u>Una nota a la prensa</u> (<i>La Nación</i> , 12 de noviembre de 1931)
17 noviembre 1931	<u>"Las ventajas de ser pistolero"</u> (<i>La Nación</i> , 17 de noviembre de 1931)
8 diciembre 1931	<u>Los intelectuales y la dictadura: prólogo al libro "La dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero"</u> (8 diciembre de 1931)
28 febrero 1932	<u>Resumen de la disertación "Otra vez hacia la verdad", pronunciada en Jerez de la Frontera (Cádiz)</u> (<i>Diario de Cádiz</i> , 29 de febrero de 1932)
2 abril 1932	<u>Ante el Tribunal Supremo.- Una demanda contra todos los ministros de la dictadura.- Reclamación de indemnización civil</u> (<i>La Nación</i> , 2 de abril de 1932)
4 abril 1932	<u>Segunda sesión ante el Tribunal Supremo en pleno, en la demanda contra todos los ex ministros de la dictadura.- Reclamación de indemnización civil</u> (<i>La Nación</i> , 4 de abril de 1932)
1 junio 1932	<u>La formación del abogado.- Intervención en el Congreso de Abogados celebrado en Madrid</u> (De las " <i>Actas del Congreso de Abogados</i> ", organizado por la Unión Nacional de Abogados)
3 julio 1932	<u>"¿Qué ventajas y que inconvenientes tiene el ser hijo de un hombre célebre?".- Lo que nos dice José Antonio Primo de Rivera</u> Entrevista celebrada con Blanca Silveira Armesto (<i>Crónica</i> , Madrid, 3 de julio de 1932)
19 agosto 1932	<u>Ante los sucesos del 10 de agosto de 1932.</u> (Joaquín Arrarás, " <i>Historia de la Segunda República española</i> ", tomo I, pág. 458, <i>in fine</i>)
24 noviembre 1932	<u>Una rectificación del fiscal en el proceso por las responsabilidades de la dictadura</u> (<i>La Nación</i> , 25 de noviembre de 1932)

26 noviembre 1932	<u>Informe de José Antonio Primo de Rivera en la defensa de don Galo Ponte, ante el Tribunal de responsabilidades políticas de la dictadura.- Juicio histórico sobre la obra del General Primo de Rivera</u> (Madrid, 26 de noviembre de 1932)
27 noviembre 1932	<u>Una dedicatoria a don Galo Ponte</u> (Madrid, 27 de noviembre de 1932)
4 diciembre 1932	<u>Las responsabilidades políticas</u> (Reportaje publicado en la revista <i>Elas</i> , del 4 de diciembre de 1932)
Crisis del liberalismo. Balbuceos de una nueva política.- Las juventudes en el escenario nacional. (Primavera de 1933)	
16 marzo 1933	<u>Orientaciones hacia un nuevo Estado</u> (<i>El Fascio</i> , 16 de marzo de 1933)
16 marzo 1933	<u>Distingos necesarios</u> (<i>El Fascio</i> , 16 de marzo de 1933)
16 marzo 1933	<u>Una nota de "El Fascio"</u> (<i>La Nación</i> , 16 de marzo de 1933)
19 marzo 1933	<u>Crisis del liberalismo. Carta a Juan Ignacio Luca de Tena</u> (<i>ABC</i> , 22 de marzo de 1933)
22 marzo 1933	<u>Carta a Juan Ignacio Luca de Tena</u> (<i>ABC</i> , 23 de marzo de 1933)
2 abril 1933	<u>La violencia y la justicia. Carta al camarada Julián Pemartín</u> (<i>"Hacia la historia de la Falange"</i> , tomo I, Sancho Dávila, Julián Pemartín, pág. 21)
20 agosto 1933	<u>Reseña del discurso pronunciado en Torrelavega (Santander), en el hotel Bilbao</u> (<i>La Nación</i> , 25 de agosto de 1933)
25 agosto 1933	<u>Juventud española</u> (Entrevista publicada en <i>La Noticia</i> , de San Sebastián, el 25 de agosto de 1933 y en <i>La Nación</i> , el 26 de agosto de 1933)
13 septiembre 1933	<u>Han bastado diez años para que resplandezca la verdad: 1923-1933</u> (<i>La Nación</i> , 13 de septiembre de 1933)
5 septiembre 1933	<u>Liberalismo</u> (<i>La Nación</i> , 25 de septiembre de 1933)
12 octubre 1933	<u>Intermedio.- Tenemos que hablar</u> (<i>La Nación</i> , 12 de octubre de 1933)
23 octubre 1933	<u>Al volver.- ¿Moda extranjera el fascismo?</u> (<i>La Nación</i> , 23 de octubre de 1933)
24 octubre 1933	<u>"En una tarde de octubre"</u> (Prólogo a <i>El Fascismo</i> , de Mussolini, octubre de 1933)
ETAPA FALANGISTA	
Fundación de Falange Española (29 de octubre de 1933)	
29 octubre 1933	<u>Discurso de la fundación de Falange Española</u> (Pronunciado en el teatro de la Comedia, de Madrid, el día 29 de octubre de 1933)
Ante las elecciones de 1933. Noviembre de 1933	
5 noviembre 1933	<u>Resumen del discurso pronunciado en Puerto de Santa María (Cádiz) en el local de Acción Ciudadana</u> (<i>Diario de Jerez</i> , 7 de noviembre de 1933)
8 noviembre 1933	<u>Resumen del discurso pronunciado en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) en el teatro Victoria</u> (<i>La Unión</i> , de Sevilla, 11 de noviembre de 1933)
8 noviembre 1933	<u>Contestación circular a las adhesiones recibidas con motivo de la fundación de Falange Española</u> (Madrid, 8 de noviembre de 1933)

9 noviembre 1933	<u>Noticia del discurso pronunciado en Villamartín (Cádiz)</u> (<i>Diario de Jerez</i> , 10 de noviembre de 1933)
12 noviembre 1933	<u>Discurso pronunciado en Cádiz</u> (<i>"Hacia la Historia de la Falange"</i> , Sáncho Dávila y Julián Pemartín, tomo I, pág. 38)
12 noviembre 1933	<u>Noticia del acto organizado en San Fernando (Cádiz), en el Teatro de las Cortes</u> (Fue suspendido a consecuencia de un atentado criminal) (De <i>"Hacia la Historia de la Falange"</i> , Sancho Dávila y Julián Pemartín, tomo I, pág. 43)
17 noviembre 1933	<u>Discurso pronunciado en Jerez de la Frontera (Cádiz), en el teatro Eslava</u> (<i>Diario de Jerez</i> , 18 de noviembre de 1933)
18 noviembre 1933	<u>Seriedad</u> (Aclaración en <i>ABC</i> , de Madrid, 19 de noviembre de 1933)
José Antonio, diputado a Cortes por Cádiz.-(19 de noviembre de 1933.)	
20 noviembre 1933	<u>Agradecimiento</u> (La Información, Cádiz, 20 de noviembre de 1933 y <i>Diario de Cádiz</i> , 21 de noviembre de 1933.)
30 noviembre 1933	<u>Instancia suscrita por José Antonio, donde gestiona de la autoridad gubernativa el oportuno permiso para iniciar la publicación de "FE"</u> (Autógrafo. Colección de Pablo Arredondo.)
Nacimiento del Semanario "FE" (7 de diciembre de 1933)	
7 diciembre 1933	<u>"Puntos iniciales"</u> (<i>FE</i> , 7 de diciembre de 1933)
7 diciembre 1933	<u>La victoria sin alas</u> (<i>FE</i> , 7 de diciembre de 1933. Tachado entonces por la censura). (Reproducido en <i>Arriba</i> , el 12 de diciembre de 1935)
7 diciembre 1933	<u>¿Euzkadi libre?</u> (<i>FE</i> , 7 de diciembre de 1933)
José Antonio en el segundo parlamento de la República (19 de diciembre de 1933)	
19 diciembre 1933	<u>Primeras expresiones de José Antonio al conocer las cifras del escrutinio electoral de la convocatoria del 19 de diciembre de 1933</u>
19 diciembre 1933	<u>Sobre el concepto del Estado</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
20 diciembre 1933	<u>Difamación de la dictadura</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
20 diciembre 1933	<u>Debut parlamentario de José Antonio</u> (<i>El Sol</i> , 20 de diciembre de 1933 y <i>Diario Universal</i> de 21 de diciembre de 1933)
20 diciembre 1933	<u>"El que deja que se le injurie en el Parlamento –dice el señor Primo de Rivera– permite también la injuria en la calle"</u> (<i>La Nación</i> , 21 de diciembre de 1933)
4 enero 1934	<u>Sobre Cataluña</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
11 enero 1934	<u>Como hizo "FE" su primera salida</u> (<i>FE</i> , 11 de enero de 1934)
11 enero 1934	<u>Patria.- La gaita y la lira</u> (<i>FE</i> , 11 de enero de 1934)
11 enero 1934	<u>Victorias inútiles</u> (<i>FE</i> , 11 de enero de 1934)
11 enero 1934	<u>Explicación</u> (<i>FE</i> , 11 de enero de 1934)
11 enero 1934	<u>Divagaciones y biografías</u> (<i>FE</i> , 11 de enero de 1934)
11 enero 1934	<u>"A los obreros"</u> (<i>FE</i> , 11 de enero de 1934)

11 enero 1934	<u>FE, suspendido</u> (FE, 11 de enero de 1934)
17 enero 1934	<u>Comentario en "La Nación"</u> (La Nación, 17 de enero de 1934)
18 enero 1934	<u>El señor Sánchez Román quiere inventar la clase media</u> (FE, 18 de enero de 1934)
18 enero 1934	<u>Crítica bibliográfica al libro "Nuevos hechos, nuevo derecho de sociedades anonimas", de Joaquín Garrigues</u> (18 enero 1934)
18 enero 1934	<u>Guiones</u> (FE, 18 de enero de 1934)
18 enero 1934	<u>El gobernador de Sevilla</u> (FE, 18 de enero de 1934)
18 enero 1934	<u>La salida de nuestro segundo número</u> (FE, 18 de enero de 1934)
18 enero 1934	<u>Inocencia y penitencia</u> (FE, 18 de enero de 1934)
18 enero 1934	<u>Supervivencias</u> (FE, 18 de enero de 1934)
25 enero 1934	<u>El tercer número de FE, denunciado</u> (FE, 25 de enero de 1934)
25 enero 1934	<u>Señoritismo</u> (FE, 25 de enero de 1934)
25 enero 1934	<u>Necrología</u> (FE, 25 de enero de 1934)
27 enero 1934	<u>Declaraciones del jefe de Falange, don José Antonio Primo de Rivera</u> (Reportaje en el periódico Luz, de Madrid, 27 de enero de 1934)
1 febrero 1934	<u>La Falange y la F.U.E.</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
1 febrero 1934	<u>Marina</u> (FE, 1 de febrero de 1934)
1 febrero 1934	<u>El cuarto número de "FE", denunciado</u> (FE, 1 de febrero de 1934)
1 febrero 1934	<u>La muerte es un acto de servicio</u> (FE, 1 de febrero de 1934)
4 febrero 1934	<u>Discurso pronunciado en Cáceres, en el Gran Teatro</u> (FE, 8 de febrero de 1934)
8 febrero 1934	<u>Vamos tirando</u> (FE, 8 de febrero de 1934)
10 febrero 1934	<u>Palabras pronunciadas al dar sepultura al camarada Matías Montero</u> (La Nación, 10 de febrero de 1934 y FE, 22 de febrero de 1934)
Fusión de la Falange Española y las J.O.N.S. (13 de febrero de 1934)	
13 febrero 1934	<u>Primer documento de la unidad nacional</u> (Refrendado por José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma)
14 febrero 1934	<u>La violencia</u> (ABC, 14 de febrero de 1934)
14 febrero 1934	<u>Felicitación de la Junta de Mando</u> (Original en el Museo de la Falange de Cáceres)
16 febrero 1934	<u>Unificación</u> (De "Historia de la Falange", Francisco Bravo, páginas 22-23)
16 febrero 1934	<u>Declaraciones en "Ahora"</u> (Ahora, 16 de febrero de 1934)
19 febrero 1934	<u>Ante el Tribunal de Urgencia.- Vista de la causa contra el asesino del estudiante Matías Montero</u> (La Nación, 19 de febrero de 1934)
20 febrero 1934	<u>La Falange y la F.U.E.</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)

22 febrero 1934	<u>¡Alarma!</u> (FE, 22 de febrero de 1934)
22 febrero 1934	<u>Alas de España</u> (FE, 22 de febrero de 1934)
22 febrero 1934	<u>"Como aquel Doncel de Sigüenza..."</u> (FE, 22 de febrero de 1934)
22 febrero 1934	<u>F.E. y J.O.N.S.</u> (FE, 22 de febrero de 1934)
25 febrero 1934	<u>Discurso pronunciado en Carpio de Tajo (Toledo)</u> (FE, 1 de marzo de 1934)
28 febrero 1934	<u>Los vascos y España</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
1 marzo 1934	<u>La guardia de Europa</u> (FE, 1 de marzo de 1934)
1 marzo 1934	<u>Cronos, bromista</u> (FE, 1 de marzo de 1934)
4 marzo 1934	<u>Discurso de proclamación de Falange española de las J.O.N.S.</u> (Pronunciado en el teatro Calderón de Valladolid)
8 marzo 1934	<u>Defunción</u> (FE, 8 de marzo de 1934)
10 marzo 1934	<u>Palabras pronunciadas en el entierro del camarada Ángel Montesinos Carbonell</u> (La Nación, 10 de marzo de 1934 y FE, 12 de abril de 1934)
8 abril 1934	<u>Palabras pronunciadas en Bilbao a los camaradas de la Falange</u> (El Correo Español–El Pueblo Vasco, Bilbao, 8 de octubre de 1938)
11 abril 1934	<u>Ambiente de una entrevista</u> (ABC, 11 de abril de 1934)
12 abril 1934	<u>La República de orden</u> (FE, 12 de abril de 1934)
12 abril 1934	<u>Interruptores</u> (FE, 12 de abril de 1934)
13 abril 1934	<u>La Falange española de las J.O.N.S. nada tiene que ver con Fascismo Español</u> (Luz, de Madrid, 13 de abril de 1934)
16 abril 1934	<u>Ensayo sobre el nacionalismo</u> (Revista JONS, 16 de abril de 1934)
9 abril 1934	<u>Carta a un estudiante que se queja de que F.E. no es duro</u> (FE, 19 de abril de 1934)
19 abril 1934	<u>Una perra</u> (FE, 19 de abril de 1934)
22 abril 1934	<u>Resumen del discurso pronunciado en Puebla de Almoradiel (Toledo)</u> (FE, 26 de abril de 1934)
26 abril 1934	<u>Un manifiesto a España</u> (FE, 26 de abril de 1934)
26 abril 1934	<u>Veteranía</u> (FE, 26 de abril de 1934)
27 abril 1934	<u>En el acto de El Escorial.- Entrevista celebrada con Irene Polo, redactora de L'Opinio, de Barcelona</u> (El Socialista, 27 de abril de 1934)
28 abril 1934	<u>Revolución</u> (La Nación, 28 de abril de 1934)
20 mayo 1934	<u>Resumen del discurso pronunciado en Fuensalida (Toledo)</u> (La Nación, 21 de mayo de 1934)
27 mayo 1934	<u>Extracto del discurso pronunciado en Burriana (Castellón de la Plana), en el Teatro Oberón</u> (Las Provincias, Valencia, 30 de mayo de 1934)
30 mayo 1934	<u>Luz nueva en España</u> (Artículo escrito por José Antonio para el semanario <i>España Sindicalista</i> , de Zaragoza, que no llegó a publicarse)

1 junio 1934	<u>Los diez puntos de El Escorial</u> (De "No fue posible la paz", José María Gil Robles, página 442.)
Se organiza la C.O.N.S. (Central Obrera Nacional-Sindicalista): 4 de junio de 1934	
6 junio 1934	<u>Juicio sobre la dictadura y la necesidad de la revolución nacional</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
14 junio 1934	<u>Amargura de España</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
15 junio 1934	<u>Manifiesto de F.E. de las J.O.N.S.</u> (<i>La Nación</i> , 15 de junio de 1934 y <i>Libertad</i> , 16 de junio de 1934)
25 junio 1934	<u>Un incidente en la sesión de cortes</u> (<i>La Nación</i> , 26 de junio de 1934)
27 de junio 1934	<u>El Parlamento, contra José Antonio</u> (Dictamen de la Comisión de Suplicatorios de las Cortes)
3 julio 1934	<u>Ironía sobre el Parlamento</u> (Palabras pronunciadas en el Parlamento)
3 julio 1934	<u>Romanticismo, Revolución, Violencia</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
5 julio 1934	<u>España a la deriva</u> (<i>FE</i> , 5 de julio de 1934)
Se organiza la Sección Femenina: 12 de julio de 1934	
12 julio 1934	<u>El separatismo sin máscara</u> (<i>FE</i> , 12 de julio de 1934)
12 julio 1934	<u>Una nota de la Junta de Mando</u> (<i>FE</i> , 12 de julio de 1934)
12 julio 1934	<u>Así se gobierna</u> (<i>FE</i> , 12 de julio de 1934)
12 julio 1934	<u>Gamas de la persecución</u> (<i>FE</i> , 12 de julio de 1934)
12 julio de 1934	<u>El centro de Sevilla</u> (<i>FE</i> , 12 de julio de 1934)
19 julio 1934	<u>España es irrevocable</u> (<i>FE</i> , 19 de julio de 1934)
22 julio 1934	<u>Resumen del discurso pronunciado en Callosa del Segura (Alicante)</u> (<i>La Nación</i> , 23 de julio de 1934)
13 agosto 1934	<u>Reportaje aparecido en "La Rambla" de Barcelona</u> (Transcrito en <i>Luz</i> , de Madrid, 14 de agosto de 1934)
14 agosto 1934	<u>Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander</u> (<i>El Diario Montañés</i> , Santander, 15 de agosto de 1934)
15 agosto 1934	<u>Discurso pronunciado en Pamplona, en el centro local de Falange</u> (<i>Pueblo Vasco</i> , San Sebastián, 17 de agosto de 1934)
18 agosto 1934	<u>José Antonio no veranea</u> (Reportaje en <i>Estampa</i> , de Madrid, el 18 de agosto de 1934)
27 agosto 1934	<u>De frente a un nuevo año</u> (<i>Libertad</i> , Valladolid, 27 de agosto de 1934)
28 agosto 1934	<u>Declaraciones de José Antonio Primo de Rivera en Bilbao</u> (<i>El Pueblo Vasco</i> , San Sebastián, 28 de agosto de 1934)
3 septiembre 1934	<u>Un Consejo Nacional de Falange española de las J.O.N.S.</u> (<i>La Nación</i> , 3 de septiembre de 1934)
septiembre 1934	<u>Octavilla que repartió Falange española, antes de la huelga revolucionaria</u>
12 septiembre 1934	<u>Un llamamiento apremiante de la Falange española de las J.O.N.S.</u> (<i>La Nación</i> , 12 de septiembre de 1934)
24 septiembre 1934	<u>Carta al General Franco</u> (Madrid, 24 de septiembre de 1934)

Primer Consejo Nacional de F.E. de las J.O.N.S. (4 de octubre de 1934)	
4 octubre 1934	<u>Palabras pronunciadas en Madrid al ser elegido primer Jefe Nacional de la Falange Española de las J.O.N.S.</u> (Francisco Bravo: " <i>José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada</i> ", pág. 60)
5 octubre 1934	<u>El frente nacional es una necesidad</u> (Libro de Actas de Falange Española, Madrid, 5 de octubre de 1934)
Revolución marxista y separatista (6 de octubre de 1934)	
6 octubre 1934	<u>Alerta a la Falange</u> (Nota redactada por José Antonio en la noche del 6 de octubre de 1934. Autógrafo de la colección de Ernesto Giménez Caballero)
7 octubre 1934	<u>Alerta a los trabajadores</u> (Manifiesto redactado por José Antonio el 7 de octubre de 1934, Joaquín Arrarás Iribarne: " <i>Historia de la Cruzada española</i> ", volumen II, tomo 7, pág., 443)
7 octubre 1934	<u>Reseña de la arenga pronunciada en Madrid, en el local de Marques del Riscal</u> (Francisco Bravo Martínez: " <i>Historia de la Falange</i> ", pág. 173)
octubre 1934	<u>Aquí Falange</u> (Octavilla que se repartía en los actos marxistas en el año 1934)
7 octubre 1934	<u>La Unidad Nacional</u> (Palabras pronunciadas en la Puerta del Sol, Madrid, frente al Ministerio de la Gobernación)
9 octubre 1934	<u>La juventud y el 6 de octubre</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
11 octubre 1934	<u>La asistencia de Falange durante la huelga</u> (Nota en <i>La Nación</i> , Madrid, 11 de octubre de 1934)
13 octubre 1934	<u>Manifiesto a la Falange</u> (Madrid, 13 de octubre de 1934)
13 octubre 1934	<u>Consigna para todos los afiliados</u> (Madrid, 13 de octubre de 1934)
21 octubre 1934	<u>Palabras pronunciadas en Madrid, en el local de Falange, en la calle de Marques del Riscal</u> (Del libro de Ximénez de Sandoval: " <i>José Antonio</i> ", páginas 355-356.)
22 octubre 1934	<u>Una ocasión de España</u> (<i>Libertad</i> , Valladolid, 22 de octubre de 1934)
28 octubre 1934	<u>José Antonio ante la tragedia de Asturias</u> (Entrevista en <i>ABC</i> , Madrid, 28 de octubre de 1934)
29 octubre 1934	<u>José Antonio en Oviedo</u> (Declaraciones en <i>La Nación</i> , el 29 de octubre de 1934)
noviembre 1934	<u>Carta a un militar español</u> (Madrid, noviembre de 1934)
6 noviembre 1934	<u>Guerra en el Parlamento</u> (Madrid, 6 de noviembre de 1934)
6 noviembre 1934	<u>Doctrina de la revolución española</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
9 noviembre 1934	<u>Homenaje a Oreja Elósegui</u> (Palabras pronunciadas en el Parlamento)
Noviembre 1934	<u>Puntos programáticos de Falange española de las J.O.N.S.</u> (Madrid, noviembre 1934)
11 noviembre 1934	<u>Un hombre, un partido</u> (<i>Blanco y Negro</i> , Madrid, 11 de noviembre de 1934)
13-15 noviembre 1934	<u>Defensa de la Falange</u> (Discursos pronunciados en el Parlamento)
21 noviembre 1934	<u>Ante la injerencia de abogados extranjeros</u> (<i>La Nación</i> , 21 de noviembre de 1934)

29 noviembre 1934	<u>Nacional sindicalismo.- A los comerciantes, industriales y labradores de España</u> (<i>La Nación</i> , 29 de noviembre de 1934)
30 noviembre 1934	<u>Calvo Sotelo y la Falange</u> (<i>ABC</i> , Madrid, 30 de noviembre de 1934)
30 noviembre 1934	<u>España y Cataluña</u> 11 diciembre 1934 (Discursos pronunciados en el Parlamento)
1 diciembre 1934	<u>Sobre el punto 25</u> (<i>ABC</i> , Madrid, 1 de diciembre de 1934)
14 diciembre 1934	<u>Una justicia social profunda</u> (Cuartilla que José Antonio entregó al periodista portugués Oscar Paxeco, corresponsal de <i>Diário Da Manhã</i> , de Lisboa. Edición del 20 de noviembre de 1943)
19 diciembre 1934	<u>Falange española de las J.O.N.S. no es un movimiento fascista</u> (Nota publicada en la Prensa española el 19 de diciembre de 1934), redactada por José Antonio.
23 diciembre 1934	<u>Peregrinaje de la Falange</u> (Versión de Felipe Ximénez de Sandoval: " <i>José Antonio</i> ", págs. 379-380)
5 enero 1935	<u>Extracto de la conferencia pronunciada en San Sebastián, con motivo de la inauguración de los locales de la Falange, en la calle Garibay, num. 27</u> (Proporcionado por el Subjefe Provincial del Movimiento de Guipúzcoa, camarada Juan Aizpurúa)
9 enero 1935	<u>Ideas y notas.- Conversación con Primo de Rivera</u> (Entrevista con José María Salaverría en <i>El Pueblo Vasco</i> , de San Sebastián, 9 de enero de 1935)
12 enero 1935	<u>Tenemos una fe resuelta</u> (De la entrevista cinematográfica filmada en Chamartín de la Rosa, figura incluido en el reportaje <i>¡Presente!</i> , dirigido por José Luis Sáenz de Heredia)
Constitución del S.E.U. (20 de enero de 1935)	
20 enero 1935	<u>Discurso en el acto de Constitución del S.E.U., en Valladolid</u> (<i>La Nación</i> , Madrid, 21 de enero de 1935)
25 enero 1935	<u>El 6 de octubre, el estado de guerra y la Falange</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
27 enero 1935	<u>Palabras de José Antonio ante la tumba del primer caído, José Ruiz de la Hermosa, en Daimiel (C. Real)</u> (De " <i>Historia de la Falange de Daimiel</i> ," de Marcelino Sanromá)
8 febrero 1935	<u>Orden general de José Antonio a los jefes locales y afiliados de Falange, dada en Madrid</u> (Del Museo de la Falange de Cáceres)
10 febrero 1935	<u>Diálogo que mantuvieron en Salamanca José Antonio y don Miguel de Unamuno</u> (F. Bravo: " <i>El Hombre, el Jefe, el Camarada</i> ", páginas, 85 y 90.)
10 febrero 1935	<u>Resumen del discurso pronunciado en el teatro Bretón de Salamanca</u> (<i>El Adelanto</i> , Salamanca, 12 de febrero de 1935)
10 febrero 1935	<u>Matías Montero: 9 de febrero de 1934</u> Palabras pronunciadas en la tarde del día 10 de febrero de 1935, en la velada necrológica celebrada en los locales de " <i>La Única</i> ". Madrid (<i>Arriba</i> , 21 de marzo de 1935)
17 febrero 1935	<u>Conferencia pronunciada en Zaragoza en el cinema Alhambra, en el curso organizado por el Ateneo sobre el tema "El nuevo orden"</u> (Síntesis de las reseñas publicadas por <i>Heraldo de Aragón</i> y <i>El Noticiero</i> , de Zaragoza, 19 de febrero de 1935)
19 febrero 1935	<u>Palabras en el homenaje de acción española a Eugenio Montes, celebrado en el Hotel Ritz, Madrid</u> (<i>La Época</i> , Madrid, 22 de febrero 1935)
24 febrero 1935	<u>Extracto del discurso pronunciado en Toledo, en el Cine Moderno</u> (<i>La Época</i> , Madrid, 25 de febrero de 1935)

24 febrero 1935	<u>"Entraña y estilo, he aquí lo que compone a España"</u> Brindis de José Antonio en el banquete a Eugenio Montes, celebrado en el café de San Isidro, de Madrid (<i>La Nación</i> , Madrid, 25 de febrero de 1935)
febrero 1935	<u>Formas adecuadas a nuestra existencia actual</u> Expuesta a un redactor de la Agencia <i>Havas</i> (De F. Ximénez de Sandoval, <i>"Biografía de José Antonio"</i> , págs. 356-357)
3 marzo 1935	<u>España y la barbarie</u> (Conferencia pronunciada en el teatro Calderón, de Valladolid)
16 marzo 1935	<u>Extracto del discurso pronunciado en Corrales (Zamora)</u> (<i>La Nación</i> , 18 de marzo de 1935)
17 marzo 1935	<u>Versión del discurso pronunciado en Villagarcía de Arosa (Pontevedra), en el teatro Villagarcía</u> (Fernando Meleiro <i>"Anecdotario de la Falange de Orense,"</i> págs. 62-63)
Nacimiento del Semanario "Arriba" (21 de marzo de 1933)	
21 marzo 1935	<u>España estancada</u> (<i>Arriba</i> , 21 de marzo 1935)
21 marzo 1935	<u>Falange española de las J.O.N.S. y las elecciones</u> (<i>Arriba</i> , 21 de marzo 1935)
21 marzo 1935	<u>Arte de identificar "revolucionarios"</u> (<i>Arriba</i> , 21 de marzo de 1935)
21 marzo 1935	<u>De cómo se administra la justicia histórica</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
Nacimiento del Semanario "Haz" del S.E.U. (26 de marzo de 1935)	
26 marzo 1935	<u>España incomoda</u> (<i>Haz</i> , 26 de marzo de 1935)
28 marzo 1935	<u>El alijo</u> (<i>Arriba</i> , 28 de marzo de 1935)
28 marzo 1935	<u>Reportajes posibles</u> (<i>Arriba</i> , 28 de marzo de 1935)
28 marzo 1935	<u>La contrarrevolución</u> (<i>Arriba</i> , 28 de marzo de 1935)
28 marzo 1935	<u>Los socialistas predicán otra vez la revolución social</u> (<i>Arriba</i> , 28 de marzo 1935)
28 marzo 1935	<u>Y a los armadores</u> (<i>Arriba</i> , 28 de marzo de 1935)
28 marzo 1935	<u>La Revolución necesaria</u> (<i>Arriba</i> , 28 de marzo de 1935)
28 marzo 1935	<u>Estado, Individuo y Libertad</u> Conferencia pronunciada en el Curso de Formación organizado por F.E. de las J.O.N.S. (<i>Arriba</i> , 4 de abril de 1935)
4 abril 1935	<u>Lo nacional y lo burgués</u> (<i>Arriba</i> , 4 de abril de 1935)
4 abril 1935	<u>Siete de octubre</u> (<i>Arriba</i> , 4 de abril de 1935)
4 abril 1935	<u>Cabaret</u> (<i>Arriba</i> , 4 de abril de 1935)
7 abril 1935	<u>Resumen del discurso pronunciado en el Teatro Principal, de Jaén</u> (<i>Arriba</i> , 11 de abril de 1935)
9 abril 1935	<u>Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo</u> Conferencia pronunciada en el Círculo Mercantil de Madrid
11 abril 1935	<u>En memoria de José García Vara</u> (<i>Arriba</i> , 11 de abril de 1935)
11 abril 1935	<u>El nuevo gobierno y el fracaso del orden constitucional</u> (<i>Arriba</i> , 11 de abril de 1935)
11 abril 1935	<u>Palabras pronunciadas en la apertura del Consejo Nacional del S.E.U.</u> (<i>Arriba</i> , 18 de abril de 1935)

11 abril 1935	<u>Ante la profanación de la tumba del Capitán Galán</u> (Nota de la Falange en <i>Arriba</i> , 11 de abril de 1935)
18 abril 1935	<u>1931-1935</u> (<i>Arriba</i> , 18 de abril de 1935)
18 abril 1935	<u>Lección gritada</u> (<i>Arriba</i> , 18 de abril de 1935)
25 abril 1935	<u>El pacto de los cuatro</u> (<i>Arriba</i> , 25 de abril de 1935)
25 abril 1935	<u>Asistencia</u> (<i>Arriba</i> , 25 de abril de 1935)
28 abril 1935	<u>Lo femenino y la Falange. Discurso y palabras pronunciadas en Don Benito (Badajoz)</u> (<i>Arriba</i> 2 de mayo de 1935)
abril 1935	Circular redactada por José Antonio a propósito de la solución dada a la crisis de octubre (Madrid, abril de 1935)
2 mayo 1935	<u>El barco</u> (<i>Arriba</i> , 2 de mayo de 1935)
3 mayo 1935	<u>Conferencia pronunciada en Barcelona, en el local social de Falange española, de la calle Rosich, 4</u> (<i>La Vanguardia</i> . Barcelona, 4 de mayo de 1935)
9 mayo 1935	<u>El nuevo triunfo de la "CEDA"</u> (<i>Arriba</i> , 9 de mayo de 1935)
12 mayo 1935	<u>Resumen del discurso pronunciado en el Gran Teatro de Córdoba</u> (<i>Arriba</i> , 16 de mayo de 1935)
12 mayo 1935	<u>Extracto de las palabras dirigidas a los camaradas campesinos de Puente Palmera (Córdoba)</u> (Versión del camarada Manuel Rodríguez Hens)
16 mayo 1935	<u>La mediocridad estabilizada</u> (<i>Arriba</i> , 16 de mayo de 1935)
19 mayo 1935	<u>Discurso sobre la revolución española</u> (Pronunciado en el cine Madrid, de Madrid)
20 mayo 1935	<u>El último número de "Libertad"</u> (<i>Libertad</i> , Valladolid, 20 mayo de 1935)
20 mayo 1935	<u>El acto de Madrid y la prensa</u> (De la Prensa de Madrid, 20 de mayo de 1935)
23 mayo 1935	<u>Una jornada memorable</u> (<i>Arriba</i> , 23 de mayo de 1935)
25 mayo 1935	<u>Resumen de las palabras pronunciadas en León</u> (<i>Arriba</i> , 30 de mayo de 1935)
26 mayo 1935	<u>Resumen del discurso pronunciado en el Teatro Principal de Oviedo</u> (<i>Arriba</i> , 30 de mayo de 1935)
30 mayo 1935	<u>Resumen del discurso relativo a los mítines celebrados en Mota del Cuervo (Cuenca) y en Campo de Criptana (Ciudad Real)</u> (<i>Arriba</i> , 6 de junio de 1935)
30 mayo 1935	<u>Azaña</u> (<i>Arriba</i> , 30 de mayo de 1935)
6 junio 1935	<u>Traidores</u> (<i>Arriba</i> , 6 de junio de 1935)
13 junio 1935	<u>El sistema anémico</u> (<i>Arriba</i> , 13 de junio de 1935)
13 junio 1935	<u>Política española</u> (<i>Arriba</i> , 13 de junio de 1935)
Reunión de la Junta Política en Gredos (15 y 16 de junio de 1935)	
15 junio 1935	<u>Temas y conceptos que explayó José Antonio en la reunión celebrada en Gredos, con asistencia de los miembros de la Junta Política y de sus consejeros</u> (Versión de Francisco Bravo y de Joaquín Arrarás)

24 junio 1935	<u>Apatía y esterilidad</u> (<i>Arriba</i> , 24 de junio de 1935)
27 junio 1935	<u>Nupcias estériles</u> (<i>Arriba</i> , 27 de junio de 1935)
4 julio 1935	<u>Muchedumbre</u> (<i>Arriba</i> , 4 de julio de 1935)
4 julio 1935	<u>El divorcio</u> (<i>Arriba</i> , 4 de julio de 1935)
5 julio 1935	<u>Los viejos rencores</u> (<i>La Vanguardia</i> , de Barcelona, 5 de julio de 1935)
15 julio 1935	<u>Sentido heroico de la milicia</u> (<i>Haz</i> , 15 de julio de 1935)
19 julio 1935	<u>Mientras España duerme la siesta</u> (<i>Haz</i> , 19 de julio de 1935)
21 julio 1935	<u>Discurso pronunciado en el teatro Cervantes de Málaga</u>
22 julio 1935	<u>Resumen del discurso pronunciado en la plaza de toros de Madridejos (Toledo)</u> (<i>Haz</i> , 29 de julio de 1935)
23-24 julio 1935	<u>Sobre la reforma agraria</u> (Discursos pronunciados en el Parlamento)
31 julio 1935	<u>El bolcheviquismo</u> (<i>ABC</i> , 31 de julio de 1935)
Agosto 1935	<u>La tradición y la revolución</u> (Prólogo al libro " <i>¡Arriba España!</i> " de J. Pérez de Cabo)
11 septiembre 1935	<u>José Antonio en Montreux</u> (<i>Fuerza Nueva</i> , 24 de julio de 1976)
2 octubre 1935	<u>Sobre la política internacional española.</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
12 octubre 1935	<u>Acerca de la revolución</u> (<i>Haz</i> , 12 de octubre de 1935)
18 octubre 1935	<u>Convocatoria del segundo Consejo Nacional</u> (F. Bravo Martínez: " <i>Historia de la Falange Española</i> ", págs. 102-103)
20 octubre 1935	<u>Recompensas a la Falange de Sevilla</u> (Sancho Dávila y Julián Pemartín: " <i>Hacia la historia de la Falange</i> ", tomo I, págs. 134-136)
28 octubre 1935	<u>Sobre el "Estraperlo"</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
31 octubre 1935	<u>Azaña.- La revolución, ocasión de un César</u> (<i>Arriba</i> , 31 de octubre de 1935)
31 octubre 1935	<u>El "Estraperlo"</u> (<i>Arriba</i> , 31 de octubre de 1935)
31 octubre 1935	<u>Por nuestro diario</u> (<i>Arriba</i> , 31 de octubre de 1935)
7 noviembre 1935	<u>Hojas de la Falange.- Labradores</u> (<i>Arriba</i> , 7 de noviembre de 1935)
7 noviembre 1935	<u>Juventudes a la intemperie</u> (<i>Arriba</i> , 7 de noviembre de 1935)
8 noviembre 1935	<u>Los muertos de la Falange en el Parlamento</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
11 noviembre 1935	<u>Derecho y política</u> Extracto de la conferencia pronunciada en la inauguración del curso del Sindicato Español Universitario (<i>Arriba</i> , 28 de noviembre de 1935)
Segundo Consejo Nacional de F.E. de las J.O.N.S. (15 y 16 de noviembre de 1935)	
17 noviembre 1935	<u>Discurso de clausura del II Consejo Nacional de la Falange</u> (Pronunciado en el cine Madrid, de Madrid)
21 noviembre 1935	<u>Sobre los profesionales extranjeros en España</u> 4 diciembre 1935 (Discursos pronunciados en el Parlamento)

21 noviembre 1935	<u>Hojas de la Falange.- Obreros españoles</u> (<i>Arriba</i> , 21 de noviembre de 1935)
28 noviembre 1935	<u>En vísperas del baile de máscaras</u> (<i>Arriba</i> , 28 de noviembre de 1935)
5 diciembre 1935	<u>Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset</u> (<i>Haz</i> , 5 de diciembre de 1935)
5 diciembre 1935	<u>Hojas de la Falange. Industriales, comerciantes, labradores, ganaderos, pescadores, artesanos, empresarios, productores de España.- Hojas de la Falange</u> (<i>Arriba</i> , 5 de diciembre de 1935)
5 diciembre 1935	<u>El frente nacional</u> (<i>Arriba</i> , 5 de diciembre de 1935)
5 diciembre 1935	<u>Prudencia</u> (<i>Arriba</i> , 5 de diciembre de 1935)
5 diciembre 1935	<u>Entre caballeros</u> (<i>Arriba</i> , 5 de diciembre de 1935)
7 diciembre 1935	<u>El asunto "Nombela"</u> (Discurso pronunciado en el Parlamento)
Ante las elecciones de 1936 (diciembre de 1935)	
12 diciembre 1935	<u>El momento político</u> Notas tomadas por el periodista José Montero Alonso, que no llegaron a publicarse (La entrevista se publicó en <i>Fotos</i> , 18 de noviembre de 1939)
18 diciembre 1935	<u>"Falange Española de las J.O.N.S. y el frente nacional"</u> (<i>La Época</i> , Madrid, 19 de diciembre de 1935)
19 diciembre 1935	<u>El jefe que se equivocó</u> (<i>Arriba</i> , 19 de diciembre de 1935)
22 diciembre 1935	<u>Discurso pronunciado en el Frontón Betis de Sevilla</u> (<i>Arriba</i> , 26 de diciembre de 1935)
25 diciembre 1935	<u>Sobre las elecciones de 1936</u> (<i>Blanco y Negro</i> , 25 diciembre de 1935)
26 diciembre 1935	<u>Palabras pronunciadas en la clausura del II Consejo Nacional del S.E.U.</u> (<i>Arriba</i> , 26 de diciembre de 1935)
26 diciembre 1935	<u>España al azar</u> (<i>Arriba</i> , 26 de diciembre de 1935)
26 diciembre 1935	<u>Los partidos se preparan para el sorteo</u> (<i>Arriba</i> , 26 de diciembre de 1935)
diciembre 1935	<u>Hojas de la Falange.- A los maestros españoles</u>
28 diciembre 1935	<u>Circular a los mandos</u> (Madrid, 28 de diciembre de 1935)
29 diciembre 1935	<u>Resumen del discurso pronunciado en Quintanar del Rey (Cuenca)</u> (<i>Arriba</i> , 2 de enero de 1936)
1 enero 1936	<u>Conferencia pronunciada en Jerez de la Frontera (Cádiz), en el teatro Eslava</u> (<i>Diario de Jerez</i> , Jerez de la Frontera, 2 de enero de 1936)
2 enero 1936	<u>Ante las sombras de 1936</u> (<i>Arriba</i> , 2 de enero de 1936)
5 enero 1936	<u>Resumen del discurso pronunciado en Alcañiz (Teruel)</u> Versión de José Antonio Giménez Arnáu. (<i>Arriba</i> , 9 de enero de 1936 y 7 de diciembre de 1952)
6 enero 1936	<u>A todos los Jefes Territoriales y Provinciales de la Falange española de las J.O.N.S.</u> Circular
9 enero 1936	<u>En estos momentos: más que nunca, fe en el mando</u> (<i>Arriba</i> , 9 de enero de 1936)
9 enero 1936	<u>Ha fenecido el II bienio</u> (<i>Arriba</i> , 9 de enero de 1936)

10 enero 1936	<u>España dividida en partidos</u> Entrevista concedida al periodista francés André Nicolas (Felipe Ximénez de Sandoval: "José Antonio", página 614)
11 enero 1936	<u>Resumen del discurso pronunciado en el teatro Liceo, de Ávila</u> (Arriba, 16 de enero de 1936)
12 enero 1936	<u>Resumen del discurso pronunciado en el teatro Calderón de Valladolid</u> (El Norte de Castilla, Valladolid, 14 de enero de 1936)
12 enero 1936	<u>Ante las elecciones</u> Manifiesto. (Arriba, 16 de enero de 1936)
14 enero 1936	<u>El frente nacional ante las elecciones</u> (Diario de Jerez, Jerez de la Frontera, 14 de enero de 1936)
19 enero 1936	<u>Discurso pronunciado en el teatro Norba de Cáceres</u> (Arriba, 23 de enero de 1936)
23 enero 1936	<u>Aún no se sabe a dónde va esto</u> (Arriba, 23 de enero de 1936)
26 enero 1936	<u>Discurso pronunciado en el Frontón Cinema de Zaragoza</u> (Arriba, 30 de enero de 1936)
26 enero 1936	<u>Resumen del discurso pronunciado en el Teatro Pereda de Santander</u> (Arriba, 30 de enero de 1936)
28 enero 1936	<u>Discurso pronunciado en Oviedo, en el mitin celebrado simultáneamente en los teatros del Principado y Santa Cruz</u> (Arriba, 13 de febrero de 1936)
30 enero 1936	<u>La situación política.- El poder irónico</u> (Arriba, 30 de enero de 1936)
1 febrero 1936	<u>Resumen del discurso pronunciado en Linares (Jaén) en el mitin de propaganda celebrado simultáneamente en los teatros Olimpia y San Ildefonso</u> (La Época, Madrid, 3 de febrero de 1936)
2 febrero 1936	<u>La Falange ante las elecciones de 1936</u> (Discurso pronunciado en el Cinema Europa, de Madrid (Arriba, 6 de febrero de 1936)
6 febrero 1936	<u>A los afiliados y simpatizantes, a todos los españoles</u> (La Época, 6 de febrero de 1936)
8 febrero 1936	<u>Resumen del discurso pronunciado en el teatro principal de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)</u> (Arriba, 13 de febrero de 1936)
9 febrero 1936	<u>Elecciones y parlamento.- Triunfarán las derechas, dice el señor Primo de Rivera</u> Entrevista (El Sol, 9 de febrero de 1936)
11 febrero 1936	<u>Nota en Arriba.- El austero aislamiento</u> (El Sol, Madrid, 12 de febrero de 1936)
11 febrero 1936	<u>Síntesis del discurso pronunciado en el teatro Norba de Cáceres</u> (La Época, de Madrid y ABC, de Sevilla, 12 de febrero de 1936)
13 febrero 1936	<u>Reseña del discurso pronunciado en Trujillo (Cáceres), en el teatro Gabriel y Galán</u> (Semanario La Muralla, de Trujillo, 16 de febrero de 1936)
13 febrero 1936	<u>Extracto del discurso pronunciado en Logrosán (Cáceres)</u> (Heraldo de Aragón, 14 de febrero de 1936)
13 febrero 1936	<u>El problema político no es de régimen.- Un reportaje con el periodista portugués Armando Boaventura</u> (Diario de Noticias, Lisboa, 13 de febrero de 1936)
14 febrero 1936	<u>Extracto del discurso pronunciado en Gijón, Asturias, en el Cinema Campos Elíseos</u> (El Comercio, Gijón, 15 de febrero de 1936)
14 febrero 1936	<u>El voto de la mujer</u> (La Voz, de Madrid, 14 de febrero de 1936)

Triunfo del Frente Popular (16 de febrero de 1936)	
20 febrero 1936	<u>Palabras pronunciadas en el centro de Falange, en la calle de Nicasio Gallego, 21, de Madrid (último local de la organización)</u> (Versión de Alfonso Gallego Cortés y Carlos Juan Ruiz de la Fuente)
21 febrero 1936	<u>Instrucciones a todas las jefaturas territoriales, provinciales y de las J.O.N.S.</u> Circular
23 febrero 1936	<u>Aquí está Azaña</u> (<i>Arriba</i> , 23 de febrero de 1936)
5 marzo 1936	<u>Cataluña y el 6 de octubre</u> (<i>Arriba</i> , 5 de marzo de 1936)
5 marzo 1936	<u>Por mal camino</u> (<i>Arriba</i> , 5 de marzo de 1936)
José Antonio es detenido y encarcelado en Madrid (14 de marzo de 1936)	
14 marzo 1936	<u>La voz del jefe desde el calabozo</u> (Hoja escrita en los sótanos de la Dirección General de Seguridad de Madrid)
19 marzo 1936	<u>Una nota de Falange Española</u> (<i>La Época</i> , Madrid, 19 de marzo de 1936)
20 marzo 1936	<u>Circular reservada para los Jefes</u> (Patricio González de Canales: " <i>La Falange y el 18 de julio</i> ", en <i>Informaciones</i> , de Madrid, 18 de julio de 1936)
abril 1936	<u>El ruido y el estilo</u> (Artículo escrito para <i>Informaciones</i> , que no llegó a publicarse por prohibición de la censura)
30 abril 1936	<u>Vista en la Cárcel Modelo, de Madrid, de la causa contra los directivos de la Falange Española.- Interrogatorio a José Antonio</u> (<i>La Gaceta del Norte</i> , Bilbao, 31 de mayo de 1936)
30 abril 1936	<u>El manifiesto electoral de Cuenca</u> (<i>ABC</i> , Madrid, 30 de abril de 1936)
4 mayo 1936	<u>Carta a los militares de España</u> (Hoja escrita en la cárcel Modelo, de Madrid)
13 mayo 1936	<u>Circular a todas las jefaturas territoriales, provinciales y de las J.O.N.S.</u>
20 mayo 1936	<u>El gobierno, fuera de la ley.- Falange Española de las J.O.N.S., declarada lícita por los tribunales, sigue soportando el atropello gubernativo</u> (<i>No Importa</i> , 20 de mayo de 1936)
23 mayo 1936	<u>Prieto se acerca a la Falange</u> (<i>Aquí estamos</i> , Palma de Mallorca, 23 de mayo de 1936)
José Antonio es conducido a la prisión provincial de Alicante (5 de junio de 1936)	
6 junio 1936	<u>Justificación de la violencia</u> (<i>No Importa</i> , 6 de junio de 1936)
16 junio 1936	<u>Respuesta que José Antonio dio al cuestionario que le fue enviado por el periodista Ramón Blardony y que fue cursada por Agustín Peláez</u>
20 junio 1936	<u>Vista a la derecha.- Aviso a los "madrugadores": la Falange no es una fuerza cipaya</u> (<i>No Importa</i> , 20 de junio de 1936)
20 junio 1936	<u>La Falange, lícita.- El gobierno, faccioso y cobarde</u> (<i>No Importa</i> , 20 de junio de 1936)
24 junio 1936	<u>A todas las Jefaturas Territoriales y Provinciales</u> (Circular.- Prisión Provincial de Alicante)
29 junio 1936	<u>A la Primera Línea de Madrid</u> (Consigna.- Prisión Provincial de Alicante)
29 junio 1936	<u>A las Jefaturas Territoriales y Provinciales</u> (Circular.- Prisión Provincial de Alicante)

Alzamiento Nacional.- Comienzo del Movimiento político español (17 y 18 de julio de 1936)	
17 julio 1936	<u>El último manifiesto de José Antonio</u> (Prisión Provincial de Alicante)
24 octubre 1936	<u>La entrevista con Jay Hallen en Alicante</u> (Extracto de la entrevista celebrada por el reportero Jay Hallen para el periódico <i>New Chronicle</i> , de Londres, 24 de octubre de 1936)
5 noviembre 1936	<u>Guión de un manifiesto político inconcluso redactado en la Prisión Provincial de Alicante</u> (Revista <i>Mañana</i> , de Méjico, 24 de mayo de 1947)
Proceso de Alicante.- Piezas fundamentales de la defensa (10 a 18 de noviembre de 1936)	
10 noviembre 1936	<u>Declaraciones de José Antonio en el sumario incoado por el juzgado especial de Alicante</u> (Francisco Bravo: <i>"José Antonio ante la justicia roja"</i> , Madrid, 1941)
16 a 18 de noviembre 1936. <u>El proceso de Alicante</u>	
16 noviembre 1936	<u>Admisión de prueba del abogado José Antonio Primo de Rivera, en el proceso de Alicante</u> (Del libro <i>"Frente a frente"</i> , de José María Mancisidor, Madrid, 1963)
16 noviembre 1936	<u>Interrogatorio de José Antonio Primo de Rivera y Sáinz de Heredia, en Alicante</u> (Del libro <i>"Frente a frente"</i> , de José María Mancisidor, Madrid, 1963)
17 noviembre 1936	<u>Conclusiones definitivas de José Antonio en el proceso de Alicante</u> (Del libro <i>"Frente a frente"</i> , de José María Mancisidor, Madrid, 1963)
17 noviembre 1936	<u>Informe de la defensa de José Antonio, como abogado de sí mismo, de su hermano Miguel, y de su cuñada Margarita Larios</u> (Del libro <i>"Frente a frente"</i> , de José María Mancisidor, Madrid, 1963)
Testamento de José Antonio Primo de Rivera (18 de noviembre de 1936). Prisión Provincial de Alicante.	
18 noviembre 1936	<u>Testamento de José Antonio Primo de Rivera</u>
18 noviembre 1936	<u>Disposiciones y mandas sobre la administración de sus bienes</u>

EPISTOLARIO (1925 - 1936)

A Ramón Serrano Súñer. Año 1925, Madrid

A Juan G. Lázaro. 26 de agosto de 1925, Madrid

A Juan Notario Cánovas. 25 de septiembre de 1925, Madrid

A Mercedes Díez y de Zurita. 21 de julio de 1926, Madrid

A S. M. Don Alfonso XIII. 27 de febrero de 1928, Madrid

A Desiderio Gutiérrez. 26 de febrero de 1928, Madrid

A Pascual Ruiz Salinas. 10 de noviembre de 1928, Madrid

A la señorita A.M.C.S. 13 de junio de 1929, Madrid

A César González Ruano. 15 de marzo de 1930, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. 15 de marzo de 1930, Madrid

A José María Pemán. 30 de abril de 1930, Madrid

Al General Dámaso Berenguer. 5 de mayo de 1930, Madrid

A Julián Pemartín. 27 de mayo de 1930, Madrid

Al Director del Diario de Cádiz. 5 de julio de 1930, Jerez de la Frontera (Cádiz)

A Enrique Esperabé de Arteaga. 18 de marzo de 1931, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. 31 de marzo de 1931, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. 1 de abril de 1931, Madrid

A Julián Pemartín. 3 de abril de 1931, Madrid

A Tirso Escudero. 21 de abril de 1931, Madrid

A José María Pemán. 8 de junio de 1931, Madrid

A Julián Pemartín. 15 de noviembre de 1931, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. Enero de 1932, Madrid

A José María Pemán. 13 de mayo de 1932, Madrid

A Blanca Silveira-Armesto. Octubre de 1932, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. 19 de marzo de 1933, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. 22 de marzo de 1933, Madrid

A Julián Pemartín. 2 de abril de 1933, Madrid

A Blas García. 8 de noviembre de 1933, Madrid

A José Gutiérrez-Ravé. 2 de diciembre de 1933, Madrid

A Sancho Dávila. 11 de diciembre de 1933, Madrid

A Ramón de Despujol. 14 de diciembre de 1933, Madrid

A Blas García. 22 de diciembre de 1933, Madrid

A Sancho Dávila. 26 de diciembre de 1933, Madrid

A Juan Crespi. 29 de diciembre cae 1933. Madrid

Al Director de Luz. 13 de febrero de 1934, Madrid

A Francisco Bravo. 20 de marzo de 1934, Madrid

A un estudiante que se queja de que F.E. no es duro. 19 de abril de 1934, Madrid

A Julián Pemartín. 24 de abril de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 28 de abril de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 17 de mayo de 1934, Madrid

A Francisco Bravo. 24 de mayo de 1934, Madrid

A la Condesa de Yebes. 27 de mayo de 1934, Madrid

A B.P.C.. 18 de junio de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 23 de julio de 1934, Madrid

A José Mora Figueroa. 26 de julio de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 29 de julio de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 4 de agosto de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 20 de agosto de 1934, Madrid

Al General Francisco Franco. 24 de septiembre de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 22 de octubre de 1934, Madrid

A Francisco Bravo. 24 de octubre de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 31 de octubre de 1934, Madrid

A un militar español. Noviembre de 1934, Madrid

A Sancho Dávila. 3 de noviembre de 1934, Madrid

A Francisco Bravo. 3 de noviembre de 1934, Madrid

A Juan Pujol. 19 de enero de 1935, Madrid

A Francisco Bravo. 4 de febrero de 1935, Madrid

A Francisco Bravo. 15 de febrero de 1935, Madrid

A Francisco Bravo. 13 de marzo de 1935, Madrid

A Sáncho Dávila. 19 de marzo de 1935, Madrid

A Francisco Bravo. 28 de marzo de 1935, Madrid

A Jesús Suevos. 11 de abril de 1935, Madrid

A Francisco Bravo. 16 de abril de 1935, Madrid

A Manuel Delgado Barreto. 21 de mayo de 1935, Madrid

A Manuel Jiménez Ciená. 19 de junio de 1935, Madrid

A Mercedes Díez y de Zurita. 16 de julio de 1935, Madrid

A su tía Carmen Primo de Rivera. 16 de julio de 1935, Madrid

A Sancho Dávila. 15 de agosto de 1935, Madrid

A Sancho Dávila. 6 de septiembre de 1935, Madrid

A los Jefes territoriales. 24 de septiembre de 1935

A Antón Sáinz de Heredia. 25 de octubre de 1935, Madrid

A Julián Pemartín. 26 de noviembre de 1935, Madrid

A Sancho Dávila. 26 de noviembre de 1935, Madrid

A Sáncho Dávila. 28 de diciembre de 1935, Madrid

Al Director de El Guadalete. 6 de enero de 1936, Madrid

A Sáncho Dávila. 7 de enero de 1936, Madrid

A Julián Pemartín. 11 de enero de 1936, Madrid

A J.. 20 de enero de 1936, Madrid

A Juan Ignacio Luca de Tena. 1 de febrero de 1936, Madrid

A Director de La Voz. 18 de febrero de 1936, Madrid

A José Ñudi. 21 de febrero de 1936, Madrid

A J.. 18 de marzo de 1936, Madrid (Prisión Celular)

A Onésimo Redondo. 23 de marzo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Julián Pemartín y familia. 29 de marzo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Alberto Ortega. 10 de abril de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Manuel Villarroel. 11 de abril de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Onésimo Redondo. 13 de abril de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A J.. 22 de abril de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Julio Moreno Dávila. 2 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Joaquín Bernal. 2 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Pedro Parro Nova. 4 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A los Militares de España. 4 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A su tía Carmen Primo de Rivera. 9 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel, Modelo)

A Joaquín Rovira Vidal. 16 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Onésimo Redondo. 16 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Francisco Bravo. 18 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Onésimo Redondo. 19 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Roberto Bassas. 19 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Bartolomé Mostaza. 21 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Gumersindo Frago y Frago. 25 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Juan Ignacio Luca de Tena. 25 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A José Ñudi. 25 de mayo de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Onésimo Redondo. 1 de junio de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Arcadio Carrasco. Junio de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Roberto Reyes. 1 de junio de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Manuel Giménez Hernández. 4 de junio de 1936, Madrid (Cárcel Modelo)

A Antón Sáenz de Heredia. 10 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Onésimo Redondo. 17 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Juan Martín Villapececlín. 18 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Francisco Bravo. 18 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Joaquín Bernal. 23 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A I.. 27 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Eugenio Montes. 27 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Miguel Maura. 28 de junio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Onésimo Redondo. 3 de julio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Mariano Gómez-Ulla. 12 de julio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Ernesto Giménez Caballero. 12 de julio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A General Emilio Mola. 15 de julio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Fernando Primo de Rivera. 15 de julio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Manuel Sarrión. 15 de julio de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Enrique Esteve. 14 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Margarita Larios. 18 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Margarita Larios. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Carmen Werner, 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Rosario Urquijo, Pilar y Fernando Primo de Rivera. 19 de noviembre de 1936, Alicante
(Prisión Provincial)

A Rafael Sánchez Mazas. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Garcerán, Cuerda y Sarrión. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Julio Ruiz de Alda. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Manuel Valdés. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Dolores Primo de Rivera. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A su tía Carmen Primo de Rivera. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Antón Sáenz de Heredia. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Raimundo Fernández-Cuesta y Ramón Serrano Súñer. 19 de noviembre de 1936,
Alicante (Prisión Provincial)

A Sancho Dávila. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

A Julián Pemartín. 19 de noviembre de 1936, Alicante (Prisión Provincial)

VARIOS ESCRITOS POÉTICOS

"A los pueblos no los han movido
nunca más que los poetas".

1913

"YA LA NOCHE"

Fragmento de la adaptación de "La campana de Huesca". Recuerdos de Nieves Sáenz de Heredia

3 enero 1922

"LA PROFECÍA DE MAGALLANES"

"*Raza española*", año IV, núm. 37, de enero de 1922

19 junio 1925

"BRINDIS"

Soneto transcrito por Julio Suárez. Revista *Estafeta Literaria*, Madrid, 1946

1925

POEMA ÍNTIMO

Trascrito por Felipe Ximénez de Sandoval: "*José Antonio*". Editorial Juventud, Barcelona, 1939

9 diciembre 1926

"ELOGIO"

Transcripción de Ignacio Agustí. Revista *Destino*, Barcelona, 1940

1930

"SOLEA"

Transcripción de Ximénez de Sandoval (Op. cit.)

29 mayo 1931

"ENVÍO A JULIÁN PEMARTÍN"

Transcripción en "*Textos Inéditos y Epistolario de José Antonio*". Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956

8 septiembre 1932

"CARCELERA"

Autógrafo en el semanario mural *La Voz de los Arios*. Prisión Celular de Madrid

3 diciembre 1935

HIMNO DE LA FALANGE

APÉNDICES

Acta de constitución de la Falange Española

La religiosidad de José Antonio

El Plan de lecturas de José Antonio en las cárceles de Madrid y de Alicante

OBRAS

EJERCICIOS DE DERECHO CIVIL

Análisis de la sentencia del Tribunal Supremo de 25 de noviembre de 1915.

Por José Antonio Primo de Rivera y Ramón Serrano Suñer

En el caso resuelto por el Tribunal Supremo en Su sentencia del 25 de noviembre de 1915 aparecen dos clases de elementos: unos, sustantivos, referentes al caso mismo, y otros adjetivos, referentes a su tramitación judicial. Los analizaremos separadamente.

Elementos sustantivos

1º. Un contrato de compraventa, con una cláusula en la cual se estipulaba que de no pagarse el precio en el tiempo señalado (seis meses) se constituiría un censal sobre la finca vendida, con lo cual el comprador y sus herederos quedarían perpetuamente obligados a pagar al vendedor y los suyos un canon anual igual al 3 por 100 del precio de venta.

2º. Dos contratos iguales al anterior en su contenido, aunque en sus escrituras de constitución se llama arrendamiento a lo que en el otro contrato se llamaba censal, con más exactitud.

3º. Nacimiento para el comprador de la obligación consistente en pagar al vendedor y a sus herederos el 3 por 100 del precio de venta de las tres fincas, por no haber pagado ese precio en los plazos convenidos.

4º. Transmisión del crédito y de la deuda a los respectivos herederos de acreedor y deudor.

5º. Incumplimiento de la obligación por los herederos del deudor.

Este había sido el nacimiento y desenvolvimiento de la presente relación jurídica cuando se sometió a los Tribunales. Estos tuvieron que resolver acerca de las siguientes cuestiones:

1ª. El demandante y el demandado ¿son causahabientes del acreedor y del deudor primitivos? El demandado negó que lo fuesen; la sentencia, por razones que no conocemos, afirma que lo son.

2ª. Los actos de donde nació la obligación, ¿qué calificación jurídica merecen? Los tres contratos constan de dos partes: la primera es una compraventa a plazo resolutorio; es decir, que se considera nula si en cierto tiempo no se entrega el precio; la segunda parte es la que ofrece duda: ¿se trata de un arrendamiento?, ¿se constituye un censal? El arrendamiento ha de hacerse por tiempo determinado; el censal es perpetuo. Esto hace creer que el contrato es de censal, pues reúne todos los requisitos de esta institución (perpetuidad, existencia de una compraventa cuyo precio constituye el capital censal, etc.). Sea como sea, el deudor está obligado a pagar las pensiones atrasadas y las que sigan, si no prefiere devolver al acreedor las fincas o su importe. Esto -claro está- le libraría de pagar las pensiones futuras, pero no las pasadas. El Tribunal Supremo resuelve la cuestión diciendo que una vez que está clara la obligación constituida, no hay más que cumplirla, siendo indiferente el nombre que merezca.

Elementos adjetivos

1º. Contrato de arrendamiento de servicios entre el demandante y su abogado.

2º. Poder otorgado por el demandante a su procurador, como exige el artículo 503 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

3º. Demanda enjuicio declarativo de mayor cuantía, con arreglo al artículo 524 de la misma Ley.

4º. Emplazamiento de la demandada, conforme a los artículos siguientes.

5º. Comparecencia en juicio de don Juan Pujol, por su esposa doña Engracia Rovira.

6º. Declaración de pobreza a favor de la parte demandada, solicitada y sustanciada con arreglo a lo dispuesto en la sección 2ª, título 1º, libro primero de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

7º. Nombramiento de abogado y procurador de oficio para la parte demandada, a menos que ésta se valga de abogado y procurador de su elección, como prevé el artículo 40 de la Ley procesal civil.

8º. Contestación a la demanda.

9º. Excepciones perentorias propuestas por el demandado en su contestación, como ordena el artículo 542. Esas excepciones son: falta de personalidad en el actor y falta de personalidad en el demandado, ya que según está, ni él es causahabiente del que contrajo las obligaciones cuyo cumplimiento se le exige, ni el demandante, causahabiente del acreedor.

10º. Réplica y dúplica con sujeción a los preceptos legales (artículos 548 y 549).

11º. Sentencia dictada en primera instancia por el Juzgado de Seo de Urgel condenando al demandado en los términos solicitados en la demanda.

12º. Apelación en ambos efectos ante la Audiencia Territorial de Barcelona en la forma regulada por la Ley.

13º. Sentencia de dicha Audiencia Territorial confirmando la del tribunal inferior.

14º. Recurso extraordinario de casación por infracción de ley ante el Tribunal Supremo.

15º. Sentencia del Tribunal Supremo, declarando no haber lugar a la casación por no ser aplicable ninguno de los casos del artículo 1.692 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

Síntesis

José Pascuet vendió a José Espar tres porciones de tierra en los años de 1800, 1806 y 1811, conviniéndose que si éste no pagaba el precio convenido (que alcanzaba en total a 2.433,33 pesetas) quedaría obligado a entregar al vendedor un canon anual de 72,99 pesetas (3 por 100 del precio de venta). Extinguidos los plazos concedidos para el pago y no realizado éste, empezó el comprador a entregar todos los años la pensión convenida, y así siguieron haciéndolo sus herederos hasta 1891. Desde este año dejaron de pagar, hasta que en 1911 don José Pejulla, descendiente de Pascuet, demandó a doña Engracia Rovira, descendiente de Espar, para que le abonase las pensiones devengadas y le pagase el importe de las tierras vendidas por Pascuet a Espar, o para que constituyese hipoteca que garantizase el pago de las pensiones sucesivas. El Juzgado de Seo de Urgel condenó a la demandada en los términos solicitados, y esta sentencia fue confirmada por la Audiencia de Barcelona. Entonces don Juan Pujol, marido y representante de doña Engracia, recurrió al Supremo, fundándose en que los contratos de donde nació la obligación no eran de compraventa ni de arrendamiento, sino de censal, y que, por lo tanto, al aplicar al litigio las disposiciones legales referentes a la compraventa y al arrendamiento se había infringido la ley por aplicación errónea.

Ya sabemos que el Supremo declaró en su sentencia que estando claros los términos de la obligación, debía cumplirse, siendo cuestión secundaria la calificación jurídica que mereciesen los contratos.

(Curso de 1922.- Proporcionado por don Joaquín Garrigues-Díaz Cañabate.)

LA CULPA COMO CAUSA DE INCUMPLIMIENTO DE LAS OBLIGACIONES

(Ejercicio de José Antonio, como alumno del tercer curso de Derecho Civil)

1. Culpa, en sentido lato, es toda desviación voluntaria de la conducta que debió seguirse en el cumplimiento de una obligación. Sin embargo, en este sentido, lato, comprende también el dolo, del cual se distingue la culpa en sentido estricto, en que mientras el dolo es el consciente y voluntario apartamiento del camino marcado por el deber, la culpa es tan sólo la omisión de aquella diligencia que debe ponerse en el cumplimiento de las obligaciones. La medida de esta diligencia ha sido determinada por la teoría en la forma que luego veremos. Baste por ahora decir que el Código Civil español señala como criterio: 1º. La que exija la naturaleza de la obligación y corresponda a las circunstancias de las personas, del tiempo y del lugar; 2º. A falta de base para determinarla, la que correspondería a un buen padre de familia (art. 1. 104).
2. Naturaleza de la culpa. De ella se deriva una nueva obligación que se une a la primera, sirviendo como indemnización por el incumplimiento cuando no surtió su primer efecto, que es el de garantizar el cumplimiento, inclinando el ánimo del deudor. Hay en la culpa un elemento objetivo (el hecho de la negligencia en sí) y otro elemento subjetivo (la misma negligencia en cuanto es imputable al deudor).

La culpa aparece en todos los Tratados del Derecho Civil, pero ahora nos interesa a nosotros sólo en su aspecto de causa de incumplimiento de obligaciones. Teniendo en cuenta esta distinción, ha sido dividida la culpa en contractual y extracontractual.

3. ¿Hasta qué punto es exigible la culpa?; es decir, ¿qué grado de diligencia puede exigirse en el cumplimiento de las obligaciones? Este es el problema de la prestación de la culpa, que ha dado origen a varias doctrinas:
 - a. La doctrina clásica romana consideraba tres clases de culpa: 1.1 La culpa lata, reveladora de una negligencia inexcusable ("non intelligere quod omnes intelligunt"); arguye una falta tan grosera, que casi es equiparada al dolo, exigiéndose en todas las obligaciones; 2.11 La culpa leve, que se subdividirá en culpa leve "in abstracto" (omisión de la diligencia ordinaria en un hombre cuidadoso) y culpa leve "in concreto" (omisión de la diligencia que suele poner el deudor en sus asuntos); 3.11 Culpa "levísima", que es aquella tan ligera que ni el hombre más diligente está libre de cometer.
 - b. Los comentaristas complicaron extraordinariamente los grados de la culpa, haciendo una serie de distinciones y subdistinciones sin utilidad práctica.
 - c. Reaccionando contra ese sistema, muchos tratadistas de Derecho Civil¹ proclamaron la necesidad de simplificar el criterio de prestación de, la culpa y sus grados, llegando a decir que no pueden determinarse "a priori" las clases de culpa que existen, pues se trata de una cuestión de hecho que han de resolver los tribunales a su arbitrio. Este criterio es el que ha influido más en las legislaciones positivas, que suelen limitarse a dar una norma amplia para que los tribunales exijan la culpa en vista de los hechos: La diligencia que suele exigirse es la de un buen padre de familia; a veces, otra determinada también ampliamente (p. ej. el Código de Comercio alemán exige "la de un buen comerciante"). En determinadas ocasiones la Ley exige una diligencia mayor.

No siempre se ha seguido la misma pauta para la exacción de la culpa. En Roma se distinguían los casos de que la obligación se hubiera puesto sólo a beneficio del acreedor, en cuyo caso el deudor sólo respondía de la culpa lata, o que fuera en provecho de acreedor y deudor, en cuyo caso quedaban obligados ambos por toda clase de culpa. Lebrun hizo una distinción análoga fundándose en la propiedad de la cosa que había de ser entregada. Hoy estas distinciones no tienen trascendencia práctica.

1. ¿Qué efecto produce la culpa? El acreedor tiene derecho a esperar una prestación de parte del deudor; éste, que antes de constituirse la obligación era libre para obrar o no en el

¹ Ulrico Tasio, Bigot Premeneau, etc.

sentido a que se ha obligado, tiene ahora una necesidad jurídica de poner voluntariamente los medios encaminados a que el acreedor sea satisfecho en su legítima expectativa. Pero como esta necesidad no es tan inflexible como el cumplimiento de las leyes de la Naturaleza, el deudor puede dejar de cumplir su obligación o retrasar el cumplimiento culpablemente. Este último caso es el de la mora; el otro puede obedecer, o bien a un hecho no imputable al deudor (fuerza mayor, caso fortuito), o bien a un hecho que sí le es imputable (dolo, culpa). No entran en este tema el estudio de la fuerza, caso y dolo; queda hecho un estudio ligero de la culpa desde el punto de vista teórico. Falta ver sus efectos legales.

El art. 1.101 del Código Civil dice que quedan sujetos a la indemnización de los daños y perjuicios causados los que en el cumplimiento de sus obligaciones incurriesen en dolo, culpa o morosidad. Véase que dice daños y perjuicios; aquéllos son las pérdidas que el acreedor experimentó por el retraso (*dannum emerganv*); éstos son los beneficios que dejó de obtener (*lucrum cessans*). Como la indemnización no es una pena, sino un restablecimiento del estado que el patrimonio del acreedor debía tener si la obligación se hubiera cumplido, sólo se abonarán daños y perjuicios cuando verdaderamente se hubieran causado (pues aunque generalmente los hay, puede no haberlos en alguna ocasión). La prueba de estos daños y perjuicios (que es cosa distinta de la prueba de la culpa) corresponde al acreedor, al cual, si bien suele serle fácil probar los daños no le es tanto la prueba de los perjuicios, salvo cuando los determina la ley (art. 1.108 relativo a las deudas en dinero, modificado por la Ley de 1899).

Dice el art. 1.103 que aunque la responsabilidad procedente de culpa es exigible en todas las obligaciones, puede ser modificada por los Tribunales, según los casos. Es una confirmación de que la culpa se considera por la ley como cuestión de hecho, más o menos disculpable según las ocasiones. ¿Y podrá el acreedor renunciar a la acción para hacer efectiva la culpa? Seguramente, ya que el Código no extiende a ella la prohibición del artículo 1. 102.

Teniendo en cuenta la menor gravedad que la culpa tiene respecto al dolo, el art. 1. 10 7 señala responsabilidad distinta para una y para otro. Con ello se evitan las cadenas de daños de que hablan los autores y en las cuales distinguen los alemanes entre los daños causados por la infracción y los meramente ocasionados.

2. La prueba de la culpa parece a primera vista que debe corresponder al acreedor, pues quien afirma debe probar; pero no es así: el acreedor tiene derecho a exigir la prestación; si el deudor no cumple, a él toca probar que la obligación se ha extinguido sin su culpa (art. 1.214).

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 31 de mayo de 1922.

Nota de los compiladores: Don Joaquín Garrigues-Díaz Cañabate fue el depositario del estudio monográfico "La culpa como causa de incumplimiento de las obligaciones", que ayuda a perfeccionar el perfil jurídico de José Antonio y, más que nada su rigurosa preparación como estudiante universitario, como "civilista". Al anterior manuscrito agregó un ejercicio sobre tema de Derecho civil: "Análisis de la sentencia del Tribunal Supremo de 25 de noviembre de 191 5". Ambos testimonios -en realidad trabajos prácticos de seminario, sobre un tema concreto- aparecen dotados en el año 1922, cuando ya Garrigues mostraba su pericia como jurisperito y maestro de Derecho. En 1963, ocasión en que Agustín del Río Cisneros y Pavón Pereyra rescataron algunas primicias del Fundador como profesional, Garrigues envió ambos documentos a los compiladores, con un mensaje adjunto que revelaba la perenne admiración del entonces "Ayudante de cátedra" del curso de "Obligaciones", por la esclarecida mentalidad de José Antonio como hombre de Derecho.

BAJO EL NUEVO RÉGIMEN.- COMO RESURGE CÁDIZ. LOS HOMBRES NUEVOS

Con frecuencia el teléfono nos cuenta cómo van poco a poco transformándose los pueblos en todas las regiones y en todas las provincias. Tales resurgimientos son efectos del Régimen, y efectos son también del acierto, la fe y el patriotismo de determinados hombres.

En Cádiz, acaso como en ningún otro sitio, se demuestra cuánto vale la intervención de un hombre de inteligencia clara y certera visión, de patriotismo grande y de amor a su pueblo.

El resurgimiento de Cádiz, que empezó con el primer Ayuntamiento del Directorio, se acentúa y adquiere una velocidad inesperada no bien se nombró jefe provincial de la Unión Patriótica al ilustre joven abogado, político y poeta don José María Pemán. Este, que en los primeros momentos de su actuación política tuvo que resolver una laboriosísima y difícil crisis municipal, hizo lo que hasta el advenimiento del Régimen era desconocido: formó un Ayuntamiento no político; pero en el cual era un acierto la elección de las personas, y especialmente la del alcalde, don Ramón de Carranza.

Es el señor Carranza hombre activísimo, enérgico, de grandes iniciativas y de grandes prestigios en aquella ciudad. Así se unieron, para el bien de Cádiz, un alcalde ejemplar y un jefe de Unión Patriótica lleno de entusiasmos y arrestos juveniles, de talento y cultura excepcionales. Desde entonces no han cesado el uno y el otro de gestionar beneficios para aquella ciudad. Ambos han recorrido diversas veces todos los Ministerios, expresando y razonando las aspiraciones gaditanas.

Cada vez que ha venido a Madrid el señor Carranza ha venido a pedir para su pueblo. Cada vez que Pemán estuvo en la Corte no cesó de recorrer los Ministerios ni un solo día, ni de interesar al Presidente y a los demás ministros en la resolución de los asuntos de la "tacita de plata". Nosotros, que hemos visto, y que muchas veces acompañamos a Pemán y presenciamos el fervor con que defendía los intereses gaditanos y cómo pedía mejoras para su pueblo, persuadiendo, convenciendo a los ministros, aduciendo razones que justifican ciertas concesiones, al parecer, excepcionales; nosotros, que hemos presenciado su titánica labor y cómo puso al servicio de esta causa todo su valimiento, nos imaginamos cuánto será su gozo al ver la resolución del Gobierno sobre una de las supremas aspiraciones de Cádiz: la de la zona franca.

En dos años se han resuelto en Cádiz multitud de problemas que sería prolijo enumerar. La ciudad resurge. Pero resurge por lo que antes dijimos: porque hay un Régimen que permite a los pueblos engrandecerse, puesto que no los asfixia con la política; porque hay un Régimen que escoge a los mejores; así el jefe del Gobierno escogió a Pemán, y Pemán, a su vez, supo escoger alcalde. Cádiz está en completa enhorabuena. Nosotros se la damos muy complacida, y a su alcalde y a su Ayuntamiento. Pero, ante todo y sobre todo, damos la enhorabuena a Pemán, que es a quien Cádiz debe todo esto, y que, entusiasta, perseverante, poniendo siempre todo su valer, su influencia y su talento al servicio de Cádiz, ha trabajado de un modo efficacísimo por su pueblo natal, aun cuando una modestia acaso algo excesiva haga que permanezcan ignoradas muchas de sus laudables actuaciones; actuaciones por las que Cádiz debe a Pemán gratitud.

El presente suelto, que apareció en La Nación, edición de 27, de mayo de 1929, debe ser atribuido a José Antonio, dado la total coincidencia que es fácil observar entre este trabajo y los párrafos de su discurso pronunciado en Cádiz el 3 de julio de 1930, donde glosé igualmente la meritoria actuación de Pemán en beneficio de los intereses gaditanos.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL HOMENAJE TRIBUTADO EN MADRID A ANTONIO Y MANUEL MACHADO EN LA NOCHE DEL 27 DE NOVIEMBRE DE 1929

En la fiesta celebrada en el Hotel Ritz, con asistencia del Jefe del Gobierno, general Primo de Rivera

Fue una fiesta muy simpática, a la que concurrieron casi todos los artistas de teatro de Madrid, el general Primo de Rivera, el general Sanjurjo y muchos amigos, admiradores, autores, periodistas y literatos. Ofreció el homenaje don José Antonio Primo de Rivera, el cual leyó también las adhesiones.

Dijo el orador que se trataba de un homenaje a "dos intelectuales henchidos de emoción humana, receptores y emisores de la gracia, la alegría y la tristeza populares. Sentido y estilo de intelectuales que contrastó con el intelectual inhospitalario y frío, encerrado en su torre de marfil, ajeno, insensible a las vibraciones del verdadero pueblo".

No estaría de más subrayar que el homenaje es a los poetas, sí; pero también a los dramaturgos. Hay que acabar de una vez con esa crítica miope –y tanto más convencional cuanto más libre de prejuicios quiere aparecer– que cada vez que estrenan los Machado sólo deduce el triunfo de los poetas. No. El público que ovaciona a los Machado es público de teatro, y les rinde el tributo de su admiración porque son los dramaturgos, los constructores dramáticos quienes le emocionan y le encantan. Que son dos grandes poetas ya lo sabemos todos hace muchos años.

Hay escritores a quienes sólo se puede admirar. A otros, como Manuel y Antonio Machado, se les admira y se les ama.

Manuel Antonio Machado dieron las gracias, emocionados, por este simpático homenaje, cuya intimidad era su mayor encanto².

La Nación, 28 de noviembre de 1929.

Blanco y Negro, 8 de diciembre de 1929.

² Una intervención similar tuvo lugar en mayo de 1935, al adherirse José Antonio al homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer.

HOMENAJE AL CACIQUE DESCONOCIDO

Estamos muy contentos. Advertimos cómo se multiplican los homenajes y las glorificaciones. Aquí no ha pasado nada; aquí nadie ha roto un plato. La Dictadura fue un capricho, porque España estaba mejor de lo que quería antes del 13 de septiembre, admirablemente gobernada, con un paraíso en Marruecos, sin saber en qué invertir sus cuantiosos superávits ni dónde enterrar los muertos de los crímenes sociales.

Aquella política de la Feliz Arcadia vino a ser interrumpida por la Dictadura, y, claro, los pobrecitos, que nos habían hecho tan felices, se quedaron al margen de toda actuación.

Fueron unas víctimas ingratamente inoladas, que ahora se levantan de sus sepulcros para demandar los homenajes que les son debidos y para que se les entregue nuevamente el manejo de la Nación.

Todo eso nos parece admirable; pero hay que convenir que los más sacrificados fueron los pobres caciques, tan bondadosos, tan paternales, que perdieron sus Ayuntamientos y se vieron privados de sus humanitarias y patrióticas expoliaciones.

Como son tantos, no será posible glorificarlos y homenajearlos a todos.

Nosotros proponemos que, sin perjuicio de los homenajes parciales que a cada uno se le vaya tributando a medida que se reintegren a sus funciones, se organice un solemne homenaje nacional al cacique desconocido.

Se tomará un cacique cualquiera, se le inmolará, con todos los honores correspondientes a su elevada significación, y se le depositará en un mausoleo costado con los superávits que dejan en las arcas municipales los Ayuntamientos de la oprobiosa Dictadura, para que así queden otra vez limpias y con déficit.

Sobre ese mausoleo penderá una gigantesca lámpara, a la que servirá de alimento el sudor del contribuyente.

Y todos los años desfilará el país para que no se olvide que el cacique es inmortal y que, por mucho que se le machaque, revive apenas encuentra ocasión para sacar cabeza.

Es necesario fomentar las glorificaciones, y no hay motivo para excluir de ella al más simbólico de los personajes políticos.

La Nación, 10 de febrero de 1930.

EL HEROICO SILENCIO

Para merecer el título de gobernante no basta con ofrecer a la Patria los mejores esfuerzos; no basta con agotar la salud y ofrendar la vida por el bien del pueblo que se gobierna; no basta con apartarse de cuantos cuidados exigen la familia y la hacienda propias. Hay que llegar a más: el despego de toda recompensa, incluso de aquella que consiste en el público aplauso.

Dios quiso hacer del oficio de gobernante uno escogido entre los escogidos. Por eso, sin duda, permitió que los más ilustres directores de pueblos recogieran amarga cosecha de ingratitudes. Tal fue la mayor señal de privilegio que pudo otorgarles: privar a su misión de todo regalo humano; dejarla en su calidad escueta y gloriosa de "deber".

La vocación de gobernante (la "pura" vocación de gobernante, no sus falsificaciones) sólo llama a los mejores espíritus. A los que, por adelantado, cuentan con que la injusticia será su galardón y lo aceptan abnegadamente.

Tendrá motivo para dudar de contarse entre los elegidos quien no se sintiera capaz de soportar en silencio, heroicamente, sobre todo durante la adversidad, el clamoreo de los mediocres, el veneno de los envidiosos, la ridícula ironía de los pedantes y el desparpajo insolvente de todos aquellos que nunca sabrán lo que es llevar con dignidad sobre los hombros el grave honor de las magistraturas.

¡No importa! En ese silencio heroico del gobernante caído se depura el alma y adquieren los ojos claridad para mirar más alto. El temporal martirio viene a ser la investidura de la Historia; nadie sin ella logrará que su nombre resuene ensalzado durante siglos. Es el purgatorio. Luego empieza la gloria para siempre.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 12 de febrero de 1930

Unión Patriótica, 18 de febrero de 1930.

RESEÑA DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE ALBACETE EL 17 DE FEBRERO DE 1930

"¿Qué es lo justo?"

Anoche dio su anunciada conferencia en el Ateneo el joven abogado don José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, hijo del ex presidente del Consejo, señor marqués de Estella, desarrollando el tema: "¿Qué es lo justo?"

Hizo la presentación el presidente de dicho Centro, don José Lozano Serna, quien tras de referirse a la labor cultural que el Ateneo se propone desarrollar, dando cuenta de paso de los conferenciantes que tienen ofrecida su visita para fecha próxima, como Jiménez Asúa, Martí Jara, Serrano Batanero, Valvellano, Ossorio y Gallardo, Lerroux y otros, habló de los merecimientos del señor Primo de Rivera, uno de los discípulos predilectos de Sánchez Román, destacando sus méritos de luchador en el campo del Derecho, terminando con un afectuoso saludo de bienvenida y de gratitud por su atención al aceptar el ofrecimiento que se le tenía hecho para ocupar esta tribuna.

Seguidamente hizo uso de la palabra el señor Primo de Rivera, empezando con unas frases de gratitud por la atención de invitarle a dar esta conferencia, de apertura del cielo de disertaciones, y por el ambiente de cordialidad con que se le acoge, muy de estimar en momentos en que se vive en cierta agitación de espíritu.

Teme defraudar, dada la importancia del tema que ha elegido, Y comienza su disertación en una discreta peregrinación por las llanuras del Derecho, buscando la más exacta concepción de lo justo. Analiza con minuciosidad los períodos históricos fundamentales que sirven de base para estos estudios jurídicos, haciendo consideraciones muy atinadas e interesantes. Parte de que, en principio, lo justo era una consecuencia de la filosofía, pasando por sus distintos aspectos y tendencias ideológicas, hasta llegar al positivismo, y, finalmente, a las modernas concepciones de resurrección de esta idea del Derecho.

Todo. su conferencia fue una verdadera lección doctrinal de principios, expuesta con perfecto dominio del tema. La filosofía de Platón, de Aristóteles, de Rousseau, de Kant; en suma, de cuantos con sus fundamentos han influido en las concepciones interpretativas del sentido más absoluto de lo justo, las influencias y manifestaciones de los pueblos, orientaciones y tendencias sociales, que han contribuido a la misma finalidad, fueron expuestas por el conferenciante, sacando conclusiones valiosas para encauzar el conocimiento de lo que es lo justo, por las normas fijadas dentro de las distintas manifestaciones del Derecho, a compás con las varias tendencias que se han ido desarrollando en el transcurso de los tiempos.

Tras estas documentadas consideraciones, quiere obtener la consecuencia de lo abstracta que es la idea de lo justo y de las dificultades que ofrece para resolver cualquier problema concreto, lo que hace sentir cierto desaliento cuando se pretende hallar el principio de derecho exacto, que responda a lo indiscutiblemente justo. Ante ello juzga preciso atemperarse a la pureza del método, sin hacer caso de otras consideraciones políticas o sociales, pensando en producir el bien, aunque no se tenga una concreción absoluta de lo justo, y, a tal fin, estima procedente aprovechar la construcción de los juristas, pensando que en esas normas está la verdad que se desea encontrar, ligando por completo todas ellas para la mayor claridad, ya que no debe olvidarse que toda construcción confusa en Derecho lleva en el fondo una injusticia.

En suma: la conferencia del señor Primo de Rivera se deslizó en un sentido de amplia orientación, y ceñido al tema en sus aspectos filosóficos, metafísicos y jurídicos, sin hacer alusión alguna a situaciones de presente de índole política o social, aun de aquellas que pudieran deducirse de la misma cuestión tratada. Fue, sencillamente, un estudio histórico de los postulados que en Derecho pueden examinarse teórica y científicamente en una crítica razonada de tan arduo problema.

La Nación, 18 de febrero de 1930.

El Defensor, de Albacete, 18 de febrero de 1930.

Con el título de "Derecho y Política" se conoce un extracto de esta conferencia. Nos referimos a la pronunciada en la inauguración del Curso del Sindicato Español Universitario, el 11 de noviembre de 1935.

LAS AULAS Y LA POLÍTICA.- QUE LO EPISÓDICO NO SE TRANSFORME EN SISTEMA

En otro lugar reproducimos las conclusiones que aprobó la Junta Suprema de la Federación de Estudiantes Católicos.

No vamos en este momento a examinar, ni superficialmente siquiera, tales conclusiones. Decimos, de una manera genérica, que son interesantísimas; que son, además, sistemáticas y concretas, y que merecen por muchos motivos estudio atento y parsimonioso.

Las características confesionales, que merecen nuestra simpatía, no constituyen la motivación del elogio. No se olvide que siempre subrayamos en sentido favorable el desarrollo de las actividades noblemente profesionales. Y la preocupación que inspira la enseñanza, y que se traduce en las conclusiones, es una preocupación tan justificada y tan legítima, que sólo alientos merece. No hay que insistir en la perogrullada de que a la clase escolar, preferentemente, y mejor absolutamente, debe interesarle el estudio.

Al margen de la crítica, y en tono menor, desde luego, no huelga en los momentos actuales, y como resultado leal de aquellos convencimientos, una advertencia. Es que se habla de una política escolar. Y lo que es y podrá ser la política escolar si no se ciñe a lo pedagógico, nosotros, francamente, no lo entendemos. Si lográramos entenderlo, difícilmente podríamos justificarlo. Para una organización profesional, contactos y propagandas nos parecerían lógicos. Para otros fines, se nos antojan improcedentes. Que un estudiante ya maduro se apoye en reacciones transitorias para erigirse en caudillo o en apóstol de las masas universitarias, sería una puerilidad, al no constituir sino una lamentable agitación momentánea.

La política en las aulas no fue nunca útil. Ni la oportunidad ni la necesidad reclaman la política en medios tan puros. Y si los altos intereses de la cultura, que se elevan y se prestigian por su misma significación, llegan a contaminaciones peligrosas, perderán en autoridad lo que ganen acaso en popularidad. Y entre la autoridad y la popularidad no hay dilema posible tratándose de la enseñanza.

No ha de exigirse la uniformidad en el pensamiento escolar, ni sería discreto establecer entre los escolares divisiones políticas, porque la política supone fatalmente la pasión, y la pasión mataría o amortiguaría lo preferente, que es el estudio. Al talento y a la sensibilidad de la misma juventud no se ocultarán esas sugerencias. Y en días de transición y de exaltación, que son días contados en la historia de un pueblo, ello puede pasar. Que no se forje, sin embargo, en la contumacia dañosa una costumbre o un sistema. Sobre tan remota posibilidad, sin acritudes, respetuosamente, llamamos la atención.

La Nación, 22 de febrero de 1930.

LA NOTORIEDAD

Se conocen dos clases de notoriedad: la que va de dentro a fuera y la que va de fuera a dentro. La notoriedad de la lámpara, que irradia luz, y la del reluciente boliche, que si brilla es porque refleja, pasiva y estúpidamente, la luz exterior. La notoriedad de la estrella y la del planeta deshabitado.

Hay quien sabe lanzar a tiempo la nota justa y llenar centurias con su sonido. Y hay otros que, por mera contingencia, vienen a ser en un momento histórico como los portadores accidentales del interés externo. Los primeros gozan notoriedad de lámpara: centrífuga; los segundos, notoriedad centrípeta de boliche.

Hubo quien fue notorio sin ostentar más alto merecimiento que el de haber fallecido por casualidad en un incendio memorable. Lo sonado del acontecimiento vino a nimbar de pasajera notoriedad el nombre insignificante de la víctima. Y hubo también quien alcanzó notoriedad porque el azar de un sitio o de un momento atrajo sobre él, como sobre otro cualquiera, algún rigor gubernativo.

Por eso, cuando se pasa por momentánea notoriedad hay que tener bien firme la cabeza. "¿Será mi notoriedad centrífuga o centrípeta?", conviene preguntarse: "¿Qué sobrevivirá de mí cuando pase la contingencia que me realza?". Porque no hay nada de tan triste ridiculez como imaginarse estrella cuando no se es más que boliche.

La Nación, 24 de febrero de 1930.

"EL SEÑOR ASÚA NO QUIERE CONTAMINARSE"

El Ateneo de Albacete, con benevolencia inolvidable para mí, me soportó hace unas noches como conferenciante. Para después de mi conferencia estaban anunciadas otras varias: la primera, del conocido profesor don Luis Jiménez de Asúa. Cuando he aquí que la Junta Directiva del Ateneo ha recibido este apocalíptico telegrama: "Enterado conferencia ese Centro hijo Primo de Rivera, niégome terminantemente ir yo. Asúa."

Nada menos. El señor Asúa se niega a hablar donde yo he hablado. Y no así como así, sino "terminantemente". Lo dice –aun a costa de pagar más caro el telegrama– en previsión, sin duda, de que la junta del Ateneo viniera a Madrid para llevárselo *manu militari*. Ya lo sabe la Junta: todos sus esfuerzos serán inútiles ante la sentencia del profesor.

¿Y por qué se niega a hablar el señor Asúa? ¿Por incompatibilidades políticas conmigo? Sería extraño, porque en los Ateneos suelen hablar personas de todas las tendencias, sin que la comunidad de tribuna establezca entre los oradores vínculo alguno de solidaridad. Pero, además, el señor Asúa desconoce mis ideas políticas. Ya tuve buen cuidado de no mezclarlas con las conferencias, que fue tan sólo –dentro de lo que mis estudios lo permiten– una tranquila excursión por los campos del pensamiento en pos de los filósofos y de los juristas.

No son, pues, mis ideas políticas lo que repugna al conocido catedrático: es mi apellido. Ya lo descubre en el telegrama cuando me designa por la condición (para mí incomparablemente honrosa) de "hijo de Primo de Rivera". El señor Asúa no puede poner los pies donde los haya puesto un Primo de Rivera, ni hacer oír su voz donde se haya escuchado la voz abominable de un Primo de Rivera. Se contaminaría.

Así, pues, lo que pretende el señor Asúa es que los individuos de la monstruosa familia a que pertenezco renunciemos a toda esperanza de vida civil. Ya no podremos consagrarnos al derecho, ni a las matemáticas, ni a la música. Nuestro deber es morir en el silencio, arrinconados, como los leprosos en los tiempos antiguos.

Claro que esto no es muy fácil de entender. El señor Jiménez de Asúa, como jurista que es (y muy notable en su especialidad, la verdad ante todo), debiera celebrar que quienes procedemos de sanguinarias estirpes dictatoriales nos apartásemos de la tradición familiar para entregarnos al cultivo del Derecho. ¿Qué sacerdote de una fe no desea la conversión de los infieles?

Pero, además, el señor Asúa, que como enemigo acérrimo de la aristocracia detesta los privilegios hereditarios, no parece que pueda ser tampoco defensor de las persecuciones hereditarias. Si es injusto que el ostentar un apellido confiera prerrogativas, ¿cómo va a ser justo que el llevar otro apellido atraiga proscripciones? Maravillosa manera de crear, por fuera de la sangre, una aristocracia al revés.

En fin: la cosa no es para preocuparse mucho. Estas contradicciones entre el liberalismo de ideas y la intransigencia inquisitorial de conducta son frecuentes en las personas nerviosillas. Sólo una duda me espanta: ¿cuánto tiempo pesara sobre mí la maldición del señor Asúa? ¿Diez años? ¿Veinte años? ¿Se transmitirá a mis hijos? ¿Tal vez a mis nietos?

¡Pobres de nosotros!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 26 de febrero de 1930.

VALORES NUEVOS

"Cómo piensa, siente y comprende la política, la obra de la Dictadura y los momentos actuales don José Antonio Primo de Rivera"

Don José Antonio Primo de Rivera me ha recibido en el acto, en su casa de la calle de Los Madrazo. Apenas le digo a lo que vengo, él me muestra su primer escrúpulo.

– Mire usted: ante todo, yo no quisiera ser espectáculo para el público. No quisiera ser esa triste cosa de "el hijo de papá". Es inútil que usted ensaye una gentileza. ¿Por qué viene usted a verme sino porque soy el hijo del ex dictador de España, un hombre adulado hasta la estupidez y calumniado hasta la vileza?

–Yo vengo aquí -le digo- para saber qué es usted, además de ser hijo del general.

José Antonio Primo de Rivera sonríe. Su juventud, físicamente, recuerda mucho la senectud de su padre. Es alto, fuerte, tiene los ojos claros.

–Bien -me dice-; siéntese usted. Sin duda comprende mi situación mejor que yo mismo. Si hablo de un modo creerán que "galleo". Si hablo de otro, que me pongo en víctima, papel que me repugna. Si autorizo la interviú se dirá que quiero exhibirme en la plataforma del oportunismo, como Sbert, o en la de un hombre célebre, como Miguel Maura. Y, por último, si me niego a que charlemos... ¡Ah! Entonces no cabe duda: es que me embosco después de un fracaso que pesa sobre toda la familia,

– Usted no se preocupe de nada de eso. En cuanto a mí, a mi actitud cuando salga de esta casa, es clara. En la medida de mis fuerzas he sido siempre un enemigo leal de la Dictadura. Ahora jamás me consentiría, por propio decoro, hacer armas de ironía o grosería contra usted.

– Estoy seguro de ello. ¿Quiere, pues, preguntarme lo que quiera saber y a lo que yo pueda contestar?

– Primeramente usted ha aludido en su conversación a Sbert y a don Miguel Maura. ¿Qué concepto tiene usted de sus actitudes en los actuales momentos?

– Mire: sin rencor, sin apasionamiento ninguno, creo que Sbert puede tener un talento que ni niego ni afirmo, porque no conozco sus frutos. Pero ¿quién es Sbert? Un símbolo, una bandera. Se exalta en él todo aquello que, personal y políticamente, puede molestar y humillar al dictador...

Dice "dictador" ... y sonríe.

–Vamos, a mi padre. ¡Qué terrible cosa es esta de no poder tener objetividad y perspectiva al hablar de la Dictadura!

– ¿Qué diría usted de ella si no se apellidara Primo de Rivera?

– Vería en él la misma buena fe que veo siendo su hijo. Un hombre de buena fe que cree, acaso desmedidamente, que puede salvar a su país y lo intenta. Que quizá se equivoca y cometa desaciertos. Pero del cual no se podrán negar nunca tres aciertos fundamentales con sólo lo que evocan tres nombres: Africa, Terrorismo, Hacienda nacional.

– ¿Hacienda nacional?

– Sí; Hacienda nacional. Se verá dentro de tres años. Mi padre entró con déficit muy superior al que deja, después de haber enriquecido las obras y la industria de su nación y de haber seguido un sistema lógico de gastos públicos.

– ¿Qué me dice de Miguel Maura?

– Miguel Maura ha servido a su causa de egolatría espectacular. No es nada; nada ha hecho pasando la frontera llena de responsabilidades de los cuarenta años. ¿Qué importancia tiene que se pronuncie por la República? ¿Qué gran voto tiene con él la República? Ninguno. Unicamente que dice eso un hijo de don Antonio Maura. La misma importancia que tuvo que aquel pobre niño hijo de León Daudet coqueteara con el comunismo... para que le clavaran una bala odiosa, disparada por el rencor torpe y vil.

– ¿Usted piensa dedicarse a la política?

– No lo sé. Por ahora tengo bastante con ejercer mi carrera y estudiar continuamente en ella.

– ¿Qué últimas noticias tiene usted de su padre?

– Malas... Mi padre está enfermo. La diabetes ha minado mucho su salud. Además, podrá decirse de él lo que se quiera; pero hay algo hondo que no le importa al país; algo sentimental y desgraciado que yo sé muy bien...

José Antonio Primo de Rivera habla ahora visiblemente emocionado. En voz más ha a termina diciéndome:

– Mi padre se ha dejado la vida en esos seis años de esfuerzo, en los que él ha procedido con absoluta buena fe.

Paréntesis en nuestra conversación. José Antonio acude al teléfono, donde le llama el señor Delgado Barreto. Habla con el director de ese periódico, y vuelve sonriente, amable:

– ¡En fin!... De política ya hablaremos cuando pasen unos años. Esas cosas son como las bofetadas: no se anuncian, se dan. Ya tendremos ocasión -dice bromeando- cuando yo sea dictador de España.

– Entonces no le entrevistaría yo... Ni, por sabido, después de haberse usted encargado del Poder le hablaría de fundar un diario.

No recoge la "directa" mi entrevistado. Continuamos hablando. Ahora surge la historia de la cuestión con Queipo de Llano.

– ¿No ha exigido a usted una reparación el señor Queipo de Llano?

– No; a mí no me ha exigido reparación alguna, como esperaba; pero, en cambio, pretende complicar a mi hermano Miguel y a mi primo Sancho Dávila, dentro de un procedimiento militar, aprovechando que ambos son oficiales de complemento en servicio. Sobre esto escribí inmediatamente al general Berenguer, dándole detallada cuenta de lo ocurrido.

Esta ha sido, palabra más o menos, la conversación tenida con José Antonio Primo de Rivera: veinticinco años apasionados. ¿Quién comentaría lo incommentable? Con clara inteligencia y gentileza ha contestado a todo aquello que yo quise preguntarle. Sé que muchas otras preguntas se les ocurrirían a los lectores. Pero una discreción fundamental obliga a no insistir en un asedio de interviú, abusando de la cortesía exquisita del joven Primo de Rivera, poniendo en difícil situación a quien no puede nunca ocultar sus pensamientos, como tampoco la adhesión a la cordialidad del entrevistado.

La Nación reprodujo el trabajo de referencia en su edición del 14 de marzo de 1930, página 15, encabezándola con el siguiente comentario: "Nos place reconocer, y lo agradecemos en nombre del señor Primo de Rivera, que así nos lo encarga, la cordialidad e imparcialidad que el cronista ha puesto en su información; pero, al mismo tiempo, y sin que ello merme lo más mínimo aquel justo reconocimiento, conviene hacer alguna aclaración a errores de detalle, que, naturalmente, se deslizan siempre en esta clase de trabajos a vuelo pluma, aun tratándose de la más experta.

Por ejemplo: el señor Primo de Rivera no dijo que su ilustre padre encontrara mayor déficit del que ha dejado, porque está convencido de que no ha dejado déficit, sino superávit.

Entre las grandes obras del Gobierno, mencionó también -como era natural-, la extraordinaria del conde de Guadalhorce, el aumento de escuelas y la labor sanitaria del general Martínez Anido.

Y finalmente, no dijo que el marqués de Estella se sintiera capaz 'equivocadamente' de salvar a España. El 'equivocadamente' sobra.

Pero, en fin, con esas salvedades, las manifestaciones están honrada y amablemente interpretadas."

(Entrevista celebrada con César González-Ruano, publicada en el *Heraldo de Madrid* el 13 de marzo de 1930.)

MANIFESTACIONES DE DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA HECHAS A RAÍZ DEL FALLECIMIENTO DE SU PADRE

Don José Antonio Primo de Rivera ha hecho a un periodista las siguientes manifestaciones:

"Lo han matado. Dado su temperamento, la forma en que se produjo la crisis y los hechos posteriores, que él ha conocido cuando ya no era presidente del Consejo, así como los motivos sentimentales a que aludí en mi conversación publicada en un periódico de Madrid, creo que todos esos factores han contribuido a terminar con su ya minada existencia. Mientras estaba en el Poder, su entusiasmo por España, su conciencia de que procedía honradamente, de buena fe, le daban energías para soportar todos los trabajos; pero han sido seis años y unos meses de esfuerzo continuo; todo lo que ha ocurrido después de la crisis, y especialmente la campaña de responsabilidades, ha constituido la verdadera causa de su muerte. Ha muerto por mano artera, no naturalmente; no ha podido resistir que su conciencia limpia se vea envuelta injustificadamente en una campaña de responsabilidades. De haber tenido fuerzas físicas, la hubiera afrontado; pero su organismo no ha podido resistir la protesta contra la injusticia."

Informaciones, 18 de marzo de 1930.

LO DEL COLEGIO DE ABOGADOS.- UN ABUSO DE LA MAYORÍA

¿Por qué pide el Colegio de Abogados que se derogue el Código penal de 1928? La ponencia aprobada -de la que son autores más conspicuos don Felipe Sánchez Román y don Luis Jiménez de Asúa- enumera varias razones. Pero sólo una de ellas es sincera del todo: precisamente la que el Colegio no debió, en modo alguno, considerar.

Porque quienes conocemos a los autores de la ponencia no podemos creer en su entusiasmo súbito por el Código penal antiguo. "El venerable Código del 70" le llaman ahora. Antes -hace muy poco- lo pusieran como chupa de dómine en conferencias, monogramas y tratados. No hay que acudir, extremando la malicia, a apuntes tomados años atrás en disertaciones más o menos improvisadas. Allí el arrebatado del momento pudo elevar el tono de los ataques. Basta con copiar unas líneas del manual más completo que ha dado a la estampa el señor Jiménez de Asúa: el "Derecho penal", publicado por la Casa Reus. En la página 27 de su tercera edición (Madrid, 1924), después de consagrar un párrafo inacabable a señalar con frases enérgicas deficiencias del Código, dice el señor Asúa estas palabras: "En nuestro sentir, no se impone una simple reforma del Código, sino la redacción de uno enteramente distinto."

Tampoco inspiraba mucho respeto al mismo ponente la tramitación parlamentaria (hoy, a su juicio, insustituible) que precedió a la promulgación del Código del 70. En dos días y pocas horas, y por corto número de diputados -según cuenta en la página 19 del mismo libro-, fue aprobado el proyecto. Se presentó como provisional y ha llevado en rigor más de medio siglo. Aunque "bien mirado -añade el señor Asúa- es el procedimiento que se sigue casi siempre por nuestro Parlamento: la habilidad política para dar vida legal a los proyectos: la sorpresa".

¡Quién iba a decir que por no haber nacido de ese modo, que él en tan poco tiene, iba a menospreciar el señor Asúa al Código de 1928!

Y es que no lo menosprecia por eso, aunque lo diga. Ni por sus defectos técnicos, que, si son muchos, no dejan de estar contrapesados por alguna virtud fundamental; por ejemplo: con el Código penal de 1870 los niños mayores de i nueve años! podían ir a la cárcel, mientras que con el de 1928 la menor edad penal no termina hasta los dieciséis. Sólo por esto resulta feroz que haya quien quiera restablecer el Código del 70.

Pero es que no son éstas las verdaderas razones para solicitar su restauración, sino otras políticas. "El Código penal gubernativo -declara la ponencia-, impuesto por Real Decreto de 8 de septiembre de 1928, previo acuerdo del primer Consejo de ministros de la Dictadura, adolece, por esta sola razón, de ilegítima procedencia, del más rotundo vicio de ilegalidad."

Ahora sí que nos vamos acercando. Mas como el Derecho es casi una ciencia exacta, ninguna argumentación jurídica puede permitirse sombra de vaguedad. Hay, pues, que adelgazar el razonamiento de los ponentes.

¿Por qué era ilegítima la procedencia del Código dictatorial? ¿Por no emanar de un órgano legislativo? Si por órgano legislativo se entiende el que forman las Cámaras de tipo parlamentario, indudablemente el Código del 28 no emana de un órgano legislativo. Pero en Derecho político pueden considerarse diversos regímenes sin órgano legislativo de tipo parlamentario; así -en cierto modo- el fascismo, y, desde luego, el comunismo soviético y el sindicalismo. Para los que sólo tengan por ley lo acordado en un Parlamento, ni los Soviets, ni una República sindicalista podrían legislar.

Ley no es, por lo tanto, lo que aprueba un Parlamento, sino lo que aprueba el órgano legislativo de un régimen. Ese órgano legislativo pueden formarlo las Cortes, con el jefe del Estado, o el Gobierno con el jefe del Estado. Las Dictaduras siguen el segundo modelo. Luego dentro del régimen de Dictadura, un Código legislativo es un Código legal.

Por fin estamos en el centro de la cuestión. Lo que se discute no es la legitimidad del Código, presupuesta la Dictadura, sino "la legitimidad de la misma Dictadura". Claro que una dictadura puede implantar Códigos por decreto. Pero la Dictadura es lo ilegítimo -viene a decir la ponencia-.

Y esto ya es cuestión más difícil. ¿Qué es la legitimidad? "Pudiera creerse -dice Stammeler en su Filosofía del Derecho, edición española, Reus, Madrid, 1930, página 114- que la voluntad jurídica se caracteriza y distingue del poder arbitrario por el hecho de apoyarse en el Derecho vigente, derivándose de él. Los que así piensan no ven, sin embargo, que con gran frecuencia en el transcurso de la Historia nacen nuevas normas de Derecho que no se derivan para nada del Derecho anterior. En puridad, sí para admitir un régimen como legítimo le exigiríamos partida de nacimiento, entendida con arreglo a la legalidad precedente, no hallaríamos un solo régimen legítimo en el mundo. Probablemente no se ha dado nunca el caso de una legalidad que se suicide para implantar otra legalidad contraria.

Luego no es esa buena piedra de toque para juzgar si un sistema político es defendible. No basta con la operación jurídica de contrastarlo con la anterior legalidad; hay que someterlo a una operación política de decisión acerca de sus excelencias y desventajas. La declaración de ilegitimidad de un sistema vale tanto como una profesión de fe política. Declarar ilícito todo régimen con órgano legislativo no parlamentario es proclamar como "dogma" que sólo los regímenes parlamentarios ostentan el atributo de licitud.

Y esto es precisamente lo que no puede hacer el Colegio de Abogados. En el Colegio no puede haber dogmas, porque en cuanto el Colegio sea dogmáticamente liberal (como si fuese dogmáticamente socialista, fascista, dictatorial o sindicalista) pugnará con la conciencia de muchos (o de pocos, eso es indiferente) que, por obligación, puesto que está prohibido el ejercicio de la carrera a los no colegiados, tienen que pasar bajo sus puertas; resultará inhabitable para muchos que, a la fuerza, tienen que habitarlo. Se desnaturalizará.

El Colegio ha de ser estrictamente profesional por esencia. El aceptar o rechazar para él, como Corporación, una actitud partidista, no es una cosa que pueda resolverse a votos, sino que está ya reprobada por los fundamentos mismos de su modo de ser. Claro que, formalmente, lo que la mayoría vota es. acuerdo válido. Pero por encima de las atribuciones reglamentarias de la mayoría hay deberes de conducta, de respeto a las tradiciones y a la esencia de la Corporación, que no permiten a las mayorías abusar de su fuerza. Una mayoría puede acordar repartiese el patrimonio de la Corporación. Otra mayoría puede acordar que se desnaturalice a la Corporación, y hasta que se la deshonne. Pero en uno y otro caso la mayoría abusa reprobablemente de su poder; los que componen la mayoría renuncian a la más bella de las actitudes: la del que no abusa pudiendo abusar.

Y esto ocurrió el otro día: por aclamación de un grupo escaso (ya que los disidentes, ni siquiera con nuestro voto en contra, quisimos tomar parte en una votación que reputábamos ilícita), el Colegio de Abogados, colectivamente, se ha declarado enemigo de la Dictadura. Como tal Colegio va a pedir que se derogue, por ser fruto de un sistema ilegítimo, el Código de la Dictadura. Al hacerlo, se proclama dogmáticamente enemigo de los sistemas dictatoriales. Y acepta, con tono oficial, determinado criterio político.

Quienes en tal sentido votaron, enemigos del régimen que cayó, habrán sentido de momento la fruición malsana del que satisface un rencor atrasado. Pero, en el fondo de sus conciencias, no dejarán de oír cierto reproche por haber cedido a una mala pasión: por haber roto la pura tradición profesional, apolítica, hospitalaria de nuestro Colegio.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La intervención de José Antonio en la sesión de la Junta del Colegio de Abogados de Madrid, celebrada el 13 de abril de 1930, dio lugar a varios incidentes con el decano y con el señor Sánchez Román. Aquí sólo transcribimos la tesis que sostuvo José Antonio en sus varios discursos, pronunciados dentro de un clima de gran efervescencia. *La Nación*, 15 de abril de 1930.

LAS DISCUSIONES EN LA ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

Desde hace varias semanas viene discutiéndose en la Academia de Jurisprudencia un tema, designado con el epígrafe –no muy elegante por cierto– de "La constitución que precisa España".

El nombre sonoro de Academia, con que la institución se adorna, parecería prometer altura en la controversia. El derecho público es una ciencia con su método y su bibliografía. En el cultivo de ella – como en el de toda ciencia– es indispensable la serenidad e inadmisible la improvisación.

No obstante, el debate académico a que aludimos viene desenvolviéndose, según nuestras referencias, en el más democrático plano de alegría. Allí, cada señor luce los recursos naturales con que le dotó la providencial magnificencia, y desdeña los vulgares caminos del estudio, reservado, sin duda, para gente mediocre. Un pueblo tan virtuosamente rico en oradores como el nuestro no necesita consumir sus fuerzas en las rutinas de la investigación.

Claro que, en conjunto, el torneo académico de los supuestos jurisperitos podría compararse con una reunión pública de profanos, llamados a decidir sobre los remedios contra el cáncer, en la cual los aplausos se otorgan, por ejemplo, en proporción a la estatura del orador. No muy distinto criterio siguen los académicos de Jurisprudencia cuando disciernen sus aprobaciones con arreglo al color político de quienes hablan, no a la profundidad de lo que dicen.

Con todo, no van a ser estériles en resultados las sesiones. Por lo menos vamos a comprobar que lo primero que precisa España es que cada cual, dentro de su profesión, estudie.

La Nación, 25 de abril de 1930.

LA POLÍTICA NUEVA

Le sorprendieron algo nuestros deseos, porque don José Antonio en su modestia, en su sincera modestia, no se creía con méritos o personalidad para ser entrevistado; pero nuestros ruegos, basados en el interés público, le deciden a hablar y nos dice:

– Ya que quiere usted que por conducto del Diario de Jerez me comunique con este pueblo de la predilección de mi padre, y todos nuestros amores, le suplico haga constar mi más profunda gratitud por el recibimiento que se me ha hecho. De sobra sé que nada de esto merezco, que todo se ha hecho en honor de mi padre como prueba del cariño que aquí le tenían y de los merecimientos que en todo instante le reconocieron los jerezanos. Por eso mi agradecimiento es mayor y mi emoción más intensa.

– ¿...?

– Nunca pensé dedicarme a la política. Ni aun en aquellos años en que mi padre gobernaba pasé por mi imaginación la idea de actuar como político; pero muerto mi padre, los ministros civiles del Gobierno que presidió, exceptuando los señores Aunós y conde de los Andes -el primero, por sus aficiones puramente sociales, y el segundo, por los motivos que adujo en nota de todos conocida-, quisieron seguir las últimas instrucciones del que había puesto hasta lo más íntimo de su vida al servicio de la Patria. Y respetando aquellos últimos deseos, constituyeron el partido de Unión Monárquica Nacional, del que será jefe el ilustre conde de Guadalhorce, y al que, como es natural, quedé afiliado.

– ¿...?– Lo hice así porque lo creía un deber, pero quedando como soldado de fila del naciente partido político. Y soldado de fila soy, dispuesto a seguirlo en su empresa de buscar la tranquilidad y el engrandecimiento de España.

– ¿...?– El nuevo partido de Unión Monárquica Nacional, recogiendo las inspiraciones e ideario de mi padre -claro que apartados del régimen de dictadura, que fue transitorio- procurará llevar a la política española el nuevo ritmo que permita el desenvolvimiento de las riquezas de España, de su agricultura, de su industria y de su comercio, a base del orden como fundamento de toda obra social que pueda ser grandemente provechosa.

Al hablarle de la proximidad de elecciones, sentí que me obligaba el deber de reclamar para el apellido de mi padre el puesto que a él hubiera correspondido. Y hoy más aún, porque después del recibimiento que se me ha hecho como homenaje a mi padre, que era el que todo lo merecía, me siento más ligado a este pueblo y obligado a trabajar por él con todos mis entusiasmos, con tanta voluntad y con tanta decisión como mi padre lo hubiera hecho, aunque ni como sombra de lo que él, con su valer, hubiera realizado.

– ¿...?

– Mi primer pensamiento, y en ello persisto, fue presentar mi candidatura por Jerez³, pero sin pacto previo con otras fuerzas organizadas, sino sólo con la ayuda de todos aquellos buenos amigos que estaban compenetrados con los idearios de mi padre, recogidos para desarrollarlos, con miras a la prosperidad de España, por el partido de Unión Monárquica Nacional.

Mi candidatura nunca será una declaración de guerra, porque ni a ello me llevaría mi manera de ser y de pensar, ni me considero con personalidad para venir a sembrar discordias a Jerez; pero en ningún caso pretendería alcanzar una representación honrosísima para mí por ser de jerez, apartándome de las mismas normas de sinceridad que quiso mi padre imprimir a su vida pública. Por tanto, no aceptaría alianzas que envolvieran o determinaran el apartamiento de aquellos principios de sinceridad y de lealtad que aprendí en su ejemplo.

³ En febrero de 1931, reiteró iguales propósitos, a cuyo efecto marcha a Jerez.

– ¿...?

– Para todo esto estoy celebrando, y continuaré teniéndolas, reuniones con varios amigos que tuvieron lealtad para mi padre y la conservaron para su memoria. De todo ello, ampliándolo como es natural, pensamos ocuparnos en un acto público. Para celebrarlo se ha pedido la correspondiente autorización, que creo se concederá, ya que las últimas manifestaciones del general Berenguer son favorables a esas concesiones. Por último, efectuaré visitas a varios pueblos de la circunscripción para ponerme en contacto con los amigos de mi padre y exponer, como aquí, a la consideración de ellos los propósitos de mi partido.

(Declaraciones publicadas en el *Diario de Jerez*, de Jerez de la Frontera, el 1 de julio de 1930, reproducidas en *La Nación* el 2 de julio de 1930.)

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, EN VILLAMARTÍN.- RECORRIENDO LA REGIÓN JEREZANA.- EL MARTES, 1 DE JULIO DE 1930

Villamartín, sin distinción de categorías, rindió en el día de ayer un sentido homenaje a la memoria del llorado marqués de Estella, recibiendo con todo afecto a su hijo don José Antonio Primo de Rivera, que desde Jerez se trasladó a ésta en compañía del eximio poeta y orador don José María Pemán y de otros distinguidos señores, con objeto de conocer y saludar a los elementos de ésta que siguieron la política de su malogrado padre.

Una vez en el local de la U.M.E., don José Antonio fue saludado por cuantos afiliados se encontraban presentes, no cesando los vivas entusiastas al ilustre apellido Primo de Rivera.

El industrial don Francisco Delgado, con la venia del señor Primo de Rivera, leyó unos versos alusivos a la labor de su augusto padre, que fueron muy aplaudidos.

Hecho el silencio, el señor Pemán presentó a los afiliados a don José Primo de Rivera, teniendo un sentido recuerdo para el insigne general, haciéndolo de la manera irreprochable que le es característica, por lo que se le tributó una prolongada ovación.

El señor Primo de Rivera saluda a los señores que siguieron el ideario de su padre, y dijo que, aunque nunca pensó en dedicarse a la política, muerto aquél creía un deber formar en las filas del partido de Unión Monárquica Nacional, para laborar por el engrandecimiento de España. El ideario para la acción futura de los defensores de la memoria del general Primo de Rivera es el siguiente:

1º. Unidad nacional indestructible; 2º. Supremacía del interés de España frente a todos los intereses políticos partidistas; 3º. Exaltación del sentimiento nacional como principio informador de nuestra política; 4º. Reconquista de la independencia económica de España; 5º. Establecimiento de una disciplina civil consciente, severa y de alto espíritu patriótico; 6º. Existencia de un Ejército y una Marina capaces de mantener en todo momento el prestigio de España.

Ante la proximidad de las elecciones sentía que le obligaba el deber de reclamar para el apellido de su padre el puesto que a él hubiera correspondido.

Entre ovaciones clamorosas abandonó el local, para dar un paseo por la población, entre el entusiasmo del público, repitiéndose las manifestaciones de simpatía al emprender el regreso a Jerez de la Frontera.

La Nación, 2 de julio de 1930.

RESUMEN DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN CÁDIZ, EN LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOCAL DE UNIÓN MONÁRQUICA NACIONAL, EL JUEVES 3 DE JULIO DE 1930

Saluda a los fieles y leales de la obra de su padre. Ha venido como miembro del Comité Directivo de Unión Monárquica a terminar la organización de este partido en la provincia, y, como Primo de Rivera, a visitar la circunscripción de Jerez, donde tiene una herencia que recoger legítimamente.

Dice luego que al volver a Cádiz, de donde partió hace trece años, cuando aún era niño y desempeñaba su padre el Gobierno Militar de la Plaza, ha experimentado emociones de muy diversa índole. Una, de tristeza, por el recuerdo y la ausencia del que se fue para todos, y otras, confortadoras y de alegría al contemplar la gran transformación y el verdadero engrandecimiento material a que Cádiz ha llegado, pareciendo que hasta se ha modificado el efecto de las brisas marinas para poblarlo de bellísimos y maravillosos jardines.

Continúa diciendo que viene a visitar al alcalde, que se encuentra ausente, y que ya que por esta circunstancia no ha podido saludar a la ciudad en la persona de su alcalde, la saluda en la de todos los allí congregados.

Habla luego de la labor realizada por este alcalde en mejoramiento y embellecimiento de la ciudad, y felicita a todos por ello.

Agrega que quiere recordar a todos, sin que en ello haya inmodestia, cuántos fueron el cariño, la solicitud y los desvelos que su padre puso siempre en cuantos asuntos, vitales y problemas gaditanos se le presentaran, en cuya labor benéfica para Cádiz llevó siempre la iniciativa con una constancia y un afán insuperable José María Pemán, a quien hoy Cádiz debe todo su engrandecimiento, porque si hoy esta ciudad está transformada y embellecida lo está gracias a la obra de un alcalde que Pemán propuso a su padre y que Pemán sostuvo en todo momento.

Si Cádiz -dice- tiene una deuda de gratitud con mi padre, que siempre se desveló por sus problemas, es Pemán el único indicado para recoger esa deuda; porque Pemán, que durante los años de la Dictadura se destacó y se colocó en primera fila por su talento y por su verbo elocuentísimo, como principal paladín de la obra y de las doctrinas de mi padre, habiendo merecido recompensas que para otros hubieran sido siempre codiciadas y preciadísimas. rechazó siempre que le fueron propuestas todas esas recompensas, y a mí me consta, porque en más de una ocasión fui testigo presencial de ello, que al hablarle de algún premio para sus eminentes servicios rogó que esos premios fueran sustituidos por mejoras para Cádiz.

Voy a hacer uso -agregó- del carácter de socio de honor que me acabáis de otorgar, honor que es para mí de un valor inapreciable, y voy a haceros una proposición. Esta proposición se refiere al puesto de honor y de enorme responsabilidad que por derecho propio le corresponde. Hoy Pemán es acreedor a que vosotros, como acontecía con los antiguos caballeros al entregarles la espada, le entreguéis todo el honor de una elevada investidura y le carguéis con toda la responsabilidad que a esa investidura corresponde. Me refiero a que Pemán debe ostentar vuestra representación en las futuras Cortes, a donde lleve, con su esclarecida inteligencia y con su verbo cálido y elocuente, el eco de esa enorme masa de opinión sana, robusta y leal a la que vosotros representáis en este momento.

Estoy seguro -termina- de que Pemán contará, cuando llegue su día, con el apoyo de todos, porque es un deber de gratitud y de lealtad.

Diario de Cádiz, 5 de julio de 1930.

EL MOMENTO POLÍTICO

Los puntos del cuestionario que hemos dirigido a las más destacadas figuras de la política y el periodismo se condensan en este interrogatorio:

1º. *¿España es preponderantemente monárquica?*

2º. *¿Hará la selecciones el general Berenguer?*

3º. *¿Qué opina Vd. del actual momento político?*

El ilustre primogénito del insigne y nunca bastante llorado Primo de Rivera honra hoy las columnas de El Pueblo Manchego con su aportación a esta encuesta, cuyo insospechado éxito proclama la reproducción diaria con que nos vienen distinguiendo los principales periódicos de Madrid y provincias e incluso el vasto sector de Prensa americana servido por la "Associated Press".

José Antonio Primo de Rivera puede decirse que hace con estas cuartillas su primera comparecencia política, de radio nacional, pues ni los dos o tres artículos que lleva publicados en La Nación ni su reciente discurso en Jerez de la Frontera -cuya representación parlamentaria tiene ya asegurada plebiscitariamente-, quizá por referirse a temas de circunstancias, han tenido la resonancia que indudablemente habrán de alcanzar, por su serenidad y ponderación, extrañas en un espíritu mozo, hostigado, los juicios que le sugiere la actualidad política española.

El futuro marqués de Estella, -cuya atención agradecemos cordialmente, es figura muy simpática en esta provincia por haber defendido, en horas amargas, a los pueblos de Malagón, Fuente el Fresno y Porzuna contra la expoliación que les amenazaba en el pleito sobre los terrenos del llamado "Estado de Medinaceli".

I

Lo importante no es lo que España sea, sino lo que a España convenga. Las naciones no pueden lanzarse a experimentos temerarios porque lo quieran más o menos electores. La romántica superstición de la soberanía popular va estando cada vez más cerca de ser nuevamente sustituida por el clásico principio del bien público. Y, con arreglo a ese principio, me parece que a España no le conviene una República.

Ahora, que los peores enemigos de la Monarquía son los monárquicos del estilo caciquil anterior al año 23. Esos -como ha puesto de relieve en certeros artículos José Pemartín- no pretenden sostener a la Monarquía, sino sostenerse de la Monarquía; descansar en el arraigo histórico de la Monarquía para no tener que ganarse el respeto público con su propio eficaz esfuerzo; encubrir con un "¡viva el rey!", como los cómicos malos del siglo XIX, sus componendas y sus desaciertos. Todo lo que se haga por destruir a los supervivientes de tal escuela será buen servicio que se preste a la causa monárquica.

II

Supongo que sí, pero no entiendo de esas cosas.

III

Hay dos Españas. La verdadera está próspera y sana después de seis años de buen gobierno. Aquí no tenemos crisis del trabajo, ni de la natalidad, ni de la moral familiar, ni graves conflictos interiores o exteriores como los que dificultan angustiosamente la vida de otros países. Sólo algún humor indisciplinado, que ya va educándose. Pero tenemos, en cambio, una clase intelectual casi completamente inepta. Los intelectuales -la otra España se sienten despegados del pueblo, que ni los entiende ni los quiere. Y piensan orgullosamente que su propio malestar, mezcla de soberbia y de fracaso, es el malestar de España. De ahí que imaginen siempre vivir instantes trágicos, y que los

aprovechen para hablar, hablar, hablar con pertinacia desalentadora, enervante. Pero la tragedia no está más que en sus espíritus enfermizos. En vez de la revolución que ellos consideran indispensable, a España -la nación socialmente más sana del mundo- le basta con un poco más de traba o, de buena administración, de cordialidad y un poco menos de pedantería.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(Contestación a la encuesta del diario *El Pueblo Manchego*, de Ciudad Real, publicada el 24 de julio de 1930. Reproducida en *La Nación* el 25 de julio, de 1930.)

CONSEJOS.- UN GRITO EN LA NOCHE.- PARA LOS VENDEDORES DE "REBELIÓN"

Anoche íbamos tranquilamente a echar una carta en el Correo Central. Al pasar entre las mesas de un café instalado al aire libre resonó cavernosamente tras nosotros -y nos hizo volvernos- un grito ronco:

-¡Rebelión! ¡Compre usted Rebelión!

Quien lo profería no era un vendedor profesional de periódicos. Era un hombre cetrino, greñudo, de hosco semblante. La voz salía de no se sabe qué misteriosa profundidad, y era baja, ululante, sombría:

-¡Compre usted Rebelión!

Se dijera que en el humor con que aquel individuo pregonaba iba amasado con el odio a las instituciones un inextricable complejo de contrariedades privadas: la de ser feos (como nos ocurre a muchos), la de ser célibe, la de estar atropellado de dinero y la de verse obligado a soportar en Madrid, sin pasatiempo ni alivio, toda la calentura canicular.

Si hubiéramos tenido confianza con él nos hubiéramos permitido aconsejarle:

— Hombre, no pregone usted así. Le da usted a su grito como una resonancia agorera de calamidades. Y si la gente se acostumbra a ver como calamidad la rebelión que usted anuncia, ¿quién va a mirarla con simpatía? No imprima a su voz cavernosidades de responso; dele un sonido vibrante de clarín de triunfo. Y en vez de gritar imperativamente: "Compre usted Rebelión" (a lo que todo español, instintivamente, responde: "¡No me da la gana!"), insinúe con atractiva malicia: "¿Quién me compra Rebelión? ¡Hoy viene güena!".

No nos decidimos a dar estos consejos al vendedor, cuyos misteriosos ronquidos aún resonaban en el paseo. Dos o tres niños, despavoridos, rompieron a llorar en brazos de sus niñeras. Después de todo, si los niños pequeños no se asustan, ¿quién se va a asustar de Rebelión?

La Nación, de 28 de julio de 1930. Por su transparente estilo y temática, este escrito coincide literalmente con el artículo "*Las ventajas de ser pistolero*", de 17 de noviembre de 1931, que incluimos en esta obra.

ACERCA DE LOS INTELECTUALES

Los solitarios sin amor y sin humildad

Hace veintitrés siglos, bajo los árboles de Academo, habló plácidamente de Filosofía cierto intelectual. Le llamaban Platón. No hubo menester para sus estudios de laboratorios complicados ni recargó sus libros con intrincadas subdivisiones y prolijas notas; antes le bastó el cobijo de unas copas sombrías y la fluidez de un lenguaje fresco como el agua para dejar encendida con claridad perenne la luz de las verdades esenciales.

Había para Platón una virtud de virtudes, que llamaba la justicia. Pero no era la justicia cualidad simple, sino armonioso resumen de otras tres cualidades: sabiduría, fortaleza y templanza. De ahí que ni la sola sabiduría, ni la sola fortaleza, ni la templanza sola, por excelentes que fueran, bastasen para alcanzar la cumbre perfecta, completa, de Injusticia.

De Platón aquí la historia del mundo guarda los nombres de muchos intelectuales. Por fortuna para nosotros los españoles del siglo XX, nunca hubo tantos ni tan ilustres como aquí ahora. Detrás de cada esquina, en cada Redacción de periódico, en cada ajado y maloliente saloncillo del Ateneo, damos con dos docenas de Platones. Tampoco ha habido tiempos en que se alcance la omnisciencia tan fácilmente como en nuestros días. Antes era preciso quemarse las pestañas, sangrar por los codos sobre los duros ejercicios, encanecer en las Universidades y no desmayar en la frecuencia de los textos. Hoy, todo estudiante que sepa rudimentos de alemán puede aspirar a catedrático, y sin más que un misterioso gesto taciturno, unas gafas de concha, cierto lenguaje ampuloso, con mucho ademán y mucho transido, y tal cual somera lectura de los ensayistas de moda, le es lícito a cualquier jovenzuelo alistarse en esta muchedumbre que se conoce con el vago apelativo de la Intelectualidad.

Pero nuestros intelectuales de ahora, enmendando la plana merecidamente a aquel pobre griego de Platón, ya no consideran que la virtud suprema se halle en un compuesto de sabiduría, fortaleza y templanza, sino que, prescindiendo de las otras dos, deifican sólo a la sabiduría, a la inteligencia. Olvidan que es muy poco ser inteligente cuando no se es, además, bueno y valeroso.

De ahí que el intelectual se convierta en monstruo; en hombre tan incompleto como pueda serlo un boxeador falto de las primeras letras. Este habrá sacrificado al desarrollo del músculo incluso el cultivo de la inteligencia; se habrá convertido en una máquina de golpear. Pero aquél no sólo habrá desdeñado la atención del cuerpo, sino que habrá Regado a extirpar todos los brotes del espíritu no escuetamente intelectuales; se habrá trocado en un artificio de discurrir. Tan lejos están el uno como el otro del armonioso equilibrio de virtudes.

Por ese camino han llegado los intelectuales, tras del encanijamiento físico y el desaseo, a la más desoladora aridez espiritual; se han vuelto fríos, inhospitalarios. Insociables también, porque los cenáculos en que de cuando en cuando se congregan no les sirven, como los suyos a los hombres normales, para el sereno comercio de la amistad, sino para verter los humores hostiles almacenados contra todo lo existente durante las horas de reclusión.

Los pobres intelectuales son solitarios sin cordialidad. Impenetrables a todos los afectos; no vibran como nosotros ante las mujeres, ante los niños, ante las alegrías y los dolores humanos. No participan en los movimientos elementales de los demás hombres. Se deshumanizan. Para un intelectual nada es respetable fuera de sus pensamientos. Sí, por ejemplo, un niño -compendio de lo bello- llora pared por medio de un intelectual, estorbándole en su trabajo, el intelectual, irritado, deseará la muerte del niño. ¡Como si un niño no importara mucho más que todos los ejercicios del entendimiento!

Y como estarnos hechos para vivir socialmente, para aprender unos de otros e irnos puliendo con el roce, los intelectuales solitarios acaban por llenar la soledad de ellos mismos; se endiosan, se enamoran de sí propios y menosprecian a todo lo que esté fuera. Lo menosprecian con ira. En vez de disfrutar ese tranquilo goce de la verdad ganada, viven en continuo recelo, en continuo rencor,

como si adivinasen que sus flamantes doctrinas se van a marchitar tan pronto como las recién desechadas.

La pacífica posesión de la verdad es premio reservado a los humildes. Casi todos los grandes hallazgos vinieron por sorpresa, cuando menos estaba la mente envanecida: por el soberbio barrunto de la cima próxima. Y estos intelectuales no saben ser humildes. Por eso han de pasar la tortura de ver deshojarse una tras otra todas sus conquistas, y la humillación de sentirse desdeñados por sus propios discípulos. Y por eso parece que toman anticipada venganza despreciando enconadamente a quienes les precedieron.

No hay nada tan efímero como las modas intelectuales. Ni tan contagioso como la pedantería con que se adoptan. Todos hemos sentido el influjo de ese mal, poco más o menos a la edad del pato. Pero así como hay quien no sale nunca de la edad del pato, hay quien se queda contaminado de pedantería hasta la muerte. Me acuerdo de mi sarampión: lo pasamos juntos casi todos los que estudiábamos Derecho en la Universidad de Madrid allá por el año 1920. Acabábamos de descubrir a Duguit, el desenfadado profesor de Burdeos, cuya sola cita, transcurridos apenas diez años, ya suena a vieja. Duguit, en unos libritos y unas conferencias que se leen en tres horas, hacía tabla rasa de todo lo edificado hasta entonces en las ciencias jurídicas. ¡Para qué queríamos nosotros más! Tres horas de lectura bastaban para estar al cabo de la calle y desdeñar con definitiva suficiencia incluso a los maestros. Sin más esfuerzo: como si las meditaciones- y los estudios que convencieron a Duguit hubieran sido minuciosamente contrastados por nosotros mismos. Así, cuando algún veterano profesional, con afectuoso interés por nuestros estudios, nos preguntaba si conocíamos tal o cual libro, nunca faltaba entre mis compañeros quien contestara dignamente: "No lo conozco." Pero no con rubor de su ignorancia, no, sino con altiva conmiseración hacia aquel pobre anticuado que aún tomaba en serio las obras anteriores a Duguit. La divina misericordia, infinita para los que no saben lo que hacen, nos habrá perdonado ya la necedad de entonces.

Pidámosle también que perdone a los que no se han curado de ella, a los solitarios sin amor y sin humildad. A las pobres almas sobre cuya aridez no ha pasado nunca, fecundante, la brisa de los jardines de Atenas.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 29 de julio de 1930.

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN BARCELONA, EN EL LOCAL DEL CUARTO DISTRITO DE LA UNIÓN PATRIÓTICA (EN LA RAMBLA DE LOS ESTUDIOS), EL 3 DE AGOSTO DE 1930

Cuando se levanta a hablar don José Antonio Primo de Rivera, requerido por la concurrencia, la ovación dura largo rato, y hecho el silencio, comienza el orador diciendo:

"Esta mañana yo no tenía nada que decir. Nosotros somos, ante todo, disciplinados. Tenemos un jefe y él ha expuesto insuperablemente cuanto era necesario. Pero al mismo tiempo, y a pesar de que no soy el llamado a enseñar nada a nadie, hubiera sentido irme de Barcelona sin cambiar con vosotros algunas palabras. Yo también he vivido en Barcelona en aquellos días del año 1923, antes del golpe de Estado; he sentido, querido, gozado y sufrido en Barcelona, y me han quitado bastantes noches el sueño algunos ojos catalanes radiantes, como esos que ahora me miran y que hubieran encendido en boca de mi pobre padre tres o cuatro floridos párrafos andaluces. (Risas.)

Aquí, en Barcelona, me cogieron aquellos días, aquellas horas, aquellos minutos febriles de la noche del 12 al 13 de septiembre de 1923. Nosotros estábamos en Capitanía General. Detrás del edificio existe un pasillo que, atravesando la calle, llega hasta la iglesia de la Merced. En la iglesia de vuestra Patrona pasaron aquella noche rezando mis hermanas y mis tías. Noche angustiosa, que nosotros pasamos despiertos, porque no sabíamos nada de lo que ocurría fuera, ya que la primera medida del Gobierno fue cortar las comunicaciones y se carecía por completo de noticias de lo que ocurría en aquel momento en España. Noche angustiosa, porque no sabíamos si al día siguiente nuestro padre iba a formar Gobierno o si llegarían a Barcelona dos divisiones del Ejército a prenderle y fusilarle, aunque no era nada probable que viniesen contra él sus compañeros de armas, tan afanosos como él por que España se salvase.

Y, entre tanto, mi padre era el único que estaba sereno, alegre, seguro de que España se tenía que salvar, de que nada podrían contra su decisión todas las fuerzas del Gobierno y que la fecha de la salvación había de ser precisamente aquélla: el 13 de septiembre de 1923. (Aplausos.)

A la noche siguiente salió para Madrid. Llenaba el andén la multitud que se subía a los vagones y aun sobre las vigas de almacén de las cubiertas...

Y era el clamor de todos:

"General, no desmayes. Sigue adelante."

Y tuteándole, como lo hace el pueblo en las grandes ocasiones: "General, no desmayes. Todos estamos contigo. No nos olvides." (Una voz: "¡Yo era uno de ellos!")

En este momento se produce una verdadera explosión de entusiasmo en el público, y se oyen voces entusiasmadas de "¡Viva el espíritu, la raza y la sangre de Primo de Rivera!", y "¡Gloria al salvador de España!".

Después -prosigue don José Antonio Primo de Rivera-, seis años, cuatro meses y trece días... La mayoría de los periódicos de la cáscara amarga nos están diciendo a todas horas que no los olvidemos. Me parece que no los olvidaremos y que nos acordaremos todos muchas veces de aquellos seis años.

Tras este lapso tengo en la memoria el recuerdo de un viaje horrible: Irún, San Sebastián, Vitoria... Ruta inacabable, que recorría la única víctima de la Dictadura. Porque las otras, como decía un ilustre escritor en El Debate, las otras "pobres víctimas", que llevaban seis años en París, dándose buena vida, no pueden mostrar, si acaso, más que algún arañazo, tal o cual rozadura, alguna multa; pero el único que puede reclamar una corona de martirio con la elocuencia lívida y muda de su cadáver, es el que viajaba en un furgón de aquel tren: la única y grande víctima de la Dictadura, mi padre.

(Las emocionadas palabras del señor Primo de Rivera son acogidas con un nuevo clamor de adhesión. Muchas señoras se cubren el rostro, y las lágrimas corren por otras caras varoniles. Se oyen gritos de "¡Mueran los asesinos!", y "¡Vivas a Primo de Rivera, al salvador y al mártir!".)

Un espectador dice: "¡Primo de Rivera no ha muerto!

– Ha muerto -dice el orador- dando su vida gota a gota; pero al morir ha dejado una obra: una España optimista, una España respetada, una España rica, una España regenerada. Pero lo fundamental que ha dejado la Dictadura es llevar al pueblo la seguridad de que España no es un país caduco y viejo. Se le había dicho tantas veces que España era un país que no podía con su decadencia, que no tenía espíritu, que era cobarde; habían infiltrado en la convicción del pueblo tanta desconfianza de sus medios propios, que la mayoría de los españoles esperaban pasivamente la muerte y ni aun acudían a las urnas electorales. ¿Para qué -decían-, si vamos a estar lo mismo?

Y España ha visto en seis años que es un pueblo que vence con las armas, que se ha enriquecido, que ha mejorado, que tiene el respeto del extranjero y que, si quiere, puede ser tan grande como cualquiera de las naciones que la consideraban un país pequeño, cobarde y pobre. (Gran ovación.)

En vosotros está que lo sea. Primero, apoyando a nuestro partido, a nuestro jefe, el conde de Guadalhorce, que no pide nuestros votos sólo con promesas, sino con una brillante hoja de servicios, con una hoja de servicios tan limpia que no quiere ocultarla por temor a responsabilidades, sino exhibirla como un timbre de gloria. Pero si con eso no basta, y si con los pucherazos y los procedimientos de antes se nos excluye del Parlamento, y si tras de esta maravilla de Gobierno que tenemos ahora (orgulloso de no haber hecho ni un kilómetro más de carretera) viene un Gobierno como los de antes, y si el Parlamento vuelve a paralizar la vida del país y se dedica a hacer la vida imposible a los beneméritos ex ministros de la Dictadura, queriendo perseguir con una indigna campaña de responsabilidades a quienes han hecho grande a España; si todo eso ocurre... ¡No vaciléis ni tengáis miedo a las palabras! ¡No dudéis ante ninguna superstición ni ante los chillidos de las vestales jurídicas! Atreveos con todo, que si hubo quien dijo en 1898: "¡Sálvense los principios y perezcan las naciones!", nosotros hemos de decir: "¡Sálvese España, aunque perezcan todos los principios constitucionales!"

En este momento el público, en pie, prorrumpe en emocionados gritos de recuerdo al llorado general. Numerosos espectadores se adelantan hacia el estrado y abrazan a don José Antonio Primo de Rivera.

Al retirarse éste, el público tributó una gran ovación de despedida al joven orador y repitió sus vivas a la memoria del general Primo de Rivera y de condenación a los enemigos de España.

La Nación, 4 de agosto de 1930.

Unión Monárquica, núm.13, 4 de agosto de 1930.

REFERENCIA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL FERROL (LA CORUÑA) EL 30 DE AGOSTO DE 1930

Don José Antonio Primo de Rivera dice que El Ferrol nada le debe a él; él, en cambio, debe mucho a esta ciudad, que sabe huir de los merodeadores de la Dictadura, para mostrarse hoy leal y agradecida.

Añade que es un soldado de filas del partido formado por el conde de Guadalhorce, que representa una política exclusivamente ciudadana, alejada por completo de aquellos políticos desprestigiados, acostumbrados a anteponer sus egoísmos y ambiciones a los intereses de la Patria.

A España le causó sorpresa el que a los elevados sentimientos de los patriotas quieran sustituirles desdichados profesionales de la política, contra los cuales deben luchar cuantos incitaban a la Dictadura a seguir adelante⁴.

Galicia, de Orense, 31 de agosto de 1930.

⁴ "A mediados de 1932, José Antonio fue a París con objeto de depositar en la caja de un Banco documentos políticos reservados del archivo de su padre. Para cohonestar el escaso tiempo de que disponía con el mutuo deseo de vernos, José Antonio acudió al piso que, en la avenida de Wilson, habitaba Guadalhorce, donde le esperábamos los seis ex ministros civiles del Gobierno de Primo de Rivera que estábamos en el destierro. José Antonio y Calvo Sotelo participaban del convencimiento de que sólo un régimen autoritario podría salvar a España." José María de Yanguas y Messía-. *El Destierro*. Roma, 1940.

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN SANTA MARTA DE ORTIGUEIRA (LA CORUÑA), EN EL TEATRO DE LA VILLA, EL 30 DE AGOSTO DE 1930

Al levantarse el hijo del inolvidable marqués de Estella una estruendoso salva de aplausos le saluda.

Hecho el silencio, don José Antonio Primo de Rivera, en un párrafo bellísimo, que causa honda emoción en el auditorio, dice que recoge los aplausos porque sabe que no son para él, sino para su apellido, que le hace llevar presentes en su memoria los trabajos, las enseñanzas y doctrinas de su llorado padre. (La ovación con que se acogen estas palabras es ensordecedora.)

"Galicia -continúa diciendo- sabe muy bien lo que era el antiguo régimen, porque Galicia ha sido una de las regiones de España que más ha padecido a los viejos políticos, cuyos ministros sólo se acordaban de los gallegos para cobrarles el sangriento tributo de sus votos.

Cuando cesaban las contiendas electorales ya no se volvían a acordar de esta hermosa región ni del resto de España hasta que se anunciaba una nueva lucha de sufragio. Ahora vuelven los ojos a la región como otorgándoles un favor; pero los tiempos han cambiado.

Cierto es que desde 1923 no ha habido, nuevas elecciones; pero, en cambio, habéis aprendido mucho desde entonces en materia política.

Los únicos que no han aprendido nada han sido los viejos gobernantes, que siguen fracasando, como lo demuestra el caso del ministro de Hacienda, que, por ignorancia y torpeza política, ha tenido que dimitir.

Sabemos recordar y llorar; pero tenemos valor suficiente para demostrar que, aun llorando, sabremos luchar por los altos ideales que defendemos."

Don José Antonio Primo de Rivera ha sido interrumpido varias veces en su discurso con grandes vítores y aplausos, y al terminar sus palabras recibe una prolongada ovación.

La Nación, 1 de septiembre de 1930.

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CORUÑA, EN EL MITIN DE PROPAGANDA DE LA UNIÓN MONÁRQUICA NACIONAL CELEBRADO EN EL TEATRO ROSALÍA DE CASTRO, EL DOMINGO 31 DE AGOSTO DE 1930

Don José Antonio Primo de Rivera comienza su discurso con estas palabras:

"Mi padre murió en París de soledad; soledad, por estar lejos de los suyos; soledad, por sentir que su obra no le acompañaba. Empezaban entonces los ataques, ahora recrudecidos por quienes durante más de seis años toleraron calladamente la Dictadura. Apenas llegó a París la voz de los leales; llegaba, en cambio, la algarabía de los enemigos. Así, mi padre, que era joven cuando subió al Poder, envejeció en seis años.

Una señora, puesta en pie, grita: "Las madres españolas ofrecemos nuestro cariño al hijo de quien evitó que los nuestros muriesen en Marruecos." (Grandes aplausos.)

Recordando aquellas tristezas -sigue diciendo Primo de Rivera- no podéis imaginar cómo siento en el corazón estos aplausos. Sois los que estabais con él, y también me alegra ver que hay aquí enemigos. Mi padre nunca los consideraba como tales, porque era un corazón abierto a todos. También yo quisiera hacerme oír por ellos para convencerlos o para que me convencieran.

Se refiere después al carácter eminentemente democrático de la Dictadura. que vivió siempre en contacto con la opinión y que recibía los anhelos de toda España, estudiándolos y atendiéndolos.

Termina pidiendo a todos que no desfallezcan ni dejen de ayudar a los gobernantes para desvirtuar aquella famosa frase en que se pinta a Castilla como una madre que eleva a sus hijos y luego los abandona: "¡Ay, Castilla, que faze los homes e los quiebras"

Una estruendoso ovación acoge estas palabras⁵.

La Nación, 1 de septiembre de 1930.

⁵ En conversaciones mantenidas con Francisco Bravo, y que en su tiempo corroboraron Rafael Sánchez Mazas y Eugenio Montes, refiere José Antonio pormenores que clarifican y acaso justifican su posición sentimental en la campaña que documentamos: "Después de la caída de mi padre, el secretario del Rey dejó de felicitarme en su nombre el día de mi cumpleaños, como venía haciendo desde hacía varios años. Esto indicó que mis relaciones con don Alfonso quedaban canceladas. Empero, se produjo en don Alfonso un vuelco afectuoso con motivo de la inesperada desaparición de mi padre. Tengo presente, sobre todo, el telegrama que me hizo llegar desde Londres en ocasión del primer aniversario." Insistió su interlocutor: "Tú, José Antonio, ¿habías votado por los republicanos el 12 de abril?" A lo que respondió con elegancia: "No olvides que el voto es secreto. Permíteme que no lo quebrante."

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN CARBALLINO (ORENSE), EN EL MITIN CELEBRADO EN LA PLAZA MAYOR, EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1930

Comenzó dando las gracias por el afectuoso recuerdo de los concurrentes hacia su ilustre padre, que con tanto amor se había sacrificado por España.

Demostró que los que deshonran a la Patria son los que toman su nombre para ir a hablar mal de ella en el extranjero.

Hizo una apología de la obra de la Dictadura, fijándose en la pacificación de Marruecos, en el restablecimiento del orden, en la elevación de la economía española y del crédito de España, en las carreteras, en los ferrocarriles, y terminó diciendo que todo aquello era obra de su padre.

Al final, José Antonio recogió las alabanzas que le había dirigido el señor Rodríguez Soto, haciendo la confesión de que no se le había despertado la vocación política hasta que recibió en Madrid el telegrama que le anunciaba la muerte de su padre⁶.

"Este telegrama -dijo- fue la orden que me obligó a abandonar los quehaceres de mi carrera y a salir de mi casa para impedir que vuelva a España aquel régimen de que nos libraron los hombres de la Dictadura."

Añadió que no ambicionaba el Poder, y sí sólo que la obra de regeneración nacional no retroceda ni se detenga, para evitar el oprobio que de esto nos sobrevendría.

Dedicó un poético canto a la belleza de la mujer, y un recuerdo de afecto a los hermanos que tenemos emigrados en América, a la Galicia de allende los mares, que constituye la moderna y más duradera fortaleza de España, pues está edificada con materiales tan nobles como son el trabajo, el tesón y el sacrificio abnegado de una raza.

Terminó aconsejando a todos los españoles que nos amemos siempre como hermanos.

La Región, Orense, 20 de noviembre de 1938.

⁶ Para muchos observadores no había pasado inadvertida la coyuntura crucial que significaba para José Antonio la desaparición de su padre, como mandato imperativo de acción y de lucha. César González-Ruano anota en sus "Memorias": "Cuando volvimos a vernos, en septiembre de 1933, y empezando a marchar, antes de su acto oficialmente fundacional, lo que iba a ser la Falange, recuerdo que José Antonio me preguntó:

— ¿Desde cuándo crees tú que yo pensaba en esto?
— Desde que te vi presidiendo el entierro de tu padre."
(Nota de los compiladores.)

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN RIBADAVÍA (ORENSE), EN EL CINE ESPAÑA, EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1930

Poneos alegres. Quiero olvidar mis penas, y que mis palabras os comuniquen optimismo y fortaleza.

Circula la leyenda de una Galicia débil y sentimental, y los que cultivan esa nota quieren inculcar en el pueblo el desmayo y la languidez que empieza ya a manifestarse en una tendencia contraria a la España única.

Vosotros, alejados de esa tendencia, sois la Galicia fuerte, la de los vinos también de fuertes soleras, como los caldos andaluces.

Quien la diga débil olvida que de aquí salen sus hombres para América, donde, después de luchar por medio del trabajo, vuelven con grandes capitales; y vuelven al solar de origen, donde encuentran mujeres fuertes también, que a la fortaleza de su espíritu saben unir el sentimiento delicado que se refleja en los versos incomparables de vuestra Rosalía.

Como sois jóvenes, os dirán que sois indignos de vuestro tiempo al defender la obra de la Dictadura; pero podéis contestar que lo único importante es hacer grande a España, sea como sea.

Dijo que España es una, magnífica e indestructible, y combatió las 'supersticiones que ahogaban el resurgimiento de España antes de 1923: "Los políticos que aún sujetan a España a tales supersticiones quieren aprovecharlas para levantar el pedestal de amigos y parientes."

Queremos hombres fuertes como vosotros; trabajo, decoro y pan para vuestros hijos, y también las alegrías verbeneras de la música, que no sólo a llorar hemos venido a este mundo.

"Sólo los fuertes pueden llorar como aquí se lloró en los funerales de mi padre; sin que las lágrimas parezcan concesión a la feminidad ni a la cobardía."

Galicia, de Orense, 5 de septiembre de 1930

La Región, de Orense, 20 de noviembre de 1938.

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN ORENSE EN EL TEATRO LOSADA, EL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1930

"Cuando hace algunos años era yo alumno de la Universidad de Madrid, había un muchacho muy ardoroso que era enemigo declarado de la pena de muerte, la que decía era un crimen por serlo, no debía jamás llevarse a la práctica. Este joven, en su afán de atacar a esa pena, decía frecuentemente que los partidarios de ella debían ser fusilados." (Risas y aplausos.)

Así ocurre con los liberales españoles, y así ocurre con esa prensa que se llama liberal; aman mucho la libertad, pero no quieren consentir que los elementos de la Unión Monárquica tengan libertad para hablar y para defenderse.

"Yo os digo que tenemos un perfectísimo derecho a exponer nuestras ideas. Por eso tengo que dolerme del procedimiento que emplean los llamados liberales, que en cuanto salen de Madrid a exponer sus ideas otros señores que figuran en un campo completamente opuesto, ya están pidiendo que se les tape la boca."

Habló del caciquismo en Galicia, y citó a los señores de horca y cuchillo que podían robar los votos y asesinar impunemente en los caminos en nombre de derechos cuya sola invocación en sus labios suena a escarnio.

Dijo que en cuanto han salido de Madrid para propagar sus ideas el conde de Guadalhorce y Calvo Sotelo se han revuelto indignados los elementos liberales contra ellos. Por lo visto, para esos hombres, no se ha escrito ningún derecho, ni se ha ganado libertad alguna.

"Los liberales sólo se acordaban de vosotros cuando llegaba la hora de solicitar el voto. Vosotros tuvisteis, en Gobiernos distintos, muchos ministros gallegos; pero puede afirmarse que sólo se acordaban de que eran hijos de Galicia cuando se aproximaban las elecciones."

"Y no digo más. Solamente, que llevo de Galicia la mayor de mis gratitudes. Ella se quedará detrás de mí cuando pase estos contornos. Pero al igual que cuando vino a visitarla mi padre, aquí se queda una gran parte de lo más intenso y de lo más vivo de mi alma."

La ovación que premió las palabras de José Antonio fue clamorosa y prolongada.

Galicia, de Orense, 6 de septiembre de 1930.

La Región, de Orense, 20 de noviembre de 1938.

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LUGO, EN EL HOTEL MÉNDEZ NÚÑEZ, EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1930

En este recorrido por Galicia, si es verdad que hemos tenido el sinsabor de que en alguna parte no se nos haya dispensado en la calle la acogida que merece el forastero, no lo es menos que hemos tenido ocasión de ver en nuestras reuniones las numerosas representaciones de nuestros leales, que son, sin duda, lo mejor y lo más escogido de cada provincia.

Hay una nota que es menester declarar: entre los "músicos" de estos días no ha habido ningún obrero, a pesar de haber sido invitados a unirse al murmulleo". Los obreros, que constituyen una organización seria y respetable, no han querido secundar la perturbación de un derecho que nosotros ejercitábamos y ejercitamos. España no podría vivir sin obreros y sin vosotros; pero sin esos contratistas de la tranquilidad de la calle no sólo podría vivir, sino que viviría mejor.

Yo envío desde aquí un saludo afectuoso a los obreros, en nombre de la tradición que represento y en nombre del secretariado de Unión Monárquica del que formo parte.

También hago llegar un saludo de gratitud a Galicia, que nos ha ratificado el cariño que dispensaba a mi padre cuando venía a visitarla, y con ello demuestra Galicia que no adula a los poderosos y que no son gallegos esos desarropados de alquiler que chiflan sin saber por qué.

La sangre que se ha vertido hoy en Lugo caiga sobre los que, escondidos y sin dar la cara, han lanzado a la calle a esos pobres muchachos que no saben lo que hacen. (Grandes y prolongados aplausos y vivas al salvador de España y pacificador de Marruecos.)

Galicia, de Orense, 7 de septiembre de 1930.

DISCURSO PRONUNCIADO EN BILBAO, EN EL MITIN ORGANIZADO POR LA UNIÓN MONÁRQUICA NACIONAL EN EL FRONTÓN EUSKALDUNA, EL DOMINGO 5 DE OCTUBRE DE 1930

Gran ovación acoge la presencia del señor Primo de Rivera en el estrado. Se oyen muchos vivas al marqués de Estella.

"Si estos aplausos fueran dirigidos a mí, yo os podría dar las gracias con el desembarazo que dejan los honores inmerecidos; pero sé que no son para mí; son para el recuerdo que en mí veis y que yo llevo enraizado en lo más hondo de mi espíritu. Bajo ese recuerdo, ¿con qué palabras podía daros las gracias, si todas las palabras se ahogan antes de llegar a la garganta cuando suben del corazón? (Aplausos.)

Gracias a todos con toda mí alma. A los que estáis aquí despreciando las amenazas que os han dirigido desde fuera (muy bien); a los que han organizado este acto, el más importante de los que se están celebrando en España; a las mujeres, que también habéis venido para honrar y embellecer nuestra solemnidad; a vosotras, mujeres vascas, que sabéis llenarnos la vida con vuestra belleza, con vuestra suavidad, con vuestra serenidad, y sabéis ser fuertes y firmes para la lealtad y para el deber- a vosotros, los que tal vez no estuvisteis con la Dictadura, pero seguís a estos hombres porque van por el camino de la verdad; y a los leales -últimos en la enumeración, pero no en el afecto- que estáis aquí y que sois todos. Porque, ¿qué nos importa que no estén con nosotros los que se unieron a la Dictadura para adularla al barrunto de las prebendas y huyeron cobardemente en cuanto se les pidió el menor sacrificio? (Muy bien. Aplausos.)

La Dictadura avivó la ciudadanía

Yo quisiera que os mirasen con los ojos de la verdad los que probablemente mañana, desde ciertos periódicos, ocultaran hasta la realidad de que estamos celebrando este acto. ¿Cuándo un partido perseguido, calumniado, en oposición hasta sangrienta, ha logrado reunir en torno suyo tan magnífica manifestación de ciudadanía? Después de esto, ¿se atreverán a seguir diciendo que la Dictadura ahogó el espíritu ciudadano? Lo dicen porque suspendió la celebración de elecciones. Pero precisamente así, con el corte de aquel simulacro, logró que la verdadera ciudadanía se robusteciera. Casi todos, muchos por lo menos, sois más viejos que yo y recordáis lo que eran las elecciones: muchos ya no acudíais siquiera a ellas porque teníais metido en el alma el desaliento. Notabais que por grande que fuera vuestro entusiasmo, siempre, por no se sabe qué artes misteriosas, resultaban triunfantes los mismos hombres; los que perdieron las Antillas; los que fracasaron en Marruecos; los que arruinaron nuestra Hacienda; los que conocéis de siempre. Y después, para colmo de vilipendias, os decían que erais... el pueblo soberano y que ellos no eran más que vuestros servidores. (Gran ovación.) Claro que la Dictadura acabó con eso. Pero, en cambio, sacó de sus casas y movilizó el más copioso y selecto contingente de ciudadanos que ha movilizado Gobierno alguno. ¿Quién no recuerda la labor benemérita de esos hombres en las Diputaciones, en los Ayuntamientos, en tantas Juntas de Base Social, descentralizadoras de servicios, como creó la Dictadura? Y, sobre todo, renació la ciudadanía, porque renació en todos la fe en España. La Dictadura nos curó del más terrible mal, que era el desaliento. La Dictadura nos hizo ver que España podía ser grande, fuerte, rica, vencedora y respetada. Y así los que, vueltos de cara a la pared, esperaban de un momento a otro una muerte miserable, acudieron a los puestos del deber para servir a España en el ejercicio de la ciudadanía.

Ya veis cómo ha bastado ese espíritu de ciudadanía, difuso, pero fuerte, para manifestar, sin necesidad de Cortes ni casi de Prensa, la más viva repulsa contra los conciliábulos de unos cuantos viejos políticos que de nuevo pretendían repartiese a España.

No hay más que dos caminos: con Moscú o contra Moscú

Pero esta ciudadanía, formada ya, tiene que conocer su camino. Y no hay más que dos, porque ha pasado la época de distraernos en gestionar que nos pongan ese alcalde o nos quiten aquel juez municipal. No hay más que dos caminos en estos momentos trascendentales: o la revolución o la contrarrevolución. O nuestro orden tradicional o el triunfo de Moscú, que ha abolido la religión, la

familia, el pudor y el amor a la Patria. (Aplausos.) Porque sabed que la III Internacional ha gastado en Europa, durante uno solo de los últimos meses, 36 millones de dólares en propaganda.

Sabed que sostiene en España tres periódicos comunistas, y no menos de doscientos propagandistas del comunismo. Y Moscú será lo que triunfe si triunfa la revolución. No será una revolución contra la Monarquía, sino la subversión completa del orden social. La República conservadora no es más que un paso; los republicanos románticos, y por lo mismo respetables, de finales del siglo XIX no tienen masa, necesitan de la que se les preste, y esa fuerza prestada, ¿creéis que se conformará con la sustitución del general Berenguer por el señor Alcalá Zamora? Después de triunfar echarán a un lado a los románticos del republicanismo y no se conformarán sino con el logro completo, con Rusia.

Contra eso ha de organizarse a toda costa la unión de las derechas. Pero, ¡ay de las derechas si persisten en su vieja política Pobres de ellas si, frente a Moscú, se entretienen en sus antiguas habilidades electorales! Así ni servirán de nada ni lograrán que nadie las siga. Tampoco pueden ser las derechas blandas y escurridizas de antes. No. Ha de ser una derecha fuerte, resuelta, intransigentemente derecha.

La derecha y los obreros

Quiero explicar esto de "intransigentemente". Estoy muy lejos de pensar que las derechas deban oponerse a los legítimos avances de la clase trabajadora. Al contrario, nunca ningún Gobierno pensó tanto en los trabajadores como la Dictadura. No los adulaba para obtener votos, y, sin embargo, ¿cuándo tuvieron los trabajadores más respeto y más bienestar? Por eso muchos obreros que hoy, por temor o por mal entendido compañerismo, se ven arrastrados a protestas contra lo que cayó, en la sinceridad de su familia, donde se sienten padres, añoran -ya con nostalgia- los días pacíficos y fecundos de la Dictadura. (Grandes aplausos.) Lo que se dé merecidamente a la clase obrera no es transigir, no es ceder en un regateo: es hacer justicia. Por consecuencia, debe hacerse de una vez todo lo necesario para llevar una vida armoniosa, alegre y desahogada, en la que no falte el pan ni la seguridad del ocio a los hijos durante la infancia, para que puedan educarse, ni el descanso y la alegría, que los pobres tienen tanto derecho como los ricos a concederse una copa de vino o una diversión; todo eso ha de darse a los obreros, y todo hay que darlo de una sola vez, sin que pueda interpretarse como una transacción. (Grandes aplausos.)

Fe en la propia doctrina

La intransigencia ha de mostrarse en la doctrina. Los antiguos conservadores tenían a gala ser más liberales que los liberales. Sería como si un propagandista de la abstinencia alcohólica tuviera a gala emborracharse mejor que nadie. Aquellos conservadores parecían descubrir la interior convicción de no estar en lo firme. Era como si dijeran: "Ya sabemos que no tenemos razón; pero mientras nos sostenemos con concesiones y transacciones, veremos lo que dura esto." ¡Lejos ese espíritu de la nueva derecha! Hemos de tener fe resuelta en que de nuestra parte está la verdad, e iluminados con la verdad, en la que no se cede, batir resueltamente al enemigo.

El enemigo está en las Universidades. En nuestras Universidades no intervenidas, sino monopolizadas por el Gobierno, y en las cuales, no obstante, tienen su nido los adversarios más activos y peligrosos de cuanto es fundamental para el Estado. En ninguna parte como en España es más fuerte la intervención del Estado en las Universidades. Parece que un Centro del Estado no puede ser hostil a aquello que es fundamento y sustentación de aquél. Defendamos a la juventud. Vosotros sois padres; si queréis que vuestros hijos sigan una profesión facultativa tendréis forzosamente que entregárselos al Estado por las puertas de la Universidad. Con ellos debierais descansar seguros. ¿Quién parece que pueda tener mayor interés que el Estado en formar ciudadanos que lo sostengan? Pues no; vuestros hijos encontrarán, sí, maestros sabios y venerables -yo soy discípulo de una Universidad y me honro en tributarles desde aquí mi respeto-; pero pasarán también por las manos de una serie de extravagantes que les enseñarán a perderos el respeto a vosotros, a la religión, a la Patria, al Ejército, al honor nacional... Y cuando el Estado os devuelva a vuestro hijo, si Dios no le ha protegido mucho, os lo devolverá descreído, irreverente, descastado, cobarde, enemigo de todo lo que vosotros más respetáis, y quién sabe si incluso -porque hasta de

eso habrá oído hablar con benévola simpatía- entregado a los vicios más, abominables y vergonzosos. (Gran ovación.)

También está el enemigo en la Prensa; en esa Prensa que sirve cada día a sus lectores, por una perra gorda, la cotidiana ración de embustes, calumnias y veneno. Estamos manteniendo con nuestro propio dinero y nuestra propia organización a aquellos que quieren derribarnos y echar por tierra nuestra Patria.

El pecado de estupidez

Si la futura derecha no va contra todo eso será, más que mala, imbécil. (Aplausos.) Porque, como nos dijo hace unos días don Ramiro de Maeztu, todo Estado que aspira a perpetuarse forma a sus generaciones en los principios mismos que lo sustentan: así el Soviet forma comunistas, y el Fascio, fascistas; sólo nosotros cometemos la incomparable estupidez de abrir por nuestras propias manos la puerta de la casa a quienes 'sólo quieren entrar para arrojarnos de ella con sangre y vilipendio. (Ovación.)

La abstención no es lícita.

Así, pues, hay que decidirse: o con la revolución o contra la revolución, en una fuerte unión de derechas. Es esto tan importante, que la Unión Monárquica Nacional, para la que el único interés es que España sea bien gobernada, cedería cuanto fuera preciso. ¿Quién puede entretenerse en regateos en estos instantes? Pero oído todos y decirlo a todos los que están fuera: nadie puede excusarse de acudir a su puesto. No sirve decir: "A mí no me interesa la política"; lo mismo que ante el incendio del propio hogar no cabe cruzarse de brazos con el pretexto de que a uno no le interesan las llamas. Si triunfa la revolución, los arrastrará a todos: a los que lucharon y a los que no lucharon. Pero mientras los primeros caerán cara a cara, con el goce del que cumple con su deber, los tibios, los tímidos, caerán heridos por la espalda, llevando sobre sí el estigma de los cobardes. (Ovación.)

La Nación, 6 de octubre de 1930.

Unión Monárquica, núm. 98, 15 de octubre de 1930.

LA CORRESPONDENCIA A UNA SEMICORRESPONDENCIA

A propósito de un comentario aparecido en Informaciones

No tiene razón esta vez "El Abajo Firmante". Me duele mucho que no tenga razón, porque la injusticia que sin querer comete en su "Semicorrespondencia" de anoche no puede menos de nublar un poco mi admiración por la galanura habitual con que está escrita y por el afecto -cordialmente agradecido- con que me la dedica. Pero no tiene razón. Los ex ministros de la Dictadura no son "quienes, por error o por atender a su medro personal, amontonaron sobre ella desaciertos indudables"; en contraste con "lo único bueno de la Dictadura", que fue "la primera actuación personal del dictador cuando se trataba de imponer autoridad y hacer guerra". Y mucho menos aún, aprovechando mi amor filial, "tan simpático y plausible", me llevan y me traen para defender no a mi padre, sino "las ambiciones ajenas", encaminadas a lograr para sí propios "la vuelta al Poder personal, ejercido sin freno ni vigilancia".

Nada de esto diría "El Abajo Firmante" si supiera lo que yo sé, por haber sido testigo. Mi padre se fue a París con el abatimiento del que ve deshacerse en unos días la obra ingente de seis años. Todavía el general Berenguer no dominaba su misión, hoy más certeramente orientada en el sentido de defender el orden. El señor Argüelles y el señor Estrada, sin freno, se disputaban el campeonato de la insensatez; aquél, con sus declaraciones derrotistas; éste, con la facundia del que no sabe disimular el descompuesto regocijo del encumbramiento. Todo era deshacer a tontas y a locas, con la esperanza de atraerse así a los enemigos de la Dictadura. Ya habrá visto el Gobierno de lo que aquello le sirvió. Mi padre se dio cuenta de que había que agrupar a la gran masa del país, salida por primera vez de sus casas para cooperar desde los Ayuntamientos, desde las Diputaciones, desde todos los puestos, a la admirable administración de la Dictadura. No era lícito siquiera dejarla que se hundiese otra vez en el desaliento, aplastada por la triunfante procacidad de los caciques resucitados. Y para alzar la bandera que tornara a agrupar a los dispersos -bandera política, propia para ser tremolada por hombres civiles- llamó a los que fueron en el Gobierno sus colaboradores.

¡Hubiera visto "El Abajo Firmante" la resistencia que encontró en ellos!

Y no por indisciplina, ni mucho menos por deslealtad, sino por la más completa falta de ambición. Aquellos hombres beneméritos, que soportaban silenciosamente la calumnia, la injuria, la befa y el derrumbamiento de sus obras, no apetecían la notoriedad. Cumplido el deber, más les llamaba cien veces el descanso de sus hogares que el afán del Gobierno, falto para ellos, por lo largamente conocido, hasta del aliciente de la novedad. Tan ahincadamente se resistieron a formar un partido que -créame "El Abajo Firmante"- temo que el encargo de mi padre se hubiera quedado sin cumplir si no lo sella con la decisiva autoridad de la muerte.

¿Me podrá convencer después de eso de que los ex ministros de la Dictadura sólo se mueven por la ambición de volver a ser dictadores? No me convencerá, ni tampoco de que el poder personal sin límites es lo único que pueden defender, porque nada más hicieron. ¿Y el Estatuto Municipal? ¿Y el saneamiento de la Hacienda, que ha aumentado su recaudación en 1.000 millones? ¿Y las maravillosas Confederaciones Hidrográficas? ¿Y los nuevos 1.500 Kilómetros de ferrocarriles? ¿Y la obra sanitaria? ¿Y el aumento de 5.000 escuelas, obra del ministro -espejo de modestia y lealtad- a quien se trata con tanto desdén? ¿Y la política social de la Dictadura? ¿Y tantas otras cosas? Todo ello constituye un magnífico "contenido" de Gobierno que no tiene que ver con la "forma" dictatorial. En cualquier otro régimen puede proseguirse, y piensen todos si el designio de su prosecución no constituye un programa bastante más sustancioso que el que se cifra, por ejemplo, en si las Cortes han de ser ordinarias o constituyentes.

Por eso yo -y no hablaría de mi insignificancia si a mí personalmente no se hubiera dirigido "El Abajo Firmante"- acompaño al conde de Guadalhorce en sus propagandas. Primero, porque me liga a él la memoria de mi padre, cuya defensa es el primero de mis deberes, y segundo, porque creo en sus dotes de gobernante y en las de sus compañeros. Porque, créalo "El Abajo Firmante", acaso el poder personal, si no se encaja en un armonioso sistema político, lleve al fracaso; pero, desde luego, ningún sistema político ha hecho feliz a ninguna nación. No gobiernan los sistemas ni las ideas: no gobiernan más que los "hombres".

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 10 de octubre de 1930.

ESPAÑA: LA LANZADERA DUERME EN EL TELAR

Que si Monarquía, que si República, que si revolución, que si España es así, que si España es de otro modo. Y eso por todas partes. Reunidos tres españoles, no se habla de otra cosa que de política, de política, de política.

Quien lo ve, se pregunta. ¿Pero es que aquí, en España, nadie tiene otra cosa que hacer? Parece como si nos hubiera acometido una fiebre colectiva. Todos nos sentimos médicos para diagnosticar el mal de España, y ninguno repara en que él mismo es una parte de ese mal. Mucho más útil que escribir cien artículos es ponerse a hacer bien "algo"; lo más modesto, aunque sea remendar zapatos, dar cuerda a los relojes, limpiar los carriles del tranvía...

Pudiera resucitar para gobernarnos el más maravilloso de los gobernantes, y España no sanaría. No puede sanar mientras los carpinteros no sean mejores carpinteros, los matemáticos mejores matemáticos y los filósofos mejores filósofos.

En vez de procurarlo, todos nos hemos salido de nuestras faenas para volcarnos en la misma actividad: la política. Mientras vociferamos unos contra otros, aguardan arrumbados, en ociosidad que debiera sacudirnos como un remordimiento, los estudios que no se siguen y los trabajos que no se acaban. Mientras nos peleamos entre nosotros -como dijo Ramón y Cajal, el glorioso maestro de la perseverancia-, la lanzadera duerme en el telar.

Ninguna palabra pudiera decir lo respetuosamente desconsolador que es este espectáculo para quien, apartado un momento de la locura colectiva, lo contempla con ojos de Historia. ¡Un pueblo entero, en cada uno de sus individuos, se resiste a cumplir con el deber! Y ese pueblo es España; justamente el pueblo en que todos los esfuerzos de una generación serían pocos para recuperar el retraso de lustros que debemos a antiguas perezas. Así, mientras nuestras Universidades no producen sino eminencias aisladas y muchedumbres de productos raquíticos, los universitarios (profesores y alumnos) se desgastan en el más díscolo pugilato de derechas e izquierdas. Y mientras en la bibliografía jurídica del mundo apenas se abre un hueco de segunda fila para tal cual nombre español, los juristas españoles cierran los libros de ciencia y redactan proclamas políticas.

Pero lo peor es ver así envenenada, frenética y desquiciada, a la juventud. En tanto que los muchachos de la izquierda (ya hasta los niños se dividen en derechas e izquierdas) escriben periódicos revolucionarios y los de la derecha organizan mítines monárquicos y suman firmas para documentos de protesta, ninguno se recoge, a pesar de que están por hacer innumerables cosas, y que las horas, los minutos que se desperdician, al no hacerlas nunca, nunca se podrán recuperar.

Por este camino, lo mismo da la Monarquía que la República que la revolución. Con el régimen presente o con otro seguirá España inficionada de su malestar. No hay otro remedio que aplicarse, cada cual en lo suyo, a la dulce esclavitud del trabajo. Sea nuestra oración de todas las mañanas: "Te ofrezco, España, la labor que voy a hacer durante el día; para que te pongas en camino de ser perfecta; yo no regatearé fatiga a mi tarea hasta acabarla con perfección." Si no hacemos eso, no lograremos nada. Todo lo que llegue nacerá traspasado de muerte con ese frío del telar en que duermen las lanzaderas.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Unión Monárquica, núm. 102, 15 de diciembre de 1930.

EL MILAGRO DE LA GUARDIA CIVIL

No es verdadera abnegación, de ordinario, la que elige la prueba, sino la que aguarda en todo instante, con ánimo igual, las que Dios envía. Suele ser más difícil soportar sin quejas las incomodidades cotidianas que romper aisladamente, enardecido por la ocasión, en un acto heroico. Al acto heroico no le falta nunca, mirado de lejos, una aureola atractiva; mientras que la diaria realidad es casi siempre, además de incómoda, prosaica. Así, la cima de la virtud está en el cumplimiento seguido y oscuro de eso que se llama sencillamente "el deber".

Quizá el rasgo más saliente de nuestro carácter nacional consiste en la inclinación a "esquivar el deber". No por cobardía -a veces es más duro lo que emprendemos que lo que dejamos-, sino por inquietud, por falta de "seriedad en la vocación". Apenas hay español que no se considere llamado precisamente a aquello que no le corresponde hacer. "Si yo fuese ministro de Hacienda... Como me dejasen gobernar el Banco de España durante un mes..." Y al mismo tiempo que quien esto dice renuncia en su espíritu a maravillosas innovaciones que implantaría, se atrasa y se adocena en el cumplimiento de su verdadera misión.

Por otra parte, nos falta casi por entero el "sentido social"; ese goce de sentirse parte de un todo armónico, de comportarse como pieza puntual para que el conjunto de la máquina funcione bien. Aquí preferimos no pasar de tosca herramienta, con tal que sea independiente, mejor que entrar como rueda secundaria en un maravilloso mecanismo. La aspiración de casi todos nosotros sigue siendo, como cuando Ganivet escribía, la de regirnos por una Constitución individual, donde no haya más que un artículo: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana."

Pero entonces, si somos así, si en todos asoma aquella falta de seriedad en la vocación y esta arriscado indisciplina, ¿cómo puede existir entre nosotros la Guardia Civil?

La Guardia Civil es precisamente negación de los dos defectos. De un lado, nada más severamente adicto al cumplimiento del deber que un guardia civil. Al cumplimiento del deber sin brillo; del de todos los días; con perfección que igual se extrema en el servicio extraordinario y en la aburrida misión de recorrer durante ocho o diez horas carreteras intransitadas. Y de otro lado, nada más devotamente impregnado del espíritu del Cuerpo -disciplina, sentido social- que un guardia civil. No hay uno siquiera que acepte personal recompensa ni aun elogio. Una y otro los declinan siempre en provecho y gloria del instituto, al que pertenecen con la ufanía y el rendimiento del que profesa en una religión.

¿Cómo pueden darse entre nosotros hombres de este corte en tal abundancia? No una docena, ni un centenar, sino veintitantos millares. ¿En qué especie de metal incorruptible los transmutan cuando les invisten el uniforme, que así quedan inmunes a todo mal ejemplo? ¿Qué maravillosos fluidos, llegados de Dios sabe qué distancia, captan los picos del tricornio, que así neutralizan en quien lo lleva toda imperfecta inclinación nativa? Es un milagro: el milagro de la Guardia Civil. No es que la Guardia Civil haga milagros, sino que es un milagro en sí misma.

Así, mientras unas instituciones caducan y otras no medran por falta de perseverancia o de solidaridad, la Guardia Civil sigue como siempre: ni mejor ni peor, sino "perfecta". Cada individuo en su puesto, y todos tan iguales en el rigor, en el aseo, en la severa cortesía, en el valor a toda prueba y en la infatigable asiduidad, que se dijera formados en el mismo molde.

Ha llegado el momento de rendir homenaje al glorioso Instituto. Nadie le regateará su aportación. Por mucho que hagamos, siempre quedaremos en deuda con él. ¿Qué son unas pesetas o unos renglones al lado de lo que le debemos? Gracias a él se recorre España sin peligro de Norte a Sur, aun las comarcas más abruptas, vivero antaño de salteadores. Los que vivimos fuera de la ciudad, sobre todo, no podemos agradecer bastante los servicios de los guardias civiles. A veces volvemos de noche por la carretera. Los cristales del automóvil se empañan; debe helar. Las casas que vamos dejando atrás tienen los balcones cerrados. Hacemos correr a nuestro coche, ganosos del hogar caliente y de la cama mullida. Todos duermen ya. ¿Todos? No; de pronto los faros iluminan, sobre el fondo oscuro, dos siluetas viriles. El haz luminoso se quiebra en los tricornos negros y en los fusiles vigilantes. Pasamos a su lado. Los saludamos. Y seguimos con emoción confortadora, en la que tal

vez asoma un punto de remordimiento. Ellos quedan allí, velando por todos: austeros, severos, sencillos, como si no hicieran nada sobresaliente; con la robusta serenidad de lo duradero.

La Nación, 20 de diciembre de 1930.

PRONÓSTICO PARA EL AÑO 1931

DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

– Empezaré por el final. Quisiera que el año 1931 trajese a cada español un firme propósito de cumplir bien con su deber (con el "suyo"; nada de lanzarse a hacer de "espontáneo" en los deberes ajenos). Si no trae eso el año 31, lo que ocurra en él y en los sucesivos me parece que valdrá poco para España.

La Nación, 1 de enero de 1931.

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN MADRID, EN EL LOCAL DE LA UNIÓN PATRIÓTICA, SOBRE EL TEMA "LA FORMA Y EL CONTENIDO DE LA DEMOCRACIA", EL 16 DE ENERO DE 1931

A continuación publicamos un breve extracto de la interesante conferencia, modelo de claridad y exposición, perfecta dicción y acertado desarrollo.

El ambiente que Impera es puramente democrático

Al sentido etimológico de la palabra "democracia" ha llegado a sobreponerse en el espíritu de nuestra época un sentido ético: el que nos representa un estilo de vida pacífico, armonioso y tolerante; un tono de educación –Como ha dicho Pemán– "que se impone por sí mismo en los días adultos y civilizados de los pueblos". La aspiración a una vida así debió ser la primera que movió al pensamiento y la actividad política de los hombres cuando aún padecían a los tiranos.

Frente a esos tiranos se alza la primera, resueltamente, la teología medieval. De los conventos salen las primeras voces que preguntan a los que gobiernan cuál es el origen de su poder y con qué títulos pueden imponer su voluntad a los gobernados. Santo Tomás contesta a la pregunta con su admirable concepción del Estado, que se anticipa a muchas adquisiciones de la ciencia moderna, como ha reconocido el propio Ihering.

La doctrina de Santo Tomás

Santo Tomás centra su doctrina del Estado en la idea de fin. El fin es el "*bien común*", la vida pacífica, feliz y virtuosa. Son justas las formas de gobierno (de uno, de varios o de muchos), en tanto se ordenan a ese fin, e injustas cuando lo menosprecian. El gobernante que no gobierna hacia el bien común, sino en provecho propio, es un tirano, contra el cual es lícito alzarse, siempre que la rebelión no traiga males mayores; es decir, no vaya en detrimento del "bien común", que nunca se pierde de vista. Santo Tomás prefiere la Monarquía, no por razones dogmáticas, sino porque entiende que la unidad de mando es favorable para el bien común.

He ahí señalado como aspiración de la ciencia jurídica un "contenido de vida" que pudiéramos llamar, en el sentido ético que se dijo al principio, democrático. Vida en común no sujeta a tiranía, pacífica, feliz y virtuosa.

Desviaciones

Pero cuando ya iba tan adelantada la ciencia en el logro del "contenido" de una vida política justa, surgen dos desviaciones para las cuales es dogma de fe que la vida justa se produce necesariamente por la sola virtud de una forma determinada; que hay seres o máquinas políticas con poder "soberano", cuyas decisiones se justifican por razón de su origen: es decir, son legítimas, independientemente de su contenido, por emanar del Soberano. La vida pacífica, feliz y virtuosa no se espera ya de un contenido político, sino de una forma política.

El derecho divino de los Reyes

Una de estas dos desviaciones es la del derecho divino de los Reyes, expuesta, sobre todo en Francia, en los siglos XVI y XVII, y formulada por Luis XV en el preámbulo del edicto de 1770. Los Reyes se suponen investidos de poder directamente por Dios, sin mediación del pueblo. Contra lo que se ha dicho, no es la doctrina católica la que lo propugna. Están en contra textos de Suárez, Belarmino, Santo Tomás, León XIII y el Código social de Malinas (art. 37), iniciado por el cardenal Mercier. Nadie defiende ya esa doctrina.

La soberanía popular

Pero igualmente dogmática es la de la "soberanía popular", cuya expresión más acabada, resumen en parte de otras ideas corrientes en su época (Hobbes, Jurieu), se halla en el *Contrato social*, de Rousseau.

Para Rousseau la sociedad no puede tener más origen que el contrato en el que cada uno renuncia a su independencia, a cambio de la libertad civil que adquiere. El conjunto de las voluntades engendra un "yo común" diferente de los agrupados, una "voluntad general" distinta de la suma de voluntades particulares. Este "yo común" es el Soberano, y su soberanía, inalienable e indivisible. Sólo el Soberano puede legislar sin conferir su representación a nadie. El Gobierno (cuya forma puede variar según los países) es simplemente comisario del Soberano.

Lo más importante para nuestro tema de las ideas de Rousseau es la afirmación de que el Soberano no puede querer nada contrario al interés del conjunto de los asociados, ni de ninguno de ellos, por lo cual el particular, al ingresar en la asociación, no se reserva derecho alguno. Esto quiere decir que toda resolución de la voluntad general soberana es legítima por ser suya. En tal principio se inspiran las declaraciones y constituciones revolucionarias (1789, 1791, 1793) y cuantas han seguido sus tendencias fundamentales. Del mismo principio se deduce la implantación del sufragio universal, que no es, para Rousseau, una decisión de la mayoría sobre la minoría, sino un cómputo de conjeturas formuladas por los electores acerca de cuál será la voluntad general: los electores de la minoría, para Rousseau (con sofisma que indigna a Duguit), son, en realidad, personas que "se han equivocado" al suponer cuál era la voluntad general.

He aquí reemplazada la tendencia tomista, que aspira a alcanzar el bien común mediante una política "de contenido", por otra tendencia que espera lograrlo por la sola mágica virtud de una "forma".

Ineficacia de los Parlamentos magníficos

Pero la esperanza no se ha cumplido. Quizá no se ha llegado a lo que profetizó Ganivet, que preveía la caída del poder en manos de los peores. Pero sí se dan dos fenómenos: de un lado, la general ineficacia de los Parlamentos elegidos por sufragio universal, incluso en aquellos países, como Inglaterra y Bélgica, donde ha alcanzado mayor perfección. De otro lado, la tendencia del cuerpo electoral a dejarse arrastrar por los partidos extremos, de guerra, como los comunistas y nacionalistas; es decir, por los partidos "antidemocráticos". Con lo que la democracia "de forma", en vez de dar como fruto la democracia "de contenido", amenaza con alejarnos de ella definitivamente.

No menor que el fracaso práctico ha sido el fracaso teórico de la doctrina rousseauiana. El positivismo rechazó, por metafísica, la existencia de ese "yo común" diferente de los asociados. Singularmente, Duguit ha sido implacable en la crítica: considera la existencia de ese yo como un dogma indemostrable, la teoría del contrato contradictoria, por cuanto no puede haber contrato sino cuando ya existe vida social, e imposible de legitimar, en todo caso, lo que la voluntad general (prácticamente la mayoría de los electores, que no son sino una minoría del país) acuerde, lo cual puede ser tan injusto y tiránico como si lo acordase un hombre solo.

El positivismo está en crisis. La democracia "de contenido" no ha fracasado

Aunque el positivismo está en crisis, por haber querido prescindir de todo concepto lógico y religioso, nos ha dejado, como conquistas definitivas, esa crítica de la superstición rousseauiana y una gran parte de la admirable construcción de Ihering, coincidente en tantos puntos con la de Santo Tomás. Y si hoy el pensamiento jurídico va por otros derroteros (Stammler, Del Vecchio, renacimiento tomista) es para buscar al Derecho una norma de validez absoluta, nunca para recaer en la creencia de que una forma tiene poder taumatúrgico.

Pero si la democracia como forma ha fracasado, es, más que nada, porque no nos ha sabido proporcionar una vida verdaderamente democrática en su contenido. No caigamos en las exageraciones extremas, que traducen su odio por la superstición sufragista, en desprecio hacia todo

lo democrático. La aspiración a una vida democrática, libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política, por encima de toda moda.

No prevalecerán los intentos de negar derechos individuales, ganados con siglos de sacrificio. Lo que ocurre es que la ciencia tendrá que buscar, mediante construcciones de "contenido", el resultado democrático que una "forma" no ha sabido depararle. Ya sabemos que no hay que ir por el camino equivocado; busquemos, pues, otro camino; pero no mediante improvisaciones (como las del año pasado en la Academia de Jurisprudencia), sino mediante el estudio perseverante, con diligencia y humildad, porque la verdad, como el pan, hemos de ganarla con el sudor de nuestra frente.

La Nación, 17 de enero de 1931.

Unión Monárquica, núm. 105, 1 de marzo de 1931.

LA HORA DE LOS ENANOS

Fue misericordia de Dios el llevárselo a las regiones de la paz eterna. Tras un breve martirio, el descanso. ¡Eran muchos sus merecimientos para que la divina generosidad no le indultara de este espectáculo!

Todo bulle como una gusanera. Como si no hubiera pasado nada. Los mismos hombres, las mismas palabras vacías, los mismos aspavientos. ¡Y todo tan chico! Contra la obra ingente de seis años –orden, paz, riqueza, trabajo, cultura, dignidad, alegría–, las fórmulas apolilladas de antaño, las menudas retóricas de antaño, las mismas sutilezas de leguleyo que ni el Derecho sabe.

Aquí están los políticos a quienes nadie desconoce. Todos pasan de sexagenarios. Gobernaron docenas de veces. Casi ninguno sirvió para nada. Pero no escarmentaron. Piensan que una breve abstinencia –que ellos disfrazan de persecución– los redime del pasado inútil.

Aquí están los ridículos intelectuales, henchidos de pedantería. Son la descendencia, venida a menos, de aquellos intelectuales que negaron la movilidad de la tierra y su redondez, y la posibilidad del ferrocarril, porque todo ello pugnaba con las fórmulas. ¡Pobrecillos! ¿Cómo van a entender –al través de sus gafas de miopes- el atisbo aislado de la luz divina? Lo que no cabe en sus estrechas cabezas creen que no puede existir. ¡Y encima se ríen con aire de superioridad!

Aquí están los murmuradores, los envenenados de achicoria y nicotina, los snobs, los cobardes, los diligentes en acercarse siempre al sol que calienta más, (algunos, ¡quién lo dijera!, aristócratas, descendientes de aquellos cuyos espinazos antes se quebraban que se torcían...).

Aquí están todos. Abigarrados, mezquinos, chillones, engolados en su mísera pequeñez. Todos hablan a un tiempo. No se hizo nada. Se malgastaron los caudales públicos. Las victorias militares acaecieron bajo el mando de aquel caudillo como pudo acaecer otra cosa. Todo fue suerte o mentira. Y, antes que nada, ese Gobierno no fue un Gobierno inteligente (¡santa palabra para deslumbrar a los tontos!); gobernó para España, a la española, no al gusto de la docena de los elegidos. Prefirió prescindir de solemnidades hipócritas mejor que falsificarlas.

Los enanos han podido más que el gigante. Se le enredaron a los pies y lo echaron a tierra. Luego, le torturaron a aguijonazos. Y él, que era bueno, sensible, sencillo; él, que no estaba acorazado contra las miserias; él, que por ser muy hombre (muy humana) gozaba y padecía como los niños, inclinó su cabeza una mañana y no la alzó más.

Ahora es la hora de los enanos. ¡Cómo se vengan del silencio a que los redujo! ¡Cómo se agitan, cómo babean, cómo se revuelcan impudicamente en su venenoso regocijo! ¡Hay que tirarlo todo! Que no quede ni rastro de lo que él hizo! Y los más ridículos de todos los enanos –los pedantes– sonríen irónicamente.

Él también sonríe. Pero su risa es clara, como su espíritu sencillo y fuerte. Nosotros padecemos –como él antes– todas las torturas de la injusticia. Pero él ya goza el premio allá en lo alto, en los ámbitos de la perpetua serenidad. Nada puede inquietarle, porque desde allí se disciernen la grandeza y la pequeñez. Pasarán los años, torrente de cuyas espumas sólo surgen las cumbres cimeras. Toda esta mezquina gentecilla –abogadetes, politiquillos, escritorzueros, mequetrefes– se perderá arrastrada por las aguas. ¿Quién se acordará de los tales dentro de cien años? Mientras que la figura de él –sencilla y fuerte como su espíritu– se alzaré sobre las centurias, grande, serena, luminosa de gloria y de martirio.

(ABC, 16 de marzo de 1931.)

NOTAS A UNA NOTA

No hemos perdido nada

Hubo un gobernador militar en Asturias, famoso estratega además, que durante cierta huelga revolucionaria resumió con una frase su actitud frente a los huelguistas: "Los cazaré por los montes como a alimañas". Ese mismo general pasó después por la Dirección General de la Guardia Civil – donde su estancia se recuerda con descontento– y por la presidencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Estos últimos cargos bajo la Dictadura.

¿Los ocupaba el general en cuestión por pura disciplina militar y con todas las reservas espirituales? Es difícil saberlo, a pesar de la aparatosa efusión que siempre tuvo para el difunto presidente. Pero en el archivo del general Primo de Rivera quedan pruebas epistolares del respeto "y admiración" con que aquel otro general le favorecía. El respeto de inferior a superior es reglamentario. Mas no la admiración. Cuando se dice a un superior que se le admira es porque se le admira de veras o porque trata de adularsele vergonzosamente.

Y, sin embargo, ese general, sépanlo todos, era un pomo vivo de esencias liberales. ¡Qué hermosa declaración la suya de ayer! El general ha querido reverdecer sus glorias de "viejo periodista" con una pieza literaria de tres columnas, en las que no se sabe qué admirar más, si la oscuridad de los conceptos, el cuidado con que se oculta todo pensamiento central o la puntualidad con que acuden, como a una cita, solecismos y vulgaridades. Admiremos párrafos de esta transparencia:

"Hay que contribuir por todos los medios a calmarla; primero, por medios buenos, y por fin, por los enérgicos; pero haciendo que una aurora de libertad y de justicia disipe las tinieblas que la iniciaron, que la invadieron y la cegaron, y al perder la esperanza la lanzaron vientos borrascosos, venidos de Oriente, a caminar descarriada y enloquecida, sin fe en su saber, sin fe en el sentir, sin fe en el presente ni en el futuro, y sindicada forzosamente, sin guía ni dirección, en el más aciago de los Sindicatos: el Sindicato de la desilusión, del desaliento y de la duda, de la que hay que sacarla a todo trance."

Anótese el manifiesto entero del general en su hoja de servicios a la revolución. Así, cuando "se arme la gorda" y triunfen "los otros", el que llegó a todo bajo la Dictadura podrá aspirar a alguna prebenda de los revolucionarios. Si no se la dan no será porque se haya quedado corto en la adulación: primero toleró un mitin bullicioso ante el Supremo de Guerra; luego hizo público un voto particular en favor de los condenados a pena ya levísima, y ahora sale con "esto".

Los tráfugas suelen ser bien acogidos, hasta ahora, entre los revolucionarios. No por lo que valen personalmente, sino porque una casaca de ex ministro, una sotana o un uniforme militar, arrastrados en lisonja de la revolución, abren siempre brecha en la severa unanimidad de las demás casacas, de las demás sotanas y de los demás uniformes. Tanto les importa a los adulados que el adulator escriba una nota mazorril, como que, vestido de gala, con las condecoraciones en el pecho, se ponga a bailar un zapateado sobre la mesa de una taberna. Lo interesante es que el uniforme desmerezca de lo que representaba. Porque, por lo demás, el nuevo "viejo periodista" no aporta ningún tópico que los otros, nuevos y viejos, no hubieran repetido mil veces. Ni ninguna injusticia, como esa de los despilfarros de la Dictadura, cuando la Dictadura halló a la Hacienda con mil millones de déficit y la ha dejado en un superávit que ya sólo niegan los embusteros. La nota del general está cocinada con desperdicios, como la comida de los malos figones.

En fin, que sea enhorabuena; hoy sale su retrato en todos los periódicos y hay un poquito de "jaleo". Dentro de unos días, ¿qué quedará? Bajo el entusiasmo de los periódicos de la izquierda descubre el menos perspicaz el esfuerzo de una obligada cortesía. ¿Será que no les hace demasiada gracia el recién llegado? Ya veremos si el día de la recolección hay paga suficiente para los últimos advenedizos (sospechosos de nuevas deslealtades, porque vinieron por el camino de la deslealtad) o si el premio y la gloria es sólo para los que desde el principio lucharon de cara al riesgo.

Como en su sitio, "aquél"; aquél cuya memoria hoy ofende quien se dijo su fraternal camarada; "aque!" que se nos murió, extenuado en el patrio servicio, sin haber descendido nunca a la falsía ni a

la adulación. Ni aduló en las camarillas de Palacio, donde los cortesanos le vencieron, ni, lo que vale más, aduló a las masas en rebeldía, más poderosas hoy que los reyes y por eso más exigentes de halagos. Vivió y murió para la verdad y por España. ¡Qué poco pierde su figura con la póstuma desbandada de tibios y logreros! ¡Y cuánto pierden otras figurillas en el contraste!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 28 de marzo de 1931.

DISCUSIÓN QUE CONCLUYE⁷

Un general descarriado

No pocas, no, sino veintinueve cartas y telegramas del general Burguete se conservan en el archivo del general Primo de Rivera. Veintinueve documentos de esta clase para quien, según propia declaración, no cultiva el género epistolar profuso, y apenas si escribe cartas a los amigos y a la familia, son buena prueba de amistad constante. Además, que las tales cartas abundan en frases extremosas; es corriente en ellas la terminación con fuertes y cariñosos abrazos, así como las protestas de fraternal y leal amistad. Y hay párrafos como los siguientes:

De una carta de 15 de agosto de 1915: "Fiel a mi propósito, en cuantas fiestas concurra de la General (se refiere a la Academia) haré presente que a ti debemos dirigirnos y en ti debemos unirnos todos, porque a ti deparó la suerte ser el primero a quien 'incondicional' y 'ciegamente' debemos seguir... Un cariñoso abrazo de tu leal amigo y subordinado, Ricardo Burquete.

De otra, escrita cuando el general Burguete era gobernador militar de Oviedo: "Somos muchos los que contamos los días pensando en que llegues pronto a teniente general y ocupes el puesto que te corresponde en Buenavista. Para cuando ese día venturoso llegue, ya sabes que me tienes incondicionalmente a tus órdenes para ayudarte."

Después de haber escrito cosas como esas, resulta que el general Burguete, así lo dice ahora, mantenía apenas con mi padre un rescoldo de la amistad nacida en la Academia. Bueno.

Pero hablemos del tiempo de la Dictadura. ¿Quién no recuerda la asiduidad del general Burguete en el palacio de Buenavista? Prevalido de esa amistad, que ahora niega, era frecuente verle entrar de mañana en el propio cuarto del dictador y mantener con él cordiales coloquios. A veces, una pasajera enfermedad se lo impedía, y entonces expresaba su inaplazable fervor en cartas como ésta: "Hoy pierdo la esperanza de ir pronto a verte. Según Gómez Ulla, tengo, además de lo pasado, un absceso que me obliga a ir de un sillón a la cama, y como no puedo ir ahora a verte, no demoro la felicitación y te envío un cariñoso abrazo de admiración de tu viejo amigo y subordinado, Ricardo.

Quien consideraba a la Dictadura —ahora lo ha dicho— como una calamidad para España y una vergüenza para el Ejército, ¿podía, decentemente, escribir en esos términos al dictador?

He publicado los anteriores párrafos porque nada dicen deshonroso para el general Burguete. Quiéralo o no, me ha tocado ser depositario de uno de los archivos más copiosos de nuestros días. En él no hay sólo documentos abundantísimos del segundo marqués de Estella, sino del primero también. ¡De cuántas personas puedo conocer historias reservadas! ¡Cuántos que ahora gallean deben su honor a la discreción y a la generosidad de mis dos antecesores, especialmente a la de mi padre, que fue incapaz toda su vida de hundir a nadie definitivamente! Pero, como es lógico, esas historias reservadas no dejarán de serlo por obra mía. Cartas de amistad, como las transcritas en parte, pueden lanzarse al público sin remordimiento. Pero revelaciones escabrosas, no. Esas se quedan para los cultivadores de la difamación y del chantaje.

Mi contradictor parece seguir otra táctica. Por asombroso que parezca, el general Burguete, que me ha contestado en carta difamatoria, envuelve en un párrafo la siguiente amenaza: "Bien será que exhiba usted esa carta en tiempos de exhibición, indispensables a la verdad, y ya en ese trance yo exhibiré también cartas gravísimas, que la memoria de su amistad me obligó a guardar."

¿Qué quiso lograr con esto? ¿Intimidarme? Pues por mí el general puede publicar lo que le venga en gana. En la gestión presidencial de mi padre hay, como en todas, desaciertos; pero ninguna vergüenza. Todo lo suyo puede aparecer a la luz del día. Ningún abuso de confianza es temible con

⁷ El general Burguete ha dirigido a casi todos los periódicos, con ruego de que la publiquen, una carta—círcular contestando destempladamente al artículo de don José Antonio Primo de Rivera, que apareció el sábado en estas columnas. Esa carta—círcular, a la que contesta serena y documentalmente el marqués de Estella, no la ha enviado a La Nación el general Burguete, y por eso no la publicamos, con lo que nada pierden los lectores.—N. de la R.

las cartas de mi padre. No tendría inconveniente en proporcionárselas al más redomado chantajista, al chantajista que se sintiera menos sujeto por las leyes del honor.

Queden a un lado, pues, las miserias y volvamos al origen de esta discusión, tan destemplada por parte de quien me contradice. Yo afirmé que el general Burguete, hoy escarnecedor de la Dictadura, la sirvió en diferentes cargos y se mostró siempre para con el dictador aparatosamente efusivo. Lo he demostrado. Nadie puede negar ya esa amistad, en la cual, contra lo que el general Burguete dice, puso bastante más el amigo muerto que el superviviente. Concluida mi demostración, no tengo por qué enzarzarme en diatribas, insultos y calumnias. No es ése el estilo que me enseñaron.

Una palabra acerca de cierta injuria. Se dice en la carta del general Burguete que yo obtuve un destino como abogado de la Telefónica. Mentira. Fue precisamente lo contrario: la creación de la Telefónica me hizo perder el ofrecimiento de un destino ventajoso en América. Me lo iban a dar los elementos americanos unidos luego a la Compañía Telefónica Nacional.

Y precisamente la primera condición que mi padre puso para que pudiera la Telefónica aspirar a la concesión de nuestras redes fue que ni directa ni indirectamente tuviese la menor relación conmigo. Así concluyó mi deseado destino de América, con su venturosa lejanía de este avispero de Madrid. Aquí me quedé trabajando sin sueldo alguno de la Telefónica ni de nadie. Mi padre era así, y es muy natural que ciertas mentalidades no puedan entender sus actos.

Puede comprobar el general Burguete que la historia de mi destino como abogado de la Telefónica nació en Madrid en el verano de 1924. Y que hasta abril de 1925 yo no pude actuar de abogado en parte alguna, por la sencilla razón de que aún no estaba incorporado a ningún Colegio.

De todas estas cosas sabrá informarle su amigo don Angel Ossorio, defensor privilegiado ante el Consejo de Guerra que presidió el general Burguete, y defensor particular, además, del mismo señor en un pleito que está tramitándose en cierto Juzgado de Madrid⁸.

Nada más. En la carta del general Burguete hay algunos palmetazos para mí. Su autor, con encantadora modestia, se adelantó a calificarlos de regocijantes. Pero nadie me llevará a recogerlos en la Prensa. El poner en claro si soy tonto o listo, si me lo creo o me lo dejo de creer, es cosa totalmente desprovista de interés público. Hay general para quien el hecho de viajar sentado de espaldas a la marcha del tren, o el haber visto amanecer como cuando era teniente (sin duda, en esto del amanecer se ha adelantado poco) constituyen páginas de Historia Universal, cuyo conocimiento prolijo no debe sustraerse a los contemporáneos. Yo estoy muy lejos de creermelo tan importante. Acudo a las columnas de la Prensa cuando me considero llamado por un deber; de manera especial el de defender la memoria de mi padre. Al cumplimiento de ese deber pospongo toda consideración de edad y jerarquía. Pero ¿lanzarme al público para discutir mis cualidades y defectos? De ninguna manera. Sería tan ridículo como cuando lo hacen otros.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 1 de abril de 1931.

⁸ La difamación tuvo, en efecto, ese origen. A fines del año 1924, desde el balneario de Alhama, Ossorio escribía a Maura, y entre varias noticias políticas que le daba, incluía la siguiente: "Al primogénito del dictador, el pollo José Antonio, recién salido de la Universidad, le han dado un destino dotado con el lindo haber de veinticinco mil pesetas como jurisconsulto asesor de la Telefónica, usufructuaria de una de las concesiones más escandalosas..." Cfr. Ángel Ossorio y Gallardo: *Memorias*, pág. 77. Buenos Aires, 1942. A propósito de estas incidencias, José Antonio había comentado: "Sería situarme en un plano de envilecimiento moral, si yo, para defender a mi padre de quienes le denigran, probase que habían mendigado su favor. Me basta con conocer a muchos de ellos y tenerles a raya con una sonrisa de conmiseración irónica."

LO JURÍDICO. EL DESTINO DE LA REPÚBLICA

Desde el punto de vista del derecho público, la realidad española anterior al presente régimen se caracteriza por esto: España era un país sin verdadero estatuto jurídico; un país gobernado por el arbitrio personal. En el cacique de pueblo empezaba y en el jefe de grupo parlamentario concluía toda una escala de dictadores, para quienes la pericia en esquivar el cumplimiento de las leyes era el mejor timbre de aptitud. Así, ¿cómo iba a haber ciudadanía? Si la ciudadanía, virtud social, ya pugna con nuestro temperamento anárquico, imagínense lo que ocurriría cuando, además, para actuar ciudadanamente, es decir, para mantener en juego eficaz la máquina de nuestros derechos públicos, era indispensable nacer con cualidades de héroe. Recargos en la contribución, exclusiones de las listas electorales, multas y otras mil molestias caían implacablemente sobre el que trataba de ejercer sus derechos frente al depositario local o nacional del Poder público. Claro está que las leyes daban recursos contra todo; pero de tan largo, costoso y a menudo ineficaz ejercicio, que al cabo las víctimas –salvo las de temple heroico– acababan por capitular. De ahí esa marrullero conformidad con el que mandaba, fuese quien fuese, en cada momento, y esas conversiones colectivas, socarronas, de pueblos enteros a las diferentes doctrinas políticas de quienes alternativamente entraban a regirlos. Con tal de vivir en paz se renunciaba al estatuto de derechos y se procuraba granjear, con sumisiones, el arbitrio de los dictadores de turno. No se hará mal en grabar profundamente dentro de nosotros esta idea: el ciudadano español, durante el antiguo régimen, no tuvo nunca, fuera del papel inobservado, un verdadero estatuto jurídico. Es decir, un cuadro permanente de derechos que le permitiera prever las consecuencias de sus actos y que le resguardara, por consiguiente, contra la imprevisible arbitrariedad del que gobernaba. Complementado, como es de rigor, por una organización judicial eficaz e independiente.

La Dictadura no fue, pues, un régimen de excepción; fue un período más de gobierno personal. Con la diferencia de que los demás Gobiernos usaban siempre el arbitrio en algún provecho particular: de familia, de partido o de clase, y además se enmascaraban con la vestidura de regímenes jurídicos, mientras que la Dictadura se dejó guiar únicamente por la aspiración al bien público, y, además, proclamó con lealtad su propósito de proceder extralegalmente, recurso quirúrgico que estimó indispensable para remediar la descomposición a su advenimiento.

Esta lealtad en la proclamación del carácter dictatorial fue la que dio pie a una serie de políticos antiguos, dictadores solapados todos, para denunciar con escándalo a la Dictadura como antijurídica. La crítica era extremadamente superficial; pero a su aceptación por el público contribuyeron dos factores: la incultura política del país y la incomprensible torpeza de nuestros intelectuales, quienes todavía no han logrado entender cuánto había de profundo, de histórico, en el fenómeno de la Dictadura. Cuando se lee la Prensa antidictatorial y se aprecia el tono chabacano de sus ataques (calumnias e insultos mezclados con los restos de una ideología política de desecho evitada ya en toda Europa por quien no haya suspendido sus lecturas en los últimos veinte años), llega a temerse que un pueblo guiado por tales periódicos no podrá nunca llegar a constituir verdadero cuerpo político.

Andando el tiempo se verá cómo la Dictadura no fue menos jurídica que los demás Gobiernos, cómo los aventajó en la rectitud de propósitos (de ahí que no, halagara a ninguna clase ni tratara de asegurarse la permanencia), cómo minó algunos reductos, al parecer inexpugnables, del antiguo régimen, y cómo, además, proporcionó a España seis años de buena administración. Si la Dictadura no hubiese ahuyentado de España los apremiantes fantasmas de Marruecos, del paro, del déficit, del terrorismo, ¡a buena hora podría estar para estas fechas jugando tranquilamente a la República don Niceto Alcalá Zamora!

Ahora bien: el 14 de abril último ha triunfado en España una revolución "liberal". Esto parecería absurdo en cualquier otro país. Pero es lógico en el nuestro, porque aquí, como viene diciéndose desde el principio de este trabajo, aún no habíamos ganado efectivamente nuestro estatuto de derechos públicos. Los españoles veníamos gobernados por el arbitrio personal; unas veces mejor y otras peor; pero arbitrio siempre. Así, pues, la conquista del derecho público no era todavía en España un anacronismo.

Por eso, nada probablemente arrastró mayor número de adhesiones a la República que el manifiesto de los señores Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón. Aquellas promesas de una legalidad ágil

y transparente (éstas eran, más o menos, las palabras), en otro país habrían sonado a trasnochada ingenuidad; pero en el nuestro sonaban a esperanza. De seguro que cuantos votaron la República influidos por aquella alocución, lo hicieron con el afán, más o menos preciso en su pensamiento, de alcanzar para España la característica de los pueblos civilizados: aquellos pueblos que se rigen por un estatuto jurídico, protector, para cada ciudadano, contra toda sorpresa y todo abuso de poder.

¡Este era el destino de la República! Porque claro está que no faltan energúmenos para quienes la misión de la República consiste en ensangrentarse con venganzas. Pero ese consejo no vendrá del lado de los mejores. El aplicar la ley, por dura que sea, es operación jurídica. El salirse de la ley, aunque sea a estímulos de la cólera popular (agitada artificialmente por unos cuantos periódicos descalificados) es antijurídico, arbitrario; es decir, característico, con mayor gravedad, de lo que representaba el antiguo régimen y contradictorio de lo que se nos prometió como auténtico destino de la República.

Si nos halláramos ante una revolución social, serían 16gicos, aunque siguieran siendo detestables, los Tribunales de salvación y las penas arbitrarias. Pero nos hallamos ante una revolución jurídica, cuyas promesas en el orden social están lejos de ser revolucionarias; como jurídica ha comparecido la República, y solamente se explica por su juridicidad. ¡Ay de ella si falta a su auténtico destino y se deja arrastrar por los energúmenos!

Como se está dejando arrastrar en casi todo. Porque, en verdad, puede afirmarse que nunca ha Regado ningún poder arbitrario español a lo que la República ha hecho en dos meses de vida. Jamás se han respetado menos los derechos individuales, ni han sido menos previsibles las consecuencias jurídicas de nuestros actos: prisiones gubernativas, espionajes, delaciones, violación de secretos, suspensión de periódicos, persecuciones políticas, disolución de Tribunales, se han prodigado con abundancia desconocida. Nunca el estatuto jurídico de cada español ha sido muralla más frágil que ahora. Ni el principio de irretroactividad de las normas se respeta. Nadie sabe los derechos que tendrá al día siguiente. Vivimos en una dictadura que ni aún se justifica por la necesidad de vencer fuertes movimientos reaccionarios: La masa monárquica de ningún país aceptó la República con más tranquila resignación que la española. ¿Para qué entonces esto?

El Gobierno de la República, y después las Cortes Constituyentes, pueden seguir atropellando a los adversarios; podrán, incluso, saltar por encima de las leyes y entregar injustamente cabezas a la cólera popular, como han dicho unas palabras recientes e insensatas. Todo eso le granjeará aplausos turbulentos. Lo aplaudirán aquellas gentes, totalmente faltas de sensibilidad jurídica y de elegancia espiritual, para quienes la tiranía no es por sí misma odiosa, sino sólo cuando es ejercitada por los adversarios; esas que propenden a producir rencorosos tiranuelos en cuanto cae en sus manos una brizna de poder. Para el aplauso de los tales habrá sacrificado la República su verdadero destino. Los españoles capaces de percibirlo (los únicos cuya opinión importa, en suma) se hallarán, como siempre, sin estatuto jurídico, entregados al arbitrio de los dictadores. Ahora son otros, y otros, por consiguiente, los perseguidos. Pero eso, ¿qué más da? Renacerá la desconfianza en el poder de los propios derechos y volverá la adhesión cobarde y socarrona a los caciques de turno. En una palabra: la revolución del 14 de abril habrá malogrado su destino. ¿Podrá, en plena fiebre, improvisarse otro?

De todos modos, el que se improvise no tendrá la belleza del primero; del que aún puede cumplir; del único que, acaso, pudiera, en parte, consolarnos a todos de la pérdida de tantas cosas.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 12 de junio de 1931.

ESTA MAÑANA FUE ABIERTO EL ARCHIVO DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA ANTE SU HIJO DON JOSÉ ANTONIO Y LA COMISIÓN DE RESPONSABILIDADES EN PLENO. LO QUE HA DICHO EL MARQUÉS DE ESTELLA A LOS PERIODISTAS

La Comisión ha estado conmigo irreprochablemente amable. En el fondo, la diligencia ha carecido de interés, porque casi todos los papeles de que se ha incautado la policía son de índole privada. El archivo político y diplomático de mi padre debió de ser guardado por él antes de morir en lugar diferente de su domicilio. Claro está que quien conoció durante seis años los graves deberes de la jefatura del Gobierno no iba a cometer la indiscreción, incluso con posible daño para el interés público y para la armonía internacional, de dejar abierto su archivo a la nerviosa curiosidad de estos tiempos. Durante el mes que mi padre estuvo en París pidió a determinadas personas que le llevaran algunos documentos, lo que hicieron en varias maletas. Aunque desconozco dichos documentos, casi puedo asegurar que se trataba de correspondencia sostenida con Don Alfonso de Borbón. Las cartas cruzadas entre el Señor y mi padre no están aquí, naturalmente.

– Y esos documentos políticos y diplomáticos, ¿se publicarán algún día?

– Desde luego –contestó–; aunque pese a muchas personas, incluso a las que ahora acusan ferozmente a la Dictadura. Esos documentos se deben a la Historia, y en su día debido se entregarán a la Historia.

– ¿Ha hecho usted constar alguna respuesta?

– No. Pero sí un ruego, que reproduciré cuantas veces haga falta con toda energía: el de que se sentencie pronto y con toda claridad acerca de los "negocios e inmoralidades" de la Dictadura. Nada de limitarse a las responsabilidades políticas. Después de un año y medio insultando a los hombres de la Dictadura, los acusadores están en el deber de probar sus cargos. O si no los prueban, de devolver a los acusados su honra.

La Nación, 22 de septiembre de 1931.

"POR UNA SAGRADA MEMORIA ¡HAY QUE OÍR A LOS ACUSADOS!"

Los *negocios*, las *francachelas*, los *atropellos* de la Dictadura. El pueblo no oye hablar de otra cosa desde hace año y medio. Y es hora ya que el pueblo, superior a la Comisión de Responsabilidades y a las propias Cortes Constituyentes, conozca la verdad y juzgue a los acusados y a los acusadores.

El presidente de aquel Gobierno, al que encarnizadamente se ataca, era mi padre. La muerte fue piadosa con él. Pero no pido que se le absuelva por misericordia ante la muerte. Pido, ¡exijo!, que se le juzgue. Y no sólo por el golpe de Estado y porque legisló sin Cortes. Para descubrir que hizo tales cosas no era menester la Comisión de Responsabilidades. Lo que el pueblo tiene que saber *inexcusablemente* es si ha estado durante seis años en manos de una cuadrilla de insensatos bandoleros o si ha sido gobernado por un hombre honrado, justo, patriota, valeroso, inteligente, al que otros dignos de él secundaron.

Sería una burla echar un velo sobre todas esas acusaciones y sentenciar únicamente acerca de las responsabilidades políticas. Lo deshonesto no es sublevarse contra el Gobierno —como lo hizo el general Primo de Rivera en 1923— para salvar a la Patria, que se disolvía. Lo deshonesto hubiera sido aprovecharse del Poder para ventaja propia o gobernar desatinadamente, que también es delito obstinarse en seguir gobernando cuando los desaciertos continuos son demostración de incapacidad.

Hay que juzgarlo y sentenciarlo todo. Pero he aquí lo extraordinario: la memoria de] general Primo de Rivera en las Cortes tendrá cuatrocientos acusadores y "ningún defensor". Los demás acusados podrán, al menos, designar quien los defienda; mi padre, no; porque muerto ya, no es siquiera parte en el proceso de las responsabilidades.

Y eso es una tremenda injusticia. No puede quedar flotando sobre la memoria de un hombre el cúmulo de feroces acusaciones que se ha lanzado contra el general Primo de Rivera. Hay que conminar a los acusadores para que precisen con pruebas, valerosamente, sus cargos. No es lícito acusar vagamente, en las tertulias y en la Prensa, y rehuir luego el deber de justificar las acusaciones. Y es preciso escuchar después a la defensa.

Sólo para eso (sin que por ello descuide todos los deberes, que sabré cumplir, para con Madrid y para con mis electores), quiero ir a las Cortes Constituyentes: para defender la memoria sagrada de mi padre. Sé que no tengo merecimientos para aspirar por mi mismo a la representación en las Cortes de Madrid. Pero no me presento a la elección por vanidad ni por gusto de la política, que cada instante me atrae menos. Porque no me atraía, pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un Ministerio ni actuar en público de ninguna manera. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras en las Cortes, ante el pueblo, se siguen lanzando acusaciones contra la memoria sagrada de mi padre.

Quiero ir a defenderle con mis argumentos y con muchas pruebas que nadie tiene más que yo. Necesito defenderle. Aunque caiga extenuado en el cumplimiento de ese deber, no cejaré mientras no llegue al pueblo la prueba de que el general Primo de Rivera merece su gratitud. El general Primo de Rivera, pacificador de Marruecos —¿lo han olvidado ya las madres?—, servidor de su país con ocho campañas y en seis años de Gobierno; trabajador infatigable por la Patria, que le vio subir al Poder con todo el empuje de su madurez vigorosa y salir del Poder, a los seis años, rendido, viejo, herido de muerte por la enfermedad que tardó tan poco en abatirle; hombre bueno y sensible, que se fue de la vida sin el remordimiento de una crueldad, y al que mató, más que el cansancio de seis años de faena, la tristeza de seis semanas de injusticias.

Ese es todo mi programa. ¿Me negará sus votos el pueblo de Madrid? Un diputado republicano o socialista más no hace falta en las Cortes, porque ni la República ni el partido socialista están faltos de quien los defienda. Pero la memoria de mi padre, sí. Y este pueblo madrileño —al que tan bien entendía, con el que tan sencilla y tan cordialmente se comunicaba mi padre— no puede dejar que se le condene sin escuchar antes su defensa. ¡Un puesto en las Cortes para defender la memoria de mi padre!

(Oficina electoral: Madrid)

(*ABC*, edición de Andalucía, 29 de septiembre de 1931.)

EL NUEVO CANDIDATO ANTE LA ELECCIÓN

"Mi independencia tiene que ser absoluta"

Entre un fárrago de papeles encuentro en su despacho, hoy y toda la semana convertido en oficina electoral, a José Antonio Primo de Rivera. Sin cesar abre cartas y sin cesar también estrecha las manos de los cientos de personas que a todas las horas del día se reúnen en aquel piso de la calle de Los Madrazo.

Primo de Rivera, el nuevo candidato, casi un niño, asustado ante la serie de complicaciones que trae consigo preparar una elección y prepararla en siete días, ha tenido un gesto, que será aplaudido por todas las personas sensatas, porque es un gesto superior al de un hombre: es un gesto de hijo. Y precipitadamente, a costa de un trabajo ímprobo de llenar impresos y firmar poderes, de recibir visitas y tener una frase distinta de gratitud para cada uno que llega, de preocuparse de imprentas, de interventores y apoderados, se presenta a unas elecciones por Madrid, por imperioso deber de su conciencia, por ineludible obligación que, satisfecho, contrae con su voluntad para defender la obra de un hombre que luchó durante seis años por el bien y la prosperidad de España.

Y José Antonio Primo de Rivera —cara afilada, perfil agudo, pequeño y aniñado rostro para su corpachón de hombre fuerte y bien musculado— quiere y no puede. Su amabilidad pugna con la obligación impuesta, y así a cada momento una excusa al reportero que le aguarda para transmitir una impresión a los lectores y tras de la excusa un nuevo apretón de manos, un sobre herido de muerte por la plegadera o una breve excursión para atender a alguien que le requiere por teléfono. Por fin...

Ante todo y sobre todo independencia absoluta

Estamos solos en una habitación retirada. Llega el murmullo de los que piden candidaturas, manifiestos, listas de electores...

Primo de Rivera me habla del carácter de plena independencia que quiere dar a su actuación en la Cámara, si es que llega a ocupar un escaño. Lo hace con voz suave, templada, sin modulaciones. Se altera solamente al tocar la cuestión palpitante de la responsabilidad de gestión, de esas supuestas inmoralidades achacadas al período dictatorial.

— Me limitaré a defender a los que, al parecer, no encuentran defensores.

— ¿Conoce usted la obra de la Dictadura durante toda su gestión?

— Perfectamente. La conozco al detalle. Y espero saber defender toda su gestión con los mayores argumentos posibles. Claro que en seis años de Gobierno puede haber algunos errores, muchos si se quiere; pero es preciso que se destaquen los aciertos, las obras buenas de esa gestión y luego compulsarlos. Además, hay que aclarar, dilucidar, recurriendo al detalle, esa serie de problemas que afectan a la nación entera, como el que se refiere a la Hacienda en primer término, y tantos otros, de los que ha merecido mayores censuras.

— En debates ajenos a esa cuestión, ¿intervendrá usted?

— No creo; aunque, naturalmente, no es hora de hablar de esto. Pero no tengo formadas mis convicciones. No me considero todavía lo bastante documentado en muchas materias para definirme en política. Si mi padre no hubiera sido jefe de Gobierno, yo nunca me dedicaría a la política. Mi independencia tiene que ser constante y absoluta. Defenderé la gestión de mi padre y de los que le ayudaron en su obra y sabré hacer que sean rectificadas muchos conceptos deshonorosos, que han sido causados de manera soez y sin apoyarlos en nada determinado. Esa es mi obligación; luego no sé lo que haré.

No acusaré, pero sabré defender

Intento que Primo de Rivera me diga más cosas, que conteste concretamente a mucho de lo que se ha dicho. El elude la respuesta. Naturalmente, la guarda para mejor ocasión. Lo comprendo. También intento saber qué documentos obran en su poder del archivo del glorioso general Primo de Rivera y que ya ha anunciado su lectura en las Cortes. Entonces contesta.

– Los verdaderamente importantes, que han de tener, desde luego, un hueco en la Historia de España, saldrán a la luz, aunque no pueda precisar cuándo.

– ¿Y los otros?

– No sé. Comprenderá que no es misión de un diputado dedicarse en unas Cortes Constituyentes a sacar los colores a la cara de sus compañeros. Son documentos que se refieren a personas aduladoras de otro tiempo, cuya versatilidad de ideas les resta la importancia que pudieran tener. Sin embargo, como réplica a cualquier alusión impertinente... Pero no me gusta acusar a nadie, aunque, naturalmente, tampoco me agrada escuchar acusaciones que considero falsas. Por eso quiero ir al Parlamento.

– Ya es bastante la ansiedad que existe para conocer aquellos escritos de capital importancia.

– Eso creo...

Han descubierto nuestro escondrijo y llegan a preguntarle cosas, a pedirle que firme unos documentos que hacen falta con urgencia. Es imposible continuar la conversación. Dejémoslo.

Al salir al pasillo, una de las hermanas del joven y nuevo candidato, Carmen Primo de Rivera, vestida con gran sencillez, lo que hace resaltar la belleza dulce de su rostro –esa belleza y esa dulzura que expresan, sus ojos azules–, pide candidaturas, solicita manifiestos para llevarlos a sus amigas, repartirlos entre sus conocimientos... Más allá están los otros hermanos de José Antonio. Todos laboran intensamente. Han visto una rendija de luz –la elección de su hermano– por donde puede entrar la que salve y redima la memoria de su buen padre, y luchan con afán por que no se les cierre. Los cinco hijos del marqués de Estella tienen la misma preocupación; y José Antonio será el portavoz de los sentimientos de todos.

¡Que se cumplan sus deseos y consiga el triunfo apetecido! Después, lo demás ya vendrá. Todo quedará esclarecido. A más de que el honor de aquel bravo soldado, luchador incansable, patriota de verdad, no lo mancha ni ensucia quien quiere, sino quien puede.

LUIS MUÑOZ LORENTE

(Entrevista publicada en *La Nación* el 30 de septiembre de 1931.)

ACLARACIÓN

Mensaje electoral

"Se ha afirmado que mi candidatura es un reto a la conciencia republicana. Pero quienes lo afirman saben que no dicen la verdad. No hay en mi manifiesto una sola palabra de provocación contra la República ni es la misión de combatirla lo que me llama a las Cortes. Claramente lo he dicho: si aspiro al acta es para recoger el papel vacante de defensor en el proceso histórico de las responsabilidades. Marruecos, las concesiones, son cosas demasiado importantes para ser juzgadas oyendo a una parte sola. En ningún proceso puede dejar de oírse al acusado. Y es inexplicable que los acusadores pongan tan extraordinario empeño en tapar la boca de la defensa. Si están tan seguros de que tienen razón, ¿por qué tienen que temer los argumentos de la parte contraria? ¿Para qué ese frente único –como si se tratase de defender las instituciones republicanas– y esas hojas llenas de insultos y cifras falsas? No se dejen impresionar los electores: el pueblo tiene derecho a saber si ha sido tiranizado y expoliado. Pero para saberlo tiene que oír a las dos partes y conocer muchos datos que aún no conoce. Sólo quien tenga miedo a la verdad puede ser enemigo de esta discusión."

(El Gobierno prohibió la radiodifusión de este mensaje de José Antonio, que *La Nación* reprodujo el 3 de octubre de 1931)

DESPUÉS DE LAS ELECCIONES

Agradecimiento

Cerca de veintinueve mil son los acreedores a mi gratitud. ¡Y en qué medida! Ya saben todo lo que puse en juego en las elecciones del pasado domingo: mis recuerdos más santos, mis afectos más hondos, mi deber más estricto. Ese era todo el pertrecho electoral con que contaba: sólo calidades de espíritu, desprovistas de materiales instrumentos. Para meterse en elecciones, según siempre oí, era necesaria una cosa que se llama "organización electoral". Yo ni la tenía, ni aun estaba seguro de saber en lo que estribaba. Por tenerla estaba dispuesto a gastar la mayor parte de mis ahorros (¿a qué empresa más digna iba a consagrarlos?); pero ni esos ahorros ni muchos más, ni toda la voluntad y la fe que me alentaban, con sólo siete días para preparar la elección, hubieran servido de nada sin el concurso cordial, generoso, inolvidable, de centenares de amigos y de millares de electores.

Bastó un llamamiento impersonal para congregarse a los primeros: unos renglones declarando llanamente el propósito sentimental y la falta de elementos para darles cima. Y al día siguiente, y en los cinco que le sucedieron, unas multitudes de mujeres y hombres para quienes ni el hambre ni el sueño contaban ya. Seis días de trabajo febril, total, como si ninguno de los que me ayudaban tuviera, fuera de lo mío, nada que hacer. Seis días que fueron casi un solo día, porque no hubo entre ellos apenas las pausas de las noches. Y así, como por obra de milagro, no me faltó el domingo, en las cuatrocientas y tantas secciones de Madrid, ni un interventor, ni un voceador de candidaturas, ni un solo detalle de los que acreditan la más perfecta máquina electoral. Y tampoco fueron remisos en acudir a las urnas para honrarme con su voto más de veintiocho mil electores.

¿Cómo liquidar esta inmensa deuda de gratitud, si toda palabra que intento dar en pago palidece, de pobre, en comparación con lo que pretende retribuir? ¿Y cómo va a bastar una general expresión de agradecimiento para corresponder a tantos inestimables auxilios individuales? No basta, desde luego, ni con ello me considero cumplido. Quiero, al menos, dar las gracias, uno por uno, a cuantos me han escrito palabras de afecto. Pero la montaña de cartas y telegramas, que me abruman y me enorgullecen, no puede contestarse en pocos días, y menos cuando mi despacho, agigantado durante las elecciones, ha vuelto a reducirse en medios personales y técnicos a su modestia habitual. A todos contestaré, sin embargo. Sólo pido ahora, encarecidamente, que nadie atribuya mi tardanza a ingratitud (como nadie, sin duda, atribuyó a descortesía la imposibilidad de dirigirme a todos los electores, que son más de doscientos mil, enviándoles previamente mi candidatura), y que reciba este anticipo de sincero reconocimiento a cuenta del reconocimiento total.

Y ahora a todos, por las omisiones en que haya podido incurrir y en que incurra, mil perdones. Consideren que en aquellos seis días febriles, en que nadie durmió por hacer a paso de vértigo un trabajo de meses, toda imperfección es disculpable. ¡Y cómo va a achicar el espíritu en mezquinos resentimientos por imperfecciones involuntarias nadie que de veras, con el corazón en alto, haya participado en las hondas y finas emociones que trajo la elección del domingo!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 10 de octubre de 1931

MI PRIMER DRAMA POLICIACO

I

Oigo unos golpes entre sueños, y empiezo a despertar poco a poco. ¿Son los golpes soñados? Medio dormido y medio despierto empiezo a percibir que no; los dan en la puerta de mi cuarto, efectivamente.

– Adelante– digo.

Un servidor de casa murmura entre las sombras, con voz emocionada: –Vienen varios policías a registrar el hotel y a llevárselo.

– ¿A llevarse el hotel?

– No; a llevarse al señor.

¿Sigo soñando? Entiendo las cosas confusamente.

– Pero, ¿qué hora es? –pregunto.

Busco el reloj a tientas, y a la luz que empieza a penetrar por la entreabierta ventana distingo la posición de sus manillas; las siete.

– Bien, Manuel –comunico al servidor–; diga a esos señores policías que estoy en la cama, como es natural; pero que si me esperan unos minutos me presentaré a ellos en seguida.

Empiezo a vestirme, contrariado por la hora de sueño que me roban. Según me visto se va disipando mi somnolencia, y al mismo tiempo voy cobrando a mis propios ojos la grandeza dramática de que la situación me inviste. Soy un perseguido. Una "víctima de la República". Esto abre ante mí el panorama de las más risueñas perspectivas. Después de lo que han medrado muchas pobrecitas víctimas de la Dictadura, ¿quién no apetece ser perseguido por algún régimen?

Acabo de vestirme y salgo.

Cinco agentes me esperan. Se les nota en las caras el insomnio. Con la más amable corrección me notifican el enojoso encargo que les trae. Desde la puerta nos contemplan el criado de antes y dos sirvientas casi acongojadas. Yo conservo mi admirable serenidad. ¡Qué hermoso espectáculo!

–Estoy a sus órdenes, señores –sentencio–. Pueden registrar toda la casa.

El registro no puede ser más cortés, pero tampoco más minucioso. Sin embargo, tengo la suerte de que no descubran cinco ametralladoras, que guardo en la cocina, y buen golpe de granadas de mano ocultas en los nidos del palomar. Respiro.

– Ahora, perdone usted –me dice el agente de más categoría–, no tenemos más remedio que llevarle con nosotros a la Dirección.

– Vamos.

Me pongo el abrigo. Salimos al jardín. Dos automóviles aparecen detenidos ante la verja. También están en el camino varios policías más. ¿Por qué han venido tantos? ¿Preveían tal vez una resistencia armada?

Delicadamente se me invita a subir a uno de los coches. Subo. Y, en seguida, con voz de estoico, me vuelvo a los criados, que se imaginan espectadores de una tragedia:

– Nadie se apure –exclamó–. Oculten esto a mis hermanas. Díganles que salí temprano con unos señores. Espero volver pronto: antes, sin duda, de tres años. Pero, venga lo que venga, tengo el ánimo templado para todas las adversidades.

Lástima que tan hermosas palabras se pierdan para mi auditorio. Porque cuando las digo ya el auto corre hacia la Dirección General de Seguridad.

II

Debe de ser urgente el interrogarme, puesto que, de lo contrario, ¿para qué se ha hecho madrugar de esta manera a los policías, a los criados de casa y a mí?

Pero nada de eso. Pasan dos horas, tres horas, cuatro horas, y nadie me pregunta nada. No lo entiendo. Si hasta mediodía no se me iba a tomar declaración, ¿no era más cómodo haberme citado por las buenas para que compareciese en la Dirección General de Seguridad? No es probable que optase por la fuga. Madrid se halla a quinientos kilómetros de la frontera, y en tan larga distancia no es difícil prender a un fugitivo. O pudo detenerseme en casa, a eso de la diez, cuando ya está uno, después del aseo, un poco más presenciabile. Pero, sin duda, todo esto que pienso es necedad. Las autoridades saben lo que hacen. Además, me llevan una gran ventaja: ellas conocen el delito de que soy autor, mientras que yo no tengo todavía la menor idea de cuál pueda ser. Así, pues, ellas están en mucho mejores condiciones que yo para medir mis tentaciones de fugarme. Me rindo ante lo formidable del argumento.

Aún vislumbro otro. Yo soy un profano en las funciones policíacas. No así el director de Seguridad. Yo puedo pensar, irreverentemente, que una detención está bien hecha con sólo que uno llegue a la Dirección en la discreta compañía de un agente. Pero el director tiene que atenerse a las normas clásicas. Hay que dar a las persecuciones cierto matiz folletinesco. El amanecer sobre un hotel de Chamartín; ocho policías; dos automóviles; un registro domiciliario... Todo eso es emocionante y magnífico. Hubiera sido imperdonable la supresión de tales accidentes. No cabe duda: tiene razón el director de Seguridad.

III

Las cinco de la tarde. Llevo aquí nueve horas incomunicado –así se me ha dicho–, y aún espero el primer interrogatorio. No llega.

Estas horas de soledad son propicias al remordimiento. Quisiera aprovecharlas para arrepentirme de la culpa que debo haber cometido. Pero, ¿cuál será? No tengo más remedio que ponerla en claro para borrarla con mi contrición. Sin embargo, el examen de conciencia a que me someto sólo alumbra resultados exiguos. Acaso hace unos días, en cierto bar, hice pasar un duro sospechoso. Pero se lo advertí al barman, que no puso objeción en admitirlo. ¿Me habrá denunciado después, el muy traidor?

No debe ser eso. Indudablemente estoy complicado en un grave crimen. Nueve horas de incomunicación prometen sensacionales descubrimientos. Debo ser un criminal extraordinario, de esos que inspiran con sus hazañas todo un romancero. Yo no recuerdo haber cometido ninguna enormidad medio interesante. Cuando me armé caballero de Santiago se me hizo jurar que nunca di muerte a clérigo alguno. Lo juré sin falsedad ni titubeo. Tampoco recuerdo haber suprimido seglares.

¡Ah! Estamos ante uno de esos casos espeluznantes de doble vida. Mi vida normal es la de un profesional pacífico. Pero vivo otra vida de criminal terrible.

O tal vez no. ¡Es verdad, eso tiene que ser! ¡Qué perspicacia la del director de Seguridad! Soy un peligroso conspirador. He sido descubierto. Estoy perdido.

IV

Madrugada. Entre escribir las anteriores cosas y leer algún libro no he tenido tiempo para aburrirme. Pero sigo sin declarar, e incomunicado.

A las tres me llama a su despacho el director de Seguridad y me dice amablemente:

– Va usted a ser puesto en libertad. No hay nada contra usted.

– Ah, bueno. Gracias.

Y en un taxi me vuelvo a mi domicilio.

¡Cuántos misterios! ¿Cuáles habrán sido las sospechas que recayeron sobre mí? ¿Qué comprobaciones han tenido el mágico poder de disipar esas sospechas? No lo sabré nunca.

Pero no importa. Yo soy una "víctima de la República", y eso es lo interesante. Poco más le bastó al señor Alcalá Zamora para alcanzar la jefatura del Gobierno. Yo no aspiro a tanto; pero no quiero negarme la ilusión de entrar algún día, por mérito de mis persecuciones, en alguna Comisión de responsabilidades. O la de ser nombrado director general de Seguridad.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 12 de noviembre de 1931

UNA NOTA A LA PRENSA

El señor marqués de Estella ha rogado a la Prensa la publicación de la siguiente nota:

"Después de pasar veinte horas incomunicado y sin que nadie me tomase declaración alguna, he llegado a saber lo que varios periódicos consideran motivo de mi detención. Al parecer, entre un sacerdote, un comandante y yo tratábamos, sin más ni más, de restaurar la Monarquía."

El sacerdote (a quien no tengo el gusto de conocer) y el comandante (a quien conozco poco) se defenderán si les place. Yo, por lo que me toca, ruego a los periódicos que me dejen rechazar con las presentes líneas una patraña que de tal manera me pone en ridículo.

Ejerzo una carrera en la que se exigen ciertas condiciones de inteligencia y sensatez, y me corre prisa sacudirme la imputación de semejante bufonada. No sólo por consideración a mí mismo, sino aun para tranquilidad de muchas personas que me tienen confiados sus intereses y por respeto a los miles de electores que recientemente me honraron con su voto, sin duda porque no me consideraban insensato.

Tendré la opinión que tenga sobre el actual Gobierno. Incluso me reservo el derecho de combatirlo. Lo que no es compatible con mi formación profesional, con mi apellido, con la estimación social que me rodea y con la seriedad en que trato de inspirar mis actos, es la participación en conspiraciones de sainete.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 12 de noviembre de 1931

LAS VENTAJAS DE SER PISTOLERO

– Don José...

Me noté asido por un brazo. No tuve más remedio que detenerme. Y hallé frente a mí, cerrándome el paso por la acera, una extraña figura. Se trataba de un hombre más bien alto, fornido, sin cuello ni corbata, mal afeitado, cuya cara se contraía, bajo la visera de la gorra, en una sonrisa ladina y feroz.

– Usted no me recuerda, don José.

– Sí, sí ... ; me parece...

– ¿Quién soy?

Mi interlocutor no era amable. No hay nada de peor gusto que conminar con un "¿Quién soy?" a alguien en cuya cara se nota que no nos ha reconocido. Titubeé. Y entonces el facineroso que tenía ante mí se dio a conocer, previa una sardónica carcajada:

– Soy Emerenciano Bizco, "El Solapao". ¿No recuerda usted? Le tocó de oficio defenderme ante la Audiencia, hace cinco años, en una causa por robo.

– ¡Es verdad! Por cierto que mi defensa, según me parece recordar, valió de poco: le condenaron.

– Sí; más que nada por ser cuatro veces reincidente. Pero salí pronto de la cárcel. Ha habido tantos indultos.

– Vaya, me alegro.

Aquí pude dar por terminada la conversación. Pero no supe resistirme a una apremiante comezón catequista.

– Estoy seguro, Emerenciano –dije–, de que ya va usted por el buen camino. Así debe ser. No hay nada como vivir dentro de la moral para llevar una existencia feliz y tranquila. La moral y la ley han de presidir nuestros actos. Repare en mí –me aventuré a añadir sin la menor modestia–. ¿Sabe adónde voy? Pues, sencillamente, a entregar a las autoridades la única arma que poseo: un antiguo revólver, grande como un trabuco, que fue de mi abuelo Fíjese bien: este revólver no es sólo para mí una seguridad de defensa, es, además, un recuerdo de familia. Sin embargo, basta que se haya dictado un Decreto que me ordena entregarlo para que inmediatamente lo entregue.

Esperaba los efectos edificantes de mi discurso en el espíritu de Emerenciano. Este, no obstante, se limitó a favorecerme otra vez con su horrible sonrisa y a decirme:

– Va usted a hacer el primo, don José.

– ¿Cómo?

– Yo tengo cinco pistolas.

– ¿Cinco pistolas?

– Sí. Y más le diré... Pero –requirió, bajando la voz–, desde este momento le exijo el secreto profesional.

– Cuente con él.

– Tengo cinco pistolas, ¡y las he usado!

– ¡Qué me dice usted!

– Sí, don José; por suerte o por desgracia, yo no he entrado por el buen camino, como usted creía. Desde que salí de la cárcel he tomado parte en el asalto de dos Bancos. En uno de ellos hasta tuve que apiolar al cajero. ¡Mala suerte!

– ¿No le da vergüenza, Emerenciano?

– ¡Qué quiere usted! A estas alturas ya no se puede tener vergüenza. Lo que hace falta es tener pistolas.

– Se las recogerán,

– En estas cosas, don José, y perdóneme que se lo diga, no tiene usted ni idea. ¿Cómo va a saber nadie que yo tengo cinco pistolas? A los señoritos sí se las descubrirían, porque como ellos sacan guías y licencias, a la Policía le consta en todo momento que tienen armas. Pero yo, ya se lo figurará usted, no tengo licencia ni guías.

– Es decir, Emerenciano: usted trata de convencerme de que es mejor tener las armas sin autorización que procurar ajustarse a la ley. Usted quiere, ni más ni menos, aconsejar que se viva fuera de la ley.

– No; yo no me meto en filosofías –contestó Emerenciano–. Sólo digo lo que pasa.

– Y si yo, por ejemplo, quisiera tener armas en mi casa sin autorización, ¿qué me ocurriría en caso de ser descubierto?

– Que lo fastidiarían: podrían ponerle hasta diez mil pesetas de multa, confinarle en un pueblo e incluso meterle varios meses en la cárcel.

– A usted igual, "Solapao".

– Usted se guasea. ¿Diez mil pesetas de multa a mí?

– Pero ¿y la cárcel?

– ¡Uy, la cárcel! Yo le debo a la Justicia veintitantos años de presidio por aquello de los asaltos. Estoy declarado en rebeldía por dos Audiencias. Si me cogen, se me ha caído el pelo. Pero ya en ese caso, ¿qué me importa que por tener las pistolas me "echen" unos meses más? De perdidos, al río. Seis meses de cárcel para usted serían un trastorno; para mí, son un piquillo sin importancia junto a los veintitantos años que debo.

– Entonces, ¿no piensa usted entregar las pistolas?

– Ni por sueños.

– Pues yo sí entregaré mi revólver.

– Bien hecho. Pero... oiga usted –dijo de pronto Emerenciano, mirándome torvamente–, ¿tiene usted guía de ese revólver?

– No.... creo que no; ¡está en casa desde hace tantos años! Desde antes que existieran las guías.

– Entonces –aconsejó el "Solapao" con gravedad–, no lo entregue usted. Se expone a un disgusto.

– ¿Por qué?

– Porque al tener ese revólver sin guía, ya está usted cometiendo un delito de tenencia ilícita de armas. Puede que hasta lo procesen.

– ¡Es verdad! Conoce usted las leyes mejor que yo.

– Un poco de práctica nada más –eludió mi interlocutor con modestia.

– ¿Qué puedo hacer entonces? –pregunté, acongojado–. Si entrego el revólver, descubren que lo tengo ilícitamente, y si no le entrego, y me lo encuentran, caigo bajo la Ley de Defensa de la República. Aconséjeme usted, Emerenciano Bizco.

– ¿Quiere que le aconseje? Pues mire, deme el revólver.

– ¿Qué dice usted?

– Que me dé el revólver; es lo mejor. Usted sale de su compromiso, y yo, total, ya no arriesgo nada.

Le miré conmovido. Aquel hombre me abría las puertas de la salvación.

– Acérquese –le dije.

Se puso a mi lado, su bolsillo junto a mi bolsillo, con exactitud de experto. Saqué el enorme revólver ancestral, y lo deslicé entre las ropas del "Solapao". Luego miré con sobresalto a nuestro alrededor. Creo que no nos vio nadie. Murmuré:

– Gracias, Emerenciano; nunca olvidaré este favor.

– De nada, don José. Hasta la vista.

Nos estrechamos ambas manos, y cada cual siguió su camino.

Ya no tengo armas. Estoy dentro de la ley. Los pistoleros sí las tienen, y las conservarán. Tal vez, incluso, traten algún día de usarlas contra los buenos ciudadanos como yo. Pero se equivocarán si esperan que nos defendamos por el mismo procedimiento. Lo que haremos será despreciarlos con toda nuestra alma, como a sujetos desprovistos de la más rudimentaria sensibilidad jurídica. Y si ellos pueden más que nosotros, nos asaltan, nos roban y nos matan, nosotros moriremos inermes y orgullosos, como mueren los que han hecho un culto de la ley.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 17 de noviembre de 1931.

LOS INTELECTUALES Y LA DICTADURA

En rigor, dentro de cada clase social hay masa y minoría auténticas. Como veremos, es característica del tiempo el predominio, aun en los grupos cuya tradición era selectiva, de la masa y el vulgo. Así, en la vida intelectual, que por su misma esencia requiere y supone la calificación, se advierte el progresivo triunfo de los seudointelectuales, incalificados y descalificados por su propia contextura."

Si el general Primo de Rivera hubiera escrito en alguna de sus notas palabras de dureza semejante a la de las transcritas, ¿qué hubieran dicho de él los intelectuales? Porque el latigazo no puede ser más seco: no es que entre los intelectuales se mezcle algún que otro elemento inferior; es que en la clase intelectual "se advierte el progresivo *triunfo*", "*el predominio*" de los incalificados y descalificados. ¿Qué se hubiera dicho del general Primo de Rivera si llega a escribir tales palabras? Pero las palabras no son suyas; son, y no ocultan el estilo, de alguien que debe conocer a los intelectuales: de Ortega y Gasset⁹.

Las traigo aquí porque lo que dañó quizá en mayor medida a la Dictadura fue su divorcio con las personas de oficio intelectual. Alguna vez, cuando se escriba despacio y por quien pueda la historia de los años dictatoriales, habrán de analizarse los motivos de aquel divorcio. Entonces se verán frente a frente dos opiniones distintas. Una, la de los escritores que, en nuestro tiempo, fueron adversarios del Dictador; para ellos la cosa es clara: "El Dictador no pudo congeniar con los intelectuales porque era un hombre inculto, iletrado, incapaz de entender pensamientos de cierta jerarquía; toda la culpa del divorcio entre el Dictador y los intelectuales estuvo de parte del primero". Pero semejante opinión —que los hombres de pluma sentencian con su característica petulancia—, ¿será la llamada a prevalecer? ¿O se abrirá camino frente a ella la opinión contraria? Porque no faltará entre los historiadores futuros quien considere al general Primo de Rivera como un magnífico, como un extraordinario ejemplar humano, al que una clase intelectual en la que se advertía por momentos "el predominio de la masa", "el progresivo triunfo de los seudointelectuales incalificados, incalificables y descalificados", fue incapaz de entender.

¡Si lo hubieran entendido! La aparición del general Primo de Rivera vino a ser, en el ambiente tonto y raquíptico del antiguo régimen, como una afirmación de salud. Claro que el Dictador rompió con las normas existentes; por eso es natural que le odieran los políticos, acogidos a aquel sistema de normas como se acogen los paralíticos a un establecimiento de caridad. Pero, ¡los intelectuales! Verdaderamente fue curiosa su torpeza: los intelectuales venían clamando durante lustros por la ruptura de la costra política que invalidaba a España; y he aquí por dónde, al hallarse frente al hecho de golpe de Estado, no reaccionaron en forma intelectual, profunda, adivinadora de las posibilidades revolucionarias que el golpe envolvía, sino que prestaron oídos a los pequeños celos, a las pequeñas aversiones supervivientes en la parte vulgar de su espíritu, bajo la capa intelectual sobrepuesta. Por ejemplo: el autor del golpe de Estado era militar, y reconocer a un militar dotes de conductor de pueblos mortificaba a los *paísanos*. Uso a propósito la palabra más mediocre porque, en realidad, la antipatía contra los militares tiene una gestación cursi, de pequeña guarnición provinciana, donde acaso el estudiante de Derecho empezó a sentirse antimilitarista cuando envidió los éxitos del teniente, vestido de uniforme, entres las muchachas concurrentes a las cachupinadas.

He pensado a menudo que los intelectuales, entre nosotros, acaso por la falta de vida universitaria, acaso por la falta de apacibles lugares de cultura, no se *forman* verdaderamente como intelectuales. Es decir, no tienen carácter impreso. Si lo tuvieran, adquirirían una cierta manera de vibrar, no sólo ante los temas profesionales, sino ante cualquier estímulo exterior. Por ejemplo: un militar veterano no es sólo militar cuando manda tropas; lo es en todo: en sus actos conscientes y en sus actos automáticos, en el modo de sentarse y en el de llamar al sereno. A los magistrados suele pasarles igual. En cambio, a los intelectuales (descarto, no hay que decirlo, a los sobresalientes) no les acontece lo mismo; quedan en ellos como dos hombres: el intelectual, apto para un determinado grupo de ejercicios, y el hombre vulgar, completamente vulgar, ni impregnado ni teñido siquiera por la cultura; el hombre que se impacienta, se envanece y se pone de mal humor como el más adocenado concurrente a la tertulia de su café. ¿Quién no recuerda, no ya el desencanto, sino la incredulidad que experimentó al encontrarse con que el fino escritor a quien admiraba sin conocerle era ese señor

⁹ La rebelión de las masas, Madrid, "Revista de Occidente", 1929, página 16

de gustos vulgares, falto de trato social, achaparrado en la conversación, que, sin pudor, se desató en plebeyo torrente de interjecciones porque el camarero tardaba en saciar su glotonería con unas raciones de percebes? Y ¿quién que tenga el espíritu un poco disciplinado no ha llegado a sentir asco y cólera al ver el deliberado desorden, la inelegante mala fe con que suele discutirse en las reuniones de muchos profesionales de la inteligencia?

Por eso, por no estar formados hasta la raíz, sino barnizados de informaciones pegadizas, los intelectuales españoles, cogidos por sorpresa, no vibraron ante el advenimiento de la Dictadura en tono intelectual. El cuadrito de sus actividades ordinarias no preveía la irrupción del acontecimiento. Y fuera de lo previsto en el cuadrito, los intelectuales sólo podían reaccionar como hombres corrientes, con los malos humores y las antipatías de sus tertulias. Así lo hicieron. Dejaron solo al Dictador. Abrieron en torno suyo como un gran desierto. Quien osaba pisarlo renunciaba a toda esperanza de consideración entre los dispensadores de las jerarquías intelectuales. Y se dio el espectáculo asombroso de que el Dictador solo, sin otros instrumentos que su optimismo, su ingenuidad, su valor, su maravillosa rapidez de inteligencia, su flexibilidad, su cordialidad, su triunfante riqueza de auténticas cualidades humanas; de que el Dictador solo, falto de intermediarios, cercado de silencios hostiles, en comunicación inexperta y directa con el pueblo, levantara y sostuviera, por lo menos durante cuatro años, la más robusta suma de esperanzas que acaso nuestro pueblo recuerda.

¡Si los intelectuales hubieran entendido a aquel hombre! Quizá no vuelva a pasar España en mucho tiempo por coyuntura más favorable. Los intelectuales pudieron allegar todo lo que saben y todo lo que piensan. A buen seguro los hubiera entendido el Dictador, cuyo talento natural era una verdadera generosidad de la Providencia. Los intelectuales hubieran podido organizar aquel magnífico alumbramiento de entusiasmos alrededor de lo que faltó a la Dictadura: una gran idea central, una doctrina elegante y fuerte. Y, en cambio, se hubieran encontrado con lo que en mucho tiempo tal vez no vuelvan a tener: con un prodigioso *hombre*, en el auténtico sentido humano, nacido en nuestro tiempo, con la misma exuberancia de espíritu, con la misma alegría generosa, con la misma salud y el mismo valor y la misma sugestión sobre las multitudes que un gran capitán del Renacimiento.

¡Qué le vamos a hacer ya! Dejaron pasar el instante. No percibieron su decisiva profundidad. Empezaron a hacer remilgos por si la Dictadura menospreciaba tales o cuales pequeñeces rituarías. Y desdeñaron al *hombre* para compartir, más o menos de cerca, el luto de las tertulias políticas expulsadas del mando. Mejor que el viento nuevo, imperfecto, pero vivificador, quisieron el cuartito de casinillo lugareño que era la política en España, con su camilla, su charla picaresca, su tute y sus cortinas de mal gusto, propicias a las chinches. Ya sé que los intelectuales, cuando escribían, también abominaban de esto; pero en el fondo intacto de sus espíritus no les era posible reprimir una afinidad sentimental con los políticos desahuciados; veían al Dictador como un enemigo común. Y políticos e intelectuales aunaron sus ingenios (llamémoslos así) para esparcir ironías por los casinos y editar *Murciélagos*.

Tal fue, salvo excepciones, la actitud de los intelectuales españoles ante el hecho revolucionario de la Dictadura. Así lo entendieron. Tal vez están muy satisfechos de haberlo esterilizado. Pero no van a ser ellos los jueces de su propia clarividencia. Llegará un día en que se juzgue, desde la altura del tiempo, qué era más grande: si el Dictador o el ambiente intelectual de este rincón del mundo hacia 1923. ¿Daré la Historia la razón a los intelectuales? Por de pronto, no se les puede ocultar un mal síntoma: mientras ellos están acordes en desdeñar al general Primo de Rivera, hay muchos cerebros fuera de España para los que, mientras nuestra literatura contemporánea se cuenta en muy poco y nuestra ciencia en casi nada, el general Primo de Rivera, como figura histórica y política, representa mucho. En las siguientes páginas del presente libro hallará el lector numerosas opiniones extranjeras. Y no se olvide que, como dijo *Clarín*, "la distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad".

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

8 de diciembre de 1931. (Prólogo de José Antonio al libro *La Dictadura de Primo de Rivera*, juzgada en el extranjero, impreso en 1931)

RESUMEN DE LA DISERTACIÓN "OTRA VEZ HACIA LA VERDAD", PRONUNCIADA EN JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ), EN EL TEATRO ESLAVA, EL DOMINGO 28 DE FEBRERO DE 1932

"El dogma de la soberanía nacional"

El señor Primo de Rivera fue ovacionado calurosamente al adelantarse a hablar.

Agradeció las frases del señor Julián Pemartín al hacer su presentación, diciendo que era la única vez que lo había engañado en su vida, pues ignoraba que fuese un orador de tan altos vuelos.

Dice que el hablar en Jerez es para él todo un recuerdo y le dejará una de las mayores emociones de su vida. Anuncia que su conferencia no va a ser política ni piensa actuar más de esa manera, sino en cuanto sea preciso para defender la memoria de su padre.

"Lo que me propongo es someteros mis notas de estudiante, por si en estas notas se atisba alguna verdad que pueda luego servir a los que tienen dotes de caudillo."

Añade que en la ciencia política, como en toda ciencia, se pasa por épocas de fe en una verdad central, absoluta, eje y explicación de todas las normas, y por épocas que van presididas por la duda de Pilatos: "¿Qué es la verdad?"

"Nuestro tiempo –continúa– es el paso de una de estas épocas a la otra. El mundo, convaleciente de la doctrina de Rousseau y de la crítica positivista, vuelve los ojos hacia el afán de una verdad de validez permanente, que sirva para medir Injusticia o la injusticia de todas las normas."

En la construcción de Rousseau, el soberano (la voluntad general, prácticamente, la mayoría) no necesitaba tener razón para que fuesen legítimas sus decisiones.

Lo justo dejaba de ser una categoría de razón para ser en cada instante una decisión de voluntad.

No había, por consecuencia, una norma permanente de justicia. Así se ha podido llegar, en sistemas inspirados en la construcción rousseauniana, a la negación de todo derecho para las minorías.

El positivismo hizo objeto al dogma de la soberanía nacional de una crítica implacable, pero no lo sustituyó por ninguna otra norma absoluta.

Contempló la vida social como una serie de fenómenos sin otras leyes permanentes que las de su conservación.

"En nuestros días, el pensamiento jurídico, fatigado de dudar y afanoso de principios invariables, busca otra vez la verdad por el camino de la Metafísica y por el de la Teología en los nuevos estudios escolásticos. He aquí cómo muchos que padecen burlas porque no creen en la soberanía nacional, están mucho más a la altura de los tiempos que los que les zahieren."

Al terminar su conferencia, el señor Primo de Rivera fue aplaudido con gran entusiasmo. Después fue obsequiado con una comida íntima en el hotel Los Cisnes.

Diario de Cádiz, 29 de febrero de 1932.

ANTE EL TRIBUNAL SUPREMO EN PLENO.– UNA DEMANDA CONTRA TODOS LOS MINISTROS DE LA DICTADURA.– RECLAMACIÓN DE INDEMNIZACIÓN CIVIL

El letrado don José Antonio Primo de Rivera, que defiende a los herederos del marqués de Estella y del duque de Tetuán y a los señores Callejo y conde de Guadalhorce, empieza a informar a la una y media, hablando como cumple al lugar y al instante con serenidad y reposo, huyendo de todo efectismo y con elocuencia a la vez. Tiene períodos de enorme fuerza persuasiva, y emplea en su magnífico trabajo un método admirable.

He aquí los puntos más importantes tratados por el orador:

En la demanda se ejercitan tres acciones: una, para exigir la responsabilidad que establece el artículo 86 de la Ley de lo Contencioso–administrativo; otra, para exigir la responsabilidad civil nacida de los delitos contra la Constitución, que se dicen cometidos por la Dictadura, y otra, para exigir la responsabilidad civil de funcionarios públicos definida por la Ley de 1904. Sólo esta última tiene viabilidad procesal, puesto que todo lo no incluido estrictamente en las excepciones que la Ley de 1904 (arts. 3.º y 4.º) y su Reglamento (arts. 10 y 14) establecen en cuanto a la competencia y a la tramitación para las demandas que ellos mismos regulan, cae bajo el imperio general de la Ley de Enjuiciamiento Civil (arts. 53, 481 y sigs.), y tiene su adecuado debate en el juicio ordinario. Aparte de que para que haya responsabilidad civil nacida de delito lo primero que se requiere es la declaración de que existe delito, hecha por los Tribunales de lo Criminal; mientras sea posible el ejercicio de la acción criminal no puede ejercitarse la civil separadamente más que en los casos excepcionales de los artículos 112, 116 y 843 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Limitado así el objeto del pleito a la responsabilidad nacida de la Ley de 1904, hay que descartar también la existencia de una obligación solidaria entre los demandantes, puesto que la solidaridad exige, según el artículo 1.137 del Código Civil, una determinación expresa que en este caso no existe. Con esto se completa la depuración de la demanda y llega el momento de oponer las excepciones.

El presupuesto esencial de la Ley de 1904 (art. 1.º) es que el funcionario a quien se demanda haya infringido algún precepto legal. Dice el demandante que la Real Orden, mandando suspender el ejercicio de la sentencia ganada por el señor Sánchez Vilches, infringió lo dispuesto en el artículo 84 de la Ley de lo Contencioso. Pero este artículo se hallaba modificado a la sazón por el Decreto–ley de 14 de octubre de 1926, que autorizaba la suspensión de sentencias. Y para tildar de ilegítimo a este Decreto, como lo hace el demandante, hay que acogerse al superficial criterio de que sólo es derecho lo que nace legitimado por el orden jurídico anterior a su aparición. Esa es sólo la producción derivada del derecho; pero junto a ella hay que admitir, con Stammler, otra producción originaria, manifestada en ocasiones por la ruptura violenta con el orden jurídico anterior: conquista, revolución, golpe de Estado. Si se prescinde de esta fuente originaria, hay que concluir que no existe en el mundo ningún régimen legítimo, ya que no hay una sola nación que no cuente en su Historia con alguna de esas violentas soluciones de continuidad. Lo que caracteriza al derecho es la pretensión formal de validez y la posibilidad de realización. Por eso fue un orden jurídico la Dictadura, como lo es ahora la República, aunque ninguna de las dos naciera de acuerdo con el derecho precedente, y por eso los mismos Tribunales (sentencia de 6 de junio de 1928) reconocieron a la Dictadura la facultad de legislar, porque la jurisprudencia, como dice Radbruch, puede decirnos por qué y cuándo vale un precepto; pero no darnos una respuesta sobre la validez del orden jurídico total. De ahí que una vez dentro del sistema de Dictadura los Decretos–leyes tienen que aceptarse como leyes, y reputarse en calidad de tal válido el de 14 de octubre de 1926.

Pero aunque no fuera así, y aquí aparece una nueva excepción, se ha incumplido por el demandante el requisito que impone el artículo 1.º de la Ley de 1904 y el 11 de su Reglamento: la previa reclamación por escrito con el anuncio de la demanda de responsabilidades. Esto no es un mero trámite, sino la situación en culpa del funcionario. Cuando éste yerra en acto de servicio, no es personalmente responsable, sino que obliga a la Administración. Para que nazca la responsabilidad contra el funcionario, éste ha de obrar en acto personal, culpable. Por eso no puede exigírsela

responsabilidad sin que, mediante la reclamación previa, se haya convertido su acto de servicio en acto personal; su "error", en "culpa".

Al llegar a esta parte se suspende el juicio, que continuará el lunes.

En todo el informe del señor Primo de Rivera el pensamiento y la palabra le asistieron sumisos. Razonando, llevó la convicción al ánimo de los oyentes, y manejando e interpretando los preceptos jurídicos, produciéndose no como un joven abogado, sino como un consumado jurisconsulto.

Los párrafos consagrados a demostrar la legitimidad de la legislación de la Dictadura sobrepasaron los términos de todo elogio. No habló de pequeñeces locales o partidistas. Situó la cuestión en plano elevado, y utilizando los nombres más eminentes en el estudio de las cuestiones de Derecho político, nos hizo sentir la honda preocupación que a toda la gente culta de Europa ha llevado a escribir tratados que estudian las evoluciones jurídicas y políticas de los pueblos.

El auditorio, que no se hartaba de felicitar al señor Primo de Rivera, espera con ansiedad la segunda parte de su informe.

La Nación, 2 de abril de 1932.

SEGUNDA SESIÓN ANTE EL TRIBUNAL SUPREMO EN PLENO, EN LA DEMANDA CONTRA TODOS LOS EX MINISTROS DE LA DICTADURA.– RECLAMACIÓN DE INDEMNIZACIÓN CIVIL

A las once en punto de la mañana del 4 de abril de 1932 la presidencia del Tribunal concede la palabra a don José Antonio Primo de Rivera para que continúe informando.

El letrado defensor resume y refuerza los argumentos empleados en la primera parte del informe, haciendo hincapié en la falta procesal que representa el que el señor Sánchez Vilches no reclamara por escrito ante el Consejo de Ministros la reposición de la Real Orden que acordó suspender la sentencia que le favorecía, como la Ley reclama.

Hace un estudio acabado de las obligaciones y su naturaleza para deducir que a las que se refiere la Ley de 1904 sobre responsabilidad de los funcionarios son las que nacen de la malicia.

Distingue respecto al funcionario que infiere agravio, si lo hace por error, como órgano de la Administración, o por culpa, como acto personal. Esto último no puede presumirse, y para que se dé esa responsabilidad personal que alcance a su patrimonio precisa una probanza plena.

Rebate con claridad y precisión los motivos que expuso el señor Ossorio para justificar que su cliente no pidiera por escrito la nulidad de la mencionada Real Orden.

Resulta difícilísimo seguir al orador, porque su informe es una completa obra, de articulación tan perfecta, que exige la copia taquigráfica; desarticulada, equivale a estrangularla. No tiene desperdicio y revela una formación jurídica excepcional. La exposición que hace acerca de la fuerza mayor resultó magistral.

Todavía, además, habría de desestimarse la demanda por no determinar la cuantía de los perjuicios, como ordena el artículo 12 del Reglamento de 1904. El aplazamiento de esa determinación para el período de ejecución de sentencia sólo es admisible, a tenor del artículo 360 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, cuando no es posible siquiera fijar sus bases.

Pero hubiera de ser irreproachable la demanda y estaría condenada al fracaso por haber prescrito la acción que, según el artículo 11 de la Ley de 1904, sólo dura un año. No puede alegarse la imposibilidad de hecho para ejercitarla, porque, aparte de que no se prueba, la imposibilidad de hecho no interrumpe la prescripción, ya que ésta se da, conforme al artículo 1.932 del Código Civil, contra toda clase de personas, y que la posibilidad de ejercicio a que se refiere el artículo 1.969 es la legal, independientemente de las condiciones del individuo u otras circunstancias (sentencia del 8 de mayo de 1903). Esa posibilidad legal, para los efectos de la Ley de 1904, se cuenta, no pendiendo recurso contencioso–administrativo, desde el momento de la infracción (art. 3º del Reglamento).

Agotando las concesiones, y contra toda técnica, cabría admitir que el obstáculo de hecho de la Dictadura hubiese impedido al señor Sánchez Vilches el ejercicio de la acción (y aun la reclamación extrajudicial), pero la Dictadura cesó en enero de 1930 y la demanda no se presentó hasta marzo de 1931; es decir, cuando ya había transcurrido con creces otro año. Y es inútil que el demandante se aferre como última esperanza al Real Decreto de marzo de 1930, como punto de partida para la prescripción, ya que ese Decreto, además de no referirse para nada a la responsabilidad civil de los funcionarios, sino a la que establece contra la Administración el artículo 84 de la Ley de lo Contencioso, limita expresamente a dos meses el plazo para ejercitar las acciones suspendidas y no le es lícito al demandante aceptar del Decreto, aun deformándolo, lo que cree que le conviene, y rechazar lo que le perjudica.

Oímos otra vez una disertación técnica impecable sobre la teoría de la prescripción, cuando razonó esta excepción opuesta a la demanda.

Primo de Rivera convirtió, al tratar este asunto, el foro en cátedra. La prescripción en la Historia, la prescripción en la ciencia, fue examinada con competencia y arte inigualables. El concepto de ella en

Roma, en la Edad Media, en el Derecho germánico, en el Derecho positivo, Códigos francés, italiano y español; en la jurisprudencia, sin dejar nada que afecte a esta excepción jurídica. La doctrina, aplicada al pleito en litigio, favorece la tesis del informante.

Con notoria habilidad, tras múltiples conclusiones a los efectos de la discusión, a la parte demandante recuerda que la demanda se presentó sin copias y que éstas se entregaron fuera incluso del plazo, que el señor Ossorio se apropia para ejercitar su acción y el Tribunal Supremo tiene declarado que no se considera formulada una demanda si no la acompañan las copias. Concluye su brillante informe el señor Primo de Rivera comentando el final lírico que puso al suyo el señor Ossorio y Gallardo y dice que el derecho no es una abstracción oratoria, sino una ciencia, que aspira a la exactitud matemática.

En párrafo definitivo pide una sentencia que desestime por completo la demanda.

La Nación, 4 de abril de 1932.

LA FORMACIÓN DEL ABOGADO

Intervención de José Antonio en el Congreso de Abogados, celebrado en Madrid el 1 de junio de 1932

Sesión del día 1 de junio de 1932 (mañana)

El señor Primo de Rivera: Quisiera el congresista que empiece a hablar ahora que, con indulto de su modestia, se le conceda atención al siguiente punto de meditación, que someto al Congreso, y que entiendo es tal vez el más profundo de los temas sobre los que ha de decidir la actual Asamblea Nacional de Abogados.

Este punto es, sencillamente, la formación del abogado.

La formación del abogado ¿es una formación de tipo universitario, de tipo doctrinal, de tipo técnico, o es abogado principalmente; es el abogado, además —si se quiere que no diga principalmente—, un hombre cuya característica profesional más señalada es la habilidad para desenvolverse todos los días en eso que se llama la práctica y que yo llamo más bien el ejercicio empírico de la profesión, con objeto de dar a las palabras un contenido más exacto?

Y lo que quisieran los que conmigo han firmado ese voto particular, elevado a ponencia, era hacer persistir a los demás congresistas en la idea de que esa separación entre la doctrina y la práctica, que es ya un tópico, no existe; que la práctica no es más que el ejercicio diario de una actitud técnica, de una educación profesional que se integra de los elementos científicos y técnicos, en que entran los elementos prácticos, y, por tanto, podemos dejar relegado al campo de lo empírico cosa de tan mínima importancia, que es impropio de nosotros, en un Congreso, y luego los Colegios, le consagren tiempo y esfuerzo, profesores y alumnos.

¿Qué es la teoría y qué es la técnica? ¿Qué es la práctica y qué es lo empírico?

Porque probablemente estamos todos conformes en cuanto demos el mismo uso a las mismas palabras.

La teoría, se nos ha dicho en broma por algún compañero de sección, es algo tan distinto del funcionamiento diario de la práctica, que resulta risible el hablar de Platón en una demanda interdicional, por ejemplo; pero es que, naturalmente, el conocer a Platón, que es indispensable para toda formación humana, no es cosa que forme parte de la doctrina jurídica. Naturalmente, no se ha pronunciado nunca sobre el artículo tantos de la Ley de Enjuiciamiento civil. Pero no es ésa nuestra teoría. Está bien que se traiga adquirida antes, si puede ser de una manera completa, pero nosotros hablamos de la teoría del Derecho, que es algo de contenido perfectamente delimitado para los profesionales como nosotros.

Hablamos de la técnica del Derecho, que es la relación de esa teoría ya con un sistema, y hablamos de la práctica.

Porque, por ejemplo, no se puede decir que nos falta experiencia, rutina diaria, cuando equivocamos el planteamiento de un recurso de casación, porque la casación tiene su doctrina y su técnica, o que nos equivoquemos al plantear una acción posesoria en lugar de una acción de dominio, porque las acciones de dominio tienen su técnica y su práctica. Y la prueba es que todos hemos hablado de la legislación, procesal en Roma, sin que ni nosotros ni nuestros maestros hayan ejercido la profesión en los tiempos del esplendor del Derecho romano. De modo que hay muchas cosas que entendemos como práctica y que se nos dice son tales, cuando son en casi todo técnicas, salvo en el último detalle. Por ejemplo, en el planteamiento de una demanda es doctrina y es técnica que podemos aprender en la Universidad la personalidad para comparecer en juicio, el planteamiento de la acción, la jurisdicción, la competencia; y, en cambio, queda ya lo empírico, por ejemplo, el arte de redactar un interrogatorio, el arte de saber si los días que se estera y se desestera se cuentan o no para los términos, aun después que las esteras ya no existen; pero no creo que ningún muchacho medianamente despierto necesite más de cinco o seis horas para enterarse de todo esto. Y, en

cambio, el equivocar los motivos de casación es porque no se ha estudiado lo que es la casación, porque la casación tiene un contenido técnico preciso.

Nosotros sostuvimos este criterio dentro de la sección. Esta falta de aplicación de que adolecemos todos al empezar el ejercicio profesional, y aun muchos años después de ejercer, nunca estriba en que en la Universidad hayamos hecho pocos remedos de juicios orales, sino que estriba en que tomamos festivamente los años de Universidad y luego los olvidamos al salir.

Europa está llena de ejemplos de abogados y magistrados en ejercicio que compaginan su actuación profesional diaria con el cultivo de la ciencia y de la técnica. Se publican libros y monografías admirables, que nos avergüenzan a los modestos licenciados españoles cuando vemos que transcurren meses, semestres, años, y aparecen publicaciones periódicas en que se recoge hasta la última manifestación de estos trabajos de índole doctrinal, sin que hallemos entre los nombres que se citan ningún nombre español. Y yo creo que ahora que estamos reunidos en un Congreso Nacional sería muy triste que nos lamentáramos de que cuando saliéramos de la Universidad nos ocurriera, como decía un compañero nuestro, que al ir a informar por primera vez ante un Tribunal no sepamos si nos debemos sentar a la derecha o a la izquierda del estrado, pues con preguntarlo a un compañero el problema está resuelto. Y, en cambio, lo tremendo es que después que nos hayamos sentado no sepamos distinguir un negocio jurídico de un acto jurídico, o la acción de nulidad de la acción de rescisión, o no sepamos todas esas cosas que no se aprenden nada más que el día que nos decidimos a encerrarnos con los libros y nos enteramos. (Muy bien. Aplausos.)

Un hombre rigurosamente práctico es un hombre como un perro amaestrado que le lleve a su amo todos los días el café con leche; pero si un día se le ocurre que en vez de café con leche le lleve té con leche, entonces, como el pobre perro no tiene motivos para distinguir el café del té con leche, ese día el perrito ya no sirve para nada.

Y la práctica no nos depara más que esos recursos, la incorporación a lo automático de lo que repetimos todos los días, pero no la capacitación para hacer frente al caso que surge cuando estamos tan incapacitados y tan bisoños como cuando nos empezaba a apuntar la barba.

Por eso logró prevalecer en la sección y se defenderá después, como ha anunciado el presidente, la tesis rigurosamente universitaria, rigurosamente cultural.

Nosotros decimos: lo que hace falta es que se nos dote de una verdadera formación, de una verdadera educación espiritual que nos haga aptos para el Derecho; no que nos suministre uno a uno todos los conocimientos que vamos a necesitar, sino que nos ponga en condiciones de podernos encerrar en una biblioteca donde sólo nos podremos mover si hemos trabajado antes. Se nos plantea un tema de índole técnica y doctrinal, se nos dan las horas que necesitamos y se nos deja desenvolvernos por escrito.

Lo ideal sería que el título que se expide en la Universidad –ese título que no quiero llamar de licenciado en Derecho, porque en seguida notamos la diferencia entre el abogado y el licenciado–, que ese título fuese garantía de que tuviésemos esa formación. Pero como al parecer todos estamos de acuerdo en que los títulos se dan con demasiada benevolencia, por eso decíamos que se nos someta a una prueba más fuerte para ver si todos tenemos suficiente cultura universitaria, y entonces, los autores de la proposición, que somos jóvenes, añadimos una cláusula: que se someta a esa prueba a los abogados que llevasen menos de diez años de ejercicio, con lo cual ya comprende el Congreso que no queremos hacer un alarde de preparación, sino que aceptamos con gusto, en homenaje a la pureza de esta teoría, el esfuerzo de pasarnos varios meses, o años, más estudiando otra vez.

Esto es lo que sometemos a la deliberación del Congreso. (Aplausos.)

Sesión del día 1 de junio de 1932 (tarde)

El señor Primo de Rivera: Voy a oponer algunos conceptos a las admirables e interesantísimas noticias que nos acaba de suministrar el señor Reyes (don Rodolfo Reyes Ochoa) en su brillante discurso, probablemente para entablar discusión con él, siquiera sea desde mi puesto modestísimo.

Tengo que empezar por señalar otra vez que la posición del señor Reyes y de la ponencia están en contradicción, porque sustentan los dos principios opuestos. Nosotros hemos sostenido la tesis universitaria, la tesis científica, y el señor Reyes empieza por decir que los defectos que nosotros imputamos a la formación universitaria se deben a que dentro de la Universidad no se han dado aquellas prácticas y aquellos remedos de juicios orales que, según él, habilitan de una manera más directa para el ejercicio profesional. Pero nosotros, a lo que hemos encaminado nuestro esfuerzo en la sección es a que aun aquellos mínimos vestigios de práctica, es decir, de ejercicios empíricos, para no rebajar la palabra tanto, ya que tiene una ilustre tradición jurídica, que los ejercicios empíricos no se realicen nunca en la Universidad; que la Universidad no se ha hecho para ello, sino para que nos formemos fuertes teóricamente; no se ha hecho para que vayamos a los Juzgados a actuar de escribientes, porque eso no es nuestra función. Los juristas no son escribientes, sino que son hombres que, con una formación adecuada, saben llegar desde el principio al final, con el impulso de una teoría fuerte y con el instrumento próximo de una técnica final, saben llegar a conclusiones de precisión y ejecución exactas. Esta es la función del jurista y no importa nada que no sepa dónde se pegan las pólizas en los pliegos de oficio.

Todo lo que es encaje de cosas en el molde de los sistemas de una legislación, eso es técnica, y eso lo reclamamos para nosotros y lo pedimos en las Universidades, pero no lo otro. Si la formación universitaria incluye esto, la formación universitaria completa ya nos habilita; y si se entiende que la formación universitaria dada así nos habilita, ¿a qué vienen esos tres años de Escuela de Derecho, donde se nos pide que aprendamos Historia de la Abogacía y todas esas cosas...? (*Interrupciones.*)

Y si la formación universitaria no habilita no es porque no baste lo que debemos aprender en la Universidad, sino porque no lo aprendemos bien o lo olvidamos. Si hay casos, que conocemos todos los días, de muchachos que han logrado culminar su carrera a base de kilométrico, que les ha permitido acogerse a los más benévolo profesores de Derecho político en Oviedo, de procedimientos judiciales en Murcia, y si ese muchacho, entre el kilométrico y la benevolencia de los profesores, consigue salir provisto de algo que dice que es un título de abogado, nosotros no podemos confiarle la función jurídica de colaborar en la administración de Justicia que defienden a los pobres.

Y como la vida no es rigodón, en el cual debamos subordinar el contenido de la verdad a la gracia de las posturas, nosotros, con ser amables con la Universidad, no podemos dejar que los que salen de la Universidad se dediquen a arruinar a sus clientes. Nosotros no queremos ofender a la Universidad, para la que yo tengo los mejores recuerdos, y de donde han salido eminentes juristas, sin pasar por la Escuela de Abogacía; eminentes abogados, como, por ejemplo, Sánchez Román y Garrigues, que pasaron directamente de la cátedra al ejercicio de la profesión y culminaron en ella desde el primer día; esa Universidad, que es para nosotros respetabilísima, nos pudo habilitar hace, por ejemplo, veinte años, como decía Canalejas (don José), y no ponemos en cuarentena la validez del diploma universitario porque revisemos esa aptitud que la Universidad había declarado entonces y averigüemos cuál es el contenido de nuestra formación.

Y cuando estamos de acuerdo en que la nuestra es una profesión científica, es el ejercicio técnico de una profesión científica, pues revisemos esa formación cuantas veces haga falta para que no nos ocurra lo que con la gimnasia, que, sin haber asistido nunca a clase de cultura física, todos poseemos un diploma en que se asegura nuestra aptitud para la misma. Igual ocurre con esto. Si hace treinta años se nos dio un diploma por benevolencia y en ellos se nos ha embotado la inteligencia, debe comprobarse si aquellos conocimientos siguen todavía despiertos, y si el mejor examen de abogados es el foro, pues al foro directamente, y no a la Escuela de Abogados, se debe acudir.

Sesión del día 2 de junio de 1932 (mañana)

El señor Primo de Rivera: Me refiero, más que a la proposición del señor Cabrera (don Miguel Cabrera Rivera), a rogar que mediten sobre el carácter de este Congreso y lo peligroso de que lleguemos por votación a conclusiones de índole técnica. Este es un Congreso de aspiraciones profesionales, y acaso nos podamos pronunciar en una cuestión que ahora adquiere un carácter de madurez. Pero noten lo peligroso que es, porque el señor Cabrera dice que en Mánchester se aplica el cinematógrafo a la técnica procesal nosotros no habíamos oído hablar... (*Interrumpe el señor Cabrera.*) Si nosotros, por este procedimiento de sentarnos y ponernos de pie, acordamos que se traiga el cinematógrafo, como en Mánchester, hemos llegado también a una conclusión sobre la prueba documental y testifical, y creo que se sale del carácter del mismo Congreso. Recuerden el caso del Congreso de Alençon, donde se discutió si las mujeres tenían o no alma, y por votación se acordó que sí. Pues a nosotros nos pasa lo mismo, ya que quizá nos pongamos más en ridículo que si rechazáramos la idea del cinematógrafo de Mánchester.

(De las "*Actas del Congreso de Abogados, organizado por la Unión Nacional de Abogados*". Dicha "*Memoria*" recoge la versión taquigráfica de la disertación de los congresistas. La noticia de este trabajo nos fue proporcionada por don Luis Filgueira.)

PREGUNTAS DE "CRÓNICA".- ¿QUÉ VENTAJAS Y QUÉ INCONVENIENTES TIENE EL SER HIJO DE UN HOMBRE CÉLEBRE?.- LO QUE NOS DICE DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Este muchacho alto y fuerte y a la vez de rostro cetrino en sutil palidez, tiene una constante inmovilidad en el gesto y un leve cansancio en la voz pausada. Hay como un matiz de recelo en las frases titubeantes del principio. Después, en súbita confianza, habla, en elocuencia atrayente, y con su voz de suaves inflexiones.

– Vengo a que me cuente usted todo lo malo y todo lo bueno que le proporcionó ser hijo del general Primo de Rivera, José Antonio.

– ¿Malo? En verdad, nada; aparte del sufrimiento motivado por muchas cosas ocurridas a mi padre y por el dolor inmenso que su muerte nos causó. Y bueno... El llevar un apellido ilustre, o célebre, como usted quiera, es como un coeficiente que multiplica cualidades y defectos y hace que nuestra vocación llegue más pronto. El apellido suena vigilando aciertos y equivocaciones. Por lo que toca a mí, lo que más me importa es mi vida profesional, y ésta sólo me proporcionó satisfacciones. De antes y de ahora, en general, sólo guardo recuerdos gratos; pero especialmente es algo del espíritu que me interesa hacer constar lo inmejorablemente buenos que han sido siempre mis compañeros conmigo.

– ¿Y cuando su padre estaba en el Poder?...

– Igual, aparte de la satisfacción indescriptible que nos proporcionaba ser hijos de un hombre como él. Tanto es así, que ¿quiere usted saber cuánto he ganado durante el primer año de la Dictadura? Pues... mil ochenta y cinco pesetas. Exactamente. Como comprenderá usted, entonces no podía faltarme trabajo, aunque sólo fuera por todas las recomendaciones que yo podía contar, y, en cambio, he ganado tan poco porque esto mismo me impedía trabajar con la tranquilidad de espíritu y de conciencia que necesitaba para estar seguro de mí mismo. Precisamente cuando más he ganado fue en los dos años que siguieron a la Dictadura, ya ve usted.

– ¿Qué impresiones guarda de niño, bajo el aspecto de ser hijo de un hombre como el General?

– La de ser un chico que a los siete años le encantaban los grandes dramas –en verso, naturalmente–, lo que motivaba que yo hiciese alguno por mi cuenta, impresionante. ¡Ah! Sí, sí, no se ría. Impresionantes, sobre todo en sus redondillas al estilo de "La vida es sueño", "El puñal del godó", etc. Después, como correspondía a la tradición familiar, todo mi afán consistía en ser militar, para sentir más tarde, firmísimamente, la vocación hacia el Derecho. Todas estas impresiones van salpicadas de algún que otro "tremendo" castigo de mi padre, que ya entonces era dictador. Figúrese que ante cualquier cosa que hacíamos contraría a sus deseos nos metía en un cuarto, con la particularidad de que dejaba la puerta abierta, y allí nos condenaba a un encierro mínimo de ocho días, que se convertían siempre en un cuarto de hora, disminuidos por un indulto que no se hacía esperar.

– ¿Qué impresión conserva de su padre?

– La de un respeto atrayente en todo momento. Es como un raudal de clara luz su recuerdo. De chico me parecía una montaña de carácter y dotes extraordinarias. Más tarde, suavizado esto por la vida que se hace a los veinte años, sentía hacia él una respetuosa efusión, preso en la prestigiosa simpatía que irradiaba. Lo que más me impresiona de su recuerdo era su serenidad y su optimismo. Era como una fuerza latente de juventud y vida...

Se electriza José Antonio al hablar de su padre. Tiene su voz un matiz de fervorosa emoción y su rostro la suavidad de una íntima ternura. Y habla, preso en el recuerdo, durante unos momentos. Luego:

– ¿Cuál es la finalidad de su vida, José Antonio?

– Llegar a saber un poco de Derecho. Es mi carrera como una novia por la ilusión que me inspira. El Derecho, bien entendido, es Arquitectura, es Ciencia y Arte. Bajo este aspecto he tenido mucha suerte, superior, sin ningún género de dudas, a mis merecimientos. Siempre estoy descontento de mí mismo; pero a la vez conservo la impresión maravillosa que me proporciona el hallar, el descubrir en mí construcciones sólidas, bajo el punto de vista arquitectónico del Derecho.

– ¿Encuentra usted facilidades en su trabajo?

– Extraordinarias, por todos los conceptos, aun cuando, como le he dicho antes, nunca estoy contento de mí mismo. Siento, constantemente, una rebeldía, hija de un intenso afán de superación.

– ¿Muchos años trabajando?

– Desde muy joven ya. Poco después de empezar mis estudios de Leyes, mi padre, con un acierto inmejorable, me empleó, ganando setenta y cinco pesetas, llegando, como máximo, a las ciento veinticinco.

– ¿Qué ideales y aspiraciones tiene usted?

– La vida, en líneas generales, trae cada día una preocupación y un interés nuevos. Esto es maravilloso vivirlo íntima e intensamente, yendo siempre adelante con bríos y con fe. En algunos momentos siento el deseo de poder servir a España de un modo grande e intenso. Ciertamente es que puede servírsela desde cualquier punto; pero, de tener vocación, querría un puesto de mando, en el que pudiera poner toda mi fe y energías en servir a mi Patria. Pero estos deseos son vagos, ya que sobre todo está mi carrera, dentro de la cual puedo servir lo mismo a España.

– ¿Tan satisfecho está usted, intelectual y sentimentalmente, de su carrera?

– Intelectualmente, de un modo enorme. Sentimentalmente..., no, lo confieso. Lo sedentario de esta carrera se contradice con mi intenso afán de viajar. Si pudiera, sería mi vida un continuo caminar a través del mundo. Es grandioso el poder vivir en los países más diversos. Porque yo no viajaría por ver solamente, sino por sentir, por empaparme de todos los ambientes y vivir la vida de todos los países, bajo todos los cielos... ¿Ve usted? Esto, que acaso nunca pueda realizar, es, en verdad, un ideal de mi vida, necesariamente sedentaria.

BLANCA SILVEIRA-ARMESTO

Crónica, de Madrid, número 138, 3 de julio de 1932. Un mes después escribía a la periodista que le había entrevistado: *"Mi distinguida amiga: El continuo ajeteo en que vivo me ha hecho aplazar hasta ahora, contra mi propósito, el deseo de darle las gracias por su interviú. Ha puesto usted en ella cordialidad y un acierto difícil de lograr cuando fue tan larga y desordenada, por mi parte, la conversación que sostuvimos. Le ruego reciba mi agradecimiento sincero. Ya sabe dónde me tiene a su disposición. José Antonio Primo de Rivera."* (La carta fue obtenida por deferencia de don Mariano Rodríguez de Rivas. En el membrete dice: "José Antonio Primo de Rivera, Abogado. Los Madrazo, 26-Alcalá Galiano, 8. Teléfonos 10999-44722.")

ANTE LOS SUCESOS DEL 10 DE AGOSTO DE 1932

Desde la cárcel Modelo de Madrid, donde se hallaban incomunicados, José Antonio y Miguel Primo de Rivera elevaron un escrito al juez, el 19 de agosto de 1932, en demanda de justicia. No se les había dicho el motivo de su detención. José Antonio se hallaba desde el día 5 de agosto en San Sebastián y el día 11 se trasladó a Irún para recibir el cadáver de la duquesa de Fernán Núñez, fallecida en Berlín. Al regresar de la estación, la Policía le detuvo, y acto seguido fue conducido a Madrid. Miguel se encontraba desde el 16 de julio en Jerez de la Frontera y desde allí se había trasladado a San Sebastián, donde, a su llegada, fue detenido. "Los autores de estas líneas –se dice en el escrito autógrafo de José Antonio, dirigido al Juzgado especial, que figura en el sumario instruido por los sucesos del 10 de agosto– eran totalmente ajenos al Movimiento. Es absurdo que, estando complicados en él, y dadas su juventud y su significado familiar, hubieran dejado que los colegas de conspiración arrostraran todos los peligros del combate que se desarrolló aquella madrugada, mientras ellos gozaban de su veraneo. Por otra parte, si les quisiera alguien suponer a tal extremo precavidos, era mucho más lógico haber esperado noticias al otro lado de la frontera (uno pasó a Francia la víspera del Movimiento; el otro estaba a pocos kilómetros de Gibraltar) que no dejarse prender inocentemente después del fracaso. Además, ni el uno iba a pasar en el tren la noche de los acontecimientos, ni uno y otro iban a exhibirse al otro día de frustrarse la intentona en sitios tan visibles como el hotel Continental, de San Sebastián, y la estación de Irún durante un traslado fúnebre muy notorio y concurrido. Por último, no dejará de pesar en el ánimo del Juzgado esta consideración: don Fernando Primo de Rivera, oficial aviador, hermano de los firmantes, estuvo de guardia en el aeródromo de Getafe en la noche de los sucesos, y ha sido públicamente ensalzado por la puntualidad con que cumplió las órdenes superiores; y es inadmisibles que una familia, unida hasta el punto de que todos los hermanos, no obstante ser huérfanos de padre y madre y mayores de edad, viven en la misma casa, se hubieran dividido en dos bandos en trance tan serio como la rebelión del día 10"¹⁰.

¹⁰ Joaquín Arrarás: *"Historia de la Segunda República Española"*, Madrid, 1956, tomo I, pág. 458 *in fine*. A propósito de aquella intentona monárquica, José Antonio solía hacer estas consideraciones:

– "Yo no podía estar de acuerdo con aquello. Nosotros tenemos que hacer las cosas por una España interpretada y sentida revolucionariamente, por una España a la que metamos en el alma afanes de imperio. Nuestra lucha despiadada con el marxismo y el anarquismo nos ha enseñado a ser implacables. Y no nos pasará lo que a ellos." Francisco Bravo: "José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada". Ediciones Españolas, S. A., Madrid, 1939, págs. 188–189.

UNA RECTIFICACIÓN DEL FISCAL EN EL PROCESO POR LAS RESPONSABILIDADES DE LA DICTADURA

El fiscal, señor González López, termina dirigiéndose a su antiguo y buen amigo don José Antonio Primo de Rivera, a quien le dice que si el general Primo de Rivera dio el golpe de Estado para terminar con la vieja política, ¿cómo colaboró en el delito de alta traición del Rey?

El señor Primo de Rivera, terminada la rectificación del fiscal, pide la palabra y manifiesta:

– Unas pocas palabras, muchas menos de las pronunciadas por el fiscal, quien me ha dedicado unas expresiones que agradezco, y es lástima que luego haya descendido tan bajo para suponer que el general Primo de Rivera apoyó la alta traición. No es así.

El general Primo de Rivera dio solo el golpe de Estado. Recabó toda la responsabilidad para él, y para darlo no contó con el Rey, y lo hubiera hecho igual de no acceder aquél a sus deseos. Lo único que hizo el general Primo de Rivera fue no convocar elecciones en el plazo de tres meses, según había anunciado. ¡Qué más hubieran querido los antiguos políticos! ¿Es que se podía echar abajo, el tinglado electoral y caciquil en sólo tres meses?... Pues eso es lo único que hizo el general Primo de Rivera. (*Murmulos de aprobación en las tribunas y aun en la sala.*)

La Nación, 25 de noviembre de 1932.

INFORME DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA EN LA DEFENSA DE DON GALO PONTE, ANTE EL TRIBUNAL DE RESPONSABILIDADES POLÍTICAS DE LA DICTADURA

Juicio histórico sobre la obra del general Primo de Rivera

JUECES Y POLÍTICOS

Sois un Tribunal de políticos. Y conste que al decirlo no me guardo la más lejana intención recusatoria. No sólo os acato sin reservas mentales, sino que os tengo que hablar como a jueces y como a políticos. Como a jueces, para que me oigáis la defensa en Derecho de este austero anciano que, en momentos difíciles, no ha querido despojarse, ni aun en el menor de sus atributos, de esa suprema elegancia de la lealtad; de este digno anciano que sin jactancia, pero sin titubeo, se ha declarado solidario en todo del jefe y amigo con quien compartió momentos profundos. Y como a políticos, para requerir de vosotros una meditación sobre lo que fue el hecho histórico, político, de la Dictadura, tan desfigurado por odios sañudos e interpretaciones superficiales.

Escuchadme primero como jueces.

DOS CLASES DE CARGOS

Si examináis una por una las imputaciones que se lanzan contra don Galo Ponte como ministro de la Dictadura en el pliego de cargos, en el acta de la Comisión y en los votos particulares aquí defendidos pronto percibiréis que se reúnen en dos grupos diferentes. El primer grupo, formado por aquellas que le atribuyen infracciones de orden formal, reprobables en cuanto estuvieron en pugna con la Constitución de 1876; así, el haber aceptado el cargo de un poder ilegítimo, el haber legislado sin Cortes, el haber aprobado la convocatoria de una asamblea consultiva... Y el segundo grupo, formado por las imputaciones de aquellos otros hechos en que participó y que, sobre ser acaso inconstitucionales, envolverían, de ser ciertos, una malicia material, es decir, serían injustos por sí mismos en cualquier régimen; así, las deportaciones, multas y confinamientos inmerecidos, la suspensión de sentencias justas, los avales y monopolios perniciosos...

DELITOS CONTRA LA CONSTITUCIÓN

Las imputaciones que integran el primer grupo, ¿pueden, en serio, sostenerse contra don Galo Ponte? ¿Pudo don Galo Ponte, nombrado ministro en diciembre de 1925, delinquir contra la Constitución del 76? Para afirmarlo hay que prescindir, artificiosamente, nada menos que de esto: de que el 13 de septiembre de 1923 se dio un golpe de Estado contra el orden constitucional vigente entonces; de que el 15 de septiembre de 1923 se publicó, refrendado por el Dictador, un decreto que alteraba hasta el fondo el régimen constitucional, puesto que encomendaba las funciones ejecutiva y legislativa a órganos diferentes de los que el Código constitucional señalaba, y de que, por consecuencia, a partir de aquellos sucesos, nadie pudo en España delinquir contra la Constitución del 76, porque aquella Constitución no existía; había sido rota, subvertida, derrocada, y una Constitución subvertida es una Constitución definitivamente muerta; las Constituciones no pueden resucitar.

LAS CONSTITUCIONES NO RESUCITAN

¿No suena esta tesis en vuestros oídos con familiar autoridad? Debéis reconocerla, porque fue la misma que sostuvieron los revolucionarios españoles contra los últimos Gobiernos de la Monarquía. Cuando éstos, frente a la agitación revolucionaria, acusaban a aquéllos de delinquir contra la Constitución, los revolucionarios invocaban el argumento que yo invoco ahora: desde el golpe de Estado, nadie ha podido delinquir contra la Constitución, porque la Constitución, rota, no existe; las Constituciones no pueden resucitar.

Eso decían, y teóricamente tenían razón. No por el conocido argumento de que la Constitución es un pacto entre dos partes, pacto resuelto cuando una de las dos partes lo incumple. Tal argumento

traslada al Derecho público, superficialmente además, nociones que pertenecen al Derecho privado. Sino porque la imposibilidad de que una Constitución reviva es consecuencia que se desprende de la unidad del orden jurídico. A la doctrina que la defiende tengo que referirme, y ya veréis cómo me muevo dentro de lo rigurosamente jurídico, sin vagas invocaciones a realidades de orden histórico o social. Esta doctrina de la unidad del orden jurídico es la profesada por la escuela vienesa, por la escuela pura del Derecho, aquella que reclama para el pensamiento jurídico todo el rigor formal, indiferente a los fenómenos materiales, que caracteriza a la Matemática. Y, además, como doctrina de pensadores extranjeros, no es sospechosa de estar influida por circunstancia alguna de nuestra Patria. Eso acrecienta, al recordarla, su autoridad.

LA UNIDAD DEL ORDEN JURÍDICO

Todas las normas jurídicas integrantes de un orden, como enseñan Merkel y Kelsen, se alinean en diferentes jerarquías. Las normas de cada jerarquía se refieren a las de la inmediata superior, de donde reciben su fuerza. Y por este camino ascendente se llega hasta una norma fundamental, que es la que justifica a todas. Así, los reglamentos, los contratos, las sentencias, contienen normas que en tanto obligan a cuanto se ajustan a los efectos que la ley –norma de la jerarquía inmediata superior– en cada caso les asigna. Y así la ley obliga en cuanto se halla revestida de las solemnidades y desenvuelta en el ámbito que la Constitución –norma suprema, fundamental– le exige y le atribuye. La Constitución es la norma fundamental. Sobre ella no puede, por definición, haber otra, porque entonces ésta sería propiamente la Constitución.

Ahora deducir las consecuencias. Venida a menos una norma de cualquiera de las jerarquías subordinadas, siempre se halla en las de la inmediata superior alguna que provea a sustituirla; allí se encontrará designado el órgano competente para promulgar una nueva norma secundaria y delimitado el alcance que a esta norma espera. Pero venida a menos la norma fundamental, ¿adónde acudir para justificar su resurrección? ¿A un principio positivo superior? Ya se vio que no existe. ¿A la propia Constitución? No habría otro recurso, puesto que la Constitución, como norma suprema, es la única justificación de sí misma. Pero derrocada, ¿qué puede decretar? Para que valgan sus preceptos hay que suponerla vigente, y el estar vigente es, ni más ni menos, lo que le falta cuando está derrocada. Habría que llegar a la ficción de que resucitara primero una parte de ella misma, ordenando la resurrección de lo demás, para que después de esto lo demás reviviera al conjuro de aquel primer principio resucitado.

LA PRODUCCIÓN ORIGINARIA DEL DERECHO

Por eso en la crisis del orden constitucional sólo hay una salida: el recurso a las fuentes originarias de la producción del Derecho. Stammler las ha colocado, con profunda verdad, al lado de las fuentes derivativas. Por lo general, el Derecho se produce con arreglo a las previsiones de un orden preexistente. Pero a veces el orden mismo es subvertido por la violencia: un hecho de fuerza –conquista, revolución, golpe de Estado– rompe toda continuidad en la elaboración de las normas. ¿Qué hacer entonces? Pues, sencillamente, recibir como fuente originaria de un nuevo Derecho el suceso mismo que ha puesto fin al orden anterior. Como esto no se acepte, como legalistas maniáticos –que no juristas– se empeñen en pedir a cada régimen total su certificado de nacimiento extendido de acuerdo con el régimen anterior, habrá que convenir, como dice Stammler, en que no hay en el mundo un solo orden legítimo, puesto que no existe un pueblo solo en cuya historia falte, antes o después, alguna violenta solución de continuidad, alguna revolución victoriosa, algún golpe de Estado triunfante, que diese entrada, no ya en desacuerdo, sino en contradicción con el preexistente, a un nuevo orden jurídico total. Por eso es vana toda inquisición en los antecedentes genealógicos de un sistema político triunfante: los sistemas políticos, como los grandes hombres, son los antepasados de sí mismos.

EJEMPLOS: LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

¿Se atreverá nadie a decir que aún está vigente en Rusia el Derecho zarista porque no ha sido derogado según sus propias normas? Pero no hay que buscar ejemplos remotos: aquí tenemos el de la República española. Nadie puede poner en duda su legitimidad, y, sin embargo, como empecéis a escudriñar en sus orígenes, no encontraréis manera de empalmarla con el orden que regía a su advenimiento. Recordad que ninguna norma constitucional preexistente asignaba a las elecciones

municipales un defecto tan exorbitante como el cambio de régimen. Recordad, además, que la mayoría electoral de todo el país fue favorable a los candidatos republicanos. Recordad, por último, los defectos procesales con que la República se implantó: en la Gaceta del 15 de abril de 1931, un decreto, firmado por el Comité revolucionario, nombraba presidente del Gobierno provisional a don Niceto Alcalá Zamora. Y a continuación, el señor Alcalá Zamora, por virtud de otro decreto, designaba ministros a los miembros del mismo Comité revolucionario que acababa de investirle. Un legista maniático señalaría en todos estos trámites innumerables vicios de nulidad: el Comité revolucionario no era órgano constitucional competente para designar primer magistrado; éste no podía nombrar ministros a aquellos mismos de quienes recibía la autoridad; será nula, por consecuencia, la constitución del Consejo de ministros, y nula la convocatoria de Cortes, y nulas las Cortes Constituyentes... Pero, ¿quién podrá, en serio, divertirse con tales cavilaciones? Ved a qué pintorescas salidas lleva ese modo de entender la técnica del Derecho: la República española es jurídicamente inexistente; y como también lo fue —¡qué duda cabe!— la Dictadura, resulta que España sigue siendo una Monarquía constitucional regida por el Código del 76, y el presidente de su Consejo de ministros, don Manuel García Prieto. ¿Quién nos lo hubiera dicho cuando vino a declarar aquí la otra mañana?

LAS ACUSACIONES

Como veis, no se puede condenar a don Galo Ponte como reo de delitos contra una Constitución muerta. Queda, de esta suerte, sin apoyo la acusación particular defendida por el señor Suárez Uriarte en su cuidado y sereno informe.

Y al nombrar por primera vez a uno de los representantes de la acusación, permítame el Tribunal que, por medio suyo, traslade mi gratitud a los acusadores todos, porque, al cumplir su cometido, y sin faltar en nada a lo que el deber les exigía, han sabido evitar a la intimidación espiritual de esta defensa toda mortificación innecesaria.

¿ALTA TRAICIÓN?

No hay, decía, delito posible contra la Constitución del 76. Pero junto a la calificación rebatida surge la que defiende, en nombre de la Comisión de Responsabilidades, quien viene ocupando aquí el sitio procesal de la acusación pública. Para el señor fiscal, don Galo Ponte, y los que con él intervinieron en las funciones de gobierno de la Dictadura delinquieron como partícipes necesarios de la alta traición cometida por el jefe del Estado en 1923. Las Cortes Constituyentes, en decisión que a esta defensa no le es ya lícito impugnar, calificaron, en efecto, aquella conducta de alta traición. Pero, ¿cómo puede envolverse en la responsabilidad que de allí naciera a mi defendido, don Galo Ponte? El acta de acusación nos dice: por aplicación de lo dispuesto en el número 4º del artículo 16 del Código Penal. Así dice el acta. Mas si el Tribunal se propone evacuar la cita, le auguro unos minutos de estupor. El artículo 16 del Código Penal se refiere a los encubridores, y en su número 4º, que es el que se cita, dice que se coopera en tal concepto a un delito "denegando el cabeza de familia a la autoridad judicial el permiso para entrar de noche en su domicilio". La verdad, señores: o mi defendido me ha ocultado algunos aspectos reprobables de su conducta, o yo no puedo creer que esté sentado aquí, en medio de estas solemnidades extraordinarias, por haber cerrado su puerta de noche a la autoridad judicial.

Hay, sin embargo, una errata en el acta acusatoria. Se alude seguramente, al número 3º del artículo 13. Pero tampoco es éste aplicable, porque en él se dice que son considerados como autores de un delito "los que cooperan a la ejecución del hecho por un acto sin el cual no se hubiere efectuado" Y, en serio, por mucha tolerancia dialéctica que se permita, ¿podrá alguien decir que si don Galo Ponte se hubiera negado a ser ministro en diciembre de 1925 hubiera sido imposible implantar una Dictadura en septiembre de 1923?

SECUESTRO DE LA SOBERANÍA

Pero hay una tercera acusación que requiere examen. La defiende, en su voto particular, el señor Peñalba; agudamente, se da cuenta de que no es posible penar delitos cometidos contra una Constitución destruida, porque al desaparecer una forma de Estado caen con ella, faltas de sujeto

pasivo, las defensas jurídicas que la circundaban. Tampoco admite el señor Peñalba que pueda acusarse a los aquí sentados del delito de alta traición, porque tal figura delictiva hubo de crearse fuera de las normas corrientes para quien, por definición constitucional, no podía ser reo de delito común; pero resulta innecesaria para quienes, por no estar comprendidos en el privilegio, pueden ser reos de cualquier delito. Mas si hasta aquí la argumentación jurídica del señor Peñalba es irreprochable, deja de serlo cuando pretende ofrecer una solución propia. Llegado a este punto, el autor del voto particular, tras de haber censurado con motivo la creación de figuras nuevas para personas que por su estatuto normal no las necesitan, incide en el error que censura cuando les achaca, con calificación que tiene todas las características de un invento, la "participación facciosa en el secuestro de la soberanía nacional".

LA SOBERANÍA

Para entender esto hemos de preguntarnos, ante todo: ¿qué es la soberanía? ¿Es la virtud de que goza la mayoría electoral de un país para autojustificar sus deseos, es decir, para promulgar como buenos sus deseos por el hecho solo de ser suyos? ¿O, prevalece sobre ella la condición que al pueblo toca de "beneficiario del Derecho", condición por virtud de la cual perseguiremos el bien, la libertad, la felicidad del pueblo como aspiración de todo derecho posible y reputaremos injusto todo sistema que le defraude?

Si aceptáis el primer concepto de soberanía y condenáis a los que profesaran otro, os habréis convertido, estrictamente, en un tribunal inquisitorial, es decir, perseguidor de disidentes, de herejes. Porque sólo recibiendo como dogma la concepción rousseauiana de la soberanía podréis acordar destierros y confinamientos para los disconformes con ella.

Según Rousseau, la mayoría electoral es siempre poseedora de la justicia. No cómo mayoría electoral, ya lo sabéis, sino como expresión de la persona colectiva, indivisible, de la voluntad soberana que Rousseau imagina dotada de sustantividad propia y diferente de las voluntades de los asociados. Ese yo superior, el soberano, está investido de una virtud que le impide querer el mal de sus súbditos: Rousseau, metafísicamente, rechaza una posibilidad semejante, y, por consecuencia, cuanto quiere el soberano, la voluntad soberana única y superior, es necesariamente justo. Pero la voluntad soberana tiene que expresarse de algún modo. ¿Cómo? ¿Por el sufragio? En principio, el sufragio contradice el dogma de la indivisibilidad: el triunfo de los más sobre los menos implica división y desmiente la predicada existencia de una voluntad única. Pero Rousseau, sin detenerse ante el sofisma, salva la dificultad de esta manera: el elector, cuando vota, no expresa una voluntad suya, sino que adelanta una conjetura acerca de cuál será la voluntad del soberano. La mayoría de sufragios no es sino la coincidencia de los más en una determinada conjetura; por eso, al hacer lo que quiere la mayoría, no es que se reconozca a los más derecho alguno sobre los menos, sino que se estima que los más han acertado al aventurar su opinión sobre cuál sería la voluntad soberana, mientras que los menos se han equivocado en el mismo intento de adivinación. Por donde, prácticamente, la voz de la mayoría es siempre la expresión de la justicia y de la verdad.

Esto, como veréis, es una construcción ingeniosa: tiene interés, por otra parte, para la historia de las ideas; pero en nuestros días la pura doctrina rousseauiana no es aceptada por nadie. No sólo la repudian aquellos movimientos que podríais tachar de retardatarios, sino todos los que prevalecen en el mundo, hasta los de tendencia más revolucionaria; así, el comunismo y el sindicalismo desdeñan el dogma de la soberanía nacional. Y si de los movimientos políticosociales se pasa a las tendencias del pensamiento jurídico, nadie hallará un tratadista contemporáneo que comparta la construcción del Contrato social. Los juristas de nuestro tiempo vuelven a situar la justicia en el ámbito de la razón, no en el de la voluntad de muchos ni de pocos. Y así, frente a Jurieu, precursor de Rousseau, que afirmaba: "El pueblo no necesita tener razón para validar sus actos", los nuevos kantianos, por boca de Stammler, oponen: "La mayoría dice relación a la categoría de cantidad; la justicia, en cambio, implica cualidad. El hecho de que muchos proclamen algo o aspiren a algo no quiere decir que ello sea necesariamente justo. Si la mayoría se halla asistida por la justicia en las causas que representa, es cosa que habrá de ver en cada caso."

EJEMPLO: LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA

¿Cómo podéis dudar todo esto vosotros, los autores de la Constitución republicana de 1931, si en ella, atentos a las ideas de nuestros días, habéis cuidado de moderar los poderes de la llamada soberanía nacional mediante un adecuado instrumento? Hablo del Tribunal de Garantías Constitucionales, cuya misión fundamental estriba en corregir las extralimitaciones del Parlamento (es decir, el órgano típico de la soberanía nacional), en homenaje a unos principios previamente declarados intangibles, superiores a la propia soberanía. Luego se admite que la mayoría, que la voluntad nacional revelada por la mayoría, puede, en ocasiones, no tener razón.

DEBER DE GOBERNANTE

Más diré: no sabe lo que es misión ilustre y dura de gobernar quien no aspire a otra cosa que a seguir los estímulos de los gobernados. Cabalmente, cuando la misión del gobernante se acrisola hasta alcanzar calidades supremas, es cuando se ve en el trance de contrariar a su pueblo, porque a menudo el pueblo desconoce su propia meta, y entonces es cuando más necesita ojos clarividentes y manos firmes que lo conduzcan.

Aun el deber de contrariar a veces al pueblo es más apremiante para quienes han asumido por vía revolucionaria la tarea de gobernar. El revolucionario (y un golpe de Estado es un hecho revolucionario siempre) ha acudido a la fuerza precisamente en contradicción con el sistema que a su llegada regía; cuando ha tenido que romperlo por fuerza y no ha podido ganarlo por sus propios caminos normales, es porque el sistema se hallaba bien arraigado y asistido. Y entonces el gobernante, que se encuentra a su pueblo muy penetrado por los defectos de aquel sistema que hubo de extirpar, malogrará su misión si no se afana en arrancar del pueblo, aun contra el pueblo mismo, todas las corruptoras supervivencias; si no se esfuerza en conducir al pueblo hacia la nueva vida que acaso el mismo pueblo, enfermo de la pasada postración, no puede adivinar ni querer. Poco valdrá para la Historia quien, a trueque de una efímera popularidad o de las vanidades del empleo, renuncie a sacrificarse en obra tan alta.

EL BIEN PÚBLICO

Hay que suponer, por todo lo dicho, que cuando el señor Peñalba acusa a los hombres de la Dictadura de haber participado facciosamente en el secuestro de la soberanía nacional, no los ataca como a herejes contra el dogma rousseauiano, sino que los estima destructores de aquella condición de todo sistema que antes me permití enunciar: el pueblo es el beneficiario del Derecho, y el bien del pueblo es el punto de referencia constante para calificar de justos o de injustos cualesquiera normas o actos de poder. La Dictadura, para el señor Peñalba, si no lo interpreto mal, gobernó contra el bien público; fue una especie de tiranía y por eso merece castigo.

Que éste es el sentido de la acusación y, en el fondo, de todas las acusaciones, lo demuestra la frecuencia con que en el acta de la Comisión y en los votos particulares se recuerdan supuestos hechos de los que, como dije al principio, no constituirían sólo infracciones formales de la Constitución del 76, sino actos materiales maliciosos, reprobables por su propia injusticia en cualquier sistema constitucional. Y he aquí cómo tras de haber dedicado toda la argumentación desenvuelta hasta ahora a defender a don Galo Ponte del primer grupo de imputaciones que señalé al principio (las de orden formal) me trae la propia argumentación a examinar los reproches del segundo grupo. Don Galo Ponte y sus colegas, viene a decirse, gobernaron contra el bien público porque atropellaron los derechos individuales; impusieron multas, deportaciones y confinamientos innecesarios; promulgaron un inicuo Código Penal; suspendieron sentencias justas; comprometieron a la Hacienda en avales y monopolios perniciosos...

LEGISLACIÓN DICTATORIAL

Fijaos bien en que para castigar esos hechos por su contenido material (no volvamos ya, que de esto he hablado bastante, sobre la posibilidad de castigarlos como contrarios a una Constitución derrocada), para castigar esos hechos por su contenido material, tendría que aparecer demostrada en el sumario la malicia, la injusticia de cada uno de ellos. ¿Y dónde está esa demostración? La

único que aparece demostrado en el sumario es que la Dictadura legisló por decreto. Pero lo que interesa para el presente aspecto de la cuestión es si las leyes promulgadas por decreto fueron justas o injustas. Examinaré las más salientes.

El decreto de 1926. Dice el acta de acusación que por ese decreto se suspendía la ejecución de las sentencias del Tribunal Supremo. Nada más inexacto. El decreto no suspendía de derecho ni una sola sentencia. Autorizaba a suspender. Pero no las de lo civil ni las de lo criminal, ni en bloque, las de lo contencioso-administrativo, sino sólo estas últimas, y únicamente en dos casos estrictos. Y no penséis que se trataba de una escandalosa innovación dictatorial. Nadie ignora que la vigente ley de lo contencioso-administrativo, en su artículo 84, autoriza al Gobierno para suspender en cuatro casos las sentencias de esa jurisdicción. La Dictadura no hizo otra cosa que ampliar esos casos a seis. Y los dos casos nuevos estaban tan inspirados en exigencias de justicia, que sólo alcanzaban a los pleitos de funcionarios destituidos por la Dictadura, con el fin de moralizar la Administración, y a aquellos en que se interpretaban abusivamente, con perjuicio para el interés público, contratos administrativos anteriores. Ahí quedó todo. Y ved si el Gobierno dictatorial hizo uso prudente de la determinación acordada: sólo tres o cuatro sentencias fueron suspendidas desde 1926 hasta 1930.

El Código Penal de 1928. ¡El famoso Código de don Galo Ponte! En él había, ¡cómo no!, defectos técnicos; pero todo su espíritu, recogido de los más competentes asesores, era de benevolencia. Mitigó las penas en todos los casos, elevó la mayoría de edad penal y corrigió crueldades del viejo Código del 70, tan vituperado por los que hoy lo ensalzan, como la de señalar ineludible la pena de muerte cuando, en ciertos delitos, concurría una sola circunstancia agravante. Nadie podrá decir, ni mucho menos, que el Código del 28 fuera un Código tiránico.

Pues, ¿y los demás decretos dictatoriales? Según la acusación deben de formar un archivo de enormidad. Pero ved lo que ha hecho con ellos el Gobierno de la República. Ahí tenéis, por decreto republicano de 31 de mayo de 1931, clasificada la obra legislativa en Justicia, el Ministerio de mi defendido, durante el tiempo de su gestión. Estos son los resultados:

Decretos que se derogan (es decir, que no se reconocen como existentes y válidos en sus efectos): seis.

Decretos que se anulan: uno.

Decretos que se reducen a jerarquía reglamentaria: uno.

Decretos que se declaran subsistentes: veintitrés.

¡Veintitrés decretos subsistentes, algunos relativos a materias importantísimas! No sería tan injusta la obra dictatorial cuando así la conserva la República.

PERSECUCIONES. NEGOCIOS

¿Y de las otras injusticias de la Dictadura? ¿Que fue de los famosos negocios y francachelas? ¿Qué de los atropellos, a que el acta de acusación se refiere, contra todas las garantías individuales y colectivas de los ciudadanos? ¡Cuánto se habló de todo eso en la propaganda de la Dictadura! Si algún interés tomó el pueblo en este proceso, no fue porque le importase haber pasado seis años sin ejercer el sufragio (farsa para él sobradamente conocida), sino porque lo llevasteis, en parte, a creer que había sido tiranizado y expoliado por los dictadores. ¡Y ved lo que resulta ahora! ¡Ni una sola prueba! El acta de acusación habla ligeramente de deportaciones y multas inicuas, de avales y monopolios sin cuento... Era deber de la Comisión instructora probar uno por uno todos los hechos de que acusa. Uno por uno, porque lo que importa saber, en este aspecto material que ahora examino, es si los hechos, además de existir, fueron injustos. Que hubo, por ejemplo, deportaciones y multas, es cosa de todos conocida; pero nadie se atreve a negar, y menos vosotros, que sean posibles las multas y las deportaciones justas, a menos de afirmar que cuantos Gobiernos las emplean lo hacen con propósito deliberado de injusticia. Pues bien: en todo el sumario de esta causa no hay una sola diligencia encaminada a acreditar la maldad interna de aquellos actos. De todos los

famosos atropellos, negocios, francachelas de la Dictadura; de todos aquellos cargos con que se removió la opinión, no hay en los autos ni prueba ni intento de prueba siquiera.

SENTENCIA Y NO LIBELO

Diréis que este proceso no se refiere a las responsabilidades de gestión, sino a las responsabilidades políticas. Bien. Pero entonces suprimid de la sentencia todas las alusiones al contenido de la gestión dictatorial. No sigáis en esto al acta acusatorio, en cuyos resultandos y considerandos se intercalan afirmaciones contrarias a la probidad y a la justicia de los procesados. Vosotros no podéis hacer eso. Cuando se charla por ahí, y más cuando quien charla vive en estado de insolvencia espiritual, cabe referirse, por desahogo, sin prueba alguna, a la Dictadura inmoral y analfabeta. Pero cuando se ocupa, como vosotros, posición de jueces, no es lícito acoger en resultandos ni considerandos una sola palabra que no tenga su antecedente en la instrucción sumarial, su consecuencia en el fallo. Vosotros estáis reunidos para juzgar un golpe de Estado y medir unas responsabilidades políticas; a oso habéis ceñido la instrucción sumarial. Queda encomendado al rigor de vuestras conciencias el que no aparezca una palabra sola que pueda presentar ante el pueblo como ladrones a quienes sólo juzgasteis como rebeldes. Evitad que vuestra sentencia se convierta de ejecutoria de justicia en libelo de difamación.

EL SENTIDO POLÍTICO DE LA DICTADURA

Aquí hubiera terminado mi informe si sólo os tocara resolver como jueces. Pero sois políticos también, y, porque lo sois, este informe, que ya, sin duda, os parece demasiado largo, quedaría incompleto si se limitara a ser una defensa forense. Tenéis el deber de adivinar la actitud de un pueblo ante la Dictadura; no podéis eludir un anticipo de interpretación de su sentido histórico. Y yo, por mi parte, no renuncio a perder esta coyuntura, tan deseada, de comunicación, de explicación, de llamamiento a la inteligencia de quienes oyen, para invitarlos a que ahonden un poco más en lo que fue el hecho profundo de la Dictadura: a que no se den por satisfechos con el sinnúmero de ordinarieces superficiales que se han proferido para comentarla.

EL ANTIGUO RÉGIMEN

Acordaos del antiguo régimen. Aquella vida chata, tonta, perezosa, escéptica... España minada por un desaliento ni siquiera trágico, sino aceptado con una especie de abyecta socarronería. En Marruecos, la llaga, sangrienta y vergonzosa, continuamente abierta, sin esperanza de cura. Aquí, un Estado claudicante, ante cuyos ojos sin brillo iba fermentando la anarquía. Mientras tanto, la riqueza de España, la décima parte de lo que podía ser la riqueza de España, el jugo de los pobres campos de España, casi olvidados por sus señores, consagrada a mantener el lujo sin grandeza de unas cuantas familias privilegiadas. Y, en alianza con esas familias, unos grupos de viejos políticos cuya misión era mantener el tinglado en pie lo que buenamente durase, demorando su previsto derrumbamiento mediante regateos con la anarquía.

Durante algunos años, la correlación de servicios fue perfecta: los viejos políticos aseguraban a las familias privilegiadas una interina tranquilidad, y las familias privilegiadas, a guisa de salarios, deparaban a los viejos políticos la inefable ventura de exhibirse de frac algunas veces, entre duquesas, marquesas y condesas, bajo las arañas de los palacios.

Pero en los últimos tiempos se resquebrajaba aquella de manera inquietante.

EL GOLPE DE ESTADO

Y entonces, el 13 de septiembre de 1923, el general Primo de Rivera dio en Barcelona un golpe de Estado.

He dicho, fijaos, el general Primo de Rivera. El solo. Para él toda la responsabilidad y todo el honor. Podéis creer a quienes aparentemente contribuyeron al movimiento. A buen seguro que lo que ellos se proponían era bien distinto de lo que pensaba el general Primo de Rivera. Ninguno de sus

colaboradores circunstanciales participó en el pensamiento del golpe de Estado. En todo caso, si alguna culpa hubiera podido alcanzarlos, ya la han borrado con el arrepentimiento eficaz.

El general Primo de Rivera dio un golpe de Estado. Y desde ese punto, desbandados los viejos políticos, sobre el general Primo de Rivera y sobre su obra vino a concentrarse la atención de quienes iban a ser, en adelante, sus jueces: las familias privilegiadas, el pueblo, los intelectuales.

LAS FAMILIAS PRIVILEGIADAS

Las familias privilegiadas vieron venir con júbilo la Dictadura. Se daban cuenta de que sus queridos viejos políticos eran ya un instrumento demasiado débil frente a la marcha de los tiempos y supusieron que el Gobierno de un general iba a reforzar enérgicamente eso que ciertas personas entienden por el orden. Además, alentaba tal esperanza la interpretación dada al golpe de Estado por los generales que le apoyaron en Madrid: aquello se encaminaba, sencillamente, a apuntalar el régimen con hombres nuevos; por lo demás, no se pensaba cambiar nada: el Gobierno que iba a formarse era un Gobierno constitucional.

Los generales de Madrid debían considerarse superiores en talento al general Primo de Rivera (del que, por otra parte, fueron siempre leales y valerosos compañeros de armas). Si ellos hubieran conocido los propósitos del general Primo de Rivera los hubieran repudiado por toscos, como los repudiaron después. Ellos nunca pensaron subvertir el antiguo régimen, sino derrocar delicadamente al Gobierno para dar entrada a otro Gobierno constitucional. Así, los generales quedarían fuera, como protectores generosos y amables, mientras todo seguía, poco más o menos, igual que si no hubiera pasado nada.

¡Y, sin embargo, el general Primo de Rivera estaba en lo cierto! Su idea era la única bien construida, aunque otra cosa pensarán los generales de Madrid. Se puede dar un golpe de Estado, que es la ruptura de un régimen, para implantar otro nuevo hasta la raíz, pero es inexplicable lo de subvertir la Constitución, que, por ser subvertida, ya queda irremediablemente muerta, para dejar paso a un Gobierno constitucional de la misma Constitución subvertida. Eso es tan absurdo como dar a un señor de bofetadas para convalidarle a almorzar.

Por eso, contra lo previsto, el general Primo de Rivera, que escuchaba muy bien los rumores del pueblo, que había aprendido a conocer el alma del pueblo durante muchos años de vida militar, cerca de sus soldados, en entrañable comunidad de esperanzas, peligros y fatigas; el general Primo de Rivera, que en su viaje de Barcelona a Madrid recogió un clamor popular exigente, sintió la inmensa responsabilidad de aquella hora, percibió el llamamiento profundo que le ordenaba no malograrla, no desperdiciarla en pequeñeces, no ceder a la pereza ni a la vanidad de reservarse el papel decorativo de protector, sino asir en sus manos fuertes las riendas que a las manos se le venían y conducir a España, briosamente, profundamente, hacia una vida nueva.

Así comenzó a podar y sajar sin contemplaciones; con tan resueltas maneras, que las familias privilegiadas y los antiguos conspiradores de Madrid no tardaron en escandalizarse. ¿Qué era aquello? ¿Quién era aquel militarote, de ímpetu popular, que de tal modo osaba descomponer el cuadro? Las familias privilegiadas (y conste que no comprendo en ellas a todas las de la aristocracia, ni a las de la aristocracia sólo. Hay, entre familias aristocráticas, muchas que pueden presentarse como ejemplos de sencillez y virtudes domésticas. Nunca participaron estas familias en el tinglado del antiguo régimen y, en cambio, manipulaban en él muchos influyentes advenedizos). Las familias privilegiadas del antiguo régimen no soportaban que aquel general, irrespetuoso con la etiqueta, recogiese y quisiera imponer el afán popular de un Estado nuevo. ¿Cómo se atrevía Calvo Sotelo, con sus decretos de 1926, a fiscalizar, aun bajo pena de expropiación, la riqueza oculta? ¿Cómo era tan audaz el Dictador que, en un artículo publicado en A B C, a fin del año 1927, anunciaba para el siguiente la reforma agraria? ¿Qué significaba esa innovación socialista de los Comités paritarios? ¡Nada de aquello era lo convenido!

Y el antiguo régimen empezó a conspirar contra la Dictadura.

EL PUEBLO

Mientras tanto, el pueblo, que sabe manifestar su voluntad de muchas maneras, sin necesidad del sufragio, se daba cuenta de que aquello era suyo. El pueblo percibía que por primera vez se gobernaba para él. Aquellas madres que antes miraban crecer a sus hijos con la zozobra de que se los malograsen en Marruecos, sentían como suyo al que se fue a encanecer en Marruecos para librarlas de la angustia. Aquellos emigrantes a quienes una implacable ley de Reclutamiento desterraba para siempre, sentían como suyo al que les abrió otra vez el camino del hogar. Aquellos jornaleros, en cuyo beneficio ratificó España, la primera, todos los Convenios internacionales de protección al trabajo, sentían como suyo al que por ellos velaba con amor donde se sientan los poderosos. ¡Y los míseros lugares de España, que vieron llegar caminos alegres de enlace con el mundo, escuelas para los niños, sanatorios y clínicas para las carnes maltrechas de los humildes, agua para las tierras secas ... !

El pueblo lo sintió como suyo y, por eso, en el fondo del alma, donde ningún soborno penetra, siempre estuvo con él. Recordad el paso de su cadáver por media España, entre multitudes que lloraban en silencio, como si el dolor de aquel cortejo fúnebre fuera un dolor de todos. Y ved ahora, después de tres años de difamación repugnante, cómo el pueblo se ha vuelto de espaldas a este proceso, donde no se debate ningún ansia popular de justicia.

LOS INTELLECTUALES

Mas el pueblo solo, sin intermediarios, no basta para sostener un régimen. ¡Ah, si hubieran querido los intelectuales! Pero los intelectuales –¿por culpa sólo suya?, ¿por culpa, en parte, del Dictador?– se divorciaron pronto del nuevo régimen. Fue un movimiento de antipatía que aún está por explicar. Los intelectuales se replegaron en sí con un mohín de repugnancia y desdeñaron el penetrar todo el sentido profundo, revolucionario, del pensamiento de Primo de Rivera. Se detuvieron en dimes y diretes rituarios y no quisieron entender. ¡Qué coyuntura desperdiciaron ellos, los más sensibles al dolor de España, para haber encauzado aquel magnífico torrente optimista de brío popular que desbordaba el espíritu de Primo de Rivera, entre los taludes de una doctrina elegante y fuerte!

LA SOLEDAD

Así, vino a encontrarse solo, con un grupo de colaboradores leales, el general Primo de Rivera. Entre él y el pueblo, pasivo, un desierto de silencios hostiles, cuando no de calumnias clandestinas. Los intelectuales, enfrente. Las familias privilegiadas, las más palatinas, las más preeminentes, agitadas en murmurar y conspirar. ¿Dónde iba a apoyarse Primo de Rivera? Sólo estaba a su lado con algún calor aquella parte de la aristocracia, sencilla y ejemplar, de que hablé antes, y la pequeña clase media española. Gentes admirables por sus cotidianas virtudes, pero poco preparadas para las grandes tareas del espíritu. Gentes que sólo podían entender el lado conservador de la Dictadura, pero sin aliento para acompañarla en su afán profundo de renovación.

De este modo, Primo de Rivera padeció el drama que España reserva a todos sus grandes hombres: el drama de que no los entiendan los que los quieren y no los quieran los que los podrían entender.

LA CAÍDA

Para que cayese la Dictadura sólo era ya preciso un poco de agitación. No se encargó de ella el pueblo. El pueblo –nunca me cansaré de repetirlo– no estuvo jamás contra la Dictadura. No es que la Dictadura hubiese vencido los intentos populares de rebelión: es que no se dio en los seis años un solo intento popular contra ella. Decidme, por ejemplo, qué agrupaciones obreras lograron alistar contra la Dictadura todas las solapadas seducciones puestas en juego. La turbulencia antidictatorial fue no sólo atizada, sino realizada por minorías: familias privilegiadas, algunas de las de más relieve en la corte; escritores y catedráticos... Hasta en el Ejército se señaló el carácter aristocrático de la aversión contra el régimen; no fue, ciertamente, enemiga suya la humilde clase media de las guarniciones, sino aquel Cuerpo que más arriscadamente mantenía su prurito nobiliario y sus excepciones de casta. Por eso cuando, minada de conspiraciones y deslealtades cayó la Dictadura, ¿vino a sucederla, como si hubiera sido el pueblo quien la hubiese vencido, un Gobierno popular?

No, sino un Gabinete de aristócratas y viejos políticos presidido por el jefe de la Casa Militar de Palacio.

OTRA VEZ EL ANTIGUO RÉGIMEN

Y por eso, lo que trató de renacer, alegre, al día siguiente de la caída, fue el régimen antiguo barrido el año 23.

Recordad aquellos meses de efímera resurrección. El señor Estrada, con irreprimible facundia, proclamaba ante los periodistas: "Decíamos ayer... Todo sigue lo mismo. Aquí han estado a verme el conde de Tal y el duque de Cual, como venían en otros tiempos al Ministerio." El Gabinete Berenguer se complacía en una destrucción ininteligente de cuanto fue edificando la Dictadura. Las familias privilegiadas, como quien sale de una pesadilla, recobraban, rozagantes, su papel de administradoras de benevolencias para los políticos. Los políticos tornaban a pisar las alfombras de las grandes casas. Ya se anunciaban elecciones al viejo estilo. Los padres influyentes preparaban para sus vástagos regalos de actas, aderezadas por el Ministerio de la Gobernación, en acaso ignotos lugares de nuestros desiertos y nuestras serranías. Administradores y electoreros se afanaban en los preparativos locales, para que el señorito sólo tuviese que comparecer a última hora, con su maletín de billetes y su pronunciación británica, a deshojar por fórmula, un par de desmayados discursos, en lucha con la penuria intelectual y la exigüedad del vocabulario, ante los rostros indescifrables de los lugareños.

¡Era el antiguo régimen redivivo! ¡A borrar todo lo que fuese ambición o grandeza! ¡A suspender las obras hidráulicas y detener los ferrocarriles! ¡A conseguir que España, otra vez, con el gorro de dormir hasta las orejas, se arropase en la indiferencia de su vida chata, escéptica, perezosa, preludio de una muerte sin grandezas

LA MUERTE

Y ante aquel impúdico renacimiento, ¿qué hicisteis vosotros, los revolucionarios, los intelectuales, tan fecundos antes

en diatribas contra el antiguo régimen? ¿Alzaros frente a él? No; eso no lo hicisteis hasta más tarde. Lo que hicisteis entonces fue desencadenar todo vuestro rencor contra el gobernante caído: insultarle, calumniarse con la saña más implacable que se recuerda, volar sobre su nombre todas las aguas sucias de la difamación... Esto, mientras se le hería desde la Gaceta, no sólo con la injuria, sino con el aniquilamiento estúpido de todos sus sueños de una España grande...

Y aquel hombre, que si era fuerte como un gran soldado, era sensible como un niño; aquel hombre que pudo resistir por España, extenuándose por servirla, seis años seguidos de trabajo sin vacación, no pudo soportar seis semanas de afrentas. Una mañana, en París, con los periódicos de España en la mano, inclinó la cabeza –nimbada de martirio– y se nos fue para siempre.

HACED JUSTICIA

Me era necesario decir todo esto. Después que me habéis escuchado, sólo os pido justicia; para don Galo Ponte, la absolución; para la memoria de aquel hombre que malogramos entre todos, inteligencia y cordialidad. ¡Entendedle, entendedle! Ocupáis una atalaya histórica y tenéis el deber de ser perspicaces. No podéis ignorar los dramas ocultos que vivió aquel hombre a quien, de todos modos, tenéis que juzgar. No es lícito compartir las diatribas superficiales contra la Dictadura, en vez de penetrar con vista inteligente su sentido profundo.

Esta es la justicia que os pido: talento y cordialidad para entender. Es el único afán de quienes permanecemos agrupados en el culto de un mismo recuerdo: que devolváis la calma a nuestros espíritus, maltratados por tantas injurias; que otra vez nos los dejéis en paz, llenos de aquella ausencia, que es al mismo tiempo nuestra riqueza y nuestra gloria.

(Madrid, 26 de noviembre de 1932)

UNA DEDICATORIA A DON GALO PONTE

"Para don Galo Ponte, a quien debo tanta gratitud por su bello ejemplo de lealtad y por haberme deparado la ocasión de dar salida a muchas cosas que me pesaban en el alma."

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 27 de noviembre de 1932¹¹.

Dedicatoria del ejemplar impreso del Informe de Defensa del ex ministro de la Dictadura don Galo Ponte. Cit. por F. Ximénez de Sandoval: *José Antonio*, pág. 115.

¹¹ En unas declaraciones periodísticas de la víspera, precisamente al concluir José Antonio su alegato de defensa de don Galo Ponte, alude ya a esa satisfacción "interior":

– No soy amigo de autocríticas. Me parece ridículo lanzar el tópico de "He cumplido con mi deber", o cosa por el estilo. Cuando se viene a informar se trae pensado lo que se va a decir. Luego se expresa parte de lo premeditado y en lo interior queda otro tanto de lo que se ha dicho. Terminado el informe y puestos a enjuiciarlo, nos parecería mejor lo que hemos callado.

LAS RESPONSABILIDADES POLÍTICAS

– ¿Qué opina usted, como abogado y como hijo del Dictador, acerca del proceso de las responsabilidades?

– Yo voy a contestar en unos renglones. Pero no como hijo del Dictador. Más bien quisiera que pudiera olvidarse esa condición mía –por otra parte, mi orgullo– en tanto siguiera abierta la discusión acerca de la obra de mi padre. Porque el dolor íntimo de un hijo parece atraer la alianza de lo sentimental en socorro de lo que defiende, y lo que yo defendiendo es por sí mismo tan justo que no necesita subterfugios sentimentales.

Como ya saben todos los lectores, las supuestas responsabilidades de la Dictadura se han separado en varios procesos distintos. Sólo uno de estos procesos políticos es el que se ha visto ahora: el de responsabilidad "política". Hay otra serie de sumarios en curso donde la Comisión de Responsabilidades –compuesta de los brillantes juristas que todos conocen– se propone descubrir los famosos "negocios" y "francachelas" del período dictatorial. Bueno es advertir que ninguno de estos sumarios está terminado todavía. Sus instructores han sido fecundos en injurias para los acusados; pero cuando el insulto callejero ha tenido que concretarse en pruebas, no les han bastado año medio de tiempo y las facultades procesales más amplias para demostrar un solo cargo. Esto no quiere decir que dentro de algún tiempo no recaben de las Cortes la facultad de sentenciar, aun en supuestos delitos tan determinados como los que constituirían las responsabilidades de gestión, sin someterse a leyes ni sujetarse a resultancias sumariales. ¿Qué enormidad puede ya parecernos inverosímil?

Pero vamos a lo de ahora. Los colaboradores del general Primo de Rivera han sido enjuiciados por el hecho de haber subvertido violentamente el orden constitucional que regía en 1923 y haber implantado una Dictadura que duró seis años. No estaban acordes los acusadores en la calificación jurídica adecuada para tales hechos: la mayoría de la Comisión de Responsabilidades –representada en la vista pública por el fiscal– consideraba al general Primo de Rivera y a sus colaboradores como "auxiliares necesarios del delito de alta traición" cometido –a juicio de las Cortes– por el Jefe del Estado en 1923. Un vocal de la Comisión, disidente, negaba la comisión de tal delito en los hoy acusados, y les imputaba, en cambio, la "participación facciosa en el secuestro de la soberanía nacional". Aún había otro voto particular partidario de no crear figuras jurídicas nuevas, sino de encajar los hechos enjuiciados en el molde de los "delitos contra la Constitución", sancionados en las leyes penales.

Lo de menos es la calificación. Todas las tesis acusatorias parten de un error fundamental: el de juzgar "todo un orden jurídico", como fue la Dictadura, a la luz de las normas vigentes "en un orden jurídico distinto", sea el republicano posterior al 14 de abril de 1931, sea el monárquico constitucional anterior al 13 de septiembre de 1923. La Dictadura podría ser buena o mala, pero fue "un régimen". Y un régimen, en su totalidad, no cabe en los límites de un proceso que quiera parecerse a los procesos judiciales. Es misión de los Tribunales, por altos que sean, remediar la infracción de una norma de las que componen el orden jurídico; pero si es "el mismo orden jurídico" el que se subvierte, ya no hay ámbito de ejercicio posible para la función judicial. Decir que el nuevo régimen es ilegítimo porque nació en pugna con el régimen anterior es, sencillamente, decir una tontería. Por desgracia, entre nosotros, salvo excepciones, el Derecho no es todavía una ciencia, sino un tema para charlar. Hay quien se ufana de ser el guardián más vigilante de la "juridicidad", y, en serio, no tiene el concepto del Derecho mejor constituido que el de su portera. Así es posible que se manejen todavía con satisfacción tópicos de esos tan descalificados por todos los verdaderos maestros del mundo.

Si un régimen, para ser legítimo, tuviera que haberse implantado con arreglo al orden jurídico anterior a su nacimiento, no habría en el mundo, como dice Stammler, ni un solo régimen legítimo, porque no existe en la Historia un pueblo solo, en cuya trayectoria falte alguna violenta solución de continuidad (conquista, revolución, golpe de Estado ...) creadora de un orden nuevo. El que triunfa mediante un acto de fuerza pasa a ser, por el hecho mismo de existir, el "sistema jurídico vigente". ¿Habrá quien sostenga, por ejemplo, que aún rige en Rusia el derecho zarista, fundándose en que no fue derogado con arreglo a sus propias previsiones? Sostener eso sería, en opinión de Kelsen, un extravío. Y conste que Kelsen no transige con cualidades históricas o sociales para sentar afirmaciones

jurídicas. Su escuela se llama la de la "teoría pura del Derecho"; el Derecho, entre sus manos, cobra la independencia y el rigor formal de la Geometría. He aquí cómo la pura y profunda "juridicidad" es cosa bien distinta del "no hay derecho" con que pretenden dictaminar, al mismo tono, las verduleras de los barrios bajos y algunos supuestos juristas españoles.

Todo lo que sea "procesar a la Dictadura" es perder el tiempo en un triste simulacro. Así, con ser tanta la solemnidad con que ha querido rodearse al proceso, y con ser dignas de todo elogio la imparcialidad del presidente del Tribunal y la corrección de los acusadores, no había manera de sentirse sumido de verdad en la creencia de que era aquello un Tribunal de Justicia. Parecía como si jugásemos: los unos, a jueces; los otros, a defensores; los otros, a acusadores; éstos, en lucha con la fatigosa tarea de dar hechura en el .aire, sin norma alguna preexistente, a todo lo que es contenido material de un proceso: delitos, autores, penas... Así salió aquello de lánguido. Lo único solemne que flotaba sobre todos los actores era el recuerdo ingente de quien, con estar ya libre de dolores e injurias, fue la figura central de todo aquello que allí se discutía; la figura que irán engrandeciendo los años hasta henchir volúmenes y efemérides cuando este pobre proceso de las responsabilidades, que quiso ser histórico, sirva de festín a la polilla en un rincón de cualquier olvidado archivo.

(Reportaje publicado en la revista *Elas*, en el número 28, del 4 de diciembre de 1932. Don José María Pemán era el director de la citada revista.)

ORIENTACIONES HACIA UN NUEVO ESTADO

El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, incluso la conveniencia de que él mismo exista. Para el gobernante liberal, tan lícita es la doctrina de que el Estado debe ser sustituido. Es decir, que puesto a la cabeza de un Estado *hecho*, no cree ni siquiera en la bondad, en la justicia, en la conveniencia del Estado ese. Tal un capitán de navío que no estuviera seguro de si es mejor la arribada o el naufragio. La actitud liberal es una manera de *tomar a broma* el propio destino; con ello es lícito encaramarse a los puestos de mando sin creer siquiera en que debe haber puesto de mando ni sentir que obliguen a nada, ni aun a defenderlos.

Sólo hay una limitación: la Ley. Eso sí; puede intentarse la destrucción de todo lo existente, pero sin salirse de las formas legales. Ahora que, ¿qué es la Ley? Tampoco ningún concepto referido a principios constantes. La Ley es la expresión de la voluntad soberana del pueblo; prácticamente, de la mayoría electoral.

De ahí dos notas:

Primera. La Ley –el Derecho– no se justifica para el liberalismo por su fin, sino por su *origen*. Las escuelas que persiguen como meta permanente el bien público consideran buena ley la que se pone al servicio de tal fin, y mala ley, la promulgue quien la promulgue, la que se aparta de tal fin. La escuela democrática –ya la democracia es la forma en que se siente mejor expresado el pensamiento liberal– estima que una Ley es buena y legítima si ha logrado la aquiescencia de la mayoría de los sufragios, así contenga en sus preceptos las atrocidades mayores.

Segunda. Lo justo para el liberalismo no es una categoría de razón, sino un producto de voluntad. No hay nada justo por sí mismo. Falta una norma de valoración a que referir, para aquilatar su justicia, cada precepto que se promulgue. Basta con encontrar los votos que lo abonen.

Todo ello se expresa en una sola frase: "El pueblo es soberano". Soberano; es decir, investido de la virtud de autojustificar sus decisiones. Las decisiones del pueblo son buenas por el hecho de ser suyas. Los teóricos del absolutismo real habían dicho: *Quod principi placuit, legem habet vigorem*. Había de llegar un momento en que los teóricos de la democracia dijeran: "Hace falta que haya en las sociedades cierta Autoridad que no necesite tener razón para validar sus actos; esta autoridad no está más que en el pueblo." Son palabras de Jurieu, uno de los precursores de Rousseau.

LIBERTAD. IGUALDAD. FRATERNIDAD

El Estado Liberal –el Estado sin fe, encogido de hombros– escribió en el frontispicio de su templo tres bellas palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Pero bajo su signo no florece ninguna de las tres.

La libertad no puede vivir sin el amparo de un principio fuerte, permanente. Cuando los principios cambian con los vaivenes de la opinión, sólo hay libertad para los acordes con la mayoría. Las minorías están llamadas a sufrir y callar. Todavía bajo los tiranos medievales quedaba a las víctimas el consuelo de saberse tiranizadas. El tirano podría oprimir, pero los materialmente oprimidos no dejaban por eso de tener razón contra el tirano. Sobre las cabezas de tiranos y súbditos estaban escritas palabras eternas, que daban a cada cual su razón. Bajo el Estado democrático, no: la Ley –no el Estado, sino la Ley, voluntad presunta de los *más*– *tiene siempre razón*. Así, el oprimido, sobre serlo, puede ser tachado de díscolo peligroso si moteja de injusta la Ley. Ni esa libertad le queda.

Por eso ha tachado Duguit de *error nefasto* la creencia de que un pueblo ha conquistado su libertad el día mismo en que proclama el dogma de la soberanía nacional y acepta la universalidad del sufragio. ¡Cuidado –dice– con sustituir el despotismo de los reyes por el absolutismo democrático! Hay que tomar contra el despotismo de las asambleas populares precauciones más enérgicas quizá que las establecidas contra el despotismo de los reyes. "Una cosa injusta sigue siéndolo aunque sea ordenada por el pueblo y sus representantes, igual que si hubiera sido ordenada por un príncipe. Con el dogma de la soberanía popular hay demasiada inclinación a olvidarlo.

Así concluye la Libertad bajo el imperio de las mayorías y la Igualdad. Por de pronto, no hay igualdad entre el partido dominante, que legisla a su gusto, y el resto de los ciudadanos que lo soportan. Más todavía: produce el Estado liberal una desigualdad más profunda: la económica. Puestos, teóricamente, el obrero y el capitalista en la misma situación de libertad para contratar el trabajo, el obrero acaba por ser esclavizado al capitalista. Claro que éste no obliga a aquél a aceptar por la fuerza unas condiciones de trabajo, pero le sitúa por hambre, le brinda unas ofertas que en teoría el obrero es libre de rechazar, pero si las rechaza no come, y al cabo tiene que aceptarlas. Así trajo el liberalismo la acumulación de capitales y la proletarianización de masas enormes. Para defensa de los oprimidos por la tiranía económica de los poderosos hubo de ponerse en movimiento algo tan antiliberal como es el socialismo.

Y, por último, se rompe en pedazos la Fraternidad. Como el sistema democrático funciona sobre el régimen de las mayorías, es preciso, si se quiere triunfar dentro de él, ganar la mayoría a toda costa. Cualesquiera armas son lícitas para el propósito; si con ello se logra arrancar unos votos al 1 adversario, bien está difamar de mala fe sus palabras. Para que haya minoría y mayoría tiene que haber por necesidad división. Para disgregar el partido contrario tiene que haber por necesidad odio. División y odio son incompatibles con la Fraternidad. Y así los miembros de un mismo pueblo dejan de sentirse de un todo superior, de una alta unidad histórica que a todos los abraza. El patrio solar se convierte en mero campo de lucha, donde procuran desplazarse dos —o muchos— bandos contendientes, cada uno de los cuales recibe la consigna de una voz sectaria, mientras la voz entrañable de la tierra común, que debiera llamarlos a todos, parece haber enmudecido.

LAS ASPIRACIONES DEL NUEVO ESTADO

Todas las aspiraciones del nuevo Estado podrían resumirse en una palabra: *Unidad*. La Patria es una totalidad histórica, donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nuestros grupos. En homenaje a esa unidad han de plegarse clases o individuos. Y la construcción deberá apoyarse en estos dos principios:

Primero. En cuanto a su *fin*, el Estado habrá de ser instrumento puesto al servicio de aquella Unidad, en la que tiene que creer. Nada que se oponga a tan entrañable trascendente Unidad debe ser recibido como bueno, sean muchos o pocos los que lo proclamen.

Segundo. En cuanto a su *forma*, el Estado no puede asentarse sino sobre un régimen de solidaridad nacional, de cooperación animosa y fraterna. La lucha de clases, la pugna enconada de partidos, son incompatibles con la visión del Estado.

La edificación de una nueva política en que ambos principios se compaginen es la tarea que ha asignado la Historia a la generación de nuestro tiempo.

(*El Fascio*, núm. 1, 16 de marzo de 1933)

DISTINGOS NECESARIOS

Los que, refiriéndose a Italia, creen que el fascismo está ligado a la vida de Mussolini, no saben lo que es fascismo ni se han molestado en averiguar lo que supone la organización corporativa. El Estado fascista, que debe tanto a la firme voluntad del Duce, sobrevivirá a su inspirador, porque constituye una organización inconvencible y robusta.

Lo que pasó en la Dictadura española es que ella misma limitó constantemente su vida y apareció siempre, por propia voluntad, como un Gobierno de temporal cauterio. No hay pues, que creer, no hay siquiera que pensar que nosotros perseguimos la implantación de un nuevo ensayo dictatorial, pese a las excelencias del que conocimos. Lo que buscamos nosotros es la conquista plena y definitiva del Estado, no para unos años, sino para siempre. Los últimos partidarios de la democracia, fracasada y en crisis, procuran, con la mala intención que es de suponer y en defensa de los reductos agrietados, llevar el confucionismo al pensamiento de las gentes. Estamos aquí nosotros para impedir el engaño de todos los que no quieren dejarse engañar. Nosotros no propugnamos una Dictadura que logre el calafateo del barco que se hunde, que remedie el mal de una temporada y que suponga sólo una solución de continuidad en los sistemas y en las prácticas del ruinoso liberalismo. Vamos, por el contrario, a una organización nacional permanente; a un Estado fuerte, reciamente español, con un Poder ejecutivo que gobierne y una Cámara corporativa que encame las verdaderas realidades nacionales. Que no abogamos por la transitoriedad de una Dictadura, sino por el establecimiento y la permanencia de un sistema.

El distingo es muy importante, y no hay que olvidarlo.

(El Fascio, 16 de marzo de 1933)

UNA NOTA DE "EL FASCIO"

"Esta mañana, antes de que saliera un solo número a la calle, fue secuestrado por la Policía, sin mandamiento judicial alguno, la edición íntegra de *El Fascio*.

Trátase de una revista puramente doctrinal, propaladora de ideas que hoy prevalecen en naciones amigas de España y se están abriendo paso en todo el mundo.

No había en nuestro periódico una sola línea en que se aludiera al Gobierno ni se combatiera al régimen, porque *El Fascio* venía a combatir por algo más grande y permanente: la formación de un nuevo Estado gremial, sindical, corporativo, conciliador de la Producción y del Trabajo y con seriedad bastante en su estructuración y en sus masas para contener el avance de las propagandas y de los procedimientos disolventes que, a nuestro juicio, representa el marxismo en todas sus formas, según se está comprobando, desgraciadamente, en España.

El Fascio declaraba que su preocupación no era el régimen, sino el Estado; porque mientras éste no capte masas que le permitan resistir a las acometidas del internacionalismo sectario, mantener la unidad nacional y proyectar sobre el mundo la recia figura de una España independiente, firmemente organizada para todas las eventualidades defensivas y ofensivas, no tiene derecho a proclamar su consustancialidad con ningún régimen.

El socialismo, por lo que se advierte, ha visto en la predicación de estas doctrinas un enorme peligro para su ya quebrantada situación, que azotan, de una parte, sindicalistas y comunistas, y de otra, elementos conservadores, dentro de la propia República, y acordó, en reunión de sus entidades, que *El Fascio* no llegara al público, apelando, para impedirlo, a todos los procedimientos.

No necesitaron poner en práctica el acuerdo, porque esta misma madrugada la Policía, tanto en Madrid como en provincias, se incautó de la copiosísima edición de nuestra revista.

Cuando las circunstancias nos permitan reproducir este primer número de *El Fascio*, para cuya publicación se habían cumplido todos los requisitos legales, los españoles juzgarán.

Por ahora, todas las demás apelaciones nos parecen inútiles."

Madrid, 16 de marzo de 1933.

La Nación, 16 de marzo de 1933.

CRISIS DEL LIBERALISMO

(Carta publicada en "ABC" el 22 de marzo de 1933.)

A Juan Ignacio Luca de Tena:

Sabes bien, frente a los rumores circulados estos días, que no aspiro a una plaza en la jefatura del fascio, que asoma. Mi vocación de estudiante es de las que peor se compaginan con las de caudillo. Pero como a estudiante que ha dedicado algunas horas a meditar el fenómeno, me duele que *ABC* – tu admirable diario– despache su preocupación por el fascismo con sólo unas frases desabridas, en las que parece entenderlo de manera superficial. Pido un asilo en las columnas del propio *ABC* para intentar algunas precisiones. Porque, justamente, lo que menos importa en el movimiento que ahora anuncia en Europa su pleamar, es la táctica de fuerza (meramente adjetiva, circunstancial acaso, en algunos países innecesaria), mientras que merece más penetrante estudio el profundo pensamiento que lo informa.

El fascismo no es una táctica –la violencia–. Es una idea –la unidad–. Frente al marxismo, que afirma como dogma la lucha de clases, y frente al liberalismo, que exige como mecánica la lucha de partidos, el fascismo sostiene que hay algo sobre los partidos y sobre las clases, algo de naturaleza permanente, trascendente, suprema: la unidad histórica llamada Patria. La Patria, que no es meramente el territorio donde se despedazan –aunque sólo sea con las armas de la injuria– varios partidos rivales ganosos todos del Poder. Ni el campo indiferente en que se desarrolla la eterna pugna entre la burguesía, que trata de explotar a un proletariado, y un proletariado, que trata de tiranizar a una burguesía. Sino la unidad entrañable de todos al servicio de una misión histórica, de un supremo destino común, que asigna a cada cual su tarea, sus derechos y sus sacrificios.

En un Estado fascista no triunfa la clase más fuerte ni el partido más numeroso –que no por ser más numeroso ha de tener siempre razón, aunque otra cosa diga un sufragismo estúpido–, que triunfa el principio ordenado común a todos, el pensamiento nacional constante, del que el Estado es órgano.

El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí propio. Asiste con los brazos cruzados a todo género de experimentos, incluso a los encaminados a la destrucción del Estado mismo. Le basta con que todo se desarrolle según ciertos trámites reglamentarios. Por ejemplo: para un criterio liberal, puede predicarse la inmoralidad, el antipatriotismo, la rebelión... En esto el Estado no se mete, porque ha de admitir que a lo mejor pueden estar en lo cierto los predicadores. Ahora, eso sí: lo que el Estado liberal no consiente es que se celebre un mitin sin anunciarlo con tantas horas de anticipación, o que se deje de enviar tres ejemplares de un reglamento a sellar en tal oficina. ¿Puede imaginarse nada tan tonto? Un Estado para el que nada es verdad sólo erige en absoluta, indiscutible verdad, esa posición de duda. Hace dogma del antidogma. De ahí que los liberales estén dispuestos a dejarse matar por sostener que ninguna idea vale la pena de que los hombres se maten.

Han pasado las horas de esa actitud estéril. Hay que creer en algo. ¿Cuándo se ha llegado a nada en actitud liberal? Yo, francamente, sólo conozco ejemplos fecundos de política creyente, en un sentido o en otro.

Cuando un Estado se deja ganar por la convicción de que nada es bueno ni malo, y de que sólo le incumbe una misión de policía, ese Estado parece al primer soplo encendido de fe en unas elecciones municipales.

Para encender una fe, no de derecha (que en el fondo aspira a conservarlo todo, hasta lo injusto), ni de izquierda (que en el fondo aspira a destruirlo todo, hasta lo bueno), sino una fe colectiva, integradora, nacional, ha nacido el fascismo. En su fe reside su fecundidad, contra la que no podrán nada las persecuciones. Bien lo saben quienes medran con la discordia. Por eso, no se atreven sino con calumnias. Tratan de presentarlo a los obreros como un movimiento de señoritos, cuando no hay nada más lejano del señorito ocioso, convidado a una vida en la que no cumple ninguna función, que el ciudadano del Estado fascista, a quien no se reconoce ningún derecho sino en razón del servicio que presta desde su sitio. Si algo merece llamarse de veras un Estado de trabajadores, es el Estado

fascista. Por eso, en el Estado fascista –y ya lo llegarán a saber los obreros, pese a quien pese– los sindicatos de trabajadores se elevan a la directa dignidad de órganos del Estado.

En fin, cierro esta carta no con un saludo romano, sino con un abrazo español. Vaya con él mi voto por que tu espíritu, tan propicio al noble apasionamiento, y tan opuesto, por naturaleza, al clima soso y frío del liberalismo, que en nada cree, se encienda en la llama de esta, nueva fe civil, capaz de depararnos fuerte, laboriosa y unida una grande España.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(ABC, 22 de marzo de 1933)

CARTA A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

(Carta publicada en "ABC" el 23 de marzo de 1933)

A Juan Ignacio Luca de Tena:

Gracias cordiales por tu hospitalidad y por tus elogios. Pero, a pesar de ello, me quedo descorazonado. Por lo visto, mi carta no ha conseguido su aspiración a la claridad. Lo digo porque sigues moviéndote, por lo que toca al fascismo, en el mismo plano de antes. Para ti, según dices, toda violencia es mala; por eso repuebas que los socialistas impidan la difusión de El Fascio.

Ello revela que sigues pensando en lo instrumental, no en lo profundo. Yo, por el contrario, no me indigno porque se coarte la divulgación de las ideas fascistas; me indigno porque se la coarta en acatamiento a un principio "de clase" y "de grupo". El socialismo, por definición, no es un partido nacional, ni aspira a serlo. Es un partido de lucha de clase contra clase. Ser oprimido por los triunfadores en una guerra civil, me humilla; pero ser limitado en la facultad de campar por mis respetos en homenaje a un principio nacional totalitario integrador, me enorgullece. Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. Sólo es grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande. Este punto esencial, la grandeza del fin a que se aspira, es lo que no quieres considerar. Liberal puro, liberal que no "elige", que no cree que, haya un destino histórico "bueno" y otro "malo". Liberal refractario a toda violencia, tan enemigo, sin duda, del mal golpe por la espalda, nos propina cualquier matón nocturno como del justiciero estacazo con que un padre castiga al corruptor que penetra en su casa. Liberal, repito, que juzga por el "instrumento", no por el "impulso". Liberal, en fin, a quien acaso no pueda nunca convencer, pero a quien reitero con estos renglones (para los que ya no pido acogida en ABC porque fuera abuso) mi más sincero afecto.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(ABC, 23 de marzo de 1933)

LA VIOLENCIA Y LA JUSTICIA

(Carta de José Antonio al camarada Julián Pemartín.)

Madrid, 2 de abril de 1933.

Querido Julián:

Hubiera querido escribirte antes, pero no me ha sido posible. Lo hago hoy, domingo, procurando ceñirme a las objeciones contra el "fascio" de que me das noticia en tu carta.

1. "Que no tiene otro medio que la violencia para conseguir el Poder." Primero, que eso es históricamente falso. Ahí está el ejemplo de Alemania, donde el Nacionalsocialismo ha triunfado en unas elecciones. Pero si no hubiera otro medio que la violencia, ¿qué importaría? Todo sistema se ha implantado violentamente, incluso el blando liberalismo (la guillotina del 93 tiene a su cargo muchas más muertes que Mussolini y Hitler juntos).

La violencia no es censurable sistemáticamente. Lo es cuando se emplea contra la justicia. Pero hasta Santo Tomás, en casos extremos, admitía la rebelión contra el tirano. Así, pues, el usar la violencia contra una secta triunfante, sembradora de la discordia, negadora de la continuidad nacional y obediente a consignas, extrañas (Internacional de Amsterdam, masonería, etc.), ¿por qué va a descalificar el sistema que esa violencia implante?

2. "Que tiene que surgir con idea y caudillo del pueblo." La primera parte es errónea. La idea ya no puede surgir del pueblo. Está "hecha", y los que la conocen no suelen ser hombres del pueblo. Ahora que el dar eficacia a esa idea sí es cosa que probablemente está reservada a un hombre de extracción popular. El ser caudillo tiene algo de profeta; necesita una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y de cólera que no es compatible con el refinamiento. Yo, por mi parte, serviría para todo menos para caudillo fascista. La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido, más o menos, una curiosidad intelectual, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas. Así, pues, si en Jerez, como en Madrid, hay amigos nuestros cuyo hígado, padece con la perspectiva de que yo quisiera erigirme en Caudillo del Fascio, los puedes tranquilizar por mi parte.

3. "Que en los países en que parece triunfar tuvo una razón próxima de existencia." Y en España, ¿no? Faltará la razón de tipo bélico. Por eso ya afirmo en mi carta a Luca de Tena que aquí, probablemente, el fascismo no tendrá carácter violento. Pero la pérdida de la unidad (territorial, espiritual, histórica), ¿es menos patente aquí que en otras partes? En todo caso, podrá decirse que hay que esperar a que las cosas se pongan peor. Pero, si es posible hacerlo antes, ¿qué ventaja tiene el aguardar a los momentos desesperados? Sobre todo, cuando está en gestación una dictadura socialista, organizada desde el Poder, que colocaría a España, de no malograrse, en situación de muy difícil vuelta.

4. "Que es anticatólico." Esta objeción es muy propia de nuestro país, donde todos son más papistas que el Papa. Mientras en Roma se firma el Tratado de Letrán, aquí tachamos de anticatólico al fascismo. Al fascismo, que en Italia, después de noventa años de masonería liberal, ha restablecido en las escuelas el crucifijo y la enseñanza religiosa. Comprendo la inquietud en países protestantes, donde pudiera haber pugna entre la tradición religiosa nacional y el fervor católico de una minoría. Pero, en España, ¿a qué puede conducir la exaltación de lo genuino nacional sino a encontrar las constantes católicas de nuestra misión en el mundo?

Como verás, casi ninguna de las objeciones contra el fascismo está formulada de buena fe. Alienta en ellas el oculto deseo de proporcionarse una disculpa ideológica para la pereza o la cobardía, cuando no para el defecto nacional por excelencia: la envidia, que es capaz de malograr las cosas mejores con tal que no deparen a un semejante ocasión de lucimiento.

Yo procuraré que lleguen a ti algunos ejemplares de *El Fascio*, donde encontrarás suficiente acicate para el entusiasmo y buen arsenal de argumentos polémicas. De todos modos, para cuantas ampliaciones quieras y yo pueda darte, me tienes a tu disposición.

Un fuerte abrazo.

JOSÉ ANTONIO

(*Hacia la historia de la Falange*, tomo I; Sancho Dávila, Julián Pemartín, pág. 24)

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN TORRELAVEGA (SANTANDER), EN EL HOTEL BILBAO, EL 20 DE AGOSTO DE 1933

"Nuestra generación –afirmó José Antonio–, abrió los ojos en un mundo convaleciente de dos desvaríos: el liberalismo y el socialismo. El liberalismo, que es la actitud de un Estado sin fe, sin aspiración a un destino propio, mero espectador de las luchas entre los partidos, y el socialismo, que es la actitud de luchas rencorosas entre las clases, reacción de la masa obrera contra las consecuencias del liberalismo económico. Uno y otro envuelven un sentido de disgregación: partido contra partido, clase contra clase; acaba de perderse la idea de la Patria como unidad trascendente, superior a los destinos individuales o de grupo.

Contra ese sentido de disgregación se alza el espíritu de la generación nueva. Nosotros, como en su perenne mocedad don Antonio Royo Villanova, creemos que la Patria es una unidad permanente, un destino histórico común, en cuyo servicio el Estado autoritario, vital y corporativo, debe asignar sus tareas y sus derechos a cada individuo y a cada clase.

Pero para encender esta fe nueva no basta una manera de pensar, hace falta un modo de ser: un sentido ascético y militar de la vida; un gozo por el servicio y por el sacrificio, que, si hace falta, nos lleve, como a los caballeros andantes, a renunciar todo regalo hasta rescatar a la amada cautiva que se llama nada menos que España."¹²

La Nación, 25 de agosto de 1933.

¹² Para organizar el mitin de "afirmación españolista", se tomó el pretexto de rendir un homenaje a don Antonio Royo Villanova, quien acababa de manifestar en las Cortes que el Estatuto de Cataluña no se podía tolerar. Como don Antonio opusiera algunos reparos formales a la disertación de José Antonio, éste aprovechó para replicarle, en tono de broma, y con gran cariño y respeto: "No corra usted el peligro de las mujeres muy gordas en algunas barracas. Mire usted, don Antonio, que se expone a que le llevemos por las ferias, gritando: "¡Pasen, pasen, señores, a ver el último ejemplar de la fauna liberal!"

JUVENTUD ESPAÑOLA

José Antonio Primo de Rivera sueña con un Estado fuerte que subordine todos los intereses al interés de la Patria

El liberalismo económico, o la burla sangrienta que ha engendrado el odio de clases.—La Historia anarquizante, influida por los estertores del romanticismo, que ha estudiado la juventud actual— "No se trata de la reconquista del Poder por las clases acomodadas, no."

Un veraneante laborioso: José Antonio Primo de Rivera. El primogénito del Dictador, tercer marqués de Estella, aprovecha el verano para devorar lecturas que la agitada vida madrileña hizo demorar. Su habitación, en el hotel Continental, más parece gabinete de estudio que refugio accidental de un hombre joven en playa de moda.

Los más enconados enemigos de la obra de su padre han guardado respeto a la digna actitud del hijo. José Antonio Primo de Rivera, en gracia y en desgracia la estrella política del autor de sus días, ha sido el mismo. La elegante continencia que le impidió bullir al amparo de aquella, es de la misma solera que en ésta le eleva con arrogante prestancia para defender lo que no quiso aprovechar, contra los que aprovecharon lo que no quieren defender.

Sencillez, simpatía, juventud, inteligencia... Hay apellidos que obligan, que agobian, que aplastan. Este hombre joven sabe llevar con dignidad el suyo. Es algo más que el hijo de Miguel: es José Antonio. Personalidad propia, cabal, entera.

Cuando hay en el mundo tantas celebridades que no son más que reflejo de gloria ajena, hombres-estela; cuando se tropieza con tanto señorito que cumple en la vida la única misión de gastar fama y dinero que otros ganaron, resultan consoladoras estas excepciones. Más consoladoras por menos frecuentes.

Hemos buscado a José Antonio Primo de Rivera por el hombre, no por el nombre. Y hemos hablado con él del mañana, no del ayer; de lo que él puede ver, no de lo que vieron sus antecesores.

— He leído que en Torrelavega ha calificado usted al liberalismo de desvarío...

— He dicho que nuestra generación abrió los ojos en un mundo convaleciente de dos desvaríos: el liberalismo y el socialismo. Liberalismo, económicamente, es libertad para morir de hambre. Los trabajadores tienen libertad para contratarse o no, por lo que les ofrezcan, hasta que los mandatos del estómago, o los imperativos de la vida, les obliguen a rendirse. La ley de la oferta y la demanda no fuerza a nadie a trabajar si no quiere; pero el que no posea recursos económicos habrá de trabajar, y trabajar por lo que quieran pagarle, si no quiere morir de hambre. Morirse, eso sí, rodeado de dignidad liberal.

— Pero en eso mismo se basa, precisamente, la crítica marxista de la economía burguesa.

— Ciertamente; pero la crítica, formulada en interés de una clase y orientada por ese mismo interés, conduce a deformaciones lamentables.

El obrero, víctima de la injusticia, se organiza para la defensa y el ataque; para la conquista del Poder, de acuerdo con el dogma marxista. Herido, no reacciona por hacer justicia, sino para ejercer venganza; para acabar con una tiranía e implantar otra; para imponer el dominio de una clase y hacer sufrir a la burguesía la misma injusticia que antes padeció el proletariado.

El socialismo es la actitud de la lucha rencorosa entre las clases, reacción de la masa obrera contra las consecuencias del liberalismo económico. Envuelve un sentido de disgregación: clase contra clase, y hace perder la idea de la Patria como unidad trascendente, superior a los destinos individuales o de grupo.

– Sin embargo, un diputado socialista francés ha dicho en el Parlamento de su país que nada es más patriótico y nacionalista que el socialismo, aunque esto parezca paradoja, atendido su sentido internacionalista. Porque es lo cierto que las riquezas las quiere el socialismo para la nación, mientras que las demás teorías económicas mantienen la propiedad privada.

– Eso no pasa de ser un juego de palabras. El socialismo no recaba toda la propiedad para la nación, sino para el Estado, que quiere luego hacer coincidir con la nación como pieza geográfica, no como unidad histórica.

– Si parte usted de la misma crítica del liberalismo económico y rechaza, el dogma marxista, ¿es para usted el fascismo el remedio?

– El remedio lo veo en un Estado autoritario, no al servicio de una clase, ni al de un partido triunfante en la libre competencia de los partidos. En un Estado fuerte, al servicio de la idea histórica de la Patria. En subordinar los intereses individuales al Interés nacional; en sujetar las clases, impidiendo que atropellen y amparándolas para que no sean atropelladas. La proletaria es, precisamente, la que más tutela necesita; las otras son fuertes y pueden defenderse por sí mismas. En el magnífico ensayo italiano es en el que más se ha hecho por la significación del obrero.

– ¿No teme usted que el rabioso individualismo español se rebelará, haciendo fracasar todas las previsiones?

– Temer, no. Italia, en la que se desarrolló el anarquismo más que en nuestra Patria, tenía también un sentido individualista y lo va perdiendo. Pero si no lo temo, no dejo tampoco de tenerlo en cuenta. Falta a nuestro pueblo educación como colectividad. Todo, hasta el estudio de la Historia, lo hemos hecho al revés. Lo hemos hecho a la salida de un período romántico, que influía en aquella románticamente, exaltando las individualidades anárquicas y oscureciendo las creadoras; cantando al francotirador y olvidando lamentablemente al constructor.

– Por educación, por sentimiento, por escarmiento si quiere usted, se me figura que los trabajadores se alzarán contra esas concepciones, tan enérgicamente como los capitalistas se alcen para apoyarlas.

– Aunque así fuera, para defender un ideal no hace falta sentirse bien acompañado. Mejor compañía que la de las ideas puras no se ha de encontrar. Atacarán los de abajo mientras desconozcan, y hasta ese mismo momento defenderán no poco de arriba... Recójalo exactamente, que esto sí que me interesa dejarlo bien sentado: No es, no puede ser el fascismo la reconquista del Poder por las clases acomodadas. Eso se acabó. En sentido fascista no hay privilegio más que en razón del servicio que se presta a la Patria.

Amigo o enemigo, estoy seguro que respetas estas opiniones, lector. Se asientan, frente al dogma marxista de las clases y del internacionalismo, en el sentido histórico de la Patria. Son dos principios que luchan en el mundo; dos concepciones opuestas, que aspiran a recoger la herencia del liberalismo moribundo. A su alrededor todo disminuye absorbido por ellas. Es la lucha decisiva en estos momentos en que los pueblos chapotean en angustias económicas buscando ansiosos el cable salvador.

José Antonio Primo de Rivera tiene confianza en los destinos de la Patria; su dama es España. Y mirando más allá de la ola de escepticismos, piensa que el mismo orgullo con que los balillas dicen: "¡lo sono italiano!", se reflejará pronto en el hijo cuando alce su cabeza para exclamar: "¡Yo soy español!"

(Entrevista publicada en *La Noticia*, de San Sebastián, el 25 de agosto de 1933, y en *La Nación*, el 26 de agosto de 1933.)

HAN BASTADO DIEZ AÑOS PARA QUE RESPLANDEZCA LA VERDAD. 1923-1933

No habían transcurrido seis meses desde el 13 de septiembre de 1923 cuando ya el general Primo de Rivera y sus colaboradores más próximos estaban solos en medio de un desierto. La Dictadura había nacido con el peso muerto de excesiva humilidad. En aquellos primeros anuncios de gobernar noventa días, el general, Primo de Rivera se asignaba a sí mismo una mera función desinfectante. Cuando lo necesario era edificar un Estado nada menos. Pero edificar un Estado es ímproba tarea. Toda una generación ha de ponerse al tajo para edificar un Estado nuevo. Y la generación de Primo de Rivera no supo entenderlo, ni quiso acompañarle. Los conductores espirituales de la nación, los que se llamaban entonces, más que ahora, "los intelectuales", interpretaron el movimiento de Primo de Rivera –pasados los primeros meses– como un retroceso en la Historia. Por entonces vivíamos aún con los restos de una ideología agonizante. En España suelen arribar las ideas con dos lustros de retraso. Y el general Primo de Rivera llegó demasiado pronto. Por eso le dejaron solo, con unos cuantos leales, en medio del desierto.

Y solo emprendió la tarea. La eficacia de su gestión ya no la discute nadie. Sus inmundos calumniadores no se atreven hoy ni a repetir las acusaciones más vagas. Las leyendas del despilfarro y del favoritismo no han valido para otra cosa que para deshonar a sus despreciables autores. Sí; el general Primo de Rivera y los suyos –en esto ya todos coinciden– administraron bien. Pero... ¡aquella Unión Patriótica! ¡Aquel Somatén! ¡Aquella Asamblea! Los adversarios recalcitrantes creen que casi basta con esas palabras para dejar a la política de la Dictadura poco menos que en ridículo.

Y, sin embargo, el general Primo de Rivera "tenía razón". Una razón expresada imperfectamente. Claro está que expuso su doctrina de un modo un poco ingenuo y abigarrado. Pero hay quienes tienen obligación de entender y aclarar, y, sin embargo, ni aclararon ni entendieron. Nunca han sido los grandes ejecutores quienes formularon sus doctrinas. Unos nacen para realizar empresas, y otros para elaborar conceptos. Nuestro Pizarro, el porquerizo que levantó un Imperio, es casi seguro que no hubiera podido nunca ganar una beca en una Universidad alemana. No ha faltado, con todo, quien extraiga su profundo sentido a la obra de Pizarro, como hay ya centenares de escritores que han reducido a sistema teórico la magnífica realización de Mussolini. El general Primo de Rivera tuvo menos suerte. Los intelectuales se le volvieron de espaldas. Entonces él quiso unir a la tarea de gobernante la de expositor. Produjo notas oficiosas en cantidad enorme, escribió artículos, publicó folletos... Esto, además de llevar sobre sí la carga del Estado. Así faltó a su vida todo reposo. Fue como un fruto que se exprime implacablemente para extraerle hasta la última gota de jugo. Parece que le hubiera sostenido el fervor de la Patria como una droga que prolongase artificialmente la vida. Apenas cesó en la tarea se le acabó el aliento. Y en un hotel de París, silenciosamente, entregó su espíritu a Dios.

Era en las horas de la burla y del insulto. Un Gobierno donde triunfaba toda estupidez se encargaba de deshacer a España. Muchas rotativas vomitaban a diario canalladas sobre los nombres de los caídos. De pronto, la muerte del desterrado de París sobrecogió a todos un poco.

Vino una tregua de respeto. Algunos, benévolos, reconocieron que el general había sido un patriota y un buen soldado, lleno de la mejor intención. Pero nada más. Sólo el maravilloso instinto popular adivinó que aquel cadáver –a cuyo paso retumbaban las bóvedas de las estaciones con gritos y rezos de muchedumbres– era algo más que el de un buen patriota equivocado. Cuando las multitudes vitoreaban a quien ya no podía vivir, intuían –más clarividentes que los intelectuales– cómo el instinto de aquel hombre muerto se había adelantado diez años a descubrir el camino por donde España retornara a España.

Nuestra generación ya ve claro el camino. Europa se reconstruye en Estados integrales, sin partidos, sin vacilaciones. Otra vez se cree en todas partes que el Estado ha de tener una fe autoritaria y ha de apoyarse en alegres milicias civiles. Otra vez se quiere que los productores organizados sean el Estado mismo. El Parlamento político está en crisis. Y el sufragio inorgánico. Las antiguallas del general Primo de Rivera en 1923 son hoy, diez años más tarde, las adquisiciones más nuevas. La Unión Patriótica no era sino un balbuceo de lo que hoy son los haces de pueblos enteros al calor de

una fe, sin divisiones ni partidos. El Somatén era un anticipo de las milicias civiles. La Asamblea se adelantaba a los Parlamentos de productores. Todas las "equivocaciones" de Primo de Rivera contenían magníficos gérmenes de acierto, malogrados por quienes pudieron darle forma y dejaron solo al Dictador. Así la Unión Patriótica decayó en muchas partes, hasta ser una fofa organización burocrática. Y el Somatén languideció, falto de aliento juvenil. Y la Asamblea Nacional no llegó a ganar vitalidad auténtica. Pero ¿quién tuvo la culpa? ¿Fue Primo de Rivera o fue una generación apática y desdenosa que se le volvió de espaldas?

No pensaba esa generación que iban a bastar diez años para que fuese ella misma la que empezase a inspirar lástima. ¡Qué viejos están todos los hombres de esa generación! Ahora son ellos los que se encuentran cada vez más solos, con una juventud cada vez más numerosa, más aguerrida, que se aleja de ellos. Pronto esa juventud –poco más que infancia en 1923, turbulenta y equivocada estudiantina en 1930– entenderá lo que no entendieron los intelectuales de hace diez años. Y mirará con gratitud hacia la tumba del general Primo de Rivera.

Tal vez, por designio de Dios, el alma del desterrado de París soporte como Purgatorio la espera de esa vuelta de España. Cuando España regrese. Llegará para el alma del Dictador el sosiego definitivo. Se sumirá en una placidez más profunda que el suelo de la muerte, porque será el sueño de muerte de quien ya sabe acabada su tarea. Toda una España rediviva sentirá correr por las entradas el calor que quiso infundirle su mártir. Y las piedras de España, con las que acaso en otro tiempo se quiso lapidar al Dictador, servirán para alzarle estatuas.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 13 de septiembre de 1933.

LIBERALISMO

Procure usted ser millonario

Se coge de las puntas, entre el índice y el pulgar de cada mano. Se aplica al objeto de observación. ¿Cabe exactamente el objeto en la medida? Entonces está bien. ¿No cabe, o no la llena? Entonces está mal. La cosa no puede ser más sencilla.

Con tal procedimiento ha logrado un periódico de la mañana –admirable, fuera de eso, por mil motivos– juzgar toda suerte de acontecimientos. La medida –la medida que se suspende entre el índice y el pulgar de cada mano– se contiene en estas palabras: "Hay que respetar los derechos individuales." Como se verá, no se trata de ninguna frase cuya aprehensión cueste gran esfuerzo. Pero tiene una virtud maravillosa: una vez adquirida, libra a quien la adquiere, para todo el resto de sus años, de la enojosa necesidad de pensar. Los convencidos por la frase hallan resuelto para siempre el problema de valorar cualquier suceso político. ¿Se han respetado los derechos individuales? El suceso está bien. ¿Se han olvidado los derechos individuales? El suceso está mal. Dictaduras, revoluciones, leyes..., cuanto de más complejo y profundo da de sí la vida de un pueblo, adquiere transparente simplicidad.

Ahora bien, ¿qué son los derechos individuales?

Imaginemos a un obrero del propio periódico descubridor de la norma. Ese obrero, desde hace varios años, trabaja en una linotipia. Le pagan bien, eso sí, pero el hombre vive sujeto a la linotipia varias horas cada jornada. Junto a la linotipia corre su edad madura. Una mañana, cuando alborea, el obrero –que ha pasado la madrugada frente al teclado de la linotipia– nota que le corre por la frente un sudor frío. Sus ojos comienzan a ver turbio. De pronto se le tuerce la boca en un rictus. Pesadamente cae al suelo. Lo recogen, sobresaltados, varios compañeros de tarea. Está sin sentido. Le mana de la boca tenue hilillo de sangre. Se ha muerto.

El obrero deja viuda y seis hijos, ninguno de edad de trabajar. La viuda recibe un subsidio, más crecido por generosidad de la empresa que por imposición de la ley. Vive unos meses; acaso un año o dos. Pero llega una fecha en que resbala entre los dedos el último duro del subsidio. Ya no hay para comer en la casa. Los chicos palidecen por días. Pronto serán presa propia para la, anemia o la tuberculosis. Y para el odio.

¿Y entonces? Entonces, si la viuda del obrero tiene la fortuna de vivir en un Estado liberal, se encontrará con una Constitución magnífica, que le asegurará todos los derechos. Los famosos "derechos individuales". La viuda tendrá libertad para elegir la profesión que le plazca. Nadie le podrá impedir, por ejemplo, que establezca una joyería, o un Banco. También tendrá libertad para escoger su residencia. Podrá morar en Niza, en Deauville o en un palacio en las afueras de Bilbao. Antes se abrirá la tierra que permitir que se le ponga coto a la libre emisión del pensamiento. La viuda será muy dueña de lanzar un rotativo como aquel en que su marido trabajaba. Y como, además, las leyes protegen la libertad religiosa, le estará permitido fundar una secta y abrir una capilla.

Toda esa riqueza jurídica, ¿no conforta a cualquiera? Claro está que la viuda acaso no sienta la comezón urgente de escribir artículos políticos o fundar religiones. Tal vez, por otra parte, tropiece con algún pequeño obstáculo para establecer una fábrica o un gran rotativo, por ejemplo. Pudiera ocurrir que su mayor apremio consistiera en hallar sustento para sí y para sus hijos. Pero eso es, cabalmente, lo que no le proporciona el Estado liberal. Derecho a comer, sí, sin duda alguna. Pero ¿comida?

La pobre viuda tendrá que capitular en la dura pelea. Aceptará lo que le den por coser diez horas a domicilio. Ayunará para que sus hijos se forjen la ilusión de que comen algo. Y mientras, por las noches, en la buhardilla tenebrosa, se queme los ojos sobre las puntadas, no faltarán oradores liberales que preparen párrafos como éste: "Ya no existe la esclavitud. Gracias a nuestras leyes, nadie puede ser forzado a trabajar sino en el oficio que libremente elija."

He aquí cómo el Estado liberal, mero declamador de fórmulas, no sirve para nada cuando más se le necesita. Las leyes lo permiten todo; pero la organización económica, social, no se cuida de que tales permisos puedan concretarse en realidades.

Lector: si vive usted en un Estado liberal procure ser millonario, y guapo, y listo y fuerte. Entonces, sí, lanzados todos a la libre concurrencia, la vida es suya. Tendrá usted rotativa en que ejercitar la libertad de pensamiento, automóviles en que poner en práctica su libertad de locomoción ... ; cuanto usted quiera. ¡Pero ay de los millones y millones de seres mal dotados! Para esos, el Estado liberal es feroz. De todos ellos hará carne de batalla en la implacable pugna económica. Para ellos –sujetos de los derechos más sonoros y más irrealizables– serán el hambre y la miseria.

Eso ya lo ha visto la Humanidad. Por eso, para juzgar los sucesos políticos, exige medidas más profundas que las del rotativo de la mañana. Quiere Estados que no se limiten a decirnos lo que podemos hacer. sino que nos pongan a todos, protegiendo a los débiles, exigiendo sin rencor sacrificios a los poderosos, en condiciones de poder hacerlo. Dos tipos de Estado intentan el logro de tal ambición. Uno es el estado socialista, justo en su punto de arranque, pero esterilizado después, por su concepto materialista de la vida, y por su sentido de lucha entre clases. El otro es un Estado que aspira a la integración de los pueblos, al calor de una fe común. Su nombre empieza con efe. ¿Puede decirse ya?

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 25 de septiembre de 1933.

INTERMEDIO

Tenemos que hablar

– Me voy a Alemania.

Esto me dijo, sentado frente a mí, mi amigo Otto Müller, director en España de la Oficina de Observaciones para la Eventual Coordinación de la Economía Internacional. Su duro rostro germánico se suavizaba en una expresión de melancolía.

– ¡Qué lástima! –le dije–. ¡Con tantos buenos amigos como tiene usted. aquí!

– Es verdad. No sabe cómo los echaré de menos. Pero tengo que irme: en España no se puede trabajar ni descansar.

– ¿Descansar tampoco?

– Tampoco. Si usted tiene fama de persona seria no podrá descansar en España. A las nueve de la noche, por ejemplo, saldrá usted de su oficina. Se irá a un bar con el propósito de tomar un "cock-tail" y hablar de cosas indiferentes. Pero, ¡sí, sí! En el bar se encontrará a una colección de amigos muy simpáticos que no han hecho nada en todo el día. Esos amigos, al verle a usted, que es una persona formal, sentirán como un respetuoso remordimiento de su propia pereza. Y entonces, para tranquilizarse, querrán jugar a las personas formales durante unos minutos. Se acercarán por turno a usted y le abrumarán con una colección de conversaciones serias. Al final, tendrá usted que salir huyendo y encerrarse en la oficina para descansar.

– Tiene usted razón.

– Y, sin embargo, si pudiera, al menos, trabajar, me consolaría. Pero no hay modo.

Müller calló durante algunos momentos, como si algo le atormentara. Luego explicó:

– Usted sabe que yo vine de Munich para dirigir en Madrid nuestra Oficina de Observaciones.

– Lo sé.

– Bien. Mi cargo me obliga a enviar todas las semanas a Munich un informe prolijo. Para prepararlo he de trabajar cada día cuatro o cinco horas.

– Excelente método.

– Pero inútil. Mis amigos (pronto tuve muchos amigos) me visitaban sin interrupción. Al principio mi secretaria les cerraba el paso. "El señor Müller (les decía) no puede recibirles porque está trabajando ahora." Esto, en otro sitio, se consideraría suficiente excusa. Aquí, no, la propia secretaria hubo de advertirme del peligro que corría mi popularidad. Esos amigos se iban refunfuñando. "Pero ¿qué se habrá creído este tío? Como si no pudiera dejar por diez minutos lo que está haciendo." Tuve que capitular, después de algún vano intento de fingir ausencias y enfermedades. Ahora recibo a todo el mundo.

– ¿Y cómo hace usted su trabajo?

– Milagrosamente, en los minutos que quieren regalarme las personas que no tienen nada que hacer. Además, con un desorden romántico. Unas veces trabajo de madrugada, como de manera furtiva. Otras veces, en los tranvías. Algunas tardes me he pasado tres horas haciendo el recorrido de la Bombilla al Hipódromo y del Hipódromo a la Bombilla con mis libros y mis papeles.

– ¿Y nunca se encontró en el tranvía a nadie que le conociera?

– Sí, por desgracia. Entonces ya estaba perdido, Tenía que sostener, primero, una dura polémica acerca de quién iba a pagar los billetes. Luego, soportar un diálogo tan largo como el viaje. Me era forzoso optar entre el asesinato o bajarme del tranvía. Casi siempre opté por bajarme del tranvía.

– Es horrible.

– ¡No lo sabe usted bien! Esa angustia de no vivir una hora seguida en serio acaba por constituir una obsesión. No sé si usted se habrá fijado en que los españoles nunca tienen que "decir una cosa", tienen que "hablar". "Tenemos que hablar", le anuncian a uno. Y eso quiere decir sentarse frente a frente y sestear sobre temas imprecisos. ¡Con cuántos detalles! ¡Con qué lentitud en la narración! Todo el que "nos tiene que hablar" empieza con obsequiarnos con su semblanza y su biografía: "Yo soy un hombre independiente. Nunca he sido político. Precisamente cuando vine a Madrid, en 1904..." Imagínese usted, amigo mío, lo que es saber que son las cinco, que a las seis tiene usted que tener despachada su correspondencia y que su interlocutor no ha pasado todavía del año 1904.

Müller, sin más, se puso de pie, y mientras me tendía la mano unió sus talones e inclinó la cabeza en un enérgico movimiento militar.

– Me voy a Alemania –terminó–. Si me quedase aquí dejaría de ser formal. He comprobado que en España rinden el mismo trabajo. poco más o menos, los juerguistas que los hombres trabajadores. Los juerguistas no trabajan porque no quieren; los trabajadores no trabajan por que no les dejan los vagos. Con la diferencia de que mientras el pobre trabajador vive una vida inquieta, angustiado por el afán de realizar deberes imposibles, el vago goza la beatitud de su vagancia sin que nada le turbe. Es decir, que resulta mucho mejor ser declaradamente juerguista. Fíjese usted qué conclusión más desmoralizadora. Antes de dejarme ganar el espíritu por ella pongo tierra por medio. Huyo a Alemania. Hasta la vista si es que vuelvo a verle, querido amigo.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 12 de octubre de 1933.

AL VOLVER

¿Moda extranjera el fascismo?

Todos los caminos llevan a Roma y traen de Roma, siquiera sea –como el que me ha traído a mí– a costa de tres noches de viaje y cuatro cambios de tren. Largo tiempo para meditar sobre lo visto y aprendido en Roma. Así meditaba yo en el tren –lleno de esa emoción de eterna catolicidad que en Roma se respira– acerca del fascismo. El fascismo no es sólo un movimiento italiano: es un total, universal, sentido de la vida. Italia fue la primera en aplicarlo. Pero ¿no vale fuera de Italia la concepción del Estado como instrumento al servicio de una misión histórica permanente? ¿Ni la visión del trabajo y el capital como piezas integrantes del empeño nacional de la producción? ¿Ni la voluntad de disciplina y de imperio? ¿Ni la superación de las discordias de partido en una apretada, fervorosa, unanimidad nacional? ¿Quién puede decir que esas aspiraciones sólo tienen interés para los italianos?

Alguien, sin embargo, lo ha dicho. En España, por más señas. Cuando al regreso repaso los periódicos de España me encuentro con que el señor Gil Robles, en su primer discurso de propaganda electoral, no ha vacilado en calificar al fascismo, con desdén, de "moda extranjera". ¿Para qué queremos modas extranjeras –ha venido a decir–, si en nuestra tradición católica tenemos la mejor clave de unidad? No necesitamos que se nos hable de la raza, ni de las grandezas del Imperio romano.

Ante todo, ¿estima el señor Gil Robles lo más urgente combatir a los fascistas? Frente a él se alinean, como preferentes enemigos, los marxistas y los masones, antinacionales, numerosos, fuertes, Con una larga obra realizada. Los fascistas podrán estar equivocados (¡y no lo están!); pero son, sin duda, gentes llenas de amor a la Patria y a sus tradiciones. De otro lado, no es leal atacarles cuando aún no se les ha dejado hacerse oír. ¿Por qué, pues, combatirles en esta hora de unión sagrada? Pero, de combatirles, hay que hacerlo de buena fe. Personas del talento y de la autoridad del señor Gil Robles no tienen derecho a abusar de un auditorio poco informado para imbuirle falsas ideas. Y es falso presentar al fascismo como anticatólico y como antitradicional y extranjerizante.

Lo de anticatólico no es la acusación del día. La vertió en ABC, cuando yo me encontraba con el pie en el estribo, el señor Royo Villanova. En apoyo de su tesis, ¿alegaba algún texto fascista? No, sino unos cuantos textos relativos "al nacionalismo alemán". Nadie puede con razón confundir el movimiento alemán "racista" (y, por tanto, "antiuniversal") con el movimiento mussoliniano, que es, como Roma –como la Roma imperial y como la Roma pontificia– universal por esencia; es decir, "católico". A menos que el señor Royo Villanova (tan noble y tan simpático en sus terquedades) sea más papista que el Papa, mal puede hablar del anticatolicismo fascista después del tratado de Letrán.

Pero vamos con lo del día. "El fascismo es una moda extranjera" –dice el señor Gil Robles–. "Con nuestra tradición nos basta –añade–; no necesitamos que se nos hable de la raza, ni de las grandezas del Imperio romano".

Con todos los respetos debidos: ¡cuánta superficialidad! Lo de que no se nos hable de la raza está bien: el Imperio español jamás fue racista; su inmensa gloria estuvo en incorporar a los hombres de todas las razas a una común empresa de salvación. Pero eso no lo ignora nadie. ¿Hay, acaso, racistas en España? Entonces.. ¿para qué pierde el señor Gil Robles su tiempo en alancear moros inexistentes? Acerca del Imperio romano habría más que hablar. Trajano, Séneca, Marcial y tantos otros españoles que ocupan en la Historia de Roma puestos preeminentes nos dicen que el Imperio romano es tan nuestro como de Italia. igual proclama la misión continuadora de Roma que asumió España hacia el quinientos. Pero, en fin, demos gusto por hoy al señor Gil Robles y no hablemos del Imperio romano.

Ahora bien, y esta es la cuestión: ¿por qué habla del Imperio romano Mussolini? Habla del Imperio romano porque quiere encontrar en él la vena tradicional del espíritu de Italia. Luego el fascismo es "esencialmente tradicionalista". En Italia busca la tradición del Imperio. En España buscará la tradición de nuestro Imperio. Porque lo que hay de universal en el fascismo es esta revitalización de

los pueblos todos; esta actitud de excavación enérgica en sus propias entrañas. Con espíritu fascista los italianos han encontrado a Italia. Los españoles, con el mismo espíritu, encontraremos a España. El fascismo es como una inyección que tuviera la virtud de resucitar: la inyección podría ser la misma para todos, pero cada cual resucitaría como fue.

+ + +

Ahora que, sin la inyección, no se resucita. Sin una actitud fascista no se puede encontrar la tradición. Porque es fascismo, llámesela como se quiera, la decisión enérgica de no seguir creyendo en la actitud de las formas liberales para el descubrimiento de las venas genuinas. Ante un Estado liberal, mero espectador policiaco, la nación se escinde en pugnas de partidos y guerra de clases. Sólo se logra la unidad fuerte y emprendedora si se pone fin a todas esas luchas con mano enérgica al servicio de un alto pensamiento y un entrañable amor. Pero esa manera fuerte y amorosa de pilotar a los pueblos se llama hoy, en todas partes, "fascismo". Así, pues, cuando el señor Gil Robles, en contradicción consigo propio, dice que la democracia habrá de someterse o morir, que una fuerte disciplina social regirá para todos y otras bellas verdades, proclama principios "fascistas". Podrá rechazar el nombre; pero el nombre no hace a la cosa. El señor Gil Robles al hablar así, no se expresa como caudillo de un partido demócrata-cristiano. Si lo fuera tendría la estéril frialdad de tales partidos, fracasados en toda Europa. Andaría revestido de esa laica palidez que sólo ve de las cosas lo externo; que sólo ve, por ejemplo, del fascismo, la organización técnica corporativa, las camisas de uno u otro color, los desfiles, las estadísticas, lo instrumental. Algunas veces ha caído en ello el señor Gil Robles; pero no en su último discurso. Este ha sido, en gran parte, un discurso caliente, tajante..... fascista". Yo se lo aplaudo, y estoy de acuerdo con él. Pero, ¿por qué misterioso motivo se empeña él en decir que está en desacuerdo con nosotros?

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Nación, 23 de octubre de 1933.

EN UNA TARDE DE OCTUBRE...

El hombre es el sistema, y ésta es una de las profundas verdades humanas que ha vuelto a poner en valor el fascismo. Todo el siglo XIX se gastó en idear máquinas de buen gobierno. Tanto vale como proponerse dar con la máquina de pensar o de amar. Ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina; siempre ha tenido que recurrirse a última hora a aquello que, desde el origen del mundo, es el único aparato capaz de dirigir hombres: el hombre. Es decir, el jefe. El héroe.

Los enemigos del fascismo perciben esa verdad por el revés y hacen de ella argumento de ataque. "Sí –reconocen–; Italia ha ganado con el fascismo; pero, ¿y cuando muera Mussolini"? Creen dar con ello un golpe decisivo al sistema, como si hubiera sistema alguno que tuviese garantía para la eternidad. Y, sin embargo, es lo más probable que, cuando Mussolini muera, sobrevenga para Italia un momento de inquietud; pero un momento sólo; el sistema producirá –con alumbramiento más o menos laborioso– otro jefe. Y este jefe volverá a encarnar el sistema para muchos años. Mas él –Duce, conductor– seguirá la fe de su pueblo en comunicación de hombre a hombre, en esa forma de comunicación elemental, humana y eterna que ha dejado su rastro por todos los caminos de la Historia.

Yo he visto de cerca a Mussolini, una tarde de octubre de 1933, en el Palacio de Venecia, en Roma. Aquella entrevista me hizo entrever mejor el fascismo de Italia que la lectura de muchos libros.

Eran las seis y media de la tarde. No había en el Palacio de Venecia el menor asomo de ajetreo. A la puerta, dos milicianos y un portero pacífico. Se dijera que el penetrar en el Palacio donde trabaja Mussolini es más fácil que tener acceso a cualquier Gobierno Civil. Apenas enseñé al portero el oficio donde se me citaba, me hizo llegar –por anchas escaleras silenciosas– a la antesala de Mussolini. Tres o cuatro minutos después se abrió la puerta. Mussolini trabaja en un salón inmenso, de mármol, sin muebles apenas. Allá, en una esquina, al otro extremo de la puerta de entrada, estaba tras de su mesa de trabajo. Se le veía de lejos, solo en la inmensidad del salón. Con saludo romano y una sonrisa abierta me invitó a que me acercara. Avancé no sé cuánto rato. Y, sentados los dos, el Duce empezó su coloquio conmigo.

Yo le había visto en audiencia ritual, años antes, cuando fui recibido con varios alumnos de la Universidad de Madrid. Aparte, como todos los habitantes del mundo, le conocía por los retratos: casi siempre en actitud militar, de saludo o de arenga. Pero el Duce del Palacio de Venecia era otro distinto: con plata en el pelo; con un aire sutil de cansancio; con cierto pulcro descuido en su ropa civil. No era el jefe de las arengas, sino el de la maravillosa serenidad. Hablaba lentamente, articulando todas las sílabas. Tuvo que dar una orden por teléfono, y la dio en el tono más tranquilo, sin poner en la voz el menor asomo autoritario. A veces, cuando alguna de mis palabras le sorprendía, echaba la cabeza atrás, abría los ojos desmesuradamente y, por un instante, mostraba, rodeadas de blanco, sus pupilas oscuras. Otras veces sonreía con calma. Era notable su actitud para escuchar.

Hablamos cosa de media hora. Luego me acompañó hasta la puerta a través del inmenso salón. No es de gran estatura; ya no tiene, si alguna vez la tuvo, la erguida apostura de un jefe de milicias; antes bien, su espalda empieza a encorvarse ligeramente. Al llegar los dos a la puerta, me dijo con una calma paternal, sin sombra de énfasis:

–Le deseo las mejores cosas, para usted y para España.

Luego se volvió hacia su mesa, despacio, a reanudar la tarea en silencio. Eran las siete de la tarde. Roma, acabadas las faenas del día, se derramaba por las calles bajo la tibia noche. El Coso era todo movimiento y charla, como la calle de Alcalá hacia esas horas. La gente entraba en los cafés y en los cinematógrafos. Se dijera que sólo el Duce permanecía, laborioso, junto a su lámpara, en el rincón de una inmensa sala vacía, velando por su pueblo, por Italia, a la que escuchaba palpar desde allí como a una hija pequeña.

¿Qué aparato de gobernar, qué sistemas de pesos y balanzas, consejos y asambleas puede reemplazar a esa imagen del Héroe hecho Padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo?

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(Prólogo a *El Fascismo*, de Mussolini. Octubre de 1933)

DISCURSO DE LA FUNDACIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA

(Discurso pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid, el día 29 de octubre de 1933)

Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo.

Cuando, en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó *El contrato social*, dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aun sobre los astros, la justicia y la verdad. Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad.

Juan Jacobo Rousseau suponía que el conjunto de los que vivimos en un pueblo tiene un alma superior, de jerarquía diferente a cada una de nuestras almas, y que ese yo superior está dotado de una voluntad infalible, capaz de definir en cada instante lo justo y lo injusto, el bien y el mal. Y como esa voluntad colectiva, esa voluntad soberana, sólo se expresa por medio del sufragio —conjetura de los más que triunfa sobre la de los menos en la adivinación de la voluntad superior—, venía a resultar que el sufragio, esa farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase.

Como el Estado liberal fue un servidor de esa doctrina, vino a constituirse no ya en el ejecutor resuelto de los destinos patrios, sino en el espectador de las luchas electorales. Para el Estado liberal sólo era lo importante que en las mesas de votación hubiera sentado un determinado número de señores; que las elecciones empezaran a las ocho y acabaran a las cuatro; que no se rompieran las urnas. Cuando el ser rotas es el más noble destino de todas las urnas. Después, a respetar tranquilamente lo que de las urnas saliera, como si a él no le importase nada. Es decir, que los gobernantes liberales no creían ni siquiera en su misión propia; no creían que ellos mismos estuviesen allí cumpliendo un respetable deber, sino que todo el que pensara lo contrario y se propusiera asaltar el Estado, por las buenas o por las malas, tenía igual derecho a decirlo y a intentarlo que los, guardianes del Estado mismo a defenderlo.

De ahí vino el sistema democrático, que es, en primer lugar, el más ruinoso sistema de derroche de energías. Un hombre dotado para la altísima función de gobernar, que es tal vez la más noble de las funciones humanas, tenía que dedicar el ochenta, el noventa o el noventa y cinco por ciento de su energía a sustanciar reclamaciones formularias, a hacer propaganda electoral, a dormitar en los escaños del Congreso, a adular a los electores, a aguantar sus impertinencias, porque de los electores iba a recibir el Poder; a soportar humillaciones y vejámenes de los que, precisamente por la función casi divina de gobernar, estaban llamados a obedecerle; y si, después de todo eso, le quedaba un sobrante de algunas horas en la madrugada, o de algunos minutos robados a un descanso intranquilo, en ese mínimo sobrante es cuando el hombre dotado para gobernar podía pensar seriamente en las funciones sustantivas de Gobierno.

Vino después la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos, porque como el sistema funcionaba sobre el logro de las mayorías, todo aquel que aspiraba a ganar el sistema, tenía que procurarse la mayoría de los sufragios. Y tenía que procurárselos robándolos, si era preciso, a los otros partidos, y para ello no tenía que vacilar en calumniarlos, en verter sobre ellos las peores injurias, en faltar deliberadamente a la verdad, en no desperdiciar un solo resorte de mentira y de envilecimiento. Y así, siendo la fraternidad uno de los postulados que el Estado liberal nos mostraba en su frontispicio, no hubo nunca situación de vida colectiva donde los hombres injuriados, enemigos unos de otros, se sintieran menos hermanos que en la vida turbulenta y desagradable del Estado liberal.

Y, por último, el Estado liberal vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: "Sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede compelerlos a que aceptéis unas u otras condiciones; ahora bien: como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos libres, si no queréis, no estáis obligados a

aceptarlas; pero vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os imponíamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal". Y así veríais cómo en los países donde se ha llegado a tener Parlamentos más brillantes e instituciones democráticas más finas, no teníais más que separarnos unos cientos de metros de los barrios lujosos para encontramos con tugurios infectos donde vivían hacinados los obreros y sus familias, en un límite de decoro casi infrahumano. Y os encontraríais trabajadores de los campos que de sol a sol se doblaban sobre la tierra, abrasadas las costillas, y que ganaban en todo el año, gracias al libre juego de la economía liberal, setenta u ochenta jornales de tres pesetas.

Por eso tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad), el socialismo. Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos, pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa.

Ahora, que el socialismo, que fue una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dio, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la Historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases.

El socialismo, sobre todo el socialismo que construyeron, impasibles en la frialdad de sus gabinetes, los apóstoles socialistas, en quienes creen los pobres obreros, y que ya nos ha descubierto tal como eran Alfonso García Valdecasas; el socialismo así entendido, no ve en la Historia sino un juego de resortes económicos: lo espiritual se suprime; la Religión es un opio del pueblo; la Patria es un mito para explotar a los desgraciados. Todo eso dice el socialismo. No hay más que producción, organización económica. Así es que los obreros tienen que estrujar bien sus almas para que no quede dentro de ellas la menor gota de espiritualidad.

No aspira el socialismo a restablecer una justicia social rota por el mal funcionamiento de los Estados liberales, sino que aspira a la represalia; aspira a llegar en la injusticia a tantos grados más allá cuantos más acá llegaran en la injusticia los sistemas liberales.

Por último, el socialismo proclama el dogma monstruoso de la lucha de clases; proclama el dogma de que las luchas entre las clases son indispensables, y se producen naturalmente en la vida, porque no puede haber nunca nada que las aplaque. Y el socialismo, que vino a ser una crítica justa del liberalismo económico, nos trajo, por otro camino, lo mismo que el liberalismo económico: la disgregación, el odio, la separación, el olvido de todo vínculo de hermandad y de solidaridad entre los hombres.

Así resulta que cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias; y por lo que nos toca de cerca, nos encontramos en una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas. Y así, nosotros hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esa España maravillosa, esos pueblos en donde todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tienen un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior, pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en el triunfo de los pámpanos y los trigos. Cuando recorríamos esas tierras y veíamos esas gentes, y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por campos de Castilla, desterrado de Burgos:

¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!

Eso vinimos a encontrar nosotros en el movimiento que empieza en ese día: ese legítimo soñar de España; pero un señor como el de San Francisco de Borja, un señor que no se nos muera. Y para que no se nos muera, ha de ser un señor que no sea, al propio tiempo, esclavo de un interés de grupo ni de un interés de clase.

El movimiento de hoy, que no es de partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido, sépase desde ahora, no es de derechas ni de izquierdas. Porque en el fondo, la derecha

es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta, y la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas. Luego, esto se decora en unos y otros con una serie de consideraciones espirituales. Sepan todos los que nos escuchan de buena fe que estas consideraciones espirituales caben todas en nuestro movimiento; pero que nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas.

La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria.

Y con eso ya tenemos todo el motor de nuestros actos futuros y de nuestra conducta presente, porque nosotros seríamos un partido más si viniéramos a enunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja de que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la Historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué caso debemos reñir y en qué caso nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas.

He aquí lo que exige nuestro sentido total de la Patria y del Estado que ha de servirla.

Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.

Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si éstas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos, que, para unimos en grupos artificiales, empiezan por desunimos en nuestras realidades auténticas?

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad, y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos, en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden.

Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas: unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu; algunos, con un magisterio de costumbres y refinamientos. Pero que en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos.

Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los familiares, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna.

Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias ni comparta –como lo hacía, tal vez por otros intereses que los de la verdadera Religión– funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia.

Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque, ¿quién ha dicho –al hablar de "todo menos la violencia"– que

la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria.

Esto es lo que pensamos nosotros del Estado futuro que hemos de afanarnos en edificar.

Pero nuestro movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan sólo; no es una manera de pensar: es una manera de ser. No debemos proponemos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida. Así, pues, no imagine nadie que aquí se recluta para ofrecer prebendas; no imagine nadie que aquí nos reunimos para defender privilegios. Yo quisiera que este micrófono que tengo delante llevara mi voz hasta los últimos rincones de los hogares obreros, para decirles: sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar porque a muchos de nuestras clases se les impongan sacrificios duros y justos, y venimos a luchar por que un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes. Y así somos, porque así lo fueron siempre en la Historia los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdadera de señores, porque en tierras lejanas, y en nuestra Patria misma, supieron arrostrar la muerte y cargar con las misiones más duras, por aquello que precisamente, como a tales señoritos, no les importaba nada.

YO creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que frente a la marcha de la revolución creen que para aunar voluntades conviene ofrecer las soluciones más tibias; creen que se debe ocultar en la propaganda todo lo que pueda despertar una emoción o señalar una actitud enérgica y extrema. ¡Qué equivocación! A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

En un movimiento poético, nosotros levantaremos este fervoroso afán de España; nosotros nos sacrificaremos; nosotros renunciaremos, y de nosotros será el triunfo, triunfo que —¿para qué os lo voy a decir?— no vamos a lograr en las elecciones próximas. En estas elecciones votad lo que os parezca menos malo. Pero no saldrá de ahí vuestra España, ni está ahí nuestro marco. Esa es una atmósfera turbia, ya cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo, sí, que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello puede hacer que se me retraigan todos los votos. No me importa nada. Nosotros no vamos a ir a disputar a los habituales los restos desabridos de un banquete sucio. Nuestro sitio está fuera, aunque tal vez transitemos, de paso, por el otro. Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas, Que sigan los demás con sus festines. Nosotros fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas.

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN PUERTO DE SANTA MARÍA (CÁDIZ), EN EL LOCAL DE ACCIÓN CIUDADANA, EL DOMINGO 5 DE NOVIEMBRE DE 1933

"Estos amigos, con su exceso de amabilidad, me han hecho el mal servicio de presentarme como un fenómeno, y yo no soy fenómeno ni como orador ni de ninguna manera, ni siquiera en lo físico, que no quiero merecer la repulsa de todas mis electoras. Me sorprendió mi nombramiento de candidato, y de buena gana me dedicaría a otras actividades, pero hay que reconocer que en estas circunstancias nadie puede rehuir el papel que convenga en la lucha, aunque sea el de fenómeno electoral.

Nosotros, al pedir los votos, no prometemos nada, ni siquiera el dragado del puerto, que ya realizó quien a nadie pidió votos (esta delicada alusión a la memoria de su padre despierta grandes simpatías que se traducen en aplausos). Lo que hay que prometer en estos momentos es rescatar a España, impedir que algún día nuestros hijos, y quizá nuestros hermanos menores, se encuentren sin España. España no es esa cosa material que se llama Península Ibérica, sino una unidad espiritual indestructible.

Después de algún tiempo de libertad vuelve a aparecer el pesimismo y parece que España queda hundida con la actuación de ese equipo infame de los dos últimos años, que ha dividido a los españoles en clases, creando dos ejércitos para sembrar el odio y la destrucción en lugar del amor de hermanos. Por eso los candidatos esperamos que votéis todos, y más aún esperamos que vote la mujer, sin temor al peligro, para devolver a España la convicción de sí misma."

Enumeró algunos actos de heroísmo de distintas regiones españolas, para concluir que siempre se realizaron bajo el signo de España. A los obreros dice que ésta no es candidatura de partido, sino para todos; pero no se puede ir a los jornales de hambre, ni a los de pereza, sino que pensando en la Patria, cada uno debe realizar su tarea hasta encontrar a España salvada y fuerte.

"Y pasado el tiempo, nos reuniremos bajo este cielo, en una tarde como ésta, no ciertamente para reclutar votos; vosotros, cansados ya; vosotras, bellas todavía, aunque con la belleza que da el atavío de los años, y nuestros hijos, que no votaron, pero que verán con orgullo nuestros barcos cruzar los mares y mirarán con admiración cómo se alejan nuestras fronteras..."

Diario de Jerez, 7 de noviembre de 1933.

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN SANLÚCAR DE BARRAMEDA, CÁDIZ, EN EL TEATRO VICTORIA, EL 8 DE NOVIEMBRE DE 1933, CON LOS AUSPICIOS DE LA AGRUPACIÓN LOCAL INDEPENDIENTE

Empieza diciendo que siente no poder corresponder a los amables e inmerecidos elogios que se le han tributado, sino como una humilde promesa de que si consigue ser elegido diputado, va con una consigna: la de que estas Cortes no sigan un paso más el camino emprendido por las Constituyentes.

Olvidemos el corto lapso de tiempo transcurrido después de seis años que llaman indignos, y que yo me enorgullezco en llamar gloriosos.

Con verbo cálido hace una emocionante descripción de los hechos que motivaron la pacificación de Marruecos... (*Otra ovación cerrada le impide continuar.*)

Y cuando todo era paz y trabajo y prosperidad, a unos intelectuales decadentes se les ocurre decir en un café de Madrid "que esto no podía ser"; "que esto no podía seguir así", y el pueblo español, que vivía tranquilo, votó contra la dictadura que de ese modo "le oprimía". Esos han sido los diputados de las Constituyentes.

España, dice la Constitución, es una República de trabajadores; pues bien: España, ni es República, ni es Monarquía; es una unidad permanente al servicio de todos los españoles, trabajadores y capitalistas.

¿España no es católica? ¡Es mentira! No existen pueblos laicos. Cuando el ser humano se pregunta qué hay más allá de la tumba y de nuestro materialismo, y se vuelven los ojos hacia la incógnita del infinito, no se puede contestar con la sonrisa satánica y pálida de don Fernando de los Ríos.

España no configura ya una unidad, después del rumbo seguido por Cataluña y el que desgraciadamente inician otras regiones.

Combate el divorcio, que destruye los cimientos de las familias y de los pueblos sobre los que se asienta la integridad de la Patria. España no es independiente: la influencia de Amsterdam lo proclama.

Recuerda la misteriosa visita de Herriot, que nadie sabe a lo que vino ni qué pactos secretos se fraguaron, pero inmediatamente empezaron las obras de dragado del puerto de Mahón y el "tubo de la risa", que es el tubo de la afrenta construido para dar paso a las tropas coloniales de no se sabe qué país.

Trata de la Ley de Reforma Agraria, y pregunta si hay algún campesino que haya recibido un pedazo de tierra; pero, sin embargo, el que tenga relaciones en Madrid, que pregunte por las oficinas, donde se nutre una numerosa burocracia, con fastuosas alfombras, con un lujo asiático, y diga si eso no humilla por igual al terrateniente despojado y a los obreros escarnecidos. (*Gran ovación.*)

La situación actual es producto que han dejado las Constituyentes y Azaña. España no puede salir de esas Cortes, ni de ninguna corporación parlamentaria; no creo ni poco ni mucho en el sufragio universal inorgánico. El sufragio lo que hace es dar la victoria al partido más fuerte, sin que la expresión de esos votos alcance a traducir la verdadera realización de la voluntad nacional; acepta la realidad de la lucha, pero el destino de la Patria no se resuelve con unos votos. Triunfaría acaso un partido, nunca la integridad de España.

Termina diciendo que la Patria que él quiere no saldrá de las Cortes: pero no se perderá tampoco. Cuando vayan a ella, dirán las derechas: "Hasta aquí"; para cuando otra vez vuelvan, decir todos: "Desde aquí hacia la España del pasado y del futuro; otra vez hacia nuestra eterna España."

La Unión, de Sevilla, 11 de noviembre de 1933.

CONTESTACIÓN CIRCULAR A LAS ADHESIONES RECIBIDAS CON MOTIVO DE LA FUNDACIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA

F. E.

FALANGE ESPAÑOLA

MADRID

El Comité de Mando de este Movimiento Nacional ha recibido la carta de adhesión dirigida por usted a uno de sus miembros. La abrumadora abundancia de las adhesiones recibidas no permite contestar personalmente a cada adherido sino por medio de esta hoja impresa. Pero crea que las palabras de usted han sido leídas y estimadas personalmente, con la más cordial gratitud, por el jefe a quien van dirigidas, y que al enviarle esta notificación de tenerle ya por unido al Movimiento le dirige todo el Comité su fraternal saludo.

Madrid, 8 de noviembre de 1933.

Fdo.: J. A. PRIMO DE RIVERA.

Sr. D. Blas García. Ríos Rosas, 8, 3º

Madrid.

NOTICIA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN VILLAMARTÍN (CÁDIZ), EN EL TEATRO DE LA LOCALIDAD, EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1933

Habló de la seriedad de estos candidatos, enemigos de los vicios de la vieja política electorera; censuró estos últimos tiempos de política desastrosa, especialmente la burla que supone haber utilizado al obrero como escalón para alcanzar los escaños de diputados y los magníficos autos oficiales; el desastre de la reforma agraria, y tantos otros proyectos que han venido a desacreditar a los profesionales de una política que lleva a España a la ruina.

Expone sus teorías sobre el parlamentarismo y los propósitos que le animan. Y al hablar de sus esperanzas para el porvenir de una España grande, el público no le deja terminar el párrafo, interrumpiéndolo con aplausos y vivas a España y a Primo de Rivera.

Diario de Jerez, 10 de noviembre de 1933.

DISCURSO PRONUNCIADO EN CÁDIZ EL DÍA 12 DE NOVIEMBRE DE 1933

No aumentéis con esos aplausos generosos y anticipados mi emoción y orgullo, porque ya me es bastante sentirme en vías de representar tal vez allá, en las Cortes, a esta provincia de Cádiz. Ya sabéis lo que eso representa para mí, no sólo por Cádiz mismo, sino por la compañía en que espero ir a esas Cortes. Van conmigo, aparte de otros amigos a quienes tengo el mayor afecto, tres ciudadanos preclaros de esta ciudad; unos por su nacimiento y otro por su adopción; va conmigo, si es que lo votáis, y de seguro lo votaréis antes que a mí, don Miguel Martínez de Pinillos, que es la generosidad y que además tiene la más bella cualidad que cabe en el patrimonio: es poseedor de barcos, y puede darse a sí mismo el goce imperial de mandar por los términos del mundo trozos flotantes de la Patria. Tenemos aquí también, y va conmigo en la candidatura, José María Pemán, que, de puro cantar su espíritu en esta clásica unidad de Cádiz, ha llegado a sentir por el camino de la inteligencia, y no por el camino de la fiebre, las más altas fiebres de la impaciencia divina. Y va, por fin, para nuestro orgullo y para nuestra buena compañía, este gran alcalde perpetuo, don Ramón de Carranza, que fue tan amigo de mi padre que incluso llegó a exasperarle algunas veces llevándole lealmente la contraria. Y que fue tan gran alcalde, que aun con deber su nombramiento a designación de la autoridad, y no a elección del sufragio, no ha habido nunca, ni en Cádiz ni fuera de Cádiz, un alcalde más popular que don Ramón de Carranza.

Pero, además, esta ciudad de Cádiz tiene para mí el recuerdo de otro gran impaciente. Es mucho, pues, lo que me dais con vuestros aplausos y lo que acaso me deis con vuestros votos, y en correspondencia de ello, yo quisiera también saber prometemos mucho, pero no os debo engañar: os puedo ofrecer únicamente el que nosotros, en las Cortes, nos clavaremos como resueltos centinelas para que no dé un paso más, ni un solo paso más, la revolución del 14 de abril de 1931.

Pensad en los dos años de Gobierno de azañistas y socialistas, y pensad en la obra de esas Cortes Constituyentes que se acaban de disolver, y que tenemos que procurar que no renazcan, porque ya sabéis que existe el peligro de que renazcan en virtud de no sé qué artículo de la Constitución. Pensad en la obra de esos dos años de Cortes Constituyentes, y pensad lo que nos dejan en España.

España, según nos dicen, ya no es católica: España es laica. Eso es mentira. No existe lo laico. Frente al problema dramático y profundo de todos los hombres ante los misterios eternos no se nos puede contestar con evasivas. Contesta esas preguntas la voz de Dios, o contesta la voz satánica del antidiós, aunque sea disfrazada con la sonrisa hipócrita de don Fernando de los Ríos.

España ya no es una. En la Constitución que nos rige os encontraréis con que se le da a España el atributo de nación y, en cambio, se están cumpliendo muchos Estatutos regionales. Dentro de unos años no sabremos si tendremos que llevar intérpretes para recorrer tierras que fueron de España. En cada sitio se hablará una lengua; en cada sitio se estudiará una historia, pero España no es ya siquiera una agrupación de regiones: es una República cantonal; una frontera para cada Municipio con esa Ley de Términos que obliga a los obreros, en unos tiempos, a abusar del exceso de trabajo, y en otras épocas, a morir de hambre dentro de una implacable frontera.

España ya no es una reunión de familias. Vosotros sabéis lo que era de entrañable esa familia. Todas vosotras, las mujeres de Cádiz, las mujeres de España, habéis cada una constituido vuestra familia, y pensabais otras constituirla también a la española, en la única forma tradicional que nosotros podemos entender la familia. Pues bien: ya tenemos una magnífica institución que se llama el divorcio. Con el divorcio ya es el matrimonio la más provisional de las aventuras, cuando la bella grandeza del matrimonio estaba en ser irrevocable, estaba en ser definitivo, estaba en no tener más salida que la felicidad o la salida de la tragedia, porque no saben muy bien de cosas profundas los que ignoran que lo mismo en los entrañables empeños de lo íntimo, que en los más altos empeños históricos, no es capaz de edificar imperios quien no es capaz de dar fuego a sus naves cuando desembarca.

Y, además, España no es independiente. Los hombres que han regido a España reciben sus consignas o de la logia de París o de la Internacional de Ámsterdam. Hace unos días pasó ante la hostilidad de Madrid un presidente francés. Hace muy poco estuvo en Barcelona, tratando con el

presidente de la Generalidad, otro ex presidente francés. No se sabe qué pactos secretos se urden en esas entrevistas. Sólo se sabe que ha sido dragado a toda prisa el puerto de Mahón para que en él fondeen Dios sabe qué escuadras. Y que nos han minado Madrid con un tubo que se llama el tubo de la risa, pero que quizá sea una vez más el tubo de la afrenta, porque va a servir para que pasen por debajo de nuestra Península, hacia trincheras que no nos importan, las tropas coloniales de cualquier país vecino. Y España ya no es nada de eso; esa España que nos han dejado empobrecida, con una economía desquiciada, con la agricultura en ruina por esa Ley de Reforma Agraria, que sólo sirve para empobrecer a muchos sin que haya enriquecido más que a los que pertenecen a ese Instituto de Reforma Agraria, que pisan sobre mullidas alfombras y usan los mejores automóviles, y dicen que ha de favorecer a los campesinos.

Pues cuando nosotros, los candidatos, nos vemos frente a eso, que ya no es lo que se llama España, porque España no es la reunión deshecha de tantos elementos dispares, sino que es el conjunto gracioso y armonioso de todos ellos; al encontrarnos esto, que ya es otra cosa, nosotros, los candidatos, medimos nuestras fuerzas y no nos atrevemos a ofrecer mucho. Pero aunque nos hayan deshecho a esa España desde las disueltas Cortes de Madrid, todos sabemos que existe otra. Yo la he visto en un repliegue de la Sierra. Ayer estuvimos en Benaocaz, pueblecito que se aloja como un nido en un hueco de las peñas, cerca de Grazalema. Nos hicieron hablar. Se acordaron de que éramos candidatos y nos hicieron hablar. Hablamos encima de una mesa, bajo un techo de cañas con las vigas al aire, ennegrecidas por el humo. Nos rodeaban unos hombres y unas mujeres con el rostro curtido; unos hombres que, como sus padres, como sus abuelos y como sus tatarabuelos, venían cuidando sus ganados, venían labrando su terreno. Así eran, seguramente, como esos hombres, los porquerizos que al principio del siglo XVI se fueron a conquistar un continente. Junto a esos hombres estaban las mujeres; las mujeres suyas, con unos ojos tan negros, tan profundos, tan encendidos, que parecían prometer otros mil años, otros mil siglos de vitalidad. Pues bien: cerca de aquellas gentes que no sabían de política, que difícilmente entienden lo que son las candidaturas, que viven de una manera genuina, como se vivía desde mucho antes que existieran las ciudades, entre esas gentes noté que estaba viva España, que toda esta obra de la Constitución que padecemos y de los Gobiernos que nos han gobernado es una cosa provisional. Tenemos todavía nuestra España, y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos. España está ahí, y un día encontraremos a España, y entonces tal vez no nos oigan hablar de estas cosas. Entonces estad seguros, por ejemplo, los obreros, de que no seríais sojuzgados por la tiranía de los ricos que ofrecen condiciones duras diciéndoos que os elevan a la redención, porque esa España, nuestra España única, nos dirá a cada cual nuestro deber y nuestro sacrificio, y en nombre de España se gobernará, no para la clase más fuerte ni para el partido mejor organizado, sino para todos los españoles, y hemos de salvarnos juntos o hemos de perecer juntos.

Yo no me atrevo a prometemos que esa España la encontraremos en las futuras Cortes. Las Cortes son un instrumento inventado por la Constitución y por todas las corrientes y pensamientos que en la Constitución desembocaron; son un aparato que se detiene con que unos cuantos con habilidad y mala intención quieran detenerlo. Yo no os prometo, si voy a las Cortes, que en mis modestas fuerzas encuentre recursos para descubrir a esa España; pero sí os prometo, como dije al principio, que me clavaré en aquellas Cortes como un centinela para que no dé un paso más la revolución, ¡ni un paso más!, como centinela que se clava en su puesto a costa de rigores y a costa de la muerte, y os prometo, que será de mucho entono para mí, en el lugar de centinela, pensar en este Cádiz, en este Cádiz vuestro, que, avanzando hacia el mar como blanco navío, nos coloca más cerca de los futuros horizontes de España.

(Hacia la historia de la Falange, Sancho Dávila y Julián Pemartín, pág. 38)

NOTICIA DEL ACTO ORGANIZADO EN SAN FERNANDO (CÁDIZ), EN EL TEATRO DE LAS CORTES DE LA LOCALIDAD, EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1933

(Fue suspendido a consecuencia de un atentado criminal)

Durante el revuelo que se originó a raíz del atentado que perpetraron unos pistoleros, y mientras eran recogidos los heridos, el agente de la autoridad, delegado en aquel acto, suspendió el mismo, y entonces, el señor Carranza se adelantó al proscenio y, con voz potente, dijo:

– No se puede suspender así este acto. Yo no hablaré. Pero tenéis que escuchar a José Antonio Primo de Rivera, digno hijo de su padre.

Seguidamente, José Antonio se adelantó a la batería y manifestó:

– Como veis, estos hechos que se suceden frecuentemente no pueden repetirse. Hay que terminar con este estado alarmante de desorden y anarquía. La autoridad, cobarde para evitar la introducción de elementos extraños, no lo es, en cambio, para suspender este acto, atropellando nuestros derechos.

Siguió en duros términos de censura, diciendo que nunca cumpliría ordenes de una autoridad que no la poseía para impedir la libre circulación de los asesinos.

Transcurrido un rato, la presidencia del mitin, ejercida por Carranza, le pidió que terminase, y entonces José Antonio acabó con estas palabras: "La respetable y aquí única autoridad de don Ramón Carranza me ruega que termine; sólo ahora se da por terminado el acto. Antes quiero que todos gritéis conmigo: ¡Viva España!"

De *"Hacia la historia de la Falange"*. Sancho Dávila y Julián Pemartín. t. I. pág. 43.

DISCURSO PRONUNCIADO EN JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ), EN EL TEATRO ESLAVA, EL VIERNES 17 DE NOVIEMBRE DE 1933

"Por fin llego a Jerez con el traje gris del camino y la ronquera de la predicación como quien llega a su propia casa. En todas partes me han dispensado el afecto y el honor, pero aquí, entre vosotros, hallo caras de amigos y el calor de la casa paterna."

Hace una alusión a su padre y dice que cuando en las tropas se pasa revista después de una acción militar y se pronuncia el nombre de los caídos, todos los supervivientes que llevan aún el yelmo de acero en la cabeza y las espuelas, contestan todos a una por los que murieron: ¡Presente! (*Ovación.*) El párrafo que hasta aquí ha sido pronunciado en tono conmovedor, arranca lágrimas de los ojos del auditorio.

"Por eso esta tarde todos acudimos a pedir vuestros votos, y cada cual con la vista fija en esa tumba que ha de informar todos los actos de nuestra vida política. Tumba que es para nosotros una lección y que nos hace trabajar por la fecundidad de nuestro pueblo.

Llevamos dos años y medio asistiendo a la descomposición de la Patria, poco después de transcurridos aquellos años llamados indignos en que todos trabajamos en paz y empezaba a vislumbrarse la cultura, y tuvo como colofón la solución del problema de Marruecos, no resignándonos como víctimas sino viendo cómo los barcos de España y Francia formaban una columna de honor a las órdenes de un mismo general..." (*Ovación que impide al orador terminar el párrafo.*)

Esa España es la que teníamos cuando unos desalmados, que no tenían más agravio que habérseles tachado por la Censura unos párrafos, vinieron a concertar la ruina de la Patria.

Decían estos farsantes que, en efecto, teníamos paz y trabajo y habíamos logrado grandes ventajas materiales, pero en el orden espiritual estábamos humillados, y aquella masa, así engañada, votó en un día nefasto contra la obra de la Dictadura y votó este régimen salido de las logias parisinas y de la internacional de Ámsterdam.

Según ellos, ya no es católico ningún español y España ha dejado de ser creyente, y, por tanto, si España no fuese católica tendría que ser satánica; porque no puede hablarse de pueblos laicos.

España ya no es una. Pronto tendremos que recorrerla con intérpretes por la diversidad de Estatutos y lenguas; llevaremos intérpretes, si es que nos queda dinero para pagarlos, pues todo se lo está llevando Maciá con los traspasos de servicios. España, pues, ya no es una, es una República cantonal.

España ya no siente la familia, pues con la ley del divorcio se ha amparado a los que nunca supieron constituir un hogar y amparado a esas mujeres que no hay quien las resista ni diez minutos. En Arcos decía hace poco: vosotros, los que habéis nacido y vivido en un hogar donde el padre era la autoridad y la madre el amor, el padre representaba el trabajo y la madre el perdón, ¿cómo podéis ahora comprender que vuestras hijas, después de casadas, sean abandonadas como se deja el salón de espectáculos cuando no agrada la película? (Muchos aplausos.)

España, un día de estos, empezará a ser zona de reclutamiento para otro país, y el túnel del Estrecho facilitará el paso de las tropas coloniales de la República vecina, pues los políticos extranjeros que han venido por Barcelona y Madrid no lo han hecho tan sólo para recoger los silbidos del pueblo, sino para concertar pactos que permanecen en el secreto.

Por último, España ha dejado de ser una nación; ahora es una República de trabajadores. La República no puede ser nunca el patrimonio de una clase, pues no es una forma política, como no lo es el Estado por mucho que se quiera.

Esta España, deshecha en pedazos, es la que tratamos de rehacer; tal vez no lo logremos en estas Cortes. Si no lo logramos, volveremos a vosotros a pedir vuestro calor y vuestra ayuda. Ahora nos toca luchar para, todos unidos, ir al resurgimiento de la Patria.

Logrado esto, él logrará –termina diciendo– ese reposo que traduce la verdadera serenidad y que ahora nos falta con la inquietud de ver la tempestad que se desencadena actualmente contra España. Sólo entonces logrará ese reposo que es el mejor descanso que da Dios Nuestro Señor para los héroes que fueron mártires por los pecados de su generación. (*Grandiosa ovación que dura largo rato.*)

Diario de Jerez, 18 de noviembre de 1933.

SERIEDAD

"Al regreso de mi campaña electoral en Cádiz, me informan de que en ABC se publicó hace días un artículo firmado, en el que se tomaba a broma el fascio con motivo del trágico suceso ocurrido en San Fernando el domingo 12. Parece que el autor del artículo, con delicado gusto, extraía del horrendo suceso, luto y zozobra de varias familias, el efecto cómico de compararlo a una dosis de aceite de ricino administrada al fascio español.

Si el artículo no se hubiera publicado en ABC, no merecería su autor la más mínima beligerancia polémica. Pero la calidad de la tribuna exige señalar que se falta a la verdad y a la justicia en aquel artículo, por las razones siguientes:

Primera. Porque el acto de San Fernando no era un mitin fascista, sino de propaganda de una coalición electoral; ni la agresión fue dirigida contra ningún fascista; ni en San Fernando había organización fascista; ni el fascio tenía nada que ver con la organización del mitin ni con la vigilancia.

Segunda. Porque el autor del crimen lo cometió disparando sobre el público y no sobre el escenario, desde una puerta lateral de la sala, sin llegar a entrar, por lo que nadie pudo verle en el momento de hacer los disparos ni iniciar en el acto su persecución; y

Tercera. Porque no ha sido posible, hasta ahora, determinar quiénes fueron los inductores del crimen, sobre los cuales, de ser conocidos, hubiera podido recaer una justa represalia. Quede con esto restablecida la verdad pública. Por lo demás, los fascistas españoles, sin alardes, se encargarán de demostrar que ni simbólicamente aceptan la más mínima dosis de aceite de *ricino*.

José Antonio Primo de Rivera."

(ABC de Madrid, 1933)

AGRADECIMIENTO

"Entre la alegría y el temor"

Todavía bajo la impresión de las primeras noticias, no sé si prevalece dentro de mí la emoción por el triunfo y por el honor de verme elegido en la provincia donde nació mi padre, o el peso de la responsabilidad que va envuelta en la investidura, sobre todo en momentos como éstos, decisivos para España. Pero, entre la alegría y el temor, tiene que abrirse paso, en esta fecha, la más viva gratitud: una gratitud emocionada y profunda para todos los que han trabajado con tanta fe por el triunfo de la candidatura en que yo figuraba, y para todos los que, al darme su voto, han sabido hermanar delicadamente la expresión de una confianza generosa y la devoción a un recuerdo para mí sagrado. Estén todos seguros de que no se me escapa ese fino sentido de sus votos, y que, al percibirlo, me siento ligado en sujeción espiritual, que es siempre la más fuerte, al servicio de esta provincia para mí tan llena de motivos de afecto.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Información, Cádiz, 20 de noviembre de 1933.

Diario de Cádiz, Cádiz, 21 de noviembre de 1933.

**INSTANCIA SUSCRITA POR JOSÉ ANTONIO, DONDE GESTIONA DE LA
AUTORIDAD GUBERNATIVA EL OPORTUNO PERMISO PARA INICIAR LA
PUBLICACIÓN DE "FE"**

Excmo. Sr.:

José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, mayor de edad, soltero, abogado, vecino de Chamartín de la Rosa (Madrid) y domiciliado en la carretera del Hipódromo número 43, según consta en la cédula personal que exhibe y recoge de la tarifa 1ª, clase 2ª, número 142.386, expedida en Chamartín el seis de noviembre último, hallándose en el pleno uso de sus derechos civiles y políticos, a V. E. respetuosamente expone:

Que tiene el propósito de publicar, como propietario y director de él, un semanario de literatura, información y doctrina política titulado FE, que se editará en los talleres de El Financiero, calle de Ibiza número 11, cuyo recibo de contribución se acompaña, y tendrá su redacción en la Avenida de Eduardo Dato número 10, 3º 1.

Por consecuencia,

Suplica a V. E. que sirva tener por hecha la anterior manifestación para todos los efectos legales procedentes.

Madrid, 30 de noviembre de 1933.

José Antonio Primo de Rivera

Autógrafo propiedad de Pablo Arredondo, cuya reproducción fotográfica incluyó el semanario *El Español*, número 2, del 29 de octubre de 1966.

PUNTOS INICIALES

I. ESPAÑA

Falange Española cree resueltamente en España. España no es un territorio.

NI un agregado de hombres y mujeres.

España es, ante todo, UNA UNIDAD DE DESTINO. Una realidad 'histórica.

Una entidad verdadera en sí misma, que supo cumplir –y aún tendrá que cumplir– misiones universales.

* * *

Por tanto, España existe:

1º. Como algo DISTINTO a cada uno de los individuos y de las clases y de los grupos que la integran.

2º. Como algo SUPERIOR a cada uno de esos individuos, clases y grupos, y aun al conjunto de todos ellos.

* * *

Luego España, que existe como realidad *distinta y superior*, ha de tener sus *finés propios*.

Son esos fines:

1º. La permanencia en su unidad.

2º. El resurgimiento de su vitalidad interna.

3º. La participación, con voz preeminente, en las empresas espirituales del mundo.

II. DISGREGACIONES DE ESPAÑA

Para cumplir esos fines, España tropieza con un gran obstáculo: está dividida:

1º. Por los separatismos locales.

2º. Por las pugnas entre los partidos políticos.

3º. Por la lucha de clases.

* * *

El separatismo ignora u olvida la realidad de España. Desconoce que España es, sobre todo, una gran UNIDAD DE DESTINO.

Los separatistas se fijan en si hablan lengua propia, en si tienen características raciales propias, en si su comarca presenta clima propio o especial fisonomía topográfico.

Pero –habrá que repetirlo siempre– una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una UNIDAD DE DESTINO EN LO UNIVERSAL. Esa unidad de destino se llamó y se llama España.

Bajo el signo de España cumplieron su destino –unidos en lo universal– los pueblos que la integran.

Nada puede justificar que esa magnífica unidad creadora de un mundo se rompa.

* * *

Los partidos políticos ignoran la unidad de España porque la miran desde el punto de vista de un interés PARCIAL.

Unos están a la DERECHA.

Otros están a la IZQUIERDA.

Situarse así ante España es ya desfigurar su verdad.

Es como mirarla con sólo el ojo izquierdo o con sólo el ojo derecho: de REOJO.

Las cosas bellas y claras no se miran así, sino con los dos ojos, sinceramente DE FRENTE.

No desde un punto de vista *parcial, de partido*, que ya, por serio, deforma lo que se mira.

Sino desde un punto de vista TOTAL, de Patria, que al abarcarla en su conjunto corrige nuestros defectos de visión.

* * *

La lucha de clases ignora la unidad de la Patria, porque rompe la idea de la *producción nacional* como conjunto.

Los patronos se proponen, en estado de lucha, ganar más.

Los obreros, también.

Y, alternativamente, se tiranizan.

En las épocas de crisis de trabajo, los patronos abusan de los obreros.

En las épocas de sobra de trabajo, o cuando las organizaciones obreras son muy fuertes, los obreros abusan de los patronos.

Ni los obreros ni los patronos se dan cuenta de esta verdad: Unos y otros son cooperadores en la obra conjunta de la PRODUCCION NACIONAL. No pensando en la producción nacional, sino en el interés o en la ambición de cada clase, acaban por destruirse y arruinarse patronos y obreros.

III. CAMINO DEL REMEDIO

Si las luchas y la decadencia nos vienen de que se ha perdido la idea permanente de España, el remedio estará en restaurar esa idea. Hay que volver a concebir a España como realidad existente por sí misma.

Superior a las diferencias entre los pueblos.

Y a las pugnas entre los partidos.

Y a la lucha de clases.

Quien no pierda de vista esa afirmación de la realidad superior de España verá claros todos los problemas políticos.

IV. EL ESTADO

Algunos conciben al Estado como un simple mantenedor del orden, como un espectador de la vida nacional que sólo toma parte en ella cuando el orden se perturba, pero que no cree resueltamente en ninguna idea determinada.

Otros aspiran a adueñarse del Estado para usarlo, incluso tiránicamente, como instrumento de los intereses de su grupo o de su clase.

Falange Española no quiere ninguna de las dos cosas: ni el Estado indiferente, mero policía, ni el Estado de clase o grupo.

Quiere un Estado creyente en la realidad y en la misión superior de España.

Un Estado que, al servicio de esa idea, asigne a cada hombre, a cada clase y a cada grupo, sus tareas, sus derechos y sus sacrificios.

Un Estado de TODOS; es decir, que no se mueva sino por la consideración de esa idea permanente de España; nunca por la sumisión al interés de una clase ni de un partido.

V. SUPRESIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Para que el Estado no pueda nunca ser de un partido hay que acabar con los partidos políticos.

Los partidos políticos se producen como resultado de una organización política falsa: el régimen parlamentario.

En el Parlamento, unos cuantos señores dicen representar a quienes los eligen. Pero la mayor parte de los electores no tienen nada común con los elegidos: ni son de las mismas familias, ni de los mismos municipios, ni del mismo gremio.

Unos pedacitos de papel depositados cada dos o tres años en unas urnas son la única razón entre el pueblo y los que dicen representarle.

* * *

Para que funcione esa máquina electoral, cada dos o tres años hay que agitar la vida de los pueblos de un modo febril.

Los candidatos vociferan, se injurian, prometen cosas imposibles.

Los bandos se exaltan, se increpan, se asesinan.

Los más feroces odios son azuzados en esos días. Nacen rencores que durarán acaso para siempre y harán imposible la vida en los pueblos.

Pero a los candidatos triunfantes, ¿qué les importan los pueblos? Ellos se van a la capital, a brillar, a salir en los periódicos y a gastar su tiempo en discutir cosas complicadas, que los pueblos no entienden.

* * *

¿Para qué necesitan los pueblos de esos intermediarios políticos? ¿Por qué cada hombre, para intervenir en la vida de su nación, ha de afiliarse a un partido político o votar las candidaturas de un partido político?

Todos nacemos en UNA FAMILIA.

Todos vivimos en un MUNICIPIO.

Todos trabajamos en un OFICIO o PROFESION.

Pero nadie nace ni vive, naturalmente, en un partido político.

El partido político es una cosa ARTIFICIAL que nos une a gentes de otros municipios y de otros oficios con los que no tenemos nada de común, y nos separa de nuestros convecinos y de nuestros compañeros de trabajo, que es con quienes de veras convivimos.

Un Estado verdadero, como el que quiere Falange Española, no estará asentado sobre la falsedad de los partidos políticos ni sobre el Parlamento que ellos engendran.

Estará asentado sobre las auténticas realidades vitales:

La familia.

El Municipio.

El gremio o sindicato.

Así, el nuevo Estado habrá de reconocer la integridad de la familia, como unidad social; la autonomía del Municipio, como unidad territorial, y el sindicato, el gremio, la corporación, como bases auténticas de la organización total del Estado.

VI. DE LA SUPERACIÓN DE LA LUCHA DE CLASES

El nuevo Estado no se inhibirá cruelmente de la lucha por la vida que sostienen los hombres.

No dejará que cada clase se las arregle como pueda para librarse del yugo de la otra o para tiranizarla.

El nuevo Estado, por ser de todos, considerará como fines propios los fines de cada uno de los grupos que lo integren y velará como por sí mismo por los intereses de todos.

La riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de los más; no sacrificar a los más para lujo y regalo de los menos.

El trabajo es el mejor título de dignidad civil. Nada puede merecer más la atención del Estado que la dignidad y el bienestar de los trabajadores.

Así, considerará como primera obligación suya, cueste lo que cueste, proporcionar a todo hombre trabajo que le asegure no sólo el sustento, sino una vida digna y humana.

Eso no lo hará como limosna, sino como cumplimiento de un deber.

* * *

Por consecuencia, ni las ganancias del capital –hoy a menudo injustas– ni las tareas del trabajo estarán determinadas por el interés o por el poder de la clase que en cada momento prevalezca, sino por el interés conjunto de la producción nacional y por el poder del Estado.

Las clases no tendrán que organizarse en pie de guerra para su propia defensa, porque podrán estar seguras de que el Estado velará sin titubeo por todos sus intereses justos.

Pero sí tendrán que organizarse en pie de paz los sindicatos y los gremios, porque los sindicatos y los gremios, hoy alejados de la vida pública por la interposición artificial del Parlamento y de los partidos políticos, pasarán a ser órganos directos del Estado.

* * *

En resumen:

La actual situación de lucha considera a las clases como divididas en dos bandos, con diferentes y opuestos intereses.

El nuevo punto de vista considera a cuantos contribuyen a la producción como interesados en una misma gran empresa común.

VII. EL INDIVIDUO

Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, como capaz de un destino eterno, como portador de valores eternos.

Así, pues, el máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad.

Pero esta libertad profunda no autoriza a tirotear los fundamentos de la convivencia pública.

No puede permitirse que todo un pueblo sirva de campo de experimentación a la osadía o a la extravagancia de cualquier sujeto.

Para todos, la libertad verdadera, que sólo se logra por quien forma parte de una nación fuerte y libre.

Para nadie, la libertad de perturbar, de envenenar, de azucar las pasiones, de socavar los cimientos de toda duradera organización política.

Estos fundamentos son: LA AUTORIDAD, LA JERARQUIA Y EL ORDEN.

* * *

Si la integridad física del individuo es siempre sagrada, no es suficiente para darle una participación en la vida pública nacional. La condición política del individuo sólo se justifica en cuanto cumple una función dentro de la vida nacional.

Sólo estarán exentos de tal deber los impedidos.

Pero los parásitos, los zánganos, los que aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, no merecerán la menor consideración del Estado nuevo.

VIII. LO ESPIRITUAL

Falange Española no puede considerar la vida como un mero juego de factores económicos. No acepta la interpretación materialista de la Historia.

Lo espiritual ha sido y es el resorte decisivo en la vida de los hombres y de los pueblos.

* * *

Aspecto preeminente de lo espiritual es lo religioso.

Ningún hombre puede dejar de formularse las eternas preguntas sobre la vida y la muerte, sobre la creación y el más allá.

A esas preguntas no se puede contestar con evasivas; hay que contestar con la afirmación o con la negación.

España contestó siempre con la afirmación católica.

La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es además, históricamente, la española.

Por su sentido de CATOLICIDAD, de UNIVERSALIDAD, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación.

Así, pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico.

Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones contra quienes no lo sean. Los tiempos de las persecuciones religiosas han pasado.

Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir directamente funciones religiosas que correspondan a la Iglesia,

Ni menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia, con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional.

Quiere decir que el Estado nuevo se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos.

IX. LA CONDUCTA

Esto es lo que quiere Falange Española.

Para conseguirlo, llama a una cruzada a cuantos españoles quieran el resurgimiento de una España grande, libre, justa y genuina.

Los que lleguen a esta cruzada habrán de aprestar el espíritu para el servicio y para el sacrificio.

Habrán de considerar la vida como milicia: disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, a la pereza y a la maledicencia.

Y al mismo tiempo servirán ese espíritu de una manera alegre y deportiva.

* * *

La violencia puede ser lícita cuando se emplee por un ideal que la justifique.

La razón, la justicia y la Patria serán defendidas por la violencia cuando por la violencia –o por la insidia– se las ataque.

Pero Falange Española nunca empleará la violencia como instrumento de opresión.

Mienten quienes anuncian –por ejemplo– a los obreros una tiranía fascista.

Todo lo que es HAZ o FALANGE es unión, cooperación animosa y fraterna, amor.

Falange Española, encendida Por un amor, segura en una fe, sabrá conquistar a España para España, con aire de *milicia*.

(FE, núm.1, 7 de diciembre de 1933)

LA VICTORIA SIN ALAS

España entró otra vez en el sorteo del 19 de noviembre. Está bien que las urnas se parezcan al bombo de la lotería. Tanto da que una bola ruede la primera hacia el agujero como que un manojo de papeletas abruma a otro manojo. Aquello lo decide cualquier duende encargado de los azares de la lotería; esto, cualquier espíritu, bueno o malo, de justicia, de represalia o de histeria. Puro azar: un buen chiste contra un candidato puede privarle del triunfo a última hora. La comezón de sacudir un Gobierno que irrita puede determinar a un pueblo a derribar mil cosas. España se jugó otra vez al juego de las papeletas el 19 de noviembre.

Y hay quien cree que en ese sorteo se ha ganado nada menos que la contrarrevolución. Muchos se sienten tan contentos.

Una vez más tiende España a cicatrizar en falso, a cerrar la boca de la herida sin que se resuelva el proceso interior. Sencillamente: a dar por liquidada una revolución cuando la revolución sigue viva por dentro, más o menos cubierta por esta piel endeble que le ha salido de las urnas.

No se olvide un dato: hay algunas provincias –sobre todo en las andaluzas– donde el 60 por 100 del censo se ha quedado sin votar. En pueblos enteros, de miles de electores, se han contado por escasos centenares los votos emitidos. Mientras esos pocos electores votaban, muchedumbres torvas, hostiles, apiñaban en las esquinas la amenaza de su presencia, envolviendo en el mismo rencor a los candidatos de todos los bandos. "Todos son lo mismo –gruñían los campesinos andaluces–. ¿Qué nos importa a los obreros eso? ¡Que se destrocen los políticos unos a otros!". Las paredes blancas de los pueblos se ensangrentaban en imprecaciones: "No votes, obrero. Tu único camino es la revolución social". Y unos grabados tormentosos, oscuros, con tenebrosa calidad de aguafuertes, presentaban figuras famélicas con inscripciones como ésta debajo: "Mientras el pueblo se muere de hambre, los candidatos gastan millones en propaganda. ¡Obrero, no votes!"

En muchos sitios los obreros no han votado. Se han permitido el lujo escalofriante de regalar a la burguesía –a la derecha, principalmente– la máquina de legislar. Una orden dada a tiempo por los sindicatos, una movilización general de masas proletarias, hubiera producido la derrota de quién sabe cuántos candidatos de las derechas. Los obreros lo sabían y, sin embargo, se han abstenido de votar. Hay que estar ciego para no ver bajo ese desdén la amenaza terrible hacia quienes se consideran vencedores.

Las derechas están con su Parlamento recién ganado como un niño con juguete nuevo. Creen –así Azaña hace poco– que el mundo es ese mundo que se ve con la linterna mágica del Parlamento. Encerrados en el Parlamento se creen en posesión de los hijos de España. Pero fuera hierve una España que ha despreciado el juguete.

La España de los trágicos destinos, la que, por vocación de águila imperial, no sirve para cotorra amaestrada de Parlamento. Esa que ruge imprecaciones en las paredes de los pueblos andaluces y se revuelve desde hace más de un siglo en una desesperada frustración de empresas. La España de las hambres y de las sequías. La que, de cuando en cuando, aligera en un relámpago de local ferocidad embalses seculares de cólera.

Esa España, mal entendida, desencadenó una revolución. Una revolución es siempre, en principio, una cosa anticlásica. Toda revolución rompe al paso, por justa que sea, muchas unidades armónicas. Pero una revolución puesta en marcha sólo tiene dos salidas: o lo anega todo o se la encauza. Lo que no se puede hacer es eludirla; hacer como si se la ignorase.

Esto es lo grave del momento presente: los partidos triunfantes, engollipados de actas de escrutinio, creen que ya no hay que pensar en la revolución. La dan por acabada. Y se disponen a arreglar la vida chiquita del Parlamento y de sus frutos, muy cuidadosos de no manejar sino cosas pequeñas. Ahora empiezan los toma y daca de auxilios y participaciones. Se formarán Gobiernos y se escribirán leyes en papel. Pero España está fuera.

Nosotros lo sabemos y vamos a buscarla. Bien haya la tregua impuesta a los descuartizadores. Pero desgraciados los que no lleguen al torrente bronco de la revolución –hoy más o menos escondido– y encaucen, para bien, todo el ímpetu suyo. Nosotros iremos a esos campos y a esos pueblos de España para convertir en impulso su desesperación. Para incorporarlos a una empresa de todos. Para trocar en ímpetu lo que es hoy justa ferocidad de alimañas recluidas en aduares, sin una sola de las, gracias ni de las delicias de una vida de hombres. Nuestra España se encuentra por los riscos y los vericuetos. Allí la encontraremos nosotros, mientras en el palacio de las Cortes enjaulan unos cuantos grupos su victoria sin alas.

(*FE.*, núm. 1, 7 de diciembre de 1933. Tachado entonces por la censura)

(Reproducido en *Arriba*, núm. 23, 12 de diciembre de 1935.)

¿EUKADI LIBRE?

Acaso siglos antes de que Colón tropezara con las costas de América pescaron gentes vascas en los bancos de Terranova. Pero los nombres de aquellos precursores posibles se esfumaron en la niebla del tiempo. Cuando empiezan a resonar por los vientos del mundo las eles y las zetas de los nombres vascos es cuando los hombres que las llevan salen a bordo de las naves imperiales de España. En la ruta de España se encuentran los vascos a sí mismos. Aquella raza espléndida, de bellas musculaturas sin empleo y remotos descubrimientos sin gloria, halla su auténtico destino al bautizar con nombres castellanos las tierras que alumbra y transportar barcos en hombros, de mar a mar, sobre espinazos de cordilleras.

Nadie es *uno* sino cuando pueden existir *otros*. No es nuestra interna armadura física lo que nos hace ser *personas*, sino la existencia de otros de los que el ser *personas* nos diferencia. Esto pasa a los pueblos, a las naciones. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es sencillamente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el *de los demás*. *Siempre los demás* son quienes nos dicen que somos *uno*.

En la convivencia de los hombres soy el que no es ninguno de los otros. En la convivencia universal, es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera; se las conoce desde los contornos en que cumplen un propio, diferente, universal destino.

Así es nación España. Se dijera que su destino universal, el que iba a darle el toque mágico de nación, aguardaba el instante de verla unida. Las tres últimas décadas del quince asisten atónitas a los dos logros, que bastarían por su tamaño para llenar un siglo cada uno: apenas se cierra la desunión de los pueblos de España, se abren para España –allá van los almirantes vascos en naves de Castilla– todos los caminos del mundo.

Hoy parece que quiere desandarse la Historia. Euzkadi ha votado su Estatuto. Tal vez lo tenga pronto. Euzkadi va por el camino de su libertad. ¿De su libertad? Piensen los vascos en que la vara de la universal predestinación no les tocó en la frente sino cuando fueron unos con los demás pueblos de España. Ni antes ni después, con llevar siglos y siglos hablando lengua propia y midiendo tantos grados de ángulo facial. Fueron nación (es decir, unidad de historia diferente de las demás), cuando España fue su nación. Ahora quieren escindirla en pedazos. Verán cómo les castiga el Dios de las batallas y de las navegaciones, a quien ofende, como el suicidio, la destrucción de las fuertes y bellas unidades. Los castigará a servidumbre, porque quisieron desordenadamente una falsa libertad. No serán nación (una en lo universal); serán pueblo sin destino en la Historia, condenado a labrar el terruño corto de horizontes, y acaso a atar las redes en otras Tierras Nuevas, sin darse cuenta de que descubre mundos.

(FE., núm. 1, 7 de diciembre de 1933)

PRIMERAS EXPRESIONES DE JOSÉ ANTONIO AL CONOCER LAS CIFRAS DEL ESCRUTINIO ELECTORAL DE LA CONVOCATORIA DEL 19 DE DICIEMBRE DE 1933

"Estoy satisfechísimo. El Gobierno ha creído que al presentarme yo iba contra la República, y ello no es cierto; pero así lo ha creído, formando un frente único de todas las fuerzas coaligadas y con un candidato de prestigio como lo es Cossío. Serenamente, sin apasionamiento de ninguna clase, todo el mundo ha de reconocer que el resultado de las elecciones para el Gobierno ha sido muy poco halagüeño, pues en menos de cinco meses ha perdido cerca de ochenta mil votos y yo, con ese frente, he tenido una votación muy lucida, demostrando con ello la saludable reacción que se ha operado en poco tiempo".

Terminó la conversación reiterando su propósito de continuar trabajando por el bien de España¹³.

¹³ En la edición de 2 de diciembre de 1933, *La Unión*, de Sevilla, dice así: "El diputado por Cádiz, don José Antonio Primo de Rivera, estuvo por la tarde en el Palacio del Congreso escogiendo su escaño. Manifestó que "quería situarse un poco distante de los escaños del sector derechista", porque él actuará en las Cortes con carácter independiente. Ha elegido escaño a la derecha de los que ocupan los socialistas." Días después, el 21 de diciembre de 1933, el aludido periódico incluía la noticia siguiente: "José Antonio rehúsa de modo terminante un homenaje que le ofrecen los simpatizantes de Jerez de la Frontera, alegando que él no ha hecho otra cosa que cumplir con un deber filial."

SOBRE EL CONCEPTO DEL ESTADO

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 19 de diciembre de 1933.)

El señor GIL ROBLES:

... Con esta Constitución no se puede gobernar, porque las Cortes Constituyentes, llevadas de un afán ultraparlamentario y ultrademocrático, han hecho un instrumento de Gobierno que está plagado de dificultades, y en estos instantes en los cuales en el mundo entero va conquistando adeptos la corriente antidemocrática y antiparlamentaria, empeñarse en mantener una Constitución de este tipo no llevará más que a una solución: una dictadura de izquierda o una dictadura de derecha, que no apetezco para mi Patria, porque es la peor de las soluciones en que pudiéramos pensar. (El señor PRIMO DE RIVERA: *"De izquierdas o de derechas es mala solución. Una integral, autoritaria, es una buena solución"*.) No creo preciso discutir con nadie en estos momentos, y menos con personas a quien estimo tanto como al señor Primo de Rivera, la conveniencia de una dictadura de izquierdas o de derechas, ni tampoco las soluciones venturosas de una dictadura de tipo nacional. Yo sé por dónde S.S. va, y he de decir, para que a todos nos sirva de advertencia, que por ese camino marchan muchos españoles, y esa idea va conquistando a las generaciones jóvenes; pero yo, con todos los respetos debidos a la idea y a quien la sostiene, tengo que decir con toda sinceridad que no puedo compartir ese ideario, porque para mí un régimen que se basa en un concepto panteísta de la divinización del Estado y en la anulación de la personalidad individual, que es contrario incluso a principios religiosos en que se apoya mi política, nunca podrá estar en mi programa, y contra ella levantaré mi voz, aunque sean afines y amigos míos los que lleven en alto esa bandera. (*Grandes aplausos en el centro.*)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Permitidme, señores diputados –y sirvan estas primeras palabras de excusa y saludo–, que tercie en una discusión en la que hoy no esperaba hacerme oír, para poner en claro, con la misma publicidad que ha rodeado a las palabras, siempre tan acertadas y tan hábiles, del señor Gil Robles, algo que pudiera parecer una imputación ideológica para una juventud a la que ha aludido y de la que acaso tenga yo algún título para considerarme parte.

El señor Gil Robles ha dicho que es mala solución una dictadura de derechas y que es mala solución una dictadura de izquierdas. Pues bien: los miembros de esa juventud de la que formo parte consideramos que no es sólo mala una dictadura de derechas y una dictadura de izquierdas, sino que ya es malo que haya una posición política de derechas y una posición política de izquierdas. El señor Gil Robles entiende que el aspirar a un Estado integral, totalitario y autoritario es divinizar al Estado, y yo le diré al señor Gil Robles que la divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetezcamos.

Nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta, como no la justifica un individuo, ni la justifica una clase, sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. Mientras que diviniza al Estado la idea rousseauniana de que el Estado, o los portadores de la voluntad que es obligatoria para el Estado, tiene siempre razón; lo que diviniza al Estado es la creencia en que la voluntad del Estado, que una vez manifestaron los reyes absolutos, y que ahora manifiestan los sufragios populares, tiene siempre razón. Los reyes absolutos podían equivocarse; el sufragio popular puede equivocarse; porque nunca es la verdad ni es el bien una cosa que se manifieste ni se profese por la voluntad. El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, y para saber si se tiene razón no basta preguntar al rey –cuya voluntad para los partidarios de la soberanía absoluta era siempre justa–, ni basta preguntar al pueblo –cuya voluntad, para los rousseaunianos es siempre acertada–, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos y nuestros pensamientos están de acuerdo con una aspiración permanente. (*Muy bien.*)

Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos. Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad: encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, y por eso nosotros no somos partidarios ni

de la dictadura de izquierdas ni de la de derechas, ni siquiera de las derechas y las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse. (*Muy bien.*)

DIFAMACIÓN DE LA DICTADURA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 20 de diciembre de 1933.)

El señor PRESIDENTE:

Señor Primo de Rivera: S.S. se ha producido por móviles que no pueden menos de tener un eco de simpatía en toda alma generosa. Yo requiero a S.S. a que, haciéndose cargo también del estado de ánimo de la Cámara, le rinda el mejor homenaje que puede rendirle, que es ahora el de su silencio o, al menos, los términos de una brevedad que nos evite una nueva complicación.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Con toda la brevedad, señor presidente, y, además, en los términos a que tengo acostumbrados mis nervios a producirse en toda suerte de debates: primero, porque así lo he hecho siempre; segundo, porque la mayor parte de la Cámara, porque la actitud de S.S. y porque la nobleza del señor Gil Robles multiplican por no sé qué coeficiente este deber de mi constante circunspección.

Pero, señor presidente, yo creo que si no he rodeado a mi actitud de moderación, estoy muy lejos de ser el que ha provocado este incidente desagradable. El señor Prieto, y algunas otras personas después para reforzarle o para corearle, se han permitido aquí lanzar una imputación contra la honorabilidad de unos hombres, los unos muertos y otros ausentes, cuya rectitud ha estado en entredicho durante cerca de tres años. Apenas cayó la Dictadura empezó una campaña difamatoria; apenas se reunieron las Cortes Constituyentes se formó una Comisión de Responsabilidades con tales poderes que no ha habido tribunal nunca, ni en España ni fuera de España, que la aventajara en amplitud procesal; esa Comisión de Responsabilidades penetró en mi propia casa, estando yo ausente, y se llevó cuantos documentos le plugo, documentos que aún están en ese edificio a disposición de la Cámara. Dos años y medio ha durado la instrucción de esos supuestos sumarios. Yo he tenido la probada calma de actuar como defensor de un proceso memorable, y todos los que allí me acompañaron, incluso algún diputado de estos bancos, que fue entonces acusador, puede decir si se escapó de mis labios una palabra insumisa. Sólo exigí en el informe pronunciado entonces que se discerniesen en la sentencia las responsabilidades políticas, si las había, pero que se dejasen para toda la amplitud de un proceso de responsabilidades de gestión todas las imputaciones vertidas en la tribuna del Ateneo, en los periódicos y en las discusiones, con la insolvencia de las charlas que no encajan en ningún procedimiento. Pues bien: cuando han transcurrido dos años y medio; cuando esa Comisión omnímoda no ha procesado a nadie; cuando no se ha concretado un pliego de cargos, ¿se puede sostener ahora, con la misma alegre insolvencia que en, la tribuna del Ateneo, que tal o cual acto de la Dictadura fue un latrocinio?

Y yo digo más al señor presidente: me uno a la petición del señor Gil Robles; pido incluso que se forme otra Comisión investigadora; pero pido al señor presidente, pido a la Cámara, que si esa Comisión investigadora no procesa, se excluya, como por Tribunal de Honor, a todo el que se atreva a seguir profiriendo, por desahogo, las acusaciones que no ha podido probar como tales acusaciones. *(Muy bien. Grandes aplausos.)*

DEBUT PARLAMENTARIO DE JOSÉ ANTONIO

El señor Primo de Rivera interviene, y después de saludar a la Cámara, replica a las palabras del señor Gil Robles manifestando que no comprende eso de dictaduras de izquierdas ni de derechas. Nosotros no queremos divinizar el Estado, sino todo lo contrario. Agregando que ya es bastante absurdo que haya izquierdas y derechas: es mejor un Estado igualitario en que todos se rindan a una unidad de destino, de sacrificio y de lucha¹⁴.

El señor Primo de Rivera habla brevemente a raíz de la intervención de Prieto. El no ha provocado lo ocurrido. Se han lanzado aquí dicterios contra hombres ausentes y fallecidos. La Comisión de Responsabilidades ha actuado libremente durante tres años para esclarecer las culpas de aquellos hombres. Ha callado, dice. Sólo ha exigido en un proceso famoso que se distinguiera la responsabilidad política de la responsabilidad de gestión.

Nada se ha podido demostrar contra aquellos hombres. Yo adhiero a la petición del señor Gil Robles. Pido más; pido que se constituya otra Comisión de Responsabilidades, que se juzgue la actuación de aquellos hombres. Y si nada se prueba contra ellos, si queda todo reducido a charlas de periódicos y mentiras del Ateneo, entonces solicito que, como en un Tribunal de Honor, se excluya a todos los que sigan desahogándose con esas calumnias¹⁵.

¹⁴ *El Sol*, edición del 20 de diciembre de 1933.

¹⁵ *Diario Universal*, edición del 21 de diciembre de 1933.

EL QUE DEJA QUE SE LE INJURIE EN EL PARLAMENTO –DICE EL SEÑOR PRIMO DE RIVERA– PERMITE TAMBIÉN LA INJURIA EN LA CALLE

Al salir a los pasillos el joven e ilustre diputado don José Antonio Primo de Rivera, numerosísimos diputados de todas las minorías se le acercaron para expresarle su sincera adhesión después de su noble conducta.

Ante un grupo de ellos decía el marqués de Estella:

– Oí la ofensa, y reaccioné en el acto. Estoy dispuesto a no tolerar calumnias ni ataques injustos. Entiendo que quien se deja injuriar en el Parlamento se autovacuna de una predisposición que permite también recibir injurias en la calle. Por tanto, con la misma serenidad que me lancé a castigar a quien había proferido la injuria, obré después, al hacer uso de la palabra en una breve intervención. Que nadie crea en mí un sentimiento de matonismo, sino la reacción que sentiré en todo momento contra aquel que intente lanzar una injuria¹⁶.

La Nación, 21 de diciembre de 1933.

¹⁶ El 28 de diciembre de 1933, por 217 votos y 17 en blanco, las segundas Cortes de la República eligieron presidente definitivo a Santiago Alba. Las izquierdas se abstienen; también se abstienen las extremas derechas. Empero, José Antonio acudió con paso firme a la mesa presidencial y depositó una papeleta abierta, en la que se leía el nombre de don Santiago de Alba y Bonifaz. El gesto provocó murmullos y posteriores comentarios. Al nuevo presidente de las Cortes le produjo hondísima impresión. En realidad, José Antonio venía a liquidar el pleito personal de Santiago Alba con su padre.

SOBRE CATALUÑA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 4 de enero de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Este diputado, que no pertenece a ninguna minoría, se cree, por lo mismo, con voz más libre para recabar para sí, y se atrevería a pensar que para todos, esta fiducia: la de cuando nosotros empleamos el nombre de España, y conste que yo no me he unido a ningún grito, hay algo dentro de nosotros que se mueve muy por encima del deseo de agraviar a un régimen y muy por encima del deseo de agraviar a una tierra tan noble, tan grande, tan ilustre y tan querida como la tierra de Cataluña. Yo quisiera que el señor presidente y quisiera que la Cámara separase, si es que admite que alguien faltó a eso, a los que, cuando pasamos por esa coyuntura, pensamos como siempre, sin reservas mentales, en España y nada más que en España; porque España es más que una forma constitucional; porque España es más que una circunstancia histórica; porque España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y cada una de esas tierras.

Yo me alegro, en medio de todo ese desorden, de que se haya planteado de soslayo el problema de Cataluña, para que no pase de hoy el afirmar que si alguien está de acuerdo conmigo, en la Cámara o fuera de la Cámara, ha de sentir que Cataluña, la tierra de Cataluña, tiene que ser tratada desde ahora y para siempre con un amor, con una consideración, con un entendimiento que no recibió en todas las discusiones. Porque cuando en esta misma Cámara y cuando fuera de esta Cámara se planteó en diversas ocasiones el problema de la unidad de España, se mezcló con la noble defensa de la unidad de España una serie de pequeños agravios a Cataluña, una serie de exasperaciones en lo menor, que no eran otra cosa que un separatismo fomentado desde este lado del Ebro.

Nosotros amamos a Cataluña por española, y porque amamos a Cataluña la queremos más española cada vez, como al país vasco, como a las demás regiones. Simplemente por eso porque nosotros entendemos que una nación no es —meramente el atractivo de la tierra donde nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, sino, que *una nación es una unidad en lo universal*, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia. Por eso, porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como se es de veras nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables conquistaban el Mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo' de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España.

Yo aseguro al señor presidente, yo aseguro a la Cámara, que creo que todos pensamos sólo en esa España grande cuando la vitoreamos o cuando la echamos de menos en algunas conmemoraciones. Si alguien hubiese gritado muera Cataluña, no sólo hubiera cometido una tremenda incorrección, sino que hubiera cometido un crimen contra España, y no sería digno de sentarse nunca entre españoles. Todos los que sienten a España dicen viva Cataluña y vivan todas las tierras hermanas en esta admirable misión, indestructible y gloriosa, que nos legaron varios siglos de esfuerzo con el nombre de *España*. (Aplausos.)

COMO HIZO "FE" SU PRIMERA SALIDA

El ukase de la U.G.T.

Apenas se anunció la salida de nuestro semanario, la U.G.T. le declaró el "boycott". Todos los obreros del Arte de Imprimir, afiliados a la Casa del Pueblo, recibieron orden terminante de no comprar ni tirar FE. ¿Motivos? Se trata, para la Casa del Pueblo, de un semanario fascista. Ahora bien, los obreros de la Casa del Pueblo imprimen periódicos de todas las ideas, hasta las más extremas de la derecha. Los mandarines del socialismo no han implantado esa previa censura ni para las publicaciones tildadas por ellos de cavernícolas. ¿A qué se debe, por tanto, esta preferencia por FE?

La cosa es bien clara: saben bien los magnates del enchufe que sus obreros van a interesarse poco por los principios de extrema derecha. Por eso no les importa que impriman y aun lean los periódicos derechistas. Pero saben también que nuestro movimiento sí que es capaz de ganar el espíritu de los obreros. Los principios que FE defiende son claros, resueltos, integradores. FE quiere una España de todos, levantada sobre la justicia social más severa. Quiere coordinar la riqueza y el trabajo en un sistema armónico, presidido constantemente por la idea de la producción nacional, no por el interés particular de ninguna clase. Cuando triunfen los principios de FE la vida del obrero ya no estará entregada al duro azar de la oferta y de la demanda, ni su defensa encomendada a la mediación de los charlatanes de la política; los Sindicatos constituirán pieza integrante del Estado mismo, y el bienestar obrero será visto por el Estado como apremiante finalidad propia. Esto no es una fantasía para la propaganda. Europa entera sabe que el obrero italiano y el obrero alemán han logrado los niveles más altos de ventaja económica, seguridad en el empleo y consideración civil. Lo mismo logrará el obrero español cuando triunfe nuestra Falange. ¿Cómo, pues, va a permitir la Casa del Pueblo que estas verdades se difundan? Los jefes socialistas necesitan tener a sus obreros bien aislados por una gruesa capa de embustes. Tienen que hacer creer a los obreros que el fascismo es un régimen de tiranía. El día en que los obreros sepan la verdad, se les han acabado a sus jefes los automóviles brillantes, los sueldos pingües y las plazas de consejeros en Compañías multimillonarias. ¡A cualquier hora permiten eso los "compañeros" líderes!

Naturalmente, prohibieron la salida de FE. Y, naturalmente, los pobres trabajadores que ellos embaucan se negaron a componerla, convencidos de que boicoteaban una abominable publicación, instrumento de la tiránica burguesía.

Pero FE se compuso

¡Claro que se compuso! Ninguno de nosotros podrá olvidar la emoción de este número primero. A las cuatro de la tarde del martes 5 de diciembre nos encerramos en el taller. Para nosotros, los más de los redactores, era una emoción nueva la de componer una página. Hay un goce casi divino en esto de reducir a norma, a dibujo, a medida, todo un confuso caos de planchas, renglones aún calientes de la linotipia y caracteres sueltos. Nuestras manos se ennegrecían con la tinta y el plomo. Pero en su torpe aprendizaje iban acompañadas por manos seguras, por manos fuertes, por manos expertas. Las de los admirables obreros de este taller donde FE se imprime. Toda gratitud es poca para su pericia, su diligencia y su paciencia. Hombres de firmes nervios populares iban dando a las máquinas, sin dilación y sin premura, el original que les entregábamos nosotros. Parte hubo de escribirse allí mismo, casi de pie, con las cuartillas apoyadas en el pico de una platina.

A las seis de la tarde vimos la prueba de la primera página, con el alegre grito de sus dos iniciales. Todos la miramos con emoción suspensa, como a un recién nacido. Aún estaba fresca la tinta y fragante el papel, con ese olor incitante de las imprentas.

A las diez de la noche salieron de la prensa, concluidos, los cinco primeros ejemplares.

Estado de prevención

– Estos cinco ejemplares –nos advirtieron– hay que llevarlos al Gobierno civil. Rige el estado de prevención y ninguna revista puede salir a la calle sin que la selle el Gobierno, por lo menos, con dos horas de anticipación.

Volamos hacia el Gobierno civil. Sus puertas estaban cerradas. Después de golpear un rato nos abrió un guardia de seguridad con la tercerola apercebida.

– Venimos a presentar estos ejemplares de un periódico que se publica pasado mañana.

– Ya no puede ser. La oficina de Prensa se cerró a las nueve.

Desolación. Era imposible empezar la tirada. ¡Y nosotros que necesitábamos contar los minutos como monedas de oro para que las máquinas rotoplanas abastecieran a tiempo los correos de provincias Preguntamos:

– ¿A qué hora se abre la oficina por la mañana?

– A las cinco. Pero es para los periódicos de la mañana nada más.

– Bien; volveremos, por si acaso.

Eran las once. ¡Seis horas de espera y de inactividad, con la angustia de perder los correos del día siguiente! Pero era inútil la lamentación. No había más que esperar, y esperar en vela. Nadie pensaba en acostarse.

Intermedio nocturno

Pocos saben lo que duran seis horas en Madrid de noche, bajo un diluvio, y cerrados por la huelga de camareros todos los refugios posibles.

Las luces de las calles se esfumaban con calidad lechosa en la neblina. Llovía sin cesar. Todo era de charol por las calles. Cada vez rodaban menos coches. Ya hacia las cuatro, en el silencio, se anunciaba cada uno desde muy lejos con una especie de tétrico zumbido. Luego cortaba la niebla como un fantasma. Nosotros ambulábamos, altos los cuellos de los abrigos, insensibles al frío y a la lluvia. Si en algún momento escampaba, nos era imposible contener el júbilo de releer, por la vez centésima, bajo un farol, los ejemplares destinados al Gobierno civil. Ya eran obsesiones para nosotros las erratas más leves. Pero, en cambio, el ver aquellas páginas, y tocarlas, y volverlas a leer, nos deparaba el gozo inagotable que depara la carta de una novia.

Las cinco, las siete, las once

A las cinco subimos al Gobierno civil. Un funcionario, amabilísimo, se sobresalta al ver nuestra revista. No esperaba, a las cinco de la mañana, tal desayuno.

– Pero esto –nos dice– es un periódico nuevo.

– Sí.

– ¿Diario?

– No; semanal.

– Entonces, no se puede presentar hasta las once de la mañana.

¡Hasta las once! Eso equivale a perder todos los correos del miércoles. La cosa tiene caracteres de catástrofe. Nuestra elocuencia busca los acentos más humildes para convencer al jefe de servicio. Pero él teme, sin duda, que FE esconda en sus páginas cosas tremendas. Nos dice.

– Los periódicos nuevos tiene que verlos el propio señor Gobernador. Es imposible despacharles ahora.

Probamos por última vez.

– ¿Y si nos hiciera usted el favor de leer el número? 'Ya calculará que, en estado de prevención, hemos tenido buen cuidado en hacerlo de una suavidad irreprochable. Usted tiene experiencia de sobra para poder adivinar lo que va a parecerle al señor Gobernador. Si lo lee y le parece probable que se autorice, empezaremos a tirar por la mañana, aunque prometemos, naturalmente, que no saldrá un ejemplar solo mientras no obtengamos la licencia.

– Bueno –dice al fin, complaciente, el señor de la ventanilla–. Vuelvan a las siete.

Dos horas más de errar por las calles. Volvemos a las siete.

– Pueden ustedes empezar a tirar –se nos dice–. Pero vuelvan a las once, hasta esa hora no se les puede sellar el número.

Amanece fuera y amanece en nosotros. Corremos a la imprenta. Empiezan a cantar las máquinas. A las once y minutos llega del Gobierno civil el número sellado. Cantas las máquinas todo el día. La afirmación enérgica de la primera plana se repite miles de veces: *FE, FE, FE*.

La noche del miércoles al jueves, ya dormimos.

El número, denunciado

El jueves, a las seis de la mañana, suena el teléfono en casa de nuestro director.

– Sí. ¿Qué ocurre?

– Ha venido la Policía. El fiscal ha denunciado dos de los artículos y el juez ha mandado recoger la tirada.

– ¿Cuántos ejemplares hay hechos?

– Veinte mil.

Catástrofe. Veinte mil ejemplares perdidos. Jueves ya. Ni un ejemplar, por tanto, a la venta. Nuestro director vacila un minuto y dice en seguida:

– Que retiren los dos artículos denunciados y empiecen a tirar otra vez. Voy para allá.

Los admirables obreros de la imprenta descomponen otra vez las planas, regletean artículos, reducen los huecos, llenan con anuncios de la propia revista los blancos que quedan. Otra vez se empieza a tirar.

En la calle.

Nuestros muchachos de la Falange están en la calle disciplinadamente desde primera hora para proteger la venta de *FE*. Los socialistas también han prohibido que el periódico se venda. Ellos y los comunistas han anunciado que impedirán la venta airadamente. No llegará la sangre al río. Pero,

previsores, los mozos que participan en el espíritu de nuestra Falange están en la calle desde temprano.

Se esperaba que saliera el periódico a las once. Dan las once, las doce, las doce y media y el periódico no sale. Nuestros muchachos dan prueba de la mejor disciplina: no se impacientan, ni murmuran, ni desconfían de quienes les han dado las órdenes. Comprenden que ha pasado algo fortuito. Y permanecen en sus puestos.

A las once y cinco minutos se ha presentado el nuevo número, sin los artículos denunciados, al Gobierno civil. Manda la ley que entre la presentación y la salida transcurran dos horas. A la una y cinco minutos, en punto, invade las calles nuestro grito: *¡FE! FE!*

El público arrebató los ejemplares. Sujetos sospechosos miran de soslayo a los vendedores. Pero la debilidad de los vendedores va protegida por la fortaleza serena de nuestros muchachos. No ocurre el menor incidente. La edición se agota en pocos minutos.

El viernes, por la noche, se vendió una segunda edición. Alcanzó su mayor éxito en Cuatro Caminos. Mal día para los magnates del enchufe. ¡Ya verán en cuanto los trabajadores nos conozcan y los conozcamos!

En la Puerta del Sol, unos grupos de jóvenes comunistas, preparados desde mucho antes, se lanzaron sobre algunos voceadores. Los muchachos de *FE* intervinieron de modo severo y resuelto. Los otros abandonaron el campo, después de llevar su merecido. No hubo un ejemplar del periódico quemado ni roto.

Final

Ya está *FE* en la calle irrevocablemente. Contra todas las amenazas, contra todas las persecuciones, contra todos los engorros burocráticos.

Gracias a todos.

A los recios obreros que se esforzaron en imprimirlo, desdeñosos para las bravatas. Ellos recibirán como premio, más adelante, la seguridad de haber contribuido a que se divulgue una verdad que ha de proporcionar a los obreros las ventajas mayores.

A los firmes muchachos que protegieron la venta, valerosos y exactos, ni asequibles a la fatiga ni excesivos en el rigor. Ellos recabarán para sí el honor de haber formado la vanguardia cuando una, España, también fuerte y alegre, vuelva a encender la fe del mundo.

A quienes mandaron a esos muchachos y fueron para su mocedad espejo de valor sereno y de confiada disciplina. Para ellos, el laurel futuro que ganan en los trances de guerra quienes encauzan el valor en precisos taludes de inteligencia.

A los vendedores impávidos.

Y, si os parece, a nosotros, los que dimos al primer número y daremos, si Dios quiere, a los demás, nuestra fatiga.

Ya está aquí *FE*. La Falange. Y ahora, todos unidos resueltamente en ella, con el brazo en alto, ¡por España, adelante! ¡Arriba España!

FE, núm. 2, 11 de enero de 1934.

PATRIA

LA GAITA Y LA LIRA

¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero... ¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad; de la comarca al valle nativo; del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso a la casa; de la casa al rincón de los recuerdos.

Todo eso es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como en el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano. Es elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser, para que gane la mejor calidad, lo que esté cabalmente al otro extremo, lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales, no en lo *sensible*, sino en lo *intelectual*.

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado, y aún dos y dos siguen sumando cuatro, como desde el origen de la creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira, rica en empresas porque es sabia en números.

* * *

Así, pues, no veamos en la patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un *destino*, una *empresa*. La patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón –si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica– para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los imperios –geometría y arquitectura– para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea.

(FE, núm. 2, 11 de enero de 1934)

VICTORIAS INÚTILES

Hace varias tardes, durante la sesión necrológica en recuerdo del señor Maciá, hubo un momento – ya lo sabe todo el mundo– en que al grito de "¡Viva la República!", se pusieron en pie frenéticamente dos terceras partes de los diputados. No lo gritaban en respuesta a ninguna provocación: nadie había proferido expresión alguna contra el régimen; simplemente de un bando de la derecha había salido un "¡Viva España!", que por poco produce un ataque epiléptico al señor ministro de Hacienda. El señor ministro de Hacienda abrió un portillo en el pupitre que separa al hemiciclo del banco azul, avanzó por ese portillo hacia la mesa donde los taquígrafos trabajan y prorrumpió en vítores al régimen. En seguida, como almacén de combustibles al que se pone fuego, todos los republicanos, los socialistas, la izquierda, el señor Gordón Ordax, todos, todos, se entregaron al frenesí republicano: "Viva la República! ¡Viva la República! ¡Viva la República!".

Lo gritaban de modo amenazador, lanzando sobre los bancos donde se sientan los agrarios, Acción Popular, los monárquicos, tradicionalistas, miradas al mismo tiempo sarcásticas y retadoras; en tanto que de lado a lado del salón, de socialistas a radicales, se tendían de nuevo, como hace dos años, voces y ademanes de camaradería.

* * *

Nota saliente del espectáculo fue la desaparición de las derechas. Ante aquellos doscientos energúmenos rugientes, los diputados de las derechas, quietos en sus escaños, desaparecieron como una playa bajo el pleamar. Allí ya no había sensiblemente, C.E.D.A., Renovación, ni nada que no fuese, con la alegría agresiva de las primeras horas, la conjunción del 14 de abril.

Y uno se preguntaba: ¿Pero no han triunfado en las elecciones las derechas? ¿No es el señor Gil Robles quien acaudilla el grupo más numeroso de la Cámara? ¡Sí, sí! A quien en aquel momento le hubieran hablado como de cosa inimaginable de un Gobierno del señor Gil Robles, hubiera pensado que le contaban cuentos de fantasmas. La Cámara, hirviendo, rugiente, se presentaba al mismo tiempo como fiera, dispuesta a devorar al señor Gil Robles y a los suyos, y como avanzada de otro ejército de fieras preparado en la calle para armar la primera zalabarda del siglo en cuanto las derechas se hicieran con el mando.

* * *

Cuando el 12 de abril de 1931 ganó la conjunción republicanosocialista las elecciones municipales, se adueñaron sus jefes, sin más, de los Ministerios e implantaron la República. En cambio, ahora, después del 19 de noviembre de 1933, las derechas no sólo no han sido capaces de incautarse del Poder, sino que ni siquiera se hubieran arriesgado a aceptarlo de las manos idóneas; ni, lo que es menos todavía, se aventuran a ser muy exigentes en el cumplimiento de su programa mínimo electoral: sirva de ejemplo la amnistía.

¿Por qué esa diferencia entre el 1931 y el 1933? Sencillamente, porque la victoria de 1931 fue una victoria *revolucionaria* y esta de ahora ha sido una victoria *electoral*. Detrás de los caudillos del 31 había unas masas pujantes, enardecidas con el mito de la forma nueva. Detrás de los caudillos del 33 hay unas maravillosas organizaciones sufragistas, con oficinas a la moderna, ficheros minuciosos y censos ilustrados; hay, también, unas admirables mujeres que han desdeñado burlas y amenazas por cumplir con su deber electoral; pero no hay una fe ardiente ni masas resueltas.

* * *

Los que han contribuido al triunfo electoral derechista pueden dividirse en dos grupos: uno formado por los que votaron en favor del renacimiento de antiguas costumbres; los que añoraban los buenos tiempos de los jornales míseros, de las grandes tierras destinadas al ocio de sus dueños y de los cacicatos de horca y cuchillo, y otro grupo formado por los que quisieron votar contra la disolución de España, contra la impiedad y la crueldad del bienio azañista, contra nuestra colonización por las logias y la Internacional de Ámsterdam.

El primer grupo no sólo no nos interesa nada, sino que deseamos con todo fervor, con tanto fervor como los más irreducibles revolucionarios de izquierda, verlo raído del mundo.

Pero las gentes del segundo grupo, a las buenas gentes nacionales que esperaron detener una revolución antiespañola con papelitos en urna, tenemos que decirles: para ganar unas elecciones basta poco más que con señoras y ficheros; pero para ganar un pueblo se necesita más que un cómodo ademán de repulsa; hay que tener una fe, una alegría y una fuerza. Sin ellas –que han de ser puras, sin disimulo ni falsificación– las victorias electorales no sirven para más que para deparar a unos cuantos señores el privilegio de viajar de balde mientras las Cortes duran.

(FE, núm. 2, 11 de enero de 1934)

EXPLICACIÓN

Bastantes amigos, y otros que lo son menos, nos han reprochado el tono demasiado débil y literario del primer número de *F. E.* Echaban de menos en sus páginas dureza de tono y agresividad.

Como primera justificación contra tales reproches debemos recordar que el primer número de *F. E.*, como éste, se publicó en estado de prevención. Era inútil intentar los excesos de pluma cuando las galeradas iban a pasar por varios tamices vigilantes.

Pero, sobre todo, otra razón nos vedaba el tono agresivo. Aparecer en el mundo profiriendo enormidades, cuando aún no se ha tenido ocasión de ser ofendido, más parece bravata de enano de la venta que digna actitud de quien se sabe sereno y fuerte. Aunque la influencia de no pocos periódicos, totalmente ignorantes de su deber, haya implantado como costumbre el desgarrado lenguaje, nosotros entendemos que la fuerza de un estilo no reside en el desenfado de la expresión, sino en la firmeza doctrinal de lo que se escribe. En cuanto a esto, nadie podrá señalar la más mínima vacilación en el primer número de *F. E.*

No se espere, pues, en nuestras páginas –y sirva ello de tranquilidad para el señor fiscal– ningún género de procacidades. Firmeza sí, y aun toda la dureza que haga falta. Pero conservando siempre el decoro. La inflexible moral de nuestros principios nos exige la disciplina más severa en toda manifestación, aunque acaso por ella perdamos, de momento, el éxito fácil que obtendríamos halagando al mal gusto. *F. E.* no será nunca una competidora del *Heraldo* ni de *Mundo Obrero*.

(*F.E.*, núm. 2, 11 de enero de 1934)

DIVAGACIONES Y BIOGRAFÍAS

(El Parlamento visto de perfil.)

El día 8 de diciembre de 1933 se abrió el Parlamento. El día 8 de enero de 1934, aún el Parlamento no había hecho nada.

Quienes lo vean desde fuera pensarán que en las anteriores palabras hay exageración. En la *Gaceta* se han publicado varias leyes aprobadas por él. Por consiguiente, el Parlamento ha legislado, que es su función específica. Pero a tan optimista conclusión sólo puede llegar quien no haya visto una sesión de Cortes. Las leyes publicadas hasta ahora en la *Gaceta* no han sido hechas por el Parlamento. Hay quien ha asistido a todas las sesiones minuto tras minuto y no ha oído un solo párrafo en impugnación o en defensa de los proyectos de tales leyes. No. Allí se ha vociferado acerca de mil cosas: de si el señor Pérez Madrigal es o no un lulú; de si el señor Menéndez es un enchufista; de si el doctor Albiñana es un pistolero; de si en la provincia de Pontevedra votaron los difuntos; de si lo mismo pasó en otras seis u ocho provincias..., todo muy ameno y muy útil. Ha habido también ocasión de conocer al dedillo la historia personal de cada orador y de su ascendencia, sea porque los adversarios se la hayan echado en cara, sea porque los oradores mismos, con tres o cuatro excepciones, se hayan esforzado en referirla. El señor Pérez Madrigal, por ejemplo, no habla nunca más que de sí mismo; de su consecuencia, de su desdén por el dinero, de su sinceridad... Nada, fuera de la autodescripción, parece tentarle en el mundo. Algún diputado ha concebido el propósito de sugerir que se lance una edición económica de la biografía de] señor Pérez Madrigal para ahorrarle el esfuerzo de contarla a fragmentos, sin descanso.

LEGISLACIÓN

Bueno, ¿y legislar? Ah, sí; también se legisla. Pero es difícil darse cuenta. Eso ocurre en los colapsos de las sesiones. Hay ratos —después de un debate movido, especialmente— en que todos los diputados entran y salen, charlan por los pasillos y en los mismos escaños se agitan y bromean. Pues bien, durante esos ratos suele subir a la tribuna un señor y empieza a leer entre dientes. Nadie le hace caso, ni es posible oírle. El constante rumor del recinto ahoga la voz de quien lee. Este —uno de sus secretarios de la Cámara— interrumpe de cuando en cuando la lectura para preguntar: "¿Se aprueba?" Inmediatamente se contesta a sí mismo: "Queda aprobado". Y sigue. Con esto los proyectos pasan a ser leyes, sin que nadie sepa lo que aprobó. A este balbuceo deslizado entre ruidos de conversaciones se le da después el nombre sonoro de leyes de la República aceptadas por el órgano representativo de la soberanía nacional.

EL BANCO AZUL ES CORTO

Años atrás eran ocho los ministros. Ahora han llegado a trece. De ahí que no quepan en el banco azul, calculado para sus antecesores.

Los trece ministros se aprietan en el banco hasta el desbordamiento. El señor Samper, que se sienta el último, ha estado varias veces a punto de provocar una crisis parcial involuntaria por expulsión física.

De esto tiene la mayor culpa el señor Cid, cuya corpulencia no se ajusta a lo que una estética sobria recomendaría. El señor Cid es el polizón del Gobierno. Se dijera que se ha sentado por error en el banco azul, ignorante del símbolo que encierra el color de su terciopelo. Los demás le miran y se miran, pero no le dicen nada para no agravar su turbación. Esperan a que la sesión concluya para que el señor Pita Romero, que es el ministro de la diplomacia, se acerque y le diga: "Usted perdone, señor Cid; no quisiera molestarle; pero se expone usted a que le critiquen si persiste en la equivocación. Este banco azul es el destinado a los ministros..."

(F.E., núm. 2, 11 de enero de 1934)

A LOS OBREROS

Vuestros dirigentes, los que se valen de vosotros para encaramarse en los mejores sitios mientras vosotros arrostráis el hambre y las ametralladoras, no quieren que conozcáis nuestras ideas.

Si nuestras ideas fueran malas para vosotros, nada nos debilitaría tanto como ser conocidos.

Si predicásemos la tiranía o el desprecio para los obreros, los propios obreros nos rechazarían, y eso saldrían ganando sus actuales jefes.

No. Por lo que quieren que no nos conozcáis es porque nuestras verdades son claras y fuertes. Cuando Falange Española haga su revolución, se acabarán las hambres y las humillaciones para los obreros, pero también se acabarán los enchufistas.

Falange Española no es un partido más al servicio del capitalismo. ¡Mienten quienes lo dicen! El capitalismo considera a la producción desde su solo punto de vista, como sistema de enriquecimiento de unos cuantos. Mientras que F.E. considera a la producción como conjunto, como una empresa común, en la que se ha de lograr, cueste lo que cueste, el bienestar de todos.

Por eso, F.E. impondrá antes que nada:

Primero. El Estado sindicalista; es decir, la única forma de Estado en que los Sindicatos obreros intervienen directamente en la legislación y la economía, sin confiar sus intereses a los partidos políticos parasitarios.

Segundo. La distribución de trabajo remunerado justamente a todos los hombres. ¡No más hombres parados!

Tercero. El seguro contra el paro forzoso, contra los accidentes y contra la vejez.

Cuarto. La elevación del tipo de vida del obrero, hasta procurarle no sólo el pan, sino el hogar limpio, el solaz justo y los lugares de esparcimiento que necesita una vida humana.

Esto no son vanas promesas. Para verlas cumplidas no se detendrá F.E. ante ningún obstáculo, ni vacilará ante ningún privilegio. Nuestro régimen, que es de hermandad y de solidaridad, habrá de exigir cuantos sacrificios hagan falta a los que más tienen en provecho de los que ahora viven de una manera miserable.

¡Obreros! Vuestras energías revolucionarias están llenas de brío y de justicia. Lleváis años y años soportando tiranías alternativas: primero, la del capital, que os trataba como a esclavos o como a herramientas; después, la de los líderes, que os usan como peldaños de su medro propio.

¡Acabad con toda sumisión! Poned vuestro ímpetu al servicio de la revolución nueva, que es vuestra también, porque es de todos, ¡porque es de España!

FE, núm. 2, 11 de enero de 1934.

"FE" SUSPENDIDO

Aprovechando la feliz circunstancia de hallarse el país en estado de alarma, el señor gobernador civil de Madrid, por orden del ministro de la Gobernación, suspendió, a partir del segundo número, la salida de nuestro periódico.

Sería absurdo que protestásemos contra la medida. Nosotros sabemos que el Estado liberal es fiel a sus principios únicamente cuando no tiene que verlos *in actu*. Pero sí queremos, en el trance, señalarle, una vez más, la contradicción consigo mismo.

Parece que suspendiendo *FE* se encontraba el ministro con más autoridad para suspender a los periódicos agitadores. Es una táctica muy liberal también: todo Gobierno blando quiere granjearse la indulgencia de aquellos quienes tiene que perseguir mediante la persecución compensadora de los de enfrente. Cuando a un ministro liberal le acusan, por ejemplo, de haber recogido *Mundo Obrero*, parece que Ollendoff y los buenos usos están conformes en que responda: "Sí, pero ya hemos dejado que asalten *El Siglo Futuro*".

Para que se pudiera dar una explicación semejante a los órganos de quienes incendiaban y volaban puentes con dinamita, le ha tocado en esta coyuntura sufrir la suspensión a *FE*, partidaria de un orden estatal fuerte. Con la misma razón está clausurado el centro de Falange Española, no obstante haber resuelto el juez que no hay indicio alguno delictivo. Nosotros no nos quejamos. Nos felicitamos nada más.

FE, núm. 2, 11 de enero de 1934.

COMENTARIO EN "LA NACIÓN"

El periódico Luz reproduce el programa del Congreso que van a celebrar las Juventudes de Acción Popular, y que terminará con un juramento de fidelidad al programa y al Jefe supremo, don José María Gil Robles, y un desfile en El Escorial el día 3 de abril próximo. Y añade lo siguiente:

"Hasta aquí el programa. Nos produjo tal estupefacción su lectura, que procuramos inmediatamente saber cómo había resonado la voz de Acción Popular en los demás campamentos del fascismo español. Y nos dirigimos a don José Antonio Primo de Rivera, director principal de Falange Española y verbo el más encendido de la doctrina fascista en España.

"Tuvo la amabilidad el señor Primo de Rivera de contestar a unas preguntas nuestras. Y aun cuando lo hizo muy escuetamente, con excesiva sobriedad acaso, no faltan en las respuestas palabras de evidente intención política, que importa recoger. Probablemente, su caballerosidad e hidalguía, su buen gusto y corrección extremos —nobleza obliga a reconocer las virtudes de los adversarios— le han impedido acerar más sus opiniones acerca del alarde de El Escorial.

—¿Qué opinión le merece el programa de Acción Popular?— le hemos preguntado.

"—Las afirmaciones de la J. A. P. (Juventudes de Acción Popular) —nos contesta el diputado por Jerez—, con excepción de dos o tres, me parecen excelentes, pero lo importante es que respondan a un verdadero sentido profundo y resuelto de lo nacional y de lo social. Principios como los que la J. A. P. promulga hay que sentirlos hasta el fondo, con todo lo que tienen de duro y decisivo. Si la J. A. P. pretende ser un partido de derechas disfrazado de fascismo, llevará en sí el motivo de su propia esterilidad, porque el fascismo es algo más que el traje de moda, y no puede ser la prima de seguro que pague una Sociedad egoísta para que la dejen en paz.

"—¿Cree usted que Gil Robles puede ser el caudillo de una masa juvenil que hace suyo ese programa?

—¡De cuántas cosas —dice Primo de Rivera, sonriente— sería capaz Gil Robles si se decidiera a emanciparse! O, mejor dicho, ¡de cuántas cosas será capaz cuando se decida!

"—El juramento de fidelidad a Gil Robles ante el Monasterio de El Escorial, ¿será un acto fascista?

"—Por lo que deduzco de la pregunta, única noticia que tengo del proyectado acto, la ceremonia constituirá un espectáculo fascista. Claro está que no todos los espectáculos fascistas son actos fascistas, ni mucho menos.

"—En todo caso, ¿se incorporará Falange Española a ese movimiento, o tendrá que absorberlo en su propia organización?

"—Esas cosas —dice Primo de Rivera— nunca se eligen. Siempre es el más fuerte, el más apto, el que absorbe al más flojo. Yo, por mi parte, me sumaría con el mayor gusto y en cualquier puesto a una organización de esa naturaleza, si fuese lo que yo quiero. No hay nada más bello que servir."

—¿Existen acuerdos entre Falange Española y Gil Robles sobre la base del programa de la J. A. P.?
¿Pueden existir en su día?

"—A la primera pregunta le contesto que no. Acerca de la segunda no puedo contestarle ahora.

"Nada más nos quiso decir el señor Primo de Rivera. Y aquí nuestra perplejidad. Hasta ahora teníamos a la vista las organizaciones fascistas de Falange Española, la de las J. O. N. S., la que pueda traernos Calvo Sotelo de París y alguna otra que todavía no se ha mostrado a la superficie. Ahora nace esta nueva política ante Gil Robles. ¿Cuál de todas ellas será más del susto del Gobierno republicano que dice que nos gobierna?"

No creemos que en lo que haya de hacerse, en uso de incuestionables derechos ciudadanos, lo que importe sea el gusto el Gobierno, éste o el otro.

Lo interesante será el gusto y la conveniencia del país.

(La Nación, 17 de enero de 1934)

EL SEÑOR SÁNCHEZ ROMÁN QUIERE INVENTAR LA CLASE MEDIA

No es esto, no es esto –dijo de la República don José Ortega y Gasset–. El señor Sánchez Román también encuentra que no es esto. Nada de socialismo. Nada tampoco de derechas triunfantes en las elecciones. No es eso, no es eso, nos dice, con su característica frialdad de técnico, el señor Sánchez Román.

Si no hubiera dicho más, o si, después de dicho eso, hubiera tanteado con la contera de su bastón el verdadero camino, hoy estaríamos contentos. El señor Sánchez Román tiene uno de los espíritus más precisos de cuantos funcionan en España; nos encantaría y nos enorgullecería que participara del todo en nuestra esperanza... Para nosotros, tampoco es esto, ni el socialismo ni la pseudocontrarrevolución.

Ahora que, ¡es lástima!, lo que el señor Sánchez Román ve como remedio no es el remedio que ya ha encontrado media Europa, sino, cabalmente, aquello por cuya descomposición tuvo media Europa que pensar en remediarse. El remedio está en la República de clase media. En una República burguesa, pacífica y parlamentaria de tipo francés, o, más aún, de tipo suizo.

Sería, realmente, delicioso asistir a un Parlamento de señores barriguditos, con su perilla y su chaquet, y ver discurrir plácidamente la vida española entre recepciones administrativas y conmemoraciones en los liceos provinciales, con su esporádica sal y pimienta de algún *affaire* de los gordos.

Pero este molde tan moderadito, que ya la misma gran Francia se apresta a romper en pedazos, tropieza en España con una pequeña contrariedad: en España no existe burguesía, o existe en proporción muy pequeña con la totalidad del país. España es un país bronco y desértico, tierra partida entre unos millones de proletarios, a menudo rugientes de hambre y de cólera, y unos millones de *beatis possidentibus*. Para arreglar eso, es decir, la falta de una capa social intermedia, atenuante y bien avenida, es para lo que España, necesita un Estado. Y el señor Sánchez Román le ofrece el Estado que ha de manejar precisamente la clase que no existe. Si no fuera por ese pequeño detalle, todo estaría arreglado.

¡Con lo bonito que sería pasear de chaquet, con una escarapela en el ojal, por la altiplanicie de Soria!

FE, núm. 3. 18 de enero de 1934

CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA AL LIBRO "NUEVOS HECHOS, NUEVO DERECHO DE SOCIEDADES ANÓNIMAS", DE JOAQUÍN GARRIGUES

También en el campo del Derecho mercantil penetraron, a su tiempo, los principios de la Revolución francesa. Y así las Sociedades Anónimas, instrumentos del Estado en su origen, llegaron a ser entidades gobernadas democráticamente por la Junta general de accionistas. También aquí pudo promulgarse el principio: "Un hombre, un voto", sin más que sustituir la palabra "hombre" por la palabra "acción".

Pero a los nuevos hechos no pudo ser ajena la vida de las sociedades anónimas. La misión de éstas, más compleja cada vez, vino a resentirse por instantes de la ineficacia de las asambleas. Ya en plena quiebra el principio liberal y democrático que la informó, la sociedad anónima tiende, como en sus orígenes, a configurarse jerárquicamente y a recobrar frente al Estado la consideración de órgano de la economía nacional.

Joaquín Garrigues, el profesor de Derecho Mercantil en la Universidad de Madrid, uno de los universitarios de mejor calidad, sigue este proceso antidemocrático de las sociedades anónimas en el breve libro cuyo título encabeza estas líneas. Breve libro donde los hechos se recortan limpiamente, como en cristal, y donde el pensamiento exacto sirve constantemente un lenguaje de pulcritud perfecta.

Queremos que estas líneas sirvan de saludo al libro y a su autor, cuya llegada se nos finge próxima, como un alegre barrunto, Joaquín Garrigues, que tiene todas las cosas tan claras en el espíritu, sabe ya, aunque en este libro no lo proclama directamente, cómo los mismos principios que fueron corrosivos para la sociedad mercantil serán bastante para acabar de disolver, si no se revisan resueltamente, patrias e imperios.

FE, núm. 3. 18 de enero de 1934.

GUIONES

Disciplina

Los jefes se pueden equivocar, porque son humanos; pero, por la misma razón, pueden equivocarse los llamados a obedecer cuando juzgan que los jefes se equivocan. Con la diferencia de que en este caso, al error personal, tan posible como en el jefe y mucho más probable, se añade el desorden que representa la negativa o la resistencia a obedecer.

Un buen militante de la Falange debe confiar siempre en que los jefes no se equivocan. La jefatura dispone de muchos asesoramientos y pesa muchos datos que no conocen todos. Por eso hay que presumir que los jefes tienen razón, aunque, desde fuera cueste, en algún caso, adivinar sus antecedentes o sus móviles.

Además hay que suponer en los jefes calidades que los hagan dignos de la jefatura. Si no las tuvieran, no estarían en su puesto, ni quienes les siguen hubieran acatado su autoridad. La autoridad de los jefes se acepta de una vez, y de una vez, por razones hondísimas, se rehusa. Lo inadmisible, por anárquico y deprimente, es que cada cual revise a diario su severo voto de disciplina.

El terreno de lucha

Falange Española aceptará y presentará siempre combate en el terreno en que le convenga, no en el terreno que convenga a los adversarios.

Entre los adversarios hay que incluir a los que, fingiendo acucioso afecto, la apremian para que tome las iniciativas que a ellos les parecen mejores.

Murmuración

La vida es milicia. La Falange es milicia. Y una de las primeras renunciaciones que lo militar exige es la renuncia a la murmuración. Los soldados no murmuran. Los falangistas no murmuran. La murmuración es el desagüe, casi siempre cobarde, de una energía insuficiente para cumplir en silencio con el deber.

Aquellos de los nuestros que no se sientan con fuerzas de espíritu para sobreponerse a la comezón de murmurar, deben constituirse en jueces de honor de sí mismos y expulsarse de la Falange por indignos de pertenecer a ella.

Silencio

Aprendamos cada página y cada línea de la lección de los caídos; esa lección que, para tener todo decoro, se reviste con el supremo derecho del silencio.

El honor de la Falange

El honor de la Falange es el honor de cada uno de nosotros. Guardémonos de contribuir con nuestros actos o con nuestras palabras a que desmerezca en lo más mínimo el honor de la Falange.

FE, núm.3, 18 de enero de 1934.

EL GOBERNADOR DE SEVILLA

Los Estatutos de Falange Española fueron presentados al señor gobernador de Sevilla en noviembre de 1933, antes de que se declarase el estado de prevención.

Debe saberse que esos Estatutos están aprobados en regla por la Dirección General de Seguridad. En ellos mismos se prevé y regula la constitución de Centros en provincias. Así, pues, en cada provincia donde se presenten los Estatutos, el gobernador no tiene que deliberar acerca de si los aprueba o no los aprueba, sino, sencillamente, atenerse a lo que ya tiene aprobado la Dirección General de Seguridad.

Sin embargo, el señor gobernador de Sevilla lleva desde noviembre hasta ahora (hasta el momento en que esto se escribe) demorando con subterfugios el alzamiento de la prohibición con que impide la apertura del Centro.

Se ha formulado la oportuna queja ante las autoridades superiores. Acaso, para el instante de publicarse este número, hayan surtido efecto ya. Pero los meses de injusta demora son motivo más que suficiente de protesta. Así respetan la libertad de asociación y de propaganda los mismos que las defienden como sagrados principios.

FE, núm. 3, 18 de enero de 1934.

LA SALIDA DE NUESTRO SEGUNDO NÚMERO

Aceras rojas

El jueves 11 de enero, por la tarde, salió el segundo número de *FE*.

De antemano, la acera roja de la Puerta del Sol estaba bien guarnecida. Y los alrededores de la Puerta del Sol. Y los Cuatro Caminos.

FE se vendió, sin embargo.

Nuestras gentes tuvieron que hacer cara a la provocación de los contrarios, y lo hicieron con ánimo tan sereno como fuerte puño.

Hubo varias refriegas en diferentes lugares, especialmente en la Puerta del Sol, en los Cuatro Caminos y en la esquina de las calles de Sevilla y Alcalá. En este último sitio fue muerto a traición, cuando ya se retiraba, solo, hacia su casa, uno que podemos considerar como nuestro.

Embustes

Como de costumbre, la versión de los sucesos ha sido falseada por varios periódicos. No nos importa ni nos sorprende. Por ejemplo: ¿qué pavoroso desconcierto no habría de producirse en los lectores de *El Socialista* si este periódico, por error, saliera un día diciendo la verdad acerca de algo? *El Socialista*, naturalmente, mintió al relatar los acontecimientos. Y del mismo modo mintieron varios de sus congéneres.

Gratitud

En cambio, otra gran parte de la Prensa protestó severamente contra el cobarde crimen y contra el matonismo de quienes se propusieron impedir la venta de *FE*.

Vaya nuestra gratitud más cordial a los periódicos que así se han expresado: señaladamente, de los de Madrid, a *ABC*, *El Debate*, *La Nación*, *Informaciones* y *El Siglo Futuro*. Todos ellos, aparte discrepancias de ideología, han condenado la repugnante conducta de las juventudes rojas.

Nosotros no protestamos

Pero nosotros no protestamos. Ni aquí ni en el Parlamento,—donde no nos hubiera faltado voz—, ni ante las autoridades.

Nosotros aceptamos sin la menor repugnancia el estado de guerra. No pedimos auxilio: estamos dispuestos a ejercer, por las buenas o por las malas, nuestro derecho a vender *FE*.

Si los rojos se obstinan en impedirlo, allá ellos. Nunca han partido de nosotros las provocaciones, pero tampoco pensamos rehuirlas.

Basta de mártires

Y ahora, simplemente, una advertencia:

Los lectores del primer número de *FE* nos achacaron demasiada suavidad de tono. Nosotros respondimos que no éramos afectos a la baladronada.

No es, pues, baladronada lo que vamos a decir: es, ni más ni menos, expresión imperturbable de un propósito firme, adoptado con toda tranquilidad:

No estamos dispuestos a que se derrame en las calles, gratis, más sangre de los nuestros. Ya tenemos bastantes mártires. No estamos libres de que caiga alguno más. Pero no caerá impunemente.

FE, núm. 3, 18 de enero de 1934.

INOCENCIA Y PENITENCIA

"El hombre nace libre y por doquiera se encuentra encadenado", escribía Juan Jacobo Rousseau. Ya se estaban subiendo a las cabezas los primeros vapores del romanticismo. Era el momento de pensar en la bondad nativa y en la nativa inteligencia. El hombre –menos: el individuo– era en sí mismo portador de toda capacidad de bien, de sabiduría y de virtud. Sólo la sociedad lo pervertía. Todos los instrumentos de vida común –religión, Estado, derecho– eran aparatos para aherrojarle. Devuelto el hombre a su primitiva libertad, recobraría necesariamente con ella toda su perdida aptitud de perfección.

* * *

Pero los que así pensaban eran más bien filósofos pisaverdes, menos duchos en sondear almas primitivas que en galantear señoras. Petimetres de casaca rígida y tabaquera de esmalte. Rústicos de pastoral novelada, de los que hubieran rechazado con mohines la perspectiva de pasar dos semanas en Sierra Morena, por ejemplo. Primitivistas de pura languidez, aprensivos contra los catarros. Más tarde se llamarían "naturistas", como aquel que condenaba a los bárbaros que matan perdices: "¡Con lo hermoso –decía– que es ver una perdiz en el campo, volar de un árbol para posarse en otro!"; y que al decirlo denunciaba la falsedad de su verbal amor al campo y a las perdices; porque todo el que de veras sale a campo y ha seguido, aunque sea para matarla, una perdiz, sabe que las perdices no acostumbran a posarse en los árboles.

* * *

Como siempre, tenían más razón los que menos lo decían. Más: los que habían aprendido en la auténtica naturaleza razones de disciplina y vizzor. Así, nuestros moralistas españoles, pardos de intemperie y sabios, por lo mismo que la intemperie no invita a desmayarse en blanduras literarias, sino que impone esfuerzos. Primitivos "de vuelta", que es la única manera decente de ser primitivo en un mundo viejo.

La felicidad es como la gracia. En el fondo, la felicidad "es" la gracia. Y el estado primitivo que acaso, cuando verdadero, fue un estado feliz, es como el estado de inocencia: no se recobra jamás una vez perdido. La gracia sí; pero por otro camino: por el de la penitencia, por el del rigor. Quien ha perdido una vez la gracia inocente no llega a encontrarla siendo "bueno", en el sentido literario y flojo de la palabra: bueno a la manera blanca, blanda, filantrópico, dulce, de la Sociedad Protectora de Animales o del Ejército de Salvación. Esa es una falsa, satánica manera de cubrir en falso, con piel cerrada en falso, mucha carne podrida de culpas. Se puede volver a la gracia por la limpieza enérgica, dura, sincera, dolorosa y dolorida de la penitencia.

* * *

Así, en la vida de los pueblos. Se puede llegar a la felicidad por la vía del rigor. Del rigor, entiéndase, libremente aceptado, en esa profunda manera de ser libre que consiste en renunciar parte de la libertad. No más pastorales de novela, sino austero ajetreo de cara al campo de verdad: resolución fuerte y firme de imponerse una disciplina y redoblar esfuerzos, de abrazar exasperadamente un dramático afán de salvación. Así, se nos dará la felicidad como premio y no como regalo.

(F.E., núm. 3, 18 de enero de 1934)

SUPERVIVENCIAS

(El Parlamento visto de perfil.)

El señor Martínez de Velasco fue, según cuentan, subsecretario de algo con el señor García Prieto en un Ministerio monárquico que –aseguran– gobernó hasta el 14 de abril de 1931 a la puesta del sol. Contra lo que han contado algunos informados deficientemente, el señor García Prieto no murió el 13 de septiembre de 1923; había perecido en 1888 –exactamente–, en el incendio de un teatro de alguna ciudad gallega, donde se celebraba una función infantil. No obstante, era ministro de algo en 1931, y el señor Martínez de Velasco, subsecretario del mismo departamento.

En 1931 se derrumbó el régimen en cuyo servicio había militado el señor Martínez de Velasco. Muchos creyeron que así se truncaba una brillante carrera política, en la que tantas esperanzas tenía la Patria puestas. Triunfante la República, desaparecía toda la posibilidad de que llegara, por ejemplo, a ser ministro persona tan señalada en el régimen anterior como el señor Martínez de Velasco.

Pero ya ven ustedes lo que son las cosas: este señor, no sólo puede ser ahora, más que antes, ministro de lo que le venga en gana, sino que proporciona ministros a los demás. Vence reyes moros y engendra quien los venza.

Es disculpable que, ante tales paradojas, el señor Martínez de Velasco tenga un poco descompuesta la lógica de su interior. Así, hace unos días, después de impugnar con muy buenas razones una proposición del Gobierno, después de convencer a toda la Cámara de que el Gobierno desacertaba, anunció: "No obstante, esta minoría votará con el Gobierno".

Horas después, el señor Martínez de Velasco se iba a jugar al tresillo a casa del general Narváez, donde parece que se oyó decir cosas ingeniosísimas a don Juan Eugenio Hartzenbusch.

AGUA Y AZUCARILLOS

Los ujieres del Congreso, justamente encolerizados contra el sinnúmero de oradores que les ha tocado en suerte oír, obligan a cada nuevo orador a beberse un líquido sospechoso, castaño de color.

Dicen que es agua con azucarillo, pero no es verdad. Es la venganza de los ujieres. Ahora que los ujieres, sin saberlo, mantienen viva, con este intento de venganza, la fuente inextinguible de la elocuencia.

Se ha comprobado, en efecto, que nunca se tira el agua color de chocolate que sobra en esos vasos.

Encima de lo que queda se echa más agua y se mete un nuevo azucarillo. Así perdura una solera tradicional que es como el filtro de la elocuencia en Cortes. Al poner los labios en el mismo borde, van transmitiéndose de unos oradores a otros los secretos de la mejor escuela. Nada impide que el vaso donde bebió Vázquez de Mella pase un día por los labios del señor Lamamié de Clairac.

EL LUSTRO MENOS PENSADO

Todos ruegan, preguntan e interpelan incansablemente al ministro de la Gobernación. Pero lo hacen con esa ternura que se guarda para los enfermos graves. El pobre señor ministro está a punto de dejar de ser ministro: así lo viene anunciando desde noviembre; ¿para qué amargarle, pues, los últimos días?

Por otra parte, el señor ministro es muy simpático y muy discreto. Todos le tienen ley. Pero, sobre todo, esa inminencia de su dimisión...

Y así, el señor Rico Avello va prolongando sus días, mimado por todos. También hay enfermos graves que se las arreglan para mantener viva, años y años, la inminencia de su muerte, y prolongan así una grata vida de solicitudes. Cuando murió uno de esos enfermos fue cuando se dijo: "Por fin ha muerto don Fulano de Tal". Para el señor Rico Avello habremos de inventar otra: "Parece confirmarse que el lustro menos pensado dimitirá el ministro de la Gobernación".

(*F.E.*, núm. 3, 18 de enero de 1934)

EL TERCER NUMERO DE "FE", DENUNCIADO

Cuando ya llevaba dos horas vendiéndose en paz el tercer número de FE, fue denunciado y recogido. ¿Por qué? ¡Nadie lo sabe! Según el señor fiscal (así se lo dijeron en el Juzgado de guardia a nuestro director), era delictivo todo el periódico. No éste o el otro artículo, no tal o cual caricatura, sino todo el periódico; desde la cabecera hasta el pie de imprenta, pasando por las fotografías de ruinas romanas y por el anuncio de un almacén de antigüedades.

Si nosotros conserváramos la más mínima fe en los principios del Estado liberal, llenaríamos estas columnas de protestas. Nunca se ha visto, en los usos judiciales, la denuncia de dieciséis páginas enteras. Puede delinquiese en un concepto, en un párrafo o en un artículo; delinquir en toda una publicación es imposible.

Claro está que con esta denuncia global, lo que se ha buscado –y conseguido– es impedir la salida del número. Las autoridades conocían la experiencia de nuestra aparición; entonces, como los lectores saben, dos trabajos fueron denunciados; pero, horas después, una nueva tirada del periódico salía, sin ellos, a la venta. Para que el recurso –estrictamente legal– no pudiera repetirse, esta vez ha sido denunciado el número entero.

Cada una de estas muestras de persecución nos cuesta miles de pesetas, de honradas pesetas aventuradas en una empresa lícita. Cada una de estas muestras de persecución nos irrita más. Pero nos fortalece. ¿Cómo vamos a dudar, en vista de ellas, de que la razón está de nuestra parte? No puede haber mejor ejemplo de lo que ocurre en el Estado liberal. Se tiene exactamente la misma falta de garantías que en las dictaduras. Como los gobernantes se lo propongan, en el Estado liberal no se puede respirar ni vivir. Con la diferencia de que mientras las dictaduras escriben sus principios a la puerta, con letras claras, para que todos sepan con quién se las entienden, el Estado liberal se cubre en hipócritas declaraciones de libertad, debajo de las cuales perpetúa las más odiosas tiranías.

FE, núm. 4, 25 de enero de 1934.

SEÑORITISMO

Ya son bastantes los que cuando nos ven nos saludan con el brazo en alto. Pero da la casualidad de que muchos saludan así en presencia de un *whisky*, al que consagran, sorbo a sorbo, las mejores horas de un día cuyo rendimiento conocido empieza a la una de la tarde.

Esos mismos que así intercalan el saludo romano entre el *whisky* y nuestra presencia son los más apremiantes en sus censuras por nuestra lentitud, los más exigentes en los propósitos de represalias y los más radicales en la elección verbal de los procedimientos combativos.

Bueno es hacer constar que luego, a la hora de la verdad, no se halla a los tales repartiendo y recibiendo, golpes. Ni, más modestamente, se los encuentra propicios a suministrar el más moderado auxilio económico.

* * *

No es, pues, inoportuno empezar a poner las cosas en claro.

A Falange Española no le interesa nada, como tipo social. *el señorito*.

El "señorito" es la degeneración del "señor", del "hidalgo" que escribió, y hasta hace bien poco, las mejores páginas de nuestra historia. El señor era tal señor porque era capaz de "renunciar", esto es, dimitir privilegios, comodidades y placeres en homenaje a una alta idea de "servicio". *Nobleza obliga*, pensaban los hidalgos, los señores; es decir, nobleza "exige". Cuanto más se es, más hay que ser capaz de dejar de ser. Y así, de los padrones de hidalguía salieron los más de los nombres que se engalanaron en el sacrificio.

Pero el señorito, al revés que el señor, cree que la posición social, en vez de obligar, releva. Releva del trabajo, de la abnegación y de la solidaridad con los demás mortales. Claro que entre los señoritos, todavía, hay muchos capaces de ser señores. ¿Cómo lo vamos a desconocer nosotros? Estos reproches, por definición, no van con ellos. Sí van, en cambio, contra los señoritos típicos: contra los que creen que con un saludo romano en un "bar" pagan por adelantado los esfuerzos con que imaginan que nosotros vamos a asegurarles la plácida ingurgitación de su *whisky*.

* * *

Como aquí no se engaña a nadie, quede bien claro que nosotros, como todos los humanos que se consagran a un esfuerzo, podremos triunfar o fracasar. Pero que si triunfamos no triunfarán con nosotros los "señoritos". El ocioso convidado a la vida sin contribuir en nada a las comunes tareas, es un tipo llamado a desaparecer en toda comunidad bien regida. La Humanidad tiene sobre sus hombros demasiadas cargas para que unos cuantos se consideren exentos de toda obligación. Claro que no todos tienen que hacer las mismas faenas; desde el trabajo manual más humilde hasta la magistratura social de ejemplo y de refinamiento, son muchas las tareas que realizar. Pero hay que realizar alguna. El papel de invitado que no paga lleva camino de extinguirse en el mundo.

Y eso es lo que queremos nosotros: que se extinga. Para bien de los humildes, que en número de millones llevan una vida infrahumana, a cuyo mejoramiento tenemos que consagrarnos todos. Y para bien de los mismos "señoritos", que, al volver a encontrar digno empleo para sus dotes, recobrarán, rehabilitados, la verdadera jerarquía que malgastaron en demasiadas horas de holganza.

(F.E., núm. 4, 25 de enero de 1934)

NECROLOGÍA

(El Parlamento visto de perfil.)

Por fin dimitió el señor Rico Avello. A nosotros, personalmente, nos dio bastante que hacer a fuerza de cierres y recogidas. Pero esta hora de su conmemoración es hora de benevolencias. Por otra parte, el señor Rico Avello era simpático, dulce, paciente e incongruente, como corresponde a un buen ministro parlamentario. Cuando le atacaban, por ejemplo, denunciándole –sin razón– crueldades de un cabo de la Guardia Civil, el señor Rico Avello dedicaba un largo pasaje, con su humilde voz de hombre honesto, a demostrar como en el lugar de la denuncia no se hallaba aquel día ningún teniente de la Guardia Civil. Pero esta suave manera de eludir las cuestiones no revela en él sino tacto, temperamento pacífico y ánimo conciliador. Todos le recordaremos con simpatía. Descanse en paz.

¿NECROLOGÍA?

Desde hace más de una semana no se sabe nada del señor Cid. No es posible que su presencia haya pasado inadvertida en el banco azul. Indudablemente, algo ha ocurrido. Algunos sospechan que se le ha olvidado que es ministro. Nadie –dicen– se atreve a recordárselo. Otros aseguran que ha muerto. Pero si esto fuera así, también le deseamos que descanse en paz. Y ordenamos que media columna en blanco cante el recuerdo de sus excelsas glorias políticas.

PENUMBRA

En la sesión del viernes último se apagaron las luces del Congreso.

Las Cortes llevan poco más de un mes de vida y ya se arrastran en la decrepitud. Así, en las sesiones de los martes faltan los diputados de provincias que han demorado su regreso; en las de los miércoles hay alguna gente más; en las de los jueves empieza la desbandada; las de los viernes son un himno al desmayo. Así, de puro desmayo en el ambiente, las mismas luces se desmayaron una y otra vez. Primero se apagaron todas. Luego se encendieron. Después se volvieron a apagar. Por último, alumbraron cinco o seis candelabros eléctricos y unas cuantas velas de estearina. En aquella penumbra como de velatorio siguió aleteando la sesión. Dos o tres diputados socialistas, fieles cumplidores de su deber, se esforzaban en contar cosas truculentas para animar a los reunidos. Desfilaban entre las sombras fantasmas de cadáveres y reminiscencias crueles. Pero nada. Aquello languidecía y languidecía. Todos estaban en el secreto: el señor Alba había rogado a los socialistas que amenizasen la tarde, y los socialistas le complacían narrando tragedias. Pero nada: nadie lo creía.

Las luces continuaban escasas y amarillas. El salón de sesiones era un recinto lleno de tedio. Se adivinaba el día en que el pueblo, no contento del todo con aquellas luces medio apagadas, habría de entrar en el salón de sesiones para decir definitivamente:

–Apaga y vámonos.

(F.E., núm. 4, 25 de enero de 1934)

DECLARACIONES DEL JEFE DE FALANGE, DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.– LA CORRIENTE ESPIRITUAL QUE IMPULSA AL FASCISMO.– LOS CAMINOS LÍCITOS Y LOS DERROTEROS VIOLENTOS.– LA CLASE MEDIA MODESTA, PROPICIA A ACEPTAR EL FASCIO.– LA CAPTACIÓN DEL ELEMENTO PROLETARIO Y LA HOLGANZA DEL SEÑORITO

El señor Primo de Rivera recibe al reportero en su casa. El timbre del teléfono y el de la puerta van pespunteando –como motitas saltarinas– el diálogo del político y el periodista. Hay que aprovechar los minutos, pues el día está lleno de afanes para el joven diputado. Amable y cordial, dice al reportero:

– Lo acaecido en San Carlos –falangistas y F. U. E.– es el colofón y remate de una serie de amenazas, de coacciones y ataques que han soportado los de Falange, y que tuvo su culminación por el intento de asesinato de Baselga en Zaragoza.

El problema estudiantil es sólo un síntoma del estado de protesta de este movimiento político, cuya estrangulación se persigue, sin darse cuenta que la corriente espiritual que lo impulsa tiene hondas raíces en Europa y ha cuajado en nuestro país. Para acabar con este movimiento intelectual, político y económico, se nos persigue implacablemente. Desde el 29 del pasado octubre, que hablamos en la Comedia, se dedican a cerrarnos nuestros Centros, a denunciar nuestros periódicos y a asfixiar cualquier brote de la organización. Y es claro que ésta –que quiere actuar en la calle, a la luz pública–, al ver que le cierran todos los caminos lícitos, se ve forzada a lanzarse por otros derroteros.

La polémica quedaría clara y limpia, y la lucha no tomaría el carácter de violencia, si no se tuviera esa prevención, propia de lugareños, de creer que somos una partida de la porra y que sólo empleamos como argumento el palo. Con eso el enemigo rebaja el tema y empequeñece nuestro ideal.

En el episodio acaecido en San Carlos dispararon antes los de la F.U.E. que los nuestros. Tenían preparada una emboscada. De este asunto, ampliado, hablaré en el Parlamento en la próxima semana.

– Un político monárquico ha dicho hoy que no cree en el "fascismo español de guante blanco".

– Es que toma el rábano por las hojas –responde el, señor Primo de Rivera–. Creen que sólo un hombre del pueblo puede ir al frente de un movimiento de esta clase. No se dan cuenta que existe –como le he dicho– una corriente profunda, social, de reforma de la organización económica total, hasta el fondo –que no se puede escamotear–, y que se manifiesta por la entrada torrencial de la clase obrera. Hasta ahora el empuje más fuerte ha estado en el lado obrero; pero piense usted que a nosotros nos llega este movimiento en estado de madurez mucho más digerido que cuando se abrió paso en Italia...

– ¿Y no cree usted que el obrero creerá que el llamado movimiento falangista que pide su colaboración es una añagaza para atraerle y abandonarlo en el caso que triunfara?

– No, no –arguye rápido–. Cuantas cosas decimos en el aspecto social no lo hacemos de manera taimada y artera, por captar el elemento proletario y abandonarlo luego. Está en nuestros programas y propósitos y en la lealtad de nuestra conducta. Seremos fieles siempre a nosotros mismos. Además, sería inútil, porque los obreros nos pedirían luego cuentas feroces.

No llegamos a estas concesiones por creer de antemano que nos vencen, sino porque desde el principio, y en su totalidad, las estimamos justas, y, además, porque vemos la producción y los elementos que la integran como un conjunto al servicio de la integridad nacional, y no como el espectáculo de unas fuerzas en lucha, en la que el más poderoso vence al más débil.

– ¿Qué elementos nutren a Falange Española y cuáles se muestran más propicios a aceptarla?

– La clase media modesta, y yo espero que los obreros –en cuanto se les pueda explicar nuestro programa– se convencerán de que con nosotros están sus verdaderos intereses. Las clases acomodadas son las que tendrán que soportar los mayores sacrificios; pero tienen necesariamente que pensar que la jerarquía no es un privilegio, sino una responsabilidad y una misión. Esas clases, depositarias de calidades espirituales, al tenerlas en desuso han cometido un pecado de infidelidad con su historia y sus prestigios. Y tienen que volver a la tarea y recuperar la jerarquía perdida por medio del sacrificio y del esfuerzo.

Reportaje que incluye el periódico *Luz*, de Madrid, en su edición de 27 de enero de 1934. *La Nación* reprodujo un extracto del aludido reportaje, declarando que el político monárquico de la referencia no era otro que el conde de Romanones.

LA FALANGE Y LA F.U.E.

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 1 de febrero de 1934.)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Aparte aspavientos y relatos melodramáticos de horrores perpetrados por los fascistas, el suceso de San Carlos, el asalto de la F.U.E. de Medicina, es, dados ciertos antecedentes, un fenómeno perfectamente explicable. Y los antecedentes que producen ese resultado son, a mi modo de ver, simplemente estos tres: primero, la F.U.E. es una organización política; segundo, la F.U.E. ha introducido la violencia en la Universidad; tercero, la política del Gobierno (para el que, como tal Gobierno, tengo los mayores respetos, pero al que he de censurar en este punto) no es acertada en cuanto al tratamiento de ese fenómeno político y social del fascismo que se está produciendo en España, como en toda Europa.

En cuanto a lo primero, o sea, al carácter político de la F.U.E., no tema la Cámara que me remonte al siglo XIII, ni siquiera a los tiempos de la Dictadura, porque acaso en mi interpretación de esos tiempos pudierais achacarme parcialidad. Voy, sencillamente, a referirme a lo que ocurre con la F.U.E. desde que se implantó la República. Cada una de las asambleas generales de la F.U.E. es un mitin político; en las reuniones de la F.U.E. casi nunca se habla de algo estudiantil, típicamente profesional, sino de las actitudes que deben tomar los estudiantes respecto a tales o cuales problemas políticos.

El 10 de abril de 1933 —es decir, antes que hubiese empezado a manifestarse públicamente ningún movimiento fascista—, la Junta directiva de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina, incorporada a la F.U.E., acordó proclamar solemnemente su carácter antifascista. (*El señor Pascual Leone: "Muy bien hecho".*) A S.S. le parece muy bien; pero es una declaración política, tan acertada como se quiera a juicio de ese señor diputado... (*El señor Marco Miranda: "Y tan liberal".*) Perfectamente; serán liberal, luego es política. (*El señor Marco Miranda: "En sus Congresos no se habló nunca de política".*) ¿Que no se habló nunca de política en sus Congresos? Perdóneme un momento S.S., que ya iremos poniendo todo eso en claro.

Pues bien: en cumplimiento de aquel acuerdo, que se tomó el 10 de abril de 1933, la Junta directiva de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina convocó a Junta general para el 13 de enero de este año. Aquí está esa convocatoria (*enseñándola*), y en el orden del día de la Junta general figuran estos dos puntos: Primero, declaración antifascista de la Asociación. (*El señor Pascual Leone: "Muy bien".*) Perfectamente bien. Segundo (a ver si este punto le parece todavía mejor a S.S.), no admitir dentro de la Asociación a aquellos individuos que profesan ideas fascistas' (*El señor Pascual Leone: "Me parece mejor".*) (*El señor Barco Miranda: "Muy liberal".*) Perdónenme SS.SS., que habrá tiempo para todo, y disculpe también la Presidencia si el discurso se alarga con las interrupciones. Esta declaración antiliberal —antiliberal, aunque parezca otra cosa— alcanza, si se fijan en su texto los interruptores, no a excluir de la Asociación Profesional de Estudiantes a los que despliegan actividad fascista, sino a aquellos individuos que profesen ideas fascistas. Es decir, que la F.U.E., resucitando los procedimientos de la Inquisición, pero todavía más sutiles (*rumores*), se mete a indagar, no lo que hacen los estudiantes fuera, sino lo que llevan en la cabeza, por si eso disgusta a los directivos de la F.U.E. (*Aplausos y rumores. El señor Molina: "Escuchad un poquito, escuchad".*) Pues bien: SS.SS. —y en esto tienen la misma manera de interpretar el liberalismo que la F.U.E.— entienden que los liberales... (*Rumores. Un señor diputado: "¿Cómo interpreta S.S. el liberalismo?"*) ¿Me perdonan SS.SS.? ¿Me conceden todos un momento de silencio, poco más o menos, hasta que acabe? El liberalismo precisamente lo que no puede hacer es calificar las doctrinas por su contenido, porque es dogma del liberalismo tributar a todas el mismo respeto. De manera que, en cuanto subordine ese respeto al contenido de las doctrinas y recuse las únicas que le resulten antipáticas —que son las antiliberales, como es natural—, el liberalismo pasa a ser tan inquisitorial como cualquier doctrina de las más inquisitoriales. (*Muy bien. El señor Menéndez: "Que era lo que decía Pidal a Azcárate: Se aprovechan de la libertad para matar la libertad". Rumores.*) Se celebró la Junta general. En ella los partidarios de esta declaración de antifascismo redujeron la oposición de los disidentes por el también liberal sistema de apalearlos, y cuando, una vez apaleados los dirigentes, se adoptó este acuerdo por aclamación, no tardo la F.U.E. en recibir un telegrama de los estudiantes revolucionarios de Barcelona, en el que, después de felicitarla por su decisión, se decía: "Abrazos

revolucionarios". Como es natural, los estudiantes de la F.U.E. no tenían la culpa de que los estudiantes revolucionarios les enviaran este telegrama; pero el tal telegrama les debió de parecer muy bien cuando en el tablón de anuncios de la F.U.E. de Medicina fue exhibido con todos los honores.

Vienen los primeros acontecimientos de los que han culminado en San Carlos. Ocurren unos incidentes, como saben todos los señores diputados, en Zaragoza y en Sevilla, y entonces se publica una hoja del Secretariado Central de los Bloques Escolares de Oposición Revolucionaria, en la cual hoja se imprime una serie de gritos para todos los gustos. Hay, por ejemplo, un grito que dice: "¡Muera el Gobierno Lerroux-Gil Robles!" Este es uno de los gritos; pero otro es: "¡Con la F.U.E.!" Es decir, que los estudiantes del Bloque de Oposición Revolucionaria consideran a la F.U.E. como una cosa propia.

Pues bien: cuando todo está preparado así, llega un día en que esta pugna entre la F.U.E., declarada oficialmente, dogmáticamente, canónicamente antifascista, con unos cuantos estudiantes que sienten algún interés por esto movimiento europeo que se denomina "fascismo" se va agravando. ¿Y sabe el Gobierno y sabe la Cámara cómo se resuelve la primera vez? Pues tratando de asesinar por la espalda al estudiante Baselga, de Zaragoza, a quien reputan fascista los de la F.U.E. (*Un señor diputado: "¿Y Matteoti?"*) ¡Hombre, Matteoti! ¿Pero qué me dice S. S. de Matteoti? Acuérdesse do Caín y Abel. ¡Aquello sí que fue tremendo! (*Risas y rumores. Un señor diputado: "Hablemos de Caín y Abel."*) Mis respetables interruptores perdonarán que no les conteste siempre, porque algunas veces no les oigo; sino, lo haría con mucho gusto.

Pues bien: al estudiante Baselga trata de asesinarle en Zaragoza un pistolero que va entre un grupo de estudiantes de la F.U.E., al cual pistolero le dicen: "Dispara ahora"; y, en efecto, el pistolero sigue al estudiante, y cuando va a entrar en un café le dispara cuatro tiros, le atraviesa un pulmón con dos de ellos y lo deja moribundo. Los estudiantes de Zaragoza reaccionan con toda indignación; el rector, ante el estado de indignación de la Universidad, acuerda la clausura de la F.U.E., la directora de estos disturbios, y entonces la F.U.E. de Madrid, por solidaridad, contra todas las autorizaciones, declara una huelga y obliga, por la violencia, a los estudiantes que van a clase a que se declaren en huelga también. Ocurren incidentes en la Facultad de Derecho, donde, por ejemplo, el vicerrector, el profesor de Derecho mercantil, señor Garrigues (que es uno de los universitarios más brillantes, de la más limpia historia escolar, como profesor y antes como estudiante, que dirigió estas mismas asociaciones profesionales, continuadas hoy por la F.U.E.), porque se resiste a dejar su clase, cediendo al requerimiento de más de cien alumnos, los estudiantes de la F.U.E. le echan un cubo de agua. Dentro de la Facultad de Medicina irrumpen en dos o tres clases, y airadamente, aun en la misma que da el señor decano, impiden que sigan. Entonces acude el señor rector, y, entendiendo que donde uno no quiere dos no riñen, en vista de que los de la F.U.E. pretenden impedir airadamente las clases y de que hay otros estudiantes –la mayor parte– que quieren ejercer su derecho a estudiar, resuelve la discrepancia dando gusto a la F.U.E., y suspende todas las clases.

En estos incidentes, que han empezado en las Facultades de Derecho y de Medicina, aparece un grupo de la F.U.E.; este grupo, después de intervenir airadamente en las clases de Medicina, se dirige a la Escuela de Veterinaria, promueve un disturbio e impide también que se den las clases. Al día siguiente va al Hipódromo, y ante la Escuela Normal promueve otro disturbio. Como consecuencia de ellos son detenidos varios individuos de la vieja guardia, y resulta que llevan pistolas. Es decir, que la primera aparición de las pistolas en la Universidad de Zaragoza y aquí en la vieja guardia fue en los bolsillos y en las manos de los estudiantes de la F.U.E. (*Muy bien.*)

Entonces se provoca un estado de exasperación en todos los estudiantes desafectos al monopolio escolar de la F.U.E., estado de exasperación que culmina el día 25. Llega a la Facultad de Medicina un grupo numeroso de estudiantes, penetran tumultuosamente y rompen la primera puerta del local de la F.U.E. Es de saber que el local de la F.U.E., después de una primera sala, se divide en dos piezas, separadas por un tabique; en este tabique no hay puertas, sino únicamente dos ventaniolos de unos sesenta centímetros en cuadro. La pieza de la izquierda es la Secretaría, donde normalmente debían estar los estudiantes de la F.U.E. que forman la Junta directiva, en el supuesto de que debieran estar en alguna parte, puesto que la autoridad del rector había mandado cerrar la Universidad con todas sus dependencias. Pero no están en la Secretaría los estudiantes de la F.U.E.; están en la sala de al lado, que se destina a Juntas Generales, aunque ese día no se celebra

ninguna, y cuando el tropel airado de los estudiantes penetra en la Secretaría y se limita, sin demasiada exageración, a maltratar algunos muebles, los que están en la sala de al lado, en la sala de Juntas, a través de los ventanillos disparan los primeros, hacen fuego; y esto se ha podido comprobar, aunque la autoridad académica no permitió ningún registro de la Policía y recogió por sí misma todos los enseres antes que llegara el Juzgado, porque yo sé y me consta que hay un estudiante herido en una mano, precisamente por los disparos de los de la F.U.E. Comprenderá la Cámara que no voy a decir el nombre de este estudiante herido, porque lo sé bajo secreto profesional, y en este momento, en que está todo *sub judice*, podría comprometerlo; pero comprenderá también la Cámara que cuando yo digo que he visto con mis ojos la herida en la muñeca de ese muchacho es que ha sido verdaderamente herido. Entre los 200 ó 300 asaltantes hay dos que llevan pistola. Lo encuentro vituperable; pero, ¿es mucho que lleven pistola cuando varios días antes les han asesinado a un compañero en Zaragoza y cuando llevan pistolas los de la vieja guardia de la F.U.E.? Al verse tiroteados, esos dos muchachos disparan, con tan desgraciada suerte, que hieren gravemente a un estudiante, que, por fortuna, parece que va a curar, pero que, en todo caso, es deplorable que resultase herido.

Estos fueron los hechos del asalto a la F.U.E. de San Carlos. Como ve la Cámara, dos de los tres factores que yo decía han aparecido ya. La F.U.E., que fue en sus orígenes, que debió ser desde su nacimiento, una asociación profesional, estudiantil, ha derivado abiertamente hacia la política, casi se ha desentendido de todo interés profesional para convertirse en una entidad política; y, en segundo lugar, es la primera que ha ejercido un régimen político de violencia.

Pero es que, además —y ésta es la censura que moderadamente me atrevería a dirigir al Gobierno—, ante el fenómeno del fascismo se están conduciendo el Gobierno y, especialmente, las autoridades subalternas de una manera sumamente extraña. El fascismo, para el director general de Seguridad, es una especie de institución secreta que la Dirección muy de cerca vigila, hasta el punto de que, según el director de Seguridad, es la pesadilla del fascismo. Pues bien: esta idea del fascismo —y permíteme el señor director general de Seguridad— es una idea perfectamente zafia. El fascismo podrá concebirlo así, como una partida de la porra, tal vez un concejal de un lugar de España alejado de todas las comunicaciones; pero el fascismo es una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio. El fascismo triunfó ya en varios países, y ha triunfado en algunos, como en Alemania, por la vía democrática más irrefutable.

Pues bien: ante estos hechos, ante esa inquietud universal del fascismo, que el director general de Seguridad diga: "Tenemos muy vigilado al fascismo", es como si dijera: "Tenemos muy vigilada la Geometría euclidiana", o "Tenemos muy vigilada la interpretación materialista de la Historia". Es una actitud perfectamente absurda. Yo encontraría muy bien que el señor director de Seguridad reprimiese las manifestaciones violentas del fascismo o de cualquiera otra tendencia; pero no me explico por qué el señor director general de Seguridad se constituye en vigilante de la difusión de una idea.

El señor director general de Seguridad ha encontrado un auxiliar admirable en el señor fiscal de Prensa. Cada número de esa revista que se llama *F. E.* —que el señor Hernández Zancajo tiene el buen gusto de leer (*Risas*) y que habrá podido comprobar que es una revista literaria irrefutable—, cada uno de esos números, digo, cae en manos del señor fiscal y suscita su cólera. El primer número suscitó su cólera por un artículo en broma dedicado al señor Gil Robles. Estoy seguro de que el señor Gil Robles es sobradamente inteligente para no darse por ofendido por ese artículo; pero, en cambio, el señor fiscal estimó que el señor Gil Robles debía darse por ofendido y que era él el llamado a defenderle contra aquellas ofensas (*Risas*). Se retiró el artículo en broma y se publicó una nueva tirada sin el artículo; pero llega otro número, y entonces el señor fiscal, que se cree depositario de la tranquilidad pública en orden a impedir la salida, del periódico, se dijo: "Si denuncio un artículo van a hacer lo que la vez anterior: retirar el artículo y publicar otro número sin él", y entonces denunció el número entero. Es decir, que un periódico que tiene doce páginas es delictivo desde el principio hasta el final. Si se ojea el periódico, se encuentra, por ejemplo, el anuncio de un sacerdote que prepara muchachos para los exámenes, pues eso es delictivo; se encuentra una nota en la que se recomienda a los suscriptores que giren el duro del semestre, pues eso es delictivo. Y las fotografías de la basílica Ulpia y de la columna de Trajano, que aparecen en el número, son

delictivas. Todas estas páginas son delictivas, a juicio del señor fiscal. Naturalmente, como no íbamos a publicar otro periódico en blanco, el señor fiscal se salió con la suya y aquel número no se publicó. Falange Española es una Asociación registrada en la Dirección de Seguridad y con sus estatutos aprobados. En estos estatutos se prevé cómo han de constituirse las Asociaciones filiales de provincias. Se llevan los estatutos a provincias, y donde se encuentra un gobernador que entiende los estatutos y la aprobación de la Dirección de Seguridad, la Asociación funciona; pero donde se encuentra un gobernador como el de Sevilla, que se cuadra, dice que él no aprueba por nada los estatutos, olvidándose del pequeño detalle de que no los tiene que aprobar, entonces ya no funciona la Asociación Falange Española. Y así es todo.

Y esto es lo que digo al Gobierno: Si estamos ante una actitud intelectual y espiritual que anda por toda Europa y que pretende manifestarse en todas las formas lícitas que a todas las ideas se conceden, ¿por qué no ensaya el Gobierno a permitirle desenvolverse a la luz pública, mucho más fiscalizable, y no la comprime, para ver si se decide a la actuación secreta que repelió siempre, y a ver si estalla de cuando en cuando con la vehemencia exasperada de unos estudiantes a quienes se les niegan sus derechos?

No creo que el Gobierno nos vaya a dar el argumento de la F.U.E. de que somos una Asociación de tendencia antiliberal; pero no creo tampoco que el Gobierno —no lo podrá hacer sin injusticia— nos pueda decir que somos una Asociación violenta, porque aquí, frente a esas imputaciones de violencias vagas, de hordas fascistas y de nuestros asesinatos y de nuestros pistoleros, yo invito al señor Hernández Zancajo a que cuente un caso solo, con sus nombres y apellidos. Mientras yo, en cambio, le digo a la Cámara que a nosotros nos han asesinado un hombre en Daimiel, otro en Zalamea, otro en Villanueva de la Reina y otro en Madrid, y está muy reciente el del desdichado capataz de venta del periódico *F. E.*; y todos éstos tenían sus nombres y apellidos, y de todos éstos se sabe que han sido muertos por pistoleros que pertenecían a la Juventud Socialista o recibían muy de cerca sus inspiraciones. Estos datos son ciertos.

.....

.....

Y nosotros, que tenemos en nuestras filas todas estas bajas y otros muchos heridos graves, nos hemos resistido a todos los impulsos vindicativos de los que nos pedían una represión enérgica y una represalia justa, porque consideramos mejor soportar, mientras sea posible, que abran bajas en nuestras filas que desencadenar sobre un pueblo una situación de pugna civil. Nosotros hemos sufrido hasta ahora todas las víctimas, y las hemos sufrido en silencio, y si no lo hemos dicho antes y si lo digo ahora, sobria y solemnemente, para contestar a las imputaciones salidas de esos bancos (*Señalando a los de la minoría socialista*), es porque nosotros, con nuestros muertos —y esto es lo más serio que os digo de todas mis palabras—, podemos hacer símbolo de enseñanza o de escuela de sacrificio; lo que no queremos nunca es pasear sus despojos por el terciopelo ajado de estos bancos para convertirlos en efectos políticos desdeñables.

MARINA

(El Parlamento visto de perfil.)

Un extravagante diputado se quejó hace varios días de que los cañones encargados para el *Méndez Núñez* no sirvieran para entrar en combate.

Airado frente al que hablaba, como un verdadero barco de guerra frente al *Méndez Núñez*, se levantó otro señor. Todos preguntaron:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Alguien de esos que están en todos los secretos explicó:

—Es el ministro de Marina.

Y dijo, poco más o menos, el señor ministro de Marina:

—Yo, por mi temperamento pacifista, no he pensado ni por un momento en que el *Méndez Núñez* pueda entrar en combate. Lo que quiero es dar trabajo a los obreros del arsenal.

Las personas sin experiencia parlamentaria pensarán que también trabajarían los obreros en instalar cañones presentables. Otros tal vez crean que los barcos de guerra, por antipática que sea la guerra, deben servir para la guerra. Pero semejante lógica es totalmente recusable. Si en España dedicásemos los cruceros a cruceros y los cañones a cañones, ¿cómo iba a ser ministro de Marina el ministro de Marina?

FINANZAS

Otra tarde dieron una broma de mal gusto al señor ministro de Hacienda: se empeñaron en hablarle de los bonos del Tesoro.

¡Bien ajeno estaba a la cosa el pobre señor ministro! El haber demostrado pocas semanas atrás su aptitud para los vítores no justificaba la crueldad de obligarle a enterarse de que existen los bonos del Tesoro. ¡Diablo con tales bonos! Resulta que no basta con decir al subsecretario:

—Ea, que emitan unos bonos.

Sino que hay que precisar vaya usted a saber cuántas cosas: la cantidad, el tipo de interés, el procedimiento de renovación..., ¡la locura! Y lo malo es que en la Cámara hay algunos técnicos insoportables, de esos que se aferran a las cosas con terquedad sin límites:

—Primero hay que canjear y luego suscribir bonos nuevos para reembolsar a los que no hayan aceptado el canje.

—Pero ¿qué más da, hombre? —decía el ministro—. ¿Por qué no vamos a suscribir primero y canjear después? En el fondo —pensaba, sin atreverse a decirlo—, ¿qué diablos importa que existan o no existan bonos del Tesoro?

—El interés —porfiaba otro diputado— no debe pasar del cinco por ciento.

—Pero, si aunque se autorice al Gobierno para emitirlos al cinco y medio yo espero colocarlos muy por debajo.

—Entonces —replicaba el primero— lo mismo da que autoricemos el seis o el ocho.

—¡No, eso no es posible!

—¿Por qué no, señor ministro?

Entonces el señor ministro, al oír que por los bancos radicales murmuraban no sé sabe qué cosa acerca de la Constitución, exclamó rotundo:

—¡Porque no lo permite la Constitución!

No se apagaron otra vez las luces, pero faltó tanto así.

(F.E., núm. 5, 1 de febrero de 1934)

EL CUARTO NUMERO DE *FE*, DENUNCIADO

Como es costumbre, y como sería tradición si vientos afortunados no soplaran un día no lejano nuestras naves, el anterior número de *FE* también fue denunciado.

Ahora hemos de registrar una variante en el estilo liberal de la denuncia. No ha tenido el cuarto número de nuestra revista el honor de ser denunciado globalmente, originalidad digna de pasar a las antologías. Únicamente un artículo ha suscitado esta vez la ira fiscal: "El Parlamento visto desde fuera." (Se comprende que visto desde dentro no puede provocar ira, sino un ataque de hilaridad, vencido el concepto dramático del espectáculo, ya que el español se ríe entre lágrimas.)

Quitamos el artículo en cuestión y entonces ocurrió algo que también es nuevo en estos climas gubernativos: aun sin el artículo, la ira no cedió un paso. No se nos selló el número y se impidió ponerlo a la venta, pretensión nuestra bastante aceptada por el público que es la razón subconsciente de muchas cosas.

Hacer unos razonamientos sobre la incongruencia de estas medidas dictatoriales dentro de la orgía del tópico liberal y reblandecimiento de las protestas democráticas sería ingenuo, y la tarea, aunque sencilla, nos la ahorramos con gusto.

Se consigue –no decimos que se busca– la contrariedad económica y arbitraria para nuestra publicación; el aliento –no decimos que voluntario– la sistemática persecución mediocre característica en estos tiempos, y en las gentes que dan perfil chato al sentido y al sentimiento de la autoridad, desnaturalizando su concepto y su natural condición dentro del liberalismo facilón muy siglo XIX que se procura fingir.

Habremos, mientras las cosas no sean de otro modo, de plegarnos en nuestras relaciones con el público –por medio de nuestra revista, se entiende– a la publicidad relativa que nos permitan nuestros censores. Y con todos los inconvenientes de una dictadura torpemente administrada y ninguna de sus ventajas, contar con esta peripecia semanal como con un castigo que se nos aplica, no por nuestros pecados, sino precisamente por las virtudes que existan en nosotros y, más concretamente, en lo nuestro.

De hoy en adelante, este espacio se reservará en todos los números para dar cuenta de la denuncia consiguiente.

FE, núm. 5, 1 de febrero de 1934.

LA MUERTE ES UN ACTO DE SERVICIO

1. La muerte es un acto de servicio. Ni más ni menos. No hay, pues, que adoptar actitudes especiales ante los que caen. No hay sino seguir cada cual en su puesto, como estaba en su puesto el camarada caído cuando le elevaron a la condición de mártir.
2. No hagáis caso de los que, cada vez que cae uno de los nuestros, muestran mayor celo que nosotros mismos por vengarle. Siempre parecerá a esos la represalia pequeña y tardía, siempre deplorarán lo que padece, con soportar las agresiones, el honor de nuestra Falange. No les hagáis caso. Si tanto les importa el honor de nuestra Falange, ¿por qué no se toman siquiera el trabajo de militar en sus filas?
3. El honor y el deber de la Falange tienen que ser medidos por quienes llevan sobre sus hombros la responsabilidad de dirigirla. No olvidéis que uno de los principios de nuestra moral es la fe en los jefes. Los jefes tienen siempre razón.
4. Una represalia puede ser lo que desencadene en un momento dado, sobre todo un pueblo, una serie inacabable de represalias y contragolpes. Antes de lanzar así sobre un pueblo el estado de guerra civil, deben, los que tienen la responsabilidad del mando, medir hasta dónde se puede sufrir y desde cuándo empieza a tener la cólera todas las excusas.
5. Lo que demuestra mejor que nada si se conserva el temple, es la permanencia en el mismo puesto de peligro. No hace falta baladronadas; ¿qué mayor señal de firmeza que poner otro hombre, como si tal cosa, en el puesto donde estaba el caído?
6. El caído, que, cuando se le nombra, responde por la voz de los camaradas: ¡Presente!
7. El martirio de los nuestros es, en unos casos, escuela de sufrimiento y de sacrificio. Cuando hemos de contemplarlo en silencio. En otros casos, razón de cólera y de justicia. Lo que no pueden ser nunca nuestros mártires es tema de "Protesta" al uso liberal. Nosotros no nos quejamos. Ese no es nuestro estilo. Nosotros no profanamos los despojos de nuestros, muertos, arrastrándolos por editoriales jeremíacos o sacudiéndolos para lograr efectos políticos entre el ajado terciopelo de los escaños de las Cortes.

FE, núm. 5, 1 de febrero de 1934.

DISCURSO PRONUNCIADO EN CÁCERES EL 4 DE FEBRERO DE 1934

No nos vayamos a parecer demasiado al Parlamento por los gritos y los vítores, porque yo, entre otros defectos, acaso el mayor, tengo el defecto de ser diputado. Hace poco hice un discurso en el Parlamento. Al salir, muchos compañeros que me saben enemigo del parlamentarismo, me preguntaron: "Pero usted se desenvuelve aquí muy bien y podría lucirse, ¿por qué es tan enemigo del parlamentarismo?" Y yo contesté: "Si yo no pensara más que en mí, sería partidario del Parlamento, porque teniendo como tengo y vulgarmente se dice, un poco de mano izquierda, siempre se sale triunfante."

"Y es verdad, porque esta casa es para lucirnos solamente y para pasarlo bien los que estamos dentro de ella."

EL CAPITALISMO Y LOS OBREROS

Pero esto tiene sus raíces en el liberalismo, cuya máquina es el Parlamento; el liberalismo seguido siempre por los señoritos que lo cultivaban artificiosamente, como exclusivo de las castas superiores. El liberalismo fue así desde su principio. Nació y lo pusieron en moda con sus doctrinas el señoritismo brillante del siglo XVIII, los petimetres que hablaban de liberalismo y de nivelación social para entretener sus ocios con las duquesas en los elegantes salones en sus medios artificiales. Proclamaban la libertad del trabajo como un sarcasmo más; pero el capitalismo, mientras, acumulaba formidables fortunas y numerosas fábricas, lanzaba a la desesperación a millones y millones de seres cuyo fin ineludible era: o la muerte por hambre o el trabajo por jornal mísero.

Se refiere a las leyes de este liberalismo, que mientras encumbraba a unos sumía en la más horrenda desesperación a los obreros, que no podían llevar a su casa lo necesario para la vida de sus familias ni lo suficiente para aquellos niños, famélicos, de aspecto espeluznante, comidos por la anemia y la tuberculosis, y carentes en absoluto de cuanto significa civilización. Y este estado de cosas hizo revolucionarse a los obreros, porque, además, eran libres a los ojos de la ley.

SURGE EL SOCIALISMO

Y como esto no podía seguir, así surgió el socialismo para reivindicar al obrero. Nosotros tenemos también de común con el socialismo el querer mejorar la suerte del proletariado.

El socialismo era en un principio algo místico, algo sentimental, algo que suponía una especie de renunciación espiritual. Pensaron que estos obreros hambrientos eran sus hermanos; pero... si los primeros socialistas fueron señoritos, casi unos poetas, el socialismo adquirió una negrura horripilante cuando apareció en él la figura de aquel judío que se llamó Carlos Marx; y adquirió esta negrura porque él consideraba postizo toda clase de sentimientos, incluso el amor, la religión y la Patria, no existiendo para él más que la preponderancia de los factores económicos; y así, de este modo, enfrentó al capitalismo con el proletariado, en una fratricida lucha. Así se sitúa Carlos Marx, contempla este tremendo drama y deduce sus leyes fatales.

Este Marx, que algunos, ignorantemente, consideran como apóstol, cuando está en la intimidad, en las cartas que escribía a Engels, hablando del socialismo, dice que los obreros son la chusma y la canalla necesaria para que en los pueblos triunfe la doctrina socialista.

FALANGE ESPAÑOLA ASPIRA A DEVOLVER A ESPAÑA LA FE EN LA EMPRESA COMÚN

De este modo el socialismo encerró a los pueblos en una tremenda desesperación, que aumenta con la falta de amor y con la falta de sentimiento. Por otra parte, el liberalismo ha perdido la fe hasta en las ideas; para él todo es igual, y entonces Europa, desesperada, cuando cree llegados sus últimos momentos, se abraza a la fe; se da cuenta de que en el corazón hay amor, hay fraternidad, hay unión, y, como entonces, nosotros no podemos perder el tiempo y hemos de luchar para que España vuelva a recobrar su vida. Hay quienes suponen que el movimiento nuestro es un ataque; que luchamos porque la burguesía se encuentra en peligro y tenemos que defenderla; pero no; lo que queremos es que todos los del pueblo participemos de nuestra Patria grande, de nuestra Patria

noble, de nuestra Patria única, y que con nuestro esfuerzo podamos sacarla a flote, corriendo todos la misma suerte, a semejanza de los que caminan en un barco, que, si éste naufraga, pierden todos la vida, y si alguno consiguiese llegar a puerto seguro, todos llegarán con él a ese puerto seguro. A eso venimos nosotros. A devolveros la fe para esta empresa común en que todos somos lo mismo.

Hay una manera de salvar a España y hacer triunfar a todos los partidos si se hace que triunfe la unidad española, cosa que no puede conseguirse ni con palabras ni con discursos en el Parlamento.

Italia es más pequeña que España y con más habitantes que nuestra Patria: se encontraba totalmente deshecha y en un abandono incalculable. Pues bien: con entusiasmo, con energía y con fe han logrado los italianos hacerla gloriosa y fuerte, llevando a los más apartados confines del mundo las alas de sus triunfos y de sus glorias, y han logrado esto porque están allí unidos todos bajo una mano recia y firme, que vale más que todos los párrafos del Parlamento; una mano que tiene empuñado el haz de espigas, el haz que significa unión, y las espigas que fueron extraídas de las marismas que hoy son cultivadas y antes eran improductivas. Eso necesitamos nosotros; pero cuando oigamos decir que somos imitadores responderemos que no es verdad, porque no es lo mismo imitar que volverse sobre sí, como ellos, porque nosotros, al volver sobre sí, nos encontramos con nosotros mismos; porque España supo ser fuerte, sobria, austera y supo sacrificarse por lo espiritual, sabiendo ser heroica sobre todas las cosas y hacer morir a los suyos cuando hizo falta. España no tubo banderías mientras no perdió su fuerza. ¿Cómo os suponéis a los radicales socialistas en tiempos de Felipe II? Y sin banderías y sin partidos políticos luchó gloriosamente, teniendo por escenario toda la faz de la tierra y por enemigo nada menos que a Satanás.

A LO QUE FUE ESPAÑA A AMÉRICA

España fue a América, no por plata, sino a decirles a los indios que todos eran hermanos, lo mismo los blancos que los negros, todos, puesto que siglos antes, en otras tierras lejanas, un Mártir había derramado su sangre en el sacrificio para que esa sangre estableciera el amor y la hermandad entre los hombres de la tierra.

España supo entonces lo que es la libertad. No la de ahora, que sólo sirve para escribir líneas sucias en los periódicos. sino la libertad que corresponde a una Patria unida y fuerte.

Lo QUE QUIERE FALANGE ESPAÑOLA

Nosotros, la Falange Española, quiere dos cosas:

Primero, una justicia social, que no se nos conceda como regateo; una justicia social que alcance a todos, puesto que para nosotros no hay clases, ya que hasta la misma aspiración de los obreros no es aspiración de ellos únicamente, sino aspiración total de España, porque España lo quiere; y, en y segundo lugar, queremos tener una nación, puesto que hoy no la tenemos. Y una de dos: o imperamos o languidecemos. Acaso habría que preguntarle a los demás; pero no a vosotros, extremeños, que elocuentemente me contestaríais mostrándome la estatua de Pizarro, que aún cabalga en Trujillo.

(F.E., núm. 6, 8 de febrero de 1934)

VAMOS TIRANDO

(El Parlamento visto de perfil.)

Como en una moneda demasiado sobada por la codicia y el despilfarro, la oferta y la demanda, este perfil del Parlamento se borra por días, se achata, pierde gracia y relieve, abruma con la vulgaridad del troquel y con la acción del tiempo. Habrá que terminar por dejarlo a su infortunio y tomar la pluma a la hora de la necrología. Ya es mucho disco y suena mal, porque la aguja está desgastada y la placa impone soponcios a cada rajadura.

La semana parlamentaria —¡qué cansancio, Dios nuestro!— ha parecido rejuvenecerse llevando a sus escaños un pleito disfrazado de juventud: lo de los estudiantes de la F.U.E. Pleito viejo, olla podrida. No merecía la pena (ni la gloria); pero, en fin..., intervención emplomada del señor Pavón, profesor de Literatura, "si que diputado", que lo cortés no quita lo valiente. Discurso del mejor estilo alcalazamorano, bordado de citas. Pañito de Lagartera, modelo de Acción Popular. Y la intervención de Hernández Zancajo. Merece este clásico un punto y aparte. Lo más aparte posible.

Hernández Zancajo es un chófer. Un chófer de cartel, como Largo Caballero un estuquista, oficio casi prehistórico. De cartel los dos. De cartel electoral, se entiende. Los socialistas designaron al chófer Hernández Zancajo para que interviniera en el debate de la F.U.E. ¡Bueno! El hombre intervino e hizo lo que pudo. En el mundo dormido del Parlamento, oficina con cuatrocientos setenta y tantos empleados de doce mil pesetas, el chófer Zancajo cumplió asistiendo a la oficina. No vamos a regañarle, ni mucho menos.

EL ÚLTIMO CRONISTA DEL PARLAMENTO

Y apenas nada más en la semana. Gris, gris, gris. Bostezo nacional de lo que se alimenta, algo así como la antinación desvencijada y el dolo social convenientemente legalizado. Lo mismo de siempre. De Bugallal a Gil Robles, un suspiro de poltrona. Y el cronista don W. por los pasillos. Ingenioso, sutil, lo que se llama en los salones de nuestra burguesía un "cáustico". Todo un señor cáustico. Su estilo se balancea entre el peluche de Benavente y las esperanzas de Sánchez Román. Cruza, entrecruza... Los diputados le miran con admiración y miedo. ¡Tiene una pluma terrible! Lo que se dice un cáustico. Último cronista del Parlamento; él escribirá el artículo último cuando el Parlamento muera. Será delicioso. En tanto, nosotros pensamos en que este sainete es ya un drama insoportable. Y en que don W. encuentra, sin duda, más fácil ensayar una sutileza sobre la camisa de la Reina Católica que exaltar esa prenda a categoría y honor de raza. Cuando se acabe el Parlamento, la adaptación de la bagatela al deber castrense y heroico de las plumas españolas va a proporcionar muchas víctimas...

(F.E., núm. 6, 8 de febrero de 1934)

AL DAR SEPULTURA AL CAMARADA MATÍAS MONTERO

(Palabras pronunciadas el 10 de febrero de 1934.)

Aquí tenemos, ya en tierra, a uno de nuestros mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio. Otros, cómodamente, nos aconsejarán desde sus casas ser más animosos, más combativos, más duros en las represalias. Es muy fácil aconsejar. Pero Matías Montero no aconsejo ni habló: se limitó a salir a la calle a cumplir con su deber, aun sabiendo que probablemente en la calle le aguardaba la muerte. Lo sabía porque se lo tenían anunciado. Poco antes de morir dijo: "Sé que estoy amenazado de muerte, pero no me importa si es para bien de España y de la causa". No pasó mucho tiempo sin que una bala le diera cabalmente en el corazón, donde se acrisolaba su amor a España y su amor a la Falange.

¡Hermano y camarada Matías Montero y Rodríguez de Trujillo! Gracias por tu ejemplo.

Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.

Por última vez: Matías Montero y Rodríguez de Trujillo. (Todos contestan: "¡Presente!")

¡Viva España!

(Todos contestan: "¡Viva!")

(*La Nación*, 10 de febrero de 1934, y *F.E.*, núm. 7, 22 de febrero de 1934)

PRIMER DOCUMENTO DE LA UNIDAD NACIONAL

"Bases aprobadas del acuerdo entre J.O.N.S. y F.E.

Primera. Creación del movimiento político "Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista". Lo funda F.E. y J.O.N.S. reunidas.

Segunda. Se considera imprescindible que el nuevo movimiento insista en forjarse una personalidad política que no se preste a confusiones con los grupos derechistas.

Tercera. Encaje de las jerarquías de F.E. y J.O.N.S. Recusación en los mandos del nuevo movimiento de los camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

Cuarta. Afirmación Nacional Sindicalista en un sentido de acción directa revolucionaria.

Quinta. El nuevo movimiento ha de ser organizado de modo preferente por las actuales jerarquías jonsistas en Galicia, Valladolid y Bilbao, y de acuerdo inmediato con las actuales organizaciones de Falange Española en Barcelona, Valencia, Granada, Badajoz y sus zonas.

Sexta. Emblema del nuevo movimiento ha de ser el de las Flechas y el Yugo jonsista y la bandera actual de las J.O.N.S.: Roja y Negra.

Séptima. Elaboración de un programa concreto Nacional Sindicalista, donde aparezcan defendidas y justificadas las bases fundamentales de nuestro movimiento: Unidad, Acción Directa, Antimarxismo, y una línea revolucionaria que asegure la redención de la población obrera, campesina y de pequeños industriales.

Madrid, a 13 de febrero de 1934.

Por Falange Española, José Antonio Primo de Rivera.

Por las J.O.N.S., Ramiro Ledesma.

LA VIOLENCIA

El asesinato de Matías Montero, triunviro de Medicina del S.E.U., el 9 de febrero de 1934, suscitó numerosos ataques dialécticos de los periódicos derechistas, que deseaban contar con una organización terrorista a su servicio. En respuesta, José Antonio envió una nota a la Prensa a la que decía:

"En el tercer número de FE se dijo: "Falange Española aceptará y presentará siempre combate en el terreno en que le convenga, no en el terreno que convenga a los adversarios. Entre los adversarios hay que incluir a los que, fingiendo acucioso afecto, la apremian para que tome las iniciativas que a ellos les parecen mejores. Por otra parte, Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes, ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba.

Lo que hace Falange Española, entre el derrotismo y el asesinato, es seguir impasible su ruta de servicio a España"¹⁷.

ABC, 14 de febrero de 1934.

¹⁷ El día 10, en el entierro de Matías Montero, José Sainz, jefe de la Falange toledana, preguntó con acritud: "¿Es que nos vamos a dejar matar como moscas?" "No –le contestó José Antonio–, pero tampoco nos vamos a convertir en una banda de asesinos."

FELICITACIÓN DE LA JUNTA DE MANDO

La Junta de Mando se complace, hoy que celebra reunión oficial por primera vez desde el 4 del corriente, en enviar su cordial saludo y su parabién a los compañeros que, en Cáceres, la depararon en aquella fecha el confortante ejemplo de optimismo y amor a España, constituido por el mitin que allí se celebró y por todas sus circunstancias y matices.

Vaya, ante todo, este saludo para los jefes provinciales Alfonso Bardají y José Luna, admirables por su acierto para organizar, por su exactitud para intervenir y por su magnífica temperatura de entusiasmo. Reciba en ellos toda la Organización de Cáceres la gratitud de esta Junta de Mando.

Vaya después el saludo a las Organizaciones locales de la misma provincia, y sea recibido, en representación de todos, por los jefes Ricardo Salgado, de Brozas; Casimiro Iñigo, de Garrovillas, y Fausto Valiente, de Hoyos; Alejandro Simón, de Jaraiz de la Vera; Diego Cadelada, de Logrosán; José O'Mullony, de Trujillo; Francisco González, de Miajadas; Guillermo Nogales, de Montánchez; Joaquín Silos, de Plasencia, y Felipe Carranza, de Coria.

Y reciban luego una felicitación entusiasta por su intervención auxiliar las magníficas escuadras de Sevilla, ejemplares por su temple disciplinado, que mandó Sancho Dávila; las de la provincia de Badajoz, puntuales y vibrantes, que mandó Arcadio Carrasco y Eduardo de Ezquer, y las de Madrid, excelentes de presencia y de espíritu, que fueron al mando de Julio Pérez.

¡Viva España!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 14 de febrero de 1934.

(Original en el Museo de la Falange de Cáceres.)

UNIFICACIÓN

– Ha sido firmado el documento por el cual las J.O.N.S. y Falange Española forman una organización única.

El nombre oficial del Movimiento será Falange Española de las J.O.N.S.

Se ha establecido como imprescindible que el nuevo Movimiento insista en mantener una personalidad que no se preste a confusiónismo en algo con los grupos derechistas. Las jerarquías superiores de F.E. y de las J.O.N.S. han constituido una Junta única de mando. En todos los grados nacionales y locales de la organización, la fusión se realiza con el mismo criterio de totalidad. Todos los mandos serán encomendados a militantes más jóvenes de cuarenta y cinco años.

El emblema del Movimiento ha de ser las cinco flechas y el yugo de las J.O.N.S. En el programa aparecerán siempre mantenidas las bases fundamentales en que ya existía perfecta coincidencia: Unidad, Patria, acción directa, antimarxismo, antiparlamentarismo, revolución económica que instaure la redención de la población campesina, obrera y de todos los pequeños productores.

(Nota redactada por José Antonio, dada a la publicidad en la Prensa de Madrid, el 16 de febrero de 1934.) Francisco Bravo Martínez: *Historia de la Falange*, páginas 22–23.

DECLARACIONES EN "AHORA"

¿Existe en España un peligro cierto de subversión? –Creo que sí–contestaba José Antonio–. Hay un peligro revolucionario cierto, al que hay que hacer frente por dos flancos: uno, preparándose el Estado a defenderse materialmente, y otro, yendo de veras al fondo del problema social para remediarlo. No se puede ignorar ni falsificar este problema social, y éstas son las dos tendencias. De ignorancia y falsificación son las que se están viendo fuera del partido socialista. Una aspira a dedicarse a vivir pacíficamente dentro de una República burguesa, como si no hubiera un problema social tan hondo entre nosotros, y la otra procura falsificar el tratamiento de la cuestión social, convirtiéndolo en una colección de concesiones, como si sirviera para algo el sistema de limar las uñas a la revolución. Lo que hay que hacer es interesar al pueblo en una misma empresa común de mejoramiento, pero no que una clase se dedique a echarle pedazos de carne a otra, irritada y hambrienta, a ver si la aplaca. Hay que tratar la cuestión profundamente y con toda sinceridad, para que la obra total del Estado sea también obra de la clase proletaria. Lo que no se puede hacer es tener a la clase proletaria fuera del Poder. Esto es un hecho decisivo. La clase proletaria, en sus luchas, ha ganado su puesto en el Poder, y quererla dejar de nuevo a la puerta de la gobernación es totalmente imposible. La única solución es que estas fuerzas proletarias pierdan su orientación internacional o extranacional y se conviertan en una fuerza nacional que se sienta solidaria de los destinos nacionales.

–¿Cree usted posible esta transformación de los socialistas?

–Yo creo que sí, que todo socialista español es español a nada que se le rasque, y, por tanto, conservaría sólo lo que tiene de mejor el socialista, que es la tendencia al mejoramiento del obrero y la voluntad de justicia social. Si nosotros tuviéramos socialistas de tipo germánico, marxistas de laboratorio, entonces la cosa sería mucho más difícil; pero creo que casi todo socialista español lleva dentro un español socialista, lo cual es muy distinto.

–Lo que no parece fácil es que el obrerismo español esté propicio a esa sustitución de sus ideales.

–Tal vez no sea fácil, y por ello la obra resulta más atractiva. Pero al final lo entenderán. Frente a nuestro movimiento toda la táctica que se sigue es de deformación. ¡Nadie lo combate de frente; no hay un solo periódico antifascista que tenga la lealtad de combatir al fascismo de frente, sino que lo desfiguran diciendo que es un movimiento de opresión para los obreros! Toda persona medianamente culta sabe que no es eso, sino más bien todo lo contrario.

Ante la amenaza de una subversión que esgrime la masa proletaria no hay más que una de estas soluciones: entregarle el Poder, pactar con ella o convertirla en una fuerza de otro tipo. Las dos primeras soluciones son problemas de Gobierno. Como nosotros no estamos en el Poder, no son de nuestra incumbencia. La tercera es la que nosotros pretendemos y pensamos lograrla mediante la propaganda y la penetración espiritual de las multitudes.

–¿No cree usted en la eficacia de una solución intermedia?

–Esa ha sido la idea de los partidos populistas. Pero a todos los partidos populistas les pasa lo que a la leche esterilizada, que a fuerza de no tener microbios no tiene vitaminas. No representan el peligro que la experiencia fascista lleva en sí, pero no tienen tampoco nuestra fuerza espiritual ni la de los socialistas.

–Sin embargo, todo parece indicar que en el caso de que los socialistas intentaran, aleccionados por la experiencia de Italia y Alemania, un asalto al Poder, quienes tendrían que dar la batalla a la revolución serían las fuerzas de este tipo, los populistas; es decir, Acción Popular.

–¡Como no lo haga la Guardia Civil y la Guardia de Asalto..!

–¿No cree usted en la eficacia de esa organización ciudadana?

—No; primero, porque me parece que no tienen ningún elemento eficaz que utilizar, y segundo, porque jugarse la vida es menos frecuente de lo que parece. La vida no se juega nunca más que por una razón muy fuertemente espiritual. Las milicias conservadoras no existen en este aspecto de la lucha a vida o muerte, porque puestas a defender bienes materiales, la vida siempre vale más.

—En estas condiciones, las fuerzas socialistas, si se adelantan a toda posible organización fascista, tienen muchas probabilidades de triunfar, ¿no es eso?

—No sé. En este momento, y sin hablar de nosotros, evidentemente, la única organización civil fuerte es la socialista.

—¿Hay algo que una a todas las fuerzas de la derecha bajo un denominador común?

—Ese denominador común tampoco lo veo. Yo soy poco aficionado a buscarlo. En todas las alianzas se coincide siempre en lo menos expresivo. Toda coincidencia es una transacción en la que cada uno va dejando lo más enérgico para coincidir en lo más blando. No creo que ante la amenaza de una revolución se pueda levantar el arma de un elemental instinto de defensa, sino otra aspiración revolucionaria, otro entusiasmo de la misma fuerza poética, y ese entusiasmo, que es el que tenemos nosotros en este momento, no creo que tenga ningún antecedente en la actual política española. Hay un grupo, que es el tradicionalista, que tiene positiva savia española y una tradición guerrera auténtica, pero en cambio le falta una cierta sensibilidad y técnica moderna, y probablemente, una adaptación a lo social. Su visión de lo social no es la de nuestros días, aunque tiene muy buena solera gremial. Creo, por tanto, que no sería fuerza suficiente para detener una revolución, a pesar de ser la fuerza de derecha que tiene más espíritu.

—¿Puede haber alguna correspondencia entre este espíritu combativo de ustedes o de los tradicionalistas y la colaboración gubernamental en estos momentos?

—Yo ignoro la relación en que pueda estar el Gobierno con los demás grupos o con Acción Popular. Con nosotros, en ninguna.

—¿Y en el porvenir?

—Yo creo que el porvenir nuestro no va a ser, probablemente, nada que nazca de un contacto con los grupos ya formados, sino que por fuerza esos mismos grupos se vaciarán de su juventud, que vendrá a nosotros. El papel que le va a corresponder a Gil Robles va a ser el de actuar frente a la revolución, con los instrumentos del Poder en la mano. Gracias a esa fuerza parlamentaria y electoral que le ha dado un grupo mayor que los demás en la Cámara, va a ser presidente del Consejo o ministro de la Gobernación, y entonces reprimirá la revolución, pero no con la eficacia de un espíritu que ha vencido a otro, sino con el significado de una organización técnica de lucha mejor. Al asalto de los revolucionarios con fusiles podrá oponer ametralladoras y carros de combate. Pero esto no es un encuentro de dos tendencias revolucionarias, sino de una tendencia política contra un arsenal, contra una técnica militar. Por tanto, eso no creo que cambie en nada la cuestión de la futura posible revolución española.

—Entonces, ¿ustedes no tienen más que esperar a que Gil Robles y su movimiento cumplan su misión y sean superados?

—Pero se puede esperar dormido o despierto. Nosotros esperamos despiertos.

—Está bastante extendida la convicción de que el fascismo no podrá arraigar en España. ¿Que tiene usted que oponer a esta convicción?

—Yo creo que sí arraigará. España ha realizado obras de disciplina maravillosas. Lo que pasa es que esta necesidad nos coge 'después de un siglo de decadencia. En este momento, nuestras virtudes de disciplina y de organización tal vez estén muy enervadas, pero nadie nos dice que no vamos a ser capaces de encontrar el medio de despertarlas. El *fascismo es una actitud universal de vuelta hacia uno mismo*. Nos dicen que invitamos a Italia. Sí, lo hacemos en lo de buscar nuestra íntima razón de

ser en las entrañas propias. Pero esa actitud, copiada, si se quiere, aunque sea eterna, da los resultados más auténticos. Italia se ha encontrado a Italia.

Nosotros, volviéndonos hacia nosotros, encontraremos a España.

—El fascismo es esencialmente nacionalista. ¿En qué radica el nacionalismo que ustedes quieren estimular?

—La Patria es una misión. Si situamos la idea de Patria en una preocupación territorial o étnica, nos exponemos a sentirnos perdidos en un particularismo o regionalismo infecundo. La Patria tiene que ser una misión. No hay continentes ya por conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista. Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro. Está situada en una clave geográfica importantísima, y tiene un contenido espiritual que le puede hacer aspirar a uno de esos puestos de mando. Y eso es lo que puede propugnarse. No ser un país medianía; porque o se es un país inmenso que cumple una misión universal, o se es un pueblo degradado y sin sentido. A España hay que devolverle la ambición de ser un país director del mundo.

—No todos los ciudadanos son capaces de concebir los grandes ideales nacionalistas. Al hombre sencillo del pueblo, ¿qué puede llevarle al fascismo?

—Para el que no sea asequible el gran ideal nacional, queda el motor del ideal social. Indudablemente, el contenido próximo del movimiento está en la justicia social, en una elevación del tipo de vida. El fascismo aspira a la grandeza nacional; pero uno de los escalones de esta grandeza es el 1 mejoramiento material del pueblo. Lo social es una aspiración interesante aun para mentalidades elementales; pero, además, lo nacional es asequible a mucha más gente de lo que se cree. Todo socialista español lleva dentro un nacionalista.

(Ahora, 16 de febrero de 1934)

**ANTE EL TRIBUNAL DE URGENCIA. VISTA DE LA CAUSA CONTRA EL
ASESINO DEL ESTUDIANTE DON MATÍAS MONTERO.—BRILLANTES
INFORMES DEL FISCAL Y DEL ACUSADOR PRIVADO, DON JOSÉ ANTONIO
PRIMO DE RIVERA**

A propuesta del acusador privado, señor Primo de Rivera, se le enseña una carta, que reconoce el procesado, dirigida al presidente de la Juventud Socialista. En esa carta se queja de que sus camaradas no le dejaban realizar un plan peligroso y que estaba dispuesto a asumir todas las responsabilidades.

Primo de Rivera.—¿Qué plan era ése?

Procesado.—Un plan electoral. La carta quedó en borrador y no la envié a su destino.

Hay otro papel en que se habla de una Sociedad titulada "Vindicación", y se dice: "Se venden pistolas."

Primo de Rivera.—¿Qué Sociedad era ésa?

Procesado.—De tabaqueros, afiliados a la U.G.T.

Primo de Rivera.—Ha dicho usted que ignoraba que se vendiera aquel día el periódico *FE*. ¿Por qué tenía usted en el bolsillo otro papel conteniendo la noticia de que al jueves siguiente se vendería el semanario *FE*?

Procesado.—Porque pensaba vigilar a los vendedores por si llevaban armas.

Primo de Rivera.—¿Usted no conocía al muerto?

Procesado.—No.

Primo de Rivera.—Entonces, ¿por qué lo mató?...

Informe de la acusación privada

Don José Antonio Primo de Rivera anuncia una acusación breve.

Con sobriedad y justeza refiere el hecho.

Tello mató a traición al estudiante Matías Montero. Se le vio disparar, se le siguió sin interrupción y quedó detenido casi en el acto.

Las excusas del procesado son débiles y no probadas; antes al contrario, los testigos justificaron la certeza de la tesis acusatorio.

Justifica las tres agravantes que alega: alevosía, que caracteriza el asesinato; premeditación y ensañamiento.

El procesado es amigo de todos los que han realizado hechos tan cobardes como el ahora perseguido. Según él, venía a la cárcel a visitar al presunto matador del estudiante Sampil, y al hablar de su vida pasada se refiere conocer a Tejada, acusado por la muerte de don Vicente Pérez.

Se le escapó a Tello la afirmación de que sabía de una organización preparada para cometer estos bárbaros atentados organización criminal cuyos efectos viene sufriendo la sociedad española.

Todo revela que se había formado una banda para matar a los afiliados de Falange Española.

La circunstancia de premeditación se desprende de cuantos extremos se han acreditado.

El ensañamiento, para apreciarlo, basta con recoger las declaraciones técnicas de los forenses. Los últimos disparos se hicieron ya caída en el suelo la víctima.

Antes de acabar su elocuente informe, el señor Primo de Rivera, con honda emoción, habla de lo horrendo del delito, fría, tranquilamente perpetrado.

La Sala ha de proceder sin contemplaciones, imponiendo al acusado todo el peso de la Ley.

Hace una brillante apología del joven ejemplar, caballero perfecto, estudiante modelo, amante de su Patria, don Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, incapaz de acción alguna impura, sino preparado para defender el orden social, en cuyo holocausto resultó inmolado¹⁸.

La Nación, 19 de febrero de 1934.

¹⁸ Sólo por excepción asumió José Antonio las responsabilidades de la acusación privada. En una de aquellas ocasiones los marxistas atentaron contra su vida, el día 11 de abril de 1934. Sucedió a la salida de la cárcel Modelo, donde José Antonio llevó la acusación ante el Tribunal de Urgencia del sindicalista García Guerra, que asesinó al falangista Jesús Hernández, muchacho de quince años, en la calle de Augusto Figueroa. La defensa corría a cargo del abogado de la C.N.T., Sánchez Roca, y aunque el fiscal retiró la acusación, José Antonio la mantuvo. A las tres de la tarde terminaba la sesión con la sentencia absolutoria del procesado. José Antonio montó en su automóvil con Sarrión y Cuerda. Al llegar a la esquina, de la calle Benito Gutiérrez, cuatro pistoleros le arrojaron dos petardos a la vez que acribillaban el parabrisas de su coche. José Antonio, pistola en mano, descendió de él y persiguió a los agresores por la calle de Altamirano, con una serenidad y una sangre fría verdaderamente pasmosas. El 2 de octubre de 1934. *Mundo Obrero*, órgano central del Partido Comunista, dedicaba estos párrafos al Jefe Nacional de la Falange: "Primo de Rivera sabe perfectamente que mientras sus filas sólo se nutran de paniaguados y asesinos estipendiados no pueden pensar en dar la batalla política a la clase obrera." Ese mismo Sánchez Roca, ya en calidad de subsecretario de Justicia del régimen, sería el encargado de montar el artilugio seudojurídico de Alicante, luego de apereibir al juez sumariante Federico Enjuto y de disponer el nombramiento de un fiscal "ad hoc", el fatídico Vidal Gil Tirado.

LA FALANGE Y LA F.U.E.

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 20 de febrero de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA:

En España, con esto del fascismo, están pasando las cosas más extraordinarias; tan pronto los menos combativos colaboradores de la Prensa conservadora nos aconsejan el cultivo del asesinato, como los diputados de extrema izquierda nos recomiendan que nos atengamos a la ortodoxia. El señor González López, compañero y amigo mío desde hace muchos años, trata de abrumarme con los textos de Hitler, y precisamente si nosotros nos atuviéramos en todo a los textos de Hitler es cuando nos dirían que nuestro movimiento, de entraña genuinamente española, era un movimiento importado. Pero, aparte de que mi jefe político directo, a pesar de contar con toda mi admiración, no es el canciller Hitler, yo he de decir al señor González López que en la actitud sostenida por mí aquí hace unos días, no en la que ahora me atribuye amablemente, no había la más pequeña heterodoxia. En las palabras que no pronunció no hubo, ni por asomo, nada que propugnase la pluralidad de Asociaciones o la representación proporcional, y en el *Diario de Sesiones* consta. Pues, una de dos, o S.S. supone que ese propósito de hacer el juego a tal o cual movimiento quedó fuera de mis palabras... (*Varios señores diputados: "No se oye. Diríjase S.S. a la Cámara".*) Decía que o el señor González López –y me dirigía a él por ser quien me interrumpía– supone que esa intención a la que yo procuraba servir se quedó fuera de mis palabras, en un ámbito lejano, en el cual no puede nadie entrar ni yo aceptar discusión, o el señor González López hacía la crítica de mis palabras, que es a lo único que tiene derecho y lo único que yo debo defender, y entonces, ateniéndose a mis palabras, veréis que en nada de lo dicho en esta Cámara se aconseja la conveniencia de la pluralidad de Asociaciones ni se propugna la representación proporcional.

El señor González López, compañero mío, repito, desde los tiempos de la Universidad, lo fue también en la Junta de Gobierno de la entonces llamada Asociación Oficial de Estudiantes de Derecho, y la tesis de aquella Asociación, la que nosotros sostuvimos con bastante tenacidad, fue cabalmente la de que los estudiantes integraban una entidad de carácter corporativo, de carácter profesional, y que sólo en su consideración de tales, para los efectos de representación corporativa y profesional, deberían agruparse. Esa tesis sostuve yo entonces, y esa tesis defendí aun con mis actos; pero no hay la más pequeña contradicción con esa tesis en la crítica que el otro día hice de la actuación de la F.U.E., porque precisamente lo que echaba en cara a la F.U.E. es que se hubiera apartado de aquellas normas de los primeros tiempos y hubiera introducido la política en la Universidad.

Recordarán los señores diputados que para evitar un terreno resbaladizo no quise hablar de los tiempos de la Dictadura; me limité a los últimos, y, con textos en la mano, demostré que la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina, integrante de la F.U.E., había proscrito, por ejemplo, a los estudiantes de ideas fascistas, penetrando en un ámbito político-espiritual, en el que la F.U.E., de mantenerse en los linderos de su carácter profesional estricto, no podía entrar de ninguna manera. Cabalmente por eso, por haberse apartado de la tesis considerada siempre mejor, es por lo que yo censuraba a la F.U.E. y decía que al hecho de haber introducido en la Universidad la política y de haber producido una verdadera exasperación entre los estudiantes de determinadas tendencias, se debían los sucesos de San Carlos. Y añadía que no sólo había provocado una discordia espiritual, sino que incluso había acudido la primera a los procedimientos violentos; porque si el señor González sostiene que los estudiantes fascistas fueron los primeros que dispararon en la Universidad... (*El señor González López: "Los tradicionalistas".*) ¿Los tradicionalistas? ¡Ah! Entonces no tengo por qué defenderlos, ya que tienen unos voceros admirables; pero puedo asegurar a S.S. que en el asalto de San Carlos –asalto puramente ruidoso, que hubiera terminado en la destrucción de unas carpetas y unas sillas– los primeros que dispararon fueron los que estaban dentro. Los escolares asaltantes –sean de la tendencia que se les quiera dar– dispararon en un momento de choque, cara a cara y limpiamente, lo cual podría parecerme discutible; pero encuentro mucho más vituperable que, aunque sea fuera de la Universidad, y valiéndose de pistoleros de alquiler, se esté constantemente asesinando a estudiantes por el hecho de considerarlos fascistas. (*Muy bien.*)

¡ALARMA!

Con ostentosa publicidad, los cabecillas del socialismo lanzan a diario sus amenazas de revolución. Con la misma publicidad, por lo menos, ha de ser lícito a todos dar la señal de alarma.

Descontando lo que hay de bravata inocua en las baladronadas socialistas, sería insensato quien quisiera ignorar el peligro verdadero que el socialismo representa. Dos años de gobierno omnímodo han convertido las Casas del Pueblo en arsenales y han permitido al socialismo conocer libremente los resortes con que el Estado cuenta para defenderse. Hasta la penetración en esos resortes ha sido intentada y, en parte, conseguida por el socialismo.

Este, ahora, queriendo que se le perdonen las injusticias que hizo sufrir cuando mangoneaba, a las demás agrupaciones obreras, lanza a los cuatro vientos la invitación al "frente único". Todos los obreros –dicen los socialistas– han de unirse para llevar a cabo la revolución social.

Puestas así las cosas, los primeros a quienes hay el deber de avisar es a los obreros. ¡Cuidado, obreros, con los apóstoles de la "revolución social"! ¡En guardia contra los políticos! Todo el que quiera movilizar las masas sindicales para fines políticos debe ser mirado como sospechoso. Los Sindicatos son los instrumentos de ataque y de defensa del proletariado en tanto no concluya la lucha de clases. Pero los que invitan a los Sindicatos a salirse de su cauce propio aspiran a encaramarse sobre los trabajadores organizados con propósitos bien ajenos a la clase obrera. Piensen los obreros cuánto mejor avenidos han estado los ministros socialistas con los grandes monopolios y con la alta banca, que diligentes en deparar a los mismos obreros las ventajas prometidas cuando solicitaron sus votos.

Pero las que necesitan, en esta hora, más apremiante advertencia son las clases acomodadas.

¡Ay de ellas si no saben separar estas dos cosas: movimiento obrerista e intento revolucionario!

En cuanto a lo primero, queda todavía muchísimo por hacer. No es tolerable que nadie viva en paz mientras para millones de semejantes nuestros la vida elemental, mínima, puramente el pan y el mísero albergue, es poco menos que un azar, puesto en peligro casi cada jornada. Debemos ir pensando en que una comunidad bien regida no puede considerar a los obreros como una clase con la cual se regatea desde el Poder, sino como una de las unidades integrantes del común destino de la Patria. Antes que nada, de una vez, hay que proporcionar a todos cuantos conviven en un pueblo un mínimum humano y digno de existencia. Y esto no por limar las uñas al peligro revolucionario, sino porque es profundamente justo.

Mas la revolución que tenemos a la vista es otra cosa. Eso ya no es el movimiento obrero, sino el intento de asalto del Poder por gentes políticas rencorosas y odiosas, algunas que tienen tan poco que ver con los obreros, como Azaña y Casares Quiroga. Estas gentes, por un afán satánico de desquite, están pactando incluso con los separatistas de toda especie. Su rencor vale más que España; poco importa para ellos que España se hunda o se destrozase con tal de ver satisfecho su rencor.

Contra tales gentes no puede haber cuartel. Son la antipatria y el antiespíritu. La ferocidad materialista, seca, inhumana y despiadada. ¡Todos contra ellos!

Pero ¡ay otra vez si las clases acomodadas quieren poner en juego, como únicos estímulos antirrevolucionarios, su comodidad, su egoísmo y su nostalgia de perdidos privilegios! Frente a la antipatria, hecha mito actuante, no puede alzarse más que la empresa limpia de la Patria. La Patria sin segunda idea, con todo lo que tiene de directamente atractivo, pero, justamente, con todo lo que exige de abnegado. La Patria de todos, no la de los privilegiados. La Patria fuerte y unida, militante y justa. La que soñamos para el esfuerzo y para la muerte los que formamos en la Falange.

Nada, pues, de heladas milicias rompehuelgas. Nada de equipos mixtos, sin emoción, de muchachos más o menos combatientes. ¡Todos a las mismas filas y a la misma señal de mando! Los cobardes y cicateros –aquellos que, a falta de otra cosa, deben dar su dinero generosamente– saldrán

malparados triunfe quien triunfe. No es hora de dudas. Ha sonado —el enemigo está a la puerta— el toque de alarma.

FE, núm. 7, 22 de febrero de 1934.

ALAS DE ESPAÑA

Sobre el cielo azul de Castilla –de puro azul sin mezcla, casi blanco– ha recortado su cruz en estos días el autogiro de Juan de la Cierva.

Imaginábamos al mirarlo que era como el anuncio –gallardete sobre el palo mayor– de una nueva libertad española la libertad en el servicio de lo grande; la libertad de osar y volar sobre mares y cordilleras en la libre servidumbre de una alta empresa de universalidad.

El autogiro –nombre español transportado en alas de España– volteaba como invitándonos al escape de la España chata, pesimista y escéptica de un siglo decadente.

¡Volar otra vez! Desatarnos resueltamente de una política en zapatillas que ambicione por todo programa el de escuela y despensa. Nosotros también queremos que haya escuela para los niños de España y despensa en los hogares españoles. Pero queremos despensa para vivir después que hayamos aprendido a navegar, y escuela para aprender de navegaciones y echar otra vez de menos bajo los pies puentes de navíos y en los hombros ligero peso de alas.

FE, núm. 7, 22 de febrero de 1934.

"COMO AQUEL DONCEL DE SIGÜENZA..."

El trabajo póstumo de Matías Montero, "Las flechas de Isabel y Fernando ", habría de honrar las páginas de FE. José Antonio lo mandó publicar con este suelto: "Matías Montero y Rodríguez de Trujillo nos deja con el legado sacro de su sangre generosa esta página clara, escrita pocos días antes de morir. El se había dado por entero a la Patria y a la Falange, con nobleza, con inteligencia, con alegría. Su prueba ejemplar en los estudios como estudiante de Medicina se adornaba con un gusto certero por las letras. Una España fuerte y armoniosa de arquitecturas bajo la luz solar era vivo suelo para después de la victoria. Muere antes de que nuestro sol alcance su cenit. Muere en el umbral de una España mayor, como aquel doncel de Sigüenza, don Martín Vázquez de Arce, hombre de letras y de armas que murió a la vista de Granada. Ante la figura pensativa de nuestro hermano muerto, que nos mira a través de esta página, todos vamos desfilando hacia el irrenunciable triunfo del mañana. Al pasar ante él, en el pecho nos cantan los versos del Ariel de Shaklespeare sobre la sepultura: "Nada de él será vano, y como un milagro del mar, volverá convertido en algo rico y maravilloso".

FE núm. 7, 22 de febrero de 1934. Más tarde, en el número 14 de *FE* apareció otro de los trabajos del primer estudiante caído y cofundador del S.E.U. Se titulaba "Universidad e Imperio." En las vísperas del acto fundacional de la Comedia, José Antonio había designado a Matías Montero, Manuel Valdés, Allánegui y David Jato para sentar las bases organizadoras del Sindicato de Estudiantes.

F.E. Y J.O.N.S.

Desde la pasada semana, F. E. y J. O. N. S. forman una organización única, con una Junta única de mando, con una perfecta fusión en todos los grados nacionales y locales de la jerarquía, con una entrañable fraternidad en todas las masas de afiliados. No podía ser de otra manera. No es una unión lo que se ha logrado, sino una hermandad lo que se ha reconocido. Por eso no nos ha costado un solo minuto de discusión programática; y luego, en toda la práctica labor de acoplamiento de mandos, la generosidad y la buena voluntad han sido tales por ambas partes, que ninguna dificultad ha surgido en las deliberaciones y resoluciones de la superioridad, cuyo solo criterio ha sido el de dar el máximo incremento a nuestra empresa común de redención de España y de constitución del nuevo Estado. Sirva de ejemplo a todas las Juntas provinciales. Falange Española y J. O. N. S. eran dos movimientos idénticos, procedentes de un mismo estado de espíritu ético y patético, con raíces intelectuales comunes, nacidos de una misma escueta autenticidad española. Uno y otro estaban y están puestos al servicio de las mismas grandes invariantes de la historia patria y nutridos de la misma actualidad técnica y universal frente a la vicisitud de los tiempos. Además, las gentes de F.E. y de las J.O.N.S. estaban ligadas por amistades verdaderas y por un exacto y mutuo conocimiento, que tenía que sobreponerse de una vez para siempre a toda superficial diferencia y a toda competencia circunstancial. Este último momento de F.E. como entidad separada de las J.O.N.S. es necesario que lo aprovechemos para levantar el elogio que dentro nos cantaba de siempre. Estos camaradas que ya son unos con nosotros, no ya solamente en la fe y en el combate, desde siempre comunes, sino en la disciplina, en el sentido de cada momento bajo ese claro símbolo imperial de las flechas y el yugo, que tomamos desde hoy como nuestros y que siempre sentíamos como nuestros e insustituibles. Con las J.O.N.S. en hermandad única y nueva vamos a reponer en el escudo, en el cuadrante solar de las Españas, yugo y haz; equilibrio perfecto de la pastoral y la epopeya. Esa es nuestra meta de combate, camaradas de la que hoy se llama para siempre Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Nuestros hermanos de las J.O.N.S. guiados por Ramiro Ledesma, fueron los primeros en abrir la brecha difícil. Fueron la primera guerrilla del estilo nuevo, los gallos de marzo que cantaron escandalosos y aguerridos la gentil primavera de las Españas, la que hoy nos da ya por todas partes su brote irresistible de verdor. Y no podía ser, decimos, de otra manera. Dos movimientos, con una finalidad idéntica y con una técnica idéntica, afianzados, además, en el principio inmovible de la unidad y la abolición de los partidos, no tenían otro remedio sino aniquilarse uno a otro, lo cual hubiera sido inhumano, ininteligente y absurdo, o fundirse, en uno solo apenas demostrada la ya demasiado evidente vitalidad de entrambos. Hecha la unión, en todo nos ha sonreído la fortuna.

El movimiento de las J.O.N.S. había, sobre todo, insistido en una cierta crudeza de afirmaciones sindicales, que en nosotros habían quizá retardado su virtud operante y expresiva, aunque estuviesen bien dibujadas en nuestras entrañas. Con las J.O.N.S., hoy todavía más que ayer, al formarnos en un solo haz de combate, somos rotundamente "ni de izquierdas ni de derechas", o sea, de España, de la Justicia, de la comunidad total del destino del pueblo como integridad victoriosa de las clases y de los partidos.

Uno de los primeros efectos que la superioridad había previsto como resultado inmediato de la unión era la seguridad de que nuestro Movimiento aumentaría poderosamente sus capacidades de atracción. El mismo día de firmado el pacto, este resultado previsor se producía en gran escala, no sólo por mayor afluencia de adhesiones, sino por la incorporación en bloque de núcleos importantes, que daremos a conocer en breve. Saludemos todos esta unión fraternal, absoluta y sin reservas, camaradas de F.E. y de las J.O.N.S. Al escribirse este artículo es la última vez ya que se verán separados nuestros nombres. Nos hemos unido por arriba como seres nobles y generosos, para defender abnegadamente a la Patria y no por subalternos intereses particulares que unen a los partidos de clase bajo máscaras de grandes principios. Nosotros no tenemos intereses subalternos de clase, y quien nos conozca y quien nos mire de cerca y en lo hondo lo sabe. Nos hemos unido no sólo por lo más alto y noble, sino por la emoción, aún más que por la inteligencia. La sangre de nuestros muertos nos ha unido y ella es la que ha sellado nuestro pacto. Aquí abajo nos abrazamos nosotros en un solo haz; pero allá arriba, sobre el cielo azul de las Españas, se dan hoy un abrazo estrecho José Ruiz de la Hermosa y Matías Montero y Rodríguez de Trujifío. Ante nuestras filas cerradas ellos están presentes. Camaradas de la Falange Española de las J.O.N.S.: ya para siempre un solo grito: ¡ARRIBA ESPAÑA!

(F.E., núm. 7, 22 de febrero de 1934. Año II)

DISCURSO PRONUNCIADO EN CARPIO DE TAJO (TOLEDO) EL DÍA 25 DE FEBRERO DE 1934

Cuando veníamos aquí, por, esas calles, hubo quien, sin duda con el propósito de molestarnos, nos dijo: "¡Salud y revolución!" Pues bien; eso, lejos de molestarnos, es lo que queremos: salud para nosotros y para vosotros y para vuestros hijos, y revolución, la profunda y verdadera revolución, no la revolución con cuya promesa os están engañando a vosotros, a vuestros padres y a vuestros abuelos desde hace más de un siglo.

Primero, un día, contaron a vuestros abuelos que unos señores se habían reunido en un salón y habían escrito unas cosas por virtud de las cuales ya erais todos hombres libres. Libres y soberanos. Pero vuestra libertad consistía en que aquellas cosas escritas en un papel os autorizaban a hacerlo todo: os autorizaban, por ejemplo, a escribir cuanto os viniera en gana; sólo que el Estado no se preocupaba de enseñaros a escribir para que pudierais ejercitar ese derecho. Os autorizaban también a elegir libremente trabajo; pero como vosotros erais pobres y otros eran ricos, los ricos fijaban las condiciones del trabajo a su voluntad, y vosotros no teníais más remedio que aceptarlas o morir de hambre. Y así, mientras vosotros pasábais los rigores del frío y del calor doblados sobre una tierra que no iba a ser vuestra nunca, soportando la enfermedad, la miseria y la ignorancia, las leyes escritas por gentes de la ciudad os escarnecían con la burla de deciros que erais libres y soberanos; todo porque cada dos o tres años os proporcionaban el juego de echar unos papelitos en unas cajas de cristal, de las que habían de salir los nombres de los que luego se olvidarían de vosotros, de vuestra hambre y de vuestros trabajos, hasta las elecciones siguientes.

Como reacción contra aquella burla se os presentaron los segundos libertadores: los primeros habían sido los liberales; estos de ahora eran los socialistas. Los socialistas os prometieron muchas cosas, y vosotros, convencidos, llenasteis, hace tres años con nombres de socialistas las famosas cajas de cristal.

Ya veis lo que han hecho los socialistas. Una de las cosas que os prometieron fue la reforma agraria. Es muy duro trabajar unas tierras que nunca pueden ser de uno. Los socialistas os iban a entregar las tierras. Las Cortes aprobaron una ley de Reforma Agraria que daba gusto ver.

Tres años han pasado, y ¿en qué notáis que existe la reforma agraria? En cambio, si alguno de vosotros va a Madrid, yo le enseñaré los efectos de la reforma agraria; le enseñaré el Instituto de Reforma Agraria: verá qué escaleras y qué alfombras, y qué automóviles a la puerta, y cuánta gente con enchufes magníficos. Ahora, que ni las escaleras, ni las alfombras, ni los automóviles, ni las prebendas de los enchufados, sirven para que la tierra produzca más ni para que vosotros tengáis menos hambre.

Después de la primera y de la segunda liberación, seguís siendo tan esclavos de la tierra, del jornal, del Banco que os aprisiona con sus anticipas a interés usurario, como antes de que llegaran los libertadores. Seguís igualmente necesitados de revolución. Por eso, cuando nos dicen: "Salud y revolución", contestamos en la misma forma: "Salud de cuerpo y alma y revolución que os haga felices y dignos en esta tierra donde pasan vuestras vidas". Y esto no lo lograréis vosotros ni lo lograremos nosotros mientras estemos divididos. Porque lo peor de las anteriores revoluciones estaba en que comenzaban por dividimos; la revolución liberal nos dividía en partidos políticos, nos exasperaba a unos contra otros en la necesidad de disputarnos los sufragios; la revolución socialista nos dividía por clases, una contra otra, en inacabable lucha. Y así no se llega a ninguna parte: un pueblo es como un gran barco, donde todos naufragan o todos arriban. Los países donde los obreros han logrado las mayores ventajas y el trato más digno son aquellos en que no han impuesto una dictadura de clase, sino en que, sobre todas las clases, se ha organizado un Estado al servicio de la misión total, suprema, integradora de la Patria.

La revolución hemos de hacerla todos juntos, y así nos traerá la libertad de todos, no la de la clase o la del partido triunfante; nos hará libres a todos al hacer libre y grande y fuerte a España. Nos hará hermanos al repartir entre todos la prosperidad y las adversidades, porque no estaremos unidos en la misma hermandad mientras unos cuantos tengan el privilegio de poder desentenderse de los padecimientos de los otros.

Así, unidos en la misma empresa, en el mismo esfuerzo, reharemos a España. ¿Cuánto tiempo hace que no os hablan de España? Los socialistas han querido extirpar en vosotros lo espiritual: os han dicho que en la vida de los pueblos sólo influye lo económico. ¡No lo creáis! No hemos venido al mundo para comer y trabajar sólo, como los animales. Por eso, en nuestro emblema, junto al yugo de la labor están las flechas del poderío. Tenemos que esperar en una España que otra vez impere. Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu. Pensad que esta tierra de Toledo asentó en otros días la capital del mundo; que desde aquí, desde esta Castilla que nunca ha visto el mar, se trazaban las rutas del Océano y se promulgaban leyes para continentes lejanos. Y precisamente cuando eso ocurría, cuando toda España era un solo anhelo en aquella empresa universal, vivían los españoles mejor y eran más libres y más felices.

Por una España así, libre y fuerte; por una España que haya encontrado la justicia social, vamos predicando por los campos. De muchos sitios nos atacan; cinco de los nuestros han caído ya, muertos a traición; acaso nos aguarda a algunos la misma suerte. ¡No importa! La vida no vale la penal si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. Si morimos y nos sepultan en esta tierra madre de España, ya queda en vosotros la semilla, y pronto nuestros huesos secos se sacudirán de alegría y harán nacer flores sobre nuestras tumbas, cuando el paso resuelto de nuestras falanges nutridas nos traiga el buen anuncio de que otra vez tenemos a España.

(F.E., núm. 8, 1 de marzo de 1934)

LOS VASCOS Y ESPAÑA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 28 de febrero de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Dios nos libre, señores, de envenenar otro problema nacionalista. En Cataluña hay ya un separatismo rencoroso de muy difícil remedio, y creo que, ha sido, en parte, culpable de este separatismo el no haber sabido entender pronto lo que era Cataluña verdaderamente. Cataluña es un pueblo esencialmente sentimental, un pueblo que no entienden ni poco ni mucho los que le atribuyen codicias y miras prácticas en todas sus actitudes. Cataluña es un pueblo impregnado de un sedimento poético, no sólo en sus manifestaciones típicamente artísticas, como son las canciones antiguas y como es la liturgia de las sardanas, sino aun en su vida burguesa más vulgar, hasta en la vida hereditaria de esas familias barcelonesas que transmiten de padres a hijos las pequeñas tiendas de las calles antiguas, en los alrededores de la plaza Real; no sólo viven con un sentido poético esas familias, sino que lo perciben conscientemente y van perpetuando una tradición de poesía gremial, familiar, maravillosamente fina. Esto no se ha entendido a tiempo; a Cataluña no se la supo tratar, y teniendo en cuenta que es así, por eso se ha envenenado el problema, del cual sólo espero una salida si una nueva poesía española sabe suscitar en el alma de Cataluña el interés por una empresa total, de la que desvió a Cataluña un movimiento, también poético, separatista.

Dios nos libre, pues, de envenenar otro problema de características regionales; pero si hablo para anunciar que estoy al lado de este voto particular del señor Salmón y en contra del Estatuto, es porque creo que en este problema del Estatuto vasco hay algo mucho más importante que la cuestión de si el plebiscito ha sido o no falsificado, de si es aplicable el artículo 11, o el artículo 12, o alguno de esos artículos en que toda mi soberbia no me haría osar seguir, por la intrincada selva de su oratoria, al señor Landrove; lo esencial aquí es que el Estatuto vasco tiene, además de un sentido hostil separatista para España, un profundo espíritu antivasco, del que acaso no se dan cuenta sus propios autores.

La vida del pueblo vasco, como la vida de todos los pueblos, es, simplemente, una pugna trágica entre lo espontáneo y lo histórico; una pugna entre lo nativo, entre aquello que somos capaces de percibir aun instintivamente, y lo artificial difícil, lo ingentemente difícil, que es saber cumplir en la Historia un destino universal. Lo que a los pueblos los convierte en naciones no son tales o cuales características de raza, de, lengua o de clima; lo que a un pueblo le da jerarquía de nación es haber cumplido una empresa universal, porque así como para ser persona y superar la cualidad nativa de individuo tenemos que ser otros, es decir, tenemos que ser distintos de los otros, tenemos que serlo en relación con los otros, para ser nación tenemos que serlo diferenciados en lo universal. Somos nación en tanto en cuanto acometemos y logramos una empresa que no es la empresa de las demás naciones.

Ahora bien: ¿Ha sido unidad en lo universal el pueblo vasco? ¿Ha cumplido destino en lo universal el pueblo vasco? Esto es evidente que sí; el pueblo vasco ha dado al mundo una colección de almirantes que ellos solos son una gala para un pueblo entero; el pueblo vasco ha dado al mundo un genio universal como Ignacio de Loyola. Pero el pueblo vasco dio esos genios al mundo precisamente cuando encontró su signo de nación indestructible unido a Castilla.

(El señor Picavea: "Cuando tenía más libertad que la que podemos pedir ahora". El señor Aguirre: "Exacto; de eso hablaremos más tarde". Rumores.) Cuando estaba indestructiblemente unido a España, porque precisamente España es nación y es irrevocablemente nación, porque España, que no es Castilla frente a Vasconia, sino que es Vasconia con Castilla y con todos los demás pueblos que integraron España, sí que cumplió un destino en lo universal, y se justificó en un destino con lo universal, y halló una providencia tan diligente para abastecerla de destino universal, que aquel mismo año de 1492 en que logró España acabar la empresa universal de desislamizarse, encontró la empresa universal de descubrir y conquistar un mundo. Así es que el pueblo vasco superó su vida primitiva, su vida de pesca y de caserío, cabalmente cuando fundió sus destinos al destino total de España.

Pues bien: cuando el pueblo vasco, así unido a España, se ha incorporado definitivamente a la Historia, surgen unos tutores del pueblo vasco que deciden hacerle renegar de esa unidad histórica, de ese signo bajo cuyo poder mágico logró entrar en la Historia unido a España, integrando a España, y quieren desglosarlo otra vez de España y devolverlo a lo nativo, a lo espontáneo, al cultivo de su tierra, de sus costumbres y de su música. Y este designio es antivasco, este designio es ponerse otra vez a las puertas de lo nativo, a las puertas de lo espontáneo, contra el logro universal, histórico, ingente y difícil que ha sido la Historia del pueblo vasco unido a la Historia de España. *(Muy bien, muy bien.)*

Por eso yo creo que la misión de España en ese trance no es averiguar si ha tenido el Estatuto tales o cuales votos: la misión de España es socorrer al pueblo vasco para liberarlo de ese designio al que le quieren llevar sus peores tutores, porque el pueblo vasco se habrá dejado acaso arrastrar por una propaganda nacionalista; pero todas las mejores cabezas del pueblo vasco, todos los vascos de valor universal, son entrañablemente españoles y sienten entrañablemente el destino unido y universal de España. Y si no, perdóneme el señor Aguirre una comparación: de los vascos de dentro de esta Cámara tenemos a don Ramiro de Maeztu; de los vascos de fuera de la Cámara tenemos a don Miguel de Unamuno; con ellos, todas las mejores cabezas vascas son entrañablemente españolas. *(El señor Aguirre: "¿Me perdona S. S. una pequeña interrupción? Es para hacer las advertencias de que los vascos de peores cabezas, que somos nosotros, somos, precisamente, los que tenemos la adhesión del pueblo. Esos señores como Maeztu y Unamuno, a quienes yo, por otra parte, respeto extraordinariamente, van a nuestro país y nuestro pueblo los repele. ¿Por qué? Porque no han sabido interpretar sus sentimientos. Ya contestaré luego a S. S.". Rumores.)* No, señor Aguirre. Es que es mucho más difícil entender a Maeztu y a Unamuno que enardecerse en un partido de fútbol, y probablemente los señores Maeztu y Unamuno son las mejores cabezas vascas, mientras no pocos predicadores del Estatuto forman un respetabilísimo equipo de futbolistas. *(El señor Aguirre: "Su señoría es sapientísimo, y contra S.S. no podemos, es verdad. Ya le contestaremos adecuadamente, porque desconoce en absoluto toda nuestra historia, y ya veremos si todos esos señores de la minoría tradicionalista están conformes con las apreciaciones del señor Primo de Rivera o con las que nosotros luego hemos de hacer". El señor Domínguez Arévalo: "Con lo que está diciendo hasta ahora, en absoluto; con el sentido universal que está glosando, en absoluto". El señor Aguirre: "También de ese sentido universal hablaremos". El señor Toledo: "Ya se hablará de todo, señor Aguirre". Entre los señores Careaga, Domínguez Arévalo y Matesanz se cruzan interrupciones que no se entienden.)*

El señor PRESIDENTE:

¡Orden! Las interrupciones, sobrias y pocas.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Este es, sencillamente, el requerimiento que yo quería hacer a la Cámara, desligándome de esas cuestiones procesales, detallistas, de los artículos de la Constitución y de los futuros artículos del Estatuto: que España está en la situación trágica de defender hoy a Alava y mañana, probablemente, a Vizcaya y a Guipúzcoa, y aun contra su propia equivocada voluntad, de este intento de volver a la vida local del caserío, de la labranza y de la pesca a un gran pueblo que dejó escritas, con las *eles* y con las *zetas* de sus grandes nombres, las mejores navegaciones del mundo.

LA GUARDIA DE EUROPA

En trance de buscar la mejor policía de Europa para la misión más delicada, los ojos del canciller Hitler se han fijado en nuestra Guardia Civil. El Gobierno español ha estimado que no podía aceptarse el requerimiento de vigilar con guardias civiles el plebiscito del Sarre. Pero ya el solo hecho de que nuestra Guardia Civil haya sido invitada a ejercer de Guardia de Euro a tiene que haber puesto un escalofrío de orgullo bajo los tricornos y parece llenar a España otra vez –¿desde cuándo?– de un cierto aire imperial de los mejores días.

A los que dicen que España es incapaz de disciplina, a los que repiten la vaciedad de que los españoles son perezosos e individualistas, basta con señalarles, bajo el tricornio, dentro del capote, a cualquiera de nuestros guardias civiles. No es un hombre ni un centenar; no han sido entresacados de una clase sujeta a excepcionales ejercicios; es, sencillamente' una hermandad de veinticinco mil hombres del pueblo; de éste y de ése y de todos los pueblos de España. Y cada uno de los veinticinco mil es un archivo de disciplina cortés, de serenidad humana, de valor, de abnegación y de laconismo.

Lo que ocurre es que España es demasiado seria para jugar a la seriedad cuando no tiene nada que hacer. Por eso es indisciplinado cuando no encuentra digno empleo para su disciplina. Pero si un español, o veinticinco mil españoles, tienen por delante una tarea en que merezca soportarse y arrojarse todo, ninguno le aventaja en disciplina. Ahí está para demostrarlo, como si tal cosa, en nuestros caminos y por nuestras sierras, silenciosa y sencilla, esa hermandad de hombres, de hombres del pueblo, que ha sido requerida, para nuestro orgullo, como Guardia de Europa.

FE, núm. 8, 1 de marzo de 1934.

CRONOS, BROMISTA

(El Parlamento visto de perfil.)

Entre los muchos atractivos del régimen parlamentario no es el menor éste: nunca se sabe de seguro cuándo van a pasar las cosas. Una corrida de toros nunca se retrasa cinco minutos; una función de teatro no se demora más de quince; una española no se hace esperar a una cita más allá de hora y media. Pero en el Parlamento lo mismo pueden pasar las cosas hoy que la semana que viene, que dentro de un mes.

Se discute, por ejemplo, acerca de una interpelación sobre el cultivo del calabacín. El jefe de una minoría decide que, en nombre de ella, intervenga el novel diputado señor Equis. Y el señor Equis se apresta a esgrimir sus primeras armas parlamentarias.

El señor Equis, agazapado en su escaño, tiene ya preparado el discurso. Aguarda el momento de pedir la palabra. Tiembla y vacila. Un escalofrío le corre a veces desde la nuca hasta el almohadón de terciopelo de su escaño. La discusión prosigue. El orador de turno emite un concepto que da pie al señor Equis para pedir la palabra. El señor Equis quiere decir:

—¡Pido la palabra!

Pero la voz se le resiste. Una timidez insuperable le contiene. El señor Equis lucha consigo mismo. Por fin se decide. Cuando se decide, el orador de turno está hablando ya de otra cosa que no tiene nada que ver con el señor Equis. Pero el señor Equis va decidido, levanta un dedo, mira al presidente y, con humildad, dice:

—Pido la palabra.

El orador suspende un instante su discurso, se vuelve hacia el señor Equis y le contempla como diciendo:

—¿Por qué se le habrá ocurrido pedir la palabra a este señor?

De varios sectores miran hacia el señor Equis. Se oye un murmullo:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Algunos sordos le consideran interruptor y preguntan a sus vecinos:

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

El señor Equis, turbado por esa expectación, se dedica a morderse las uñas. El orador de turno termina. El señor Equis cree que le van a conceder la palabra y pasa una congoja. Pero resulta que el señor presidente tiene en lista a otros varios señores que han pedido la palabra. Hablan uno detrás de otro. Cuando el señor Equis considera inminente su llamada, el señor presidente dice:

—Se suspende esta discusión. Orden del día.

El señor Equis sale a la calle con su discurso inédito. Tal vez en la sesión siguiente tampoco le corresponda hablar. El discurso ya es una pesadilla. Se lo ha repetido a sí mismo, mentalmente, una y otra vez. Las frases culminantes le obsesionan. El señor Equis anda ensimismado. Contesta maquinalmente cuando le hablan. En las Cortes, rumiando su discurso, no se entera de lo que le dicen los demás. Cuando su vecino de escaño, aludiendo a lo que se dice allí, exclama: "¡Qué tontería!", el señor Equis sonríe para fingir que se está enterando. Así, al cabo de varios días, cuando ya casi ha perdido la esperanza de hablar, cuando ya no puede soportar el tormento de su discurso retrasado, suena la voz del presidente:

–El señor Equis tiene la palabra.

El señor Equis se pone en pie, lívido.

Pero todavía el presidente demora su intervención un poco más:

–Perdone su señoría: el señor ministro de Marina va a leer un proyecto de ley.

El ministro de Marina sube a la tribuna y lee unas cosas entre dientes. Por fin, otra vez:

–El señor Equis tiene la palabra.

Así, previa esa dramática gestación, viene al mundo la humilde y honrada mediocridad de esos discursos que empiezan:

–Señores diputados: me levanto a hacer uso de la palabra, muy brevemente, porque es necesario fijar la posición de esta minoría ante el interesante problema que se debate.

(*F.E.*, núm. 8, 1 de marzo de 1934.)

DISCURSO DE PROCLAMACIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

(Discurso pronunciado en el Teatro Calderón de Valladolid, el día 4 de marzo de 1934)

Aquí no puede haber aplausos ni vivas para Fulano ni para Mengano. Aquí nadie es nadie, sino una pieza, un soldado en esta obra, que es la obra nuestra y de España.

Puedo asegurar al que me dé otro viva que no se lo agradezco nada. Nosotros no sólo no hemos venido a que nos aplaudan, sino que casi os diría que no hemos venido a enseñaros. Hemos venido a aprender.

Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartado de ellos. Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regateados en asambleas, sino que es la tierra; la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes.

Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto.

El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos, verdosos de frondas terrenas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que aspirar, siempre, a ser Imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca; Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en dónde concluye, tal vez porque no concluye, ni a lo ancho ni a lo alto. Así Castilla, esa tierra esmaltada de nombres maravillosos –Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres–, esta tierra de Chancillería, de ferias y castillos, es decir, de Justicia, Milicia y Comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia.

Porque si nosotros nos hemos lanzado por los campos y por las ciudades de España con mucho trabajo y con algún peligro, que esto no importa, a predicar esta buena nueva, es porque, como os han dicho ya todos los camaradas que hablaron antes que yo, estamos sin España. Tenemos a España partida en tres clases de secesiones: los separatismos locales, la lucha entre los partidos y la división entre las clases.

El separatismo local es signo de decadencia, que surge cabalmente cuando se olvida que una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en el estado más primitivo de espontaneidad. Que una Patria no es el sabor del agua de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos: que una Patria es una misión en la historia, una misión en lo universal. La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico. Los pueblos en estado primitivo saben percibir casi vegetalmente las características de la tierra. Los pueblos, cuando superan este estado primitivo, saben ya que lo que los configura no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos. Cuando se produce la época de decadencia de ese sentido de la misión universal, empiezan a florecer otra vez los separatismos, empieza otra vez la gente a volverse a su suelo, a su tierra, a su música, a su habla, y otra vez se pone en peligro esta gloriosa integridad, que fue la España de los grandes tiempos.

Pero, además, estamos divididos en partidos políticos. Los partidos están llenos de inmundicias; pero por encima y por debajo de esas inmundicias hay una honda explicación de los partidos políticos, que es la que debiera bastar para hacerlos odiosos.

Los partidos políticos nacen el día en que se pierde el sentido de que existe sobre los hombres una verdad, bajo cuyo signo los pueblos y los hombres cumplen su misión en la vida. Estos pueblos y estos hombres, antes de nacer los partidos políticos, sabían que sobre su cabeza estaba la eterna verdad, y en antítesis con la eterna verdad la absoluta mentira. Pero llega un momento en que se les dice a los hombres que ni la mentira ni la verdad son categorías absolutas, que todo puede

discutirse, que todo puede resolverse por los votos, y entonces se puede decidir a votos si la Patria debe seguir unida o debe suicidarse, y hasta si existe o no existe Dios. Los hombres se dividen en bandos, hacen propaganda, se insultan, se agitan y, al fin, un domingo colocan una caja de cristal sobre una mesa y empiezan a echar pedacitos de papel en los cuales se dice si Dios existe o no existe y si la Patria se debe o no se debe suicidar.

Y así se produce eso que culmina en el Congreso de los Diputados.

Yo he venido aquí, entre otras razones, para respirar este ambiente puro, pues tengo en mis pulmones demasiados miasmas del Congreso de los Diputados. ¡Si vierais vosotros, en esta época de tantas inquietudes, de tantas angustias: si vosotros, los que vivís en el campo, los que labráis el campo, vierais lo que es aquello! Si vierais, en aquellos pasillos, los corros formados por lo más conocido y viejo haciendo chistes! ¡Si vierais que el otro día, cuando se discutía si un trozo de España se desmembraba, todo eran discursos de retórica leguleya sobre si el artículo tantos o el artículo cuantos de la Constitución, sobre si el tanto o el cuanto por ciento del plebiscito autorizaba el corte! ¡Y si hubierais visto que cuando un vasco, muy español y muy vasco, enumeraba las glorias españolas de su tierra, hubo un sujeto, sentado en los bancos que respaldaban al Gobierno del señor Lerroux, que se permitió tomar la cosa a broma y agregar irónicamente el nombre de Uzcudum a los nombres de Loyola y Elcano!

Y por si nos faltara algo, ese siglo que nos legó el liberalismo, y con él los partidos del Parlamento, nos dejó también esta herencia de la lucha de clases. Porque el liberalismo económico dijo que todos los hombres estaban en condiciones de trabajar como quisieran: se había terminado la esclavitud; ya, a los obreros no se los manejaba a palos; pero como los obreros no tenían para comer sino lo que se les diera, como los obreros estaban desasistidos, inermes frente al poder del capitalismo, era el capitalismo el que señalaba las condiciones, y los obreros tenían que aceptar estas condiciones o resignarse a morir de hambre. Así se vio cómo el liberalismo, mientras escribía maravillosas declaraciones de derechos en un papel que apenas leía nadie, entre otras causas porque al pueblo ni siquiera se le enseñaba a leer; mientras el liberalismo escribía esas declaraciones, nos hizo asistir al espectáculo más inhumano que se haya presenciado nunca: en las mejores ciudades de Europa, en las capitales de Estados con instituciones liberales más finas, se hacinaban seres humanos, hermanos nuestros, en casas informes, negras, rojas, horripilantes, aprisionados entre la miseria y la tuberculosis y la anemia de los niños hambrientos, y recibiendo de cuando en cuando el sarcasmo de que se les dijera como eran libres y, además, soberanos.

Claro está que los obreros tuvieron que revolverse un día contra esa burla, y tuvo que estallar la lucha de clases. La lucha de clases tuvo un móvil justo, y el socialismo tuvo, al principio, una razón justa, y nosotros no tenemos para qué negar esto. Lo que pasa es que el socialismo, en vez de seguir su primera ruta de aspiración a la justicia social entre los hombres, se ha convertido en una pura doctrina de escalofriante frialdad y no piensa, ni poco ni mucho, en la liberación de los obreros. Por ahí andan los obreros orgullosos de sí mismos, diciendo que son Marxistas. A Carlos Marx le han dedicado muchas calles en muchos pueblos de España, pero Carlos Marx era un judío alemán que desde su gabinete observaba con impasibilidad terrible los más dramáticos acontecimientos de su época. Era un judío alemán que, frente a las factorías inglesas de Mánchester, y mientras formulaba leyes implacables sobre la acumulación del capital; mientras formulaba leyes implacables sobre la producción y los intereses de los patronos y de los obreros, escribía cartas a su amigo Federico Engels diciéndole que los obreros eran una plebe y una canalla, de la que no había que ocuparse sino en cuanto sirviera para la comprobación de sus doctrinas.

El socialismo dejó de ser un movimiento de redención de los hombres y pasó a ser, como os digo, una doctrina implacable, y el socialismo, en vez de querer restablecer una justicia, quiso llegar en la injusticia, como represalia, a donde había llegado la injusticia burguesa en su organización. Pero, además, estableció que la lucha de clases no cesaría nunca, y, además, afirmó que la Historia ha de interpretarse materialistamente; es decir, que para explicar la Historia no cuentan sino los fenómenos económicos. Así, cuando el marxismo culmina en una organización como la rusa, se les dice a los niños, desde las escuelas, que la Religión es un opio del pueblo; que la Patria es una palabra inventada para oprimir, y que hasta el pudor y el amor de los padres a los hijos son prejuicios burgueses que hay que desterrar a todo trance.

El socialismo ha llegado a ser eso. ¿Creéis que si los obreros lo supieran sentirían simpatías por una cosa como ésta, tremenda, escalofriante, inhumana, que concibió en su cabeza aquel judío que se llamaba Carlos Marx?

Cuando el mundo estaba así, cuando España estaba así, salimos a la vida de España los que tenemos alrededor de treinta años. Pudo atraernos el aceptar aquel sistema y empujarnos a los corrillos del Congreso, o bien el lanzamos a excesos que agravaran y envenenaran más todavía a las masas proletarias en su lucha de clases. Eso era muy fácil, y a primera vista tenía sus ventajas. Cualquiera de nosotros que se hubiera alistado en el partido republicano conservador, en el partido radical, en el liberal demócrata o en Acción Popular, sería fácilmente ministro, porque como tenemos crisis cada quince días, y siempre salen ministros nuevos, hay que preguntarse si es que queda alguien en España que no haya sido ministro todavía.

Pero para nosotros era eso muy poco. Hemos preferido salirnos de ese camino cómodo e irnos, como nos ha dicho nuestro camarada Ledesma, por el camino de la revolución, por el camino de otra revolución, por el camino de la verdadera revolución. Porque todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social. Nosotros integramos estas dos cosas: la Patria y la justicia social, y resueltamente, categóricamente, sobre esos dos principios inmovibles queremos hacer nuestra revolución.

Nos dicen que somos imitadores. Onésimo Redondo ya ha contestado a eso. Nos dicen que somos imitadores porque este movimiento nuestro, este movimiento de vuelta hacia las entrañas genuinas de España, es un movimiento que se ha producido antes en otros sitios. Italia, Alemania, se han vuelto hacia sí mismas en una actitud de desesperación para los mitos con que trataron de esterilizarlas; pero porque Italia y Alemania. se hayan vuelto hacia sí mismas y se hayan encontrado enteramente a sí mismas, ¿diremos que las imita España al buscarse a sí propia? Estos países dieron la vuelta sobre su propia autenticidad, y al hacerlo nosotros, también la autenticidad que encontraremos será la nuestra, no será la de Alemania ni la de Italia, y, por tanto, al reproducir lo hecho por los italianos o los alemanes seremos más españoles que lo hemos sido nunca.

Al camarada Onésimo Redondo yo le diría: No te preocupes mucho porque nos digan que imitamos. Si lográsemos desvanecer esa especie, ya nos inventarían otras. La fuente de la insidia es inagotable. Dejemos que nos digan que imitamos a los fascistas. Después de todo, en el fascismo como en los movimientos de todas las épocas, hay por debajo de las características locales, unas constantes, que son patrimonio de todo espíritu humano y que en todas partes son las mismas. Así fue, por ejemplo, el Renacimiento; así fue, si queréis, el endecasílabo; nos trajeron el endecasílabo de Italia, pero poco después de que nos trajeran de Italia el endecasílabo cantaban los campos de España, en endecasílabo castellano, Garcilaso y fray Luis, y ensalzaba Fernando de Herrera al Señor de la llanura del mar, que dio a España la victoria de Lepanto.

También dicen que somos reaccionarios. Unos nos lo dicen de mala fe, para que los obreros huyan de nosotros y no nos escuchen. Los obreros, a pesar de ello, nos escucharán, y cuando nos escuchen ya no creerán a quienes se lo dijeron, porque precisamente cuando se quiere restaurar, como nosotros, la idea de la integridad indestructible de destino, es cuando ya no se puede ser reaccionario. Se es reaccionario, alternativamente, cuando se vive en régimen de pugna; cuando una clase acaba de vencer a otra, y la clase vencida aspira a tomar la represalia; pero nosotros no entramos en este juego de represalias de clase contra clase o de partido contra partido. Nosotros colocamos una norma de todos nuestros hechos por encima de los intereses de los partidos y de las clases. Nosotros colocamos esa norma, y ahí está lo más profundo de nuestro movimiento, en la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria. Con este concepto de la Patria, servida por el instrumento de un Estado fuerte, no dócil a una clase ni a un partido, el interés que triunfa es el de la integración de todos en aquella unidad, no el momentáneo interés de los vencedores. Esto lo sabrán los obreros, y entonces verán que la única solución posible es la nuestra.

Pero otros nos suponen reaccionarios porque tienen la vaga esperanza de que mientras ellos murmuran en los casinos y echan de menos privilegios que en parte se les han venido abajo, nosotros vamos a ser los guardias de Asalto de la reacción y vamos a sacarles las castañas del fuego, y vamos a ocuparnos en poner sobre sus sillones a quienes cómodamente nos contemplan. Si

eso fuéramos a hacer nosotros, mereceríamos que nos maldijeran los cinco muertos a quienes hemos hecho caer por causa más alta...

Por último, nos dicen que no tenemos programa. ¿Vosotros conocéis alguna cosa seria y profunda que se haya hecho alguna vez con un programa? ¿Cuándo habéis visto vosotros que esas cosas decisivas, que esas cosas eternas, como son el amor, y la vida, y la muerte, se hayan hecho con arreglo a un programa? Lo que hay que tener es un sentido total de lo que se quiere; un sentido total de la Patria, de la vida, de la Historia, y ese sentido total, claro en el alma, nos va diciendo en cada coyuntura qué es lo que debemos hacer y lo que debemos preferir. En las mejores épocas no ha habido tantos círculos de estudios, ni tantas estadísticas, ni censos electorales, ni programas. Además, que si tuviéramos programa concreto, seríamos un partido más y nos pareceríamos a nuestras propias caricaturas. Todos saben que mienten cuando dicen de nosotros que somos una copia del fascismo italiano, que no somos católicos y que no somos españoles; pero los mismos que lo dicen se apresuran a ir organizando con la mano izquierda una especie de simulacro de nuestro movimiento. Así, harán un desfile en El Escorial si nosotros lo hacemos en Valladolid. Así, si nosotros hablamos de la España eterna, de la España imperial, ellos también dirán que echan de menos la España grande y el Estado corporativo. Esos movimientos pueden parecerse al nuestro tanto como pueda parecerse un plato de fiambre al plato caliente de la víspera. Porque lo que caracteriza este deseo nuestro, esta empresa nuestra, es la temperatura, es el espíritu. ¿Qué nos importa el Estado corporativo; qué nos importa que se suprima el Parlamento, si esto es para seguir produciendo con otros órganos la misma juventud cauta, pálida, escurridiza y sonriente, incapaz de encenderse por el entusiasmo de la Patria y ni siquiera, digan lo que digan, por el de la Religión?

Mucho cuidado con eso del Estado corporativo; mucho cuidado con todas esas cosas frías que os dirán muchos procurando que nos convirtamos en un partido más. Ya nos ha denunciado ese peligro Onésimo Redondo. Nosotros no satisfacemos nuestras aspiraciones configurando de otra manera el Estado. Lo que queremos es devolver a España un optimismo, una fe en sí mismo, una línea clara y enérgica de vida común. Por eso nuestra agrupación no es un partido: es una milicia; por eso nosotros no estamos aquí para ser diputados, subsecretarios o ministros, sino para cumplir, cada cual en su puesto, la misión que se le ordene, y lo mismo que nosotros cinco estamos ahora detrás de esta mesa, puede llegar un día en que el más humilde de los militantes sea el llamado a mandarnos y nosotros a obedecer. Nosotros no aspiramos a nada. No aspiramos si no es, acaso, a ser los primeros en el peligro. Lo que queremos es que España, otra vez, se vuelva a sí misma y, con honor, justicia social, juventud y entusiasmo patrio, diga lo que esta misma ciudad de Valladolid decía en una carta al emperador Carlos V en 1516:

"Vuestra alteza debe venir a tomar en la una mano aquel yugo que el católico rey vuestro abuelo os dejó, con el cual tantos bravos y soberbios se domaron, y en la otra, las flechas de aquella reina sin par, vuestra abuela doña Isabel, con que puso a los moros tan lejos."

Pues aquí tenéis, en esta misma ciudad de Valladolid, que así lo pedía, el yugo y las flechas: el yugo de la labor y las flechas del poderío. Así, nosotros, bajo el signo del yugo y de las flechas, venimos a decir aquí mismo, en Valladolid:

¡Castilla, otra vez por España!"

DEFUNCIÓN

(El Parlamento visto de perfil.)

Una tarde, al abrirse la sesión, nos comunicaron la infausta nueva: el Gobierno del señor Lerroux estaba en crisis y, por consecuencia, se suspendían las sesiones.

Cayó sobre el hemiciclo un minuto de silencio. Quien más, quien menos, pensó en la posibilidad de una disolución, cuando aún las mil "leandras" al mes no han bastado, ni con mucho, para cubrir los gastos electorales. Otros pensaron en que, acaso, nunca más volverían a sentarse en la blandura de estos escaños rojos. Hubo muchos suspiros ahogados y muchas lágrimas contenidas.

Aseguran que por el despacho del señor Alba desfilaron, uno tras otro, numerosos diputados, como en las despedidas de los entierros. Cada uno de los diputados iba murmurando.. al acercarse, con cara melancólica:

—No le digo nada —y el señor Alba respondía, profundamente:

¿Qué quiere usted? Así es la vida"

FANTASMAS

Entonces penetramos en el salón de sesiones, que imaginábamos desierto. Sólo estaba iluminado por la claraboya y las ventanas de arriba. Parecía mayor que de costumbre, en aquella silenciosa semioscuridad.

Cuando he aquí que por todas las puertas empezaron a aparecer hileras de fantasmas. Al principio sentimos algún sobrecogimiento; pero pronto los identificamos como fantasmas conocidos. Había grandes fantasmas, medianos fantasmas y pequeños fantasmas. Grandes como "los principios democráticos" y "la salud de la República"; medianos como "cumplimos con nuestro deber" y "la opinión nos apoya"; pequeños como "muy brevemente", "pido la palabra", "la tiene su señoría", "¡ah, señores!", y "nada más", "sean mis primeras palabras...", "me encomiendo a vuestra benevolencia" y otros muchos de la misma talla.

Los fantasmas fueron ocupando todos los asientos. Trece fantasmas se apretaron en el banco azul. Un grave fantasma se encaramó a la presidencia. Este dijo:

—Se abre la sesión.

De la cabecera del banco azul salió una voz extraterrena: —Pido la palabra.

—El señor presidente del Consejo de Ministros tiene la palabra.

Los fantasmas de la oposición promovieron unos rumores. —Señores diputados —empezó a decir el que ocupaba la cabecera del banco azul—: no se os oculta la gravedad de los momentos que atravesamos; pero podéis estar seguros de que el Gobierno sabrá cumplir con su deber. La ley regirá inexorablemente para todos: lo que necesita el país más apremiantemente es respeto a la ley. Eso y trabajo: el trabajo ennoblece a los hombres y a los países. (*Muy bien, muy bien en los bancos de la mayoría.*) Esta es nuestra manera de entender el servicio de la República. (*Grandes aplausos.*)

En seguida se inició el debate político. Muchos fantasmas fueron venteando en palabras su propia cualidad de tópicos. Fantasmas cuyo verbo no era otra cosa que enunciación de su esencia misma. El "¡ah, señores!", por ejemplo, vive de expresarse. Fue oscureciendo. Cuando hubo anochecido del todo quedó el recinto en pura tiniebla. ¡Qué bien se estaba allí a aquella hora, sin fantasmas y sin diputados!

NUEVO GOBIERNO

Antes de la suspensión se sentaron en el banco azul el señor Lerroux, el señor Pita, el señor Alvarez Valdés, el señor Hidalgo, el señor Rocha, el señor Estadella, el señor Cid, el señor Del Río, el señor Guerra del Río y el señor Samper. El martes aparecieron en el banco azul los señores Lerroux, Pita, Alvarez Valdés, Hidalgo, Rocha, Estadella, Cid, Del Río, Guerra del Río y Samper. Nos dijeron que ése era el nuevo Gobierno.

Dos nuevas caras aparecían, es verdad, entre las de sus colegas: la cara inexpresivo del señor Marroco y, ¡por fin!, la cara radiante del señor Salazar Alonso. El gesto de Fú-Man-Chú de don Diego Martínez Barrio había replegado su enigma hacia uno de los bancos de la masa radical.

Nuestro espíritu se acongoja con este problema: ¿qué tanto por ciento de innovación necesita un Gobierno para ser reputado "nuevo"? ¿Puede soportar, sin alteración de sustancia, la sustitución de un ministro? ¿De dos ministros? Si mañana dimitieran otros ministros de los antiguos y fueran sustituidos por los que desaparecieron en la última crisis, ¿sería un nuevo Gobierno el que se formase? ¿O sería el mismo Gobierno que ahora nos parece antiguo?

Estas cavilaciones debieran ser puestas en claro por los doctos. Provisionalmente proponemos que no se considere nuevo a un equipo ministerial en tanto no alinee al conde de Romanones, a don Melquiades Alvarez y a don Abilio Calderón. ¡Eso sí que podría llamarse un Gobierno nuevo!

(F.E., núm. 9, 8 de marzo de 1934)

EN EL ENTIERRO DEL CAMARADA ÁNGEL MONTESINOS CARBONELL

(Palabras pronunciadas el 10 de febrero de 1934)

¡Firmes! ¡Otro! Y éste es un hombre humilde. Los que nos creen incapaces de entender el dolor de los humildes, sepan que desde hoy la Falange, además de por su resuelta voluntad, está indisolublemente unida a la causa de los humildes por este sacramento heroico de la muerte.

¡La muerte! Unos creerán que la necesitamos para estímulo. Otros creerán que nos va a deprimir; ni lo uno ni lo otro. La muerte es un acto de servicio. Cuando muera cualquiera de nosotros, dadle, como a éste, piadosa tierra y decidle: "Hermano: para tu alma, la paz; para nosotros, por España, adelante."

¡Firmes otra vez! ¡Ángel Montesinos Carbonell!

(Todos: "¡Presente!")

(*La Nación*, 10 de marzo de 1934, y *F.E.*, núm. 10, 12 de abril de 1934)

PALABRAS PRONUNCIADAS EN BILBAO A LOS CAMARADAS DE LA FALANGE EL 8 DE ABRIL DE 1934

En la tarde de ese día pronunció un breve discurso, en el que habló de la España chata, pobre y torva, a la que había que amar, empero, con afán de perfección.

Buscaremos las raíces de la escueta autenticidad española. Necesitamos una nación y una justicia social. Hay que entregar a España –con amor y con dolor– para que la fecunde, la temple y la alegre.

Uniremos la conciencia de eternidad y de modernidad para ser seriamente españoles.

Los camaradas deben ser como hermanos; deben saber no sólo donde viven, sino que deben conocer hasta el color del pelo de sus novias.

El estilo en la Falange es tan sustancial que, si se perdiese, nuestro Movimiento habría perdido su raíz¹⁹.

Wenceslao Piqueras: "José Antonio en Bilbao", en *El Correo Español*, *El Pueblo Vasco*, ediciones del 8 de octubre y 20 de noviembre de 1938.

¹⁹ Entre las personas que estuvieron a visitarlo durante su estancia en Bilbao, en la primavera del año 1934, figuraba una distinguida dama, que le dijo:

– Es una lástima que ustedes no se declaren monárquicos, pues me gusta el espíritu de la Falange. Si lo hicieran me inscribiría en ella.

A lo que contestó José Antonio:

– Si volvieran Fernando e Isabel, en este mismo momento me declaraba monárquico.

AMBIENTE DE UNA ENTREVISTA

Pienso, al cruzar entre una doble fila de extendidos brazos –palmeras de una voluntad en vaticinio de Imperio–, que tal vea sea la entrevista el subgénero literario que peor vaya con lo que entiendo debe ser el estilo fascista. Y esto por lo que la entrevista tiene de realismo retórico y de pobre, en cuanto no suele ser mucho más que el resultado triste de la necesidad puesta al servicio de las vanidades.

Considerándome, pues, alejado de este concepto por la excepción que abordo, y relevado de servir detalles de una información general para la que escribo estas líneas con intención de prólogo, ataco a la bayoneta del minuto, precisa y militarmente, esta elegancia enérgica de don José Antonio Primo de Rivera, jefe supremo de Falange Española.

* * *

Le encuentro, dos horas después del atentado, en casa de Julio Ruiz de Alda, con Rafael Sánchez Mazas. La trinidad oficial de un credo. En la misma habitación, como en uno de aquellos cuadros de muchas figuras, muy del gusto ochocentista, una sociedad juvenil formada, alrededor de la anécdota de hoy, por el concepto y no por la anécdota. Cruza de un lado a otro –lebre! (alfil dirían los Eugenios) de sí mismo– José María Alfaro, y el fiel de dos marqueses de Estella, Gómez, cuenta "cómo ha sido", mientras Cuerda, Sarrión, pasantes y auxiliares valiosísimos del despacho de José Antonio Primo de Rivera, acuden al teléfono, tranquilizan y dan órdenes a los que esperan en el otro despacho, porque la casa de Ruiz de Alda, como ocurría con aquellas floridas Cortes errantes del rey barbado y sin corona, es en este momento cuartel general.

Nos encerramos en una habitación Primo de Rivera y yo. El, en una actitud defensiva, que para ciertos ataques le observo peculiar. Hay en José Antonio Primo de Rivera una especie de complejo, de malicia literaria difícil de explicar. Sabe bien, sin duda, que si un acento poético salva, el exceso o defecto literario pierde, dispersa y aleja de su destino ala voluntad. Esta, por otra parte, en esa situación que sólo un jefe fascista ibero puede y debe comprender como difícil. En Alemania, y en Italia mismo, no hay problemas de suspicacias para lo que es un aliento dramático y alegre a la vez que la revolución nacional. En España, toda política –y ésta es una política, la más política de todas, puesto que está en oposición con el concepto historicista español de la "cosa política"– puede fracasar por imponderables sutiles que en Primo de Rivera pesan más que en nadie. La situación de este joven caudillo es una antología de dificultades. Si se muestra prudente y hermético, se dirá de él: "¡Este hombre se cree ya Mussolini!" Si habla sencillamente, pero habla respondiendo a todo lo que se le pregunta, dirán: "¡Está deseando colocarse en un primer plano para hacer su carrera!" Si responde con prudencia, la chulería innata exclama: "¡El miedo es libre!" Y, por el contrario, su valentía serena ante el peligro encontrará este eco inevitable: "¡Ya está haciendo el jaque y perdonándonos la vida!" Decididamente, hay hombres que han nacido para actuar sin decir una palabra. Y éste es uno de ellos.

Entramos en el baño tibio de la entrevista por el acreditado procedimiento del catecismo del padre Ripalda. Preguntas y respuestas a palo seco.

–¿Vio usted quién disparabas

–No pude verlo. Oí primero una explosión y luego el ruido de dos o tres detonaciones. Paré el coche, y como oyera, al saltar, que huían por la calle de Altamirano, corrí por ella sin conseguir encontrar a nadie. Me han dicho que fueron cuatro, cuya retirada cubrían otros tantos.

–¿Iba usted en el coche con ... ?

Sarrión, defensor de uno de los procesados en la vista, de la que salíamos Cuerda y Gómez. Ninguno vio a nadie.

–¿Esperaba usted este atentado un día u otro?

—No.

—¿Cree usted relacionado el suceso con su actuación en la vista que se acaba de celebrar en la cárcel, con motivo del asesinato de Jesús Hernández?

—No. Creo, eso sí, que este atentado no tiene el mismo origen que otros de los que tenemos que lamentar las primeras víctimas del fascismo español. Y creo que sus ejecutores pertenecen a un grupo o sociedad perfectamente organizada que recoge indistintamente una inspiración política u otra, siendo, en definitiva, un servicio alquilado sin más complicaciones.

—¿Qué importancia le concede usted al atentado en sí para la influencia que pueda ejercer sobre los vientos que mueven el estado de cosas que usted preconiza?

—Para el movimiento en sí no puedo especular con el atentado como pudiera hacer una estrella de *varietés* con el robo de sus alhajas. El movimiento tiene su contenido en sí y por sí, y estas cosas, puramente anecdóticas, no tienen ningún interés ni hemos de darle la menor importancia.

* * *

La conversación ha entrado en un derrotero más íntimo. Me interesa ahora conocer el efecto que personalmente, como hombre, le ha podido causar a José Antonio Primo de Rivera este atentado. Ha usado de este día, después de sucedido el hecho que nos ocupa y preocupa, como de otro cualquiera. A las tres de la tarde se fue a almorzar a su casa de Chamartín. Con naturalidad absoluta, este hombre, que tiene esa sequedad dulce, esa sosería gallarda del jerezano de tipo inglés, frío y humano, preciso y sin alboroto, me dice riendo:

—Claro que me fui a comer!... ¿Qué quería usted que hiciera? Cualquiera se queda sin comer después de sufrir una vista y un atentado.

Un momento, ya en pie:

—¿Me permite usted una pregunta muy de entrevista? —Desde luego.

—Con esto de la interviú recuerdo los mejores años —pobreza, afán y risa— y acabo por encariñarme... Usted se da perfecta cuenta, dichas las cosas como son, de que ha podido morir el 10 de abril de 1934, ¿no es esto?

—Ahora... sí. Antes no tuve ninguna sensación ni siquiera de peligro. Fue todo rápido, inesperado. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Para que usted me conteste a una pregunta final. ¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?

—Por no saber si estaba preparado para morir. La eternidad me preocupa hondamente. Soy enemigo de las improvisaciones, igual en un discurso que en una muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica, y no me gusta...

Salgo. En la calle, como en las buenas interviús de hace años, cae una lluvia fina sobre nuestro Madrid indeciso, bárbaro, bueno y *alegre*. —César González-Ruano.

(ABC, 11 de abril de 1934)

LA REPÚBLICA DE ORDEN

El 14 de abril de 1931 se implantó la República en España. No puede negarse que, casi anulando la melancolía con que no pocos vieron caer el régimen monárquico secular, se extendía por España un júbilo lleno de esperanzas. Las esperanzas, de seguro, hallaban su clave en esto: la República iba a ser el régimen nacional, de todos, bajo cuyo signo se llevara a cabo la revolución anhelada durante años y años. Es innegable que la vida de muchos españoles resultaba –y resulta– inhumana: Andalucía y otras tierras nuestras conocen la angustia de esas existencias sin sueños, ni dulzura, ni arraigo; de esas existencias de los braceros que ganan al año setenta míseros jornales, y a quienes el hambre y la ferocidad acorralan durante los largos días de ocio. La República prometía remediar todo eso sin sana y sin odio, segura de sí misma. Hubiera sido un bello alarde de exactitud el de podar y aun sajar sin que un solo golpe fuera dirigido por ánimo de represalia, sino por un sentido justiciero de servicio patrio, de comunidad popular de destino.

Ya era mucho el haber logrado que entraran los socialistas en un Gobierno que no era de clase, sino que aspiraba a ser Gobierno nacional. Los socialistas –no hay que ocultarlo– formaban el partido más serio de cuantos trajeron la República y de cuantos perdieron la Monarquía; eran tenaces, disciplinados, abnegados muchos de ellos y casi todos excelentes organizadores. Lo que tiene de repelente el socialismo –exclusivismo de clase, materialismo, antinacionalidad –parecía disuelto en la emoción patriótica con que un pueblo, casi unánime en la alegría, imaginaba zarpar hacia rumbos mejores. Así, el socialismo infundiría a la República su profundo contenido de justicia social sin convertirla en República de clase.

+ + +

Desde el 14 de abril de 1931 han corrido tres años. Los gobernantes de la República se las arreglaron para hacerla pronto inhospitalaria. Lo que pudo ser un régimen nacional fue achicado por sus guardianes hasta trocarlo en régimen de secta. Fue puesto en uso, como casacón apolillado, al que se acudía a falta de mejor ropa, el más rancio anticlericalismo. Y, lo que es aún peor, se empezó a pagar con trozos de España, traicionando la voz de lo nacional, servicios prestados a la secta. La que iba a ser República de todos los españoles ya estaba casi reducida a República de antiespañoles.

Pero, a falta de lo nacional, quedaba lo social todavía. Empresa incompleta –manca–, pero empresa aún: media empresa al menos. Hasta que triunfó en las urnas el Parlamento que ahora tenemos la felicidad de gozar.

Este Parlamento se compone, en su mayoría, de radicales y diputados de derecha vicerrepublicana. El partido radical, en otro tiempo furibundo revolucionario, es hoy un modelo de prudencia; lo que se llama un verdadero "partido de orden". Y las derechas vicerrepublicanas no hay que decir. Todo lo que Azaña y los socialistas llevaron a cabo en el famoso bienio se va a borrar del mundo: ha terminado la revolución social.

Y en cuanto a lo nacional, mejor es no decir nada. Nunca se ha visto Parlamento con menos sentido histórico que el Parlamento presente. Todos los partidos "de orden" más o menos adheridos al régimen parecen limitar su ambición a que haya "autoridad es decir, no a que se remedien los profundos motivos de desesperación popular, sino a que esa desesperación no se manifieste con demasiado ruido.

Lo que no podía entender nadie es para qué se hizo una revolución, si las dos vetas de sustancia revolucionaria, la nacional y la social, iban a abandonarse tan pronto. Ni cuál es la diferencia, salvo en lo que se ha perdido en lo suntuario, entre la República de orden que nos han deparado estos republicanos conversos y aquellos buenos tiempos en que gobernaba el viejo partido conservador.

FE, núm. 10, 12 de abril de 1934.

INTERRUPTORES

(El Parlamento visto de perfil)

Hay en el Parlamento diversas clases de interruptores. La ciencia debe registrar las siguientes, por lo menos:

a) El interruptor tímido. Este es un señor a quien se le ocurren muchas cosas muy buenas mientras hablan los demás. No suelen ser de estilo jocoso; antes bien, sus acotaciones al debate son graves y melancólicas. Pero no se decide a proferirlas en voz alta: se limita a obsequiar con ellas a los colegas más próximos. El interruptor de este tipo no deja rastro en el *Diario de Sesiones*. Su gloria se esfuma en los "rumores", en los "muy bien" y en la "aprobación". Cuando más, los taquígrafos le dedican este recuerdo: "Un señor diputado pronuncia frases que no se perciben."

b) El interruptor difuso. Lo que se le ocurre al interruptor difuso cuando oye hablar a otro diputado, no es nunca una frase marginal, breve, sino un discurso entero. Impaciente, no aguarda para colocarlo a que el otro termine, sino que se obstina en darle entrada en el debate por vía de interrupción. "Eso que dice su señoría –interrumpe– estaría muy bien si hace tres años no se hubiera aprobado una ley que..." El interruptor difuso no suele terminar sus intervenciones. Gritos de "¡Que se calle!" ahogan sus palabras. Entonces el interruptor difuso dedica el resto de lo que tenía pensado a los que se sientan a su alrededor; pero no con la moderación del tímido, sino con ira y ademanes descompuestos.

c) El interruptor retrospectivo. Habla, a lo mejor, un diputado radical. Cuando una voz le interrumpe: "¡Pero si su señoría fue presidente de la Unión Patriótica!" Quien lo dice es un diputado que sabe al dedillo las historias de todos los demás. No siempre sus alusiones son inteligibles para los inexpertos. Por ejemplo, cuando un interruptor retrospectivo dice: "Y de aquello de Cadalso de los Vidrios ¿no se acuerda ya su señoría?", sume a la mayor parte de la Cámara en la más profunda perplejidad. El Parlamento, felizmente cuenta con varios interruptores retrospectivos. A veces se enzarzan dos de ellos entre sí. "Pues ¿y aquellas pesetejas del Montepío?" "Pregúnteselo a las que encontró usted cuando se hizo cargo de la Diputación." "¡Pero hombre! Si usted era croupier y tuvieron que echarlo de Rosales." Los cuerpo a cuerpo entre dos interruptores retrospectivos son, como se ve, superlativamente edificantes, que diría el señor Recaséns Siches.

d) El interruptor persistente. Este se decide a interrumpir rara vez. Pero cuando lo hace no se da por contento si no repite y repite la interrupción. Por ejemplo, cuando habla un ex ministro, el interruptor persistente señala al banco azul con un dedo y exclama: "Eso se dice desde ahí." Si el orador no le hace caso, insiste: "Eso se dice desde ahí. Eso se dice desde ahí". Hasta que la presidencia impone orden o hasta que se desencadena un tumulto. En medio de éste, todavía, cuando ya gritan todos y no es posible oír a nadie, se ve al interruptor, frenético, lanzando gritos y con un dedo hacia el banco azul. Pero luego se calla y ya, en muchos días, edifica a todos con su silencio y su compostura.

(F.E., núm. 10, 12 de abril de 1934)

LA FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. NADA TIENE QUE VER CON FASCISMO ESPAÑOL

El señor Primo de Rivera nos ruega que publiquemos la siguiente nota:

"Ha surgido una nueva entidad denominada Fascismo Español, que quiere especular también con el ambiente del momento. Falange Española de las J.O.N.S. quiere hacer constar que tampoco tiene nada que ver con ese movimiento ni con los actos de propaganda que organiza."

Diario *Luz*, de Madrid, 13 de abril de 1934.

ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO

LA TESIS ROMÁNTICA DE NACIÓN

Aquella fe romántica en la bondad nativa de los hombres fue hermana mayor de la otra fe en la bondad nativa de los pueblos. "El hombre ha nacido libre, y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado", dijo Rousseau. Era, por consecuencia, ideal rousseauniano devolver al hombre su libertad e ingenuidad nativas; desmontar hasta el límite posible toda la máquina social que para Rousseau había operado de corruptora. Sobre la misma línea llegaba a formularse, años después, la tesis romántica de las nacionalidades. Igual que la sociedad era cadena de los libres y buenos individuos, las arquitecturas históricas eran opresión de los pueblos espontáneos y libres. Tanta prisa como libertar a los individuos corría libertar a los pueblos.

Mirada de cerca, la tesis romántica iba encaminada a la *descalificación*; esto es, a la supresión de todo lo añadido por el esfuerzo (Derecho e Historia) a las entidades primarias, individuo y pueblo. El Derecho había transformado al *individuo* en *persona*; la Historia había transformado al pueblo en *polis*, en régimen de Estado. El individuo es, respecto de la persona, lo que el pueblo respecto de la sociedad política. Para la tesis romántica, urgía regresar a lo primario, a lo espontáneo, tanto en un caso como en el otro.

EL INDIVIDUO Y LA PERSONA

El Derecho necesita, como presupuesto de existencia, la pluralidad orgánica de los individuos. El único habitante de una isla no es titular de ningún derecho ni sujeto de ninguna jurídica obligación. Su actividad sólo estará limitada por el alcance de sus propias fuerzas. Cuando más, si acaso, por el sentido moral de que disponga. Pero en cuanto al *derecho*, no es ni siquiera imaginable en situación así. El Derecho envuelve siempre la facultad de exigir algo; sólo hay derecho frente a un deber correlativo; toda cuestión de derecho no es sino una cuestión de límites entre las actividades de dos o varios sujetos. Por eso el Derecho presupone la convivencia; esto es, un sistema de normas condicionantes de la actividad vital de los individuos.

De ahí que el individuo, pura y simplemente, no sea el sujeto de las relaciones jurídicas; el individuo no es sino el *substratum* físico, biológico, con que el Derecho se encuentra para montar un sistema de relaciones reguladas. La verdadera unidad jurídica es la *persona*, esto es, el individuo, considerado, no en su calidad vital, sino como portador activo o pasivo de las relaciones sociales que el Derecho regula; como capaz de exigir, de ser compelido, de atacar y de transgredir.

LO NATIVO Y LA NACIÓN

De análoga manera, el pueblo, en su forma espontánea, no es sino el *substratum* de la sociedad política. Desde aquí, para entenderse, conviene usar ya la palabra *nación*, significando con ella precisamente eso: la sociedad política capaz de hallar en el Estado su máquina operante. Y con ello queda precisado el tema del presente trabajo: esclarecer qué es la nación: si la realidad espontánea de un pueblo, como piensan los nacionalistas románticos, o si algo que no se determina por los caracteres nativos.

El romanticismo era afecto a la naturalidad. La *vuelta a la Naturaleza* fue su consigna. Con esto, la *nación* vino a identificarse como lo *nativo*. Lo que determinaba una nación eran los caracteres étnicos, lingüísticos, tipográficos, climatológicos. En último extremo, la comunidad de usos, costumbres y tradición; pero tomada la tradición poco más que como el recuerdo de los mismos usos reiterados, no como referencia a un proceso histórico que fuera como una situación de partida hacia un punto de llegada tal vez inasequible.

Los nacionalismos más peligrosos, por lo disgregadores, son los que han entendido la nación de esta manera. Como se acepte que la nación está determinada por lo espontáneo, los nacionalismos particularistas ganan una posición inexpugnable. No cabe duda de que lo espontáneo les da la razón. Así es tan fácil de sentir el patriotismo local. Así se encienden tan pronto los pueblos en el frenesí jubiloso de sus cantos, de sus fiestas, de su tierra. Hay en todo eso como una llamada sensual, que

se percibe hasta en el aroma del suelo: una corriente física, primitiva y encandilante, algo parecido a la embriaguez y a la plenitud de las plantas en la época de la fecundación.

TORPE POLÍTICA

A esa condición rústica y primaria deben los nacionalismos de tipo romántico su extremada vidriosidad.

Nada irrita más a los hombres y a los pueblos que el ver estorbos en el camino de sus movimientos elementales: el hambre y el celo –apetitos de análoga jerarquía a la llamada oscura de la tierra– son capaces, contrariados, de desencadenar las tragedias más graves. Por eso es torpe sobremanera oponer a los nacionalismos románticos actitudes románticas, suscitar sentimientos contra sentimientos. En el terreno afectivo, nada es tan fuerte como el nacionalismo local, precisamente por ser el más primario y asequible a todas las sensibilidades. Y, en cambio, cualquier tendencia a combatirlo por el camino del sentimiento envuelve el peligro de herir las fibras más profundas –por más elementales– del espíritu popular, y encrespar reacciones violentas contra aquello mismo que pretendió hacerse querer.

De esto tenemos ejemplo en España. Los nacionalismos locales, hábilmente, han puesto en juego resortes primarios de los pueblos donde se han producido: la tierra, la música, la lengua, los viejos usos campesinos, el recuerdo familiar de los mayores... Una actitud perfectamente inhábil ha querido cortar el exclusivismo nacionalista, hiriendo esos mismos resortes; algunos han acudido, por ejemplo, a la burla contra aquellas manifestaciones elementales; así los que han ridiculizado por brusca la lengua catalana.

No es posible imaginar política más tosca: cuando se ofende uno de esos sentimientos primarios instalados en lo profundo de la espontaneidad de un pueblo, la reacción elemental en contra es inevitable, aun por parte de los menos ganados por el espíritu nacionalista. Casi se trata de un fenómeno biológico.

Pero no es mucho más aguda la actitud de los que se han esforzado en despertar directamente, frente al sentimiento patriótico localista, el mero sentimiento patriótico unitario. Sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más. Descender con el patriotismo unitario al terreno de lo afectivo es prestarse a llevar las de perder, porque el tirón de la tierra, perceptible por una sensibilidad casi vegetal, es más intenso cuanto más próximo.

EL DESTINO EN LO UNIVERSAL

¿Cómo, pues, revivificar el patriotismo de las grandes unidades heterogéneas? Nada menos que revisando el concepto de "nación", para construirlo sobre otras bases. Y aquí puede servirnos de pauta para lo que se dijo respecto de la diferencia entre "individuo" y "persona". Así como la persona es el individuo considerado en función de sociedad, la nación es el pueblo considerado en función de universalidad.

La persona no lo es en tanto rubia o morena, alta o baja, dotada de esta lengua o de la otra, sino en cuanto portadora de tales o cuales relaciones sociales reguladas. No se es persona sino en cuanto se es *otro*; es decir: uno frente a los otros, posible acreedor o deudor respecto de otros, titular de posiciones que no son las de los otros. La personalidad, pues, no se determina desde dentro, por ser agregado de células, sino desde fuera, por ser portador de relaciones. Del mismo modo, un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales, sino por *ser otro en lo universal*; es decir: por tener un destino que no es el de las otras naciones. Así, no todo pueblo ni todo agregado de pueblo es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico.

Los tiempos clásicos vieron esto con su claridad acostumbrada. Por eso no usaron nunca las palabras "patria" y "nación" en el sentido romántico, ni clavaron las anclas del patriotismo en el oscuro amor a la tierra. Antes bien, prefirieron las expresiones como "Imperio" o "servicio del rey"; es decir, las expresiones alusivas al "instrumento histórico". La palabra "España", que es por sí misma enunciado de una empresa, siempre tendrá mucho más sentido que la frase "nación española". Y en Inglaterra, que es acaso el país de patriotismo más clásico, no sólo existe el vocablo "patria", sino que muy pocos son capaces de separar la palabra *king* (rey), símbolo de la unidad operante en la Historia, de la palabra *country*, referencia al soporte territorial de la unidad misma.

LO ESPONTÁNEO Y LO DIFÍCIL

Llegamos al final del camino. Sólo el nacionalismo de la nación entendida así puede superar el efecto disgregador de los nacionalismos locales. Hay que reconocer todo lo que éstos tienen de auténticos; pero hay que suscitar frente a ellos un movimiento enérgico, de aspiración al nacionalismo misional, el que concibe a la Patria como unidad histórica del destino. Claro está que esta suerte de patriotismo es más difícil de sentir; pero en su dificultad está su grandeza. Toda existencia humana – de individuo o de pueblo – es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil. Por lo mismo que el patriotismo de la tierra nativa se siente sin esfuerzo, y hasta con una sensualidad venenosa, es bella empresa humana desenlazarse de él y superarlo en el patriotismo de la misión inteligente y dura. Tal será la tarea de un nuevo nacionalismo: reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Emplazad los soportes del patriotismo no en lo afectivo, sino en lo intelectual. Hacer del patriotismo no un vago sentimiento, que cualquiera veleidad marchita, sino una verdad tan incommovible como las verdades matemáticas.

No por ello se quedará el patriotismo en árido producto intelectual. Las posiciones espirituales ganadas así, en lucha heroica contra lo espontáneo, son las que luego se instalan más hondamente en nuestra autenticidad. Por ejemplo, el amor a los padres, cuando ya hemos pasado de la edad en que los necesitamos, es, probablemente, de origen *artificial*. conquista de una rudimentaria cultura sobre la barbarie originaria. En estado de pura animalidad, la relación paternofilial no existe desde que los hijos pueden valerse. Las costumbres de muchos pueblos primitivos autorizaban a que los hijos matasen a los padres cuanto éstos ya eran, por viejos, pura carga económica. Sin embargo, ahora, la veneración a los padres está tan clavada en nosotros que nos parece como si fuera el más espontáneo de los afectos. Tal es, entre otras, la dulce recompensa que se gana con el esfuerzo por mejorar; si se pierden goces elementales, se encuentran, al final del camino, otros tan caros y tan intensos que hasta invaden el ámbito de los viejos afectos, extirpados al comenzar la empresa superadora. El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón.

(Revista JONS, núm. 16, abril de 1934)

CARTA A UN ESTUDIANTE QUE SE QUEJA DE QUE "F.E." NO ES DURO

No te tuvo Dios de su mano, camarada, cuando escribiste: "Si *F.E.* sigue en ese tono literario e intelectual no valdrá la pena de arriesgar la vida por venderlo."

Entonces, tú, que ahora formas tu espíritu en la Universidad bajo el sueño de una España mejor, ¿por qué arriesgarías con gusto la vida? ¿Por un libelo en que se llamara a Azaña invertido y ladrones a los ex ministros socialistas? ¿Por un semanario en que quisiéramos tender las líneas del futuro con el lenguaje pobre, desmayado, inexpressivo y corto de cualquier prospecto anunciador?

Es posible que si escribiéramos así nos entendiera más gente desde el principio. Acaso, también, nos fuera fácil remover provechosos escándalos. Pero entonces hubiéramos vendido, por un plato de éxito fácil, nada menos que la gloria de nuestro empeño.

Si nos duele la España chata de estos días (tan propicia a esas maledicencias y a ese desgarrar que echas de menos en nuestras páginas) no se nos curará el dolor mientras no curemos a España. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la de ahora, una España sin la roña y la confusión y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil.

Hacer un *Heraldo* es cosa sencilla; no hay más que recostarse en el mal gusto, encharcarse en tertulias de café y afilar desvergüenzas. Pero envuelta en *Heraldos* y cosas parecidas ha estado a punto España de recibir afrentosa sepultura.

Camarada estudiante: revuélvele contra nosotros, por el contrario, si ves que un día descuidamos el vigor de nuestro estilo. Vela por que no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales. Pero no cedas al genio de la pereza y de la ordinariez cuando te tienta a sugerimos que le rindamos culto.

Y en cuanto a si vale la pena de morir por esto, fíjate simplemente en la lección de uno de los mejores: de Matías Montero, al que cada mañana tenemos que llorar. Matías Montero arriesgó su vida por vender *F.E.*, y cuando, muerto, se escudriñaron los papeles que llevaba encima, apareció un artículo suyo, que engalanó estas páginas, en el que no se llamaba a Azaña invertido ni ladrones a los socialistas, sino en el que se hablaba de una España clara y mejor, exactamente en nuestro mismo estilo.

(*F.E.*, núm. 11, 19 de abril de 1934)

UNA PERRA

(El Parlamento visto de perfil)

El viernes cogió una perra el Parlamento: una clásica perra de chico mal criado...

—¡Que venga Lerroux!— tronó don Miguel Maura.

—¡Que venga Lerrouxi —repitió el señor Prieto.

—¡Que venga Lerroux, que venga Lerroux, que venga Lerroux! —vociferaron, aullaron, maldijeron, la minoría conservadora, la socialista, la Esquerra, la izquierda republicana y los señores Álvarez Angulo y Gordón Ordás, de los que nunca llegaremos a saber si forman parte de algún grupo, o si son diputados independientes.

—El señor presidente del Consejo ha sido avisado y sólo tardará unos minutos en comparecer — prometió el señor Alba.

Los nervios se calmaron un poco. El señor Alba, como hacen las amas con los niños emperrados, quiso distraer al Parlamento, a ver si se le olvidaba el capricho. Pero, ¡sí, sí! A los tres cuartos de hora el niño se dio cuenta de que trataban de escamotearle el juguete y volvió a rugir: —¡Que venga Lerroux! ¡Que venga Lerroux! Por un momento la situación adquirió caracteres terroríficos. Las caras congestionadas, los puños crispados, las voces injuriosas. De ningún modo podía aquello seguir adelante como no viniera Lerroux.

Un inexperto, presa de pánico, preguntó:

—¿Pero dónde está Lerroux?

—Ha estado ahí fuera hasta ahora mismo— le dijeron.

—¿Y por qué no ha entrado?

—¡Ah!...

El señor Alba impuso silencio y explicó:

—El señor presidente del Consejo no está en la Cámara. Tampoco le será posible llegar antes que se acabe la sesión, porque tiene que asistir a un banquete en Palacio.

Dicterios, rugidos, estruendo. En realidad, no eran sino las siete de la tarde. ¿Emplea tres horas el señor Lerroux en prepararse para un banquete?

—Pero promete —logró terminar el señor Alba— venir el martes.

Aquí fue Troya. Ahora, que como el niño vio que no había modo de salirse con la suya, acabó por apaciguarse.

Las entradas de tribuna para la sesión del martes se disputaron casi a golpes. Tribunas y hemiciclos desbordaron. Lerroux estaba, al fin, en el banco azul. Se abrió la sesión. Todos esperaban un espectáculo emocionante.

Y, en medio de aquello, se levantó tranquilamente un orador a pedir que cubrieran de luto ciertas lápidas.

Ni al señor Lerroux le preguntó nadie nada, ni tuvo nada que decir.

Un invitado a una tribuna que había demorado un viaje por asistir a una sesión de "hule", esperó a la salida al diputado que le había proporcionado la tarjeta y le rompió de un garrotazo el parietal derecho.

(*F.E.*, núm. 11, 19 de abril de 1934.)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO) EL DÍA 22 DE ABRIL DE 1934

En mi vida de trabajo y de lucha he tenido ocasión de hablar a todos los públicos y de hablar en todos los lugares. He hablado en la Universidad, en los Tribunales, en elecciones, en el Parlamento; pero os aseguro que jamás he sentido la emoción y el orgullo que ahora siento al enfrentarme con vosotros, pues me doy cuenta perfecta que dirijo la palabra a los depositarios del verdadero espíritu nacional y a quienes conservan aún puras y arraigadas en lo más profundo de su ser las virtudes de la raza que hicieron a España inmortal. Es preciso venir a hablaros y ponerse en contacto con los pueblos para aprender lo que es esta España, tan olvidada o maltratada por muchos y que, sin embargo, vosotros lleváis metida muy hondo, defendiendo con amoroso afán su nombre y su grandeza. Nuestra tierra es muy rica; nuestra tierra es capaz de proporcionar una vida libre y verdaderamente humana a doble número de españoles de los que actualmente viven en ella, muchísimos en condiciones miserables, incompatibles con las mínimas exigencias del hombre civilizado. Nuestra tierra fue, además, señora del mundo, y dio vida y espíritu a otras muchas tierras. Pues bien: hoy lleva una vida chata, desfallecida, sin entusiasmos, encerrada entre dos capas que la asfixian y comprimen. Por arriba, le han quitado toda ambición de poder y de gloria; por abajo, todo justo afán de mejoramiento para sus gentes humildes. Ambas cosas provienen de que hemos dejado de ser una fuerte unidad para convertirnos en toda clase de divisiones, con ventaja de políticos y de la farsa parlamentaria. De esos políticos que, salidos muchos de vuestras mismas gentes y de estos mismos pueblos, apenas consiguen su acta de diputados no vuelven a ellos, si no es para deslumbrarnos con su bienestar y riqueza, adquiridos con el esfuerzo de vuestros votos. De ese Parlamento donde no preocupa en absoluto la vida de España, sino las menudas pasioncillas, donde transcurren sesiones enteras ventilándose rencillas de partido o personas, y donde pasan inadvertidas y de cualquier forma los proyectos y planes más vitales para España.

Cuando triunfemos, todos viviréis mejor, porque habremos limitado las acumulaciones de riquezas inútiles y perjudiciales para la nación, que sólo sirven para satisfacer deseos de poder particular y egoísta, porque habremos suprimido una serie de organizaciones financieras que encarecen la vida y quitan todo calor de humanidad a la economía, creando el tipo frío del accionista, indiferente a todo lo que no sea cobrar su interés, sin preocuparse poco ni mucho en el origen de ese beneficio, y porque el esfuerzo de todo un pueblo se dirigirá, no a defender las ganancias de unos cuantos, sino a mejorar la vida de todos.

Nosotros no podemos tolerar ni estamos conformes con la actual vida española. Hemos de terminarla, transformándola totalmente, cambiando no sólo su armadura externa, sino también el modo de ser de los españoles. No queremos que triunfe un partido ni una clase sobre las demás; queremos que triunfe España, considerada como unidad, con un fin universal que cumplir, con una empresa futura que realizar y en la que se fundan todas las voluntades individuales. Y ello tenemos que conseguirlo, cueste lo que cueste, a cambio de los mayores sacrificios, pues es mil veces preferible caer en servicio de tal empresa que llevar una vida lánguida, vacía de ideales, donde no haya más afán ni otra meta que llegar al día siguiente. La vida es para vivirla, y sólo se vive cuando se realiza o se intenta realizar una obra grande, y nosotros no comprendemos obra mejor que la de rehacer España.

(F.E., núm. 12, 26 de abril de 1934)

UN MANIFIESTO A ESPAÑA

F.E. DE LAS J.O.N.S., A ESPAÑA

Otra vez, como tantas en los últimos tiempos, vuelven a ponerse en azar los destinos de España. Se dijera que pesa sobre nuestra Patria la maldición de no llegar a ser una realidad, siempre en período de borrador inseguro.

Cada vez que ha parecido entreverse el resurgimiento de una común aspiración nacional, pronto lo ha frustrado la pugna de unos partidos contra otros. La última vez fue el 14 de abril de hace tres años; entonces, a costa de la pérdida –lamentada por muchos– de una institución milenaria, pareció levantarse a los ojos de casi todos una coyuntura de alegre esperanza colectiva. El movimiento del 14 de abril era, en apariencia, portador de las dos cosas que España necesita apremiantemente: un optimismo nacional integrador de todos en la fe de un mismo destino, y una justicia social rectificadora de las condiciones inhumanas de vida en que vegeta gran parte de nuestras gentes proletarias.

Pronto se apartaron los Gobiernos del primero de esos principios. Lo que pudo ser un régimen nacional se convirtió en régimen de secta, inhospitalario y rencoroso. Y apenas terminada esa época, cuando el Gobierno Lerroux y las derechas que le asistían anunciaban poner fin a la política de secta, no hicieron otra cosa que frustrar del todo el otro punto esencial de la República: el de la justicia social. La República en manos del Gobierno Lerroux vino a convertirse en un régimen burgués idéntico al que imperaba en 1921.

Ha sido inútil que la Falange Española de las J.O.N.S. alzara su voz reiteradamente contra un sistema político que juega con la Patria en una contradanza alternativa de derechas e izquierdas. Ha sido inútil repetir que el destino y el interés patrios son siempre los mismos y no pueden mirarse desde la derecha ni desde la izquierda, sino en toda su integridad. Pese a tales predicaciones, los partidos de izquierda se han esforzado en calumniarnos, presentándonos, a sabiendas de que mentían, como defensores de un sistema capitalista que consideramos detestable, y las gentes de derecha han preferido agruparse alrededor de los jefes que presentaban programas más cómodos, aunque sacrificasen a la comodidad de tales programas toda emoción juvenil, española y profunda.

Como de costumbre, los que han querido ser más listos se han acreditado de insuperablemente torpes. Gracias a la sabiduría política, al juego parlamentario y a todas esas cosas en que aún tienen algunos puesta su fe, se encuentra España en una de las situaciones más confusas que se recuerdan: en la situación paradójica de que la fuerza material suficiente para cohibir incluso a los primeros poderes del Estado, se halle en manos de quienes disponen de una mínima representación parlamentaria, mientras detrás de la mayoría parlamentaria y de los partidos mejor dotados de medios para ganar elecciones y organizar paradas espectaculares, no hay sino debilidad y falta de fe.

Falange Española de las J.O.N.S. no tiene nada que hacer directamente en este caos donde ha metido a España la descomposición, cada vez más hedionda, de un sistema político agonizante. Pero quiere, para salvar su responsabilidad y segura de que aún no se ha perdido todo, dirigirse al pueblo de España con su desesperado llamamiento: *¡Españoles! Basta de Parlamento y de política oscura. Basta de izquierdas y de derechas. Basta de egoísmos capitalistas y de indisciplina proletaria. Ya es hora de que España, unida, fuerte y rebelta, recobre el timón de sus grandes destinos.* Eso quiere y para eso os llama a todos la Falange Española de las J.O.N.S. Estudiantes, campesinos, trabajadores, labradores, gentes mozas de cuerpo y de espíritu: *desdeñad los llamamientos que os lanzan, desde un lado, el odio, y desde otro lado, el egoísmo y la pereza, y agrupaos bajo nuestra bandera, que es la bandera libertadora de la revolución nacionalsindicalista.*

(F.E., núm. 12, 26 de abril de 1934)

VETERANÍA

(El Parlamento visto de perfil)

El viernes terminó todo a bofetadas, como correspondía a un proyecto de ley encaminado a pacificar. El sábado empezaron los rumores. El domingo se armó la gorda. El lunes los rumores crecieron hasta transformarse en huracanes. El martes necesariamente tenía que ser un día sonado en el Parlamento.

¿Verdad que esto parecía lógico? Pero el Parlamento tiene una lógica que no es una lógica de los demás sitios. Hay que llevar muchos años sesteando en los escaños rojos para llegar a percatarse de esto.

Los pobres diputados bisoños, convencidos de que habría debate político o algún festejo semejante, acudieron a sus sitios desde primera hora. Incluso hubo alguno que demoró un viaje para no perderse la sesión del Congreso. Fuera de los bisoños, apenas se destacaban en los bancos, casi vacíos, más de cuatro caras conocidas; la del señor Cambó, con cuello de pajarita, que venía de un almuerzo de cumplido y no tenía nada que hacer de sobremesa; la del señor Rahola, que vino a hacer tertulia al señor Cambó; la del señor Gil Robles, llegado expresamente para recibir enhorabuenas por el precioso espectáculo de El Escorial, y la del presidente del Consejo, sentado a la cabecera del banco azul para que no digan.

Ni un veterano más, ¿sería posible? ¿Renunciarían los veteranos a una sesión emocionante? No. Es que los veteranos saben muy bien lo que va a ocurrir. Por eso, en la tarde del martes, estaban seguros de que no ocurriría nada. En efecto: se habló de tarifas ferroviarias y de otras cosas de poco más o menos, de esas que no son divertidas.

Un diputado joven confesaba:

—¡Qué admirable cosa es la experiencia! ¿En qué se notarán estas cosas ... ?

Y contemplaba con estupor reverente al señor Cambó, distraído en fabricar pajaritas..

"VARIETES"

El señor Casanueva, que circunstancialmente preside, asoma, diminuto, bajo el inmenso dosel que da cobijo a la mesa presidencial, como asomaría Gulliver presidiendo una sesión del Parlamento en el país de los gigantes.

* * *

En una tribuna de ex diputados varios viejos aristócratas cuchichean con el mismo brillo en sus puños, con la misma pulcritud en las calvas y con los mismos ademanes de hombres de mundo con que comentarán por la noche las pantorrillas de las segundas tiples en la platea de la Antigua Sociedad de Palcos.

* * *

En un testero, con purpurina, están escritos los nombres de los diputados de Cádiz que firmaron el proyecto de la primera Constitución. Los Reyes Católicos, compungidos de tedio en sus hornacinas, parecen decirles: "¡Buena la hicieron ustedes, señores...

(F.E., núm. 12, 26 de abril de 1934)

LA REDACTORA DE L'OPINIO, IRENE POLO, QUE ESTUVO EN EL ACTO DE EL ESCORIAL, CELEBRÓ UNA ENTREVISTA CON EL SEÑOR PRIMO DE RIVERA, QUIEN MANIFESTÓ ACERCA DE LA REFERIDA CONCENTRACIÓN DE LAS DERECHAS:

– Como técnica de organización creo que fue una cosa notable. Ahora, en cuanto al espíritu que lo insufló, no estoy de acuerdo. No es por ese camino por el que hay que conducir al pueblo a una política nueva. La gente está totalmente desorientada, no sabe hacia qué lado inclinarse. y ve a unos señores que se aprovechan de esta confusión para llevarse la gente hacia el camino que a ellos les conviene, que no es el que conviene al país, porque no hay derecho a gastar las palabras sagradas en hacer gárgaras. En este sentido, el acto de El Escorial me parece inmoral, monstruoso. Es lo de siempre: discursos, banderas, entusiasmo exterior y vaciedad.

– ¿Qué piensa de Gil Robles?

– Prefiero no hablar. Podría parecer que lo que dijera era por rivalidad. – Y Albiñana, ¿qué le parece?

– No me lo pregunte a mí. Pregunte eso a un especialista; es una cosa de manicomio. Yo no soy de derechas, como la gente cree, en absoluto. Tanto es así, que puesto a escoger entre la obra reaccionaria y la obra revolucionaria actuales en España, prefiero, sin ningún asomo de dudas, a los sindicalistas.

El Socialista, 27 de abril de 1934.

UNA ACLARACIÓN DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

El diputado a Cortes don José Antonio Primo de Rivera, nuestro ilustre amigo, nos ruega la inserción de esta nota:

"Ante unas declaraciones que me atribuye la Prensa como reproducidas de *L'Opinió*, de Barcelona, quiero hacer constar que, en varios extremos, la autora, de la información ha entendido mi pensamiento imperfectamente. Pero lo que más me interesa rectificar, porque, de ser cierto, envolvería una crueldad de mal gusto, es que haya publicado la opinión que se me atribuye acerca del doctor Albiñana, persona para quien guardo, en medio de toda discrepancia ideológica, una afectuosa consideración personal"

La Nación, 27 de abril de 1934.

REVOLUCIÓN

Se que algunos amigos están bastante asustados con esto de que cada vez use más la palabra "revolución" en mis manifestaciones políticas. No será inútil aprovechar las vacaciones que a toda propaganda escrita y oral impone el encantador estado de alarma para explicar lo que quiero decir cuando digo "revolución".

Yo calculo que a nadie se le pasará por la cabeza el supuesto de que la "revolución" apetecida por mí es la "revuelta", el motín desordenado y el callejero, la satisfacción de ese impulso a echar los pies por alto que sienten, a veces, tanto los pueblos como los individuos. Nada más lejos de mis inclinaciones estéticas. Pero más aún de mi sentido de la política. La política es una gran tarea de edificación; no es la mejor manera de edificar la que consiste en revolver los materiales y lanzarlos al aire después, para que caigan como el azar disponga. El que echa de menos una revolución suele tener prefigurada en su espíritu una arquitectura política nueva, y precisamente para implantarla necesita ser sueño en cada instante, sin la menor concesión a la histeria o a la embriaguez, de todos los instrumentos de edificar. Es decir: que la revolución bien hecha, la que de veras subvierte duramente las cosas, tiene como característica formal "el orden".

Ahora que el orden, por sí mismo no es bastante para entusiasmar a una generación. Nuestra generación quiere un "orden nuevo". No está conforme con el orden establecido. Por eso es revolucionaria.

España lleva varios años buscando su revolución, porque, instintivamente, se siente emparedada entre dos losas agobiantes: por arriba, el pesimismo histórico; por abajo, la injusticia social. Por arriba, la vida de España se ha limitado de manera cruel: hace diez años España parecía miserablemente resignada a la dimisión como potencia histórica; ya no había empresa que tentara la ambición de los españoles, ni casi orgullo que se revolviera cuando unos cuantos moros nos apaleaban. Por abajo, la vida de España sangra con la injusticia de que millones de nuestros hermanos vivan en condiciones más miserables que los animales domésticos.

Nuestra generación no puede darse por contenta si no ve rotas esas dos losas; es decir, si no recobra para España una empresa histórica, una posibilidad, por lo menos, de realizar empresas históricas; y, por otra parte, si no consigue establecer la economía social sobre bases nuevas, que hagan tolerable la convivencia humana entre todos nosotros.

España creyó que había llegado su revolución el 13 de septiembre de 1923, y por eso estuvo al lado del general Primo de Rivera. Por inasistencias y equívocos se malogró la revolución entonces, aunque ya fue mucho el interrumpir el pesimismo histórico con una victoria militar y el quebrantar la injusticia social con no pocos avances. Otra vez pareció que llegaba la revolución en 1931, el 14 de abril. Y otra vez está a pique de verse defraudada: primero, por dos años de política de secta; ahora, por una política que no da muestras de querer una auténtica transformación social.

Y esa revolución, largamente querida y aún no lograda, ¿podrá "escamotearse", podrá "eludirse", como, al parecer, se proponen Acción Popular y los radicales conversos? Eso es absurdo; la revolución existe ya, y no hay más remedio que contar con ella. Vivimos en estado revolucionario. Y este ímpetu revolucionario no tiene más que dos salidas: o rompe, envenenado, rencoroso, por donde menos se espere, y se lo lleva todo por delante, o se encauza en el sentido de un interés total, nacional, peligroso, como todo lo grande, pero lleno de promesas fecundas.

Así han hecho otros pueblos sus "revoluciones", no sus reacciones, sino sus "revoluciones", que han transformado muchas cosas, y se han llevado por delante lo que se debían llevar. Esa es también la revolución que yo quiero para España. Mis amigos, que ahora se asustan de un vocablo, prefieren, sin duda, confiar en la política boba de "hacerse" los "distráidos" ante la revolución pendiente, como si no pasara nada, o la de querer ahogarla con unos miles de guardias más. Pero ya me darán la razón cuando unos y otros nos encontremos en el otro mundo, adonde entraremos, después de ejecutados en masa, al resplandor de los incendios, si nos empeñamos en sostener un orden injusto forrado de carteles electorales.

("Revolución", artículo de José Antonio, en el diario *La Nación*, de Madrid, 28 de abril de 1934.)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN FUENSALIDA (TOLEDO) EL DÍA 20 DE MAYO DE 1934

Muchas veces habéis visto propagandistas de diversos partidos; todos os dirán que tienen razón frente a los otros, pero ninguno os habla de la que tiene razón por encima de todos: de España.

Todo lo que habéis oído de España eran conclusiones pesimistas: estábamos atrasados, y casi muertos. Pues bien: eso es mentira. Sabed que ahora, cuando el mundo se encuentra sin salida, asfixiado por esos adelantos con que se nos humilla, España es la que vuelve a tener razón contra todos.

Mientras otros pueblos p a d e c e n la angustia de no tener ya nada que hacer, España tiene por delante tarea para cuarenta millones de españoles, que han de llegar a existir, durante ochenta años.

Pero para realizar la tarea, España ha de estar unida. Nada de partidos; nada de derechas ni de izquierdas. Unas y otras miran el interés patrio desde su propio interés. Nada tampoco de socialismo, que también es ya un partido político, partido de clase, al que interesa la represalia de una clase contra la otra, no la justicia social y el reparto de derechos y de sacrificios.

Esto sólo lo queremos nosotros. Cuando triunfemos, los que más tienen serán los que más se sacrifiquen; pero no se les impondrá el sacrificio por el rencor, sino por solidaridad humana y entrañable con los que han nacido en nuestra misma Patria. ¡Y os dirán que somos señoritos! Si fuéramos señoritos en el mal sentido que se quiere dar a la palabra, nos interesaría conservar nuestros privilegios, no defender un régimen que nos los limita. Pero queremos que todos trabajen y que los sacrificios se sobrelleven entre todos, porque todos los sacrificios están bien pagados con la alegría y con la gloria de servir a España.

(*La Nación*, 21 de mayo de 1934)

EXTRACTO DEL DISCURSO DE JOSÉ ANTONIO, PRONUNCIADO EN EL TEATRO OBERÓN DE BURRIANA, EL DOMINGO 27 DE MAYO DE 1934

El señor Rincón de Arellano hizo la presentación de los oradores, cediendo la palabra al señor Ramiro Ledesma, que expuso las angustias actuales de España en todos los órdenes, y añadió que la única revolución que puede cambiar la faz de todas estas desdichas es la implantación de un régimen sindical de acción directa que haga eficaz los factores de producción.

A continuación habló don José Antonio Primo de Rivera, que señaló las impurezas del sufragio, de la conexión que debe existir entre todas las regiones españolas. Terminó su vibrante discurso diciendo que no había ido a Burriana sino a solicitar de todos los hombres de corazón el esfuerzo necesario para salvar a España.

Acudieron representantes de Castellón y de Valencia. Al terminar el mitin se sirvió un *lunch* en el Círculo Frutero.

Las Provincias, de Valencia, 30 de mayo de 1934.

LUZ NUEVA EN ESPAÑA

Necesitamos dos cosas: una nación y una justicia social. No tendremos nación mientras cada uno de nosotros se considere portador de un interés distinto: de un interés de grupo o de bandería.

No tendremos justicia social mientras cada una de las clases, en régimen de lucha, quiera imponer a las otras su dominación,

Por eso, ni el liberalismo ni el socialismo son capaces de depararnos las dos cosas que nos hacen falta.

El liberalismo es, por una parte, el régimen sin fe: el régimen que entrega todo, hasta las cosas esenciales del destino patrio, a la libre discusión. Para el liberalismo nada es absolutamente verdad ni mentira. La verdad es, en cada caso, lo que dice el mayor número de votos. Así, al liberalismo no le importa que un pueblo acuerde el suicidio con tal que el propósito de suicidarse se tramite con arreglo a la ley electoral.

Y como para que funcione la ley electoral tiene que estimularse existencia de bandos y azuzarse la lucha entre ellos, el sistema liberal es el sistema de la perpetua desunión, de la perpetua ausencia de una fe popular en la comunión profunda de destino.

Por otra parte, el liberalismo es la burla de los infortunados: declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se los sitúa por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morirse de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajan hasta la extenuación, durante doce horas al día, por un jornal mísero y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres "libres".

El socialismo vio esa injusticia y se alzó, con razón, contra ella. Pero al deshumanizarse el socialismo en la mente inhospitalaria de Marx, fue convertido en una feroz, helada doctrina de lucha. Desde entonces no aspira a la justicia social: aspira a sustanciar una vieja deuda de rencor, imponiendo a la tiranía de ayer –la burguesía– una dictadura del proletariado.

Para llegar ahí, además, el socialismo extirpa en los obreros casi todo lo espiritual, porque teme que, dejándolo vivo, tal vez los proletarios se ablanden al influjo de los vapores espirituales burgueses. Y así se aniquila en los obreros la religión el amor a la Patria.. ; en los ejemplos extremos, como el de Rusia, hasta la ternura familiar.

El liberalismo nos divide y agita por las ideas; el socialismo taja entre nosotros la sima, aún más feroz, de la lucha económica. ¿Qué se hace, en uno y otro régimen, de la unidad de destino, sin la que ningún pueblo es propiamente un pueblo?

Por eso se ha encendido en Europa, y arde ya en España, la llama de una fe nueva. De una fe que ve, en lo terreno y en lo civil, como primera verdad, ésta: un pueblo es una entidad total, indivisible, viva, con un destino propio que cumplir en lo universal. El bienestar de cada uno de los que integran el pueblo no es interés individual, sino interés colectivo, que la comunidad ha de asumir como suyo hasta el fondo, decisivamente. Ningún interés particular justo es ajeno al interés de la comunidad. Y, por consecuencia, no es lícito a nadie tirotear los fundamentos de la comunidad por estímulos de interés privado, por capricho intelectual o por soberbia.

Esta nueva fe ha deparado a Italia, por ejemplo, la posibilidad de que vivan más de cuarenta millones de habitantes en un suelo reducido y pobre. Y, lo que vale más, le ha devuelto la fe en sí misma, el ímpetu creador y el entusiasmo.

España, contagiada de ese calor, no va a imitar a Italia: va a buscarse a sí misma; va a buscar en las entrañas propias lo que Italia buscó en las suyas; y va a encender en todos los españoles la fe resuelta en que pueden salvarse juntos y salvar a España.

Nuestra Falange, portadora de la nueva fe, volverá a hacer de España una nación e implantará en ella la justicia social. Le dará pan y fe. El sustento digno y la alegría imperial.

(Artículo escrito por José Antonio, en mayo de 1934, para el semanario *España Sindicalista*, que no llegó a publicarse, en Zaragoza)

"LOS DIEZ PUNTOS DE EL ESCORIAL"

En el verano de 1934, José Antonio Primo de Rivera y Pedro Sainz Rodríguez establecieron el siguiente acuerdo por escrito sobre "El nuevo Estado español":

1º. El Estado no es un testigo de la vida de la nación ni un guardián de su cauce; es el conductor de la vida nacional al servicio de su doctrina.

2º. La variedad tradicional de las regiones españolas se integrará en una unidad armónica al servicio de la continuidad histórica nacional.

3º. El Estado español no estará subordinado a ninguna exigencia de clase. Las aspiraciones de clase serán amparadas condicionándolas al interés total de la nación.

4º. La libertad es una categoría permanente que ha de respetarse. El liberalismo es una actitud errónea, ya superada, del sentido de la libertad. Las libertades tradicionales de los españoles serán conjugadas en un sistema de autoridad, jerarquía y orden.

5º.- La condición política del individuo se justifica solamente cuando cumple una función dentro de la vida nacional. Por tanto, se proscribire el sufragio inorgánico y la necesidad de los partidos políticos como instrumentos de intervención en la vida pública.

6º. La representación popular se establecerá sobre la base de los municipios y de las corporaciones.

7º. Todo español podrá exigir que se le asegure mediante su trabajo

una vida humana y digna.

8º. Ante la realidad histórica de que el régimen religioso y el sentido de la catolicidad son elementos sustantivos de la formación de la nacionalidad española, el Estado incorpora a sus filas el amparo a la religión católica, mediante pactos previamente concordados con la iglesia.

9º. Será fin primordial del Estado recobrar para España el sentido universal de su cultura y de su historia.

10º. La violencia es lícita al servicio de la razón y de la justicia²⁰.

1 de junio de 1934.

²⁰ Transcripción del libro de José María Gil-Robles: "No fue posible la paz", pág. 442 "in fine". Madrid, 1968. Ediciones Ariel.

JUICIO SOBRE LA DICTADURA Y NECESIDAD DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 6 de junio de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA

Ya imaginará la Cámara que no tercio en este debate para añadir ningún dato a su aspecto económico. Era de presumir, y puede creer la Cámara que lo celebro mucho, que en este debate no se ciñe la polémica a estudiar las proposiciones del señor Calvo Sotelo en orden a la reducción de gastos; era de esperar que tampoco se ciñese a una crítica de la obra económica de la Dictadura; era de esperar, y yo lo celebraba muy de veras, que en este debate se hiciera, siquiera fuese en la forma sumaria, el juicio entero sobre lo que fue la Dictadura como fenómeno histórico y como fenómeno político. Y por eso, en este trance, tenía yo que pedir la palabra. No, como sospechaba el señor ministro de Hacienda, para cumplir un deber de piedad filial. Yo estoy seguro de que mi piedad filial sería respetada por todos vosotros; pero no tenía el menor motivo para pedirlos que la compartierais. Aquí no puedo hablar en nombre de ninguna piedad filial; tengo que hablar como miembro de una generación a la que ha tocado vivir después de la Dictadura y que, quiera o no quiera, tiene que enjuiciar con ojos serenos, y si le es posible, con altura histórica, el fenómeno de historia y de política constituido por la Dictadura. Así, pues, os ruego que, ya que os hago gracia de que me concedáis la benevolencia debida a mi situación filial, me concedáis esta otra benevolencia que es oír hasta el final lo que quiero deciros, y que procuraré que sea, en todo momento, objetivo en la medida más rigurosa.

No sé si recordaréis —porque este debate se ha extendido ya muy largamente— que yo pedí la palabra en el instante en que el señor ministro de Hacienda, en ocasión de atacar a la Dictadura, sostuvo la teoría, a su juicio de Derecho político, de que la Dictadura hubiese sido legalmente justificable si hubiese reunido tales o cuales requisitos que el señor ministro señalaba. En ese momento le pregunté yo: ¿Decía eso la Constitución del 76? El señor ministro de Hacienda me contestó con una áspera incongruencia, creyendo que yo, sin duda, trataba de molestarle. Y con motivo de esa áspera incongruencia hube de pedir la palabra. Porque cuando yo preguntaba eso al señor ministro de Hacienda no adoptaba ninguna actitud sentimental, sino simplemente aventuraba una teoría, ya defendida por mí en otras ocasiones —alguna bastante solemne, como fue el juicio de responsabilidad de la Dictadura en el Palacio del Senado—; aventuraba, digo, una teoría rigurosamente objetiva, rigurosamente jurídica, que consiste en afirmar esto: ni la Dictadura, ni la República, ni ningún hecho revolucionario se justifican, ni se han justificado nunca, con arreglo al orden jurídico anterior. Todo sistema político que existe en el mundo, sin ninguna excepción, ha nacido en pugna abierta con el orden político que regía. a su advenimiento; porque una de las cosas que no están incluidas en las facultades de los órdenes políticos es la facultad de testar. Por ejemplo, la República española, cuya legitimidad no creo que nadie vaya a poner en duda, no nació de las elecciones municipales del 12 de abril. Esto es totalmente absurdo, porque, dentro de un orden jurídico, ningún hecho —aunque sea tan solemne como unas elecciones municipales más o menos nutridas— puede tener otros efectos que los efectos que el orden jurídico asigna al hecho mismo, y en la Constitución del 76, entonces vigente, no se decía para nada que cuando un partido republicano o varios partidos republicanos ganasen una elección municipal el triunfo en esa elección municipal les autorizaría para implantar una República. Por eso, cuando el Comité revolucionario manifestó en la *Gaceta* el hecho de haberes adueñado del Poder, los señores que formaban el Comité revolucionario signaron su decreto de 15 de abril no a título de concejales electos, lo que hubiera sido perfectamente absurdo, sino a título de miembros del Comité revolucionario que revolucionariamente habían impuesto su poder al hecho público español, como consecuencia exorbitante de una elecciones municipales.

Esto es lo que ha ocurrido siempre cuando se ha subvertido un orden constitucional, y por eso la Dictadura, que subvirtió un orden constitucional, no tenía que justificarse por unos requisitos jurídicos, como sostenía el señor ministro de Hacienda. Sin que esto quiera decir —porque ése va a ser cabalmente mi argumento, si tenéis la benevolencia de seguir escuchando— que no tuviera que justificarse como hecho histórico, como hecho político. Ahora bien: todo hecho histórico, todo régimen histórico que se impone por un acto de violencia se puede considerar de dos modos, y esto es lo que yo creo que se ha perdido un poco de vista durante todo este debate a que venimos

asistiendo: todo período histórico se puede considerar bien' como colección de anécdotas, de datos locales, de datos individuales, o bien como fenómeno total, desde el punto de vista total, en orden al propio destino que ese hecho histórico se asignó a sí mismo al advenir. Esto es lo que encuentro que ha olvidado toda la crítica que aquí se ha venido haciendo de la Dictadura.

La Dictadura se ha examinado por sus adversarios a la luz del detalle; la Dictadura se ha desmenuzado por sus adversarios en una serie de pequeños episodios de gestión, y justamente al situarse los adversarios en este terreno es cuando llevaban casi todas las de perder, porque precisamente en lo que la Dictadura superó a la mayor parte de los períodos con los que se la pueda comparar fue en lo honesto y eficaz de la gestión. Estoy seguro de que en cuanto vosotros me acompañéis un poco en este examen... (*El señor Prieto Tuero: "Ya le contestarán ahí detrás a S.S. en cuanto a la superioridad y a la honestidad."*) Yo espero que me contesten todos, y espero que tal vez me conteste el señor Prieto. (*El señor Prieto Tuero: "Es posible, es posible."* –Risas).

Si la dictadura se examina acto a acto, gestión a gestión, tiene, como todos los regímenes, una serie de errores; tiene, como todos los regímenes, indudablemente, alguna gestión en la que los más celosos gestores no pudieron tal vez evitar alguna cosa más o menos discutible. Que se me enseñe cualquier período de Gobierno que haya durado seis años al que no le ocurra lo propio. Esto es indiscutible. Ahora bien: la Dictadura, por ejemplo, aumentó la Deuda pública. En esto ya estamos todos y lo sabemos hasta la saciedad después de haber asistido a esta discusión. Sin embargo, no se puede negar que la Deuda pública fue aumentada en períodos anteriores, poco más o menos, en la misma medida, con una diferencia: que en períodos anteriores se atendía con el aumento de la Deuda a satisfacer los gastos diarios, a satisfacer la gestión normal del Estado, mientras que durante la Dictadura –y el propio señor Prieto lo reconoció una vez que habló de las obras hidráulicas en este mismo sitio– se acometieron empresas de una ambición que tal vez se pueda reputar de exagerada, pero que, desde luego, miraba a constituir la vida económica española sobre una base mucho más fuerte y mucho más amplia. Esto es evidente. La Dictadura se equivocó también en algún proceso de gestión; pero la Dictadura –y esto no lo podéis negar los que habéis tenido que administrar el Estado español a su caída– comunicó una eficacia y una seriedad a la máquina administrativa española que no tenía antes. No sé si era el señor Barcia quien recordaba, hace algunos días, cómo antes de la Dictadura las covachuelas, las dependencias de la Administración pública eran refugio de muchos funcionarios inexistentes, de muchos que no tenían de funcionarios sino la cualidad de figurar en las nóminas. La Dictadura –esto no lo podéis negar– concluyó con aquella burocracia de sainete, con aquella burocracia de verdadero *enchufe*. (*El señor Traba: "La burocracia de la monarquía."*) Tenga la bondad de seguirme S.S., que creo que estoy manteniendo la discusión en unos términos bastante objetivos.

Iba diciendo que la Dictadura, evidentemente, llenó de una eficacia y de una seriedad a la Administración pública como no tenía antes de realizarse el hecho revolucionario del 13 de septiembre de 1923. Vosotros os habéis empeñado en discutir la Dictadura precisamente en esto, precisamente en los detalles de gestión, precisamente en aquello en que la Dictadura era más fuerte, y por eso os habéis metido, queráis o no queráis –y os ruego que me escuchéis, porque luego os diré otra cosa que tal vez os suene más agradable–, por eso os habéis metido en el callejón sin salida de los procesos por responsabilidad. Habéis tenido durante dos años los legajos donde creíais que se iban a descubrir las mayores monstruosidades, las mayores inmoralidades, y no habéis logrado descubrir nada, no habéis podido formular con justicia una sola acta de acusación.

En cambio, habéis logrado que una serie de gentes que estuvieron de buena fe al lado de la Dictadura, una serie de gentes que tenían motivo para sentir como propio el dolor que vosotros infligíais a la Dictadura con vuestras críticas, injustas muchas veces, siempre exageradas, no pudiera daros la razón como casi os la podemos dar ahora, en esta ocasión de sesión necrológica en que se van convirtiendo nuestras sesiones nocturnas, al deciros que en el instante en que reconocierais que la Dictadura, en general, fue un régimen de administración eficaz y honrada; en cuanto reconocierais eso, todos nosotros, lo mismo los que tenemos un deber filial a cuentas que los que no lo tienen; todos los que pertenecemos a esta generación salida a la vida política después del año treinta, os reconoceríamos que la Dictadura, como experiencia política, fue una experiencia frustrada.

Porque si os decía que un régimen revolucionario no puede nunca defender su legitimidad con arreglo a la legislación del régimen anterior; si os decía que un régimen revolucionario no se justifica

nunca por su partida de nacimiento, os tengo que reconocer que un régimen revolucionario se justifica siempre por su hoja de servicios, y esta hoja de servicios, considerada bajo la especie de historia, no bajo especie de anécdota; esta hoja de servicios, considerada precisamente por un cotejo entre lo que se propone el régimen revolucionario al romper con el sistema anterior y lo que dejó tras sí al terminar su ciclo, Ese sí que es el verdadero fracaso de la Dictadura. La Dictadura rompió un orden constitucional que regía a su advenimiento, embarcó a la Patria en un proceso revolucionario y, por desgracia, no supo concluirlo. Al caer la Dictadura, poco más o menos, siquiera ya con la anemia de lo que está próximo a morir, renació alegremente el mismo sistema, con los mismos defectos, que se había encontrado la Dictadura al advenir el 13 de septiembre de 1923. Y esto aconteció porque la Dictadura estuvo encarnada –y ya veis que cuando hablo de este período histórico me desprendo bastante de todos los atractivos de la sangre– por un hombre verdaderamente extraordinario, por un hombre tan extraordinario que si no lo hubiera sido no hubiera podido mantenerse seis años en aquel equilibrio tan difícil.

La Dictadura, que estuvo encarnada, decía, en un hombre verdaderamente extraordinario, en un hombre –y estoy seguro de que no me lo negará ninguno– que tenía –lo ha dicho nada menos que Ortega y Gasset, que fue uno de sus adversarios más constantes– el alma cálida y, además, el espíritu templado y la cabeza clarísima; que tenía una facultad de intuición y de adivinación y de comprensión como muy pocos hombres, se encontró con una falta, sin la cual es imposible sacar un régimen adelante: a la Dictadura le faltó elegancia dialéctica.

Esto, en aquel momento, era completamente disculpable.

Ahora, en el mundo, se está poniendo en experiencia una serie de sistemas que han negado al punto de su madurez conceptual. En el año 1923 no se había construido del todo ninguna doctrina que fuera capaz de reemplazar a la doctrina liberal democrática burguesa de los Estados que entonces existían. Si consideráis que aquel general de 1923 siguió no más que en once meses a Mussolini, os asombraréis de que tuviera que adivinar todas las bases conceptuales de un sistema, cuando ese mismo sistema ha tardado diez o doce años en llegar a producir la bibliografía con que ahora se justifica *a posteriori*. El general Primo de Rivera se encontró sin aquello; tenía que ir adivinando la razón íntima de cada uno de sus actos, y la fue adivinando durante seis años, poco menos que milagrosamente; pero, por desgracia, ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual. Esto no lo logró el general Primo de Rivera, ni podía lograrse en aquel momento, y por eso los intelectuales, que es muy posible que se hubieran entendido con él cinco años más tarde, no le entendieron, por culpa de los intelectuales y por culpa del general Primo de Rivera. Es posible que el general Primo de Rivera hubiese podido encontrar un poco más a tiempo el tono intelectual, el tono dialéctico de los intelectuales; también es evidente que los intelectuales, precisamente por serlo, estaban obligados a haber adivinado un poco más. Los intelectuales no le entendieron y le volvieron la espalda: con los intelectuales se le volvió la juventud, y entonces el general Primo de Rivera se encontró en esta tragedia terrible, de la que yo también he hablado otra vez, en que se encuentra casi todo el que emprende en España un proceso de transformación política o un proceso de profunda influencia social; al general Primo de Rivera –descarto unos cuantos colaboradores leales e inteligentes– no le entendieron los que supieron que le querían y no le quisieron los que podían haberle entendido.

Es decir: que si los intelectuales, que estaban apeteciendo desde hacía mucho tiempo la transformación revolucionaria de España desde abajo o desde arriba, le hubieran entendido, la revolución se hubiera podido hacer. Aquéllos no le entendieron y, en cambio, le quisieron los que, por una razón o por otra, no tenían el menor deseo de hacer ninguna revolución. El general Primo de Rivera estoy seguro que lo percibió tan claro, que ésa fue la tragedia que esterilizó sus dos últimos años de la Dictadura, y ésa fue la tragedia grande y respetable, y tan auténtica, que le costó no menos que la vida al ver el fracaso esencial de su obra.

La revolución que tenía que haber hecho la Dictadura era ésta: España, desde hace mucho tiempo, lleva una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de toda ambición histórica, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de una profunda justicia social. La falta de interés histórico, que nos viene del pesimismo de treinta o cuarenta años, de no encontrar un interés que nos ligue a todos en el

esfuerzo por una misma causa La falta de justicia social nos viene de que si bien nosotros nos hemos librado hasta ahora –y no dejaremos de bendecir esa circunstancia– de los horrores de la gran industria, de la gran industria que ha desencadenado sobre el mundo una de las mayores crisis, en cambio, tenemos que reconocer que nuestra vida agraria, la de nuestras ciudades pequeñas y nuestros pueblos, es absolutamente inhumana e indefendible. España, que tiene una superficie sobrada para poder sostener cuarenta millones de habitantes, por una distribución absurda de la propiedad territorial, y por un retraso inconcebible en las obras de riego, mantiene un régimen en que dos millones de familias, por lo menos, viven en Condiciones inferiores a la de los animales domésticos y casi a la de los animales salvajes. Yo soy, por ejemplo, diputado por una provincia andaluza; en el período electoral tuve que ir a un pueblo que se llama Prado del Rey con mi compañero Francisco Moreno; cuando llegamos a aquel pueblo, donde creo que jamás se había aventurado nadie, ni siquiera en trance de propaganda electoral, diluviaba, Las calles eran una especie de torrentera sobre las cuales se abrían Linos cubiles inferiores a los cubiles donde se aloja a las bestias en las granjas. Había gentes allí que no tenían la menor noticia de lo que era la cultura, la convivencia humana, la comodidad ni la sanidad. Como era un día crudo, nosotros íbamos en automóviles, y, como es natural, llevábamos nuestros abrigo. Cuando intentamos hacer propaganda electoral, las gentes de Prado de Rey salieron de sus casas y nos empezaron a tirar piedras. Yo os aseguro que en lo profundo de mi corazón deseaba que no me diera en la nuca ninguna; pero os aseguro que en lo profundo de mi corazón reconocía que nosotros, que íbamos en automóviles, que llevábamos abrigo relativamente agradables, suscitábamos todas las disculpas para que aquella gente de Prado del Rey nos tirase en la nuca todas sus piedras.

Pues bien: esto de que en España se viva así; esto de que no tenga ningún interés histórico que cumplir en la vida universal y esté manteniendo por debajo un régimen social totalmente injusto, es lo que hace que España tenga todavía pendiente su revolución. Y como el pueblo instintivamente lo conoce cuando llegó el 13 de septiembre de 1923 creyó que iban a romperse por arriba y por abajo estas dos losas que mantienen chata, pobre y triste la vida de España. Por eso el pueblo estuvo al lado del experimento revolucionario del 13 de septiembre de 1923, y si falló la Dictadura, falló, no porque tramitase mal los expedientes, no porque amparase ningún negocio deshonesto, que todos sabéis de sobra que a sabiendas no los amparó, sino que –ya veis que esto lo podemos decir sin ofendernos para nada unos a otros– fracasó trágica y grandemente porque no supo realizar su obra revolucionaria.

Ved cómo dejo a un lado todo género de afectos, y me desprendo de toda pasión, que sería disculpable, para examinar desde este punto de vista la obra y el fracaso de la Dictadura.

Por lo comprenderéis también que no tendría mi disertación ningún objeto si se ciñera a ser un ensayo más o menos literario sobre un proceso histórico que ya pasó. Si estos debates tienen alguna utilidad, la tienen en cuanto pueden servirnos de enseñanza para las cosas que han venido después y creo que es bastante útil aprovechar esa enseñanza en este instante en que estamos viendo cómo la revolución del 14 de abril de 1931 se está metiendo en la misma vía muerta en que se metió la revolución del 13 de septiembre de 1923. (*El señor Traba: "¿Dónde está el responsable de la vía muerta?"*)

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

El 14 de abril de 1931 se produjo un fenómeno de alegría popular semejante al del 13 de septiembre de 1923. El 14 de abril de 1931 se derrumbó una institución milenaria; estoy seguro de que todos vosotros habéis de respetar a los que en aquel trance sintieron, doloridamente, en su corazón la tristeza porque cayese una institución varias veces secular y que, en muchos instantes, había dado a España momentos de gloria. Pero, aparte de esto, aparte de este dolor que podía separar a unos cuantos de la alegría de los más, el 14 de abril se desencadenó sobre España la misma especie de alegría que se había desencadenado el 13 de septiembre de 1923. (*Rumores. Varios señores diputados pronuncian palabras que no se perciben.*) Mis interruptores tendrán demasiadas ganas de discutir una noción de cantidad y yo estoy hablando de una noción de calidad, y por eso digo la misma especie de alegría, porque lo que llenaba de alegría a quienes estaban alegres en aquella fecha, era la esperanza de que otra vez nos poníamos en trance de que se rompiese por arriba la

lápida de la falta de ambición y de misión histórica, y por abajo la lápida de la falta de justicia social. La revolución del 14 de abril parecía prometer, en cuanto a lo histórico, la devolución a España de un interés y de una empresa comunes. En realidad, no se podrá saber bien, muy bien, cuál era esa empresa; pero la revolución del 14 de abril tuvo la suerte de tener buena música. El señor Gil Robles cree que la música no es necesaria para los movimientos políticos. Nunca se ha hecho un movimiento político interesante sin buena música, y la revolución del 14 de abril la tuvo; tuvo especialmente buena... (*El señor Traba: "El himno de Riego". –Risas.*) No el himno de Riego, sino la excelente música que se contenía, sobre todo, en aquel memorable manifiesto de Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala. Aquel manifiesto, que estaba escrito en la mejor prosa de estos maestros de la prosa, hablaba de poner proa a toda máquina hacia nuevos rumbos, de unirnos a todos en una empresa nueva, transparente y envidiable.

Así decía, poco más o menos, porque cito de memoria. (*El señor Menéndez, don Teodomiro: "Musicalmente era una murga, ¡no le quepa duda a S.S.!" –Risas.*) No sé lo que sería musicalmente; pero aquella música fue la que decidió a la mayor parte de los electores del 12 de abril; daba la esperanza de que, en efecto, habíamos encontrado un nuevo rumbo que pudiera atraernos a embarcar juntos a todos. Y después, en cuanto al fondo social, la revolución del 14 de Abril trajo no menos que esto, y esto sí que era su aportación más profunda y más interesante: la incorporación de los socialistas a una obra de Gobierno no exclusivamente proletaria. Esta sí que era una posición interesante; los socialistas, por una vez, interrumpían su rumbo de movimiento exclusivamente proletario, y se matriculaban en un movimiento que tenía todo un aire nacional. Era de esperar –seguramente en lo instintivo, esto justificaba la alegría del 14 de abril– que se recobrase, con la cooperación de los socialistas, desligados de un interés de clase únicamente, ese ímpetu, ese sentido, esa solidaridad nacional que nos venía faltando desde hacía tiempo.

Pues bien: las promesas del 14 de abril se han quedado tan incumplidas como se quedaron incumplidas las promesas del 13 de septiembre. Primero, por culpa de los primeros Gobiernos de la República; porque aquellos Gobiernos tuvieron en su mano la ocasión magnífica de haber podido hacer la revolución entera y de haber podido hacerla sin rencor; de haber hecho una revolución para todos, la, revolución que estaba haciendo falta a todos. Sin embargo, no se sabe por qué –esto no lo podréis negar ninguno–, prefirieron entretenerse en hacer, en parte, una legislación de castas, en sustanciar pequeños procesos, cuando no hay nada que desgasté a un régimen como el tratar de esclarecer las responsabilidades de los regímenes anteriores; se entretuvieron en buscar todas las pequeñas cosas que podían dividir a un pueblo que había estado unido, como raras veces, en aquel 14 de abril de 1931, donde muy pocos se abstuvieron de la alegría.

Pero resulta que, después de esta experiencia, cuando después de este período parecía que se desistía de tirar por la ventana, como se había venido tirando, el sentido nacional de la República, cuando pasamos el período en que la República se empeñó, por todos los medios, en resultar antinacional tenemos que ahora la República deja de ser rencorosa pero tira por la ventana no menos que la otra mitad de su contenido, todo el contenido social que parecía justificarla. Porque resulta que en este instante habéis prescindido de los socialistas y estáis derogando una serie de leyes sociales que podrán ser buenas o podrán ser malas, pero no hacéis ninguna en cambio. Este es el momento en que mantenéis, a todo trance, el principio de autoridad, éste es el momento que destituís los Ayuntamientos socialistas, y muchas veces lo haréis con razón; pero éste es el momento en que la República se está gobernando exactamente en el mismo tono conservador con que se gobernaba en el año 1921. Ya comprenderéis que por ningún motivo tengo yo ganas de ver una revolución por las calles; no creo que sea preciso para nada que organicemos alborotos callejeros; pero me parece que si la República no lleva a cabo esa revolución social que había prometido, si no se lleva a cabo con la tranquilidad y la serenidad de los que gobiernan, la República no justifica, ni poco ni mucho, el hecho de estar en este instante gobernando.

Y si no, decidme si encontráis mucha diferencia –con todo respeto para las personas, que son en su mayoría intachables, como lo eran aquéllas– entre toda esa zona conservadora de las mejores costumbres, de los más pacíficos deseos, que sostienen el Gobierno actual de la República y la Unión Patriótica que sostenía el Gobierno de la Dictadura. (*Rumores.*)

El señor PRESIDENTE:

La Presidencia está en el deber ineludible de advertir al señor Primo de Rivera que la sesión es improrrogable y que debe terminar a la una menos cuarto.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Con los cinco minutos que me quedan, y tres que me va al regalar el señor presidente, espero poner fin a mi discurso.

Yo quiero decir todo esto, y celebro que mis palabras, en vez de haber servido para excitar a nadie, hayan tenido una especie de cordialidad sobre todos. Tenía que decir todo esto, para rogaros que entendáis cómo una juventud, que en este momento está desencuadrada de los partidos gobernantes y de los partidos de la oposición, no lo está porque tenga, como vosotros nos decís algunas veces, el prurito de lugar a los señoritos fascistas. No hoy nada más lejos de nuestro propósito. Cuando se llega, como veis, a una posición política, al través de este camino bastante dramático que yo he tenido que seguir, de este camino donde he tenido que ir sufriendo muchas cosas en lo más vivo de mi intimidad, no se sale al mundo exterior, no deja uno su tranquilidad, su vocación, sus medios normales de vida, la posibilidad de cultivar el espíritu, la posibilidad de vivir fuera del ruido, en ese silencio de donde se sacan las únicas obras fecundas; no se sale de todo eso, digo para darse el gusto de levantar el brazo por ahí y para fomentar el humor del señor ministro de la Gobernación, que, de cuando en cuando, le pone a uno una multa. No se hice para eso. Se hace porque nuestra generación, que tiene tal vez por delante treinta o cuarenta años de vida, no se resigna a seguir otra vez viviendo en aquella capa chata incluida entre una falta de interés histórico y una falta de justicia social. Ya están otra vez designadas estas dos misiones. Tenemos un Gobierno que no es rencoroso, pero que tampoco es revolucionario. y tenemos, por el otro lado, a vosotros los socialistas devueltos a vuestro interés de clase y desligados de aquella misión nacional que en un momento asumisteis.

No hace mucho tiempo hablaba aquí don Fernando de los Ríos de la obra de las Misiones españolas; poco después me hablaba a mí en los pasillos de la congoja con que él había seguido en América el rastro de los conquistadores españoles; y yo le decía a don Fernando de los Ríos: el día en que estas cosas que usted nos dice, el día en que esta emoción española que usted pone cuando habla con nosotros las trasladen ustedes a los Sindicatos obreros, entonces ya no habrá nadie que se atreva a ponerse en el camino del partido Socialista; porque si el partido Socialista suscita enemigos, y tal vez los va a suscitar más cada día, pues las juventudes socialistas se alejan de este sentido nacional, es por que el partido socialista se empeña en arriscarse en una interpretación marxista, antinacional, absolutamente fría ante la vida española. El día en que el partido Socialista asumiera un destino nacional, como el día en que la República, que quiere ser nacional, recogiera el contenido socialista, ese día no tendríamos que salir de nuestras casas a levantar el brazo ni a exponernos a que nos apedreen, y, a lo que es más grave, a que nos entiendan mal; el día en que eso sucediera, el día en que España recobrara la misión de estas dos cosas juntas, podéis creer que la mayoría de nosotros nos reintegraríamos pacíficamente a nuestras vocaciones.

Y si esta noche de sesión, como dije antes, casi necrológica; si este debate, donde he tenido que oír algunas cosas tristes, no muchas, porque habéis tenido casi siempre la delicadeza de evitarlas; si este debate sirviese para que diésemos por liquidada, por sustanciada con una especie de cancelación respetuosa, histórica y objetiva, la obra de la Dictadura, con el reconocimiento de todos sus servicios, con el reconocimiento de todas sus honestidades, con el reconocimiento de aquel sacrificio admirable de quien la encarnó, y sirviera para que nos agrupásemos otra vez, en lugar de estar tiroteándonos unos a otros, en este deseo de hacer juntos una obra española y una obra social profunda, yo os aseguro que, no en nombre mío, que esto es lo menos importante, sino en nombre de aquel que ya no puede hablar, pero que lo hubiera sentido igual que yo, daría por muy bien pasadas todas las injusticias y todas las amarguras. (*Muy bien. Aplausos.*)

"Se levanta la sesión."

Eran las doce y cuarenta y cinco minutos.

AMARGURA DE ESPAÑA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 14 de junio de 1934.)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Yo creía, señores diputados, cuando llegué a este recinto, que la experiencia parlamentaria se adquiría con el tiempo; después que llevo aquí un semestre, cada día tengo menos experiencia parlamentaria. No os sorprenda, pues, que tercie en este debate, donde ha salido a relucir incluso mi modesto nombre, para decir unas incongruencias.

El caso del señor Rubio Heredia –lo sabe el propio señor Rubio– no es ninguna cosa del otro jueves, como no es cosa del otro jueves el caso de que parece que soy protagonista, porque resulta que de esta multa, de que varias personas y varios colegas han tenido la amabilidad de hablar, el único que todavía no tiene la menos noticia es el supuesto sancionado, que soy yo. Estas no son cosas del otro jueves. *(El señor Prieto Tuero: "Es una consideración que han tenido con S.S." –Risas.)* Consideración estimabilísima, porque responde a la misma línea de conducta que se sigue con los parientes de los difuntos cuidando de no darles la noticia de golpe. *(Risas.)*

Ahora bien: en medio de esta discusión bastante entretenida, pero un poco superficial, a que hemos dedicado la tarde, ha salido a relucir una revelación verdaderamente trascendental. El señor ministro de la Gobernación, en una de sus intervenciones, nos ha dicho que, no ya en Badajoz, sino en otros sitios que no son Badajoz, se está preparando una agitación de tipo revolucionario. El señor ministro de la Gobernación se complace en venir a decir estas cosas de cuando en cuando y recoger un aplauso que merece por muchos motivos, entre otros, por su modestia para requerir los aplausos; pero si el señor ministro de la Gobernación cree que se está preparando una revolución en España, sería menester que el señor ministro de la Gobernación nos fuera dando cuenta de dónde están los nudos de esa revolución, qué rotundas medidas toma contra la revolución, de si sabe... *(Rumores.)* ¡Si ya sabía yo, y lo anuncié, que iba a decir incongruencias! Pero todavía me tenéis que oír otra. Estaba diciendo que el señor ministro de la Gobernación, ya que habla de que existe un estado revolucionario más o menos latente, debe decirnos qué está haciendo para que deje de ser latente y pase a ser explícito este estado revolucionario; si la Dirección General de Seguridad sabe, por ejemplo, dónde están los depósitos de armas, si los hay. *(Un señor diputado: "Lo sabe y las coge.")* Si lo sabe, que las coja todas; pero lo que no es posible... *(Rumores.)* A mí me parecería muy bien que descubriese mis depósitos de armas; me gustaría mucho tenerlos. Desde el punto de vista del ministro de la Gobernación, el señor ministro no tiene más remedio que hacer cara a todas las revoluciones, incluso a la que me sigue o me acompaña, si por revolucionario me tiene. Ahora reconocerá el señor ministro de la Gobernación que aplicar una multa a los que organizan excursiones domingueras a El Pardo o a los que organizan una excursión, también dominguera, a Carabanchel, no es hacer cara a una revolución. *(El señor Prieto: "Es santificar las fiestas." –Risas.)*

Pero, además de esto, y esto es la otra incongruencia a que antes aludía, es que todos sabemos, lo sabemos por los periódicos, que en Cataluña hay planteado otro estado revolucionario, de una gravedad como no se ha planteado probablemente otro en España desde hace más de un siglo: hay un Poder del Estado que no sólo ha desacatado abiertamente a otro Poder constitucional, en este aspecto superior, sino que, por boca de quien lo encarna, ha dicho que está dispuesto a hacer frente al Estado español incluso en un trance de guerra civil. Pues bien: cuando España tiene, según el ministro de la Gobernación, una revolución preparada; cuando España tiene, aunque no lo diga el ministro de la Gobernación ni lo diga el Gobierno, y esto es lo que le reprocho, una revolución también preparada de tipo secesionista, hemos dedicado esta memorable tarde del 14 de junio de 1934 a hacer comentarios acerca de una peripecia del señor Rubio, que él mismo no puede tomar en serio.

Señor presidente: cuando empezábamos esta discusión, un orador espontáneo en la tribuna pública trató de decirnos un discurso; eran sus primeras palabras, únicas que tuvimos el gusto de oír, unas que decían: "Señores diputados: Con profunda amargura..." No sé lo que pensaría seguir diciendo ese orador espontáneo; pero si su amargura se refería a este espectáculo de frivolidad que dan las

Cortes, yo, a quien espero que no expulsarán los ujieres, me hago portavoz ante España de la indignación del orador espontáneo.

MANIFIESTO DE F.E. DE LAS J.O.N.S.

La abierta rebeldía de la Generalidad de Cataluña contra el Estado español nos hace asistir a un espectáculo más triste que el de la misma rebeldía: el de la indiferencia del resto de España, agravada por la traición de los partidos, como el socialista, que han pospuesto la dignidad de España a sus intereses políticos.

Mientras los nacionalistas catalanes caldean el ambiente de Barcelona, no hay en Madrid nacionalistas españoles que proclamen a gritos la resuelta voluntad de mantener unida a España.

Falange Española de las J.O.N.S. no juzga ahora la bondad o malicia de la ley de Cultivos. Ni siquiera el acierto del Tribunal de Garantías Constitucionales. Lo que estima intolerablemente ofensivo para la dignidad de España es el alzamiento frente al Estado de un organismo regional, subrayado con palabras y ademanes de reto y teñido no ya del más patente desamor, sino del odio más agresivo contra España.

Falange Española de las J.O.N.S. no quiere hacerse solidaria del cobarde silencio que rodea a tal actitud de los separatistas. Ni quiere ser cómplice de la desasistencia que en estos instantes debilita al Gobierno español.

Para alentarse y para servir a España hasta donde sea preciso, Falange Española de las J.O.N.S. compromete su resuelta palabra de alistamiento.

¡Viva España!

¡Viva Cataluña española!

¡Viva Falange Española de las J.O.N.S.!

(La Nación, Madrid, 15 de junio de 1934)

UN INCIDENTE EN LA SESIÓN DE CORTES DE 25 DE JUNIO DE 1934.— DESPUÉS DEL DEBATE. UNA ACLARACIÓN DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

El Ministro de Marina contesta a lo dicho por el señor Goicoechea sobre las manifestaciones separatistas ante el Gobierno. No las niega; pero como no tiene otra salida, dice que el señor Goicoechea y, sobre todo, la Dictadura, han fomentado el separatismo con su política.

Protestas de los monárquicos y el señor Primo de Rivera.

El Ministro de Marina habla de alguien muy allegado al señor Primo de Rivera que atropelló el sentimiento catalán. (*Protestas.*)

El señor Primo de Rivera: ¡Váyase su señoría a hacer gárgaras! (*Escándalo.*)

El Presidente: Esas palabras son una ofensa para la Cámara, y su señoría debe retirarlas.

El señor Primo de Rivera: No hay ofensa en mis palabras. Si las hubiera, no retiraría ni las comas. (*Nuevo escándalo; los radicales increpan al señor Primo de Rivera.*)

El señor Primo de Rivera: Uno a uno estoy dispuesto a contestar a sus señorías. (*Gran escándalo.*)

El diputado a Cortes señor Primo de Rivera nos ruega hagamos pública la siguiente aclaración:

"Quiero rectificar la versión que dan algunos periódicos acerca de mi incidente con el señor Rocha en la sesión del lunes. El instante en que intervine fue aquel en que el señor Rocha, con discutible discreción, comparaba el problema de Cataluña con el de Cuba. Yo, desde mi escaño, pregunté: "Pero ¿estamos ya en el caso de Cuba?"

Cuantas personas me dispensan la amabilidad de observarme saben hasta qué punto, en mi actuación política, he logrado separar los recuerdos íntimos, familiares, de las actitudes a que me obliga la realidad presente. Quedan, sin embargo, gentes de mentalidad lenta, como el señor Rocha, a quienes no les ha sido dable percibir una distinción así. Para esas gentes yo no hablo una vez en que no oculten mis palabras un propósito de vindicación familiar. Fiel a tal sospecha, el señor Rocha hubo de contestarme, destemplada e incongruentemente: "Pues alguien muy allegado a su señoría fue quien más agravó, ofendiendo los sentimientos catalanes, el problema de Cataluña." Entonces yo, con repugnancia, ante la incomprensión del ministro, pronuncié esa frase de las gárgaras, llamada a no disfrutar nunca, por decisión presidencial, las delicias del Diario de Sesiones²¹.

La Nación, 26 de junio de 1934

²¹ El 28 de diciembre de 1933, por 217 votos y 17 en blanco, las segundas Cortes de la República eligieron presidente definitivo a Santiago Alba. Las izquierdas se abstuvieron. también se abstuvieron las extremas derechas. Sin embargo, José Antonio acudió con paso firme a la mesa presidencial y depositó una papeleta abierta, en la que se leía el nombre de don Santiago Alba y Bonifaz. El gesto provocó murmullos y posteriores comentarios. Al nuevo presidente de las Cortes le produjo hondísima impresión... En rigor de verdad, José Antonio venía a cancelar el pleito personal de Santiago Alba con su padre. (Nota de los compiladores.)

EL PARLAMENTO CONTRA JOSÉ ANTONIO

27 de junio de 1934

Dictamen de la Comisión de suplicatorios concediendo la autorización solicitada por el Tribunal Supremo para proceder contra el señor diputado don José Antonio Primo de Rivera en causa por tenencia ilícita de armas.

AL CONGRESO

La Comisión de suplicatorios ha examinado el que la Sala segunda del Tribunal Supremo eleva a las Cortes solicitando autorización para proceder contra el diputado a Cortes don José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, en la causa incoada sobre tenencia ilícita de armas; y habiendo estudiado con atención los antecedentes remitidos con el suplicatorio, y previa audiencia del inculpado, no encontrando en ellos, en conformidad con lo que ha venido siendo criterio de la Cámara en estas cuestiones, motivo alguno para que cese la acción de los Tribunales, tiene el honor de proponer a la misma, en consonancia con lo dispuesto en el artículo 56 de la Constitución, que se conceda la autorización solicitada.

Mostrándose disconforme con el dictamen del señor Andrés Manso, se reserva su libertad de hacer uso de la misma en la forma y momentos que estime pertinentes.

Palacio del Congreso, 27 de junio de 1934.—El presidente, *Joaquín Pellicena*.—El secretario accidental, *Rafael Esparza*.

* * *

Dictamen de la Comisión de suplicatorios denegando la autorización solicitada por el Tribunal Supremo para proceder contra el señor diputado don José Antonio Primo de Rivera con motivo de reunión ilegal.

AL CONGRESO

La Comisión de suplicatorios ha examinado el elevado a las Cortes por la Sala segunda del Tribunal Supremo solicitando autorización para proceder contra el señor diputado don José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, en causa que ante ella se sigue por reunión ilegal, que se dice celebrada el día 3 del actual, y estudiados con atención los antecedentes remitidos con el suplicatorio y previa audiencia del inculpado, y no encontrando en ellos motivos suficientes para continuar el procedimiento, tiene el honor de proponer a la Cámara que se sirva denegar la autorización solicitada.

Palacio del Congreso, 27 de junio de 1934.—El presidente, *Joaquín Pellicena*.—El secretario accidental, *Rafael Esparza*.

IRONÍA SOBRE EL PARLAMENTO

(Palabras pronunciadas en el Parlamento el 3 de julio de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Debo confesar al señor presidente y a la Cámara que no se me había pasado por la imaginación lo que ha sostenido, con brillantez y exactitud inexpugnable, el señor Rodríguez Pérez.

Comprenderán los señores diputados que no es un interés personal lo que me guía en esto, porque no creo que mis palabras vayan a cambiar el resultado de ninguna presunta votación; pero como deleite jurídico en esta probablemente mi última hora parlamentaria, como se concede un plato de langostinos a quien va a ser ejecutado al día siguiente, me tiene que permitir la Cámara que diga cómo, en efecto, todas las leyes dictadas para aplicación de preceptos constitucionales son leyes adjetivas de la propia Constitución, y que por eso las Cortes Constituyentes hubieron de darse prisa en aprobar todas las leyes constitucionales que daban aplicación a la Constitución de 1931.

La ley de 1912 aplicaba aquel precepto constitucional citado por el señor Rodríguez Pérez, que atribuía una competencia, una jurisdicción sobre los diputados a Cortes a la Sala segunda del Tribunal Supremo. Derogada la Constitución del 76, cae la ley del día 12, que interpretaba en este extremo, y queda una laguna de derecho Constitucional que las Cortes pueden aprestarse a llenar cuanto les parezca, pero que en este momento no está llena.

El señor presidente citaba las costumbres reiteradas del Parlamento. Permitía su señoría que desde mi mínima autoridad le diga que la costumbre no es nunca fuente de Derecho procesal. El Derecho procesal es un Derecho público, y el Derecho público no nace nunca por virtud de costumbres más o menos reiteradas. Ahora bien: cree la Cámara con esto que pretendo buscar una excusa, una impunidad, tanto para el diputado socialista señor Lozano, como para mi entrañable correligionario el señor Primo de Rivera. *(Risas.)* Pues no pasa nada de eso, porque la misma Constitución del 31 prevé que se dé a la Cámara ese espacio para llenar la laguna constitucional que yo señalaba. En el penúltimo párrafo del artículo 56 de la Constitución se dice que las Cortes podrán acordar el que se suspenda la instrucción sumarial, incluso hasta que termine la investidura parlamentaria del acusado.

Si las Cortes quieren adoptar esa demora en los dos casos presentes, para darse tiempo a sí mismas a dictar una ley de procedimiento, el diputado señor Lozano y mi correligionario el señor Primo de Rivera quedarán sujetos a la responsabilidad de sus actos y no se habrá cometido la grave inelegancia jurídica que atribula nuestros últimos momentos en esta casa. *(Rumores.)*

El señor PRESIDENTE:

La propuesta del señor Primo de Rivera, como tal propuesta, tendría que ser examinada por la Comisión parlamentaria y traer a la Cámara un dictamen. En ello no puede intervenir la Presidencia, porque tiene que limitarse ahora mismo a solicitar el voto de la Cámara sobre lo que es objeto de discusión; no puede llegar más allá.

Hecha la pregunta de sí se aprobaba el dictamen, se pidió por suficiente número de señores diputados que la votación fuese nominal.

Verificada en esta forma, fue aprobado el dictamen por 214 votos contra 62.

ROMANTICISMO, REVOLUCIÓN, VIOLENCIA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 3 de julio de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA:

EL señor Prieto, que, en una no todavía larga, pero sí activa vida de Congreso, se ha ejercitado en todas las artes menores del parlamentarismo, se sabe dar el lujo, no asequible a todos, de usar algunas veces las artes mayores; de adoptar actitudes estéticas de la mejor clase, y en muchas ocasiones, por el camino de estas actitudes estéticas, llegar a algo que vale más que ellas: a una profunda y auténtica emoción humana. Yo faltaría a mi propia autenticidad si en este instante no empezara, con toda la sinceridad de mi alma, dando las gracias por la actitud del señor Prieto.

Tal vez haya sido la lección un poco dura para algunos –si es que existía– que imaginase que la entrega mía a los Tribunales iba a servir como cucharada de azúcar que atenuara la amarga píldora inferida a la minoría socialista al conceder el suplicatorio del señor Lozano. La minoría socialista ha tenido el buen gusto de rechazar esa cucharada de azúcar y yo no puedo menos de agradecersele muy de verdad.

Como en realidad, después de lo que ha dicho el señor Prieto, yo no tendría apenas que defenderme sino recordando al señor presidente de la Comisión que la teoría del señor Prieto en materia de suplicatorios es la verdadera, y no la suya; como no tendría ya casi que defenderme, me va a permitir el señor Prieto que recoja algunas de las advertencias y de las insinuaciones que me ha hecho, en parte con menos justicia que en la actitud fundamental de su intervención.

Detesto la autobiografía, pero si en alguna ocasión tiene un poco de disculpa la autobiografía es en un trance como éste, en que me encuentro más o menos en la posición de acusado. Y en posición de acusado me vais a disculpar la declaración autobiográfica de que yo no soy absolutamente, como el señor Prieto imagina, ni un sentimental, ni un romántico, ni un hombre combativo, ni siquiera un hombre valeroso; tengo estrictamente la dosis de valor que hace falta para evitar la indignidad; ni más ni menos. No tengo, ni poco ni mucho, la vocación combatiente, ni la tendencia al romanticismo; al romanticismo menos que a nada, señor Prieto. El romanticismo es una actitud endeble que precisamente viene a colocar todos los pilares fundamentales en terreno pantanoso; el romanticismo es una escuela sin líneas constantes, que encomienda en cada minuto, en cada trance, a la sensibilidad la resolución de aquellos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón. Lo que pasa es que lo mismo que el señor Prieto llega a la emoción por el camino de la elegancia, se puede llegar al entusiasmo y al amor por el camino de la inteligencia.

Por eso, cuando algunos muchachos que me acompañan, y cuando yo mismo, modestamente, creemos encontrar una posible fuente profunda y constante de españolidad –digo españolidad porque la palabra "españolismo" hasta me molesta–, no nos dejamos arrebatar por una tendencia sensible, por una especie de sueño romántico; lo que hacemos es creer que si una generación se debe entregar a la política no se puede entregar con el repertorio de media –docena de frases con que han caminado por la política otras muchas generaciones, y hasta muchos representantes de ésta. Yo le aseguro al señor Prieto que si, por ejemplo, fuera lo que suponen muchos correligionarios suyos de fuera del Parlamento, si fuera un defensor acérrimo, hasta por la violencia, de un orden social existente, me habría ahorrado la molestia de salir a la calle, porque me ha correspondido la suerte de estar inserto en uno de los mejores puestos de ese orden social; con que yo hubiese confiado en la defensa de ese orden social por numerosos partidos conservadores, los unos republicanos *in partibus infidellum* (*Risas*), y por otros partidos conservadores que hay en todas partes; estos partidos conservadores, por mal que les fuese, me asegurarían los veinticinco o treinta años de tranquilidad que necesito para trasladarme al otro mundo disfrutando todas las ventajas de la organización social presente.

Yo le aseguro al señor Prieto que no es eso. Lo que pasa es que todos los que nos hemos asomado al mundo después de catástrofes como la de la gran guerra, y como la crisis, y después de acontecimientos como el de la Dictadura y el de la República española, sentimos que hay latente en España y reclama cada día más insistentemente que se la saque a la luz –y eso sostuve aquí la otra

noche— una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda, que no hay más remedio que implantar, y la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario a toda costa rejuvenecer.

Como ve el señor Prieto, esto no es una actitud sentimental ni es una actitud violenta. Yo no pensé ni por un instante que estas cosas se tuvieran que mantener por la violencia, y la prueba es que mis primeras actuaciones fueron completamente pacíficas; empecé a editar un periódico y empecé a hablar en unos cuantos mítines, y con la salida del periódico y con la celebración de los mítines se iniciaron contra nosotros agresiones cada vez más cruentas, y por manos movidas, seguramente con intención tan limpia como la de mis amigos, tal vez movidos después a represalias. Pero estas represalias vinieron mucho después; tanto después, que muchas personas que nos suponían a nosotros venidos al mundo para jugar la vida en defensa de su propia tranquilidad, incluso en periódicos conservadores nos afeaban que no nos entregásemos al asesinato; imaginaban que nos estábamos jugando nuestra vida y las vidas de nuestros camaradas jóvenes para que a ellos no se les alterase su reposo.

Pero porque resulta que nosotros hemos venido a salir al mundo en ocasiones en que en el mundo prevalece el fascismo —y esto le aseguro al señor Prieto que más nos perjudica que nos favorece—; porque resulta que el fascismo tiene una serie de accidentes externos intercambiables, que no queremos para nada asumir; la gente, poco propicia a hacer distinciones delicadas, nos echa encima todos los atributos del fascismo, sin ver que nosotros sólo hemos asumido del fascismo aquellas esencias de valor permanente que también habéis asumido vosotros, los que llaman los hombres del bienio; porque lo que caracteriza al período de vuestro Gobierno es que, en vez de tomar la actitud liberal bobalicona de que al Estado le da todo lo mismo, de que al Estado puede estar con los brazos cruzados en todos los momentos a ver cuál es el que trepa mejor a la cucaña y se lleva el premio contra el Estado mismo; vosotros tenéis un sentido del Estado que imponéis enérgicamente. Ese sentido del Estado, ese sentido de creer que el Estado tiene algo que hacer y algo que creer, es lo que tiene de contenido permanente el fascismo, y eso puede muy bien desligarse de todos los alifafes, de todos los accidentes y de todas las galanuras del fascismo, en el cual hay unos que me gustan y otros que no me gustan nada.

Esto es tan importante, señor Prieto, que ya le digo, yo no me hubiese dedicado para nada, no a usar la violencia, sino ni siquiera a disculpar la violencia, si la violencia no hubiera venido a buscarnos a nosotros. Yo le aseguro al señor Prieto que, cuando la primera vez oí detrás de mi coche el estampido de un petardo; que, cuando la segunda vez supe que habían tiroteado un coche porque tenía casi el mismo número que el mío, y cuando he empezado a tener todas esas amenazas que justifican, a juicio de la Comisión, el terrible delito de que tenga seis especies de artes atávicas, de grandes armatostes, tal vez inservibles para defenderme; cuando oí la primera vez el petardo; cuando supe después lo de esos tiros y lo de las amenazas, sentí dos cosas: la primera, el que los tiros me pudieran dar —desde luego reconozco que no tengo en absoluto gusto en apresurar la apertura de mi abintestato—; la segunda, que el día que me encontrara en los cielos con el metalúrgico, el carpintero o el campesino que me hubiese pegado los tiros por la espalda, en cuantouviéramos diez minutos de conversación, el metalúrgico, el campesino o el carpintero se convencerían de que se habían equivocado al dirigir esos tiros.

Como esto es lo que yo quería decir aprovechando esta noche autobiográfica, con eso he sustituido a lo que pudiera ser el contenido de mi defensa.

Pero si todavía el señor Pellicena me permite unas palabras, le invitaré a que medite sobre esto: El señor Pellicena dice que el conceder los suplicatorios es una operación meramente automática. Pues bien: un ilustre paisano del señor Pellicena, Eugenio d'Ors, escribió la historia de un elefante tan bien amaestrado, que al morir su dueño, dueño también de una tienda, el elefante se encargó de seguir manejándola, porque estaba ya impuesta de todas las rutinas del dueño del comercio. Si conceder los suplicatorios fuera cosa que se manejara automáticamente, la Comisión de suplicatorios —y, naturalmente, no se me pasa por la cabeza ofenderla en nada— podría muy bien componerse de elefantes. *(Risas.)* No es eso, señor Pellicena, ni muchísimo menos.. Lo que sucede es que en el problema de cada suplicatorio se plantea continuamente esta pugna: hay dos funciones públicas que cumplir: primera, la función pública parlamentaria, que compete al diputado; segunda, la función pública de administrar justicia penal. Las dos son tutelas de dos intereses públicos considerables: o

se persigue por los Tribunales de lo Penal al diputado que ha delinquido, o se cede por una vez esa persecución para que el diputado que ha delinquido pueda seguir desempeñando su función parlamentaria, y como surge ese conflicto, la Constitución encomienda a las propias Cortes que resuelvan el conflicto, pero que lo resuelvan por la consideración de cada caso y no automáticamente. La prueba de que esto es así es que las Cortes pueden conceder o denegar el suplicatorio, y la prueba de que la presunción constitucional es que no debe concederse el suplicatorio, que debe prevalecer la función parlamentaria sobre la función penal, está en que el silencio de las Cortes se interpela por el artículo 56 de la Constitución como denegación del suplicatorio y no como su concesión.

Si fuera función de los Tribunales el pesar y medir los caracteres de delito, los indicios de delito, con preferencia o como en un coto cerrado a la competencia de las Cortes, el silencio de éstas se inclinaría en favor de la presunción legal de que los Tribunales habían apreciado bien; desde el momento en que la presunción constitucional supone lo contrario, es que lo excepcional, sólo justificado, como decía el señor Prieto, por un peligro social muy apremiante, es que el suplicatorio se conceda.

Después de esto, yo ruego a la Cámara que haga lo que tenga a bien. Estoy seguro de que los argumentos del señor Prieto, más que los míos, tienen que haberla convencido de que el señor Lozano y el mío son casos diferentes –sin la menor deshonra para él, claro está; en otra ocasión es muy probable que delinca yo más–, de que la norma constitucional obliga a examinar cada caso y de que por aplicación de esa norma constitucional y del espíritu de todo el derecho parlamentario debe denegar mi suplicatorio. Si después de esto la Cámara no lo quiere denegar, ¡qué le vamos a hacer! Me resignaré a ir ante el Tribunal y a que éste me condene, y a pasarme una grata y fecunda temporada en la cárcel; en la cárcel, que ya conozco, donde se pasan horas de soledad y meditación muy difíciles de lograr en otra parte... (*El señor Martínez Sala: "Sabemos bien cómo se pasa en la cárcel, porque a ella fuimos en tiempos de la Dictadura."*) Pues si ya lo sabe su señoría, y alguna vez en la cárcel se le ha pasado la tentación, que seguramente desechó en seguida, de leer un libro, habrá observado que en la cárcel se leen libros con más reposo que en parte alguna y se maduran mejor.

Lo único que os ruego es que si, para cuando os reunáis en el otoño próximo, yo estoy condenado y en la cárcel, cuando os refugiéis aquí, en esas tardes del invierno, entre la atmósfera tibia de este edificio mal ventilado, y otra vez sintáis bajo vuestros muslos el contacto del terciopelo repuesto, miréis a este escaño mío, entonces vacante, y tengáis un momento de conmemoración para un compañero vuestro, que estará más en contacto directo con los filósofos que con las dietas. (*Aplausos.*)

ESPAÑA, A LA DERIVA

LAS DERECHAS, EN BABIA.—EL GOBIERNO, PERPLEJO.—EL MARXISMO, A LA VISTA.—MIENTRAS TANTO, ADELANTE CON LA EUFORIA!

Reaparecemos. Es decir, ¿reaparecemos? Nadie nos lo puede decir en el instante de trazar estas líneas. Aún rige el estado de prevención: este número ha de ser presentado en el Gobierno Civil dos horas antes de la salida. En esas dos horas, visto con lupa, puede revelar el periódico cosas delictivas que aviven el celo del gobernador, del fiscal y del juez de guardia. Así, es muy probable que el número entero sea recogido por la policía. Con ello se evitará el Gobierno un motivo de inquietud. Para este inefable Gobierno que nos disfrutamos hay una fórmula admirable con que mantener la paz pública: consiste en repartir los palos entre los que delinquen y sus adversarios, por pasivos que éstos permanezcan. Cuidando, eso sí, de que los palos caigan más moderadamente del lado de quienes son tenidos por más peligrosos, aunque sean los más culpables.

Así, el temor de una revolución socialista —proclamado en el mismo Parlamento— no ha llevado al ministro de la Gobernación a ordenar registros en las Casa del Pueblo —donde se sospecha que haya arsenales— ni a fiscalizar seriamente la actividad de muchos agitadores destacados, sino a compensar las leves medidas tomadas contra ellos con la suspensión de *F.E.* y de la revista *J.O.N.S.*, con la clausura pertinaz de todos nuestros centros y con el encarcelamiento de muchos camaradas, no sólo no agresores, sino patentemente agredidos.

Este es el genio político de quienes imaginan gobernarnos. ¡Adelante con la euforia!

LAS DERECHAS, EN BABIA

En el primer número de *F.E.* quisimos publicar un artículo titulado "La victoria sin alas". El señor fiscal lo denunció, él sabrá por qué. En el segundo número afirmamos la misma tesis en otro titulado "Victorias inútiles". A los seis meses de experiencia, ¿no hay motivo para que nos ufanemos de haber visto claro? La victoria electoral de las derechas no ha servido *para nada*. Era una victoria sin fe: fue el resultado de una suma de todos los egoísmos ante el peligro de una revolución. Se obtuvo mediante toda suerte de pactos y de argucias; en muchas provincias fueron aliadas las derechas católicas con masones conspicuos afiliados al partido radical; en otras muchas se estimuló por todos los medios la abstención electoral de los militantes de la C.N.T. Triunfó la maña y el dinero, no triunfó el espíritu. Y sin espíritu no se hace nada, diga lo que diga el señor Gil Robles, genio de lo prosaico. En política, como en deporte, es muy fácil alcanzar las marcas corrientes; pero desde ellas a los logros inasequibles hay una distancia de centímetros o de segundos sólo superable por los elegidos. El señor Gil Robles, a quien alguien llamó prematuramente "atleta vencedor", ha sabido hacer, de prisa, el recorrido de los buenos gimnasias de serie; ¡pero nunca, nunca, logrará la gracia y la alegría del último esfuerzo, que es el que depara el campeonato!

De esta manera las derechas gubernamentales fofas, confusas, faltas de fervor y de claridad, desmayan en el Parlamento, no obstante sus reiteradas afirmaciones de adhesión al régimen, reducidas al triste papel de llevar la cola a la minoría superviviente del partido radical.

EL GOBIERNO, PERPLEJO

¿Y el Gobierno, entretanto? Pero, ¿hay Gobierno? Véase, por ejemplo, el caso de la Generalidad de Cataluña. El Gobierno, con dudosa prudencia, impugnó ante el Tribunal de Garantías una Ley de Cultivos votada por el Parlamento catalán. El Tribunal la anuló. Pero la Generalidad declaró abiertamente que menospreciaba la sentencia del Tribunal. ¿Qué hizo entonces el Gobierno? Por extraño que parezca, el Gobierno no hizo nada; dio a entender, sibilamente, que tenía una fórmula: primero, la fórmula era jurídica; luego, al parecer, se transformó en fórmula gubernamental. Lo cierto, con todo, es que la fórmula no existía. El silencio del señor Samper era un silencio de esfinge sin secreto. Cuando, ante el Parlamento, fue imposible aplazar más el que se hablara del problema de Cataluña, el señor Samper rogó que la discusión fuera aplazada, porque corría prisa aprobar los presupuestos. Ahora, al cabo de tres semanas, el Gobierno obtiene un voto de confianza de las Cortes para resolver el problema de Cataluña. Cuando hay confianza da gusto. Pero si a alguien que

no sabe tocar el piano le dan un voto de confianza para que lo toque, ¿saldrá bajo sus dedos, por la simple virtud de esa confianza, la Novena Sinfonía?

EL MARXISMO, A LA VISTA

Y mientras el Gobierno divaga, ¡otra vez la revolución!, pero no la revolución verdadera, la integradora, la española que nosotros queremos a todo trance, sino la de facción y secta, antiespañola, materialista, marxista.

Nadie ignora que en el partido socialista se dibuja una disidencia: a un lado, los socialistas no marxistas, ideólogos de una organización social más justa, pero ni partidarios de una subvención violenta ni desprendidos del sentido espiritual nacional; a otro lado los puros marxistas, áridos, fríos, rencorosos, entre cuyas manos el Poder sería una reproducción satánica de la tiranía rusa. Ni Dios, ni Patria, ni pudor, ni familia, ni creación personal en el arte. Como en Rusia.

Esta ala del socialismo va siendo cada vez más fuerte y va ganando a las juventudes. Ya tiene nutridísimos repuestos de armas. Se encuadra, además, en milicias. Una mística del marxismo revolucionario extirpa las últimas raíces españolas en el alma de esas juventudes. La revolución, de tipo ruso, se prepara.

Y mientras tanto, el Gobierno suspende *F.E.* y *J.O.N.S.*, cierra nuestros centros, nos encarcela y nos multa. Pero con los marxistas, ¡nada! Algún simulacro de persecución; ningún indicio resuelto de combate. La policía sabe dónde hay depósitos de armas, mucho más importantes que los descubiertos; al parecer se ha considerado táctico no descubrirlos.

Para un Estado de tipo liberal lo accidental es siempre lo que prevalece. Por eso no combate, sino que esquivo. No cree tener razón y por eso no acomete resueltamente a los que quieren derribarlo. Se limita a agotar su languidez como si fuera vida.

LLAMADA

Este es el panorama de nuestra España hoy: unas derechas blandas, un Gobierno vacilante y la anti-España a marchas forzadas sobre lo que queda. Marxismo, separatismo. La anti-España, en suma.

Pero ¡no pasarán! Contra todas las indiferencias, contra todas las inasistencias, frente a todos los peligros, en vida y en muerte, las firmes escuadras nacionalsindicalistas recorrerán a España de punta a punta, multiplicarán sus toques de alarma, y no darán paz a los asaltantes ni a los traidores.

(*F.E.*, núm. 13, 5 de julio de 1934)

EL SEPARATISMO SIN MÁSCARA

Ya hemos puesto bien en claro hasta qué punto somos ajenos al problema de la Ley de Cultivos votada por el Parlamento catalán. El mismo desacato a la sentencia del Tribunal de Garantías lo estimamos como un acto de insolencia, pero no, en sí mismo, como un atentado al sentido nacional de España. Se trata de un fenómeno de indisciplina jerárquica como el que se produciría si un Sindicato de funcionarios se insolentase con el ministro. Nosotros estaríamos frente a un acto así, pero no por exigencias del sentido nacional, sino por acatamiento a nuestro concepto del Estado.

Ahora bien: lo grave empieza cuando la Generalidad de Cataluña, en trance de granjearse la mayor popularidad posible entre los catalanes, elige un recurso sentimental que añadir al problema de la Ley de Cultivos. Y no elige otro que éste: el de proclamar que Cataluña está poco más o menos, en vísperas de una "guerra de la independencia".

Es decir, se han dado tales alas al separatismo, que hoy el separatismo en Cataluña no es un sentimiento clandestino, transportado en secreto como cosa prohibida, sino que es el efecto retórico de primer uso, lanzado como la cosa más natural, para salvar situaciones difíciles, incluso por las autoridades representantes allí del Estado español.

Puesta la cosa así, desnuda y fría, ante nuestros ojos, tendría que sacudirnos una conmoción de arriba abajo si no hubiésemos perdido por entero la sensibilidad. En España se emplea el sentimiento separatista a plena voz, como instrumento normal de comunicación política, entre los gobernantes de Cataluña y sus gobernados.

A esos gobernantes así no sólo les ha entregado España gran parte de su hacienda y el orden público, sino que les ha entregado lo que importa más: la formación del alma de las generaciones nuevas. Horripila pensar cómo van a sentir la solidaridad española esas generaciones nuevas educadas por quienes profesan sin embozo su insolidaridad.

Formar unidades ingentes, como la de España, es tarea de muchas generaciones al servicio de un constante esfuerzo. La gloria difícil de una gran obra así pide el sacrificio de siglos. Deshacerla es mucho más fácil: basta dejar que florezca en todas las grietas el separatismo elemental, desintegrador, bárbaro en el fondo, para que todo se venga abajo.

Pero eso ocurre si no se interpone la decisión resuelta de un pueblo, ya formado, que quiere mantenerse a toda costa en su unidad y que se hallará entre sus juventudes gentes dispuestas a mandar fusilar por la espalda, sin titubeo, racimos de traidores.

(F.E., núm. 14, 12 de julio de 1934)

UNA NOTA DE LA JUNTA DE MANDO

La Junta de mando de la Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista necesita hacer constar:

Primero: Que en su centro de la calle del Marqués del Riscal no se estaba celebrando ayer reunión alguna, ni pública ni clandestina. Lo prueba el hecho de que el señor juez de guardia sólo ha comprobado la existencia en el Centro de unas cuarenta personas, repartidas entre la oficina parlamentaria, la Bolsa de Trabajo, las administraciones de la revista *F.E.* y *J.O.N.S.*, el garaje, la conserjería, el jardín, etcétera. Cuarenta personas en un local donde funcionan, con sus equipos de empleados, todos esos servicios, no es cosa como para poner en movimiento a toda la Dirección General de Seguridad.

Segundo. Que el registro policiaco, en cuya virtud se dice haber encontrado el imponente arsenal que los periódicos describen, fue practicado por los agentes sin requerir la presencia de ningún testigo –como exige la ley– y, en su mayor parte, cuando ya habían sido trasladados a la Dirección General de Seguridad cuantos se encontraban en los locales y podían fiscalizar el registro.

Tal es la verdad. Ahora bien: si este simulacro de descubrimiento terrorífico tiene por objeto distraer la opinión de cosas más graves o consolar al señor Salazar Alonso de la falta de otros éxitos, la Falange Española de las J.O.N.S. no tiene nada que decir.

Madrid, 11 de julio de 1934.

(*F.E.*, núm. 14, 12 de julio de 1934)

ASÍ SE GOBIERNA

MIENTRAS SOCIALISTAS Y SEPARATISTAS PREPARAN IMPUNEMENTE REBELIONES, NO SE DEJA EN PAZ A LOS QUE QUIEREN LA UNIDAD Y LA GLORIA DE ESPAÑA

Otra vez ha entrado la Policía en nuestro Centro –ya medio clausurado– y ha recorrido todas sus dependencias, como si albergasen los mayores peligros. Otra vez ha interrumpido la autoridad nuestro normal desenvolvimiento. Cuarenta y cuatro camaradas están en la cárcel y otros veintiuno pasaron veinticuatro horas detenidos. ¡Otra vez! Y así cada semana, cada dos semanas. Nuestros mítines, prohibidos; nuestros centros, clausurados; casi todos los gobernantes, reteniendo –contra ley– nuestros estatutos, ya aprobados por la autoridad central... Todos los procedimientos más refinadamente escogidos para aniquilarnos por el tedio ya que parecen convencidos de que no nos aniquilan por el terror.

El tedio, el aburrimiento, el desaliento, la desgana. Esas son las musas de los que dicen que nos gobiernan. ¡Triste charca la de nuestros días, en que parece ser ilícita toda resuelta fe! ¡Días putrefactos, dedicados a la monstruosa tarea de cortar las alas a España!

España; he ahí lo prohibido. Aquí y ahora no hay nada que se considere más vituperable que el proclamar la fe resuelta en España. Si se levanta la voz claramente, contra los manejos separatistas, se delinque. Si se rompe la cobarde conspiración de silencio que rodea a la insolencia de la Generalidad, se delinque. Si se mantiene viva una organización que predica una ambición histórica y una justicia social para España, se delinque. ¡Nadie hable a voces! Las voces molestan mucho a las juventudes (?) de la C.E.D.A., todas tan modosas, tan cautas, tan hábiles y tan dispuestas a transigir en todo, por santo que sea, con tal que les dejen compartir el mando, tras la cortina, con el señor Salazar Alonso.

La C.E.D.A., así, tras la cortina, promueve nuestras persecuciones. Las gentes de la C.E.D.A. son maestras en la insidia: no hay órgano mejor que sus periódicos para recoger y divulgar cuantas falsas especies pueden perjudicarnos. Pero eso no es bastante. La C.E.D.A. tiene, además, una grave deuda de envidia que saldar con nosotros. ¿No recuerdan ya los lectores aquella bufonada de El Escorial? Aquello fue llamado el Congreso de las Juventudes de Acción Popular. A fuerza de dinero y entre miles de guardias se apiñó una masa fofa, compuesta de ancianos venerables y juventudes lánguidas. Mientras tanto nosotros, contra viento y marca, tenemos una masa auténticamente joven, cada vez más nutrida, cuyo temple llena casi todos los días, para desesperación de envidiosos, la primera plana de los diarios. ¿Cómo nos lo van a perdonar los de la J.A.P. ni sus tutores?

Ya, ya sabemos quién inspira la persecución. Pero el goce magnífico de requemar de envidia a las gentes de Acción Popular no nos lo quita nadie.

* * *

Y ahora, lo más serio.

En toda España se está preparando un movimiento socialista en gran escala. Los socialistas tienen copiosísimos armamentos y la Policía ha tenido varias veces noticias de dónde se hallaban.

¿Por qué el señor Salazar Alonso, tan enérgico, no ha ordenado registros en los focos socialistas? Eso le parece difícil. En cambio, venir a pincharnos cada quince días a la calle del Marqués del Riscal es bien fácil y al ministro le parece lucido. Es muy brillante esto de hacernos la vida imposible a fuerza de registros y prohibiciones. Además, así se logra la seguridad de que no conservaremos ni un mal revólver para defendernos contra los que nos quieren asesinar. ¡Contra los que han asesinado ya a nueve de nuestros mejores!

* * *

¡Camaradas! Vivimos tiempos duros. Pasamos la prueba más difícil, que es la del tedio. No desmayéis. Pase lo que pase, muchos o pocos, la Falange Española de las J.O.N.S. seguirá su camino. ¡Adelante, camaradas! Y desde aquí nuestro mejor saludo para vosotros, los que estáis presos. Os hemos visto tras las rejas, magníficamente desgredados, astrosos, como las gentes de los Tercios, pero cantando a España. Ella encenderá sobre vuestros insomnios y sobre vuestras barbas sin afeite la claridad de las horas alegres que vendrán, pese al mundo.

(*F.E.*, núm. 14, 12 de julio de 1934)

GAMAS DE LA PERSECUCIÓN

Registro policíaco

El martes, hacia la una, estaban en nuestro centro de la calle del Marqués del Riscal unos cuantos, camaradas. Como se sabe, la parte del edificio destinada a oficinas de la Falange Española de las J.O.N.S. se halla clausurado hace tiempo sin que nadie sepa por qué. Pero dentro del mismo inmueble funcionan varias cosas más que ninguna autoridad ha suspendido: así, el Sindicato Universitario, la Bolsa de Trabajo, la oficina parlamentaria de nuestro compañero Francisco Moreno Herrera, las administraciones de J.O.N.S. y de FE. Por todos esos sitios, y por el jardín, y por el garaje, donde había una camioneta en reparación, se movían, como de costumbre, dos o tres docenas de camaradas.

En esto llegó la Policía; los guardias rodearon el edificio y penetraron en él cinco agentes. Dijeron traer mandamiento para registrar el edificio y, sin más, pusieron manos a la obra. No requirieron, como manda la ley, la presencia de testigo alguno; por sí y ante sí penetraron en todos los rincones del edificio. Apenas hubo mueble que no movieran ni, desde luego, puerta que no hiciesen abrir. Por ningún sitio aparecía nada punible. Cuando he aquí que algunos de los agentes bajan al sótano – solos siempre, sin testigo alguno– y suben con la noticia de haber hallado unos pequeños cartuchos de dinamita, del tamaño de cohetes, y un frasquito de líquido inflamable. Nada menos, pero nada más.

El que entra no sale

El aparato de guardias desplegado alrededor de nuestro centro despertó la curiosidad de algunos camaradas que acertaron a pasar por allí. Unos iban a preguntar cosas de la organización; otros, sencillamente, pasaban por la Castellana o por la calle del Marqués del Riscal. Naturalmente, al advertir que algo anormal ocurría en el centro, penetraban para informarse. El que penetraba ya no salía. Los guardias le dejaban entrar, como en una ratonera; pero no salir. Así se fueron reuniendo dentro de las verjas los setenta y tantos hombres que han sido después tan útiles para urdir la historia de una reunión clandestina.

Camiones de guardias

Contentos los agentes con su hallazgo de dinamita y líquido inflamable, ya que debía parecerles suficientemente comprometedor, los policías levantaron acta y pidieron que alguno de los presentes la firmase. Como es natural, todos se negaron. Nadie había visto encontrar los cartuchos y el frasco descubiertos por la Policía. Muchos estaban bien seguros de que tales cosas no existían allí una hora antes. Aunque la Falange tuviera explosivos y líquidos inflamables no iba a guardarlos en su propio centro, tan frecuentemente visitado por la Policía. Nadie, por todo ello, se avino a firmar el acta.

Tal actitud produjo no poca contrariedad a los agentes. Salió uno de ellos, consultó con la Dirección de Seguridad y al cuarto de hora aparecían en la calle del Marqués del Riscal cinco camiones de guardias de Asalto y un ejército de éstos con mosquetones.

Todos los que se hallaban en el centro, en número de sesenta y siete, fueron detenidos y obligados a subir a los camiones. Incluso los dos camaradas nuestros que tienen representación parlamentaria. A nosotros esto del fuero parlamentario no nos emociona: nos limitamos a relatar. Pero conste que nuestros dos compañeros diputados a Cortes fueron detenidos y subieron a los camiones con los demás, y con los demás estuvieron presos en los sótanos de la Dirección de Seguridad. Hasta las cuatro y media no se les dijo que podían irse, cosa que ellos no quisieron hacer entonces; pero hasta esa hora estuvieron encerrados. Unos cuantos papeluchos, que jamás dicen la verdad, han negado esto. Bastaría la negativa de esos papeluchos para que se supiese que la cosa es cierta.

Grandes hallazgos

Y ahora viene lo sorprendente. La Policía, que en un registro minuciosísimo, de más de hora y media, sólo había encontrado los cartuchitos de dinamita y el frasquito de líquido inflamable, es decir, aquellos objetos de tamaño lo bastante minúsculo como para ser transportados en el bolsillo, ahora, al quedarse sola en el hotel, ya sin testigos de ninguna especie, empezó a descubrir por todas partes, sin el menor esfuerzo, armas, explosivos, líquidos destructores y artefactos. A montones. Bombonas de líquido inflamable, una bomba de cuatro kilos con aparato de relojería, pistolas, revólveres: "Basta". De no haberlo dicho, nadie sabe las máquinas de guerra que hubiesen seguido encontrando los policías.

Presos

Los sesenta y siete detenidos fueron hacinados en los inmundos sótanos de la Dirección General de Seguridad. Nadie espere quejas de nosotros. Ni aquellos lugares infectos ni todas las molestias que en ellos y fuera de ellos tengamos que soportar se traducirán nunca en lamentaciones. Nuestros presos llenaron de alegría los calabozos.

Allí estuvieron hasta la madrugada. A las tres y a las cinco fueron enviados al Juzgado de guardia en dos expediciones; cada expedición protegida por un ejército de guardias con toda suerte de armamentos. Encerrados en los calabozos del Juzgado, fueron pasando ante el juez para declarar.

A la cárcel

Cerca de las dos, el juez de guardia decretó la libertad de veintiuno de los detenidos. El oficial del Juzgado llegó, con la lista de los libertados, ante la reja detrás de la cual se apiñaban todos. Fue leyendo los nombres y dando salida uno a uno. No faltaba emoción a aquellos instantes, en que cada uno asistía al azar de que su nombre fuera uno de los leídos. Al terminar su lista, el oficial dijo:

– Los demás, a la cárcel.

Y éstos, a una:

– ¡Viva España!

Dos delitos

Ahora resulta que en nuestro centro ha descubierto la Policía no uno, sino dos delitos: uno de tenencia de armas y explosivos y otro de reunión ilegal. Para poder componer éste se fue cazando, por el sistema contado arriba, a los sesenta y tantos que la Policía aprehendió. El juez ha comprobado –y por eso los ha puesto en libertad– que por lo menos veintiuno de los detenidos no estaban congregados en el local. Quedaban, por tanto, todo lo más, unos cuarenta, repartidos por todo el edificio y por el jardín. Grave reunión, como para poner en juego a todas las fuerzas de Policía.

Final

A estas horas siguen presos cuarenta y cuatro de nuestros camaradas. Acaso las autoridades busquen pretexto en los hallazgos de la Policía para agravar la campaña chinchorrero, mortificante, persistente, con que pretenden concluimos por aburrimiento. Se equivocan. Cada muestra de este estilo mezquino de lucha, típico de la hipocresía liberal, que concede derechos altisonantes para luego negarlos con subterfugios, nos afirma en la clara fe de que sólo en nuestro sistema puede hallarse la vida libre, digna, decorosa y alegre que queremos para nuestra Patria.

¡Camaradas perseguidos! ¡Camaradas presos! ¡Camaradas mortificados por poncios y monterillás! ¡Camaradas calumniados! ¡Camaradas mal entendidos! ¡Esta vida mezquina y putrefacta nos da la razón!

Adelante.

Todos juntos.

Con la Falange Española de las J.O.N.S.

¡Arriba España!

FE, núm. 14, 12 de julio de 1934.

EL CENTRO DE SEVILLA

Por saludar así, con el brazo en alto, al pasar la bandera ante sus locales, fue clausurado el 14 de abril nuestro centro de Sevilla. Por saludar así y porque nuestros camaradas sevillanos lanzaron al aire dos gritos subversivos: "¡Viva España!" y "¡Viva el Ejército!".

Ya es conocida la historia de su detención colectiva, de sus multas exorbitantes, de las ridículas versiones dadas por la Prensa de siempre y de las declaraciones del entonces gobernador de Sevilla, tan llenas de amenazas y de imprevisión, puesto que su vida de poncio sólo iba a durar dos meses más allá de la clausura.

Pero el centro sigue cerrado, a pesar de todas las reclamaciones. También en Sevilla se ensaya contra nosotros, pertinazmente, la política del aburrimiento. No importa: allá y aquí y en todas partes pasarán gobernadores y se esfumarán ministros en el anónimo de la mediocridad antes de que decaiga nuestro fervor para saludar, con el brazo en alto, a la España que llega.

FE, núm. 14, 12 de julio de 1934.

ESPAÑA ES IRREVOCABLE

LA UNIDAD DE DESTINO

Nadie podrá reprocharnos de estrechez ante el problema catalán. En estas columnas antes que en ningún otro sitio, y, fuera de aquí, por los más autorizados de los nuestros, se ha formulado la tesis de España como *unidad de destino*. Es decir, aquí no concebimos cicateramente a España como entidad física, como conjunto de atributos nativos (tierra, lengua, raza) en pugna vidriosa con cada hecho nativo local. Aquí no nos burlamos de la bella lengua catalana ni ofendemos con sospechas de mira mercantil los movimientos sentimentales –equivocados gravísimamente, pero sentimentales– de Cataluña. Lo que sostenemos aquí es que nada de eso puede justificar un nacionalismo, porque la nación no es una entidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos, sino *una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino*.

España es la portadora de la *unidad de destino*, y no ninguno de los pueblos que la integran. España es pues, la nación, y no ninguno de los pueblos que la integran. Cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en lo universal la justificación histórica de su propia existencia. Por eso España, el conjunto, fue la nación.

LA IRREVOCABILIDAD DE ESPAÑA

Hace falta que las peores deformaciones se hayan adueñado de las mentes para que personas que se tienen, de buena fe, por patriotas, admitan la posibilidad, dados ciertos requisitos, de la desmembración de España. Unos niegan licitud al separatismo porque suponen que no cuenta con la aquiescencia de la mayoría de los catalanes. Otros afirman que no es admisible una situación semiseparatista, sino que hay que optar –¡qué optar!– entre la solidaridad completa o la independencia. "O hermanos o extranjeros", dice "ABC", y aún afirma recibir centenares de telegramas que le felicitan por decirlo. Es prodigioso –y espeluznante– que periódico como "ABC", en el que la menor tibieza antiespañola no ha tenido jamás asilo, piense que cumple con su deber al acuñar semejante blasfemia: "Hermanos o extranjeros"; es decir, hay una opción: se puede ser una de las dos cosas. ¡No! La elección de la extranjería es absolutamente ilícita, pase lo que pase, renuncien o no renuncien al arancel, quiéranlo pocos catalanes, muchos o todos. Más aún terminantemente: *aunque todos los españoles estuvieran conformes en convertir a Cataluña en país extranjero, sería el hacerlo un crimen merecedor de la cólera celeste*.

España es *irrevocable*. Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es *nuestra*, como objeto patrimonial; nuestra generación no es dueña absoluta de España; la ha recibido del esfuerzo de Generaciones y generaciones anteriores, y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar.

Las naciones no son *contratos*, rescindibles por la voluntad de quienes los otorgan: son *fundaciones*, con sustantividad propia, no dependientes de la voluntad de pocos ni muchos.

MAYORÍA DE EDAD

Algunos han formulado la siguiente doctrina respecto de los Estatutos regionales: no se puede dar un Estatuto a una región mientras no es *mayor de edad*. El ser *mayor de edad* se le nota en los indicios de haber adquirido una convicción suficientemente fuerte de su *personalidad propia*.

He aquí otra monstruosidad ideológica: se debe, con arreglo a esa teoría, conceder su Estatuto a una región –es decir, aflojar los resortes de la vigilancia unitaria– cuando esa región ha adquirido suficiente conciencia de sí misma; es decir, cuando se siente *suficientemente desligada* de la personalidad del conjunto. No es fácil, tampoco ahora, concebir más grave aberración. También

corre prisa perfilar una tesis acerca de *qué es la mayoría de edad regional acerca de cuándo deja de ser lícito conceder a una región su Estatuto*.

Y esa mayoría de edad se nota, cabalmente, en lo *contrario* de la afirmación de la personalidad propia. Una región es mayor de edad *cuando ha adquirido tan fuertemente la conciencia de su unidad de destino en la patria común, que esa unidad ya no corre ningún riesgo por el hecho de que se aflojen las ligaduras administrativas*.

Cuando la conciencia de la unidad de destino ha penetrado hasta el fondo del alma de una región, ya no hay peligro en darle Estatuto de autonomía. La región andaluza, la región leonesa, pueden gozar de regímenes autónomos, en la seguridad de que ninguna solapada intención se propone aprovechar las ventajas del Estatuto para maquinan contra la integridad de España. Pero entregar Estatutos a regiones minadas de separatismo; multiplicar con los instrumentos del Estatuto las fuerzas operantes contra la unidad de España; dimitir la función estatal de vigilar sin descanso el desarrollo de toda la tendencia a la secesión es, ni más ni menos, un crimen.

SÍNTOMAS

Todos los síntomas confirman nuestra tesis. Cataluña autónoma asiste al crecimiento de un separatismo que nadie refrena: el Estado, porque se ha inhibido de la vida catalana en las funciones primordiales: la formación espiritual de las generaciones nuevas, el orden público, la administración de justicia.... y la Generalidad, porque esa tendencia separatista, lejos de repugnarle, le resulta sumamente simpática.

Así, el germen destructor de España, de esta unidad de España lograda tan difícilmente, crece a sus anchas. Es como un incendio para cuya voracidad no sólo se ha acumulado combustible, sino que se ha trazado a los bomberos una barrera que les impide intervenir. ¿Qué quedará, en muy pocos años, de lo que fue bella arquitectura de España?

¡Y mientras tanto, a nosotros, a los que queremos salir por los confines de España gritando estas cosas, denunciando estas cosas, se nos encarcela, se nos cierran los centros, se nos impide la propaganda! Y la insolencia separatista crece. Y el Gobierno busca *fórmulas jurídicas*. Pero piense el Gobierno que si España se le va de entre las manos, no podrá escudarse tras de una excusable negligencia. Cuando la negligencia llega a ciertos límites y compromete ciertas cosas sagradas, ya se llama *traición*.

(F.E., núm. 15, 19 de julio de 1934)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN CALLOSA DE SEGURA (ALICANTE) EL DIA 22 DE JULIO DE 1934

Habréis podido observar que en los actos públicos de propaganda política los oradores, por regla general, vienen a pedir algo, a hacer público promesas halagadoras o a excitar sus pasiones; nosotros, por el contrario, donde vamos en nuestra cruzada, sufriendo molestias, venciendo obstáculos y aun arrojando peligros, sólo hablamos de nuestra fe en España, y su destino, y sólo aspiramos a infiltrar esa fe y esa creencia en quienes nos escuchan. Porque es triste y angustioso ver cómo los españoles consumen sus energías en luchar unos contra otros, pensando sólo en solventar entre sí odios y rencores, con olvido de España, a la que tratan de rendir y aniquilar.

Por fortuna, esto no es posible lograrlo en una nación de muchos siglos de existencia, y cuyo sentido de unidad ha perdurado siempre, aun en épocas de fragmentación territorial, en las cabezas de nuestros reyes, santos y pensadores, ni con una nación de tal contextura espiritual que, al descubrir para la Humanidad un nuevo continente, lejos de abusar de su poderío y explotar a los indígenas, empieza por declararlos iguales a los españoles.

Mas España comienza a perder su propio estilo y personalidad cuando por obra de las doctrinas rousseanianas y de la Revolución francesa, surgen las divisiones en territorios y regiones; cuando, por no mirarse de frente a España, abarcándola total y absolutamente, sino desde un punto de vista particular de clase o de interés, nacen los partidos políticos; esto es, cuando se niega la existencia de ciertas verdades permanentes, se admite la teoría absurda de que las sociedades políticas son consecuencia de un pacto expresado mediante un sufragio.

Además, estas teorías, al proclamar también la libertad económica, hacen creer ilusoriamente a los obreros que son libres para contratar con el patrono sus condiciones de trabajo, cuando en realidad lo que hacen es sancionar la mayor de las injusticias al dejar frente a frente al fuerte contra el débil, obligando a éste, por sus necesidades, a aceptar las imposiciones de aquél.

De esta situación injusta, y por un espíritu de legítima defensa en la clase trabajadora, surge el socialismo, que ¡en pronto sus dirigentes le hacen perder sus primitivas características para convertirlo en un medio de ventajas y medros personales.

Se nos tacha de que no somos obreros, y precisamente ese es nuestro mayor mérito: el de combatir un Estado como el actual, en el que por nuestras condiciones sociales solamente hemos de disfrutar de beneficios, y defender la implantación de otro Estado en el que la vida para nosotros habrá de ser mucho más dura.

Nosotros no podemos consentir que los obreros continúen envenenados por odios y rencores, ni podemos resignarnos a vivir en una España sin fe, dividida en ideas, partidos y clases; por eso predicamos la creencia en España, en su inmortalidad y en su universal destino.

También se nos critica y se nos acusa de emplear procedimientos y doctrinas de otros países, tachándonos de imitadores y se nos tilda de fascistas.

A los que tal dicen hemos de contestar que si por fascistas se entiende aquellos hombres que tienen una fe y una creencia en sí mismos y una fe y una creencia en su Patria, como algo superior a la suma de individuos, como una entidad con vida propia, independiente, y con una empresa universal que cumplir, efectivamente, lo somos. Pero rechazamos tal calificativo si se cree que para ser fascista basta la parte externa, los desfiles, los uniformes, los actos espectaculares más o menos decorativos. Por eso la salvación de España está en nosotros mismos directamente, sin mediaciones de los partidos políticos, ni de los diputados, ni de nadie más que nuestro esfuerzo y voluntad.

Termina diciendo que se tacha de asesinos a unos hombres que no hacen otra cosa que predicar su amor a España; lo que sucede es que predicamos y encendemos ese amor, no de una manera blanda, suave, sino resuelta, enérgica y viril, estando dispuestos por ese amor a ofrecer el sacrificio de nuestra sangre. (*La Nación*, 23 de julio de 1934)

PRIMO DE RIVERA DICE QUE EL 14 DE ABRIL ES UN HECHO HISTÓRICO QUE HAY QUE ACEPTAR.– Y CREE QUE ACCIÓN POPULAR ES COMO LA LECHE ESTERILIZADA, QUE NO TIENE MICROBIOS. PERO TAMPOCO VITAMINAS

Barcelona, 13 de agosto.—La Rambla publica esta noche una interviú que su corresponsal especial en Madrid ha celebrado con don José Antonio Primo de Rivera.

Al preguntarle cómo ve el momento político que atraviesa la República, ha dicho:

— La situación en que se encuentra el país con la República es de una enorme e irresponsable frivolidad. El 14 de abril de 1931 se abrió un proceso revolucionario, y los procesos revolucionarios han de tener su desenlace. Se ha de cumplir su ciclo completo. Yo no he de expresar mi simpatía o antipatía por el 14 de abril. Es un hecho histórico que hay que aceptar, del cual se han deducido consecuencias importantes. Al examinar estos temas no se puede prescindir del reconocimiento de la realidad. Aquel movimiento tenía, como todo cambio, una serie de cosas; entre otras, el hecho de haber logrado la unanimidad nacional y el entusiasmo del pueblo por la realización de una misión colectiva. El fenómeno más destacado de aquel movimiento fue la actitud de las fuerzas obreras, hasta entonces internacionalistas, al incorporarse a una empresa de tipo nacional. Las dos características fundamentales del movimiento eran la fusión de todos los frentes políticos y la promesa de profundas transformaciones en el terreno social. España tiene el destino de no poder dormirse para poder ser una nación. Es algo gloriosamente trágico. España necesita resolver el sentido de su destino, unir en una ambición común y en un esfuerzo nacional la variedad disgregatoria de los pueblos que la forman. Si cayera de pronto el Poder en mis manos, creo que precisaría proceder a una revisión a fondo de la organización económica.

Considera necesaria la repoblación forestal en grandes extensiones.

Entre los que forman Falange Española se han desplazado elementos revolucionarios de los campos más diversos, la mayoría pertenecientes a la clase media, muy modesta, proletarios y estudiantes. En cuanto a las antiguas fuerzas de la Unión Patriótica, dice que, en un principio, muchas de ellas se inscribieron en Falange Española, pero después se han convencido que éste no era su puesto.

Al ser interrogado sobre si un día en que las derechas monárquicas y el señor Gil Robles se lanzaran a un movimiento para implantar la dictadura, se uniría a ellos, contestó que ni él ni la organización participarían en el movimiento, como no participaron en el 10 de agosto.

— ¿Y si hubiera un golpe socialista?

— Tampoco nos uniríamos a los rebeldes.

Con relación a la situación de Alemania, dice que el hitlerismo no es fascismo. Es antifascismo, la contrafigura del fascismo. El hitlerismo es la única consecuencia de la democracia, una expresión turbulenta del romanticismo alemán. En cambio, Mussolini es el clasicismo, con sus jerarquías, sus secuelas y, por encima de todo, la razón.

— ¿Cómo juzga la obra de su padre?

— Mi padre abrió el período de la dictadura y afrontó el cambio de Estado. Pacificó Marruecos; pero no cerró el proceso abierto.

— ¿Habría hecho, pues, bien su padre en irse cuando terminó lo de Marruecos?

— Creo que habría hecho bien. Abrió un proceso revolucionario, y no lo cumplió hasta el final.

— ¿Qué opinión le merece Acción Popular?

– Me parece como la leche esterilizada: que de tan pura que es no tiene, en efecto, microbios; pero tampoco tiene vitaminas.

Luz, de Madrid, 14 de agosto de 1934.

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN SANTANDER, EN EL ATENEO, EL MIÉRCOLES 14 DE AGOSTO DE 1934

Un público numeroso, entre el que predominaba el elemento joven, acudió ayer al Ateneo de Santander, cuya tribuna ocupó el diputado a Cortes don José Antonio Primo de Rivera. El salón de actos de la docta casa se vio con este motivo abarrotado de gentes de todas las clases sociales.

El señor Primo de Rivera fue presentado al auditorio por el presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas de; Ateneo, señor Nardiz, en un breve y sencillo discurso de bienvenida.

El orador, cuya palabra es concisa, sirviendo a un pensamiento tan perfilado, se expresa con esa sencillez con que las ideas claras deben exponerse. Y sus ideas diáfanas son los resultantes de un estudio filosófico de la Historia, con una adaptación admirable, por su precisión, al momento actual del mundo.

Hace ya bastantes años —comienza diciendo—, cuando yo empezaba a deletrear, los tiempos no encerraban preocupaciones, porque no se venteaba la tragedia. Había llegado el mundo a un estado de febril impaciencia tal, que se hablaba de lo que iba a ser el año dos mil. El año dos mil no ha llegado, y el panorama resulta ya totalmente distinto.

Si bien la verdad es una. No es una ni continua la secuencia; la Historia marca una curva que va de las edades clásicas a las edades medias. Las edades clásicas se conocen en su fondo, porque son aquellas que están conformes a sí mismas, de acuerdo con una dirección constante. Las edades medias no tienen conformidad consigo mismas, y durante ellas se registra una constante apetencia de una norma para el futuro. Entre aquéllas y éstas se produce una transición que no puede ser por descenso. El descenso de la plenitud clásica al período medio no es normal, a menos que se interponga una catástrofe: una invasión de los bárbaros.

El señor Primo de Rivera pone el ejemplo de las antiguas civilizaciones y se detiene especialmente a estudiar el Imperio romano en su desarrollo, su plenitud y la llegada de los bárbaros. La decadencia de Roma había comenzado hacía un siglo, porque el Imperio había perdido su explicación íntima. Aquel esfuerzo magnífico de la civilización romana era una cosa perfectamente concluida, y sólo le quedaba para sobrevivir a la decadencia total el recurso de volver a la vida interior; pero ¿qué vida interior tenía el ciudadano de Roma? Poco antes de sobrevenir la ruina total llegó Séneca, que contempló aquella masa insuperable y se sintió abrumado, buscando las perspectivas de tanta grandeza en su propio yo interior.

Don Pedro Sainz Rodríguez nos dice que la decadencia de España comenzó cuando los españoles vimos a España como un objeto de observación. Pues bien: imaginaos a Séneca, unidas en él las facultades de filósofo y de español, refugiándose en la impasibilidad del estoicismo; pero en un estoicismo sin efusión, no bastante fuerte, porque era pagano, para destruir los cimientos de la grandeza romana. Hasta que llegó el Cristianismo, que tenía un fondo oriental ascético, el Cristianismo de los catecúmenos que se guarecía y crecía en el subsuelo de Roma. Vino y empezó a señalar la disidencia entre aquella arquitectura de la Roma terminada y la tragedia interna de cada ciudadano, porque sus virtudes operantes no podían crear las normas nuevas del futuro.

Resistió a las primeras invasiones de los bárbaros; pero era necesario que viniera un hecho innegable que pusiera el ex-libris al magnífico trazado del Imperio. Se cumplía ese principio incuestionable de que las edades clásicas no caen sin más ni más.

Al derrumbarse una civilización se produce una especie de barbecho histórico en que comienzan a operar las fuerzas de la edad clásica del porvenir.

Con la Edad Media surgen los castillos y las grandes catedrales góticas, y comienza a hablarse de la unidad de las sociedades. Santo Tomás de Aquino da hechura al sistema filosófico de la Edad Media. Considera que todo procede de Dios, incluso el poder político, y ve esto como una consecuencia natural del hombre que vive en sociedad y necesita agruparse. Santo Tomás coloca la

pedra angular del Derecho en la idea del fin: los que gobiernan, gobiernan para un fin: el bien de la comunidad.

Ya está todo en orden, y casi se llega a una edad clásica con el orden establecido entre los hombres. El nuevo Imperio llena el orgullo de todos nosotros, porque se instaura con el nombre de España. España en el siglo XVI es el brazo ejecutor de Dios; todo está claro y se remite a una unidad constante. España sabe que está sirviendo a una unidad y por eso puede un español ilustre (don Ramiro de Maeztu) explicarnos cómo los españoles buscaban esta inmensa obra de la unidad del mundo como un signo completo de que España logró la plenitud de una edad clásica.

¿Cuándo empieza la descomposición que se inicia con la madurez? Spengler dice que en 1730. Yo creo que fue treinta años más tarde, cuando se unieron cuatro cosas como principales elementos disolventes de la edad clásica: en primer lugar, el pensamiento rousseauniano. Rousseau fue a refugiarse en la vuelta a la Naturaleza como un alivio ante aquella masa gigantesca del orden establecido. Y quiso construir un sistema político que le librara de tanto agobio, refugiándose en la idea del Contrato Social.

Analiza el pensamiento rousseauniano de la soberanía y dice que el ginebrino no era un decidido partidario del sufragio universal, es decir, del imperio de los más sobre los menos, sino que lo aceptaba como una conjetura de que el deseo de los más era el más justo por sí mismo, sin sujetarse a normas permanentes.

Luego vienen los economistas con su sistema de fuerzas operantes que no eran un determinante en la Historia.

El tercer factor es el de una sociedad que perdió la fe en sí misma y no cobró otra porque todo lo que se le daba como sustituto era una crítica acerba.

Esa sociedad comenzó ironizándose a sí misma.

Por último, el factor del progreso mecánico. La Humanidad, que había perdido las referencias permanentes, se creyó fuerte y empezó a soñar en una perfección material y pensaba ya en lo que sería el mundo en el año dos mil. Pero no llegó la Arcadia prevista. Llegó el año 1914 con la guerra, y la guerra aceleró este progreso en la descomposición de la madurez. Y en este momento el mundo orgulloso de los siglos XVIII y XIX no encuentra solución a un problema, el problema social. El incremento del maquinismo creó el problema, porque cuando los mercados del mundo estaban sin saturar, el mundo se dedicó al progreso de la máquina y llegó un día en que la capacidad adquisitiva estaba colmada.

Además se produjo el fenómeno de la proletarianización de las masas.

Trata de la emigración del campesino a la ciudad, donde encontraba fácil acomodo a su esfuerzo físico, y por qué las gentes del campo fueron olvidadas por los líderes del socialismo. A los conductores de la masa proletaria —y esto puede decirse sin salirse de la objetividad de la crítica— les tenía sin cuidado el campesino. Les preocupaba más la organización y el estudio de las masas de proletarios con vistas a la revolución social. Y así Marx y Engels, a los tres años de publicar su Manifiesto, no tardan en descubrir en su propia correspondencia la finalidad perseguida, y Engels dice a su colaborador: ¿Pero qué hace la chusma, que no hace la revolución?"

Los líderes querían especular con la desesperación de las masas para llevarlas a la revolución social obrera, y los mismos directores de los movimientos revolucionarios aprovecharon su dominio para acelerar la ruina económica del mundo.

Después el señor Primo de Rivera trata del momento presente. Ahora —dice—, en 1934, nos encontramos con el mundo desorganizado material y espiritualmente. Ha perdido la fe en los sustitutos del derecho de gentes y ya nadie cree en la soberanía nacional, ya nadie cree en los principios de la Revolución francesa.

¿Cómo puede desembocar el mundo en una nueva Edad Media? Para que empiece necesitamos que se nos presente a la vista una nueva invasión de los bárbaros.

Rusia está ahí con sus cuatro millones de soldados y lo suficientemente cerca para intentar un paso por Alemania hacia la civilización de Occidente. Dice el orador que Alemania puede caer en el comunismo, y entonces sí que tendríamos a los bárbaros avanzando por el camino que les señaló la Historia en otras épocas. Y esto es apremiante y no es una fantasía.

Habla de los experimentos italiano y alemán, estableciendo sus diferencias esenciales. Italia es lo clásico; aquel experimento está al servicio de unas normas clásicas, estables, y es a la hora presente la salvaguarda de los principios occidentales. Lo italiano es todo razón y pensamiento y programa. Alemania es el experimento romántico, es el pueblo, la raza que se entrega a un último esfuerzo desesperado de salvación.

Entonces, preguntamos, ¿es que el mundo va a desaparecer?

Pudiera quedar contestada esta pregunta con la experiencia de la Historia. Roma está llevando a cabo un esfuerzo con todo sentido, tendiendo un puente entre los restos de la edad que se derrumba y la nueva civilización que va a surgir. La invasión de los bárbaros tiene dentro de sí el fermento de una nueva civilización. En el comunismo hay muchos ingredientes que no se pueden abolir; pero trae, además, una fuerza arrolladora de destrucción. Así, pues, si nos adelantamos a lo que va a ser el nuevo camino del futuro histórico, podemos tender un puente para empalmar los restos de una civilización en plena decadencia con los principios de la nueva, construyendo la arquitectura del nuevo sentido de la vida. Este es el esfuerzo inmenso que tiene que acometer la Humanidad, recogiendo de la edad futura lo que traiga de constructivo y salvando de la antigua todos los restos gloriosos.

Es muy posible –termina diciendo el señor Primo de Rivera– que a nuestra generación le corresponda una misión dura: la del regimiento de retirada., que puede hasta perecer en la lucha; pero al que aguarda la gloria del holocausto.

El orador, que había sido interrumpido numerosas veces durante su conferencia por los aplausos, recibió, al terminar, una frenética ovación.

El Diario Montañés, de Santander, 15 de agosto de 1934.

DISCURSO PRONUNCIADO EN PAMPLONA, EN EL CENTRO LOCAL DE FALANGE, EL 15 DE AGOSTO DE 1934

"Unidad frente a nacionalismo"

De esta reunión tenemos que salir con el propósito resuelto de constituirnos cada uno en un propagandista. Y tenemos que hacer la propaganda de dos maneras: una, con la ejemplaridad de nuestra conducta; otra, con la difusión de unas cuantas ideas que voy a tratar de precisar.

Nuestro Movimiento es el único Movimiento completo; el único que mira todo el problema de España en su integridad, de frente. Los demás son movimientos sesgados, que ven a España desde puntos de vista parciales. Como ejemplo de estos movimientos incompletos, los que más pueden interesar en esta región son el nacionalismo y el socialismo. Hay que hablar un poco acerca de ellos.

El nacionalismo eleva las características nativas (lengua, costumbres, paisaje) a esencias nacionales. Se empeña en considerar que son las características nativas lo que constituye una nación. Y no es eso: las naciones son aquellas unidades, de composición más o menos varia, que han cumplido un destino universal en la Historia. La unidad de destino es la que une a los pueblos de España. Y entendida España así, no puede haber roce entre el amor a la tierra nativa, con todas sus particularidades, y el amor a la Patria común, con lo que tiene de unidad de destino. Ni esta unidad habrá de descender a abolir caracteres locales, como ser, tradiciones, lenguas, derecho consuetudinario, ni para amar estas características locales habrá que volverse de espaldas –como hacen los nacionalistas– a las glorias del destino común. ¿Qué amor al pueblo vasco es el de esos nacionalistas que colocan el apego a la tierra sobre el orgullo de los nombres vascos que hicieron retumbar el mundo con sus empresas bajo el signo de España?

El socialismo es también un movimiento incompleto. En vez de considerar a un pueblo como una integridad, lo mira desde el punto de vista de una clase en lucha con otras. Y lo que quiere no es mejorar la suerte de la clase menos favorecida, sino aprovechar sus torturas para agitarla por el camino de la revolución social. Así el movimiento socialista tiende a la proletarianización de los obreros, es decir, a borrar las diferencias entre obreros incalificados y obreros calificados, con objeto de impedir que éstos destaquen de la masa propicia a la revolución; desdeña, además, al pequeño campesino autónomo, cuya vida es, a veces, mucho más dura que la del obrero; pero que no le sirve al socialismo para su revolución, y provoca, por último, con huelgas políticas la ruina de las industrias, porque lo que quiere es masas de proletarios sin trabajo, desesperados, que declaren la revolución. En las cartas cruzadas entre Marx y Engels, los autores del "Manifiesto comunista", se habla de los obreros llamándoles "la canalla destinada a hacer con sus puros la revolución".

Como el socialismo sólo busca la revolución social, hace del hombre una helada máquina de angustia y de odio, desligado de todo sentimiento: la religión, la Patria, la familia, el pudor mismo, son extirpados del obrero como sentimientos burgueses.

Frente a esos movimientos incompletos sólo el de Falange Española de las J.O.N.S. contempla al pueblo en su integridad y quiere vitalizarlo del todo: de una parte, implantando una justicia económica que reparta entre todos los sacrificios, que suprima intermediarios inútiles y que asegure a millares de familias paupérrimas una vida digna y humana. Y, de otra parte, compaginando esa preocupación económica con la alegría y el orgullo de la grandeza histórica de España, de su sentido religioso, católico, universal, de sus logros magníficos, que pertenecen por igual a los españoles de todas clases.

Si fundimos estas dos cosas, lo nacional, con todo lo que esto envuelve, y lo social, con todo lo que esto exige, nos cabrá la gloria de legar una España grande a los que nos sucedan.

(Breve "Discurso de la Unidad Española", pronunciado por José Antonio en Pamplona el 15 de agosto de 1934, en el Centro local de Falange, instalado en el paseo de Valencia. La fotocopia autógrafa apareció en ¡Arriba España!, de Pamplona, y fue reproducido por vez primera en la revista Jerarquía, de Pamplona, número de octubre de 1937). *Pueblo Vasco*, San Sebastián, 17 de agosto de 1934.

JOSÉ ANTONIO NO VERANEA

Del reportaje "Cómo veranean los políticos". (El señor Primo de Rivera nos ha enviado estas cuartillas.)

"Me levanto temprano, hacia las ocho, lo más tarde. La casa de Chamartín está deliciosa a esa hora. Por las ventanas entra un aire limpio y fresco. Tomo mi desayuno, leo los periódicos y empiezo los primeros trabajos. En la calma de Chamartín es posible aprovechar el tiempo. Pero hacia las diez y media tengo que irme a Madrid, al despacho. Y a las once, poco más o menos, empieza el vértigo de todos los días: visitas, cartas, telefonazos, consultas... Lo más temible es que mi tarea no es una tarea determinada, sino un conjunto de mil cosas distintas, que acaban por volverle a uno loco. Siempre han dado las dos y media cuando vuelvo a almorzar a Chamartín. Después de almorzar, otra vez al despacho. Hacia las siete me quedo solo. De siete a nueve y cuarto o nueve y media es cuando me dejan trabajar. Y se acabó el día. Pero como se han quedado tareas pendientes, no hay manera de pensar aún en vacaciones. Tal vez pueda veranear unos días en octubre; lo mismo que nunca encuentro tiempo para ir a patinar a la Sierra hasta que se ha fundido la nieve. ¡Veranear! Si pudiera hacerlo sería feliz, no por el descanso, sino por el orden. Esta será mi aspiración frustrada toda la vida: veranear en verano, invernar en invierno; no tener más cartas que las precisas y comer a unas horas razonables."

Estampa, Madrid, 18 de agosto de 1934.

DE FRENTE A UN NUEVO AÑO

Los años, en nuestra tierra, hay que contarlos de otoño a otoño; de San Miguel a San Miguel. Sobre todo los años políticos. El verano es demasiado duro para no interrumpir la vida política. Todo, durante él, se apaga y se dispersa. Pero el verano de este año en que vivimos se acerca a su término. Pronto empezará, con San Miguel, un nuevo lapso actual. ¿Cuál es la tarea que en este año nuevo corresponde a la Falange Española de las J.O.N.S.?

Si miramos en torno no hay detalle que no nos confirme en la clara convicción de siempre: *España no tiene más que un camino, y ése es el nuestro*. Fuera de él todo es agotamiento y confusión. No hablemos del Gobierno centro, cuyo jefe aseguran que es el señor Samper. Este Gobierno *de mírame y no me toques* no soportará los primeros fríos. Tal vez le sucedan otros ensayos semejantes a él: algún Ministerio presidido por don Cirilo del Río, o por don Melquiades Álvarez. Pero ése también durará poco. Para fin de año lo más tarde, el presidente de la República tendrá que optar entre confiar el Poder a las izquierdas (Martínez Barrios, Sánchez Román) o a las derechas (Gil Robles, Martínez de Velasco).

Pero por acción de una y otra parte: las derechas, triunfantes en las urnas el 19 de noviembre, han defraudado las esperanzas. A toda una masa popular no se le puede pedir distingos y sutilezas; ella sólo sabe, porque así se lo han dicho, que las derechas ganaron las elecciones de noviembre y que, por tanto, *mandan*. Si no mandan habiendo podido mandar, la cosa es más grave todavía, porque arguyen grave indecisión. Pues bien: el último período político, transcurrido bajo el signo de las derechas, ha sido de una desoladora esterilidad. No ya en los resultados, sino, lo que es peor, en la temperatura y en el tono. España va trampeando su suerte; pero no ha sentido ni las primeras sacudidas en su viejo fondo histórico y popular. Todos sus magníficos resortes espirituales siguen en desuso. Ha habido regateos en el detalle, pero las derechas no han querido, o no han podido, lanzar la gran palabra del entusiasmo.

Pues ¿y las izquierdas? Las unas –Martínez Barrios, Sánchez Román, Azaña– ya se han desligado por completo de toda emoción española. No hay movimiento separatista, por ejemplo, que no cuente con su aquiescencia. Toda la sustancia masónica, heladamente sectaria, antinacional, parece nutrirlas.

La República que nos prometen sería una República con todos los defectos y todas las falsedades que ha tenido que soportar durante los últimos años la admirable vitalidad del pueblo francés. Entre las logias, la justicia más mediatizada que nunca por la política, la sequedad espiritual y alguno que otro *affaire* a la francesa, ¿qué sería de España? Y en cuanto a las otras izquierdas –el socialismo–, nadie podrá abrigar la mínima esperanza. En el socialismo, fuera de dos o tres ideólogos cada vez menos influyentes, sólo hay dos clases de elementos a cuál menos estimables: un equipo de viejos zorros duchos en picardías políticas y habituados a los mismos burgueses, y una masa rencorosa cada vez más cerrada a toda sensibilidad espiritual, bolchevizada, encendida de rabia por una Prensa inmundia y a la que se prepara para la revolución por medio de los drogas más adecuadas: el materialismo, el desnudismo y el amor libre. Para los marxistas, el obrero no es interesante sino como carne de revolución; por eso su campo de cultivo es el proletariado urbano, siempre más rencoroso y más imputo. El marxismo es una organización para el envenenamiento de las masas, que hay que extirpar implacablemente.

Tal es el panorama de España: un Gobierno centro que languidece en su consunción; unas derechas faltas de fe y de empuje; unas izquierdas antinacionales. Y, olvidada, España. Esa España que en medio de tantos gritos, aguarda la revolución verdadera: la que le devuelva un quehacer histórico interesante y grande, y la organice de arriba abajo de una manera justa; la que acabe con el escepticismo, con el hambre de tantos y con el lujo parasitario de unos pocos. Esa es la nuestra. Si seguimos animosos y unidos, si reiteramos cada día el voto de sacrificio que sellaron con sangre nuestros mártires, ¡qué gran año, camaradas, puede ser el 1935 para nosotros y para España!

JOSÉ ANTONIO

(*Libertad*, de Valladolid, 27 de agosto de 1934)

DECLARACIONES DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA EN BILBAO

José Antonio Primo de Rivera, jefe de Falange Española de las J.O.N.S., se entrevistó en esta villa con los dirigentes del Movimiento en la región vascongada, recogiendo informes detallados de la aguda crisis de trabajo y también de la maniobra marxista–separatista que hace sonrojar a España entera.

Considera que el proceso de desintegración nacional intensificado y favorecido durante el bienio de Azaña, sigue su curso ininterrumpido.

Cree harto llegada la hora de que España reflexione seriamente y se incorpore en un solo Movimiento de resurgimiento de unidad nacional y de justicia social, capaz de extirpar de una vez para siempre los afanes separatistas, privándolos de sus pretextos.

El Pueblo Vasco, de San Sebastián, 28 de agosto de 1934.

UN CONSEJO NACIONAL DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Por acuerdo de la Junta de Mando, celebrado el 28 de agosto último, con asistencia de los jefes nacionales, José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega, se ha decidido convocar a un Consejo Nacional que apruebe los Estatutos definitivos de la Organización, elija el jefe o los miembros de la Junta de Mando (según se opte por el mando único o plural), y fije unos puntos esenciales de doctrina política y de organización.

Formarán parte de este Consejo Nacional los que hasta ahora fueron miembros de la Junta de Mando, el secretario general, los jefes de servicios, un representante de cada región y una veintena de militantes, designados nominalmente por la Junta de Mando en la misma sesión del 28 de agosto.

Hasta la reunión del Consejo, que se celebrará en los días 4 al 7 de octubre próximo, queda en suspenso la actuación de la Junta de Mando y del Triunvirato Ejecutivo Central, que venía actuando por delegación suya y todas las facultades de uno y otro son asumidas por el presidente del Consejo Nacional, José Antonio Primo de Rivera.

La Nación, 3 de septiembre de 1934.

OCTAVILLA QUE REPARTIÓ FALANGE ESPAÑOLA EN SEPTIEMBRE DE 1934, ANTES DE LA HUELGA REVOLUCIONARIA

El paro ha sido posible por la conducta débil y de pacto del Gobierno y por el miedo y egoísmo de todos. Una minoría audaz se impone. ¿Vais a consentir esta vergüenza? Con vuestra ayuda, Falange Española de las J.O.N.S. con el Gobierno, o a pesar del Gobierno, se compromete a terminar con la huelga definitivamente en veinticuatro horas. ¡Que cada cual cumpla con su deber!

(Joaquín Arrarás Iribarne: *Historia de la Cruzada española*, t. VI, pág. 104.)

UN LLAMAMIENTO APREMIANTE DE LA FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Falange Española de las J.O.N.S. inicia un nuevo año de actuación política en un grado de crecimiento, de actividad y de peligro como no hubiera sido posible calcular hace pocos meses. No sólo ha nutrido por todas partes sus cuadros de militantes entusiastas –con entusiasmo que España desde hace años desconocía–, sino que está ya metida de lleno en una actuación social profunda, de la que depende, a la larga, la implantación de un orden más justo, y a la corta, la sustracción de las masas proletarias al poderío de las organizaciones que las manejan para turbios fines políticos.

Pero Falange de las J.O.N.S. se encuentra en una desproporción agobiante entre sus empeños de actividad, ya en triunfante marcha, y la escasez de sus medios económicos. Todas son dificultades en este aspecto, porque ni la posición de la inmensa mayoría de los militantes puede proporcionar grandes cantidades por cuotas, ni pasan de muy pocos los que, pudiendo contribuir con su fortuna –ya que no con su riesgo– a los propósitos que la Falange persigue, se avienen a hacerlo sin intentar, por unas pesetas, la mediatización humillante del Movimiento, o la explotación para fines extraños de cuanto el Movimiento ha logrado encender, a golpe de abnegación y a costa de vidas magníficas, entre las filas jóvenes de España.

Falange Española de las J.O.N.S., en el trance, ni piensa desviarse en lo más mínimo de su sentido nacional–sindicalista auténtico y enérgico ni piensa renunciar, con medios o sin medios, a seguir su tarea, que juzga decisiva para España. Pero es lamentable, y aun irritante, que quienes, por bien de todos, han ocupado las primeras filas en la lucha con la antipatria, sin regateo de fatiga ni de peligro, tengan, además, que habérselas con una penuria que acogota las posibilidades de actuación y multiplica trágicamente los riesgos.

Por eso, Falange Española de las J.O.N.S., sin embozo, lanza un llamamiento a todas partes para que, con la máxima urgencia, cuantos no consideren inútil su esfuerzo, Participen en él con un auxilio pecuniario. Grandes o pequeños, todos los donativos serán recibidos con gratitud. Lo que se encarece es la prontitud de los envíos, ya que las circunstancias apremian implacablemente.

En cuanto a los militantes, todos los de España, sin excepción, aun de aquellos a quienes cueste un sacrificio que la Falange impone, enviarán, directamente a Madrid, antes del 20 de este mes, una cuota que ellos mismos marcarán, entre una y veinticinco pesetas, con arreglo a sus medios de fortuna. Los que no acudan sin demora a esta llamada demostrarán muy mal espíritu y poco amor al Movimiento que les exige, por una vez, tolerable carga.

Los envíos se dirigirán, por cualquier medio, o a la Falange Española de las J.O.N.S., Marqués del Riscal, 16, o a José Antonio Primo de Rivera, Serrano, 86, Madrid.

La Nación, 12 de septiembre de 1934.

CARTA AL GENERAL FRANCO

Madrid, 24 de septiembre de 1934.

Excelentísimo Sr. D. Francisco Franco.

Mi general: Tal vez estos momentos que empleo en escribirle sean la última oportunidad de comunicación que nos quede; la última oportunidad que me queda de prestar a España el servicio de escribirle. Por eso no vacilo en aprovecharla con todo lo que, en apariencia, pudiera ella tener de osadía. Estoy seguro de que usted, en la gravedad del instante, mide desde los primeros renglones el verdadero sentido de mi intención y no tiene que esforzarse para disculpar la libertad que me tomo.

Surgió en mí este propósito, más o menos vago, al hablar con el ministro de la Gobernación hace pocos días. Ya conoce usted lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky, y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerlo en España). Los alijos de armas han proporcionado dos cosas: de un lado, la evidencia de que existen verdaderos arsenales; de otro, la realidad de una cosecha de armas risible. Es decir, que los arsenales *siguen existiendo*. Y compuestos de armas magníficas, muchas de ellas de tipo más perfecto que las del Ejército regular. Y en manos expertas que, probablemente, van a obedecer a un mando peritísimo. Todo ello dibujado sobre un fondo de indisciplina social desbocada (ya conoce usted el desenfreno literario de los periódicos obreros), de propaganda comunista en los cuarteles y aun entre la Guardia Civil, y de completa dimisión, por parte del Estado, de todo serio y profundo sentido de autoridad. (No puede confundirse con la autoridad esa frívola verborrea del ministro de la Gobernación y sus tímidas medidas policiacas, nunca llevadas hasta el final.) Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el Ejército a la calle si surge la rebelión Cueta, pues, con la Guardia Civil y con la Guardia de Asalto. Pero, por excelentes que sean todas esas fuerzas, están distendidas hasta el límite al tener que cubrir toda el área de España en la situación desventajosa del que, por haber renunciado a la iniciativa, tiene que aguardar a que el enemigo elija los puntos de ataque. ¿Es mucho pensar que en lugar determinado el equipo atacante pueda superar en número y armamento a las fuerzas defensoras del orden? A mi modo de ver, esto no era ningún disparate. Y, seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos por si llegado el trance quería dotarlos de fusiles (bajo palabra, naturalmente, de inmediata devolución) y emplearlos como fuerzas auxiliares. El ministro no sé si llegó siquiera a darse cuenta de lo que le dije. Estaba tan optimista como siempre, pero no con el optimismo del que compara conscientemente las fuerzas y sabe las suyas superiores a las contrarias, sino con el de quien no se ha detenido en ningún cálculo. Puede usted creer que cuando le hice acerca del peligro las consideraciones que le he hecho a usted, y algunas más, se le transparentó en la cara la sorpresa de quien repara en esas cosas por vez primera.

Al acabar la entrevista no se había entibiado mi resolución *de salir a la calle con un fusil a defender a España*, pero sí iba ya acompañada de la casi seguridad de que los que saliéramos íbamos a participar dignamente en una derrota. Frente a los asaltantes del Estado español probablemente calculadores y diestros, el Estado español, en manos de aficionados, *no existe*.

Una victoria socialista, ¿puede considerarse como mera peripecia de política interior? Sólo una mirada superficial apreciará la cuestión así. Una victoria socialista tiene el valor de *invasión extranjera*, no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España; no sólo porque la idea de patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque de modo concreto el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional. Toda nación ganada por el socialismo descende a la calidad de colonia o de protectorado.

Pero además, en el peligro inminente hay un elemento decisivo que lo equipara a una guerra exterior; éste: el alzamiento socialista va a ir acompañado de la separación, *probablemente irremediable*, de Cataluña. El Estado español ha entregado a la Generalidad casi todos los instrumentos de defensa y le ha dejado mano libre para preparar los de ataque. Son conocidas las concomitancias entre el socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña la revolución no tendría

que adueñarse del poder: *lo tiene ya*. Y piensa usarlo, en primer término, para proclamar la independencia de Cataluña. Irremediablemente, por lo que voy a decir. Ya que, salvo una catástrofe completa, el Estado español podría recobrar por la fuerza el territorio catalán. Pero aquí viene lo grande: es seguro que la Generalidad, cauta, no se habrá embarcado en el proyecto de revolución sin previas exploraciones internacionales. Son conocidas sus concomitancias con cierta potencia próxima. Pues bien: si se proclama la República independiente de Cataluña, no es nada inverosímil, sino al contrario, que la nueva República sea reconocida por alguna potencia. Después de eso, ¿cómo recuperarla?. El invadirla se presentaría ya ante Europa como agresión contra un pueblo que, por acto de autodeterminación, se había declarado libre. España tendría frente a sí no a Cataluña, sino a toda la anti-España de las potencias europeas.

Todas estas sombrías posibilidades, descarga normal de un momento caótico, deprimente, absurdo, en el que España ha perdido toda noción de destino histórico y toda ilusión por cumplirlo, me ha llevado a romper el silencio hacia usted con esta larga carta. De seguro, usted se ha planteado temas de meditación acerca de si los presentes peligros se mueven dentro del ámbito interior de España o si alcanzan ya la medida de las amenazas externas, en cuanto comprometen la permanencia de España como unidad.

Por si en esa meditación le fuesen útiles mis datos, se los proporciono. Yo, que tengo mi propia idea de lo que España necesita y que tenía mis esperanzas en un proceso reposado de madurez, ahora, ante lo inaplazable, creo que cumplo con mi deber sometiéndole estos renglones. Dios quiera que todos acertemos en el servicio de España.

Le saluda con todo afecto, *José Antonio Primo de Rivera*. (Rubricado)

PALABRAS PRONUNCIADAS EN MADRID, AL SER ELEGIDO PRIMER JEFE NACIONAL DE LA FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. EL 4 DE OCTUBRE DE 1934

"Su discurso al aceptar la jefatura por tres años no tuvo un párrafo de gracias. Fue un juramento cálido de llegar al final de su mandato sin otro orgullo que el de España y el de la Falange, sirviéndolas con toda la fe, con toda la fuerza y con toda la sangre, si fuera preciso." Añadió: "Comenzaré a mandar obedeciendo."

Agradeció su decisión a los consejeros que lo votaron: "Ahora es cuando puedo deciros que lo hecho por vosotros salva a la Falange de la descomposición, acaso de la muerte. Yo veré si soy capaz de cumplir con mi deber, que es tan duro y penoso. Pero, pase lo que pase, jamás olvidaré el desinterés de los camaradas que me habéis hecho jefe nacional, por crearme el más dispuesto al sacrificio y pensando únicamente en el bien del Movimiento. Siempre he pensado que sin la unidad de mando no se va a parte alguna"²².

²² Francisco Bravo: op. cit., pág. 60. El primer acto de autoridad lo ejerció José Antonio para cortar la discusión sobre el color de la camisa falangista: "Basta ya. Puesto que me habéis elegido jefe, honrándome con vuestra confianza, va a ser ésta la primera determinación de autoridad que adopte. La Falange Española de las J.O.N.S. precisa un color de camisa neto, entero, serio y proletario. He decidido que el color de nuestra camisa sea azul mahón. Y no hay más que hablar."

"EL FRENTE NACIONAL ES UNA NECESIDAD"

(Fragmento del Libro de Actas del Primer Consejo Nacional de Falange)

El Frente Nacional es una necesidad. Y somos nosotros, sólo nosotros, los que podemos asegurar que este Frente Nacional sea un movimiento fecundo y eficaz. ¿Qué fuerzas deben integrarlo? No tenemos que devanarnos los sesos. Las fuerzas de izquierda han decidido ya y se han incorporado al Frente Popular. Quedan, por tanto, como posibles fuerzas del Frente Nacional las que no lo están en ninguna agrupación política, o están en las que no forman parte del Frente Popular. Los términos son bien estrictos. El temor de algunos camaradas de que seamos absorbidos o desfigurados por otras fuerzas políticas no tiene fundamento. El Frente Nacional no es un movimiento que deba girar en el vacío. Debe tener objetivos concretos. Un programa bien claro. Y en la aceptación de este programa residen todas las garantías apetecidas. Creo que no podemos vacilar. El Frente Nacional va a producirse queramos o no. Debemos ser nosotros los que lancemos la consigna y aseguremos su desenvolvimiento.

Interviene el camarada Batlles: Manifiesta una posición de intransigencia en la unión con cualquier fuerza. Únicamente en el hecho de producirse una revolución podríamos sumar nuestro concurso, siguiendo aislados hasta esa coyuntura.

Interviene el camarada Servet: Manifestando que esta alianza se acuerde de una manera mejor que hasta ahora, con paso más firme y con mayor garantía de victoria de la que hemos tenido hasta aquí. No es un nombramiento el de Primo de Rivera algo que ha surgido artificiosamente, sino que viene a recoger y plasmar la opinión de la masa del partido que hoy queda afirmada en forma histórica y definitiva.

Primo de Rivera dice: Si fueron pocas las palabras que pronuncié al comenzar estas reuniones, menos han de ser ahora al final de ellas. En cuanto a fórmulas que pudiera descubrir para expresamos mi agradecimiento, creo que serían ociosas. Estoy entrañablemente agradecido y por otro lado os aseguro que no es ligero el cargo que me entregáis. Yo mismo he de vigilar mis actuaciones. No a los tres años de Jefatura que el Reglamento me concede, sino al año, a los seis meses o a los tres, yo que tengo cierta apariencia de no ser humilde, me examinaré todos los días con más rigor que pudiera examinarse nadie y veré si sirvo o no para este cargo. Además, los más próximos de los compañeros que estáis aquí constituiremos la Junta Política. Casi a diario tendremos ocasión de oírnos unos a otros y contrastar el propio acierto con el de los demás. No confío tanto en mis fuerzas como para creer que vamos a conseguir la victoria en dos o tres meses, ni desconfío tanto en ellas como para no creer en el triunfo, y os aseguro que si no me considerara capaz de conducirlos no habría aceptado este puesto.

Al camarada Ledesma Ramos he de decirle, recogiendo sus palabras, que hay algunas fechas históricas en este movimiento nuestro. Hasta ahora la más solemne fue aquella en que la organización más antigua, con un historial tenso, se unió a otra más moderna, ya más numerosa, tal vez con solera menos asentada todavía en algún instante, que era Falange Española. El día que estas dos organizaciones constituyeron la Falange Española de las J.O.N.S. fue una de las fechas solemnes de nuestro movimiento. Hoy acabamos de marcar otro hito. Puede haber existido entre nosotros algún rozamiento –y quizá alguno intentara emprender en algún instante caminos distintos–, pero ya esto ha vuelto a una normalidad que habrá de traducirse en lealtad inequívoca del jefe a vosotros y de vosotros al jefe. Las circunstancias no nos dejan perfilar ahora el movimiento como pensábamos. Sólo podemos apretarnos en un haz resuelto hacia la tarea y emprender el camino de la España grande que nos espera ¡Arriba España!

A continuación, después de un breve debate, se suspende la sesión por diez minutos para que redacten una candidatura que es la que ha de constituir los miembros de la Junta Política designados por los miembros del Consejo Nacional.

Se reanuda la sesión y tras un breve debate se aprueba por aclamación la candidatura propuesta y que la componen los siguientes nombres: Ledesma, Ruiz de Alda, Roberto Bassas, Rafael Sánchez Mazas, Manuel Valdés Onésimo Redondo. Se levanta la sesión a las veinte y treinta.

Madrid, cinco de octubre de mil novecientos treinta y cuatro.

El Secretario General

Raimundo Fernández-Cuesta

El Presidente

José Antonio Primo de Rivera

ALERTA A LA FALANGE

El Consejo Nacional de la Falange Española de las J.O.N.S. en estas lamentables circunstancias por que España atraviesa, considera de su deber adoptar las siguientes resoluciones:

Primera. Respecto a la trayectoria y solución de la crisis de gobierno, reiterar la repulsa más enérgica contra el sistema torpe y caduco que la ha producido y cuya pervivencia impone a España a los mayores riesgos.

Segunda. Frente al intento subversivo de las organizaciones separatistas y marxistas, declarar que está dispuesta a emplear su fuerza donde sea preciso en defensa del Estado español.

Tales acuerdos implican la asistencia de hecho –con todas las reservas de doctrina– a la organización existente por parte de la fuerza más numerosa y enérgica de cuantas pueden en España ahora constituir grupos combatientes auxiliares.

No se trata de un alarde verbal. Falange Española de las J.O.N.S. mantiene en comunicación constante a todos sus órganos para acudir al primer aviso tan pronto como el Gobierno estime que no debe rehusar la cooperación ofrecida y acceda a confiar al mando de la Falange los adecuados instrumentos de combate.

Se ordena a todos los militantes que permanezcan en sus puestos, sin perder para nada el contacto con sus inmediatos superiores. Y se invita a cuantos quieran engrosar los cuadros de la Falange de las J.O.N.S., en esta ocasión apremiante, para que accedan a inscribirse en la calle del Marqués del Riscal, número 16.

(Cuartillas redactadas por José Antonio en la noche del 6 de octubre de 1934. Autógrafo de la colección de Ernesto Giménez Caballero.)

ALERTA A LOS TRABAJADORES

Los Sindicatos de Falange Española de las J.O.N.S. tienen el personal suficiente para cubrir todos los servicios, obras y trabajos paralizados, y acabar así en pocas horas la huelga general, por tener, además, este personal la decisión y disciplina suficiente para resistir a toda coacción y violencia.

El Estado y la clase patronal, movidos quizá por el prejuicio político de impedir que nuestra organización ponga de manifiesto su pujanza y cobre mayor incremento, lo mismo en la huelga general del 5 que en la actual, se opusieron y se oponen al trabajo de nuestros obreros, con escasas excepciones patronales, entre los que queremos citar *La Nación* e *Informaciones*.

No obstante, los Sindicatos Nacionalesindicalistas hacen un llamamiento a sus afiliados y a todos los trabajadores que quieran incorporarse a dicha organización para que acudan a su domicilio social de la calle del Marqués del Riscal, 16, de donde están saliendo equipos ya colocados.

(Manifiesto redactado por José Antonio, el 7 de octubre de 1934.) Joaquín Arrarás Iribarne: "*Historia de la Cruzada española*", vol. II, t. VII, pág. 443.

RESEÑA DE LA ARENGA PRONUNCIADA EN MADRID, EN EL LOCAL DE MARQUES DEL RISCAL, EN LA MAÑANA DEL 7 DE OCTUBRE DE 1934, POCO ANTES DE LA MANIFESTACIÓN "POR LA UNIDAD NACIONAL"

Apostrofó a los titubeantes, a los remisos. Y aprovechando que era precisamente el aniversario de Lepanto –"la más alta ocasión que vieron los siglos"– y recordando aquella hazaña portentosa que decidió la suerte de Europa, aseguró que no valía la pena de vivir para ver a España sometida al Islam rojo.

No os llevaré gratis a la muerte. Saldremos, yo el primero, asumiendo el riesgo de la vanguardia. Si os falta valor saldré yo solo. Porque de verdad mereceríamos que nos lapidaran sobre las calles de Madrid si hoy mismo no afirmáramos de una manera resuelta nuestra presencia. Alguien tiene que asumir la defensa total de España, mientras sus enemigos se la disputan a dentelladas como botín mostrenco.

Siquiera el ejemplo reciente de las juventudes francesas debería incitarnos a producir rasgos de emulación. He visto a los jóvenes de París levantando barricadas en la Plaza de la Concordia, dispuestos a morir con tal de manifestar su repugnancia con todo lo que afecta: al decoro, al honor y a la supervivencia de Francia. Y nosotros, ¿habríamos de permanecer indiferentes ante indignidades que nos comprometen en mayor grado todavía? ¿Hemos de resignarnos a ver, España fragmentada en tribus cabileñas? Mil veces roja antes que rota, porque no recuperaríamos como tribu lo que perdamos como nación...

A las doce sale de aquí la manifestación. Marchad como enlaces a recorrer todo Madrid, citando a los camaradas todos. Quien falte será un traidor indigno de la Falange. ¡Arriba España!²³.

²³ Relato de Carlos Juan Ruiz de la Fuente y Jaime Conde. Francisco Bravo Martínez, en *Historia de la Falange*, pág. 173, comenta ese episodio así: "Estuvo magnífico en los diez minutos escasos que duró la arenga. Le temblaba en la voz un coraje difícilmente contenido. Más que palabras, su boca apretada echaba ascuas. Hasta los más pusilánimes se dejaron ganar por la emoción. Pocas veces se vio a José Antonio tan jefe y tan autoritario."

AQUÍ FALANGE

"La Falange Española de las J.O.N.S. aguarda a cuantos reclamen el honor inaplazable de alistarse para servir, con riesgo glorioso de muerte, la causa de España. Para los demás, todo llamamiento es inútil. No puede pedirse el sacrificio de la vida a quien ha comenzado por perder la vergüenza."

Octavilla que se repartía en los actos marxistas en el año 1934.

LA UNIDAD NACIONAL

PALABRAS PRONUNCIADAS EN MADRID, EN LA PUERTA DEL SOL, FRENTE AL MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN, EL 7 DE OCTUBRE DE 1934

"Gobierno de España: En un 7 de octubre se ganó la batalla de Lepanto, que aseguró la unidad de Europa. En este otro 7 de octubre nos habéis devuelto la unidad de España.

¿Qué importa el estado de guerra? Nosotros, primero un grupo de muchachos y luego esta muchedumbre que veis, teníamos que venir, aunque nos ametrallaran, a daros las gracias.

¡Viva España! ¡Viva la unidad nacional!"

Palabras pronunciadas por José Antonio el 7 de octubre de 1931, frente al Ministerio de la Gobernación, a cuyos balcones se asomó el Gobierno presidido por Alejandro Lerroux. A las *"Memorias"* de este último corresponde el párrafo siguiente: "Cuando me visitó el 7 de octubre, para ofrecerme el concurso de sus amigos y pedirme armas cortas con que servir la causa del orden, limpiando a Madrid de los 'pacos' que asesinaban a mansalva, en los ojos se le reverberaba el fuego que ardía en su corazón."

LA JUVENTUD Y EL 6 DE OCTUBRE

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 9 de octubre de 1934.)

El señor PRIMO DE RIVERA;

Permítase a esta voz, asistida de pocas en la Cámara, pero que fue anteayer la primera que en la Puerta del Sol manifestó su gratitud al Gobierno; permítase a esta voz alzarse hoy también aquí con un agradecimiento doble, en parte por lo que me corresponde por esta investidura de diputado, en parte por lo que me corresponde como representante de una gran masa juvenil española, que ha tenido a orgullo aclamar al Gobierno desde las piedras de la Puerta del Sol. Es la primera vez, desde hace muchos tiempo, en que nos sentimos confortados, señor presidente del Consejo de Ministros, con un alivio español y profundo. El Gobierno ha tenido el acierto de desenmascarar dos cosas: primera, cómo lo que se llama la revolución –y que no es la revolución que España necesita, porque es evidente que España necesita una– es una cosa turbia en donde hay de todo menos un auténtico movimiento obrero y nacional: es una revolución de burgueses desechados que ponen en juego para sus intereses personales, para su medro personal, lo mismo la desesperación de los obreros hambrientos, a los que ni un día podemos dejar de asistir, que los sentimientos separatistas de origen más torpe. Esos burgueses, que no son obreros, que no padecen las angustias de los obreros; esos españoles, que no tienen siquiera la disculpa de haber nacido en regiones donde se mueva un nacionalismo, éstos son los que han especulado con el nacionalismo y con el hambre de los obreros para ver si deshacían en un mismo día la autoridad del Estado español y la integridad de España.

Al Gobierno se le ha presentado la ocasión, que tenemos que agradecerle todos, de descubrir las entrañas sucias de ese movimiento aparentemente revolucionario, y espero que a la hora del rigor sabrá distinguir también a los pobres *pacos* que se limitan a actuar, engañados seguramente por propagandas subversivas, de los *leaders* que se ocultan sabe Dios dónde y que se aprestan a poner fronteras por medio entre su responsabilidad y el rigor del Estado español. (*Muy bien.*)

Pero, además, la juventud española tiene hoy otro motivo de gratitud para el Gobierno. Y eso no es de ahora, eso es de lustros. Llevábamos una serie de lustros escuchando enseñanzas y propaganda derrotista, y habíamos llegado casi a perder la fe en nosotros mismos. Esta era ya la España heredera de una España de debilidades, de claudicaciones, de pintoresquismo, del Madrid de Fomos y de la *cuarta de Apolo*, de los periodistas espadachines, de aquellos que empeñaban alegremente las capas mientras se estaba perdiendo el resto del imperio español. Nos habíamos acostumbrado a una vida mediocre y chabacana, y era hora de que ante un trance nacional se viese cómo España, cómo el pueblo español, inorgánico y orgánico; cómo el pueblo español, en su masa y en sus instrumentos, en su Ejército, en su Marina y en sus funcionarios, en cuanto hubiese un Gobierno que levantase una voz española frente a un peligro nacional, se agruparía. El Gobierno se ha visto ante la dificultad de tener muchos servidores tibios y traidores en los puestos de mando; yo me reservo formular en su momento la acusación. El Gobierno ha tenido incluso entregado el ejército de Cataluña –digámoslo claro desde ahora– a un general que no creía en España, a un general que después de haber sido providencialmente (*rumores y protestas*) el instrumento de España, allí en estos días difíciles, nos ha hecho ruborizarnos anoche con una proclamación emitida por la radio...

La Presidencia invita al señor Primo de Rivera a que, haciéndose cargo de la índole de esta sesión, no entre en cierto género de críticas, que tendrán su momento, bajo la responsabilidad de S.S., pero que, evidentemente, no es ahora en ninguna forma la oportunidad de hacerlas.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Si el señor presidente me permitiera leer... (*Protestas.*) Esto es un anticipo de lo que me propongo decir insistiendo en esta tesis, que es la verdadera y la española. Pero el Gobierno, contra todo esto, contra las flaquezas de muchos de los instrumentos que ha tenido que usar, ha sabido coagular, en un momento, el brío del pueblo español alrededor del Estado español, y nos ha confortado con la esperanza de que España es fuerte todavía.

Señor presidente del Consejo de Ministros, señor don Alejandro Lerroux: Yo –lo sabe ya S.S.– no creo en el Estado vigente; creo que España y Europa cuajarán en otras formas políticas; pero si algún día una juventud española, que yo adivino ya cercana, construye un nuevo Estado español, le deberá a S.S. la gratitud de haberla hoy aliviado de un pesimismo de lustros. Me parece que esto puede compensar la molestia que haya podido experimentar el señor presidente –y que sentiré mucho tener que darle otro día– en mis censuras anteriores. Esto sí que es un gran servicio a España. Su señoría ha devuelto a muchos la fe en España; su señoría nos ha hecho ver que todavía España se levanta, aunque esté inorgánicamente dirigida por mandatarios más o menos torpes –en este caso, ciertamente, no me refiero al Gobierno–; que España es aún capaz de recorrer sus grandes caminos. Si alguna vez tenemos una nueva estructura de Estado y la juventud la sostiene, señor don Alejandro Lerroux, su señoría podrá haber tenido el orgullo de ser quien encendió una vez, en esa juventud española, la fe en sus nuevos destinos.

LA ASISTENCIA DE FALANGE DURANTE LA HUELGA

"La Falange Española de las J.O.N.S. ha considerado, en Junta política, cuál es en estos instantes la configuración adecuada de su asistencia al Estado Español. Como resultado del parecer de la Junta política, la Jefatura del Movimiento ha formulado las siguientes normas:

1ª. La Falange Española de las J.O.N.S. mantiene sus cuadros preparados en todo momento para acudir, en unidades propias, a la lucha contra las fuerzas antinacionales, tan pronto como el Gobierno estime llegada la ocasión de solicitar asistencias civiles armadas, como complemento de la fuerza pública.

2ª. Sólo en trance de gravísimo peligro para España, Falange Española de las J.O.N.S. sacrificaría la continuidad de sus cuadros y ordenaría a los militantes el ofrecimiento individual a las autoridades."

La Nación, 11 de octubre de 1934.

MANIFIESTO A LA FALANGE

A TODOS LOS AFILIADOS A FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Cumplido el circunstancial deber de contribuir con nuestras fuerzas a la derrota del movimiento antiespañol, ya casi vencido, es de vida o muerte para nosotros salvar a todo trance, de entre la turbiedad que amenaza, el rigor de un estilo y una doctrina. Urge, pues, que todos los afiliados a nuestro Movimiento se apliquen desde ahora, con entusiasmo y diligencia máximos, a divulgar por todas partes la afirmación rotunda de las disposiciones siguientes:

1 Contra la confusión.

La victoria sobre un movimiento separatista puede llenar de jugo histórico y nacional un período de medio siglo. Pero ello necesita que las manos victoriosas sean capaces de extraer ese jugo y que la mente de los vencedores albergue, inequívoco, el sentido profundo de otra España. No confiamos en que eso ocurra. El estilo más que trasnochado de quienes gobiernan, el tono conservador, egoísta y antiheroico de los partidos hoy agrupados en el Poder, justifican la previsión de que todo se desperdicie. La fecha del 7 de octubre, que pudo ser inaugural, se perderá en la espera mezcolanza de otras fechas mediocres. Populistas, radicales demócratas y agrarios se las ingeniarán para no deducir del instante ninguna consecuencia heroica. El tesoro del sentido español que encierra la victoria sobre el separatismo se gastará en la calderilla de las "sesiones patrióticas", de las acciones de gracias al Gobierno y de las afianzas de las gentes de orden. Nuestra juventud, terminantemente, se abstendrá de participar en tales mojigangas. En el altivo aislamiento de ayer y de siempre, guardará intacta la virtud espiritual de la reconquista para cuando llegue, ni mediatizada ni compartida, la total victoria.

2. "Contra el orden". ¡Aviso!

Ya se barrunta que la primera consecuencia apetecible de lo ocurrido es, para las gentes llamadas de derechas, "el restablecimiento del orden". Ninguno de nuestros militantes, pasados los momentos de lucha, participará en semejante empresa. Nosotros queremos el orden, pero "otro orden" diferente hasta la raíz. El régimen social imperante, que es, por de pronto, lo que se ha salvado de la revolución, nos parece ESENCIALMENTE INJUSTO. Hemos estado contra la revolución por lo que tenía de marxista y antiespañola; pero no vamos a ocultar que en la desesperación de las masas socialistas, sindicalistas y anarquistas hay una profunda razón en que participamos del todo. Nadie supera nuestra ira y nuestro asco contra un orden social conservador del hambre de masas enormes y tolerante con la dorada ociosidad de unos pocos. Todos nuestros afiliados lo proclamarán en todas partes y ajustarán su conducta a esta norma estricta: tras del silencio del último fusil de la revuelta, toda cooperación con los "elementos de orden" queda expresamente prohibida. Nadie que pertenezca a la Falange podrá intervenir en "agrupaciones ciudadanas", "comités de enlace" ni ninguna otra cosa de ese estilo.

3. Contra la componenda.

Ya se barrunta —y ello no es sino nota específica dentro de la general tendencia a la confusión— que los sucesos revolucionarios van a carecer del final neto y escueto ineludible.

Empiezan al mismo tiempo los preparativos de impunidad para los directores de la revolución, las seguridades de pervivencia para el Estatuto de Cataluña y las negociaciones de arreglo con los Sindicatos socialistas, a los que el Gobierno confía en "amaestrar" gracias a la mediación del profesor Besteiro.

Ni uno solo de nuestros militantes se considerará exento del deber de hacer campaña contra tales cosas. Exigimos penas decisivas para los verdaderos jefes políticos del movimiento; hay cosas que sólo pueden terminar decorosamente en tragedia y que se ensucian y envilecen desenlazadas en pantomima. Exigimos la derogación total del Estatuto de Cataluña: una Cataluña purgada de propósitos separatistas podrá aspirar, como las otras regiones de España, a ciertas reformas descentralizadoras; pero la breve experiencia del Estatuto lo ha acreditado como estufa para el

cultivo del separatismo; conservarlo después de semejante demostración sólo puede ser obra de traidores. Exigimos, por último, al mismo tiempo que una revolución completa en lo social y económico, la disección implacable de cuantos fondos turbios esconden la U.G.T. y el partido socialista; nos parece indecente escamotear esa implacable fiscalización tras una contrata de la tranquilidad pública con los socialistas moderados.

4. Contra el sacrificio de las fuerzas armadas.

Con mucha más unción de la que cabe en los "homenajes públicos" en cierne, nosotros hemos de compartir en estos días la emoción orgullosa y silenciosa de nuestro Ejército, de nuestra Marina, de nuestra Guardia Civil, de nuestra Guardia de Asalto, de nuestros Carabineros, de nuestras fuerzas de Vigilancia y Seguridad. Ellas han soportado las consecuencias de una necia política que permite formar tempestades para que descarguen, al fin, siempre sobre los mismos hombros sufridos. Nuestras fuerzas armadas se han clareado de mártires en estos días. Han sufrido, además, el espectáculo horrendo de sus mujeres y de sus hijos atormentados. Ni el terror, ni la debilidad, ni la indisciplina hallaron albergue, no obstante, bajo los uniformes. La sangre militar se ha derrochado en desagravio a España por las culpas y las traiciones de los otros.

Las armas de España necesitan más que elogios verbales y ceremonias. Necesitan justicia. Ya los Tribunales de Guerra vuelven, como siempre, su severidad contra los que flaquearon o traicionaron en las propias filas marciales. Ahora, que no queden impunes los culpables verdaderos, los políticos, que por sustanciar sus despechos o lograr sus codicias, desataron el caudal irreparable de tanta y tan buena sangre española. Sea la FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. la que con voz más recia y sincera supla, en demanda de justicia, la voz, enmudecida por el deber, de los Institutos armados.

Estas consignas serán dadas a conocer urgentemente por las Jefaturas territoriales, provinciales y de las J.O.N.S. a todos los afiliados del Movimiento, con instrucción terminante de que las conserven y divulguen. Los jefes vigilarán la exacta sumisión a ellas por parte de todos, y comunicarán a esta Jefatura los nombres de los infractores, si los hubiera, para la adopción de las medidas oportunas.

¡Arriba España!

El jefe,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 13 de octubre de 1934

CONSIGNA PARA TODOS LOS AFILIADOS

El régimen social imperante, que es, por de pronto, lo que se ha salvado de la revolución, nos parece esencialmente injusto. El tesoro del sentido español que encierra la victoria sobre el separatismo se gastará en la calderilla de las "sesiones patrióticas", de las acciones de gracias al Gobierno y de las alianzas de las gentes de orden. Nuestra juventud, terminantemente, se abstendrá de participar en tales mojigangas. En el altivo aislamiento de ayer y de siempre guardará intacta la virtud espiritual de la reconquista para cuando llegue, ni mediatizada ni compartida, la total victoria.

Madrid, 13 de octubre de 1934.

David Jato: "*La rebelión de los estudiantes*" página 119, Madrid, 1953.

PALABRAS PRONUNCIADAS EN MADRID, EN EL LOCAL DE FALANGE, EN LA CALLE MARQUES DEL RISCAL, EL 21 DE OCTUBRE DE 1934

Morir en gracia de Dios

"Camaradas: Me voy a Oviedo a saber qué ha pasado y qué pasa. El Gobierno miente en todo lo que dice, y Falange Española de las J.O.N.S. necesita averiguar la verdad para gritársela a España entera. No tengo que daros instrucciones, pues estoy orgulloso de vosotros y sé que cumpliréis ciegamente las que os den vuestros jefes directos. Pero sí quiero deciros a todos una sola cosa. La cobardía del Gobierno está preparando los hilos de una burda maniobra impunista. Impunidad para los cabecillas y los dirigentes impunidad para los militares que han deshonrado su uniforme y para los políticos que han lanzado a unas pobres masas embrutecidas de odio a las más atroces violencias. Algunos de estos delincuentes fanatizados pagarán el pato, mientras para los inspiradores se preparan indultos y amnistías con los que comprar la permanencia en el Poder un par de años. Lo sabemos y debemos oponernos. Acaso, esa fuerza pública que permite la fuga de los jefes marxistas tire contra nosotros por gritar la verdad a España. No os importe. Morir con la verdad en los labios y en el corazón es morir en gracia de Dios, como murieron nuestros camaradas con el grito de su fe. Yo me voy a Asturias esta noche. Sé que algunos intentabais hacerme una manifestación de despedida en la estación del Norte. Os lo agradezco, pero os lo prohíbo. Es mucho mejor que nos digamos adiós así, sencillamente, como camaradas. Si yo no volviese de Oviedo o alguno de vosotros me faltase al regreso, caído en acto de servicio, tened la seguridad de que más tarde habremos de encontrarnos en un cielo más alto y más azul que ninguno, que Dios está creando para los falangistas. Pero como no es cosa de que se desaprovechen esas ganas de chillar en la estación que, al parecer, os acucian, os propongo las empleéis en la calle de Alcalá, en la Puerta del Sol, en la Gran Vía, en esos sitios donde Madrid vuelve a la pereza del café, al paso impreciso y los piropos. Nada de salir en manifestación. Os vais en grupos pequeños, paseáis, os paráis y discutís a voces entre vosotros. No importa que vuestras palabras sean confusas. Sólo tenéis que pronunciar con toda claridad estas dos: impunismo y justicia. Por vez primera os aconsejo que os dividáis. Algunos, que se sacrifiquen y hagan el papel de impunistas, y otros, el de justicieros. Enseguida os cercarán los verdaderos impunistas, y entonces, todos la emprendéis a mamporros con ellos, gritando: '¡Arriba España!' Ventrán los guardias, los cobardes se empeñarán en que bajen los cierres de las tiendas y se cierren las puertas de los casinos y cafés donde se frustran desde hace un siglo los deseos de justicia de España, y se desmayará alguna señora. Y vosotros seguiréis gritando: "¡Arriba España!", con la seguridad de que por cada señora desmayada en la calle hay tres ministros pensando, llenos de susto, en la dimisión."

Palabras de José Antonio, en vísperas de su visita a Oviedo, pronunciadas en el local de Marqués del Riscal el 21 de octubre de 1934. (Del libro de Ximénez de Sandoval: "*José Antonio. Biografía apasionada*", páginas 355–356.)

UNA OCASIÓN DE ESPAÑA

El genio permanente de España ha vencido otra vez. Sólo el genio de España. De no ser él, ¿qué hubiera podido oponerse a la revolución antiespañola? Todos los instrumentos normales de defensa habían sido minados concienzudamente por los mismos que anhelaban el golpe. Dos años estuvieron en el Poder. Dos años aprovechados en triturar el Ejército, en carcomer de masones la máquina del Estado, en socavar con propagandas marxistas el ánimo de los llamados a empuñar las armas. Todo se dejó listo para que fallase cuando el ataque viniese desde fuera, movido por los mismos hombres de los dos años. El Estado español se hallaba en las mejores condiciones para ser vencido. Pues, ¿Y la sociedad española? Se dijera que el liberalismo fuera de España no había pasado de ser un lujo intelectual: una especie de broma para los tiempos fáciles. Francia, por ejemplo, la que puso en más eficaz circulación el liberalismo, tiene buen cuidado de arrumbarlo en cuanto las cosas se ponen serias. En Francia no se juega con la Policía –de planta napoleónica–, ni con la Ley –con guillotinas y Guayanas a su servicio–, ni con la patria –guarnecida de implacables consejos de guerra–. El liberalismo sirve para charlar y para tolerar licencias superficiales. Pero en España, no; aquí lo habíamos tomado en serio. Las cosas esenciales estaban indefensas, porque temíamos que el defenderlas demasiado resultara antiliberal. Nuestros políticos vivían en la constante zozobra de pasar por bárbaros si se desviaban de los figurines liberales. Así, como palurdos invitados a una fiesta, se ponían en ridículo a fuerza de exagerar la finura de los modales. Nuestra sociedad se había contagiado del mismo espíritu. Por miedo a aparecer inquisitoriales, todos nos habíamos pasado de *européos*. Nadie se atrevía a invocar las cosas profundas y elementales, como la Religión o la Patria, por temor de parecer vulgar. Ni a manifestarse severo contra las fuerzas enemigas. La tolerancia llegó a ser nuestra virtud. De la Santa Inquisición y los maridos calderonianos vinimos a dar en la más ejemplar mansedumbre.

Así estaba preparada España cuando la anti España marxista y separatista se desencadenó contra ella. Fuera de nuestro islote, joven todavía, ¿qué reducto de defensa se atisbaba? Y, sin embargo, a la hora decisiva afloró del subsuelo de España la corriente multisecular que nunca se extingue. Surgió la vena heroica y militar de España; el genio subterráneo de España; el sentido seno y severo de la vida, apto siempre para volver a mirar las cosas –a vuelta de aparentes frivolidades–, bajo especie de eternidad. Por eso encarnó España, como siempre, bajo vestimentas marciales y en estilos espontáneos y guerrilleros.

Ahora bien: que nadie trate, ¡legítimamente, de arrogarse el triunfo. ¡Cuidado con ese peligro, que ya está a la vista! Nos amaga una sucesión de parabienes al Gobierno, a los partidos ministeriales, a las gentes de *orden*... No se nos pase ni por un momento inadvertido lo siguiente: *como obedeciendo una consigna, los amigos de la situación gobernante recargan más cada vez el lado SOCIALISTA de la revolución dominada, con lo cual esfuman su matiz ANTINACIONAL*. Es decir, oscurecen el sentido nacional de la victoria para que ésta vaya cobrando un sentido ANTISOCIALISTA, BURGUEÉS.

Toda nuestra vigilancia habrá de montarse contra una interpretación así. Si la lucha hubiera surgido entre proletariado y burguesía, ésta podría invocar ahora, aunque nos doliera, el derecho del vencedor. Pero no han sido éstos los términos en que se planteó la batalla: la batalla se planteó entre lo antinacional y lo nacional, entre la anti España y el genio perenne de España. Este ha vencido; para él, el triunfo, pero no para nadie –clase o partido– que ahora se lo quiera apropiar.

Se ha vertido en estas fechas demasiada sangre española –sangre popular española– de soldaditos estoicos y alegres, de guardias veteranos y oficiales magníficos, de gentes ligadas a nuestras tierras por una permanencia de generaciones y generaciones, para que todo redunde en el restablecimiento de un orden burgués, con barbacanas de Sindicatos obreros domesticados. No se ha combatido para eso. Nuestros soldados no han muerto por eso, que les es ajeno a los más: han muerto por lo que es de todos: por su España y por nuestra España; por romper esa costra de desaliento y cobardía y abyecta conformidad en que vegetamos.

No haya perdón para los que quieran malograr el triunfo. Todo un esfuerzo así reclama airadamente que se extraigan las últimas consecuencias. Otra cosa fuera estafar el caudal de sangre y de heroísmo recién descubierto. *Si ha triunfado el genio de España hay que entregar el botín y el trofeo al genio de España*. Hay que entregar España a su propio genio para que la posea con amor y dolor,

para que le devuelva las eternas palabra—, enmudecidas, para que la fecunde, la temple y la alegre. En la madrugada del 7 de octubre, los cañones situados frente a la Generalidad llamaron otra vez — con su vieja voz conocida— al alma profunda de España. Ella respondió trágica y heroicamente. No resulte ahora que fue invocada para una bagatela. No lo tolerarían las sombras de los muertos. Ni lo toleraríamos nosotros...

(Publicado en *Libertad*, de Valladolid, el 22 de octubre de 1934)

JOSÉ ANTONIO ANTE LA TRAGEDIA DE ASTURIAS

En la mañana del día 27 de octubre –consignaba ABC– llegó a Oviedo don José Antonio Primo de Rivera, dedicándose, con algunos correligionarios, a recorrer las partes derruidas de la ciudad.

Le entrevistamos en el hotel, cuando ya había visitado Moreda y Mieres. Le acompañan los señores Ruiz de Alda y Cuerda, jefe de la organización de Falange Española en Madrid. Mañana piensan ir a Gijón a recorrer la cuenca minera.

– ¿Su impresión...?

– Terrible. Considero lo ocurrido como justificación de consecuencias de tipo general. Y lo que veo más claro de todo esto es que el sacrificio es demasiado cruel para volver a la normalidad de antes. Ha sido una enseñanza para llevar a toda la vida de España un sentido más profundo. Lo ocurrido hizo salir a la superficie lo más soterrado de los valores nacionales; hemos venido a encontrar una expresión de vida que le es peculiar a España: la defensa de los valores espirituales, un sentido heroico militar.

Creo que el Estado debe venir en auxilio de los daños –añadió–, empleando el procedimiento normal de habilitación de crédito o con un empréstito bien garantizado; es decir, acudir con recursos públicos.

Como suceso –terminó diciendo–, lo ocurrido aquí no es un suceso local. Fue una ofensiva contra la estructura general de la nación. Asturias recibió el golpe que iba dirigido contra toda España.

Por eso, el Estado no puede, en manera alguna, desentenderse de esta catástrofe económica de la región.

JOSÉ ANTONIO, EN OVIEDO

Ha llegado a Oviedo el pasado día 27 el señor Primo de Rivera, que nos manifestó que venía con el fin de enterarse de cuanto ha ocurrido en la zona minera y reorganizar aquí sus huestes. Aseguró que se propone intervenir en el Parlamento para explicar que, a su entender, más que ejemplaridad en los castigos y restablecimiento momentáneo del orden público, lo que interesa es sacar las consecuencias históricas que de los hechos se deducen, pues cree que cuanto ocurre es únicamente debido a un falso concepto de la estructuración económica del país, excesivamente conservadora, y que hay que modificar de un modo sustancial²⁴.

La Nación, 29 de octubre de 1934.

²⁴ Durante su permanencia en Oviedo, los estudiantes trataron de montar una guardia en el hotel donde se alojaba. "La Falange —dijo entonces el jefe Nacional— no está para jugar a los soldados." Pero los turnos estaban establecidos y la gente del S.E.U., verdaderamente ilusionada con aquel servicio, montó la guardia. La indisciplina encolerizó a José Antonio, quien, entre otras cosas, recriminó a los mandos universitarios el no saber qué era la Falange, ni cómo se mandaba en ella. Los jefes del Sindicato presentaron su dimisión a Panizo, y cuando éste se la comunicó a José Antonio les propinó la segunda bronca. Sin embargo, no disimuló su cariño por el Sindicato y sus hombres; ya en el andén, le dijo a Covián, jefe de la primera línea ovetense:

— No te aproveches de tu fuerza para convertirte en un matón. Los matones y los chulos están en la otra banda. Nosotros sólo nos pegamos cuando hace falta y de frente. Y siempre contra grupos más numerosos. ¿Eh, Covián?, más numerosos. Que no crean que te pegas por gusto, ni aprovechándote de tu fuerza.

CARTA A UN MILITAR ESPAÑOL

No podrás, aunque quieras, ser sordo y ciego –como te aconsejó cierta inesperada gloria nacional– ante la apremiante angustia de España. Dentro de unas semanas acaso tendrás de nuevo que llamar a tu Compañía para tomar las armas en discordia civil. Y por mucho que acalles las inquietudes de tu propio espíritu, no podrás eludir, en las largas vigiliass del servicio, estas preguntas inaplazables: ¿qué es lo que está ocurriendo? Este Estado en cuya defensa arriesgo la vida, ¿es el servidor del verdadero destino patrio? ¿O estaré perpetuando con mi esfuerzo una organización política muerta, desalmada y esterilizadora?

Quien ninguna noche se siente libre de las mismas incertidumbres quiere que le acompañes, al través de esta carta, en una silenciosa meditación.

1. LA QUIEBRA DEL ORDEN CONSTITUCIONAL.

La solución de la última crisis viene a confesar que el orden constitucional vigente ya no puede soportarse a sí mismo. El Estado, para vivir, tiene que acogerse a subterfugios que lo instalen fuera del normal funcionamiento de las instituciones. Ya no es sólo el estado de guerra, convertido en endémico, con su secuela de clausuras, intervención de Prensa, prisiones gubernativas y todo lo demás; es la formación de un Gobierno nacido en sistema parlamentario, pero que no podrá vivir media hora en el Parlamento; de un Gobierno que para gozar una pasajera ilusión de vida tiene que mantener las Cortes cerradas hasta el límite que autoriza la Constitución. Así viviremos un mes bajo la dictadura –ya sabemos cuán justa y austera– del partido radical, sin que nos falten los diarios alicientes del asesinato, el atraco y la amenaza de quienes, aparentemente vencidos en octubre, ya se jactan de estar preparando el desquite, y pasado este mes, ¿qué nos aguarda? Rota toda posibilidad de convivencia, habrá que disolver las Cortes. Unas elecciones será la entrega del país a la pugna entre dos mitades encarnizadas: derechas e izquierdas. ¿Quién tendrá razón en esa pugna? Para saberlo hay que examinar qué son las izquierdas y qué son las derechas en España.

2. LAS IZQUIERDAS.

Las izquierdas son más numerosas (no se olvide que en la izquierda está comprendida la casi totalidad de la inmensa masa proletaria española); más impetuosas, con más capacidad política ... ; pero son antinacionales. Desdeñando artificiales denominaciones de partido, las izquierdas están formadas por dos grandes grupos:

a) Una burguesía predominantemente intelectual. De formación extranjera, penetrada en gran parte por la influencia de instituciones internacionales, esta parte de las izquierdas es incapaz de sentir a España entrañablemente. Así, todas las tendencias disgregadoras de la unidad nacional han sido aceptadas sin repugnancia en los medios izquierdistas.

b) Una masa proletaria completamente ganada por el marxismo. La política socialista, extremadamente pertinaz y hábil, casi ha llegado a raer de esa masa la emoción española. Las multitudes marxistas no alojan en su espíritu sino una torva concepción de la vida como lucha de clases. Lo que no es proletario no les interesa; no pueden, por consiguiente, sentirse solidarias de ningún valor nacional que exceda lo estrictamente proletario. El marxismo, si triunfa, aniquilará incluso a la burguesía izquierdista que le sirve de aliada. En esto la experiencia rusa es bien expresiva.

3. LAS DERECHAS.

¿Y las derechas? Las derechas invocan grandes cosas: la patria, la tradición, la autoridad...; pero tampoco son auténticamente nacionales. Si lo fueran de veras, si no encubriesen bajo grandes palabras un interés *de clase*, no se encastillarían en la defensa de posiciones económicas injustas. España es, por ahora, un país más bien pobre. Para que la vida del promedio de los españoles alcance un decoro humano, es preciso que los privilegiados de la fortuna se sacrifiquen. Si las derechas (donde todos esos privilegios militan) tuvieran un verdadero sentido de la solidaridad nacional, a estas horas ya estarían compartiendo, mediante el sacrificio de sus ventajas materiales,

la dura vida de todo el pueblo. Entonces sí que tendrían autoridad moral para erigirse en defensores de los grandes valores espirituales. Pero mientras defiendan con uñas y dientes el interés de clase, su patriotismo sonará a palabrería; serán tan materialistas como los representantes del marxismo.

Por otra parte, casi todas las derechas, por mucho empaque moderno que quieran comunicar a sus tópicos (*Estado fuerte, organización corporativa, etc.*), arrastran un caudal de cosas muertas que le priva de popularidad y brío.

4. LO DECISIVO.

Ni en la derecha ni en la izquierda está el remedio. La victoria de cualquiera de las dos implica la derrota y la humillación de la otra. No puede haber vida nacional en una patria escindido en dos mitades inconciliables: la de los vencidos, rencorosos en su derrota, y la de los vencedores, embriagados con su triunfo. No cabe convivencia fecunda sino a la sombra de una política que no se deba a ningún partido ni a ninguna clase; que sirva únicamente al destino integrador y supremo de España; que resuelva los problemas entre los españoles sin otra mira que la justicia y la conveniencia patria.

Ahora bien: una tendencia así, desligada de apetitos, es difícil que cuente, en el breve plazo que la exigencia nacional impone, con la posibilidad de conquistar el Poder. Ni por vías legales ni por vías ilegales. No podrá por vías legales, porque las elecciones son, mucho más que un pugilato de ideales, un juego de intereses; cada elector vota por el candidato que considera le conviene más. Y no podrá por vías ilegales, porque los Estados modernos, guarnecidos de formidables fuerzas armadas, son prácticamente inexpugnables. Sólo en un caso triunfaría el movimiento nacional en su intento de asalto al Poder: si las fuerzas armadas se pusieran de su parte o, al menos, no le cerraran el camino.

Y he aquí, supuesto el caso, la grave perplejidad que se os va a plantear a los militares españoles. Si un día, fatigados todos de derechas e izquierdas, de Parlamento gárrulo y vida miserable, de atraso, de desaliento y de injusticia, una juventud enérgica se decide a intentar adueñarse del Poder para inaugurar, por encima de clases y partidos, una política nacional integradora, ¿qué haréis los oficiales? ¿Cumplir a ciegas con la exterioridad de vuestro deber y malograr acaso la única esperanza fecunda? ¿O decidimos a cumplir con el otro deber, mucho más lleno de gloriosa responsabilidad, de presentar las armas con un ademán amigo a las banderas de la mejor España?

5. ESCRÚPULOS.

Adivino el escrúpulo de muchos militares. "Nosotros –dirán– no podemos tener opiniones políticas. En trance de cumplir con el deber, no nos toca juzgar si tiene razón el Estado o los que lo atacan: hemos de limitarnos a defenderlo en silencio."

¡Cuidado! Normalmente, los militares no deben profesar opiniones políticas; pero esto es cuando las discrepancias políticas sólo versan sobre lo accidental; cuando la vida patria se desenvuelve sobre un lecho de convicciones comunes que constituye su base de permanencia. El Ejército es, ante todo, la salvaguardia de lo permanente; por eso no se debe mezclar en luchas accidentales. Pero cuando es lo permanente mismo lo que peligra; cuando está en riesgo la misma permanencia de la Patria – que puede, por ejemplo, si las cosas van de cierto modo, incluso perder su unidad –, el Ejército no tiene más remedio que deliberar y elegir. Si se abstiene, por una interpretación puramente externa en su deber, se expone a encontrarse, de la noche a la mañana, *sin nada a qué servir*. En presencia de los hundimientos decisivos, el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera: recobrándolo con sus propias armas. Y así ha ocurrido desde que el mundo es mundo; como dice Spengler, siempre ha sido a última hora un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización.

Queráis o no queráis, militares de España, en unos años en que el Ejército guarda las únicas esencias y los únicos usos íntegramente reveladores de una permanencia histórica, al Ejército le va a corresponder, una vez más, la tarea de *reemplazar al Estado inexistente*.

6. PELIGROS DE LA INTERVENCIÓN MILITAR.

Puestos los destinos de España en manos del Ejército, son de prever dos escollos contrarios capaces de malograr la prueba. Son estos dos escollos el exceso de humildad y el exceso de ambición.

1. *Exceso de humildad.*—Es muy de temer que el Ejército se asigne a sí mismo el papel, demasiado modesto, de mero ejecutor de la subversión y se apresure a depositar el Poder en manos ajenas. En este caso, son previsibles dos soluciones igualmente erróneas:

a) El Gobierno de notables, o reunión de eminencias, requeridas por sus respectivas reputaciones, sin consideración a los principios políticos que profesen. Esto frustraría la magnífica posibilidad nacional del instante. Un Estado es más que el 'conjunto de unas cuantas técnicas; es más que una buena gerencia: es el instrumento histórico de ejecución del destino de un pueblo. No puede conducirse a un pueblo sin la clara conciencia de ese destino. Pero cabalmente la interpretación de ese destino y de los caminos para su cumplimiento es lo que constituye las posiciones políticas. El equipo de ilustres señores no coincidentes en una fe política se reduciría a una mejor o peor gerencia, llamada a languidecer sin calor popular en tomo suyo.

b) El Gobierno de concentración, o reunión de representantes de los diferentes partidos que se prestaran a participar en el Gobierno. Esta solución añadiría, a la esencial esterilidad interna de la solución anterior, la de no constituir en la práctica sino una recaída en la política de partidos; concretamente, en la de los partidos de derecha, ya que es patente que los de izquierda no iban a querer intervenir. Es decir, que lo que hubiera podido ser el principio de una era nacional prometedora vendría a quedar reducido, una vez más, al triunfo de una clase, de un grupo, de un interés *parcial*.

Estos serían los peligros de un exceso de humildad; pero también lo contrario es temible. Vamos a considerarlo.

2. *Exceso de ambición.*—No, entendámonos, de ambición personal en los militares, sino de ambición histórica. Esto ocurriría si los militares, percatados de que no basta con una buena gerencia, sino que es necesario suscitar la emoción de una tarea colectiva, de una interpretación nacional del momento histórico, quisieran ser ellos mismos quienes la suscitaran. Es decir, si los militares, ejecutores o coadyuvantes en el golpe de Estado, se propusieran descubrir por sí mismos la doctrina y el rumbo del Estado nuevo. Para un intento así, los militares no cuentan con una suficiente formación política. Si yo tratara —como tantos— de adular al Ejército, le atribuiría, sin más, todas las capacidades. Por lo mismo que sé lo que representa el Ejército, el inmenso acervo de virtudes silenciosas, heroicas e intactas que atesora, me parecería indecente adularle. Pienso, en cambio, que es lo leal poner a su servicio un esfuerzo de lucidez. Por eso digo estas cosas como las pienso: el Ejército, habituado a considerar que la política no es su misión, tiene en lo político un ángulo visual incompleto. Peca de honrada ingenuidad al propugnar soluciones políticas. Así, no logra atraer, por falta de eficacia doctrinal, de sugestión dialéctica, asistencias populares y juveniles persistentes. No olvidemos el caso del general Primo de Rivera: lleno de patriotismo, de valor y de inteligencia natural, no acertó a encender entusiasmos duraderos por falta de una visión sugestiva de la Historia. La Unión Patriótica, escasa de sustancia doctrinal, se quedó en una vaguedad candoroso y bien intencionada.

Si la Providencia pone otra vez en vuestras manos, oficiales, los destinos de la Patria, pensad que sería imperdonable emprender el mismo camino sin meta. No olvidéis que quien rompe con la normalidad de un Estado contrae la obligación de edificar un Estado nuevo, no meramente la de restablecer una apariencia de orden. Y que la edificación de un Estado nuevo exige un sentido resuelto y maduro de la Historia y de la política, no de una temeraria confianza en la propia capacidad de improvisación.

7. GLORIA DE LA INTERVENCIÓN MILITAR.

No sólo purgará el Ejército su pecado de indisciplina formal, sino que se cubrirá de larga gloria si, en la hora decisiva, acierta con la levadura exacta del período que empieza. Europa ofrece ricas experiencias que ayuden a acertar: los pueblos que han encontrado su camino de salvación no se han confiado a confusas *concentraciones de fuerzas*, sino que han seguido resueltamente a una

minoría fervientemente nacional, tensa y adivinadora. En torno de una minoría así puede polarizarse un pueblo; un amorfo agregado de personas heterogéneas no puede polarizar nada. El Ejército debe esperar en aquellos en quienes encuentre más semejanza con el Ejército mismo; es decir, en aquellos en quienes descubra, junto al sentido militar de la vida, la devoción completa a dos principios esenciales: la Patria –como empresa ambiciosa y magnífica– y la justicia social sin reservas –como única base de convivencia cordial entre los españoles–. Así como el Ejército es nacional, integrador y superclasista (puesto que en él conviven orgánicamente, al calor de una religión del servicio patrio, hombres extraídos de todas las clases), la España que el Ejército defienda ha de buscar desde el principio un destino integrador, totalitario y nacional. Eso no es cuestión de recetas (casi todos los partidos, aun los más fofos, insertan ya en sus programas algún principio corporativista a la moda), es cuestión de *temperatura*; las recetas sin fe no son nada, igual que en el Ejército de nada servirían la táctica y los reglamentos interiores sin un acendrado espíritu de servicio y de honor.

Poco importaría que los depositarios del Poder fueran pocos y no muy avezados en las artes de la administración. Las técnicas administrativas son profesadas por expertos individuales fáciles de reclutar. Lo esencial es el sentido histórico y político del movimiento: la captación de su valor hacia el futuro. Eso sí que tiene que estar claro en la cabeza y en el alma de los que manden.

8. ANUNCIO.

Pronto, por mucho que nos retraiga de la decisión última el supremo pavor de equivocarnos, tendremos que avanzar sobre España. Los rumbos abiertos a otros países superpoblados, superindustrializados, convalcientes de una gran guerra, se abrirían mucho más llanos para nuestra España semipoblada y enorme, en la que hay tanto por hacer. Sólo falta el toque mágico –ímpetu y fe– que la desencante. Como en los cuentos, España está cautiva de los más torpes y feos maleficios; una política confusa, mediocre, cobarde, estéril, la tiene condenada a parálisis. Ya se alistan paladines para acudir en su socorro, y una mañana –oficiales, soldados españoles– los veréis aparecer frente a vuestras filas. Ese será el instante decisivo; el redoble o el silencio de vuestras ametralladoras resolverá si España ha de seguir languideciendo o si puede abrir el alma a la esperanza de imperar. Pensad en estas cosas antes de dar la voz de "¡Fuego!". Pensad que por encima de los artículos de las Ordenanzas asoman, una vez cada muchos lustros, las ocasiones decisivas en la vida de un pueblo. Que Dios nos inspire a todos en la coyuntura. ¡Arriba España!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA,

Jefe de la Falange Española de las J.O.N.S.

(Madrid, noviembre de 1934)

GUERRA EN EL PARLAMENTO

6 de noviembre de 1934

El señor Cano López tiene un incidente con el ministro de Estado, señor Samper.

El señor Cano López abandona su escaño para dirigirse al banco azul, y varios señores diputados salen a su encuentro para impedirlo, produciéndose un gran tumulto.

El presidente interviene, exigiendo, calma.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Lo que tiene que hacer el señor presidente es dejar que nos peguemos alguna vez. *(Grandes rumores. Varios señores diputados tratan de agredirse, siendo separados en el hemiciclo por varios señores diputados. El señor presidente reclama orden con reiteración, ordenando a los señores diputados que se sienten. Continúa durante un rato la agitación en la Cámara)*

DOCTRINA DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 6 de noviembre de 1934)

El señor PRIMO DE RIVERA:

No imaginaré el señor Gil Robles, cuando me levanto a hablar, además, en ocasión tan desfavorable, que lo hago a impulsos de un espíritu de partido, porque cabalmente lo que voy a reprochar al Gobierno es que haya dejado intacta para mi partido, o para quienes me siguen y me acompañan, una bandera que tuvo ocasión magnífica de recoger. El Gobierno que preside don Alejandro Lerroux se encontró en una de esas encrucijadas históricas desde donde arrancan para una patria el camino de la grandeza y el camino de la vulgaridad. Hubo una ocasión decisiva en aquella mañana del 7 de octubre en que todos confiamos, en que todos apoyamos, en que todos exaltamos al Gobierno que preside don Alejandro Lerroux para que lanzase a España por el camino de la grandeza, y éste es el momento en que tememos que el Gobierno que preside don Alejandro Lerroux está desperdiciando esa magnífica ocasión histórica. La está desperdiciando, a mi modo de ver —y conste que tengo que empalmar para esto, más que con el debate brillantísimo desarrollado aquí en la tarde de ayer y en la de hoy, con las palabras del señor presidente del Consejo de Ministros—, la está desperdiciando, porque en este fenómeno histórico, inmenso, ingente, de la revolución que se acaba de vencer, parece como si el Gobierno no hubiera querido ver más que lo superficial, los brotes más externos de todo lo que constituye la revolución; se dijera que lo más señero, lo más significativo, fue el caso de tal pistolero que disparó contra tal autoridad, o de tal minero que encendió la mecha de tal bomba. Eso no es más que el brote superficial. Parece como si de ahí no pudiera pasarse sino a la influencia política que tuvieran tales o cuales sindicatos. Eso no es más que el tronco del problema; pero la raíz jugosa y profunda de la revolución está en otra cosa; está en que los revolucionarios han tenido un sentido místico; si se quiere, satánico, pero un sentido místico de su revolución, y frente a ese sentido místico de la revolución no ha podido oponer la sociedad, no ha podido oponer el Gobierno, el sentido místico de un deber permanente y valedero para todas las circunstancias.

Se decía aquí por varios oradores: pero ¿cómo los mineros de Asturias, que ganan dieciocho pesetas y trabajan siete horas, han podido hacer una revolución socialista? Yo quisiera contestar: pero ¿es que también vamos a profesar nosotros la interpretación materialista de la Historia? ¿Es que no se hacen revoluciones más que para ganar dos pesetas más o trabajar una hora menos? Os diría que lo que ocurre es todo lo contrario. Nadie se juega nunca la vida por un bien material. Los bienes materiales, comparados unos con otros, se posponen siempre al bien superior de la vida. Cuando se arriesga una vida cómoda, cuando se arriesgan una ventajas económicas es cuando se siente uno lleno de un fervor místico por una religión, por una patria, por una honra o por un sentido nuevo de la sociedad en que se vive. Por eso los mineros de Asturias han sido fuertes y peligrosos. En primer lugar, porque tenía una mística revolucionaria; en segundo término, porque estaban endurecidos en una vida difícil y peligrosa, en una vida habituada a la inminencia del riesgo y al manejo diario de la dinamita. Por eso, con esa educación de tipo duro y peligroso, y con ese impulso místico, satánico si queréis, han llegado a las ferocidades que lamentamos todos.

Pero frente al estallido de una revolución llena de ímpetu místico y de instrumentos guerreros, ¿qué podía ofrecer la sociedad española; qué podía ofrecer el Estado español? ¡El Estado español...! Pero ¿es que el Estado español cree en algo? El señor presidente del Consejo de Ministros nos decía ayer, como expresión perfecta de lo que debe ser un jefe de Gobierno, que él se coloca equidistante entre las izquierdas y las derechas, sin tolerar la extralimitación de ninguna. Es decir, que en el concepto político del señor presidente del Consejo de Ministros, las izquierdas y las derechas deben existir, pero 61 no es ni de las izquierdas ni de las derechas. Él defiende un Estado que no cree en una postura ni en otra, aunque reconoce que ambas posturas existen y son lícitas. Pero ¡qué, si tenemos la prueba viviente en estos días de que el Estado español no cree en sus propias bases! No tenéis más que ver que estamos, por ejemplo, discutiendo la revolución bajo la censura de Prensa. Nosotros formamos parte de este Cuerpo legislador; discutimos en este edificio, en el que parece que está volatilizado, entre las horribles pinturas del techo y el horrible terciopelo de los bancos, eso que se llama la soberanía nacional; pues bien: nosotros, depositarios de la soberanía nacional, tenemos que recibir cada noche una especie de espaldarazo de buenos chicos que nos discierne algún funcionario subalterno del Gobierno Civil.

El Estado no cree en nada; el Estado no cree en la libertad, ni cree en la soberanía del pueblo, porque la suspende cada vez que hace falta. El Estado no se cree siquiera depositario ni cumplidor de un fin supremo, y prueba patente de esta verdad dura y triste la tuvimos en una famosa arenga que hubimos de oír por la radio la noche siguiente de vencerse la sublevación en la Generalidad. Un hombre que había tenido la suerte inmensa, providencial, de ser quien devolvió a España su unidad en peligro, pronunció la noche siguiente estas palabras, que oímos todos por la radio, repito, para nuestra vergüenza: "Respetables son éstos –los ideales–, sean cuales fueren; son execrables cuando se salen del terreno legal y se apela a la violencia para establecerlos." De modo que un hombre que acaba de hacer cara nada menos que a un intento separatista, declaraba que ese sentimiento separatista no es execrable como contenido separatista, sino porque se ha producido sin cumplir el artículo cual o el artículo tal de ciertas normas reglamentarias.

¿Y la sociedad española? Decidme si la sociedad española tenía el sentido de estar al servicio de unas normas de validez permanente que la justificaran en una actitud enérgica de defensa. El señor Gil Robles, en uno de sus elocuentísimos discursos, en uno de sus extraordinarios discursos, en uno de sus milagrosos discursos –y digo milagrosos en el sentido exacto de esta palabra–, nos dijo ayer que nadie va más lejos que él en las reformas sociales, que nadie está mejor dispuesto que él para las reformas sociales. Y yo digo: una sociedad que sabe que tiene que reformarse es que tiene la noción de su propia injusticia; y una sociedad que se cree injusta no es capaz de defenderse con brío.

Ni el Estado español ni la sociedad española se hubieran defendido con brío frente a la revolución si no hubiera entrado en juego el factor, que siempre nos parece imprevisto, pero que no falta nunca a la cita en las ocasiones históricas, de ese genio subterráneo de España, de ese genio heroico y militar de España, de esa vena perenne de España que, ahora como siempre, albergada en uniformes militares, en uniformes de soldaditos duros, de oficiales magníficos, de veteranos firmes y de voluntarios prontos, una vez más, ahora como siempre, ha devuelto a España su unidad y su tranquilidad. (*Muy bien.*)

Esto me parece que es axiomáticamente así, y, sin embargo, temo que el Gobierno que preside don Alejandro Lerroux no haya sacado las consecuencias exactas de ello. Sus medidas, las medidas que hemos empezado a conocer, son puramente policíacas, son puramente de detalle, no penetran en la entraña del acontecimiento. La primera medida necesaria era haber dado al vencimiento de la intentona revolucionaria toda la altura histórica que merecía. Era la ocasión de decir: "Pues sí, esta vena heroica y militar –la de siempre– nos ha salvado; esta vena heroica y militar tiene que adquirir otra vez su condición preeminente." Hubiera sido muy bueno que el señor presidente del Consejo de Ministros, capaz de retorcer tantas veces sus creencias cuando así servía a la verdad o a la Patria, nos hubiese

dicho: "Es cierto; no hay más que dos maneras serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar –o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea una milicia ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso–; y es la hora ya de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida tiene que restaurarse España." Esta sí que habría sido la verdadera retribución para el esfuerzo y para el heroísmo de quienes nos han devuelto la tranquilidad; porque estoy seguro de que cada uno de los que han muerto por España y cada uno de los que sobreviven no quiso la retribución en unas monedas o ventajas; lo que hubieran querido sería que les devolviéramos el orgullo de tener una Patria grande. Y la ocasión de emprender el camino de esa Patria grande era la gozosa y única tal vez, en sabe Dios cuántos años, de aquella madrugada del 6 al 7 de octubre de 1934.

No es esto lo que ha deducido el Gobierno como consecuencia. Por de pronto, parece como si hubiera la consigna de desviar la atención de las gentes del lado antinacional de la revolución para concentrarla exclusivamente en el lado social. Estamos dedicando cada vez menos palabras a lo que ha ocurrido en Cataluña para dedicar más a escalofriarnos con los horrores de Asturias, horrores que ya no tienen más que un valor anecdótico y que, con ser muchos o ser pocos, no hacen variar nada la calidad histórica del intento.

Lo de Cataluña, el intento separatista de Cataluña, lo estamos desviando por instantes, y así ha ocurrido la cosa enorme, señor presidente del Consejo de Ministros, de que cuando hemos conocido

esta mañana la lista de las condenas y de los indultos hayamos visto, como en su elocuencia ha afirmado S.S., que un pistolero demostró enorme perversidad porque se defendió cuando huía y cometió un homicidio, en tanto que un oficial del Ejército español que al frente de sus tropas –por primera vez en más de un siglo–, que si acaso tendría parangón en los últimos días de la caída de nuestro imperio continental, en los albores tristes del siglo XIX, un oficial se alzó contra la unidad de España y mandó disparar a sus tropas y mató a otro oficial del Ejército español y a varios soldados, merecía el indulto. La cosa es tan enorme, señor presidente del Consejo de Ministros que aquí han tenido que moverse dos sospechas para admitir que esto Pudiera acontecer. Yo aseguro al señor presidente del Consejo de Ministros que, sin que me comprenda una sola brizna de responsabilidad gubernamental, no he podido pegar los ojos anoche pensando en ese horror del fusilamiento de dos desgraciados, de dos más o menos monstruosos desgraciados, que delinquieron, que cometieron un delito común y que no habrían sido pasados por las armas si el mismo delito lo hubiera realizado seis días antes mientras se indulta a un oficial español que ha cometido el peor delito de traición contra la Patria y contra el Ejército. (*Muy bien.*) A mí ya no me interesa, pues porque yo diga estas cosas no se va a fusilar al señor Pérez Farrás; pero no hay más explicación admisible para el indulto de este oficial que una presión demasiado alta, que el Gobierno no debió tolerar, o una presión demasiado misteriosa, que ni el Gobierno debió aceptar ni nosotros podemos sufrir sin afrenta: la presión, simplemente, de la masonería. (*MUY bien. Rumores.*) El señor Pérez Farrás es masón y por eso se ha salvado. Es muy lógico, si queréis, aunque nos ofenda, que quienes tienen tradición masónica cedan a su impulso; pero vosotros (*dirigiéndose al señor Gil Robles*), que representáis, si representáis algo hondo y espiritual, todo lo contrario de la masonería, veremos cómo explicáis en las próximas propagandas electorales vuestra complicidad con este crimen. (*Rumores. El señor Gil Robles: "Era eso todo lo que necesitaba decir S.S. para hacernos ese ensayo literario? Siga S.S."* *Muy bien. Rumores en algunos escaños.*)

Y después, es bien triste que no os hayáis dado cuenta de esto. Cuando quiebra todo un orden social, como ha quebrado durante la pasada revolución, como ha estado a punto de quebrar sin remedio sin los auxilios heroicos que surgieron a última hora, hay que pensar, no sólo en que urge desmontar ciertos sindicatos, no sólo en que hay que tomar ciertas medidas policíacas; hay que pensar en que algo anda mal en lo profundo. El señor Gil Robles –yo le aludiré siempre con mucha más cortesía y con mucha más tranquilidad de las que él ha manifestado en este instante– propone una serie de medidas; dice que nadie le irá al alcance en los avances sociales. Yo me permito decirle al señor Gil Robles que si hace eso no logrará más que desorganizar toda una economía capitalista sin haber implantado un régimen más justo. El que con la economía capitalista, tal como está montada, nos dediquemos a disminuir las horas de trabajo, a aumentar los salarios, a recargar los seguros sociales, vale tanto como querer conservar una máquina y distraerse echándole arena en los cojinetes. Así se arruinarán las industrias y así quedarán sin pan los obreros.

En cambio, con lo que queremos nosotros, que es mucho más profundo, en que el obrero va a participar mucho más, en que el Sindicato obrero va a tener una participación directa en las funciones del Estado, no vamos a hacer avances sociales uno a uno, como quien entrega concesiones en un regateo, sino que estructuraremos la economía de arriba abajo de otra manera distinta, sobre otras bases, y entonces sucederá, señor Gil Robles, que se logrará un orden social mucho más justo. (*Rumores. El señor Barros de Lis: "Y a vivir todos felices con esa estructuración nueva."*) ¿Su señoría ha dedicado dos minutos de meditación a leer algún folleto de propaganda de las ideas que yo preconizo ahora? (*El señor Barros de Lis: "Sí, he leído bastantes."*) Pues que sea enhorabuena. (*El señor Barros de Lis: "No; enhorabuena a S.S., por haberlos leído yo."* *El señor presidente reclama orden.*)

Es decir, que dentro de muy poco, dentro de quince días, dentro de un mes, estará todo, si el señor presidente del Consejo de Ministros no rectifica, poco más o menos como estaba; habremos dado por finida una revolución; tal vez la Policía esté un poco más diligente; tal vez haya menos armas en las Casas del Pueblo; pero la estructura social y política que ha quebrado seguirá en pie y no se habrá logrado nada, y la vena heroica y militar que nos ha salvado esta vez volverá a enterrarse y volverá a estar ahí en reserva por si otra vez tiene que salvamos de milagro. Señor presidente del Consejo de Ministros; si yo hablase por un interés de partido, nada podría parecerme mejor. Precisamente las ocasiones desperdiciadas han sido las que abrieron siempre camino a las revoluciones nacionales: porque se desperdició Vittorio Veneto vino la marcha sobre Roma; porque se ha desperdiciado el 7 de octubre es muy posible que venga la revolución nacional, en cuyas filas me alistó. (*Rumores.*) Eso, para nosotros, sería mucho mejor. Para el Gobierno hubiera sido mucho

mejor ser él quien enarbolase esa bandera. Pero si es mejor para mí y para mi partido, en cambio reconocerán el Gobierno y la Cámara que no es para que otorguemos un voto de confianza esta tarde. (*Rumores.*)

HOMENAJE A OREJA ELÓSEGUI

(Palabras pronunciadas en el Parlamento el 9 de noviembre de 1934.)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Que se una al dolor de la Cámara el doble homenaje de las palabras que he de decir, que serán muy pocas, y el homenaje profundo, respetuoso, del silencio a que volveré enseguida. El silencio es quizá el mejor tributo que podemos pagar a aquellas vidas ejemplares como la de nuestro campanero Oreja Elósegui. Hay, por lo menos, dos facetas en que nos brinda inagotables enseñanzas. Fue Marcelino Oreja, de una parte, el hombre de la tarea callada de todos los días: fue, de otra parte, el hombre que durante la tarea albergaba en su corazón un ideal de los más hondos, de los más completos y de los más difíciles. Aquella existencia silenciosa fue sólo una tarea inacabable en un taller pulcro y ordenado, iluminado apenas por una lucecita perenne, que era la luz de su ideal. ¡Bienaventuradas esas vidas que nos sirven de ejemplo hasta que llega el instante en que la Suprema Providencia dispone que lo que era apenas resplandor se convierta en luz inefable de gloria, y lo que era tarea de todos los días se convierta en inacabable descanso! (*Aplausos.*)

NORMA PROGRAMÁTICA DE LA FALANGE

NACIÓN. UNIDAD. IMPERIO

1. Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esta tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases.

2. España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos.

La constitución vigente, en cuanto incita a las disgregaciones, atenta contra la unidad de destino de España. Por eso exigimos su anulación fulminante.

3. Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera.

Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de Poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales.

4. Nuestras fuerzas armadas —en la tierra, en el mar y en el aire— habrán de ser tan capaces y numerosas como sea preciso para asegurar a España en todo instante la completa independencia y la jerarquía mundial que le corresponde. Devolveremos al Ejército de Tierra, Mar y Aire toda la dignidad pública que merece, y haremos, a su imagen, que un sentido militar de la vida informe toda existencia española.

5. España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar. España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el comercio.

Exigimos para la Patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.

ESTADO. INDIVIDUO. LIBERTAD

6. Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria. Todos los españoles participarán en él a través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará a través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido.

7. La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles.

Pero sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre.

A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y la libertad de la Patria. Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles o a moverlos contra el destino de la Patria.

8. El Estado nacionalsindicalista permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aun protegerá y estimulará las beneficiosas.

ECONOMÍA. TRABAJO. LUCHA DE CLASES

9. Concebimos a España, en lo económico, como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional.

10. Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes' propicias a la miseria y a la desesperación. Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también al marxismo. Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas, hoy descarriadas por el marxismo, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado nacional.

11. El Estado nacionalsindicalista no se inhibirá cruelmente de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica.

Reprobamos e impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro y la anarquía en el régimen del trabajo.

12. La riqueza tiene como primer destino –y así lo afirmará nuestro Estado– mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.

13. El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales y la protegerá contra los abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas.

14. Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de Banca y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos.

15. Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso.

Mientras se llega a la nueva estructura total, mantendremos e intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales.

16. Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás.

TIERRA

17. Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquirimos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la agricultura.

18. Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica) por los medios siguientes:

Asegurando a todos los productos de la tierra un precio mínimo remunerador.

Exigiendo que se devuelva al campo, para dotarlo suficientemente, gran parte de lo que hoy absorbe la ciudad en pago de sus servicios intelectuales y comerciales.

Organizando un verdadero Crédito Agrícola Nacional, que al prestar dinero al labrador a bajo interés, con la garantía de sus bienes y de sus cosechas, le redima de la usura y del caciquismo.

Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria.

Ordenando la dedicación de las tierras por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos.

Orientando la política arancelaria en sentido protector de la agricultura y de la ganadería.

Acelerando las obras hidráulicas.

Racionalizando las unidades de cultivo para suprimir tanto los latifundios desperdiciados como los minifundios antieconómicos por su exiguo rendimiento.

19. Organizaremos socialmente la agricultura por los medios siguientes:

Distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar y estimular enérgicamente la sindicación de labores.

Redimiendo de la miseria de que viven a las masas humanas que hoy se extenuan en arañar suelos estériles, y que serán trasladadas a las nuevas tierras cultivables.

20. Empezaremos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria.

21. El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

22. Será designio preferente del Estado nacionalsindicalista la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos.

EDUCACIÓN NACIONAL. RELIGIÓN

23. Es misión esencial del Estado, mediante una disciplina rigurosa de la educación, conseguir un espíritu nacional, fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria.

Todos los hombres recibirán una educación preliminar que los prepare para el honor de incorporarse al Ejército nacional y popular de España.

24. La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores.

25. Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico –de gloriosa tradición y predominante en España– a la reconstrucción nacional.

La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.

REVOLUCIÓN NACIONAL

26. Falange Española de las J.O.N.S. quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la Revolución nacional.

Su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio.

27. Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final por la conquista del Estado, gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que quede asegurado nuestro predominio.

JOSÉ ANTONIO

(Redactada en noviembre de 1934)

UN HOMBRE, UN PARTIDO

Guión de una falange, propulsor de una idea, conservados del temperamento de su padre. Y es el temperamento de José Antonio todavía más templado, por más juvenil, y es esta juventud recién estrenada la que implica grandes cosas sin estrenar.

Luces sin encender en la ruta inacabable.

Tracas sin quemar en el jardín amplio de victoria.

Mil voluntades inéditas dentro de una.

INTERVIÚ

Interviú. O charla. Más bien simplemente conversación. A la luz gris —en penumbra— de un despacho: de su bufete.

Un bufete.

O un yunque.

Un bufete. Es José Antonio, por encima de todo, un letrado excelente. Pero ahora es política la charla. Primo de Rivera, ya con mis preguntas, empieza:

—A mi modo de ver, la situación política es ésta: jugamos "a hacemos los distraídos" ante un estado revolucionario. El 14 de abril de 1931 se hundió todo un régimen: no sólo una forma de Gobierno, sino un régimen; es decir, la base social, económica y política en que aquella forma de Gobierno se sustentaba. Naturalmente, los que tomaron parte "en serio" en aquella semirrevolución no limitaban sus ambiciones a sustituir la Monarquía liberal por una República burguesa. Por eso, dueños del Poder, se salieron bien pronto de las maneras tranquilas esperadas por muchos. Azaña y los socialistas, revolucionarios auténticos, se pusieron "a hacer la revolución".

Primo de Rivera sonríe. Y continúa.

—En esto vienen unas elecciones. Las derechas, con sus justos motivos de protesta y con mejores métodos, sacan muchos diputados. Se forma un Gobierno republicano burgués, y durante varias semanas se entregan las masas conservadoras a la alegría de imaginar que la revolución "ha terminado" como una película enojosa.

—¿Usted cree que no ha sido así? —Exacto.

¡OJO A LA REVOLUCIÓN!

—Escucho.

—De pronto, he aquí que nos encontramos con que la revolución está viva. Y amenazadora. Y con que el triunfo de las derechas es tan débil que ni siquiera se les pasa por la cabeza aceptar el Poder o conquistarlo. Doscientos diputados en el Parlamento no pueden nada contra la revolución.

La gente opina que del 31 hasta aquí no ha habido sino un cambio de paisaje.

—No. Le decía que nos encontramos con la revolución a un paso. Esto, que no se ocultó ni un minuto a los que participan de mi manera de pensar, quiere decir únicamente que el "aquí no ha pasado nada" es imposible.

—Usted oculta una solución.

—No. ¿La quiere usted? Ahí está: hay que sustituir el Estado destruido por otro.

—¿Cuál?

—Una de dos. O el Estado socialista que imponga la revolución hasta ahora triunfante o un Estado "totalitario" que logre la paz interna y el optimismo nacional, haciendo suyos los intereses de todos. Pero no como muletilla verbal, sino penetrando hasta el fondo en la realidad social española, que exige reformas profundísimas. Mientras millones de familias españolas vivan miserablemente, no puede "ni debe" haber paz en España. Lo interesante es incorporar el interés de esos millones de familias al interés total de España, en vez de acorralarlos en la desesperación anárquica y antinacional.

"Una nación es grande cuando traduce en la realidad la fuerza de su espíritu"; "la libertad no es un derecho, sino un deber"; "ante todo, el fascismo, en lo que se refiere, en general, al porvenir y al desarrollo de la Humanidad, y dejando aparte todas las consideraciones de política actual, no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua."

MI POSICIÓN

—Bien, don José Antonio. Y su actitud ante nuestro momento, ¿cuál es?

—Mi posición es la manifestada en el discurso de la Comedia el 29 de octubre de 1933. Poner mi energía al servicio de ese Estado totalitario nacional y social que se considere instrumento del destino total de España, como unidad en lo universal, no de la clase o del partido más fuerte.

—¿Y su labor parlamentaria?

—Poco más que esperar y observar, para ir señalando, cada vez que sea oportuno, la incapacidad del Parlamento para rehacer a España. Y en cuanto a la labor del Parlamento mismo, ¿es que ha hecho alguna hasta ahora?

Primo de Rivera hace una pausa. Mira encima de la chimenea: hay un retrato de su padre; otro, dedicado, de Mussolini. Le ofrezco un cigarrillo, y me dice:

—Gracias. No fumo.

Hasta la puerta llegan varias tarjetas. Primo de Rivera trabaja.

Un bufete.

O un yunque.

(¡Y aún hablan de oligarquías los nuevos señoritos que saltaron de la pensión al palacio!) *Luis Méndez Domínguez.*

(*Blanco y Negro*, 11 de noviembre de 1934)

DEFENSA DE LA FALANGE

(Discursos pronunciados en el Parlamento los días 13, 14 y 15 de noviembre de 1934.)

13 de noviembre de 1934

El señor PRIMO DE RIVERA:

Yo quisiera precisamente en la tarde de hoy, en que por primera vez, durante un año de investidura, tomo parte personalmente con una opinión personal en la discusión de un proyecto de ley, que tanto una persona tan amable y tan culta como el señor ministro de Justicia como todas las personas con las mismas cualidades que integran la Comisión de Justicia desechasen hasta la más pequeña sospecha de que venía aquí a plantear una cuestión de partido; si algo funciona dentro de mi espíritu esta tarde, es acaso una experiencia forense modesta, pero un poco larga, porque alcanza a diez años, y que se ha proyectado por el estudio precisamente de este proyecto de ley.

Este proyecto de ley aspira, como nos ha dicho el señor ministro de Justicia, a alejar a la sociedad de los peligros y amenazas de una situación armada en que viven muchos; y precisamente si este proyecto, al convertirse en ley, ha de servir de algo, habrá de ser contribuyendo a que desaparezca ese estado de armamento que al señor ministro de Justicia pone en sobresalto. Pues yo me permito decir al señor ministro de Justicia que si el proyecto llega a ser ley tal como está redactado, no conseguirá ni poco ni mucho el propósito a que se encamina; que si lo consigue en parte será a costa de realizar una injusticia grave y de menospreciar algunos principios jurídicos, sin los cuales no podemos movemos.

Toda ley penal –en esto estamos todos, y me va a disculpar la Cámara que acuda a algunas nociones elementales, no con el propósito, que está muy lejos de mí, de adoctrinar a nadie, sino con el propósito de establecer algún punto dialéctico indispensable para nuestra comunicación–, toda ley penal aspira a lograr su propósito por estos dos caminos, mediante estos dos elementos: primero, constituyendo sobre el propicio a delinquir una amenaza que le haga ahuyentar de su espíritu aquel propósito delictivo –realiza la pena una función previa, que es la de intimidar al presunto delincuente para que deje de ser presunto delincuente, para que desista del propósito inicial de ser delincuente–, y después, una vez que el presunto delincuente no sintió de una manera bastante eficaz esa amenaza de la pena y pasa de presunto delincuente a delincuente efectivo, operar en forma que proteja a la sociedad contra el peligro demostrado por el autor de ese delito.

Estas son las dos funciones que persigue la pena, y éstas son las dos funciones que entiendo que no cumple el proyecto de ley sometido ahora a nuestra deliberación, porque para que la amenaza sirva de algo, señor ministro, la amenaza de recaer y ser eficaz precisamente sobre los que están propicios a delinquir, y esta amenaza resulta enorme para todo aquel que no es peligroso precisamente; en cambio, resulta insignificante para todo aquel que es verdaderamente peligroso.

Imagínese el señor ministro su posición personal; el señor ministro es una persona intachable, es una persona pacífica, no lleva armas nunca; pero si una noche le dicen al señor ministro que le esperan detrás de una esquina para asesinarle y un amigo celoso le presta una pistola, el señor ministro sale ya con el sobresalto de que le metan cuatro años en la cárcel. ¡Cuatro años en la cárcel para la vida intachable del señor ministro es una gravísima complicación! En cambio, imagínese no a sí mismo –que ésta es una conjetura inadmisible–, imagínese el señor ministro a uno que sale a la calle decidido a cometer tres asesinatos con la pistola; sabe que si los comete va a deber a la sociedad tres cadenas perpetuas, tres penas de treinta años y, si es en estado de guerra, quién sabe si tres penas de muerte. ¿Cree el señor ministro que la intimidación de que se sume a esa magnífica colección de penas graves una pena de dos años y unos meses de prisión va a hacerle desistir del propósito de salir con la pistola en el bolsillo? (*El señor ministro de Justicia: "¿Me permite el señor Primo de Rivera?"*) Con mucho gusto. (*El señor ministro de Justicia: "Lo que pasa es que el Gobierno estima que, en estas circunstancias, todo señor que se dedique a tener una pistola, en términos generales, es peligroso. Este es el sistema."*) Esa hipótesis es demasiado aventurada, y para que vea el señor ministro lo aventurada que es, voy a tratar de disiparla con dos ejemplos vivos, con dos ejemplos sucedidos en estos últimos días, uno de ellos en Barcelona.

En Barcelona, hace nada, fue asesinado a tiros el director de una fábrica; pues alguien que en esta fábrica ejercía funciones o de gerente, o de presidente del Consejo de Administración, o de propietario, se dirigió a las autoridades de Barcelona, diciéndoles que la muerte del director de la fábrica los llenaba de temor y de inquietud y que era preciso que las autoridades asegurasen que ese atentado primero no iba a iniciar una cadena de atentados contra el resto del personal de la fábrica. Las autoridades de Barcelona, probablemente con razón, le dijeron que la fuerza pública estaba muy recargada de servicio y que no podía montar uno especial para proteger las vidas de los miembros de aquel Consejo de Administración, pero que se defendiesen ellos. Ocurrió que cuando, en contestación a ese consejo, solicitó que se le extendiera enseguida una licencia de armas, no se la quisieron expedir; le dijeron rotundamente que no se la expedían. Imagínese el señor ministro que sí se la hubiesen expedido; imagínese el señor ministro que hubieran mostrado las autoridades un ánimo propicio para que, al final del expediente que en estos casos se instruye, entregaran una pistola al gerente de aquella fábrica cuyo director acababa de ser asesinado; pero en este expediente, en que hay que aportar una serie de certificaciones, una serie de antecedentes penales, retratos y unas cuantas cosas más, es más que probable que hubiese habido tiempo suficiente para que no sólo el presidente del Consejo de Administración, sino todo el Consejo de Administración y parte de su familia, hubiesen sido asesinados. ¿Me quiere decir el señor ministro si el presidente del Consejo de Administración, ante esta coyuntura tan verosímil, se echa una pistola, por de pronto, en el bolsillo, en espera de que se le extienda la licencia; si este presidente, digo, del Consejo de Administración es un hombre peligroso? Pues con el rigor formal de la ley, si aquella tarde cogen al amenazado directamente de muerte, esté seguro el señor ministro de que no hay Tribunal que le hubiera podido absolver. *(El señor ministro de Justicia: "Yo he tenido casos de esos que acaba de relatar su señoría en los que, por lo visto, con una gran fortuna, han sido absueltos los interesados, existiendo el delito de tenencia ilícita de armas específicamente igual que se declara en esta ley.")* El señor ministro tiene, sobre muchas ventajas además de otras muchas que le reconozco, tiene la de ser, naturalmente, mucho mejor abogado que yo. *(El señor ministro de Justicia: "No, no.")* Sí, señor, porque a mí me ha ocurrido lo contrario. A mí me ha ocurrido, hace así como diez días, el caso siguiente: se declara el estado de guerra; las autoridades públicas solicitan el concurso de los ciudadanos, y las autoridades militares, más directamente, llaman a los cuarteles a los que, cuando sirvieron en sus filas, habían alcanzado la condición de oficiales de complemento. No s.— había hecho todavía la movilización de los oficiales de *complemento*, sino que algunos jefes del Cuerpo se habían dirigido a los que más recordaban, requiriéndoles a que se presentasen a ofrecerse.

Pues bien: un oficial de complemento salió de paisano de su casa, con el revólver en el bolsillo; este oficial de complemento fue detenido por la Policía en la calle, y ha sido condenado a cuatro meses y un día de arresto por el Tribunal de Urgencia de Madrid. Lamento que fui yo su defensor; no lo diría porque no puede mi bufete prosperar mucho si comunico a todos estos éxitos; pero los señores magistrados que le condenaron me tuvieron que decir que, sintiéndolo mucho, porque comprendían que tenía toda la razón en el caso, ellos no tenían medio de obrar más que como autómatas, porque la ley de tenencia ilícita de armas no abre ningún portillo para la individualización de la pena, como decía perfectamente el señor Reig, ni para juzgar de la peligrosidad de los procesados.

Pero si este propósito primero de la pena, si este propósito de intimidación, de prevención general, no se logra, considere el señor ministro si se logra el segundo propósito, que es el de la inocuización. Claro es que si ponemos penas tan duras como las que se proponen en esta ley, y si las penas son más duras, todavía más inocuizamos a los delincuentes. Esto es evidente, de toda evidencia. Si en el proyecto de ley prospera una enmienda que diga: "Al que se le coja con una pistola en el bolsillo se le pasará por las armas", hay grandes probabilidades de que aquel a quien se coja una vez con una pistola en el bolsillo no reincidirá. Pero, naturalmente, es Derecho penal, si aspira a ser una cosa exacta, si aspira a ser de algún modo científico, tiene que lograr sus propósitos precisamente con el mínimo esfuerzo; es decir, tiene que lograr sus resultados sin 'apartarse de estas tres normas: primera, saber quién es verdaderamente peligroso, para aplicarle o no aplicarle la pena —la individualización—. *(El señor Martínez Moya: "No, no.")* Segunda, la inocuización. *(El señor Martínez Moya: "Eso no es individualización, señor Primo de Rivera.")* Yo reconozco que la técnica penal del señor presidente de la Comisión es diferente a la mía. *(El señor Martínez Moya: "Exacto.")* Pero, en fin, creo que el señor presidente de la Comisión entiende, aproximadamente, lo que quiero decir, y podemos seguir comunicándonos. *(El señor Martínez Moya: "Desde luego.")* Pues bien: segunda, llegar en este tratamiento de inocuización exactamente a lo necesario, porque en cuanto se rebasa el límite de la necesidad se entra en el campo de la injusticia. *(El señor ministro de Justicia asiente.)* El señor ministro está conforme, y lo celebro mucho, y en tercer lugar, hay que respetar unos cuantos

principios jurídicos, sustantivos y procesales, sin los cuales se subvierte por completo el orden moral en que nos desenvolvemos todos, y se retrocede en el Derecho penal a estadios superados ya con exceso.

Pues bien: considere el señor ministro, en cuanto a la primera, el arbitrio judicial. En el real decreto de 13 de abril de 1924 implantó la Dictadura las penas por el delito de tenencia ilícita de armas; pues estas penas, con arreglo al decreto de 13 de abril de 1924, iban desde un mes y un día de prisión hasta seis años, y, con arreglo a un decreto que se publicó con fecha 14 de octubre del mismo año, se daba a los Tribunales la completa amplitud para que desde el mes y el día hasta los seis años adecuasen la pena a la peligrosidad del procesado. Esto hizo la Dictadura, dándonos, como en otras muchas cosas, un ejemplo de modernidad, de acierto y de justicia.

Se promulga el Código Penal de la Dictadura —el Código Penal de la Dictadura, que ha merecido toda suerte de abominaciones—, y en el artículo 542 del Código Penal de la Dictadura se señalan penas desde dos meses y un día a tres años de prisión, y también se inserta no ya sólo para éste, sino para todos los delitos, el principio del arbitrio judicial, que se contiene en la regla primera del artículo 551; el arbitrio judicial, que consiste, señor presidente de la Comisión, en que puedan los Tribunales elegir la pena en toda la anchura que la ley marca; porque decía su señoría: "Toda pena está dividida en tres grados, aunque esa pena tenga la extensión de un grado sólo", con arreglo a la complicadísima tabla de penas de nuestro Código Penal sigue conservando amorosamente; pero el arbitrio judicial se distingue en que mientras cuando existe la amplitud llega desde el mínimo marcado por la ley hasta su máximo, cuando no existe, como en el caso del proyecto de ley que presentan vuestras señorías, los Tribunales, no habiendo circunstancias modificativas, y por virtud, me parece, de la regla primera del artículo 67 del Código Penal, no pueden aplicar una pena que sea inferior ni superior al grado medio de todo lo que la ley señala; es decir, que la pena señalada por la ley se considera dividida en tres partes iguales, y el Tribunal sólo se puede mover dentro del ámbito de la parte de en medio; en cambio, con el principio del arbitrio judicial, que la Dictadura introdujo en su primer decreto y reiteró en su proyecto de Código Penal, los Tribunales podían castigar estos delitos de tenencia ilícita de armas con penas que iban, primero, desde uno, y después, desde dos meses hasta, primero, seis años, y después, tres. Y la ley republicana de 4 de julio de 1933, esta que ahora se pretende modificar, también introduce el arbitrio judicial en sus artículos primero y segundo; también permite que la tenencia y depósito de armas sean castigados con penas que van desde cuatro meses y un día a cuatro años de prisión. Pero llega esta ley y el arbitrio judicial desaparece, y entonces resulta que no habrá nadie a —quien se coja con una pistola en el bolsillo que se le pueda poner menos de dos años, cuatro meses y un día de prisión. ¿Qué ocurrirá? Lo que el señor Reig presentía, lo que nos anunciaba hace poco en un discurso notabilísimo el señor Cambó: que habrá que buscar subterfugios para que la ley no se cumpla o que tendremos que acudir a algo peor, que es a enmendar cada aplicación injusta de la ley mediante el recurso corruptor del indulto.

La segunda condición para que la inocuización fuera legítima es que la pena no pasase justamente del límite de la necesidad. No sé si todos los señores diputados habrán tenido la curiosidad de leer este proyecto de ley con el Código Penal al lado, con las tablas de penas al lado; pero si han tenido esta curiosidad, se habrán encontrado con que, por ejemplo, en el artículo sexto se pena la tenencia de sustancias cuya combinación o mezcla pueda producir explosivos, con penas que van desde doce y un día de prisión a catorce años; que con unas ciertas agravaciones específicas que establece el artículo segundo, el tener una pistola puede penarse con cuatro años, dos meses y un día hasta seis años, y con que el tener cuatro armas de fuego puede atraer sobre uno hasta ocho años de prisión, y nunca menos de seis. Por si fuera poco este tamaño exorbitante de las penas y esa total ausencia del arbitrio judicial que las aplique en cada caso en proporción a la peligrosidad del sujeto, por si fuera poco esto, la ley que discutimos introduce, además, novedades absolutamente extravagantes, absolutamente libres en orden a los principios jurídicos sustantivos y procesales, que constituyen un verdadero peligro público, que constituyen una amenaza terrible, no sobre el presunto delincuente, sino sobre el que no pensó delinquir nunca. Por de pronto, subvierte la presunción normal de que todo aquel de quien no se prueba que ha delinquido es inocente, para establecer una serie de presunciones de delito que tiene que encargarse de destruir el propio inculpado. Esto llega, en algunos extremos, hasta la verdadera extravagancia. Por ejemplo: en el artículo cuarto se castiga con penas graves a los padres, a los tutores, a los guardianes de los menores de dieciséis años si alguno de estos menores delinque, y sólo están libres de la pena estos desventurados guardianes si demuestran que habían tomado las medidas necesarias para la guarda de los menores; es decir,

que, por de pronto, se les supone culpables, y ellos serán los que, si pueden, disipen esa amenaza y esa tacha de culpabilidad.

Todavía es mucho mejor lo que se dice respecto a los empleados de asociaciones y a los miembros de las juntas directivas, porque a éstos se les considera culpables, a menos que demuestren que no habían podido tener noticias de que en el local de su asociación estaban ocultas unas cuantas armas. Fíjese la Cámara que no es ya la prueba de un hecho negativo, sino que hace falta la prueba de un estado psicológico negativo, y hay que penetrar en lo más profundo del espíritu de estos desventurados miembros de juntas directivas de asociaciones, de estos empleados subalternos que se albergan en los locales de las asociaciones, para que se disipe la amenaza hasta de ocho años de prisión que gravita sobre ellos.

Tenemos, por otra parte, algunas figuras de delito verdaderamente sorprendentes. Todos los señores diputados saben, por ejemplo, lo que es la guía de posesión de armas. La guía de posesión de armas se introdujo y se ratificó en dos leyes minuciosísimas, que fueron las de 29 de abril de 1920 y la de 26 de julio de 1922. En estas dos leyes se exige una guía que ha de pasar por la fiscalización de la Guardia Civil, incluso para que se traslade el mero disfrute del arma. Se dice: "No ya la propiedad o posesión, sino el mero disfrute." Desconozco lo que es el disfrute de una pistola; pero, en fin, hasta el mero disfrute, con arreglo a esta ley, tiene que estar fiscalizado por la Guardia Civil. Por consecuencia, no hay manera de que un diputado tenga ni siquiera el disfrute de una, dos o tres u ocho pistolas sin que la Guardia Civil vaya tomando nota de cada una. Pues les va a pasar a los señores diputados que hagan eso mismo que a aquellos niños a quienes la bruja engordaba para comérselos, porque el día que, después de pasar por todas las fiscalizaciones de la Guardia Civil, cualquiera de los señores diputados, con su licencia y su guía, tengan más de seis pistolas, cae sobre ellos el párrafo segundo del artículo tercero de esta ley que tratamos de aprobar, y ¡zas!, se le aplica una pena de seis años y un día a ocho de prisión. Parece una broma, pero los señores diputados no tienen más que compulsar el texto.

Pues ¿y esta consoladora novedad de que las asociaciones hayan dejado de ser personas jurídicas para materializarse no sólo en su domicilio, sino fuera de él? Hasta ahora los señores diputados suponían que las asociaciones eran meros entes de derecho; que las asociaciones eran cosas que podíamos concebir como aparatos técnicos portadores de derechos y obligaciones; podía llegarse a materializar la existencia de la Asociación, por ejemplo, en una casa; el domicilio de una Asociación podía considerarse, con un criterio bastante amplio, como el cuerpo de este ente jurídico que es la Asociación, y estaría, en cierto modo, justificado que cuando se descubrieran armas o explosivos en el domicilio de una Asociación se aplicara cierta pena. Pero surge el artículo noveno de este proyecto de ley, y nos dice: "Las asociaciones sobre las que recayese alguna responsabilidad por tenencia de armas o explosivos serán disueltas para todos sus fines, tanto si se encontraran dichas armas o explosivos en su domicilio como fuera de él." ¿Cómo es posible establecer un vínculo de posesión, de relación punible, entre una Asociación y unas armas o unos explosivos cuando no son encontrados en el domicilio de esa Asociación? ¿Querría explicarnos la Comisión en qué soporte material ha de apoyarse el juicio del Tribunal que entienda; en estas causas para imputar a la Asociación la posesión o tenencia de armas o de explosivos hallados fuera de su local?

Además: este proyecto introduce unos conceptos jurídicos totalmente nuevos y sorprendentes. ¿Qué imaginan los señores diputados que es un delito flagrante? Imaginemos una cosa, imaginemos otra, es indudable que esto de la flagrancia es un concepto jurídico; que hay delitos flagrantes y otros que no lo son, y que aquellos que no lo son no pueden ser flagrantes porque les imputemos esta complicación o esta agravación para algunos casos. Pues bien: en el artículo noveno, que es donde el superrealismo de la Comisión ha llegado a mayores audacias, se nos dice: "Los delitos previstos y penados en la presente ley se considerarán siempre flagrantes para todos los efectos." Es lo mismo que si dijéramos: "El delito de corrupción de menores se considerará siempre perpetrado con nocturnidad." Señor ministro: si el delito se comete a las tres de la tarde no estará perpetrado con nocturnidad; si un delito no es flagrante, no pasará a serlo porque lo disponga el artículo noveno del dictamen de la Comisión.

En el artículo 13 se dice que se podrán practicar registros para comprobar los casos que en esta ley se penan; pero añade que el mandamiento judicial sólo será necesario para el registro de los domicilios particulares; para el registro de las asociaciones, no. De modo que todos aquellos que

tengan alguna parte en asociaciones científicas, económicas o políticas, tienen ya que contar con que la Policía se les presentará mañana, tarde y noche, sin mandamiento judicial de ninguna especie, para practicar cuantos registros le vengán en talante.

Por último, el artículo 11 establece la prisión preventiva en todo caso. Los artículos 502 y siguientes de la ley de Enjuiciamiento Criminal son, precisamente en esto, un modelo de moderación y prudencia. Señalan que, normalmente, no se podrá decretar la prisión preventiva sino en delitos de cierta importancia, en delitos que llevan aparejada una cierta pena; pero superando en esto, con mucho, el criterio de la Comisión, conceden que sea árbitro el juez instructor, para que si de las circunstancias del hecho o del presunto delincuente se dedujeran motivos para mantenerle en prisión durante la instrucción del sumario, lo mantenga. Pues bien: este principio flexible, moderno, científico, de no hacer pasar en la cárcel acaso meses, porque aun los procedimientos sumarios van dilatándose todos los días, y aun el procedimiento de urgencia ha entrado ya muchas veces en los linderos de un mes de duración, este principio, digo, es sustituido en el artículo 11 del proyecto de ley por un precepto implacable: "En ningún caso se podrá acordar el beneficio de la libertad provisional a los que estén sujetos a sumario por los delitos que este proyecto de ley condena."

Y para que no quede siquiera la posibilidad de que se remedie en parte esta ausencia total de individualización de la pena mediante la aplicación a algunos de los condenados de la ley condena condicional, se excluye ésta también de una manera expresa. Es decir, que en el momento en que esta ley sea aprobada, ya sabemos todos que los que estén dispuestos a vivir habitualmente fuera de ésta y de todas las leyes tendrán una pequeña complicación más a la cual hacer cara el día que caigan en manos de la Justicia; pero los que tengan el propósito de vivir dentro de la ley tendrán que resignarse a que los amenacen, a que los persigan, a que los tireen, sin hacer el menor propósito de defensa, en tanto las diligentes autoridades policíacas no les expidan las licencias para tenencia y uso de armas. El señor ministro, en su experiencia, más bien anterior que la de ahora, sabrá lo sencillo que es esto de obtener licencia de uso de armas cuando se goza de todas las simpatías de las autoridades gubernativas provinciales o de la Dirección General de Seguridad.

Habría visto el señor ministro que he procurado hacer un examen aburrido, de puro riguroso, de este proyecto de ley. Yo creo que el señor ministro, aunque conserve apego a lo que él primero planeó y después la Comisión ha desarrollado, debe estar convencido de que indudablemente, tal como está, este proyecto de ley no puede pasar a la *Gaceta*. Yo también lo he creído modestamente, y he presentado también enmiendas a casi todos los artículos. La discusión de enmienda por enmienda comprendo que va a ser enojosísima, pero es la única manera de remediar los que considero defectos del dictamen, salvo que el señor ministro pueda convencer a la Comisión de que lo retire para nuevo estudio, y entonces este diputado, que obtiene de la Cámara la benevolencia de hacerse oír se prestaría con mucho gusto a asistir, sin voto, como manda el Reglamento, a las reuniones de la Comisión y poner a su disposición todos estos datos, todos estos esfuerzos y muchos más, para ver si de esta manera logramos que el proyecto de ley se imponga al país no porque unos votos aplasten a unas opiniones disidentes, sino porque, en realidad, hayamos hecho entre todos una obra legislativa un poco más perfecta. (*Muy bien.*)

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

La amabilidad del señor ministro me anima no sólo a recoger con agradecimiento sus palabras, sino a insistir en algún argumento que, sin duda, no expresé antes con la suficiente claridad, y que ha dado lugar a alguna interpretación equivocada de mi pensamiento por parte del señor ministro. Note su señoría que cuando le decía que echaba de menos en esta ley el arbitrio judicial no aludía sólo a que faltase en ella una declaración terminante de que los Tribunales, en algún caso, podrían absolver; lo que notaba es esto, señor ministro. Generalmente, en todo sistema penal español, las penas que se señalan para cada delito son mucho más anchas. En este proyecto es lo corriente que sólo se marque un grado de cierta pena, con lo que el arbitrio judicial funciona aun en delitos que están en el Código Penal ordinario se advierte excesivamente restringido.

Decía el señor ministro que el problema de la justicia de las penas es una cuestión de apreciación, es una cuestión opinable. Yo me permito decirle que, si fuera así, no hubiera tenido la osadía de dar

como justa mi opinión personal. Lo que acontece es esto: la pena es leas; siempre injusta, en cuanto no tenga flexibilidad de amoldarse a las características del hecho y, sobre todo, a la peligrosidad de la gente. Por eso, las penas rígidas o las penas de muy poco margen casi siempre resultan injustas, porque como la realidad ofrece casos muy diversos, presenta una escala anchísima de peligrosidades; al no poder aplicarse la pena flexiblemente a esas diferentes manifestaciones de peligrosidad, la pena pasa, por definición, a ser injusta.

Hablaba el señor ministro de que el riesgo de que se disuelvan asociaciones por encontrar explosivos o armas fuera de su domicilio sólo es para el caso en que se pruebe que las asociaciones son propietarias o tenedoras de esos explosivos y de esas armas. Si es así, yo pregunto al señor ministro: ¿a qué viene, entonces, la distinción entre el domicilio o no? ¿Para qué referimos a él? En cuanto se pruebe que los órganos directivos de la Asociación –únicos capaces de transportar una voluntad, porque la Asociación es una persona jurídica, y no la tiene–, en cuanto se demuestre que estos elementos directivos han tomado parte en un delito de tenencia de armas o explosivos, no hay más que imponer la pena, sin establecer distingos entre lo que es domicilio y lo que no lo es.

Que la multa a los padres y tutores no es excesiva, decía el señor ministro. Tiene razón. Yo no me quejo de que la multa sea excesiva; me quejo únicamente del principio por el cual se presume que los padres son culpables, por negligencia, de los delitos que cometen los hijos. El que después la pena que recaiga por esta presunción de culpa sea mayor o menor queda a la apreciación, en cada caso, del Gobierno, que prepara y promulga los proyectos de ley.

Por último, dice el señor ministro –y éste es, en realidad, el punto donde hay más peligro para la aplicación futura de esta ley– que la pena se elude, simplemente, con solicitar licencia de armas y guía para las armas que se tengan. El señor ministro es en esto muy optimista. Ignoro si las normas del Gobierno empezarán a cambiar ahora, pero sé de innumerables personas amenazadas que han solicitado licencia de armas, sin lograr obtenerlas. Para que incluso al señor Pascual Leone se le aleje toda sospecha de que yo he querido inventar peligros inminentes para proveer de armas a aquellas personas que me siguen, diré al señor ministro que en una organización como la nuestra de Madrid, donde el número de afiliados pasa, con mucho, de diez mil, sin contar los que lo están en los sindicatos, he solicitado sólo veintidós licencias de armas, casi todas para obreros que han tenido que acudir a sitios de peligro durante la última revolución y que han sido amenazados de muerte, sin que hasta ahora las haya conseguido. Fíjese el señor ministro que esto los coloca en el trance de dejarse matar o de exponerse a que se les aplique una pena muy severa.

Pienso que dentro del propósito del Gobierno no entra el ir a la retirada de este proyecto de ley, pero sí puede tratarse de insertar en él la posibilidad de la apreciación judicial en cada caso. A esto se encamina un artículo nuevo que he redactado con el propósito de intercalarlo entre otros dos, en el que se dice que si de los antecedentes del caso, de las circunstancias del autor, se dedujera su escasa peligrosidad social, los tribunales podrían aplicarle una pena en uno o dos grados inferior a la mínima, si no quiere el Gobierno la pena mínima. Si no introducimos este criterio de flexibilidad dentro de las normas del arbitrio judicial, habremos hecho una ley que resultará ineficaz por excesiva y que, por tanto, no intimidará sino a las personas a quienes no hay que intimidar, y resultará injusta, porque dejará caer penas demasiado graves sobre cabezas que no las merecen.

Como éstos eran mi propósito y mi aportación al proyecto de ley, espero que el señor ministro y la Comisión no creerán que ni por un momento hay por mi parte el menor propósito de obstruir si mantengo y defiando las enmiendas cuando se discuta cada artículo.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Únicamente diré poco más que el texto de la enmienda, para rogar a la Cámara que se fije en que lo que en ésta se persigue es rebajar el límite inferior de la pena, aunque se mantenga el límite superior que la propia Comisión señala. Lo que pretendo es que haya un límite inferior suficientemente bajo para que en los casos de peligrosidad social pueda libremente el tribunal dejar de imponer una pena demasiado grave. (Art. 2.0).

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Yo propongo en esta enmienda que sea suprimido el artículo. No será verdad tanta belleza, con lo que saldría ganando mucho este proyecto de ley. La Comisión está dispuesta a no dejarse convencer; pero yo voy a descargar mi conciencia ante la gravísima equivocación que estamos cometiendo aquí.

Me parece que he planteado los términos de la discusión de la manera más objetiva y bien tranquila. Sin embargo, el artículo primero ha sido aprobado por los votos de la mayor parte de los diputados, algunos de los cuales me consta que no lo han leído. Pues bien: en este artículo que acabamos de aprobar, es decir, que acabáis de aprobar los que lo hayáis aprobado, para la tenencia de armas, se establece una pena que nunca baja de los dos años, cuatro meses y un día de prisión, cuando las armas se llevan fuera del domicilio, y de seis meses y un día de prisión cuando se tienen en el propio domicilio. En el propio domicilio, aunque se tenga licencia, porque el artículo que acabáis de aprobar determina que cuando se tenga en el domicilio sin la guía de pertenencia se incurrirá en la pena que allí se establece.

Pues bien: después que el artículo anterior ha establecido estas penas graves, estas penas, en muchos casos, enormes que van a recaer sobre personas no peligrosas sin posibilidad de que se aplique ningún arbitrio judicial –sin posibilidad de que se aplique ningún arbitrio judicial en el sentido favorable, en el sentido de considerar no peligroso al procesado–, ahora se agrava con este artículo segundo en el sentido de que si se estima como motivo de mayor peligrosidad, como índice de mayor peligrosidad, la concurrencia de tres circunstancias específicas de nueva invención que introduce el artículo segundo del proyecto.

Repare la Cámara en que ninguna circunstancia entra en juego para disminuir las penas, mientras que para agravarlas, para llevarlas hasta el límite, entran en juego todas las circunstancias que ya señala para todos los casos el Código Penal, y, además, la Comisión, insatisfecha, inventa todavía otras tres circunstancias, con la concurrencia de las cuales ya resulta leve incluso el límite más alto de las penas del artículo primero, y hay que inventar penas más graves que compliquen y que perjudiquen a los procesados por causas instruidas con motivo de la comisión de delitos de los perseguidos en esta ley.

Y como es más probable que la mayor parte de los señores diputados tampoco hayan leído esta magnífica producción de la Comisión de Justicia, debe saberse que la casuística de los países orientales se queda chica al lado de las innovaciones que aquí nos proponen, para nuestra admiración y para vuestro aplauso, los señores que componen la Comisión dictaminadora. Porque habéis de saber que todo aquel que se encuentre en su casa o que tenga, procedente Dios sabe de qué ascendiente remoto, algún arma de fuego, tendrá que inquirir hasta qué punto esta arma de fuego ha disfrutado de los beneficios de la Agencia Cook; habrá que saber qué territorio del mundo ha recorrido esta arma de fuego hasta llegar a sus manos, porque hay un número tercero que dice que es circunstancia específica de agravación el hecho de que, aun siendo el arma española, hubiera sido exportada y hubiera vuelto a ser introducida ilegalmente en el territorio nacional.

Como veis, esto de tener una pistola va siendo una cosa cada día más seria. Hay que saber, si se pudiera decir así, la biografía de la pistola; y esta ley, en la que no cabe, tal como está redactada, ninguna posibilidad de que se estime que un delincuente es menos peligroso de lo que es indispensable para que merezca el límite inferior de la aplicación, esta ley es prolija en señalar las circunstancias en virtud de las cuales unas personas pasan a ser más peligrosas. Pero, además, con el acierto que preside la tendencia penal del proyecto de ley, lo que determina la peligrosidad de las personas y, por tanto, la agravación de las penas, no son circunstancias imputables a la persona; no son antecedentes de la persona; no son incluso, como decía el señor Pascual Leone, el que esta persona pertenezca a agrupaciones de carácter violento. No; lo que determina que la suerte del procesado se complique son las diferentes vicisitudes acontecidas al pedazo de acero que constituye el cuerpo del delito.

Como veis, por este camino vamos a pasos agigantados hacia el perfeccionamiento de nuestro Derecho penal; pero si ahora vosotros, los diputados ministeriales, aprobáis con tanta alegría este proyecto que tenéis entre las manos, acordaos de que ha habido muchas leyes draconianas que se han vuelto contra quienes las hicieron que no tendría nada de particular que un día vosotros, que aspiráis a hundir con estas leyes a asociaciones que os son desafectas, os encontraréis con que un Gobierno de más izquierda o de más derecha que el vuestro hiciera caer sobre vosotros el implacable rigor de esta ley. Y el hecho de que os la aplicasen no agrava nada los argumentos que yo doy contra la ley misma; lo que pasa es que una ley que pudiera ser justa en unas manos, o suponerse justa en unas manos, o injusta en otras, es porque es evidentemente injusta en todas las manos y en todos los tiempos.

Ahora, si os parece, aceptad la enmienda; y si no os parece, como sé que vais a ganar por votos, no me voy a dar siquiera la satisfacción de ver si encuentro catorce diputados que me ayuden en la petición de votación nominal.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Agradezco mucho estas explicaciones al señor representante de la Comisión; pero al señor representante de la Comisión se le ha escapado la confesión más palmaria de que esta ley no va a servir absolutamente para nada. (*El señor Arrazola: "¡Arrazola!"*) Ya lo sé; pero es que es un uso parlamentario —y lo digo yo, que soy el menos parlamentario de los diputados que aquí se sientan— el que se designen unos a otros por el cargo que ocupan. Con mucho gusto le llamaré a su señoría señor Arrazola, pero conste que esto entronca en los mejores usos del Parlamento británico. Pues bien: el señor Arrazola ha confesado, sin querer, la mayor nota de ineficacia con que este proyecto nace. Nos dice que este proyecto de ley se inclina a evitar subversiones como la de Asturias; es decir, que si los que en Asturias estaban dispuestos a volar con dinamita pueblos enteros se enteran de que hubieran tenido que padecer cuatro años y dos meses de prisión correccional por llevar pistolas en los bolsillos, es más que probable que los rebeldes de Asturias hubiesen desistido de sus malos propósitos. (*El señor Arrazola: "Me he referido a lo de Asturias como tónica de revolución, no por lo que haya ocurrido allí"*). Si yo no aprovecho esa circunstancia para hacer un chiste. Es que ése era mi argumento fundamental: que esta ley no va a intimidar a aquellos a quienes debería intimidar, y que, en cambio, va a intimidar a todas las personas que, por comportarse de ordinario dentro de las leyes, consideran como una gravísima preocupación el tener que pasarse cuatro en la cárcel si llevan una pistola. (*El señor Arrazola: "Pues yo digo que si con esta ley evitamos cuatro asesinatos, o tres, o dos, o uno, habremos hecho una labor útil y eficaz."*) No impedirá su señoría con esta ley un solo asesinato; lo que hará será impedir que se eviten los asesinatos de los que están amenazados de muerte y no consigan tener licencia de uso de armas. Esto es lo que va a conseguir esta ley.

La redacción de este artículo es de un casuismo puramente chino, y la argumentación de su señoría me invita a seguirlo por ese camino del casuismo.

Me decía su señoría —refiriéndose al punto tercero del artículo segundo— que no es culpa de aquel que tenga su arma con la guía correspondiente si resulta que tal arma, antes de llegar a sus manos, hizo una expedición por el extranjero. Este será un argumento que la personal benevolencia de su señoría trata de buscar para aliviar la suerte de los que caigan en las mallas del presente proyecto de ley; pero su señoría se equivoca, porque, con arreglo a este artículo primero, que habéis aprobado, hace falta tener la guía y la licencia. Si algún desventurado mortal no tiene licencia, se encontrará con que su pistola tiene, en efecto, una guía; pero por no tener licencia caerá bajo el peso de los Tribunales de Justicia encargados de aplicar esta ley, y en cuanto los Tribunales descubran que, a pesar de la guía, quien está incurso en el delito y debe ser penado tenía en su poder una pistola que hizo un recorrido por el extranjero antes de volver a España, no tendrán más remedio que aplicar la circunstancia tercera, de agravación, y empeorar la suerte, ya bastante desdichada, de este sujeto hasta los cuatro años, dos meses y un día de prisión.

Como verá el señor Arrazola, este peligro de meterse en el casuismo es inagotable. Una vez metido en la casuística, no hay manera de salir de ella, y los casos se engarzan como las cerezas. Por eso el Derecho penal y el Derecho en general en todas partes tiende a las normas elásticas; tiende a los

principios firmes, a las normas de la mayor extensión, de la mayor flexibilidad y, sobre todo, del mayor vuelo científico; es decir, que en virtud de unas cuantas líneas formales se abarque toda la variedad posible de los casos, porque como se meta uno a perseguir los casos, como se vaya uno detrás de todos los casos, señor Arrazola, le pasa a uno lo que a los galgos que se van detrás de todas las liebres: que acaban por no cazar ninguna.

Hecha la oportuna pregunta, la enmienda fue rechazada por la Cámara. (*Artículo tercero.*)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Desde luego, ahora, precisamente en esta enmienda, es cuando me lanzo a un modesto ensayo de obstrucción, con el único propósito de que transcurran estos cinco minutos; no, señor presidente, porque quiera hacer pasar cinco minutos inútilmente a la Cámara, ni muchísimo menos porque quiera obstruir el proyecto de ley, ni aún muchísimo menos porque espere que va a ser admitida mi enmienda, sino por el siguiente propósito de noble obstrucción.

El señor PRESIDENTE:

Para que el señor Primo de Rivera haga la cuenta exacta, la presidencia se cree en el deber de advertirle que las horas reglamentarias no transcurrirán hasta las nueve y veinte de la noche.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Entonces, el señor presidente o va a venir en auxilio o va a tener que permitirme que emule la retórica parlamentaria de don Antonio Royo Villanova, porque yo...

El señor PRESIDENTE:

No establezcamos comparaciones, que son siempre peligrosas.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Señor presidente, señor ministro y señores de la Comisión: yo quisiera emplear veinticinco minutos, pero preferiría no emplear más que dos, con objeto de que no pasemos esta tarde del artículo quinto, no con el propósito de molestar, no porque este número cinco me traiga buena suerte, sino porque entre el artículo quinto y el sexto del dictamen he presentado otro, que propongo a la consideración de la Cámara, y sobre el cual quisiera que recayese toda una noche el auxilio del Espíritu Santo en beneficio de los señores que componen la Comisión. Si el Espíritu Santo no me ayuda en esta obstrucción moderada que estoy haciendo al final de esta noche, el proyecto de ley será absolutamente inicuo, será absolutamente peligroso y no tendrá ninguna salida. El señor ministro, que es tan buen jurista y tan inteligente, sabe que cuando empleo la palabra *inicuo* la empleo acercándome todo lo que puedo a su sentido más estrictamente jurídico, técnico; no quiero decir que la ley sea feroz, ni monstruosa, ni criminal, sino simplemente que será inicua, que será una ley de Derecho estricto, reñida normalmente con la equidad cuando en unos y en otros casos se la aplique. Ya sé que, después de la actitud adoptada por la Comisión frente a mis anteriores intervenciones, es difícil que varíe el criterio, y por eso no voy a insistir mucho en la defensa de esta enmienda; pero si la Comisión tiene la bondad de volverla a leer, se encontrará con que es absolutamente una reducción de algunas de las penas, y que, además, introduce la modificación de cambiar, como dije antes, la presunción de culpabilidad en los elementos directivos de las asociaciones.

Sé que el señor ministro no acepta este principio, pero yo ruego a la Cámara que considere lo siguiente: las penas que se establecen en los artículos del proyecto van ya desde los seis años y un día a los ocho años, en el caso del artículo tercero. Pues bien: este artículo tercero descargará todo su rigor tan pronto como se encuentre un arma más de las que bastan para constituir depósito, sobre todos los empleados que vivan en los locales de la Asociación y sobre todos los miembros de la Junta directiva de la Asociación, a menos que demuestren que no tienen motivos ni siquiera para saber que en el local de la Asociación se guardaban aquellas armas. Imaginaos toda la fila de hombres, los componentes de la Junta directiva y empleados que viven en el local de la Asociación,

toda la fila de hombres que salen con una condena de seis a ocho años de presidio porque debajo de una escalera se han encontrado tres pistolas. Esto, con sólo enunciarlo, es tan enorme, se presenta con tal elocuencia a la imaginación más tarda, un reguero de hombres unidos por cadenas al cuello si queréis, que parten hacia el presidio para pasarse seis años, que no creo que haga falta más derroche de elocuencia para que os convenzáis de que este artículo es enorme. Pero como estoy seguro de que la enormidad de los artículos no os emocionan, ¿por qué voy a haceros perder más tiempo? Lo someto a vuestra consideración, y os ruego que, a cambio de la brevedad que contradice un riesgo con que os amenacé, procuréis no pasar esta tarde del artículo quinto.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Eso no se lo va a pagar Dios a su señoría (*Risas*), porque su señoría me ha ofrecido un pacto que he aceptado con mucho gusto y honor, porque el presidente no tiene por qué pactar nada con este modesto diputado; pero ahora su señoría le agrega la cláusula adicional por virtud de la cual no puedo defender enmiendas a los otros dos artículos.

El señor PRESIDENTE:

He entendido que ésa era la propuesta de su señoría.

El señor PRIMO DE RIVERA:

No, señor presidente. Es fácil considerar que sólo la defensa de las enmiendas al artículo tercero habría invertido el resto de la sesión. No tengo propósito de dilatar los argumentos que buenamente se me ocurran; pero como creo que cumplo un deber de colaboración en la función legislativa con las enmiendas presentadas al proyecto, no quisiera renunciar totalmente a la defensa de las que he formulado sobre los artículos cuarto y quinto.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Entonces, si quiere su señoría, no defenderé la enmienda al artículo cuarto, y únicamente me permitirá unas palabras sobre el artículo quinto, que tiene cierta importancia.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Unas palabras nada más. Exime el proyecto de penas a las escopetas de caza que no sean de cañón rayado, y acerca de esto llamo la atención de los señores que integran la Comisión de Justicia. Las escopetas, como sabe perfectamente la Comisión, no son más peligrosas porque sean de cañón rayado. Al revés: en combates en la ciudad, dentro de una calle, es más peligroso que le peguen a uno un tiro con una bala de doce que de siete milímetros de calibre. En cambio, hay muchas armas específicamente de caza –y sobre esto me han encarecido la defensa con el mayor apremio algunos señores diputados monteros–, armas típicamente de caza, de dos cañones, con todas las características de la caza mayor, que son escopetas de caza y que tienen el cañón rayado y son igualmente difíciles de ocultar que cualesquiera otras armas de caza, y en circunstancias de lucha callejera son menos peligrosas. No acierto a comprender qué especie de propósito contra los pocos monteros que van quedando en España abrigan los señores de la Comisión de Justicia.

* * *

14 DE NOVIEMBRE DE 1934

Modificación de los preceptos sobre la tenencia ilícita de armas y explosivos; continúa la discusión del dictamen.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Las razones que tan amablemente la Comisión vuelve a solicitar de mí son las mismas que expuse ayer con vistas a la totalidad del dictamen, pero reforzadas hoy desde el momento en que no han sido aceptadas las enmiendas en que se introducía el propósito de rebajar las penas establecidas por el proyecto de ley. Como la Comisión, siguiendo en esto un criterio de gobierno que yo ya no puedo discutir, ha mantenido penas rigurosas, tenemos que completar el supuesto de que alguna vez, por el carácter formal de esta ley, caigan bajo su aplicación a la letra algunas personas, muchas personas que no representen ningún peligro social. Si la ley ha de tener un propósito doble por ser ley penal y por ser ley extraordinaria, de defensa contra sujetos peligrosos, es obvio que cuando un sujeto, por sus antecedentes personales y por las circunstancias del hecho, no sea comprobadamente, con la demostración que los Tribunales soliciten en la aplicación de la ley, sujeto peligroso, no caiga bajo los efectos durísimos de esta ley excepcional. Como la Comisión, con arreglo a su criterio, no ha querido admitir atenuación de las penas, por lo mismo solicito que haya una posibilidad de que, ya que no exentos, queden, desde luego, sometidos a penas mucho más leves aquellos que patentemente no sean sujetos peligrosos.

Estas son las razones en que se funda la enmienda que he defendido.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Agradezco mucho a la Comisión que haya aceptado con esto lo fundamental de mis enmiendas y la que introduce el principio del arbitrio judicial en este durísimo precepto de ley. Se lo agradezco muy sinceramente, y me felicito del resultado de mis esfuerzos.

Lo único que encomiendo a la Comisión es que en la redacción que dé al artículo tan favorablemente acogido no omita lo de la rebaja posible de uno o dos grados. (El señor Arrazola: "*¿Me permite su señoría?*") Con mucho gusto.

El señor ARRAZOLA:

Con la venia de la presidencia. Por estar reunida la Comisión, no ha podido dar las explicaciones que su señoría hubiera deseado, y que yo también quería. La Comisión ha aceptado íntegro el segundo párrafo de la enmienda de su señoría; es decir, que podrá rebajarse la pena en uno o dos grados. Suprime el párrafo primero, y queda íntegro, tal como su señoría lo redacta, el segundo, pudiendo rebajar uno o dos grados la pena. (El señor PRIMO DE RIVERA: "*Pues mi gratitud, que es ahora de tres grados, se manifiesta en que retiro tres enmiendas.*") Y, además, he de decir a su señoría que respecto al artículo quinto, que anoche se discutió, como hemos tropezado con grandes inconvenientes de índole técnica para hacer una distinción debida entre armas de caza y armas rayadas, que no fueran de caza, hemos quitado lo de "que no sean de cañón rayado", dejando exclusivamente "de caza" y al arbitrio técnico y pericial de los Tribunales, si la escopeta empleada es de caza o no, con el fin de que aquéllos puedan aclarar debidamente si, a pesar de ser rayada, es de caza o, por el contrario, no lo es. (El señor PRIMO DE RIVERA: "*La Comisión ha superado mis mejores esperanzas. Mil gracias.*") En cuanto al párrafo segundo del artículo nuevo que propone su señoría como enmienda, para no desarticular el dictamen de la Comisión, se ha acordado que pase a ser párrafo tercero del artículo, ya que es un precepto no definidor de sanciones, sino exclusivamente de índole pudiéramos decir aclaratorio y procesal. (El señor PRIMO DE RIVERA: "*Perfectamente; pero en ese caso habría que aludir también a las penas de los artículos anteriores.*")

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Me permitía proponer esta modificación con un alcance doble: en primer lugar, para que, ya que las penas son bastante duras, la reincidencia funcione simplemente como una agravante, pero no acudir todavía a una pena fuera del ámbito señalado en el precepto de esta ley; y después, porque encuentro que es un principio muy duro el que esta agravante, en ningún caso, pueda ser compensada por atenuantes. Esto roza con el régimen normal que, dentro de nuestro sistema punitivo, de cabida y compensación a las atenuantes con las agravantes, y encuentro que no hay motivo para que se implante un principio nuevo en casos en que puede haber atenuantes muy considerables.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Ruego a la Comisión que se fije en la gravedad de los dos preceptos que envuelve este artículo noveno. En uno de ellos, por razones patentes de delicadeza, no voy a insistir; es aquel que dice que estos delitos se considerarán siempre flagrantes. Medite la Comisión acerca de ello, porque sabe mejor que yo las consecuencias que esto envuelve, y tiene más directamente que yo el cuidado de velar por que no se den... Pero, en segundo lugar —y aquí sí que agradecería que se fijaran un momento la meditación de la Comisión y la del Gobierno—, es que un efecto tan exorbitante como el de que se disuelva una Asociación debiera ser medido con un poco más de cuidado. El disolver una Asociación es una medida extremadamente grave, a la cual debe exigirse algún requisito más, porque repare, no sólo la Comisión, sino el señor ministro de Justicia, en que, dados los delitos que hemos configurado aquí, se puede colocar en trance de disolución legal a una Asociación cualquiera por medios casi imposibles de fiscalizar. Imagine el señor ministro el diminuto bulto que representa introducir en el domicilio de cualquier Asociación el número suficiente de pistolas para que se dé un caso de depósito de armas, y con esto se va a ir, sin más garantía, sin más requisito, sin más dificultad, acaso a la disolución de las asociaciones. Y aunque del contexto total de la ley se desprende que ésta únicamente será aplicada por los Tribunales, tampoco sería malo que la Comisión lo dijera expresamente, no vaya a ser que con una interpretación amplia —ya que en este artículo noveno no se dice—, se considere autorizado el Gobierno, y quién sabe si incluso los representantes locales del Gobierno, para disolver asociaciones, porque en ellas se haya dado alguna relación con delitos de tenencia de armas o de explosivos.

Yo ruego a la Comisión que considere estos argumentos y que vea si no convendría dar algunas mayores garantías de redacción, si no convendría exigir algunos datos mínimos en relación con el delito de estas asociaciones antes de tomar contra ellas una medida tan grave como es nada menos que la disolución.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Sólo para formular una pregunta a la Comisión. Cuando se dice "serán disueltas", ¿se quiere decir "serán disueltas por los Tribunales"? (*El señor Barros de Lis: "Naturalmente, porque es una ley penal. Serán disueltas como consecuencia de la responsabilidad y de la condena que marque el descubrimiento del delito."*) Por eso preguntaba yo si la consecuencia esa la deducen los mismos tribunales o si el Gobierno, como consecuencia de haber sido condenados los directivos, puede ampliar los efectos de la sentencia hasta disolver la Asociación. (*El señor Barros de Lis: "Sabe su señoría que las asociaciones no pueden ser disueltas más que por mandamiento judicial, porque la ley de Asociaciones rige todavía; lo único que pueden hacer las autoridades es suspenderlas, y esto dando cuenta al juez de los hechos que determinan la suspensión."*) Luego es sólo función judicial. (*El señor Barros de Lis: "Únicamente en virtud de sentencia judicial."*) Entonces retiro la enmienda.

* * *

15 DE NOVIEMBRE DE 1934

El señor PRIMO DE RIVERA:

Agradezco mucho esta aclaración de la Comisión, pero le rogaría que meditase acerca del peligro que envuelve esto de que en domicilio de una asociación, aun en la parte no habitada, en lo que es propiamente domicilio de una Asociación, pueda practicar los registros que quiera la Policía, sin mandamiento judicial. Ese es un principio extraordinariamente grave; es como vivir permanentemente en un estado semejante al de suspensión de garantías.

Si lo que se quiere es evitar los depósitos clandestinos de armas al amparo de esta ley, entonces se mantendrán los depósitos en domicilios; se simularán domicilios próximos a la Asociación, y para entrar en ellos se necesitará mandamiento judicial; en cambio, el domicilio de una Asociación que debe un respetable y respetado y que tiene una cierta inviolabilidad y un régimen, no digo de secreto, pero sí de respeto a su intimidad, a sus cuentas, a sus ficheros y a unas cosas que no deben manosearse por cualquier funcionario de la autoridad gubernativa, parece que exige que se le rodee del mínimo de garantías, tan fáciles de obtener, por otra parte, del mandamiento judicial con la orden de registro.

Estoy seguro de que la Comisión tendrá en cuenta estos principios, que están mucho más dentro de su ideología que de la mía, para hacerse eco de la enmienda presentada por mí y acogerla.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Agradezco también esas aclaraciones; pero hay un principio elemental de técnica jurídica que aconseja no decir la misma cosa dos veces, Hay que remitirse estrictamente a lo que dispone el artículo total de tal ley anterior, porque si no, cualquier repetición, aunque sea con las mismas palabras, introduce la posibilidad de dudas y de interpretaciones diversas.

La ley de Asociaciones, de la que no tengo aquí el texto, autorizará esto, indudablemente, puesto que así lo dice el señor Arrazola; pero yo, que tengo por desgracia una práctica bastante continuada de registros policíacos, porque en la Asociación que me honro en dirigir los recibimos con una frecuencia verdaderamente honrosa y distinguida para nosotros, he de decirle que basta ahora siempre, tal vez por un alarde de amabilidad para con nosotros o de respeto a los principios liberales, cuando el jefe superior de Policía ha querido registrar el domicilio ha enviado antes un oficio al juez de guardia, el cual, en el plazo sólo de una hora, ha expedido el correspondiente mandamiento.

Esto no parece que nos dote de mayores garantías prácticas y, sin embargo, rodea de cierto decoro jurídico al hecho de que entre la Policía en el domicilio de una Asociación para manipular; estoy seguro de que ofrece esto mucho mejor aspecto a los ojos de los juristas españoles y de los que no lo son. Naturalmente, que yo no voy a velar por el prestigio de las instituciones liberales; pero sabe perfectamente el señor Arrazola que en el instante en que en cada ley que aprobemos se desfiguren los principios sustanciales, unos expresos y otros implícitos en la Constitución, cada día estaremos más lejos de vivir en régimen jurídico; y nosotros, que somos partidarios de un régimen jurídico distinto, encontramos extravagante y absurdo que los partidarios de un régimen jurídico liberal se encarguen de negar precisamente estos principios liberales en cada una de las leyes que aprueben.

Ya ve su señoría que es bien sencillo el trámite para que se puedan registrar las asociaciones; pero no me diga que no es poco fuerte, francamente, el que los domicilios de las asociaciones sean un terreno abierto para la curiosidad policíaca en todo momento del día, sin necesidad siquiera del trámite de que se expida mandamiento judicial.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Aunque no se aceptara la enmienda en su redacción actual, yo quisiera que meditase la Comisión; incluso me permitiría, ya por última vez, solicitar el criterio del señor ministro acerca de este extremo.

La presente, ¿es una ley de Derecho penal extraordinario o es una ley que se incorpora como ordinaria a nuestro sistema penal? Todo lo que se ha venido diciendo aquí, incluso todos los argumentos que se 'han dado por la Comisión en favor del rigor extremado de las penas y de su escaso ámbito de aplicación, se apoyaba en el hecho de que se trata de una norma de Derecho penal extraordinario; es decir, de una norma que se encara con una situación de delincuencia supuestamente excepcional. Pues bien: si la ley no lleva este artículo que yo agrego, es indudable que pueda ser derogada como otra ley cualquiera, pero si tiende, por una inercia jurídica que rige lo mismo que en Física, a que las leyes permanezcan, por lo menos que no se revisen si las circunstancias que aconsejaron la implantación de esta norma de Derecho penal extraordinario subsisten; en cambio, si la misma ley introduce un precepto que cada año, cada año y medio o cada dos años, lo que digan la Comisión y el señor ministro, acucia la diligencia de los legisladores para que comprueben si subsisten aquellos motivos excepcionales que aconsejaron la aprobación de una ley excepcional, es evidente que la ley tiene más probabilidades de caducar y de dejar de ser extraordinaria para convertirse en ordinaria. Por eso, todas las leyes de este estilo han solido llevar un colofón como el que yo propongo; de esta manera no se perpetúa lo excepcional y se vuelve casi automáticamente al régimen de normalidad jurídica. Yo creo que esto es más correcto y está más acorde con el sentido de la ley, y dejar simplemente a que un futuro Parlamento derogue la ley cuando las circunstancias pasen.

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Creí notar, por un ademán del señor ministro, que pensaba exponer su criterio sobre el extremo de que tratamos; pero es igual, porque la respuesta del señor presidente de la Comisión da pie suficiente para que yo justifique.

Note el señor presidente de la Comisión que ese riesgo, el de que las Cortes no puedan reunirse para acordar una prórroga, es una hipótesis que no debemos prever. A menos que se produzca una subversión total del orden constitucional vigente, que espero se cuiden de que no ocurra los actuales señores ministros o los que les sucedan, no es de prever el que las Cortes no puedan reunirse durante el tiempo preciso para acordar la prórroga de esta ley. Constitucionalmente, en el último trimestre del año, las Cortes han de reunirse para varias cosas. Con cinco, con diez minutos o una hora, se puede acordar la prórroga de la ley. Si se quiere, para que haya menor seguridad, señor presidente de la Comisión, puede establecerse: "a menos que sea acordada la prórroga durante los últimos seis meses de cada período". De esta manera, en cuanto empezara a correr el semestre se plantearía a los legisladores el problema de si habría o no de prorrogarse la ley. En cambio, de la otra manera, con la caducidad automática, es indudable que se encaja mucho mejor toda la mecánica legislativa, porque, para acordar una nueva ley derogatoria de ésta, hay que seguir una tramitación que los señores de la Comisión conocen mucho mejor que yo; hay que elaborar un proyecto de ley, dictaminarlo por una Comisión, someterlo a discusión pública, tienen que aprobarlo las Cortes y ha de promulgarse después. Con la caducidad automática, al llegar el período de vigencia de la ley, deja de estar en vigor y todo queda concluido. ¿Que las circunstancias subsisten? Pues se somete un nuevo proyecto de ley, con un solo artículo, acordando la prórroga por un año, por dos o por lo que sea. ¿Que las circunstancias no subsisten? Pues se ahorra la Cámara la tarea de elaborar una nueva ley para dejar sin efecto esta que acabamos de aprobar.

Además, la interpretación del silencio legislativo en las leyes extraordinarias debe ser favorable a la caducidad de su vigor tan pronto como cesen las circunstancias que la aconsejaron. Esto es lo que encaja perfectamente en el sentido de las leyes extraordinarias. La Comisión, ¿no lo considera así? Pues entonces la Comisión, por primera vez, cambia su opinión sobre el carácter extraordinario de esta ley y nos la convierte en una ley que será tan provisional como, por ejemplo, la vieja ley de Explosivos, muy próxima a cumplir medio siglo de edad, con unas penas atroces y sin que dé las menores muestras de haber empezado a chochar.

ANTE LA INJERENCIA DE ABOGADOS EXTRANJEROS

Los dos abogados que vienen a España.— Cuatro letrados, entre ellos el señor Primo de Rivera, piden que intervenga el Colegio de Abogados

A la Mesa del Colegio de Abogados de Madrid se ha presentado la siguiente instancia suscrita, en primer término, por los de Falange Española de las J.O.N.S., José Antonio Primo de Rivera, Roberto Reyes, Manuel Sarrión y Raimundo Fernández Cuesta.

Dice así:

"Los colegiados que suscriben, ante la noticia lanzada por la Prensa y recogida por los diarios de la mañana de hoy, de que dos abogados extranjeros vienen a España en calidad de "observadores" de las diligencias sumariales incoadas contra los señores Largo Caballero y Menéndez, atribuyéndose una tutela intolerable sobre los Tribunales competentes que entienden de esos procesos y degradando, al hacerlo, a la Justicia española, al amparo del artículo 50 de los vigentes Estatutos, solicitan la celebración de junta general extraordinaria con el fin de que el Colegio de Abogados de Madrid proteste, en primer término, ante los Colegios o agrupaciones similares a que dichos abogados pertenezcan, de la injerencia de aquellos señores en asuntos de orden absolutamente interno del país, y en segundo, que eleve asimismo su protesta ante los Poderes públicos al permitir la entrada en España de tales abogados, conociendo el fin que persiguen y con mayor razón si se les da facilidades para su gestión."

La Nación, 21 de noviembre de 1934.

NACIONALSINDICALISMO.– A LOS COMERCIANTES, INDUSTRIALES Y LABRADORES DE ESPAÑA

De vosotros depende, como de todos los españoles, que podamos vivir en una España grande y rica. ¿Sabéis cómo? Formando parte de los Sindicatos de Empresarios Nacionalsindicalistas afectos a Falange Española de las J.O.N.S.

Nuestra organización, una de cuyas bases han sido los Sindicatos obreros, quiere que los comerciantes, industriales y labradores, ingresando en los de Empresarios, demuestren que a ellos también les indigna que España sea campo abierto para toda clase de experiencias destructivas, zona neutral donde se puede hacer todo contra España misma, terreno de lucha para que los, partidos se injurien y las clases se despedacen sin que el Estado se sienta guardián vigoroso de la existencia nacional. Tenéis que demostrar también que sois de los que verdaderamente trabajan por el bien de todos, viviendo de un modo duro, mientras tantos señoritos ociosos y tantos haraganes se llaman a ¡parte del botín español. Tenéis que mostrar cómo siempre estáis pendientes del afanoso sector de las transacciones y cuando lográis, a fuerza de trabajos y afanes, un modo de vida, una gran parte de vuestros productos va a manos de los usureros que os esquiman o de los bancos que sostienen su lujo con vuestra miseria.

Cooperando a que se obligue a todos los españoles a ser productores, bien porque trabajen en sus respectivas profesiones, bien porque mediante sus trabajos den ocupación a otros hombres, hacéis que los obreros adquieran el convencimiento de que ambos tendréis intereses comunes que defender. Es necesario que demostréis al obrero que durante los dos años de Gobierno socialista ha aumentado la deuda pública, con tipo de interés más alto que nunca y libre de impuestos (es decir, aumentaron el número de rentistas, que viven del cupón sin trabajar); favorecieron a los bancos y grandes empresas y, en cambio, aumentaron las contribuciones a los comerciantes e industriales; así, el transporte mecánico padeció dos elevaciones y sufrieron aumento en el coste de la gasolina y lubricantes y sufrieron aumento en los impuestos, incluso en los de rodaje; a la agricultura la desequilibraron, llevando a la ruina a los que verdaderamente pueden producir riqueza y trabajo.

Cuando aportéis el esfuerzo y la disciplina al movimiento nacionalsindicalista tendréis la gloriosa sorpresa de descubrir vuestra fuerza. La unión y la acción. Entonces seguiréis hasta el fin para gritar con los demás Sindicatos hermanos: ¡Basta de política! ¡Basta de partidos! Queremos un Estado español genuinamente nuestro, nacido de nuestros Sindicatos. No necesitamos una casta de políticos que se interponga entre nosotros y el Estado.

Unidos todos en nuestra tarea, sin políticos, sin mediadores, podremos hacer otra vez una España de todos, fuerte, respetada y rica. ¡Arriba España!

La Nación, 29 de noviembre de 1934.

CALVO SOTELO Y LA FALANGE

José Antonio Primo de Rivera quiere hacer constar, sin mengua de todas las consideraciones efectivas que le unen al señor Calvo Sotelo como eminente colaborador de su padre, que Falange Española de las J.O.N.S. no piensa fundirse con ningún otro partido de los existentes ni de los que se preparen, por entender que la tarea de infundir el sentido nacional en las masas más numerosas y enérgicas del país exige precisamente el ritmo y el estilo de la Falange Española de las J.O.N.S. Esta, sin embargo, bien lejos como está de ser un partido de derechas, se felicita de que los grupos conservadores tiendan a nutrir sus programas de contenido nacional en lugar de caracterizarse, como era frecuente hasta ahora, por el propósito de defender intereses de clase.

(Nota publicada en *A B C*, Madrid, 30 de noviembre de 1934)

ESPAÑA Y CATALUÑA

(Discursos pronunciados en el Parlamento el 30 de noviembre y el 11 de diciembre de 1934)

30 DE NOVIEMBRE DE 1934

El señor PRIMO DE RIVERA:

Estoy seguro, señores diputados, de que a ninguno de nosotros, porque amamos a España, se nos puede ocurrir formular la más pequeña cosa que envuelva la menor sombra de agravio para Cataluña; no es ésta la primera vez que hablo en esta sala de semejante tema, y ya sabéis que dije siempre –si es que tenéis la benevolencia de recordarlo– que hay muchas maneras de agraviar a Cataluña, como hay muchas maneras de agraviar a todas las tierras de España, y una de las maneras de agraviar a Cataluña es precisamente entenderla mal; es precisamente no querer entenderla.

Lo digo porque para muchos este problema es una mera simulación; para otros este problema catalán no es más que un pleito de codicia: la una y la otra son actitudes perfectamente injustas y perfectamente torpes. Cataluña es muchas cosas, mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profundamente sentimental; el problema de Cataluña no es un problema de importación y exportación; es un problema difícilísimo de sentimientos.

Pero también es torpe la actitud de querer resolver el problema de Cataluña reputándolo de artificial. Yo no conozco manera más candorosa, y aun más estúpida, de ocultar la cabeza bajo el ala que la de sostener, como hay quienes sostienen, que ni Cataluña tiene lengua propia, ni tiene costumbres propias, ni tiene historia propia, ni tiene nada. Si esto fuera así, naturalmente, no habría problema de Cataluña y no tendríamos que molestarnos ni en estudiarlo ni en resolverlo; pero no es eso lo que ocurre, señores, y todos lo sabemos muy bien. Cataluña existe con toda su individualidad, y muchas regiones de España existen con su individualidad, y si queremos conocer cómo es España, y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad ofrece; y precisamente el negarlo, además de la torpeza que antes os decía, envuelve la de plantear el problema en el terreno más desfavorable para quienes pretenden defender la unidad de España, porque si nos obstinamos en negar que Cataluña y otras regiones tienen características propias, es porque tácitamente reconocemos que en esas características se justifica la nacionalidad, y entonces tenemos el pleito perdido si se demuestra, como es evidentemente demostrable, que muchos pueblos de España tienen esas características.

Por eso soy de los que creen que la justificación de España está en una cosa distinta: que España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal; que España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal.

Con sólo esto, veréis que en la posición que estoy sosteniendo no hay nada que choque de una manera profunda con la idea de una pluralidad legislativa. España es así, ha sido varia, y su variedad no se opuso nunca a su grandeza; pero lo que tenemos que examinar en cada caso, cuando avancemos hacia esta variedad legislativa, es si está bien sentada la base inconfundible de lo que forma la nacionalidad española; es decir, si está bien asentada la conciencia de la unidad de destino. Esto es lo que importa, y es muy importante repetirlo una y muchas veces, porque en este mismo salón se ha expuesto, desde distintos sitios, una doctrina de las autonomías que yo reputo temeraria. Se ha dicho que la autonomía viene a ser un reconocimiento de la personalidad de una región; que se gana la autonomía precisamente por las regiones más diferenciadas, por las regiones que han alcanzado la mayoría de edad, por las regiones que presentan caracteres más típicos; yo agradecería –y creo que España nos lo agradecería a todos– que meditásemos sobre esto: si damos las autonomías como premio de una diferenciación, corremos el riesgo gravísimo de que esa misma autonomía sea estímulo para ahondar la diferenciación. Si se gana la autonomía distinguiéndose con caracteres muy hondos del resto de las tierras de España, corremos el riesgo de que al entregar la

autonomía invitemos a ahondar esas diferencias con el resto de las tierras de España. Por eso entiendo que cuando una región solicita la autonomía, en vez de inquirir si tiene las características propias más o menos marcadas, lo que tenemos que inquirir es hasta qué punto está arraigada en su espíritu la conciencia de la unidad de destino; que si la conciencia de la unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, apenas ofrece ningún peligro que demos libertades a esa región para que, de un modo o de otro, organice su vida interna.

¿Es éste el caso de Cataluña? Los que le concedieron el Estatuto debieron presumir que sí. O los que le concedieron el Estatuto fueron traidores a España, sospecha para la cual debiéramos todos tener nuestros motivos, o los que le concedieron el Estatuto pensaron que la conciencia de la unidad de destino estaba tan arraigada en Cataluña que el Estatuto no iba a ser nunca instrumento de disgregación y podía ponerse en sus manos sin ningún peligro para la unidad. Ahora bien: aquello que, en el mejor caso, fue una presunción de los que concedieron el Estatuto a Cataluña, ha sido evidentemente destruido por la prueba en contrario. Los dos años de experiencia de Cataluña han sido dos años de deshispanización, y si en dos años se avanzó lo que se avanzó en el camino de la deshispanización, con el instrumento puesto en manos de los que ejercieron el gobierno de Cataluña no es ya temerario, sino que, por el contrario, la presunción se invierte, pensar que si dejamos entregado este Estatuto en manos semejantes (porque ninguna garantía tenemos de que el pueblo catalán piense cambiar de directores), probablemente comprometemos, ponemos en trance de pérdida definitiva, el sentido de la unidad de destino nacional que debemos exigir arraigado en todas las tierras de España.

No hay en esto el más ligero agravio a Cataluña, la más pequeña sospecha para aquellos catalanes en quienes suponemos que van a caer las riendas del Poder dentro del territorio catalán. Pudiera ocurrir que sus promesas, más o menos tácitas, fueran susceptibles después de diferentes interpretaciones; pudiera ocurrir que, contra todas las previsiones optimistas, no fuera el Poder a sus manos y permaneciera en manos semejantes a aquellas que tan mal lo ejercieron; mientras esto no esté esclarecido, yo creo que nosotros, legisladores españoles, lo que tenemos que mantener por encima de todo es la seguridad de que España no se nos va a ir entre los dedos; no podemos mantener vivo el Estatuto de Cataluña. Por eso, modestamente, pienso votar la enmienda o voto particular de don Honorio Maura, que preconiza su derogación.

Sobre esto se han planteado algunos escrúpulos constitucionales; se ha querido decir que nosotros no podemos derogar el Estatuto de Cataluña; yo creo que, después de lo que han dicho los señores Goicoechea y Bilbao, no puede quedar en nadie la menor sombra de duda; pero, por si quedara, le recordaré que ya las Cortes Constituyentes se plantearon este problema de la posible revocación del Estatuto por las Cortes mismas, y lo resolvieron en el sentido que preconiza don Honorio Maura. Ayer nos lo recordaba el señor presidente de la Comisión. Yo he tenido la curiosidad de refrescar esta tarde, con la colección del *Diario de Sesiones* a la vista, lo que ocurrió en aquellas los días 23 y 25 de septiembre de 1931: la Comisión de Estatuto redactó el proyecto en su artículo 11 aproximadamente en los mismos términos en que ahora está respecto a su párrafo cuarto, o sea, diciendo que el Estatuto, una vez aprobado, formaba parte del ordenamiento jurídico nacional. Se presentó una enmienda, suscrita en primer lugar por el doctor Juarros, pidiendo que aquellas palabras "el ordenamiento jurídico" se sustituyeran por "el ordenamiento constitucional"; defendió esta enmienda con la elocuencia y la brillantez en él habituales y, además, con la preparación que nadie le niega, el ilustre jurisconsulto andaluz, a la sazón presidente del Gobierno de la República, don Niceto Alcalá-Zamora, y la defendió con todos los honores de la solemnidad. Todos conoceréis y habéis admirado el estilo oratorio del señor Alcalá-Zamora; ese estilo oratorio se refuerza en las ocasiones que él estima solemnes por una serie de adornos y de trámites accesorios aquella tarde los trámites accesorios culminaron en todos sus aspectos. Don Niceto Alcalá-Zamora habló, según dijo el señor presidente de las Cortes, como diputado y no como presidente del Gobierno, y era tan solemne el trance, a su juicio, que en su discurso dedicó un largo párrafo, de por lo menos quinientas palabras, para aclarar si debía hablar desde el banco azul, desde la tribuna o desde los bancos de su minoría; grave perplejidad que resolvió, según veo en el texto del *Diario de Sesiones*, en el sentido de hablar desde los bancos de su minoría para no dejar desamparados a los buenos amigos que en ellos le echaban de menos. Pues bien; en un discurso rodeado de toda esa solemnidad, don Niceto Alcalá-Zamora, con toda su elocuencia y autoridad, defendió ante la Cámara la enmienda del doctor Juarros, y ni su elocuencia ni su autoridad consiguieron convencer a la Cámara; porque retirado el dictamen, redactado de nuevo y vuelto al salón de sesiones, fue aprobado, en 25 de septiembre de 1931, en la forma en que hoy aparece en la *Gaceta*: "ordenamiento jurídico" nacional, y ese

ordenamiento abraza al Estatuto de Cataluña. Pues bien: si después el Estatuto de Cataluña agrega, por su propia autoridad nada más, unos cuantos trámites, unos cuantos requisitos que le protejan contra futuras revocaciones, yo os digo que no veo construcción posible para que este artículo del Estatuto de Cataluña adquiera una jerarquía constitucional diferente del Estatuto mismo; y si el Estatuto entero forma parte del ordenamiento jurídico nacional, ¿cómo se va a destacar un artículo de ese Estatuto para convertirse él solo en un ordenamiento constitucional diferente? Esto no creo que admita vuelta de hoja; pero estoy seguro de que si la admitiera no encontraríamos en el Derecho los resortes que el Derecho depara siempre para que se corrijan sus propias infracciones. No hay un solo precepto en la ley que no esté protegido por una construcción técnica; en este caso sería el recurso de inconstitucionalidad contra la ley que nosotros dictáramos revocando el Estatuto de Cataluña. Pues bien: yo invito a todos los juristas de todas las regiones españolas a que construyan un recurso de inconstitucionalidad, fundado en no sé qué texto contra la ley, si llega a serlo, que nosotros aprobemos esta tarde de acuerdo con el voto particular del señor Maura.

Este considera que es el problema y en estos términos creo que lo tenemos que resolver; no se nos puede oponer un escrúpulo constitucional, que en ningún caso sería insuperable; no se nos puede oponer la promesa, la vaga probabilidad de que las nuevas manos que van a administrar el Estatuto sean más seguras para España. Tenemos que estudiar otra vez a Cataluña, tenemos que observar despacio a Cataluña con todo amor, con toda inteligencia, pero sin prisa, sin soluciones prejuzgadas, para que veamos si está bien afianzado en ella el sentido de la unidad en los destinos nacionales. Si lo estuviera, ¿cómo íbamos a estar regateándole facultades para que organizara su vida interna? Si lo estuviera, no habría siquiera problema de Estatuto; pero yo sé que no lo está, por lo mismo que no lo está ahora en ninguna tierra de España; lo que nos enlaza es la unidad de destino y si todos nos empeñamos en que España no tenga unidad de destino, ¿en qué vamos a asegurar la permanencia de España? ¡Esto sí que tendríamos que hacerlo antes de meternos a dar estatutos! ¡Dar a España una gran empresa, un gran rumbo histórico! Pero esto señores, me parece que no es cosa que podamos hacer en esta tarde ni en esta casa.

* * *

11 DE DICIEMBRE DE 1934

El señor PRIMO DE RIVERA:

Ya es perfectamente inútil explicar el voto; pero voy a usar de la palabra, aunque sea para explicar el voto, porque quiero que conste, por mínima, por insignificante que sea mi representación, una reprobación terminante de lo que acaba de hacer la Cámara.

Supongo que los señores diputados se habrán convencido por los dos argumentos que tuvo la bondad de suministrarles el señor presidente del Consejo de ministros. Pues, con todos los respetos al señor presidente del Consejo de ministros, el más insignificante de los diputados tiene que reiterar aquí que los dos argumentos son inconscientes y falaces.

El señor presidente del Consejo de ministros nos decía que, constitucionalmente, no podemos derogar el Estatuto. Después de la discusión desarrollada aquí en estas tardes, ni el más recalcitrante puede sostener que, con arreglo a la Constitución, no podemos derogar el Estatuto. El artículo 51 de la Constitución nos confiere sin límites la facultad de legislar. Para que esta facultad de legislar tuviera que someterse a un límite u otro, tendría que establecerse en la propia Constitución. Imagine el señor presidente del Consejo lo que pasaría si en cada una de las leyes que nosotros aprobásemos añadiéramos un artículo que dijera: "Para derogar esta ley serán precisos, en Cortes futuras, el ochenta por ciento de los votos." De esta forma inmovilizaríamos nuestra soberanía en forma de que nadie podría modificarla. Las leyes no alcanzan su justificación de sí mismas; las leyes alcanzan su justificación siempre, de una norma superior en el orden jerárquico de las normas del Derecho. Este principio de la unidad del orden jurídico está recibido por toda la humanidad civilizada. Las leyes obligan como leyes porque nacen y porque alcanzan su fuerza de una norma suprema, que es la Constitución, de igual manera que los reglamentos y las sentencias alcanzan su fuerza de otra norma superior a ellos, que es la ley. De este encadenamiento no hay quien nos saque. Una ley no puede señalarse a sí misma las condiciones para ser derogada, porque entonces esa ley usurpa

disposiciones y características que no residen en ella, sino que residen en la norma siguiente de la escala del orden jurídico único, constitucional. (*Muy bien.*)

Pero además, señor presidente –y por eso he dejado su segundo argumento para una segunda consideración–, nos decía su señoría que era injusto, no ya desde un punto de vista estrictamente constitucional, sino desde un punto de vista de pura equidad, de pura moral, que castigásemos a una región entera por haberse sublevado algunos de sus órganos. ¿Es que el señor presidente del Consejo nos hace la ofensa de suponer que ninguno de los que hemos pedido aquí la derogación del Estatuto se complace en el zafio deleite de castigar a una región? ¿Es que cree el señor presidente que nosotros pedimos castigo o mortificación o vejación para Cataluña? ¡Pero si hasta en la aplicación del Derecho penal común se ha ahuyentado ya del ánimo de las gentes la idea del castigo! ¡Si hasta la norma penal ordinaria descansa sobre el supuesto de la defensa! ¿Íbamos nosotros a ser tan rudos, tan miserables, que pidiéramos aquí una pena para Cataluña, para la tierra española de Cataluña? Lo que pasa, señor presidente del Consejo de Ministros, es que nosotros reputábamos norma de elemental prudencia política no entregar un arma tan fuerte y tan poderosa como el Estatuto a una región en que no sabemos suficientemente arraigado el sentido de la unidad nacional. El mismo señor presidente del Consejo de Ministros, que ha dejado rezumar entre la construcción dialéctica de su discurso muchas cosas profundas, muchos recuerdos hondos muy arraigados en su espíritu de privilegio, nos ha dicho que se ha sentido forastero muchas veces en Cataluña. Pues si ahora tuviera tiempo el señor presidente del Consejo de Ministros de ir a Cataluña, se sentiría más forastero aún. No crea su señoría lo que le dicen que hay una reacción hispana en Cataluña. El pueblo catalán presenta una faz de melancolía de vencido que no promete, ni mucho menos, una adhesión a la unidad hispana. El pueblo catalán se siente dolorido en lo suyo, y no crea el señor presidente del Consejo de Ministros que el pueblo catalán va a cambiar de representantes cuando de nuevo los elija. Pero es que, además, sería muy poca la seguridad de que las próximas elecciones las iba a ganar tal o cual partido. ¿Y si no las ganara? ¿Y si no ganara las siguientes? ¿Es que cada cuatro, cada tres, cada dos años podemos poner a España en este trágico experimento de comprometer su unidad? Pues en ese trágico experimento la pondremos si devolvemos a Cataluña su Estatuto.

Señor presidente del Consejo de Ministros: el Estatuto –lo dije el otro día– descansaba, o sobre una traición merecedora del fusilamiento por la espalda, o sobre la presunción de que el alma de Cataluña estaba tan ganada para la unidad de destino nacional, que esa unidad de destino no se arriesgaba con darle un instrumento más o menos fuerte. Lo que ha ocurrido en los últimos días, lo que puede observarse a cualquier hora, contradice y destruye esa presunción. Esto que hacemos ahora no es más que un aplazamiento. En esto sigue el Gobierno la táctica, que ya va siendo en él habitual, de demorar los problemas hasta que se olvidan, hasta que se pudren, hasta que son reemplazados por la angustia de otros problemas nuevos que se nos imponen con la realidad de su presencia. Esto no es más que una dilación. Dentro de algún tiempo tendremos otra vez resucitado el Estatuto, después de esta comprobación de que en Cataluña no está suficientemente afianzada la unidad de destino; será una repetición, ya sin disculpa, de todos los riesgos, de todas las traiciones, de todas las crueldades que han estado a punto de deshacer de nuevo la unidad de España. Ya es tarde para que os diga esto. Ya habéis votado desechando la petición de que el Estatuto se derogase. ¡Bien! Os habéis retorcido el corazón una vez más; pero habrá un día en que España, defraudada y exasperada, entre en este salón a retorcernos a todos el pescuezo. (*Aplausos.*)

SOBRE EL PUNTO 25

El marqués de la Eliseda buscaba hace tiempo pretexto para apartarse de Falange Española de las J.O.N.S., cuyos rigores compartió bien poco. No ha querido hacerlo sin dejar tras de sí, como despedida, una ruidosa declaración que se pudiera suponer guiada por el propósito de sobresaltar la conciencia religiosa de innumerables católicos alistados en la Falange.

Estos, sin embargo, son inteligentes de sobra para saber: primero, que la declaración sobre el problema religioso contenido en el punto 25 del programa de Falange Española y de las J.O.N.S. coincide exactamente con la manera de entender el problema que tuvieron nuestros más preclaros y católicos reyes, y segundo, que la Iglesia tiene sus doctores par calificar el acierto de cada cual en materia religiosa; pero que, desde luego, entre esos doctores no figura hasta ahora el marqués de la Eliseda.

(ABC de Madrid, 1 de diciembre de 1934)

**"UNA JUSTICIA SOCIAL PROFUNDA".– LA CUARTILLA AUTÓGRAFA QUE
JOSÉ ANTONIO DIO AL PERIODISTA PORTUGUÉS OSCAR PAXECO,
CORRESPONSAL DE "DIARIO DA MANHA", DE LISBOA.– FRAGMENTO DE LA
ENTREVISTA CONCEDIDA A PAXECO**

En determinado momento le pregunté si él juzgaba necesaria e inevitable una dictadura. Y el hijo del último dictador, rápido, sin, vacilar, declaró:

– Como el anterior experimento, de ninguna forma. Al régimen de mi padre faltóle en espíritu doctrinario lo que le sobró en acción, a veces desordenada. Considero, no obstante, necesario un régimen autoritario que aliente un espíritu nacional fuerte y que imponga una justicia social profunda.

Y más adelante, como le hablase de la obsesión de muchos españoles, los izquierdistas de entonces, empezados en realizar la tan decantada "unión ibérica", José Antonio recalcó al respecto:

– No lo creo. La España verdadera no abraza tal sentimiento. Portugal y España serán siempre dos naciones hermanas y amigas, pero anote bien, siempre "dos naciones".

La imperfección de mi castellano le hizo temer que alterase involuntariamente sus declaraciones.

– Uso un castellano apretado y duro. Por eso odio los resúmenes periodísticos. En cuanto se me abrevia la ya breve expresión del lenguaje, se me quedan las frases en los huesos. Quizá por tal causa –concluyó sonriendo– nadie me traga. Los huesos no se digieren.

Para obviar tal riesgo se ofreció gustoso a redactar unas cuartillas con la síntesis de sus postulados. En un fragmento autógrafo dice lo siguiente:

"Lo esencial de un Movimiento es esto: encontrar una norma constante que sirva de medida para regular los derechos y deberes de los hombres y de los grupos. Quiero decir: sustituir las luchas de partidos y de clases por una estructura orgánica que encamine el esfuerzo de todos en el servicio común de la Patria. Para esto es preciso:

Primero, devolver a España un sentido histórico fuerte, una convicción enérgica de su destino universal.

Segundo, restaurar las primicias de las virtudes heroicas, y

Tercero, implantar una justicia social profunda, que considere a todo el pueblo como una comunidad orgánica de existencia y establezca un reparto mejor de los placeres y sacrificios."

Diario da Manha, en su edición del 20 de noviembre de 1943 reprodujo la fotocopia de las aludidas declaraciones autógrafas, proporcionadas al periodista Paxeco el 14 de diciembre de 1934.

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. NO ES UN MOVIMIENTO FASCISTA

NOTA PUBLICADA EN LA PRENSA ESPAÑOLA EL 19 DE DICIEMBRE DE 1934, REDACTADA POR JOSÉ ANTONIO

"La noticia de que José Antonio Primo de Rivera, jefe de Falange Española de las J.O.N.S., se disponía acudir a cierto Congreso internacional fascista que está celebrándose en Montreux es totalmente falsa. El jefe de la Falange fue requerido para asistir; pero rehusó terminantemente la invitación por entender que el genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso la apariencia de una dirección internacional.

Por otra parte, *la Falange Española de las J.O.N.S. no es un movimiento fascista*, tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de vólar universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas."

PEREGRINAJE DE LA FALANGE

"Falange no tiene millones para editar periódicos y carteles. Falange no tiene automóviles para llevar de un lado a otro a sus propagandistas. Pero Falange necesita propasarse tal y como es: joven, pobre y alegre. Dejemos los millones y los autos para los potentados populistas o marxistas y nosotros hagamos con humildad nuestro camino hacia los humildes. Los apóstoles y peregrinos de la Fe caminaban jornadas enteras para cumplir su misión. Andando, andando, llegaron San Pablo a Roma y Santiago a Compostela.

Iréis a pie, camaradas. La intemperie y el asfalto de las carreteras convienen a nuestro estilo militar y ascético. Llegar a Villalba o a Navalcarnero, a Aranjuez o a Illescas, no es nada extraordinario. Comeréis en las posadas aldeanas, el pan moreno y los fuertes guisotes campesinos. Hablaréis con arrieros y labradores de nuestro modo de ser falangistas, y les explicaréis cómo dejáis la ciudad para ir a ellos, no a pedirles nada, sino a ofrecerles lo más generoso que se puede ofrecer a un hombre: la alegría del amor a la Patria. Explicadles bien nuestro afán de unidad de las tierras y los hombres de todas clases. Explicadles bien que ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo. Explicadles nuestra Historia y reanimadles el ansia de Imperio. Estaréis diez días de peregrinación por esos campos de Dios. Cada uno llevaréis diez duros para vivir. Es poco. Pero pensad que hay muchos españoles que ni esas cinco pesetas diarias ganan para mantener un hogar con mujer e hijos. Casi no importa que quienes vivís cómodamente en vuestras casas aprendáis la angustia del hambre. Si todos los españoles supieran lo que es quedarse sin comer un día, quizá pudiera lograrse que comiesen todos a diario. Un duro no es mucho en sí, pero pensad que quienes lo lleváis sois falangistas. Si es necesario compartirlo con alguien más pobre que vosotros, no dudéis en hacerlo. Y si es posible –lo es, porque vosotros sois jóvenes y alegres, y la juventud y la alegría siempre son acogidas con cariño y calor en todas partes–, ese duro os debe sobrar y debéis devolverlo al regreso. Os deben oír y convidar. En estos días navideños hay buenas comidas familiares en las casas. Seguro estoy de que muchos sabréis ser invitados de honor en esos hogares. Tenéis diez duros cada uno para diez días, camaradas. El que al final de la jornada los devuelva a la Falange, será el mejor camarada..., a no ser que alguno caiga en el acto de servicio que se os encomienda, pues siempre son los mejores los que de entre nosotros elige Dios para su Guardia."

(Palabras de José Antonio a los jóvenes falangistas, ¿23 de diciembre de 1934? Versión de Felipe Ximénez de Sandoval: *José Antonio, Biografía*, págs. 379–380. "La provincia de Madrid resultó escasa para muchos grupos. Uno de ellos, formado por Quesada, Diego Aparicio y Picó, llegó en ocho días a Valencia, durmiendo en la cárcel o en pleno monte, discursando en Ayuntamientos o tocando un laúd por la plaza de los pueblos. Y también calándose hasta los huesos por contemplar el castillo de Uclés. En otra escuadra al mando de Alzaga, que llegó a Cercedilla, Manuel Rodríguez Jiménez, del S.E.U. de Farmacia, regresó con los pies ensangrentados por las marchas. Cada grupo era una aventura seductora, eficaz y poética." David Jato: *Historia del S.E.U.*, cap. III, pág. 126.

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA EN SAN SEBASTIÁN, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DE LOS LOCALES DE LA FALANGE, EN LA CALLE GARIBAY, 27, EL 5 DE ENERO DE 1935

Recordando a Manolo Carrión

— Han trabajado para mermar nuestras filas —comienza diciendo—, pero he aquí que cada vez somos más. ¿Quién iba a decir hace un año que nos íbamos a encontrar reunidos en este local tantos camaradas? Sin embargo aquí falta alguien. Falta Carrión. Manolo Carrión, aquel hombre de archiburguesa vida, pacífica y monótona, ¡qué ejemplo el suyo y qué estilo de vida la de aquel compañero!, y, sin embargo, ved el dedo de la Providencia en Su destino. En él resonó precisamente de un modo apremiante, exigente, la llamada de lo heroico, la voz de España. Y así, en efecto, murió como un soldado bravo, preocupado hasta en sus últimos instantes de la suerte de su amada Patria y de los destinos de su Falange. Por ahí andan diciendo los otros —continúa el orador— que traerán éstas y las otras ventajas. Pero digan ellos lo que quieran. Nosotros, por el momento, no prometemos nada. Nosotros reclutamos gente para el sacrificio, para la dura pelea e incluso para la muerte. En todo tiempo los hombres han hecho más por el deber que por el beneficio, y a nosotros, camaradas, nos ha tocado vivir en una época dura, austera, atiborrada de deberes y, ahora bien, ¡alegrémonos profundamente de ello!

Cuando el mundo convalecía de una edad en que ni siquiera creía que hubiera deberes ni verdades permanentes, saltamos a la palestra.

A su final asistimos; y tengamos siempre presente que si subsistió dicha edad fue porque se alimentó del desgaste de cosas que ella no trajo, que ella no creó ni fomentó. Tal como el sentido religioso y familiar. Lo propio de aquella edad era disolvente y a todos nos dijo que nada era absolutamente verdad y deber. Los Estados se convirtieron entonces en territorios de discusión entre hombres. La máquina recién inventada, del sufragio popular, vino a decirnos si había que suicidarse o si había que subsistir e, incluso, si se podía desmembrar a España.

La esclavitud en el Estado liberal

La Humanidad se hizo petulante. Creyó que era libre porque votaba y que el progreso era indefinido. Pero ahora ya sabemos, y lo supimos pronto, que la Humanidad no ha logrado el progreso y que ni tampoco ha alcanzado la libertad. La libertad existía entonces sólo para algunos. El obrero trabajaba jornadas larguísimas y percibía, en cambio, un mísero peculio. Y es que en la edad liberal los pueblos han sufrido siempre las mayores esclavitudes.

Se refiere a continuación el orador al gran mito del siglo XIX, al progreso indefinido, y dice que las fábricas produjeron tanto que se asfixiaban con su propia producción. La consecuencia fue para el obrero, que ahora a millones se encuentran por las calles demandando la limosna pública.

Pero aquello no podía continuar así. Surgió entonces el socialismo y éste tenía razón inicial al amparar a los obreros. Pero encerraba dentro de sí un profundo defecto, su interpretación materialista de la historia. El marxismo, prosigue el orador, rompe al individuo y es tan inhumano que incluso en Rusia ha fracasado. Porque era su intento implantar el capitalismo de Estado, el socialismo de Estado y, finalmente, el socialismo, y no ha logrado pasar del capitalismo de Estado. Añade a continuación que el comunismo en el campo ha sido de imposible realización. El labrador se ha sublevado y el soviét ha desistido de aplicar el comunismo al agro ruso. De esta manera, por este camino, el soviét irá a concluir en un nacionalismo militar que, precisamente, ha hecho ya su aparición. Está la prueba en las quejas de los primeros comunistas que dicen que el régimen actual es algo napoleónico. Rusia, añade, no ha conseguido ser comunista, ni marxista, porque no ha logrado matar su espíritu religioso.

La postura de la Falange

¿Cuál es ahora nuestra actitud? A nosotros se nos dice que somos panteístas del Estado. Pero no lo somos. Y si lo fuéramos, no seríamos nacionalsindicalistas. Entendemos que el Estado debe tener las riendas de la Patria. Pero para nosotros el Estado es el servidor del destino de la Patria y de su unidad. Creemos, finalmente, que por encima del Estado hay un rumbo histórico.

— Ahora, camaradas —exclama el orador—, es nuestra hora; ahora es cuando todos nos dan la razón. En Europa todo quiebra. El capitalismo, la industria, la agricultura, están en bancarrota, y he aquí que España está entera y fuerte. Yo he estado en Alemania y en Italia y comprendo que a estas dos naciones hay que admirarlas. Están ahora pasando por un momento difícilísimo. Italia se encontraba convaleciente de una victoria, y Alemania convaleciente de una derrota. Pero el caso de España es distinto. España no ha pasado por la guerra, se encuentra infrapoblada, sin navegación ni agricultura. Hay en ella por hacer una faena de cien años. Pongámonos a trabajar. España ha sido una nación que ha tenido magníficas ocasiones para encontrar un rumbo nuevo. Pero parece que casi siempre también las ha perdido. Pero nosotros no perderemos la nuestra. Sabemos lo que tenemos que hacer. Devolveremos a España la fe en sí misma, la ambición de reclamar sagrados y altos puestos. España es de valor universal y tiene que volver a hacer oír su voz en el mundo. Debemos infundir esta confianza en el pueblo y devolver, sobre todo, a España una justicia social.

Hay que terminar con la lucha de clases

Las masas obreras —dice luego el orador, refiriéndose a la necesidad de disciplinar el dinero— requieren un puesto en el mundo y no les placen ya las palabras de benevolencia, y hay que lograr ahora que los Sindicatos no sean asociaciones para luchar contra el capitalismo, sino órganos integrantes de la economía nacional.

Afirma a continuación que queda mucho por hacer todavía en el campo. El campo español —dice— hay que enriquecerlo y hay que ir a la reforma social de la agricultura, hay que cuidar los bosques, y para ello, ¿es preciso meter el arado en todas las tierras? No. Lo que es preciso es trasladar a la gente labriega y trabajadora a tierras fértiles, donde su labor fructifique y donde se dediquen incluso a la ganadería, otra riqueza española perdida.

Hay que hacer —exclama José Antonio Primo de Rivera— un trabajo enorme. Hay que hacer que los pueblos de España tengan luz, pan y vestidos abundantes. Hay que hacer todo eso y hacerlo incluso revolucionariamente. Habrá que respetar poco algunas veces, algunas leyes establecidas, pero lo que hay que hacer es trabajar, trabajar afanosamente. Toda la generación contemporánea tiene faena prolija.

Los vascos y la grandeza de España

Se refiere después el orador a los vascos, y dice que éstos integran un pueblo que lleva en su frente el signo de la predestinación. Un pueblo es tal pueblo cuando ha entrado en la labor universal. Y mientras esto no acontezca, aquel pueblo está sumido en la Prehistoria, en lo intuitivo. Ahora bien, mirad cómo el pueblo vasco pasó casi inmediatamente de su vida primitiva a una alta vida universal. ¿Y a qué se debió tan importante suceso? ¿De quién recibió el espaldarazo? Lo recibió en el mismo instante que se integró en la unidad de España. Por esto no quieren al pueblo vasco los que le quieren encerrar en sus bailes y en sus músicas. Toda su grandeza está en su unión a España, y por esto, camaradas, convoquemos al pueblo vasco a esta gran empresa española de todos nuestros anhelos y que las clásicas caras aguileñas de los hombres del Norte asomen por la borda de los gloriosos navíos españoles.

Versión proporcionada por el subjefe provincial del Movimiento de Guipúzcoa, camarada Juan Aizpurúa.

IDEAS Y NOTAS.- CONVERSACIÓN CON PRIMO DE RIVERA

De pronto veo penetrar en mi gabinete de trabajo a don José Antonio Primo de Rivera, hijo de célebre dictador y jefe actual de la Falange. Es una hora de la mañana en que los madrileños no tienen costumbre de hacer visitas, sobre todo en estos crudos días de invierno. Por fortuna, tengo encendida una estufa eléctrica bastante buena y puedo proporcionarle a mi huésped una temperatura confortable. Después me entero de que Primo de Rivera no usa ni sombrero ni sobretodo. Por lo visto, es de esos envidiables seres que andan por en medio de las inclemencias de la vida embozados en su hermosa juventud.

– ¿Cómo es que se ha tomado la molestia de venir a mi casa? –le digo–. Hubiera sido más propio que yo fuese a la suya.

– Es que, en estos momentos, mi casa se halla un poco en desorden... – ¿O acaso será porque temiera usted...?

– ¡No, no! ¡Yo no temo nada! –me interrumpe sonriendo.

Y esa sonrisa ha sido suficiente para que lo esencial del temperamento de mi visitante se me revele de un modo instantáneo e inteligible. La juventud asociada a la simpatía, a la inteligencia, a la nobleza y al valor: he ahí los signos evidentes de ese muchacho bien portado, bello de rostro y de figura, que lleva sobre su persona la grave responsabilidad de un hombre apasionadamente discutido y el no menos grave compromiso de continuar la obra nacional que su padre dejó interrumpida.

Este "yo no temo nada", que Primo de Rivera pronuncia con toda naturalidad, le va muy bien a un joven que es hijo de guerrero y aristócrata y ha tomado la vida en un sentido combatiente y heroico. Pero en sus palabras no se disimula el menor acento de fanfarronería muchachil. Estoy por asegurar que Primo de Rivera es la negación de la jactancia y el empaque.

– Antes nos perseguían a tiros de pistola –agrega–; hoy nos persiguen de un modo aparentemente más legal, aunque más coercitivo. Por ejemplo, no nos dejan publicar un periódico, y necesitamos emplear el sistema medio clandestino del pasquín y las hojas volantes. Pero, naturalmente, nosotros proseguimos nuestra campaña cada vez con mayor entusiasmo.

– ¿Y también con mayor eficacia...? ¿Ganan ustedes muchos prosélitos? ¿Entre cuáles esferas sociales recluta Falange el mayor número de partidarios?

– Entre los estudiantes, principalmente. Y entre la clase media ilustrada. Ya sabe usted que hasta hace tres o cuatro años ese elemento social estaba absorbido casi completamente por las doctrinas del izquierdismo revolucionario; la atmósfera de las Universidades se veía impregnada de socialismo, comunismo e internacionalismo radical, y su influencia alcanzaba al médico, al abogado, al empleado. Entonces se consideraba que un joven inteligente y brioso no podía ser otra cosa que un adepto de Marx, de Lenin o de Barbusse. Aquello pasó, y hoy puedo asegurarle que, entre esa juventud, nosotros contamos con más fuerza que nadie.

– ¿Y en los otros sectores nacionales? En el mundo agrario, por ejemplo, y en las grandes poblaciones...

– En todas partes hacemos progresos, sin que quiera decirle con esto que nos sintamos engreídos de nuestros resultados. No; nuestra labor es difícil y tenemos que avanzar paso a paso y a través de duras dificultades. Pero el vencer los obstáculos, para un partido formado principalmente de jóvenes, en vez de una incomodidad resulta una alegría. Hay que tener en cuenta que somos, como dicen, un partido de derecha, pero no participamos de la principal ventaja que suele atribuírsela a las organizaciones derechistas: el dinero. Somos un partido financieramente pobre. Al principio, las gentes conservadoras nos apoyaron, porque veían en Falange una fuerza que actuaba como ariete contra la situación republicano-socialista de tipo avanzado; pero después, al ocupar el Poder la nueva conjunción derechista de la Ceda, se conoce que ya no necesitan de nosotros, y hasta nos consideran un peligro.

En cambio, para los izquierdistas seguimos siendo unos inmundos reaccionarios...

La risa con que acompaña estas últimas palabras está exenta de toda ironía o amargura. José Antonio se ve que es incapaz de retener en su alma cualquier especie de pozo enfermizo; sin duda, porque su misma juventud le hace inmune, o acaso porque la conformación de su personalidad está hecha para el optimismo. Así también era su padre; aquel hombre que se lanzó a la más grande aventura sin otra ayuda que su fe y su intuición sorprendente, y que el día en que conoció la derrota de su propia credulidad, el día en que perdió la fe en los hombres y en las ideas, pidió refugio a la muerte.

— Ahora una pregunta —le digo—. Una información que para mí tiene gran importancia. ¿De qué lado se inclina la simpatía del falangismo español?

Mejor dicho, ¿cuál de los dos fascismos adoptan ustedes como modelo, el italiano o el alemán?

— Si le declaro a usted que ninguno de los dos —me responde Primo de Rivera—, indudablemente habré exagerado; porque Falange Española, como es lógico, se nutre de los métodos que están experimentando en sus respectivos países los reformadores de Alemania y de Italia. Pero nuestra adhesión no es absoluta. Nosotros pretendemos crear una forma autoritaria de fondo y rasgos específicamente españoles. Estamos previamente convencidas de que España, aunque no sea ni mejor ni peor que las demás naciones, desde luego es distinta. Tiene características muy acusadas, que es preciso respetar, si no se quiere ir al fracaso, porque sería necio el luchar contra la Naturaleza. Por otra parte, la tradición española es demasiado fuerte y rica, y nosotros no vamos a cometer el desatino de desaprovechar esas existencias y lecciones de la tradición. Nuestro país ha vivido anteriormente muchas experiencias sociales, políticas y económicas que hoy en el mundo empiezan a reivindicarse. Tenemos en nuestra Historia ejemplos de legislación agraria y ganadera que puede hoy mismo aplicarse con feliz eficacia; así como la organización por gremios y oficios, y los fueros municipales, y los montes y bienes comunales, y la "mesta", y tantas otras costumbres que nacieron y prosperaron a impulso de la necesidad propia y característica de la raza. En fin, pretendemos ser "muy antiguos y muy modernos"... Creo que es una aspiración muy legítima y fácil de comprender.

Antes de despedirnos he intentado llevar la conversación hacia el recuerdo del marqués de Estella. Pero no ha tenido suerte mi tentativa, porque mi joven visitante se ha mantenido en una discreta reserva. El padre es para él, sin duda, la figura sagrada a la que se tributa un culto profundo y silencioso. No quiere mancillar el recuerdo con palabras que siempre serían imprudentes o irreverentes. Sólo insinúa alguna frase evasiva:

— Mi padre llegó, acaso, demasiado pronto; cuando España no estaba aún preparada para ciertas experiencias o pruebas...

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA

El Pueblo Vasco, de San Sebastián, 9 de enero de 1935.

TENEMOS UNA FE RESUELTA

Tenemos una fe resuelta en que están vivas todas las fuentes genuinas de España.

España ha venido a menos por una triple división: por la división engendrada por los separatismos locales, por la división engendrada entre los partidos, por la división engendrada por la lucha de clases.

Cuando España encuentre una empresa colectiva que comprenda todas esas diferencias, España volverá a ser grande como en sus mejores tiempos.

(De la entrevista cinematográfica filmada en Chamartín de la Rosa. Figura incluido en el reportaje "*¡Presente!*", dirigido por José Luis Sáenz de Heredia.)

DISCURSO EN EL ACTO DE CONSTITUCIÓN DEL S.E.U. EN VALLADOLID, EL 21 DE ENERO DE 1935

Han pasado los días en que se podía ser sólo universitario o poeta o artista. Nuestra época nos arrastra y no nos deja encerrarnos en torres de marfil. Eso era atributo de las épocas rancias en que, roto el sentido de la unidad del mundo, cada uno pensaba hacer un mundo aislado de su propia vida. Nuestra generación, convaleciente de una de esas épocas, tiene que rehacer la unidad del mundo; para los que estamos aquí como tarea próxima, la unidad de España. El siglo XIX discurrió bajo el signo de la disgregación; ya no se creía en ninguno de los valores unitarios: la Religión, el Imperio..., hasta menospreciaban, por obra del positivismo, a la Metafísica. Así fueron elevados a absolutos los valores relativos, instrumentales: la libertad –que antes sólo era respetada cuando se encaminaba al bien–, la voluntad popular –a la que siempre se suponía dotada de razón, quisiera lo que quisiera–, el progreso –entendido en su manifestación material técnica.

Pero la libertad incondicionada lanzó a los hombres y luego a los pueblos a pugnas atroces; exasperó el nacionalismo y trajo la guerra europea. La voluntad popular obligó a los políticos a elaborar versiones toscas de sus programas para ganar los votos y condujo a la pérdida de toda buena escuela política, de toda continuidad. Y la idolatría del progreso indefinido llevó a la superindustrialización, al capitalismo –reclamado por la necesidad de poderío económico que imponía la libre concurrencia–, a la deshumanización de la propiedad privada, sustituida por el monstruo técnico del capital impersonal, a la ruina de la pequeña producción, a la proletarianización informe de las masas y, por último, a las crisis terribles de los últimos años.

El socialismo, contrafigura del capitalismo, supo hacer su crítica, pero no ofreció el remedio, porque prescindió artificialmente de toda estimación del hombre como valor espiritual; así, en Rusia, inhumanamente, no se pasó aún del capitalismo del Estado, y es cada día menos probable que se llegue al comunismo.

Así estaba el mundo al llegar nuestro tiempo. ¿Cómo podríamos desentendernos de su tragedia? Seamos buenos universitarios, pero seamos también partícipes en la tragedia de nuestro pueblo. Como Matías Montero, estudiante magnífico, al que nos asesinaron a traición y que cayó muerto con el alma y los ojos llenos de la luz de nuestra España de los Reyes Católicos, la España cuyo signo ostentaba nuestro yugo y nuestras flechas.

El medio contra los males de la disgregación está en buscar de nuevo un pensamiento de unidad; concebir de nuevo a España como unidad, como síntesis armoniosa colocada por encima de las pugnas entre las tierras, entre las clases, entre los partidos. Ni a la derecha, que por lograr una arquitectura política se olvida del hambre de las masas; ni con la izquierda, que por redimir las masas las desvía de su destino nacional. Queremos recobrar, inseparable, una unidad nacional de destino y una injusticia social profunda. Y como para lograrlo tropezamos con resistencias, somos resueltamente revolucionarios para destruirlas.

Pero no olvidéis que esta tarea de unidad exige que estemos entre nosotros indestructiblemente unidos. Entendamos la vida como servicio; todo cargo es una tarea y todas las tareas son igualmente dignas, desde la más gozosa, que es la de obedecer, hasta la más áspera, que es la de mandar.

La Jefatura es la suprema carga; la que obliga a todos los sacrificios, incluso a la pérdida de la intimidad; la que exige a diario adivinar cosas no sujetas a pauta, con la acongojante responsabilidad de obrar. Por eso hay que entender la Jefatura humildemente, como puesto de servicio; pero por eso, pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía.

(*La Nación*, Madrid, 21 de enero de 1935)

EL 6 DE OCTUBRE, EL ESTADO DE GUERRA Y LA FALANGE

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 25 de enero de 1935.)

El señor secretario (ALFARO) dice así:

A las Cortes.—La prolongación del estado de guerra, en el que, teóricamente, son las autoridades militares depositarias de las más delicadas funciones públicas, está produciendo un deplorable desgaste en el prestigio del Ejército, no porque su actuación desdiga de lo que debe esperarse de él, sino porque, al socaire de un pretendido estado de guerra, las autoridades ordinarias están permitiendo uno de los más completos períodos de anarquía que se recuerda. Si siempre sería grave semejante situación, lo es más cuando, por la prolongación viciosa de un estado de guerra equivoco, viene a redundar en desdoro de las instituciones armadas, a las que, o debe especificarse de todas las atribuciones precisas, o debe eximirse de toda responsabilidad que no sea la suya. Por estas consideraciones, los diputados que suscriben tienen el honor de proponer a la Cámara, a título de proposición, no de ley, la adopción del siguiente acuerdo:

"Las Cortes verán con satisfacción el levantamiento inmediato del estado de guerra."

Palacio del Congreso, 18 de diciembre de 1934.—*José Antonio Primo de Rivera, Ramón de Carranza.—Fernando Suárez de Tangil.—Domingo Tejera. —Santiago Fuentes Pila. —Romualdo de Toledo.—José María Pemán.—Abilio Calderón.—Dionisio Cano López.*—Siguen las firmas hasta quince.

El señor PRESIDENTE:

El señor Primo de Rivera, como primer firmante de la proposición que acaba de leerse, tiene la palabra.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Acaso desde el punto de vista parlamentario no tenga interés alguno mi intervención esta tarde. Mi minoría en el Parlamento es una minoría reducida a su mínima expresión, y quizá lo que dice minoría tan diminuta no tenga trascendencia dentro del salón en que hablamos; pero si al Gobierno le conviene que se traigan aquí cosas que no interesan sólo a través de la visión, siempre deformada, de los que aquí concurrimos casi cada tarde, sino que interesen fuera de aquí a una masa cada vez más numerosa, cada vez más ganada por el desaliento, el Gobierno debe considerar hasta qué punto es grave que se mantenga durante tanto tiempo el estado de guerra.

Ya sé que desde que se presentó esta proposición hasta ahora el estado de guerra ha sido alzado en media España; pero sigue en vigor en otra media España desde la noche del 6 de octubre de 1934, y esto, además de implicar todas las anomalías, todas las dificultades de que haré brevísimas reseñas, implica —lo cual es más grave, y lo puedo decir con la imparcialidad de quien no desempeña ningún papel en el actual drama político— una equivocación sustancial en el Gobierno.

El Gobierno sabe perfectamente hasta qué punto le rodearon todas las asistencias con ocasión del 7 de octubre. No hay para qué recordar, porque ya lo he recordado alguna vez, cómo incluso el ímpetu joven de las gentes que me acompañan o me siguen fue el primero que se manifestó, conmigo a la cabeza, en la Puerta del Sol; pero cabalmente para gritar al Gobierno esto: "¡Estáis en una fecha decisiva; tenéis delante una fecha decisiva, de las que pueden sacarse consecuencias inagotables para España!"

El 7 de octubre se produjo una rebelión. Las rebeliones son siempre el resultado, por lo menos, de dos ingredientes el primer ingrediente, difuso, es una inexplicación interior, una falta de razón interna en el régimen vigente, en el estado social, en el estado político vigente. Tiene que haber eso para que, una rebelión se produzca con probabilidades de triunfo; simplemente, para que algunos se lancen a intentar una rebelión tiene que haber un cierto descontento una falta de razón vital de existencia en el régimen contra el cual la rebelión estalla. Esto es indudable; nunca han estallado

rebeliones sino contra regímenes que empezaban a caducar. De otra parte, es necesario que exista una minoría enérgica que aprovechando, que captando este estado de desaliento, esta falta de razón interna de subsistencia en el estado político que pretende atacar, se lance al ataque con más o menos fortuna.

Pues bien: frente a estos dos elementos que operan siempre en toda rebelión es preciso que el Estado que se defiende adopte dos actitudes sucesivas: la primera, la de vencer la rebelión de una manera inmediata, de una manera tajante y limpia. Para que esto se lograra fue para lo primero que todos requerimos al Gobierno desde estos escaños, desde las calles o desde las vallas de la Puerta del Sol: para hacerle ver la necesidad de que aquella ocasión de peligro concluyese en una fecha tajante. Hay que conservar el decoro histórico de las fechas; hay que conservar la gracia histórica de las fechas. Es primordial para un Estado el dar contornos precisos, limpios, cortantes a su actuación. Por eso, las fechas que se escriben en las esquinas tienen más sentido que el de conservar una hoja de almanaque; tienen el sentido de decir: en este día empezaron y acabaron, este día separa dos épocas distintas de la vida de un Estado, de un régimen o de un Gobierno.

Muy pocos días después se publicó una hoja –creo que clandestina, aunque la firmaba yo, pero entre otros atractivos de estos días que estamos viviendo está el tener que hacer clandestinas todas las hojas–, en que más o menos se decía: "Hay un riesgo inminente de que esto que ha podido ser una fecha terminante y clara se diluya en una sucesión mediocre de fechas cualesquiera; de que esto se nos vaya de entre los dedos; de que esta alegría colectiva del 7 de octubre se disuelva en una especie de espera y luego de desesperanzas colectivas de todas las fechas que vengan detrás." Así ha sido. A este primer deber de terminar tajantemente la rebelión, de ponerle un desenlace, no cruel, pero sí rápido y limpio, ha faltado el Gobierno por entero. Si se hubiera cumplido ese deber el Gobierno tenía otro: tenía el de contemplar cuáles fueron las causas de sinrazón interna, las razones de falta de consistencia, de justificación interna, que permitieron que una minoría audaz se lanzase al asalto del Poder. El Gobierno debió hacer ese examen de conciencia, como hay que hacerlo siempre al día siguiente de vencer, para saber en qué parte podían tener razón los vencidos e impedir que otros traten de hacer lo que los vencidos no lograron. Y esto cada día lo hace menos el Gobierno; cada día el Gobierno se plantea menos la razón de su propio existir; y al Gobierno no se le oculta, porque en él hay muchas personas extremadamente inteligentes, no se le oculta que España, desde que existe, es y será siempre un quehacer; que España se justifica por una misión que cumplir; que a España no se la puede entregar a temporadas inacabables de ocio, de dispersión, de falta de explicación vital.

Con España no se puede hacer esto; y en realidad el Gobierno debió percatarse de que, quiera o no quiera, es un Gobierno que tiene un origen también revolucionario, y que todo el que se lanza a hacer una revolución se compromete a concluirla; lo que no puede hacer nunca es escamotearla. Naturalmente, a mí la revolución que trajo al Gobierno, la revolución que trajo al régimen del cual es hoy el Gobierno ejecutor, me coge también bastante de fuera; pero es lo cierto que el Gobierno suspendió, buenas o malas, todas las venas internas que la revolución traía y quiso instalarse en un régimen absolutamente falto de todo sentido, y no ya revolucionario, sino conservador; el Gobierno quiso instalarse en un conservadurismo que no envidiarían los más plácidos tiempos de todas las épocas. Contra esto, naturalmente, vino un intento de golpe que, por fortuna para el Gobierno y para todos, se revistió de un carácter antinacional; tuvo la torpeza de enarbolar una bandera separatista, con lo cual suscitó una repulsión instintiva, incluso en las últimas capas populares. El lado proletario del intento se oscureció con esa causa de inhibición; que a cualquier hombre español del pueblo, por muchas propagandas internacionalistas que le hayan metido en el alma, le repele siempre el agregarse a una bandera de separación antinacional.

Pero, vencida la rebelión, el Gobierno aplaza por días y por semanas y por meses el buscarse otro quehacer; el Gobierno se empeña en subsistir puramente conservándose; hace destino de sí propio el mantenerse en el Poder; no sabemos para qué; seguramente el Gobierno tampoco sabe para qué.

Se están ventilando en el mundo y en España algunas cosas de un volumen histórico, de un volumen político que exigen a toda costa la atención del Gobierno, y ésta es la hora en que no sabemos qué es lo que el Gobierno piensa hacer. Hay dos ejemplos: uno, de orden internacional; otro, de orden interno. Ante los dos ejemplos, la inhibición del Gobierno es igualmente desconcertante. El de orden internacional lo hemos leído en todos los periódicos: tranquilamente, en conferencias públicas de un

jefe de Gobierno y de un ministro del Exterior, se está organizando la política del Mediterráneo, se está disponiendo del Mediterráneo y, como si nosotros fuéramos una isla en el océano Pacífico, ésta es la hora en que no tenemos la menor noticia de que el Gobierno se preocupe por reclamar un puesto, en nombre de España, para que sea oída en la organización y en la política del Mediterráneo.

Pero sí esto es el problema más saliente, más sabroso, más picante, en estos días, en orden a la política exterior, tenemos en orden a la política interior, un problema angustioso e inaplazable, que es el problema del paro obrero. Tenemos setecientos mil hombres parados y resulta que frente a la existencia de esos setecientos mil hombres parados, que constituyen con su sola presencia una diatriba contra lo que pretendemos sea la civilización moderna y occidental de España; contra la acusación viviente de esos setecientos mil famélicos, nos encontramos con que se ha desplegado la siguiente política de anuncio: la C.E.D.A. redactó un proyecto, o una proposición de ley, porque no estaba en el Poder entonces, para que se destinasen cien millones al paro obrero. El partido radical dijo: "¿Cien millones a nosotros? Nosotros elaboramos un proyecto para que se apliquen mil millones". Pues ni los cien millones ni los mil millones se han destinado hasta ahora a remediar el paro obrero. En cambio, ya vamos teniendo la consoladora esperanza de que se levanten unos cuantos edificios públicos, quién sabe si necesarios o no, para aplacar en parte el problema obrero. Pero ¿es que cree de veras el Gobierno que los sucesores inmediatos de los que hicieron la revolución del 14 de abril con el anuncio de que iban a implantar un orden social distinto —aspecto en el cual es probable que incluso los adversarios del sentido político del 14 de abril tuvieran que estar conformes—, que los que prometieron una organización económica diferente pueden contentarse con que se alcen unos edificios públicos y crean que con esto se da una solución al problema social? Comprenda el Gobierno que esto, en realidad, no es la justificación de un sistema político, que esto no es la justificación de un régimen.

Pues bien: a falta de cosa más interesante que tenga ya pensada, el Gobierno prolonga indefinidamente la interinidad haciendo habitual lo que es por esencia un instrumento de circunstancia: el estado de guerra. El Gobierno prolonga indefinidamente el estado de guerra, y con esto no sólo aplaza su tarea inexcusable, sino que desgasta su propia autoridad de Gobierno, su propia justificación como Gobierno y de paso, la autoridad y el prestigio del Ejército, al que se está haciendo responsable nominal de todo lo bueno y lo malo que bajo este período ocurra. Triste es reconocer que está siendo bastante lo malo y no es bastante lo bueno. Porque si el hecho de que nominalmente las autoridades militares ejerzan las funciones públicas más delicadas promete una mayor disciplina, un mayor rigor en el funcionamiento de esos aspectos públicos, aquí está aconteciendo que bajo el mando nominal del Ejército se está asistiendo a una de las épocas de menos disciplina que se recuerdan.

Voy a contar un caso al señor ministro de la Gobernación. En pleno estado de guerra empezó a proyectarse en los cinematógrafos de Sevilla, como en los de casi toda España, el desfile de las fuerzas militares que habían vencido la rebelión en Asturias; entre las tinieblas de los cinematógrafos empezaron inmediatamente algunos pateos. ¿Sabe el señor ministro de la Gobernación qué medidas adoptaron las autoridades? Prohibir que se proyectasen esas películas. ¿Puede adjudicarse al Ejército; puede, bajo el mando nominal del Ejército, hacerse que la reproducción en cinematógrafo del desfile de las tropas que vencieron la rebelión en Asturias provoque un conflicto y que este conflicto se resuelva con la capitulación de las autoridades, haciendo que la película se retire? Pues todo eso, todas esas claudicaciones, toda la falta de orden, todos los atracos de todos los días se están endosando al Ejército, porque resulta que éste es, nominalmente, con arreglo a la ley de Orden Público, quien está ejerciendo la autoridad, quien está desempeñando las funciones públicas más delicadas en el presente momento español. Pero es que, además, tenemos el gran inconveniente de que esto no es absolutamente así; es decir, que la responsabilidad y el desgaste para el Ejército son únicamente para quienes no estén en el matiz, matiz inasequible, como es de rigor, a la mayor parte de los mortales. Porque después, supongo que por: indicación del Gobierno, las autoridades militares, en casi todos los sitios, han delegado sus funciones en las autoridades civiles, y como resulta que ya las autoridades civiles subalternas ejercen estas funciones, no por delegación normal del Gobierno, sino por delegación local de las autoridades militares, se ha constituido en cada ciudad, en cada provincia de España, no ya un virreinato, sino un reino de taifas, que ejercen, con desigual acierto, las autoridades que, en un sitio o en otro, representan a las autoridades centrales de la República. En Madrid se da el caso bochornoso, el caso intolerable para los ciudadanos que habitamos en la capital, de que estamos bajo el látigo de una especie de tiranuelo colonial, de una

especie de corregidor fernandino, superviviente de la época aquella de Fomos y de *la cuarta de Apolo*, de la época pintoresca de fin de siglo, que es el jefe superior de Policía. El paso de este señor por el cargo de jefe superior de Policía se ha caracterizado por un aumento considerable de las casas de mala nota en Madrid. La concesión de este género de casas estuvo interrumpidas mientras fue jefe superior de Policía don Jacinto Vázquez; apenas entró el señor Muñoz Castellanos, con su larga formación en los cafés, en esa vida agitada, turbulenta, bohemia, en que están, por lo visto, sus gustos, empezaron a florecer por Madrid los prostíbulos que eran un cuento, y con esto, las máquinas sacaperras y los *cabarets* de primera, segunda y tercera fila. Todo esto es lo que acompaña y calificará para siempre el paso del señor Muñoz Castellanos por la Jefatura Superior de Policía.

Además, este ciudadano, con un criterio, repito, de tiranuelo colonial, de viejo corregidor de aquellos tiempos en que la Policía –hoy Cuerpo disciplinado y admirable, que tiene sobre sí un esfuerzo casi inverosímil, si se considera el número de funcionarios que lo integran– se denominaba la *Secreta*, con ese aire y con ese estilo, sustancia sus cuestiones personales valiéndose de la Policía; no quiero decir sólo para la protección a tales o cuales personas, sino, incluso, para la adopción de criterios políticos frente a tales o cuales asociaciones y entidades. Nosotros, por nuestra fortuna y para nuestro honor, nos vemos favorecidos por la antipatía constante del señor jefe superior de Policía. Y este jefe superior de Policía, que no ha sabido descubrir ni un número de armas interesantes y que ha hecho una especie de lonja de la prostitución en el caserón de la calle que ahora no me acuerdo cómo se llama, ese señor es el que se ha dado el gusto de que, sin mandamiento judicial, ni orden del director general de Seguridad, ni siquiera de sí mismo, sino por instrucciones verbales, vayan al centro que tenemos en la calle del Marques de Riscal para clausurarlo unas veces, para precintar otras una habitación que quedó abierta y, por último, para que se cierre y precinte un laboratorio, un quirófano, donde no se hace ni puede hacerse otra cosa, porque no es más que un invernadero, que prestar todos los días asistencia gratuita, por los médicos de la Organización, a veinte o treinta enfermos pobres. Este ciudadano ejerce así sus funciones de jefe superior de Policía para perseguir a los que le son antipáticos, no de una manera directa, no aplazando para después el plantear cuestiones personales o romperse la cara a bofetadas, cosa que estaría más acorde con los tiempos de Fomos que a él le gustan, sino usando de los instrumentos del Poder, ilegítimamente, para mortificaciones y represalias.

Y la permanencia de este sujeto en la Jefatura Superior de Policía plantea la siguiente cuestión: Aquí se ha invocado el ejemplo del regicidio de Marsella. Aquel regicidio –se dijo– determinó que fueran destituidas las autoridades policíacas y que el ministro del Interior se destituyera a sí mismo, dimitiendo. Con la autoridad de ese ejemplo, primero, el señor Salazar Alonso, y después, con algunas dificultades, el señor Samper –con lo cual el ejemplo se extendió a un escalón más–, dimitieron. Ahora bien: aunque la gestión de los señores Samper y Salazar Alonso no estuviera adornada de todos los atributos del acierto, es evidente que nadie pretenderá que la obligación de esos señores consistieran en irse a indagar en persona si existían armas o no. Parece que lo que señaló el desacierto del ministro de la Gobernación y del presidente del Consejo de ministros fue el haber elegido mal, desastrosamente mal, como los hechos demostraron, a las autoridades policíacas. Para las funciones específicamente policíacas tenían que descansar el presidente del Consejo de ministros y el ministro de la Gobernación en los directamente encargados de impedir que sobreviviesen –al menos que ocurrieran de una manera imprevista– las cosas que sucedieron en octubre. Pues bien: nosotros extirpamos al señor ministro de la Gobernación y luego al que fue presidente del Consejo de ministros; pero siguen paseándose jacarandosamente por Madrid y haciendo lo que he descrito, con la timidez que me imponen el respeto a la Cámara y la concurrencia de señoras a la tribuna, tanto el director general de Seguridad como este pintoresco jefe superior de Policía.

No quiero hablar de otros aspectos porque creo que van a ser objeto de una de estas proposiciones no de ley; por ejemplo, del ejercicio de la censura. Parece que el acudir a la censura tiene que estar justificado por el sentido de defensa del Estado, del Gobierno o de las instituciones. Yo no me quejaría nunca de la anchura que en esto se diera a la interpretación, pero sé de algunos casos verdaderamente pintorescos. Por ejemplo: en la imprenta donde se edita una revista financiera, de poca circulación, me han enseñado una galerada en que se decía: "Como dice en *A B C* el ilustre financiero señor Calvo Sotelo..." Claro que el señor Calvo Sotelo pudiera haber emitido alguna opinión de tipo técnico que perjudicase al plan que el Gobierno siguiese respecto de las finanzas, que pudiera, supongamos, constituir, incluso, una indiscreción; pero no: la Censura no ha tachado

para nada lo que dijo el señor Calvo Sotelo; lo único que ha tachado ha sido el adjetivo de "ilustre" (*Risas*) y ha dejado: "Como dice el financiero señor Calvo Sotelo..." (*Siguen las risas.*) Yo estoy seguro que si el señor Marraco se hubiera enterado de esto, con el mal genio que usa muchas veces, le hubiera dicho al censor cuatro cosas, porque el censor, velando así por disminuir los adjetivos encomiásticos de sus competidores, no hace más que poner en ridículo al señor ministro de Hacienda. (*Risas y rumores.*)

El señor ministro de la Gobernación, que tiene un amplio sentido humano y que se da cuenta por sí mismo de todas estas cosas con sólo una insinuación, no necesita más acerca de ello. Sabe muy bien que todo esto que digo y todo lo que callo está en el ánimo de todos, y que incluso puede ser objeto de prueba. Así, pues, no voy a insistir más en señalar anomalías de la censura ni extralimitaciones intolerables del jefe superior de Policía. Lo que sí ruego al señor ministro de la Gobernación, y en este ruego envuelvo también al señor ministro de Estado, que me escucha, es que mediten y que transmitan al señor presidente del Consejo de ministros esta consideración. Si en instantes como éste, en que la tremenda debilidad del Gobierno, en que el desaliento que rodea al Gobierno, que puede asfixiar al Gobierno, y al sistema, estriba en que de momento no se percibe ningún enérgico quehacer, no se percibe ninguna misión, ningún rumbo de importancia que justifique el estado actual de las cosas, si en este instante, en que la única mística clara, la única decisión positiva es la de las extremas izquierdas, o si se quiere la de los grupos marxistas, que éstos sí que saben adónde van y lo que se proponen, ¿cumple con su deber patriótico el Gobierno haciendo que se estanquen las ideas, que se ahoguen las propagandas, que no se deje hablar a nadie, aunque se sepa que no le guía otro propósito que el de suscitar un interés nuevo? Vea el Gobierno si en esta época de remanso, en esta época en que la política española se ha encharcado y no tiene salida, obra bien manteniendo nominalmente un estado de guerra para que esa salida no se pueda abrir por ninguna parte. (*Muy bien.*)

.....

El señor PRIMO DE RIVERA:

Tengo muchos motivos para dar las gracias al señor ministro de la Gobernación, primero, porque ha hecho una cordial justicia a los móviles españoles de mi intervención en éste como en todos los casos, y después, porque, o con manifestaciones expresas o con elocuentísimos silencios, ha reforzado mis argumentos todos. Resulta que para la concreta cristalización del hecho en mis palabras anteriores le señalé algunos lunares en la brillante hoja de servicios del señor jefe superior de Policía, y, en realidad, el señor ministro de la Gobernación, tal vez de una manera prodigiosamente hábil, con toda la gracia andaluza que brilla cuando los andaluces de buena casta hablan en serio, ha extremado mis ataques hasta la crueldad, porque, en realidad, la defensa del señor jefe superior de Policía... (*El señor ministro de la Gobernación: "He recordado los servicios de nuestras autoridades de Seguridad."*) De nuestras autoridades, sí. En el curso entero de la Historia tenemos autoridades magníficas, pero parece que la autoridad del señor jefe superior de Policía ganó la excedencia funcional el día en que se celebró la asamblea de Acción Popular en un lugar histórico cercano a Madrid. Mi inclinación por la Historia y mi calidad de aprendiz en ella no me han permitido todavía llegar a la última precisión en el estudio de las biografías de los varones ilustres, y por eso tal vez desbarre al rememorar la biografía del señor Muñoz Castellanos; pero, si la memoria no me es totalmente infiel, el señor Muñoz Castellanos hizo su gloriosa entrada en la Dirección General de Seguridad allá por el mes de julio, y la Asamblea de Acción Popular se celebró en el mes de abril. Yo no sé si el señor Muñoz Castellanos habrá recibido *mortis causa* las glorias de todas las anteriores autoridades españolas (*Risas*); pero si no ha ocurrido eso, el señor Muñoz Castellanos no puede adornarse, en absoluto, con lo bien que saliera la asamblea de Acción Popular. (*El señor ministro de la Gobernación: "Pero sí con lo posterior."*) Y lo posterior, que, evidentemente, es muy vario, ha sido comunicado a la Cámara, por boca del señor ministro de la Gobernación, con estas palabras: que es cierto que el ministro de la Gobernación ha tenido noticia de que era verdad cuanto yo decía respecto al aumento de ciertos vicios en las capas inferiores de Madrid. Y el señor ministro de la Gobernación me propone que monte yo personalmente un servicio policiaco para inquirir en qué calles tortuosas se establecen nuevos lugares de esparcimiento. (*Risas.*) Es decir, señor ministro: que el jefe de Policía debe seguir ejerciendo su sultanato en la Dirección de Seguridad, y yo voy a ir de cuando en cuando al Ministerio de la Gobernación a contar al ministro cuentos verdes. (*Nuevas risas. El ministro de la Gobernación: "Me parece que eso es muy andaluz."*)

Si el señor ministro de la Gobernación sabía que es cierto cuanto he dicho, creo que el señor jefe superior de Policía, sin más que la defensa que por boca del señor ministro se ha desarrollado aquí esta tarde, tiene muy suficiente para dimitir. Cualquier funcionario puntilloso lo tendría. Ahora bien: las normas aplicables a los funcionarios puntillosos no son siempre aplicables a los elefantes. *(Risas.)*

PALABRAS DE JOSÉ ANTONIO ANTE LA TUMBA DEL PRIMER CAÍDO, JOSÉ RUIZ DE LA HERMOSA, EN DAIMIEL (CIUDAD REAL), EL 27 DE ENERO DE 1933

"Algún día, cuando España vuelva a ser España, vendremos todos nuevamente ante esta tumba, no para hablar ni para llorar, sino con silencio, a escuchar lo que este camarada nos dice con su ejemplo.

José Ruiz de la Hermosa dejó padres, dejó amigos, dejó quizá hondos afectos, pero José Ruiz de la Hermosa ya no es de sus padres, ni de sus amigos ni de sus afectos. Su ausencia le convierte en un símbolo de la España que anhelamos, y los símbolos que nacen de tan limpio ejemplo perduran sobre los tiempos"²⁵.

²⁵ Durante la presencia de José Antonio en Daimiel coincidieron Goya, Sarrión, Palau, Mateo y Rivera. No fue posible obtener autorización para celebrar un mitin. El sacrificio del primer mártir de la Falange impresionó vivamente a José Antonio. El fundador lo recordaría en innumerables ocasiones: "No olvidéis –recomendaba– a Ruiz de la Hermosa, el primero de nuestros Caídos. No había vestido la camisa azul, ni lanzado nuestros gritos, ni sospechado que íbamos a tener el 'Cara al Sol' para hacer más alegre nuestra muerte. Pero era un verdadero falangista. Vino, vio, creyó y murió. Tenía la manera de ser de los mejores." En aquella visita, José Antonio dejó establecida la Junta provincial de Ciudad Real, que encabezaba Vicente Galiana. Todos estos detalles constan en *Historia de la Falange de Daimiel*, escrita por el camarada Marcelino Sanromá en *Alcor*, núm. 3, de mayo–junio de 1956, quien nos ha proporcionado esta información.

ORDEN GENERAL DE JOSÉ ANTONIO A LOS JEFES LOCALES Y AFILIADOS DE FALANGE, DADA EN MADRID EN FEBRERO DE 1935

Por una aparente paradoja –bien explicable en el fondo–, el vigor creciente de nuestra Falange y su perfil cada vez más neto van acompañados de una contracción en las aportaciones materiales externas. Antes, cuando gentes diversas nos suponían instrumento dócil para ajenas consignas, no nos faltaron, aunque parcos, auxilios económicos. No pocas personas nos favorecieron por inclinación desinteresada hacia nuestros principios; pero las más miraban en nosotros no el Movimiento impetuoso e insobornable dispuesto a depararnos una España mejor, sino la fuerza de choque de sabe Dios qué intentos, dispuesta a dar la sangre sin precio de sus mejores militantes por una miserable moneda.

Hoy la Falange Española de las J.O.N.S. empieza a inquietar lo mismo a la antiespaña declarado, materialista y separatista, que a la similespaña chata y enferma de los cautos, egoístas y perezosos, conservadora de injusticias y miserias. Eso prueba que vamos encontrándonos a nosotros mismos, primer paso para ganar a los otros. Pero, en compensación, provoca un cerco económico, más apretado cada vez, que se propone aniquilarnos por la pobreza.

En este trance, la Falange Española de las J.O.N.S. tiene que pensar en vivir de sus propios recursos exclusivamente, y CONSTITUYE FALTA GRAVÍSIMA CONTRA LA COOPERACIÓN AL MOVIMIENTO, REVELADORA DE UN PÉSIMO ESPÍRITU, LA RESISTENCIA AL PAGO DE LAS CUOTAS EN QUE MUCHOS INCURREN. Como infeccionados por un torpe resabio de los que habremos de raer de España, no pocos de los nuestros se agazapan en una constante morosidad, que aparte de socavar las posibilidades de vida de nuestro Movimiento, rezuma un aire detestable de vieja "cuquería", de viejo abuso socarrón, absolutamente repugnante.

Los que se hallen en completa penuria saben muy bien que están exentos de pagar las cuotas. Parece mentira que quienes no vacilan en gastarse unas pesetas en cualquier pequeño lujo prescindible regateen su aportación a la Falange en términos de verdadera cicatería, como si estimaran que el pertenecer a nuestra fuerte hermandad no valiese siquiera la privación de unas cuantas pesetas.

Quisiera que nadie viese estos renglones como un llamamiento formulario, sino una conminación urgente, que invoca las mejores calidades de los militantes para moverlos al cumplimiento de este deber de cotizar; deber que si no es el primero entre los nuestros, ha de ser cumplido con el mismo sobrio rigor con que debe hacerse todo entre nosotros.

Espero, pues, que sin más requerimiento, todo el que se halle atrasado en el pago de cuotas acuda por su propio impulso a reparar con urgencia esta tacha, contra la cooperación del Movimiento. Y espero también que todos revisarán en conciencia el importe de la cuota que se han señalado para aumentarla espontáneamente en lo posible.

Las Jefaturas territoriales y de J.O.N.S. harán llegar esta circular a todos y cada uno de los militantes; a los morosos, para que cesen en el inconsciente sabotaje de que hacen objeto a nuestra organización; a los puntuales, para estimularlos a reforzar sus aportaciones; y me darán cuenta nominal de los resultados obtenidos, tanto para estimación de los que respondan bien, cuanto para aplicar a los recalcitrantes, enemigos encubiertos de la Falange Española de las J.O.N.S., las sanciones que autorizan los Estatutos.

Madrid, 8 de febrero de 1935.

El Jefe Nacional

Fdo.: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

Documento obtenido por mediación del camarada Licinio de la Fuente. Existe copia en el Museo de la Falange de Cáceres.

DIÁLOGO QUE MANTUVIERON EN SALAMANCA, EL 10 DE FEBRERO DE 1933, JOSÉ ANTONIO Y DON MIGUEL DE UNAMUNO

Unamuno.—Sigo los trabajos de ustedes. Yo soy sólo un viejo liberal que he de morir liberal, y al comprobar que la juventud ya no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente. Cuando de estudiante me puse a traducir a Hegel, y acaso pude ser uno de los precursores de ustedes.

José Antonio.—Yo quería conocerle, don Miguel, porque admiro su obra literaria y sobre todo su pasión castiza por España, que no ha olvidado usted ni aun en su labor política de las Constituyentes. Su defensa de la unidad de la Patria frente a todo separatismo nos conmueve a los hombres de nuestra generación.

Unamuno.—Eso siempre. Los separatismos sólo son resentimientos aldeanos. Hay que ver, por ejemplo, qué gentes enviaron a las Cortes. Aquel pobre Sabino Arana que yo conocí era un tontiloco. Maciá también lo era, acaso todavía más por ser menos discreto... Confío en que ustedes tengan, sobre todo, respeto a la dignidad del hombre. El hombre es lo que importa; después lo demás: la sociedad, el Estado. Lo que he leído de usted, José Antonio, no está mal, porque subraya eso del respeto a la dignidad humana.

José Antonio.—Lo nuestro, don Miguel, tiene que asentarse sobre ese postulado. Respetemos profundamente la dignidad del individuo. Pero no puede consentírsela que perturbe nocivamente la vida en común.

Unamuno.—Pero yo confío en que no lleguen—ustedes a estos extremos contra la cultura que se dan en otros sitios. Eso es lo que importa. No es posible que la juventud, por muy estupidizada que esté, y yo lo creo sin ánimo de molestarles, caiga en el horror de creer que el pensar es una "funesta manía"; la funesta manía de pensar de aquellos bárbaros de Cervera. Por cierto que el otro día, y con motivo de una huelga en la Universidad, recibí a un grupo de muchachos de los de ustedes. Les pregunté qué querían, qué era eso de la Falange.

Bravo.—Estarían aturdidos ante usted y no sabrían explicárselo.

Unamuno.—No sé. Pero no sabían lo que querían. Y eso me prueba que hay un peligro de desmentalización de los muchachos. No conviene que ustedes acentúen esa tendencia pasional.

Sánchez Mazas.— Pero usted, don Miguel, ha escrito a veces otra cosa.

Unamuno. —Acaso. Llevo ya más de cuarenta años de escritor y a veces me olvido de lo que dije, y otras me contradigo y repito. Eso es lo humano...

José Antonio. —Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español.

Unamuno. —¡España! ¡España!... Muchas veces he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizá a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España, porque la quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse en criticar sus defectos.

José Antonio. —También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo.

Unamuno. —Muy bien. Pero sin xenofobia. ¡El hombre, el hombre! Y también el español y España. Y los valores del espíritu y de la inteligencia.

Bravo.—¿Por qué no nos ayuda usted en la lucha contra los separatismos? En el fondo, nosotros somos sus discípulos y hemos aprendido en usted a sentir a España, con orgullo, apasionadamente. Pero son los liberales, los hombres retrasados del XIX, los que ponen en peligro la Patria.

Unamuno.—Usted repite mucho esa tontería de Daudet sobre el "estúpido siglo XIX". Pero eso no es verdad. Yo lo defiendo. Vivimos ahora mismo de su herencia. incluso lo de ustedes tuvo en él sus primeros maestros. Después de Hegel, Nietzsche, el conde José De Maistre, aquel gran desdeñoso que gritaba a sus adversarios: "No tenéis a vuestro lado más que la razón..."

José Antonio.—Nosotros no queremos saber nada con De Maistre, don Miguel. No somos reaccionarios.

Unamuno.—Mejor para ustedes.

Bravo.—Se hace tarde. La hora del mitin está cerca.

Unamuno.—Voy con ustedes.

(Bravo: *"José Antonio.—El hombre, el Jefe, el Camarada"*, págs. 85-90).

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO BRETÓN, DE SALAMANCA, EL 10 DE FEBRERO DE 1935

Agradezco esos aplausos, pero os pido que siempre seáis parcos de ellos. Que imitéis siempre en vuestra conducta a esta magnífica Salamanca, capaz de conservar siempre un señorío y áspero decoro, cuyas dos notas características son las que nosotros deseamos para España: la firmeza del estilo y el sentido imperial en la conducta.

Estas dos cosas son las que han hecho grande a España en sus tiempos de gloria. Cuando han faltado, como ahora, al país le entró un tedio insoportable, una desgana pesimista, que se metió por las rendijas de su alma, haciendo dudar de su destino a un pueblo tan magnífico como el español. Ahora está ocurriendo eso, y de ahí que hayamos venido nosotros para recobrar al servicio de España su estilo impecable y su ímpetu imperial.

En 1931 —pensemos que somos una generación desligada de los errores anteriores a dicha fecha— el pueblo español creyó haber recobrado la conciencia de su unidad, la fe en su destino. Pero pronto, por errores de aquellos que recogieron el Poder, se vio que las promesas de que tuviéramos un gran quehacer común que desempeñar en el mundo y la seguridad de que a ello estábamos decididos, se frustraron. Fue la última defraudación sufrida para su mal por España. Poco tiempo se tardó en comprenderlo, y eso que buenos españoles, como este cuya voz oís en Salamanca con acento familiar y magistral a la par, lo advertían con acento profético.

Los que gobernaron durante el período de Azaña no se acordaron de la entrañable aspiración popular, no tuvieron en cuenta que España necesitaba una fe y una enérgica tarea de nacionalización de todos los valores. Y perdieron su tiempo, dedicados a un esteticismo monstruoso, jugando con los valores más caros del alma popular y menospreciando las ansias espirituales del pueblo.

Cayeron en la peor infecundidad social y política, y no es lo malo que aquellos enemigos nuestros se equivocaran. Lo malo es que esta infecundidad persiste ahora, cuando impera un maridaje de sacristías y masones que, con olvido de los ideales magníficos de la hispanidad, perpetúan un fracaso y un espectáculo lamentable.

Así tenemos que el partido radical, cuyos únicos ideales de juventud fueron degollar frailes y atropellar religiosas, cuando por azar le llega la ocasión de ejercer influencia en el Poder, no tuvo con qué suplir sus aspiraciones de juventud, tan pintorescas como nefandas, y las ha sustituido con el afán de gobernar a costa de lo que sea, alineándose con Acción Popular, que así se llama hoy lo que comenzó llamándose Acción Nacional, de sentido monárquico, dando lugar a la mixtura cedorradical que nos gobierna. Y todavía hemos podido ver nosotros en las fachadas de Madrid los carteles con los que las derechas unidas ganaron las elecciones de 1933, en los que, con su sabiduría acreditada, Acción Popular se comprometió, para después del triunfo electoral, con anular la Ley del Divorcio, con introducir el crucifijo en las escuelas, con defender las grandes cosas (Religión, Familia, Orden) amenazadas por la revolución, sin que a los quince meses de su éxito haya logrado imponer casi nada de lo que solemnemente prometía.

Se produjo después en nuestra historia el terrible 7 de octubre, subversión con un indudable fondo popular equivocado, pero popular, cuyos jefes cometieron el delito de aliarse con el más torpe separatismo. Por esto acaso no triunfó la revolución, ya que a los más decididos revolucionarios repugna y subleva la idea que llevan dentro de su pecho, exaltadora de la unidad patria. Al día siguiente, cuando el heroísmo de las Fuerzas Armadas consiguió dominar la revuelta, se pudieron recobrar cincuenta años de historia, emprender la tarea de acabar para siempre con los peores enemigos de España: el separatismo y el marxismo. Pero el Gobierno del extraño bloque gubernamental, fundado por el disfrute del Poder, no hizo nada. En vez de emplearse a fondo en la primera hora, evitando la tardía represión actual, se limitó a dejar hacer. Y es que no sólo hay un fracaso de hombres y de partidos. Es que este Estado ya no sirve, resulta inválido para nuestros tiempos difíciles, y ha dejado que se forjen, y están ahí, en la calle, nuevos fermentos incubadores de insurgencias.

Anda ahora España como un ciego perdido por un pasadizo, tocando con una mano o con otra, perdido el tino. Consideramos fundamental, para que encuentre su norte, el arreglo profundo de la economía, pues la que se regía por las normas liberales está en plena decrepitud. Si no damos una fe y un ideal a las nuevas masas desesperadas, volverán de nuevo a la violencia.

Se refiere a Rusia, para decir que no se ha cumplido el augurio de Lenin, para el cual, primero atravesarían por el capitalismo del Estado, luego por el socialismo del Estado, para llegar, finalmente, al comunismo. Han fracasado allí, ya que, no obstante la férrea disciplina, no han pasado de la primera etapa.

Alude al capital financiero, estimando que su excesivo desarrollo ha perjudicado a la misma economía, y cita, en apoyo de su tesis, el caso de una empresa en Madrid.

Se ocupa del problema del trigo, y dice que "es absurdo que mientras hay muchos españoles que no tienen para comer, los labradores tengan abarrotadas sus paneras y, por la paralización del mercado, no tienen dinero para cubrir sus necesidades. Resulta, además, que el español es quien menos pan come, según estadísticas comparativas de varios países. Esto no puede ser. El Estado debe resolver íntegramente los problemas de distribución del trigo, con medidas eficaces, no con las que suelen dictarse desde los despachos ministeriales de Madrid, nidos de arbitristas que no conocen la realidad española".

Se muestra partidario de una profunda reforma agraria, inteligente, pero no demagógica. "Hay que procurar que la tierra de España sostenga a todos sus hijos, cueste lo que cueste."

Se respetarán las fincas extensas que son unidades de cultivo y se protegerá al pequeño labrador, procurando siempre que la economía agraria integre regularmente la riqueza nacional

"Mas, ante todo, hay que nacionalizar el Estado, dotarlo de prestigio y fuerza. Ahora se habla de los Estados fuertes, pero yo os digo que aquel que sólo se apoya en las dignas instituciones armadas y que no suscita una adhesión espiritual, está condenado a ser vencido por sus enemigos."

Define el concepto de Patria desde el punto de vista nacionalsindicalista. "Para nosotros, nuestra España es nuestra Patria, no porque nos sostenga y haya hecho nacer, sino porque ha cumplido en la Historia los tres o cuatro destinos trascendentales que caracterizan la historia del mundo. Por eso no podemos ser nacionalistas a la manera estrecha y mezquina de esos nacionalismos pequeños que representan un retorno a la prehistoria."

Elogia después la organización provincial del Movimiento, y termina excitando a todos sus correligionarios para que "afinen su estilo nacionalsindicalista en todo momento de la vida social, política y sindical, pues no cabe duda que una minoría disciplinada y creyente será la que se transforme en eje implacable de la vida española sobre el que montar el resurgimiento español, acabando con este tedio y esta chabacanería de la vida española actual". (*Gran ovación.*)

(El Adelanto, 12 de febrero de 1935)

MATÍAS MONTERO: 9 DE FEBRERO DE 1934

Anoche, en Salamanca, cobijados en un recinto bajo de techo, pino de escaleras, pobre de luz, entre unos camaradas de buena estirpe leonesa, parcos en la sonrisa y en la alabanza, pasamos el aniversario de Matías Montero. Como el recinto fue, sin adornos, la ceremonia: unas palabras de Salazar y de Bravo, otras palabras mías y un silencio que nadie impuso, pero que tuvo, en su autenticidad, mucho mejor sentido que los rituales minutos de silencio.

Dije a los camaradas de Salamanca y os digo ahora: El martirio de Matías Montero no es sólo para nosotros una lección sobre el sentido de la muerte, sino sobre el sentido de la vida. ¿Recordáis – vosotros, los de la primera hora– una de las cosas con que se intentaba deprimimos? Se nos decía: "No triunfareis; para llevar adelante un movimiento como el vuestro hace falta contar con gente endurecida en grande; los españoles arriesgaron y dieron la vida." Y por España y por la Falange dio Matías Montero la suya.

Buen piedra de toque es ésta para conocer la calidad de nuestro intento. Cuando dudemos, cuando desfallezcamos, cuando nos acometa el terror de si andaremos persiguiendo fantasmas, digamos: ¡No!; esto es grande, esto es verdadero, esto es fecundo; si no, no le hubiera ofrendado la vida –que él, como español, estimaba en su tremendo valor de eternidad?– Matías Montero.

(Arriba, núm. 1, 21 de marzo de 1935)

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN ZARAGOZA, EN EL CINEMA ALHAMBRA, EN EL CURSO ORGANIZADO POR EL ATENEO, SOBRE EL TEMA "EL NUEVO ORDEN", EL DOMINGO 17 DE FEBRERO DE 1935

^{**26} Comienza manifestando su profunda gratitud a la Junta directiva del Ateneo, que ante las dificultades de consideración que se le habían presentado, no ha dudado, con una terquedad que es hidalguía, clásica en esta tierra, en celebrar la conferencia, mostrando su caballerosidad para con el orador.

****** Me encuentro –dice– en una situación especialísima, acogido por una parte a la hospitalidad del Ateneo, para explicar una conferencia de carácter cultural, y con un público, por otra, que espera de mí más bien un discurso político. Querría que mi palabra, sin prescindir del deseo de los asistentes, tuviese aquel primer carácter que señalé.

Creo que asistimos a la liquidación de una época. Si interpretamos la historia del mundo de acuerdo a los cielos que señalan el esplendor y el ocaso de las civilizaciones, notaremos que esa historia comprende edades clásicas y edades medias.

Las edades clásicas son aquellas que han encontrado una norma que las explique. Cuando una edad clásica ha fenecido y los hombres buscan nuevas normas, entonces se vive una edad media. Por eso la edad clásica se caracteriza por la plenitud y lo definitivo de su contenido, y la otra por su afán inquisitivo, alegre, infantil y desordenado.

Las edades medias, cuando encuentran su norma precisa, llegan a ser clásicas y, en cambio, éstas nunca devienen en edades medias, pues cuando concluyen su misión, lo hacen en forma de una invasión vertical de los bárbaros, devienen siempre en catástrofe. Y tenemos el ejemplo característico de Roma; el único pueblo que podemos contemplar en todo su cielo, con su edad media hasta Actio, año 31 de J. C., y de aquí se pasa a la etapa clásica, que concluye con la invasión de los bárbaros en 476.

****** El siglo XIII es probablemente el comienzo de la última edad clásica, a cuya liquidación estamos asistiendo, y ya podemos contemplar las fuerzas que la disuelven. Han operado sobre ella la Reforma y la Revolución francesa.

***** Como fecha inicial de este proceso de ruptura o irrupción, señala el orador la de 1786, en que sale a la luz *El Contrato Social*, de Rousseau.

****** Rousseau era un romántico enfermizo y decadente, que no podía soportar las grandes cosas de los grandes imperios, que se aburría ante las edificaciones ingentes. Como no era precisamente nuestro Séneca, pues carecía de su templanza y no participaba de su inquietud, lanzó la consigna de volver a la naturaleza, que es el concepto poético en que se recogen los que no soportan las instituciones. La vuelta a la naturaleza que quiso Rousseau está concebida a semejanza de una égloga o de un cuadro de Watteau. Y es que el ginebrino crea un sistema que se caracteriza por no creer en nada. Antes todo estribaba en la realización de verdades permanentes; desde Rousseau, no. Es el querer o no querer del albedrío lo que da esencialidad a las cosas. Y así quiso edificar un sistema político que se califica por la falta absoluta de toda norma.

***** Esta actitud de Rousseau, que se puso de moda, fue terriblemente disolvente. La sociedad comenzó a reírse de sí misma, a tomarse en broma, a creerse desprovista de toda razón vital de su existencia.

****** Al tiempo que se incuban los movimientos revolucionarios entre los literatos y elegantes, nace la economía materialista. Con el avance de las ciencias aparece el maquinismo y surge la gran industria, lo que determina que sólo a esos factores materiales se les conceda importancia para la

²⁶ Los párrafos señalados con * proceden del resumen publicado por *Heraldo de Aragón*. Los señalados con ** proceden del resumen publicado por *El Noticiero*.

interpretación de la historia. El obrero, desarraigado de donde estaba, pasa a servir en aglomeraciones infectas alrededor de las grandes fábricas. Y el auge del industrialismo en el mundo moderno desencadena la guerra europea de 1914, que lega gran cantidad de mutilados, de enfermos mentales, la intromisión de la feminidad en las actividades reservadas antes al hombre. Vale decir que la catástrofe, al terminar, deja los problemas más confusos y engendra otros, como la quiebra de las industrias y la crisis de trabajo, que certifican el derrumbamiento del capitalismo.

A la crisis de la economía, motivada por la imposibilidad de colocar la proporción incalculable de productos manufacturados que ahora lanzan a los mercados las industrias bélicas de ayer, había que añadir la crisis de creencias religiosas y la crisis de la libertad. ¿No es éste el final de la edad clásica?

Al mundo le falla la libertad tan mantenida, y todo el sistema de la democracia comienza a resquebrajarse, y ante estos fracasos se acerca una nueva invasión de los bárbaros. Ahora bien, ¿se puede evitar ésta empalmando el final de una edad con el comienzo de la otra sin aquel intervalo de desarreglo? Hay que salvar, sea como sea, lo que la edad que se está liquidando tenía de bueno, porque hay que salvar cosas que son la justificación de nuestra historia.

Pero una cosa es que gravite sobre nosotros este signo trágico y otra el que nos resignemos y no procuremos luchar contra él y vencerle. Y no lo podemos evitar si caminamos hacia atrás.

* El comunismo es lo que algunos predicen que ha de venir, como solución del tránsito de una edad a otra; pero yo digo que no puede ser, porque el comunismo es precisamente la invasión de los bárbaros. La Socialdemocracia tampoco puede ser la solución, pues en su afán de insertarse en el régimen liberal no significa más que una perturbación.

Hay también los intentos del Estado totalitario; pero no me refiero al fascismo, que es una experiencia que no ha llegado a cuajar.

** Es preciso examinar con mucho detenimiento los dos ensayos verificados hasta el presente: el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, y señalar las diferencias que existan entre ambos movimientos ideológicos. El movimiento italiano es, ante todo, clásico, tiende a lo clásico. Opera al servicio de un pensamiento, de una estructura mental. Trabaja un cerebro y su resultado se proyecta sobre un pueblo.

El germánico es todo lo contrario. Arranca de una fe romántica, de la capacidad de adivinación de una raza. Por eso es lícito aseverar que el hitlerismo es un movimiento místico, muy consustancial con la psicología alemana. Alemania, además, no es, como cree la gente partidaria de las interpretaciones gruesas, el país de la disciplina, aunque así parezca juzgado por los signos exteriores. Alemania es un pueblo muy especial. Cantan a coro muy bien, andan al mismo paso militar, pero todos los movimientos de indisciplina, de rebeldía del mundo, a lo Espartaco, han salido de Alemania.

* El Estado totalitario no puede salvarnos tampoco de la invasión de los bárbaros, además de que lo totalitario no puede existir.

El único remedio que se avizora ante tales arbitrios es "el tendido de un puente desde la orilla más próxima al precipicio" hacia una nueva Edad Media, empalmando el final con el comienzo para pasar de largo por la "invasión de los bárbaros —el comunismo—, que ha de arrasarse la civilización."

** Es preciso configurar un nuevo orden, y éste es el destino de España en nuestros días. Tenemos que afanarnos por salvar a España y al mundo entero. El orden nuevo tiene que arrancar de la propia existencia del hombre, del reconocimiento de su libertad y dignidad. "La libertad del hombre y la dignidad humana son valores eternos e intangibles. El orden nuevo ha de arrancar de la existencia del hombre como portador de valores eternos. No participamos, pues, del panteísmo estatal."

* El liberalismo se burló del hombre al concederle la libertad sin una base económica, y se burló de la libertad, pues ésta no puede ser plena si al mismo tiempo no se asienta en una base económica de existencia.

Ahora bien, para que sea posible esta libertad es necesario abordar la reorganización de la economía, en bancarrota, y para esto hace falta un Estado fuerte, pero no como instrumento tiránico, sino como servidor de una gran unidad de destino patrio. No hay pueblos ni unidades libres, sino que hay unidades históricas de hombres libres, y cuando el Estado recobre esta noción de nuestro destino podremos tener autoridad hasta el punto de que la norma como el Poder sean sinónimos de acatamiento.

España podrá rehacer su vida por este camino, en el que se encuentran los valores cristianos y occidentales de nuestra civilización.

** El problema de España, más que de otra cosa, es de disciplina y de organización, pues mientras unas provincias se encuentran con exhuberancia de trigo, que hace descender su valor, y lo que es peor, determina la imposibilidad de colocación de los excedentes, en otras regiones españolas perecen de hambre sus habitantes.

Hay que redimir a los hombres de la esclavitud del pequeño territorio y hay que asegurar un precio mínimo remunerador de los productos comerciales. Y bajo el aspecto social hay que manifestar que no en todos los rincones de España se vive bien o hay condiciones mínimas de rendimiento para que los españoles subsistan. No. Hay tierras que son de por sí inhabitables, pero en la ubérrima pueden alojarse todos aquellos a quienes su desgracia les hizo habitar aquellos páramos.

* La vida de España ha de basarse en los Municipios y en los Sindicatos, pues el Corporativismo es una solución tímida y nada revolucionaria. Es necesario volver a cimentar nuestra vida en la religión y en la familia.

** Hay, finalmente, que volver a arraigar a las multitudes, ya que su desarraigo fue el mejor fermento para la revolución de signo marxista, y esto sólo es posible por medio de los Sindicatos, y mediante éstos el Estado será el ejecutor de la unidad de destino en España.

* Esta tarea le corresponde a España, de la que espero una generación de hombres jóvenes con un sentido enérgico y militar de la vida, sin asomo de egoísmos ni cicaterías. Pero para realizarla no hace falta congrega masas, sino minorías selectas. No muchos, sino pocos, pero convencidos y ardientes, que así se ha hecho todo en el mundo.

Y si la invasión de los bárbaros alcanza a otros pueblos, "España salvará al mundo de la nueva invasión de los bárbaros"; que sus habitantes puedan decir al mirar las crestas blancas de nuestros montes y el azul de nuestros mares: "Hasta allí llegó la invasión de los bárbaros; hasta estas crestas montañosas y esos mares azules, porque a ella se opusieron la decisión, el aliento y la energía de España."

PALABRAS PRONUNCIADAS EN MADRID EN EL HOMENAJE DE ACCIÓN ESPAÑOLA A EUGENIO MONTES, CELEBRADO EN EL HOTEL RITZ, EL 19 DE FEBRERO DE 1935

"La política tendrá que hacerse pensamiento"

A requerimiento del homenajeado, hace uso de la palabra el jefe de Falange Española, don José Antonio Primo de Rivera.

Comienza refiriéndose a la improvisación, y dice que tiene que improvisar en estos momentos, y que esto, que en el siglo XIX era acostumbrado y legal, hoy tiene todos los caracteres de la desvergüenza. Actualmente no sirve lo improvisado.

"No sé –continúa– a qué título hablo en estos momentos. Debe de ser a título de invitado. Carezco de representación intelectual, y por eso no he de invocar sino mi calidad de representante de una entidad política. Ya no es posible ser literato o político, exclusivamente, porque todo lo que es literatura, todo lo que son letras, se ha hecho política; claro que yo sospecho que la política también tendrá que hacerse pensamiento, que hacerse inteligencia. Los intelectuales, es cierto, se desentendieron en una época de lo nacional, pero no olvidemos también que lo nacional se había desintelectualizado por completo."

Habla a continuación del origen de la tradición española, y dice que España fue grande cuando no era castiza, esto es, antes de que las princesas y damas aristocráticas se dejaran pintar por Goya, antes de aquellos momentos bulliciosos de toreros y manolas.

España fue grande cuando sabía que todo lo que es grande puede servir a un destino universal. Celebro mucho que nos pongamos algunas veces, como ahora, al habla para hacer nuestros exámenes de conciencia, para examinar los problemas que nos inquietan.

Hace uso de la palabra a título de representante de una inquietud política en el seno del alma española. Añade que la política absorbe hoy todas las manifestaciones de nuestro pueblo, y que precisamente por intentar deslindar lo intelectual de lo político nos hemos encontrado en un callejón sin salida.

Habla de Eugenio Montes, de quien hace un cálido elogio, expresando la admiración que siente por la labor del pensador insigne, y dice que Montes recobra el sentido artesano de la intelectualidad.

Analiza, por último, el resurgir nacional hispano con los más puros valores de la raza, y termina diciendo que la grandeza de España hace ya cuatro siglos que resplandeció.

La Época, 22 de febrero de 1935.

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN TOLEDO, EN EL CINE MODERNO, EL 24 DE FEBRERO DE 1933

Comienza diciendo que su intervención ha de ser nuevamente desagradable para, muchos, y reprocha el que no asistan más obreros, pues es a ellos a quienes quisiera dirigirse, aunque lo recibieran con hostilidad, lo cual sería el principio de su inteligencia con ellos.

Afirma que la política va oscilando como un péndulo a los tirones alternativos de las izquierdas y las derechas.

Dijo que no acepta los postulados de las derechas, porque estima que "España se encuentra huérfana de fe en sus destinos históricos y no está organizada sobre una verdadera justicia social. España no puede seguir así, como tampoco pueden mantenerse latentes sus problemas del paro y del hambre, que angustian a tan gran contingente de trabajadores".

Se refiere al problema triguero y manifiesta que si no está resuelto es porque España no ha tomado la actitud enérgica de salvarse a sí misma. Estima precisos los riegos, la repoblación forestal, un mejor cultivo, un amor acendrado al campo, sana política crediticia, y especialmente una labor social basada en la justicia, que no realizan ni los sectores políticos de uno y otro lado, ni las organizaciones obreras, a pesar de sus predicaciones y de sus promesas. De estas agrupaciones obreras dice que no pueden mejorar las condiciones de vida de sus afiliados porque el hacerlo no responde a las verdaderas tácticas y doctrinas marxistas, donde está prevista una economía montada sobre, el cultivo y la perpetuación de la miseria, manteniendo a las masas en un estado incivilizado y menesteroso.

Luego de afirmar que la actuación obrera tiene que vencerse con otra del mismo espíritu, pero bajo un firme sentido patriótico, examina las relaciones del capital y el trabajo, apreciando que el primero debe supeditarse al segundo para el logro de la verdadera justicia social.

Termina diciendo que es preciso hacer renunciamentos y sacrificios que tengan como único y principal móvil el servicio a la Patria.

La Época, 25 de febrero de 1935;

El Castellano, de Toledo, 25 de febrero de 1935.

"ENTRAÑA Y ESTILO, HE AQUÍ LO QUE COMPONE A ESPAÑA"

BRINDIS DE JOSÉ ANTONIO EN UN BANQUETE A EUGENIO MONTES EL 24 DE FEBRERO DE 1935

Esta es nuestra Falange; esta mañana, predicando en campos de Castilla; ahora, contigo en la mesa, hermano Eugenio Montes. Eso es nuestra Falange; la que integra una intelectualidad que vivió sin entraña, perdida en un esteticismo estéril, con una tierra entrañable a la que se quiso privar de toda exigencia de estilo.

Así sabemos fundir el sentido eterno de la tierra castellana con la exactitud difícil de un filósofo y de un poeta, si es que el ser filósofo y el ser poeta son cosas distintas.

Entraña y estilo, he ahí lo que compone a España. Ahora se nos habla mucho contra el estilo; se nos dice que nadie que hizo nada grande se dio cuenta de que tenía un estilo. ¿Y qué importa que no se diera cuenta? Lo importante era tenerlo; en eso, el estilo es como lo que Goethe llamaba la idea de su existencia: es la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra.

Alguien escribió: "La española Infantería es valiente porque sí." ¡Por qué! Mal había entendido a la Infantería española quien escribió aquello. Era valiente porque servía a un gran destino, porque realizaba un gran destino, estaba sosteniendo el imperio de Occidente, la unidad espiritual de Europa, el rigor de los mejores principios. ¡Pues sí que no tenía razones la Infantería para ser valiente!

La tragedia de España acaso haya consistido en que sus entrañas y su estilo fueron separados por la capa falsa, chabacana, decadente, de lo "castizo" Lo "castizo" no es lo popular. Es popular, ritual y profunda, como decía Rafael Sánchez Mazas, la tradición de natalicios, lunas de miel, hogares e instituciones que este café de San Isidro y esta calle de Toledo nos recuerdan; pero no es popular aquel Madrid de Fornos y la *cuarta de Apolo*, ni aquel provincianismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y San Martín de Valdeiglesias.

No faltan consejeros oficiales que no digan, Dios sabe con qué intención: "Hay que hablar al pueblo de una manera tosca para que lo entienda." Eso es una injuria para el pueblo y para nosotros, que no aceptamos ningún lenguaje para hablar, porque, como también decía Rafael, nos sentimos carne y habla del pueblo mismo.

¿Quién ha dicho que nuestro pueblo sólo entiende lo zafio? En el teatro de Calderón están toda la Teología y toda la Metafísica contenidas en la forma más disciplinada, y, sin embargo, fue bien popular. Bien popular somos nosotros –mira, Eugenio, las caras que nos rodean–, y bien nos entendemos contigo. Precisamente porque lo somos, no somos "castizos", no estamos como el pez en el agua en esta España que nos tocó vivir. Al contrario, andamos por los caminos sin reposo, ¡porque España no nos gusta nada, porque la que nos gusta es la *otra*, la exacta, la difícil! ¡Cuidado, muchachos, con los que ensalzan la virtud adivinadora del instinto, que es la barbarie! Nuestro Matías Montero, descontento con nosotros, murió por el estilo que queremos imponer a España; por la España que no existe ahora, pero que es la merece el dar la vida.

Este es el sentido de nuestro banquete; tú, Eugenio Montes, maestro en cosas difíciles, recobras para lo intelectual la función de servicio de artesanía, y nosotros luchamos porque entendemos lo que quieres decirnos. Ahora te vas a Roma. Cuando vuelvas, acaso haya qué llevar en la mente. Entonces te prometo que volverás a partir con nosotros el pan sobre estos mismos manteles del café de San Isidro.

(*La Nación*, 25 de febrero de 1935)

FORMAS ADECUADAS A NUESTRA EXISTENCIA ACTUAL

Respuesta que José Antonio dio en París a un redactor de la Agencia Havas

A la pregunta de si los falangistas eran monárquicos o republicanos, Primo de Rivera contestó, sonriendo: "¡Qué pregunta más rara me hace usted! Monárquico o republicano; acaso ni lo uno ni lo otro. ¿No cree usted que existe, si no específicamente, otro régimen, por lo menos otras formas de esos regímenes más adecuadas a nuestra existencia actual y a sus exigencias?"

Febrero de 1935.

De F. Ximénez de Sandoval, "*Biografía de José Antonio*", págs.:356-57.

ESPAÑA Y LA BARBARIE

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL TEATRO CALDERÓN, DE VALLADOLID EL DIA 3 DE MARZO DE 1935

Mañana hará un año, en este mismo teatro, que la Falange Española de las J. O. N. S. se presentaba ante España. En aquellas fechas se había realizado la fusión de los núcleos integrados por J.O.N.S. y Falange Española, que desde entonces forma irrevocablemente la Falange Española de las J.O.N.S. Aquel acto fue el primero de su propaganda, y con el brío de todas las cosas pujantes, concluyó a tiros. Casi siempre, el empezar a tiros es la mejor manera de llegar a entenderse. En este año hemos andado mucho, y debemos aspirar a presentarnos con cierto grado de madurez que acaso fuera insospechable en 1934; al cabo de un año, nuestro movimiento tiene que haber encontrado sus perfiles intelectuales.

Hubo quienes, pensando en nosotros, creyeron ver en la calle la fuerza de choque de algo que después correría a cargo de las personas sensatas; ahora ya no lo piensan, y por nuestra parte, de una manera expresa, nos sentimos, no la vanguardia, sino el ejército entero de un *orden nuevo* que hay que implantar en España; que hay que implantar en España, digo, y ambiciosamente, porque España es así, añadido; de un orden nuevo que España ha de comunicar a Europa y al mundo.

Las edades pueden dividirse en clásicas y medias; éstas se caracterizan porque van en busca de la *unidad*; aquéllas son las que han encontrado esa *unidad*. Las edades clásicas, completas, únicamente terminan por consunción, por catástrofe, por invasión de los bárbaros. Roma nos presenta este proceso. Su edad media, de crecimiento, va desde Cannas a Accio; su edad clásica, de Accio a la muerte de Marco Aurelio; su decadencia, desde Cómodo a la invasión de los bárbaros. Cuando empiezan a operar en Roma los dos disolventes que habían de terminar en su destrucción, Roma estaba completa, Roma era la *unidad* del orbe; no le quedaba nada por hacer. Todo lo extremo estaba realizado, y Roma no tenía vida interior; su religión se limitaba a regular ceremonias; su moral era una moral de pueblo sobre las armas, militar, cívica; magníficos resortes para cuando se edificaba; inútiles, una vez concluida la construcción. Por eso el cansancio de Roma hubo de refugiarse en dos movimientos de vuelta hacia la vida interna: primero, el estoicismo de nuestro Séneca, que es todavía una actitud intelectual, sin efusión; luego, el cristianismo, que era la negación de los principios romanos; la religión de los humildes y de los perseguidos, capaz de negar al César su divinidad y aun su dignidad sacerdotal. El cristianismo reinó los cimientos de la Roma agitada; pero falta todavía, para que Roma acabe de desaparecer, la catástrofe, la invasión de los bárbaros.

Estamos ahora, cabalmente al fin de una edad que siguió tras la Edad Media, a la edad clásica de Roma. Destruída Roma empieza como un barbecho histórico. Luego empiezan a germinar nuevos brotes de cultura. Las raíces de la unidad van prendiendo por Europa. Y llega el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. En esta época la idea de todos es la "unidad" metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas todo se explica, y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona según la más perfecta economía de los siglos. Las Universidades de París y de Salamanca razonan sobre los mismos temas en el mismo latín. El mundo se ha encontrado a sí mismo. Pronto se realizará el Imperio español, que es la unidad histórica, física, espiritual y teológico.

Hacia la tercera década del siglo XVIII empiezan las congojas, las inquietudes; la sociedad ya no cree en sí misma, ya no cree tampoco, con el vigor de antes, en ningún principio superior. Esta falta de fe, en contraste con la pesadumbre de una sociedad otra vez perfecta, impulsa a los espíritus débiles a la fuga, a la vuelta a la Naturaleza.

Juan Jacobo Rousseau representa esta negación, y porque pierde la fe de que haya verdades absolutas crea su *Contrato social*, donde teoriza que las cosas deben moverse, no por normas de razón, sino de voluntad. Surgen los economistas y empiezan a interpretar la historia por referencia a las nociones de mercancía, valor y cambio. Surge la gran industria, y con ella la transformación del artesonado en proletariado. Surge el demagogo, que encuentra dispuesta una masa proletaria reducida a la desesperación, y lo que se creyó progreso indefinido estalla en la guerra de 1914, que es la tentativa de suicidio de Europa.

La Europa de Santo Tomás era una Europa explicada por un mismo pensamiento. La Europa de 1914 trae la afirmación de que no quiere ser una. Producto de la guerra europea es la creación de legiones de hombres sin ocupación, después de aquella catástrofe se desmovilizan las fábricas y se convierten en enormes masas de hombres parados; la industria se encuentra desquiciada, aparece la competencia de las fábricas y se levantan las barreras aduaneras. En esta situación, perdida, además, toda fe en los principios eternos, ¿qué se avecina para Europa? Se avecina, sin duda, una nueva invasión de los bárbaros.

Pero hay dos tesis: la catastrófica, que ve la invasión como inevitable y da por perdido y caduco lo bueno, la que sólo confía en que tras la catástrofe empiece a germinar una nueva Edad Media, y la tesis nuestra, que aspira a tender un puente sobre la invasión de los bárbaros: a asumir, sin catástrofe intermedia, cuanto la nueva edad hubiera de tener de fecundo, y a salvar, de la edad en que vivimos, todos los valores espirituales de la civilización.

Tal es nuestra nueva tarea ante el comunismo ruso, que es nuestra amenazadora invasión bárbara. En el comunismo hay algo que puede ser recogido: su abnegación, su sentido de solidaridad. Ahora bien, el comunismo ruso, como invasión bárbara que es, es excesivo y prescinde de todo lo que pueda significar un valor histórico y espiritual; es la antipatria, carece de fe en Dios; de aquí nuestro esfuerzo por salvar las verdades absolutas, los valores históricos, para que no perezcan.

¿Cómo podrá hacerse eso? Esta es una pregunta que empieza a tener respuesta aquí, en Castilla y en España.

Una de las pretendidas soluciones es la socialdemocracia. La socialdemocracia conserva esencialmente el capitalismo; pero se dedica a echarle arena en los cojinetes. Esto es un puro desatino.

Otra pretendida solución son los Estados totalitarios. Pero los Estados totalitarios no existen. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales, que han servido para sustituir al Estado; pero esto es inimitable y en España, hoy por hoy, tendremos que esperar a que surja ese genio. Ejemplo de los que se llama Estado totalitario son Alemania e Italia, y notad que no sólo no son similares, sino que son opuestos radicalmente entre sí; arrancan de puntos opuestos. El de Alemania arranca de la capacidad de fe de un pueblo en su instinto racial. El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma, en cambio, pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo, el de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa, pues la declaración de los derechos del hombre es copia calcada de las Constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán.

Ni la socialdemocracia, ni el intento de montar, sin un genio, un Estado totalitario, bastarían para evitar la catástrofe. Hay otro género de ungüentos, de los que en España somos pródigos: me refiero a las confederaciones, bloques y alianzas. Todos ellos parten del supuesto de que la unión de varios enanos es capaz de formar un gigante. Frente a este género de remedios hay que tomar precauciones. Y no debemos dejarnos sorprender por su palabrería. Así, hay movimientos de esos que, como primer puntual de sus programas, ostentan la religión, pero que sólo toman posiciones en lo que significa ventaja material; que a cambio de una moderación en la Reforma Agraria o un pellizco en los haberes del Clero, renuncian al crucifijo en las escuelas o a la abolición del divorcio.

Otros bloques de ésos se declaran, por ejemplo, corporativistas. Ello no es más que una frase; preguntemos, si no, al primero que nos hable sobre esto: ¿Qué entiende usted por corporativismo? ¿Cómo funciona? ¿Qué solución dar, por ejemplo, a los problemas internacionales? Hasta ahora, el mejor ensayo se ha hecho en Italia, y allí no es más que una pieza adjunta a una perfecta maquinaria política. Existe, para procurar la armonía entre patronos y obreros, algo así como nuestros Jurados Mixtos, agigantados: una Confederación de patronos y otra de obreros, y encima una pieza de enlace. Hoy día el Estado corporativo ni existe ni se sabe si es bueno. La Ley de Corporaciones en Italia, según ha dicho el propio Mussolini, es un punto de partida y no de llegada, como pretenden nuestros políticos que sea el corporativismo.

Cuando el mundo se desquicia no se puede remediar con parches técnicos; necesita todo un nuevo orden. Y este orden ha de arrancar otra vez del individuo. Oíganlo los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal: nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos. El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden.

El liberalismo dijo al hombre que podía hacer lo que quisiera, pero no le aseguró un orden económico que fuese garantía de esa libertad. Es, pues, necesaria una garantía económica organizada; pero dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada sin un Estado fuerte, y sólo puede ser fuerte sin ser tiránico, el Estado que sirva a una unidad de destino. He ahí cómo el Estado fuerte, servidor de la conciencia de la unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo. En cambio, el Estado que no se siente servidor de una unidad suprema teme constantemente pasar por tiránico. Este es el caso de nuestro Estado español: lo que detiene su brazo para hacer justicia tras una revolución cruenta es la conciencia de su falta de justificación interior, de la falta de una misión que cumplir.

España puede tener un Estado fuerte porque es, en sí misma, una unidad de destino en lo universal. Y el Estado español puede ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales del Poder descargando no ya el arbitraje, sino la regulación completa, en muchos aspectos económicos, a entidades de gran abolengo tradicional: a los Sindicatos, que no serán ya arquitecturas parasitarias, según el actual planteamiento de la relación de trabajo, sino integridades verticales de cuantos cooperan a realizar cada rama de producción.

El Estado nuevo tendrá que reorganizar, con criterio de unidad, el campo español. No toda España es habitable; hay que devolver al desierto, y sobre todo al bosque, muchas tierras que sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riego, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato; y de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales.

Esta será la verdadera vuelta a la Naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de la geórgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra.

Con el mismo criterio de unidad con que se reorganice el campo hay que reorganizar toda la economía. ¿Qué es esto de armonizar el capital y el trabajo? El trabajo es una función humana, como es un atributo humano la propiedad. Pero la propiedad no es el capital: el capital es un instrumento económico, y como instrumento, debe ponerse al servicio de la totalidad económica, no del bienestar personal de nadie. Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua; no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en la superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas en los saltos de agua.

Para implantar todas estas cosas hay que vencer, desde luego, incontables resistencias. Se opondrán todos los egoísmos; pero nuestra consigna tiene siempre que ser ésta: no se trata de salvar lo material; la propiedad, tal como la concebíamos hasta ahora, toca a su fin; van a acabar con ella, por las buenas o por las malas, unas masas que, en gran parte, tienen razón y que, además, tienen la fuerza. No hay quien salve lo material; lo importante es que la catástrofe de lo material no arruine también valores esenciales del espíritu. Y esto es lo que queremos salvar nosotros, cueste lo que cueste, aun a trueque del sacrificio de todas las ventajas económicas. Bien valen éstas la gloria de que España, la nuestra, detenga la definitiva invasión de los bárbaros.

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN CORRALES (ZAMORA), EN EL TEATRO DE LA LOCALIDAD, EL 16 DE MARZO DE 1935

Comenzó diciendo que el lenguaje de Falange es diferente de los demás, añadiendo que mientras en Madrid los partidos se preocupan de unirse para asaltar el Poder, los obreros siguen sublevados ante el surco y siendo víctimas de las disputas de los que lo utilizan como temas de discursos.

Descubrió la vida dolorosa del trabajador español, escabel para que los terratenientes recojan el dinero y se lo gasten alegremente.

Agrega que la situación no se puede arreglar ni con las derechas ni con las izquierdas, mientras exista la diferencia de que unos tengan mucho y otros carezcan hasta de un palmo de tierra donde caerse muertos. Dice que la Falange está en pugna con las elecciones.

Con nosotros se abrirán los Sindicatos, que serán depositarios de los intereses de los trabajadores y no tendrán que hacer antesala en los ministerios. Habrá una Asamblea de hombres de diferentes profesiones y oficios, donde defenderán sus intereses, y de esa forma se quitarán los intermediarios, verdaderos explotadores de la miseria, que con tal de mantener la irritación de los desheredados son capaces de cultivar el acrecentamiento de todas las injusticias.

Termina diciendo que para hacer una España grande es preciso el esfuerzo de todos.

La Nación, 18 de marzo de 1935

VERSIÓN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EL 17 DE MARZO DE 1935 EN EL TEATRO VILLAGARCÍA, DE VILLAGARCÍA DE AROSA

Comenzó José Antonio extrañándose grandemente de la cortesía blanda del auditorio, de su apariencia burguesa y pacífica, de la sonrisa de bienestar con que era acogido cuando en el resto de España se trataba a la Falange con violencias, con gesto hosco, que consideraba más lógico, dadas las angustias de muerte que aquejaban a nuestra Patria. Este público le recordaba aquellos tiempos absurdamente pacíficos, burgueses, de los últimos años de la Monarquía, en que el malestar se hacía patente y afloraba una sonrisa de confianza. En los partes diarios del Ministerio de la Gobernación se decía: "Tranquilidad absoluta en toda España." Y había habido durante, la jornada atracos, huelgas, asesinatos... Pero si el auditorio es análogo, nosotros sí somos diferentes. No venimos a hacer promesas que no podamos cumplir algún día, si es que queréis darnos el triunfo. Os repito aquí lo que ya he dicho en otros lugares de España: si dejamos promesa esencial incumplida, os pido que nos ahorquéis en la plaza mayor del pueblo, y yo os aseguro que la última orden que daré a mis camaradas es que nos tiren de los pies.

Un fagonazo de magnesio interrumpe el discurso. José Antonio, indignado, dice que no hay derecho a cortar el hilo de un discurso para salir en los periódicos, que debería implantarse un impuesto "a la figuración", y agrega que si llega algún día a mandar prohibirá aquella molesta aunque inveterada costumbre, El público ríe y aplaude aquel rasgo de humor.

Sigue hablando de que antes se les recibía a tiros cuando iban por primera vez a un sitio, y quizá lo prefiriese; en donde se les recibía a tiros penetraba más profundamente la Falange. Habla a continuación de las rivalidades entre poblaciones y entre grupos afines, y dice que no vale la pena malgastar tiempo y energías en pequeñeces estando pendiente la gran tarea de levantar a España para la revolución Nacionalesindicalista. Nos habla después de ésta y del mar en relación con la grandeza de España, y de cómo ésta necesita recuperar su importancia marinera, no para reconquistar un imperio ni conquistar nuevas tierras, sino para que la respeten como se merece y cuenten con ella en las conferencias internacionales y en los arreglos de las cuestiones del mundo. Explica cómo nuestro imperio ha de ser preferentemente espiritual, pues hoy todas las tierras del mundo tienen dueño y toda conquista

sería un expolio y un robo a la vez. Pero que el terreno del espíritu no está acotado, y ahí sí que cabe llevar las conquistas al máximo y organizarse, perfeccionarse y elevarse sobre los demás e imperar incluso sobre ellos. Que quizá la mayor parte de las catástrofes del mundo, y de Europa en particular, se hubieran evitado escuchando a España en las conferencias internacionales.

Dice que al hablar de España se refiere a su sentido metafísico profundo, a la eterna metafísica de España, a España como tarea y como misión, como unidad y como comunidad de destino en lo universal, que es como se encuentra escrito su nombre en lo alto. Y habla de sus raíces más hondas, de su alma, hoy aprisionada y deformada por la izquierda y la derecha, de su única esperanza, de su vena heroica; habla de la gran coyuntura que servirá la Falange.

Después dedicó algunos párrafos a Galicia y pidió a los falangistas gallegos que endurecieran su temple, porque se avecinaban días terribles. Terminó con los gritos de rigor, entre vítores y ovaciones.

Versión de Fernando Meleiro: *Anecdotario de la Falange en Orense*, págs. 62–63. Madrid, 1957. Ediciones del Movimiento.

ESPAÑA ESTANCADA

NI AMBICIÓN NACIONAL NI JUSTICIA SOCIAL.–EL PARLAMENTO SESTEA. – SETECIENTOS MIL PARADOS PREGONAN EL FRACASO DE UN ORDEN ECONÓMICO Y POLÍTICO. – TRAGEDIA Y PALABRERÍA. – LLAMAMIENTO.

España se ha perdido a sí misma; esta es su tragedia. Vive un simulacro de vida que no conduce a ninguna parte. Dos cosas forman una patria: como asiento físico, una comunidad humana de existencia; como vínculo espiritual, un destino común. España carece de las dos cosas. El asiento físico de España, de la comunidad de españoles, es absolutamente indefendible. Tenemos un territorio enorme en el que hay muchísimo por hacer, y, sin embargo, millones de habitantes viven peor que los cerdos en las cochiqueras. No ya los parados del todo, esos setecientos mil españoles cuya existencia es un milagro, sino los pequeños labradores, arrendatarios o propietarios de minifundios, que recogen al año veinte o treinta fanegas de trigo; y los campesinos andaluces, que cobran al año cien jornales; y los habitantes en los suburbios de la misma capital, hacinados en casas infectas, en que los más rudimentarios servicios higiénicos se comparten entre cuarenta familias. Esto, mientras se engordan armeros, Intermediarios, administradores, banqueros, propietarios, rentistas, consejeros de grandes empresas y toda esa muchedumbre ociosa que parece ser el remate de un país apoplético de gran capitalismo, y no la dorada envoltura de nuestra pobre, y ancha, y esquilado España.

Sobre esa base económica está asentado el pueblo español. ¿Y qué misión colectiva lo mantiene unido? Nadie lo sabe. Por eso, menos cada vez piensa nadie en remediar su mal remediando a España, sino escaparse del mal común lo mejor que pueda. Cada clase por su lado, insolidaria con las demás. Cada región, cada comarca, por su lado. Como en un barco que zozobra, todos parecen haber oído la voz de: "Sálvese el que pueda." Cuando lo que hay que salvar es el barco.

* * *

La alegría del, 14 de abril no fue la que expresaron los camiones cargados de carne humana y engalanados de rojo. Aquello fue lo de menos y lo de los menos. La callada alegría del 14 de abril fue la que sintieron en las casas millones de españoles al imaginarse el principio de una nueva ruta abierta y soleada. Fue una alegría un poco melancólica; no en balde se iban viejos símbolos que fueron gloriosos en otro tiempo. Pero en compensación, el 14 de abril anunciaba las dos cosas de las que está huérfana España: un orden social nuevo hasta el fondo, que redimiera a sus gentes sufridas de la miseria en que se arrastran y un quehacer colectivo: el de levantar el Estado nuevo, el de acometer la empresa de rehacerse, todos unidos en el mismo afán.

La tremenda responsabilidad de los hombres del 14 de abril estriba en haber malogrado aquella esperanza colectiva, en haber reformado el sentido de su revolución. Ahora se pretende enredar a Azaña y Casares Quiroga en un fangoso proceso sobre si consintieron o no el traslado de armas a Portugal. ¡Qué estupidez! Las derechas, dejadas de la mano de Dios, no ven que eso equivale a la glorificación de Azaña. Si después de tantas abominaciones contra el bienio resulta que lo único punible es aquella irregularidad, ¿quién osará, en adelante, vituperarlo? Esos torpes leguleyos de las derechas, que aún no han visto cómo los procesos políticos de responsabilidades se vuelven siempre contra los acusadores, marchan alegremente contra el zarzal de la acusación por lo del alijo. Allá ellos. Nuestra acusación contra los hombres del bienio es bien otra: "Tuvisteis a España en vuestras manos entregada durante dos años. La tuvisteis blanda como cera. Pudisteis llevar a cabo la verdadera revolución española y preferisteis reemplazarla por una política de secta, de disgregación, de vejaciones inútiles, de exasperación espiritual. Por culpa vuestra volvió España a manos de las viejas gentes reaccionarias, deseosas de escamotear la revolución. Eso sí que no se os perdonará."

* * *

¿Alijo de armas? ¡Bah! El capítulo de cargos del bienio terrible es mucho más grave.

Primero.—Estatuto de Cataluña. Era urgente retribuir a la Esquerra, por su ayuda política. Se la retribuyó con un trozo de España. No se dio el Estatuto después de bien asegurada en todo el pueblo español —comprendido el de Cataluña— una fuerte conciencia de unidad. Se dio aprisa y corriendo, con criminal largueza, entregándolo todo, incluso los instrumentos para afirmar en el alma de la infancia catalana una emoción separatista. El Estatuto hizo posible la rebelión de la Generalidad, frustrada por la cobardía de los rebeldes. Aquél fue el momento de los fusilamientos por la espalda, y no estas zarandajas del alijo.

Segundo.—Destrucción del Ejército. No se hizo con criterio nacional. No se comprendió la reforma profunda que el Ejército necesitaba.

Tercero.—Ofensa de los sentimientos religiosos. Fue una verdadera complacencia en la mortificación. Se llegó a la blasfemia, a la persecución por profesar ideas religiosas, al apogeo de un anticlericalismo soez, ya barrido del mundo.

Cuarto.—Burla de la Reforma Agraria. Porque la Reforma Agraria *no se hizo*. Todo quedó en su promulgación. Para que no faltase la característica del bienio, se añadió a última hora una norma excepcional, injusta, basada, no en razones económico sociales, sino en un impulso de rencor. Pero casi todo quedó en palabras. Un poco de indisciplina en el campo durante unos meses, y nada más. Después, los campesinos siguieron viviendo su miseria y el régimen de la tierra casi como estaba.

Quinto.—Desquiciamiento económico. La política del bienio no fue, ciertamente, una política anticapitalista. Nunca fueron tan mimados los Bancos y las grandes Empresas. Aumentaron las emisiones de valores públicos, y con ellas, naturalmente, las personas que viven del cupón sin trabajar. Pero como esto se combinaba con un desenfreno verbal en sentido demagógico, no se hizo otra cosa que conservar el sistema capitalista y amedrentarlo al mismo tiempo, es decir, desquiciar lo que había sin reemplazarlo por otra cosa. De ahí el colapso, con su secuela del aumento terrible en el paro obrero.

Sexto.—Política antinacional. En esta acusación se resumen todas. Durante el bienio España fue la colonia de tres poderes internacionales: la Internacional Socialista, la masonería y el Quai d'Orsay. Herriot vino en persona a inspeccionar su zona de reclutamiento o su camino de paso para las tropas senegalesas.

Es decir, lo contrario de lo que la revolución prometía. Ni política nacional, ni política social: un mal Gobierno burgués, cruel y antipático, en medio de una grillera detestable de falsos energúmenos.

* * *

A fines de 1933 salimos del bienio terrible para entrar en el bienio estúpido.

Esto sí que ya no conserva ni rastro del propósito revolucionario del 14 de abril. Ni reforma agraria, ni transformación económica, ni remedio al paro obrero, ni aliento nacional en la política. Chapuzas para remediar algún estrago del bienio anterior y pereza. Pereza mortal para dejar que los problemas se corrompan a fuerza de días, hasta que llegue otro problema y los quite de delante. La revolución del 14 de abril se ha estancado en *esto*.

¿Político social? Ni pensarlo; menos que nunca; menos que antes del año 31; hasta los Jurados mixtos se suprimen. Vuelve a hablarse de jornales de dos pesetas. No hay reforma agraria. La Ley de Arrendamientos nace tan inservible que al día siguiente de su aprobación sale un proyecto de ley modificándola. Setecientos mil hombres están en paro forzoso. El Parlamento, que ni siquiera ha aprobado unos presupuestos para 1935, se concede a sí mismo vacaciones de Carnaval. Fuera de la vacaciones, sesteas.

¿Política nacional? ¿Alrededor de qué? ¿Qué quehacer interesante y alegre se presenta a España? Se empieza a no contar con ella en el mundo. Italia y Francia arreglan el problema del Mediterráneo en nuestra ausencia. Sudamérica recibe, como única noticia de España, una pastoral por "radio" del

señor Rocha. Francia, cuya balanza comercial con nosotros ha mejorado en su favor, todavía nos aprieta las clavijas en el Tratado comercial...

El marxismo, cauto y peligroso, ha logrado salir casi intacto del percance de octubre. Ahora rehace sus fuerzas y revisa sus armamentos. Mientras la fuerza pública descubre saldos de viejas escopetas y revólveres caducos, nadie sabe dónde se guardan los arsenales apilados para la revolución de octubre que no llegaron a salir. Además, el socialismo sabe mover los hilos de la desesperación proletaria cuando esa desesperación tiene tantos fundamentos. Se trabaja por el frente único con comunistas y anarquistas.

Mientras tanto, cada día nos sale un curandero para el mal. Gil Robles sigue pronunciando discursos prometedores, como si no tuviera tres ministros en el Gobierno y la minoría más numerosa en las Cortes. El Bloque Nacional luce suntuosamente. Este ya trae palabras nuevas, para que no se diga: ¡habla de unidad de mando, de estado corporativo y de otras cosas *fascistas*! ¡En seguida le van a creer! Un orden nuevo traído por las ultraderechas, es decir, por los partidos privilegiados en el orden antiguo. ¡En seguida lo van a creer los obreros y estudiantes y todos los añejamente descontentos contra el caduco tinglado español!

* * *

¡Basta de falsificaciones! La tarea española está intacta: la tarea de devolver a España un ímpetu nacional auténtico y asentarla sobre un orden social distinto. Basta de palabrería mal copiada y vamos a la busca de la palabra decisiva, de la mágica palabra del resurgimiento. Otra vez hay que salir contra los que quieren arrancarnos del alma la emoción española y contra los que amparan bajo la bandera del patriotismo la averiada mercancía de un orden burgués agonizante. ¡Estudiantes de España, obreros de España, intelectuales de España: otra vez a la tarea! Contra lo uno y contra lo otro. Por la España completa de los mejores días. Por el pan y la gloria. ¡Arriba España!

(*Arriba*, núm. 1, 21 de marzo de 1935)

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. Y LAS ELECCIONES

De acuerdo con el parecer unánime de la Junta política, reunida en Valladolid el día 3 del corriente, la Jefatura Nacional de la Falange Española de las J.O.N.S. hace públicas las siguientes resoluciones:

Primera. La Falange Española de las J.O.N.S., dispuesta a seguir ganando todas las posiciones, aun aquellas fundadas en un sistema político distinto del que ella defiende, acudirá a la lucha preparatoria de las elecciones municipales tan pronto como éstas sean convocadas.

Segunda. En esa lucha, la Falange no se considerará afín a ningún partido de derechas ni de izquierdas, por entender que unos y otros descansan sobre visiones incompletas de la vida española, opuestas al sentido total e integrador de España que informa el pensamiento de la Falange.

Tercera. Se reitera a todos los militantes la consigna de expresarse en todos sus actos y palabras, tanto en lo público como en lo privado, con sujeción estricta a la unidad de pensamiento, de disciplina y de conducta que exige el sentido de nuestro Movimiento, y de abstenerse de toda iniciativa no consultada con la Jefatura nacional que pueda dar pábulo a interpretaciones políticas confusas.

Madrid, 6 de marzo de 1935.

EL JEFE NACIONAL

¡Arriba España!

(Arriba, núm. 1, 21 de marzo de 1935)

ARTE DE IDENTIFICAR "REVOLUCIONARIOS"

Quienquiera se tropiece con un feroz *revolucionario* —o *gevolucionario* según dicen algunos guturalizando la r—, con uno de esos *revolucionarios* tan feroces, tan feroces, que juzgan falsos revolucionarios a todos los demás, debe plantearse a sí mismo, como tema de investigación instructiva, la pregunta siguiente: ¿De qué vive este sujeto?

Porque hay tremebundos *revolucionarios* que ganan, por ejemplo, en una oficina pública 450 pesetas al mes y que gastan dos o tres mil entre viajes, alojamiento independiente, invitaciones a cenar y salario de tres pistoleros en automóvil para protección de sus preciosas vidas.

Si alguien se obstina en averiguar de qué manera los *tales revolucionarios* repiten con sus parvos ingresos el milagro de los panes y los peces, no tardará en descubrir como fuente secreta de tales dispendios la mayordomía de algunos millonarios archiconservadores, o ciertos fondos estables dedicados a la retribución de confidentes. O las dos cosas, que de todo hay en la viña del Señor.

Esta abyección inicial aceptada por el pobre *revolucionario* matiza todos sus gestos y actividades. Unos y otros acaban por adoptar el color de la estafa: desde la afirmación de poseer secretos comprometedores hasta las alocuciones ingenuas, en letras de molde, dirigidas a imaginarias *masas* cuya simpática escasez permitiría de sobra la celebración de juntas generales en las plataformas de un tranvía.

Esto de que un individuo tenga que vender su cualidad de persona decente a cambio de unos cochinos duros (duros, ¡ay!, que sólo recibirá mientras su abyección convenga a los amos), es, aunque triste, un corriente episodio individual. Pero ya es peor que el tal individuo, para devengar su salario, tenga que jugar con la crédula desesperación de unos pobres obreros a los que promete redimir. O que se dedique a injuriar a quienes con sacrificio serio de posiciones, ventajas, tranquilidad y afectos, llevan adelante la durísima tarea de alistar y curtir en la abnegación a una magnífica juventud patria.

Que este movimiento pujante ponga en zozobra a los fabricantes de falsos *patriotismos* y *estados corporativos* fiambres no tiene nada de particular; pero que al servicio de esos fabricantes haya tipos de *revolucionarios* afectadamente mal vestidos y sucios, con la boca llena de demagogias *corajudas*, es una inmundicia. Las agrupaciones sanas eliminan esa inmundicia normalmente, sin aspaviento ni sorpresa.

(*Arriba*, núm. 1, 21 de marzo de 1935)

DE CÓMO SE ADMINISTRA LA JUSTICIA HISTÓRICA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 21 de marzo de 1935)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Se ha dicho, señores diputados, que el asunto que estamos discutiendo es el proceso del régimen; yo en esto no tengo por qué meterme; lo que sí debo decir y digo es que este debate lo que pone de manifiesto, desde sus antecedentes, desde su planteamiento y al través de su desarrollo, es que no existe el Estado español; nada menos que esto.

Si el Estado español existiera en proceso de formación revolucionaria y reciente, como es el Estado español implantado el 14 de abril, este Estado español, consciente de su íntima razón de existencia; este Estado español impetuoso, exuberante, ante un ataque como el que se desencadenó contra él el día 6 de octubre de 1934, hubiese llegado incluso a adoptar resoluciones trágicas. Si a los cuatro días o los seis días del 6 de octubre de 1934 el Estado español, considerando a don Manuel Azaña representante de un sentido opuesto e incompatible con el propio Estado, le hubiera hecho fusilar por un piquete, es muy posible que hubiese cometido una injusticia penal, pero es evidente que hubiera servido una justicia histórica.

La justicia histórica se administra así. Nunca en la historia se ha fusilado a nadie por una malicia personal; un Estado fuerte, un Estado seguro de su explicación vital, de su razón de existencia, ha procedido inexorable y trágicamente con quienes representaban el sentido contrario al suyo, incompatible con el suyo. Si cuando estalló la revolución en Asturias se hubiese considerado por el Estado español que don Manuel Azaña tenía un vínculo con aquella revolución, sin el cual acaso la revolución no hubiera llegado a desencadenarse, el Estado español también podría haber hecho comparecer al señor Azaña ante un piquete, y le podría contar en estos instantes entre los muertos.

Esto podía haber hecho el Estado español, y esto exigía al Estado español una masa fuerte que le apoya, una masa fuerte más o menos expresada en la forma actual en que el Estado español cristaliza; pero el Estado español no existe, no se ha atrevido a hacer nada de eso: ha ido escalonando las responsabilidades del señor Azaña para situarlas cada vez sobre una trinchera de repliegue un poco más atrás, en una actitud un poco más tibia, un poco más vacilante y un poco más cobarde.

Se nos dijo pronto que el señor Azaña no tenía nada que ver con la rebelión de la Generalidad de Cataluña; es decir, con lo más grave de todo lo que ocurrió el 6 de octubre; se le declaró inocente de eso, y se nos dijo que ya sobre tal supuesto no había que hablar; ahora, de lo que sí había que hablar era de que el señor Azaña estaba ligado, al través del asunto del alijo, con el intento de rebelión en Asturias. Pero se incoa un sumario que va encaminado a descubrir las ligaduras del señor Azaña con la rebelión de Asturias al través del alijo, y este sumario produce el resultado, verdaderamente propicio al asombro, de que cuando se trae aquí no encarta al señor Azaña porque, en efecto, en los folios sumariales se haya descubierto su relación con los rebeldes de Asturias, sino porque ha producido la venturosa e inesperada contingencia de descubrirnos que el señor Azaña, si bien tampoco tenía nada que ver con los rebeldes de Asturias, sí cometió ciertos actos, allá por el año 1932, que ponían a España en peligro de que se le declarase una guerra,

Imagine cualquiera de los señores diputados que en vez encontrarse eso, que tiene un cierto carácter público, se hubiera descubierto que el señor Azaña, no en 1932, sino en 1928, hubiera escrito unas novelas pornográficas. En este instante, el sumario, de no sé si tres mil y pico de folios, estaría sirviendo de fundamento a una acusación para llevar al señor Azaña ante el Tribunal de Garantías Constitucionales por haber ofendido la moral pública con unas novelas licenciosas. El sumario ha producido esto: un resultado inesperado, un resultado incongruente con lo que dio lugar a que se instruyera. Si el Estado español siguiera existiendo; si el Estado español existiera, caso de haberse descubierto lo de las novelas pornográficas, o que el señor Azaña dispuso de aquellas cuarenta mil pesetas para sus gastos personales más o menos acertado, haber movido aquí toda esa discusión; y yo, que me siento libre del más pequeño vínculo con el señor Azaña, no tendría por qué asomarse aquí ni hacer este reproche; el señor Azaña iría ante el Tribunal de Garantías o ante

cualquier Tribunal competente, sería condenado, ingresaría en la cárcel y todo se reduciría a una peripecia personal. Pero da la casualidad de que lo que ha descubierto el señor Alarcón no es nada personal, innocuo, como sería haber escrito unas novelas pornográficas, sino que es nada menos que esto: que el señor Azaña, sino el jefe del Gobierno español, el Gobierno español, en el año 1932 y en el 1933, se puso a maquinando en un sentido capaz de determinar, a la larga, que la República de Portugal nos declarase la guerra; se puso a favorecer unos intentos de rebelión política en la República de Portugal. Y el hecho de que este debate se haya desarrollado aquí sin que nadie ponga su dedo sobre tal circunstancia, demuestra que ni el Estado español existe, ni esta Cámara se arrepiente un solo día de ser un constante vivero de desatinos. Y yo, que soy el que tiene menos autoridad de todos, y el que tiene, por ahora, al parecer, menos responsabilidad política, os digo que sólo ante contingencia de que algún día pueda recaer sobre mí alguna responsabilidad pública, si me preguntan que si el señor Azaña favoreció la rebelión de Portugal, diré que no, aunque de los tres mil folios del sumario se demuestra que sí, juraré que no, y todos los diputados tendremos que jurar que no, porque no se ha visto en el mundo que en una Cámara legislativa se lance al público de Europa, a los cuatro vientos de Europa, esto de que el Gobierno español, el Gobierno español ha estado maquinando en 1932 o en 1933 contra la seguridad de un Estado vecino.

Todavía estamos a tiempo, porque hasta ahora quienes lo han dicho han formulado unas opiniones personales, y quienes han leído párrafos de un periódico portugués nos han traído una opinión personal portuguesa; pero si esta propuesta de acusación prospera y se forma la Comisión de los veintidós diputados, y por los trámites de las proposiciones de ley se convierte esta proposición en una ley de la República, una ley de la República votada por sus Cortes, declarará ante el mundo, sin disensión posible, que el Gobierno del Estado español ha estado conspirando contra la seguridad de un Estado vecino mediante la subvención a sus revolucionarios. Yo no comprendo que pueda pasar por mentes de políticos humanos semejante insensatez, y mirad si puedo decirlo, y lo digo con razón, que ninguno de vosotros, teniendo todos más autoridad que yo, se atreve a contradecirme. Si fuéramos a hurgar entre los folios de los archivos del Ministerio de Estado, ¿íbamos ahora a poner de relieve si en tal o cual ocasión España faltó a tal deber de neutralidad, o si en tal ocasión, por razones políticas, azuzó el desenvolvimiento de tal o cual partido en una nación frontera? Esto ocurre en toda la política secreta internacional de todas las potencias del mundo. Pero no por solidaridad de régimen, sino por un sentido de continuidad del Estado, no se le ocurre a nadie convertir tal cosa, no en una charla de un debate más o menos animado, sino en una ley de la República española que se lleve a la *Gaceta*, para que sobre ella, al día siguiente, sin necesidad de más, pueda venir la República portuguesa a exigirnos daños y perjuicios por todos los que causaron sus revolucionarios auxiliados por nuestro Gobierno. (*Muy bien.*)

Claro que todo esto lo han pasado todos por encima, porque lo que ha estado en juego aquí —y hay que decir las cosas por sus nombres—, decir las cosas por sus nombres no implica nada de menosprecio para quienes las hicieron; se ha pasado por alto esta observación elemental, porque aquí, como en todos estos procesos, como en todos estos debates, lo que se mueve es simplemente una controversia política —y cuando digo una controversia política no es en son de vituperio—, como se movió una controversia política en aquellos famosos, absurdos procesos de responsabilidad en los cuales me cupo el honor de defender a alguna víctima.

Los procesos de responsabilidad son un desatino, y acaban siempre ensalzando al que tratan de perseguir. Lo que yo no entiendo es cómo habiendo aquí tantos que han sido recientemente víctimas y luego beneficiarios de procesos de responsabilidades se enzarcen en otro con el propósito de concluir con una figura política, y con el resultado, claramente previsible, de enaltecerla. ¿Cree nadie que si don Manuel Azaña es un valor en la política española van a anularle en el supuesto, más lejano —y eso lo sabéis todos vosotros, tan buenos abogados—, de que haya Tribunal que le condene por esta absurda acusación sobre el artículo 134, o no sé cuántos, del Código penal, traído por los pelos? ¿Acaso con esto se le anula públicamente? Porque se le imponga una pena de dos años por una tontería de esta naturaleza, ¿creéis que le vais a anular? Con que hubierais descubierto que se había llevado cinco duros ilegítimamente le hubieseis anulado mucho más; no con esta bobada de los dos años y de los portugueses refugiados.

Parece mentira que tampoco os hayáis dado cuenta del flaco que tuvo el proceso de responsabilidad contra la Dictadura, y que yo mismo señalé desde aquí: no se puede enjuiciar un régimen político desmenuzándolo en sus peripecias. En las peripecias casi todos llevan, en trance de enjuiciados, las

de ganar; en las peripecias casi siempre pueden defenderse, y casi siempre le defienden con razón, porque estas acusaciones incidentales, estas acusaciones de detalle suelen ser equivocadas e injustas. A los sistemas políticos hay que enjuiciarlos en su conjunto, y el reproche político que puede lanzarse sobre el señor Azaña, la verdadera acusación de que puede hacerse objeto al señor Azaña, es ésta: el señor Azaña tuvo en sus manos una de esas coyunturas que bajan sobre los pueblos cada cincuenta, sesenta o cien años; el señor Azaña pudo hacer sencillamente la revolución española, la inaplazable y necesaria revolución española, que ya vamos en camino de escamotear. España necesita su revolución que le devuelva el sentido de un quehacer en el mundo y que la instale sobre una base social tolerable. La base social española está saturada y entrecruzada de injusticias; los españoles, todavía en una gran parte, viven al nivel de los animales. El país español, la nación española, necesita una reorganización total de su economía; necesita un sentido social absolutamente nuevo, y necesita el sentirse unida en una misión colectiva que cumplir. Esto esperó encontrarlo cuando la última ocasión española revolucionaria, que fue la de vuestro 14 de abril; y lo esperó y tuvisteis a España abierta e ilusionada y blanda como cera, desperdiciasteis otra vez aquella ocasión del 14 de abril, como antes se había desperdiciado, trágica y gloriosamente, la ocasión del 13 de septiembre de 1923; la desperdiciasteis, y en vez de aprovechar aquella coyuntura de unidad magnífica, dolorosa para algunos, pero prometedora, la convertisteis en una política que nos dividió, que nos exasperó, que nos lanzó a los unos contra los otros; que llegó a ser la política de la molestia diaria, de la desunión entre los españoles. No sé si tuvisteis la culpa o si no la tuvisteis; no sé si fuisteis incapaces o si lo hicisteis a propósito; pero ésa es vuestra responsabilidad. Porque hicisteis eso y desperdiciasteis eso nos metisteis en esta especie de balsa sin salida, donde nos vamos pudriendo poco a poco, hasta que se abra otra revolución por otro lado. Esta sí que es vuestra culpa política, y la que os debía inhabilitar, y la que nos debían echar a la cara por las calles; pero tenéis la suerte de tener buenos enemigos, que es lo mejor que le puede ocurrir a uno en el mundo: elegirse su lote de enemigos es más conveniente que elegirse bien el lote de amigos; y esos enemigos os van a acusar de una majadería que representa el peligro de dos años de prisión, os van a llevar al Tribunal de Garantías para que os absuelva y no os van a devolver vuestra virginidad para que intentéis la revolución otra vez. Lo que pasa es que probablemente abriréis entonces vosotros el proceso de responsabilidades contra el juez señor Alarcón y contra el señor Anguera de Sojo. Y así nos pasaremos la existencia, entre la charca y la parrilla, entre la parrilla y la charca, hasta que llegue de veras algún Sansón —porque acabará por hacernos a todos sansones la desesperación española— a hundir el templo con sus columnas y con todo lo que tiene de malo y todo lo que pueda tener de bueno.

ESPAÑA INCÓMODA

Yo fui también de los que aspiraron a vivir en su celda. No sé de privilegio más atractivo que este de haber encontrado la vocación de haberse encontrado uno mismo. La mayor parte de los mortales viven como descaminados, aceptan su destino con resignación, pero no sin la secreta esperanza de eludirlo algún día. He visto a muchos hombres que en medio de las profesiones más apasionantes – como por ejemplo, la magnífica, total, humana y profunda profesión militar– soñaban con *escaparse* un día, con hallar un portillo que los condujera a la tranquilidad burocrática o al ajetreo mercantil. Estas son gentes que viven una falsa existencia; una existencia que no era la que les estaba destinada. A veces siento pirandelliana angustia por la suerte de tantas auténticas vidas que sus protagonistas no vivieron, prendidos a una vida falsificada. Por eso miro en lo que vale el haber encontrado la vocación. Y sé que no hay aplausos que valgan, ni de lejos, lo que la pacífica alegría de sentirse acorde con la propia estrella. Sólo son felices los que saben que la luz que entra por su balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que les está asignada en la armonía del mundo.

* * *

Pero hoy no podemos aislarnos en la celda. Primero, porque sube de la calle demasiado ruido. Después, porque el desentendemos de lo que pasa fuera no sería servir a nuestro destino en el destino universal, sino convertir monstruosamente a nuestro destino en universo. Nuestra época no es ya para la soberbia de los esteticistas solitarios ni para la mugrienta pereza, disfrazada del idealismo, de aquellos perniciosos gandules que se ufanaban en llamarse *rebeldes*. Hoy hay que *servir*. La función de *servicio*, de *artesanía*, ha cobrado su dignidad gloriosa y robusta. Ninguno está exento –filósofo, militar o estudiante– de tomar parte en los afanes civiles. Conocemos este deber y no tratamos de burlarlo.

En España, menos todavía. Nuestra España está huérfana de un orden armonioso. ¿Cómo, sin él, podrá nadie estar seguro de ocupar su puesto en la armonía? Nuestra España –que se calificó por ser un *estilo*, según Menéndez y Pelayo– es hoy la cosa menos estilizada del mundo. En sus cimientos populares hay, sí, yacimientos magníficos de civilización reposada y exacta; pero ¡cuánto cascote sobre los cimientos! No se sabe qué es peor, si la bazofia demagógica de las izquierdas, donde no hay manoseada estupidez que no se proclame como hallazgo, o la patriotería derechista, que se complace, a fuerza de vulgaridad, en hacer repelente lo que ensalza. Y producido por el alborozo de las izquierdas y las derechas, un caos ruidoso, confuso, cansado, estéril y feo.

* * *

Nosotros, estudiantes, no os llamamos con la invocación del nombre de España a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar bajo los escombros de una España detestable la clave enterrada de una España exacta y difícil.

No venimos sólo a execrar como antipatriotas a tantos y tantos críticos de España como se adelantaron a formular nuestro descontento. Venimos a reprocharles que no añadieran a su crítica mayor efusión. Pero su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España tendrá que ser también rigurosa. Tendremos que hendir muchas veces la carne física de España –sus sustos, su pereza, sus malos hábitos– para libertar a su alma metafísica. España nos tiene que ser *incómoda*. ¡Dios nos libre de encontrarnos como el pez en el agua en esta España de hoy! Tenemos que sentir cólera y asco contra tanta vegetación confusa. Y sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre. Lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor.

(De *Haz*, primera época, núm. 1, 26 de marzo de 1935)

EL ALIJO

Se representó en las Cortes, durante dos tardes, con llenos hasta rebosar, la farsa del alijo de armas. He aquí su bonito argumento: las derechas, ejemplarmente mansas desde noviembre de 1933, se han decidido, por fin, a llevar al banquillo a Azaña. ¿Os acordáis? El hombre del *bienio*. El de Casas Viejas, el del Estatuto, el de las persecuciones religiosas, el de la trituration del Ejército, el del *Buenos Aires* y el *España número 5*, el de "A la barriga, a la barriga". ¿No os acordáis? Ahora iba a llevar lo suyo. Tres mil folios se habían escrito para enjuiciarle, y no eran una, sino tres –como las hijas de Elena– las acusaciones formuladas. ¿Por lo de Casas Viejas? ¿Por lo del Estatuto? ¿Por haber favorecido la rebelión separatista y marxista el 6 de octubre? No; porque en 1932 estuvo pasando unos duros, de los gastos reservados del Ministerio de la Guerra, a unos emigrados portugueses y porque parece que ayudó a unas maquinaciones para promover un intento revolucionario en Portugal, con vistas a un proyecto peninsular ulterior.

Los que no estén deformados por la máquina artificial del Parlamento se habrán hecho cruces. ¿Para esto –dirán– tanto ruido? ¿Y para esto, para lograr esto, puede un país pregonar ante el mundo que su Gobierno maquinó contra la seguridad de un Gobierno vecino? Es vano decir –como dijo el señor Gil Robles entre los aplausos frenéticos de sus incondicionales– que la solidaridad de los Gobiernos que se suceden sólo rige para lo glorioso, pero no para lo delictivo. ¡Historias! Desde el punto de vista internacional, toda la nación responde de lo que hayan hecho sus Gobiernos legítimos, sea cual sea el trato que haya dado después a los hombres que integraron aquellos Gobiernos. Ya se ha apuntado esta tesis en la Asamblea Nacional portuguesa por boca del señor Mario Figueiredo, quien ha dicho "que a él personalmente la solución adoptada por el Parlamento español le satisface". Sin embargo, no sabe si el Gobierno portugués y la Asamblea Nacional tendrán igual opinión y *si considerarán esa reparación como suficiente desde el punto de vista del Derecho internacional*.

Sería curioso que los que han armado esta balumba para acusar a Azaña por habernos puesto en peligro de conflicto exterior sean, ellos mismos, los que traigan sobre España una vidriosa reclamación exterior provocada por el escándalo. En cualquier país del mundo, los políticos se zahieren y se destrozan con toda suerte de agravios; pero hay cosas que sólo en los países locos se airean: los secretos de una acertada o disparatada política internacional. ¿Harán falta más pruebas del total desquiciamiento de nuestro sistema político y parlamentario?

LOS NACIONALISTAS

Por cierto que en el debate sobre el alijo hubo una curiosa nota que señalar: la adhesión a Azaña de los nacionalistas vascos. No por ninguna razón doctrinal claramente expuesta –ya saben todos que el nacionalismo vasco, para mal de su pueblo y de España, es el movimiento menos inteligente de cuantos circulan–; mucho menos por razones superiores de patriotismo, como las que llevaron a alguna otra voz en el Parlamento a pedir que cesara aquella espinosa discusión, si no simplemente por capricho, sin explicación, o por un turbio móvil demasiado explicable.

He aquí cómo el nacionalismo vasco, ultracatólico en lo religioso, ultraconservador en lo político, ultracapitalista en lo social, fue a dar sus votos a Azaña –anticatólico, revolucionario y filosocialista–, como recompensa a un servicio que anulaba, por su entidad, todas las repugnancias de los nacionalistas vascos: el servicio de haber atentado contra la unidad de España.

HACIA LA APOTEOSIS DE AZAÑA

Ya está tomada en consideración una propuesta acusatoria. Dentro de algún tiempo la Comisión de veintiún diputados redactará la definitiva acta de acusación. La aprobarán las Cortes y Azaña comparecerá ante el Tribunal de Garantías Constitucionales. Este ampliará el sumarlo hasta elevarlo a cinco, seis u ochocientos mil folios. Se celebrará la vista pública. Durará varias sesiones. Los periódicos las relatarán largamente. Los que lleven acusación bordarán filigranas para demostrar que aquello que hizo Azaña con los portugueses *pudo* proporcionarnos una guerra. Sobre si *pudo*, solicitará una sentencia condenatoria y el Tribunal, una de dos: la pronunciará o la denegará.

Si la pronuncia, ¡qué clamor se alzará en solicitud de amnistía! Mil y mil abogados analizarán el fallo y denunciarán su excesivo rigor, sobre todo en relación con el propósito oculto bajo los aparentes delitos. Azaña ganará la consideración de condenado injustamente. Recibirá decenas de miles de cartas en la cárcel. ¡Ah!, y pasará en la cárcel un año o año y medio, que a esto quedará reducido todo, con efugios, atenuantes y condena condicional. Esa leve punición habrá dejado redimido del todo al hombre de Casas Viejas.

Pues ¿y si –lo que es mucho más probable– el Tribunal de Garantías absuelve a Azaña? ¡Qué griterío nos ensordecerá entonces! Tres, cuatro, diez mil folios –nos dirán–, centenares, millares de diligencias judiciales, no han bastado para encontrar motivo con que imponer a Azaña el más leve arresto. ¿Qué hombre público ha pasado por semejante fiscalización? Y correrán mares de tinta en su loa, y vendrán Comisiones multitudinarias de todos los pueblos, y se celebrará en la plaza de toros, con cuarenta mil asistentes, un imponente acto de desagravio en el que, desde la voz reposada del señor Sánchez Román hasta la majadería chirriante del señor Albornoz, fulminará imprecaciones contra el Estado injusto que persiguió a Azaña.

Y como Azaña no habrá sido acusado de nada más podrá afirmarse que Azaña no hizo de malo nada más y que de lo que hizo ha sido absuelto por el primer Tribunal de la República.

Y lo tendremos que poner sobre nuestras cabezas.

Y –recordar el vaticinio, lectores– antes de la primavera del año próximo tendremos a Azaña en el Poder.

CATALUÑA

Reaparece el fantasma amenazador del catalanismo. Ahora es Maciá, con sus gesticulaciones de loco, quien lo encarna; es Cambó quien, con su frialdad característica, sentencia la irresolubilidad del problema catalán. Lo dice con el mismo helado lenguaje con que registra un químico la certeza de un experimento: "Pese a quien pese, el problema de Cataluña subsistirá."

He aquí sobre la escena otra vez el más turbio ingrediente de los que componen el complejo catalanista. No olvidemos la Historia: el catalanismo nace políticamente cuando España pierde sus colonias, es decir, cuando los fabricantes barceloneses pierden sus mercados. No se oculta entonces a su pausada agudeza que es urgente conquistar el mercado interior. Tampoco se nos oculta que sus productos no pueden defenderse en una competencia puramente económica. Hay que imponerlos políticamente al resto de España. Y nada mejor para imponerlos que blandir un instrumento de amenaza al mismo tiempo que de negociación. Ese instrumento fue el catalanismo. Eso que antes era viejo poso sentimental, expresado en usos y bailes, fue sometido a un concienzudo cultivo de rencor. El alma popular catalana, fuerte y sencilla, fue llenándose de veneno. Áridos intelectuales compusieron un idioma de laboratorio sin más norma fija que la de quitar toda semejanza con el castellano. Cataluña llegó a estar crispada de hostilidad para con el resto de la Patria. Y esta crispación era invocada por sus hombres representativos en cuanto llegaba la hora de negociar un nuevo arancel. Los representantes de la burguesía catalana alquilaban sus buenos oficios de apaciguadores del furor popular a cambio de obtener tarifas aduaneras más protectoras.

Este ha sido el tortuoso juego del catalanismo político durante treinta años. Lo que en Cataluña fermentaba como expresión de una milenaria melancolía popular, en Madrid se negociaba como un objeto de compraventa. *El catalanismo era una especulación de la alta burguesía capitalista con la sentimentalidad del pueblo.*

Cuando el 14 de abril las multitudes catalanas tomaron como grito el de "¡Muera Cambó, viva Maciá!", ¿creían acaso haber recobrado la autenticidad poética de su nacionalismo? Se equivocaban: aquella autenticidad poética estaba ya muy envenenada por Cambó y los suyos. Los gritos separatistas que aclamaban al *aví* frenético no hubieran sido posibles sin la cauta preparación de los capitalistas ocultos tras de la *Lliga*; han bastado tres años para que los hilos vuelvan a las manos de siempre. Y aquí está otra vez, frío, hábil, sinuoso e insaciable, el catalanismo de Cambó.

EL PARO

No dejaremos de gritarlo en ningún momento: hay setecientos mil españoles en paro forzoso; hay setecientos mil españoles que comen de milagro. ¿Cómo puede haber Parlamento, Gobierno ni partidos que vivan en paz mientras esa trágica llaga sigue abierta al costado de nuestro pueblo?

LA SIESTA PARLAMENTARIA

El Parlamento sigue su siesta. Los pésimos presupuestos vigentes van a ser prorrogados —lo habrán sido cuando salga este número— por tres meses. El problema del paro, el del trigo, el del vino, el de la naranja, languidecen en la espera... En cambio, la semana pasada tuvimos la fiesta del alijo. En la presente parece que habrá crisis, con su cortejo de cabildeo y desfile de personajes. Bueno.

(Arriba, núm. 2, 28 de marzo de 1935)

REPORTAJES POSIBLES

¿SE DA DE BAJA EL SEÑOR GIL ROBLES EN ACCIÓN POPULAR?

Durante estos días ha circulado insistentemente el rumor de que el señor Gil Robles pensaba separarse de Acción Popular. Muchos empleaban la palabra "emanciparse". Para algunas gentes distraídas, el rumor tenía todos los caracteres de un absurdo; pero quienquiera que haya venido observando con ojo penetrante las características psicológicas del señor Gil Robles y las del grupo en que milita no puede haber dejado de advertir la incompatibilidad que los separa.

"EL DEBATE"

Acción Popular, como todos recuerdan, fue ideada por *El Debate* –por don Ángel Herrera, mejor– al poco tiempo de proclamarse en España la República. Todos conocen *El Debate* y el tipo de ejemplar humano que la escuela de *El Debate* produce. Aquello es una especie de monstruoso laboratorio químico; hombre que penetra en *El Debate* pierde la condición de ser humano para convertirse en un instrumento específicamente destinado a tal o cual misión hombre–fichero, hombre–prensa extranjera, hombre–propaganda u hombre–publicidad.

Todo lo que no es eso va siendo concienzudamente estirpado mediante un sabio tratamiento por el frío. Toda emoción está prohibida en *El Debate*, hasta, nos atrevemos a decirlo la religiosa. Hay ciertas horas y minutos del día en que puede admitirse cierta emoción religiosa, pero con circunspección y según las pautas de la casa. Es decir, técnicamente, tal como debe expresar la emoción religiosa un buen alumno de la Escuela de Periodistas. En cuanto a otras emociones, todavía se admiten más a desgana; la patriótica, por ejemplo, no sólo está refrenada por la frialdad habitual del estilo, sino por advertencias de otra suerte, éstas ya mucho más lejanas y complicadas, acerca de las cuales escribiremos algún día. Y en cuanto a la emoción amorosa, no hay ni que hablar; cuando *El Debate*, en su constante afán en lo externo, insuperablemente logrado– de ser un periódico europeo, enfoca en cualquiera de sus secciones algo relacionado con el amor, lo hace de manera tan falsa, tan torpona, tan ñoña, que mueve a risa.

LOS ORÍGENES DE ACCIÓN POPULAR

Pues bien: al advenimiento de la República, don Ángel Herrera, alma de esa prodigiosa máquina frigorífica..., decidió fundar un partido. Y lo bautizó con el nombre de Acción Nacional. Fiel a los métodos del fundador, el partido rehusaba decidirse acerca de ninguno de los puntos entonces en juego, en bien apasionante juego; los dejaba a un lado y se colocaba bajo los vagos auspicios de estas poco comprometedoras afirmaciones: Religión, Patria, Familia, Orden. Propiedad, Calefacción y *Debate*.

El naciente partido no tenía jefe. Mal podía tener jefe ni nada recio y terminante. Se regía por una especie de Comité en el que restos venerables de la vieja política fueron mezclados, en dosis convenientes, con personas iniciadas en la escuela herreriana. Eso sí: a falta de principios enérgicos y de jefe visible, Acción Nacional contó desde el principio con todas las delicias de la técnica: dinero, jóvenes propagandistas químicamente puros y unos ficheros, carteles y multcopistas, que daban gloria.

GIL ROBLES

Gil Robles era uno de tantos; ni siquiera de los más relevantes. Joven, aparentemente inexpresivo, no contaba menos ni más que otro cualquiera de los jóvenes producidos en serie por la escuela herreriana. Al llegar las elecciones de junio de 1931 le destinaron a luchar por la provincia de Salamanca. Allí fue el hombre, con su cara de asombro y su inexperiencia. Al principio nadie le hizo caso. Un periodista salmantino ideó, fuera de los partidos en lucha, organizar a los agrarios. Se formó el Bloque Agrario, y entonces Gil Robles tuvo su primer acierto: se adhirió al Bloque, juntamente con Lamamié de Clairac. Gracias al influjo de los agrarios triunfaron los dos. Triunfaron en algún punto de manera harto sorprendente: hubo sección que votó con entusiasmo sufragista que envidiara Inglaterra: el 95 por 100 del censo. La cosa hubo de ser discutida en las Cortes. Se

impugnó el acta. Para defenderla pidió la palabra Gil Robles. ¿Quién era Gil Robles? Hasta entonces, uno; ni siquiera de los más relevantes de la escasa minoría de derechas; desde aquella tarde, su capitán. El discurso de defensa del acta le salió perfecto; toda la exactitud administrativa, toda la recortada precisión legal en que se educa a los jóvenes católicos se desarrolló aquella tarde ante la Cámara con la puntualidad de un ejercicio de oposición. Los energúmenos de las Constituyentes, para quienes aquel alarde metódico resultaba sobrenatural, se quedaron estupefactos. Los no energúmenos percibieron el contraste entre los energúmenos y el nuevo orador. Ortega y Gasset le dio su solemne visto bueno.

Desde aquella sesión, cuando las derechas se jugaban una carta decisiva, encomendaban la jugada al diputado salmantino.

Así apareció en el retablo de las Españas Gil Robles.

EMPIEZA LA TRAGEDIA DE GIL ROBLES

El encumbramiento envanece, sí, pero también depura. Las alturas incitan al vértigo, pero también a la meditación. Gil Robles empezó a subir, y, según subía, notaba que los miembros iban volviéndosele más fuertes. El subir nos va haciendo más solos: cuando más solo se está, hay que ser más uno mismo. Gil Robles —¿por primera vez? Al menos, por primera vez observando desde su vida pública— empezó a *sentirse a sí mismo*. Antes era el producto de serie de una circunspecta metódica, helada, casta y silenciosa juventud cultivada en estufa; ahora empezaba a ser, si aún no un caudillo, un guerrillero al aire libre, obligado frecuentemente a resolver sus propias escaramuzas sin esperar órdenes del misterioso Estado Mayor. El número cuatro o cinco de tal promoción herreriana pasó a ser "Gil Robles". Precisamente él y no otro. Para él se escribían alabanzas y contra él los vituperios.

Y entonces, como si un encantamiento se deshiciera, empezó a percatarse de que él, Gil Robles, no era Gil Robles mismo bajo el pasmo metódico de la formación herreriana, sino que era otro hombre, inquieto, humanamente ambicioso, escéptico y alegre. Se dio cuenta de que el cuerpo y el espíritu le pedían más ágiles andanzas que las prescritas por la blanca masonería de *El Debate*. Y hasta descubrió que la sonrisa de su cara redonda era una sonrisa zumbona, socarrona, de pardillo con mucha recámara; no la helada sonrisa insidiosa de los jóvenes refrigerados en serie.

SE AGRAVA LA TRAGEDIA DE GIL ROBLES

Ahora, Gil Robles está al frente de la minoría más numerosa de la Cámara. Analíticamente sobran en ella muchos muchachos circunspectos y muchos caciques maduros; pero ¿qué importa eso? Gil Robles, con su ciento y pico de diputados, ya sabría combatir en guerrilla si le dejaran. En la guerra lo importante es el mando. A los soldados se los hace. Ciento y pico de diputados importan por ciento y pico, no por lo que lleve dentro cada uno. Si Gil Robles pudiera...

Pero no puede. Tan vigilante y rápido de respuestas, tan aparentemente despótico en el Parlamento, no es más que el prisionero de una tupida red que pasa por cámaras y cancillerías, llenas de pasos tácticos y conversaciones cautas. A veces, en el ardor de un debate, donde se agita alguna profunda vena nacional, se adivina Gil Robles arder bajo la máscara de su rostro inexpresivo, alumbrando interiormente la frase exacta, dura, decisiva, que le está pidiendo el corazón y estrangulándola para que no asome. El misterioso Estado Mayor trae un tejemaneje entre bastidores al que hay que sujetarse. Así, a lo nacional —por ejemplo—, es forzoso ponerle sordina; hay otros intereses que el Estado Mayor tiene en más que los de la Patria española. Gil Robles tiene que suplirlo. Tiene que "retorcerse el corazón". Ahora sí que es verdad esta frase, inventada por él, entonces en frío, para justificar el abandono de una nostalgia que no le costaba ningún retorcimiento.

CULMINA LA TRAGEDIA DE GIL ROBLES

Acción Popular se le va de entre las manos. Los soldados de fila no entienden el tejemaneje del Estado Mayor, y cada vez están más inquietos y más murmuradores. Aquellas gentes adineradas que le abastecieron espléndidamente cuando confiaban en él gestionan ya nuevos guardianes de

sus intereses. Hay como una nube de melancolía sobre lo que fueron activos campamentos de Acción Popular. La melancolía llega incluso a disolver la alegre entereza del guerrillero. Ha llegado a decir, con claudicación de la que es apenas responsable, que hay que aflojar los tórculos del Estado; ¡del Estado español que apenas existe!; pero no hay que tomárselo en cuenta. Ha sido una mal disimulada muestra de desmayo. De melancolía. Gil Robles está melancólico porque, ya familiarizado con la intimidad de sí mismo, sabe que podría, que acaso puede hacer otra cosa: más fuerte, más honda, más española, más suya... ¡Pero el cauto Estado Mayor le tiene todavía prisionero! Acción Popular –fría, estéril, mediatizada, deshumanizada– puede todavía más que Gil Robles.

A José Antonio Primo de Rivera le preguntaron una vez:

–¿Qué opina usted de Gil Robles?

Y contestó:

–¡Las cosas que podría hacer Gil Robles si se decidiera a emanciparse! Mejor dicho, ¡las cosas que hará cuando se emancipe!

¿Habrá llegado ya esa hora?

He aquí el tema sabroso de estos días. ¿Se da de baja Gil Robles en Acción Popular?

(*Arriba*, núm. 2, 28 de marzo de 1935)

LA CONTRARREVOLUCIÓN

Todas las fracciones políticas de derecha ponen un especial empeño en destacar su carácter contrarrevolucionario. Se ha establecido un pugilato rabioso para probar cuál es más contrarrevolucionario. Las diferencias que los mantienen desunidos no llevan camino de desaparecer, a pesar de esta fundamental coincidencia. Y es lógico que así ocurra, porque de realizarse la unión, afianza o bloque en torno de este concepto, no podrían limitarse a enlazar las fuerzas ordinariamente consideradas como de derechas, porque, si el propósito era constituir un frente único con todas las fuerzas contrarrevolucionarias, habría que unir a todos los sectores contrarrevolucionarios.

¿Y es que sólo son contrarrevolucionarios los de derechas? Los partidos de "orden", Acción Popular, Agrarios, Renovación Española, Bloque, Tradicionalistas, son contrarrevolucionarios, porque son de "orden". Es decir, porque su fundamental aspiración es conservar el orden. Y no un orden abstracto, sino el orden actual. Y las izquierdas, hasta Azaña, ¿quieren subvertir el orden actual? ¿Quieren establecer un orden nuevo, por ejemplo, en lo económico, sobre las astillas del régimen burgués? De ninguna manera. Ellos son esencialmente burgueses, partidarios de mantener el orden capitalista. Si las derechas son contrarrevolucionarias porque quieren este orden, y las izquierdas también defienden a capa y espada este orden de cosas, ¿por qué no se hacen las cosas en serio y se va a constituir un bloque contrarrevolucionario que comprendiese desde la Acción Popular, pasando por Renovación Española, hasta Azaña? Esto sería lo lógico, sería la unión de todas las fuerzas de la contrarrevolución.

Claro que por debajo de esta fraseología aparatosa hay unas razones más modestas: hay la necesidad de seguir la pugna de partidos; hay la necesidad de cultivar la clientela electoral; hay la intención de tranquilizar en sus importantes digestiones a los beneficiarios de la actual situación, caciques de la ciudad y del campo; usureros, banqueros, capitanes de industria. Hay que velar porque no se altere su vida. Se clasifica todo lo divino y lo humano y se pinta la situación como paisaje de novelas blancas. Se dice que la época de las revoluciones ha pasado; que la fuerza antinacional del marxismo ha sido vencida, etc. Se coge por los pelos cualquier incidencia internacional, se la retuerce y se sacan conclusiones disparatadas.

Los políticos contrarrevolucionarios son tan ingenuos que creen así escamotear las realidades. Es una pretensión estúpida. Porque, nos guste o no, la época es revolucionaria. La situación de España, agudamente revolucionaria. No es cuestión de voluntad. Como tampoco es cuestión de voluntad el que haga buen o mal tiempo.

Hace falta estar ciego para no ver cómo está crujiendo toda la estructura política y económica del mundo capitalista y cómo cada día se perfilan mejor las dos únicas soluciones, y soluciones revolucionarias: la dictadura del proletariado o el Estado Nacional, que ejecute justicia social y dé una tarea colectiva al pueblo. No hay otra salida, guste o no. Los parches, los remiendos, las monsergas contrarrevolucionarias no conducen sino a confesar la revolución antinacional.

(*Arriba*, núm. 2, 28 de marzo de 1935)

LOS SOCIALISTAS PREDICAN OTRA VEZ LA REVOLUCIÓN SOCIAL

La gente de "orden" en España se empeña alegremente en cerrar los ojos para no ver. Como a última hora, en el terreno económico ellos van a ser las víctimas propiciatorias, allá ellos y su indiferencia. Si la revolución marxista no afectara más que al poderío económico de esta gente, era cosa de sentarse a la puerta de casa para ver su cadáver. Pero la revolución socialista, no la que harían los Prieto y compañía, que ésa no pasaría de alterar la plantilla de los Consejos de Administración de la plutocracia, sino la que haría la masa impregnada de esa literatura a la rusa, se llevaría muchas cosas que importa conservar.

Porque nos jugamos cosas tan vitales, nos subleva la actitud de toda la organización oficial. La poltronería de la musa que inspira su siesta. No tiene nada que hacer; no sabe qué hacer. Así se plantean los problemas cada día más agudos, unos detrás de otros, pasándose. Y el Gobierno no sólo no los afronta, sino que, como un vulgar aficionado, apenas les da la cara; se le encoge el corazón y se echa de cabeza tras el burladero de cualquier Comisión encargada de irlos aplazando indefinidamente hasta que se presentan otros más apremiantes.

De este abandono, que no es imputable a este u otro Gobierno, sino que es la consecuencia del sistema político vigente, se aprovechan los traficantes judíos, de una parte, y, de otra, los dirigentes socialistas. La ausencia de eficacia en el Gobierno, su impotencia para resolver los problemas económicos, la miseria cada día más extendida entre la masa popular, son factores que encienden el descontento y la desesperación. Los socialistas, a los seis meses de la revolución de octubre, envalentonados y explotando el descontento, se han lanzado a predicar otra vez la insurrección. Nosotros, en la medida que nos sea posible, alertaremos a los trabajadores. No han querido ni los socialistas la revolución social. No la quisieron en octubre. Entonces, como ahora, asoman la oreja de su confabulación con cierto sector de la burguesía. Tratarán, en nombre de la revolución, de llevarlos a una solución de izquierdas. Pero con una situación de izquierdas no hay que esperar que las cosas cambien. La clave está en cambiar de régimen. Y Azaña es una criatura de la burguesía. El régimen hay que cambiarlo. Hay que organizar la economía al servicio de todos los españoles. Procuraremos hacerlo, cortando el juego sucio de los cabecillas socialistas.

(Arriba, núm. 2, 28 de marzo de 1935)

... Y A LOS ARMADORES

Aquí nos conocemos todos muy bien, y sabemos quiénes son los que se quedan en el muelle, frotándose las manos cuando zarpa hacia la aventura, escaso en vituallas y en condiciones marinerías, un viejo lanchón con tripulantes reclutados por igual entre la piratería desocupada y el patio del Monipodio.

Los conocemos hace muchos años. Son los que no se embarcaron nunca, en parte por pereza y en parte por miedo; pero salieron más aficionados que nadie a armar expediciones. Mientras las expediciones salían por esos mundos a la buena de Dios, los armadores explicaban confidencialmente a unos cuantos amigos la agudísima maquinación de que aquello formaba parte. No se sabe de que llegara a puerto jamás ningún buque lanzado por ellos; pero como tienen fama de tan listos, aun hacen creer a algunos infelices que la próxima será la buena y nunca dejan de encontrar quienes les confíen, con su sustancioso porque, la organización de nuevas aventuras.

Empresarios de piratas, también ellos viven de esta especie de terrestre piratería, un poco aspeada y ajetreado. También a ellos les cuesta su cocido alguna que otra bajeza y alguna que otra trampa. Pero procuran conservar la buena ropa: se disfrazan de gente respetable y de buen consejo. Ahora, que como toda su vida se han ejercitado en disfrazarse, cuando alguien los ve disfrazados tan a lo vivo que no cabe más, se dice sin ningún titubeo. "Este no puede ser sino Fulano."

(*Arriba*, núm. 2, 28 de marzo de 1935)

LA REVOLUCIÓN NECESARIA

La revolución es necesaria.

Nuestra revolución es la del espíritu contra la de materia.

De la armonía contra el número.

De la calidad contra la cantidad.

De los cuerpos sociales contra las colectividades puramente numéricas.

De la nación viva contra la Patria sin alma.

Es necesario destruir un sistema económico que reduce al hombre a una abstracción, a un útil, a un elemento estático.

Es necesario terminar con un régimen que insidiosamente nos vuelve a una esclavitud inacabada.

Es preciso acabar con una ideología que no tiene otro objeto que ofrecernos las formas más bajas del materialismo.

Y en su lugar hace falta fundar un orden nuevo, establecido en función de bases verdaderas y deseos esenciales del hombre.

El Estado debe tener autoridad e independencia para:

- a) Coordinar los intereses casi siempre divergentes de los cuerpos económicos y sociales (sindicatos, regiones) y arbitrar sus diferencias.
- b) Asegurar una disciplina colectiva a la vez larga y estricta, con vías a orientar las actividades particulares hacia el sentido del interés general.
- c) Defender eventualmente los derechos y las libertades de la personalidad individual contra los abusos de la autoridad de las colectividades económicas y sociales.

(Arriba, núm. 2, 28 de marzo de 1935.)

ESTADO, INDIVIDUO Y LIBERTAD

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CURSO DE FORMACIÓN ORGANIZADO POR F.E. DE LAS J.O.N.S., EL DÍA 28 DE MARZO DE 1935

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Frente al desdeñoso "Libertad, ¿para qué?", de Lenin, nosotros comenzamos por afirmar la libertad del individuo, por reconocer al individuo. Nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos.

Pero sólo se afirma una cosa, cabalmente, cuando corre peligro de perecer. Afirmamos la libertad, porque es susceptible cualquier día de ser suprimida. ¿Y en qué estado de cosas sufre ese concepto de libertad el riesgo de ser menospreciado?

Para el hombre primitivo no existía idea, concepto de libertad. Vivía dentro de esa libertad, que era natural en su vida, sin apreciarla ni formularla. El hombre de las primeras edades era libre y con plena libertad, sin reconocer en qué consistía. Y no lo sabía porque no había nada capaz de cohibirle; existía él y nada más. Fue preciso que surgiese una entidad que pusiese veto a sus impulsos para que se diese cuenta de esa libertad de manifestación de sus tendencias. Hasta que no aparece un conjunto de normas capaz de cohibir los movimientos espontáneos de la Naturaleza no se plantea el problema de la libertad; en suma, hasta que no hay Estado.

El Estado puede considerarse como realidad sociológica cognoscible por el método de las ciencias del "ser", de las ciencias naturales, y como complejo de normas, al que es aplicable el método de las ciencias del "debe ser", de las ciencias normativas. En el primer aspecto, la pugna entre individuo y Estado no tendría interés jurídico, se reduciría a una investigación de causalidad indiferente para el problema del "deber ser". La pugna jurídicamente, políticamente interesante, es la que se plantea entre el complejo de normas que integran el orden jurídico estatal y el individuo que, frente a esas normas, quiere afirmarse vitalmente; quiere, en términos vulgares, hacer "lo que le dé la gana".

DERECHA E IZQUIERDA

Tal pugna ha agrupado la tendencia política alrededor de dos constantes, que podemos llamar "derecha" e "izquierda".

Bajo estas expresiones externas hay escondido algo profundo. Las esencias de estas actitudes, "derechas" e "izquierdas" podríamos resumirlas así: las "derechas" son las que consideran que el fin general del Estado justifica cualquier sacrificio individual, y que se debe subordinar cualquier interés personal al colectivo; por el contrario, las "izquierdas" ponen como primera afirmación la del individuo, y todo está supeditado a ella; lo supremo es su interés, y nada que atente contra él será considerado como lícito.

Pero, según estas definiciones, ¿sería derechista el comunismo? Porque el comunismo lo subordina todo al interés estatal; en ningún país ha existido menos libertad que en Rusia; en ninguno ha habido más sofocante opresión del Estado sobre el individuo. Pero se sabe que el fin último del comunismo es una organización sin Estado ni clase, una anarquía e igualdad perfecta. Así lo han manifestado los jefes comunistas; tras una dura etapa de rigor dictatorial, el colectivismo anarquista aproximadamente.

En las épocas chabacanas, como ésta que vivimos, se borran los perfiles de estados constantes. Y así acontece que los archiconservadores se sienten izquierdistas, es decir, individualistas, en cuanto se trata de defender sus intereses. Tanto "derechas" como "izquierdas" se entremezclan y se contradicen a sí mismas, porque se han vuelto de espaldas al espíritu fundamental de sus constantes.

LA SOBERANÍA

Pero es falso el punto de vista que coloca al individuo en oposición al Estado, y que concibe como antagónicas las soberanías de ambos. Este concepto "soberanía" ha costado mucha sangre al mundo y le seguirá costando. Porque esa "soberanía" es el principio que legitima cualquier acción nada más que por ser de quien es. Naturalmente, frente al derecho del soberano a hacer lo que quiere se alzaría el del individuo a hacer lo que quiere. El pleito es así irresoluble.

En este principio descansa el absolutismo. Este sistema apareció en el Renacimiento y tuvo mejores políticos que filósofos. Estos acudieron al Derecho romano y, confirmando sobre el "dominio" privado el poder político, dieron a éste un carácter "patrimonial". El príncipe viene a ser "dueño" de su trono, y así lo que a él le plazca tiene fuerza de ley, nada más que por emanar de él: *Quod principi placuit legis habet vigorem*. Digamos, entre paréntesis, que esta tesis del príncipe, este derecho divino de los reyes, nunca ha sido doctrina de la Iglesia, como sus enemigos han pretendido afirmar.

Pero era natural que frente al derecho divino de los reyes se proclamase el derecho divino del pueblo. El que dio forma expresiva a esta tesis básica de la democracia fue Rousseau en el *Contrato social*. Según él, todo poder procedía del pueblo y sus decisiones de voluntad se consideraban justificadas, por injustas que fuesen. Al *Quod principi placuit legis habet vigorem* sucede la afirmación de Jurie: "El pueblo no necesita tener razón para validar sus actos." Y el individuo sale de la tiranía de un gobernante para caer bajo la tiranía de las asambleas.

SOBERANÍA Y DESTINO

El Estado se encastilla en su soberanía: el individuo, en la suya; los dos luchan por su derecho a hacer lo que les venga en gana. El pleito no tiene solución. Pero hay una salida justa y fecunda para esta pugna si se plantea sobre bases diferentes. Desaparece ese antagonismo destructor en cuanto se concibe el problema del individuo frente al Estado, no como una competencia de poderes y derechos, sino como un cumplimiento de fines de destinos. La Patria es una unidad de destino en lo universal, y el individuo, el portador de una misión peculiar en la armonía del Estado. No caben así disputas de ningún género; el Estado no puede ser traidor a su tarea, ni el individuo puede dejar de colaborar con la suya en el orden perfecto de la vida de su nación.

El anarquismo es indefendible, porque, siendo la afirmación absoluta del individuo, al postular su bondad o conveniencia ya se hace referencia a cierto orden de cosas, el que establece la noción de lo bueno, de lo conveniente, que es lo que se negaba. El anarquismo es como el silencio: en cuanto se habla de él se le niega.

La idea del destino justificador de la existencia de una construcción (Estado o sistema), llenó la época más alta que ha gozado Europa. el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. Y nació en mentes de frailes. Los frailes se encararon con el poder de los reyes y les negaron ese poder en tanto no estuviera justificado por el cumplimiento de un gran fin: el bien de los súbditos.

Aceptada esta definición del ser —portador de una misión, unidad cumplidora de un destino—, florece la noble, grande y robusta concepción del "servicio". Si nadie existe sino como ejecutor de una tarea, se alcanza precisamente la personalidad, la unidad y la libertad propias "sirviendo" en la armonía total ¡Se abre una era de infinita fecundidad al lograr la armonía y la unidad de los seres! Nadie se siente doble, disperso, contradictorio entre lo que es realidad y lo que en la vida pública representa. Interviene, pues, el individuo en el Estado como cumplidor de una función, y no por medio de los partidos políticos; no como representante de una falsa soberanía, sino por tener un oficio, una familia, por pertenecer a un municipio. Si es así, a la vez que laborioso operario, depositario del poder.

Los sindicatos son cofradías profesionales, hermandades de trabajadores, pero a la vez órganos verticales en la integridad del Estado. Y al cumplir el humilde quehacer cotidiano y particular se tiene la seguridad de que se es órgano vivo e imprescindible en el cuerpo de la Patria. Se descarga así el Estado de mil menesteres que ahora innecesariamente desempeñan. Sólo se reserva los de su misión ante el mundo, ante la Historia. Ya el Estado, síntesis de tantas actividades fecundas, cuida

de su destino universal. Y como el jefe es el que tiene encomendada la tarea más alta, es él el que más sirve. Coordinador de los múltiples destinos particulares, rector del rumbo de la gran nave de la Patria, es el primer servidor; es como quien encarna la más alta magistratura de la tierra, "siervo de los siervos de Dios".

(*Arriba*, núm. 3, 4 de abril de 1935)

LO NACIONAL Y LO BURGUEÉS

Esto es lo más tremendo. Ya a los pocos días de la revolución de octubre el más autorizado de los nuestros advirtió el peligro; se adivinaba cómo el carácter *antinacional* de la intentona iba a ir oscureciéndose, gracias a las derechas gobernantes, bajo la interpretación absorbente de su sentido *antiburgués*. Como complemento de tal deformación, era de prever que a la victoria magnífica de nuestro Ejército sobre la revuelta se la presentase, no como triunfo del genio nacional contra lo antinacional (separatismo y marxismo antinacionalista), sino como triunfo del orden burgués contra lo antiburgués (subversión proletaria). Así ha sido. Lo más terriblemente grave de la madrugada del 7 de octubre, el alzamiento separatista de la Generalidad, apenas es recordado por nadie (como si pudiera olvidar, quien los escuchó por la "radio", aquellos gritos de pesadilla: *¡Catalanes, a las armas, a las armas!*).

En cambio, todos los focos de la crítica se han concentrado sobre la faceta de rebelión social presentada en Asturias. Y todas las medidas que piden, aunque sin éxito, las "gentes de orden", van encaminadas a evitar la reproducción de alzamientos proletarios.

¿Será que el sentido de la Patria se halla totalmente embotado en las frías gentes de Acción Popular? Todo puede ocurrir cuando se educa a una generación en el horripilante cultivo de la técnica y de la cautela. Pero hay otra cosa debajo: las miras electorales. Los jerarcas de la C.E.D.A. saben bien que los arrebatos de patriotismo son esporádicos, mientras que el afán conservador es permanente. Las masas electorales de la C.E.D.A., por lo común bien avenidas con su posición económica, perdonan la debilidad de un separatista, pero no perdonan fácilmente la que se tuviera con quien les amenazó en su bienestar.

Los votos importan más que los afectos.

LOS SOCIALISTAS

Si no quedaran reservas de estupor, nos hubiera asombrado la presencia en Palacio de la Esquerra catalana y de los socialistas para evacuar consultas. Cuando la causa de la crisis ha sido, según palabras autorizadas, una discrepancia en el modo de entender cómo debe liquidarse la revolución de octubre, es decir, cuando se declara que la revolución de octubre está sin liquidar, ¿qué espíritu no contaminado por lo que se llama la política será capaz de entender esto de que la Esquerra y los socialistas, aún no reintegrados a la ley, acudan a Palacio?

Pero aún es más asombroso el cinismo de la nota socialista explicando los términos de la contestación dada al presidente. Los socialistas, cuya actuación en octubre es bien conocida, tienen la audacia de lanzar sobre el resto de los españoles la acusación de violencia y de crueldad y de afirmar que el socialismo no se ha salido de la ley.

Acostumbrados los *leaders* marxistas al jugoso oficio de embaucar a sus masas, juzgan, sin duda, la rueda de molino alimento normal para los estómagos españoles.

Aparte el cinismo de la nota, ¿es explicable, en términos de moral corriente, que un partido compagine su acatamiento externo a las instituciones con la diaria actitud de amenaza y de provocación en que vive el partido socialista? Por que sus centros estarán oficialmente clausurados y su Prensa oficialmente suspendida; pero nadie desconoce la abundancia y el tono del material impreso que los socialistas lanzan a diario, sin cuidarse mucho siquiera de darle una apariencia de clandestinidad.

(*Arriba*, núm. 3, 4 de abril de 1935)

7 DE OCTUBRE

Tras de las angustias de la madrugada, amaneció el 7 de octubre sobre el triunfo fresco de las tropas de España contra la traición separatista. La emoción llevaba camino de quedar oculta, como atenuada por no se sabe qué timidez. Las calles, desiertas, reclamaban multitudes enardecidas por la gran ocasión, y sobre las calles resplandecía el sol que otro 7 de octubre brilló sobre las naves de Lepanto.

Estaba proclamada la ley marcial. El metal de las máquinas de guerra lucía sobre la vigilia de los pelotones. Un bando riguroso conminaba a los transeúntes para que no se agruparan. Pocos se aventuraban a salir.

Pero en la calle del Marqués de Riscal se celebraba –solemnizado por los estampidos de fuera– el primer Consejo de la Falange Española de las J.O.N.S. Acababan de aprobarse los Estatutos y de ser elegido jefe. Corrió la misma convicción por todos los ánimos: Madrid no puede permanecer silencioso en esta fecha de júbilo nacional. Enarbolamos una bandera y salimos a la Castellana. Al salir éramos unos centenares. A los pocos pasos, casi mil. Al llegar a la Puerta del Sol, más de veinte mil.

Madrid, a nuestro paso, experimentaba la sacudida de lo que todos anhelaban sin formulárselo: gritar, unidos, la fiesta de la unidad celebrada.

Nuestro desfile discurrió entre bocas abiertas de ametralladoras y fusiles. Pero los militares que las servían no hubieran disparado nunca sobre los que aclamaban a la misma patria que ellos acababan de salvar. Y en la Puerta del Sol, por la boca de su jefe, encaramado en las tapias de unas obras, la Falange Española de las J.O.N.S. fue la primera en enviar hacia los balcones del Gobierno, a pleno pulmón, el parabién de España.

(Arriba, núm. 3, 4 de abril de 1935)

CABARET

Cuando quiere agitarse contra nosotros el repertorio de los insultos se nos llama *señoritos de cabaret*. A todos en general, y a cada uno en particular, sobre todo si ocupa puesto visible en nuestra jerarquía.

Quisiéramos contribuir a la eficacia ofensiva de nuestros adversarios poniendo un poco en orden sus ideas acerca de los cabarets y disipando la reverente atracción que, sin querer, denuncian hacia tan discutidas instituciones.

A nuestra edad, queridos adversarios, a nuestra edad y en las circunstancias enérgicas en que los más de la Falange vivimos, el cabaret no es ningún arcano de tentaciones. Es, por el contrario, lugar adonde iríamos si el servicio lo exigiera con el ánimo propicio a la dura prueba del tedio.

Sólo conocemos tres ejemplares humanos atraídos por el cabaret: el viejo verde, el jovencito que quiere jugar al hombre de aventuras y el candidato a diputado socialista. Salvo el primero, que suele ser incurable, los otros dos son clientes del cabaret por poco tiempo: el jovencito se aparta de él cuando cumple unos años más, y el candidato socialista en cuanto, elegido, logra costearse con un pellizco a la primera mensualidad de dietas la iniciación en el ámbito misterioso.

Por eso a nadie que no sea viejo verde, jovencito lánguido o candidato socialista se le ocurre vituperar a nadie llamándole *señorito de cabaret*. Para que esta palabra diabólica conserve su prestigio a los ojos del que insulta es menester que éste se halle dotado de una envidiable ingenuidad. Ya se les quitarán a nuestros ofensores las ganas de llamarnos *señoritos de cabaret* cuando algún día, por azar, entren en alguno y descubran que el mayor de sus atractivos consiste en la sorpresa de averiguar que la señorita de ojos con *rimmel* a cuya mesa fue a sentarse el aspirante a libertino había devorado, antes de su llegada, dos jugosos *bistecs* y acaba de pedir la cuenta al camarero.

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO PRINCIPAL DE JAÉN EL DÍA 7 DE ABRIL DE 1935

Comienza diciendo José Antonio Primo de Rivera que la esencia del movimiento que acaudilla es la *unidad*. Restablecer la unidad de España, que se encuentra dividida por las clases que luchan contra las clases, los partidos contra los partidos y las tierras de España contra otras tierras de España también. (*Muy bien.*) Así vemos –continúa– que las comarcas españolas, lejos de considerarse como partes de un todo, adoptan una actitud independiente, y sólo les preocupa solucionar las cuestiones que les afectan, desinteresándose de las planteadas en las demás comarcas. Y así vemos también cómo cada región aspira a su Estatuto, y nada me extrañaría –añade– que el día menos pensado, en Ávila, Salamanca o Burgos, surja cualquier intelectual pedante o ateneísta superior defendiendo la tesis de sus hechos diferenciales y del derecho a regirse por sí mismas.

Los partidos políticos –continúa–, y nadie vea en mis palabras ningún ataque personal, expresan igualmente todo lo más opuesto a esa unidad que nosotros defendemos. Los de derechas representan lo nacional, pero carecen de un verdadero contenido social; los de izquierdas, al contrario, tienen un fondo social, pero antiespañol, olvidando unos y otros la necesidad de superar a ambos elementos, fundiéndose en una síntesis superior.

Las luchas de clases –dice–, absurdas y estériles, no tienen, en definitiva, más que una finalidad: convertir a un proletariado oprimido en un proletariado opresor, lleno de odios y rencores, sin Patria y sin espíritu.

¿Qué quiere decir todo esto? Pues simplemente que hay una imperiosa necesidad de restablecer la unidad de España viendo en ella, no un mero conglomerado de elementos en pugna, sino una realidad histórica con un destino universal que cumplir. (*Ovación.*)

Por eso –continúa– no basta hablar de Estados fuertes. Para que un Estado lo sea precisa de manera indispensable tener un alto destino que servir y que justifique la dureza y el rigor; de lo contrario, o el Estado es tiránico, o el Estado es vacilante, y el ejemplo lo tenemos en España durante la revolución pasada, en que el Estado, sin un destino histórico y total que realizar, no se atrevió a adoptar la actitud de justa severidad que las circunstancias reclamaban, y no por falta de energía, sino por la duda de que al hacerlo estuviera cometiendo una injusticia. Nosotros sí queremos un Estado fuerte, pero después de darle a España la conciencia de una unidad firme y alegre y hacer ver a los españoles de que es algo superior a las minúsculas competencias de clases, grupos o partidos. (*Gran ovación.*) Para conseguirlo no bastan ni bloques ni confederaciones. Jamás se ha dado el caso de que varios enanos hayan formado un gigante.

Lo que es preciso es tener una gran verdad a quien servir, una verdad que sea el eje, el polo de atracción de un pueblo entero.

La Falange Española la quiere profundamente, la defiende con su sangre; diecisiete hombres jóvenes han caído ya por ella, y cuando los españoles entregan su vida con tal generosidad, estad seguros que la causa es sublime y su triunfo indudable. (*Enorme ovación.*)

Apretad, pues, vuestras organizaciones, nutrid vuestras filas, tened tenso el espíritu y pronta la decisión, que no está lejos el día glorioso para todos en que el sol amanezca con un haz de flechas sobre los campos de España.

(*Arriba*, núm. 4, 11 de abril de 1935)

ANTE UNA ENCRUCIJADA EN LA HISTORIA POLÍTICA Y ECONÓMICA DEL MUNDO

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CÍRCULO MERCANTIL DE MADRID, EL DÍA 9 DE ABRIL DE 1935

No creáis que me concedo a mí mismo ese crédito de aplausos que acabáis de otorgarme. Para concedérmelo tenían que ser menores en este instante mi gratitud enorme por haber sido invitado a ocupar esta cátedra, en la que tantas voces autorizadas se oyeron, y mi sentido de la responsabilidad de la empresa que acometo ahora; primero, por la altura misma de la cátedra y por el agradecimiento que las palabras, tan cariñosas, de don Mariano Matesanz me imponen, y después, porque os diré que no es tarea tan fácil acertar, precisamente en esta noche, con el tono que he de dar a mi disertación.

Desde luego, supongo que ninguno de vosotros espera de mí un mitin político. El darlo sería corresponder mal a la abierta hospitalidad de esta cátedra libre; pero es que, además, entiendo que, reunidos unos cuantos españoles, muchos españoles, como ahora, y teniendo encima cada uno de nosotros, y todos nosotros, la congoja apremiante de España resulta tan desproporcionado reducirnos al comentario de la peripecia, al pormenor de la política española, que cabalmente, al hacerlo, nos alejaríamos de la misión de una grande y una trágica política. En cuanto esta noche intentara poner en claro si las Cortes van a reunirse más o menos pronto, si van a hacer las paces más o menos pronto, los grupos que hasta ha poco fueron amigos; en cuanto me deleitara, y quisiera deleitaros con eso, estoy seguro de que desaprovecharíamos una de las ocasiones en que nos reunimos para interesarnos por las cosas trágicas y apremiantes que nos angustian.

No puedo, pues, dar un mitin, pero tampoco puedo hacer una disertación académica; ni ése sería vuestro humor, ni tengo para ello autoridad, ni están los tiempos para disertaciones académicas de *dilettante*. Generalmente, cuando las cosas graves se traducen en disertaciones académicas, es que una hecatombe se aproxima en Europa; la que España tiene delante, como parte de Europa, empieza en unos salones, acaso en los más refinados que la historia de los salones ha visto nunca. Si queréis (y con esto podemos dar una cierta variedad a estos momentos primeros, algo nerviosos, en parte por vuestra benévola curiosidad, en parte por mi justa emoción, en parte no sé si por algún entorpecimiento de este aparato que tengo delante); si queréis, digo, podemos trasladarnos con la imaginación a esos salones de que os hablaba.

Vamos a pensar que estamos, por un instante, en el último tercio del siglo XVIII. Del siglo XIII al XVI, el mundo vivió una vida fuerte, sólida, en una armonía total; el mundo giraba alrededor de un eje. En el siglo XVI empezó esto ya a ponerse en duda. El siglo XVII introdujo el libre examen, se empezó a dudar de todo. El siglo XVIII ya no creía en nada; si queréis, no creían en nada los más elegantes, los más escogidos del siglo XVIII; no creían ni siquiera en sí mismos. Empezaron a asistir a las primeras representaciones, a las primeras lecturas en que los literatos y los filósofos de la época se burlaban de esa misma sociedad afanada en festejarlos. Vemos que las mejores sátiras contra la sociedad del siglo XVIII son aplaudidas y celebradas por la misma sociedad a la que satirizaba. En este ambiente del siglo XVIII, en este siglo XVIII que todo lo reduce a conversaciones, a ironías, a filosofía delgada, nos encontramos dos figuras bastante distintas: la figura de un filósofo ginebrino y la figura de un economista escocés.

El filósofo ginebrino es un hombre enfermizo, delicado, refinado; es un filósofo al que, como dice Spengler que acontece a todos los románticos —y éste era el precursor ya directo del romanticismo—, fatiga el sentirse viviendo en una sociedad demasiado sana, demasiado viril, demasiado robusta. Le acongoja la pesadumbre de esa sociedad ya tan formada y siente como el apremio de ausentarse, de volver a la Naturaleza, de librarse de la disciplina, de la armonía, de la norma.

Esta angustia de la Naturaleza es como la nota constante en todos sus escritos: la vuelta a la libertad. El más famoso de sus libros, el libro que va a influir durante todo el siglo XIX y que va a venir a desenlazarse casi ya en nuestros días, no empieza exactamente como habéis leído en muchas partes, pero sí casi empieza en una frase que es un suspiro. Dice: "El hombre nace libre y por

doquiera se encuentra encadenado." Este filósofo –ya lo sabéis todos– se llama Juan Jacobo Rousseau; el libro se llamaba *El contrato social*.

El contrato social quiere negar la justificación de aquellas autoridades recibidas tradicionalmente o por una designación que se suponía divina o por una designación que en la tradición se apoyaba. Él quiere negar la justificación de esos poderes y quiere empezar la construcción de nuevo sobre su nostalgia de la libertad. Dice: El hombre es libre; el hombre, por naturaleza, es libre y no puede renunciar de ninguna manera a ser libre; no puede haber otro sistema que el que él acepte por su libre voluntad; a la libertad no puede renunciarse nunca, porque equivale a renunciar a la cualidad humana; además, si se renunciara a la libertad, se concluiría un pacto nulo por falta de contraprestación; no se puede ser más que libre e irrenunciablemente libre; por consecuencia, contra las libres voluntades de los que integran una sociedad no puede levantarse ninguna forma de Estado; tiene que haber sido el contrato de origen de las sociedades políticas; este contrato, el concurso de estas voluntades, engendra una voluntad superior, una voluntad que no es la suma de las otras, sino que es consistente por sí misma; es un yo diferente, superior e independiente de las personalidades que lo formaron con su asistencia. Pues bien, esta voluntad soberana, esta voluntad desprendida ya de las otras voluntades, es la única que puede legislar; ésta es la que tiene siempre razón; ésta es la única que puede imponerse a los hombres sin que los hombres tengan nunca razón contra ella, porque si se volvieran contra ella se volverían contra ellos mismos; esta voluntad soberana ni puede equivocarse ni puede querer el mal de sus súbditos.

Por otra parte, tenemos el economista escocés. El economista escocés es otro tipo de hombre; es un hombre exacto, formal, sencillo en sus gustos, algo volteriano, bastante distraído y algo melancólico. Este economista, antes de serlo, explicó Lógica en la Universidad de Glasgow, después Filosofía moral. Entonces la Filosofía moral se componía de varias cosas bastante diferentes: Teología Natural, Ética, Jurisprudencia y Política. Había, incluso, escrito, en el año 1759, un libro que se titulaba *Teoría de los sentimientos morales*; pero, en realidad, no es este un libro el que le abrió las puertas de la inmortalidad; el libro que le abrió las puertas de la inmortalidad se llama *Investigaciones acerca de la riqueza de las naciones*. El economista escocés, ya lo habéis adivinado todos, se llamaba Adam Smith.

Pues bien: para Adam Smith el mundo económico era una comunidad natural creada por la división del trabajo. Esta división del trabajo no era un fenómeno consciente, querido por aquellos que se habían repartido la tarea; era un fenómeno inconsciente, un fenómeno espontáneo. Los hombres se habían ido repartiendo el trabajo sin ponerse de acuerdo; a ninguno, al proceder a esa división, había guiado el interés de los demás, sino la utilidad propia; lo que es cada uno, al buscar esa utilidad propia, había venido a armonizar con la utilidad de los demás, y así, en esta sociedad espontánea, libre, se presentan: primero, el trabajo, que es la única fuente de toda riqueza; después, la permuta, es decir, el cambio de las cosas que nosotros producimos por las cosas que producen los otros; luego, la moneda, que es una mercancía que todos estaban seguros habían de aceptar los demás; por último, el capital, que es el ahorro de lo que no hemos tenido que gastar, el ahorro de productos para poder con él dar vitalidad a empresas nuevas. Adam Smith cree que el capital es la condición indispensable para la industria: el capital condiciona la industria –son sus palabras–. Pero todo esto pasa espontáneamente, como os digo; nadie se ha puesto de acuerdo para que esto ande así y, sin embargo, anda así, tiene que andar así; además, Adam Smith considera que debe andar así, y está tan seguro, tan contento de esta demostración que va enhebrando, que, encarándose con el Estado, con el soberano –él también le llama el soberano–, le dice: "Lo mejor que puedes hacer es no meterte en nada, dejar las cosas como están. Estas cosas de la economía son delicadísimas; no las toques, que no tocándolas se harán solas ellas e irán bien."

El libro de Rousseau se ha publicado en 1762; el de Adam Smith se ha publicado en 1776, con muy pocos años de diferencia. Hasta entonces son dos disquisiciones doctrinales: una tesis que aventura un filósofo y una tesis que aventura un economista; pero he aquí que en aquel final agitado del siglo XVIII ocurre lo que tiene que ocurrir para que estas dos tesis teóricas se pongan inmediatamente a prueba. Como si estuviéramos en un cinematógrafo, ante una de esas películas que hacen desfilar delante de nuestros ojos diversos acontecimientos y hacen aparecer, como surgiendo de un fondo lejano y adelantándose a la pantalla, cifras de fechas –1908, 1911, 1917–, esta noche podemos imaginar que vemos saltar hacia la pantalla todas esas cifras: 1765, 1767, 1769, 1770, 1785 y 1789 por último. Las cinco primeras de estas fechas corresponden a la invasión de las máquinas,

máquinas que van a transformar la industria, sobre todo la industria de los hilados y los tejidos; corresponden al invento de la primera máquina de hilar, de la primera máquina de vapor, de la primera máquina de tejer...; la última, 1789, no hay que decirlo, corresponde nada menos que a la Revolución francesa. La Revolución se encuentra con los principios rousseauianos ya elaborados, y los acepta. En la Constitución de 1789, en la del 91, en la del 93, en la del año tercero, en la del año octavo, se formula, casi con las mismas palabras usadas por Rousseau, el principio de la soberanía nacional: "[E]l principio de toda soberanía reside, esencialmente, en la nación. Ninguna corporación, ningún individuo, puede ejercer autoridad que no emane de ella expresamente." No creáis que siempre se da entrada, al mismo tiempo que se declara esto, al sufragio universal. Sólo en una de las Constituciones revolucionarias francesas, en la de 1793, que no llegó a aplicarse, se establece ese sufragio; en las demás, no; en las demás, el sufragio es restringido, y aun en la del año octavo desaparece; pero el principio siempre se formula: "Toda soberanía reside, esencialmente, en la nación".

Sin embargo, hay algo en las Constituciones revolucionarias que no estaba en *El contrato social*, y es la declaración de los derechos del hombre. Ya os dije que Rousseau no admitía que el individuo se reservase nada frente a esta voluntad soberana, a este yo soberano, constituido por la voluntad nacional. Rousseau no lo admitía; las Constituciones revolucionarias, sí. Pero era Rousseau el que tenía razón. Había de llegar, con el tiempo, el poder de las Asambleas a ser tal que, en realidad, la personalidad del hombre desapareciera' que fuera ilusorio querer alegar contra aquel poder ninguna suerte de derechos que el individuo se hubiese reservado.

El liberalismo (se puede llamar así porque no a otra cosa que a levantar una barrera contra la tiranía aspiraban las Constituciones revolucionarias), el liberalismo tiene su gran época, aquella en que instala todos los hombres en igualdad ante la ley, conquista de la cual ya no se podrá volver atrás nunca. Pero lograda esta conquista y pasada su gran época, el liberalismo empieza a encontrarse sin nada que hacer y se entretiene en destruirse a sí mismo. Como es natural, lo que Rousseau denominaba la voluntad soberana, viene a quedar reducida a ser la voluntad de la mayoría. Según Rousseau, era la mayoría –teóricamente, por expresar una conjetura de la voluntad soberana; pero en la práctica, por el triunfo sobre la minoría disidente– la que había de imponerse frente a todos; el logro de esa mayoría implicaba que los partidos tuvieran que ponerse en lucha para lograr más votos que los demás; que tuvieran que hacer propaganda unos contra otros, después de fragmentarse. Es decir, que bajo la tesis de la soberanía nacional, que se supone indivisible, es justamente cuando las opiniones se dividen más, porque como cada grupo aspira a que su voluntad se identifique con la presunta voluntad soberana, los grupos tienen cada vez más que calificarse, que perfilarse, que combatirse, que destruirse y tratar de ganar en las contiendas electorales. Así resulta que en la descomposición del sistema liberal (y naturalmente que este tránsito, este desfile resumido en unos minutos, es un proceso de muchos años), en esta descomposición del sistema, liberal, los partidos llegan a fragmentarse de tal manera, que ya en las últimas boqueadas del régimen, en algún sitio de Europa, como la Alemania de unos días antes de Hitler, había no menos de treinta y dos partidos. En España no me atrevería a decir los que hay, porque yo mismo no lo sé; ni siquiera sé, de veras, los que hay representados en las Cortes, porque aparte de todos los grupos representados oficialmente y de los difundidos en agrupaciones parlamentarias, aparte de los diputados que por sí mismos o con uno o dos amigos entrañables ostentan una denominación de grupo, hay en nuestro Parlamento –don Mariano Matesanz lo sabe– algo extraordinariamente curioso, a saber: dos minorías, compuestas cada una por diez señores y que se llaman minorías independientes; pero fijaos, no porque ellas, como tales minorías, sean independientes de las demás, sino porque cada uno de los que las integran se sienten independientes de todos los otros. De manera que los que pertenecen a esas minorías, a las que ni don Mariano Matesanz ni yo pertenecemos, porque nosotros somos independientes del todo; los que pertenecen a esas minorías se agrupan, tienen como vínculo de ligazón precisamente la nota característica de no estar de acuerdo; es decir, están de acuerdo sólo en que no están de acuerdo en nada. Y, naturalmente, aparte de esa pulverización de partidos; mejor, cuando se sale de esta pulverización de los partidos, porque circunstancialmente unas cuantas minorías se aúnan. entonces se da el fenómeno de que la mayoría, la mitad más uno o la mitad más tres de los diputados, se siente investido de la plena soberanía nacional para esquilmar y para agobiar, no sólo al resto de los diputados. sino al resto de los españoles, se siente portadora de una ilimitada facultad de auto justificación, es decir, se cree dotada de poder hacer bueno todo lo que se le ocurre, y ya no considera ninguna suerte de estimación personal, ni jurídica ni humana, para el resto de los mortales.

Juan Jacobo Rousseau había previsto algo así, y decía: "Bien; pero es que como la voluntad soberana es indivisible y además no se puede equivocar, si por ventura un hombre se siente alguna vez en pugna con la voluntad soberana, este hombre es el que está equivocado, y entonces, cuando la voluntad soberana le constriñe a someterse a ella, no hace otra cosa que obligarle a ser libre." Fijaos en el sofisma y considerad si cuando, por ejemplo, los diputados de la República, representantes innegables de la soberanía nacional, os recargamos los impuestos o inventamos alguna otra ley incómoda con que mortificaros, se os había ocurrido pensar que en el acto este de recargar vuestros impuestos, o de mortificaros un poco más, estábamos llevando a cabo la labor benéfica de haceros un poco más libres, quisiérais o no quisiérais.

Esta ha sido, en una síntesis brevísima y un poco confusa, la historia del liberalismo político. Aproximadamente corre paralela la historia del liberalismo económico.

Lo mismo que Rousseau se encontró con que la Revolución francesa, al poco tiempo, acogió sus principios, Smith tuvo la suerte, raras veces alcanzada por ningún escritor, de que Inglaterra estableció poco después la completa libertad económica. Abrió la mano al libre juego de la oferta y de la demanda, que, según Adam Smith, iba a producir, sin más, sin presión de nadie más, el equilibrio económico. Y, en efecto, también el liberalismo económico vivió su época heroica, una magnífica época heroica. Nosotros no nos tenemos que ensañar nunca con los caídos, ni con los caídos físicos, con los hombres que, por ser hombres, aunque fueran enemigos nuestros, nos merecen todo el respeto que implica la dignidad y la cualidad humanas, ni con los caídos ideológicos. El liberalismo económico tuvo una gran época, una magnífica época de esplendor; a su ímpetu, a su iniciativa, se debieron el ensanche de riquezas enormes hasta entonces no explotadas; las llegadas, aun a las capas inferiores, de grandes comodidades y hallazgos; la competencia, la abundancia, elevaron innegablemente las posibilidades de vida de muchos. Ahora bien: por donde iba a morir el liberalismo económico era porque, como hijo suyo, iba a producirse muy pronto este fenómeno tremendo, acaso el fenómeno más tremendo de nuestra época, que se llama el capitalismo (y desde este momento sí que me parece que ya no estamos contando viejas historias).

Yo quisiera, de ahora para siempre, que nos entendiéramos acerca de las palabras. Cuando se habla del capitalismo no se hace alusión a la propiedad privada; estas dos cosas no sólo son distintas, sino que casi se podría decir que son contrapuestas. Precisamente uno de los efectos del capitalismo fue el aniquilar casi por entero la propiedad privada en sus formas tradicionales. Esto está suficientemente claro en el ánimo de todos, pero no estará de más que se le dediquen unas palabras de mayor esclarecimiento. El capitalismo es la transformación, más o menos rápida, de lo que es el vínculo directo del hombre con sus cosas en un instrumento técnico de ejercer el dominio. La propiedad antigua, la propiedad artesana, la propiedad del pequeño productor, del pequeño comerciante, es como una proyección del individuo sobre sus cosas. En tanto es propietario en cuanto puede tener esas cosas, usarlas, gozarlas, cambiarlas, si queréis; casi en estas mismas palabras ha estado viviendo en las leyes romanas durante siglos, el concepto de la propiedad; pero a medida que el capitalismo se perfecciona y se complica, fijaos en que va alejándose la relación del hombre con sus cosas y se va interponiendo una serie de instrumentos técnicos de dominar; y lo que era esta proyección directa, humana, elemental de relación entre un hombre y sus cosas, se complica; empiezan a introducirse signos que envuelven la representación de una relación de propiedad, pero signos que cada vez van sustituyendo mejor a la presencia viva del hombre, y cuando llega el capitalismo a sus últimos perfeccionamientos, el verdadero titular de la propiedad antigua ya no es un hombre, ya no es un conjunto de hombres, sino que es una abstracción representada por trozos de papel: así ocurre en lo que se llama la sociedad anónima. La sociedad anónima es la verdadera titular de un acervo de derechos, y hasta tal punto se ha deshumanizado, hasta tal punto le es indiferente ya el titular humano de esos derechos, que el que se intercambien los titulares de las acciones no varía en nada la organización jurídica, el funcionamiento de la sociedad entera.

Pues bien; este gran capital, este capital técnico, este capital que llega a alcanzar dimensiones enormes, no sólo no tiene nada que ver, como os decía, con la propiedad en el sentido elemental y humano, sino que es su enemigo. Por eso, muchas veces, cuando yo veo cómo, por ejemplo, los patronos y los obreros llegan, en luchas encarnizadas, incluso a matarse por las calles, incluso a caer víctimas de atentados donde se expresa una crueldad sin arreglo posible, pienso que no saben los unos y los otros que son ciertamente protagonistas de una lucha económica, pero una lucha

económica en la cual, aproximadamente, están los dos en el mismo bando; que quien ocupa el bando de enfrente, contra los patronos y contra los obreros, es el poder del capitalismo, la técnica del capitalismo financiero. Y si no, decídmelo vosotros, que tenéis mucha más experiencia que yo en estas cosas: cuantas veces habéis tenido que acudir a las grandes instituciones de crédito a solicitar un auxilio económico sabéis muy bien qué intereses os cobran, del 7 y del 8 por 100, y sabéis no menos bien que ese dinero que se os presta no es de la institución que os lo presta, sino que es de los que se lo tienen confiado, percibiendo el 1,5 ó el 2 por 100 de intereses, y esta enorme diferencia que se os cobra por pasar el dinero de mano a mano gravita juntamente sobre vosotros y sobre vuestros obreros, que tal vez os están esperando detrás de una esquina para mataros.

Pues bien: ese capital financiero es el que durante los últimos lustros está recorriendo la vía de su fracaso, y ved que fracasa de dos maneras: primero, desde el punto de vista social (esto deberíamos casi esperarlo); después, desde el punto de vista técnico del propio capitalismo, y esto lo vamos a demostrar enseguida.

Desde el punto de vista social va a resultar que, sin querer, voy a estar de acuerdo en más de un punto con la crítica que hizo Carlos Marx. Como ahora, en realidad desde que todos nos hemos lanzado a la política, tenemos que hablar de él constantemente; como hemos tenido todos que declararnos marxistas o antimarxistas, se presenta a Carlos Marx, por algunos —desde luego, por ninguno de vosotros—, como una especie de urdidor de sociedades utópicas. Incluso en letras de molde hemos visto aquello de "Los sueños utópicos de Carlos Marx". Sabéis de sobra que si alguien ha habido en el mundo poco soñador, éste ha sido Carlos Marx: implacable, lo único que hizo fue colocarse ante la realidad viva de una organización económica, de la organización económica inglesa de las manufacturas de Manchester, y deducir que dentro de aquella estructura económica estaban operando unas constantes que acabarían por destruirla. Esto dijo Carlos Marx en un libro formidablemente grueso; tanto, que no lo pudo acabar en vida; pero tan grueso como interesante, esta es la verdad; libro de una dialéctica apretadísima y de un ingenio extraordinario; un libro, como os digo, de pura crítica, en el que, después de profetizar que la sociedad montada sobre este sistema acabaría destruyéndose, no se molestó ni siquiera en decir cuándo iba a destruirse ni en qué forma iba a sobrevenir la destrucción. No hizo más que decir: dadas tales y cuales premisas, deduzco que esto va a acabar mal; y después de eso se murió, incluso antes de haber publicado los tomos segundo y tercero de su obra; y se fue al otro mundo (no me atrevo a aventurar que al infierno, porque sería un juicio temerario) ajeno por completo a la sospecha de que algún día iba a salir algún antimarxista español que le encajara en la línea de los poetas.

Este Carlos Marx ya vaticinó el fracaso social del capitalismo sobre el cual estoy departiendo ahora con vosotros. Vio que iban a pasar, por lo menos, estas cosas: primeramente, la aglomeración de capital. Tiene que producirla la gran industria. La pequeña industria apenas operaba más que con dos ingredientes: la mano de obra y la primera materia. En las épocas de crisis, cuando el mercado disminuía, estas dos cosas eran fáciles de reducir: se compraba menos primera materia, se disminuía la mano de obra y se equilibraba, aproximadamente, la producción con la exigencia del mercado; pero llega la gran industria; y la gran industria, aparte de ese elemento que se va a llamar por el propio Marx capital variable, emplea una enorme parte de sus reservas en capital constante; una enorme parte que sobrepaja, en mucho, el valor de las primeras materias y de la mano de obra; reúne grandes instalaciones de maquinaria, que no es posible en un momento reducir. De manera que para que la producción compense esta aglomeración de capital muerto, de capital irreducible, no tiene más remedio la gran industria que producir a un ritmo enorme, como produce; y como a fuerza de aumentar la cantidad llega a producir más barato, invade el terreno de las pequeñas producciones, va arruinándolas una detrás de otra y acaba por absorberlas.

Esta ley de la aglomeración del capital la predijo Marx, y aunque algunos afirmen que no se ha cumplido, estamos viendo que sí, porque Europa y el mundo están llenos de *trusts*, de Sindicatos de producción enorme y de otras cosas que vosotros conocéis mejor que yo, como son esos magníficos almacenes de precio único, que pueden darse el lujo de vender a tipos de *dumping*, sabiendo que vosotros no podéis resistir la competencia de unos meses y que ellos en cambio, compensando unos establecimientos con otros, unas sucursales con otras, pueden esperar cruzados de brazos nuestro total aniquilamiento.

Segundo fenómeno social que sobreviene: la proletarización. Los artesanos desplazados de sus oficios, los artesanos que eran dueños de su instrumento de producción y que, naturalmente, tienen que vender su instrumento de producción porque ya no les sirve para nada; los pequeños productores, los pequeños comerciantes, van siendo aniquilados económicamente por este avance ingente, inmenso, incontenible, del gran capital y acaba incorporándose al proletariado, se proletarian. Marx lo describe con un extraordinario acento dramático cuando dice que estos hombres, después de haber vendido sus productos, después de haber vendido el instrumento con que elaboran sus productos, después de haber vendido sus casas, ya no tienen nada que vender, y entonces se dan cuenta de que ellos mismos pueden una mercancía, de que su propio trabajo puede ser una mercancía, y se lanzan al mercado a alquilarse por una temporal esclavitud. Pues bien: este fenómeno de la proletarización de masas enormes y de su aglomeración en las urbes alrededor de las fábricas es otro de los síntomas de quiebra social del capitalismo.

Y todavía se produce otro, que es la desocupación. En los primeros tiempos de empleo de las máquinas se resistían los obreros a darles entrada en los talleres. A ellos les parecía que aquellas máquinas, que podían hacer el trabajo de veinte, de cien o de cuatrocientos obreros, iban a desplazarlos. Como se estaba en los tiempos de fe en el "progreso indefinido", los economistas de entonces sonreían y decían: "Estos ignorantes obreros no saben que esto lo que hará será aumentar la producción, desarrollar la economía, dar mayor auge a los negocios...; habrá sitio para las máquinas y para los hombres." Pero resultó que no ha habido este sitio; que en muchas partes las máquinas han desplazado a la casi totalidad de los hombres en cantidad exorbitante. Por ejemplo, en la fabricación de botellas de Checoslovaquia —éste es un dato que viene a mi memoria— donde trabajan, no en 1880, sino en 1920, 8.000 obreros, en este momento no trabajan más de 1.000, y, sin embargo, la producción de botellas ha aumentado.

El desplazamiento del hombre por la máquina no tiene ni la compensación poética que se atribuyó a la máquina en los primeros tiempos, aquella compensación que consistía en aliviar a los hombres de una tarea formidable. Se decía: "No; las máquinas harán nuestro trabajo, las máquinas nos liberarán de nuestra labor." No tiene esa compensación poética, porque lo que ha hecho la máquina no ha sido reducir la jornada de los hombres, sino, manteniendo la jornada igual, poco más o menos —pues la reducción de la jornada se debe a causas distintas—, desplazar a todos los hombres sobrantes. Ni ha tenido la compensación de implicar un aumento de los salarios, porque, evidentemente, los salarios de los obreros han aumentado; pero aquí también lo tenemos que decir todo tal como lo encontramos en las estadísticas y en la verdad. ¿Sabéis en la época de prosperidad de los Estados Unidos, en la mejor época, desde 1922 hasta 1929, en cuánto aumentó el volumen total de los salarios pagados a los obreros? Pues aumentó en un 5 por 100. ¿Y sabéis, en la misma época, en cuánto aumentaron los dividendos percibidos por el capital? Pues aumentaron en el 86 por 100. ¡Decid si es una manera equitativa de repartir las ventajas del maquinismo!

Pero era de prever que el capitalismo tuviera esta quiebra social. Lo que era menos de prever era que tuviera también una quiebra técnica, que es, acaso, la que está llevando su situación a términos desesperados.

Por ejemplo: las crisis periódicas han sido un fenómeno producido por la gran industria, y producido, precisamente, por esa razón que os decía antes, cuando explicaba la aglomeración del capital. Los gastos irreducibles del primer establecimiento son gastos muertos que en ningún caso se pueden achicar cuando el mercado disminuye. La superproducción, aquella producción a ritmo violentísimo de que hablaba antes, acaba por saturar los mercados. Se produce entonces el subconsumo, y el mercado absorbe menos de lo que las fábricas le entregan. Si se conservase la estructura de la pequeña economía anterior se achicaría la producción proporcionalmente a la demanda mediante la disminución en la adquisición de primeras materias y mano de obra; pero como esto no se puede hacer en la gran industria, porque tiene ese ingente capital constante, ese ingente capital muerto, la gran industria se arruina; es decir, que técnicamente la gran industria hace frente a las épocas de crisis peor que la pequeña industria. Primera quiebra para su antigua altanería.

Pero después, una de las notas más simpáticas y atractivas del período heroico del capitalismo liberal falla también; era aquella arrogancia de sus primeros tiempos, en que decía: "Yo no necesito para nada el auxilio público; es más, pido a los Poderes públicos que me dejen en paz, que no se metan en mis cosas." El capitalismo, muy en breve, en cuanto vinieron las épocas de crisis, acudió a

los auxilios públicos; así hemos visto cómo las instituciones más fuertes se han acogido a la benevolencia del Estado, o para impetrar protecciones arancelarias o para obtener auxilios en metálico. Es decir, que, como dice un escritor enemigo del sistema capitalista, el capitalismo, tan desdeñoso, tan refractario a una posible socialización de sus ganancias, en cuanto vienen las cosas mal es el primero en solicitar una socialización de las pérdidas.

Por último, otra de las ventajas del libre cambio, de la economía liberal, consistía en estimular la concurrencia. Se decía: compitiendo en el mercado libre todos los productores, cada vez se irán perfeccionando los productos y cada vez será mejor la situación de aquellos que los compran. Pues bien: el gran capitalismo ha eliminado automáticamente la concurrencia al poner la producción en manos de unas cuantas entidades poderosas.

Y vienen todos los resultados que hemos conocido: la crisis la paralización, el cierre de las fábricas, el desfile inmenso de proletarios sin tarea, la guerra europea, los días de la posguerra... Y el hombre que aspiró a vivir dentro de una economía y una política liberales. dentro de un principio liberal, que llenaba de sustancia y dé optimismo a una política y a una economía, vino a encontrarse reducido a esta cualidad terrible: antes era artesano. pequeño productor, miembro de una corporación acaso dotada de privilegios, vecino de un Municipio fuerte; ya no es nada de eso. Al hombre se le ha ido librando de todos sus atributos, se le ha ido dejando químicamente puro en su condición de individuo; ya no tiene nada; tiene el día y la noche; no tiene ni un pedazo de tierra donde poner los pies, ni una casa donde cobijarse; la antigua ciudadanía completa, humana, íntegra, llena, se ha quedado reducida a estas dos cosas desoladoras: un número en las listas electorales y un número en las colas a las puertas de las fábricas.

Y entonces mirad qué dos perspectivas para Europa: de una parte, la vecindad de una guerra posible; Europa, desesperada, desencajada, nerviosa, acaso se precipite a otra guerra; de otro lado, el atractivo de Rusia, el atractivo de Asia, porque no se os olvide el ingrediente asiático de esto que se llama el comunismo ruso, en el que hay tanto o más de influencia marxista germánica, influencia típicamente anarquista, asiática. Lenin anunciaba, como última etapa del régimen que se proponía implantar —lo anunció en un libro que se publicó muy poco antes de triunfar la Revolución rusa—, que al final vendría una sociedad sin Estado y sin clases. Esta última etapa tenía todas las características del anarquismo de Bakunin y de Kropotkin; pero para llegar a esta última etapa había que pasar por otra durísima, marxista, de dictadura del proletariado. Y Lenin, con extraordinario cinismo irónico, decía: "Esta etapa no será libre ni justa. El Estado tiene la misión de oprimir; todos los Estados oprimen; el Estado de la clase trabajadora también sabrá ser opresor; lo que pasa es que oprimirá a la clase recién expropiada, oprimirá a la clase que hasta ahora la oprimía a ella. El Estado no será libre ni justo. Y, además, el paso a la última etapa, a esa etapa venturosa del anarquismo comunista, no sabemos cuándo llegará." Esta es la hora en que no ha llegado todavía; probablemente no llegará nunca. Para una sensibilidad europea, para una sensibilidad de burgués o de proletario europeo, esto es terrible, desesperadamente. Allí sí que se llega a la disolución en el número, a la opresión bajo un Estado de hierro. Pero el proletariado europeo, desesperado, que no se explica su existencia en Europa, ve aquello de Rusia como un mito, como una posible remota liberación. Observad adónde nos ha conducido la descomposición postrera del liberalismo político y del liberalismo económico: a colocar a masas europeas enormes en esta espantosa disyuntiva: o una nueva guerra, que será el suicidio de Europa, o el comunismo, que será la entrega de Europa a Asia.

¿Y España, mientras tanto? En realidad, nuestro liberalismo político y nuestro liberalismo económico casi se han podido ahorrar el trabajo de descomponerse, porque apenas han existido nunca. El liberalismo político ya sabéis lo que era. Las elecciones, hasta tiempo muy reciente, se organizaban en el Ministerio de la Gobernación, y aun muchos españoles se felicitaban de que anduvieran así las cosas. Uno de los españoles más brillantes, Ángel Ganivet, allá por el año 1887, decía, poco más o menos: "Por fortuna, en España tenemos una institución admirable, que es el encasillado; él evita que las elecciones se hagan, porque el día que las elecciones se hagan, la cosa será gravísima. Evidentemente, para adueñarse de la voluntad de las masas hay que poner en circulación ideas muy toscas y asequibles; porque las ideas difíciles no llegan a una muchedumbre; y como entonces va a ocurrir que los hombres mejor dotados no van a tener ganas de irse por esas calles estrechando la mano al honrado elector y diciéndole majaderías, acabarán por triunfar aquellos a quienes las majaderías les salen como cosa natural y peculiar."

Y años después —me parece que era el año 1893— recalcitrante, tenaz en su posición antidemocrática, venía a decir: "Yo soy un admirador entusiasta del sufragio universal, con una sola condición: la de que nadie vote." Y añadía: "No se crea que esto es una broma de mal gusto. Yo entiendo que en esencia, en principio, todos los hombres deben tomar parte en los destinos de su país, como encuentro que la situación perfecta del hombre es llegar a ser padre de familia; pero como las dos cosas son tan difíciles ' a aquellos que veo en el camino de contraer matrimonio les aconsejo que no lo hagan; y a aquellos que veo dispuestos a votar, les aconsejo que no voten. Por fortuna, el pueblo español no necesita estos consejos, porque él mismo ha decidido no votar."

Este era, en realidad, nuestro liberalismo político. Y cuando dejó de ser esto, cuando hubo unas elecciones sinceras, hemos asistido al espectáculo de unas Cortes que, convencidas de que su triunfo las autorizaba a hacer lo que les viniera en gana, lo hicieron verdaderamente, hasta arrollar al resto de los mortales.

Pero fuera de este vaivén entre el régimen liberal, que no existía, y las Cortes, que existieron demasiado, nos encontramos con que el Estado español, con que el Estado constitucional español, tal como lo vemos configurado en la carta fundamental y en las leyes accesorias, no existe; es una pura broma, es un puro simulacro de existencia. El Estado español no existe en ninguna de sus instituciones más importantes. Nosotros, por ejemplo, somos miembros del Parlamento; el Parlamento tiene un deber primordial; este deber primordial consiste en aprobar todos los años una ley económica. Estamos viviendo con una ley económica que se aprobó —todos los sabéis, porque se os ha dicho con más autoridad que la que yo tengo— para el año 1934. Se liquidó aparentemente un déficit de 592 millones de pesetas; este déficit, en realidad, debe ser de unos 800 millones, porque faltan por liquidar, por pagar, algunas obligaciones contraídas. Pues bien: con este Presupuesto así, que todos los que formamos parte de las Cortes hemos vituperado como horrendo, hemos entrado en el año 1935. Nos ha dado pereza elaborar un nuevo Presupuesto, y entonces hemos empezado a prorrogar aquél por trimestres; pero en el primer trimestre ya le añadimos, por si era poco, me parece que 73 millones de gastos, y después se irá añadiendo una serie de créditos extraordinarios, gracias a lo cual, cuando este Presupuesto se liquide, tendremos el orgullo de mostrar a los ojos de Europa la satisfacción de un Presupuesto que, no más que en el transcurso de doce meses, entrampa al país en 1.000 millones de pesetas

Pues bien: cuando estábamos con esto y con el problema del vino, que no admite espera, y con el problema del trigo, y con el problema del paro, que es una verdadera angustia, que es una verdadera vergüenza, los diputados acordamos un día concedemos a nosotros mismos unas vacaciones de Carnaval, de un Carnaval que ya no celebra nadie, pero que tenemos que celebrar los diputados, yo no entiendo por qué.

Pues ¿y el paro? Tenemos alrededor de 700.000 parados. ¡Setecientos mil parados en una nación que no está convaleciente de la guerra, que ni siquiera ha tenido una gran industria, que no está, por tanto, liquidando la crisis del gran capitalismo! Tenemos 700.000 parados, cuya vida física es un puro milagro todas las mañanas. Pues bien: de estos 700.000 parados venimos hablando no sé cuanto tiempo hace. Una minoría poderosa dijo que iba a aportar para el socorro o para el auxilio de estos 700.000 parados cien millones de pesetas, que iban a proponer a las Cortes se votasen cien millones de pesetas. Entonces, otra minoría, que no se deja ganar en estas cosas; una minoría que ahora ya es minoría y totalidad, porque ocupa por entero el poder, dijo: "¿Cien millones? ¡Mil millones! ¡Nosotros vamos a dar mil millones!"

Y veréis. Estos mil millones han sido objeto de estudio y reparto por el Gobierno que nos administra. De esos mil millones que se dedican a remediar el paro obrero, setecientos cincuenta van aplicados a la construcción de edificios públicos. Ya comprenderéis que la construcción de edificios públicos no parece que sea una manera de normalizar la economía. Es de esperar que no emplearemos setecientos cincuenta millones de pesetas al año en construir edificios públicos. Pero es que, además, se cogen las estadísticas del paro y resulta que más de 400.000 parados, de los 700.000 que hay, son obreros rurales, a los que no va a llegar una peseta de los setecientos cincuenta millones.

Este es nuestro Estado, un Estado que gasta en personal (y encuentro respetabilísimo que el personal del Estado cobre sus sueldos: no ha asaltado los cargos públicos; ha entrado todo él porque

la Administración le abrió sus puertas; de modo que en esto no hay censura para el personal que sirve en los cargos públicos); que gasta en personal, digo, según cálculos muy autorizados, 1.350 millones de pesetas al año, aparte de los 313 de Clases Pasivas.

Y yo digo: esto estaría muy bien si este Estado sirviera de algo; pero este Estado lujoso, este Estado que no se priva de nada, este Estado que sostenemos con todos los impuestos, con todas las contribuciones y además, con lo que prestamos cada año, y que ya pronto no podrá seguir pidiendo, porque nadie le fiará, este Estado no realiza ningún servicio. Ahora, jeso sí!, él los tiene montados todos. Me han dicho (no lo he comprobado; las cosas que no he comprobado os las digo a ese título, para que las aceptéis a beneficio de inventario) que las plagas del campo son atendidas por el Estado de esta manera: cuando la plaga llega al campo, el dueño del campo promueve un expediente para la extinción de la plaga. Naturalmente, cuando se resuelve el expediente, ya no hay que molestarse en la extinción.

El liberalismo económico tampoco, en realidad, tuvo que fallar en España, porque la mejor época del liberalismo económico, la época heroica del capitalismo en sus orígenes, el capital español, en general, no la ha vivido nunca. Aquí las grandes empresas, desde el principio, acudieron al auxilio del Estado: no sólo no lo rechazaron, sino que acudieron a él; y muchas veces –lo sabéis perfectamente, está en el ánimo de todos– no sólo impetraron el auxilio del Estado, no sólo gestionaron aumentos del arancel protectores, sino que hicieron de esa discusión un arma de amenaza para conseguir del Estado español todas las claudicaciones. Y no hablemos más de esto.

Pues bien: en esta España que no fue nunca superindustrializada, que no está superpoblada, que no ha padecido la guerra; donde conversamos la posibilidad de rehacer una artesanía que aún permanece en gran parte; donde tenemos una masa fuerte, entramada, disciplinada y sufrida de pequeños productores y de pequeños comerciantes; donde tenemos una serie de valores espirituales intactos; en una España así, ¿a qué esperamos para recobrar nuestra ocasión y ponernos otra vez, por ambicioso que esto suene, en muy pocos años, a la cabeza de Europa? ¿A qué esperamos? Pues bien: esperamos a esto: a que los partidos políticos hagan el favor de dar por terminadas sus querellas sobre si van o no a liquidar las pequeñas diferencias que tienen pendientes en el Parlamento y fuera del Parlamento. Esta es la verdad; he prometido rigurosamente no dar a esto, ni por un instante, caracteres de mitin; pero decidme si la situación de los partidos españoles no es desoladora. Fijaos en la característica (y ya veis que quiero colocar la cosa todo lo alto que puedo) de la tragedia española y de la tragedia europea, que habéis tenido la benevolencia de ir siguiendo conmigo esta noche: el hombre ha sido desintegrado, ha sido desarraigado, se ha convertido, como os decía antes, en un número en las listas electorales y en un número en la cola de la puerta de las fábricas; este hombre desintegrado lo que está pidiendo a voces es que le vuelvan a poner los pies en la tierra, que se le vuelva a armonizar con un destino colectivo, con un destino común, sencillamente –llamando a las cosas por su nombre–, con el destino de la Patria. La Patria es el único destino colectivo posible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con una relación casi física; si lo extendemos al Universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es, justamente, lo que configura sobre una base física una diferenciación en lo universal; la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo pueblo; es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal.

Pues bien: esta integración del hombre y de la Patria, ¿a qué esperamos para hacerla? Pues esperamos a que los partidos de izquierda y los partidos de derecha se den cuenta de que estas dos cosas son inseparables, y ya veis que no les censuro por ninguna menuda peripecia; les censuro por esta incapacidad para colocarse ante el problema total del hombre integrado en su Patria.

Los partidos de izquierda ven al hombre, pero le ven desarraigado. Lo constante de las izquierdas es interesante por la suerte del individuo contra toda arquitectura política, como si fueran términos contrapuestos. El izquierdismo es, por eso, disolvente; es, por eso, corrosivo; es irónico, y, estando dotado de una brillante colección de capacidades, es, sin embargo, muy apto para la destrucción y casi nunca apto para construir. El derechismo, los partidos de derecha, enfilan precisamente el panorama desde otro costado. Se empeñan en mirar también con un solo ojo, en vez de mirar claramente, de frente y con los dos. El derechismo quiere conservar la Patria, quiere conservar la unidad, quiere conservar la autoridad; pero se desentiende de esta angustia del hombre, del individuo, del semejante que no tiene para comer.

Esta es, rigurosamente, la verdad, y los dos encubren su insuficiencia bajo palabrería: unos invocan a la Patria sin sentirla ni servirla del todo; los otros atenúan su desdén, su indiferencia por el problema profundo de cada hombre, con fórmulas que, en realidad, no son más que mera envoltura verbal, que no significa nada. ¡Cuántas veces habréis oído decir a los hombres de derechas: estamos en una época nueva, hace falta ir a un Estado fuerte, hay que armonizar el capital con el trabajo, tenemos que buscar una forma corporativa de existencia! Yo os aseguro que nada de esto quiere decir nada, que son puros buñuelos de viento. Por ejemplo: ¿qué es eso de un Estado fuerte? Un Estado puede ser fuerte cuando sirva un gran destino, cuando se sienta ejecutor del gran destino de un pueblo. Si no, el Estado es tiránico. Y, generalmente, los Estados tiránicos son los más blandengues. Cuando Felipe II asistía a la entrega de un hereje a la hoguera, estaba seguro de que dejándole ir a la hoguera servía al designio de Dios. En cambio, cuando un Gobierno liberal de nuestros días tiene que fusilar a uno que ha traicionado a su Patria, no se atreve a fusilarle porque no se siente suficientemente justificado por dentro.

Otra de las frases: hay que armonizar el capital con el trabajo. Cuando dicen esto, creen que han adoptado una actitud inteligentísima, humanísima, ante el problema social. Armonizar el capital con el trabajo..., que es como si yo dijera: "Me voy a armonizar con esta silla." El capital –y antes he empleado bastante tiempo en distinguir el capital de la propiedad privada– es un instrumento económico que tiene que servir a la economía total y que no puede ser, por tanto, el instrumento de ventaja y de privilegio de unos pocos que tuvieron la suerte de llegar antes. De manera que cuando decimos que hay que armonizar el capital con el trabajo no decimos –no dicen, porque yo nunca digo esas cosas– que hay que armonizaras a vosotros con vuestros obreros (¿es que vosotros no trabajáis también?; ¿es que vosotros no sois empresarios?; ¿es que no corréis los riesgos?; todo esto forma parte del bando de trabajo). No; cuando se habla de armonizar el capital con el trabajo lo que se intenta es seguir nutriendo una insignificante minoría de privilegiados con el esfuerzo de todos, con el esfuerzo de obreros y patronos... ¡Vaya una manera de arreglar la cuestión social y de entender la justicia económica!

¿Y el Estado corporativo? Esta es otra de las cosas. Ahora son todos partidarios del Estado corporativo; les parece que si no son partidarios del Estado corporativo les van a echar en cara que no se han afeitado aquella mañana, por ejemplo.

Esto del Estado corporativo es otro buñuelo de viento.

Mussolini, que tiene alguna idea de lo que es el Estado corporativo, cuando instaló las veintidós corporaciones, hace unos meses, pronunció un discurso en el que dijo: "Esto no es más que un punto de partida; pero no es un punto de llegada". La organización corporativa, hasta este instante, no es otra cosa, aproximadamente, en líneas generales, que esto: los obreros forman una gran Federación; los patronos forman otra gran Federación (los dadores del trabajo, como se los llama en Italia), y entre estas dos grandes Federaciones monta el Estado como una especie de pieza de enlace. A modo de solución provisional, está bien; pero notad igualmente que éste es, agigantado, un recurso muy semejante al de nuestros Jurados Mixtos. Este recurso mantiene hasta ahora intacta la relación del trabajo en los términos en que la configura la economía capitalista; subsiste la posición del que da el trabajo y la posición del que arrienda su trabajo para vivir. En un desenvolvimiento futuro que parece revolucionario y que es muy antiguo, que fue la hechura que tuvieron las viejas corporaciones europeas, se llegará a no enajenar el trabajo como una mercancía, a no conservar esta relación bilateral del trabajo, sino que todos los que intervienen en la tarea, todos los que forman y completan la economía nacional, estarán constituidos en Sindicatos Verticales, que no necesitarán ni de comités paritarios ni de piezas de enlace, porque funcionarán orgánicamente como funciona el Ejército, por ejemplo, sin que a nadie se le haya ocurrido formar comités paritarios de soldados y jefes.

Pues con estas vaguedades de una organización corporativa del Estado y del Estado fuerte y de armonizar el capital y el trabajo, se creen los representantes de partidos de derecha que han resuelto la cuestión social y han adoptado la posición política más moderna y justa.

Todo eso son historias. La única manera de resolver la cuestión es alterando de arriba abajo la organización de la economía. Esta revolución en la economía no va a consistir –como dicen por ahí

que queremos nosotros los que todo lo dicen porque se les pega al oído, sin dedicar cinco minutos a examinarlo— en la absorción del individuo por el Estado en el panteísmo estatal.

Precisamente la revolución total, la organización total de Europa, tiene que empezar por el individuo, porque el que más ha padecido con este desquiciamiento, el que ha llegado a ser una molécula pura, sin personalidad, sin sustancia, sin contenido, sin existencia, es el pobre individuo, que se ha quedado el último para percibir las ventajas de la vida. Toda la organización, toda la revolución nueva, todo el fortalecimiento del Estado y toda la reorganización económica, irán encaminados a que se incorporen al disfrute de las ventajas esas masas enormes desarraigadas por la economía liberal y por el conato comunista.

¿A eso se llama absorción del individuo por el Estado? Lo que pasa es que entonces el individuo tendrá el mismo destino que el Estado, que el Estado tendrá dos metas bien claras: lo que nosotros dijimos siempre: una, hacia afuera, afirmar a la patria; otra, hacia adentro, hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres. Y el día en que el individuo y el Estado, integrados en una armonía total, vueltos a una armonía total, tengan un solo fin, un solo destino, una sola suerte que correr, entonces sí que podrá ser fuerte el Estado sin ser tiránico, porque sólo empleará su fortaleza para el bien y la felicidad de sus súbditos. Esto es precisamente lo que debiera ponerse a hacer España en estas horas: asumir este papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria, darse cuenta de que el hombre no puede ser libre, no es libre si no vive como un hombre, y no puede vivir como un hombre si no se le asegura un mínimo de existencia, y no puede tener un mínimo de existencia si no se le ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones y millones de hombres, y no puede ordenarse la economía sin un Estado fuerte y organizado, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino, que es la Patria; y entonces ved cómo todo funciona mejor, ved cómo se acaba esta lucha titánica, trágica, entre el hombre y Estado que se siente opresor del hombre. Cuando se logre eso (y se puede lograr, y esa es la clave de la existencia de Europa, que así fue Europa cuando fue y así tendrán que volver a ser Europa y España), sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro modesto destino individual, el destino de España y de Europa, y del mundo, el destino total y armonioso de la creación.

EN MEMORIA DE JOSÉ GARCÍA VARA

Otro glorioso caído. Otro mártir que, como tal, ha sabido ofrendarlo todo, hasta su vida y su sangre, en el altar de la España inmortal.

Otro caído en aras del amor. El supo cumplir una misión sagrada dentro de la Falange Española de las J.O.N.S., y el plomo marxista le cercenó la vida antes de traspasar el umbral de la Patria naciente.

Por luchar por el amor le ha matado el odio. ¡Camarada! Tu sacrificio no será en vano: *Todos los que hoy podemos aún saludar ante tu tumba con el brazo en alto, sabemos seguir tu ejemplo magnífico. Todos estamos dispuestos a llegar, como tú, hasta el supremo sacrificio por cumplir nuestra misión. Misión en el neto sentido de la palabra, en el sentido religioso.* España, que no es un territorio ni una fantasía hija de calenturientas imaginaciones, sino que es una realidad intangible y suprema; que es el esfuerzo de nuestros hermanos, las hazañas gloriosas de nuestros padres y la sangre fecunda de nuestros abuelos, amenaza hoy morir, cobardemente abandonada. Y somos nosotros, los nacionalsindicalistas, los llamados a correr en su auxilio, en su apoyo, en ayudarla a levantarse. *¡Bendita sea la Falange, si ella nos lleva a morir por España!* Tengamos siempre presente que España es "una unidad de destino" en lo futuro y sepamos demostrar, cara al mundo y al sol, con orgullo de españoles, que si somos muchachos de edad, somos, en cambio, hombres para morir y vivir por España en el cumplimiento de un sagrado deber.

Somos jóvenes, Demasiadas veces liemos oído repetirnos con énfasis de superioridad que luchamos así *porque nada tenemos que perder.* ¿Nada? Los mismos que tal dicen no lo sienten, no lo pueden sentir. Demasiado saben ellos, porque también fueron jóvenes, que *vale más un porvenir por hacer que uno ya hecho. Que vale más una ilusión que una realidad.*

Yo os aconsejo que cerréis los oídos para esas gentes que ahora, como siempre, se dolerán lastimeramente por la muerte de nuestro camarada, y quizá os aconsejen extremar las represalias. Yo os pido que les demostréis con vuestra conducta *cómo sabemos nosotros sufrirlo todo, recogiendo de entre la sangre de nuestro hermano su animoso espíritu —de esa sangre que vuelve a ser el abono fecundo en el suelo de España para la futura cosecha— para seguir imperturbables nuestra ruta.*

Quizá os digan, en tono de insufrible superioridad, que no debéis permanecer en nuestras filas, que hagáis caso a su consejo "de hombres" y os dejéis de "locuras". Replicadles que los hombres no se miden por la estatura ni por las palabras: que los hombres se miden y se ven en el terreno de los hechos, de la acción, que es nuestro terreno. Y si es verdad que somos locos, *¡bendita locura la de este amor, que nos lleva a entregar a la Patria lo más precioso que nos dio: nuestra sangre!*

Hacerles ver, clara y rotundamente, cómo son los responsables directos de la muerte de nuestros camaradas con su egoísmo, con su incapacidad y con su cobardía; que el problema de vida o muerte que tiene España planteado no se resuelve con palabras; que mientras ellos en sus casas, o en los cafés, "arreglan" a España, estamos nosotros en estas calles españolas, que parecen destinadas a ser siempre regadas por la sangre de sus hijos, cruel y cobardemente asesinados por el solo delito de tener corazón, de tener de sobra todo el corazón que a ellos les falta, y que, en último término, *preferimos morir todos, del primero al último,* antes de seguir encenagados en el oprobio y la vergüenza.

Otra vez nos vemos precisados a rendir el póstumo homenaje al camarada caído. Vil y cobarde, mal nacido el que ahora se retrase de la primera fila; ese no es digno de llamarse camarada del muerto en esta hermandad suprema de la Falange.

Otra vez las Falanges. ¡Firmes! Todos en las filas de choque, en la vanguardia, ahora más que nunca y como siempre. Hay ya uno más entre los mártires de España. José García Vara: Todos a una, ¡Presente! ¡Arriba España!

(Arriba, núm. 4, 11 de abril de 1935)

EL NUEVO GOBIERNO Y EL FRACASO DEL ORDEN CONSTITUCIONAL

Se resolvió la crisis, si es que a esto que ha ocurrido puede llamarse resolución de nada. En efecto, después de muchas visitas y comunicaciones telefónicas, de algunas de las cuales dio noticia la Prensa y de otras no; después de fracasar diversos intentos, el señor Lerroux recibió y cumplió el encargo de formar Gobierno como pudiese. Varios diputados del partido radical se dijeron con júbilo: "Esta sí que es la nuestra: se acabaron las concentraciones; ahora el Poder es para nosotros íntegro, y habrá carteras para todos". ¡Oh emoción contenida del señor Rey Mora y del señor Álvarez Mendizábal ante el barrunto de la poltrona entrevista! Pero el señor Lerroux, que conoce a su gente, no ha tenido más remedio —a falta de Legaciones y de Embajadas con que alejarlos— que contrariar las legítimas aspiraciones de varios de sus conspicuos y rellenar el Gabinete con técnicos y progresistas. Nadie se pregunte qué representan los progresistas en la vida española y a qué se debe su nutrida presencia en el nuevo Gobierno; es recomendable no hacer preguntas que no se pueden contestar.

Pero, aparte todo comentario alegre —¡para alegrías estamos!—, el Gabinete que acaba de constituirse es vivo ejemplo de lo que desde tiempo atrás venimos afirmando y reiterando: el Estado español no existe; es pura ficción, y porque lo es no puede apenas vivir más que negando a diario con subterfugios sus propios fundamentos. Así, en régimen parlamentario, dicen que un Gobierno necesita dos confianzas: la del jefe del Estado y la del Parlamento. Pues bien: el nuevo equipo del señor Lerroux está tan seguro de contar con esta segunda confianza que, por si acaso, no se presenta al Parlamento. Aprovecha un resquicio constitucional para cerrar las Cortes hasta mayo, y entonces ya veremos.

Si en alguna hora no era permisible interrumpir la vida del más importante órgano constitucional, era en la hora presente. La fuerza parlamentaria ha venido demorando días y meses el estudio de innumerables cosas sin espera: paro, alcohol, remolacha..., e incumpliendo su deber constitucional de elaborar un nuevo presupuesto, ya que el que rige va en camino de liquidarse con mil millones de déficit. Pues bien, cuando todo eso apremia, el Gobierno vuelve a cerrar las Cortes. Si las mantiene abiertas no puede gobernar; si las cierra no se legisla; cualquiera de las dos soluciones representa un colapso; el Gobierno ha elegido, entre los dos colapsos, el menos ingrato para él. Pero ¿y para España? España está condenada a vivir media vida, como los paralíticos desde la cintura, porque en el orden constitucional no se la deja vivir entera. Pero, preguntará algún ingenuo, ¿no es más importante España que el orden constitucional? ¿No es el orden constitucional el que debe sacrificarse? ¡Ah! Eso ya lo venimos diciendo nosotros hace mucho tiempo, pero...

GIL ROBLES

Medio en broma, en el segundo número de *Arriba* se publicó un "reportaje posible" titulado *¿Se da de baja el señor Gil Robles en Acción Popular?* Podemos ufanarnos de haber puesto el dedo en la llaga, porque lo que aquí llamábamos Acción Popular —bien claro estaba el texto— era la influencia helada, cauta, sinuosa y escurridiza de don Ángel Herrera. Entre los poderes ocultos que rigen en Acción Popular —veníamos a decir— y el temperamento enérgico del señor Gil Robles, va mareándose por días una incompatibilidad que acabará en ruptura. Y, por el bien del señor Gil Robles, deseábamos que esa ruptura sobreviniera.

Ya ha sobrevenido. El señor Gil Robles, antes de aventurarse a tamaña decisión, ha tenido que vacilar y contenerse. Nos hubiera gustado más —y acaso al señor Gil Robles también— que la disidencia con el Gobierno del señor Lerroux se hubiera planteado en ocasión más lucida que la del indulto de González Peña. Pero no todo sale cuando se quiere, y más vale tarde que nunca.

La cosa ha tenido un sentido bien claro, que más de un periódico se ha apresurado a recoger: la ruptura no ha sido entre el señor Gil Robles y el señor Lerroux, sino entre el señor Gil Robles y *El Debate*, con todo lo que *El Debate* oculta. También en el lado de la derecha hay poderes internacionales y masonerías más o menos blancas. Y el señor Gil Robles (seguido hasta ahora de toda la Acción Popular, aunque no tardarán en sobrevenir algunos desgajamientos) se ha emancipado.

Nosotros, incompatibles con Acción Popular por otras muchas cosas, de tono, de ritmo, de entendimiento de la historia, de concepción económica y social, no podemos, sin embargo, dejar de ver con buenos ojos esta liberación de unas fuerzas, estén donde estén, que se rebelan contra mediatizaciones y que recobran en lo que pueden lenguaje y apostura nacionales.

(*Arriba*, núm. 4, 11 de abril de 1935)

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA APERTURA DEL PRIMER CONSEJO NACIONAL DEL S.E.U. EL DÍA 11 DE ABRIL DE 1935

Después de recordar los primeros pasos de la Falange, aun ni siquiera nacida, en una pieza de la calle de Alcalá Galiano, donde se reunían los primeros, dijo:

Luego vino la salida pública y las interpretaciones interesadas: para unos éramos, en lo secreto, nostálgicos de cosas idas; para otros, la fuerza de choque del orden burgués; todos se equivocaron; somos de veras lo que dijimos desde el principio: nacionalsindicalistas. Por eso nos apresuramos a estructurarnos en sindicatos. Los sindicatos no son órganos de representación, sino de actuación, de participación, de ejercicio. En ellos se logra armonizar al hombre con la Patria al través de la función, que es lo más auténtico y profundo.

El primer sindicato que nació fue el de Estudiantes, que hoy —¡quién lo hubiera dicho hace dos años!— se ha adueñado de todas las Universidades españolas e inaugura su primer Congreso Nacional. En esta hora los camaradas estudiantes tienen que meditar acerca de tres órdenes de deberes:

Primero, en sus deberes para con la Universidad, que no ha de ser considerada como una oficina de expedición de títulos, sino como un organismo vivo de formación total. Así, el sindicato, dentro de la Universidad, tiene que cumplir dos fines: el propiamente profesional, escolar —donde nuestros camaradas han de aspirar a ser los primeros— y el de aprendizaje para los futuros sindicatos, en que el día de mañana se insertará cada uno.

Segundo, en sus deberes para con España. La ciencia no puede encerrarse en un aislamiento engreído: ha de considerarse en función de servicio de la totalidad patria, y más en España, donde se nos exige una tarea ingente de reformatión.

Y tercero, en sus deberes para con la Falange, donde el sindicato de Estudiantes ha de ser gracia y levadura. Por eso han querido introducir en él sus más activos venenos de desunión todos los enemigos declarados o encubiertos de lo que representa la Falange.

Si cumplís estos tres deberes, estad seguros de que España será nuestra.

Sólo nuestra debilidad interior nos puede deparar la derrota. Pero si permanecemos unidos y firmes, veréis cómo un día, cuando seamos viejos y veamos en torno nuestro la nueva España de nuestros hijos, recordaremos esta mañana primaveral, que aún tiene luz inverniza, con la satisfacción de los que no están descontentos de su obra.

(Arriba, núm. 5, 18 de abril de 1935)

ANTE LA PROFANACIÓN DE LA TUMBA DEL CAPITÁN GALÁN

UNA NOTA DE LA FALANGE

La Falange Española de las J.O.N.S., ante las primeras noticias de haber sido profanadas las tumbas de los capitanes Galán y García Hernández, no quiere demorar por veinticuatro horas su repulsión hacia los cobardes autores de semejante acto. Quien demostrara su aquiescencia para tan macabra villanía no tendría asegurada ni por un instante su permanencia en la Falange Española y de las J.O.N.S., porque en sus filas se conoce muy bien el decoro de morir por una idea".

(Arriba, núm. 4, 11 de abril de 1935)

1931 - 1935

El 14 de abril de 1931 sobaron por las calles camiones, trapos rojos y gritos. Pero, bajo el mal gusto exterior, cantaba la esperanza de un pueblo; acaso ese pueblo, entregado desde hace siglos a su pereza al sol, no conserva viva del todo más aptitud que la de esperar. Sin mucha fe, pero espera. O más bien, aguarda con la escéptica expectativa del que ha comprado un número para la lotería y no desecha del todo la posibilidad de que le toque. El pueblo sabía que con el régimen monárquico le iba mal, y, sin más se abrió al barrunto alegre de que con la República le iba a ir mejor. Así –quitado el mal gusto–, las jornadas de abril del 31 resultaron ejemplares: la multitud fue dueña de las calles, y, sin embargo, no se registró ni un solo acto cruento. Las masas obreras, educadas en el agrio sindicalismo socialista, renunciaron a su gesto propio para sumarse a una festividad total, en la que obreros y burgueses ahogaban sus discordias. ¿Cuál podía ser la clave secreta de aquellos resultados imprevisibles? La clave de *lo nacional y lo social unidos*; España creyó encontrar de golpe las dos cosas inesperables: un alma histórica, colectiva, y unas bases justas de convivencia humana: la Patria y el pan, que forman, juntos, la justicia.

El balance de los cuatro años transcurridos es bien poco consolador. El 11 de mayo de 1931 unos grupitos vergonzosamente tolerados – ¿o protegidos?– se fingieron turbas indomables y pegaron fuego a los conventos. En las ciudades españolas, vandalizadas aquel día, ardió, más pronto que las paredes religiosas, la concordia nacional. A poco empezaba una política sectaria, de *exclusión*, que colocó fuera de la comunidad civil a millones de españoles. Se jugó al esteticismo revolucionario sin fecundidad ni finalidad. El momento de casi unanimidad espiritual del 14 de abril pasó a ser un recuerdo.

La otra tarea de la revolución consistía en alterar las bases económicas de la vida popular. Había en España demasiados parias, desprovistos de todo, y demasiados zánganos sostenidos por el trabajo de los demás. Aquello necesitaba una transformación enérgica y austera. El bienio no la hizo: se afanó en imitar y vejar a los privilegiados, pero no mejoró en nada el infortunio de los humildes; desquició un sistema de Economía sin iniciar fecundamente la construcción de otro. ¿Y después? Las elecciones de noviembre del 33 impusieron un cambio de rumbo a la política. El cambio ha consistido en un estancamiento. Ya no se cometen tropelías religiosas, pero todo se deja como estaba. Como estaba en 1931, corregido y empeorado por la furia del bienio. Los privilegios antiguos, la miseria antigua, menos disciplina social y muchos más miles de guardias.

Así, el 14 de abril de 1935 ya no se ha parecido en nada al de 1931. Le ha faltado color popular y frescura de esperanza nueva. Unas cuantas ceremonias, uniformes, condecoraciones, y unos millares de curiosos en cuyas caras se leía: "Inutilidad por inutilidad, aquella era más decorativa, por lo menos."

AMÉRICA

Ha pasado casi inadvertida entre las deformaciones de la Prensa diaria una noticia harto dolorosa: la última línea de barcos españoles ha emprendido su postrer viaje a América.

Si la sensibilidad de nuestro público no estuviera justamente absorbida por las peripecias de nuestra alta política nacional; si no tuviéramos el espíritu totalmente ocupado por la congoja de saber si el señor Gil Robles y el señor Lerroux harán las paces, gracias a los buenos oficios del señor Martínez de Velasco, sería cosa de dedicar unos instantes de meditación a este corte dramático de nuestras comunicaciones marítimas con América.

América es, para España, no sólo la anchura del mundo mejor abierta a su influencia cultural, sino, como dicen los puntos iniciales de la Falange, uno de los mejores títulos que puede alegar España para reclamar un puesto preeminente en Europa y en el mundo. Todo esfuerzo por mantener tensos los hilos en comunicación con América deberían parecernos escasos, sobre todo cuando la influencia española riñe allá con la competencia de tantos influjos organizados e inteligentes.

En vez de eso, y probablemente con razones financieras considerables (pues nuestro desbarajuste interior también es fértil en ofrecer apremios financieros con que aguantar), España se ha resignado

a dejar libres los caminos atlánticos a las quillas de otras naciones. Paso a paso, España va dimitiendo su puesto en el mundo.

CAMBÓ

El señor Cambó ha disertado en el cine Goya. Si alguien en España representa con marca excelente las características de la política europea occidental, es el señor Cambó. Hay un estilo político, brillante en otro tiempo, que aún se resiste, como todas las cosas que fueron realmente interesantes, a desaparecer. Es aquella vieja escuela liberal y capitalista que logró su exacta madurez en la era victoriana inglesa, y que imprimió sello y estilo a la política del Continente.

Entre nosotros, la vida parlamentaria y gubernamental se desenvolvió casi siempre con aire palurdo. Dos o tres excepciones pueden señalarse entre la zafiedad de unos ejemplares políticos para quienes el vestirse de levita ya era, por lo desacostumbrado, un acto que se realizaba con empaque grotesco. Una de esas dos o tres excepciones, y, sin duda, la más relevante, es el señor Cambó.

Su conferencia en el cine Goya fue una delicia evocativa, como los sombreros de la reina Mary de Inglaterra. Estos sombreros, como la elegancia polémica del señor Cambó, recuerdan aquellos años gratos que precedieron al 14; aquellos años en que el cinematógrafo aún no había destronado al teatro, ni el automóvil competía con *les grands expres européens*. Pero ¡qué le vamos a hacer, si desde entonces han ocurrido cosas como la Guerra Europea, la Revolución rusa, la marcha sobre Roma y el triunfo de Hitler! Sería de desear que nada de eso hubiera venido a agitar una atmósfera que ya se siente un tanto discorde con los sombreros de la reina Mary.

Y así, la conferencia del señor Cambó, llena de aguda sabiduría humana y de libre casualismo, sólo se nos puede presentar como la bella despedida de un sistema que se resiste a sucumbir, pero que deja el paso a las legiones juveniles que, a toque de cornetas, se aprestan a salvar y a rehacer a Europa.

(*Arriba*, núm. 5, 18 de abril de 1935)

LECCIÓN GRITADA

La sublevación de la Generalidad de Cataluña ha sido un episodio, solamente, de la subversión total con que se ha intentado la consumación del aniquilamiento de España. Quede esto bien claro, para poder ahondar en las poco profundas razones que a Cataluña, como tal Cataluña, la han empujado a este ridículo y triste levantamiento contra España.

Los hombres de España que han intentado penetrar entrañas adentro de nuestra realidad viva para destrozarla han jugado con Cataluña como con un peón dócil para el sacrificio. Las cabezas de la revolución disociadora, suicida y estéril, que hemos padecido, colocaron a los catalanes como propicias víctimas de paja, utilizando la demencia anacrónica, sangrienta y burlesca, de una estúpida fracción catalana, que había brujuleado en las últimas horas desde la delincuencia común hasta una especulación rencorosa y burda con los más turbios y equívocos sentimientos particularistas.

La cola del, por fortuna tartarinesco, alzamiento en armas de unos cuantos catalanes, es imputable a la total falta de pulso de los resortes españoles. Grábese esto bien en las cabezas de España: tan sólo el embarque en más altas empresas imposibilitará de manera absoluta la creación de un estado de ánimo semejante al que facilitó la criminal intentona de Cataluña.

Si el servicio de España es algo eterno e insobornable, contra el que nada pueden conjuras y zancadillas de los tiempos para este mejor servicio –para el que poco significa la entrega de la vida misma– han de ser extraídas cuidadosamente todas las enseñanzas. Y para recoger estas enseñanzas, ágilmente españolas, nosotros predicamos el reencuentro de las auténticas venas de España. Y una de ellas, firme y jugosa, pese a todos los traidores machetazos recibidos, cuando sobre nuestro cielo comenzó a aletear un blandengue, y cobarde entendimiento de la vida, es nuestro Ejército. ¡Soldados de España! Ahí es nada: soldados que no han podido olvidar que un designio de imperio acariciaba sus frentes; soldados para quienes la realidad de Cataluña se aparecía en su cabezas, prietas de grandeza y disciplina, como la pieza justa del mapa-mundi español.

¡Levantamiento de Cataluña! Triste levantamiento que cubre unas pocas horas de cobardía. ¡Subversión marxista! Sangrienta y feroz subversión de la anti España, lección para cerrados ojos y taponados oídos, que han tenido que ver y escuchar en fuerza de fogonazos y estampidos. Y enfrente de toda esa turba enloquecida y enloquecedora, nuestro Ejército, este Ejército que se había hecho tópico de padecimientos y agresiones, de vilipendias e injurias, pero que mantenía intacta, allá en lo más hondo dé su ser espiritual y físico, la razón de la servidumbre de España.

Ni Azaña, ni Companys, ni Dencás, ni Largo Caballero..., ni tantos otros que forman el triste y cobarde cortejo de la traición y la delincuencia frente a España, pudieron nunca comprender todo lo que cabe en la cabeza del último soldado de España. La lección, como espada en alto, grita desde Cataluña. Disciplina y servidumbre, cantan sobre la cabeza de una generación, que aspira a hacer imposible un nuevo ataque contra el ser entero y eterno de España.

La Cataluña de cabeza roma –pequeña porción delirante de la gran Cataluña– ha sido derrotada. Todas las fuerzas juntas de la destrucción no han podido hacer sino parar unos instantes la marcha de una nueva España, que avanza con la cabeza metida en lo eterno y con los pies calzando el brío de toda una juventud segura de sus pisadas.

(Arriba, núm. 5, 18 de abril de 1935)

EL PACTO DE LOS CUATRO

¿Creen ustedes que nos referimos a una posible entrevista entre Mussolini, Simon y Laval, con la asistencia de Hitler? Pues no; no nos referimos a esa menudencia, en la que acaso pretendiera organizarse la paz de Europa: aludimos a la reunión que el sábado próximo, si el tiempo no lo impide, celebrarán en esta villa don Alejandro Lerroux, don José María Gil Robles, don José Martínez de Velasco y don Melquiades Álvarez.

Algunos abrigan la consoladora esperanza de que esa reunión nos devuelva la armonía familiar rota entre los mismos señores a raíz del indulto de González Peña. De ser así, recobraríamos el indecible contento de tener sentado por varios meses en el banco azul a un Gobierno semejante al que hizo hasta la última crisis la felicidad de España.

No fuimos remisos en aplaudir al señor Gil Robles por el acierto de retirar su apoyo al anterior Gobierno del señor Lerroux. Alabamos en su decisión el intento de recobrar un sentido nacional desde bastante atrás desatendido. Nos duele, si "el pacto de los cuatro" concluye en nueva alianza, tener que arrepentirnos de nuestros precipitados elogios. Todo entonces tendría el aire de una farsa: el señor Gil Robles habría fingido una incompatibilidad de principios para, retirándose, dejar el campo libre al señor Lerroux, y una vez que el señor Lerroux hubiera cultivado ese campo a sus anchas, incluso con labores irremediables, como la restauración del Estatuto, el señor Gil Robles se habría reintegrado, con aire de hipócrita inocencia respecto de lo ocurrido en el intervalo, al goce de las delicias del poder.

La cosa sería demasiado burda para tolerarla. Pero ya está visto que nuestro pueblo tiene que ir acostumbrándose a la idea de tolerarlo todo. De tolerar incluso que transcurran los meses y los años sin que nadie acuda a remediar sus males, mientras los partidos sacrifican todo al juego pícaro de sus componendas.

EL BLOQUE SE LIQUIDA

Sentimos comunicar a nuestros lectores que la fornida masa de cemento presentada al mundo, hace meses, con el sonoro nombre de Bloque Nacional, empieza a presentar impresionantes resquebrajaduras.

Todos recuerdan cómo nació el Bloque Nacional: Unas declaraciones en *A B C* del señor Calvo Sotelo dieron al aire su opinión, acorde con la de Spengler, de que la hora en que vivimos no es para hombres como el señor Gil Robles, sino que es "la hora de los Césares". Modestamente, el señor Calvo Sotelo parecía ofrecerse a asumir el papel de César. Al servicio de tal propósito redactó una recia pieza literaria, llamada manifiesto, donde embutió considerables reservas de esa prosa alada con que acostumbra producirse. Enseguida comenzó a recoger firmas para el monumento. Su primer propósito fue obtener, sencillamente, las de cuantos encarnaban toda tendencia aprovechable en sentido nacional. Pero éste tropezaba, naturalmente, con el obstáculo de que si entre los hombres de esas tendencias había alguna que otra aspiración común (al menos de palabra), muchos discrepaban en otras cosas profundas; por ejemplo, en la manera de entender la justicia social. Como era de prever, las firmas del manifiesto quedaron reducidas a las de las figuras relevantes en dos partidos de ultraderecha y a las de unas cuantas personas de esas que no faltan en ninguno de los sitios donde se firma, sea la petición del premio Nobel para algún ilustre compatriota, sea la convocatoria a un banquete en honor del señor Salazar Alonso. El único efecto del nacimiento del Bloque fue complicar hasta el jeroglífico la filiación política de algunas estimables personas. Antes, por ejemplo, un afiliado a Renovación Española, era además, miembro de la T.Y.R.E. (Tradicionalistas y Renovación Española); pero en los últimos tiempos agregaba a esas dos filiaciones la filiación al Bloque Nacional. Con lo cual el Bloque, a pesar de su imponente denominación, se limitaba a ser un modo de decir, ya que sus masas estaban alistadas en grupos previamente existentes y dotados de disciplina propia.

En el fondo, el Bloque quedó reducido a una incómoda invasión, por parte del señor Calvo Sotelo, de las jefaturas desempeñadas por dos personas tan irreprochablemente prudentes y correctas como el señor Goicoechea y el conde de Rodezno. Singularmente por la proximidad, el primero era quien con

más elegante discreción soportaba los empujones de impaciente ex desterrado de París. Pero si el señor Goicoechea no era capaz de provocar desagradablemente una cuestión de límites, en las filas de Renovación Española, especialmente en su juventud, la tirantez ha llegado a términos de rompimiento. En una palabra: la juventud de Renovación Española se ha declarado incompatible con el señor Calvo Sotelo, en parte por razones de insuperable antipatía personal, en parte por tener noticias que de allende las fronteras ha venido en contra del señor Calvo Sotelo una determinante desautorización.

¿No han notado los lectores cómo en el último mitin celebrado por el Bloque, en Sevilla –tan cacareado por dos o tres periódicos– no ha tomado parte ningún orador de Renovación Española?

(*Arriba*, núm. 6, 25 de abril de 1935)

ASISTENCIA

Nuestro Movimiento crece por todas partes. El último domingo fue en Zamora, en Toro, en Puebla de Sanabria, en San Adrián, donde afirmó resueltamente su presencia. Como por milagro, contra crímenes, silencios, deformaciones y penurias, la Falange Española de las J.O.N.S. aumenta.

Pero el crecimiento exterior no corresponde siempre ni en todas partes un acrecimiento de la actividad interna, una movilización animosa de todos los que podrían y deberían prestar su esfuerzo al servicio de la Falange.

Todas las tareas diarias se realizan por un grupo, siempre el mismo, de militantes beneméritos. Ninguna gratitud para ese grupo es bastante, el jefe nacional no regateará el manifestársela en público en la ocasión más solemne.

Pero con el leal entusiasmo de esos pocos contrasta la pereza y la viveza del mal estilo de unos cuantos, quienes en el eludir las tareas no sólo revelan poca adhesión al Movimiento y falta de voluntad, sino una pésima educación de vieja cuquería, llena de ocultos estímulos malintencionados.

Es preciso a toda costa, para anegar en una corriente fuerte y ancha de entusiasmo esas tristes excepciones, que todos redoblen la decisión de dar al Movimiento lo que el Movimiento les pida. Un mínimo de solidaridad exige que todos pongan parte de su esfuerzo para aliviar los hombros de quienes llevan encima pesos exorbitantes.

¡Camaradas de la Falange Española de las J.O.N.S.! Cuantos podáis prestar algún servicio de asistencia, como médicos, para nuestros enfermos y heridos; como abogados, para nuestros innumerables presos; como maestros, para nuestros camaradas que necesitan instrucción; como escritores, como oradores, como dibujantes, para nuestras propagandas; en cualquier forma, en fin, acudid *hoy mismo* a ofrecemos a los jefes locales.

Y hacedlo con propósito firme de no incumplir vuestros ofrecimientos. No imitéis a algunos que en la deserción de sus tareas han demostrado, junto a su falta completa de camaradería, una total ausencia de veracidad y de carácter.

(Arriba, núm. 6, 25 de abril de 1935)

LO FEMENINO Y LA FALANGE

DISCURSO Y PALABRAS PRONUNCIADAS EN DON BENITO (BADAJOZ) EL DIA 28 DE ABRIL DE 1935

Es preciso venir a hablaros y ponerse en contacto con los pueblos para aprender lo que es esta España tan olvidada o maltratada por muchos y que, sin embargo, vosotros lleváis metida muy hondo, defendiendo con amoroso afán su nombre y su grandeza. Nuestra tierra es muy rica; nuestra tierra es capaz de proporcionar una vida digna y humana a doble número de españoles de los que hoy viven en ella, la mayor parte de las veces en condiciones miserables, infrahumanas, peor que la de los animales. Nuestra tierra, además, fue en otros tiempos dueña del mundo y dio vida y espíritu a otras muchas tierras. Hoy, por el contrario, lleva una vida lánguida, pobre y desfallecida, falta de toda ambición de gloria y de todo afán de justicia. Ello proviene de que hemos dejado de ser una unidad para convertimos en una serie de fragmentos, de divisiones, con ventaja tan sólo para unos cuantos políticos que han acaparado la vida nacional. Pues bien: con nosotros esa unidad de España tendrá que restablecerse y tened la seguridad de que si ésta no se convertirá en el Paraíso, porque esto en la vida no es posible, todos viviréis mejor, porque habremos limitado las acumulaciones de riqueza inútiles y perjudiciales para la nación, que sólo sirven para satisfacer deseos del poder particular; porque habremos suprimido una serie de organismos financieros que quitan todo calor de humanidad a la economía y porque el esfuerzo de todo un pueblo se dirigirá no a defender los beneficios de unos pocos, sino a mejorar la vida de todos. Nosotros no podemos estar conformes con la actual vida española: hemos de transformarla totalmente cambiando no sólo su armadura externa, sino el modo de ser de los españoles.

Nosotros no queremos que triunfe un partido ni una clase sobre los demás; queremos que triunfe España como una unidad, con una empresa futura que realizar en la que se fundan todas las voluntades individuales.

Esto hemos de conseguirlo aun a costa de los mayores sacrificios, pues es mil veces preferible caer en servicio de tal empresa que llevar una vida lánguida, falta de ideal, sin otra meta ni ambición que llegar al día de mañana.

La vida sólo merece vivirse cuando en ella se realiza, o al menos se intenta, una obra gigante, y nosotros no comprendemos otra mejor que la de crear la nueva España.

(Palabras pronunciadas por José Antonio en Don Benito, después del mitin, a unas camaradas)

Habéis querido, mujeres extremeñas, venir a acompañarnos en nuestra despedida. Y acaso no sabéis toda la profunda afinidad que hay entre la mujer y la Falange. Ningún otro partido podréis entender mejor, precisamente porque en la Falange no acostumbramos usar ni la galantería ni el feminismo.

La galantería no era otra cosa que una estafa para la mujer. Se la sobornaba con unos cuantos piropos, para arrinconarla en una privación de todas las consideraciones serias. Se la distraía con un jarabe de palabras, se la cultivaba una supuesta estúpida, para relegarla a un papel frívolo y decorativo. Nosotros sabemos hasta dónde cala la misión entrañable de la mujer, y nos guardaremos muy bien de tratarla nunca como tonta destinataria de piropos.

Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles. A mí siempre me ha dado tristeza ver a la mujer en ejercicios de hombre, toda afanada y desquiciada en una rivalidad donde lleva –entre la morbosa complacencia de los competidores masculinos– todas las de perder. El verdadero feminismo no debiera consistir en querer para las mujeres las funciones que hoy se estiman superiores, sino en rodear cada vez de mayor dignidad humana y social a las funciones femeninas.

Pero por lo mismo que no somos ni galantes ni feministas, he aquí que es, sin duda, nuestro movimiento aquel que en cierto aspecto esencial asume mejor un sentido femenino de la existencia. No esperaríais, sin duda, esta declaración de boca de quien manda –inferior en esto a cuantos le obedecen– tantas filas magníficas de muchachos varoniles.

Los movimientos espirituales del individuo o de la multitud responden siempre a una de estas dos palancas: el egoísmo y la abnegación. El egoísmo busca el logro directo de las satisfacciones sensuales; la abnegación renuncia a las satisfacciones sensuales en homenaje a un orden superior. Pues bien: si hubiera que asignar a los sexos una primacía en la sujeción a esas dos palancas, es evidente que la del egoísmo correspondería al hombre y la de la abnegación a la mujer. El hombre –siento, muchachas, contribuir con esta confesión a rebajar un poco el pedestal donde acaso lo teníais puesto– es torrencialmente egoísta; en cambio, la mujer casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea.

La Falange también es así. Los que militamos en ella tenemos que renunciar a las comodidades, al descanso, incluso a amistades antiguas y a afectos muy hondos. Tenemos que tener nuestra carne dispuesta a la desgarradura de las heridas. Tenemos que contar con la muerte –bien nos lo enseñaron bastantes de nuestros mejores– como un acto de servicio. Y, lo que es peor de todo, tenemos que ir de sitio en sitio desgañitándonos, en medio de la deformación, de la interpretación torcida, del egoísmo indiferente, de la hostilidad de quienes no nos entienden, y porque no nos entienden nos odian, y del agravio de quienes nos suponen servidores de miras ocultas o simuladores de inquietudes auténticas. Así es la Falange. Y como si se hubiera operado un milagro, cuanto menos puede esperar en ella el egoísmo, mas crece y se multiplica. Por cada uno que cae, heroico; por cada uno que deserta, acobardado, surgen diez, ciento, quinientos, para ocupar el sitio.

Ved, mujeres, cómo hemos hecho virtud capital de una virtud, la abnegación, que es, sobre todo, vuestra. Ojalá lleguemos en ella a tanta altura, ojalá lleguemos a ser en esto tan femeninos, que algún día podáis de veras considerarnos ¡hombres!

(*Arriba*, núm. 7, 2 de mayo de 1935)

CIRCULAR REDACTADA POR JOSÉ ANTONIO A PROPÓSITO DE LA SOLUCIÓN DADA A LA CRISIS DE OCTUBRE

La ira española sufre la fase de una nueva crisis. Toda su preparación ha sido repugnante. Ha bailado la política alrededor de vidas humanas. Por fin, el viernes siete votos contra cinco decidieron el indulto: no por razones de justicia, sino por razones de partidos. En otras circunstancias, el trágico escrutinio ministerial hubiera resultado adverso y el sábado hubiera amanecido sobre los cadáveres de 20 hombres pasados por— las armas. ¿Puede no ya la conciencia, sino el estómago, seguir soportando sin náuseas una política así, que juega con la vida de 20 hombres a la sucia partida de los intereses de grupos? Pues igual se juega todos los días —siete contra cinco o dos contra uno— el destino de España. Porque es mentira lo que declara la C.E.D.A. al promover la crisis; no se ventila un entendimiento de la autoridad o del enlace de la revolución; se ventilan jugadas políticas.

¡Escrúpulos de rigor de la C.E.D.A.! Lo más repugnante de cuanto aconteció en octubre fue el crimen de Pérez Farrás. No se encuentra precedente en más de un siglo de que un oficial español se alzase contra la unidad de España, hiciera frente a los soldados leales a España y diera muerte a algunos con las mismas armas que España le entregó para su defensa. Aquel oficial, en cualquier país del mundo que no hubiera perdido su capacidad de rubor, hubiera sido despachado por un piquete a las cuarenta y ocho horas de su felonía. El Gobierno de Lerroux le indultó, sin embargo. Y la C.E.D.A. permaneció impasible. Pérez Farrás representaba el separatismo, lo antinacional; ese espécimen deja fríos a los cautos productos humanos que Acción Popular almacena en sus ficheros. Pero González Peña representa lo anticapitalista, lo antiburgués, y la C.E.D.A. no tenía más remedio que fingir rigor en la petición de su muerte, porque, de ser más blanda, acaso se le retrajeran votos de las derechas en las próximas elecciones. Una sucia mira electoral, aderezada con falsedades, tiene a España otra vez en la incertidumbre.

Y así, ¿hasta cuándo? El 7 de octubre pensamos todos que el Gobierno asumía la magnífica pesadumbre de afirmar a España —una y fuerte— frente al separatismo y al marxismo antinacionales. Toda esperanza popular fue burlada, como, de costumbre, por la fullería de los políticos. En vez de usar más rigor contra los grandes culpables del intento, se fusiló a los más humildes comprometidos. ¿Cómo purgan sus crímenes, recordados ahora, aquel sargento Vázquez que saludó marcialmente a la bandera minutos antes de caer acribillado, y aquel pobre niño de diecinueve años, de quien dijo el señor Lerroux que mostró "gran perversidad porque de un disparo, al huir, dio muerte a un policía"? Indultado Pérez Farrás —y ahora González Peña—, aquellas ejecuciones cobran calidad de asesinatos. Con ello se dará por liquidada la revolución. Y mientras tanto el socialismo se reorganiza insolente. Relevantes socialistas difaman a España en el extranjero. Sin embargo, en trance de crisis, el partido socialista —¡como la Izquierda!— es llamado a Palacio una vez más y dialoga por boca de sus representantes con el Presidente de la República, como si fuera posible, para gentes normales, compaginar la amenaza y reto con usos de tipo cortesano.

La última crisis fue impuesta por el señor Gil Robles para exigir un ritmo acelerado a la crisis española. Y, en efecto, la etapa del ritmo acelerado casi se redujo a un proyecto de Ley de Arrendamiento, tan mal nacido, que el propio día de su bautismo tuvo el Gobierno que proponer su reforma.

Aparte de esto, las Cortes prorrogan cada trimestre un presupuesto, que ya era pésimo en su origen y que va siendo cada vez peor en los suplementos de gastos que se le añaden. Al fin se liquidará con mil millones de déficit. La Hacienda se entrapa en otro tanto y surgirán unos cuantos centenares de rentistas más que vivirán sin trabajar, cortando el cupón. La deuda pública es un buen empleo para el dinero ocioso que muchos guardan avaramente, mientras que el capitalismo extranjero nos invade y setecientos mil españoles padecen hambre en desocupación involuntario. C.E.D.A. y radicales se han burlado de ellos pasando ante los ojos un proyecto de cien millones de pesetas y otro de mil con que remediar su angustia; pero ésta es la hora en que no se ha dado un paso serio en tal sentido. Y como el problema del paro aguardan huraños y terribles el del trigo, el del vino, el de la leche, el de la remolacha, ¿cuántos más?, mientras las Cortes gastan una imbécil reserva.

Ese es en tanto que más allá de la frontera hierve Europa. Corren sacudidas de inquietud por Estados Mayores y Cancillerías, sin que nosotros sepamos siquiera lo que piensan de España quienes acaso se dispongan a ser ocupantes de sus islas o de sus líneas férreas.

¡No queremos soportar esta vida estúpida y falsa! Nos importa un bledo la solución de la crisis, porque sabemos será como las anteriores. Pero no podemos prestar la continuidad del silencio a este repugnante espectáculo ante un Estado que, consciente de su flaqueza y de su injusticia, es blanco propicio para el ímpetu de cualquier milicia ferviente. Nosotros no toleraremos que sólo se alisten las milicias de la anti-España, nosotros, una vez más, a pleno grito, llamamos: ¡Estudiantes, obreros, soldados, labradores, intelectuales de España, para la gran tarea de la Revolución Nacional!

Madrid, ¿abril de 1935?

(Proporcionada por el camarada Licinio de la Fuente.)

EL BARCO

Al señor presidente del Consejo de Ministros le place comparar a la política española con un barco. Este barco da bandazos hacia la derecha y hacia la izquierda. Pero un buen piloto sabe que ni el volcarse a babor ni el volcarse a estribor es el destino del barco, sino seguir la prolongación indefinida de la proa. Por eso don Alejandro Lerroux se mantiene en el centro, en el eje del barco, y no siente la tentación de asomarse a las bandas.

Quizá la imagen no sea demasiado nueva. Pero ¡qué justa! Sólo le falta un detalle para valer del todo en esto que llamamos política nacional, por llamarlo de alguna manera. Y es ésta: la proa del barco tiene razón contra las bandas, porque apunta hacia alguna parte, porque se enfila, porque busca. La razón de la proa es la razón de los astros. Lo que traza la quilla sobre el mar ha sido antes trazado – sin materia, sin peso– por la Matemática, sobre datos exactos de ángulos estelares. Para acabar en la estela hay que empezar en la estrella, en la *stella*. ¿Y se podrá saber dónde está la polar de nuestra política?

Lástima que la ecuanimidad del señor presidente del Consejo de ministros para mantenerse en el eje, en el centro, se frustre en la inutilidad. Como un viaje de kilómetros y kilómetros en tiovivo de feria, alrededor de un eje inmóvil.

1 DE MAYO

El 1 de mayo transcurrió tranquilo; sorprendentemente tranquilo.

Adelantémonos a decir que el sentido festival de la fecha no nos ofende ni poco ni mucho. Al contrario: encontramos magnífico, lleno de profundidad humana y civil esto de que huelguen un día todos los que a diario trabajan, y que hagan de ese mismo trabajo lazo de solidaridad y advocación de fiesta. Mucho más nos repugnan las bromas fáciles de los zánganos de casino acerca de si el día dedicado al trabajo es aquel en que no se hace nada.

Ahora bien: el 1 de mayo tiene un significado más: el de ser la jornada marxista. Y he aquí lo sorprendente: la jornada marxista se ha celebrado en perfecta normalidad; como si el marxismo viviera en la mejor armonía con el Estado vigente. En tan perfecta normalidad que acaso haya convencido a los gobernantes de que todo está apaciguado y les mueva a reanudar la vida sin inquietudes de las agrupaciones marxistas.

¿Fue acaso en 1920? ¿Fue en 1910? No; fue en octubre de 1934, hace un semestre, cuando el socialismo, a golpe cantado (¿quién no recuerda los anuncios de Prieto en las Cortes?), se lanzó a la revolución. De los horrores revolucionarios no hay para qué hablar: aún está fresca la tinta de los fotograbados de Oviedo y de los relatos oficiales. Millares de bajas, incendios, dinamita, martirios, saqueos...

A los seis meses los socialistas celebran su fiesta como si tal cosa, y no ocurre nada (fuera del asesinato de ese magnífico agente de Vigilancia que dio la vida por el deber). Dentro de muy poco podrán volver a celebrar las fiestas que quieran, cuando no esparcimientos de otra índole.

Este es el inefable Estado español de nuestros días: quien se alza en armas contra él, ya sabe que si gana lo gana todo, y si pierde no ha perdido nada. Se entierra a los muertos, se reedifica, si se puede, lo destrozado, y... ¡a bailar a la Dehesa de la Villa!

RENACE EL BLOQUE

Entendámonos: hay, por lo menos, dos bloques, aparte de bloque de izquierdas, debido a la excelsa capacidad intelectual y política (así, poco más o menos, decía *El Liberal*, dicen que sin ánimo de chacota) de don Álvaro de Albornoz. Esos dos bloques son el llamado Bloque Nacional (de cuyas vicisitudes se hablaba en el número pasado) y el Bloque gubernamental, compuesto por cedistas, agrarios, radicales y melquiadistas.

El que renace, naturalmente, no es el Bloque Nacional, porque para renacer es necesario que alguna vez haya nacido. Renace, según se afirma, el Bloque gubernamental, y de su renacimiento debemos prometernos las mejores cosas.

No se olvide que lo que determinó la crisis pasada no fue –según versión de autoridad– el indulto de González Peña, sino la manera de entender la función de gobernar. Eso era bastante más grave y hacía más difícil la reconciliación; pero, por lo visto, todo tiene remedio en este mundo. A lo mejor resulta que lo que parecía una discrepancia sobre la manera de entender la política es sencillamente una disparidad en el cálculo de proporcionalidad de las carteras.

(*Arriba*, núm. 7, 2 de mayo de 1935)

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN BARCELONA, EN EL LOCAL SOCIAL DE FALANGE ESPAÑOLA (DE LA CALLE ROSICH, 4), EL VIERNES 3 DE MAYO DE 1935

"El Nacional Sindicalismo"

El conferenciante comenzó diciendo que a pesar de haber nacido fuera de Cataluña le bastaba sentirse en contacto con ella para darse perfecta cuenta de la fuerza de atracción de esta tierra.

Añadió que tenía grandes deseos de hablar en Cataluña, de cara a grandes masas de catalanes, porque sabía que le habían de entender.

Entró después a tratar del movimiento sindical de Falange Española, afirmando que, en general, las influencias aparentes sobre los movimientos obreros son antinacionales. Se ha cultivado por los obreros el estado de clase y quizá con mucha justificación. Además se ha desligado del problema de las clases obreras el problema total de la Patria.

Frente a esto, los partidos que se dicen patriotas han dicho que era preciso recuperar el alma de los obreros para bien de la Patria. Esto es verdad; ahora que para esos partidos la forma de recuperar el alma de los obreros era darles buenos consejos, que siempre era más barato. Pero en las luchas obreras hay algo más profundo y más serio.

Dijo que la vida popular española es espantosa. Tenemos 700.000 obreros parados. Y esto en una nación que no ha sufrido las consecuencias directas de la Gran Guerra; en un país agrícola e insuficientemente poblado.

Habló de las dificultades de vida en algunas regiones españolas, donde dijo que los obreros viven peor que los animales domésticos. Y esto no puede seguir.

Nosotros —continuó diciendo— queremos una organización sindical que, por las buenas o por las malas, vaya a la conquista de este orden económico social.

Pasó luego a tratar del capitalismo, glosando las doctrinas de Carlos Marx.

Fustigó duramente al régimen capitalista, asegurando que fatalmente está en quiebra. Expuso algunos casos para tratar de demostrar que el capital, que actúa siempre de intermediario, absorbe todas las ganancias, mientras que obreros y técnicos, que son los verdaderos productores de la riqueza, quedan relegados a segundo plano.

Afirmó que para destruir el régimen capitalista y desembocar en la revolución social que anunciaba Marx basta con abolir los títulos de propiedad. Sólo entonces será cuando ingenieros, técnicos y proletariado pasarán a ocupar el lugar preeminente que en la producción les corresponde.

Combatió, sin embargo, la revolución marxista, porque, a su juicio, no estaría caracterizada por la rápida implantación de una justicia social, sino por la extirpación de todos los valores espirituales. La revolución marxista es absolutamente odiosa y temible. A este respecto glosó unas palabras de Lenin cuando decía que "el Estado revolucionario no sería ni libre ni justo".

¿Cuál es el remedio de esto? Desmontar el sistema capitalista y sustituirlo por otro.

Aludió al Estado corporativo de Italia, y dijo que es un punto de partida, no un punto de llegada. Insistió en que hay que liberar a la producción del gran capital. Hay que volver al artesanado, y en cuanto no sea posible, al régimen sindical. Nosotros queremos sustituir el orden capitalista por el orden sindical. Este es el programa de Falange Española. Fuera de aquí, esto no podría conseguirse más que por la revolución. Pero nosotros hemos de conseguirlo con nuestro sindicalismo, que es el sindicalismo con primacía de lo espiritual. Por eso apretamos nuestras filas para conquistar el poder, por las malas o por las buenas.

Combatió el apoliticismo de las organizaciones obreras, porque hoy el Estado es demasiado fuerte y sólo puede hacerse la revolución social apoderándose previamente del Estado.

Terminó defendiendo el Estado sindical, en el que dijo no habrá tiranía y los obreros dispondrán de lo necesario para la vida decorosa.

El orador fue muy aplaudido²⁷.

La Vanguardia, Barcelona, 4 de mayo de 1935.

²⁷ Uno de los asistentes a la conferencia, el falangista Fontana, refiere lo siguiente: "Íbamos a comer a una fonda de Begas. Se encargaba la comida, y era día de vigilia. No sé quién pidió chuletas. José Antonio sonrió, y con aquella finura espiritual que era un constante magisterio, reprendió y mandó así: "¡Hombre!, que por una rubia estupenda se pierda el cielo está muy mal, aunque pueda explicarse; pero ¡que lo pierdas por una chuleta!..." Después fuimos a pasear, y en el transcurso de la conversación peripatética dije algo más o menos racista. Me extrañó muchísimo la repulsa joseantoniana que me valió, y recuerdo que, con este motivo, expuso su radical oposición doctrinal al nazismo por motivos religiosos. Cfr. José María Fontana: *Los catalanes en la guerra de España*, págs. 34 y 35. Samarán. Madrid, 1956.

EL NUEVO TRIUNFO DE LA "CEDA"

La C.E.D.A. está radiante. Cuando se encuentran dos de la C.E.D.A. en los Cuatro Caminos se dan un abrazo con palmadas que se oyen en Vallecas. Todo está bien y han tenido un éxito que tiene verdes a los del Bloque. Son tan irónicos los de la C.E.D.A., que a lo que ha subido al Poder lo llaman Bloque, y cuando se dice del otro hay que decir "el de Calvo", y cosas parecidas. La C.E.D.A. ha tenido un formidable éxito. Dentro de lo que es el cotarro, se ha movido con habilidad y energía. Pero las derechas se hacen polvo. Unas por estar fuera y otras por estar dentro.

La C.E.D.A., que se ha llevado la mayor parte y es la que tiene organización y capacidad de maniobra, es de esos partidos en el Poder que cuanto más se encaraman en el Poder más se deterioran, o, al revés, cuanto más se deterioran más capaces se hacen de gobernar. Lo que había en la C.E.D.A., a fines del año 33, de reacción nacional impetuosa y espontánea se ha deshecho. No podía ya la C.E.D.A. remediar uno solo de los males españoles, porque la C.E.D.A. se halla ya en el mejor de los mundos posibles. ¿Qué le haría falta cambiar ni reformar en un clima moral y político que le resulta paradisíaco y en unas compañías de diversos partidos que le van resultando encantadoras?

La C.E.D.A. no está preparada para el Poder. Sus hombres, su espíritu, su estilo, su temple interior, hasta su misma tónica exterior, son cosa muy floja y mediocre para grandes responsabilidades.

No puede pasar de los Jiménez Fernández. Y esto no es nada. El Poder le causará estragos. Como todos los seres inferiores a su misión, tendrá que suplir la autoridad, la competencia y el temple que le faltan con la habilidad, la complacencia, los favores, las combinaciones. Podrá ser ¡in Gobierno agradable y tranquilizador para las derechas, que hallarán delicioso los desayunos leyéndose *El Debate* y repitiéndose, entre resoplidos de satisfacción: "¡Esto no es el bienio! ¡Esto es otra cosa, hija!" Muchos monárquicos pasarán a la C.E.D.A., y así como Gil Robles pretende modificar la República, ellos tendrán la ilusión de modificar a Gil Robles.'

A la Falange no le molesta el triunfo de la C.E.D.A. Le divierte y le hace pensar que se irán cumpliendo en España, como en otras naciones, con el intermedio populista, las etapas fatales.

Gil Robles merecía mejor destino. Es un jefe de partido hábil, enérgico y flexible, superior, en general, al resto de la C.E.D.A. y de los demás grupos gubernamentales. Para la C.E.D.A. estaba mejor Calvo Sotelo. Pero éste es el Gil Robles que ha llegado tarde.

AZAÑA, A LA PUERTA

Quien se alegra más de todo esto es Azaña. Le dejan una espléndida jefatura de la oposición, y lo que queda fuera contra el Gobierno vale la pena, desde su punto de vista.

Va Azaña al mitin de Valencia como unas castañuelas. Cherif está como chiquillo con zapatos nuevos. No son tontos. Por la izquierda corre una fruición inteligente y peligrosa.

¿Y ESPAÑA?

España sigue perdiendo en los dos paños. La ilusión nacional no aparece por ninguna parte. El país sigue hundiéndose en melancolía frente a su destino. España duerme tristemente sobre su gran historia. ¿Quién la despertará? No la despertarán los que viven dormidos para el urgente, para el irrenunciable destino.

(Arriba, núm. 8, 9 de mayo de 1935)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL GRAN TEATRO DE CÓRDOBA EL DÍA 12 DE MAYO DE 1935

El nuevo Gobierno ha hecho concebir a muchas personas la esperanza de poder dedicarse a dormir tranquilas. Para estas personas, la presencia en el Gobierno de cedistas y agrarios asegura la vuelta al orden. Nosotros tenemos la misión de alterar este orden tranquilo. No podemos aceptar que se establezca como orden precisamente este momento de decadencia. Estamos, en efecto, al final de un proceso de decadencia. España perdió primero su misión imperial; perdió después, al caer la Monarquía, el instrumento con que había realizado esta misión imperial. Hoy no tiene ninguna misión que cumplir, ni un Estado fuerte que la realice. ¿Y va a ser precisamente ahora cuando aspiremos a cristalizarnos, a detenernos históricamente? No será esto, de seguro, lo que apetezcáis vosotros, cordobeses; vuestros más gloriosos paisanos, Séneca, Trajano, el *Gran Capitán*, supieron muy bien que ni siquiera las cosas pequeñas se conseguían sino a través de las cosas grandes, y por eso no aspiraron a un orden pequeño para Córdoba o para España, sino que fueron a Roma, a Europa, a empuñar las riendas del mundo. Aquellos cordobeses sabían que, ordenando al mundo ordenaban a España; sabían ya que, en la Historia y en la política, el camino más corto entre dos puntos es el que pasa por las estrellas. (Ovación.)

Nosotros tenemos que volver a ordenar a España desde las estrellas; tenemos que hacer otra vez de España una unidad de destino en lo universal. La vida española se encuentra oprimida entre una capa de indiferencia histórica y una capa de injusticia social. Por arriba España dimite cada día un poco más su puesto en el mundo; por abajo, soporta la existencia de muchedumbres hambrientas y exasperadas. La política española, entre esas dos capas, conserva un tono colonial; cada Gobierno desparrama medio centenar de gobernadores que administran las provincias a su talante y que trazan a su capricho el estatuto de derechos públicos de cada ciudadano.

¿Qué salidas se ofrecen para tal estado de cosas? Dos salidas: la de los partidos de la izquierda y la de los partidos de la derecha. Los partidos de la izquierda alegan la preocupación de lo social; pero además de que, aun en eso, son totalmente ineficaces, porque su política desquicia un sistema económico, y no mejora en nada la suerte de los humildes, los partidos de izquierda ejercen una política persecutoria, materialista y antinacional. Y los de derecha, al contrario, manejan un vocabulario patriótico, pero están llenos de mediocridad, de pesadez y les falta la decisión auténtica de remediar las injusticias sociales.

Nuestro movimiento no es de derecha ni de izquierda. Mucho menos es del centro. Nuestro movimiento se da cuenta de que todo eso son actitudes personales, laterales, y aspira a cumplir la vida de España, no desde un lado, sino desde enfrente; no como parte, sino como todo; aspira a que las cosas no se resuelvan en homenaje al interés insignificante de un bando, sino al acatamiento al servicio total del interés patrio. Para nosotros, la Patria no es sólo un concepto, sino una norma. El acatamiento de esta norma hay que imponerlo con todo el rigor que haga falta, contra todos los intereses que se opongan, por fuertes que sean. Por eso somos revolucionarios. (*Grandes aplausos.*)

A continuación expone el programa social y económico de la Falange en la forma ya conocida; atacó al sistema financiero, que sobrecarga la economía, en perjuicio de obreros y empresarios, y bosquejó el orden futuro, que va del individuo al Sindicato y del Sindicato al Estado armónico y completo.

Pero la reforma económica —añadió— no es posible sin una ambición histórica. Sólo con ella puede aceptarse un sistema económico que haga imponer muchos sacrificios. Esa es nuestra tarea: educar a una generación para el sacrificio con tal que las otras reciban una Patria más grande. Casi diría, no que vamos lográndolo, sino que lo hemos logrado: no hace dos años que empezamos, y contad ya nuestros muertos, nuestros heridos, nuestros presos... En estos días han muerto dos camaradas magníficos, uno en Salamanca, otro en Aznalcóllar; mientras estamos aquí reunidos, trece de los nuestros sufren cárcel en Sanlúcar la Mayor. Así todos los días, una juventud escéptica, perezosa, se va convirtiendo en una juventud militante.

Estad seguros de que este ímpetu nuestro triunfará al cabo. Entonces veremos cuántos alegan que nos acompañaron desde el principio. Veremos cuántos se apresuran a ponerse camisas azules. Pero las primeras, las de las horas difíciles, no se confundirán con estas camisas retrasadas. Aquéllas

tendrán olor a pólvora y rozadura de plomo; pero tendrán también la virtud de que les broten de los hombros alas de imperio. (*Ovación.*)

(*Arriba, núm. 9, 16 de mayo de 1935*)

EXTRACTO DE LAS PALABRAS DIRIGIDAS A LOS CAMARADAS CAMPEINOS DE PUENTE PALMERA, CÓRDOBA, EL DÍA 12 DE MAYO DE 1935

Observo entre los asistentes a este acto gran variedad de rostros; unos, de jóvenes que, con su natural anhelo y curiosidad, se asoman por primera vez al terreno político que hoy asola y debate nuestra Patria; otros, de hombres de rostros maduros en que aparecen las primeras arrugas o empiezan a cubrirse de canas, que creen asistir a un acto más de los numerosos que les ha deparado su existencia, y que escuchan con el natural escepticismo a que le han conducido las continuas promesas de los llamados partidos políticos.

A éstos he de hacerles presente que nosotros no somos un partido más de los numerosos que hoy proliferan en el campo político español, viviendo a expensas de una gran ilusión colectiva, porque nosotros, precisamente, somos un antipartido.

Vosotros, campesinos de este típico pueblo rural andaluz, tan corroídos por la usura, a pesar de las prácticas de los que han desfilado por este escenario solicitando vuestro voto, y siempre hartos y hastiados de esperar un resultado positivo de redención, habéis de tener presente que, además de esa usura numeraria a que ha aludido nuestro camarada Manuel Mateo –servidumbre tan corriente y tan en boga en estos pueblos agrícolas–, existe otra usura que avasalla la anterior: la usura política de las promesas incumplidas, de las divisiones intestinas, de los llamados partidos políticos, en una palabra; y precisamente por ello, nosotros, os he dicho y me complazco en reiterarlo, no somos partido, sino que configuramos un movimiento, un modo de ser, un estilo de vida.

Ahora anuncian que vamos a unas elecciones. Nosotros, sin fe ni entusiasmo por esta parodia cívica que quiere remediar con parches los males de la Patria, también iremos a la convocatoria. Pero concurrirnos como recurso de propaganda, con el espíritu alegre y juvenil de la Falange. Sin preocuparnos de los resultados. Porque estamos seguros de que triunfaremos. Y triunfaremos por las buenas o por las malas, sin importarnos un ardite los trapicheos que pueden asegurar un triunfo transitorio.

Y cuando sonría la primavera de nuestro triunfo se harán efectivas nuestras promesas de redención de campesino español, por tener la seguridad de que, de resultar fallidas, vosotros tendríais derecho a lapidarnos públicamente, arrojando contra nuestros rostros las piedras más duras y ariscas que ofrece el campo de vuestros sudores.

Camaradas y campesinos españoles. ¡Arriba España!

Versión del camarada Manuel Rodríguez Hens. *Arriba*, por su parte, trajo una sucinta reseña. Es la siguiente: "Por la tarde del mismo domingo se celebró otro mitin en Puente Palmera, pueblo situado a 40 kilómetros de Córdoba, y que cuenta con más de 15.000 habitantes. El acto tuvo lugar al aire libre, en el teatro de verano, ante un público compuesto de más de dos mil personas, en su mayoría elemento campesino y extremista, que acogió al principio con premeditada frialdad e indiferencia las palabras de nuestros oradores: Velasco, Vignote, Mateo y Primo de Rivera; pero que acabó aplaudiendo frenéticamente, sobre todo cuando José Antonio, después de decirles que tenían razón para desconfiar de cuantos políticos pasaban por allí en son de propaganda, les ofreció, en nombre de Falange, Pan, Trabajo y Justicia."

LA MEDIOCRIDAD ESTABILIZADA

La formación del actual Gobierno llenó de alegría a mucha gente, que quiere, por encima de todo, que la dejen en paz. Este Gobierno, con fuerte mayoría parlamentaria, toda partícipe de las delicias del Poder, y con numerosos ministros de la C.E.D.A. y agrarios, parece prometer la volatilización de las últimas esencias del *bienio*. Bien. Una vez volatilizadas, ¿qué nos quedará? Porque el *bienio* no vino en un momento de esplendor español; no interrumpió ningún instante glorioso: vino, por el contrario, al final de un proceso de decadencia, sólo interrumpido, en largos lustros, por algún aleteo malogrado. Si se borra el *bienio*, no se reanuda, por tanto, ningún rumbo de gloria, sino que se recae en el marasmo de que debió sacarnos la revolución de 1931. si hubiera cumplido su destino.

Y la vuelta al marasmo, ¿será como para alegrarse? Hubiera que haber echado las campanas al vuelo si en el recién estrenado Gobierno germinase un propósito transformador; si viniese con aire nuevo y nuevas palabras a sacudir la vieja modorra nacional en busca de las dos grandes metas: la ambición histórica y la justicia social profunda. Pero no; lo que más place a las personas sensatas en la solución dada a la crisis es que la nueva formación ministerial piensa a todo trance mantener "el orden", hacer respetar los derechos de todos. ¿Qué derechos? ¿Los actuales? ¿Qué orden? ¿El actual? Entonces lo que se piensa es estabilizar una época mediocre y demorar otra vez, veremos hasta cuándo, la empresa de resucitar a España.

¡Para esto se hizo una revolución en abril de 1931!

GIL ROBLES

Nosotros, que nos obstinamos en no quitar los ojos de la cara parada del señor Gil Robles; que insistimos en inquirir la humana verdad que oculta su gesto inexpresivo, otra vez tenemos que traer su nombre a esta plana y afanarnos en adivinar el drama intenso que vive en estos días.

El señor Gil Robles ha llegado al punto decisivo de la partida que se está jugando con la Historia. Desde su aparición en las Cortes Constituyentes como diputado novel, adiestrado en la escuela de *El Debate*, al instante de ahora en que es ministro de la Guerra y cuenta en el Gobierno con cuatro ministros más, su carrera política ha transcurrido rauda y brillante como un cohete. En cuatro años nadie hubiera podido soñar mejor fortuna. Pero en esa fortuna está el peligro, porque ahora, precisamente ahora, empieza –o concluye– la gran carrera política del señor Gil Robles.

Si el actual ministro de la Guerra no fuese más que lo que aparentaba ser en aquella sesión de las Cortes Constituyentes donde defendió su acta por Salamanca, su coyuntura de ahora no tendría gran interés; sería la coyuntura habitual en el político joven que ha tenido suerte al servicio de una causa. Pero precisamente un agudo interés del señor Gil Robles es el siguiente: que presente hoy armonía o desarmonía con la causa a que sirve. Esta es la cuestión: ¿seguirá el señor Gil Robles fiel a la escuela de *El Debate*? ¿O estará en el umbral de una nueva revelación de sí mismo, en la víspera del descubrimiento de un nuevo Gil Robles que algunos sospechaban, pero que nadie aún conocía?

No cabe duda de una cosa: el señor Gil Robles tiene en este momento todas las cartas en la mano; muchas de ellas son triunfos; el toque está en ver cómo las juega. De su acierto o de su desacierto depende que se quede en una oscura medianía, perdida en la sucesión inacabable de las medianías patrias, o que alcance un puesto excepcional. Para esto habrá que desbordar, destrozándolo, el molde estrecho en que ha venido a la vida política; habrá de romper, sobre todo, con dos clases de compromisos: los que le impone la masa electoral que lo ha nombrado –masa, en general, conservadora, alicorta– y los que le impone –éstos bastante sutiles– esa trama diplomática y misteriosa, cauta y helada, que tiene su presencia en la calle de Alfonso XI y sus últimas raíces quién sabe en qué remotas oficinas...

¡Si el señor Gil Robles se decidiera!...

(*Arriba*, núm. 9, 16 de mayo de 1935)

DISCURSO SOBRE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINE MADRID, DE MADRID, EL DÍA 19 DE MAYO DE 1935

Camaradas: El acto de la Comedia, del que se ha hablado aquí esta mañana varias veces, fue un preludio. Tenía el calor y todavía, si queréis, la irresponsabilidad de la infancia. Este de hoy es un acto cargado de gravísima responsabilidad; es el acto de rendición de cuentas de una larga jornada de año y medio, y principio de una nueva etapa que, ciertamente, terminará con el triunfo definitivo de la Falange Española de las J.O.N.S. en España. Junto a esta piedra miliar de nuestro camino se nos exige, ya de cara a la Historia, un rigor de precisión y emplazamiento, que es el deber mío, en esta mañana de hoy, aunque al cumplimiento de ese deber sacrifique alguna brillantez que, acaso, pudiera conseguir y parte del gratísimo halago del aplauso vuestro.

Nuestro movimiento –y cuando hablo de nuestro movimiento me refiero lo mismo al inicial de Falange Española que al inicial de las J.O.N.S., puesto que ambos están ya irremisiblemente fundidos– empalma, como ha dicho muy bien Onésimo Redondo, con la revolución del 14 de abril. La ocasión de nuestra aparición sobre España fue el 14 de abril de 1931. Esta fecha –todos lo sabéis– ha sido mirada desde muy distintos puntos de vista; ha sido, como todas las fechas históricas, contemplada con bastante torpeza y con bastante zafiedad. Nosotros, que estamos tan lejos de los rompedores de escudos en las fachadas como los que sienten solamente la nostalgia de los rigores palaciegos, tenemos que valorar exactamente, de cara –lo repito– a la Historia, el sentido del 14 de abril en relación con nuestro movimiento.

El 14 de abril de 1931 –hay que reconocerlo, en verdad– no fue derribada la Monarquía española. La Monarquía española había sido el instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes sentidos universales. Había fundado y sostenido un Imperio, y lo había fundado y sostenido, cabalmente, por lo que constituía su fundamental virtud; por representar la unidad de mando. Sin la unidad de mando no se va a parte alguna. Pero la Monarquía dejó de ser unidad de mando hacía bastante tiempo: en Felipe III, el rey ya no mandaba; el rey seguía siendo el signo aparente, mas el ejercicio del Poder decayó en manos de validos, en manos de ministros: de Lerma, de Olivares, de Aranda, de Godoy. Cuando llega Carlos VI la Monarquía ya no es más que un simulacro sin sustancia. La Monarquía, que empezó en los campamentos, se ha recluido en las Cortes; el pueblo español es implacablemente realista; el pueblo español, que exige a sus santos patronos que le traigan la lluvia cuando hace falta, y si no se la traen los vuelve de espaldas en el altar; el pueblo español, repito, no entendía este simulacro de la Monarquía sin Poder; por eso el 14 de abril de 1931 aquel simulacro cayó de su sitio sin que entrase en lucha siquiera un piquete de alabarderos.

Pero ¿qué advino entonces? Pocas veces habrá habido un instante más propicio para iniciar, concluido uno, un nuevo y gran capítulo de la Historia patria. Cabalmente, aquel sentido incruento del 14 de abril, aquello de que se hubiera desprendido una situación sin sangre y sin daño, casi sin duelo, colocaba de cara a una ancha llanura histórica donde galopar. No había que sustanciar resentimientos, no había que ejecutar justicias, no había apenas que enjugar lágrimas. Se abría por delante una clara esperanza para todo un pueblo; vosotros recordáis la alegría del 14 de abril, y seguramente muchos de vosotros tomasteis parte en aquella alegría. Como todas las alegrías populares, era imprecisa, no percibía su propia explicación; pero tenía debajo, como todos los movimientos populares, muy exactas y muy hondas precisiones. La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de su revolución pendiente. El pueblo español necesita su revolución y creyó que la había conseguido el 14 de abril de 1931; creyó que la había conseguido porque le pareció que esa fecha le prometía sus dos grandes cosas, largamente anheladas: primero, la devolución de un espíritu nacional colectivo; después, la implantación de una base material, humana, de convivencia entre los españoles.

¿Era mucho que se esperase un sentido nacional colectivo de los hombres del 14 de abril? Muchas cosas podrían decirse en contra suya; pero acaso algunas de esas mismas cosas fueran la mejor fianza de su fecundidad. Los hombres del 14 de abril pareció que llegaban de vuelta al patriotismo y llegaban por el camino mejor: por el amargo camino de la crítica. Esta era su promesa de fecundidad; porque yo os digo que no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. Y os diré que el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho. esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con

las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España.

La base de convivencia humana, la base material para el asentamiento del pueblo español, también está pendiente desde hace siglos.

El fenómeno de la quiebra del capitalismo es universal. No es ésta la ocasión de que yo hable de él en sus caracteres técnicos. Ya hemos tenido sobre ello otras comunicaciones. Ante otros auditorios, en otras circunstancias, he hablado de esto más por menudo. Hoy, ante todos vosotros, sólo quiero fijar el valor de algunas palabras para que no os las deformen.

Cuando hablamos del capitalismo –ya lo sabéis todos– no hablamos de la propiedad. La propiedad privada es lo contrario del capitalismo; la propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas: es un atributo elemental humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital, del instrumento técnico de dominación económica. El capitalismo, mediante la competencia terrible y desigual del capital grande contra la propiedad pequeña, ha ido anulando el artesanado, la pequeña industria, la pequeña agricultura: ha ido colocando todo –y va colocándolo cada vez más– en poder de los grandes *trusts*, de los grandes grupos bancarios. El capitalismo reduce el final a la misma situación de angustia, a la misma situación inhumana del hombre desprendido de todos sus atributos, de todo el contenido de su existencia, a los patronos y a los obreros, a los trabajadores y a los empresarios. Y esto sí que quisiera que quedase bien grabado en la mente de todos; es hora ya de que no nos prestemos al equívoco de que se presente a los partidos obreros como partidos antipatronales o se presente a los grupos patronales como contrarios, como adversarios, en la lucha con los obreros. Los obreros, los empresarios, los técnicos, los organizadores, forman la trama total de la producción, y hay un sistema capitalista que con el crédito caro, que con los privilegios abusivos de accionistas y obligacionistas, se lleva, sin trabajar, la mejor parte de la producción, y hunde y empobrece por igual a los patronos, a los empresarios, a los organizadores y a los obreros.

Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones. Hay por ahí demagogos de izquierda que hablan contra la propiedad feudal y dicen que los obreros viven como esclavos. Pues bien: nosotros, que no cultivamos ninguna demagogia, podemos decir que la propiedad feudal era mucho mejor que la propiedad capitalista y que los obreros están peor que los esclavos. La propiedad feudal imponía al señor, al tiempo que le daba derechos, una serie de cargas; tenía que atender a la defensa y aun a la manutención de sus súbditos. La propiedad capitalista es fría e implacable: en el mejor de los casos, no cobra la renta, pero se desentiende del destino de los sometidos. Y en cuanto a los esclavos, éstos eran un elemento patrimonial en la fortuna del señor; el señor tenía que cuidar de que el esclavo no se muriese, porque el esclavo le costaba el dinero, como una máquina, como un caballo, mientras que ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos de miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle.

Una figura, en parte torva y en parte atrayente, la figura de Carlos Marx, vaticinó todo este espectáculo a que estamos asistiendo, de la crisis del capitalismo. Ahora todos nos hablan por ahí de si son marxistas o si son antimarxistas. Yo os pregunto, con ese rigor de examen de conciencia que estoy comunicando a mis palabras: ¿Qué quiere decir el ser antimarxista? ¿Quiere decir que no apetece el cumplimiento de las previsiones de Marx? Entonces estamos todos de acuerdo. ¿Quiere decir que se equivocó Marx en sus previsiones? Entonces los que se equivocan son los que le achacan ese error.

Las previsiones de Marx se vienen cumpliendo más o menos de prisa, pero implacablemente. Se va a la concentración de capitales; se va a la proletarianización de las masas, y se va, como final de todo, a la revolución social, que tendrá un durísimo período de dictadura comunista. Y esta dictadura comunista tiene que horrorizarnos a nosotros, europeos, occidentales, cristianos, porque ésta sí que es la terrible negación del hombre; esto sí que es la asunción del hombre en una inmensa masa

amorfa, donde se pierde la individualidad, donde se diluye la vestidura corpórea de cada alma individual y eterna. Notad bien que por eso somos antimarxistas; que somos antimarxistas porque nos horroriza, como horroriza a todo occidental, a todo cristiano, a todo europeo, patrono o proletario, esto de ser como un animal inferior en un hormiguero. Y nos horroriza porque sabemos algo de ello por el capitalismo; también el capitalismo es internacional y materialista. Por eso no queremos ni lo uno ni lo otro; por eso queremos evitar –porque creemos en su aserto– el cumplimiento de las profecías de Carlos Marx. Pero lo queremos resueltamente; no lo queremos como esos partidos antimarxistas que andan por ahí y creen que el cumplimiento inexorable de unas leyes económicas e históricas se atenúa diciendo a los obreros unas buenas palabras y mandándoles unos abriguitos de punto para sus niños.

Si se tiene la seria voluntad de impedir que lleguen los resultados previstos en el vaticinio marxista, no hay más remedio que desmontar el armatoste cuyo funcionamiento lleva implacablemente a esas consecuencias: desmontar el armatoste capitalista que conduce a la revolución social, a la dictadura rusa. Desmontarlo, pero ¿para sustituirlo con qué?

Mañana, pasado, dentro de cien años, nos seguirán diciendo los idiotas: queréis desmontarlo para sustituirlo por otro Estado absorbente, anulador de la individualidad. Para sacar esta consecuencia, ¿íbamos nosotros a tomar el trabajo de perseguir los últimos efectos del capitalismo y del marxismo hasta la anulación del hombre? Si hemos llegado hasta ahí y si queremos evitar eso, la construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos; tenemos que empezar por el hombre y pasar por sus unidades orgánicas, y así subiremos del hombre a la familia, y de la familia al Municipio y, por otra parte, al Sindicato, y culminaremos en el Estado, que será la armonía de todo. De tal manera, en esta concepción político-histórico-moral con que nosotros contemplamos el mundo, tenemos implícita la solución económica; desmontaremos el aparato económico de la propiedad capitalista que absorbe todos los beneficios, para sustituirlo por la propiedad individual, por la propiedad familiar, por la propiedad comunal y por la propiedad sindical.

Hacer esto corre prisa en el mundo, y más aún en España. Corre más prisa en España porque nuestra situación es, de un lado, peor, y de otro lado, menos grave que la de otros países. El capitalismo, allende las fronteras, tuvo gran cantidad de riquezas y de iniciativas; pero el capitalismo español fue raquítico desde sus comienzos; desde sus principios empezó a claudicar con los auxilios estatales, con los auxilios arancelarios. Nuestra economía estaba más depauperada que casi ninguna; nuestro pueblo vivía más miserablemente que casi ninguno. No os tengo que decir nada de esto, después de lo que habéis oído a los camaradas que me han precedido en este sitio. Gran parte de la tierra española, ancha, triste, seca, destartada, huesuda, como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura.

Este suelo nuestro, en que se pasa del verano al invierno sin otoño ni primavera; este suelo nuestro, con los montes sin árboles, con los pueblos sin agua ni jardines; este suelo inmenso donde hay tanto por hacer y sobre el que se mueren de hambre setecientos mil parados y sus familias, porque no se les da nada en qué trabajar; este suelo nuestro, en el que es un conflicto que haya una cosecha buena de trigo, cuando, con ser el pan el único alimento, comen las gentes menos pan que en todo el occidente de Europa; este pueblo nuestro necesita que se hiciera la transformación más de prisa que en ninguna parte.

Y hacer esto aquí sería más fácil, porque el capitalismo es en España menos fuerte. Nuestra economía es casi una economía interna; tenemos innumerables cosas que hacer. Con una inteligente reforma agraria, como la que Onésimo Redondo os ha expuesto, y con una reforma crediticia que redimiese a los labradores, a los pequeños industriales, a los pequeños comerciantes, de las garras doradas de la usura bancaria, con esas dos cosas habría tarea para lograr, durante cincuenta años, la felicidad del pueblo español.

El recobrar un sentido nacional y el asentar a España sobre una base social más justa eran las dos cosas que implícitamente prometía (así lo entendió el pueblo al llenarse de júbilo) la llamada revolución del 14 de abril. Ahora bien: ¿las ha realizado? ¿Nos ha devuelto el gozoso sentido nacional? ¿Nos ha vuelto a unir en una misión nacional de todos?

¿Para qué he de hablar de lo que nos han dividido, de lo que nos han vejado, de lo que nos han perseguido, de lo que nos han lanzado a los unos contra los otros? Os quiero señalar sólo alguna de las definitivas traiciones contra la nación que debemos a aquellos primeros hombres del 14 de abril. Primero, el Estatuto de Cataluña. Muchos de vosotros conocéis las ideas de Falange sobre este particular. La Falange sabe muy bien que España es varia, y eso no le importa. Justamente por eso ha tenido España, desde sus orígenes, vocación de Imperio. España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal. No importa nada que se aflojen los lazos administrativos; mas con una condición: con la de que aquella tierra a la que se dé más holgura tenga tan afianzada en su alma la conciencia de la unidad de destino, que no vaya a usar jamás de esa holgura para conspirar contra aquélla.

Pues bien: la Constitución, con la aquiescencia de los partidos derechistas que nos gobiernan ahora, se ha venido a entender en el sentido de que hay que conceder la autonomía a aquellos pueblos que han llegado a su mayor edad, que han llegado a su diferenciación; es decir, que en vez de tomarse precauciones y lanzar sondeos para ver si la unidad no peligra, lo que se hace es dar una autonomía a aquellas regiones donde ha empezado a romperse la unidad, para que acabe de romperse del todo.

Política internacional. En estos días todos os halláis un poco al corriente de ella, por lo que han dicho los periódicos. España lleva cuatro años haciendo la política internacional francesa, moviéndose en la órbita internacional de Francia. El que España desenvuelva una política internacional de acuerdo con potencias amigas es cosa que no tiene por qué sorprendemos. Pero en lo internacional las naciones nunca entregan sino a costa de recibir algo, y Francia, cuya política internacional servimos, nos maltrata en los Tratados de comercio y nos tiene relegados a un plan inferior en Tánger y negocia a nuestras espaldas el régimen del Mediterráneo, como si en el Mediterráneo no estuviéramos nosotros; es decir, que lo único que nos resarce de servir en el mundo a la política internacional francesa es la vanidad satisfecha de algún pedante ministro o embajador.

Pues ¿y la política seguida para desarticular –fue otro el verbo empleado–, para desarticular el Ejército, la garantía más fuerte y todavía más sana de todo lo permanente español? Sin embargo, no se sabe por qué designio hubo mucho cuidado en desarticular pronto esta garantía.

Y, por último, la declaración constitucional de que España renuncia a la guerra. ¿Qué quiere decir eso? Si es una simple estupidez, sin nada detrás, allá sus autores. Si se quiere decir que España tiene el propósito de ser neutral en guerras futuras, entonces tenía que haber ido seguida esa declaración de un aumento de fuerzas en la tierra, en el mar y en el aire, porque una nación con todas sus costas abiertas y colocada en uno de los puntos más peligrosos de Europa no puede decidir, ni siquiera acerca de su neutralidad, si no puede hacer que la respeten. Sólo los fuertes pueden ser dignamente neutrales. Yo no sé si los autores de aquella frase querrían imponernos una neutralidad indigna.

¿Y en lo social? ¿Se hizo la reforma agraria? ¿Se hizo la reforma crediticia? Ya sabéis que la reforma agraria que presentaron los hombres del 14 de abril, en vez de ir, como la que nosotros apetecemos, a rellenar de sustancia al hombre, a volver a dotar al hombre de su integridad humana, social, occidental, cristiana, española; en vez de hacer eso, tendió a la colectivización del campo, es decir, a proletarizar también el campo, a convertir a los campesinos en masa gregaria, como los obreros de la ciudad. A eso tendían, y ni siquiera eso han hecho. Esta es la hora en que no han dado apenas un trozo de tierra a los campesinos. De la Ley de Reforma Agraria, lo único que empezaron a cumplir fue un precepto añadido a última hora por un puro propósito de represalia.

Y la reforma financiera, ¿se ha hecho? ¿Han ganado acaso con alguna medida sabia los productores, los obreros los empresarios, los que participan de veras en esta obra total de la producción? Estos han perdido; bien sabéis la época de crisis que aún están viviendo. En cambio, no han disminuido ni las ganancias de las grandes empresas industriales ni las ganancias de los Bancos.

Los hombres del 14 de abril tienen en la Historia la responsabilidad terrible de haber defraudado otra vez la revolución española. Los hombres del 14 de abril no hicieron lo que el 14 de abril prometía, y

por eso ya empiezan a desplegarse frente a ellos, frente a su obra, frente al sentido prometedor de su fecha inicial, las fuerzas antiguas. Y aquí sí que me parece que entro en un terreno en que todo vuestro silencio y toda vuestra exactitud para entender van a ser escasos. Dos órdenes de fuerza se movilizan contra el sentido revolucionario frustrado el 14 de abril: las fuerzas monárquicas y las derechas afectas al régimen. Fijaos en que ante el problema de la Monarquía, nosotros no podemos dejamos arrastrar un instante ni por la nostalgia ni por el rencor. Nosotros tenemos que colocarnos ante ese problema de la Monarquía con el rigor implacable de quienes asisten a un espectáculo decisivo en el curso de los días que componen la Historia. Nosotros únicamente tenemos que considerar esto: ¿Cayó la Monarquía española, la antigua, la gloriosa Monarquía española, porque había concluido su ciclo, porque había terminado su misión, o ha sido arrojada la Monarquía española cuando aún conservaba su fecundidad para el futuro? Esto es lo que nosotros tenemos que pensar, y sólo así entendemos que puede resolverse el problema de la Monarquía de una manera inteligente.

Pues bien: nosotros –ya me habéis oído desde el principio–, nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto; nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida.

Esa es una de las alas que se mueven contra la obra y contra el sentido del 14 de abril. La otra de las alas es el populismo. ¿Qué queréis que os diga? Porque en esto sí que ya nos entendemos todos. Yo siento mucha admiración y mucha simpatía hacia el señor Gil Robles, y siento esa simpatía y esa admiración precisamente por el nervio antipopulista que en él descubro. Yo barrunto que un día el señor Gil Robles va a romper con su escuela, y me parece que en ese día el señor Gil Robles prestará buenos servicios a España; pero de la escuela populista, ¿qué queréis esperar vosotros? La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de casi todas las cosas auténticas. Surge en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista; surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico, de las masas socialistas; enseguida, la escuela populista, rica en ficheros y en jóvenes cautos, llenos, sí, de prudencia y cortesía, pero que se parecen más que a nada a los formados en la más refinada escuela masónica, produce un sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama democracia cristiana: frente a las Casas del Pueblo, Casas del Pueblo; frente a los ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestra en escribir Memorias sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo, y las jaulas preciosas no llegan a calentarse nunca. Surge en el mundo el fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y con su cortejo de mártires y con su esperanza de gloria, y enseguida sale el partido populista y se va, supongámoslo, para que nadie se dé por aludido, a El Escorial, y organiza un destile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera, menos con el valor juvenil revolucionario y fuerte que han tenido las juventudes fascistas. Y no os preocupéis, que si Dios nos da vida, veremos en España una República cedista, con representación personal y con ley de Prensa, que tendrá los mayores parecidos con todas las Repúblicas laicas del centro de Europa.

Por eso, camaradas, ni estamos en el grupo de reacción monárquica, ni estamos en el grupo de reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros precisamente alegamos contra el 14 de abril, no el que fuese violento, no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase una vez más la revolución pendiente española. Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español que, más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda que nos está haciendo falta. Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del descontento, de ja protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin

faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española; y será social en lo profundo, sin demagogias, porque no harán falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista. Ya veréis cómo rehacemos la dignidad del hombre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria.

Esto es lo que queremos nosotros y ésta es la jornada que hoy de nuevo emprendemos. Esta jornada, camaradas, tiene la virtud de ser difícil; nuestra misión es la más difícil; por eso la hemos elegido y por eso es fecunda. Tenemos en contra a todos: a los revolucionarios del 14 de abril, que se obstinan en deformarnos y nos seguirán deformando después de estas palabras bastante claras, porque saben que la exigencia de cuentas que representa nuestra comparecencia ante España es la más fuerte acta de acusación levantada contra ellos, y de otra parte, a los contrarrevolucionarios, porque esperaron, al principio, que nosotros viniéramos a ser la avanzada de sus intereses en riesgo, y entonces se ofrecían a protegernos y a asistirnos, y hasta a darnos alguna moneda, y ahora se vuelven locos de desesperación al ver que lo que creían la vanguardia se ha convertido en el Ejército entero independiente.

Contra los unos y contra los otros, en la línea constante y verdadera de España, atacados por todos los flancos, sin dinero, sin periódicos (ved la propaganda que se ha hecho de este acto, que congrega a diez mil camaradas nuestros), asediados, deformados por todas partes, nuestra misión es difícil hasta el milagro; pero nosotros creemos en el milagro; nosotros estamos asistiendo a este milagro de España ¿Cuántos éramos en 1933? Un puñado, y hoy somos muchedumbres en todas partes. Nosotros nos aventuramos a congregarnos en cuatro días en este local, que es el más grande de Madrid, a todos los que vienen, incluso a pie, de las provincias más lejanas, para ver el espectáculo de nuestras banderas y los nombres de nuestros muertos. Nosotros hemos elegido, a sabiendas, la vía más dura, y con todas sus dificultades, con todos sus sacrificios, hemos sabido alumbrar —¿qué sé yo si la única?— una de las venas heroicas que aún quedaban bajo la tierra de España. Unas pocas palabras, unos pocos medios exteriores, han bastado para que reclamen el primer puesto en las filas donde se mueren dieciocho camaradas jóvenes, a quienes la vida todo lo prometía. Nosotros, sin medios, con esta pobreza, con estas dificultades, vamos recogiendo cuanto hay de fecundo y de aprovechable en la España nuestra. Y queremos que la dificultad siga hasta el final y después del final; que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo. Hace unos días recordaba yo ante una concurrencia pequeña un verso romántico: "No quiero el Paraíso, sino el descanso" —decía—. Era un verso romántico, de vuelta a la sensualidad; era una blasfemia, pero una blasfemia montada sobre una antítesis certera; es cierto, el Paraíso no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente como los ángeles. Pues bien: nosotros, que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable; un Paraíso donde no se descansa nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas.

EL ÚLTIMO NUMERO DE "LIBERTAD"

Quienes entienden la vida como de sí propia, quieren, ante todo, vivir, afirmar la propia individualidad entre todas las individualidades, existir por encima de todo. Quienes entienden la existencia como servicio, como camino hacia una meta superior, tienen hecha siempre ofrenda de su vida, en tanto el sacrificio de la vida sirva al cumplimiento de un fin más alto.

Libertad no nació por el gusto de afirmarse, de erigirse en centro vivo justificador de sí propio; nació para ser voz de una empresa abnegada. Cuando esa misma empresa, en una nueva etapa más extensa y más fuerte, exige que vuelva al silencio aquella voz, *Libertad* renuncia a la vida.

Pudo resistirse a morir; pudo obstinarse en lanzar su grito y su nombre como un ángel rebelde. Entre nosotros no es ésta la moral que rige. Cada uno de nosotros está dispuesto a callar y a renunciar para ocupar el puesto en que mejor sirva a la Falange Española de las J.O.N.S.

Válganos a todos el caso de enseñanza. Y en las horas próximas del triunfo, como en las horas presentes del crecimiento, no olvidemos aquellos intentos de los primeros días –como esta *Libertad* que ahora se extingue, cumplido el deber–, ni seamos desagradecidos para los que ocuparon el puesto de vanguardia en los tiempos duros.

(*Libertad*, de Valladolid, 20 de mayo de 1935)

EL ACTO DE MADRID Y LA PRENSA

Con recortes de Prensa se podrían demostrar, respecto al acto de Madrid, las más diversas cosas: desde la realidad de su gran importancia hasta la suposición de que no se ha celebrado nunca. Entre los de la mañana, *ABC* se produjo con una probidad informativa que a quien más favorece siempre es al periódico que la usa, reflejando la verdad ante sus lectores. Dedicó al acto del domingo casi una plana en su edición de Madrid y dos en su edición de provincias. Más que la extensión nos interesa si la calidad y las noticias y extractos de los discursos eran fieles. Otro criterio siguió su colega *El Debate*. Pretendió restar importancia al acto, no sólo en volumen, sino en estilo, y dijo, por ejemplo, "que se habían tomado toda clase de precauciones para evitar incidentes", mientras *ABC*, más veraz, cerraba su información señalando que "no hubo alarde de precauciones". La autoridad estaba bastante informada para saber que no eran necesarias. En la Prensa de izquierdas circuló la consigna masónica del silencio. Hicieron la política del avestruz, en la cual brilló, sobre todo el *Diario de Madrid*, imparcial, equilibrado y sereno, mitad capitalista y mitad masónico. Algunos diarios de izquierdas, a sus referencias brevísimas añadieron comentarios breves al discurso del jefe nacional. El número de asistentes fue calculado por cuantos periódicos asistieron a él con cifras aproximadas en diez o doce mil. Se dio a entender también en diversos diarios que estos diez o doce mil no eran precisamente curiosos, sino en su inmensa mayoría, por no decir unanimidad, gentes de ¡Arriba España!" y brazo en alto. *Informaciones* hizo honor a su espléndida ascendente carrera de periódico vivo y rápido y dio una información amplia y exacta, con una fotografía magnífica bajo grandes titulares, que recogían la vibración del acto. No quedó a la zaga *La Época* en fidelidad informativa, y en su fondo publicó un comentario Reno de ponderación e inteligencia, fértil en objeciones, pero que puede servir de modelo de disparidad polémica, por la limpieza y claridad de las actitudes doctrinales. Ya se supo conducir también como un gran periódico. Su descripción del aspecto de la inmensa sala revelaba una percepción excelente de nuestra ritualidad colectiva. De triste excepción en la Prensa de noche dio muestras *La Nación*, y aunque la decadencia manifiesta de este diario en la consideración del público nos incite a ser piadosos, no dejaremos de notar que *La Nación* ha caído bajo las peores influencias que podía elegir en su campo. Un día este diario quiso ser exponente de nuestro Movimiento, con comprensión, por cierto, escasa de nuestro espíritu, y ahora se llama a engaño porque no somos lo que se había figurado y por otras razones. La información gráfica del acto y de la comida que hubo después fue amplísima. Pero esas fotografías apenas se publicarán. Son un testimonio vivo y patente y no exigimos demasiado. La Prensa, dadas las posiciones en que nos movemos, ha hecho esta vez bastante.

(20 de mayo de 1935)

UNA JORNADA MEMORABLE

EN EL CINE MADRID, EL INMENSO ANTIGUO FRONTÓN, SE CONGREGARON MÁS DE 10.000 ENTUSIASTAS DE LA FALANGE.—EN NÚMERO Y EN RITO, EL ACTO SUPERÓ A TODAS LAS ASAMBLEAS POLÍTICAS.—UN ESPECTÁCULO DE EMOCIÓN, DE ATRIBUTOS Y BANDERAS.—EL "¡PRESENTE!" DE LOS CAÍDOS

¡ARRIBA ESPAÑA!

Nuestro mitin del domingo pasado ha llenado a Madrid de resonancia. Resulta increíble que un Movimiento nacido hace dos años y rodeado de todas las dificultades desde su nacimiento haya conseguido alcanzar la tensión, la muchedumbre, la calidad y el estilo de la Falange Española de las J.O.N.S.

La preparación externa del acto se redujo a unas circulares dirigidas a las Jefaturas Provinciales, unas notas enviadas a los periódicos —que la mayor parte de ellos, como de costumbre, no publicó— y unos modestos carteles pegados por las calles. El resto lo hizo la pujanza de nuestra organización interna, contra la que nada pueden ya los silencios. Como a través de una red nerviosa, todos los órganos de las J.O.N.S. de Madrid —Jefaturas de distrito, de barrio, de grupo—, hicieron llegar a cada afiliado puntualmente citaciones y consignas. Y así, a las diez de la mañana el inmenso frontón de la plaza del Carmen, que visto vacío parecía imposible de llenar, fue poblándose, hinchándose, de una multitud entusiasmada, ante el pasmo y probablemente, en algunos, la contrariedad de los espectadores ajenos a nuestras filas.

Se ha ganado una nueva magnífica posición. El acto del "cine" Madrid ha valido por el de la Comedia, multiplicado por diez. En esta progresión geométrica seguirá nuestra marcha hasta el triunfo.

PREPARATIVOS

Los camaradas encargados de disponer el local no durmieron en la noche anterior al mitin. Todo fue trajín aquella noche: martilleo en la tribuna presidencial, pruebas de luces y altavoces... Hubo un momento solemne: aquel en que se izó el enorme telón del fondo. El actual "cine" Madrid tiene la pantalla en lo que fue pared de bote. Había que cubrir por entero su superficie, de más de doscientos metros cuadrados, y a ese efecto se construyó un inmenso telón negro, con nuestro emblema en rojo, de cinco metros de altura, y los nombres de nuestros camaradas caídos, en grandes letras de oro. Como el telón tenía de ancho dieciocho metros, hubo que izarlo lentamente, tirando por igual de las varias cuerdas de que pendía, para que no rompiese la larguísima vara de madera que lo armaba. No fue operación corta. Pero cuando, al fin, la imponente superficie negra, con el yugo y las flechas y los nombres de los mártires cubrió el extremo del frontón vacío, nuestros camaradas no pudieron menos de experimentar una sacudida. Ya clareaba el amanecer.

PEREGRINACIÓN

Desde las siete de la mañana empezaron a llegar a nuestro Centro expediciones de provincias. Han venido unos mil quinientos camaradas, cifra asombrosa si se tiene en cuenta que la organización central no ha podido auxiliar con un céntimo a las organizaciones locales, y que cada militante, en esta época de dificultades económicas, ha tenido que sufragarse sus propios gastos. Muchos vinieron a pie; los más, en autobuses. La cuesta de Santo Domingo y la plaza inmediata parecían un campamento de concentración de los grandes vehículos. Unos tras otros iban volcando a la puerta del Centro su carga alegre de militantes. Todos se parecían entre sí, como miembros de una gran familia. Dentro de nuestra casa, las Comisiones encargadas de atender a los de fuera les iban procurando, con incansable exactitud, informes y facilidades para el mitin.

EL LOCAL, DESBORDANTE

No hay fantasías: el "cine" Madrid es, como se sabe, uno de los más grandes frontones de España. Al habilitarlo para cinematógrafo se desperdició, naturalmente, la mayor parte del local, puesto que

no había manera de poner localidades sino de frente al extremo donde hoy está la pantalla. Con todo su aforo es de unos cuatro mil asientos. Los pasillos del patio de butacas tienen dos metros de ancho, y las cuatro galerías, detrás de los palcos, son espaciosísimas. Sólo en el piso bajo las superficies dedicadas a bar, vestíbulo y tránsito casi igualan a la cancha. Pues bien: todo, desde arriba hasta abajo, los pasillos centrales, las galerías, los palcos, el vestíbulo, las escaleras, todo absolutamente estaba, a las diez de la mañana, lleno de un muchedumbre que se apiñaba en pie, cercando por entero a los que lograron butacas y sillas. Dadas las dimensiones del local y el hecho de que muchos quedaron en dependencias exteriores a la propia sala, la mayor parte de la concurrencia no hubiera oído los discursos si no se hubiera dispuesto de una sabia instalación de altavoces.

EL ESPECTÁCULO

Minutos antes de empezar el acto presentaba el local un aspecto impresionante: al fondo, la pared recubierto de negro, con el emblema inmenso en rojo y los nombres de los mártires con letras de oro, dispuestos a los lados en dos columnas. Una larga mesa para la Junta Política. Y entre la mesa y el telón, un zócalo de banderas sostenidas por los abanderados. En medio, el guión de Madrid; en las dos alas, las banderas rojas y negras traídas por las organizaciones provinciales. Delante de la tribuna, ya en el suelo, los banderines de los distintos grupos de Madrid, y de arriba abajo del salón, en cuatro filas interminables, los muchachos de primera línea, vestidos con camisas azules. También habían vestido la camisa azul muchísimos de los asistentes.

Todos los pisos, las entradas, las escaleras y dependencia tenían montado un servicio de orden impecable. En las funciones de organización interna tomaban parte varios centenares de afiliados con brazal rojo y negro.

Focos potentísimos de luz iluminaban el fondo del salón, que surgía, allá lejos, de la semipenumbra con su magnífico aparato de letras doradas, emblema rojo y banderas en fila.

EL ACTO

A las once en punto, por el fondo del pasillo central, apareció el jefe, seguido de la Junta Política, de algunos jefes de servicios y de las J.O.N.S. de Madrid. Toda la concurrencia se puso en pie y rompió en aplausos y vítores. El cortejo recorrió la larga distancia que hay desde el fondo hasta la tribuna presidencial, y ocupó ésta. Se sentó en medio el jefe nacional, y a los lados los miembros presentes de la Junta Política, el jefe de asistencia y el de las J.O.N.S. de Madrid. El secretario general ocupó la mesa donde estaba instalado el micrófono. Después de unas palabras del jefe, dando brevísimas instrucciones para el orden del acto, el secretario general, Raimundo Fernández Cuesta, pronunció su discurso. Al final dio lectura a los nombres de los caídos, que todos oyeron en pie y contestaron, unánimes y en posición de saludo, con el grito de "¡Presente!"

Inmediatamente hablaron Manuel Valdés, Manuel Mateo, Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera. Todos los discursos, en su texto íntegro, se publican en este número.

La tensión espiritual del auditorio no decayó un instante. Las ovaciones estruendosas se sucedían. En algunos momentos –como al aludir Julio Ruiz de Alda a Gibraltar– toda la concurrencia se puso en pie durante largo rato, en una tempestad de aplausos y gritos.

Terminados los discursos, el jefe dio las tres voces de "España", que todos, en pie y saludando, contestaron diciendo: "¡Una! ¡Grande! ¡Libre!, y como remate: "¡Arriba España!"

Después del mitin se reunió a comer en el restaurante Casa Juan, de la Bombilla, un millar de camaradas, aproximadamente. La comida transcurrió con una ordenada alegría. A su final pronunció Rafael Sánchez Mazas el brindis que se publica en otro lugar de este número. Luego, el jefe nacional dijo unas palabras sobre los deberes de obediencia, alegría, ímpetu y silencio. Concluyó así: "Volvamos al silencio ahora. El ímpetu de hoy nos hace dignos del silencio. Y en ese silencio volverá a germinar nuestro ímpetu".

(*Arriba*, núm. 10, 23 de mayo de 1935)

RESUMEN DE LAS PALABRAS PRONUNCIADAS EN LEÓN EL 23 DE MAYO DE 1935

El Jefe Nacional dirigió a los camaradas presentes palabras de aliento y esperanza para que sigan con gran entusiasmo y fe, a pesar de los pesares y de todas las dificultades conocidas y por conocer, la propaganda de nuestro Movimiento nacionalsindicalista.

Les recordó que, precisamente por nuestros mayores enemigos, se esgrimía una nueva arma: la del aburrimiento, que es la más difícil de vencer, Y con palabras alentadoras y llenas de emoción por la salvación de España, les previno contra estas artimañas y otras que pondrán en nuestro camino los que no pueden vencernos en lucha franca.

Arriba, núm. 11, 30 de mayo de 1935

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO PRINCIPAL, DE OVIEDO, EL DÍA 26 DE MAYO DE 1935

Afirma que en la revolución de octubre, no venció ni el Estado español, escéptico en su destino y mohoso en sus instrumentos, ni el orden burgués capitalista, al que le falta para poder ser heroico la conciencia de su justicia interior. Venció la vena heroica permanente de España, revelada en sus magníficos soldados y en el temple de aquellos –como tantos de nuestros camaradas– que colaboraron con ellos.

Pero ni los soldados de España ni quienes corrieron su peligro defendían el orden burgués; defendían la permanencia de España, amenazada por el separatismo y por el marxismo internacional, y todo un sentido occidental, cristiano, de la civilización, puesto en peligro por quienes incendiaban la Catedral y la Universidad.

Sin embargo, después del triunfo, los partidos conservadores han querido escamotear el aspecto antinacional de la revolución para insistir en su aspecto antisocial; y así han querido interpretar el resultado victorioso, no como un triunfo de lo nacional contra lo antinacional, sino del orden burgués existente contra un propósito subversivo. Así, en vez de dar satisfacción de justicia a los valores nacionales profundos puestos en peligro, han empezado a cobrarse el botín en forma de política conservadora; con ellos, en vez de remover las justificaciones internas de la revolución, se están suministrando argumentos para la revolución nueva.

Sólo se evitará esto haciendo la revolución voluntariamente, en todo lo que tiene de justo, con lo que imponga de otro modo, se hundirán en el general hundimiento. Hay que evitar que multitudes españolas sigan llevando una vida miserable, algunas habitando bajo tierra, igual que alimañas, como las que hemos visto al venir hacia Oviedo.

La revolución nacional la haremos nosotros, sólo nosotros, camaradas de las camisas azules, y la haremos por un móvil espiritual, que es por lo único que se muere. Los mineros de Asturias, equivocados, pero valerosos, no hicieron la revolución por ellos, que ganan los mejores jornales de España, sino por los trabajadores hambrientos de Andalucía. Nosotros tampoco haremos nuestra revolución para nosotros, sino para España. Ya veréis cómo acaban por entendernos los mismos mineros de octubre, a los que podremos decir: "No empleéis vuestro magnífico coraje para luchas estériles. Haced que os depare, además de la justicia ,y el pan, una Patria digna de vuestros padres y de vuestros hijos".

(*Arriba*, núm. 11, 30 de mayo de 1935)

RESUMEN DE LOS DISCURSOS PRONUNCIADOS EN MOTA DEL CUERVO (CUENCA) Y EN CAMPO DE CRIPTANA (CIUDAD REAL) EL DÍA 30 DE MAYO DE 1935

Vosotros sois la verdadera España; la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre antepasados y descendientes. De vosotros salieron también duros, callados y sufridos los que hicieron el Imperio de España. Pero sobre vosotros, oprimiéndolos, deformando la España verdadera que constituís, hay otra, artificial, infecunda, ruidosa, formada por los partidos políticos, por el Parlamento, por la vida parasitaria de las ciudades.

Hemos vivido tiempos gloriosos cuando la verdadera España, profunda, ha sido más fuerte que su costra; vivimos –como ahora– tiempos miserables cuando la costra ahoga a las entrañas eternas.

¿Cómo la podremos romper? ¿Confundiéndose en los mismos partidos, en la misma máquina política que la constituye? No; ni los que se dicen de derecha ni los que se dicen de izquierda pueden quererlo con sinceridad: primero, porque ese sistema es su razón de existir; después, porque ven en España desde un lado –derecho o izquierdo–, no es su armoniosa integridad; quieren siempre un interés parcial, no el interés total de España.

Por eso hace falta dar con gentes desligadas de toda mira de grupo; dispuestas a lograr un sistema en el que individualmente salgan perdiendo, pero que les depare la compensación espiritual de una vida más alta. Así somos nosotros; ¿creéis que estos labriegos, que aquellos estudiantes, que estos camaradas, firmes en sus camisas azules, van defendiendo una ventaja personal? ¿Y nosotros? ¿Creéis que nos sería tan difícil de llegar en poco tiempo, por el camino llano de hacernos radicales o de Acción Popular, a los sillones de los ministros?

Hace un breve esquema de lo que será el orden político y económico de la Falange, y acaba diciendo: "Muchos habrán venido a prometernos cosas que no cumplieron jamás. Yo os digo esto: nosotros somos jóvenes; pronto –lo veréis– tendremos ocasión de cumplir o incumplir lo que predicamos ahora."

Pues bien: si os engañamos, alguna soga hallaréis en vuestros desvanes y algún árbol quedará en vuestra llanura; ahorcadnos sin misericordia; la última orden que yo daré a mis camisas azules será que nos tiren de los pies, para justicia y escarmiento. (*Grandes aplausos.*)

(*Arriba*, núm. 12, 6 de junio de 1935)

AZAÑA

Hubo un momento en que pareció que el señor Azaña iba a ser el hombre de la República. Cuando se formó el Gobierno del 14 de abril, una de sus figuras menos conocidas para el público era el ministro de la Guerra. A las demás se las conocía de sobra y –fuera, si acaso, de las socialistas– no parecían prometer mucho: llegaban al Gobierno con una vejez de estilo desconsoladora. Los Domingo y los Albornoces atufaban a viejo republicanismo de club, más apolillado que los morriones de 1822. Y en cuanto al grupo intelectual y a la juventud universitaria de la revolución, o se les había dejado en un semisilencio extraoficial o se les relegaba a puestos secundarios. El primer Gobierno de la República nació teñido de mediocridad de charanga: era un anticipo muy estimable de los que hemos tenido después de 1933.

Pero de pronto surgió Azaña. Su aparición parecía el augurio de un cambio de estilo. Azaña no era popular: era un intelectual de minoría; un escritor selecto y desdeñoso; un dialéctico exigente, frío, exacto y original. Desde que había surgido ante las candilejas de la actuación pública resonante se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. Era, sin duda, un sujeto político del mayor interés: un hombre llegado al primer puesto de mando, casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia, y que preparaba el instrumental para recortar un pueblo a su talante. Los viejos radicales y radical-socialistas no tenían nada que revelar; este ateneísta arisco y misterioso podía, acaso, realizar experiencias sorprendentes.

¿Cuál fue la causa del fracaso de Azaña? Es posible que se sobrepusiera quién sabe qué antiguo resentimiento individual a sus condiciones de político. Es posible que esas condiciones externas – y extraordinarias– de político se malograrán en la inutilidad por falta de un aliento fecundo. *Azaña o la infecundidad* podría llamarse el ensayo que sobre él se escribiera. Todo un juego complicado y preciso de palancas y ruedas dentadas.... pero sin motor.

Azaña se entregó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad. Sus mejores obras, las que no fueron simples torpezas agresivas, fueron filigranas inútiles. Como con un sentido deportista de la Historia, realizaba sus jugadas por el deleite de la jugada misma, no por el resultado; imitaba a esos campeones de la carrera a pie, por ejemplo, que no corren por la meta –donde no les espera nada–, sino por el recorrido. Su política fue, de esta suerte, una política monstruosa. Para los que no podían percatarse del alambicamiento estético que encubría, era como una tortura diabólica e ininteligible; España pasó por las manos de su dictador como por las de un masajista asiático, entre fascinada y atormentada; el día que salió de su poder experimentó el alivio de quien vuelve al reposo.

Era de esperar que el señor Azaña, cuyas condiciones de analizador parecen preeminentes, hubiera aprovechado la tregua en el aturdimiento de la política que vino a depararle su derrota electoral de 1933, para disecar las razones de su fracaso como jefe del Gobierno. Así, ante el discurso que había de pronunciar en Valencia el domingo, ningún hombre inteligente y responsable pudo sustraerse a un movimiento de expectación. Se aguardaba, por lo menos, un análisis frío, agudo; una crítica cortante y precisa de lo ocurrido en los últimos años; un rasgo original, en medio de la venturosa chabacanería en que vegetamos.

No ha ocurrido eso; el discurso ha defraudado e incluso a los incondicionales. Ni siquiera la limpieza castellana de la prosa que suele avalorar las oraciones del señor Azaña ha rayado esta vez a gran altura. Y en cuanto al contenido, el discurso ha igualado en vulgaridad al más vulgar de los discursos de Albornoz: todo él ha sido un pasodoble de charanga republicana, insoportable por la re-petición del mismo sonsonete: la República, los republicanos, los corazones republicanos, los partidos republicanos... En cuanto a entendimiento del instante político, en cuanto a esquema de un futuro más o menos próximo, ni siquiera una brizna. Toda la anchurosa vaciedad del discurso ha estado transitada de lugares comunes, fuera de algún rescoldo de rencor superviviente. Y –eso sí– de alguna repugnante llamada de compadrazgo a los separatistas catalanes.

Los primeros telegramas de Valencia dijeron que, como empezase a diluviar, el señor Azaña hubo de proponer al auditorio cortar el discurso por donde iba. Sólo ante las denegaciones del auditorio

accedió a seguirlo y terminarlo. Ante esos telegramas acometía al lector la extrañeza de que un discurso que debe ser una pieza orgánica, con su estructura predefinida, pudiera cortarse por cualquier lado, como un rosco de Reyes. Leído el discurso, amorfo y hueco como ha salido, se ve que por cualquier punto se le pudo cortar. Y aun por el principio. No se hubiera perdido nada.

LA J. A. P.

En Uclés –¿será un augurio este nombre, evocador de una gran derrota cristiana?– celebró la Juventud de Acción Popular una misa de campaña, cantos y bailes regionales, concentración de jóvenes (?) y abundante emisión de discursos.

Nos percatamos de que los jefes de Acción Popular no van a creer en la sencillez de espíritu con que les aconsejamos. Ello casi nos mueve a dejar de escribir esta pregunta: ¿Opinan, de veras, que sirven de algo a su partido estas mojigangas de la J.A.P.?

Acción Popular, como partido burgués, pragmático, poco exigente en lo histórico y en lo político, ha podido cumplir una cierta misión, y cumplirla con decoro; pero ¿se puede saber a qué viene ese apéndice de la J.A.P.? Se cae el alma a los pies de melancolía viendo esos desfiles blandos y de respetables señores maduros y jóvenes circunspectos en El Escorial, en Uclés o, como ahora anuncia, en Medina del Campo. Y ¿aún nos llaman a nosotros imitadores del fascismo? No hay en esas ceremonias un solo ademán de alguna gracia, una sola voz ritual de buen gusto, que no haya sido tomada por las buenas, no ya del fascismo o del nacionalsocialismo, sino de la Falange, que está más próxima. Pero, en torno a lo ritual, ¡qué falta de tensión, de autenticidad y de peligro! Aunque ahora resulta, según el periódico *J.A.P.*, que en la J.A.P. se corre mucho más peligro que en la Falange, y que nosotros no hemos salido a la calle hasta pasado el riesgo. ¿Qué dirá la sombra entrañable de nuestros dieciocho caídos?

Hombres perspicaces, como el señor Gil Robles, no necesitan ir a Uclés para comprobar lo desabrido del pastel sin liebre de la J.A.P.: tienen bastante con leer el periódico, o *J.A.P.*, órgano del movimiento, que, al parecer, se publica en Madrid. Este periódico –fiel al lema de "ni derechas ni izquierdas", recientemente adoptado por la J.A.P., y que también nos suena– se esfuerza en simular una demagogia revolucionaria *pour épater le bourgeois*; pero le pasa con la demagogia lo que ocurre en las representaciones teatrales de los colegios religiosos, en que los amantes son sustituidos por hermanos, para evitar complicaciones psicológicas a los alumnos: las baladronadas resultan de un sosera desconsoladora y denuncian a medio kilómetro el calor con que son escritas. He aquí algunas muestras, tomadas al azar, del número 19 de *J.A.P.*

"Aquí, en Madrid, estercolero del enchufismo español, hay también un derechismo del tipo más cerrilmente egoísta. A las maravillosas mujeres de nuestro partido no quieren ni darles los datos para el censo. En algunas casas de derechas, de esas casas con piano de cola y perro de lanas, les dan con la puerta en las narices."

"Aconsejamos a esas valientes compañeras de trabajo que hagan la lista negra de esta gentuza."

"Preferimos a los sindicalistas."

"Mejor que con esta chusma dorada nos entenderemos con gentes de ideales, aunque estén enfrente de nosotros. A la gente de ideales se la puede convencer. Al que piensa con el estómago no le preocupan más que las malas digestiones."

"Algunos policastros que, tras espléndida comida y repleto el estómago, se sientan en el *bufet* de ese gran casino llamado "Parlamento", parecen estar dispuestos a boicotear el proyecto de paro obrero de "Salmón". Dificultades, pegas... Lo de siempre: lo perfecto, enemigo de lo bueno."

"Sepan los tales, aunque se digan nuestros amigos, que ni Acción Popular ni España toleran el juego. ¡Con el hambre de los obreros parados no se juega!"

Es lástima que prosa tan incendiaria no llegue a los obreros y sí sólo a algún que otro pacífico afiliado a Acción Popular. Quizá *J.A.P.* penetrase en los medios populares si se decidiera abiertamente a seguir su vocación de periódico festivo. ¿Por qué no lo intenta?

LA APOTEOSIS EN EL BANQUILLO

Se está viendo ante el Tribunal de Garantías la causa contra Companys y sus codelincuentes en el alzamiento de la Generalidad. No vamos a hablar –ni podríamos– sobre el juicio que nos merece el procedimiento seguido por el claudicante Estado español frente a la traición repugnante de los consejeros barceloneses y de sus cómplices. Lo que no puede pasar sin protesta asqueada es la conducta de algunos periódicos de izquierda, que han aprovechado la ocasión para ventear las figuras de Companys y comparsa en una profusión de informaciones y fotografías –¡con la autorización de la Dirección General de Prisiones!– que equivale a una glorificación.

No haya hipocresías: cuando hay periódicos capaces de conducirse así con los traidores a España, la única respuesta adecuada es su extirpación terminante por cualquier medio.

(Arriba, núm. 11, 30 de mayo de 1935)

TRAIDORES

Companys y varios de sus codelincuentes han ocupado el banquillo ante el Tribunal de Garantías Constitucionales. Pérez Farrás y otros sujetos han comparecido también, como testigos. La vista se ha celebrado en Madrid, capital de lo que todavía se llama España. Companys y los suyos se alzaron en memorable fecha contra la unidad de España: trataron de romper en pedazos a España, usando los mismos instrumentos que otros llamados españoles pusieron en sus manos. Aún está bien reciente en nuestra memoria el sonido escalofriante de la "radio" en aquella noche del 6 al 7 de octubre, los gritos de *¡Catalans, a les armes, a les armes!*, y las proclamas de los jefes separatistas. Era de prever que el juicio se hubiera celebrado bajo la amenaza suficiente de la cólera popular, que los acusados no hubiesen apenas encontrado defensa sino en un último llamamiento al deber inexcusable de defensa que a todos los abogados toca y que los acusados hubiesen asumido un papel respetuoso de delincuentes sometidos a la Justicia.

Pero no: el juicio oral se ha convertido en una especie de apoteosis. Los procesados se han jactado, sin disimulo, de lo que hicieron; sus defensores —no nombrados de oficio, sino surgidos gustosamente de entre las más hinchadas figuras—, se han comportado, más que como defensores, como apologistas, y ni a la puerta del Tribunal, ni en los corros habituales, ni en parte alguna de Madrid, se ha notado el más mínimo movimiento de repulsión.

Para algunos esto será indicio de que vivimos en un pueblo civilizado, tolerante y respetuoso con la justicia. Para nosotros es indicio de que vivimos en un pueblo sometido a una larga educación de conformismo enfermizo y cobarde. Si el 2 de mayo de 1808 hubiera llegado precedido de la inmundicia preparatoria espiritual de nuestros tiempos, el pueblo, en lugar de echarse a la calle, hubiera soportado con resignación bovina la presencia de los soldados de Napoleón. Así estamos soportando ahora la afrentosa presencia del repugnante Ossorio y el indigno espectáculo de la Prensa de izquierdas, cantora, bajo burdos pretextos, de los traidores a la Patria.

Digámoslo claro: mejor que esta actitud de maridos de *vaudeville* francés, que va adoptando ante todo este espectáculo nuestro refinamiento, es la ferocidad impetuosa y auténtica de los pueblos que aún saben ajusticiar a sus traidores.

NUBES A LA VISTA

Sólo a los ciegos puede ocultarse la cargazón revolucionaria que otra vez va aborrascando el horizonte. La rebelión de octubre, tan desastrosamente sustanciada desde todos los puntos de vista, no ha servido tampoco a los Gobiernos para intentar una política inteligente que impida las reincidencias. La Falange, por voz autorizada, dijo que el ensayo revolucionario reciente exigía dos cosas: una liquidación rápida y neta, un análisis de las justificaciones que hubiera podido tener la rebelión, para removerlas de raíz. Se ha venido a hacer cabalmente lo contrario: no se ha intentado, de una parte, ni pensado intentar a fondo, un reajuste de la estructura social y económica, menos intolerable para los millones de españoles que viven sin comer; y de otra parte, lo que debió ser final limpio, ejemplar y escueto de los sucesos revolucionarios, se ha diluido en inacabables dilaciones y aun macabros regateos con la vida de los condenados a la última pena.

Lo que pudo ser claro punto de arranque para una política fuerte y fecunda se ha quedado en turbia confusión de política estancada. Y los revolucionarios de octubre, que no pierden una, ya empiezan a recuperar posiciones descaradamente y a iniciar las escaramuzas preliminares de otra intentona.

No hay más que verlo: cada día nos trae una nueva insolencia y una nueva muestra de la tolerancia gubernamental. Separatismo y socialismo ya lanzan sus consignas al aire como si no hubiera pasado nada. Renacen las agresiones, que no se detienen ni ante la fuerza pública. Cada mitin de un mandarín de las fuerzas aliadas es como un recuento de reclutas en preparación para el choque y como una antología, más o menos encubierta, de amenazas. Los centros donde se preparó lo de octubre reanudan su vida normal. Y así todo.

Ahora hay quien dice que el señor Portela Valladares va a reintegrarse a su puesto de Barcelona y que al Ministerio de la Gobernación va a volver el señor Salazar Alonso. Es lo único que faltaba Pero

¿es que deliramos al recordar que el señor Salazar Alonso fue ministro de la Gobernación durante el verano de 1934, mientras se preparaba todo lo de octubre? El señor Salazar empleó el estío en dos actividades igualmente útiles: en mortificar a la Falange con cierres y registros y en escribir un librito precioso (*Tarea*) de cartas a una señora sobre política. En tan honestos pasatiempos le sorprendió la marimorena que por poco se le mete en el mismísimo Ministerio de la Gobernación. A que eso y otras cosas no pasaran contribuyó abnegadamente la mortificada Falange, cinco de cuyos mejores dieron la vida durante los sucesos de octubre.

¿Se pretende acaso, para que la *reprise* sea completa, colocar también al señor Salazar en Gobernación durante el verano de 1935? Sea; compondrá otra piececita literaria; se mostrará tan pizpireta como siempre en declaraciones periodísticas y al final le cogerá la tronada. Dicen que el señor Salazar Alonso es para Gobernación el favorito de la C.E.D.A. Dios conserve la vida a los populares agrarios.

NUEVAS LINDEZAS DE LA J.A.P.

El mejor número cómico de la semana pasada ha sido otro manifiesto de la J.A.P., publicado con puntos y comas en *ABC* y sabiamente pasado en silencio por *El Debate*. Firmaban ese manifiesto el diputado a Cortes señor Calzada y otro señor, cuyo nombre sentimos mucho no recordar.

Todo lo que se pueda decir en cuanto a plagios, ya, a fuerza de descarados, divertidos, se había dado cita en el documento; cuanto conocen desde hace dos años los que nos observan – invocaciones al Imperio, unidad o comunidad de destino, hasta "yugo y flechas", así, sin embozo– ha sido embutido llanamente por el señor Calzada y su colaborador en un bloque de prosa que era un verdadero regalo del espíritu; ver nuestras frases, al pie de la letra, incrustadas sin asimilación posible entre la maraña de un estilo totalmente diverso, nos ha deparado de veras una de las más sanas alegrías experimentadas en los últimos tiempos.

Hemos conocido colaboradores espontáneos de periódicos que enviaban, firmadas por ellos, no trozos literarios apenas conocidos, sino composiciones aureoladas por la más campechana popularidad. A un diario de provincias mandó cierto espontáneo aquello de

Oigo, patria, tu aflicción,

y escucho el triste concierto...

La redacción se sintió tan refrescada por el buen humor que hasta organizó un homenaje público al plagiario. Este lo aceptó con toda seriedad, convencido de que nadie había reparado en el hurto. ¿Por qué no organizamos un homenaje al señor Calzada, "autor" del manifiesto de la J.A.P.?

(*Arriba*, núm. 121 6 de junio de 1935)

EL SISTEMA ANÉMICO

Quien se coloca ante las cuartillas en blanco para trazar el esquema de la situación política presente no puede sustraerse a una impresión que se expresaría en estas palabras: falta de vitalidad. La paz ha sido siempre uno de los bienes más apetecidos por los pueblos; pero esto en que vegeta España no es la paz, sino el desmayo. Pudo hablarse de paz octaviana cuando Octavio Augusto logró una madura, serena y redonda calma imperial. La misma palabra tuvo razón entonces para designar al César y al mes del año que alcanza las mejores plenitudes. Pero, ¿qué agosto de gavillas y de racimos para la Historia promete este lánguido junio de la España de nuestros días?

El Parlamento, en siesta, busca el modo de poder aplazar por unos meses las inquietudes más apremiantes. El Gobierno aplica soporíferos a la vida nacional. La Prensa ensaya en vano las pocas contorsiones que deja pasar la censura para aparentar una vida inexistente. Y así, a ver si podemos pasar el verano.

Toda esta parálisis es una denuncia tanto más elocuente cuanto silenciosa de la total extenuación del sistema. Ya apenas queda nada de lo que fue el Estado liberal. Nuestra Constitución, llena de declaraciones de derechos individuales, no ha estado en vigor más que en medio ciento de días desde que se implantó la República. Tal vez no quede uno solo de sus artículos –aun en la infancia– que no haya sido negado por leyes de excepción o por la conducta de los Gobiernos. El Estado, no obstante la ropa liberal que aún viste, ya ha percibido que con esa ropa no puede ir a ninguna parte, porque es precisamente una ropa para moverse poco: para asistir a espectáculos desde una platea o para retratarse sobre un fondo de celajes y cortinas. Pero cuando el Estado liberal se decide a quitarse la ropa resulta que tampoco va a ninguna parte: desembarazado, sin pudor, de sus vestiduras, se queda en paños menores, tan bobo y tan perezoso como antes, y, además, más feo.

No puede ser ágil y sereno, justo y fuerte, sino el Estado que se sabe servidor de una misión en la vida del mundo. Sin esa convicción interior, la Historia en una sucesión de bandazos entre las épocas de severidad, siempre cruel y siempre abusiva, porque no se halla justificada por ningún principio superior, y las épocas somnolientas y estúpidas, como esta que ahora languidecemos.

GIL ROBLES

Este nombre, constituido en epígrafe, ha aparecido bastantes veces en las columnas de *Arriba*. Pocos habrán opuesto a Gil Robles más objeciones fundamentales que nosotros; pero pocos adversarios habrán mostrado menos repugnancia que nosotros por reconocerle un indudable valor político y humano. Por eso nuestra observación le sigue incesantemente, y por eso quizá se adelante en el descubrimiento de secretas torturas a otras observaciones que imaginan ser más leales, porque son más interesadamente lisonjeras.

El señor Gil Robles ha llegado en plena juventud, y después de un esfuerzo rápido –es decir, cuando aún el aburrimiento ni le ha podido roer el alma–, a una de las torres de mando más interesantes de la política. Ha llegado con asistencia numerosa de gentes y pertrechos, debidos, en gran parte, a sus dotes singulares de organizador. Por poco reposo que su vida fabril le deje para examinarse por dentro, no habrá dejado de percibir la coyuntura decisiva de su existencia en que se encuentra ahora: a los sesenta y cinco años, el fracaso puede ser un crepúsculo no desconsolador de la muerte; a los treinta y seis, el fracaso es la salida hacia un desierto de varios lustros de melancolía. El señor Gil Robles ha debido experimentar un escalofrío ante la posibilidad del fracaso, y ha debido formar propósito resuelto de empeñarse con todas sus fuerzas para impedirlo. De seguro que, si fracasa, no será por pereza ni cobardía.

Pero... ¿le bastará al señor Gil Robles con su brío interior? He ahí que las muestras de su ímpetu no aparecen por ninguna parte. No porque haya reprimido su ímpetu voluntariamente, puesto que hay sobrados rumores de que lo tiene en juego incesantemente, sino porque sobre ese ímpetu ha empezado a caer, suave, viscosa, pertinaz, la baba del sistema que le rodea. El señor Lerroux y sus viejos radicales fingen estar medio en Babia en casi todas las cuestiones; pero van a lo suyo, y no se descuidan; desde noviembre de 1933 se impusieron esta tarea: inutilizar a las fuerzas de Gil Robles, triunfantes en las elecciones generales; pero no inutilizarlas por la tremenda, como hubieran querido

los Botella Asensi o los Gordón Ordás, sino envolviéndolas en una especie de tela de araña, fluente, continua, pegajosa, que les impidiera todo movimiento. Es difícil registrar época en que la vieja marrullería política haya logrado mayor destreza que en estos dos años en que Lerroux, fingiéndose el bobo, ha venido enjaulando y haciendo perder el tiempo al nervio juvenil de Gil Robles.

(*Arriba*, núm. 13, 13 de junio de 1935)

POLÍTICA ESPAÑOLA

Barruntos para el otoño

Hacia fin de año se disolverán las Cortes. Acción Popular habrá perdido todos sus tópicos electorales: habrá gobernado sin gobernar, que es el mayor desastre que le puede ocurrir a un partido. Toda su crítica del primer bienio caerá como un follaje sin vida después de haber soportado la larga estación de esterilidad del segundo bienio. Y en cambio, las extremas izquierdas, seguras de contar con la falta de memoria de las masas, desplegarán una propaganda frenética que les dará el triunfo.

Ya lo pueden ir sabiendo las gentes de buena fe, que no por interés material, sino por adhesión a altos valores espirituales, votaron contra la política de Azaña en 1931. Azaña volverá a gobernar para principios del año que viene. Para impedirlo dieron aquellas gentes de buena fe, trabajo y dinero a manos llenas para las elecciones. Dieron el triunfo a Acción Popular. Ya ven de lo que ha servido.

Ahora que, cuando estas cosas ocurran en otoño, otros serán los sorprendidos; nosotros, no. La misma mano que escribe estas líneas escribió a raíz de las elecciones del 31 aquel artículo que se tituló "La victoria sin alas". Desde el principio le vimos la falta de alas a la victoria aquella y señalamos por dónde había que ir. Los nuestros no fueron remisos. Pero hubo, y hay, millones de sordos que vendrán cuando, si no es tarde todavía, les sea posible recabar la gloria de haber llegado en las horas de la adivinación y del heroísmo.

Arriba, núm. 13, 13 de junio de 1935.

(Final del artículo correspondiente a la serie *Política Española*, no transcrito en las *Obras de José Antonio*.)

TEMAS Y CONCEPTOS QUE EXPLAYÓ JOSÉ ANTONIO EN LA REUNIÓN CELEBRADA EN GREDOS LOS DÍAS 15 Y 16 DE JUNIO DE 1935, OCASIÓN EN QUE LA JUNTA POLÍTICA DECIDIÓ IR AL ALZAMIENTO

"España va irremediablemente hacia la dictadura de Largo Caballero, que será peor que la de Stalin, pues éste quiere hacer un Estado marxista y el otro ignora lo que quiere. Seremos pasto de la horda rusa, que nos arrollará, y no tenemos más remedio que ir a la guerra civil. Hoy no hay más fuerza nueva y sana que nosotros y los carlistas, y nos hace falta el apoyo material, que tenemos que buscarlo en el Ejército, al que hay que sumar a nuestro Movimiento. Sería conveniente la formación de un Frente Nacional para evitar que las elecciones las ganen las izquierdas, que tienen todas las probabilidades del triunfo. Pero con todo, como la revolución de octubre no tuvo desenlace, éste tendrá que producirse."

José Antonio habló como media hora, trazando un bosquejo, certero y pesimista, de la situación de España. Las Cortes, incapaces y gárrulas, eran impotentes para hacer frente a los problemas del país. La liquidación del Octubre rojo se consumaba con toda vileza. Y a la par, crecía la marejada izquierdista; en los medios proletarios se abría camino la idea del Frente Popular.

Haríamos concentrar en un punto próximo a la frontera portuguesa unos miles de nuestros hombres de Primera Línea. Allí serían armados. Allí aparecería a su frente un general, del que se nos ocultó el nombre. Y nos lanzaríamos a la lucha, planteando un hecho consumado a los patriotas de corazón que no tuvieran borrado el sentido del honor y de la vergüenza, bien por contacto con los grupos políticos exentos de quijotismo y de virtud heroica, o por la contaminación con las ideas antinacionales.

"No tenemos más salida que la insurrección. Hay que ir a ella, aun cuando perezcamos todos. Y mientras llega, vamos a montar una Primera Línea capaz de aguantar todos los ataques y las represalias que se nos impongan. Tenemos demasiados camaradas valientes con nosotros. Incluso me tiene intranquilo la propensión aventurera y arriscado de docenas y docenas de "camisas azules" que gustan del riesgo más de la cuenta. Si no los disciplinamos, no sólo van a dar disgustos a los marxistas. Pero con todo su ardimiento y sus defectos, ¡son tan admirables!... No iremos a un complot si no es para una cosa seria y revolucionaria y en la seguridad de que nuestra política, caso de triunfar, y nuestra apetencia revolucionaria sean las que prevalezcan. En todo caso habremos de ir sin perder el control de nuestras fuerzas, sin que se desdibujen nuestros cuadros. Mientras no se nos den las garantías más terminantes no haremos nada. Y ya verán cómo, al triunfar las izquierdas, acuden a vosotros esos mismos que ahora nos desdeñan porque tenemos pocos votos.

Las izquierdas acentuarán su sectarismo y su barbarie. Los republicanos se verán pronto desbordados por socialistas, comunistas y anarquistas. España irá hacia la revolución y el caos a velas desplegadas. Ya verán cómo el peligro nos fortalece. Fracasaré de una vez y para siempre el ensayo populista. Las masas agrarias se vendrán con nosotros. Y la clase media y una minoría obrera. La misma necesidad nos hará perfeccionar nuestros cuadros. Todo depende de que conservemos la disciplina y de que no haya confusionismos peligrosos. Tengan en cuenta que únicamente las minorías son las que hacen la Historia y las revoluciones. Entre los militares cada día tenemos más ambiente. En Africa hay ya una organización clandestina magnífica, que está en muy buenas manos. Sin nosotros, nadie podrá hacer nada práctico. No podemos esperar a que las cosas se pongan a nuestro gusto. Si hay que caer no olviden que será por España. ¿Es que no han caído nuestros mejores? Lo que hizo Matías Montero ¿no debo hacerlo yo, que era su jefe? ¿Y Carrión, y Pérez Almeida, y todos los demás?"

Analizó la situación política de España, los derroteros del Gobierno y los nuevos avances de la subversión marxista, quedando acordado que la Falange comparecería en la futura contienda electoral para hacer propaganda y nada más, pero, al mismo tiempo, se orientaría incesantemente a la proyección y preparación de un Alzamiento armado, considerado ya ineludible.

"Yo os digo que en las próximas elecciones el triunfo será de las izquierdas y que Azaña volverá al Poder. Y entonces a nosotros se nos plantearán días tremendos, que habremos de soportar con la máxima entereza. Pero creo que en vez de esperar la persecución con los brazos cruzados debemos

ir al Alzamiento contando, a ser posible, con los militares, y si no, nosotros solos. Tengo el ofrecimiento de 10.000 fusiles y un general. Medios no nos faltarán. Nuestro deber es ir, por consiguiente, y con todas las consecuencias, a la guerra civil."

Se hizo recuento de fuerzas que en determinadas circunstancias actuarían. José Antonio habló de la actitud de ciertos generales. Indicó que el que más simpatía contaba en el país y más confianza inspiraba era Franco. Mencionó por vez primera a Yagüe, a Moscardó, a los activistas afiliados al Movimiento en las plazas africanas. Y se refirió a otros, especialmente a Mola y Goded, con los que ya había hablado en el verano de 1934.

Acordado el Movimiento armado como única solución, José Antonio afirmó que este acuerdo debía asentarse en una gran propaganda sindical en las bases. "Nos podremos adueñar del Poder, pero jamás del Pueblo si no hacemos la verdadera revolución."

Por último, se acordó penetrar en el Ejército por medio de una organización competente y responsable como era la "U.M.E." (Unión Militar Española)²⁸.

²⁸ De los temas tratados por José Antonio y sus camaradas en la reunión clandestina de la Junta Política, celebrada en el Parador de Gredos los días 15 y 16 de junio de 1935, dan prolija cuenta, entre otros, Francisco Bravo: *José Antonio, el hombre, el jefe y el camarada*, págs. 162 y siguientes, y Joaquín Arrarás Iribarne: *Historia de la Cruzada Española*, tomo VIII, págs. 358-59. A la reunión precitada asistieron los jefes territoriales Luna, Sancho Dávila, Hedilla, Bassas, Suevos y Panizo, los vocales de la Junta Política Sánchez Mazas, Raimundo, Onésimo, Alfaro, Salazar, Mateo y su presidente, Julio Ruiz de Alda. También concurrieron los consejeros Aizpurúa, Aguilar, Bravo, Sainz, el conde de Montarco, y Gil Ramírez y Enrique Sáenz, que estuvieron a cargo de la custodia.

APATÍA Y ESTERILIDAD

Con estas palabras se puede definir la semana pasada en la política española.

En el Parlamento se han tratado, o se están tratando, tres problema,; fundamentales: presupuestos, paro obrero y repoblación forestal.

A pesar de ello, o, mejor dicho, a causa de estos asuntos, la sala del Congreso ha estado desanimada, pues no sienten, ni les interesan, los grandes problemas a los partidos políticos.

En cambio, los pasillos, el bar, las salas de conferencias, han estado animadísimos, pues se susurraba y se comentaba con fruición, en sabrosas y esperanzadas conversaciones, próximas maniobras políticas, jugarretas y zancadillas, y esto sí que es interesante, divertido, democrático y liberal. ¿Cómo se va a comparar el molestarse seriamente, estudiando profundamente problemas aburridos, dedicar, con el calor que hace, el tiempo a pensar, reflexionar y trabajar para conseguir que el Estado funcione y cumpla con sus deberes y sus fines, los españoles coman y, sobre todo, convencerles que es hermoso sacrificarse por sus hijos, dejándoles una patria mejor que la que nos dejaron nuestros padres? No. Los diputados no están para eso; ellos tienen un fin, y este fin es el conseguir que sus caciques amigos manden en sus pueblos; es el conseguir que sus pandillas, necesarias para mantener su eficacia electoral, estén contentas, viviendo del presupuesto del Estado o a costa del mismo, y ellos puedan seguir preparando nuevas e inéditas jugarretas y zancadillas.

LOS PRESUPUESTOS

Se están discutiendo sin estudio y sin discusión; nunca ha habido en la sala más de cien diputados. La mayoría no asiste porque no le interesa; los monárquicos hacen que hacen, y las oposiciones sólo piensan en el momento de la aprobación de los presupuestos, pues infieren que en este momento puede tener lugar la gran sorpresa; por ejemplo: Maura y Sánchez Román en el Poder. Nadie podría negar que esto sería precioso y, además, democrático y liberal.

El Gobierno presenta unos presupuestos diciendo que son malos, pues por premura de tiempo no ha podido preparar uno bueno; pero promete que para octubre lo hará.

Como existe un déficit, se han comprimido las cifras en los distintos departamentos; como a los gastos de personal no se puede tocar, se han quitado del material, disminuyendo, por tanto, eficacia a los organismos.

La preocupación de todos los economistas, al discutir y criticar los sucesivos presupuestos que se van presentando, es el déficit, cada vez mayor, que éstos tienen; pero, en cambio, a lo vital, o sea, a la eficacia del Estado no se le presta mayor atención. Pero nosotros, en cambio, tenemos que mirar primero a la eficacia del Estado, a que éste cumpla con sus misiones. El déficit verdadero es mucho mayor que las cifras resultantes, pues a éstas hay que añadirle el coste de los urbanismos ineficaces y así se encontraría que el déficit verdadero sería mayor de dos millares de millones.

Pero la transformación necesaria del Estado no puede ni quiere hacerla ningún partido político. Sólo la haremos nosotros con la revolución nacional.

EL PARO OBRERO

Se ha aprobado una ley contra el paro, la cual es un balbuceo; desde luego, se puede asegurar que el paro seguirá. Y sucede lo mismo que en todos los problemas fundamentales, cuya resolución de los mismos es cuestión de decisión y de estilo. Para luchar contra el paro hay que tener bien a la vista lo siguiente:

¿En España hay cosas para hacer y reconstruir suficientes para dar trabajo y vida a los españoles? Sabemos todos que sí; que están casi todas las cosas por hacer; que el 80 por 100 de los españoles vive en casas de malas condiciones; que nuestras tierras están sedientas, nuestros montes pelados,

etc., que la única manera de remediarlo es por medio del *trabajo*. Pero todos los partidos españoles, desde el socialista hasta los monárquicos, adoran al mito oro y sacrifican a este dios judío la suerte de los españoles y de España. Para terminar con el paro es preciso derribar este ídolo: tened la seguridad, camaradas, que el Estado nacionalsindicalista se apoyará en el trabajo, y a base del mismo crearemos la verdadera riqueza, el utillaje nacional, y que sólo entonces será España un pueblo de trabajadores alegres y entusiastas.

REPOBLACIÓN FORESTAL

Este problema es típico. Desde ahora se puede asegurar el fracaso rotundo de todas las medidas y soluciones que intente hacer el Estado actual. ¿Sabéis por qué? Porque es un problema espiritual., Resolver la repoblación de nuestros montes supone un sacrificio en la actual generación, en beneficio de sus hijos, y este sacrificio no lo puede hacer el régimen ni el Estado, pues éstos se basan, sobre todo, en el egoísmo particular. Tened la seguridad que los montes españoles sólo se repoblarán por nuestras juventudes, animadas por nuestros bienes y por nuestra fe.

SAAVEDRA LAMAS

Jóvenes de España, que soñáis con un imperio español: grabad en vuestra mente este nombre. Es el ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina. Es un español de la gran España, de los tiempos que España daba al mundo un Cisneros. Este hombre consiguió que Norteamérica suprimiese la Enmienda Platt en Cuba, ha conseguido la sincera amistad entre Brasil y Argentina y ha terminado la guerra en el Chaco por medio de una paz a la española, con tedéum e himnos, paz alegre y generosa. Este hombre trabaja por la caridad espiritual de Hispanoamérica. Trabaja por la formación del imperio espiritual antiguo. Hoy, desde nuestra modestia, le damos las gracias. Mañana contribuiremos a su labor.

Saavedra Lamas: en nombre de la juventud heroica de España, gracias.

(*Arriba*, núm. 14, 24 de junio de 1935)

NUPCIAS ESTÉRILES

En Salamanca, el otro día, se han ratificado en público las más vivas protestas de amor entre el partido radical y la C.E.D.A. No para hoy ni para mañana, sino para todos los días, presentes y futuros, ha quedado sellada la alianza indisoluble.

Fue en ocasión de conferirse al señor Gil Robles y al señor Casanueva el título de hijos predilectos de la vieja ciudad universitaria. No faltaron al regocijo las blancas melenas del señor Lerroux y del señor Portela Valladares, a las que pocos, cuando aún negreaban en los días guerrilleros de la mocedad, hubieran barruntado estar destinadas a aumentar el decoro de una fiesta tan conservadora, tan apacible como ésta de otorgar a los señores Gil Robles y Casanueva la filiación predilecta de Salamanca. Propicio así el ambiente a las efusiones, no tardó en sobrevenir la declaración terminante de amor eterno. Así, si las piedras duermen, las doradas piedras de Salamanca dormirían tranquilas aquella noche, en la seguridad de que si ya no existen el Imperio español, la Universidad española ni apenas España, en cambio podríamos presentar ante el mundo la afianza tierna y fuerte del partido radical y de la Confederación de Derechas Autónomas.

Sin embargo, no esperen las piedras salmantinas presenciar en años sucesivos nuevas fiestas que canten la fecundidad de estos desposorios. La unión cedorradical es estéril.

El radicalismo se quedó sin el último resto de programa tan pronto como se hizo conservador. Antes había perdido su color popular cuando el socialismo atrajo hacia la lucha de clases el ingenuo entusiasmo que hasta entonces consagraban los obreros al sueño de una República más o menos federal. Se quedó así con las escuadras de los *jóvenes bárbaros*, cuya aspiración más precisa parecía ser el atropello físico de las monjas: semejante *programa* (en el qué al ardor anticlerical se mezclaba un viejo apetito español atormentado e insatisfecho) fue, con excelente acuerdo, cancelado. Pero ya sin masas obreras y sin barbarie antimonjil, ¿qué quedaba al partido radical? Quedaba la ancianidad del señor Lerroux, llegada justamente a punto para depararle cierta aureola de veneración, y quedaba –debajo– la solidaridad de la vieja guardia en la celosa conservación del patrimonio casi familiar. Recuerdos.

Por su parte, la C.E.D.A. también pareció tener, aunque más corta, una ardorosa juventud (con minúscula, compañero linotipista, no vaya a pensar nadie que nos referimos a la vetusta J.A.P.). Los primeros tiempos de Gil Robles, bajo el bienio de Azaña, fueron animosos y combativos. Durante ellos se renovó la invocación de valores espirituales antiguos, como si se quisiera que la política no fuese sólo pugna de intereses. El efecto de las grandes palabras fue rápido y, en cierto aspecto, confortador: miles y miles de personas salieron de sus casas dispuestas al esfuerzo y aun al sacrificio. Pero ¡ay!, la política es como un estupefaciente: quienes la prueban con algún gusto, acaban por enviciarse en ella. Poco a poco, lo que nació como caliente movimiento espiritual fue convirtiéndose en partido como los otros; cada día se fueron arriando más banderas inalienables –las de todo lo espiritual– para ganar en un toma y daca de cosas tangibles. Pronto los haberes del clero y la Contrarreforma agraria importaron más a la C.E.D.A. que el crucifijo en las escuelas, la indisolubilidad del matrimonio y el prestigio internacional de España.

Tales son –valga hoy nuestra primera plana como sitio propio para la "Crónica de sociedad"– los contrayentes. Por mucho que quiera paliarlo nuestra cortesía de cronistas de salones, la cruda realidad dice a gritos que se trata de una boda por interés, sin amor, ni alegría, ni esperanzas de descendencia.

JUVENTUDES DE ESPAÑA

Cuando los ministros sensibles –que hay algunos– del actual Gabinete tiendan la vista en derredor, percibirán con angustia sombría la falta de todo grupo juvenil en torno suyo. Como los árboles, a veces seculares, de los escasos bosques de España, estos ministros no se podrán mirar en el consuelo de renuevos que crezcan en torno suyo; saben que con su propia muerte vendrá la muerte del bosque en que nacieron.

Los muchachos de España sienten el más completo desvío hacia estas rancias cosas que se llaman C.E.D.A., agrarios y partido radical. Es inútil que unos y otros se finjan la existencia de *Juventudes*, cuya misión, estimulante de la más benévola risa, parece consistir en afectar ademanes malhumorados y reclamar *todo el Poder para el jefe* (cada *Juventud* para su jefe, cosa que a los jefes de las otras *Juventudes* les debe de hacer mucha gracia).

Es inútil que nos aseguren que el señor Calzada, por ejemplo, tiene veinticinco años; con ser ello cronológicamente verdad, no hay quien atribuya al señor Calzada menos de sesenta al conocer su voz engolada, su aire serio de hombre que está en todas las combinaciones y su afición, ya irreprimible, a las jdas y vueltas de la política. Todo eso es inútil: la juventud de España, la auténticamente joven y combativo, está con el marxismo o está con nosotros (salvo, si se quiere, un pequeño y respetable grupo que permanece con desinterés ejemplar bajo las banderas tradicionalistas). Los hombres inteligentes de nuestra generación se han dado cuenta, en España como en toda Europa, de que el sistema liberal capitalista del siglo XIX está en sus últimos estertores, y se aprestan –con la dura vocación para el sacrificio que existen estas épocas de paro– a alumbrar un orden nuevo. Los marxistas creen que ese orden es necesariamente el suyo; nosotros, conformes en gran parte con la crítica marxista, creemos en la posibilidad de un orden nuevo sobre la primacía de lo espiritual.

Estas dos maneras –profundas, completas, responsables– de entender el mundo se reparten el alma de la juventud. Lo demás es cuquería, cuando no simple estupidez. Es querer *hacerse los distraídos* ante un mundo que cruje. Tal es el intento de todos los grupos conservadores, se llamen como se llamen, y de sus pretendidas *Juventudes*. Y para hacerse mejor los distraídos, para que la *digestión* no se les inquiete con ninguna alusión molesta, se apresuran incluso a prohibir emblemas, camisas, banderas, todos los atributos de los que adivinan, más allá de las tormentas, una nueva concepción del mundo.

¡Juventudes de España! ¡Juventudes nuestras y juventudes revolucionarias marxistas, de cuyas filas vendrán muchos a nuestra revolución social y nacional! Nosotros nos combatiremos de una manera trágica a veces, pero que en su misma tragedia gana dimensiones de historia. Este Estadito liberal, anémico, decadente, nos combate a unos y otros con las medidas angustiosas, chinchorreras e inútiles que le, sugiere su inspiración agonizante. ¡No importa! Esto pasará, y vosotros, o nosotros, triunfaremos sobre las ruinas de lo que por minutos desaparece. Para bien vuestro y NUESTRO –aunque ahora no lo creáis y aunque a veces hayamos dialogado a tiros–, será nuestra revolución nacional la que prevalezca. ¡Arriba España!

(*Arriba*, núm. 15, 27 de junio de 1935)

MUCHEDUMBRE

Autobuses, trenes, aeroplanos, barcos, gente y más gente, eso sí; de eso hubo todo lo que se quiera. ¿Más que cuando Azaña? Bien; más que cuando Azaña. Doscientos mil pares de oídos esperaban, sin duda, anhelantes la voz del jefe —o de los jefes, porque en Valencia hay dos, y ya se han cuidado de emparejarlos en dos carteles, a la misma altura y con la misma letra—. Doscientas mil bocas estaban propicias a entreabrirse por el estupor y a lanzar a destiempo esos gritos, llenos de inteligencia y gracia, con que suelen salpimentar los discursos de mitin aquellos miembros del auditorio que no se resignan a la humildad de su papel. En Medina y Valencia ha habido profusión de esos gritos, que *El Debate* recoge con circunspecta moderación, pero que el pequeño semanario *J.A.P.*, con esa vocación irresistible que siente por ponerse en ridículo, nos dará in *extenso* en su próximo número. Gente, gritos, aclamaciones, avidez por escuchar..., lo que se quiera, pero, ¿y los discursos?

ARIDEZ

Por los discursos pronunciados por los JEFES (así siempre, con todas las letras mayúsculas; aquí no vamos a ser menos que en *J.A. P.*) se puede transitar a lo ancho y a lo largo sin encontrar una idea, ni una frase, ni una palabra que rezume el menor interés.

Esto no es tan extraño en el señor Lucia. Los recursos doctrinales y literarios del señor Lucia debieron culminar, según declaración propia, en un libro escrito en 1929 bajo el título *En estas horas de transición*. El prólogo de ese libro está lleno —según el modesto juicio del propio señor Lucia, expuesto en el discurso de Valencia— de "una altísima significación", tanta como para aconsejar su lectura íntegra. Y en *El Debate* viene. Quien quiera leerlo, que lo lea y se pase con aquellos arcanos de profundidad que dicen, por ejemplo: "Sobre todo a vosotras, juventudes de hoy, juventudes de hombres, juventudes de mujeres, esperanza de nuestros amores y amor de nuestras esperanzas, que por no haber vivido las tristes épocas pasadas llegáis a esta hora cumbre de la historia patria con el espíritu libre de prejuicios y el corazón incontaminado del virus de las viejas costumbres políticas que todos los hombres de ayer llevamos, por desgracia y aun sin creerlo, infiltradas en el alma, y que sentís, además, el ansia insaciable de un alto ideal que no se os concreta y de una lucha para la que os falta el objetivo de este ideal. He aquí que ha llegado la hora de la afirmación. He aquí que ha llegado la hora de la acción. He aquí que ha llegado la hora de la diferenciación. He aquí que un hombre honrado que nunca ha sido nada y que nada quiere ser nunca os llama por ello y para ello a la unión. Y no a una unión mezquina. Y no a una unión bastarda", etcétera. O aquello otro de: "No son las nuestras afirmaciones dogmáticas, sino afirmaciones de hombres", que Dios sabe lo que querrá decir. O la precisa definición que empieza diciendo: "No somos de nadie. Somos... nosotros."

Indudablemente, al señor Lucia no se le podían pedir grandes palabras adivinatoras. Pero el señor Gil Robles suele tener, a falta de ciertas dotes poéticas, una precisión retórica recomendable y una nada vulgar agilidad dialéctica. Sin embargo, ni en Medina del Campo, ni en la plaza de toros de Valencia, ni en el campo de Mestalla ha dicho nada absolutamente. ¿Flotarán sobre el campo de Mestalla unos genios hostiles que también secaron la inspiración del señor Azaña recientemente? ¿O la aridez del discurso del señor Gil Robles será reflejo de un desaliento que acaso le vaya ganando el alma?

CONFESIÓN

No era fácil entender la alianza del señor Gil Robles con el partido radical hacia el que tantos y tantos motivos de repulsión debe sentir. Ayer quedó medio explicada en Valencia. Dijo el señor Gil Robles:

"¡Cuántas veces a nosotros se nos ataca por cierto orden de colaboración! Yo preguntaría a tanto hombres timoratos e integérrimos que nos dirigen estas censuras: ¡Ah! Vosotros, cuando constituís una sociedad anónima para el desarrollo de un negocio material, ¿sois tan cautos en la elección de aquellos que suscriben las acciones o que se sientan con vosotros en el Consejo de Administración? ¡Ah! Y esos escrúpulos que no tenéis para impulsar un negocio material, para dar satisfacción a un

deseo de ganancia, ¿nos los hecháis en cara a nosotros cuando vamos a defender, no una ganancia material, sino la existencia de una patria y la existencia de una civilización?"

Es decir, que a los radicales se les soporta como socios poco gratos, pero, por ahora, indispensables. No diremos que el señor Gil Robles haya estado muy diplomático; pero, al menos, nadie podrá tildarle de poco veraz. Ya conocíamos sus doctrinas del mal menor y del bien posible. Los radicales son, por lo visto, el mal necesario.

PAPELETAS

Dijo el señor Gil Robles en Medina:

"¿Qué yo quería ir al Ministerio de la Guerra para dar un golpe de Estado? ¿Qué necesidad tenía yo del Ejército para el triunfo?... Aunque yo hubiera pensado en tal cosa; aunque el Ejército hubiera olvidado sus deberes —que no los olvida—, ¿qué necesidad tenía yo de eso? ¿Quién duda que con nosotros está España entera? Que venga aquí el que lo dude y que vea esta muchedumbre congregada. Y, aún más: yo le ofrezco un puesto en el avión para que vea conmigo otra muchedumbre reunida en Mestalla. *Un golpe de Estado lo da el que se encuentra en minoría; pero quien, como nosotros, tiene a España entera, tiene bastante con la fuerza de la ciudadanía, con las papeletas electorales que han barrido del campo nacional, el 19 de noviembre, todos los obstáculos.*"

He aquí las asombrosas deformaciones a que llegan los hombres inteligentes cuando los envenena la política. España será lo que digan las papeletas electorales. ¿Y si vuelven a decir ferocidades y blasfemias, como tantas veces han dicho? ¿Y si vuelven a dar el triunfo a los que preconizan el suicidio de España? En esos casos, ¿aceptará el triunfo como legítimo el señor Gil Robles?

Ya es hora de acabar con la idolatría electoral. Las muchedumbres son falibles como los individuos, y generalmente yerran más. La verdad es la verdad (aunque tenga cien votos), y la mentira es mentira (aunque tenga cien millones). Lo que hace falta es buscar con ahínco la verdad, creer en ella e imponerla, contra los menos o contra los más. Esa es la gran tarea del conductor de masas: operar sobre ellas para transformarlas, para elevarlas, para templarlas; no ponerlas a temperatura de paroxismo para después pedirles (como en el circo de Roma la plebe embriagada) decisiones de vida y muerte. Y este deber (gloriosamente duro) es tanto más apremiante en nuestra España, donde cien años de desaliento y de pereza han sumido a nuestra masa en la más desoladora mediocridad. Todo lo que se haga por sacudirla será poco. Pero mientras sólo se la halague y se la sirva, no se hará otra cosa que estabilizar la mediocridad.

(Arriba, núm. 16, 4 de julio de 1935)

EL DIVORCIO

Mientras vamos pensando en elecciones y otras bagatelas, continúa su obra corrosiva de los fundamentos patrios una de las más detestables leyes de las Constituyentes: la del divorcio. Todo iba encaminado en esa ley a dar facilidades; la baratura de las costas, la rapidez del procedimiento (como si no hubiera nada más urgente que disolver a las familias), la multitud de las causas que se pueden alegar y aun la introducción del divorcio sin causa, es decir, por mutuo disenso, por acuerdo amigable adoptado por los cónyuges con la frivolidad con que se decide ir a una verbena.

Todos esos alicientes han producido tal cantidad de pleitos de divorcio como para mover a espanto. Familias de vieja tradición no han reparado a veces en dar el escándalo de promover divorcios. Y otras han llegado incluso a estimular a que lo promuevan gentes de las más humildes y sanas capas populares.

Urge poner coto a esta especie de corrupción, no menos vituperable que la organizada por empresas sin conciencia para alcoholizar a los negros de Africa o a los isleños del Pacífico. Los autores de la ley del divorcio, cautos, sabían muy bien que a las instituciones profundas y fuertes, como la familia, no se las puede combatir de frente, sino que hay que ablandarlas por el halago de la sensualidad y minarlas por procedimientos insidiosos. Así, no se les hubiera ocurrido predicar de modo directo la inmoralidad familiar, pero sí se cuidaron de fomentarla solapadamente con leyes como la del divorcio.

Desde el punto de vista religioso, el divorcio, para los españoles, no existe. Ningún español casado, con sujeción al rito católico, que es el de casi todos los nacidos en nuestras tierras, se considerará desligado del vínculo porque una Audiencia dicte un fallo de divorcio. Para quienes, además, entendemos la vida como milicia y servicio, nada puede haber más repelente que una institución llamada a dar salida cobarde a lo que, como todas las cosas profundas y grandes, sólo debe desenlazarse en maravilla de gloria o en fracaso sufrido en severo silencio.

(*Arriba*, núm. 16, 4 de julio de 1935)

LOS VIEJOS RENCORES

"Si hay pronto elecciones, triunfarán las izquierdas. Pero no sabrán conservar el triunfo. Volverán a hacer lo que hicieron. Tienen el prurito de revivir viejos rencores y cosas pasadas sin mirar hacia adelante. Eso les pasó después de lo de abril del año 1931. Y eso les volverá a pasar otra vez".

"—Hay una miopía política que nos pone a nosotros camino del triunfo."

"—Los españoles reaccionan siempre por estímulos espirituales, no por necesidades materiales. La misma República vino, no en momentos de depresión económica, sino después de una época de prosperidades. Metieron al pueblo en la cabeza que había vivido en una era de tiranía, y contra esa supuesta tiranía es contra lo que se pronunció. Más tarde, los mineros de Asturias estaban en mejores condiciones que los demás trabajadores de España; pero se alzaron contra un estado de cosas que juzgaban injusto, porque se les había dicho que era injusto."

(*La Vanguardia*, de Barcelona, 5 de julio de 1935)

SENTIDO HEROICO DE LA MILICIA

La milicia no es una expresión caprichosa y mimética. Ni un pueril "jugar a los soldados". Ni una manifestación deportiva de alcance puramente gimnástico.

La milicia es una exigencia, una necesidad ineludible de los hombres y de los pueblos que quieren salvarse, un dictado irresistible para quienes sienten que su Patria y la continuidad de su destino histórico piden en chorros desangrados de gritos, en oleadas de voces imperiales e imperiosas, su encuadramiento en una fuerza jerárquica y disciplinada, bajo el mando de un jefe, con la obediencia de una doctrina, en la acción de una sola táctica generosa y heroica.

La milicia iza su banderín de enganche en todas las esquinas de la conciencia nacional. Para los que aún conservan su dignidad de hombres, de patriotas. Para los que en sus pulsos perciben todavía el latido de la sangre española y escuchan en el alma la voz de sus antepasados, enterrados en el patrio solar, y les resuena en el corazón el eco familiar de las glorias de los hombres de su nación y de su raza que claman por su perpetuidad.

Es la Patria quien necesita de nuestro esfuerzo y de nuestros brazos; ella es quien nos manda uniformar, formar todos como uno, vestir las azules camisas de la Falange. La Patria es quien borda con mano de mujer —de madre, de novia— sobre el pecho, exactamente encima de la diana alborotada del corazón, ansioso de lucha y de sacrificio, el yugo y el haz, las flechas de nuestro emblema.

(*Haz*, núm. 6, 15 de julio de 1935)

MIENTRAS ESPAÑA DUERME LA SIESTA

¿Cuál habrá sido la impresión de cada uno de vosotros, camaradas estudiantes, al regresar a vuestras casas, acabado el curso? Durante muchos meses habéis vivido a diario la tensa existencia de la Falange; habéis llegado a entender la vida al través de una actitud completa, de un sentido total, aplicable a lo grande y a lo menudo; vuestra apostura se ha hecho al garbo de la camisa azul; habéis adquirido un vocabulario inconfundible. Y ahora volvéis a vuestras casas, en el campo, en la costa, en las pequeñas ciudades de provincia. Algunos hallaréis que el aliento de la Falange ha llegado hasta vuestras casas, y que en ellas vuestro lenguaje no disuena. Pero muchos, probablemente los más chocaréis con una cosa impalpable que os hará sentirlos como forasteros en el contorno de vuestra infancia. Acaso habíais imaginado que, al compás de vuestro crecimiento interior, todo crecía por igual en todas partes. Y ahora, de pronto, descubrís que no, que todo sigue, allá, en los lugares nativos, tal como estaba antes que empezara para vosotros la gozosa iniciación de la Falange.

Quizá los que no vacilasteis en las ocasiones de mayor peligro empecéis a desfallecer al encontramos solos, lejos de todo camarada, entre un ambiente escéptico, cuando no hostil. Os acometerá el desaliento de pensar que todo lo que hacemos es inútil contra la sordera pétrea de España. Y no es imposible que en alguno comience a abrir mella el argumento que con más profusión usará, de seguro, contra la terquedad de la Falange, la socarronería lugareña:

—Eso del *fascismo* estaba bien en los tiempos de Azaña y los socialistas, cuando no se nos dejaba vivir. Pero ahora gobiernan las derechas y las cosas andan mucho mejor. Lo que necesitamos es paz, y ya vamos teniéndola.

Paz y siesta. Eso es lo que apetecen, como programa máximo, las tres cuartas partes de esta España que ha renunciado a la guerra en la Constitución y que ha perdido, estragada, el regusto antiguo de lo heroico. Para esas tres cuartas partes de España, la línea de vida nacional alcanzada, poco más o menos, el 13 de abril de 1931, estaba bastante bien. Estaría mejor aún si se rebajaran algo los impuestos y se redujera el servicio militar. Lo ocurrido a partir de 1931 fue como una especie de zarabanda diabólica en que todo se puso patas arriba; pero, pasado el barullo, la feliz alianza de los antieléricos durmientes del partido radical con los antiguos luises de la C.E.D.A. promete un restablecimiento del *orden*, es decir, de lo que regía antes de Azaña. ¿Qué más puede pedirse? ¿No sois vosotros —os *dirán*— *gente de orden*? ¿No os organizabais militarmente para mantener el orden? Pues si ya lo tenéis asegurado por el Gobierno, no hacéis ninguna falta.

Si alguno vacila, ablandado por esos argumentos comodones, que acuda pronto con el alma a la comunidad de toda la Falange, tendida en cuerdas invisibles durante los meses de separación, al través de las tierras españolas. Y oirá cómo la voz entrañable de la Falange le dice:

—Todo eso es torpe palabrería de gentes cansadas y miopes. En primer lugar, ya verán, dentro de poco, el nublado que se les viene encima. Pero, en segundo lugar, nosotros no queremos vegetar en el orden antiguo. Bajo él España soportaba la humillación internacional, la desunión interna, la desgana de las empresas grandes, la incuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres.

Hoy mismo, bajo este sopor caliginoso en que todos los egoístas de España sólo aspiran a la siesta, hay pueblos y pueblos españoles abrasados, sin una hoja de árbol que temple la ferocidad del clima, en los que no es posible beber un vaso de agua que no sepa a sal o podredumbre. Y nada de eso puede remediarse a paso conservador —es decir, dentro del *orden*, del respeto a los *derechos adquiridos* y demás zarandajas—, sino metiendo el arado más profundo en la superficie nacional y sacando al aire todas las reservas, todas las energías, en un empuje colectivo que un entusiasmo formidable encienda y que una decisión de tipo militar ejecute y sirva. Hay que movilizar a España de arriba abajo, ponerla en *pie de guerra*. España necesita organizarse de un salto, no permanecer en cama como enfermo sin ganas de curar, entre los ungüentos y las cataplasmas de una buena administración.

He aquí, camaradas, cómo ahora más que nunca son necesarias las consignas de nuestra fe. Antes todavía, la incomodidad ahuyentaba el sueño de España; ahora nada cierra el paso al sopor. Todos

los gusanos se regodean por adelantado, con la esperanza de encontrar otra vez a España dormida para recorrerla, para recubrirla de baba, para devorarla al sol. Sea cada uno de vosotros un aguijón contra la somnolencia de los que os circundan. Esta común tarea de aguafiestas iluminados nos mantendrá unidos hasta que el otoño otra vez nos congregue junto a las hogueras conocidas. El otoño, que acaso traiga entre sus dulzuras la dulzura magnífica de combatir y morir por España.

(*Haz*, núm. 7, 19 de julio de 1935)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO CERVANTES, DE MÁLAGA, EL DÍA 21 DE JULIO DE 1935

Este acto, organizado por Falange Española, parece que nos recuerda hechos anteriores y que produce en nosotros una nueva emoción. Si fuéramos organizando concentraciones en campos de fútbol, con viajes pagados y comilonas espléndidas, el éxito de público estaría descartado. Pero nunca me he sentido yo tan satisfecho como en este ambiente de confidencia, de intimidad, de mangas de camisa, que es señal de pura y sencilla camaradería.

Alentado por esta familiaridad del acto que celebramos hoy en Málaga, yo os invitaría a partir a las afueras, a marchar al campo, a sentarnos bajo la sombra grata de un árbol y cruzar las piernas, y entonces podríamos hacer un cambio de impresiones, contándonos nuestras alegrías, nuestras preocupaciones, nuestras esperanzas.

Sentados, cobijados bajo el árbol, en ese ambiente de intimidad, yo dejaría vagar mi pensamiento y tal vez cruzara por mi mente el recuerdo de los conquistadores de América, que eran menos, muchos menos que nosotros. Así arribaron a las tierras vírgenes de América, sin que en ella hubiera un solo hombre blanco, y en lo alto de alguna cordillera, con el disco lunar sobre sus cabezas y la extensión infinita de las Pampas por horizonte, comenzaron a fundar los cimientos de la futura gloria dorada de un ancho imperio.

Vamos a hablar nosotros con absoluta tranquilidad, como si lo hiciésemos a la sombra de un árbol.

¿Sabéis vosotros, camaradas, tiernos camaradas de la organización de Málaga al servicio de la Falange Española, para qué os llamamos y os requerimos los veteranos de la primera hora? ¿Sabéis vosotros cuál ha de ser vuestra misión en Falange? Vais a saberlo.

Nos ha tocado a las generaciones actuales, a los jóvenes de hoy, abrir los ojos a la vida en la siguiente situación: el mundo viejo, y el orden social quebrándose, deshaciéndose, y una Patria grande y poderosa antes, en ruina; el sistema capitalista agonizante.

El orden capitalista era una necesidad cuando creció la gran industria y se hizo necesaria la acumulación del capital. Pero la gran industria fue creciendo y absorbiendo al mismo tiempo a los pequeños capitales, a las industrias pequeñas. El capitalismo era, desde el principio, el gran enemigo del obrero, al que reclutaba en las filas anónimas de la fábrica, y era también enemigo del pequeño capital, porque absorbían y aniquilaban las fuentes de producción, sustituyendo al hombre, al industrial pequeño, por unas cuantas hojas de papel, sin nervio ni corazón. El capitalismo convertía a los hombres, los trabajadores, en proletarios, es decir, en individuos que, apartados de los medios productivos, esperaban al cabo de unos días un salario por la prestación de un trabajo abrumador.

El capital devoraba al obrero, a la industria; devoraba cuanto caía bajo su alcance. Por devorar todo ha empezado a devorarse a sí mismo. Y el hambre aumenta en las clases proletarias, y los obreros parados se multiplican considerablemente, sin hallar el menor resquicio acogedor en el sistema que agoniza.

Esto en cuanto al orden social y económico.

Pero es que, además, nos hemos encontrado con una Patria que no era ya ni un archivo de recuerdos. ¿No recordáis cómo cuando estudiabais el bachillerato había siempre un profesor estúpido que ponía todo su empeño en haceros ver que, el Apóstol Santiago estuvo presente en la batalla de Clavijo? ¿No recordáis cómo toda la ciencia de ese profesor se reducía a destacar la importancia de que el Apóstol Santiago presenciase la batalla de Clavijo, y no le importaba ni le preocupaba en absoluto el estudio de otras cuestiones que podían suponer motivos de gloria para España.

Y de la conquista de América nos hablaban, al mismo tiempo que de la torpeza que cometieron los que a aquellas tierras fueron en plan de conquista. Cuando citaban a Carlos V y a Felipe II, ¿no

condenaban su intromisión en las guerras religiosas europeas? Los combatían sin tener en cuenta aquel pobre catedrático, que fue lamentable que no se hallase al lado de ellos, en los críticos momentos en que habían de decidirse, para aconsejarles bien.

Ya no era ni un archivo de recuerdos. Pero es que, además, nos encontrábamos con una Patria destartalada, venida a menos, inerme, en ruinas, con sus costas abiertas a los de fuera a cualquier posible ataque.

Era una Patria que podía permitir va que en su Constitución se escribiesen estas palabras: "España renuncia a la guerra". España renuncia a la guerra, esto es, que si la atacan no se defiende. Vale tanto como decir: "Me has dado una bofetada. Puedes pegarme otra y las que quieras, porque yo no pienso defenderme". Esto, para nosotros, es un oprobio, una vergüenza. Pues bien: España ha permitido que en las páginas de la Constitución se escriban estas palabras.

Ante este espectáculo de la España deprimida, arrinconada, inerme; ante un orden social y económico que veía cómo aumentaba el número de hambrientos, de los famélicos, de los miserables, nosotros abrimos los ojos y encontramos que nuestros contemporáneos se hallaban divididos en dos bandos, que llamaremos derechas e izquierda.

Las derechas españolas se nos han mostrado siempre interesadas en demostrarnos que el Apóstol Santiago estuvo dando mandobles en la batalla de Clavijo. Con esa preocupación obsesionante, se desentendieron por completo de las angustias del pueblo español, de sus necesidades apremiantes, de su situación dolorosa.

Nosotros hemos tenido ocasión de comprobar este estado de desdicha de nuestro pueblo al recorrer día tras día las tierras de España. Nosotros hemos visto en la provincia de León, donde el clima es duro, no este clima dulce y suave de Málaga, a las gentes cobijadas en agujeros bajo la tierra, en montones de tierra ahuecados para que les sirvieran de refugio.

Vosotros habéis visto, como lo hemos visto nosotros, al hombre trabajando de sol a sol por un plato de gazpacho, y habéis descubierto en los confines de los páramos españoles gentes con ojos iluminados, como en los mejores tiempos, capaces de toda empresa, vivir una vida miserable y dolorosa. La existencia de esas pobres gentes pondría los pelos de punta si la viéramos aplicada a los animales domésticos.

Pues bien camaradas. Las derechas han hablado de esto sin que nadie se haya preocupado de corregirlo, de evitarlo, y con un poco de espíritu de sacrificio se hubiera podido remediar. Pero los que ensalzaban las glorias de la Patria se desentendían de los que viven bajo las duras tierras de la provincia de León.

Las izquierdas han venido proclamando a los cuatro vientos la necesidad de Regar a una verdadera justicia social, fuera como fuera, mas al mismo tiempo se esforzaban en arrancar del alma del obrero todo impulso espiritual, todo estímulo religioso. Llenaban de odios las masas obreras, no para mejorar a la Patria, ni para restablecer una más perfecta justicia social, sino para medrar, encaramándose sobre las espaldas de las masas hambrientas, como señor de horca y cuchillo.

Nosotros, al enfrentamos, al situarnos entre estas derechas y estas izquierdas, no sabíamos dónde incorporarnos. Unas carecían de valor social; otras hundían las grandezas y las glorias de la Patria. Nosotros decidimos encerrarnos en nuestra torre de marfil, donde esperábamos los acontecimientos, creyendo que era hermoso encerrarse en la torre de marfil, de espaldas a las angustias del pueblo.

Así vivíamos, hasta que, por fortuna, vino una revolución a sacarnos de nuestro engaño. Una revolución que nos cogió desprevenidos, como se coge por la cintura a los niños indecisos y se los arroja al mar, donde tendremos que nadar todos, queramos o no queramos.

Veréis cómo nadamos y vamos lejos, porque nosotros, y ésta es nuestra gloria y nuestra fecundidad, hemos fundido aquellas dos cosas. ¡Qué es eso de canciones y de gritos callejeros, y nada de

justicia social! ¡Qué es eso de engañar a los obreros y ocultarles que se puede ser libre, fuerte, dentro de una Patria grande, libre y justa!

Nosotros mismos hemos sacudido nuestra modorra y sacrificado nuestras vocaciones para recorrer España, en los días crudos, con frío o con calor, pero con honradez y lealtad, para decirles a los obreros: "Muchos de nosotros, que no sentimos el hambre que destroza vuestros hogares, que aniquila vuestras vidas, salimos a la calle en defensa de vuestra causa, dispuestos a dar la vida". Y esto no es una falsedad, un engaño más, cuando se tiene a la espalda esa lista de muertos.

Y por eso esta juventud nuestra, como por obra de milagro, ha encontrado una vena de heroísmo y de valor que se hallaba como escondida, como soterrada muy honda y sale de su casa con un temple que supera al mejor temple antiguo. Aquí tenéis la lista, en la que figura Matías Montero, el fundador del Sindicato Católico de Estudiantes, que, aun sabiendo que estaba amenazado de muerte, no varió siquiera el itinerario para ir a su casa. Jesús Hernández, un niño, quince años. Le dispararon por la espalda un tiro, y en la Casa de Socorro, cárdeno, en el delirio ya de la agonía, todavía pudo cantar entre dientes la vieja canción de las J.O.N.S.: "quiero una muerte española..."

Y este Manuel Carrión, gerente de un hotel de San Sebastián. ¿No os lo imagináis, tranquilo, dulce, pacífico, con una habilidad extraordinaria para el desempeño de su profesión? Tenía que ser modelo de complacencia, de delicadeza. Pero un día sintió la llamada de lo heroico y redactó unas hojas en vascuence y en castellano, y salió a repartirlas por las calles. Se le amenazó de muerte, y un día le dieron un tiro, por la espalda. Murió sin conceder la menor importancia a la vida. Sólo le interesó el triunfo del ideal por el que derramaba su sangre.

Así, los muertos y los vivos. Hoy tenemos en Sevilla trece camaradas presos, y uno de ellos, uno que, cuando murió Manuel García, alegre, haciendo cara al enemigo, le cogió en sus brazos para que las turbas no lo mutilaran, y dando traspiés, cayendo una vez y levantándose otra, pudo llegar a un lugar seguro, y entonces, dándole un beso en la frente, le dijo: "¡Arriba España!"

¿Creéis vosotros que no hemos encontrado la fecundidad de Falange Española en hechos como los que he citado? Esos dos muchachos que recientemente, prendidos en llamas, salieron a la calle gritando: "¡Esto es un atentado comunista!", ¿no es otro ejemplo de fecundidad y de amor a la idea? ¿No es otro ejemplo de heroísmo el no preocuparse de sus cuerpos incendiados y procurar solamente que no cayera la responsabilidad sobre la organización? Así todos los días. Unos caen en las calles, asesinados por la espalda; otros se hallan en las cárceles, desde donde nos escriben llenándonos de emoción. Así da gusto mandar gentes.

Estas víctimas y estas gentes que cartas tan sentidas y fervorosas nos escriben, legitiman nuestro derecho a mandarlas; por eso nosotros os llamamos a todos, deseosos de devolver a España una justicia social firme e inquebrantable y nuevas glorias.

Ya es hora de que un pueblo lleno de posibilidades deje de ser la finca de unos cuantos. Es hora también de que se pueda prescindir de prestamistas y banqueros, que son tan enemigos del obrero como del patrono. Todo eso lo sabemos arriesgar, sacrificando cuanto tengamos que sacrificar, contra los unos y contra los otros; esto lo decimos aunque, como ya señalaba Raimundo Fernández Cuesta, haya gente que crea que no es necesaria nuestra posición; se dice que no hace falta lo que hacemos; que tenemos un Gobierno de orden; que no hay motivo para sentir preocupación; que las cosas andan ya bastante bien.

Nada de eso, señores; las cosas no van bien, porque tenemos a la vista una revolución más fuerte y mejor organizada que la de octubre, y porque no queremos que nuestros hijos sientan oprobio al saber que hay hombres que trabajan de sol a sol por un plato de gazpacho y que muchos españoles viven como cerdos.

Nosotros no nos conformamos con nada de esto. No nos conformamos con que no haya tiros en las calles porque se diga que las cosas andan bien; si es preciso, nosotros nos lanzaremos a las calles a dar tiros para que las cosas no se queden como están.

Ya sabéis la consigna para este verano; para combatir la modorra existente, mezcla de calor y de complacencia. Es necesario que seáis los aguafiestas de España; que cada uno os convirtáis en un aguijón para hacer ver a todos que no nos resignamos con semejante estado de cosas. Esta es nuestra tarea, y para ella es preciso reclamar un primer puesto.

Nosotros no hacemos concentraciones en campos de fútbol ni contamos con dinero para viajes y comidas. Os dirán las cosas más sandias de nuestra organización. Os harán creer que la Falange es un batallón infantil que propugna la violencia. ¡No importa! Esas mismas frases os dirán dentro de diez años. Igual se nos combatirá. ¡No importa! Seguiremos adelante. Y nos reuniremos en Málaga con este calor de julio o en las montañas frías del Norte. En todas partes seguiremos cambiando impresiones sin preocuparnos de lo que digan. ¡No importa! Cada uno en su tumba, habrá un día que sienta retemblar los huesos bajo el paso triunfal de las legiones nuevas. ¡Arriba España!

Después del almuerzo celebrado en Villa Carlota, dijo estas breves palabras:

No creáis que voy a parecerme a los demás pronunciando un discurso a la hora de los brindis. Quiero deciros únicamente dos cosas: primero, que hemos comido bastante bien. Pensad en este instante que hay muchos españoles que no comen; segundo, tenemos sobre nuestras cabezas una lona y, frente a nuestra mirada, un mar azul y transparente. Hagamos de esta lona una vela navegante y lancémonos de nuevo por el mar a la conquista de las empresas imperiales. ¡Arriba España!

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRIDEJOS (TOLEDO) EL DÍA 22 DE JULIO DE 1935

Primo de Rivera afirmó que la Falange no es partido de derechas, como lo prueba su resuelta actitud frente a la reforma de la Reforma Agraria; la Falange sabe que hay que mejorar revolucionariamente la vida del pueblo español. Y tampoco es un partido de izquierdas, porque las izquierdas han servido más o menos conscientemente al designio extranjero de deprimir a España, para disminuir su papel histórico. Por eso la Falange no quiere ni la Patria con hambre ni la hartura sin Patria; quiere inseparable la Patria, el pan y la justicia. Y para separárselas al pueblo, no sólo no pide nada, sino que ofrece el sacrificio y el ímpetu de los suyos.

(Haz, núm. 8, 29 de julio de 1935)

SOBRE LA REFORMA AGRARIA

(Discursos pronunciados en el Parlamento el 23 y 24 de julio de 1935)

23 DE JULIO DE 1935

El señor PRIMO DE RIVERA:

A estas horas señores diputados, hay la obligación de ser lacónico, y lacónicamente... (*El señor Rodríguez Jurado: "Pero ¿hay más turnos, señor presidente?"*) Aguántese el señor Rodríguez Jurado...

... ..

El señor PRIMO DE RIVERA:

Aunque le pese al señor Rodríguez Jurado... (*El señor Rodríguez Jurado: "Al señor Primo de Rivera, personalmente, le escucho con mucho gusto".*) Mejor si no le pesa al señor Rodríguez Jurado. El tema de toda esta discusión creo que puede encerrarse en una pregunta: ¿Hace falta o no hace falta una Reforma agraria en España? Si en España no hace falta una Reforma agraria, si alguno de vosotros opina que no hace falta, tened el valor de decirlo y presentad un proyecto de ley, como decía el señor Del Río, que diga: "Artículo único. Queda derogada la ley de 15 de septiembre de 1932". Ahora, ¿hay alguno entre vosotros, en ningún banco, que se haya asomado a las tierras de España y crea que no hace falta una Reforma agraria? Porque no es preciso invocar ninguna generalidad demagógica para esto; la vida rural española es absolutamente intolerable. Prefiero no hacer ningún párrafo; os voy a contar dos hechos escuetos. Ayer he estado en la provincia de Sevilla: en la provincia de Sevilla hay un pueblo que se llama Vadolatosa; en este sitio salen a las tres de la madrugada las mujeres para recoger los garbanzos; terminan la tarea al mediodía, después de una jornada de nueve horas, que no puede prolongarse por razones técnicas, y a estas mujeres se les paga una peseta. (*Rumores. El señor Oriol: "Mejor sería denunciar el hecho concreto, con nombres".*)

Otro caso de otro estilo. En la provincia de Avila —esto lo debe saber el señor ministro de Agricultura— hay un pueblo que se llama Narros del Puerto. Este pueblo pertenece a una señora que lo compró en algo así como ochenta mil pesetas. Debí de tratarse de algún coto redondo de antigua propiedad señorial. Aquella señora es propietaria de cada centímetro cuadrado del suelo; de manera que la iglesia, el cementerio, la escuela, las casas de todos los que viven en el pueblo, están, parece, edificadas sobre terrenos de la señora. Por consiguiente, —ni un solo vecino tiene derecho a colocar los pies sobre la parte de tierra necesaria para sustentarle, si no es por una concesión de esta señora propietaria. Esta señora tiene arrendadas todas las casas a los vecinos que las pueblan, y en el contrato de arrendamiento, que tiene un número infinito de cláusulas, y del que tengo copia, que puedo entregar a las Cortes, se establecen no ya todas las causas de desahucio que incluye el Código Civil, no ya todas las causas de desahucio que haya podido imaginarse, sino incluso motivos de desahucio por razones como ésta: "La dueña podrá desahuciar a los colonos que fuesen mal hablados". (*Risas y rumores.*) Es decir, que ya no sólo entran en vigor todas aquellas razones de tipo económico que funcionan en el régimen de arrendamientos, sino que la propietaria de este término, donde nadie puede vivir y de donde ser desahuciado equivale a tener que lanzarse a emigrar por los campos, porque no hay decímetro cuadrado de tierra que no pertenezca a la señora, se instituye en tutora de todos los vecinos, con esas facultades extraordinarias, facultades extraordinarias que yo dudo mucho de que existieran cuando regía un sistema señorial de la propiedad.

Pues bien: esto, que en una excursión de cien kilómetros se encuentra repetido por todas las tierras de España, nos convence, creo yo que nos convence a todos, de que en España se necesita una Reforma agraria. Ahora, entiendo que, evidentemente, la Reforma agraria es algo más extenso que ir a la parcelación, a la división de los latifundios, a la agregación de los minifundios. La Reforma agraria es una cosa mucho más grande, mucho más ambiciosa, mucho más completa; es una empresa atrayente y magnífica, que probablemente sólo se puede realizar en coyunturas

revolucionarias, y que fue una de las empresas que vosotros desperdiciasteis a vuestro tiempo. (*El señor Guerra del Río: "Exacto".*)

La Reforma agraria española ha de tener dos partes, y si no, no será más que un remedio parcial, y probablemente un empeoramiento de las cosas. En primer lugar, exige una reorganización económica del suelo español. El suelo español no es todo habitable, ni muchísimo menos; el suelo español no es todo cultivable. Hay territorios inmensos del suelo español donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres, ni los hijos, ni los nietos se verán redimidos nunca. Hay tierras absolutamente pobres, en las que el esfuerzo ininterrumpido de generación tras generación no puede sacar más que cuatro o cinco semillas por una. El tener clavados en esas tierras a los habitantes de España es condenarlos para siempre a una miseria que se extenderá a sus descendientes hasta la décima generación.

Hay que empezar en España por designar cuáles son las áreas habitables del territorio nacional. Estas áreas habitables constituyen una parte que tal vez no exceda de la cuarta de ese territorio; y dentro de estas áreas habitables hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios ni de minifundios; es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios donde el latifundio es indispensable —el latifundio, no el latifundista, que éste es otra cosa—, porque sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno. Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa. De manera que la segunda operación, después de determinar el área habitable y cultivable de España, consiste, dentro de esa área, en establecer cuáles son las unidades económicas de cultivo. Y establecidas el área habitable y cultivable y la unidad económica de cultivo, hay que instalar resueltamente a la población de España sobre esa área habitable y cultivable; hay que instalarla resueltamente, y hay que instalarla —ya está aquí la palabra, que digo sin el menor deje demagógico, sino por la razón técnica que vais a escuchar en seguida— revolucionariamente. Hay que hacerlo revolucionariamente, porque, sin duda, queramos o no queramos la propiedad territorial, el derecho de propiedad sobre la tierra, sufre en este momento ante la conciencia jurídica de nuestra época una subestimación. Esto podrá dolernos o no dolernos, pero es un fenómeno que se produce, de tiempo en tiempo, ante toda suerte de títulos jurídicos. En este momento la ciencia jurídica del mundo no se inclina con el mismo respeto de hace cien años ante la propiedad territorial.

Me diréis que por qué le va a tocar a la propiedad territorial y no a la propiedad bancaria —a la que va a llegar su turno en seguida—; que por qué no le va a tocar a la propiedad urbana, a la propiedad industrial. Yo no soy el que lleva la batuta del mundo. (*El señor Oriol de la Puerta: "La propiedad bancaria será la causante de eso".*) Esa es la que vendrá en seguida. Pero yo no llevo la batuta del mundo. En este instante, la que está sometida a esa subestimación jurídica ante la conciencia del mundo es la propiedad territorial, y cuando esto ocurre, queramos o no queramos, en el momento en que se opera con este título jurídico subestimado, hay que proceder a una amputación económica cuando se quiere cambiar de titular. Esto ha ocurrido en la Historia constantemente; el señor Sánchez Albornoz, con mucha más autoridad que yo, lo decía. Hay un ejemplo más reciente que los que ha referido el señor Sánchez Albornoz: es el de la esclavitud. Nuestros mismos abuelos, y tal vez los padres de algunos de nosotros, tuvieron esclavos. Constituían un valor patrimonial. El que tenía esclavos, o los había comprado o se los habían adjudicado en la hijuela compensándolos con otros bienes adjudicados a los otros herederos. Sin embargo, hubo un instante en que la conciencia jurídica del mundo subestimó este valor, negó el respeto a este género de título jurídico y abolió la esclavitud, perjudicando patrimonialmente a aquellos que tenían esclavos, los cuales tuvieron que rendirse ante la exigencia de un nuevo estado jurídico.

Pero es que, además de este fundamento jurídico de la necesidad de operar la Reforma agraria revolucionariamente, hay un fundamento económico, que somos hipócritas si queremos ocultar. En este proyecto del señor ministro de Agricultura se dice que la propiedad será pagada a su precio justo de tasación, y se añade que no se podrán dedicar más que cincuenta millones de pesetas al año a estas operaciones de Reforma agraria. ¿Qué hace falta para reinstalar a la población española sobre el suelo español? ¿Ocho millones de hectáreas, diez millones de hectáreas? Pues esto, en números redondos, vale unos ocho mil millones de pesetas; a cincuenta millones al año, tardaremos ciento sesenta años en hacer la Reforma agraria. Si decimos esto a los campesinos, tendrán razón para contestar que nos burlamos de ellos. No se pueden emplear ciento sesenta años para hacer la Reforma agraria; es preciso hacerla antes, más de prisa, urgentemente, apremiantemente, y por eso

hay que hacerla, aunque el golpe los coja y sea un poco injusto, a los propietarios terratenientes actuales; hay que hacerla subestimando el valor económico, como se ha subestimado el valor jurídico.

Vuestra revolución del año 31 pudo hacer y debió hacer todas estas cosas. (*Asentimiento.*) Vuestra revolución, en vez de hacerlo pronto y en vez de hacerlo así, lo hizo a destiempo y lo hizo mal. Lo hizo con una ley de Reforma agraria que tiene, por lo menos, estos dos inconvenientes: un inconveniente, que en vez de querer buscar las unidades económicas de cultivo y adaptar a estas unidades económicas las formas más adecuadas de explotación, que serían, probablemente, la explotación familiar en el minifundio regable y la explotación sindical en el latifundio de secano –ya veis cómo estamos de acuerdo en que es necesario el latifundio, pero no el latifundista–, en vez de esto, la ley fue a quedarse en una situación interina de tipo colectivo, que no mejoraba la suerte humana del labrador, y, en cambio, probablemente le encerraba para siempre en una burocracia pesada.

Eso hicisteis, e hicisteis otra cosa: hicisteis aquello que da más argumentos a los enemigos de la ley Agraria del año 32: la expropiación sin indemnización de los grandes de España. No todos los grandes de España están tan faltos de servicios a la patria, señor Sánchez Albornoz. (*El señor Sánchez Albornoz: "Lo he reconocido".*) Tiene razón el señor Sánchez Albornoz; pero repare, además, en esto: lo que era preciso haber escudriñado no es la condición genealógica (*El señor Sánchez Albornoz: "Estamos de acuerdo, y he presentado una enmienda".*) sino la licitud de los títulos, y por eso había en la ley un precepto que nadie puede reputar de injusto, que era el de los señoríos jurisdiccionales. Yo celebro que el señor Sánchez Albornoz haya explicado, mucho mejor que yo, la transmutación que se ha operado con los señoríos jurisdiccionales. Traía apuntado en mis notas lo necesario para decirlo. Los señoríos jurisdiccionales, por una obra casi de prestidigitación jurídica, se transformaron en señoríos territoriales; es decir, trocaron su naturaleza de títulos de Derecho público en títulos de Derecho privado patrimonial. Naturalmente, esto no era respetable; pero no era respetable en manos de los grandes de España, como no era respetable en otras manos cualesquiera. En cambio, fuisteis a tomar una designación genealógica y a fijaros en el nombre que tenían derecho a ostentar ciertas familias, e incluisteis junto a algunos que tenían viejos señoríos territoriales a algunos de creación reciente, a algunos que paradójicamente habían sido elevados a la grandeza de España precisamente por sus grandes dotes de cultivadores de fincas.

No era buena, por esas cosas, la ley del año 32; pero esta que vosotros (*Dirigiéndose a la Comisión*) traéis ahora no se ha traído jamás en ningún régimen, y si queréis repasar en vuestra memoria lo que hizo la Monarquía francesa restaurada después de la Revolución, veréis que no llegó, *ni* mucho menos, en sus proyectos revolucionarios, a lo que queréis llegar vosotros ahora, porque vosotros queréis borrar todos los efectos de la Reforma agraria y queréis establecer la norma fantástica de que se pague el precio exacto de las tierras, pero con todas esas características: justiprecio en juicio contradictorio, pago al contado, pago en metálico, y si no en metálico, en Deuda pública de la corriente, de ésta que va a crear el señor Chapaprieta dentro de unos días, no ya pagando el valor nominal de las fincas en valor nominal de títulos, sino al de cotización, lo cual equivale a otro aumento del veinte por ciento de sobreprecio, aproximadamente, y después con una facultad de disponer libremente de los títulos que se obtengan. Comprenderéis que así es un encanto hacer una ley de Reforma agraria; en cuanto se compre la totalidad del suelo español y se reparta, la ley es una delicia; pero esto termina en una de estas dos cosas: o la ley de Reforma agraria, como dije antes, es una burla que se aplaza por ciento sesenta años, porque se va haciendo por dosis de cincuenta millones, y entonces no sirve para nada, o de una vez se compra toda la tierra de España, y como la economía no admite milagros, el papel, que representa un valor que solamente habéis trasladado de unas manos a otras, deja de tener valor, a menos que hayáis descubierto la virtud de hacer con la economía el milagro divino de los panes y de los peces.

Esto es lo que tenía preparado para dicho en un turno de totalidad a vuestro proyecto. Vosotros pensadlo. Este proyecto se mantendrá en pie, naturalmente, hasta la próxima represalia, hasta el próximo movimiento de represalias. Vosotros, que sois todavía los continuadores de una revolución, aunque esto vaya sonando cada día un poco más raro, habéis tenido que hacer frente a dos revoluciones, y no más que hoy nos habéis anunciado una tercera. Cuando está en perspectiva una tercera revolución, ¿creéis que va a detenerla, que es buena política la vuestra para detenerla haciendo la afirmación más terrible de arriscamiento quiritario que ha pasado jamás por ninguna

Cámara del mundo? Hacedlo. Cuando venga la próxima revolución, ya lo recordaremos todos, y probablemente saldrán perdiendo los que tengan la culpa y los que no tengan la culpa. (*Muy bien.*)

24 DE JULIO DE 1935

El señor PRIMO DE RIVERA:

El señor Alcalá Espinosa ha tenido la amabilidad de decir que mis puntos de vista acerca de la Reforma agraria eran pintorescos, y eran pintorescos, a juicio del señor Alcalá Espinosa (*El señor Alcalá Espinosa: "No lo tome a mal su señora"*), porque para llevar a cabo una Reforma agraria reclamaba la previa delimitación del área habitable y cultivable del suelo español. Si el señor Alcalá Espinosa hubiese prestado la atención que he prestado yo al discurso del señor Florensa, encontraría la contestación a ese juicio suyo en varios pasajes del discurso del señor Florensa, muy fértiles en enseñanzas. (*El señor Alcalá Espinosa: "¿Me permite su señoría? Es que su señoría se contradice al pedir con urgencia una Reforma agraria, y, al propio tiempo, lo otro. Por lo demás, ¿qué duda tiene?"*)

Yo rogaría al señor Alcalá Espinosa que pusiera en relación algunos pasajes de ese discurso con que nos ha deleitado y aleccionado a todos el señor Florensa. El señor Florensa ha hecho un discurso magnífico; con esa capacidad de expresión en castellano que sólo saben alcanzar los catalanes inteligentes, y en ese magnífico discurso, que yo hubiera aplaudido con fervor si hubiera podido separar la admiración literaria de la coincidencia política, en ese magnífico discurso nos dijo, entre otras cosas, estas dos cosas extremadamente interesantes: nos dijo, con tal fuerza expresiva que hizo pasar ante nuestras mentes incluso el espectáculo físico de lo que describía, que en la cuenca del Ebro hay tierras feraces, extensas tierras feraces, yermas por falta de brazos que las cultiven, y en otro pasaje, que una de las primeras cosas que hay que hacer antes de una Reforma agraria es revalorizar los productos agrícolas.

Yo, que estoy dispuesto a admitir en economía agraria todas las lecciones del señor Florensa (*El señor Florensa: "No puedo darle ninguna"*), le preguntaría: ¿No atribuye en mucho el señor Florensa la depreciación de los productos agrícolas al hecho de que se destinen a su producción tierras estériles, o casi estériles? (*El señor Florensa: "Sí"*.) ¿No es, en grandísima parte, culpa de que nuestros trigos cuesten a cuarenta y ocho, cuarenta y nueve o cincuenta pesetas el quintal el que se dediquen a producirlos tierras que nunca debieron dedicarse a eso? (*El señor Florensa: "Absolutamente de acuerdo"*.) Pues si hay tierras feraces sin brazos que las cultiven y tierras dedicadas a cultivos absurdos, en una ambiciosa, profunda, total y fecunda Reforma agraria había que empezar por trazar el área cultivable y habitable de la Península española. (*El señor Alcalá Espinosa: "Yo no me opongo a eso; pero es que estamos hablando aquí de cortar la propiedad y del inventario"*.) A esta primera operación, que ahora se encuentra respaldada no menos que por la autoridad del señor Florensa, la llamaba, con risueña facundia, el señor Alcalá Espinosa, literatura pintoresca.

Esta es la primera operación. Y la segunda operación es la de instalar de nuevo sobre las tierras habitables y cultivables a la población española. Decía el señor Alcalá Espinosa: "El señor Primo de Rivera pide que esto se haga mediante una terrible revolución." ¿Por qué terrible? Mediante una revolución. Ahora bien: en esta palabra *revolución*, que es perfectamente congruente con mi posición nacionalsindicalista, que todos tenéis la amabilidad de conocer, posición que no sé por qué amable licencia situó el señor Sánchez Albornoz a la derecha de la política española, en este concepto de revolución, lo que yo envuelvo no es el goce de ver por las calles el espectáculo del motín, de oír el retemblar de las ametralladoras ni de asistir al desmayo de las mujeres, no; yo no creo que ese espectáculo tenga especial atractivo para nadie; lo que envuelvo en el concepto de revolución, y así tuve el honor de explicar ayer ante la Cámara, es la atenuación de la reverencia que se tuvo a unas ciertas posiciones jurídicas; es decir, la actitud de respeto atenuado a unas ciertas posiciones jurídicas que hace cuarenta, cincuenta o sesenta años se estimaban intangibles.

El señor Florensa, con su admirable habilidad dialéctica, nos ha hecho la defensa del agricultor, la defensa del que se expone a todos los riesgos, a todas las pérdidas, por enriquecer el campo; pero el señor Florensa sabe muy bien que una cosa es el empresario agricultor y otra el capitalista agrario. Estas son funciones muy diversas en la economía agraria y en todas, como puede verse, sin

necesidad de más razonamientos, con una sencillísima consideración. El gerente de una explotación grande aplica una cantidad de experiencias, de conocimientos, de dotes de organización, sin los cuales probablemente la explotación se resentiría; en tanto que si todos los capitalistas agrarios, que si todos los propietarios del campo se decidieran un día a inhibirse de su función, que consiste, lisa y llanamente, en cobrar los recibos, la economía del campo no se resentiría ni poco ni mucho; las tierras producirían exactamente lo mismo; esto es indudable.

Pues bien: si todavía en esta revisión de valores jurídicos que yo ayer comprobaba no ha llegado la subestimación en grado tan fuerte al empresario agrícola, al gestor de explotaciones agrícolas, es indudable que por días va mereciendo menos reverencia ante el concepto jurídico de nuestro tiempo el simple capitalista del campo; es decir, aquel que por virtud de tener unos ciertos asientos en el Registro de la Propiedad puede exigir de sus contemporáneos, puede exigir de quien se encuentre respecto de él en una cierta relación de dependencia, una prestación periódica. (*El señor Alcalá Espinosa: "¿Por qué disocia su señoría los asientos del Registro de la Propiedad de la gerencia de la empresa agrícola? No veo la incompatibilidad, ni las dos figuras opuestas".*) ¡Si esto no lo digo yo! ¡Si, como dije ayer, yo no llevo la batuta del mundo! (*El señor Alcalá Espinosa: "Pero ¡si es que no pasa así! Esta es la realidad".*) Esto se hace así en el mundo y yo no tengo la culpa. (*El señor Alcalá Espinosa: "Pero ¡si es que no pasa así, señor Primo de Rivera!"*) El señor Alcalá Espinosa considera que esto no pasa así; yo le digo que sí pasa así. (*El señor Alcalá Espinosa: "Pasa alguna vez".*) Y éste era el sentido de la ley de Reforma agraria del año 32 y el sentido de todas las leyes de Reforma agraria, y esto es así por una razón simplicísima: porque es que esta función indispensable del gerente, esta función que se retribuye y respeta, está condicionada, como todas las funciones humanas, por una limitación física, y si puede discutirse si el gerente es necesario en una explotación de quinientas, de seiscientas, de dos mil, de cuatro mil hectáreas, es evidente que nadie está dotado de tal capacidad de organización, de tal acervo de experiencias y de conocimientos como para ser gerente de ochenta, noventa, cien mil hectáreas en territorios distintos. (*El señor Alcalá Espinosa: "Repare su señoría en que..."*) Déjeme hablar su señoría para que concluya mi argumentación. Y como, queramos o no queramos, cada día será más indispensable cumplir una función en el mundo para que el mundo nos respete, el que no cumpla ninguna función, el que simplemente goce de una posición jurídica privilegiada, tendrá que resignarse, tendremos que resignarnos, cada uno en lo que nos toque, a experimentar una subestimación y a sufrir una merma en lo que pase de cierta medida en la cual podamos, evidentemente, cumplir una función económica; de ahí en adelante, el exceso ha de ser objeto de una depreciación considerable.

Pero éste es el fundamento de la ley de Reforma Agraria del 32 y de todas las leyes de Reforma Agraria. Esto es lo que traía a la Cámara, con una cierta ingenuidad, en el supuesto de que se pretendía reformar una ley defectuosa de Reforma Agraria para hacer otra; es decir, creyendo que en el ánimo de la Cámara flotaba como primera decisión la de llevar a cabo una Reforma Agraria. Hoy me he convencido de que no, y tiene muchísima razón el señor Alcalá Espinosa cuando me tacha de pintoresco. No se trata, ni en poco ni en mucho, de hacer una Reforma Agraria. Este proyecto que estamos discutiendo, en medio de todo su fárrago, de toda su abundancia, de todo su casusmo, no envuelve más ni menos que un caso en que se permite al Estado la expropiación forzosa por causas de utilidad social. ¡Para este viaje no se necesitaban alforjas! Porque la declaración de utilidad pública —y eso lo saben todos los abogados que forman parte de esta Cámara— es incluso una de las facultades discrecionales de la Administración, una de las facultades contra las cuales no se da el recurso contencioso-administrativo; de manera que, realmente, con que para cada finca de éstas que se van a incluir se hubiera dictado una disposición que le declarara de utilidad pública en cuanto al derecho a expropiarla, estábamos al otro lado y nos habiéramos ahorrado todos los discursos.

Esta no es una Reforma Agraria: es la anulación de toda Reforma Agraria, de todo propósito de Reforma Agraria, y su sustitución por un caso más privilegiado que ninguno de expropiación forzosa por causa de utilidad pública o social; un caso especial de expropiación, en que va a retribuirse al expropiado sin consideración alguna a si la finca que se expropia sirve o no para la Reforma Agraria, porque no ha sido precedida de ninguna suerte de catálogo o de clasificación respecto a si era expropiable, cultivable y habitable.

Este era el problema, y yo, ayer, después que tuvisteis la benevolencia de escucharme y el gusto de escuchar a los demás señores diputados que hablaron en este mismo sentido, después que nos escuchasteis y nos felicitasteis en los pasillos con una efusión que no olvidaremos nunca, creí que

nuestras razones os habían hecho algún efecto. Esta tarde he comprobado que no ha sido así. La ovación que habéis tributado al señor Florensa no era como aquella a que yo hubiera tenido el gusto de sumarme, de admiración a sus dotes oratorias, literarias, de inteligencia y de dialéctica; eran unos aplausos de total conformidad política. Y después el espectáculo de vuestras risotadas, de vuestros gritos y vuestras interrupciones demuestran que no tenéis en poco ni en mucho la intención de hacernos caso a los que venimos con estas consideraciones prudentes.

Haced lo que os plazca, como ayer os dije. Si queréis anular la ley de Reforma Agraria, hacedlo bajo vuestra responsabilidad. Y ateneos a las consecuencias. (*Rumores. El señor Rodríguez Jurado: "Su señoría olvida las ocupaciones temporales mantenidas en el proyecto". Siguen los rumores.*)

EL BOLCHEVIQUISMO

El pasado día 24, por la mañana, fui clasificado definitivamente como bolchevique por innumerables personas de las que me dispensan el honor de inquietarse por mi suerte. El motivo próximo de tal clasificación fue el discurso pronunciado por mí la tarde antes en el Congreso, con ocasión de la reforma de la Reforma Agraria. Dicho sea de paso, la mayor parte de los que fulminaron el anatema contra mí no habían leído el discurso, sino algún lacónico extracto de la Prensa. Aunque me esté mal el decirlo, mi retórica tiene, a falta de otras dotes, la de una estimable concisión: extractado, se queda en los huesos, y resulta imposible de digerir. Pero sería demasiado aspirar a que las personas, para juzgar discursos, se tomaran el trabajo de leerlos. Con aquellos comprimidos era bastante para pronunciar la sentencia: quien así hablaba no podía ser más que un bolchevique.

Ahora bien: ¿qué idea tienen de los bolcheviques mis detractores? ¿Piensan que el bolcheviquismo consiste, antes que nada, en delimitar tierras y reinstalar sobre ellas a un pueblo secularmente famélico? Pues se equivocan. El bolcheviquismo es en la raíz una actitud materialista ante el mundo. El bolcheviquismo podrá resignarse a fracasar en los intentos de colectivización campesina, pero no cede en lo que más importa: en arrancar del pueblo toda religión, en destruir la célula familiar, en materializar la existencia. Llega al bolcheviquismo quien parte de una interpretación puramente económica de la Historia. De donde el antibolcheviquismo es, cabalmente, la posición que contempla al mundo bajo el signo de lo espiritual. Estas dos actitudes, que no se llaman bolcheviquismo ni antibolcheviquismo, han existido siempre. Bolchevique es todo el que aspira a lograr ventajas materiales para sí y para los suyos, caiga lo que caiga; antibolchevique, el que está dispuesto a privarse de goces materiales para sostener valores de calidad espiritual. Los viejos nobles, que por la Religión, por la Patria y por el rey comprometían vidas y haciendas, eran la negación del bolcheviquismo. Los que hoy, ante un sistema capitalista que cruje, sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo, sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolcheviquismo. Quizá por nuestro esfuerzo, no tan vituperado, logremos consolidar unos siglos de vida, menos lujosa, para los elegidos; pero que no transcurra bajo el signo de la ferocidad y la blasfemia. En cambio, los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo, esos intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolcheviquismo de espantoso refinamiento: el bolcheviquismo de los privilegiados.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

(ABC, 31 de julio de 1935)

LA TRADICIÓN Y LA REVOLUCIÓN

Que asistimos al final de una época es cosa que ya casi nadie, como no sea por miras interesadas, se atreve a negar. Ha sido una época, esta que ahora agoniza, corta y brillante; su nacimiento se puede señalar en la tercera década del siglo XVIII; su motor interno acaso se expresa con una palabra: el optimismo. El siglo XIX —desarrollado bajo las sombras tutelares de Snúth y Rousseau— creyó, en efecto, que dejando las cosas a sí mismas producirían los resultados mejores, en lo económico y en lo político. Se esperaba que el libre cambio, la entrega de la economía a su espontaneidad, determinaría un bienestar indefinidamente creciente. Y se suponía que el liberalismo político, esto es, la derogación de toda norma que no fuere aceptada por el libre consenso de los más, acarrearía insospechadas venturas. Al principio los hechos parecieron dar la razón a tales vaticinios: el siglo XIX conoció uno de los periodos más enérgicos, alegres e interesantes de la Historia; pero esos periodos han sido conocidos, en esfera más reducida, por todos los que se han resuelto a derrochar una gran fortuna heredada. Para que el siglo XIX pudiera darse el gusto de *echar los pies por alto* fue preciso que siglos y siglos anteriores almacenasen reservas ingentes de disciplina, de abnegación y de orden. Acaso lo que se estime como gloria del siglo XIX sea, por el contrario, la póstuma exaltación de aquellos siglos que menos se parecieron al XIX, y sin los cuales el XIX no se hubiera podido dar el lujo de existir.

Lo cierto es que el brillo magnífico del liberalismo político y económico duró poco tiempo. En lo político, aquella irreverencia a toda norma fija, aquella proclamación de la libertad de crítica sin linderos, vino a parar en que, al cabo de unos años, el mundo no creía en nada; ni siquiera en el propio liberalismo que le había enseñado a no creer. Y en lo económico, el soñado progreso indefinido volvió un día, inesperadamente, la cabeza y mostró un rostro crispado por los horrores de la proletarización de las masas, del cierre de las fábricas, de las cosechas tiradas al mar, del paro forzoso, del hambre.

Así, al siglo XX, sobre todo a partir de la guerra, se le llenó el alma del amargo estupor de los desencuentros. Los ídolos, otra vez escayola en las hornacinas, no le inspiraban fe ni respeto. Y, por otra parte, ¡es tan difícil, cuando ya se ha perdido la ingenuidad, volver a creer en Dios!

* * *

He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo. Y, por otra parte, en lo económico, volver a poner al hombre los pies sobre la Tierra, ligarle de una manera más profunda a sus cosas: al hogar en que vive y a la obra diaria de sus manos. ¿Se concibe forma más feroz de existencia que la del proletario que acaso vive durante cuatro lustros fabricando el mismo tornillo en la misma nave inmensa, sin ver jamás completo el artificio de que aquel tornillo va a formar parte y *sin* estar ligado a la fábrica más que por la inhumana frialdad de la nómina?

Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en reajustar el mundo. Se afanan por el camino de la acción y, lo que importa más, por el camino del pensamiento, sin cuya constante vigilancia la acción es pura barbarie. Mal podríamos sustraernos a esa universal preocupación nosotros, los hombres españoles, cuya juventud vino a abrirse en las perplejidades de la trasguerra. Nuestra España se hallaba, por una parte, como a salvo de la crisis universal; por otra parte, como acongojada por una crisis propia, como ausente de sí misma por razones típicas de desarraigo que no eran las comunes al mundo. En la coyuntura, unos esperaban hallar el remedio echándolo todo a rodar. (Esto de querer echarlo todo a rodar, salga lo que salga, es una actitud característica de las épocas degeneradas; echarlo todo a rodar es más fácil que recoger los cabos sueltos, anudarlos, separar lo aprovechable de lo caduco... ¿No será la pereza la musa de muchas revoluciones?) Otros, con un candor risible, aconsejaban, a guisa de remedio, la vuelta pura y simple a las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un *estado* y no un *proceso*, y como si a los pueblos les fuera más fácil que a los hombres el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia.

Entre una y otra de esas actitudes se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución —no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como

ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con un pulso firme al servicio de una norma –y de la tradición– no como remedio, sino como sustancia; no con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias—. Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange. Dudo que ningún movimiento político haya venido al mundo con un proceso interno de más austeridad, con una elaboración más severa y con más 'auténtico sacrificio por parte de sus fundadores, para los cuales –¿quién va a saberlo como yo?– pocas cosas resultan más amargas que tener que gritar en público y sufrir el rubor de las exhibiciones.

* * *

Pero como por el mundo circulaban tales y cuales modelos, y como uno de los rasgos característicos del español es su perfecto desinterés por entender al prójimo, nada pudo parecerse menos al sentido dramático de la Falange que las interpretaciones florecidas a su alrededor en mentes de amigos y enemigos. Desde los que, sin más ambages, nos suponían una organización encaminada a repartir estacazos, hasta los que, con más empaque intelectual, nos estimaban partidarios de la absorción del individuo por el Estado; desde los que nos odiaban como a representantes de la más negra reacción, hasta los que suponían querernos muchísimo para ver en nosotros una futura salvaguardia de sus digestiones, ¡cuánta estupidez no habrá tenido uno que leer y oír acerca de nuestro movimiento! En vano hemos recorrido España desgañándonos en discursos; en vano hemos editado periódicos; el español, firme en sus primeras conclusiones infalibles, nos negaba, aun a título de limosna, lo que hubiéramos estimado más: un poco de atención.

* * *

Cierta mañana se me presentó en casa un hombre a quien no conocía: era Pérez de Cabo, el autor de las páginas que siguen a este prólogo. Sin más ni más me reveló que había escrito un libro sobre la Falange. Resultaba tan insólito el hecho de que alguien se aplicara a contemplar el fenómeno de la Falange hasta el punto de dedicarle un libro, que le pedí prestadas unas cuartillas y me las leí de un tirón, robando minutos a mi ajetreo. Las cuartillas estaban llenas de brío y no escasas de errores. Pérez de Cabo, en parte, quizá por la poca difusión de nuestros textos; en otra parte, quizá –no en vano es español–, porque estuviera seguro de haber acertado sin necesidad de texto alguno, veía a la Falange con bastante deformidad. Pero aquellas páginas estaban escritas con buen pulso. Su autor era capaz de hacer cosas mejores. Y en esta creencia tuve con él tan largos coloquios, que en las dos refundiciones a que sometió su libro lo transformó por entero. Pérez de Cabo, contra lo que hubiera podido hacer sospechar una impresión primera, tiene una virtud rara entre nosotros: la de saber escuchar y leer. Con las lecturas que le suministré y con los diálogos que sostuvimos, hay páginas de la obra que sigue que yo suscribiría con sus comas. Otras, en cambio, adolecen de alguna imprecisión, y la obra entera tiene lagunas doctrinales que hubiera llenado una redacción menos impaciente. Pero el autor se sentía aguijoneado por dar su libro a la stampa, y ni yo me sentía con autoridad para reprimir su vehemencia, ni, en el fondo, renunciaba al gusto de ver tratada a la Falange como objeto de consideración intelectual, en apretadas páginas de letra de molde. El propio Pérez de Cabo hará nuevas salidas con mejores pertrechos; pero los que llevamos dos años en este afán agridulce de la Falange le agradecemos de por vida que se haya acercado a nosotros trayendo, como los niños un pan, un libro bajo el brazo.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

(Prólogo al libro *¡Arriba España!* de J. Pérez de Cabo. Agosto de 1935)

JOSÉ ANTONIO EN MONTREUX

Después de buscarlo durante muchos años, la casualidad quiere que el mismo día en que FUERZA NUEVA EDITORIAL me hacía entrega del primer ejemplar de la VII Edición de mi *"Biografía apasionada de José Antonio"*, encuentre entre mis viejos papeles unos documentos que pertenecieron a mi inolvidable camarada Vicente Caceo, quien los recogió, en 1940, en la secretaría general de FET y de las JONS, en donde trabajaba a las órdenes de Pedro Gamero del Castillo. Uno de estos documentos, que me hubiese gustado poder incorporar a la nueva edición de mi libro, contiene, en francés, las palabras pronunciadas por José Antonio en la reunión de Montreux, tantas veces mencionada, en la que se negó a formar parte de una propuesta internacional fascista.

En dos folios amarillentos y mecanografiados se contiene el siguiente texto que traduzco al español: "STRALCIO DALLA RELAZIONE DE LA RIUNIONE DELLA COMMISSIONE PER L'INTESA DEL FASCISMO UNIVERSALE" – Montreux II, Settembre 1935.

(El señor Primo de Rivera entra en el Salón de Sesiones.)

EL PRESIDENTE:

Permítanme interrumpir este discurso para saludar al representante de la Falange Española, Primo de Rivera, que lucha encarnizadamente en su Patria contra el comunismo.

La Falange Española tiene una aureola de martirio y de gloria porque casi todos los días, en las calles, se combate en España, y la juventud de ese país derrama su sangre para defender el ideal que nos reúne a todos. Estoy seguro de expresar vuestro sentimiento al saludar, en Primo de Rivera, a la joven España y os ruego guardar un momento de silencio para saludar a los muertos de todos los Movimientos que representamos aquí. (Se guarda un minuto de silencio.)

Desde hace tiempo, Primo de Rivera sigue con simpatía nuestra organización, y si todavía no forma parte efectivamente de ella es por razones de política interior que él mismo os explicará. Cuando formemos un Frente único, que será la conclusión de nuestras discusiones, pienso que Primo de Rivera habrá preparado a la opinión pública de su país, la cual sentirá la necesidad de no estar ausente en una reunión semblante. Yo pienso que los sentimientos de España a este respecto –y si me engaño, que Primo de Rivera me lo diga–proviene del temor que siente de verse mezclada en los asuntos internacionales. El español posee un individualismo que le impulsa a rechazar toda organización internacional; pero ustedes verán por las conclusiones del Congreso del Komintern que cuando se trata de constituir un Frente único se ve, llegar hasta los partidos de extrema derecha socialista (radical-socialista) para desencadenar la revolución mundial que sería el fin de la civilización europea. Pienso, pues, que unirse no es hacer internacionalismo, sino responder con la unión de las fuerzas puras y sanas a la unión de las fuerzas que quieren desencadenar la revolución sangrienta.

Palabras que el fundador de Falange pronunció en la reunión internacional, en septiembre de 1935.

PRIMO DE RIVERA:

Agradezco muy sinceramente la emocionante acogida que habéis tributado, no a mí, sino a la Falange Española que combate cada día en las calles ensangrentadas de mi país. Me siento muy conmovido por vuestro recibimiento y os transmito muy sinceramente el saludo de la Falange Española y el mío. De momento, estoy en la obligación de no participar en los trabajos de vuestra Comisión. El presidente os ha dado las razones. España no está preparada todavía a unirse, por mi mediación, a un movimiento de carácter no ya internacional, sino supernacional, universal. Y esto no sólo porque el carácter español es demasiado individualista, sino también porque España ha sufrido mucho por las internacionales. Estamos en las manos de tres Internacionales por lo menos: una masónica, una socialista, otra capitalista y quizá de otros poderes, de un carácter extranacional que intervienen en los asuntos españoles. Si apareciésemos ante la opinión española como unidos a otro movimiento, y esto sin una preparación lenta, profunda y difícil, la conciencia pública española, e

incluso la conciencia democrática, protestaría. Es preciso pues preparar a los espíritus en vista de estos trabajos supernacionales.

Los jefes están obligados, con mucha frecuencia, a refrenar a sus propios partidos. Si yo comprometiera mi condición de jefe, iría probablemente contra la opinión de la mayoría de mi partido. Ahora bien, ustedes saben que la Falange Española, para su gloria y su desgracia, ha tenido ya treinta y cuatro muertos (combatimos todos los días; Barone me decía hace un momento que los periódicos franceses relatan un encuentro en el que hemos tenido la suerte de triunfar, pero en el que ha habido muertos y heridos) y esto me crea lazos más fuertes que el sencillo deber o la vanidad y me amarra a mi puesto de Jefe... Estoy atado por la sangre de nuestros mártires, por lo que no me considero autorizado a contrariarles. Pero creo que frente a los peligros comunistas e internacionalistas hay que reconocer que los pueblos civilizados tienen el derecho y el deber de transmitir esta civilización a los más retrasados.

Yo creo que todos nosotros estamos obligados a preparar la opinión en nuestros diferentes países antes de iniciar una acción colectiva. Yo prometo a todos vosotros hacer lo que pueda en ese sentido y despertar una conciencia nacional.

Ahora debo abandonar esta reunión por las razones que he expuesto y también porque tengo varios trabajos que realizar. No obstante, espero poder participar próximamente en vuestras reuniones.

.(Documento publicado por Felipe Ximénez de Sandoval en la revista *Fuerza Nueva*, en el número 498, de 24 de julio de 1976.)

SOBRE LA POLÍTICA INTERNACIONAL ESPAÑOLA

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 2 de octubre de 1935)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Creo que en este instante, por encima de todas esas cuestiones que casi no existirían si no se hinchasen en la Cámara, gravita sobre todos nosotros, y gravita de una manera especial sobre la atención del Gobierno, el problema internacional de Europa. El señor presidente del Consejo de Ministros nos requería a todos a que tocásemos este tema internacional con todos los cuidados. El señor presidente del Consejo de Ministros puede tener la seguridad de que nadie tratará de adelgazar más sus precauciones cuando se acerque al tema internacional que quien en este momento os dirige la palabra. Pero, por otra parte, estima quien habla ahora que demostraría a la Cámara española cierta frivolidad si no se preocupase de este tema. Por eso ayer fue tratado con mucha altura, y por eso también el señor presidente del Consejo de Ministros se congratuló de que no lo hubiéramos dejado ausente. Hasta tal punto quiero extremar las precauciones, que le digo al señor presidente mis primeras palabras: "No pido al Gobierno, ni se la pediría aunque me autorizara una representación más importante que la que ostento aquí, una respuesta. Es posible que el Gobierno, en el trance de ahora, no nos deba contestar; pero sí creo que nos debe oír, porque es posible que de los asesoramientos de todos, que de las aportaciones de todos, surjan los materiales para una posición española acertada".

¿Y qué posición vamos a aconsejar nosotros en España, ni aconsejaría nadie en estos días, que no estuviera inspirada en un interés español? ¿Cómo va a pensar nadie que va a influir en nuestras actitudes una determinada simpatía hacia un país o hacia otro? Entre otras cosas, porque, de seguro, entre los que nos sentamos aquí, no hay uno solo de los que tengan espíritu abierto que no haya recibido la influencia de muchas simpatías; todos nos hemos asomado, unos más, otros menos, entre estos últimos yo, a la cultura europea; todos hemos sentido la influencia de las letras francesas, de la educación inglesa, de la filosofía alemana y de la tradición política de Italia, que está realizando uno de los experimentos culminantes, un experimento culminante que nadie puede zafarse de estudiar en serio y al que, de seguro, nadie está libre de alguna objeción que formular. Es, pues, únicamente un interés español, una posición española, la que en este instante voy a defender, como las que, de seguro, vais a defender todos vosotros.

Colocada la cuestión así, yo creo que debemos enfocar el problema presente de Europa desde este ángulo: si se aprueban las sanciones bélicas, se desencadena, de seguro, la guerra europea; la guerra europea pone en peligro la existencia misma de Europa. ¿Hay en juego algún interés europeo, algún interés vital para Europa que justifique el que Europa corra este riesgo de destruirse? Tal creo que es la cuestión, y así entiendo que debe plantearse. Y entonces me atreveré a deciros que en el actual conflicto italo-etíope, que está siendo objeto de las deliberaciones de Europa, se debaten simplemente dos asuntos, y nada más que dos asuntos: un asunto colonial y otro asunto británico. Ni más ni menos.

Asunto colonial. ¿Es que vamos a fingir que nos escandalizamos porque se emprenda una nueva expedición colonial? Si todos los pueblos de Europa las han emprendido; si el colonizar es una misión, no ya un derecho, sino un deber de los pueblos cultos, ¿es que alguien que aspire a la hermandad universal se aviene a admitir la exclusión, de hecho, de la hermandad universal que constituye la barbarie? ¿Es que vamos a creer que defendemos el derecho de los pueblos atrasados a esa hermandad universal dejándolos en el atraso? Creo que ya es demasiado tarde para que nos vayamos a escandalizar por una empresa colonial de ningún país. En colonizar estuvo la gloria de España. En colonizar estuvo la gloria de Inglaterra. Inglaterra no hubiese sentido ningún escándalo ante el intento colonial si no se mezclase el otro aspecto del problema italoabisinio, si no se uniese al asunto colonial de que os hablo un asunto única y exclusivamente inglés.

Es éste: Inglaterra ha conseguido montar una de las más prodigiosas arquitecturas políticas que conoce el mundo. Esta arquitectura política —el Imperio inglés— se sostiene, como todas las grandes arquitecturas, por una maravilla de equilibrio. En el instante en que se remueva cualquiera de los elementos que componen este equilibrio, es posible que comience el derrumbamiento. Así, pues,

estando Abisinia, como está, en el cruce de las corrientes vitales más peligrosas del Gobierno inglés; estando situada en uno de los nudos nerviosos más delicados de toda esta red imperial inglesa, es perfectamente justo y perfectamente plausible que el egoísmo patriótico de Inglaterra se resista a admitir que nadie ponga el dedo, y menos las armas, en este punto neurálgico de *su* Imperio. Si yo fuera inglés, en este momento estaría, con los ojos cerrados, al lado del Gobierno inglés, porque yo sería imperialista inglés, porque yo creo que el Imperio es la plenitud histórica de los pueblos; y si hubiera tenido la suerte de nacer en un pueblo en el instante de su plenitud histórica, creería que todos mis esfuerzos debían ponerse al servicio de la conservación de esa plenitud. Pero nosotros no somos ingleses, ni Europa se compone sólo de ingleses, ni siquiera integran los ingleses Europa, porque Inglaterra –no en cuanto pueblo situado en las proximidades del continente europeo, sino en cuanto Imperio– es una potencia extraeuropea. El Imperio inglés es una gran unidad extraeuropea; las leyes del apogeo, de la decadencia y de la suerte varia de Europa y las del apogeo, de la decadencia y suerte varia del Imperio inglés, rara vez coinciden. Muchas veces son contrapuestas, y quizá más contrapuestas que nunca en la ocasión de ahora.

En este instante puede decirse que está planteada en Ginebra, ante el mundo entero, una pugna de Inglaterra contra Europa. Europa tiene que obstinarse en permanecer, aunque el Imperio inglés peligre, y el Imperio inglés tiene todo interés en permanecer, aunque peligre la paz de Europa.

Tales son los términos de la cuestión y, como veis, aquí no entra en juego ninguna simpatía determinada. Los términos de la cuestión, descartado el aspecto colonial, son de una pugna de intereses entre el Imperio británico y Europa. ¿Queréis más claro indicio que la actitud de los soviets? El apoyo más resuelto que ha encontrado desde el principio Inglaterra en Ginebra ha sido el de Rusia. ¿Y os voy a demostrar que Rusia no es una potencia europea? ¿Qué es una potencia europea? ¿No está vivo aún el vaticinio de Lenin, que aspiraba al triunfo de la revolución soviética precisamente a través de la guerra europea? Para Rusia, el incendio de Europa es un tanto magnífico. Rusia antleuropea apoya resueltamente el punto de vista inglés; pero nosotros, europeos, ¿nos vamos a poner a ciegas al lado de este interés de Inglaterra y Rusia? Planteadas así las cosas, ¿cuál es el papel de España? ¿Cuál es el papel de España como individualidad propia y como potencia europea? Si queréis, porque es más bien el orden. ¿Cuál es su papel como potencia europea y como individualidad propia? ¿Cuál es, en primer lugar, el papel de España en Ginebra?

Todos sabéis que hasta el momento de ahora –y cuando digo de ahora me refiero a las noticias de esta mañana; no sabemos lo que habrá pasado desde esta mañana hasta el instante en que hablo– sólo está en juego en Ginebra... (*Un señor diputado: "Ya ha estallado la guerra".–El señor Barcia: "Han pasado cosas muy graves".–Rumores prolongados.*) Pues bien: hasta estas últimas noticias, el procedimiento que se sigue en Ginebra –insisto en él, no para eludir el otro, porque también lo voy a considerar, aunque sea hipótesis, sino que aún no parece que se haya planteado en Ginebra el caso del artículo 16– es el procedimiento del artículo 15, que, como todos sabéis, termina en la redacción de unas recomendaciones; se intenta por el Consejo de la Sociedad de las Naciones una conciliación, y si ese intento no tiene fortuna, el Consejo redacta unas recomendaciones que somete a los países en pugna; recomendaciones que pueden, excepcionalmente, ser votadas en el Consejo por simple mayoría de votos. Es decir, constituyen una de las excepciones a la norma general del artículo 5º del Pacto, que exige la unanimidad de los votos para que el Consejo de Ginebra pueda tomar acuerdos. En estas recomendaciones, por consiguiente, España podría votar o abstenerse de votar, sin que se entorpeciera en nada la posibilidad de que el Consejo de Ginebra siguiera funcionando; es toda una cuestión de tacto diplomático que haga medir hasta qué punto España debe o no suscribir ciertas recomendaciones.

Pero surge el caso del artículo 16, surge el caso dramático de la agresión, y aquí ya cambió todo; aquí sí que, puesto que me parece que ya estamos en esta coyuntura, es preciso que medite el Gobierno. El artículo 16 del Pacto de la Sociedad de las Naciones tiene dos párrafos fundamentales. El primer párrafo se refiere a las medidas de carácter económico; el segundo párrafo se refiere a las medidas de carácter militar. Pues bien, señor presidente del Consejo de Ministros: acaso no se haya sometido a la atención de la Cámara esta observación. La aplicación de las sanciones económicas, es decir, las del primer párrafo del artículo 16, no exige el que el Consejo de Ginebra tome un acuerdo. Se dice –cito de memoria–: "En el instante en que surja la agresión de un miembro de la Sociedad de las Naciones contra otro, todos los miembros de la Sociedad se considerarán *ipso facto* agredidos, y desde este instante interrumpirán todas las relaciones económicas con el agresor". De

manera que si no se pasa del párrafo primero del artículo 16; si sólo se está frente a la hipótesis de las sanciones económicas, España no tiene nada que votar; España puede incluso, de una manera enérgica, usando de la autoridad que allí tiene, convencer al Consejo de la Sociedad de las Naciones de que no tiene nada que votar; de que la misión funciona jurídicamente como el cumplimiento de una condición; de que, desde el instante en que la condición se ha cumplido, ha nacido para todos la obligación de suspender las relaciones económicas con el país agresor. Y como entre la ejecución de esas obligaciones condicionales ya nacidas y el texto del Pacto no se interpone la necesidad de ningún pronunciamiento, cada país ha de aplicar esas sanciones según su leal saber y entender. Queda convertida para cada país la aplicación de las sanciones en un tema de decisión interna; cada país medirá en qué grado debe llevar adelante la aplicación del párrafo primero del artículo 16.

Evidentemente, creo que ésta es una solución muy apetecible; en tanto España pueda evitar el pronunciarse sobre esta cuestión vidriosa, me parece que debe evitarlo.

Pero llega el momento de examinar el párrafo segundo, que se refiere a las medidas militares, el coeficiente militar con que debe cada parte de las que forman la Sociedad de las Naciones contribuir a la redacción a la obediencia al Pacto de aquella nación que lo haya infringido; y, en este caso, ya hace falta una decisión, porque el párrafo segundo del artículo 16 dice que el Consejo habrá de formular recomendaciones. Es decir, ya no se va sin ninguna intermediación a la ejecución del Pacto por cada uno de los miembros, sino que se interpone la necesidad de formular un texto, de realizar la operación positiva de redacción y de aprobarla. Pues bien: cuando llegue el instante de votar estas recomendaciones que exigen la unanimidad en el Consejo de Ginebra, España tiene que plantearse la siguiente consideración: no hay en Ginebra un solo Estado representado que en el instante de ahora vaya a proceder con una supersticiosa adhesión al Pacto de la Sociedad; ni uno solo.

Yo no quisiera que fuese la única excepción de España; creo que el Gobierno no permitirá que lo sea. Todas las demás naciones, todas, están realizando sus sondeos previos para ver si les conviene o no votar las recomendaciones militares del párrafo segundo del artículo 16. Y así tiene que ser, porque si el párrafo segundo se aplicara de la misma manera automática que el párrafo primero, toda deliberación sería innecesaria; pero desde el instante en que exige el pronunciamiento de una opinión por cada uno, es natural que en la elaboración de este pronunciamiento, en la toma de esta actitud, haya de pesar cada país el interés que tiene en juego.

Así, nos encontramos con que la *Petite Entente* va a votar porque le preocupa la posible extensión de Italia en Yugoslavia, y con que Turquía plantea la cuestión de los estrechos y con que Ginebra mira al interés de su reciente alianza con Inglaterra; pero nosotros, señores, ¿vamos a ir a votar por pura efusión ginebrina? ¿Vamos a ir a hacer el papel de palurdos deslumbrados, que se sienten contentos de sentarse entre las personas importantes y de recibir la presidencia de esas comisiones que son como los platos incomedibles de Europa? (*Muy bien.*)

España no puede votar por pura efusión ginebrina. España debe exigir antes de votar, y yo digo que ha de ser mucho lo que España logre para que se decida a arrostrar la responsabilidad, no menos cierta porque la comparta con otros, de desencadenar la guerra en Europa por un asunto que no es europeo. España tiene que pensar si esta autoridad que dicen ejerce en Ginebra se va a quedar en una autoridad de etiqueta simple y vacua, o si va a emplearse en romper la unanimidad de los que mandan en Ginebra y en decir que España se opone al incendio de Europa. (*Muy bien.*)

Entonces, si las sanciones militares no se votan, si las medidas militares no se votan, la guerra europea es más que posible que no estalle. Quedaría la cuestión reducida, si acaso, a un conflicto entre Italia e Inglaterra. En la perspectiva de ese conflicto, creo que España no puede tener más actividad que la que se resume en una palabra: neutralidad, neutralidad a rajatabla. De ordinario, esta postura de neutralidad, formulada así, parece el refugio de una actitud de cobardía; por lo menos, una actitud de inhibición en los asuntos de Europa. Por una vez, sin embargo, la neutralidad va a ser peligrosa; pero el peligro no debe desviarnos de la decisión de conservarla, y esto por dos razones: primera razón, porque es de esperar que quienes tanto han invocado el Pacto de la Sociedad de las Naciones no cometan su infracción más flagrante tratando de violentar nuestra decisión libre de ser ajenos a la guerra. Y no se diga que nosotros invocamos cuando queremos el Pacto de la Sociedad de las Naciones y no lo respetamos cuando no nos conviene; nada de eso; al no votar las medidas militares, no se va en nada contra el Pacto, sino que se toma, en una votación

prevista dentro de ese Pacto, la actitud que el interés español aconseja. ¿Y cómo se va a hacer la comparación entre el intento italiano de incorporación colonial de Etiopía y la violación del territorio nacional español, de uno de los miembros más antiguos y más considerados, según dicen, de la Sociedad de las Naciones, por haber considerado en Ginebra que no hay razón para incendiar a Europa? Creo que quienes han invocado el Pacto casi por vez primera, y diciendo que es poco más que el único puente que los une a Europa, no van a violar el Pacto de una manera tan flagrante.

Pero yo os digo otra cosa —ésta es la segunda razón.—, y es que España, en el instante de decidir si se mantiene neutral o no se mantiene neutral, tiene que considerar únicamente esto: su conveniencia y su decoro; debe considerar si hay de por medio un interés español, y no hay ninguno en defender el Imperio inglés, al que no debemos nada. (*Rumores.*) ¿Tendré que hacer pasar por vuestro espíritu el recuerdo de Gibraltar? No debemos nada al Imperio inglés, y no debemos defenderlo, y lo que tendríamos que considerar sería esto, y sólo esto: cuál es el interés español. Lo que no tolera el decoro de España es adoptar una actitud de intervención o de neutralidad por una amenaza o una exigencia. (*Aplausos.*)

... ..

El señor PRIMO DE RIVERA:

Señor presidente: si el presidente del Consejo de Ministros se produce en estos términos de agresiva descortesía, tendré que cometer la incorrección de no escucharle. (*El señor Primo de Rivera abandona su escaño. Grandes protestas.*)

... ..

El señor PRIMO DE RIVERA

Señor presidente del Consejo de Ministros: la gratitud a estas últimas palabras de su señoría y la consideración que guardo siempre a los altos cargos me obligan doblemente a retirar cualquier actitud, cualquier palabra que también hubiera sido molesta para el señor presidente del Consejo de Ministros; pero le ruego considere que quien se ha producido como yo me produje en mi discurso; quien ha comenzado por decir que entendía que el Gobierno no debía ni siquiera contestarme; quien no quería pronunciamiento alguno ni del Gobierno ni de la Cámara, sino que aportaba el modesto esfuerzo de sus luces para que el Gobierno escuchara y, si le parecía, recogiera una opinión personal honradamente formada, no merecía que su señoría le contestase diciendo que iba contra el interés profundo de España. (*El señor presidente del Consejo de Ministros: "No he querido decir tal cosa".*) Celebro mucho que el señor presidente no lo haya querido decir. (*El señor presidente del Consejo de Ministros: "Ni creo haberlo dicho; pero si lo hubiera dicho, desde luego, lo retiro".*) Muchísimo mejor. Por si yo tampoco me hubiese expresado claramente al pronunciar mis primeras palabras, reitero que no solicito el menor asentimiento de la Cámara ni del Gobierno hacia esta sugestión que he hecho a título personal, como quien profesa honradamente una fe política. Ahora el Gobierno, que no tiene por qué contestarme, ni probablemente que contestar a los demás, sabrá qué es lo que hace en servicio de España. Todos le deseamos, amigos y no amigos, que en el servicio de España acierte.

ACERCA DE LA REVOLUCIÓN

La masa de un pueblo que necesita una revolución no puede hacer la revolución.

La revolución es necesaria, no precisamente cuando el pueblo está corrompido, sino cuando sus instituciones, sus ideas, sus gustos, han llegado a la esterilidad o están próximos a alcanzarla. En estos momentos se produce la degeneración histórica. No la muerte por catástrofe, sino el encharcamiento en una existencia sin gracia ni esperanza. Todas las actitudes colectivas nacen enclenques, como producto de parejas reproductivas casi agotadas. La vida de la comunidad se achata, se entorpece, se hunde en mal gusto y mediocridad. Aquello no tiene remedio sino mediante un corte y un nuevo principio. Los surcos necesitan simiente nueva, simiente histórica, porque la antigua ya ha apurado su fecundidad.

Pero ¿quién ha de ser el sembrador? ¿Quién ha de elegir la nueva semilla y el instante para largarla a la tierra? Esto es lo difícil. Y aquí nos encontramos cara a cara con todas las predicaciones demagógicas de izquierda o de derecha, con todas las posturas de repugnante adulación a la masa que adoptan cuantos quieren pedirle votos o aplausos. Estos se encaran con la muchedumbre y le dicen: "Pueblo, tú eres magnífico; atesoras las más bellas virtudes, tus mujeres son las más bellas y puras del mundo; tus hombres, los más inteligentes y valerosos; tus costumbres, las más venerables; tu arte, el más rico; sólo has tenido una desgracia, la de ser mal gobernado; sacude a tus gobernantes, líbrate de sus ataduras y serás venturoso". Es decir, poco más o menos: "Pueblo, hazte feliz a ti mismo por medio de la rebelión".

Y el decir esto revela, o una repugnante insinceridad, que usa las palabras como cebo para cazar a las masas en provecho propio, o una completa estupidez, acaso más dañosa que el fraude. A nadie que medite unos minutos puede ocultársela esta verdad: al final de un periodo histórico estéril, cuando un pueblo, por culpa suya o por culpa ajena, ha dejado enmohecer todos los grandes resortes, ¿cómo va a llevar a cabo por sí mismo la inmensa tarea de regenerarse? Una revolución —si ha de ser fecunda y no ha de dispersarse en alborotos efímeros— exige la conciencia clara de una norma nueva y una voluntad resuelta para aplicarla. Pero esta capacidad para percibir y aplicar la norma es, cabalmente, la perfección. Un pueblo hundido es incapaz de percibir y aplicar la norma; en eso mismo consiste su desastre. Tener a punto los resortes precisos para llevar a cabo una revolución fecunda es señal inequívoca de que la revolución no es necesaria. Y, al contrario, necesitar la revolución es carecer de la claridad y del ímpetu necesarios para amarla y realizarla. En una palabra: los pueblos no pueden salvarse en masa a sí mismos, porque el hecho de ser apto para realizar la salvación es prueba de que se está a salvo. Pascal imaginaba que Cristo le decía: "No me buscarías si no me hubieras encontrado ya". Lo mismo podría decir a los pueblos el genio de las revoluciones.

Entre los jefes revolucionarios que han desfilado por la historia del mundo se han dado con bastante reiteración estos dos tipos: el cabecilla que reclutó una masa para encaramarse sobre ella en busca de notoriedad, de mando o de riqueza, y el supersticioso del pueblo, creyente en la virtualidad innata en el pueblo —considerado inorgánicamente como masa— para hallar su propio camino. El cabecilla suele ser menos recomendable desde el punto de vista de la moral privada; suele ser un sujeto de pocos escrúpulos, que expolia y tiraniza a la comunidad que lo soporta; pero tiene ya ventaja de que se le puede suprimir de un tiro; con su muerte acaba la vejación. En cambio, el otro deja rastro y es, desde el punto de vista de su misión histórica, más traidor que el cabecilla.

Sí, más traidor, usando la palabra "traidor" sin ninguna intención melodramática, sino como denominación simple de aquel que deserta de su puesto en un momento decisivo. Esto es lo que acostumbra hacer el supersticioso del pueblo cuando le coloca el azar en el puente de mando de una revolución triunfante. Al estar allí al trepar allí por un esfuerzo voluntario y después de haber; encendido la fe de quienes le siguieron, ha asumido tácitamente el deber de mandarlos, de guiarlos, de enseñarles el rumbo. Si no sentía rebullirse en el alma como la llamada de un puerto lejano, no debió aspirar a la jefatura. Ser jefe, triunfar y decir al día siguiente a la masa: "Sé tú la que mande; aquí estoy para obedecerte", es evadir de un modo cobarde la gloriosa pesadumbre del mando. El jefe no debe obedecer al pueblo—, debe servirle, que es cosa distinta; servirle es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido, aunque el pueblo mismo

desconozca cuál es su deber; es decir, sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se disienta de lo que la masa apetece.

Con tanta más razón en las ocasiones revolucionarias cuanto que, como ya se ha dicho, el pueblo necesita la revolución cuando ha perdido su actitud para apetecer el bien; cuando tiene, como si dijéramos, el apetito estragado; de esto es precisamente de lo que hay que curarle. Ahí está lo magnífico. Y lo difícil. Por eso los jefes flacos rehuyen la tarea y pretenden, para encubrir su debilidad, sustituir el servicio del pueblo, la busca de una difícil armonía entre la realidad del pueblo y su verdadero destino, por la obediencia del pueblo que es una forma, como otra cualquiera, de lisonja; es decir, de corrupción.

España ha reconocido algo de esto bien recientemente: en 1931. Pocas veces, como entonces, se ha colocado la masa en actitud más fácil y humilde. Alegremente alzó a los que estimaba como sus mejores y se aprestó a seguirlos.

Así, sin esfuerzo, se hallaron en ocasión de mandar los que llevaban muchos años ejerciendo la tarea medicinal de la crítica. Ya se entiende que no me refiero a los demagogos, sino a aquel grupo pequeño y escogido que, al través de un riguroso proceso interior –al principio, revulsión desesperada; al final, clarividencia ardiente–, habían llegado a expresar el anhelo de una España más clara, más limpia, más ágil, libre de no poca cochambre tradicional y de mucha mediocridad tediosa. Los que integraban este grupo tenían el deber de estrenar los nuevos resortes históricos, de plantar los pies frescos llamados a reemplazar a los viejos troncos agotados. Y éstos estaban llamados a hacerlo contra todas las resistencias: contra las de sus ocasionales compañeros de revolución y contra los de la masa misma. Los guías de un movimiento revolucionario tienen la obligación de soportar incluso la acusación de traidores. La masa cree siempre que se la traiciona. Nada más inútil que tratar de halagarla para eludir la acusación. Quizá los directores espirituales del 31 no la halagaran; pero tampoco tuvieron ánimo para resistirla y disciplinarla. Con gesto desdeñoso se replegaron otra vez en sí mismos y dejaron el campo libre a la zafiedad de los demagogos y a la audacia de los cabecillas. Así se malogra –como tantas veces– una ocasión de España.

La próxima no se malogrará. Ya hemos aprendido que la masa no puede salvarse a sí propia. Y que los conductores no tienen disculpa si desertan. La revolución es la tarea de una resuelta minoría, inasequible masa, porque la luz interior fue lo más caro que perdió, víctima de un periodo de decadencia. Pero que, al cabo sustituirá la árida confusión al desaliento. De una minoría cuyos primeros pasos no entenderá la de nuestra vida colectiva por la alegría y la claridad del orden nuevo.

(Haz, núm. 9, 12 de octubre de 1935)

CONVOCATORIA DEL SEGUNDO CONSEJO NACIONAL

Convocatoria para la reunión ordinaria del Consejo Nacional correspondiente al año 1935–1936:

1º. Se convoca al Consejo Nacional de la Falange Española de las J.O.N.S. para los días 15 y 16 de noviembre próximo.

2º. Con arreglo a lo dispuesto en el artículo 37 de los estatutos de la Organización, compondrán el Consejo Nacional los camaradas siguientes:

Secretario general: Raimundo Fernández Cuesta.

Jefes de servicios: Manuel Valdés, Manuel Mateo, Emilio Alvargonzález, José Manuel Aizpurúa, Augusto Barrado, Gregorio Sánchez Puerta y Alejandro Salazar.

Elegidos por las J.O.N.S.: Daniel Buhigas, Leopoldo Panizo, Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda, Jesús Muro, Roberto Bassas, Salvador Blasco, José Andino, José Sainz, Martín Ruiz Arenado y Domingo Lozano.

Designados por la Jefatura Nacional: Rafael Sánchez Mazas, Sancho Dávila, Vicente Navarro, José Moreno, Celso García Tuñón, Jesús Suevos, Luys Santa Marina, Francisco Rodríguez Acosta, Francisco Bravo, Manuel Illera, José María Alfaro, José Miguel Guitarte, Eduardo Ezquer, Vicente Gaceo, Luis de Aguilar, Alejandro Allánegui, Andrés de la Cuerda, Fernando Meleiro, Narciso Martínez Cabezas, Agustín Aznar, Manuel Hedilla, Ricardo Nieto, Federico Servet, Juan Francisco Yela, Enrique Esteve, Miguel Merino, Rogelio Vignote, José Maciá y Luis Batllés.

3º. El Consejo deliberará acerca de los siguientes temas:

A) Posibilidades de creación de un Frente Nacional Español y actitud de la Falange ante tal supuesto.

B) Métodos tácticos que debe seguir la Falange ¿Participación en la mecánica política constitucional? ¿Actividad circunscripta a la agitación, crítica y propaganda?

C) Actitud ante los nacionalismos particularistas españoles.

D) Elaboración de un índice de los problemas económicos más apremiantes.

E) Problema del paro.

F) Orientaciones de la política agraria.

4º. Las tareas del Consejo se ajustarán a lo que establece el reglamento adjunto.

5º. La sesión inaugural se celebrará a las diez y media de la mañana, el día 15 de noviembre, en el domicilio de la Falange, Cuesta de Santo Domingo 3, Madrid.

El Jefe Nacional, José Antonio Primo de Rivera.

¡Arriba España!

Madrid, 18 de octubre de 1935.

Francisco Bravo Martínez: *Historia de Falange Española de las J.O.N.S.*, págs. 102-103.

RECOMPENSAS A LA FALANGE DE SEVILLA

JUNTA DE RECOMPENSAS

MADRID

Testimonio de la resolución recaída en el expediente de Recompensas número 17, correspondiente a Sevilla y su provincia.

Resulta suficientemente acreditado en este expediente e informaciones complementarias:

1º. Que el camarada Manuel García Mínguez fue gloriosamente muerto en Aznalcóllar el día 29 de abril último, al servicio de la Falange, en cuya primera línea había siempre dado muestra de ánimo valeroso y alegre.

2º. Que aparecen hechos de extraordinaria brillantez en las hojas de servicios de los camaradas Sancho Dávila, Martín Ruiz, Eduardo Rivas y Narciso Perales, de las J.O.N.S. de Sevilla, los cuales, además, vienen sirviendo a la Falange desde hace años, sin interrupción y con muestra continua de cualidades sobresalientes.

3º. Que han realizado hechos distinguidos y se han calificado durante mucho más de seis meses por su conducta ejemplar los camaradas Francisco Giménez Román, Juan Domínguez, Adrián Irusta, Antonio Cabrera, Francisco Moreno, Juan Pérez Velázquez, Manuel Miranda, Santiago Herrera, Julio Rivera, Miguel Vázquez, Pablo Gutiérrez Tagua, Aníbal Carrión, Juan Pineto, Pedro Manchén y Francisco Ruiz, de las J.O.N.S. de Sevilla; Valerio Cano, Francisco Díaz y Juan Carbajo, de la de Dos Hermanas; Francisco Ramírez Arce, de la de Ecija; Juan Martínez Montero, de la de Marchena, y Francisco Davos de la Vega, de la de Badalatosá.

4º. Que el camarada Adrián Irusta resultó, además, herido el 28 de abril último, en Aznalcóllar.

5º. Que son muchos los camaradas de primera línea de la provincia de Sevilla acreedores a mención por su ejemplar espíritu y su valeroso entusiasmo al servicio de la Falange, y que la imposibilidad de galardonarles a todos exige, en cambio, la concesión de una alta recompensa colectiva a la unidad de que forman parte, recompensa en la cual irá unido al orgullo común por haber contribuido a ganarla el abnegado silencio y la gozosa ofrenda del esfuerzo de cada cual al honor de todos.

Por lo expuesto, y en vista de lo que disponen los artículos 11, 5º y 8º del Reglamento de Recompensas, esta Jefatura Nacional, en vista de los servicios prestados en la provincia de Sevilla hasta el 13 de junio último, en que se mandó incoar este expediente, resuelve:

1º. Se concede la Palma de plata a la memoria de Manuel García Mínguez, gloriosamente muerto al servicio de la Falange.

2º. Se concede la Palma de plata a los camaradas Sancho Dávila, Martín Ruiz, Eduardo Rivas y Narciso Perales.

3º. Se concede el Aspa blanca a los camaradas Francisco Román, Juan Domínguez, Adrián Irusta, Antonio Cabrera, Francisco Moreno, Juan Pérez Velázquez, Manuel Miranda, Santiago Herrera, Julio Rivera, Miguel Vázquez, Pablo Gutiérrez Tagua, Aníbal Carrión, Juan Pineto, Pedro Manchén, Francisco Ruiz, Valerio Cano, Francisco Díaz, José Carbajo, Francisco Ramírez Arce, Juan Martínez Montero y Francisco Davos de la Vega.

4º. Se concede el Aspa roja al camarada Adrián Irusta.

5º. Se concede la Palma de plata, que deberá ostentar bordada en el banderín de la unidad superior que constituya, a la milicia provincial de Sevilla.

Madrid, 20 de octubre de 1935

El Jefe Nacional, José Antonio Primo de Rivera (rubricado)

Trascripción del libro de Sancho Dávila y Julián Pemartín: *Hacia la Historia de la Falange*, t. I, páginas 134-136.

SOBRE EL "ESTRAPERLO"

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 28 de octubre de 1935)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Creo, señores diputados, haber ganado el derecho a que sepáis que en ninguna de mis intervenciones hay, ni de lejos ni de cerca, una intención más o menos hostil contra el régimen ni contra sus partidos. Creo que esto está acreditado ya en dos años de vida parlamentaria y en muchas actuaciones extraparlamentarias. Si no tuviera esa seguridad, renunciaría a hablar en este momento, pero aunque no la tuviera, me parecería que tenía, como todos vosotros, el deber de levantarme aquí para decir: está terminándose esta discusión y no ha alcanzado su medida ni su volumen. La gente que nos mira desde fuera, quienes nos escuchan desde las tribunas, saben que esto no puede quedarse en una votación más o menos copiosa de los tres, de los cuatro o de los cinco extremos que nos propone la Comisión. Aquí hay, sencillamente –y sé que quizá por vez primera en mi actuación parlamentaria voy a suscitar un escándalo–, un caso de descalificación de un partido político. (*Rumores y protestas.*) Ni más ni menos: la descalificación de un partido político que es el partido republicano radical. (*Protestas en la minoría radical. El señor Rey Mora: "¿Por qué razón?" El señor Arrazola: "Yo pongo mi honorabilidad al lado de la de su señoría".*) Por la siguiente razón. (*Continúan los rumores.*) Estoy decidido hoy a no dimitir mi puesto de acusador, aunque me insultéis.

Hemos estado escuchando al señor Salazar Alonso. Todos conocemos al señor Salazar Alonso, y estamos todos, probablemente, inclinados a creer en su inocencia. El señor Salazar Alonso ha hecho una defensa torpísima; nos ha querido hacer creer que el gobernador de Guipúzcoa, que el subsecretario, todo el mundo, daba autorizaciones de juego sin que él, ministro de la Gobernación, se enterase. El señor Salazar Alonso, que tuvo en su despacho del Ministerio aquel juego, que ya no recuerdo cómo se llama, pero que consiste en un simulacro de ruleta; el señor Salazar Alonso no ha tenido siquiera el valor de negar de frente una sola de las imputaciones, sino que viene señalando defectos procesales en la tramitación, como si estuviéramos en un juicio verbal, y, sin embargo, debajo de toda esa debilidad de defensa resumaba como una especie de sinceridad, como una especie de verdad en la honradez íntima del señor Salazar Alonso. Pero quedaron en el ánimo de todos estas dos verdades: primera, que probablemente el señor Salazar Alonso no había obtenido el menor beneficio de todo este asunto; segunda, que el señor Salazar Alonso había faltado a las normas de una buena ética política en la tramitación de este asunto. ¿Qué hay para que el señor Salazar Alonso, que no ha recibido, si acaso, más que ese modesto regalo de un reloj, con el que no se soborna a ningún ministro de la Gobernación, accediese a estas maquinaciones en que entra el holandés a quien descalificáis, pero con el que habéis estado tratando cuatro meses, y el hijo adoptivo de don Alejandro Lerroux, y don Sigfrido Blasco, y todas esas personas? ¿Qué aparece aquí? Pues aparece, sencillamente, el reflejo de un clima moral que sólo existe en estos momentos en el partido radical de que formáis parte. (*Rumores y protestas en el partido radical.*) No, ahí, en estos bancos, en aquellos otros (*señalando a los de distintas minorías*) no hubieran estado cuatro meses unos cuantos indocumentados con unos diputados colocando al extranjero, en el ejercicio de una truhanería barata, el importe de un billete de coche–cama, el importe del almuerzo, el de una conversación telefónica; eso no ocurre en más partido que en el vuestro. (*Protestas.*) Yo sé que en vuestro partido hay personas honorables; pero esas personas honorables tienen que saltar como las ratas saltan del barco que naufraga, porque si no os hundiréis con el barco.

Además, señor ministro de la Guerra, y vosotros, los que os sentáis en esos bancos (*señalando a los de la minoría popular agraria*), con los que he contendido muchas veces, pero en los que tengo muy buenos amigos y en los que hay un instrumento de gobierno para España y, si queréis, para la República; vosotros y su señoría, señor ministro de la Guerra, que sabe cuán profundos son el afecto, el respeto y la admiración que le profeso, tenéis que pensar en esto: que ya ningún partido español podrá ir nunca en alianza electoral ni política con el partido radical, porque el partido radical está descalificado ante la opinión pública. Y no me vengáis con que las colectividades no delinquen; las colectividades sí delinquen: contra las colectividades se toman acuerdos de descalificación, se pronuncian condenas colectivas; y si no, coged el *Diario de Sesiones* número 122, del 15 de noviembre de 1934, y veréis cómo colectivamente, con vuestros votos, con la firma del señor Gil Robles en primer lugar, se impusieron sanciones colectivas al partido socialista, se pronunciaron

declaraciones de condena colectiva contra el partido socialista, se recomendó al Gobierno que disolviera las entidades socialistas y que se incautase de sus bienes. No me vayáis a decir que todos y cada uno de los socialistas delinquieron, ni que delinquieron las Casas del Pueblo, que no pueden delinquir porque son inmuebles; sin embargo, por un principio de justicia política y con vuestros votos. fuisteis vosotros los que propusisteis a la Cámara, y la Cámara acordó, que se extendiera al partido la responsabilidad de una actuación ilícita en sus miembros. Pues bien: cuando en un partido pueden manipular durante meses —sin que esto cause extrañeza, sin que esto pueda explicarse, sin que personas de probabilísima austeridad como el señor Salazar Alonso puedan sustraerse a la red— cosas como éstas, que nos avergüenzan y nos apestan, que encolerizan contra vosotros y, si no lo remediamos esta misma tarde, contra el Parlamento, a todo el pueblo español, ese partido, empezando por su jefe, que hace muy bien en alegar su vida política, porque la conocemos todos, tiene que desaparecer de la vida pública. (*Rumores.*)

AZAÑA

LA REVOLUCIÓN, OCASIÓN DE UN CÉSAR

Se ha dicho en otra parte recientemente (en la revista *Haz*, de nuestro S.E.U.) que la masa de un pueblo necesitado de revolución es incapaz de hacerla por sí misma. Se necesita la revolución cuando, al final de un proceso de decadencia, el pueblo ha perdido ya, o está a punto de perder, toda forma histórica. Pero una de las cosas en que esto se descubre es la incapacidad a que la masa ha llegado –más que por culpa suya por culpa de sus clases directoras– para percibir cuál es la forma verdadera y apetecible. Los momentos prerrevolucionarios suelen ser desesperados y turbios; la masa incluso siente la atracción del suicidio, alternada con tentaciones de complacencia satánica en el propio hundimiento. ¿No es característica de los periodos prerrevolucionarios la exhibición morbosa de todas las llagas colectivas por el mismo pueblo que las padece? En tal estado moral no puede la masa adivinar su forma futura, ni amarla por adelantado. La desesperación de la multitud puede, todo lo más, derribar lo existente y abrir el paso del estado prerrevolucionario al revolucionario. Es decir, deparar una *ocasión*. Si en tal ocasión no surge el hombre, la revolución está perdida. Tratará de seguir su curso la propia masa, u hombres indiferenciados de ella, y todo acabará en desastre, propicio a las fuerzas reaccionarias. He aquí por dónde la única manera de que la revolución se salve consiste en que encuentre lo que las masas no tardarán en llamar *un traidor*. Las masas, en su ingenua insolvencia, siempre consideran tibio lo que hacen sus jefes: siempre te consideran traicionadas. Es vano querer evitar esta reprobación de las masas cediendo más y más a sus gritos. Sólo los hombres de una especie se salvaron del castigo impuesto por las masas a los que creyeron traidores: aquellos que, sin preocuparse de ser fieles al perifollo de la revolución, supieron adivinar su sentido profundo y desenlazarla por caminos no sospechados por la masa. Paradójicamente, estos *traidores* a las masas son los únicos leales y eficaces servidores del destino del pueblo. Los charlatanes sanguinarios de la Convención estaban llamados a ser barridos por las fuerzas reaccionarias; Napoleón, cesáreo, consolidó por las armas y el poder personal la estructura de la Francia moderna.

Ninguna revolución produce resultados estables si no alumbró su César. Sólo él es, capaz de adivinar el curso histórico soterrado bajo el clamor efímero de la masa. La masa tal vez no lo entienda ni lo agradezca; pero sólo él la sirve.

EL PRESUNTO CÉSAR DE LA REPÚBLICA DE ABRIL

Hubo un momento –se ha dicho antes en estas columnas– en que pareció que el señor Azaña iba a ser el hombre de la República. Cuando se formó el Gobierno del 14 de abril, una de sus figuras menos conocidas por la multitud era la del ministro de la Guerra. A las demás se las conocía de sobra y –fuera, si acaso, de los socialistas– no parecían prometer mucho: llegaban al Gobierno con una vejez de estilo desconsoladora. Los Lerroux y los Albornoz atufaban a viejo republicanismo de club, más apolillado que los morriones de 1882. Y en cuanto al grupo intelectual y la juventud universitaria de la revolución, o se los había dejado en un semisilencio extraoficial o se los relegaba a puestos secundarios. El primer Gobierno de la República nació teñido de mediocridad, de charanga; era un anticipo muy estimable de los que hemos tenido después de 1933.

Pero de pronto surgió Azaña. Su aparición parecía el augurio de un cambio de estilo. Azaña no era popular: era un intelectual de minoría, un escritor selecto y desdeñoso, un dialéctico exigente, frío, exacto y original. Desde que había surgido ante las candilejas de la actuación pública resonante se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. Era, sin duda, un ejemplar político del mayor interés, un hombre llegado al primer puesto de mando casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia y que preparaba el instrumental para recortar un pueblo a su talante. Los viejos radicales y radical-socialistas no tenían nada que revelar; este ateneísta arisco y misterioso podía acaso realizar experiencias sorprendentes.

¿Cuál fue la causa del fracaso de Azaña? Es posible que se sobrepusiera quién sabe qué antiguo resentimiento individual a sus condiciones de político. Es posible que esas condiciones externas – y extraordinarias– de político se malograrán en la inutilidad por falta de un aliento fecundo. Azaña o la

infecundidad podría llamarse el ensayo que, sobre él se escribiera. Todo un juego complicado y preciso de palancas y ruedas dentadas..., pero sin motor. Azaña se entregó a una especie de esteticismo de la política que acabó por ser un esteticismo de la crueldad. Sus mejores obras, las que no fueron simples torpezas agresivas, fueron filigranas inútiles. Como con un sentido deportista de la historia, realizaba sus jugadas por el deleite de la jugada misma, no por el resultado; imitaba a esos campeones de la carrera a pie, por ejemplo, que no corren por la meta –donde no les espera nada–, sino por el recorrido. Su política fue, de esta suerte, una política monstruosa. Para lo que no podían percatarse del alambicamiento estético que encubría, era como una tortura diabólica e ininteligible. España pasó por las manos de su dictador como por las de un masajista asiático, entre fascinada y atormentada; el día que salió de su poder experimentó el alivio de quien vuelve al reposo.

EL HOMBRE DE LAS DOS OCASIONES

Si las derechas triunfantes en 1933 hubieran traído algún mensaje que comunicar a España, el César fracasado de la revolución de abril no hubiera vuelto a alzar la cabeza. Pero será inútil buscar precedentes de una torpeza mayor que la lucida por las derechas españolas. En vez de borrar la memoria del enemigo con la presencia real de una obra honda y fuerte, no han hecho otra cosa que mantener viva la memoria del enemigo en una constante campaña de difamación torpe y fea, y dormirse en una indolencia mortal, imperdonable en horas revolucionarias como las presentes. La política del segundo bienio (del bienio estúpido, como también se le ha llamado aquí) ha sido estérilmente conservadora de cuanto impide toda alegría hacia el futuro. Política híbrida; ni laica del todo, para no herir a los católicos, ni inspirada en sentido religioso, para no mortificar a los viejos tragacuras radicales; ni generosa en lo social, para respetar el egoísmo de los viejos caciques agrarios, ni desprovista de tal cual platónico declaración democrático–cristiana, a cargo del inquieto canonista señor Jiménez.

Y, claro, con todo esto, por contraste, la figura de Azaña, el de la gran ocasión perdida, empezaba a parecer mayor. Y para que creciese más, las derechas la inflaron con el ridículo asunto del alijo.

De modo que, excepcionalmente, *Azaña va a tener dos ocasiones decisivas en su vida*: una, la del primer bienio; otra, la de 1936. Algunos se quedarán estupefactos cuando lean este vaticinio; quienes lo vieron estampado aquí hace un semestre no tendrán motivo de estupor. Pero lo de menos es el asombro de los unos y resignación de los otros. Lo importante es esto: *Azaña está a la vista, si no lo impide algún suceso anormal, cada vez menos probable. ¿Qué pueden esperar los españoles de un retorno de Azaña?*

Con la voluntad de inquirirlo, hemos leído una y otra vez el discurso que pronunció en Madrid el 20 de octubre ante 250.000 personas.

ELEGANCIA Y ESTERILIDAD DE UN DISCURSO

El discurso tuvo una nota elegante: se pronunció ante una masa compuesta en nueve décimas de revolucionarios rojos, de proletarios extremistas. Azaña –esto es verdad– no les hizo concesión alguna; ni siquiera en el lenguaje. Su discurso, de intelectual, de estilista, se mantuvo de punta a punta en juego dialéctico refinado y sutil. La ironía tuvo en la pieza mucho más sitio que el apóstrofe. Ello quitó gran parte de calor al entusiasmo, según todos reconocieron. Pero la cosa era hartito previsible, y el no haberse rendido Azaña a la previsión resulta airoso de su parte.

Tampoco se le puede negar el acierto en una gran porción de la crítica contra el segundo bienio agonizante. Claro está que muchas de las cosas por las cuales atacó –el fomento de las luchas encarnizadas entre españoles, la persecución de gentes por sus ideas...– fueron superadas, con mucho, en abundancia y en crueldad por el propio orador. Esto disminuía su autoridad de crítico, a veces injusto y a veces –en esto sí– exagerado, hasta la populachería. Pero, con todo, sus censuras fueron, en parte, certeras.

Y con ello acaban las excelencias del discurso. Porque después, ¿qué gran camino señaló Azaña? ¿Cuál fue su encare con el momento histórico? He aquí lo que son ¡as cosas: cuando este temible

disolvente dialéctico formulaba su programa económicosocial, ¡ni un atisbo de solución revolucionaria asomaba a sus labios! Recargar los impuestos, quebrantar los grandes patrimonios... Bien, ¡y qué! ¿Y el sistema? ¿Prevalecerá el sistema capitalista? Entonces se repetirá lo del primer bienio: economía capitalista y aspavientos para atemorizarla; máquina capitalista y arena en sus cojinetes. Lo peor de todo: el desquiciamiento paralítico. ¡Lástima de 250.000 oyentes! ¡Cuántas y cuántas cosas sugestivas, revolucionarias y hacederas se les hubieran podido decir!

¿Y en lo nacional? Todo lo que vino a decir el señor Azaña fue deprimente: que España no tenía potencia para llegar a defenderse a si misma; que su único puesto internacional estaba en Ginebra. Agua fría sobre la ya tibia fe de los españoles en España.

Discurso, en resumen, penetrante y desconsolador como una autopsia. Y –sino político de Azaña– completamente estéril.

PRESAGIO

Azaña volverá a gobernar. Lo traerá a lomos, otra vez, con rugidos revolucionarios, aunque sea alrededor de las urnas, la masa que escuchaba su voz el 20 de octubre. Azaña volverá a tener en sus manos la ocasión cesárea de realizar, *aun contra los gritos de la masa*, el destino revolucionario que le habrá elegido dos veces. De nuevo España, ancha y virgen, atemorizada y esperanzada, le pondrá en ocasión de adueñarse de su secreto. *Sólo si lo encuentra tendrá un fuerte mensaje que gritar contra el rugido de las masas rojas que lo habrán encumbrado*. Pero Azaña no dará con el secreto: se entregará a la masa, que hará de él un guiñapo servil, o querrá oponerse a la masa sin la autoridad de una gran tarea, y entonces la masa lo arrollará y arrollará a España.

¿Pesimismo? No. De nosotros depende. De todos nosotros. Contra la anti España roja, sólo una gran empresa nacional puede vigorizarnos y unirnos. Una empresa nacional de todos los españoles. Si no la hallamos –¡que sí la hallaremos!, nosotros ya sabemos cuál es–, nos veremos todos perdidos. Incluso Azaña, que pasará al recuerdo de nuestros hijos con la maldición de quien destruyó dos ocasiones culminantes.

(*Arriba*, núm. 17, 31 de octubre de 1935)

EL "ESTRAPERLO"

ACCIÓN POPULAR

Todo este espectáculo presenta otro lado serio y triste. Acción Popular, o, mejor dicho, su jefe, el señor Gil Robles, que es casi lo único interesante de Acción Popular, toma la recta final del fracaso definitivo.

Otros se alegrarán al recoger este hecho. Nosotros, no. Nosotros hemos manifestado reiterada simpatía por el señor Gil Robles, en quien adivinamos, oprimida por influencias extrañas, una personalidad interesante y enérgica. Padece España demasiada penuria de hombres para que nadie pueda regocijarse con el desperdicio de un valor humano sobresaliente. Y el señor Gil Robles lleva el camino de ser un valor malogrado. Probablemente por esto: por no tener el tino y el valor de elegir el instante de la jugada definitiva. El señor Gil Robles es como esos delanteros de fútbol, extraordinariamente diestros en el avance y trenzado de pies, pero que nunca tiran *el shoot* de la victoria. Se ha dormido *driblando*. Se ha deleitado en esa táctica peligrosa de mezclarse con todo género de gentes. Y ahora, cuando la táctica profunda de los grandes destinos aconsejaría romper, no rompe. Hace mal; por mucho que esto dure, ¿qué va a durar? ¿Dos, tres meses? Y cuando caiga, ¿qué servicios va alegar el señor Gil Robles ante la masa que le votó o qué nuevas esperanzas va a alimentar? En dos años estériles ha sacrificado el egoísmo conservador de los llamados "agrarios" todo el contenido social del programa populista; ha sacrificado a la paz con los radicales todo el contenido religioso; no ha hecho nada visible en un sentido fuertemente nacional. ¿Qué podrá alegar el señor Gil Robles para solicitar un nuevo crédito? ¡Ah! Pudo haber ganado en un minuto la mejor de las banderas: la de la decencia pública. Pudo derribar con estrépito el barracón donde Strauss halló manera de vivir a sus anchas. Entonces Gil Robles hubiera gritado ante la opinión: "Vedlo: lo he arriesgado todo –predominio parlamentario, participación gubernamental– por el decoro de la política española". Le ha faltado corazón en el momento definitivo, y ha preferido ser "hábil", lo cual, en las grandes ocasiones de la política, suele ser suprema inhabilidad.

LA SESIÓN DEL LUNES

Faltó poco para que la sesión del lunes transcurriese como una fría comedia procesal, sin que nadie proclamase a los vientos su verdadero sentido. El señor Fuentes Pila hizo, sí, una acusación certera y vehemente; el señor Arranz, presidente de la Comisión, no estuvo ameno, pero sí intencionado y eficaz en el análisis de las diligencias instruidas. Sin embargo, de la interpretación del asunto straussiano, de esa interpretación que andaba por las calles en todas las bocas, nadie llevaba camino de hablar. Se dio cuenta el viejo zorro del señor Lerroux y quiso cerrar el debate con un discurso sentencioso y pacificador, como si bastaran cuatro palabras para echar pelillos a la mar y dar por concluida la menudencia. Inmediatamente se iba a dar por concluido el debate de totalidad. Pero en este momento pidió la palabra José Antonio Primo de Rivera. La "gran Prensa" –salvo alguna honrosa excepción, y sin la excepción de cierto "gran periódico", órgano del patriotismo oficial, donde no se sabe por qué son más frecuentes que en parte alguna estas trapacerías– ha callado el efecto enorme que se produjo al levantarse a hablar nuestro jefe y el que dejaron sus palabras. La cara, ya triunfante, del señor Lerroux enrojeció congestivamente, y la minoría radical, ante la crudeza del ataque, cedió en los primeros alborotos y quedó muda y desconcertada. He aquí, tomadas del *Diario de Sesiones*, las palabras de Primo de Rivera:

"Está terminándose esta discusión y no ha alcanzado su medida ni su volumen. La gente que nos mira desde fuera, quienes nos escuchan desde las tribunas, saben que esto no puede quedarse en una votación, más o menos copiosa, de los tres, de los cuatro o de los cinco extremos que nos propone la Comisión. Aquí hay sencillamente –y sé que quizá por vez primera en mi actuación parlamentaria voy a suscitar un escándalo–, hay un caso de descalificación de un partido político. (*Rumores y protestas.*) Ni más ni menos: de descalificación de un partido político, que es el partido republicano radical. (*Protestas en la minoría radical.*)

"Por la siguiente razón. (*Continúan los rumores.*) Estoy decidido hoy a no dimitir mi puesto de acusador, aunque me insultéis.

"Hemos estado escuchando al señor Salazar Alonso. Todos conocemos al señor Salazar Alonso, y estamos todos, probablemente, inclinados a creer en su inocencia. El señor Salazar Alonso ha hecho una defensa torpísima; nos ha querido hacer creer que el gobernador de Guipúzcoa, que el subsecretario, todo el mundo, daba autorizaciones de juego sin que el ministro de la Gobernación se enterase. El señor Salazar Alonso, que tuvo en el despacho del Ministerio aquel juego, que ya no recuerdo cómo se llama, pero que consiste en un simulacro de ruleta; el señor Salazar Alonso no ha tenido ni siquiera el valor de negar de frente una sola de las imputaciones, sino que viene señalando defectos procesales en la tramitación, como si estuviésemos en un juicio verbal. Y, sin embargo, debajo de toda esta debilidad de defensa rezumaba como una especie de sinceridad, como una especie de verdad en la honradez íntima del señor Salazar Alonso. Pero quedaron en el ánimo de todos estas dos conclusiones: primera, que probablemente el señor Salazar Alonso no había obtenido el menor beneficio de todo este asunto; segunda, que el señor Salazar Alonso había faltado a las normas de una buena ética política en la tramitación de este asunto. ¿Qué hay para que el señor Salazar Alonso, que no ha recibido, si acaso, más que ese modesto regalo de un reloj, con el que no se soborna a ningún ministro de la Gobernación, accediera a todas estas maquinaciones en que entra el holandés a quien descalificáis, pero con el que habéis estado tratando cuatro meses, y el hijo adoptivo de don Alejandro Lerroux, y don Sigfrido Blasco, y todas estas personas? ¿Qué aparece aquí? Pues aparece sencillamente el reflejo de un clima moral que sólo existe, en estos momentos, en el partido radical de que formáis parte. (*Rumores y protestas en el partido radical.*) No ahí, en estos bancos, en aquellos otros (*Señalando a los de las distintas minorías*) no hubieran estado cuatro meses unos cuantos indocumentados con unos diputados colocando al extranjero, en el ejercicio de una truhanería barata, el importe de un billete de coche-cama, el importe del almuerzo, el de una conversación telefónica: eso no ocurre en más partido que en el vuestro. (*Protestas en los radicales.*) Yo sé que en vuestro partido hay personas honorables; pero esas personas honorables tienen que saltar como las ratas saltan del barco que naufraga, porque si no se hundirán con el barco.

"Además, señor ministro de la Guerra, y vosotros, los que os sentáis en esos bancos (*Señalando a los de la minoría popular agraria*), con los que he contendido muchas veces, pero entre los que tengo muy buenos amigos y en los que hay un instrumento de gobierno para España y, si queréis, para la República; vosotros y su señoría, señor ministro de la Guerra, que sabe cuán profundos son el afecto, el respeto y la admiración que le profeso, tenéis que pensar en esto: que ya ningún partido, español podrá ir en alianza electoral ni política con el partido radical, porque el partido radical está descalificado ante la opinión pública. Y no me vengáis con que las colectividades no delinquen; las colectividades sí delinquen; contra las colectividades se toman acuerdos de descalificación, se pronuncian, condenas colectivas; y si no, coged el *Diario de Sesiones* número 122, del 15 de noviembre de 1934, y veréis cómo colectivamente, con vuestros votos, con la firma del señor Gil Robles en primer lugar, se impusieron sanciones colectivas al partido socialista, se pronunciaron declaraciones de condena colectiva contra el partido socialista, se recomendó al Gobierno que disolviera las entidades socialistas y que se incautase de sus bienes. No me vayáis a decir que todos y cada uno de los socialistas delinquieron, ni que delinquieron las Casas del Pueblo, que no pueden delinquir porque son inmuebles; sin embargo, por un principio de justicia política y con vuestros votos, fuisteis vosotros los que propusisteis a la Cámara, y la Cámara lo acordó, que se extendiera al partido la responsabilidad de una actuación ilícita de sus miembros. Pues bien: cuando en un partido pueden manipular durante meses —sin que esto cause extrañeza, sin que esto pueda explicarse, sin que personas de probabilísima autoridad como el señor Salazar Alonso puedan sustraerse a la red— cosas como éstas, que nos avergüenzan y nos apestan, que encolerizan contra vosotros y, si no lo remediamos esta misma tarde, contra el Parlamento, a todo el pueblo español, ese partido, empezando por su jefe, que hace muy bien en alegar su vida política porque la conocemos todos, tiene que desaparecer de la vida pública." (*Rumores.*)

(*Arriba*, núm. 17, 31 de octubre de 1935)

POR NUESTRO DIARIO

CAMARADAS:

Nuestro más turbio enemigo se agazapa entre los bastidores de la Prensa capitalista.

De esa Prensa que aspira a llamarse *nacional* y que no ha tenido una palabra de elogio para nuestros hermanos de milicia muertos por España en la revolución de octubre.

Ni para los que llevaron partes de guerra, bajo las balas, de pueblo a pueblo, del grueso a la vanguardia, de la playa al crucero.

Pero, en cambio, lanzan a los cuatro vientos, con rencorosa complacencia, la más leve agresión a uno de los nuestros, la clausura de cualquiera de nuestras casas, todo lo que pueda representar para nosotros humillación o contrariedad.

Nuestra voz no puede seguir condicionada por la benevolencia tacaña de la Prensa capitalista.

Necesitamos un diario. Y lo merecéis vosotros, camaradas magníficos, dignos de que esta España sorda conozca y agradezca vuestro heroísmo.

Necesitamos un diario. ¡Y lo tendremos!

Desde hoy, todos quedamos adscritos a la tarea de procurar fondos para el diario. Cada uno de nosotros se transformará en altavoz y multiplicará por diez su actividad para que no haya rincón de España adonde el anuncio de nuestro diario no llegue.

Todos los días, en todas partes, de una manera pertinaz y entusiasta, hablad de nuestro diario.

A toda persona que conozcáis persuadidla –con la vehemencia del que anima a una cruzada– de que adquiera acciones para el diario, a cincuenta pesetas cada una.

Al que no pueda adquirir acciones, convencedle de que se suscriba por un trimestre, al precio de once pesetas con veinticinco.

Tan pronto alguno acceda a lo uno o lo otro, dad su nombre a vuestro jefe local, para que, sin pérdida de tiempo, le cobre la cantidad ofrecida y la remita a la administración de *Arriba*, apartado 546, Madrid, con nota del nombre y domicilio del accionista o suscriptor.

A los suscriptores convencedlos de que paguen el trimestre por adelantado, porque su dinero es indispensable para empezar. El periódico se les servirá durante tres meses, a partir del primer número.

El militante de cada J.O.N.S. que cada semana haya procurado más dinero al diario será inscrito en el cuadro de honor local, donde permanecerá hasta que otro le supere. La escuadra que en cada provincia procure más dinero al diario cada semana tendrá derecho a usar un banderín, que esta Jefatura Nacional enviará a las provinciales, y a conservarlo hasta que otra escuadra la supere.

En Arriba se dará noticia cada semana de las organizaciones provinciales que se distingan en esta campaña por nuestro diario.

¡Camaradas! ¡Todos desde ahora en campaña hasta que logremos el periódico de la Falange!

1 de octubre de 1935. – José Antonio Primo de Rivera.

(*Arriba*, núm. 17, 31 de octubre de 1935)

HOJAS DE LA FALANGE

LABRADORES

Se os ha engañado tanto con palabras más o menos bellas, que ya casi da vergüenza acercarse a vosotros con nuevas palabras. Hay tantos *agrarios* por ahí vueltos de espaldas a vuestra angustia, que tenéis razón para desconfiar de todo el que viene a recordároslo. Estáis hartos de política. Pero todo el asco que se os ha metido en el alma no impide que sigáis en vuestro puesto, callados y sufridos, bajo la helada y bajo el sol, siendo el soporte económico de España y la guarda duradera y profunda de sus esencias espirituales.

Mientras vosotros os extenuáis, acaso, para sacar tres o cuatro semillas por una, el prestamista descansa en la seguridad de que vuestro sudor le asegura los réditos; el especulador sabe que tendréis que venderle la cosecha a cualquier precio para que no se pudra en las trojes; el cacique cuenta con vuestra esclavitud para especular en política, y el político os adormece con promesas para encaramarse sobre vuestras espaldas. *Pero ninguno de esos quiere vuestra salvación, porque su medro depende de que sigáis siglos y siglos como ahora.* Ninguno de ellos quiere la *revolución agraria* que España necesita.

Lo primero que hace falta es dotar al campo de mayores recursos económicos. El campo sostiene a la ciudad. Pero la ciudad, en vez de devolver al campo la mayor parte de lo que ésta produce, lo absorbe en el sostenimiento de la vida urbana. La ciudad presta al campo ciertos servicios intelectuales y comerciales, pero se los cobra demasiado caros. Así resulta que lo que vuelve de dinero al campo, aunque se venden las cosechas, es apenas suficiente para dar de comer a quienes las recogieron, y, desde luego, insuficiente para emprender nuevas labores. Así resulta que casi todo el campo español recibe un cultivo defectuoso, produce escaso y caro y coloca cada año a los labradores en la misma congoja cuando llega el instante de vender la cosecha.

Un Estado que se interesase de veras por el labrador para algo más que para pedirle los votos, ya hubiera asegurado a los productos del campo un cultivo adecuado y un precio remunerador con medidas como las siguientes:

Organización de un verdadero crédito agrícola, que prestara al labrador dinero con facilidades y bajísimo interés sobre la garantía de sus cosechas y le redimiera de este modo de la usura y el caciquismo. Si el Estado obligara a la Banca –que se enriquece con los millones ajenos– a dar dinero al contado sobre el valor de las cosechas con un interés bajísimo, ni los labradores se quedarían con las cosechas sin vender, ni tendrían que venderlas a cualquier precio a los especuladores, ni los diputados y ministros tendrían que gastar más tiempo en palabras inútiles, convertidos en una nueva plaga del campo.

Difusión de la enseñanza agrícola y pecuaria, llevándola hasta el mismo campesino para orientarle y aumentar su capacidad técnica.

Ordenación de las tierras, para evitar que los labradores se arruinen dedicando sus tierras a cultivos absurdos, cuando quizá, bien dirigidos, podrían obtener de estas mismas tierras productos remuneradores.

Protección arancelaria enérgica de los productos del campo, sacrificados muchas veces a la defensa de industrias artificiales e inútiles.

Aceleración de las obras hidráulicas, llamadas a fertilizar tantas tierras sedientas.

PERO NO BASTA

Pero no basta con estas medidas. – Hay que llevar a cabo, a fondo, la verdadera *revolución nacional agraria*. Todavía, pese a las *reformas agrarias* que se hicieron pasar ante vuestros ojos, hay muchísima gente en España que vive del campo sin trabajar, que vive de las rentas del campo sin

contribuir en *nada* a que el campo produzca: cobrando la renta como quien cobra un impuesto. Hay, por otro lado, muchísima gente que se ve obligada a labrar durante años, a falta de otra cosa, un terruño seco que apenas le da para sostener su hambre. Y muchísimas tierras que por su mala distribución, por mal cultivo o por avaricia de sus dueños, sostienen a mucha menos gente de la que podrían sostener.

Hay que acabar con eso. Pese a quien pese, sobre la tierra de España tiene que vivir el pueblo español. Y no sobre *toda* la tierra de España, porque una grandísima parte de ella es inhabitable e incultivable. *Es una burla* para el campesino elevarle a propietario de un trozo de tierra pedregosa y estéril. No: donde hay que instalar al pueblo labrador de España es sobre las tierras buenas, sobre las que hoy existen y sobre las que se pueden fertilizar con los *riegos*. *España tiene tierras suficientes para mantener a todos los españoles y a quince millones más*. Sólo faltan hombres enérgicos que lleven a cabo la bella y magnífica revolución agraria: el traslado de masas enteras, hambrientas de siglos, agotadas en arañar tierras míseras, a los anchos campos feraces.

Para esto habrá que sacrificar unas cuantas familias. No de grandes labradores, sino de capitalistas del campo, de rentistas del campo; es decir, de gente que, sin riesgo ni esfuerzo, saca cantidades enormes por alquilar sus tierras al labrador. No importa. Se las sacrificará. El pueblo español tiene que vivir. *Y no tiene dinero para comprar todas las tierras que necesita*. El Estado no puede ni debe sacar de ningún sitio, si no es arruinándose, el dinero preciso para comprar las tierras en que instalar al pueblo. Hay que hacer la reforma agraria *revolucionariamente*; es decir, imponiendo a los que tienen grandes tierras el sacrificio de entregar a los campesinos la parte que les haga falta. Las reformas agrarias como la que rige ahora, a base de pagar a los dueños el precio entero de sus tierras, *son una befa* para los labradores. Habrán pasado doscientos años y la reforma agraria estará por hacer.

TODO DEPENDE DE VOSOTROS

Todo depende de vosotros, labradores. De que sacudáis de una vez vuestra fe en políticos, en charlatanes y en panaceas llegadas del Parlamento de Madrid. F. E. de las J. O. N. S., que es la que os dirige estas palabras, no pide votos ni ofrece milagros: os conmina a que os unáis en sindicatos fuertes, defensores directos de vuestros intereses, sin la mediación de los políticos. Formad sindicatos fuertes que reclamen la revolución agraria que hará la Falange, sin contemplaciones, cuando gobierne. Levantar la vida del campo es levantar la vida de España. Nuestra patria espera el instante de un gran resurgimiento campesino, que será la señal de su nueva grandeza. El campo libre y rico nos deparará una España unida, grande y libre. ¡Arriba España!

(Arriba, núm. 18, 7 de noviembre de 1935)

JUVENTUDES A LA INTEMPERIE

IZQUIERDA

Nosotros –dicen los jóvenes de la izquierda– creíamos en el 14 de abril. ¿Qué era el 14 de abril? ¿Un programa? No; mal podía brotar un programa del conglomerado heterogéneo que triunfó entonces. Lo que nos unió a todos en 1931 fue, más que un programa, una actitud de espíritu. Sentimos como si nos diera en la frente aire fresco de amanecer. Como si saliéramos de una mazmorra triste. Todos nos hallábamos como recién bañados y ligeros. El recuerdo de una decadencia secular, sólo a relámpagos interrumpida, nos abrumaba. Despertábamos de una pesadilla angustiosa; pérdida del imperio colonial, incultura, patriotería, mediocridad, pereza... Ya era otro día: un día transparente, como las palabras del manifiesto de Ortega y Gasset.

En aquella mañana de abril no había socialistas ni liberales, obreros ni burgueses. Todos éramos unos: masa esperanzada y propicia a que nos modelaran nuestros mejores. ¿Qué pasaba para que nos hubiéramos confundido en una emoción sola gentes enardecidas durante años por afanes distintos?

* * *

Había pasado esto, sencillamente: como siempre que se alcanza un alto, grado de temperatura espiritual, se había volatilizado la vegetación de todos los programas, habían ardido las ilusiones concretas, y saltaba al aire, más fuerte que cualquier deformación, la vena caliente y soterrada que todos llevábamos dentro, quizá sin advertirlo. Una vez más resplandecía la calidad religiosa, misteriosa, de los grandes momentos populares: no se creía en esto ni en aquello, en éste ni en aquél; se creía en el instante gozoso recién venido. El pueblo no confiaba ya en la virtud de tal o cual programa, sino en la inexpresada certidumbre de que había alcanzado una milagrosa capacidad de adivinación. Las discrepancias entre unos y otros, que hasta la víspera semejabán montañas, desaparecían. Se dijera que, sin saber cómo, habíamos aprendido a volar y que, desde lo alto del vuelo, todo era pequeñez.

Si el 14 de abril no hubiera habido más que los programas y los hombres conocidos, poco se hubiera podido esperar de él. Lo importante era otra cosa, *la alegría del 14 de abril*, que, con ser de expresión tan imprecisa, ocultaba mas profunda precisión que todos los programas; ésta: la aspiración ferviente hacia el recobro de la unidad espiritual de España sobre nuevas bases de existencia física popular. Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset.

* * *

Pero antes dijo –y nosotros con él–: "No es esto, no es esto". Se pensará que los que habíamos encumbrado como nuestros mejores no habían entendido nada de la alegría popular. Sordos al llamamiento profundo del instante, se entregaron a la sustanciación de sus pequeñas querellas. Por falta de grandeza malograron la casi unanimidad lograda.

Nos encizañaron a los unos contra los otros. Nos depararon una República "agria y triste". Y lo que es peor: empezaron a retribuir servicios parlamentarios con trozos de España: dieron a Cataluña un Estatuto que era un estímulo a la secesión; cimentaron en la ley fundamental la incitación a obtener análogos Estatutos. Hubo un prurito de mortificación. Se debilitó la defensa nacional. Se orientó la política exterior en sentido servil. En conjunto, se hizo todo lo contrario de lo preciso para conservar y alimentar aquella fe en el recobro de un espíritu colectivo.

* * *

Y en vez de haber tendido a mejorar la suerte del pueblo con una política generosa, se le irritó con propagandas agresivas, y luego se le dejó sin nada: hambriento como antes y más rabioso. Un marxismo crudo y hostil impidió que lo nacional y lo social se armonizaran. La política social adquirió en muchos puntos aire de insolencia, de altanería de vencedores. Los niños, en las escuelas,

empezaron a levantar el puño, y los obreros socialistas, a mirar por la calle con altivez de quienes si toleran la vida al resto de los mortales es por pura condescendencia. Un aire ruso, asiático, opresor, oreaba todo aquello. Empezaba a barruntarse la dictadura del proletariado. Y eso, no –concluyen los jóvenes de izquierda–; no era eso lo que queríamos. Nos propusimos edificar una República ancha y limpia. Con lo que ha venido no nos hallamos en nuestra casa.

DERECHA

Nosotros –dicen los jóvenes de derecha– salimos a la calle con el alma llena de justa cólera española contra la política irreligiosa, rencorosa, antinacional, del primer bienio. Nos humillaba la posición internacional de España, nos dolía en lo más hondo el galope emprendido hacia la desmembración, nos ofendía la insolencia de los triunfadores. Algunos de nosotros, en una ocasión equivocada y heroica, entregaron su vida en la calle alzados contra el Gobierno del Estatuto. Otros, sin ir más lejos, arrojaron las vicisitudes de una propaganda peligrosa. Recorrimos España de punta a punta, predicamos como una cruzada; sacamos de sus casas a muchedumbres retraídas, y en noviembre de 1933 se nos dijo que habíamos vencido.

¿Vencimos de veras? Es decir: ¿venció el destino nacional al que pensábamos servir? Porque esto es lo que importa: si nosotros aspirásemos a sustituir a las izquierdas en el abuso del Poder, seríamos tan responsables como ellas. Nosotros –los mejores de nosotros– no fuimos a la lucha electoral con ánimo de desquite, sino de servicio; no quisimos ganar las elecciones para nosotros, sino para España.

Hoy, aunque nos duela, hemos de confesar que nuestro esfuerzo fue baldío. Hasta octubre de 1934 no se hizo nada. Nuestros jefes decían que forzar las etapas era imprudente. En octubre de 1934 estalló la rebelión separatista y marxista. Nadie, en aquellas horas, regateó su esfuerzo: ni los cuadros armados de España, que se multiplicaron hasta el heroísmo; ni las escuadras de la Falange, que compartieron con las fuerzas armadas peligros y lutos; ni nosotros mismos, jóvenes de derechas, que cooperamos abnegadamente en funciones auxiliares. Alguien dijo, y así lo entendimos todos, que aquella fecha del 7 de octubre era el instante inaugural de un periodo fecundo. El triunfo sobre el primer intento armado de rebelión de la Generalidad tenía sustancia histórica para medio siglo. Nunca pensamos que sea desperdiciara.

Pero se desperdició. La *táctica* siguió recomendando soluciones tibias y trámites lentos. El desenlace brillante, tajante, de la intentona, fue sustituido por un inacabable laberinto de dilaciones y regateos. Todavía, pasado un año largo, asistimos a lo que se llama la *liquidación de los sucesos de octubre*. El Estatuto se va devolviendo a pedazos, sin garantías para la conservación de la unidad nacional. Y en cuanto al socialismo, en vez de desmontarlo y sustituirlo, se le irrita por un lado y se deja que lo alienten por otro.

¿Es ésta la política nacional que nosotros soñamos? ¿Vive España una existencia fuerte, caldeada por un espíritu nacional? No. Las derechas no han sacado del triunfo sino consecuencias egoístas, conservadoras: han derogado la ley de Reforma agraria, que era mala, no para sustituirla por una buena, sino para reemplazarla por un sarcástico simulacro que no dará tierras a los campesinos españoles en menos de dos siglos; asisten sin congoja al renacimiento de los jornales de hambre; dedican al problema del paro poco más que palabrería... En una palabra: se cruzan de brazos ante la pervivencia de un tono de vida triste, miserable, antihigiénico, bronco y desesperanzado.

Mala era la insolencia izquierdista de las Constituyentes, pero tampoco el señoritismo de estas Cortes, las risotadas torpes de la actual mayoría ante la viva angustia de España son lo que nosotros apetecíamos. Nosotros, los jóvenes, los que nos movemos por impulsos espirituales, libres del egoísmo zafio de los viejos caciques; nosotros aspirábamos a una España grande y justa, ordenada y creyente. No es esto, no es esto.

MISIÓN

Así, más o menos, dicen su desencanto dos grandes alas de nuestra generación española. Tristes han ido desertando de los tenderetes donde creyeron encontrar asilo, y, hoy se quejan y desconfían a la intemperie.

Y es que ni los jóvenes de izquierda eran de izquierda, ni los de derecha eran de derecha. Quiere decirse, claro está, los dotados de sensibilidad suficiente para percibir su tragedia interior; otros tienen desde que nacen almas de viejos corrompidos. Los muchachos de izquierda y de derecha que hoy se sienten a la intemperie no tenían, en el fondo del alma, vocación parcial, partidista: llevaban dentro la imagen imprecisa de una España entera, completa, armoniosa. Como protesta contra la inarmonía de lo que presentaba la realidad, se alistaban en cada ocasión en el bando opuesto, que, por contraste, se les antojaba salvador. Como los enamorados, identificaban su propio afán con la realidad del ser querido: dotaban a éste, fuera como fuera, de gracias y virtudes imaginadas. Pero los partidos de izquierda y de derecha eran bien diferentes a aquellas imágenes. Eran partidos tuerfos, incapaces de ver por entero la armonía española y de amarla. Ansiaban concepciones incompletas, monstruosas, banderizas servidas por un vocabulario de humo. Invocaban el nombre de España para arropar, cuando menos, una miseria intelectual. No han traicionado a las juventudes; las ha traicionado la fe que ellas pusieron en que aquellos partidos tuerfos pudieran entender la gran aspiración española. Los partidos han dado de sí lo que su propia naturaleza prometía.

¿A qué aguardan ahora las juventudes a la intemperie? ¿Renunciarán a toda esperanza? ¿Se retraerán a torres de marfil? ¿Aguardarán a confiar de nuevo en voces partidistas que otra vez las seduzcan para desencantarlas? Si esto hiciera nuestra generación, se recordaría como una de las más cobardes y estériles. Su misión es otra, y bien clara: *llevar a cabo por sí misma la edificación de la España entera, armoniosa; por sí misma, por la juventud misma que la siente y entiende, sin intermediarios ni administradores.* Esta generación, depurada por el peligro y el desengaño, puede buscar en sus propias reservas espirituales acervos de abnegada austeridad. Cuando se ha aprendido a sufrir, se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo. Queremos ganar a España para servirla. Arrojados a la intemperie por las tribus acampadas bajo los sombreros de los partidos, queremos levantar el nuevo refugio fuerte, claro y alegre en cuyas estancias se identifiquen servicio y honor.

(Arriba, núm. 18, 7 de noviembre de 1935)

LOS MUERTOS DE LA FALANGE EN EL PARLAMENTO

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 8 de noviembre de 1935)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Señores diputados, escuetamente: en la noche de anteayer a ayer han sido asesinados en Sevilla dos muchachos de la Falange. Se llamaban Eduardo Rivas y Jerónimo de la Rosa. ¿Señoritos fascistas? El uno, un modesto pintor; el otro, un humilde estudiante y empleado de ferrocarriles. ¿Se alistaron en la Falange por defender al capitalismo? ¡Qué tenían que ver ellos con el capitalismo! Si acaso padecerían alguno de sus defectos. Se alistaron en la Falange porque se dieron cuenta de que el mundo entero está en crisis espiritual, de que se ha roto la armonía entre el destino de los hombres y el destino de las colectividades. Ellos dos no eran anarquistas; no estaban conformes en que se sacrificase el destino de la colectividad al destino del individuo; no eran partidarios de ninguna forma de Estado absorbente y total; por eso no querían que desapareciese el destino individual en el destino colectivo. Creyeron que el modo de recobrar la armonía entre los individuos y las colectividades era este conjunto de lo sindical y lo nacional que se defiende, contra mentiras, contra deformaciones, contra sorderas, en el ideario de la Falange. Y se alistaron a la Falange, y salieron hace dos noches a pegar por Sevilla los anuncios de un periódico permitido. Y cuando estaban pegando los anuncios en la pared fueron cazados a mansalva; uno quedó muerto sobre la acera, y el otro murió en el hospital pocas horas después.

Ya comprenderéis que no vengo a formular una "enérgica protesta", como es uso parlamentario; vengo a formular una acusación. En las calles de Sevilla se están sustanciando a tiros las cuestiones entre los bandos políticos desde hace más de un año. La Falange tiene el orgullo de decir que ni una sola vez ha iniciado las agresiones. La Falange puede decir que ni una sola vez se le ha probado una agresión. Muere un día un obrero alistado a la Falange; la ciudad entera señala como inductor del asesinato al partido comunista; no se cierra un solo Centro comunista, no se impone una sola sanción a ningún comunista conocido, no ocurre nada. A veces, los Tribunales logran hacer justicia; otras veces no lo logran. Pero a los pocos días, cuando ya van dos o tres agresiones contra los de la Falange, reciben unos tiros unos cuantos comunistas en la puerta de su Centro. (El señor Bolívar: *"Fueron asesinados". –Fuerzas protestas.*) Sin más averiguaciones, el gobernador de Sevilla encarcela, no a los que presume autores –presunción que ante los tribunales se ha destruido–, sino a quince de los dirigentes de la Falange, e impone a cada uno 5.000 pesetas de multa y acuerda la clausura de todos los Centros de la provincia. Era tan injusta la multa, que el señor ministro de la Gobernación, a la sazón don Manuel Portela Valladares, sólo por una conversación mantenida conmigo revocó la multa de todos y mandó ponerlos en libertad.

Pero, en cambio, vuelve ahora a caer muerto uno, y a las pocas horas otro, de los afiliados a la Falange. Parece que la imputación de represalia es bien clara; sin embargo, no se cierran los Centros comunistas, no se detiene a un solo comunista, no se impone una multa a ningún comunista. Es decir, que este gobernador de Sevilla, incapaz de garantizar por sí mismo la seguridad de la vida de los ciudadanos, ni siquiera tiene la que sería un poco salvaje gallardía de dejarlos que sustancien sus cuestiones por igual, sino que se dedica a hacer que un bando tenga que estar inerme, a hacer que un bando no tenga siquiera sitios de reunión donde poder ponerse de acuerdo unos cuantos para pegar carteles por las calles, y, en cambio, tiene todas las benevolencias para el otro.

Esto, que sería en cualquier caso una dejación irritante de autoridad, que sería en cualquier caso una complicidad criminal con uno de los bandos, y cabalmente con el bando que ha iniciado las agresiones siempre, se agrava mucho más, señor ministro de la Gobernación y señores diputados todos –no sé, si acaso, con la excepción del señor Bolívar–, en las circunstancias presentes. En España se está agitando, cada vez más violento, un estado revolucionario terriblemente amenazador para los tradicionalistas y para vosotros, para los liberales burgueses, para los republicanos de izquierda.

Aquí tengo, señor ministro de la Gobernación, una publicación no clandestina. Es un libro que se llama *Octubre*, y que he podido comprar pagando su precio. Al respaldo pone la imprenta donde se imprime; a la vuelta de la primera página dice la editorial que lo produce, y por si faltase algo, no más

que frente a la declaración previa, se afirma que es un libro de acuerdos y de actitudes de la Juventud socialista, y que con tono oficial lo publica su presidente, nuestro compañero de Parlamento don Carlos Hernández Zancajo. En este libro, que no es una publicación clandestina, en la página 160 se estampan las conclusiones de la Federación de Juventudes socialistas. Quisiera que el señor presidente me permitiese leer tres o cuatro renglones, no más de una docena de renglones, en todo caso.

Las conclusiones de las Juventudes socialistas son éstas: "Por la bolchevización del partido socialista. Expulsión del reformismo. Eliminación del centrismo de los puestos de dirección. Abandono de la II Internacional. Por la transformación de la estructura del partido —escuchad esto— en un sentido centralista y con un aparato ilegal". Esto no se dice en una publicación clandestina; se formula el propósito de crear un aparato ilegal por una asociación reconocida en un libro que todos podéis comprar por tres pesetas. "Por la unificación política del proletariado español en el partido socialista. Por la propaganda antimilitarista. Por la unificación del movimiento sindical. Por la derrota de la burguesía —en la que entráis vosotros— y el triunfo de la revolución bajo la forma de la dictadura proletaria".. A ver si vosotros, los republicanos de izquierda, estáis dispuestos a preferir esta o la otra dictadura. (*Un señor diputado: "Ninguna".*) Pues por eso os lo digo. "Por la reconstrucción del movimiento obrero nacional sobre la base de la revolución rusa." Y luego este párrafo: "Las Juventudes socialistas consideran como jefe e iniciador de este resurgimiento revolucionario al camarada Largo Caballero, hoy víctima de la reacción, que ve en él su enemigo, más firme".

Este es el tono del movimiento revolucionario que se prepara; esto es lo que se agita cada vez más áspero, cada vez más hostil, cada vez más seco, bajo estas coaliciones, más o menos probables, de los socialistas como los republicanos de izquierda, esto: una dictadura de tipo asiático, ruso, sin el menor resto de aquella emoción sentimental que alentó en sus principios a los movimientos obreros. Esto es lo que se está preparando en España; esto es lo que está rugiendo bajo la indiferencia de España (*Muy bien*), y en muchas provincias de España donde no hay censura, y en otras donde la hay, se publican periódicos comunistas y casi todos los domingos se celebran mítines de propaganda comunista, donde hay puños en alto.

Ante todo esto, todos vosotros estáis distraídos, y, perdoneme el señor n—finistro de la Gobernación, la censura cree que cumple con su deber, o el Gobierno delega su deber en la censura, haciéndole que tache noticias como esta del asesinato de mis dos magníficos camaradas de Sevilla, que sería muestra para impresionarnos a todos, para avisaros a todos de lo que a todos se os va a venir encima. Por eso no reclamo para estos dos camaradas caídos el simple respeto que reclamaría ante cualquier ciudadano, por próximo que me fuera, si hubiera sido asesinado en la calle; reclamo vuestra gratitud y vuestra admiración, porque en medio de la distracción criminal de casi todos, están hombres humildes en la primera línea de fuego cayendo uno tras otro, muriendo uno tras otro, para defender a esta España que acaso no merece su sacrificio. (*Aplausos.*)

DERECHO Y POLÍTICA

(Extracto de la conferencia pronunciada por José Antonio Primo de Rivera en la inauguración del curso del Sindicato Español Universitario, el día 11 de noviembre de 1935)

Ha hecho muy bien el S.E.U. en organizar este curso que hoy se inaugura. España necesita con urgencia una elevación en la media intelectual: estudiar es ya servir a España. Pero entonces, nos dirá alguno, ¿por qué introducís la política en la Universidad? Por dos razones: la primera, porque nadie, por mucho que se especialice en una tarea, puede sustraerse al afán común de la política; segunda, porque el hablar sinceramente de política es evitar el pecado de los que, encubriéndose en un apoliticismo hipócrita, introducen la política de contrabando en el método científico. Este riesgo es mayor para quienes se consagran al estudio del Derecho, ya que el Derecho, como vamos a ver esta tarde, recibe sus datos de la política. Por eso se impone una limpia delimitación de fronteras, para que cuando de una manera franca y bajo la responsabilidad de cada cual, nos movamos en el campo político, nadie intente pasar disfrazado de jurista.

¿Qué es el Derecho? El Derecho vivió largos siglos entre los hombres sin que nadie se formulara esta pregunta. Los primeros que se la formularon –dato significativo que debemos retener– no fueron los juristas, sino los filósofos. La oscuridad de las explicaciones sobre lo que el Derecho sea se debe a que se ha tardado miles de años en separar dos preguntas contenidas en aquella pregunta fundamental.

Stammler esclarece esa dualidad cuando indaga primero el "concepto" del Derecho (reducción a unidad armónica de todas las características que diferencian a las normas jurídicas de otras manifestaciones próximas; es decir, algo, el hallazgo de aquello por lo que un cierto objeto de conocimiento pueda ser llamado "Derecho" con independencia, todavía, de ninguna valoración desde el punto de vista de lo justo); y después, la "idea" del Derecho (indagación del principio absoluto que sirve para valorar en cualquier tiempo la legitimidad de cualquier norma jurídica; esto es, definición de la justicia).

El concepto del Derecho no lo hallamos entre las cosas determinadas por la ley de *casualidad*, sino por la ley de *finalidad*. El Derecho es, ante todo, un *modo de querer*, es decir, una disciplina de medios en relación a fines, ya que todo ingrediente psicológico de la voluntad es ajeno al concepto lógico del Derecho. Pero los modos de querer pueden referirse a la vida individual y a la vida social entrelazante. El Derecho pertenece a este segundo grupo. Sus normas, además, se imponen a la conducta humana con la aquiescencia o contra la aquiescencia de los sujetos a quienes se refieren; es decir: que el Derecho es *autárquico*. Y, por último, ha de distinguirse de lo arbitrario por una nota que, con ciertos distingos y esclarecimientos, puede llamarse la *legitimidad* (sentido invulnerable e inviolable).

Luego el Derecho se nos presenta conceptualmente como *un modo de querer, entrelazante,–autárquico, legítimo*.

Pero, ¿cuándo será justo? ¿Qué es la justicia? Pavorosa cuestión a la que sólo se ha dado respuesta trayendo nociones de fuera del Derecho. Así, el criterio de valoración de las normas jurídicas, a lo largo de la historia del pensamiento, se ha ido a buscar en cuatro fuentes. Toda la explicación de la idea de justicia se nos ha dado, o por referencia a un principio teológico, o por referencia a una cuestión metafísica, o por referencia a un impulso natural, o por referencia a una realidad sociológica.

En el primer grupo, San Agustín y Santo Tomás (aunque éste indirectamente, y en gran parte adelantándose a los autores del cuarto grupo) señalan como pauta para valorar las normas de Derecho los preceptos de origen divino. Así, en San Agustín, la *Civitas Dei* es el modelo perfecto e inasequible de la *Civitas Terrena*.

En el segundo grupo descuellan las construcciones de Platón, Kant y Stammler. Platón, por la teoría de las ideas y por la dialéctica del amor, llega a la Idea de las ideas: al Sumo Bien. La tendencia hacia este Sumo Bien es la justicia, conjunto de las tres virtudes de sabiduría, valor y templanza.

Kant busca la norma de validez absoluta sobre un fundamento moral por haber llegado en la *Crítica de la razón pura* a descubrir la insuficiencia metafísica de los datos de la experiencia y de las formas *a priori*. Así, establece el imperativo categórico que se expresa en la fórmula: "Obra de modo que la razón de tus actos pueda ser erigida en ley universal". Stammler, queriendo ser más kantiano que Kant, pretende hallar, no por un camino ético, sino por un camino lógico, *la idea, el ideal formal* (no empírico) de todo Derecho posible; y la resume en aspiración a "una comunidad de hombres libres".

En el tercer grupo entran las explicaciones, poco exigentes, de los romanos, que creyeron encontrar unas normas grabadas por la Naturaleza en el alma de todos los hombres. En la misma creencia descansaban las tendencias iusnaturalistas del siglo XIX y el romanticismo jurídico, que halló su exponente más alto en el maestro de la escuela histórica, Savigny.

Por último, el cuarto grupo, de abolengo aristotélico, ve en el Derecho un producto social. Los positivistas, siguiendo a Comte, rechazaban, por anticientífico, todo intento de buscar al Derecho fundamentos filosóficos. Para ellos debía reducirse a ser el guardián de las condiciones de vida de la sociedad, ya que tales condiciones de vida lo han hecho posible. No obstante, el error inicial del positivismo —que desconoce la realidad *positiva* del sujeto pensante—, la escuela positivista produjo para el Derecho una obra maestra: la de Ihering.

Ante explicaciones tan varias y traídas de tan lejos, se nos ocurre preguntar: ¿es que nuestra ciencia, el Derecho, carece de método propio, o es que no tiene linderos? ¿Nos será preciso, para aspirar a ser juristas, extender nuestros conocimientos a todo lo regido por las leyes de la casualidad y finalidad? La anchura del campo se nos presentaba como desalentadora. Hasta que la doctrina pura del Derecho expuesta por Kelsen ha venido a reducir el área de nuestra disciplina a su límite justo.

El problema de la justicia —nos ha hecho ver— no es un problema jurídico, sino metajurídico. Los fundamentos absolutos que justifican el contenido de una legislación se explican por razones éticas, sociológicas, etc., situadas fuera del Derecho. El Derecho sólo estudia con método lógico las normas. Pero no en cuanto aconsejan una conducta, sino en cuanto asignan a cierto *hecho condicionante* cierta consecuencia coactiva. Las normas legales que imponen un comportamiento determinado no son aún jurídicas: son normas secundarias que concurren a completar el hecho condicionante. Así, cuando se dice: "El vendedor deberá entregar la cosa al comprador" —norma secundaria—, se establece un supuesto cuya infracción, precisamente, *imputará* al sujeto infractor el efecto de la norma propiamente jurídica. Así, cuando el vendedor no entregue la cosa, el Derecho dirá: "Puesto que Fulano, que debía entregar tal cosa —norma secundaria—, no la entregó —hecho condicionante que se le imputa—, deberá pagar daños y perjuicios" —coacción, consecuencia jurídica.

En esta operación, puramente lógica, que realiza el Derecho, no se considera para nada el valor ético, social, etc., que puedan tener las normas secundarias. Ciertamente, se podrá pensar en esas cosas, pero fuera del método jurídico. Dentro de éste, cada norma encuentra su justificación formal en otra norma de jerarquía más alta dentro del sistema que le asignó por adelantado los efectos; así, los reglamentos reciben su fuerza de obligar de las leyes, y éstas, de la ley fundamental o Constitución. Pero ahí se acaban los recursos jurídicos. Para juzgar la Constitución, en su manera de expresar un ideal concreto de vida política, el Derecho *carece de instrumentos*, y por la misma razón, para juzgar del contenido ético de todas las normas que componen el sistema legal. El jurista tiene por única misión manejar el aparato jurídico positivo con el rigor con que se maneja un aparato de relojería, y sin invocación alguna— que sólo la pereza puede disculpar— a principios y verdades pertenecientes a disciplinas ajenas.

¿Quiere esto decir que el jurista habrá de mutilarse el alma? ¡Claro que no! Podrá, como todo hombre, aspirar a un orden más justo; *pero no como jurista*, sino como partidario de una tendencia religiosa, moral y —en lo que se refiere a la organización de la sociedad en Estado— política. He ahí la necesidad que todo jurista tiene de ser político, ya que, de no serlo, se le reduce a la gloriosa y humilde artesanía de manejar un sistema de normas cuya justificación no le es lícito indagar.

Pero seamos políticos confesando sinceramente que lo somos. No incitemos al fraude de quien decía profesar como único criterio político la *juridicidad*. Esto es un desatino, porque toda *juridicidad* presupone una política y no suministra instrumentos metódicos para construir otra. Seamos, pues, políticos, francamente, cuando nos movamos por inquietudes políticas; y luego, en nuestros trabajos

profesionales, tengamos la pulcritud de no traer ingredientes de fuera. El juego impasible de las normas es siempre más seguro que nuestra apreciación personal, lo mismo que la balanza pesa con más rigor que nuestra mano. Cuidemos una técnica limpia y exacta, y no olvidemos que en el Derecho toda construcción confusa lleva en el fondo, agazapada, una injusticia.

(*Arriba*, núm. 21, 28 de noviembre de 1935)

DISCURSO DE CLAUSURA DEL SEGUNDO CONSEJO NACIONAL DE LA FALANGE

(Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el día 17 de noviembre de 1935)

Estos que veis aquí con camisas azules y cordones rojos y negros son los camaradas que integran el Consejo Nacional. Durante dos días han estado trabajando en abnegado silencio y han conseguido elaborar con la precisión que es el premio de las tareas en que se pone el alma declaraciones fundamentales para nuestro movimiento. Esos que casi no veis allá, esos que se pierden en la penumbra del local más grande de Madrid, son todos los que vienen a deciros, con su presencia y con su asistencia, que creen en el porvenir de nuestras flechas y nuestros yugos y en la eficacia de las verdades que, en silencio abnegado, ha puesto en orden el Consejo.

Felices los que gozamos juntos de esta alta temperatura espiritual. Felices los que tenemos este refugio contra la dispersión y contra la melancolía del ambiente, porque fuera de aquí, en otras partes, en esa especie de gran cinematógrafo nacional, más pequeño que éste y seguramente en vísperas de clausura, que se llama Congreso de los Diputados, es tal ya la melancolía, es tal el tedio que se siente, está ya, después de esa bazofia turbia que acabamos de tragarnos hace unos días, y de la que han tratado de darnos varias raciones más, está ya el ambiente tan muerto, que los que concurrimos a ese ámbito hemos perdido en nuestros estómagos hasta la aptitud para la náusea. Aquello se cae a pedazos, se muere de tristeza, todo es aire de pantano insalubre, todo es barrunto de una muerte próxima y sin gloria. ¿No notáis que se respira una atmósfera semejante a la de aquellos días últimos de 1930, en que ya preveíamos todos la proximidad de una sima? Esto se muere, y se muere después de una vida de esterilidad. Acaso tal muerte constituya una sorpresa para algunos; pero vosotros, los que asististeis al mitin del teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933, oísteis este vaticinio, que, para no dejarnos mentir, anda en letras de molde; oísteis el vaticinio que decía: "En estas elecciones, votad lo que os parezca menos malo; pero no saldrá de ahí nuestra España, ni está ahí nuestro marco. Esa es una atmósfera turbia, cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello puede hacer que se me retraigan todos los votos. No me importa nada". Ya veis, después de dos años, que no me equivoque.

Después de todo, si no ocurriera más que eso, que se acabara ese tinglado cuyo derrumbamiento todos hemos previsto, y hemos apetecido muchos, nosotros no tendríamos nada que hacer ante el espectáculo. Pero no es esto sólo. Es que, en vísperas de hundimiento, tiene que acongojarnos la pregunta: ¿Y qué vendrá después? Este noviembre de 1935, tan semejante al diciembre de 1930, ¿qué es lo que anuncia? ¿La vuelta de las formas caídas? No creo que la espere nadie. ¿La vuelta de Azaña, y digo Azaña para personificar a las izquierdas republicanas? No lo creáis. Azaña tuvo una ocasión ciertamente envidiable; tuvo una ocasión en que se encontraron en sus manos estos dos prodigiosos ingredientes: de una parte, la fe colectiva, abierta, dócil, y un pueblo en trance de alegría; de otra parte, unas nada comunes dotes de político, un extraordinario desdén por el aplauso, una privilegiada precisión dialéctica. Eso tuvo Azaña, y por eso pudo haber trazado las líneas de una gran época histórica. Pero le faltó una cosa esencial: le faltó el alma cálida que percibió Ortega y Gasset en otro hombre de Estado español; le faltó el alma cálida, y en vez de haber aprovechado aquello para infundir un aliento común, una fe colectiva a la España, blanda como la cera, que tenía en las manos, se entretuvo en un diabólico esteticismo, como de tortura asiática; llevó a España casi a la locura, casi a la desesperación, y de esa suerte, España, en vez de aprovechar su coyuntura de alegría, se fue dividiendo, se fue encolerizando, se fue llenando de rencor de unos contra otros. Al fin, cayó aquello, y España volvió a sentirse libre, como quien sale de una red o de una cárcel.

Azaña no tendría ahora las masas del 14 de abril, las masas ingenuas y alegres del 14 de abril. Si ahora viniera Azaña, sería sobre el lomo de otras masas harto, distintas, de las masas torvas, rencorosas, envenenadas por los agentes españoles del bolcheviquismo ruso. Y contra esas masas, que ya no serían dócil instrumento en las manos de su rector, sino torrente que le desbordase y le sometiera a su arbitrio; contra esas masas, el esteticismo elegante y estéril de Azaña no podría ni poco ni mucho.

No creáis que exagero. La censura y otras instituciones nos permiten vivir rodeados como de un halo color de rosa; pero en algunas provincias españolas no hay censura, y aun donde la hay, todos los domingos se celebran mítines socialistas. Id a ellos; ya veréis cómo vienen de suaves y tolerantes las masas socialistas; puños en alto, aclamaciones a Largo Caballero y a González Peña; glorificación de la tragedia de Asturias, que, para no estar falta de nada repugnante, tuvo hasta el contubernio con el separatismo. Eso todos los domingos, eso en todos los periódicos socialistas y comunistas que se publican en España. Ved este libro: *Octubre*. Es un documento oficial que contiene, avaladas por la firma del presidente de las juventudes socialistas de España, las conclusiones políticas de la entidad. Y estas conclusiones, que no necesitan comentarios, son simplemente del tenor que sigue: "Por la bolchevización del partido socialista". "Por la transformación de la estructura de partido en un sentido centralista y con un aparato ¡legal." "Por la propaganda antimilitarista." "Por la derrota de la burguesía y el triunfo de la revolución bajo la forma de la dictadura proletaria." Por la reconstrucción del movimiento obrero internacional sobre la base de la revolución rusa." Esto es lo que se dice en tono oficial por las juventudes socialistas, que en la actual disgregación del partido van ganando cada vez posiciones más fuertes; esto es lo que os espera, burgueses españoles y obreros españoles, si triunfa otra vez, bajo un disfraz u otro, la revolución de nuestros marxistas. Todo esto encierra la amenaza de un sentido asiático, ruso, contradictorio con toda la manera occidental, cristiana y española de entender la existencia.

El movimiento ruso no tiene nada que ver con aquella primavera sentimental de los movimientos obreros; el comunismo ruso viene a implantar la dictadura del proletariado, la dictadura que no ejercerá el proletariado, sino los dirigentes comunistas servidos por un fuerte Ejército rojo; la dictadura que os hará vivir de esta suerte: sin sentimientos religiosos, sin emoción de patria, sin libertad individual, sin hogar y sin familia. En Rusia, sabedlo, ya no existe el hogar; quizá otras veces os hayan presentado un aspecto más duro, más sangriento, del régimen ruso; pero ved si vosotros, españoles, con alma de hombres libres, soportáis esto: el Estado ruso se afana en proporcionar a los obreros sanatorios donde se curen, granjas donde reposen de sus fatigas; sí, trata de hacerlo y lo hace en algunas ciudades, pero les niega aquella libertad que ha de tener todo hombre para elegir su propio reposo. Un obrero como el español no podría irse los domingos con su familia al campo para comerse la merienda en paz y en gracia de Dios, porque el Estado ruso, que lo organiza todo como un hormiguero, los obliga a ir a campos de reposo y a pasar sus vacaciones en tales sitios de esparcimiento. Sólo este horror de que tengamos que comer en los comedores colectivos y no saber lo que es el hogar familiar, sólo este horror de que tengamos que divertirnos técnica y sistemáticamente en lugares en que probablemente no se divierte, nadie, sólo este horror, a cualquier burgués español, a cualquier obrero español le escalofrío.

El régimen ruso en España sería un infierno. Pero ya sabéis por Teología que ni siquiera el infierno es el mal absoluto. Del mismo modo, el régimen ruso no es mal absoluto tampoco: es, si me lo permitís, la versión infernal del afán hacia un mundo mejor. Si se tratara solamente de una extravagancia satánica, del capricho de unos cuantos ideólogos, es cierto que el régimen ruso no llevaría dieciocho años de existencia ni constituiría un grave peligro. Lo que ocurre es que el régimen ruso ha venido a nacer en el instante en que el orden social anterior, el orden liberal capitalista, estaba en los últimos instantes de su crisis y en los primeros de su definitiva descomposición. Ya vosotros sabéis de antiguo cómo distinguimos nosotros entre la propiedad y el capitalismo. Si alguna duda hubiera, las palabras de Raimundo Fernández Cuesta, que eran todas de luz, lo hubieran puesto suficientemente en claro. Yo os invito, para que nunca más pueda jugarse con la ambigüedad de estas palabras, a que me sigáis en el siguiente ejemplo: imaginad un sitio donde habitualmente se juegue a algún juego difícil. En esta partida se afanan todos, ponen su destreza, su ingenio, su inquietud, hasta que un día llega uno más cauto que ve la partida y dice: "Perfectamente; aquí unos ganan y otros pierden; pero los que ganan y los que pierden necesitan para ganar o perder esta mesa y estas fichas. Bien: pues yo, por cuatro cuartos, compro la mesa y las fichas, se las alquilo a los que juegan y así gano todas las tardes". Pues éste, que sin riesgo, sin esfuerzo, sin afán ni destreza, gana con el alquiler de las fichas, éste es el capital financiero. El dinero nace en el instante en que la economía se complica hasta el punto de que no pueden realizarse las operaciones económicas elementales con el trueque directo de productos y servicios. Hace falta un signo común con que todos nos podamos entender, y este signo es el dinero; pero el dinero, en principio, no es más que eso: un denominador común para facilitar las transacciones. Hasta que llegan quienes convierten a ese signo en mercancía para su provecho, quienes, disponiendo de grandes reservas de este signo de crédito, lo alquilan a los que compran y a los que venden. Pero hay otra cosa: como la cantidad de productos que pueden obtenerse, dadas ciertas medidas de primera materia y trabajo,

no es susceptible de ampliación; como no es posible para alcanzar aquella cantidad de productos disminuir la primera materia, ¿qué es lo que hace el capitalismo para cobrarse el alquiler de los signos de crédito? Esto: disminuir la retribución, cobrarse a cuenta de la parte que le corresponde a la retribución del trabajo en el valor del producto. Y como en cada vuelta de la corriente económica el capitalismo quita un bocado, la corriente económica va estando cada vez más anémica y los retribuidos por bajo de lo justo van descendiendo de la burguesía acomodada a la burguesía baja, y de la burguesía baja al proletariado, y, por otra parte, se acumula el capital en manos de los capitalistas; y tenemos el fenómeno previsto por Carlos Marx, que desemboca en la Revolución rusa.

Así, el sistema capitalista ha hecho que cada hombre vea en los demás hombres un posible rival en las disputas furiosas por el trozo de pan que el capitalismo deja a los obreros, a los empresarios, a los agricultores, a los comerciantes, a todos los que, aunque no lo creáis a primera vista, estáis unidos en el mismo bando de esa terrible lucha económica; a todos los que estáis unidos en el mismo bando, aunque a veces andéis a tiros entre vosotros. El capitalismo hace que cada hombre sea un rival por el trozo de pan. Y el liberalismo, que es el sistema capitalista en su forma política, conduce a este otro resultado: que la colectividad, perdida la fe en un principio superior, en un destino común, se divida enconadamente en explicaciones particulares. Cada uno quiere que la suya valga como explicación absoluta, y los unos se enzarzan con los otros y andan a tiros por lo que llaman ideas políticas. Y así como llegamos a ver en lo económico, en cada mortal, a quien nos disputa el mendrugo, llegamos a ver en lo político, en cada mortal, a quien nos disputa el trozo de poder, la parte de poder que nos asignan las constituciones liberales.

He aquí por qué, en lo económico y en lo político, se ha roto la armonía del individuo con la colectividad de que forma parte, se ha roto la armonía del hombre con su contorno, con su patria, para dar al contorno una expresión que ni se estreche hasta el asiento físico ni se pierda en vaguedades inaprehensibles.

Perdida la armonía del hombre y la patria, del hombre y su contorno, ya está herido de muerte el sistema. Concluye una edad que fue de plenitud y se anuncia una futura Edad Media, una nueva edad ascensional. Pero entre las edades clásicas y las edades medias ha solido interponerse, y éste es el signo de Moscú, una catástrofe, una invasión de los bárbaros.

Pero en las invasiones de los bárbaros se han salvado siempre las larvas de aquellos valores permanentes que ya se contenían en la edad clásica anterior. Los bárbaros hundieron el mundo romano, pero he aquí que con su sangre nueva fecundaron otra vez las ideas del mundo clásico. Así, más tarde, la estructura de la Edad Media y del Renacimiento se asentó sobre líneas espirituales que ya fueron iniciadas en el mundo antiguo.

Pues bien: en la revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya, ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes, de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes, y queremos salvarlos. Esa es la labor verdadera que corresponde a España y a nuestra generación: pasar de esta última orilla de un orden económico social que se derrumba a la orilla fresca y prometedora del orden que se adivina; pero saltar de una orilla a otra por un esfuerzo de nuestra voluntad, de nuestro empuje y de nuestra clarividencia; saltar de una orilla a otra sin que nos arrastre el torrente de la invasión de los bárbaros.

Esta pérdida de armonía del hombre con su contorno origina dos actitudes: una, la que dice: "Esto ya no tiene remedio; ha sonado la hora decisiva para el mundo en que nos tocó nacer, y no hay sino resignarse, llevar a sus últimas consecuencias la dispersión, la descomposición". Es la actitud del anarquismo: se resuelve la desarmonía entre el hombre y la colectividad disolviendo a la colectividad en los individuos; todo se disgrega como un trozo de tela que se desteje. Otra actitud es la heroica: la que, rota la armonía entre el hombre y la colectividad, decide que ésta haga un esfuerzo desesperado, para absorber a los individuos que tienden a dispersarse. Estos son los Estados totales, los Estados absolutos.

Yo digo que si la primera de las dos soluciones es disolvente y funesta, la segunda no es definitiva. Su violento esfuerzo puede sostenerse por la tensión genial de unos cuantos hombres, pero en el alma de esos hombres late, de seguro, una vocación de interinidad; esos hombres saben que su actitud se resiste en las horas de tránsito, pero que, a la larga, se llegará a formas más maduras en

que tampoco se resuelva la disconformidad anulando el individuo, sino en que vuelva a hermanarse el individuo en su contorno por la reconstrucción de esos valores orgánicos, libres y eternos, que se llaman el individuo, portador de un alma; la familia, el Sindicato, el Municipio, unidades naturales de convivencia.

Tal misión es la que ha sido reservada a España y a nuestra generación, y cuando hablo de nuestra generación, ya entenderéis que no aludo a un valor cronológico; eso sería demasiado superficial. La generación es un valor histórico y moral; pertenecemos a la misma generación los que percibimos el sentido trágico de la época en que vivimos, y no sólo aceptamos, sino que recabamos para nosotros la responsabilidad del desenlace. Los octogenarios que se incorporen a esta tarea de responsabilidad y de esfuerzo pertenecen a nuestra generación; aquellos, en cambio, por jóvenes que sean, que se desentiendan del afán colectivo, serán excluidos de nuestra generación como se excluye a los microbios malignos de un organismo sano.

Esta conciencia de la generación está en todos nosotros. Y, sin embargo, andamos ahora partidos en dos bandos, por lo menos...; andan partidos en dos bandos los de fuera de Falange: la izquierda y la derecha.

¿Qué es la juventud de izquierda? Es la que creyó en el 14 de abril de 1931. ¿Qué es la juventud de derecha? Es la que creyó en el 19 de noviembre de 1933. Pero fijaos en que aquella juventud de izquierda fue la primera en declararse defraudada cuando, lo que pudo ser ocasión nacional del 1931, se resolvió en una ocasión rencorosa de represalia zafia, persecutoria y torpe, en que pronto se sobrepuso a la alegría colectiva del 14 de abril el viejo anticlericalismo sectario y pestilente de los Albornoces y de los Domingos. Y la juventud de noviembre de 1933 también llevaba en el alma la convicción de que salía de aquella tortura del primer bienio para entrar, a la carrera, cuesta arriba, en una ocasión nacional y reconstructora; pero a ella también se le ha metido en el alma el desaliento cuando la ocasión revolucionaria de Asturias y Cataluña, en vez de tener el desenlace limpio y tajante que exigían todos, se ha disuelto en trámites y componendas inacabables, y cuando aquellos propósitos de justicia social que se agitaban en la propaganda, han tenido que sacrificarse por necesidades políticas al burdo egoísmo de los caciques que se llaman agrarios.

Desbordando sus rótulos, los muchachos de izquierda y derecha que yo conozco han vibrado juntos siempre que se ha puesto en juego algún ansia profunda y nacional. Yo he visto a los diputados jóvenes de derechas que se sientan cerca de mí, físicamente, en el Parlamento, felicitarme cuando me opuse a aquel monstruoso retroceso de la contrarreforma agraria, y he visto a los jóvenes de izquierdas felicitarme cuando he denunciado en público la inmoralidad y el estrago de cierto partido del régimen. En cuanto llega así un trance de prueba nacional o de prueba moral, nos entendemos todos los jóvenes españoles, a quienes nos resultan estrechos los moldes de la izquierda y de la derecha. En la derecha y en la izquierda tuvieron que alistarse los mejores de quienes componen nuestra juventud, unos por reacción contra la insolencia y otros por asco contra la mediocridad; pero al revolverse contra lo uno y contra lo otro, al alistarse por reacción del espíritu bajo las banderas contrarias, tuvieron que someter el alma a una mutilación, resignarse a ver a España sesgada, de costado, con un ojo, como si fueran tuertos de espíritu. En derechas e izquierdas juveniles arde, oculto, el afán por encontrar en los espacios eternos los trozos ausentes de sus almas partidas, por hallar la visión armoniosa y entera de una España que no se ve del todo si se mira de un lado, que sólo se entiende mirando cara a cara, con el alma y los ojos abiertos.

En esta hora solemne me atrevo a formular un vaticinio: la próxima lucha, que acaso no sea electoral, que acaso sea más dramática que las luchas electorales, no se planteará alrededor de los valores caducados que se llaman derecha e izquierda; se planteará entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa en su traducción española, y el frente nacional de la generación nuestra en línea de combate.

Ahora, que bajo esta bandera del frente nacional no se podrá meter mercancía de contrabando. Es la palabra demasiado alta para que nadie la tome como apodo. Habrá centinelas a la entrada que registren a los que quieran penetrar para ver si de veras dejaron fuera en el campamento todos los intereses de grupo y de clase; si traen de veras encendida en el alma la dedicación abnegada a esta empresa total, situada sobre la cabeza de todos; si conciben a España como un valor total fuera del cuadro de valores parciales en que se movió la política hasta ahora. Concretamente, los centinelas

han de tener consignas que señalen los límites del frente nacional: primero, un límite histórico; nada de propósitos reaccionarios, nada de nostalgias clandestinas, de formas terminadas o de vuelta a sistemas sociales y económicos reprobados. No basta con venir cantando himnos. Estas cosas tienen que haberse dejado sinceramente a la entrada por quienes aspiren a que los centinelas les dejen paso. Segundo, un límite moral. Nosotros no podemos sentirnos solidarios de aquellas gentes que han habituado a sus pulmones y a sus entrañas a vivir en los climas morales donde pueden *floreecer estraperlos*. Esto son los linderos infranqueables en lo negativo; esto es lo que excluye...

Pero no basta la exclusión. Hay que proponerse, positivamente, una tarea. La de dar a España estas dos cosas perdidas: primera, una base material de existencia que eleve a los españoles al nivel de seres humanos; segunda, la fe en un destino nacional colectivo y la voluntad resuelta de resurgimiento. Estas dos cosas tienen que ser las que se imponga como tarea el grupo, el frente en línea de combate de nuestra generación. Y hace falta, para que nadie se llame a engaño, decir lo que contienen estas dos proposiciones terminantes.

Resurgimiento económico en España. Os decía que el fenómeno del mundo es la agonía del capitalismo. Pues bien: de la agonía del capitalismo no se sale sino por la invasión de los bárbaros o por una urgente desarticulación del propio capitalismo. ¿Qué vamos a elegir sino esta salida? Y en ella hay tres capítulos que exigen tres labores de desarticulación: El capitalismo rural, el capitalismo bancario y el capitalismo industrial. Son los tres muy desigualmente propicios a la desarticulación. El capitalismo rural es bien fácil de desarticular. Fijaos en que me refiero estrictamente a aquello que consiste en usar la tierra como instrumento de rentas, o, según decían algunos economistas, como valor de obligación. No llamo de momento capitalismo rural a aquel que consiste en facilitar créditos a los labradores, porque éste entra en el capitalismo financiero, a que aludiré en seguida, y tampoco a la explotación del campo en forma de gran empresa. El capitalismo rural consiste en que, por virtud de unos ciertos títulos inscritos en el Registro de la Propiedad, ciertas personas que no saben tal vez dónde están sus fincas, que no entienden nada de su labranza, tienen derecho a cobrar una cierta renta a los que están en esas fincas y las cultivan. Esto es sencillísimo de desarticular, y conste que al enunciar el procedimiento de desarticulación no formulo todavía un párrafo programático de la Falange; el procedimiento de desarticulación del capitalismo rural es simplemente éste: declarar cancelada la obligación de pagar la renta. Esto podrá ser tremendamente revolucionario, pero, desde luego, no originará el menor trastorno económico; los labradores seguirán cultivando sus tierras, los productos seguirán recogiendo y todo funcionaría igual.

Le sigue, en orden de la dificultad ascendente, la desarticulación del capitalismo financiero. Esto es distinto. Tal como está montada la complejidad de la máquina económica, es necesario el crédito; primero, que alguien suministre los signos de créditos admitidos para las transacciones; segundo, que cubra los espacios de tiempo que corren desde que empieza el proceso de la producción hasta que termina. Pero cabe transformación en el sentido de que este manejo de los signos económicos de crédito, en vez de ser negocio particular, de unos cuantos privilegiados, se convierta en misión de la comunidad económica entera, ejercida por su instrumento idóneo, que es el Estado. De modo que al capitalismo financiero se le puede desmontar sustituyéndolo por la nacionalización del servicio de crédito.

Queda, por último, el capital industrial. Este es, de momento, el de desmontaje más difícil, porque la industria no cuenta sólo con el capital para fines de crédito, sino que el sistema capitalista se ha infiltrado en la estructura misma de la industria. La industria, de momento, por su inmensa complejidad, por el gran cúmulo de instrumentos que necesita, requiere la existencia de diferentes patrimonios: la constitución de grandes acervos, de disponibilidades económicas sobre la planta jurídica de la sociedad anónima. El capital anónimo viene a ser el titular del negocio que sustituye a los titulares humanos de las antiguas empresas. Si en este instante se desmontase de golpe el capitalismo industrial, no se encontraría, por ahora, expediente eficaz para la constitución de industria, y esto determinaría, de momento, un grave colapso.

Así, pues, en la desarticulación del orden capitalista, lo más fácil es desmontar el, capitalismo rural; lo inmediatamente fácil, desmontar o sustituir el capitalismo financiero; lo más difícil, desmontar el capitalismo industrial. Pero como Dios está de nuestra parte, resulta que en España apenas hay que desmontar capitalismo industrial, porque existe muy poco, y en lo poco que hay, aligerando algunas cargas constituidas por Consejos de Administración lujosos, por la pluralidad de empresas para

servicios parecidos y por abusiva concesión de acciones liberadas, nuestra modesta industria recobraría toda su agilidad y podría aguardar relativamente bien durante esta época de paso. Quedarían, para una realización inmediata, la nacionalización del crédito y la reforma del campo. He aquí por qué España, que es casi toda agraria, rural, se encuentra con que, en este periodo de liquidación del orden capitalista, está en las mejores condiciones para descapitalizarse sin catástrofe. He ahí por qué, no por vana palabrería, contaba con esta razón al decir que la misión de saltar por encima de la invasión de los bárbaros y establecer un orden nuevo era una misión reservada a España.

Dos cosas positivas habrán, pues, de declarar quienes vengan a alistarse en los campamentos de nuestra generación: primera, la decisión de ir, progresiva, pero activamente, a la nacionalización del servicio de banca; segunda, el propósito resuelto de llevar a cabo, a fondo, una verdadera ley de Reforma Agraria.

La reforma agraria no es sólo para nosotros un problema técnico, económico, para ser estudiado en frío por las escuelas; la reforma agraria es la reforma total de la vida española. España es casi todo campo. El campo es España; el que en el campo español se impongan unas condiciones de vida intolerables a la humanidad labradora en su contorno español no es sólo un problema económico: es un problema entero, religioso y moral. Por eso es monstruoso acercarse a la reforma agraria con sólo un criterio económico; por eso es monstruoso poner en pugna interés material con interés material, como si sólo de éste se tratara; por eso es monstruoso que quienes se defienden contra la reforma agraria aleguen sólo títulos de derecho patrimonial, como si los de enfrente, los que reclaman desde su hambre de siglos, sólo aspirasen a una posesión patrimonial y no a la íntegra posibilidad de vivir como seres religiosos y humanos.

Esta reforma agraria tendrá también dos capítulos: primero, la reforma económica; segundo, la reforma social.

Una gran parte de España es inhabitable, es incultivable. Sujetar a las gentes que ahora vienen adheridas a estos suelos es condenarlas a la miseria para siempre. Hay eriales que nunca debieron dejar de ser eriales; hay pedregales que no se debían haber labrado nunca. Así, pues, lo primero que tiene que hacer una reforma agraria inteligente es delimitar las superficies cultivables de España, delimitar las actuales superficies cultivables y las superficies que pueden ponerse en cultivo con las obras de riego que inmediatamente hay que intensificar. Y, después de eso, tener el valor de dejar que las tierras incultivables vuelvan al bosque, a la nostalgia del bosque de nuestras tierras calvas, devolverlas a los pastos, para que renazca nuestra riqueza ganadera, que nos hizo fuertes y robustos; devolver todo eso a lo que no es cultivo; no volver a meter un arado en su pobreza. Una vez delimitadas las tierras cultivables de España, proceder, dentro aún de la operación económica, a reconstruir las unidades de cultivo. Sobre esto ha trabajado admirablemente nuestro Consejo Nacional. En líneas generales, puede señalarse tres tipos de cultivo, puesto que, desde este punto de vista, los de las regiones del Norte y de Levante, en cierto modo se pueden emparejar; hay tres clases de cultivo: los grandes cultivos de secano, que necesitan una industrialización y un empleo de todos los medios técnicos que sean necesarios para que produzcan económicamente, y que han de someterse a un régimen sindical; los cultivos pequeños, en general los cultivos de regadío o los cultivos de tierras en zona húmeda: éstos han de parcelarse para constituir la unidad familiar: pero como ocurre que en muchas de esas tierras se ha exagerado la parcelación y se ha llegado al minifundio antieconómico, lo que en muchos casos será parcelación, en otros será agrupación para que se formen las unidades familiares de cultivo, los cotos familiares de cultivo, o se regirán por un régimen familiar corporativo, para el suministro de aperos y para la colocación de los productos; y hay otras grandes áreas, como son, por ejemplo, las olivareras, de un interés excepcional para España, donde el cultivo deja periodos de largos meses de total desocupación de los hombres. Las tierras de esta clase necesitan complemento, bien por los pequeños regadíos, donde se trasladen los trabajadores durante las épocas de paro involuntario, bien por el montaje de pequeñas industrias, accesorias de la agricultura, para que puedan vivir los campesinos durante estas largas temporadas.

Una vez hecha esta clasificación de las tierras; una vez constituidas estas unidades económicas de cultivo, entonces llega el instante de llevar a cabo la reforma social de la agricultura, y fijaos en esto: ¿En qué consiste, desde un punto de vista social, la reforma de la agricultura? Consiste en esto: hay que tomar al pueblo español, hambriento de siglos, y redimirle de las tierras estériles donde perpetúa

su miseria; hay que trasladarle a las nuevas tierras cultivables; hay que instalarle, sin demora, sin espera de siglos, como quiere la ley de contrarreforma agraria, sobre las tierras buenas. Me diréis: pero ¿pagando a los propietarios o no? Y yo os contesto: Esto no lo sabemos; dependerá de las condiciones financieras de cada instante. Pero lo que yo os digo es esto: mientras se esclarezca si estamos o no en condiciones financieras de pagar la tierra, lo que no se puede exigir es que los hambrientos de siglos soporten la incertidumbre de si habrá o no habrá reforma agraria; a los hambrientos de siglos hay que instalarlos como primera medida; luego se verá si se pagan las tierras; pero es más justo y más humano, y salva a más número de seres, el que se haga la reforma agraria a riesgo de los capitalistas que no a riesgo de los campesinos.

Ahora, todo esto no es más que una parte; esto es volver a levantar sobre una base material humana la existencia de nuestro pueblo; pero también hay que unirlo por arriba; hay que darle una fe colectiva, hay que volver a la supremacía de lo espiritual. La Patria es para nosotros, ya lo habéis oído aquí, una unidad de destino. La Patria no es el soporte físico de nuestra cuna; por haber sostenido a nuestra cuna no sería la Patria lo bastante para que nosotros la enaltecieramos, porque por mucha que sea nuestra vanidad, hay que reconocer que ha habido patrias que han conocido cunas mejores que la vuestra y la mía. No es esto: la Patria no es nuestro centro espiritual por ser la nuestra, por ser físicamente la nuestra, sino porque hemos tenido la suerte incomparable de nacer en una Patria que se llama precisamente España, que ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo. Por eso nosotros nos sentimos unidos indestructiblemente a España, porque queremos participar en su destino; y no somos nacionalistas, porque ser nacionalistas es una pura sandez; es implantar los resortes espirituales más hondos sobre un motivo físico, sobre una mera circunstancia física; nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos; somos, ya lo dije en Salamanca otra vez, somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo.

Este sentido de España se nos había ido arrancando implacablemente; de una parte, por la ironía corrosiva; de otra, por la tosca falsificación. Algunos, en busca de la elegancia, se volvían de espaldas a nuestras cosas; los otros caían en la gruesa vaciedad de convertir en caricatura patriotería esta cosa delicada y exacta de España. Y así se vio que entre las dos corrientes de la ironía y de la ordinariez pudo llegar un momento en que casi todos los que aspiraban a sentirse fuera de la ordinariez o libres de la ironía se fuesen alejando de España, fuesen expulsando de su alma, como si fuera una claudicación, este apego a España. Con ello se fue borrando de las almas todo lo que confería a la existencia dignidades de servicio colectivo; llegamos los españoles a ver espectáculos como éste: a sacerdotes y a militares que, sitiados por la ironía, creyeron en serio que tanto la Religión como el Ejército eran cosas llamadas a desaparecer, reminiscencias de épocas bárbaras, y se afanaban por ser tolerantes, liberales y pacifistas, como para hacerse perdonar la sotana y el uniforme. ¡La sotana y el uniforme! ¡El sentido religioso y militar! ¡Cuando lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida!

Por eso nosotros queremos para toda la existencia española, para toda la existencia de nuestra Falange, un sentido de servicio y sacrificio. Por eso vienen a nosotros, nos miran cada vez con ojos de mayor inteligencia, estas juventudes a la intemperie que dejaron los sombreros de la izquierda y de la derecha porque sabían que allí no se les presentaba, con justificación entera, la ocasión de servicio y sacrificio. Estas gentes vienen a nosotros, participan de nuestro espíritu, se alistan, al menos espiritualmente, bajo nuestras banderas. Y no hay quien nos confunda: tenemos las caras bien limpias y los ojos bien claros. Todos los que vienen a pedir sombra a nuestras banderas para encubrir reminiscencias antiguas, nostalgias espesas de cosas caducadas y bien caducadas, se alejan pronto de nosotros y luego nos calumnian o nos deforman. En cambio, los buenos, los que sirven, desde nuestras filas y desde fuera de nuestras filas, van percibiendo nuestra verdad. Y a esos que están fuera de nuestras filas, a esos que nosotros no queremos absorber en nuestras filas porque no nos importa ser los primeros en la cosecha, a éstos les decimos: Falange Española de las J.O.N.S. está aquí, en su campamento de primera línea; está aquí, en este contorno delimitado por las exclusiones y por las exigencias que he dicho, si queréis que vayamos por él todos juntos a esta empresa de la defensa de España frente a la barbarie que se le echa encima. Así estamos todos. Sólo pedimos una cosa: no que nos deis vuestras fichas de adhesión, ni que las fundáis con nosotros, ni nos coloquéis en los puestos más visibles; sólo pedimos una cosa, a la que tenemos derecho: a ir a la vanguardia, porque no nos aventaja ninguno en la esplendidez con que dimos la sangre de nuestros mejores. Nosotros, que rechazamos los puestos de vanguardia de los ejércitos confusos que quisieron comprarnos con sus monedas o deslumbrarnos con unas frases falsas,

nosotros, ahora queremos el puesto de vanguardia, el primer puesto para el servicio y el sacrificio. Aquí estamos, en este lugar de cita, esperándoos a todos: si no queréis venir, si os hacéis sordos a nuestro llamamiento, peor para nosotros; pero peor para vosotros también; peor para España. La Falange seguirá hasta el final en su altiva intemperie, y ésta será otra vez —¿os acordáis, camaradas de la primera hora?—, ésta será otra vez nuestra guardia bajo las estrellas.

SOBRE LOS PROFESIONALES EXTRANJEROS EN ESPAÑA

(Discursos pronunciados en el Parlamento los días 21 de noviembre y 4 de diciembre de 1935)

"Al señor ministro de Trabajo, Justicia y Sanidad.— El diputado que suscribe tiene el honor de rogar a V. E. acepte una interpelación acerca de la concurrencia que los ingenieros y técnicos auxiliares extranjeros plantean a los profesionales españoles de las mismas actividades, hasta el punto de determinar un paro forzoso en sus escalafones, que ya alcanza dimensiones alarmantes.

Entiende el mismo diputado que la fecha para esta interpelación debe ser señalada en término breve, por estar próximo el día en que la situación de aquellos técnicos extranjeros se consolidará legalmente. Por eso se permite rogar la mayor rapidez posible en la tramitación de la presente solicitud.

Palacio del Congreso, 21 de noviembre de 1935.—JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA."

El señor PRIMO DE RIVERA:

Señores diputados: Quisiera distraer durante algunos minutos la atención de la Cámara y la del señor ministro de Trabajo acerca de un aspecto del problema del paro en España que ofrece un singular interés. Aludo al paro de los ingenieros en todas sus diferentes especialidades y de los técnicos que de una manera inmediata los asisten. Este aspecto del paro profesional de los ingenieros es muy considerable en España, y ofrece una picante singularidad, porque acontece que mientras el paro en otros profesionales intelectuales y manuales está determinado, generalmente, por una falta de plazas en que el trabajo se puede emplear, es decir, por una reducción de las posibles plantillas en que la labor se aplique, en este caso de los ingenieros ocurre todo lo contrario. Resulta que, según mis informes, aproximadamente hay unos 500 ó 600 ingenieros españoles en paro. ¿Y es porque no hay tarea para 500 ó 600 ingenieros españoles? Pues no; es, principalmente, porque trabajan en España, en calidad de ingenieros, o trabajan en tareas muy similares a los ingenieros, hasta 5.000, o acaso alguno más, técnicos extranjeros, los cuales, en la mayoría de los casos, ejercen una suerte de intrusismo, porque, naturalmente, no pueden ejercer como tales ingenieros, no pueden colocar su firma al pie de ningún documento, de ningún proyecto en que se exija en España la condición de ingeniero, sino que vienen con una graciosa hipótesis, con una graciosa presunción de aptitud para colocarse en el sitio que podrían ocupar las más de las veces con toda autoridad y capacidad ingenieros españoles. A éstos les llega, como a todos los trabajadores, el régimen de trabajo de extranjeros, que se regula por el Ministerio del ramo en el decreto de 29 de agosto último y en una orden complementaria o aclaratorio del 12 de noviembre; pero resulta que estas normas están muy lejos de defender de una manera suficiente la expectación de hallar trabajo en España que tienen los técnicos españoles, y lo están porque —sin perjuicio de otras ampliaciones que personas más cercanas que yo a este género de preocupaciones sabrán traer para complemento de nuestra información adolecen, por lo menos, de estos defectos. Dice este decreto de 29 de agosto último que, con objeto de que esté asegurada la colocación preferente de un español en cualquier caso, aquel que necesite contratar a un trabajador habrá de presentar las bases a que someta la colocación para el empleo que tiene vacante; estas bases habrán de publicarse en la *Gaceta*, transcurrirá un cierto periodo y sólo en el caso de que ningún español apto se presente a solicitar la plaza, podrá serle concedida a un extranjero.

Pero, claro, como la fijación de las condiciones de colocación se deja por entero al arbitrio del que ofrece el cargo, como estas condiciones no son las genéricas de: "Necesito un hombre de tales condiciones, de tal característica, del tal título o de tal especialidad", sino que se puede llegar en la fijación de las condiciones hasta el pormenor más delgado, ocurre— y de esto he visto algunos casos en la *Gaceta* que aquellos que quieren deliberadamente colocar, no ya a un extranjero en general, sino a un determinado extranjero que probablemente tienen a su servicio, establecen condiciones tan estrechas, que sólo aquel extranjero las puede cumplir. Yo he visto, por ejemplo, una convocatoria para una plaza de ingeniero, o de técnico de la ingeniería —puesto que como ingenieros los extranjeros no pueden concurrir— en que se exigía haber realizado estudios durante tal periodo en tal Instituto, haber presentado un trabajo acerca de tal especialidad, dominar tal idioma, etc. Como es

natural, esto no es abrir un concurso, esto es hacer una plaza a la medida para la única persona que la pueda llenar.

Pero es que, además, aun con esta estrechez de la convocatoria y, por tanto, esta dificultad para la expedición de las cartas de identidad profesional, que se expiden por el Ministerio de Trabajo, cuando ningún español acude a la concurrencia con los técnicos extranjeros, estas cartas no se publican en la *Gaceta*, no está ordenado que se publiquen en la *Gaceta*. Se publica, sí, en la *Gaceta* la convocatoria, pero la concesión de la plaza, no; la concesión de la carta, no; de modo que toda posible vigilancia de los cuerpos profesionales y de la opinión termina con la apertura de ese concurso a cuya resolución no se asiste.

Por otra parte, se echa de menos en esta regulación la determinación de un cupo profesional para los españoles y una proporción establecida para los extranjeros. Debe de tratarse de alguna omisión, porque en esta orden complementaria de noviembre se dice que estarán sujetos al régimen de concesión de carta profesional aquellos que trabajen por su cuenta, y se entiende que trabajan por su cuenta los que tienen a sus órdenes menos de cuatro empleados. Para el caso éste se exige que de esos cuatro empleados, dos por lo menos sean españoles; pero para aquellos que estén empleados a las órdenes de personas que no se consideren a sí mismas como trabajadores, no hay limitación. Para éstos el cupo de extranjeros y el cupo de españoles está completamente abierto.

Una especial consideración que tributa la regulación que critico a los técnicos extranjeros es también la de eximir de la necesidad de la carta profesional, periódica y necesariamente renovable cada año, a aquellos que han contraído matrimonio con una mujer española y tienen prole española. En principio, me parece excelente que el Ministerio fomente y estimule el matrimonio de nuestras mujeres y quizá sea un medio indirecto éste; pero probablemente habría que exigir algo más, porque en todas las legislaciones se concede, eso sí, derechos semejantes a los que han obtenido la nacionalidad, mas resulta que, con arreglo a la laguna de nuestra ordenación constitucional y a las disposiciones positivas de nuestra legislación civil y de las más de las legislaciones civiles extranjeras, no sólo los ingenieros o técnicos que casan con españolas no ganan la condición de españoles, sino que es la mujer la que toma la condición de extranjera, por lo que resulta —y esto es muy considerable, sobre todo en el aspecto nacional a que he de referirme en seguida— que el técnico extranjero casado con española sigue siendo extranjero para todos los efectos, incluso para el caso de peligro militar, de defensa nacional, de riesgo nacional, y, en cambio, por haberse casado con una mujer española tiene régimen de preferencia en relación con los españoles en cuanto al desenvolvimiento de sus actividades profesionales.

Luego hay un dato que quizá se pasó por alto al ministro de Trabajo cuando redactó el decreto de agosto. Esta materia de trabajo de los extranjeros estaba regulada antes por un decreto del año 1932, suscrito, siendo ministro del ramo, por don Francisco Largo Caballero. En ese decreto del 32 se concedió derechos preferentes a aquellos técnicos extranjeros que llevasen cinco años trabajando en España. Los que llevasen cinco años trabajando en España tenían ya consolidada su posición, y únicamente se les imponía la necesidad de ajustarse a los trámites de la regulación nueva a aquellos que no llevasen cinco años trabajando en España. Así, pues, en el año 1932 quedó cortada la posibilidad de ganar la estabilidad en los cargos a los técnicos y trabajadores extranjeros e implantando un régimen distinto. Pues bien: en este decreto de agosto de 1935 se reproducen las normas, pero no se reproducen diciendo: "Los que en el año 1932, al promulgarse el anterior decreto, tuvieron ya ganado este derecho a trabajar libremente en España, lo conservarán", sino que se vuelve a decir: "Los que llevaran cinco años trabajando en España", con lo cual todos aquellos que hayan completado sus cinco años entre 1932 y 1935 se han encontrado acogidos a un derecho nuevo que no estaba en el decreto de 1932, aumentando la competencia y el perjuicio para los demás técnicos españoles.

Por último, ha abierto demasiado la posibilidad de concurrencia de extranjeros esta orden complementaria en cuanto permite, casi sin limitación, que sean designados extranjeros para ocupar los que se llaman cargos de confianza. Convendría que por el Ministerio de Trabajo se precisase esto un poco más, ya que es muy difícil saber hasta dónde llega la confianza, y es más difícil todavía saber cuáles son los cargos de desconfianza, porque no es posible que en ninguna de las jerarquías del trabajo haya cargos en los que no se tenga por entero la confianza de la empresa.

Todas estas protestas, todas estas objeciones al régimen de trabajo de los técnicos extranjeros no están guiadas, naturalmente, ni por un excesivo prurito nacionalista, ni tampoco por una simple consideración, que sería en todo caso muy respetable, del perjuicio que se irroga a los profesionales españoles. En ninguna de las dos cosas se funda esta crítica, porque no estarán acometidas de furor nacionalista todas las naciones cuando han regulado con mucha preferencia, cuando han asegurado con muchas garantías el trabajo de los naturales del país. Lo que ocurre es que los países no son simplemente expresiones geográficas, unidades geográficas, sino que son unidades de convivencia, y ha de aspirarse a que en todo lo posible sean los nacionales quienes soporten las distintas tareas y quienes concurren a la labor total del país con sus diferentes esfuerzos. Esto acontece en todos los países, y ha llevado a muchos a extremar su rigor hasta privar de cargos que ostentaban desde mucho tiempo antes los técnicos de las distintas naciones. Esto lo han padecido en gran parte los españoles en muchas naciones con las que nos ligan las relaciones más cordiales.

En cuanto a esta revisión de más o menos supuestos derechos adquiridos, nuestra regulación española no tiene nada. Los que hayan adquirido algún derecho al trabajo en España, siquiera compliquen el resolver el paro en todas sus capas y siquiera entorpezcan la posibilidad de colocación de los españoles, éstos pueden estar tranquilos por completo con nuestra regulación.

Y con ello España constituye un islote en la ordenación de este género de materias, porque en los demás países nos encontramos que, los más benévolos, ponen entorpecimientos infinitos a la colocación de extranjeros, conceden sólo cartas temporales, como aquí, pero llevando hasta el extremo el rigor de que no pueda obtener colocación un extranjero sino cuando toda la mano de obra o todas las especializaciones nacionales no suministren quien le pueda sustituir. Y esto las legislaciones más benévolas; las legislaciones más rigurosas, como, por ejemplo, la de Inglaterra, la de Alemania y, prácticamente, la de los Estados Unidos, éstas ni siquiera se molestan en examinar con lupa cuáles son los requisitos exigibles y estampan en el pasaporte de cada extranjero que penetra en el territorio —y aquí tengo las hojas de algunos pasaportes sellados en el Reino Unido de la Gran Bretaña— un sello diciendo: "El portador de este pasaporte se compromete a no obtener cargo alguno retribuido ni gratuito y a no establecerse por su cuenta en este país." Hasta este extremo se llega contra toda competencia de fuera con los nacionales.

Ahora bien: ¿puede quedar en el ánimo de alguien la sospecha de que acaso esa invasión de ingenieros y de técnicos extranjeros venga a suplir una deficiencia de preparación de los nuestros? Encuentro que la sola enunciación de esta pregunta envuelve una ofensa para la ingeniería española, y, además, una ofensa injusta.

Tenemos entre los ingenieros españoles algunos que han alcanzado jerarquía mundial. Ya comprenderéis que no voy a hablar, por ejemplo, de casos mil veces repetidos, como aquellos de Torres Quevedo. Tenemos ingenieros españoles en cuyo homenaje ha llegado a acontecer esto: un ingeniero español, el señor Morillo, pertenece a una Comisión internacional de investigaciones eléctricas, la Comisión Electrotécnica Internacional. Este ingeniero español, el señor Morillo, fue citado para concurrir a una reunión de esa Comisión internacional, y él, dando un ejemplo admirable de sencillez y de austeridad en el desempeño de su función, dijo: "No podré acudir en la fecha para que se me cita porque tengo que examinar a mis alumnos". Es decir, renunciaba a la exhibición y a la legítima gloria de moverse entre los primeros técnicos del mundo para cumplir honesta y modestamente esta función de examinar a sus alumnos. Pues la Comisión internacional aplazó sus sesiones hasta que el señor Morillo hubiese terminado de examinar a sus alumnos. Evidentemente, el señor Morillo debía de ser acreedor al respeto y a la admiración de sus compañeros internacionales cuando llegaron hasta ese extremo. Y tenemos al señor García Siñériz, que goza de una reputación universal, y muchos ingenieros españoles de primerísima jerarquía, que han alcanzado renombre por su capacidad entre todos los técnicos de España y de fuera de España. Pero puede ocurrir, y en esto estamos todos conformes —a los mismos señores ingenieros, desde luego, no ha de ofender el admitirlo—, que haya ciertas especialidades, cierto género de inventos de primer establecimiento de industrias o de usos industriales o técnicos, que exijan la llamada de un especialista; esto no es ningún desdoro para los técnicos de ningún país, porque, naturalmente, cuando se inicia una nueva actividad de cualquier orden, la iniciación sale de un país o de otro, y tarda en comunicarse a los demás; pero ¿es que para los cargos corrientes, para los cargos de la ingeniería diaria, para los cargos de distintas escalas, en distintos escalones, de toda la actividad ingenieril, es necesario acudir a los extranjeros? ¿Es que no tenemos ingenieros corrientes, buenos

profesionales corrientes que puedan suplir a los 5.000 ó 5.500 técnicos extranjeros que están ocupando su sitio? Esto no es así; tenemos de sobra una capacidad media en nuestros ingenieros para que puedan llenar estos puestos, como decía el señor ministro de Trabajo. Hasta ahora no he señalado sino los perjuicios que al interés legítimo de los técnicos españoles se irroga con esta competencia de los de fuera; pero es que cabalmente la ingeniería suele tener algunos de sus puestos en los más delicados órganos de la futura posible defensa nacional. La ingeniería no sólo está inserta en todo el régimen del trabajo, no sólo es la intermediaria directa con grandes masas, por ejemplo, de obreros españoles; no sólo se cruza con todas las corrientes fundamentales de la economía —lo cual ya bastaría para que nos mereciese una esencialísima atención—, sino que, además, tiene en sus manos hilos delicadísimos que pueden afectar un día, con grave riesgo, a la defensa nacional; y acontece que en España —excepción en el mundo— en estos puestos más peligrosos y más difíciles tenemos técnicos extranjeros. Ocurre, por ejemplo, que se están realizando las obras de fortificación de Cartagena; por las inmediaciones de las obras no se permite el paso —y está muy bien que no se permita a ningún español—; pero resulta que hay una yesería en las inmediaciones próximas de las obras de fortificación que explota una compañía extranjera, y esta compañía tiene allí técnicos extranjeros que van todos los días. De manera que la precaución que se toma contra los transeúntes españoles para que no vean cómo se están haciendo las fortificaciones no se toma, en poco ni mucho, con los técnicos extranjeros que van y vienen todos los días y su pueden informar como se les antoje. Una promoción de estudiantes de la Escuela de Minas fue a visitar las minas de Suria. Yo no entiendo de esto, pero creo que entonces tenía un interés muy considerable, porque se habían descubierto poco tiempo antes y parece son unas minas algo raras. Bien: estos estudiantes ingenieros fueron con sus profesores a visitar las minas; hubo que solicitar autorización a París, y París dio autorización para que vieran las minas, pero no la fábrica de beneficio; los estudiantes españoles de la Escuela española oficial de ingeniería de Minas no pudieron aplicar su curiosidad sobre aquel interesante aspecto de su estudio, porque la Compañía, cuyos órganos de dirección residen en París, no lo permitió.

Cuando en todas las conversaciones se habla de un posible, aunque sea remoto, riesgo de guerra; cuando se habla de cuáles son los puntos más abiertos a un posible ataque, nosotros venimos a recaer —esto ya es un tópico— en las Baleares, y venimos a recaer, dentro de las Baleares, en el puerto de Mahón. Para algunos el puerto de Mahón es la clave de la seguridad de España. Parece que las obras militares del puerto de Mahón se habrán realizado con un sigilo extraordinario. Pues no; el dragado del puerto de Mahón se ha encomendado a una de estas compañías, que constituyen una pantalla española, pero que realiza sus trabajos por medio de técnicos belgas. Vinieron técnicos belgas con medios de trabajo belga y dragaron el puerto de Mahón. ¡Esto se comento solo!

Y por si no bastasen estos riesgos directos, por si no bastase este interés nacional que he hecho pasar rápidamente ante vuestros ojos, hay ya un aspecto último y el más delicado, que casi, en cierto modo, de dignidad nacional y que probablemente exceda del problema directo del paro de los técnicos. En España, por desgracia, seguimos todavía, en muchos aspectos económicos, en un régimen colonial. No sólo nos traen los técnicos, que nos desplazan, hasta el punto de que, por ejemplo, las compañías de ferrocarriles casi no tienen más que ingenieros extranjeros, y las compañías de minas tienen el personal extranjero en proporción, a veces, del 80 por 100, y pagan a los extranjeros sueldos enormes, hasta el extremo de que hay una compañía en que los ingenieros de Minas empiezan a cobrar su sueldo detrás del último empleado inglés, técnico o no; no sólo pasa esto, sino que, además, para que nos sea más incómoda la presencia, redactan su documentación interna en lengua extranjera. Hay una compañía de minas famosa que circula sus órdenes internas en francés, lo mismo que si estuviera en una colonia de la vecina República; hay otra compañía, ésta de electrotecnia, que tiene su documentación en un idioma tan asequible a los españoles como es el holandés, de la cual un técnico español logró, con gran benevolencia, que se escribieran en inglés los documentos porque en holandés no los entendían.

Esto es un aspecto de dignidad nacional que no puede ser ajeno al Gobierno; pero esto excede, probablemente, de los términos de la interpelación de hoy. Los términos de la interpelación de hoy los reduzco, y con ello termino, a solicitar la atención, siempre tan clara y siempre tan bien intencionada del señor ministro de Trabajo sobre este problema, angustioso en cuanto a su calidad, remediable, probablemente, en cuanto a su alcance del paro de los técnicos españoles. (*Muy bien.*)

... ..

El señor PRIMO DE RIVERA:

No tengo más remedio que agradecer muy vivamente al señor ministro de Trabajo, primero, la cortesía con que me contesta; después, la grata noticia que me comunica y que comunica por medio de mí a los ingenieros españoles, justamente inquietados con este problema.

Es muy de estimar y muy de aplaudir que el señor ministro de Trabajo se haya decidido resueltamente a revocar la orden anterior y a sustituirla por una regulación más justa, y creo que es prudente su actitud cuando se propone ir corrigiendo todas estas deficiencias por una política continua; es decir, por una tarea diaria de remedio, y no con la adopción de medidas que, por ser exageradas, serían en el fondo ineficaces. Esto me parece, repito, muy prudente, y estoy seguro, tratándose de persona de la seriedad y de la laboriosidad del señor Salmón, que será efectivo. Únicamente, como he emprendido esta tarea de asistencia, de modesta aportación en una iniciativa, al traer esta cuestión a las Cortes en orden al problema de los ingenieros españoles, únicamente he de decir al señor ministro de Trabajo que no olvide dos de los aspectos de mi intervención, porque en la contestación del señor ministro, tal vez por olvido, ha sido omitido uno: el de que se determine algo más la limitación del cupo de los técnicos españoles que se debe exigir a las empresas. Esta limitación del cupo consignado, como decía antes, para las pequeñas empresas de personas establecidas por su cuenta, no se establece, por lo menos de una manera expresa, en orden a las de mayor volumen. El señor ministro de Trabajo querrá prestar su atención en este aspecto interior de la cuestión del paro de los técnicos. Y otro, que no deje de tener en cuenta —esto ya en relación con sus compañeros de los respectivos departamentos— el riesgo que yo señalaba para la economía nacional y, más a la larga, para la defensa nacional, en aquellos puestos de capitanes de industrias relacionadas con esta última, que en cualquier ocasión decisiva para España pudiera implicar graves consecuencias. Acerca de estos dos puntos, no recogidos por el señor ministro de Trabajo en su contestación, me permito insistir, con el ruego de que medite, reiterándole en mis últimas palabras mi agradecimiento.

HOJAS DE LA FALANGE.- OBREROS ESPAÑOLES

DOS CAMINOS

Todos los trabajadores, ante la angustiosa situación presente, han de preguntarse a qué se debe el que, a pesar de los constantes cambios de Gobierno, a pesar de haber gobernado las izquierdas, a pesar de los Gobiernos de centro y de derecha, el paro aumente sin cesar, la carestía de vida se haga cada vez más agobiadora y la pugna entre las clases sea cada día más áspera. Fácil es comprobar la existencia de estos problemas y aun su agravación. Con Gobiernos en que figuraban ministros socialistas, todas las calamidades que abruman a la masa obrera no sólo no tuvieron solución, sino que se agudizaron. Con Gobiernos de derecha, toda la política se orienta en contra de los productores; empeoran las condiciones de trabajo, se reducen los jornales, aumentan las jornadas, se los persigue, etc. ¿Qué significa esta coincidencia en el fondo de los partidos políticos, sean de derechas o sean de izquierdas? Significa que el régimen de partidos es incapaz de organizar un sistema económico que ponga a cubierto a la masa popular de estas angustias; que tanto unos partidos como otros están al servicio del sistema capitalista.

Mientras la terrible crisis económica actual ha arruinado o está en camino de arruinar a los modestos productores, y la masa obrera sufre como nunca la pesadilla del paro, la cifra de los beneficios obtenidos por los beneficiarios del orden actual de cosas, los dueños de la Banca, es elevadísimo.

Así la tarea urgente que tienen los productores es ésta: destruir el sistema liberal, acabando con las pandillas políticas y los tiburones de la Banca. Pero para llevarla a cabo se ofrecen dos caminos: el camino comunista y el camino nacionalsindicalista. No hay más salidas. Los dos aspiran a hacer astillas este orden de cosas; los dos quieren un orden nuevo.

Ahora bien: ¿son igualmente fecundos, eficaces, ambos?

Cada día es más patente la influencia comunista de Rusia en el seno de la masa obrera, transportada tanto por los partidos comunistas como por los socialistas. Las consignas de la Tercera Internacional son las que animan al movimiento marxista. Aquí, en España, los partidarios de la orientación comunista dentro del partido socialista son cada día más numerosos.

Pero el triunfo comunista en España, ¿beneficiaría a la clase trabajadora? Este es el problema que tenemos que esclarecer, poniendo un especial y honrado propósito. Si el comunismo proporciona un nivel de vida más decoroso, si satisface los ideales de una empresa común, la elección no es dudosa. Pero el comunismo ¿es capaz de realizar estos objetivos?

RUSIA

En Rusia, donde más lejos ha ido este ensayo comunista, salta a la vista no sólo que ni económica ni políticamente han ganado nada los trabajadores (existe el régimen de salario, los jornales son bajísimos, la carestía de los artículos de primera necesidad es mayor que en ningún país de Europa, según cifras dadas por periódicos rusos, como *Pravda* e *Izvestia* y la libertad política está de hecho anulada), sino que, además de eso, les han arrebatado toda la dignidad como hombres y los han convertido en una pieza fría de la máquina montada por los nuevos privilegiados: la burocracia oficial, reclutada entre los viejos militantes comunistas. Esto, que debiera bastar para repeler el comunismo, es poco si tenemos en cuenta que aquí el movimiento estaría no al servicio de un interés español, sino supeditado a las necesidades de Moscú. El triunfo del comunismo no sería el triunfo de la revolución social de España: sería el triunfo de Rusia. Y no hay sino mirar la política turbia que hace Rusia con los grandes estados capitalistas para deducir 'los fines que persigue al intentar provocar el estallido revolucionario dirigido y financiado por ella. Seríamos ni más ni menos que una colonia rusa, y es buena prueba de lo que haría con los obreros de España ver cómo trata hoy a los dirigentes comunistas. Por sus servicios les da unos rublos; pero, en cambio, los maneja como autómatas y los convierte en instrumentos ciegos, serviles de su política.

Pues bien: si el comunismo acaba con muchas cosas buenas, como el sentimiento familiar y la emoción nacional; si no dan pan ni libertad y nos pone a las órdenes de una nación extranjera, ¿qué

hacer? No vamos a resignarnos con la continuación del régimen capitalista. Hay una cosa de toda evidencia: la crisis del sistema capitalista y sus estragos, ni siquiera atenuados por el comunismo. ¿Qué hacer, pues? ¿Estamos en un callejón sin salida? ¿No hay solución para el hambre de pan y justicia de las masas? ¿Tendremos que optar entre la desesperación del régimen burgués y la esclavitud de Rusia?

LLAMAMIENTO

No. El Movimiento Nacionalsindicalista está seguro de haber encontrado una salida justa: ni capitalista ni comunista. Frente a la economía burguesa individualista se alzó la socialista que atribuía los beneficios de la producción al Estado, esclavizando al individuo. Ni una ni otra han resuelto la tragedia del productor. Contra ella levantamos la sindicalista, que no absorbe en el Estado la personalidad individual ni convierte al trabajador en una pieza deshumanizada del mecanismo de la producción burguesa. Esta solución nacionalsindicalista ha de producir las consecuencias más fecundas. Acabará de una vez con los intermediarios políticos y los parásitos. Aliviará a la producción de las cargas con que la abruma el capital financiero. Superará su anarquía, ordenándola. Impedirá la especulación con los productos, asegurando un precio remunerador. Y, sobre todo, asignará la plusvalía, no al capitalista, no al Estado, sino al productor encuadrado en sus sindicatos. Y esta organización económica hará imposible el espectáculo irritante del paro, de las casas infectas y de la miseria. ¡Trabajadores, alerta! El comunismo y todo el movimiento internacionalista trata de especular con las masas obreras. Con los mismos tópicos que en 1914 –libertad, democracia, progreso– intentan arruinar al Estado en beneficio del que paga: Rusia. Las *concentraciones populares antifascistas* son el taparrabos de los apetitos de Moscú. Ayer imponía la consigna de *clase contra clase*, de lucha violenta en las calles; hoy quiere meter a la masa obrera en andanzas electorales, obligándola con los partidos burgueses de izquierdas. Los obreros, con este cambio de táctica, no van a ganar nada; perderán, tanto si aupán a las izquierdas burguesas como si llevan a participar en el Gobierno a los comunistas y socialistas. Las izquierdas burguesas, bien avenidas con el capitalismo internacional y los marxistas al servicio de Rusia, harán la política que les ordenen sus amos, no la que interese a los obreros españoles. Los trabajadores harán, una vez más, de carne de cañón, y al final no hallarán ni el pan ni la libertad.

¡Trabajadores! ¡Camaradas! Se acercan momentos decisivos. Nadie puede estar cruzado de brazos. Está pendiente la suerte de todos. O los trabajadores, enérgicamente, implacablemente, terminan con el gran capitalismo financiero y se unen al Movimiento Nacionalsindicalista para imponer el régimen de solidaridad nacional, o el internacionalismo nos convertirá en cipayos de cualquier gran poder extranjero.

El movimiento Nacionalsindicalista, consciente de su fuerza y de su razón, mantiene el fuego contra todos los enemigos; contra las derechas, contra las izquierdas, contra el comunismo, contra el capitalismo. Por la Patria, el Pan y la Justicia. Estamos seguros de vencer. Lo exige así el interés de los productores y la conveniencia nacional. Impondremos sin contemplaciones un orden de cosas nuevo, sin hambrientos, sin políticos profesionales, sin caciques, sin usureros y sin especuladores.

¡Ni derechas ni izquierdas! ¡Ni comunismo ni capitalismo! Un régimen nacional. ¡El régimen Nacionalsindicalista! ¡Arriba España!

(*Arriba*, núm. 20, 21 de noviembre de 1935)

EN VÍSPERAS DEL BAILE DE MÁSCARAS

Uno de los más curiosos fenómenos de la política es aquel –tantas veces señalado– que obliga a los profesionales a tener dos caras: la que lucen en público y la que ocultan en la intimidad. Es frecuentísimo ver a quienes se increpan en el hemicycle saludarse afablemente en el salón de conferencias y reprimir –por cierto resto de pudor, no por falta de gusto ni de apetito– los deseos de merendar juntos en el bar.

Esta disciplina de los movimientos espontáneos es, desde cierto punto de vista, plausible. La exhibición en público de toda espontaneidad resultaría indecente. Así, la educación es, un triunfo sobre el humor nativo. Pero estas correcciones de lo elemental son dignas de alabanza cuando obedecen a un principio superior –religioso, moral, estético– acatado en la convivencia. La sujeción impuesta a la sinceridad salvaje por una razón de moral no es comparable con la insinceridad que no tiene justificación o que la busca en razones menos respetables: insinceridad misma.

Tal es exactamente el caso de los políticos: deponen sus luchas, ocultan las verdades, deforman la expresión de su espíritu, no por servir con sacrificio un alto deber, sino por mantener vivo el juego en que la política medra, sin el cual la mayor parte de sus actores tendrían que replegarse al oscuro medio familiar de donde no debieron salir nunca. Porque ésta es la cuestión: quizá el disimulo pudiera tener disculpas si se encaminara a no comprometer algún grave interés de Estado; pero no es eso lo que ocurre: los políticos, al observar sus pactos de silencio, no se han propuesto una gran tarea colectiva, sino sólo pueden asegurar la perduración del juego mismo.

De ahí que quienes están fuera del juego se miren con estupor entre sí, y a menudo con cólera, cuando observan cómo se volatilizan las grandes palabras por las cuales ellos, los de fuera, acaso se sintieron enardecidos hasta comprometer su paz, mientras que los dicentes que las lanzan a voz en, cuello por todos los ámbitos ya han pasado tranquilamente a hablar de otra cosa. Es decir, han recogido la baraja y se disponen a dar de nuevo.

Cuando se barrunta vecindad de elecciones, las componendas llegan a lo, inverosímil. Al gusto habitual por el fingimiento se une, en tales trances, una fuerte dosis de terror. Todos empiezan a temer quedarse sin los puestos y para conservarlos se sienten capaces de vender su alma al demonio. Los que se insultaron hasta la víspera empiezan a decirse cosas tiernas. Otros alaban sin regateo a personas a quienes hubo que desmontar de lugares de mando por graves sospechas de inmoralidad. Aquellos a quienes se acusó de ladrones empiezan a ser llamados personas honorables, cuya lealtad y cuyo patriotismo no se pueden poner en duda. Se cambia hasta el tono de voz como en carnaval. La política se convierte en un baile de máscaras.

Y así se va estrangulando el alma popular, elemental y fuerte, inclinada a decidir por razones claras. Las gentes sufridas del pueblo, las que labran y callan, las que huellan con sus pies los agrios caminos de la tierra, tienen que ceder una vez y otra en su manera llana de entender para plegarse a explicaciones sutiles. De esta manera no suben a la política las calidades de la entraña popular, sino que se van introduciendo en el pueblo los malos usos de la política como un contrabando de estupefacientes. En cada villorrio se monta como un remedo del gran baile de máscaras nacional.

Y si alguien, de pronto, pusiera fin al baile y empezara a llamar las cosas por sus nombres, ¿qué pasaría? ¿Que se hundiría quien mereciera permanecer? ¿Y si no pasaba nada? ¿Y si sencillamente entraba un aire nuevo, incontaminado, a deparamos una atmósfera respirable? Quizá estemos envenenados de sabiduría y necesitemos una recia cura de espontaneidad. Tirar las caretas y salir a los campos con las verdaderas caras y con las palabras verdaderas.

Nosotros lo hacemos y lo haremos más cada día. No nos concederemos descanso en ir de tierra en tierra, con el oído despierto para las viejas venas sepultadas y vivas. Los bailes de máscaras no son para nosotros. Quizá falte muy poco para que, cuando los demás apresten sus disfraces, nosotros, junto a las hogueras campesinas, celebremos la austera alegría de una libertad recobrada.

(Arriba, núm. 21, 28 de noviembre de 1935)

HOMENAJE Y REPROCHE A DON JOSÉ ANTONIO ORTEGA Y GASSET

¿Es la política función de intelectuales? A esa pregunta, lanzada en público, se aprestarían a contestar dos grupos de personas.

Primer grupo: Los que se suponen aludidos de modo directo; es decir, los que se califican a sí mismos como intelectuales. De muchos de ellos sabemos que hablan acerca de cualquier tema con la voz engolada, las cejas fruncidas y una irresistible inclinación a encorsetar todas las conversaciones entre difíciles términos técnicos, pertenezcan o no a la técnica del asunto que se discute. De otros sabemos que son extrafinos: tan finos, tan finos, que no pueden salir a la calle por temor de que los mate un soplo. Estos se agrupan en capillitas semimisteriosas, donde, a punta de dedos, se extraen a los juegos de palabras algunas gotas de belleza, sólo asequibles a los iniciados. Si alguien pregunta por la aportación de aquéllos –los de la voz engolada– o de éstos –los superfinos– a la tarea del pensamiento humano, llegará a saber con estupor que lo más que unos y otros han dado a luz es una sola línea; que varios han producido cien páginas de pálida hibridez, sobre las que nadie entiende cómo pueden montar los interesados la convicción confortadora de su superioridad sobre el resto de los mortales; y que algunos han escrito, sí, varios volúmenes ininteligibles, con los cuales, de momento, acongojan al vulgo lector, humildemente convencido de su incapacidad para penetrar el maravilloso secreto de la esfinge colocada a su vista; hasta que alguna persona dotada de salud normal y libre de respetos humanos, revela al vulgo lector cómo aquel pobre simulacro de esfinge carece de todo secreto.

Segundo grupo: Los aristófobos (¿dónde colocar esta palabra mejor que en unas líneas dedicadas a don José?): aquellos a quienes "les carga" la gente que se empeña en buscar a las cosas explicaciones difíciles. "Déjeme usted de intelectuales; los intelectuales no dan una; lo que hace falta es gente con honradez y sentido común. Si hubiera una docena de políticos decentes, España estaba arreglada en un par de años..." Así suelen formular estas personas en un minuto diagnóstico y tratamiento para el mal de España.

Como entre nosotros sólo se concibe en lo dialéctico posiciones extremas (en lo dialéctico, entiéndase, porque luego, en el trato social directo, todos acaban por entenderse y tomarse unas copitas juntos), los que no militan en el primero de los dos grupos imaginados se alistan animosamente en el segundo. O "intelectuales" bajo su palabra o gentes que "se saben de memoria" lo que son los intelectuales y para lo que sirven. Claro está que ni con un grupo ni con otro tiene que contar para nada el que se proponga dedicar unos minutos a meditar esta cuestión: ¿es la política función de intelectuales?

Específicamente, la política no es función de intelectuales. Pero no, ni mucho menos, por las razones que aducen los aristófobos. Si una política no es exigente en sus planteamientos –es decir, rigurosa en lo intelectual–, probablemente se reduce a un aleteo pesado sobre la superficie de lo mediocre. Tiene que buscarse una explicación más profunda al reiterado fracaso de los intelectuales en la política. Acaso valga ésta:

Los valores en cuya busca se afanan los intelectuales son de naturaleza intemporal: la verdad y la belleza, en absoluto, no dependen de las circunstancias. El hallazgo de una verdad es siempre oportuno; la indagación de una verdad no admite apremios por consideraciones exteriores. Uno de los más bellos rasgos de la vocación científica está en esa abnegación con que los operarios de la inteligencia se afanan, a veces, en seguir un rastro a cuyo término no le permitirá llegar la limitación de la vida. Legiones de sabios oscuros caminan por desiertos hacia tierras de promisión que sus ojos no verán nunca. En cambio, la política es, ante todo, temporal. La política es una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada. En política hay obligación de llegar, y de llegar a la hora justa. El binomio de Newton representaría para la Matemática lo mismo si se hubiera formulado diez siglos antes o un siglo después. En cambio, las aguas del Rubicón tuvieron que mojar los cascos del caballo de César en un minuto exacto de la Historia.

Un hombre educado en la busca de los valores intemporales –es decir, un intelectual– puede cualquier día sentirse llamado por la política. En ocasiones no es siquiera moral resistirse al llamamiento. Hay coyunturas de conmoción del mundo o de la Patria en que puede resultar

monstruoso permanecer bajo la lámpara de la propia celda. Pero si se acude al llamamiento de la política no se puede acudir a medias. Así como con la ciencia no se puede *flirtear* —Don José lo ha dicho—, con la política tampoco. Y no basta con llevar decisión más profunda que la de un simple *flirt*, hay que percatarse de que el paso de la ciencia a la política implica una tragedia; es decir, la asunción de un nuevo destino y la ruptura con el anterior. Al echar sobre sí una misión política, el intelectual renuncia a la más cara de sus libertades: la de revisar constantemente sus propias conclusiones; la de conferir a sus conclusiones la condición de provisionales. El método filosófico arranca de la duda: mientras se opera en el campo de la especulación hay, no ya el derecho, sino el deber de dudar y de enseñar a los otros a que duden metódicamente. Pero en política, no; toda gran política se apoya en el alumbramiento de una gran fe. De cara hacia afuera —pueblo, historia— la función del político es religiosa y poética. Los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son ya escuetamente mentales, sino poéticos y religiosos. Precisamente, para que un pueblo no se diluya en lo amorfo —para que no se desvertebre—, la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas. Esta compenetración de la masa con sus jefes se logra por proceso semejante al del amor.

De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitán. Con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo —incapaz de encontrarlo por sí en cuanto masa— su auténtico destino. El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo, ya no puede eximirse de terminar la melodía. Ya lleva sobre sí la ilusión de un pueblo y abierta la cuenta tremenda de cómo la administre. ¡Cuál no ha de ser su responsabilidad si, como el poema de Browning, arrastra a una turba infantil detrás del caramillo para sepultarla bajo la montaña de la que no se vuelve!

* * *

Don José Ortega y Gasset —que cumple en estos días veinticinco años de profesor— oyó la vocación de la política. En esta hora de valoración, ¿quién podrá negarle, si es justo, la clarividencia crítica y la limpieza moral de sus actitudes? No tuvo que expresar a gritos el dolor de España acostumbro gritar pocas veces", ha dicho—; pero nosotros, los hombres nacidos del 98 acá, entendemos muy bien el escozor entrañable que esconde la sobriedad castellana de sus gestos. Acaso porque hayamos aprendido a identificarla en libros suyos. ¡Cómo se nos sube hasta la garganta la mediocridad de una España sin alma común, que al descalzarse el coturno del Imperio no halló modo de andar si no era poniéndose en babuchas! No; don José no quiso hacer de la política un *flirt*, pero se dio por vencido. Cuando descubrió que "aquello", lo que era, no era "aquello" que él quiso que fuese, volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecho de tantas como les fueron a la zaga. Don José fue severo con sí mismo y se impuso una larga pena de silencio; pero no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profético y su voz de mando.

* * *

Otro acaso intentará dar por nulos estos años de expedición a la política. Reintegrarse a las viejas tareas con un 6c aquí no ha pasado nada". Don José sabe que nada de lo que ha pasado de veras se puede dar por nulo. Las actitudes trágicas —como ésta de saltar a la política— no tienen vuelta: o se desenlazan a la otra orilla o se estabilizan en la diaria tragedia, maravillosamente depuradora, de comprobar frustrada la que fue más ardiente esperanza de la propia vida.

Pero nada auténtico se pierde. Cuando un "egregio espíritu" se entrega por entero, hasta agotarse en frustración generosa, nunca se dilapida el sacrificio. Los que vienen detrás tienen ya ganado incluso el aprendizaje de los errores. La crítica precursora ha desbrozado mucho. Otros brazos, con golpes más simples y más fuertes, seguirán la tarea. Al final —acaso en un final no previsto, en los instantes de la crítica precursora—, los que lleguen tendrán un recuerdo de gratitud para los que si no vieron del todo la verdad o no tuvieron fuerzas para entronizarla, al menos deshicieron a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras.

Una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset se ha impuesto a sí misma, también trágicamente, la misión de vertebrar a España. Muchos de los que se alistaron hubiesen preferido seguir, sin prisas ni arrebatos, la vocación intelectual... Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la

piel y las entrañas. Por fidelidad a nuestro destino andamos de lugar en lugar soportando el rubor de las exhibiciones; teniendo que proferir a gritos lo que laboramos en la más silenciosa austeridad; padeciendo la deformidad de los que no nos entienden y de los que no nos quieren entender; derrengándonos en ese absurdo simulacro consuetudinario de conquistar la "opinión pública", como si el pueblo, que es capaz de amor y de cólera, pudiera ser colectivamente sujeto de opinión... ; todo eso es amargo y difícil, pero no será inútil. Y en esta fecha de plata para don José Ortega y Gasset se le puede ofrecer el regalo de un vaticinio: antes de que se extinga su vida, que todos deseamos larga, y que por ser suya y larga tiene que ser fecunda, llegará un día en que al paso triunfal de esta generación, de la que fue lejano maestro, tenga que exclamar complacido: "¡Esto sí es!"

(Haz, núm. 12, 5 de diciembre de 1935)

HOJAS DE LA FALANGE

INDUSTRIALES, COMERCIANTES, LABRADORES, GANADEROS, PESCADORES, ARTESANOS, EMPRESARIOS, PRODUCTORES DE ESPAÑA

¿SABÉIS LO QUE OS ESPERA?

Os espera para muy pronto una nueva revolución comunista. El actual Estado español, impotente y escéptico, se encontró milagrosamente con una victoria sobre la intentona terrible de octubre de 1934. Si hubiéramos tenido algo que se pareciese a un buen equipo de gobernantes, la revolución comunista, diestramente desarticulada, no hubiera vuelto a levantar la cabeza en muchos lustros. ¿Es eso lo que ha ocurrido? No hagáis caso del optimismo oficial, que todo lo pinta de color de rosa; asomaos a los hechos y juzgad por ellos si el peligro rojo puede considerarse evitado.

Todos los domingos se celebran en distintas ciudades españolas mítines comunistas. Hay en ellos profusión de puños en alto, vivas a Largo Caballero y a González Peña —condenado el uno y acusado el otro como jefes de la rebelión de hace un año—; multitudes enardecidas no sólo no muestran la menor contricción por las enormidades de Asturias, sino que se jactan de haberlas realizado. Ved *Alianza Obrera*, de Valencia; ved *La Verdad*, de Sevilla. Y leed en sus páginas cosas como éstas:

SI LLEGAN A TRIUNFAR

Si llega a triunfar la ola roja, ¿quiénes hubieran sido sus víctimas? ¿Los grandes capitalistas? Ciertamente, no; el gran capitalismo es internacional; cuando recibe un golpe en un país, cubre las pérdidas con lo que en otros países gana. Rusia ha acabado por ser la tierra de los grandes negocios para unos cuantos financieros. Las víctimas —aquí como en Rusia— hubiéreis sido vosotros, pequeños industriales, pequeños comerciantes, pequeños ganaderos y agricultores, pescadores y artesanos... Vosotros sois siempre las víctimas de la revolución; vuestras casas arden las primeras; vuestros negocios son los primeros que se *socializan*. Además, como vuestras reservas económicas son escasas, no podéis resistir en espera de mejores tiempos.

Y esto pensando sólo en lo material. Pensad ahora en lo espiritual. Pensad en la blasfemia estimulada casi como virtud cívica; en la idea de la patria arrancada del alma del pueblo; en el sentimiento de familia, extirpado como prejuicio burgués; en el pudor, hecho objeto de befa... Pensad en que vuestras hijas, en la escuela materialista que el Estado rojo implantara, oirían recomendar el amor libre. Esto no son fantasías. Antes de 1917 pudiera recusarse un cuadro así como ennegrecido con miras de propaganda; pero desde 1917, la realidad en Rusia proclama que todo es verdadero y posible.

No vale meter la cabeza bajo el ala y decir, por ejemplo: "¡Bah!, aquí no puede arraigar el comunismo; somos muy individualistas". Vano subterfugio. Los rusos también son individualistas, a los rusos no les gusta el comunismo; pero el comunismo —¡no lo olvidéis!—, una vez triunfante no se sostiene por la aceptación del pueblo, sino por la fuerza y el terror. El partido comunista ruso, con sólo dos millones de afiliados, se mantiene en el Poder gracias a su inmenso Ejército, bien retribuido, y a la ocupación de los puestos de mando. Y para mantenerse no vacila en adoptar las medidas más atroces: durante diez años el Poder bolchevique ejecutó casi dos millones de fusilamientos.

TAMBIÉN EL CAPITALISMO OS MALTRATA

Bien sabéis vosotros que el gran capitalismo tampoco os hace felices. La competencia con él es ruinosa para vosotros; la gran industria de enorme producción en serie devora a la pequeña industria y a la artesanía, incapaces de producir tan barato, aunque produzcan con más primor; los grandes almacenes de precio único o de precios tipos hunden al pequeño comercio; los agricultores pequeños tienen que vender a cualquier precio sus productos para que los revendan poderosos intermediarios; los ganaderos y pescadores, lo mismo; y la Banca los atosiga a todos con los créditos caros, el descuento caro, los plazos cortos y el interés compuesto.

FRACASO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Los partidos políticos no han mejorado en nada vuestra suerte. Los de izquierda estuvieron a punto, en dos años, de arruinaros sin remedio. Los de derecha, vacilantes y prisioneros del gran capital que los sostiene, ni han sabido implantar un régimen económico más justo, en favor de los verdaderos productores, que sois vosotros y los obreros, ni han sabido alejar implacablemente la amenaza comunista. Por no descubrir la verdadera trama del juego, siguen dejando que arda la lucha de clases entre vuestros obreros y vosotros, cuando lo que esquilma a vosotros y a vuestros obreros es una tercera fuerza especuladora e improductiva: el gran capital financiero, que recaba para sí lo mejor que producen vuestros esfuerzos conjuntos. Si el producto entero de la dirección, la técnica, la propiedad real y el trabajo quedaran en manos de quienes de veras cooperan a su obtención, las luchas sociales serían mucho menos duras. Pero los partidos de derechas nunca llevarán a cabo la verdadera transformación económica. Así perdurará el rencor conque los obreros y empresarios luchan como perros hambrientos por el mendrugo que el capitalismo les deja. Y los demagogos – esos *apóstoles* del proletariado que han hallado en la agitación una manera de encubrir su gandulería– azuzarán el odio y acelerarán los intentos revolucionarios. Y vosotros, en medio, víctimas de los unos y de los otros, iréis viendo clarearse vuestras filas con los atentados *sociales* y con las quiebras.

SÓLO HAY UN CAMINO

Urge rehacer España sobre bases nuevas, fuertes y justas. Daos cuenta de que esto es *completamente posible* en cuanto los españoles nos unamos resueltamente para hacerlo: España no ha padecido con el rigor de otras naciones la crisis económica de hace unos años. No entró tampoco en la guerra europea. Tiene innumerables cosas por hacer, en las que pueden hallar trabajo, durante un siglo, cuantos quieran trabajar de veras. ¡Qué magnífico porvenir se nos presenta como realizable! ¿Y qué impide que lo realicemos? ¡La política! La política, que nos desune, nos envenena, sacrifica por miras electorales el verdadero interés del pueblo y gasta en querellas inútiles el esfuerzo que debiera emplearse en trabajar por el bien de España. Ya no nos queda partido político en que confiar: las izquierdas os maltrataron; las derechas han perdido dos años preciosos; dentro de tres meses, todo lo más, por no haber sabido evitarlo las derechas, España será entregada de nuevo a la inseguridad de unas elecciones. *En ellas triunfarán los partidos revolucionarios de octubre*, y volverá otra era de persecución, desastre económico y rencor. Si las derechas, que os prometieron tanto, hubieran sido fuertes, inteligentes y, sobre todo, *nacionales*, eso no hubiera podido ocurrir. ¿Seguiréis, después del fracaso, confiando en ellas?

No hay más que un camino: nada de derechas ni izquierdas; nada de partidos: un gran movimiento nacional, esperanzado y enérgico, que se proponga como meta la realización de una España grande, libre y unida. De una España *para todos los españoles*, ni mediatizada por poderes extranjeros ni dominada por el partido o la clase más fuerte.

Hace falta un movimiento nacional nutrido, además, del viejo temple heroico de España. Un gran movimiento que no tolere las provocaciones de insolencia roja ni asista impasible al asesinato de sus militantes como asisten, débiles, los partidos llamados *de orden* y las asociaciones profesionales en que estáis inscritos. Un gran movimiento nacional que aspire a refundir de nuevo ese mismo temple heroico de la patria entera, llamada otra vez, si lo queremos firmemente, a realizar gloriosos destinos.

Pues bien: ese gran movimiento nacional ya existe. Contra todas las persecuciones, contra todas las dificultades, bajo el silencio tramposo de la Prensa capitalista, ese movimiento ha penetrado ya en todos los pueblos de España y se extiende cada minuto. *Su triunfo está próximo*. Quizá algún escéptico sonría al leer esta frase; pero los escépticos, los cautos, se han equivocado *siempre*. Sólo la fe remueve montañas, y la fe es un gran destino español, es el patrimonio de ese movimiento que os convoca a sus filas. Se llama la *Falange Española de las J.O.N.S.*

(*Arriba*, núm. 22, 5 de diciembre de 1935)

EL FRENTE NACIONAL

Interrogado nuestro jefe por un periodista acerca de la posibilidad de que se constituya un frente nacional antirrevolucionario, y de las bases sobre las cuales se podría concertar, ha respondido en los siguientes términos:

—En contestación a sus preguntas, resumo la parte de mi discurso del día 17, que se refería a la misma cuestión.

Contra el peligro bolchevique —cada vez más acentuado por el desplazamiento hacia posiciones extremas de las masas socialistas— hay que formar, no el frente *antirrevolucionario* —puesto que España necesita una revolución—, sino el Frente Nacional, delimitado por las siguientes exclusiones y exigencias:

I. Exclusiones. Nuestra generación, que es a la que corresponde la responsabilidad de desenlazar la presente crisis del mundo, no puede sentirse solidaria:

a) Por razón histórica, de los que quieran cobijar bajo la bandera nacional nostalgias reaccionarias de formas caídas o de sistemas económico—sociales injustos.

b) Por razón ética de los que se hayan habituado a vivir políticamente en un clima corrompido.

II. Exigencias. El Frente Nacional habrá de proponerse:

a) La devolución al pueblo español de una nueva fe en su unidad de destino y de una resuelta voluntad de resurgimiento.

b) La elevación a términos humanos de la vida material del pueblo español.

Lo primero exige una revitalización de los valores espirituales, sistemáticamente relegados o deformados durante mucho tiempo, y, sobre todo, la insistencia en esta concepción de España como expresión de una comunidad popular con un destino propio, diferente del de cada individuo, clase o grupo, y superior a ellos. Lo segundo —es decir, la reconstrucción económica de la vida popular, impuesta con doble motivo en esta época de liquidación del orden capitalista— exige urgentemente:

a') Una reforma crediticia que llegue incluso a la nacionalización del servicio de crédito, en beneficio de la economía total.

b') Una reforma agraria que determine, en primer lugar, las áreas cultivables de España (las actuales y las posibles, mediante una preparación técnica), entregue al bosque o al pasto todo lo que quede fuera de esas áreas cultivables e instale en ellas *revolucionariamente* (es decir, indemnizando o no) a la población campesina de España, bien en unidades familiares de cultivo, bien en grandes cultivos de régimen sindical, según lo exija la naturaleza de las tierras.

Lo que no sea la aceptación sincera y austera de un programa así, con todo lo que implica de sacrificio, no tendrá nada de una verdadera posición contraria al bolchevismo —que descansa, sobre todo, en una interpretación materialista del mundo—, sino que será un intento igualmente materialista, y además inútil, por conservar un orden social, económico e histórico, ya herido de muerte.

(Arriba, núm. 22, 5 de diciembre de 1935)

PRUDENCIA

Hay que evitar la provocación. Nada de provocaciones que exciten los delicados nervios de los súbditos de Moscú o de los cómplices del separatismo. Mucha prudencia. Gritar "¡Arriba España!" por las calles es cosa que puede molestar al señor Largo Caballero, al señor Lamonedá o al señor Hernández Zancajo, presidente de las Juventudes Socialistas. Si se pintan flecha y yugo en una pared, ¿cómo reprobar que otros pinten hoz y martillo? Este es el sabio criterio del Estado liberal: la ley ha de ser igual para todos: para los buenos y para los malos; para los que tratan de sovieterizar a España y para los que estamos dispuestos a impedirlo. Todos iguales: la misma temporada de cárcel para socialistas y nacionalsindicalistas. Claro está que aquéllos prendieron fuego a una provincia española y varios de éstos dieron su vida entre los tiros y las llamas. Pero el Estado liberal no puede entrar en esos distinguos. Todos iguales. Todos prudentes. Puños en alto, no; pero tampoco manos abiertas. Que nadie provoque a nadie. ¿Quién dice que el clamar "¡Arriba España!" no constituya una provocación?

La provocación surge donde menos se espera. Ahora mismo, en un cinematógrafo de Madrid, se proyecta una película acerca de nuestra gloriosa Legión africana. La película ha hecho correr por nuestros espinazos, a un voltaje infinitamente multiplicado por el orgullo de lo propio, la corriente imperial y militar que de modo reflejo nos comunicó, no hace mucho, el espectáculo de *Tres lanceros bengalíes*. Pero ¿no constituirá provocación para algunos ver así enaltecido a nuestra Legión?

La prudencia de nuestros gobernantes debía meditar acerca de este punto.

(*Arriba*, núm. 22, 5 de diciembre de 1935)

ENTRE CABALLEROS

EL SEGUNDO GALÁPAGO

Apenas extinguidos los últimos fulgores del *straperlo*, y durante el respiro que nos proporcionaba la espera del sumario instruido por el señor Bellón, he aquí recién nacido un nuevo *straperlo* que, como acontece a los hermanos menores en los cuentos de hadas, va a dejar chiquito a su hermano mayor. Sería ocioso relatar de nuevo los hechos de la denuncia, ya divulgados en todos los diarios; en síntesis, hubo esto: cierta Compañía de navegación que daba servicio en nuestras colonias de Africa Occidental vio rescindido su contrato por decisión del Gobierno. Recurrió al Tribunal Supremo, y éste declaró que el contrato estaba mal rescindido y condenó al Estado a pagar daños y perjuicios a la Compañía. No precisó su importe, sino que se limitó a declarar la legitimidad jurídica de la indemnización. Pasó el asunto de nuevo a la vía gubernativa para que se tasaran los daños experimentados por los contratistas. Los daños y perjuicios, como sabe el más lego en materias jurídicas, representan la diferencia entre la situación patrimonial en que el perjudicado se hallaría si el contrato se hubiera cumplido y aquella que verdaderamente se encuentre; es decir, que para valorar el importe de la indemnización habría que escribir en una columna, en nuestro caso, los presuntos ingresos del servicio prestado por la Compañía— en otra columna, los gastos presuntos del mismo servicio, y restar esta columna de aquélla para obtener el saldo indemnizable. Sin embargo, la Sociedad en cuestión, por especialísimo favor de la suerte, cuya explicación es difícil indagar, se encontró con unos funcionarios propicios para quienes la cuenta de indemnizaciones se componía de una sola columna: la de los "ingresos" (subvención del Estado, beneficios, etcétera), sin contrapartida alguna de "gastos". Es decir, que los daños y perjuicios se calcularon como si en Africa Occidental el sostener un servicio de barcos no costara *nada* y produjese descansadamente —tal como dicen que caen allá los frutos maduros en la boca de los indígenas tumbados bajo los árboles— sabrosas entradas. Por tan galano procedimiento, el Estado resultaba deber a la Compañía de navegación varios millones de pesetas.

No obstante haber informado el Consejo de Estado en *contra* de la propuesta, el presidente del Consejo de Ministros y glorioso patriarca don Alejandro Lerroux la hizo suya y la llevó al Consejo. En él se despachó cualquier día de agobio sin que se posaran en el expediente otros ojos que los de don Antonio Royo Villanova, de cuya bizarria mental aumentan a diario las pruebas. Y el Consejo de Ministros acordó el pago de la indemnización.

Hasta aquí la cosa no es más que extraña; desde el siguiente capítulo ya es algo peor. Según nuestras leyes, cuando el Estado es condenado a devolver dinero en cantidad que pase de 300.000 pesetas, tiene que aprobarse en las Cortes un crédito extraordinario. ¿Se hizo esto en el caso denunciado por el señor Nombela? Ni por asomo. ¿No había en la Presidencia del Consejo de Ministros un sabroso tesoro colonial del que podían extraerse tres millones y pico sin más que poner a un cheque las firmas del señor Lerroux y del señor Moreno Calvo, subsecretario de la Presidencia? ¡Pues a hacerlo, que así se sirve a los amigos! Y la orden de pago fue dada. Sólo que, por desgracia, para que se cumplimentase tenía que pasar por las manos de un intachable oficial del Ejército, caballero de San Fernando, que se llama don Antonio Nombela. Y este señor no sólo se negó en redondo a dar paso al galápago, sino que puso en alarma a otros ministros y magistrados de altísima jerarquía, provocó una nueva deliberación del Consejo y dio lugar a que el primer acuerdo se renovase y los intereses del Tesoro quedaran a salvo. El señor Lerroux, en justo reconocimiento al servicio ejemplar prestado por el señor Nombela, le destituyó fulminantemente.

EL VICIO DE BORDAR

Que el señor Gil Robles es persona intachable, nadie lo duda; pero por esa extraña deformación psicológica que acaba por imprimir la política a quienes le toman afición, el señor Gil Robles ha perdido la aptitud, por lo visto, para asquearse y encolerizarse contra lo que pasaba en sus inmediatas cercanías. No sólo no denunció públicamente el intento de asalto al Tesoro colonial que acababa de realizarse, sino que cuando el señor Cano López habló de él en el Congreso, fue el propio señor Gil Robles quien, con destreza y desparpajo, afirmó que la conducta del presidente había sido intachable. Y no más que el viernes de la semana pasada, ya con el cadáver del galápago en pleno hemicycle, lo ha vuelto a decir.

¿En qué postura va a encontrarse el señor Gil Robles cuando, dentro de muy pocos días, se haga la autopsia pública y convincente del apestoso animal? Esta pregunta anda ya en todos los labios, y quienes la formulan con mayor angustia son los diputados de Acción Popular, nunca como ahora ganados por la falta de fe. ¡Veneno de la política! El señor Gil Robles va a verse envuelto, por encubridor, en un asunto que le produce, esto no lo niega nadie, la más auténtica repugnancia. ¿Y por qué? Sencillamente, por no haberse encarado con el asunto de un modo elemental y sincero, como lo hubiese hecho si no fuera político o si lo fuera de mayor altura. Por la deformación psicológica profesional de que antes se hablaba, el señor Gil Robles ha perdido la visión clara, directa, del impresionante tema moral, porque entre el tema y él se han interpuesto, hipertrofiadas, todas las argucias técnicas, todas las habilidades políticas, todas las cautelas y previsiones. En vez de haber cortado por lo sano, el señor Gil Robles se ha enfrascado en bordar, se ha envidiado en bordar. Y mientras bordaba se preparaba fuera el huracán que acaso le arrastre.

DESORIENTACIÓN Y VARIETÉS

Las Cortes ofrecen el espectáculo de un sanatorio de neurasténicos: todos pasean arriba y abajo desasosegadamente. Nadie sabe qué es lo que se está haciendo ni adónde se va. El señor Chapaprieta se obstina en hablar de sus proyectos económicos, para hacer creer que confía lo más mínimo en su aprobación. Pero no le cree nadie. Ni los nervios enfermos de los acogidos al sanatorio están para esas cosas. No pasan de diez los diputados capaces de remendar un interés verdadero por el proyecto de reforma del impuesto de Derechos reales. Bien que, eso sí, los voluntarios cumplen su misión con tenacidad ejemplar. Algunos, como los señores Izquierdo Jiménez y Manglano, han ganado trofeos valiosos por las horas de duración material de sus discursos y por los siglos a que han extendido –singularmente el primero– su erudición.

De los presupuestos, ni hablar. Ya no quedan sesiones suficientes para aprobarlos, y mucho menos en su cotejo de leyes complementarias. En vista del apremio, ¿qué hacen las Cortes? ¿Habilitar sesiones extraordinarias? ¿Intensificar su labor? No; emplear las tardes en varietés, tales como proposiciones incidentales e intermedios cómicos a cargo del antiguo jabalí y hoy inofensivo tozudo doméstico señor Pérez Madrigal.

ABSOLUCIÓN

Largo Caballero ha sido absuelto. El Tribunal Supremo ha puesto en claro que no tuvo nada que ver con la revolución de octubre. ¿Pues no había desaparecido el día 2 y estuvo sin aparecer hasta machos días más tarde? No; estaba en su casa. ¿En su casa? ¿Y cómo no lo encontró la Policía? Porque no lo buscó. ¡Ah! Pero, ¿no le buscaba durante los sucesos? ¿No se estuvo diciendo que se le buscaba durante todos aquellos días? ¡Que no, hombre; no insistan ustedes en preguntar! Ahí están los resultandos y los considerandos.

(*Arriba*, núm. 22, 5 de diciembre de 1935)

EL ASUNTO "NOMBELA"

(Discurso pronunciado en el Parlamento el 7 de diciembre de 1935)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Calculo que los republicanos de esta Cámara no caerán en la fácil trampa de admitir que haciendo justicia esta tarde, que sajando implacablemente esta tarde el absceso moral que ha estado soportando el Estado español durante los últimos meses, va a padecer la República. Yo creo que padecería mucho más tratando violentamente de absorberlo. Y yo, que no soy el llamado a poner esto en claro, voy a contribuir con unas palabras, por participación decorosa en la vida política de España y el Estado español, a sajar este absceso. Lo grave en esto, lo grave es, como decía recientemente en caso parecido, el clima moral que ha venido a ahogarnos a todos; el clima moral en que se nos está haciendo vivir a todos desde hace algún tiempo, y este clima moral –por eso mi impaciencia se adelantaba a interrumpir al presidente de la Comisión– se manifiesta con más inaudito descaro cabalmente en los días y en las semanas que siguen a la primera frustración del asalto al Tesoro colonial español.

Ya saben todos, porque esto se nos ha dicho en los dictámenes, los hechos que dan lugar al expediente, primero, y a esta disposición, ahora. Una compañía de navegación presta, mejor o peor –algo mal debe de prestarlo cuando tantas veces insiste la Administración en rescindir el contrato que presta–, un servicio de navegación en nuestras posesiones de Africa Occidental. La Administración le rescinde la primera vez el contrato; acude en recurso contencioso-administrativo al Tribunal Supremo, y el Tribunal Supremo anula la rescisión, ya lo sabéis, no porque la rescisión haya sido injusta, sino porque hay ciertos defectos en el expediente que obligan a que se reponga cierto trámite. En efecto: se repone el expediente a ese trámite, cuando ya había sido solicitada por la Compañía una indemnización de daños y perjuicios, y se llega a un nuevo pronunciamiento de rescisión. Nuevo recurso contencioso-administrativo y nueva declaración del Tribunal Supremo, el cual dice que esta vez ha habido otro defecto de forma; creo que es el de que no se ha dado audiencia a la Compañía en tiempo para que contestase al pliego de cargos. Sólo por este defecto de forma, por este defecto procesal, anula otra vez el Tribunal Supremo la decisión de dar por rescindido el contrato, y otra vez, como antes, se abstiene de decir si la rescisión ha estado bien o mal hecha, y nuevamente se abstiene de decir que haya que pagar daños y perjuicios a la Compañía concesionaria. (*El señor O'Shea: "Está en un error el señor Primo de Rivera".*) Luego me rectificaré su señoría, cuando yo siga y se vea si me he enterado o no del expediente, a pesar de las amables dificultades que he encontrado precisamente por parte del señor diputado que me interrumpe. (*El señor O'Shea: "Señor presidente, no se puede dejar flotando en la Cámara esa afirmación. Que diga el señor Primo de Rivera qué dificultades ha encontrado en mí, y yo le contestaré inmediatamente".*)

El señor PRESIDENTE:

Ya hablará el señor Primo de Rivera y podrá contestarle su señoría.

El señor PRIMO DE RIVERA:

Yo se lo diré al señor O'Shea en cuanto guarde silencio. (*El señor O'Shea: "Le escucho con toda atención".*) Digo dificultades amables, porque no han sido dificultades graves que, en último caso, hubiera podido saltar. Pero no me negaré su señoría que su semblante no revelaba satisfacción y contento las dos veces que yo esta mañana le pedí el expediente. (*Rumores. El señor O'Shea: "Inexacto en absoluto. Sufre su señoría un error".*) Esta mañana, cuando me vio su señoría aparecer en los pasillos y le dije que iba a ver el expediente, me dijo: "Está todo ocupado. Va a ser muy difícil verlo". Pues para chisme, basta. (*Rumores. El señor O'Shea: "Nada de eso; todo lo contrario. ¿A mí qué me importa el expediente? Piénselo el señor Primo de Rivera. ¿Qué interés podía guiarme?"*) Como iba diciendo, se reserva a la Compañía concesionario las acciones para que reclame los daños y perjuicios por la vía que estime oportuna, y ella estima que la vía oportuna es la administrativa. En esto, hasta ahora, la Compañía tiene razón. En efecto, reclama sus daños y perjuicios y se liquidan estos daños y perjuicios sobre esa pintoresca base. Ya empieza a ser un poco extraño el criterio jurídico que preside la liquidación de daños y perjuicios en este expediente.

Antes, en ocasión de la primera rescisión –del primer intento de rescisión, que no llegó a cuajar del todo, porque fue repuesta en el servicio la Compañía–, se había practicado cierta liquidación de daños y perjuicios un poco galantemente, que la Compañía aceptó con mucho gusto, y que los cifraba en una cantidad de 524.118 pesetas. Hubo un segundo periodo en que la Compañía, repuesta al servicio, estuvo prestándolo, y en que parece que no se le abonó la subvención concertada en el convenio con el Estado, y hubo un tercer período, que es el período de la segunda rescisión, en que por segunda vez se interrumpe el servicio. Pues bien: la Administración, lisa y llanamente, dice: por el primer periodo te abono 524.118 pesetas, que ya liquidamos de acuerdo; por el segundo período te abono 414.000 pesetas, que te debía abonar como subvención mientras diste el servicio, y por el tercer periodo, con todo candor, te abono las subvenciones que hubiera tenido que abonarte de haber seguido dando el servicio, y como estas subvenciones, desde entonces hasta aquí, representan 2.095.200 pesetas, te las abono.

Naturalmente, el señor Gil Robles, profesor de Derecho público, aunque también hay algunos profesores de Derecho público que de cuando en cuando se duermen, dijo que no podía compartir este criterio en la tasación de los daños y perjuicios, y no lo podía compartir porque es elemental que las subvenciones del Estado a cualquier Compañía que presta un servicio público arranca de la base... *(El señor Royo Villanova: "Pero todo arranca de la Dictadura. Hay que empezar por eso". Rumores. "Tiene razón todo aquel que ha sido atropellado por la Dictadura, y por eso lo defiende. Yo combatí a la Dictadura, y la sigo combatiendo".)* Pues bien, en aquel contrato que se hizo en tiempos de la Dictadura, , no me importa decirlo... *(Rumores.)* ¡Pregúnteme vuestras señorías lo que quieran! ¡Voy a decir muchas cosas más de las que esperan vuestras señorías! *(Exclamaciones. El señor Royo Villanova: "Ya se despertará ese catedrático de Derecha público". Risas.)* Se debe ir dando prisa.

Pues en esas subvenciones, como en cualquier subvención concedida por la Dictadura o por cualquier otro Gobierno, se arranca del supuesto de que la explotación directa del servicio es deficitaria; nunca se regalan subvenciones. Se dan subvenciones para proteger servicios públicos que el Estado necesita y que no se pueden cumplir con empresa privada con la aspiración a una ganancia, más o menos legítima, de quien lo monta; pero, naturalmente, cuando se interrumpe la prestación del servicio, desaparece el déficit que cubre, en parte, la subvención; el dar subvención entera es simplemente hacer un regalo.

Los daños y perjuicios –esto lo sabemos todos, porque en esta Cámara casi todos somos abogados, y, además, porque es una cosa tan vulgar que no podemos aspirar a una magistratura quienes lo comunicamos– son, simplemente –perdóneme la Cámara que explane un concepto elemental–, el restablecimiento del nivel patrimonial en que se estaría si el incumplimiento no se hubiera dado. Los daños y perjuicios no son una pena civil; son simplemente el restablecimiento de un nivel patrimonial. Lo que hay que poner en claro es saber cuál sería el nivel patrimonial de la Compañía si el servicio se hubiera seguido prestando; qué beneficios hubiera tenido la Compañía computando en una columna las subvenciones, los fletes, etc., y computando en otra columna los gastos de carbón, de personal, de transporte, etc. Puede incluso acontecer y acontece muchas veces, que si hubiera seguido prestando servicio, la Compañía habría experimentado una pérdida y, en ese caso, no hay que abonar los daños y perjuicios, porque éstos, repito, son el restablecimiento de un nivel patrimonial y no el pago de una pena civil.

Pues bien: la Administración, olvidando esta cosa elementalísima, concede graciosamente a la Compañía de navegación las subvenciones íntegras, como si el servicio se hubiera venido dando, y le otorga 3.033.018 pesetas. Cuando en otra ocasión, en el mes de julio, el señor Gil Robles se sentía obligado, por lealtad, a defender al entonces presidente del Consejo de Ministros, don Alejandro Lerroux, decía: "Pero si en prueba de la intachable lealtad, de la corrección impecable con que el señor Lerroux consideraba este asunto, no hay más que aducir el hecho de que encomendó la práctica de esta liquidación, la instrucción de este expediente, la liquidación de daños y perjuicios, a funcionarios del Ministerio de Hacienda." *(El señor ministro de la Guerra: "No ha dicho eso, pero no quiero interrumpir; siga su señoría su razonamiento".)* Supongamos que no lo ha dicho. *(El señor ministro de la Guerra: "No tiene importancia".)* Bien. Algunos han alegado, como prueba de objetividad en la tramitación de este expediente, que don Alejandro Lerroux sometiera esa liquidación de daños y perjuicios a funcionarios designados por el Ministerio de Hacienda. A don Alejandro Lerroux no se le iba a interponer ese pequeño obstáculo porque fuesen funcionarios del Ministerio de

Hacienda o de la Presidencia; la cosa no iba a variar, ya que él estaba dispuesto, incluso, a no hacer caso del dictamen del Consejo de Estado, a ir contra el parecer del Consejo de Estado. ¿Qué más le daba, pues, el parecer de algún funcionario de Hacienda? (*El señor Mateo de la Iglesia: "En la segunda rescisión tampoco se hizo caso del dictamen del Consejo de Estado".*) ¿Qué quiere su señoría que le diga? No era yo presidente del Consejo de Ministros, creo recordar.

Pues bien: contra el parecer del Consejo de Estado, se llevó al Consejo de Ministros una proposición de acuerdo, por virtud de la cual se iba a abonar, lisa y llanamente, los tres millones y pico de pesetas a la Compañía Africa Occidental y se le iban a abonar, y esto es más grave todavía, con cargo al Tesoro colonial. Esto no tiene la más ligera justificación, porque el Tesoro colonial, en la interpretación más amplia, tendrá que hacer frente a los servicios que se refieren a las colonias, pero, ¿quién nos va a hacer creer que una indemnización impuesta a la Administración española por incumplimiento de un contrato, una indemnización que tiene su título –eso también lo sabéis todos–, no en el contrato mismo, sino en el hecho jurídico del incumplimiento, que es novatorio, que da lugar al nacimiento de una obligación nueva, ha de ser satisfecha por el Tesoro colonial? ¿Qué tiene que ver el Tesoro colonial? Para hacer frente a esa indemnización, aun en el caso de que fuera justa, había que solicitar un crédito extraordinario, había que obtener un crédito extraordinario, y entonces se hubiera podido pagar a la Compañía concesionario Africa Occidental.

Se llevó este asunto al Consejo de Ministros, y aquí acontece la escena más grave, que no es preciso comentar, porque también es la más conocida. Los señores ministros de aquel Consejo no están de acuerdo en si se llegó o no a una resolución. Respetabilísimos señores ministros dicen que no hubo tal acuerdo, y que la prueba es que está escrito a máquina, sin que lo firme el secretario del Consejo, y no está sellado. Ese acuerdo, por tanto –se dice–, no ha existido. "Tuvimos un cambio de impresiones en pie. No pudimos creer que se trajera como proyecto de acuerdo del Consejo lo que era, simplemente, una propuesta de la Subsecretaría de la Presidencia. Nos retiramos sin haber Regado a coincidencia alguna entre nosotros. Nunca creímos que aquello era un acuerdo válido y eficaz." Y el señor Gil Robles, buen profesor de Derecho Público, dice: "Si lo hubiera sido, no hubiéramos podido volver contra él en el Consejo siguiente, porque entonces sena ya un acuerdo firme, que sólo podríamos impugnar declarándolo lesivo y recurriéndolo en vía contencioso-administrativa".

Tomado el acuerdo o no, cuando dicen algunos señores ministros que no se tomó, cuando el que menos debe tener la duda de si estaban cumplidos los requisitos, a toda prisa, sin esperar ni que el señor Lucía ponga su firma debajo; a toda prisa, sin solicitar el crédito extraordinario de las Cortes, se libra un cheque contra el Tesoro colonial y se da una orden contra el Tesoro, que ha sido sustraída del expediente y que ha venido a destiempo, traída por el señor Moreno Calvo, en cuyas manos estaba. (*El señor Arrazola: "Esto es totalmente inexacto, y yo emplazo a su señoría a que lo demuestre en este momento".*) ¿Que no era un cheque? ¿Que era una orden de pago? ¡Qué más da! (*protestas en la minoría radical.*) Pero, ¿es que vamos a jugar con las palabras? Contra el Tesoro colonial no se extendió cheque –gracias al señor Nombela–, pero se extendió una orden de pago. (*El señor Muñoz de Diego: "Contra el Tesoro colonial se extienden cheques; lo ha dicho terminantemente el señor Nombela en su declaración".*) Señor defensor de don Alejandro Lerroux... (*Protestas en la minoría radical. El señor Muñoz de Diego: "Yo no soy defensor de nadie ahora".*) Señor presidente de la Comisión, ¿se dio o no a la Intervención de Colonias la orden de realizar el pago? (*El señor Muñoz de Diego: "Yo sólo sé que hay una orden firmada por don Alejandro Lerroux; no sé si se llegó o no a la intervención". Rumores. "No se firmó ningún cheque, ni se dio ningún cheque, ni se interesó ningún cheque." –El señor González Ramos: "¡Gracias al señor Nombela!"*) Y entonces se interpuso en el camino el intachable oficial del Ejército español señor Nombela, a cuya tenacidad, a cuyo exceso de celo, como se ha dicho aquí alguna vez, se debe el que no se pague del Tesoro colonial aquella cantidad de más de tres millones de pesetas. El señor Nombela se cruzó en el camino de aquel asalto, y comunicó sus escrúpulos a varios señores ministros, directa o indirectamente, es igual; lo cierto es que, por comunicación del señor Nombela o por movimiento espiritual propio, aquellos señores ministros recabaron del señor presidente del Consejo el que se llevara de nuevo el asunto a deliberación. Se llevó el asunto a deliberación, y contrariando lo que se había dicho en el primer acuerdo, o conato de acuerdo, o simulacro de acuerdo, se decidió que se instruyera de nuevo expediente de indemnización de daños y perjuicios.

Ya está el expediente en la vía administrativa normal; ya el señor presidente de la Comisión se siente aliviado, y nos dice: "Este segundo expediente se instruye con todas las garantías". Pues, no; ese segundo expediente, que, se instruye cuando permanece en la presidencia del Consejo el señor Moreno Calvo, en calidad de subsecretario, y el señor Lerroux, en calidad de presidente; ese segundo expediente es otra vez un intento de asalto al Tesoro colonial, y la segunda liquidación, la de 13 de septiembre de 1935, esta segunda liquidación es todavía más vituperable que la primera. Y esto es lo que voy a demostrar ahora mismo con los datos que en los esfuerzos de la tarde de ayer y de la mañana de hoy he extraído tomándolos del expediente que habéis tenido en vuestras manos durante estos días. (*El señor ministro de Obras Públicas y Comunicaciones: "Eso no se ha traído todavía a Consejo, señor Primo de Rivera".*) Ya lo sé, naturalmente. No se ha traído a Consejo, entre otras cosas —y ya es algo significativo—, porque la propuesta es de 16 de septiembre de este año, y a los pocos días... (*El señor ministro de Obras Públicas y Comunicaciones: "Es lo único que me interesaba".*) surgieron algunos sucesos que están en la memoria de todos y cambiaron algunos magistrados públicos. En resumen: esta liquidación es del tenor que vais a escuchar.

Como sabéis, tanto para el representante de la Compañía Africa Occidental como para la Administración hay que distinguir tres etapas en la azarosa vida del contrato de dicha Compañía con el Estado; estas tres etapas son: hasta la primera rescisión, hasta la segunda, el año 32, creo, y hasta nuestros días. Pues bien: por lo que se refiere a la primera etapa, como os dije antes, había llegado la Administración a fijar una indemnización de algo más de 500.000 pesetas; la que antes os dije, cuando leí la liquidación antigua: 524.118 pesetas. Esta liquidación ha sido aceptada por la representación de la Compañía en un escrito que figura en el expediente, que es la fecha de abril de 1931. Está aceptada esta liquidación; luego en todos los daños y perjuicios que se refieren a la época anterior ya no hay para qué entrar de nuevo; han sido absolutamente ratificados por la Compañía, y, lo que es más, han sido aceptados por la Administración en la liquidación esta que no fue aprobada por el Consejo. De modo que la Administración ha pronunciado dos declaraciones acerca de esta cantidad de daños y perjuicios, y la representación de la Compañía Africa Occidental ha pronunciado una. Pues bien: en esta propuesta de acuerdo de 16 de septiembre, que viene firmada por el nuevo inspector, señor Andréu, y que es, poco más o menos, el testamento administrativo del señor Moreno Calvo, en esta propuesta se dice: "Bien es verdad que aquella liquidación fue aceptada por la Compañía Africa Occidental; pero como no está muy claro que la Administración la aceptase, no hay inconveniente en que se dé por retirada aquella aceptación, tal como ahora quiere la Compañía" —tal como quiere la Compañía, en un escrito reciente, presentado dos días después de otro en que se volvió a aceptar no sé por cuál vez—. Pues bien: "no hay inconveniente en dar por retirada aquella aceptación y en aplicar a esta etapa las mismas reglas para la liquidación de daños y perjuicios que vamos a aplicar a la tercera"; es decir, a la que empieza con la última suspensión del servicio. En cuanto al período intermedio, como allí se presta el servicio, hay, simplemente, que abonarle las subvenciones que hubieran correspondido a aquellos meses. Esta segunda parte es la menos discutida; si queréis, es aceptable. Pero he aquí que, por virtud de este trueque en la base de liquidación de daños y perjuicios, aquella primera etapa, que se había liquidado con quinientas mil y pico de pesetas, se encuentra sustanciosamente acrecentada no menos que con el valor de dos barcos que se han perdido; dos barcos que, unidos a un tercero, también perdido —veréis en qué circunstancias—, permiten que el Estado, generosamente, anote una partida de cargo por 1.006.706 pesetas.

Os voy a contar algunas cosas de esto de los barcos. Los dos barcos se llaman el *Teresa Tayá* y el *Príncipe de Asturias*. Estos barcos daban el servicio de la Compañía de navegación, La Compañía dice: "Un día dejaron de darme las subvenciones y, además, me rescindieron el contrato. No tuve más remedio que amarrar los barcos, y como tenía poco dinero, como no tenía dinero, como el Estado no me pagaba, aquellos dos barcos, en cuanto vino un tifón, se me fueron a pique. Luego se los cargo al Estado por entero". Mirad, señores, qué criterio jurídico, y perdonadme que vuelva otra vez a los preceptos elementales. Todos sabéis que en el incumplimiento de obligaciones, el incumplidor de buena fe, el incumplidor que no ha incurrido más que en culpa jurídica, sólo responde de los daños que hubieren podido preverse al constituirse la obligación, y que quien responde a todos los daños que conocidamente se deriven es el incumplidor doloso.

Pues bien: fijaos en que esta liquidación la ha formado el Estado solo; es una declaración unilateral del Estado. El Estado, sin embargo, generosamente, se declara a sí mismo incumplidor doloso, y, como incumplidor doloso, se carga a sí mismo el importe de los barcos con todas sus consecuencias. Es decir, deriva de la falta de pagos hechos a tiempo que los barcos se amarrasen

mal, que no tuvieran condiciones de seguridad; de que no tuvieran condiciones de seguridad, que pudiera venir un tifón, y de que pudiera venir un tifón y los barcos se hundiesen. Comprenderéis que con este generoso criterio de incumplidor, el sastre a quien no paguéis puede cargaros daños y perjuicios por la muerte de un hijo a quien no le pudo comprar medicinas porque no le pagasteis a tiempo. Esta es una pura extravagancia jurídica, es un puro disparate; pero es que a este disparate, a esta aceptación graciosa por el Estado del carácter doloso de incumplimiento, se añade el que también contribuye a la aceptación de esa partida el hecho de que los puertos de la Guinea estuvieran mal. Esto –y perdonadme otra vez, compañeros– no es ya aceptar un incumplimiento doloso de obligación. Eso, además, es aceptar ya una culpa extracontractual; también el Estado responde de que estuvieran mal los puertos, y como se halla dispuesto el Estado a colocarse en las más favorables condiciones de deudor, sumando el incumplimiento de buena fe, sumando el incumplimiento doloso, sumada la culpa extracontractual y sumado todo lo que haya que sumar, paga íntegro el valor de los barcos, se aviene a pagar íntegro el valor de los barcos.

Ahora veréis algo también bonito. Los barcos hundidos por el tifón son dos. Hay otro barco que se llama *Regina*. Este barco *Regina* es un barco con suerte. Lo traen de Newcastle a Santa Isabel de Fernando Poo; ya estando de viaje, el contrato se rescinde, y entonces dice la Compañía: "Me habéis hecho realizar un viaje en balde, un viaje inútil; me tenéis que pagar el viaje entero, porque este barco se ha frustrado, ya no me sirve para nada". Esto lo dice la Compañía; pero nos enteramos de una curiosa circunstancia, no por lo que dice la Compañía, sino por el señor Andréu, en su propuesta de acuerdo: "Ciertamente –descubre–, con aquel viaje quedó frustrado el destino del barco, se malogró por entero; y si bien es cierto que el Estado lo arrendó durante seis meses para prestar otro servicio retribuido, esto no se puede tener en cuenta, porque lo pudo dar con otro barco de los que estaban amarrados. Como lo pudo dar con ese otro barco de los amarrados, el hecho de que lo diera con éste no hay que contarlos para los efectos de que el destino del barco, se malograra del todo". Pero veréis qué curioso. Este barco *Regina* se ensucia de fondos, y tiene que ir a Lagos a que se los limpien. Se los limpian, claro está, a cargo de la Compañía propietaria, a la que extiende la factura, y entonces la Compañía propietaria, como siempre, dice: "No tengo dinero porque el Estado no me paga la subvención; no pago la limpieza de fondos". Entonces, por lo visto, la Compañía que había limpiado fondos obtiene, en procedimiento judicial, que el barco salga a subasta, y en esa subasta, de la que no conozco más pormenores, no sé si estarán perdidos entre los fondos que no he podido ver, se pierde el barco para la Compañía Africa Occidental. ¿Se pierde ese barco, no por naufragio, sino por procedimiento ejecutivo? Pues a cargárselo al Estado; pero por su valor entero. Es decir, que lo que debía la Compañía Africa Occidental a la que limpió fondos, y que, naturalmente, supone una partida que habría de deducirse, porque disminuye el total patrimonial del barco, no se descuenta. El Estado acoge en sus afectuosos brazos al *Regina* entero y le extiende una nueva partida de cargo a favor de la Compañía.

Hay cosas mejores todavía. Estos tres barcos se han perdido, como veis, en tres ocasiones algo dispares, y en la contabilidad de la Compañía aparecen extendidas unas partidas recogiendo, contabilizando su pérdida en la fecha en que cada una de estas pérdidas aconteció. La contabilidad de la Compañía es desastrosa. Según nos dice el señor Gómez Durán, que es quien la ha inspeccionado, la representación de la Sociedad no le presentó el libro copiador de cartas, ni el libro de actas, ni los documentos del archivo; el libro auxiliar de tráfico no está legalizado; en el de inventarios y balances sólo aparecen dos inventarios incompletos y un balance de comprobación de los saldos; en el libro Diario aparecen asientos de fecha anterior a la apertura; la mitad de un folio y los dos siguientes completos aparecen en blanco, con una nota a lápiz, donde se dice que "se reservan para las operaciones de cierre de ejercicio". El señor Gómez Durán tiene que exclamar, y lo dice literalmente: "La contabilidad examinada es, por tanto, jurídicamente defectuosa y técnicamente incompleta, confusa y deficiente. No aparece que la Sociedad haya satisfecho impuesto alguno a la Hacienda del Estado". Pues bien: ésta es la Contabilidad de la Compañía; pero con arreglo a esta Contabilidad de la Compañía, tal como nos la encontramos, resulta que, sumando el valor de los tres barcos en las fechas de las tres pérdidas según los libros de la Compañía, estos tres barcos valían en aquellas fechas 936.190,70 pesetas. Sin embargo, en la liquidación del año 1935 se dice: Valor de los buques, 1.006.706 pesetas. Luego, sobre la suerte de que los barcos se les hundan, resulta que cuando se hunden aumentan de valor con relación a los asientos de la propia contabilidad de la Compañía. (*El señor ministro de Obras Públicas y Comunicaciones: "Nuevamente ruego al señor Primo de Rivera me permita una interrupción para que las cosas queden perfectamente aclaradas. Todo esto se refiere a asuntos que no han llegado todavía al Consejo de Ministros".*) Ya lo sé. (*El*

señor ministro de Obras Públicas y Comunicaciones: "Es que me interesa, al comenzar y al terminar, acotar con esta sencilla manifestación". —Muy bien.)

Y ahora, un pequeño detalle, el detalle sobre el cual consignaba alguna salvedad el señor presidente de la Comisión. En efecto: —uno de estos barcos, *el Príncipe de Asturias*, estaba asegurado, y la Compañía aseguradora, la Plus Utra, abonó por el siniestro 220.000 pesetas a Africa Occidental. Pues bien: cuando el señor Andréu redacta su propuesta de acuerdo, dice: "Ciertamente, se le han pagado 220.000 pesetas; pero no está bien que con esto se lucre la Administración —es decir, la Administración se lucra, por lo visto, cuando tiene que pagar indemnizaciones menores—; ésta es una cosa para que la arreglen la Compañía aseguradora y Africa Occidental, ejercitando aquélla las acciones pertinentes". Y yo digo: ¿cuáles serán las acciones pertinentes? Pero si la Compañía aseguradora tenía que pagar el siniestro, ¿habrá modo de que alguien configure aquí un pago de lo indebido o algo semejante? Evidentemente, no. Sería al contrario: sería la Compañía aseguradora la que dijera: "Puesto que se pone en claro que el hundimiento fue culpa del Estado, yo repetiré contra el Estado lo que he tenido que pagar a mi asegurada"; pero que el Estado, benévola, entregue a la asegurada las 220.000 pesetas, el valor entero del siniestro, y le deje las 220.000 que ya cobró de la Compañía aseguradora, es una monstruosidad tal, que no necesita comentario.

Bien; estos barcos se han hundido y no es posible que sigan dando servicio. Ya el Estado hace todo lo que puede, que es pagar el importe total de los barcos. Claro es que desde que se hundieron los barcos ya no podía haber servicio; una de dos: o los barcos se pagan por entero y se ha concluido la cuestión, o los barcos siguen dando servicio, y entonces no se puede pagar su precio. Pues, no; en la siguiente línea de abono, en que se computan los beneficios perdidos por la Compañía, se le siguen asignando por cada uno de los cincuenta y seis meses y diecisiete días transcurridos, 31.478 pesetas mensuales de beneficio, los mismos que obtuvo en sus mejores meses la Compañía, y que, por lo visto, podían seguir obteniéndolos hasta la eternidad, con barcos o sin barcos. Y ésta es la partida de los barcos, que luego viene la partida de los beneficios.

La partida de los beneficios monta a 1.791.091 pesetas. Esta partida de beneficios ha nacido de la manera siguiente: el señor Gómez Durán, secretario de la Inspección de Colonias, ha examinado minuciosamente la contabilidad de la Compañía, y ha puesto en claro que la explotación de los barcos produjo en los años 1927 y 1928 —éste en cuanto a sus siete primeros meses— una pérdida de 703.122,98 pesetas. En 1927 se perdieron 493.950,69 pesetas; en 1928, 209.172,29; total, la cantidad de setecientos tres mil y pico que he dicho antes. Claro está, esto no era la pérdida de la compañía por la explotación de este servicio, porque ese servicio tenía una subvención de 54.000 pesetas mensuales del Estado; la subvención, por tanto, durante esos diecinueve meses, de 1.026.000 pesetas; total, el beneficio, computados todos los ingresos y todos los gastos en diecinueve meses, era de 323.877,02 pesetas, o sea de 17.046,16 al mes; os ruego que retengáis esta cantidad. (*El señor Royo Villanova pide la palabra.*) Entonces, la Compañía formula una serie de reparos a las cuentas puestas en claro por el señor Gómez Durán. El señor Gómez Durán empieza a disfrutar de licencia, y aparece una diligencia en que el señor Andréu, que es el autor de la propuesta última, dice: "Hallándose en uso de licencia el contador secretario general de esta Inspección, don José Gómez Durán, quien hizo la revisión del libro Africa Occidental, s. a., el instructor que suscribe —es decir, el propio señor Andréu— procederá a examinar y puntuar uno por uno los asientos de Diario de dicha Sociedad que se refieren a la presente certificación". Y de esta puntuación del señor Andréu, en ausencia del señor Durán, sin que sepamos por qué, aparece la liquidación transformada en este sentido: los beneficios mensuales que obtuvo la Compañía durante el periodo de explotación, y que eran de 17.046,16 pesetas, han pasado a ser de 31.478. Casi se han doblado sin más que oír unas alegaciones de la Compañía sobre datos que ya tuvo a la vista el señor Gómez Durán; casi se han doblado y se ha establecido que la Compañía debería ganar más de 31.000 pesetas al mes, dato que yo recordaba cuando el señor presidente de la Comisión decía: "Mal negocio debía de ser aquél cuando no lo quiso nadie; quedó desierto el concurso y hubo de concedérsela directamente". Pues bien: en este mal negocio, con un capital de un millón y pico de pesetas, se ganan 31.000 al mes, que ya ¿es bonita. Estas 31.000 pesetas, que se computan como beneficios presuntos y que se tienen en cuenta para los efectos de liquidar daños y perjuicios, ¿sabéis por cuánto tiempo se computan? Por cincuenta y seis meses y diecisiete días. Pero he aquí un detalle: en el contrato con la Compañía hay un artículo, el cuarto, por virtud del cual el contrato con la Compañía puede ser objeto de rescisión por voluntad del Estado en un momento que se repite cada dos años. El Estado dice: "Puedo rescindir el contrato por necesidades de servicio público; puedo rescindirlo también sin alegar motivo especial al final de cualquier periodo de dos años". Luego, evidentemente, para los

efectos de computar rescisión en cuanto a los daños y perjuicios, no puede suponerse, en forma alguna, que el contrato iba a vivir para siempre, puesto que al final de cualquier período de dos años el Estado podía darlo, válidamente, por rescindido. Pues bien: se cuentan los cincuenta y seis meses en que se supone que el contrato inmortal iba a estar surtiendo sus efectos benéficos para la Compañía, se computan los cincuenta y seis meses y se asigna a la Compañía, que se supone perjudicada, esta hermosa partida, que completa hasta los tres millones y pico la total de daños y perjuicios.

Yo me he tomado la molestia, y os la estoy dando a vosotros, de revisar, con arreglo a bases jurídicas y económicas correctas, la liquidación de daños y perjuicios. He podido incidir en algún error, porque evidentemente algún dato no estaba a mi vista; otros exigirían un examen más minucioso; pero estas bases que os voy a dar son impecables, aunque sujetas a un error que siempre tiene que ser pequeño. Pues bien: según irreprochable base de liquidación, los daños y perjuicios que habrían de abonarse por el Estado a la Compañía Africa Occidental son los siguientes: por la primera etapa, que ya fue liquidada, que ya aceptaron la Administración y la Compañía, 524.118 pesetas; por la segunda etapa en que se prestó el servicio, la subvención de 414.000 pesetas; por la tercera etapa, los beneficios que se pudieron obtener y no se obtuvieron desde el instante que le fue rescindido el contrato por segunda vez hasta el instante en que hubiera podido ser válidamente rescindido sin motivo; es decir, según n-ú cuenta, hasta fines del año 1932 –quizá me haya equivocado en algún mes, si es que el viaje de los barcos desde donde se cuentan los dos años fue un poco más tarde–; pero, en fin, hasta fin de 1932, a 17.046,16 pesetas al mes, que son los beneficios que obtuvo la Sociedad en los meses en que dio el servicio, según la revisión de cuentas hecha por el señor Gómez Durán, 189.689,20 pesetas. Total, señores diputados –admito un error de 30 ó 40.000 duros, pero éstas son las bases verdaderas de liquidación–, 1.118.807,20 pesetas, o sea, dos millones menos de lo que quería regalar el señor Moreno Calvo a la Compañía Africa Occidental. (*El señor Pérez Madrigal: "Eso no se puede tolerar". (Rumores.)*)

Yo siento que os hayan podido fatigar estos números. He considerado que debía deciros para que queden en el *Diario de Sesiones* y para que los podáis consultar otra vez mañana. Os invito a todos a que impugnéis este cálculo mío con el tiempo que queráis; acepto, si queréis, el deber que la Cámara me confiriera de revisar yo mismo este expediente y hacer, bajo mi responsabilidad, una liquidación exacta de los daños y perjuicios. Os digo que puedo haberme equivocado en algo, por omisión de alguna partida o por falta de algún dato en ésta que he hecho esta tarde; pero os aseguro –y todos estáis convencidos después de esta pesada disertación mía– que, jurídica y económicamente, hay alrededor de dos millones de pesetas en la nueva liquidación que pensaba someter, sin duda, a nueva resolución del Consejo de Ministros el señor Moreno Calvo.

Y esto es lo tremendo: que después que se frustra el primer intento; después que se habla en las Cortes; después que el señor Gil Robles impide que aquello se lleve a término, haya un cinismo obstinado en preparar un segundo asalto al Tesoro colonial; asalto que, por lo visto, se suponía que había de quedar impune. Es decir, que los rumores de la opinión, las denuncias públicas, en nada amedrentan al señor Moreno Calvo y a los que andan a su alrededor en sus propósitos decididos de asaltar de nuevo al Tesoro colonial. Así se estaba otra vez trabajando, hasta que por una denuncia del tenaz y benemérito señor Nombela ha venido aquí el expediente, y es de esperar que ya esta vez no se consume.

Yo no tengo, naturalmente, ni ninguno de los que van a ejercitar la acusación, el menor propósito de que se cause perjuicio a los legítimos intereses de esta Compañía de navegación. Lo que creo es que lo menos que se puede exigir es que el Estado se defienda; que el Estado pague la indemnización justa, y, además, con ello, no se perjudicará en nada al señor Tayá, representante de la Compañía de navegación, porque cuando esta vez se señale la indemnización justa, es de prever que esta indemnización justa llegue íntegra a sus *manos*. (*Grandes rumores.*)

Y ahora, señores diputados, adelantáramos muy poco con toda esta investigación, con toda esta depuración, si nos limitásemos a reprobar el expediente que se ha traído a estudio de la Cámara. Hay que hacer urgentemente una declaración de que la política española quiere sanearse. Es indispensable que esto no se tolere un instante más.

Señor Gil Robles, y perdóneme su señoría que me dirija a él con tanta frecuencia; su señoría es intachable, como sabemos todos; su señoría es joven, su señoría ama a España; su señoría tiene, seguramente, por delante una larga vida política. En el partido radical hay personas probas e intachables; en el partido que sigue a su señoría también las hay; en todas partes puede haber muchas. Fíjese su señoría, señor Gil Robles, en si puede seguir con este peligroso bordado, por salvar Dios sabe qué cosas, de estar aceptando la peligrosa vecindad de gentes y de estilos absolutamente descalificados; piense su señoría que no hay nada que esté por encima de la moral pública; que el mal contra ella es siempre el mal mayor, y que a esto debe subordinarse todo. Piense su señoría que tiene sobre sus hombros la confianza de muchas gentes, y que esas gentes, en cuanto se abra un periodo electoral o una discusión más pública que ésta, van a sentir que les arrojan a la cara, y que arrojan a la cara de su señoría, una acusación de encubrimiento de todas estas cosas. (*Rumores.*) Su señoría, desde el 26 de julio oyó las denuncias aquí; su señoría supo aquel intento de cobro ilegal, contra el Tesoro colonial, de una indemnización mal acordada; su señoría, estoy seguro de que con la mejor intención del mundo, no denunció esto, no llegó a una ruptura pública con los que trataban de asaltar así el Tesoro colonial; su señoría ha venido prolongando esta peligrosísima convivencia, y hay algo aquí más grave que lo que pueda padecer su señoría, porque sé que su señoría lo ofrecería, en todo caso, como sacrificio a España: hay el riesgo que estamos corriendo de que, por convivir con gentes que no son dignas de convivir con nosotros; que no tienen nada que hacer en la vida pública de España; que deben retirarse a sus casas, y esto por la infinita benevolencia de quienes no los mandan a la cárcel, está comprometiendo su señoría la posibilidad de que nos agrupemos todos un día: los radicales que se salven de la reprobación general, los jóvenes y los viejos de Acción Popular que le siguen, hombres de derecha y de izquierda, en un posible Frente Nacional, que ha de tener como primera bandera la bandera de la moralidad pública. (*Muy bien.*)

El señor PRIMO DE RIVERA:

Señores diputados, compañeros diputados: estamos ahora en el instante más solemne de esta noche. Se va a votar de un momento a otro la proposición defendida de una manera insuperable por el señor Toledo: Los síes o los noes que salgan de vuestras bocas, las bolas blancas o negras que depositéis en las urnas van a decidir, simplemente, el honor de esta Cámara. Comprenderéis que a mí, en cuanto a Parlamento, quizá eso me importe menos que a otros. No creo que sea el Parlamento el instrumento mejor para guiar la vida de los pueblos. Pero esto es ahora secundario; lo que me importa es que aquí, en el ámbito del Parlamento, están quizá la mayor parte de las reservas humanas que España tiene para su conducción política, que en la deshonra del Parlamento iría envuelta la deshonra de casi todos nosotros, y eso que pudiera favorecerme como hombre de partido, os digo que es un triste espectáculo, que ni como español ni como hombre me complace. Yo quisiera que en este instante decisivo se salvara todo lo que se pudiera salvar, porque ya os digo que los espectáculos de desastre sólo pueden ser gratos a las almas enfermizas.

Fijaos en esto: la diferencia sustancial entre el voto particular del señor Toledo y lo que es el dictamen de la Comisión reside en esto. El voto particular del señor Toledo envuelve en las responsabilidades políticas a don Alejandro Lerroux; el dictamen de la Comisión excluye de la responsabilidad política a don Alejandro Lerroux y deja caer esa responsabilidad política sobre la cabeza del subsecretario. Los subsecretarios –ya se ha dicho hoy con palabras más doctas– no pueden ser objeto de responsabilidad política; eso lo sabéis todos. Lo que tratáis de hacer con ese dictamen es ahuyentar la grave tacha de acusación política –política por ahora– sobre la cabeza de don Alejandro Lerroux, y yo digo solamente esto: si tal hacéis, acaso salvéis con los votos de esta noche a don Alejandro Lerroux; pero caerá sobre todos vosotros, sobre todos los que votéis, la reprobación terminante de la opinión pública entera. La opinión pública sabe ya muy bien (*Rumores*); ha sentenciado ya muy bien (*Protestas*); la opinión pública entera ha sentenciado ya este pleito (*Nuevas protestas*); la opinión pública reclama con escándalo que se abomine esta noche de un tono político impuesto a las costumbres españolas por don Alejandro Lerroux. Esta es la verdad, y está en la conciencia de todos vosotros. Pero, ¿es que vamos a decir todavía esta noche, una vez más, que don Alejandro Lerroux no delinque? Llegó lo del *straperlo* y apareció su hijo adoptivo, Una especie de cuerpo mixto civil y militar que le rodea, el subsecretario de la Gobernación, el ministro de la Gobernación, todos; él, incólume. Llega este asunto, y tenemos al subsecretario de la Presidencia, quién sabe si al señor Nombela, quién sabe si al juez instructor; él, incólume. ¡Señores! Ya es hora de que concluyamos con esta especie de juego de personajes de vieja farsa italiana. El señor Lerroux no delinque nunca; pero en las inmediaciones del señor Lerroux hay siempre, para delinquir,

o un hijo adoptivo, o un cuarto cívicomilitar, o un subsecretario propicio, o un ministro medio tonto; siempre se encuentra eso en los alrededores del señor Lerroux para que se lleven el peso a la hora de las condenaciones.

Es inútil; esto lo ha sentenciado ya España entera; en el fatigoso debate de esta tarde y de esta noche ha quedado, además, suficientemente claro. Decid lo que queráis; echad las culpas de detalles al señor Moreno Calvo; hay una cosa inequívoca; cuando, según decís todos, según consigna la propia Comisión en su dictamen, no hay acuerdo del Consejo de Ministros, don Alejandro Lerroux suscribe una orden de pago en que se dice: "En cumplimiento de acuerdo del Consejo de Ministros, hágase esto". Esto, en términos penales, es una falsedad; esto, en términos políticos, es un motivo de descalificación. (*El señor Guerra del Río: "¿Y los demás ministros, que también habían creído que había un acuerdo?"*) Atáquelos su señoría.

Vamos a votar dentro de unos instantes, y vamos a votar dentro de unos instantes lo que fuera de aquí se ha sentenciado ya.

Si mañana dicen los periódicos: "La Cámara española, con el voto de casi todos, con el voto de los más, ha reprobado terminantemente, ha clausurado terminantemente este período vituperable", la Cámara española recobrará a los ojos del pueblo gran parte de sus prestigios y vuestros partidarios (*Dirigiéndose a los diputados de la C.E.D.A.*), vuestros partidarios, aunque me queráis interrumpir, y todos los que están fuera de aquí anhelando justicia, se sentirán gozosos y os tributarán su aplauso, y mañana habrá un alborozo popular de domingo, que sienta como si se hubiera levantado en España una losa que la estaba oprimiendo, y vosotros mismos, después de hacer justicia, os sentiréis más ligeros, como quien vuelve a una atmósfera limpia después de haber pasado mucho tiempo en un reducto infecto y enrarecido. Haced lo que os parezca; esto podrá traer consecuencias políticas más o menos graves; no importa. Atreveos a la jugada decisiva: atreveos a jugaroslo todo por el honor, y veréis cómo así, si os lo jugáis todo esta noche, si os atrevéis a votar con vuestra conciencia, que responda en esto a la conciencia popular, después de esta noche tendréis mañana en vuestras almas y en vuestros partidos un día alegre. He dicho. (*Muy bien. Aplausos.*)

¡Arriba España!

EL MOMENTO POLÍTICO

(Notas tomadas por el periodista José Montero Alonso en la entrevista celebrada con José Antonio el 12 de diciembre de 1935, que no llegaron a publicarse.)

Guerra y neutralidad.—Lo fundamental es esto: que en cada coyuntura internacional elija España *libremente* su actitud. Y, claro está, para elegir con libertad hay que ser fuerte. Mientras España no sea militarmente fuerte, toda discusión sobre neutralidad o participación en guerras será lamentablemente ociosa.

Paro obrero.—De momento hay que alejar el fantasma del hambre, cueste lo que cueste, buscando el dinero donde lo haya (como alguien dijo y no cumplió). Pero a la larga, el problema del paro exige la desarticulación del sistema capitalista, dentro del cual no hay solución para los problemas sociales, porque es él quien los crea o los agudiza. La Falange, contra el criterio capitalista que asigna la *plusvalía* al capital, propugna el criterio sindicalista: la *plusvalía* para la comunidad orgánica de productores.

Relación entre capital y trabajo.—Para nosotros el capital no es sino un instrumento al servicio de la producción; no concebimos la estructura de la producción como relación bilateral entre capital y trabajo. El capital, en cuanto instrumento para el logro nacional de la producción, debe pertenecer a los productores mismos —en sus formas individuales o sindicales— o a la integridad económica nacional.

Matrimonio.—La familia es, para nosotros, la célula social indestructible: la primera de las unidades naturales que el sistema liberal capitalista ha desnitrado. Y no admitimos que haya más forma de constituir y conservar indisolublemente la familia que el matrimonio.

Autonomías. Cataluña.—A nuestro modo de pensar, constituye una traición contra España la entrega de estatutos autónomos a regiones en cuyo espíritu no se halla definitivamente instalada la conciencia de la *unidad de destino* en que España consiste. El estatuto dado sin esa garantía es un instrumento de desmembración. Cataluña, pueblo magnífico, al que acaso esté reservado recobrar el primero la conciencia de un gran destino común español, no está al presente limpia de separatismo como para que pueda entregársela sin riesgo un estatuto que ponga en sus manos la formación espiritual de las nuevas generaciones.

El momento político.—El momento este —las seis de la tarde del día 12 de diciembre— es tan fugitivo, que más vale llegar a una hora un poco más clara, ¿no le parece?

"FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S. Y EL FRENTE NACIONAL"

"Nuestra línea de combate frente a la unión de derechas"

"Si es lícito a la Falange terciar, sin prisas, en la polémica suscitada en torno del Frente Nacional, considerará, por ahora, que dice bastante con señalar estas afirmaciones:

Primera: En el mitin celebrado por la Falange Española de las J.O.N.S. el 17 de noviembre en el cine Madrid se dijeron solemnemente estas palabras: "La próxima lucha, que acaso sea más dramática que las luchas electorales, no se planteará alrededor de los valores caducos de derecha e izquierda; se planteará entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la resolución rusa en su traducción española, y el Frente Nacional de la generación de nuestra línea de combate." Estas palabras, insertas en el texto taquigráfico que publicó el semanario Arriba del 21 de noviembre, sobre conferirnos innegablemente la prioridad en el pensamiento y hasta con el nombre del Frente Nacional, dicen bien a las claras nuestra favorable disposición, en principio, para el intento.

Segunda: No obstante lo anterior, la Falange considera funesto que se transmute la idea del Frente Nacional en una resurrección de la ya conocida y arrumbada "unión de derechas". Si la expresión "Frente Nacional" no se toma en todo su auténtico sentido de lucha ferviente para la conservación de las esencias patrias y por la elevación de las bases materiales de la vida popular, con sacrificio de privilegios y ventajas por parte de quienes lo propugnan, será una nueva máscara (incapaz, por otra parte, de engañar a nadie) con la que pretenda encubriese otra vez un sindicato de intereses que, por ser de partido, no son, aunque se los llame así, nacionales.

Falange Española de las J.O.N.S., consciente de la gravedad de la hora que España atraviesa, quisiera conminar a lo mejor del alma española de todos, para que el Frente Nacional no quedara en un fraude más, precursor de una catástrofe sin remedio."

Madrid, 18 de diciembre de 1935.

La Época, 19 de diciembre de 1935.

EL JEFE QUE SE EQUIVOCÓ

Hemos reiterado sin descanso que no nos place el espectáculo de los derrumbamientos. No hay, pues, la menor fruición en lo que vamos a decir: hay simplemente el cumplimiento de un deber de observadores de la política española, de cuyos desastres hay que sacar enseñanzas y escarmiento. ¿Cuántas veces, por otra parte, se habrán formulado al señor Gil Robles desde estas columnas, y por boca de hombres de nuestras filas, las más cordiales advertencias? La destreza innegable del señor Gil Robles pudo ser valiosísima si hubiera ido acompañada de un poco más de audacia. En política –también lo hemos repetido sin descanso– sólo está escrita la técnica para las primeras jugadas, para las preparatorias; cuando llegan las jugadas decisivas hay que adivinar, saltar a lo imprevisto y hacerlo en el instante exacto. Por eso, los políticos geniales se diferencian de los de segunda fila sólo en estas últimas jugadas; hasta entonces todos, con un poco de agilidad y alguna información anecdótica, se mueven, poco más o menos, lo mismo.

¿Acaso el señor Gil Robles conocía su propia limitación y se asustaba de dar el salto decisivo? ¿Acaso no lo ha dado por falta de perspicacia para elegir el momento, o de arrojo para la suerte suprema? No se sabe. Lo único cierto es que el señor Gil Robles ha malogrado un bello destino y, lo que es peor, ha defraudado las esperanzas de mucha gente que le siguió con fe emocionante. Es inútil que la J.A.P. gesticule remedos de entusiasmo; por las filas de Acción Popular corre –y con razón– el desaliento. Por otras filas donde se deseó vivamente el fracaso del señor Gil Robles circula, en cambio, mal disimulado regocijo.

Nosotros estamos bien lejos de regocijarnos. Hemos reconocido siempre en el señor Gil Robles cualidades brillantes y, por encima de todas ellas, una acendrada rectitud. Nos hubiera complacido mucho haberle visto, para bien de España, por el camino del acierto, y conocemos de sobra la penuria de hombres que España padece para desear ni por un instante la definitiva eliminación de quien añade, a aquellas dotes sobresalientes, el gran valor de su juventud. Pese a todos sus errores, el señor Gil Robles aventaja como valor humano, político y aun literario, a muchos de los que con avidez descompuesta se aprestan a sustituirle. ¡Lástima que haya desoído los consejos leales de quienes una y otra vez le previnieron contra las turbias compañías y contra los perjuicios de entregarse sin tasa a un encaje de bolillos de la política que acaba por enviciar en su pequeñez y nubla los ojos para la clara percepción de horizontes!

"A POR" LOS CIENTO Y PICO

Apenas resuelta la última crisis, el señor Gil Robles anunció la publicación de un manifiesto y la iniciación de una intensísima campaña de propaganda. El manifiesto se divulgó el martes, aunque reducido a la jerarquía de notas –acaso para cuando estas líneas se publiquen haya visto la luz otro documento más extenso–. La campaña de propaganda comienza, al parecer, el próximo domingo.

Si se lee el manifiesto reducido a nota, se viene en conocimiento de que el señor Gil Robles ha venido soportando burlas desde que las Cortes fueron elegidas. Y uno se pregunta: ¿ha vivido todo este tiempo sin darse cuenta? Entonces ha sido bien poco sagaz. ¿Se dio cuenta, por el contrario, desde el principio? Entonces ha sido bien inhábil, puesto que no supo desplegar un juego que neutralizara aquella burla. Si contra las Cortes y contra la C.E.D.A. se intentaba una táctica de desgaste, nada peor que admitir un juego lento, aliado, por su propia lentitud, de los que apetecían el desgaste. El juego lento fue, sin embargo, el escogido por el señor Gil Robles. Diga ahora lo que quiera, las Cortes elegidas en el año 33 han sido de una esterilidad memorable. Como los penitentes perezosos, han ido demorando un día para otro el poner en orden su conciencia y ahora, a la hora de la muerte, es justamente cuando estaban llenos de los mejores propósitos: plan quinquenal de obras públicas a beneficio de los pueblos humildes; créditos para resolver el paro, dinero para el trigo, protección a los pescadores, defensa nacional... ; todo eso iba a hacerse ahora. Pero, claro, los menos exigentes preguntan: ¿y por qué no se ha hecho un poco desde 1933?

Algo semejante provoca el anuncio de la campaña de propaganda que va a emprender el señor Gil Robles. ¿Para qué esa campaña de propaganda?, interrogan muchos. Pues para traer diputados en las próximas elecciones. ¿Cuántos? ¿Trescientos? Eso no lo creen ni en la J.A.P. ¿Doscientos? Ni por asomo, en las circunstancias actuales. Cien, si acaso, o ciento y pico. De todas maneras, menos

de los que tenían ahora. *De los que no tienen todavía.* Y entonces nos pone cerco un dilema implacable: o el tener cien diputados no sirve de nada o sirve de algo. Si no sirve de nada, ¿para qué darse el trabajo de procurárselos? Y si sirve de algo, y aun de mucho, ¿por qué se ha dejado el señor Gil Robles desmontar con los que tiene? ¿A qué este extraño placer de dejarse derrotar sólo por preparar un desquite?

(*Arriba*, núm. 24, 19 de diciembre de 1935)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL FRONTÓN BETIS, DE SEVILLA, EL DÍA 22 DE DICIEMBRE DE 1935

A esta misma hora se estarán celebrando en España centenares de mítines. El tema de todos estos mítines es el tema de actualidad: las elecciones. Quizá alguno de vosotros haya venido por curiosidad a este mitin pensando: ¿Qué nos contarán de las elecciones los de la Falange? Pues bien: los de la Falange no tenemos que decir todavía nada de las elecciones, porque para nosotros, sobre esta actualidad del domingo está la actualidad angustiosa y permanente que viene acongojándonos desde hace más de un siglo, la actualidad angustiosa y permanente de que no tenemos España.

No tenemos España. Esto es lo importante en vísperas de las elecciones. Vosotros ya sabéis cómo entendemos nosotros a España. España no es sólo esta tierra; para los más, escenario de un hambre de siglos. España no es nuestra sangre, porque España tuvo el acierto de unir en una misma gloria a muchas sangres distintas. España no es siquiera este tiempo ni el tiempo de nuestros padres, ni el tiempo de nuestros hijos; España es una unidad de destino en lo universal. Esto es lo importante. Eso que nos une a todos y unió a nuestros abuelos y unirá a nuestros descendientes en el cumplimiento de un mismo gran destino en la Historia. Y España no será nada mientras no recobre la conciencia y el ímpetu de esa unidad perdida. Por eso, mientras los demás piensan en elecciones y en componendas y en candidaturas, en entregarse a encasillados, y mientras desde el Ministerio de la Gobernación se desentierran las más viejas costumbres para hacer una mayoría a gusto del Gobierno, nosotros andamos de tierra en tierra, viajando en trenes incómodos, bajo la lluvia y con el barro hasta las rodillas para gritaros: devolvednos a nuestra España...

Y en esto estamos solos. Fuera de nosotros, ved los partidos en dos bandos: las izquierdas, insolidarias con el pasado; las derechas, insolidarias con el presente. Las izquierdas, que lo entregan todo al azar de las urnas, a la suerte de las urnas, aunque salgan de las urnas desmembraciones y blasfemias. Las izquierdas, que dicen: "Sea lo que quiera el cuerpo electoral", como si el cuerpo electoral, como si nosotros, los que votamos ahora, fuéramos los autores de España; como si pudiéramos hacer de esto, que se nos entregó por el esfuerzo difícil de tantas generaciones, lo que nos viniese en gana en un domingo; como si no nos importase a todos, más que la voluntad del cuerpo electoral entero, la voluntad de Isabel la Católica. ¿Y las derechas? Las derechas, sí, invocan a la Patria, invocan a las tradiciones; pero son insolidarias con el hambre del pueblo, insolidarias con la tristeza de esos campesinos que aquí, en Andalucía, y en Extremadura y en León, siguen viviendo —decía Julio Ruiz de Alda— como se vivía hace quinientos años; siguen viviendo —os digo yo— como desde la creación del mundo viven algunas bestias. Y esto no puede ser así. No se puede ensalzar a la Patria y sentirse exento de sus sacrificios y de sus angustias; no se puede invitar a un pueblo a que se enardezca con el amor a la Patria si la Patria no es más que la sujeción a la tierra donde venimos padeciendo desde siglos. No se puede invocar a la Patria y gritarnos ahora, en la ocasión difícil: "¡Que se nos hunde la Patria! ¡Que perdemos los mejores valores espirituales!", cuando quienes lo dicen nos han puesto en esta coyuntura, en este inminente peligro, por no votar un aumento de impuestos sobre los Bancos y las grandes fortunas.

Nosotros no nos conformamos con ninguna de esas dos mitades. No creímos que fuera remedio para el primer bienio el segundo. No creemos que después del bienio cruel haya sido ninguna ventaja el bienio estúpido que ahora enterramos. No creemos que, si se ha sido tuerto del ojo derecho durante dos años, se arregle nada con volverse tuerto del ojo izquierdo. Queremos ver una España entera, armoniosa, fuerte, profunda y libre: libre como Patria, que no soporte mediatizaciones extranjeras ni trato colonial en lo económico, ni tenga sus fronteras y sus costas desguarnecidas, y libre para cada uno de sus hombres, porque no se es libre por tener la libertad de morir de hambre formando colas a las puertas de una fábrica o formando cola a la puerta de un colegio electoral, sino que se es libre cuando se recobra la unidad entera: el individuo, como portador de un alma, como titular de un patrimonio; la familia, como célula social; el Municipio, como unidad de vida, restaurado otra vez en su riqueza comunal y en su tradición; los Sindicatos, como unidad de la existencia profesional y depositarios de la autoridad económica que se necesita para cada una de las ramas de la producción. Cuando tengamos todo esto, cuando se nos integre otra vez en un Estado servidor el destino patrio, cuando nuestras familias y nuestros Municipios, y nuestros Sindicatos, y nosotros, seamos, no unidades estadísticas, sino enteras unidades humanas, entonces, aunque no formemos

cola a las puertas de los colegios para echar los papelitos que acaso nos obligaron a echar nuestros usureros o nuestros amos, entonces sí podremos decir que somos hombres libres.

Pero por eso estamos solos y por eso nuestra tarea es cada vez más difícil. No nos quiere ninguno. No nos quiere este Gobierno de ahora, que ha sido acogido por nosotros con tanta sospecha como con alegría lo han acogido los separatistas catalanes; este Gobierno de ahora, que, como dirigido por hombre cauto, veréis cómo no comete con nosotros ningún atropello de frente; pero veréis cómo nos aburre con vejaciones policiacas; veréis cómo no nos deja exhibir las camisas; veréis vosotros, representantes de diversas J.O.N.S., cómo dentro de unos días, o de unas semanas, empieza a llegar a vuestros centros la policía y a encontramos unas pistolas en el sitio donde menos os imaginabais que hubiera pistolas; y veréis cómo el hallazgo de esas pistolas sirve para que os clausuren los centros y os metan en la cárcel. Veréis cómo dentro de poco nos levantan la previa censura; pero siempre hay algún fiscal que a la hora de salir nuestro periódico lo denuncia para que lo recoja en la imprenta la Policía. Veréis cómo en cada uno de nuestros pasos tropezamos con una dificultad, y veréis cómo el Gobierno sigue diciendo al final, como máxima justificación de sus persecuciones, que nos tratan igual que a los socialistas, cuando, aunque esto fuera verdad, sería una monstruosidad tremenda, porque los socialistas se alzaron hace un año contra la unidad de España, contra la espiritualidad y la tradición de España, y nosotros dejamos a cuatro de nuestros muertos, cara al sol de España, defendiendo sus tradiciones y su unidad.

Y tenemos en contra a los partidos revolucionarios. ¿Sabéis por qué? No porque seamos reaccionarios –bien lo saben ellos–, sino por lo contrario precisamente; porque saben que nosotros no somos revolucionarios como esos que empiezan a ser revolucionarios para acabar encaramándose sobre sus compañeros de revolución y pasear el triunfo final en automóviles oficiales de veinte mil duros. Muchos de nosotros saldremos perdiendo muchísimo, saldremos acaso perdiendo todo, el día en que triunfe nuestra revolución, y, sin embargo, la queremos porque sabemos que no nos sirve de nada conservar unos años más una situación de privilegio si perdemos a España. Y como sabemos y como lo decimos, y como lo decimos sinceramente –porque esto se les nota a las personas en la cara–, los jefecillos revolucionarios no quieren que lleguemos hasta los obreros, y nos separan de los obreros con una serie de recriminaciones y de calumnias. Pero nosotros nos entenderemos con los obreros, nos entenderán los obreros, nos acercaremos a ellos; ya empezamos a acercarnos; ya, por de pronto, mirad cómo en las mejores capas españolas, en las capas españolas que guardan esa vena inextinguible del heroísmo individual que conquistó América, se ha entrado en contacto con nosotros; se ha entrado a tiros, sí, y esto no importa; el entrar a tiros es una manera de entenderse. Nosotros acabaremos por entendernos con estos que hoy dialogan con nosotros a tiros; lo que sentiríamos es que se interpusieran en nuestras luchas esas caducas costumbres de la vieja política o la injerencia, que rechazamos, de este Estado llamado a desaparecer. Nosotros, que hemos andado a tiros por las calles, que acaso seguiremos a tiros, que tendremos que caer y hacer caer a otros, nosotros, ahora, lo que no queremos es que intervenga en nuestras cosas el Estado caduco y liberal. Y nosotros –vosotros lo sabéis bien, hermanos de Sevilla–, que no hemos rechazado nunca una lucha de frente, no nos importa, en esta mañana de domingo, ser los primeros en pedir el indulto de Jerónimo Misa.

Y estarán contra nosotros los del lado derecho, estos que no nos perdonan que el 7 de diciembre de 1933, recién ganadas las elecciones por ellos, según dijeron por todos los ámbitos de la península, proclamásemos que aquella victoria era una victoria sin alas, que de ella no saldría nada bueno, que esa victoria se desperdiciaría. Fuimos unos aguafiestas; pero fuimos aguafiestas iluminados, porque ahora, cumplidos dos años del vaticinio, hemos podido sacar intacto el artículo que escribimos en el primer número de F.E., para decirles: "¡Veis cómo vuestra victoria era una victoria inútil!"

Y cuando ahora, el 17 de noviembre, antes de la última crisis, nosotros lanzamos ante un auditorio de 15.000 personas en Madrid la idea del Frente Nacional, contra el peligro amenazador de la manera rusa, asiática, comunista, materialistas, de entender el mundo, cuando nosotros lanzamos esa idea, han bastado unas semanas para que se nos apoderen del Frente Nacional sin pronunciar siquiera nuestro nombre, pero no para apoderarse del nombre y de la idea, que esto nos parecería muy bien, porque no vamos a poner vanidad literaria en la idea y en el nombre, sino para que a la sombra del Frente Nacional se empiece a urdir otra vez aquella Unión de Derechas que en noviembre de 1933 supo obtener la victoria sin alas.

Pues bien: nosotros, que hemos acampado bajo estas banderas, que hemos requerido a todos para ser los primeros o los últimos –que esto no nos importa– en esta lucha trágica, decisiva, por España, acompañados o solos, seguiremos en nuestro puesto: unas veces seremos más, otras veces seremos menos. Se nos irá desprendiendo toda la ganga de los curiosos, de los cobardes, de los noveleros, de los que acudieron porque era moda hablar del Estado corporativo o ponerse una camisa de un solo color. No importa. Quedaremos los necesarios, los fervientes. Pasarán épocas en que la Prensa capitalista, que ventea un ridículo mitin donde 400 personas han tenido la desgracia de oír durante una hora toda una sarta de sandeces, podrá callar los mítines nuestros, donde vienen miles de almas militantes dispuestas a la lucha. No importa, seguiremos en nuestro sitio. Irá caducando todo lo demás por su propia virtualidad de fracaso y nosotros seguiremos nutriendo bajo esta tierra esta semilla de las horas futuras; y las camisas que hoy escondemos bajo las chaquetas a la vigilancia de la autoridad gubernativa saldrán un día luciendo al sol y vosotros, camaradas de Sevilla, los primeros en el sacrificio, que habéis visto clarear vuestras filas con tantos nombres de mártires, vosotros tendréis puesto de honor para el desfile en la alegre mañana de España.

(*Arriba*, núm. 25, 26 de diciembre de 1935)

SOBRE LAS ELECCIONES DE 1936

¿Cómo va usted a luchar en las próximas elecciones?, preguntaba el periodista señor Ortega Lisson.

La Falange aún no ha adoptado una actitud definitiva ante las próximas elecciones. Desde luego, no se alineará ninguna alianza que se constituya con un sentido de "unión de derechas". La Falange no es un partido de derechas, como tampoco lo es de izquierdas. Entiende que estos valores de derechas e izquierdas están caducados, por descansar sobre concepciones laterales, incompletas, de lo que es España. España es para nosotros la "unidad de destino" que diferencia en lo universal a un grupo de pueblos. Las izquierdas, al entregarlo todo a decisiones de voluntad, niegan la permanencia inmovible en esa unidad de destino, superior a todas las decisiones; así, bajo el signo de las izquierdas, el Estado no encuentra justificación para cerrar el paso, aun contra la voluntad de los demás, a las corrientes separatistas, que son la negación de España, y el comunismo, que es la negación de toda una manera occidental, espiritual, cristiana de entender el mundo. Las derechas, por el contrario, desconocen que un pueblo es también una comunidad material de existencia, en la que nadie puede considerarse exento de participar, por duros que sean, en los sacrificios comunes. Nosotros entendemos que lo nacional y lo social han de integrarse en una síntesis superior, que para nosotros cuaja en la fórmula nacionalsindicalista. Con este sentido integrador hemos propugnado un frente nacional. Y no entraremos en coalición alguna que nos exija el apartamiento de nuestra doctrina.

—¿Qué número de diputados fascistas cree usted que irá a la futura Cámara?

—Supongo que querrá usted decir *nacionalsindicalistas*. No puedo contestarle. No existiendo en España la representación proporcional, no es posible predecir nada, mientras no se sepa cómo quedarán constituidas las candidaturas.

—¿Triunfarán las derechas?

—Creo que no.

—¿Cuál cree usted que será la composición del nuevo Parlamento?

—Me entregaré, como pasatiempo, al papel de adivinador. He aquí un cálculo en el que, por tratarse de un pasatiempo, prescindo de la posibilidad de alguna participación nuestra: nacionalistas regionales (más o menos declarados), 60; centro, 100; derechas, 140; izquierdas, 170.

—Si lograra usted el triunfo, ¿qué política desarrollaría?

—El triunfo electoral próximo de mi partido es una hipótesis absurda. Cuando la Falange triunfe desarrollará una política acorde con el sentido de mi primera respuesta, tal como está sistemáticamente formulada en los veintisiete puntos de su programa.

—¿Qué sucesos políticos prevé usted para el año próximo?

—Este: las izquierdas burguesas volverán a gobernar, sostenidas en equilibrio difícilísimo entre la tolerancia del centro y el apremio de las masas subversivas. Si los gobernantes —Azaña, por ejemplo— tuvieran el inmenso acierto de encontrar una política nacional que les asegurara la sustitución de tan precarios apoyos por otros más fuertes y duraderos, acaso gozara España horas fecundas. Si —como es más probable— no tienen ese acierto, la suerte de España se decidirá entre la revolución marxista y la revolución nacional. *Ortega Lisson*.

(*Blanco y Negro*, 25 de diciembre de 1935)

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA CLAUSURA DEL SEGUNDO CONSEJO NACIONAL DEL S.E.U. EL DÍA 26 DE DICIEMBRE DE 1935

Si algunas veces me acometió la duda de si los veteranos de la Falange llegaran a dirigir a España, en cambio no dudé nunca de que regirán los muchachos que han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante España. No hay más que vieja política y nueva política. Más fuerte que las actitudes de derecha e izquierda es hoy, en la juventud española, la conciencia de generación. Entre unos y otros pueden los muchachos de hoy enzarzarse a tiros; pero, aunque combatan, todos se sienten unidos en una misma responsabilidad, en un mismo estilo. Los estudiantes de hoy se adiestran en el deporte, estudian –que es lo que parecería más irrealizable– y no se entristecen ni se marchitan en los sórdidos antros de esparcimiento que rodean a la calle de San Bernardo. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas y harán juntos a nuestra España verdadera. Y entonces nosotros, los que ya podremos considerarnos viejos a la hora del relevo, ya que no del descanso, podremos decirnos con tranquilo orgullo: "Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera."

(Arriba, núm. 25, 26 de diciembre de 1935)

ESPAÑA AL AZAR

En pocos partidos falta un hombre aprovechable. Lo que no tiene cura es el sistema de los partidos. Lo hemos visto reiteradamente en la sucesión de ensayos que nos ha tocado soportar, y vamos a verlo de nuevo con ocasión de las próximas elecciones.

La experiencia —que, por otra parte, no ha hecho más que confirmar lo que ya promulgaba la razón— pudiera formularse con la exactitud de una ley matemática: *No hay política posible, ni historia posible, ni Patria posible, si cada dos años se pone todo en revisión con motivo de unas elecciones.*

Las grandes arquitecturas históricas han sido, cuando menos, la obra de la vida entera de un jefe o de un rey. Las más de la veces han sido la obra de toda una dinastía. En otras partes, la de una revolución que ha impuesto sus principios y se ha mantenido en ellos durante cuarenta o cincuenta años, mediante la sucesión en el Poder de hombres ungidos por el derecho de la revolución misma. De no ser así, todo esfuerzo es inútil: ni en dos ni en cinco años da tiempo a realizar nada, y es cosa sabida que la impaciencia popular se inclina cada dos años, o cada cinco, a cambiar de postura. No hay tiempo sin incomodidad, y el juicio simple de las masas tiende siempre a recibir lo bueno de cada tiempo como cosa natural y gratuita, y lo malo como consecuencia de la torpeza de los gobernantes. Nunca se juzga a los gobernantes por lo que han hecho, sino por lo que han dejado de hacer. De este modo, como nadie en el mundo es capaz de hacer todo lo imaginable nadie está libre de que la crítica se ensañe con lo que no hizo.

Esta crítica de lo que falta, este *llorar por lo que queda*, es el mejor resorte del conjunto de falacias, injusticias y embustes que se llama la *propaganda electoral*. Los más insignes edificadores de pueblos no hubieran rematado sus obras si cada dos años o cada tres, en plena tarea, cuando aún era tan difícil entrever los resultados finales, hubiesen tenido que someterse a la dirección irresponsable de todos los demagogos en todas las tabernas de todos los pueblos.

El sistema sufragista no sólo se resiente de todos los vicios de la demagogia, sino que los estimula. Para ganar votos hay que excitar a los electores. Entre candidato y candidato se entablan pugilatos a muerte; cada uno tiene que aumentar la dosis de excitante suministrada por el rival. Cuando se agotan las reservas conocidas, urge echar mano de nuevos venenos no probados antes. Hay drogas políticas, como el nacionalismo, que acaso no hubieran llegado a nacer si no hubieran sido requeridas por algún candidato, en trance electoral, para flagelar la sensibilidad de las masas votantes, ya acaso embotadas por el abuso de otras drogas envejecidas.

No puede haber un solo hombre normal que defienda de buena fe este sistema diabólico. Sólo odiando al pueblo se le puede desear un sistema que le convierte, cada dos o tres años, en campo de experimentación de todos los imbéciles, ambiciosos, frenéticos, logreros y farsantes. Sobre una masa popular ingenua, tierna, fácil a la credulidad y a la cólera, se permite la avenida de todo el hampa electoral, diestra en el juego de las torturas y las mentiras. Unos candidatos saldrán triunfantes, y otros vencidos; de unos y de otros se sabrá poco hasta las próximas elecciones; pero en pos de ellos habrán quedado, envenenando almas, embalses enormes de rencor sin alivio posible, porque los demagogos, para alimentar el rencor, encienden apetitos irrealizables.

¿Por qué no se tolera la venta pública de estupefacientes y novelas pornográficas y sí se tolera este mercado libre de estupefacientes políticos? Se tolera, simplemente, porque el Estado, que admite el sistema, no cree en sí mismo ni en su propia misión justificante, y para hacer perdonar la injusticia de existir tiene que simular que se pone en juego, cada dos o tres años, su propia existencia. Nuestro Estado, que tendrá la conciencia de su gran misión al servicio de la unidad eterna de España, no permitirá que España se juegue a este turbio azar de las urnas.

(Arriba, núm. 25, 26 de diciembre de 1935)

LOS PARTIDOS SE PREPARAN PARA EL SORTEO

EL SOCIALISMO, SIN CARETA

Ya son conocidos los diversos incidentes ocurridos en las últimas fechas dentro del partido socialista. Su Comité decidió, contra el parecer de Largo Caballero, avenirse a la alianza electoral con las izquierdas burguesas. Largo Caballero, en vista de tal resolución, dimitió irrevocablemente de su puesto presidencial. Y ahora resulta que el partido da la razón a Largo Caballero contra el resto del Comité. Por de pronto, mientras la conducta de Largo es aprobada y ratificada solemnemente por los órganos de representación del partido, sus masas, sin más trámites, abuchean en el Cinema Europa al *camarada Cordero* —que figura entre los contemporizadores— y le impiden terminar su discurso.

Todos estos episodios señalan de un modo terminante el final de una etapa en la historia del socialismo español, la que pudiera acaso llamarse la etapa del *socialismo abierto*.

En sus comienzos, el partido obrero socialista se nutrió ideológicamente de dos tendencias ingenuas: de un lado, la justa conmiseración por las condiciones intolerables en que vivía gran parte del pueblo; de otro lado, la inclinación de los obreros más distinguidos hacia las ideas *avanzadas*. Eran todavía los años felices de *La verbena de la Paloma*, cuando los honrados cajistas apenas tenían tiempo para otra cosa que para sus trabajos y sus amores, mientras los zapateros de portal, considerados como más sesudos, compartían con "Don Francisco" las ideas federales. Nada se oponía, en las costumbres de aquellos tiempos, a que uno de los primeros obreros socialistas, al cabo de un rato de conversación con algún patrono circunstancial, llegara a la conclusión bonachona —matizada con fina y españolísima punta de ironía tolerante— de que si todos los patronos pensaban como aquél las cosas podrían arreglarse amigablemente.

Aquellos comienzos de un socialismo tan admirable se prestaban a las mil maravillas para que unos cuantos profesores y escritores, inclinados a pasar por *revolucionarios* a poca costa, se incorporasen al partido. Fueron acogidos con todos los honores, porque en los obreros, por su parte, estaba demasiado viva una conciencia jerárquica tradicional para no sentirse orgullosos de tener a catedráticos por camaradas. Como es lógico, las alianzas electorales con los partidos de izquierda se concertaban sin repugnancia; en los partidos de izquierda habían militado muchos de los obreros, y en cuanto a los dirigentes y candidatos, tanto los de los partidos de izquierda como la mayor parte de los socialistas pertenecían a la misma burguesía *avanzada* y eran de temperamentos políticos parecidísimos.

Esa etapa del *socialismo abierto* puede darse por definitivamente cancelada. El alma rencorosa de Largo Caballero, que hoy orienta al partido, detesta todo lo que represente el menor tinte burgués. Dicen que ni aun en las relaciones privadas ha tenido nunca la menor frase cordial para quien no sea proletario o, al menos, socialista. Largo aspira al *socialismo cerrado*, inexorable, donde no se penetre sino al través de los sindicatos obreros. Besteiro, De los Ríos, Negrín, irán sintiendo que la atmósfera se hace cada vez más irrespirable a su alrededor. Sólo algún que otro intelectual, como Jiménez de Asúa, que es un caso de sectarismo patológico, podrá vivir en el partido socialista. Largo Caballero será pronto su dictador omnímodo y sabrá llenar de rabia las almas de los obreros, de las juventudes, de los maestros elementales que educan a los niños en las escuelas. No habrá cuartel, ni puntos de contacto, ni tolerancia, ni convivencia. Pero, en cambio, nadie podrá fingir que se engaña frente al socialismo: lo tendremos sin máscaras, con su verdadero rostro al aire.

LAS IZQUIERDAS BURGUESAS

El rumbo del partido socialista compromete de manera dramática el porvenir de las izquierdas burguesas. Son conocidas las condiciones exigidas por Azaña para ir a la alianza electoral con los partidos obreros: las candidaturas se formarían a base de seis candidatos burgueses (Izquierda Republicana, Unión Republicana y Partido Republicano Nacional) por cada dos socialistas, fuese cual fuese la proporción entre la masa electoral socialista y la republicano—burguesa, y el socialismo no tendría intervención en el Gobierno, sino sólo la fiscalización parlamentaria de la actuación gubernamental, que sería ejercida exclusivamente por burgueses.

Aspiraba Azaña, sin duda –y el realizarlo, si lo lograba, hubiera revelado indudable talento político–, a desplegar desde el Poder, sin directa mediatización socialista, una política de tipo nacional que le permitiera sustituir un poco más adelante el incómodo apoyo socialista por el de otras masas recuperadas. Bajo los auspicios de este arriesgado experimento se presentaba el año 1936, y contando con la alianza electoral republicanosocialista, algunos perspicaces observadores políticos auguraban para este año la segunda oportunidad de Azaña.

Pero el golpe de timón dado a última hora en el partido socialista inclina a prever su presentación ante el cuerpo electoral sin alianzas burguesas y, por consecuencia, ya que la inmensa mayoría de la masa electoral izquierdista está encuadrada en los partidos obreros, la derrota de los candidatos burgueses de izquierda en casi todas las circunscripciones.

Ello vendría a consumir entre nosotros el fenómeno universal de la desaparición de los partidos liberales. ¿Por qué desaparecen? Simplemente –como casi todo lo que se extingue– porque han traicionado su destino. La verdadera forma liberal de gobierno era el "despotismo ilustrado". Acaso mediante él hubieran conseguido elevar el tono de vida de las masas, incapaces de redimiese por sí mismas desde el instante en que necesitan redención. Pero los liberales, para halagar a las masas, transigieron hasta el punto de entregarse a lo que las propias masas dijeran. Habló el sufragio universal. Y lo que dijo, naturalmente, fue lo menos parecido al tono ecuánime, tolerante, refinado, de los revolucionarios burgueses. Las masas no se matizan. En cuanto fueron fuertes se lo llevaron todo por delante, sin distinguos. El mundo ha llegado a la cruda pugna de nuestros días entre las posiciones extremas. La democracia, hija del liberalismo, ha matado a su padre. Esto no sería malo; lo malo es que lleva camino de matar también a la libertad. Para rescatarla hay que volver a las luchas originarias: a la fuerza. Pero para esos menesteres los partidos liberales no sirven Y así van desapareciendo del mundo.

LA UNIÓN DE LAS DERECHAS

La Prensa de derechas lanza a diario llamamientos apremiantes para la unión electoral. Pero los partidos de derechas no han pasado aún de los tanteos, las invitaciones vagas afines y la atenuación notoria del tono polémico con que se zaherían entre sí hasta hace bien poco.

No obstante las buenas disposiciones para el acercamiento, es fácil percibir entre los grupos de derechas dos maneras distintas de entender la alianza electoral. Una, la del señor Gil Robles; se nota que al señor Gil Robles le repugna la expresión "unión de derechas" y prefiere la de "frente nacional antirrevolucionario". Esta preferencia en el nombre descubre una más honda preferencia en lo que el nombre ha de encubrir: después de la experiencia de 1933 a 1935, tan severamente infligida en las propias espaldas del señor Gil Robles, es bien explicable que no apetezca recomenzar por aquellos principios que condujeron a la memorable victoria sin alas. El señor Gil Robles preferiría un ancho frente donde entrasen cuantos quisieran, sobre una coincidencia mínima en la repulsa de lo que él llama "la revolución y sus cómplices", pero sin una articulación minuciosa en cuanto a la materia y duración del compromiso. El señor Gil Robles desearía, en el fondo, pasar lo menos mal posible el trago amargo de ahora sin sacrificar la posición preeminente de su partido y la libertad maniobrara en que aún sigue confiando.

Por el contrario, los monárquicos, conscientes del quebranto padecido por el señor Gil Robles con el fracaso de su táctica, buscan a toda costa la hegemonía, si no de número, de sentido, en el presunto frente electoral –al que, entre monárquicos, se da sin rebozo el nombre de "unión de derechas"– y el aseguramiento de la permanencia en la unión después de pasadas las elecciones.

Actitudes tan opuestas, siquiera vengan suavizadas por los buenos modales y por el peligro común, permiten augurar una elaboración nada sencilla de la unión de derechas. Sin embargo, es seguro que la unión se hará, porque bien saben las derechas lo que les aguarda si no se hace. Ahora bien: hecha la unión y aun supuesto –que ya es suponer– que las derechas ganen las elecciones, ¿qué va a pasar al día siguiente? Ni más ni menos que esto: los grupos parlamentarios de la derecha se encontrarán con el gravamen de que uno de sus grupos –tal vez acrecentado en las elecciones próximas– no podrá entrar a gobernar con la República porque no la ha aceptado. Sólo quedará como posible fuerza gobernante la misma de ahora, la de la C.E.D.A., con menor número de diputados que en las Cortes actuales. De donde la C.E.D.A. tendrá de nuevo que aceptar en actitud

subalterna combinaciones gubernamentales con los partidos moderados del régimen (y se repetirá el bienio estúpido), o tendrá que gobernar por sí sola con el apoyo incondicional de los monárquicos. Esto último, ¿parecerá a nadie realizable? Calcúlese hasta dónde llegarían las exigencias reaccionarias de los monárquicos sintiéndose árbitros de la política y libres de la responsabilidad directa del Gobierno. La C.E.D.A. acabaría por sacudir la mediatización intolerable, viniese lo que viniese, o la política española, desviada por completo de la línea de los tiempos, se encontraría encerrada en un callejón sin más salida que la catástrofe.

1936

Bajo estos auspicios vamos a entrar en el año 1936. Sus dulces perspectivas de momento son éstas: elecciones tempestuosas, aumento de las fuerzas socialistas en el Parlamento, Cortes ingobernables y ausencia –en la derecha y en la izquierda– de toda gran política nacional.

(*Arriba*, núm. 25, 26 de diciembre de 1935)

A LOS MAESTROS ESPAÑOLES

En estos momentos de angustia, cuando los cimientos del viejo régimen liberal se resquebrajan y los repugnantes tentáculos del marxismo y sus aliados aprisionan a nuestra España, amenazando desgarrar su territorio, borrar su historia, destruir sus valores eternos, envilecer y sumir en la miseria a la población; cuando los que antes y los que después del *bienio*, lejos de obtener el fruto provechoso que la revolución del 14 de abril les brindaba, han hecho alarde de dejación y de impericia –cuando no de sadismo y concupiscencia– conduciendo el carro de nuestra fortuna al borde del precipicio, es cuando la Falange Española de las J.O.N.S. reitera el llamamiento a todos los españoles y dedica en particular este manifiesto a vosotros, a los que ejercéis el sagrado ministerio de la enseñanza primaria, a los que habéis de forjar el espíritu del pueblo español para de aquí en adelante, y os dice:

¡Maestros nacionales! ¡En pie al servicio de España! Como españoles que sois, ¡uníos a nosotros! ¡Acudid con vuestros medios espirituales a esta cruzada que hemos emprendido para salvar a España!

Ante los ojos tenéis el balance de dos bienios: en el interior, sangre, lágrimas, dilapidación, orgía, paro obrero, enchufes, *affaires*, caricias a la inhumana revolución de octubre, que hace poco reiteró sus propósitos dando el *primer aldabonazo* a las puertas de Madrid. En el exterior, debilidad, servilismo, olvido de Gibraltar y de Tánger. En resumen: ruina espiritual y material. ¡Vergüenza!

La Falange Española de las J. O. N. S. tiene sellado con la sangre de *veinticuatro mártires* el compromiso de libertar a España, de construir sobre la ruina inminente del Estado liberal capitalista la nueva España imperial, la España una, grande y libre que ocupará el lugar preeminente que su destino reclama y cuyo nombre será escuchado con respeto y admiración en las cinco partes del mundo.

.....

Por lo que hace a los intereses del Magisterio primario y a vuestra posición con respecto a la Falange, sólo os diremos que el Movimiento Nacionalsindicalista no olvida que vuestros servicios están peor remunerados que muchos de carácter subalterno; pero no hemos de empezar por ofreceros un inmediato aumento de sueldo sin saber aún cuándo y con qué medios económicos podremos regularizar los escalafones y elevaros el nivel de vida al punto que merece vuestra noble misión; no tenemos el propósito de ofendernos intentando comprar vuestra adhesión, ni la Falange emplea esa moneda falsa de tan profusa circulación en las propagandas de las derechas y de las izquierdas. Ahora hemos de dejar todo esto a un lado para atender a un punto de vista totalitario: salvar la integridad moral y material de España, sin desglosar intereses de ningún sector determinado. Es la hora de deciros tan sólo:

¡Maestros nacionales! ¡Ayudadnos a salvar a España! Acudid a las filas nacionalsindicalistas, donde podréis encauzar vuestros valores docentes en –un sentido nacional, evitando el triste espectáculo de esos niños a quienes se ha enseñado a saludar con el puño en alto en señal de odio, ¡monstruoso contraste con la delicadeza de sus almas! Enseñadles a saludar con el brazo extendido al horizonte y con la mano abierta en señal de esperanza en el futuro; alejad del espíritu de esos niños todo sentimiento de egoísmo individual y de clase; enseñadles a creer en Dios, en la patria y en la obra de salvar a España para España, mediante una alegre vida de trabajo y de milicia.

¡Arriba España!

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

(Madrid, diciembre de 1935)

CIRCULAR A LOS MANDOS

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, ¿28 de diciembre de 1935?

Sancho Dávila.

Sevilla.

Querido camarada:

Tu provincia es una de las dieciocho aludidas en nuestra nota del día 8. En ella, por consecuencia, se va a comenzar enseguida una intensa campaña de propaganda.

A mediados de la semana próxima llegará ahí un equipo de propagandistas provisto del material impreso y de los medios económicos suficientes. Para cuando lleguen deberás tener estudiado el itinerario para recorrer eficazmente la provincia en diez días, señalados los lugares estratégicos para la celebración de mítines (que por tener que celebrarse casi todos en día de trabajo habrán de anunciarse para las horas en que mayor pueda ser la concurrencia del público), y solicitadas las autorizaciones gubernativas para ellos.

Conviene que, tan pronto recibas esta carta, visites al señor gobernador civil de la provincia, con objeto de recabar todas las facilidades legales para el plan de propaganda que se intente. Si le ves en actitud desconfiada u hostil, avísame en seguida.

Té saluda cordialmente,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Colección Sancho Dávila.

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN QUINTANAR DEL REY (CUENCA) EL DÍA 29 DE DICIEMBRE DE 1935

Dice que éste no es un mitin electoral, sino uno más de la serie en que la Falange va buscando el contacto de la auténtica España, encubierta por la costra de la vieja política. Esa España –como la Falange– ni cree en la vieja política ni tiene nada que esperar de ella. Ni de las izquierdas ni de las derechas. Las izquierdas rompen con la tradición de España y con el orgullo de haberla servido como la sirvieron nuestros antepasados y nosotros mismos en las guerras imperiales, en la de la Independencia y en África. La política de izquierdas obedece a consignas extrañas y transige con los separatismos. Y la de derechas, en cambio, se desentiende de la angustia popular. No se acongoja con la conciencia de que el pueblo campesino español vive condenado a arañar tierras pobres, por las que, encima, tiene que pagar renta.

Nosotros sabemos que ni en la derecha ni en la izquierda está el remedio, sino en el resurgimiento de la auténtica España de debajo, estructurado en sus unidades reales: familia, municipio y sindicato. Entonces tendrán que guardar silencio los charlatanes de la política y ganarse el pan los parásitos. Veréis cómo sin ellos volvéis a cumplir grandes destinos. Eran como vosotros, tenían vuestras mismas caras los que hicieron que este sol de la Mancha calentara la redondez del mundo sin dejar de mirarse en tierras españolas.

(Arriba, núm. 26, 2 de enero de 1936)

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ) EN EL TEATRO ESLAVA EL 1 DE ENERO DE 1936

"Rendición de cuentas"

Ayer, después de tres horas de espera en el Teatro Eslava, apareció en el escenario el notable poeta don Julián Pemartín, que notificó al público las causas por las cuales la conferencia del señor Primo de Rivera se celebraría a las cinco de la tarde.

A las cinco y cuarto y con mayor lleno que por la mañana; apareció en el escenario el diputado don José Antonio Primo de Rivera, que fue recibido con una ovación.

El orador empieza por excusarse de que el tren de esta mañana llegara con un retraso de tres horas. "Cosa –dice– que no pude remediar ni corregir porque aún no gobierna a España."

Aunque no crea en el Parlamento, el haber aceptado una misión parlamentaria le obligaba a cumplirla con un sentido de responsabilidad. Hay dos maneras de entender la política: como carrera y como servicio. La carrera consiste en ir granjeándose como sea la popularidad para escalar puestos brillantes. El servicio, en acudir a los cargos públicos para contribuir desde ellos, abnegadamente, al superior destino de la Patria, aunque sea arriesgando la popularidad.

Yo entiendo la política como servicio, y con este criterio, ante cada problema me he planteado la cuestión de que sea lo justo y lo conveniente para España y para mi provincia antes que la de los aplausos que una actitud pudiera proporcionarme. Creo que el tratar de halagar siempre las inclinaciones de la opinión, acertadas o erróneas, es una manera de ejercer la compra de votos.

Dos problemas importantes, en relación con Jerez, se me han presentado durante mi gestión. Voy a daros breve cuenta de lo que hice.

Problema de los alcoholes: la ruptura comercial con Francia echaba sobre el mercado español un sobrante de 200.000 hectolitros de alcohol de vino. Para absorberlo se pensó, y esto era justo, obligar a la C.A.M.P.A. a adquirir el alcohol industrial para que éste dejara su hueco libre al vino. Pero bajo la denominación de vínico pretendía incluirse el alcohol de vino y el de residuos de la vinificación, cosa que perjudicaría a la industria licorera jerezana, compradora de alcoholes. Los diputados señores García Atance y Palomino combatieron el intento tan acertadamente, que sus compañeros de representación no tuvimos que intervenir.

El intentar añadir nada a lo que ellos hacían, sólo hubiera estado explicado por un deseo de exhibición. Así, Palomino logró que se redactara un nuevo proyecto satisfactorio para todos. Por cierto –y perdonadme que descienda a chismes– que se ha dicho que yo voté en contra. A los que digan tal estupidez enseñadles, si saben leer, el número 192 del "Diario de Sesiones", donde se ve que en este segundo proyecto nadie votó en contra porque fue aceptado por unanimidad.

Problema del azúcar: aquí mi conciencia me obliga a discrepar de los que creen que montar en Jerez una fábrica puede ser un bien para España y para Jerez. La industria española ha producido en la última campaña un exceso de 190.000 toneladas de azúcar por encima del consumo nacional, que ha sido 270.000. Ante tal exceso, las fábricas empezaron a imponer la reducción de áreas de cultivo (por ejemplo, la de Puebla de Híjar, en Aragón, impuso una reducción de dos tercios), y a pensar en el traslado a tierras nuevas, con la consiguiente ruina de las antiguas. Os diré que, aunque nos sobrepusiéramos al remordimiento por contribuir a esta ruina, Jerez no sería de las nuevas tierras favorecidas, porque la remolacha sólo da una riqueza sacarina del 11 por 100, mientras que la castellana y la leonesa da el 14,5 por 100. Ante la inminencia de tal conflicto, el Gobierno ya en el mes de julio prohibió que se instalaran fábricas nuevas si no era con autorización del Consejo de Ministros. Ocho autorizaciones de éstas se pidieron, y la última precisamente era la de Jerez. Todas fueron informadas desfavorablemente por el Ministerio de Agricultura. Así las cosas, se presentó el proyecto de ley de azúcares. Para oponerme a él tenía que haber creído que la construcción de una fábrica en Jerez era conveniente para la economía española, para la jerezana, y además que se podía conseguir. Para la economía española, desde luego, no lo era.

Para la economía jerezana tampoco sería conveniente, no sólo por participar en la ruina común, sino porque, aunque se volviera al mercado libre (único supuesto en el cual la fábrica sería autorizada, ya que un Estado en política de restricción no iba a permitirla), la inferior riqueza de nuestra remolacha la pondría en peores condiciones de competencia. Y, por último, era imposible conseguir la fábrica por la oposición encarnizada de las demás provincias remolacheras, amenazadas de hambre y propicias a mirar con rencor perjudicial para Jerez el empeño que pusiéramos en nuestra demanda.

Hasta aquí los asuntos locales. Pero lo que importa de estos dos años de experiencia es que España, a punto de caer por una parte en la ferocidad comunista, puede, por un impulso heroico, ser la que halle más duramente el orden nuevo del mundo. Para ello no sirven ni los partidos de izquierda –que prometen la felicidad de los trabajadores, pero además de no dársela les arrancan el sentimiento de la Patria y los valores espirituales– ni los de derecha –que ensalzan los valores espirituales, pero se desentienden del hambre popular–. Hace falta una conciencia profunda y resuelta de que empieza un mundo nuevo, que hay que edificar a costa de cualquier sacrificio.

El orden liberal capitalista ha traído al mundo discordias presentes y el espectáculo de miseria que dan los obreros del campo, desarraigados, alquilándose a sí mismos en la Plaza del Arenal como se alquilan en Abisinia los esclavos o los camellos. En busca de ese orden nuevo, ganado por la fe y los sacrificios, voy, con mis compañeros, peregrinando por España. Y eso es lo que importa, no granjearme el aplauso fácil o una lápida en que den el nombre de uno a una calle del pueblo. Esas lápidas en honor de los caciques van formando la lápida sepulcral de España²⁹.

Al final, como en distintos párrafos de su conferencia, fue muy aplaudido.

El acto transcurrió y terminó dentro del mayor orden.

A las ocho de la noche estuvo en el Centro de Falange, donde dirigió unas palabras a sus afiliados.

Esta noche, en el exprés, regresa a Madrid, el señor Primo de Rivera.

Diario de Jerez, Jerez de la Frontera, 2 de enero de 1936.

²⁹ El párrafo final es el siguiente: "Yo no he ido a la Cámara para que agradecido, ponga mi nombre en una lápida cualquiera sobre el silencio el polvo de una esquina, porque con todas esas lápidas conmemorativas de los intereses pequeños a salvo se está forjando la gran lápida sepulcral de España."

ANTE LAS SOMBRAS DE 1936

LA CRISIS NÚMERO SIETE

Con las Cortes cerradas, con los ministros elegidos en la más amigable componenda, con decreto de disolución y con todo, no ha sido posible evitar la séptima crisis del año 1935. Queden anotados sus rasgos para conocimiento de lectores futuros: a mediados del mes se formó un Gobierno presidido por el señor Portela Valladares. En este Gobierno entraban varios respetables señores amigos suyos y los representantes de tres partidos de los que durante los dos gloriosos años 1934 y 1935 han regido los destinos de España; se alude al partido radical (cuya presencia en el Gobierno era, sin embargo, dudosa, porque no se sabía si los ministros que fueron radicales continuaban siéndolo), al partido liberal demócrata (vulgo melquiadista, lo cual no se puede negar que es un bello nombre) y al partido agrario (compuesto por aquellas personas más tenazmente opuestas a que se intente arreglar la cuestión agraria). Estas tres agrupaciones políticas, durante dos años entendidas con la C.E.D.A., la dejaron en la estacada a última hora y aceptaron las dulzuras del Poder a la sombra del señor Portela Valladares.

El señor Gil Robles, a quien seduce la idea de ganar las elecciones próximas (quién sabe si para disponer de otros dos años en que ir preparando las siguientes, y así hasta la eternidad), podía pasar por todo menos por asistir impasible a la formación de un partido centro con el auxilio de sus antiguos aliados. La futura posible C.E.C.A. (Confederación Española de Centristas Autónomos), todavía más cómoda y menos comprometida que la C.E.D.A., y llamada, por lo pronto, a gozar el suave calor de las alas gubernamentales, podía constituir una rival terrible. Agil, el señor Gil Robles disparó una nota anunciando que las huestes cedistas no darían sus votos a los antiguos compañeros del bloque si éstos no rompían con el Gobierno del señor Portela. Agrarios, melquiadistas y ex radicales, con el resuello en el cuerpo, pensaron que acaso fuera mejor lo mediano conocido que lo bueno por conocer; es decir, que fuese mejor hacer las paces con la C.E.D.A. que lanzarse a la aventura de formar una C.E.C.A. Y así, en el Consejo de ministros del lunes, no se sabe si dimitieron o cómo se las arreglaron, pero sí se sabe que produjeron la crisis.

AQUÍ NO HA PASADO NADA

¡Crisis a mí! –ha dicho para sus adentros el señor Portela–. ¿Que tres de los partidos gubernamentales me retiran su apoyo? Pues como si me lo retiraran los cinco. Vengan acá los amigos personales necesarios y a llenar el Gobierno.

Así se ha constituido un Gabinete que no representa a partido alguno y que no tiene detrás de sí masa alguna de opinión. Los ministros son unos señores respetables, puestos al frente de los destinos de España por designio de una preferencia personal. ¿Y cuál es su misión? De una parte, gobernar por ahora. De otra parte, presidir unas elecciones en las que van a ser interesados, según se ha dicho por pluma de la máxima autoridad.

A nosotros ni nos va ni nos viene la fidelidad con que el sistema liberal, constitucional y parlamentario se atenga a sus principios. Pero que no nos vengan con historias: ni sus partidarios oficiales creen ya en que pueda tenerse en pie. Lo prueba el experimento de ahora, cuya audacia debe tener estupefactos a los pocos ingenuos de la constitucionalidad: en estas circunstancias interiores e internacionales peligrosísimas rige a España un grupo de respetables particulares a quienes nadie ha dado sus votos.

OSCURIDAD

El año 1936 se presenta más confuso quizá que ninguno de los anteriores del siglo. El socialismo, aparentemente derrotado en octubre de 1934, levanta la cabeza con altanería, señala condiciones a los republicanos de izquierda, sus presuntos aliados, y acaso sea el partido que traiga el grupo homogéneo más numeroso de las próximas Cortes. Si este grupo, sumado al de los izquierdistas burgueses, es suficiente para gobernar, vendrá una nueva etapa semejante a la del primer bienio, pero mucho más cruda, más rencorosa, llamada a terminar en la incautación violenta del Poder por los socialistas, que no repetirán la prueba de dejarse arrebatar una ocasión.

Las derechas es poco probable que triunfen. Contra lo que ocurre con las izquierdas, donde la masa revienta de ímpetu y empuja a los conductores en tal forma, que éstos casi tienen bastante con dejarse llevar, entre las derechas son los jefes los que, extenuándose en un derroche de dinero y de energías, andan espoleando a una masa medio desilusionada. La juventud de Acción Popular ha iniciado en Madrid sus mítines de barriada con un solemne vacío en el cine Padilla. Por provincias, sólo cuando van las figuras más preeminentes de las derechas se consigue, por casualidad, llenar los teatros. La campaña electoral presenta por adelantado un sello inequívoco de fatiga. Las gentes recuerdan la inutilidad del esfuerzo de 1933...

Y el centro, este famoso centro que el señor Portela Valladares va a elaborar a brazo, servirá tal vez para una cosa: para que no gobiernen las derechas ni las izquierdas. Quizá esto sea un bien: así, en vez de morimos de golpe y porrazo, perduraremos durante unos cuantos años llevando una vida de paráliticos.

¡Y España sin hacer! España sufriendo las alternativas del vapuleo y del pasmo. A lo lejos, la estrella de su eterno destino. Y ella, parálitica, en su desesperada espera de la orden amorosa y fuerte: "¡Levántate y anda!"

(*Arriba*, núm. 26, 2 de enero de 1936)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN ALCAÑIZ (TERUEL) EL DIA 5 DE ENERO DE 1936

El jefe nacional pronunció una breve y enérgica arenga dirigida —afirmó— a los militantes y a los que tiene el alma preparada para serio, ya que para los demás hablamos un idioma extraño. Nosotros andamos recorriendo España en busca de ese fondo permanente, entrañable, defraudado por las izquierdas, capaces de avenirse a la desmembración de España, y por las derechas, insensibles al hambre del pueblo.

Reiteró las afirmaciones conocidas de la Falange en orden a la reforma agraria, y terminó afirmando que nuestro Movimiento consideraba inseparables las tres cosas que hay que devolver al pueblo español: la Patria, el pan y la justicia.

(Arriba, núm. 27, 9 de enero de 1936)

A TODOS LOS JEFES TERRITORIALES Y PROVINCIALES DE LA FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Esta Jefatura Nacional dirigió a la Junta Política, con fecha 24 de diciembre, una comunicación concebida en los siguientes términos:

La Junta Política se servirá redactar un dictamen escrito acerca de la actitud que, a su juicio, debe adoptar la Falange en la próxima contienda electoral. De una manera señalada someto a la consideración de la Junta las cuestiones siguientes:

1º.- ¿Conviene a la Falange una inhibición electoral completa, o la adopción de una actitud de independencia absoluta que lleve necesariamente a una total ausencia de representantes en nuestro Parlamento? El no alcanzar ningún puesto en las Cortes, ¿no representará un eclipse peligroso para la Falange en la vida política española, dado lo habituado que está la opinión a juzgar de la importancia de los partidos por su representación –cuantitativa o cualitativa– en el Parlamento?

2º.- La participación en algún frente electoral, ¿será juzgada por los militantes más ardorosos como una defección en las posiciones doctrinales de la Falange? Este efecto en las filas del partido, ¿se podrá evitar poniendo extremo cuidado en que las líneas ideológicas y la independencia de la Falange queden intactas en cualquier pacto que se concluye?

3º.- ¿Cuáles deben ser las exigencias terminantes de la Falange, en orden a su integridad doctrinal y a su independencia táctica, para aceptar conciertos tácticos con otros partidos?

4º.- El riesgo de una victoria de los partidos marxistas aliados con los de izquierda burguesa, ¿implicaría el retroceso para la Falange a momentos de lucha difícilísima que acaso la pusiera en trance de muerte o, por lo menos, retrasaran por muchos años sus posibilidades de triunfo? Esta consideración, ¿debe tener en cuenta para posponer de momento la repugnancia de la Falange a todo pacto electoral?

5º.- ¿Cómo valora la Junta Política los ejemplos de otros partidos de tendencia similar al nuestro que, en diversos países de Europa, aceptaron momentáneamente alianzas contra el peligro que el marxismo implicaba para los principios y aun para los partidos de tendencia nacional?; y

6º.- ¿Cree la Junta Política que la aparición de la Falange, circunstancialmente, en un frente de tendencia nacional antimarxista, con todas las reservas y salvedades necesarias, la quebrantaría de modo duradero en la estimación pública? ¿Qué juzga más grave, este quebranto circunstancial o el riesgo de descenso de la valoración pública que implicaría la falta de toda representación parlamentaria?

Esta Jefatura se propone dar a conocer el dictamen de la Junta Política a todas las Jefaturas territoriales, provinciales y de las J.O.N.S., con solicitud de que expresen lo que opinen acerca de él. Después de oídos todos esos pareceres, se resolverá por esta Jefatura acerca de la actitud definitiva de la Falange.

La Junta Política, de acuerdo con lo que se le encargaba, ha formulado el siguiente dictamen:

La Junta Política, cumpliendo la orden de esta Jefatura Nacional de emitir dictamen escrito acerca de la actitud que a su juicio debe adoptar la Falange en la próxima contienda electoral, y muy especialmente ante aquellas cuestiones sometidas de manera señalada a la consideración de la Junta, lo redacta en los términos que a continuación se expresa, en los que ha procurado armonizar la concisión con la claridad y dar respuesta categórica, por el orden en que se formulan, a todas las preguntas contenidas en el cuestionario presentado.

En su virtud, la Junta Política entiende:

1º.- Que ante el panorama que ofrece la situación política y la lucha electoral, que va a polarizarse alrededor de un bloque de derechas y otro de izquierdas –aparte de algunas fuerzas políticas de importancia secundaria nada decisivas– debe analizarse antes de contestar a la primera pregunta, y como trámite previo determinante del sentido de la respuesta, la composición de ambos bloques:

a) *Bloque de derechas.*—La Junta opina que no se logrará formar un frente orgánico como el de izquierdas, sino que, tomando como eje la C.E.D.A., se harán pactos circunstanciales, según las posibilidades que presenta cada provincia y en las que entrarán desde tradicionalistas hasta radicales.

b) *Bloque de izquierdas.*—Se compondrá desde las izquierdas burguesas hasta los comunistas. Es decir, de todas las fuerzas que directa o indirectamente intervinieron en la revolución de octubre de 1934.

De este análisis deduce la Junta que una inhibición electoral o la adopción de una actitud de independencia absoluta que ha de conducir necesariamente a una total ausencia de representantes nuestros en el Parlamento, sobre ser inconveniente para la Falange, que de seguro sufriría un eclipse peligroso en la vida pública, al no llevar al Parlamento representación alguna, carece de razón de ser desde el momento en que el frente de izquierdas se ha de componer de fuerzas heterogéneas, algunas hasta ahora abstencionistas, pero todas encaminadas al logro de una revolución marxista y antinacional, aspiración que justifica la entrada de Falange en el frente de signo contrario.

2º.- Que la participación de la Falange en algún frente electoral, sobre todo al lado de los partidos de derechas, ha de ser interpretada por los militantes más ardorosos como una defección en la posición doctrinal de aquélla; pero sobre poderse atenuar –ya que no evitar– este efecto, conservando la independencia y las líneas ideológicas de la Falange en los pactos que se concluyan, quedaría amplia y ventajosamente compensado, mediante la conquista de un número de puestos en el Parlamento que le permitiera formar minoría.

3º.- Que, en su consecuencia, entiende la Junta Política que las exigencias determinantes de la Falange, en orden a su integridad doctrinal y a su independencia táctica, para aceptar conciertos electorales con otros partidos, han de ser:

a) Mantener como único punto de contacto el antimarxismo y el antiseparatismo.

b) La propaganda se verificará –si ello no supone un obstáculo insuperable que la Jefatura valorará libremente– con absoluta independencia y separación de los elementos de la Falange respecto a los de las restantes organizaciones del frente; y

c) Será condición indispensable para entrar en el frente antirrevolucionario que a la Falange se le concedan de 25 a 30 puestos en las candidaturas que se presenten.

Ahora bien: como la Junta cree que las derechas nunca llegarán a conceder a la Falange tal número de puestos, estima que el único medio de coaccionarla a tal fin sería el que Falange presentase la candidatura cerrada del Frente Nacional Revolucionario. De esta forma, si la finalidad perseguida se lograba, sería un modo airoso de entrar en el bloque antirrevolucionario. Caso contrario, se retirarían las candidaturas y la lucha quedaría reducida a las dos o tres provincias que se juzgaran más a propósito, y en las que se concentrarían los esfuerzos y se harían los acuerdos circunstanciales precisos para ver de lograr triunfo por las minorías de las figuras más destacadas del Movimiento.

4º.- Opina la Junta que la victoria de los partidos marxistas aliados a las izquierdas burguesas acarrearía consecuencias tan perjudiciales para la Falange, que la llevarían a un periodo de lucha difícilísima que, cuando menos, habría de retrasar por mucho tiempo sus posibilidades de triunfo. Y opina también la Junta que, como aquella victoria es posible y aun probable, la Falange ha de tener

en cuenta esta consideración para posponer de momento la repugnancia que sienta a todo pacto electoral y para no adoptar actitudes que puedan favorecerla.

5º.- La Junta, al emitir su dictamen, no sólo ha tenido en cuenta la situación de España y las circunstancias en que, a su juicio, se ha de plantear la próxima contienda electoral, sino también los ejemplos seguidos en casos análogos en otros países de Europa por partidos similares al nuestro, ejemplos que valora como argumentos coadyuvantes a las soluciones y actitudes en que se aconsejan; y

6º.- Opina, por último, la Junta Política que la aparición de la Falange en un frente de tendencia nacional y antimarxista no habría de quebrantarla en la estimación pública general, aunque sí perjudicaría el efecto antes indicado en algunos militantes del partido. Pero que juzga mucho más grave el daño que implicaría la falta de representación parlamentaria o una abstención electoral que podría interpretarse como favorecedora de un posible triunfo marxista.

Antes del próximo día 18 del corriente todos los jefes territoriales y provinciales, previa consulta con los jefes de las J.O.N.S. y militantes señalados por sus dotes y servicios, se servirán comunicar a esta Jefatura Nacional su parecer acerca de los extremos contenidos en el dictamen de la Junta Política.

Madrid, 6 de enero de 1936.—El *Jefe Nacional*. ¡Arriba España!

EN ESTOS MOMENTOS, MÁS QUE NUNCA, FE EN EL MANDO

Camaradas: Quien lleva sobre sí la responsabilidad de los destinos de la Falange reclama en estas horas, con más solemnidad que nunca, la completa confianza vuestra. En unas semanas puede iniciarse un auge insólito o una terrible temporada de depresión para nuestro Movimiento. Si sólo fueran a decidir de su suerte nuestros valores y nuestras fuerzas, nuestra unión y nuestra disciplina, no habría que pensar sino en seguir cultivándolas sin innovación, como ayer y como mañana. Seríamos islotes sostenidos por su propia sustancia en medio de un mundo regido por leyes ajenas. Pero el destino de la Falange, como todos en el mundo, pende también del juego combinado de otras muchas fuerzas que no está en su mano regir y que fuera desvarío querer ignorar. De las peripecias políticas españolas, hoy tan confusas como de ordinario, quizá dependa el porvenir próximo de la Falange, su capacidad de propaganda y de crecimiento, la libertad y hasta la vida de muchos de sus militantes más ardorosos. Todas las circunstancias capaces de influir en nuestra suerte no pueden ser conocidas de todos. Algunas son oscuras y sutiles; para valorarlas se requiere una información minuciosa y puntual de la que muy pocos disponen. Estos pocos son, naturalmente, aquellos que tienen su sitio en los órganos más sensibles del Movimiento: la Junta Política y la Jefatura Nacional.

Es, pues, indispensable que todos, en todo momento, depositéis entera confianza en los consejos de la Junta Política y en las decisiones del jefe. Y pensad en esto: es fácil otorgar la confianza cuando lo que el mando decide se ajusta exactamente a nuestra inclinación; lo difícil es permanecer en la misma lealtad externa e interna cuando lo que se nos manda no es aquello que esperábamos que se nos mandara o resulta oscuro de entender.

Para lo que pase, sean cuales sean las maniobras que exija la difícil navegación de las semanas que ahora empiezan, estad seguros de que, más firme que ninguna actitud táctica, permanece la fidelidad inmovible de nuestros camaradas de la primera jerarquía a lo que es esencia irrenunciable de la Falange y previsión segura de su última meta. No puede ser negada esa total confianza a quienes desde la primera hora se la han ganado con su permanencia leal en los sitios de mayor pesadumbre.

Monte cada cual una guardia interior en estos días contra la inclinación al desaliento. Ya veréis cómo, se haga lo que se haga, os vienen desde fuera a soplar al oído insinuaciones hipócritas contra vuestros jefes. Veréis cómo gentes de fuera se afanan estos días, sin que sepáis por qué, por aparecer a vuestros ojos como más fervientes defensores que vosotros mismos de nuestra integridad doctrinal. Cuando os vengan con estas cosas, comparad simplemente los servicios de aquellos mentores con los de los jefes a quienes os invitan a descalificar. Pensad si los servicios y los sacrificios soportados durante dos años en apretada hermandad con vuestros jefes no han ganado para éstos vuestra entera fe. Y confiad no sólo en su lealtad, sino también en su destreza. Una temporada peligrosa y oscura desembocará, si los seguís sin titubeo, en un ancho periodo de esplendor para la Falange, a la que no sujetará ninguna ligadura, ni disminuirá ningún compromiso, ni entorpecerá ninguna confusión, para manifestarse limpia, libre y entera en el cumplimiento de su destino.

¡Arriba España!

(*Arriba*, núm. 27, 9 de enero de 1936)

HA FENECIDO EL SEGUNDO BIENIO

RECAPITULACIÓN

Como ejemplo de instituciones gloriosas y fecundas no es probable que tomen los siglos venideros a estas Cortes españolas que acaban de pasar a mejor vida. Pero la gradual revelación de su esterilidad sólo pudo proporcionar sorpresas a quienes no tienen ojos en la cara ni se han tomado el trabajo de informarse acerca de las características de los híbridos. Las Cortes nacieron híbridas en su totalidad y en sus más considerables componentes. Así, la famosa mayoría de derechas se produjo (aparte de alguna cana al aire de la C.E.D.A. con el partido radical en tal o cual provincia) como resultado del enlace de estas dos fuerzas heterogéneas: las derechas adictas al régimen (C.E.D.A., agrarios y melquiadistas) y las derechas monárquicas. ¿Cómo era posible que el vástago de tal enlace tuviera actitud para la reproducción? Los monárquicos, naturalmente, no podían participar en el Gobierno; los adictos, sin aquéllos, no tenían fuerzas suficientes para gobernar. Por consecuencia, la unión monárquicocedista daba un fruto estéril. Los cedistas, entonces, hubieron de buscar enlace por otro sitio y lo hallaron con el partido radical. Aquí ya la esterilidad no era tan patente como en el otro caso, pero era igualmente inevitable en lo íntimo y profundo. Sencillamente por esto: porque los radicales y los cedistas no podían entenderse sino en el no hacer, en el dormir y ganar tiempo. Los radicales, viejos tragacuras, y los cedistas, instrumentos sumisos del Vaticano, ¿en qué podían coincidir? Su coincidencia hubo de montarse sobre la renuncia de cada cual a ser quien era. Como toda alianza entre elementos esencialmente incompatibles, se concertó sobre lo más inexpresivo y soso. En estos tiempos en que el Estado español sólo puede sostenerse y justificarse por un gran quehacer, radicales y cedistas convinieron en no hacer nada, como esos matrimonios que acuerdan no hablarse para evitar cuestiones espinosas y detrimentos de la vajilla.

Esta inacción sólo fue interrumpida, ya en la segunda mitad del bienio, por ciertas sustanciosas actividades, a las que figuras conspicuas del partido radical se entregaron con edificante ardor. La C.E.D.A., limpia de participación en aquellas manipulaciones, no tuvo valor para denunciarlas. Creyó "mal menor" hacerse la distraída ante ellas, con objeto de evitar la disolución de las Cortes. Pero no hay mal mayor que la pérdida del sentido moral. Y así las Cortes, que para evitar males mayores absolvieron de culpa a don Alejandro Lerroux, se condenaron a sí mismas al absolverle. La última sesión del difunto Parlamento fue aquella en que se decidió por bolas blancas y negras acerca de la honorabilidad del señor Lerroux. Una voz familiar dijo en la memorable madrugada de esa noche: "Sobre la honorabilidad del señor Lerroux la opinión pública ha pronunciado ya sentencia: lo que van a votar ahora las Cortes es su propio honor". Votaron y votaron en contra. Los candorosos partidarios del mal menor creyeron que con eso se evitaba la crisis y se prorrogaba la vida del Parlamento. Pero el Parlamento se había suicidado. Así, en una madrugada fatigosa, cuando ya comenzaba a clarear sobre la mampara del salón de sesiones el amanecer nublado del postrer domingo, las Cortes del segundo bienio se fueron al diablo.

¿PROPÓSITO DE LA ENMIENDA?

Ahora veremos si la lección de estos dos años áridos es o no aprovechada. Queda poco más de un mes para las elecciones. En tan escaso tiempo se han de arreglar las candidaturas y mover la propaganda. ¿Habrá quien recomiende el volver a empezar por el principio de antes? Ya, sin embargo, lo preconizan muchos: varios periódicos de los llamados de orden convocan a bombo y platillos a la "unión de las derechas", exactamente como en 1933. Los monárquicos son los más interesados en que la "unión de derechas" se rehaga, porque saben que si no se rehacen, el cuerpo electoral conservador se irá tras el señor Gil Robles, que le ofrece un programa más cercano y más tranquilo. ¿Sabrá el señor Gil Robles resistirse a las zalemas de los unionistas y evitar al mismo tiempo el caer en alianza con elementos averiados? Aquí está el toque, en primer término. Y en segundo término, en evitar que la alineación de quienes se coaliguen contra el marxismo y el separatismo se haga bajo un signo "derechista" en vez de hacerse bajo un signo "nacional". El ser "derechista" como el ser "izquierdista", supone siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir.

En algunos casos es expulsarlo todo y sustituirlo por una caricatura de la mitad. Esto pasa, quizá, preferentemente entre las derechas: un gran aparato patriótico y religioso, demasiado enfático para ser de la mejor calidad, envuelve una falta espeluznante de interés por las miserias de los

desheredados. Las derechas que se suponen más "avanzadas" llegan a recomendar ciertas ampliaciones jurídicosociales, como la que da a los obreros una homeopática participación en los beneficios o la que les asegura, a la vejez, un pingüe retiro de una peseta y media al día. Pero no hay partido de derechas que acepte el acometer con decisión heroica el descuaje del sistema capitalista y su sustitución por otro más justo. Y como en ello estriba la tarea de nuestra época (ya que la sustitución del sistema capitalista implica toda una revolución moral), y como sin esto la conciencia de una nación como comunidad completa de vida no puede afirmarse, es claro que un frente calificado por ser "de derechas" no puede ser, aunque lo ponga en todos los carteles electorales, un frente "nacional".

(*Arriba*, núm. 27, 9 de enero de 1936)

ESPAÑA DIVIDIDA EN PARTIDOS

"Piense que nosotros empleamos siete siglos en expulsar a los moros porque estábamos desunidos, y, en cambio, ya unidos, conquistamos en pocos años un Continente. El deber de la juventud es sustituir la vieja España, dividida en partidos, por una nueva España unida en torno del ideal imperial."

De la entrevista concedida por José Antonio al periodista francés André Nicolás, 10 de enero de 1936. Felipe Ximénez de Sandoval: *José Antonio*, pág. 614.

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO LICEO, DE ÁVILA, EL DÍA 11 DE ENERO DE 1936

Dice que en la propaganda electoral no hacen los partidos llamados de orden otra cosa que presentar a los ojos de los españoles el fantasma del comunismo. Nosotros somos también anticomunistas, pero no porque nos arredre la transformación de un orden económico en que hay tantos desheredados, sino porque el comunismo es la negación del sentido occidental, cristiano y español de la existencia.

Ahora que contra la fe comunista hay que levantar otra fe; no basta una simple negación. El hacer propaganda contra eso y contra lo otro es insuficiente. No gitemos más "abajo" y sí gitemos, como hace siempre la Falange, "arriba". Arriba España, como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la Patria, el pan y la justicia.

No tenemos Patria porque le falta un aliento nacional; porque nuestras fronteras y nuestras costas están indefensas; porque nuestra política internacional está mediatizada; porque la unidad nacional se nos disgrega en separatismos.

El pueblo español no tiene pan. Hay muchedumbres de parados. En los suburbios y en los campos viven muchos hombres peor que las bestias. Hay multitudes condenadas a arañar tierras estériles, que les dan cuatro semillas por una. De estas cuatro semillas todavía una es para la tierra y otra para el usurero. (*Grandes aplausos.*) En esta misma provincia de Avila hay pueblos que pertenecen a una sola propiedad. Los habitantes de esos pueblos, a los que puede desahuciar el propietario en cualquier momento de mal humor, saben que el desahucio equivale a un destierro del mundo.

Para hacer una España donde no acontezcan estas cosas queremos nuestra revolución nacional, no para perpetuar contra la amenaza comunista una vida mediocre. Cuando llegue la hora de la Falange, estas piedras de Avila, que llevan siglos helándose de frío, sentirán como si las recorriera una savia vegetal ante el anuncio de las nuevas jornadas imperiales de España.

(*Arriba*, núm. 28, 16 de enero de 1936)

RESUMEN DE LAS PALABRAS PRONUNCIADAS EN VALLADOLID EN EL MITIN CELEBRADO EN EL TEATRO CALDERÓN, EL 12 DE ENERO DE 1936

Dio comienzo a su intervención afirmando que ellos no tratan de invocar el instinto de conservación, ya que no tienen el menor ánimo de perpetuar esta España actual, chata y melancólica.

Los pueblos tienen dos destinos: imperar o languidecer. España no puede estabilizarse por medio de los partidos llamados de orden.

Después de exaltar las pasadas glorias de Castilla, enjuició los dos bienios de política republicana que desde 1931 se han vivido en España, calificándoles al primero de cruel, insufrible, y al segundo de estúpido, ya que ha tenido que transigir con la ruina del campo español, con los escándalos de la administración pública y con el movimiento separatista de Cataluña. Execra la conducta de Pérez Farrás, que alzado contra el Estado español, había dado muerte al heroico capitán Suárez, y afirma que si dentro de semanas o de meses saliese de la prisión, los muchachos de la Falange evitarían que pasee por las calles españolas.

Justificó la necesidad de devolver la fe colectiva a los españoles en los destinos de la Patria, ya que ésta, necesariamente, ha de marchar a la cabeza de la nueva Europa.

Condenó a continuación los abusos del capitalismo, afirmando que la tierra española, reorganizada, retrasada, puede sostener a todos los españoles.

Pide que España resurja sobre las bases de una política austera, un ejército fuerte y una postura firme y erguida en el orden internacional.

Concluyó diciendo que él, en vez de trescientos diputados, pide tan sólo trescientas centurias de muchachos que impongan en España la Patria, la paz y la justicia.

El Norte de Castilla, Valladolid, 14 de enero de 1936.

ANTE LAS ELECCIONES

POR ESPAÑA, UNA, GRANDE Y LIBRE; POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA

EL MIEDO Y EL QUEHACER.—Otra vez la musa del miedo va a ser, para las gentes de media España, 'la inspiradora de las elecciones. Como en 1931. Como en 1933. Como será en 1938 y en 1940. Una vez el temor a la República. Otra, el temor a la perpetuación del primer bienio. Ahora, el temor a la revolución de Asturias. La próxima vez, ¿quién sabe? Así, mientras los socialistas y sus aliados (encarnaciones del peligro que hoy se hace desfilar ante nuestros ojos) saben a lo que van y lo que quieren, y están dispuestos a lograr por manera combatiente y activa, los de la línea opuesta, los que tocan alarma con la innovación de aquel peligro, sólo parecen coincidir en el terror que les produce. Se diría que, fuera del anuncio de catástrofes inminentes, no tienen mensaje que decir a la patria.

No queremos que caiga sobre nosotros participación en tal ceguera: cualquier recluta que se logre sin otra consigna que la del miedo, será completamente estéril. Frente a una voluntad decisiva de asalto no basta una helada y pasiva intención de resistencia. A una fe tiene que oponerse otra fe. Ni en las mejores horas imperiales, cuando hay tanto que merece conservación, basta con el designio inerte de conservar. Una nación es siempre un quehacer, y España de singular manera. O la ejecutara de un destino en lo universal o la víctima de un rápido proceso de disgregación. ¿Qué quehacer, qué destino en lo universal asignan a España los que entienden sus horas decisivas con criterio de ave doméstica bajo la amenaza del gavilán?

DOS AÑOS PERDIDOS.—La falta de clarividencia política viene ahora agravada por la nota de reiteración. Los *contra* y los *anti* de las elecciones del 33 imprimieron carácter al periodo político que arrancó de ellas. Sólo hubo aliento para lo negativo. Como no se combatió *por* nada ni *hacia* nada, sólo fue posible lograr coincidencias con el *no hacer*. Cada cual, en aras de conciertos efímeros, renunció a lo más señero que representaba. Aquella paz difícil entre elementos inconciliables devoró cuantas banderas hubieran podido izarse por unos y por otros. Así, vimos perecer la Reforma agraria del primer bienio sin que otra de verdad la sustituyera, sino el simple designio de dejar como está la insostenible situación del campo. Y vimos aplazado hasta última hora, para darle al fin remedio insuficiente y tímido, la angustia del paro forzoso. Y vimos renacer poco a poco los privilegios legales que en 1934 proporcionaron a la Generalidad de Cataluña instrumentos de secesión. Y esperamos en vano la reorganización del Ejército. Y la infusión de un sentido nacional en la escuela, minada por el marxismo. Y mientras se reprimía con severidad la rebelión de Asturias en las personas de unos mineros enardecidos y se ejecutaba al digno y valeroso sargento Vázquez, asistimos al indulto del traidor Pérez Farrás, primer oficial español que, en más de un siglo, se alzó en armas contra España para desmembrar una parte de su territorio.

Esto sin contar la benevolencia acordada a unos cuantos sujetos, por subalternas exigencias del sistema político, para que metieran las manos a sus anchas en caudales privados y públicos. Ni la sujeción del país entero por un férreo sistema de excepción al ayuno de todas sus libertades, como si se estuviera llevando a cabo, para justificar esa merma de libertad, alguna extraordinaria empresa exterior o interior.

¡ARRIBA ESPAÑA!—¿Se nos convoca para ganar en lucha difícil otros dos años como los fenecidos? Las elecciones próximas, ¿serán de nuevo como un balón de oxígeno que prolongue dos años, sin esperanza de nada mejor, el malvivir de nuestra España? Otros dos años de precaria tranquilidad, montada en falso; otros dos años de trampear el hundimiento definitivo de España no nos interesan. Y es bien difícil que interesen aun a quienes sólo apetecen su sosiego; es demasiado caro esto de que se les pida el máximo esfuerzo y el máximo sacrificio económico para tener cada dos años que repetir la fiesta. Aun para los egoístas es poco lo que se promete. Para los que colocan sobre el egoísmo el afán ardiente de una España grande y libre, es muchísimo menos. *Contra* el marxismo, *contra* el separatismo.... no basta. En los siglos en que fue madurando lo que iba a culminar en Imperio no se decía: "Contra los moros", sino "Santiago y cierra España", que era un grito de esfuerzo, de ofensiva. Nosotros, aleccionados en esa escuela, somos poco dados a gritar: "Abajo esto", "Abajo lo otro". Preferimos gritar: "¡Arriba! ¡Arriba España!" España, una, grande y libre, no desalentada y mediocre; España, no como vana invocación de falsas cosas hinchadas, sino como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la patria, el pan y la justicia.

LA PATRIA.—Queremos que se nos devuelva el alegre orgullo de tener una patria. Una patria exacta, ligera, emprendedora, limpia de chafarrinones zarzueleros y de muchas roñas consuetudinarias. No una patria para ensalzarla en gruesas efusiones, sino para entendida y sentida como ejecutara de un gran destino.

Queremos una política internacional que en cada instante se determine para la guerra o para la paz, para que sea neutral o beligerante por la libre conveniencia de España, no por la servidumbre a ninguna potencia exterior.

Para ello exigimos que nuestro Ejército y nuestras fuerzas navales y aéreas sean los que necesita la independencia de España y el puesto jerárquico que le corresponde en el mundo.

Queremos que la educación se encamine a conseguir un espíritu nacional fuerte y unido, y a instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la patria.

Queremos que la patria se entienda como realidad armoniosa e indivisible, superior a las pugnas de los individuos, las clases, los partidos y las diferencias naturales.

EL PAN.—Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; propietarios de grandes fincas, que sin amor ni esfuerzo, cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes compañías diez veces mejor retribuidos que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de acciones liberadas a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad por servicios de intriga; usureros, agiotistas y correveidiles. Para que esta gruesa capa de ociosos se sostenga, sin añadir el más pequeño fruto al esfuerzo de los otros, empresarios, industriales, comerciantes, labradores, pescadores, intelectuales, artesanos y obreros, agotados en un trabajo sin ilusión, tienen que sustraer raspaduras a sus parvos medios de existencia. Así, el nivel de vida de todas las clases productoras españolas, de la clase media y de las clases populares, es desconsoladoramente bajo; para España es un problema el exceso de sus propios productos, porque el pueblo español, esquilado, apenas consume.

He aquí una grande y bella tarea para quienes de veras considerasen a la patria como un quehacer: aligerar su vida económica de la ventosa capitalista, llamada irremediamente a estallar en comunismo; verter el acervo de beneficios que el capitalismo parasitario absorbe en la viva red de los productores auténticos, ello nutriría la pequeña propiedad privada, libertaría de veras al individuo, que no es libre cuando está hambriento y llenaría de sustancia económica las unidades orgánicas verdaderas: la familia, el Municipio, con su patrimonio comunal rehecho, y el Sindicato, no simple representante de quienes tienen que arrendar su trabajo como una mercancía, sino beneficiario del producto conseguido por el esfuerzo de quienes lo integran.

Para esto hacen falta dos cosas: una reforma crediticia, tránsito hacia la nacionalización del servicio de crédito, y una reforma agraria que delimite las áreas cultivables y las unidades económicas de cultivo, instale sobre ellas al pueblo labrador revolucionariamente y devuelva al bosque y a la ganadería las tierras ineptas para la siembra que hoy arañan multitudes de infelices condenados a perpetua hambre.

LA JUSTICIA.—Leyes que con igual rigor se cumplan para todos; eso es lo que hace falta. Una extirpación implacable de los malos usos inveterados: la recomendación, la intriga, la influencia. Justicia rápida y segura, que si alguna vez se doblega no sea por cobardía ante los poderosos, sino por benignidad hacia los equivocados. Pero esa justicia sólo la puede realizar un Estado seguro de su propia razón justificante. Si el Estado español lo estuviera, ni los culpables de la revolución de octubre andarían camino de la impunidad, ni tantos infelices que les siguieron alucinados hubiesen sentido el rigor de una represión excesiva. También queremos que esto de una vez se desenlace: justicia para los directores y piedad para los dirigidos; al fin, el ímpetu de éstos, enderezado una vez por caminos de error, puede cambiar de signo y deparar jornadas de gloria a la revolución nacional de España.

EL FRENTE NACIONAL.—Todo esto queremos. Para estas cosas, que no son negociaciones, sino tareas, nuestro esfuerzo sin cicatería. A la sombra de esta bandera sí que estamos dispuestos a alistarnos —los primeros o los últimos— en un Frente Nacional. No para ganar unas elecciones de efectos efímeros, sino con vocación de permanencia. Nos parece monstruoso que la suerte de España tenga que jugarse cada bienio al azar de las urnas. Que cada dos años entablemos la trágica partida en que, a golpe de gritos, de sobornos, de necedades y de injurias, se arriesga cuanto hay de permanente en España y se hiende la concordia de los españoles. Para una larga labor colectiva queremos el Frente Nacional. Para un domingo de elecciones, para la vanidad de unas actas, no. Esta coyuntura electoral no representa para nosotros sino una etapa. Confiamos en que, una vez vencida, no quedaremos solos en la empresa que estos renglones prefiguran. Pero solos o acompañados, mientras Dios nos dé fuerzas, seguiremos, sin soberbia ni decaimiento, con el alma tranquila, en nuestro menester artesano y militante.

¡Arriba España!

Madrid, 12 de enero de 1936

Por la Falange Española de las J. O. N. S.:

El jefe nacional, *José Antonio Primo de Rivera*.—La Junta Política: *Julio Ruiz de Alda, Rafael Sánchez Mazas, Raimundo Fernández Cuesta, Onésimo Redondo, Manuel Mateo, Manuel Valdés, José María Alfaro, Sancho Dávila, Augusto Barrado, Alejandro Salazar*.

(*Arriba*, núm. 28, 16 de enero de 1936)

EL FRENTE NACIONAL ANTE LAS ELECCIONES

"Falange Española de las J.O.N.S. fue la primera, como ya se ha reiterado, en lanzar el propósito de un Frente Nacional. No recabó para ello el primer puesto en ese Frente, ni puso otras condiciones para integrarlo que el respeto a ciertas exclusiones y ciertas exigencias, sin las cuales el Frente no podría merecer el calificativo de Frente Nacional.

Ha transcurrido tiempo suficiente, hasta el punto de haberse llegado a la convocatoria de elecciones, sin que ninguna fuerza haya hecho suya la idea del Frente Nacional ni haya iniciado con la Falange negociación alguna.

Ello releva a la Falange de todo escrúpulo de perturbación que le aconsejaría prolongar la espera. Por consiguiente, con sus propias fuerzas –abiertas a todo contacto admisible–, y bajo su entera responsabilidad, iniciará enseguida la propaganda del Frente Nacional, con candidaturas propias, en Madrid, capital, y en dieciocho provincias, entre las cuales figura Santander."

De *Diario de Jerez*, 14 de enero de 1936.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO NORBA, DE CÁCERES, EL DÍA 19 DE ENERO DE 1936

Por poco parlamentarios que seamos tiene que sobrecogemos esta coyuntura electoral. Más todavía desde que uno de los ejércitos contendientes, el de izquierda, ha perfilado ya su formación de lucha en el manifiesto reciente. Quienes hayan leído ese manifiesto habrán observado en él cuatro partes: una de puro señuelo electoral, promesas arcaicas de bienandanzas para todos, sin que se diga por qué caminos van a venir esas bienandanzas: rebajas de impuestos, aumentos de escuelas, de hospitales, de obras públicas... Otra, la parte social, conservadora y cicatera; nada de nacionalización de la Banca; nada de nacionalización de la tierra; nada de *control* obrero... Otra, que es un puro anuncio de guerra civil: represalias, persecuciones, inquisición de la "lealtad al régimen" en los funcionarios... Por último, otra parte del halago al separatismo: será restablecido el régimen autonómico que implantaron las Constituyentes y que ha dado los resultados conocidos.

Con tal espíritu viene el que, bajo el nombre de bloque de izquierdas, es pura y simplemente el frente marxista. Y ante su amenaza, ¿qué es lo que se alinea para afrontarla? Se alinean unas masas cuya única consigna parece ser la del miedo. Ved los carteles por las calles: "¡Que viene el marxismo!" "¡Que viene el separatismo!" "¡Que viene la masonería!"... En torno de este terror se nos convoca, se nos llama apremiantemente a las urnas, porque hay que salvar a España, en peligro, y a la civilización occidental, en riesgo de hundimiento. Pero ante tales llamadas preguntamos todos: ¿Cómo? ¿Pues no habíamos ya salvado a España y a la civilización occidental en 1933? ¿Es que cada dos años se va a repetir esta broma?

La victoria de 1933 fue una victoria sin alas, porque fue, como la que se quiere obtener ahora, hija del miedo. Los partidos sólo se agruparon por temor al enemigo común; no vieron que frente a una fe atacante hay que oponer otra fe combatiente y activa, no un designio inerte de resistencia. Faltó esa fe en 1933, y por eso las Cortes que se eligieron entonces fueron estériles. Sólo hubo en ellas coincidencias para no hacer. Examinad su obra: el primer bienio había hecho una Ley de Reforma Agraria. Respondía a una tendencia falsa: no creaba patrimonios humanos, familiares, sino que se ajustaba a un patrón colectivista. Era, en algún detalle, injusta. Pero el segundo bienio no la mejoró: la suprimió por completo bajo la púdica envoltura de una reforma. Con la ley de las Cortes fenecidas no se instalará nadie sobre el suelo de España.

Era una congoja –que no se sabe cómo deja dormir a nadie en paz– el paro forzoso. Entre los partidos triunfantes el 33 empezó un pugilato de promesas: uno ofreció cien millones para el paro; otro mil millones. A última hora, cuando apremiaba la proximidad electoral, se hizo una ley contra el paro. Por virtud de ella se están edificando en Madrid más casas de las precisas, con lo que dentro de un año se presentará un paro mucho más duradero, aterrador... Y, además, para el mayor número de obreros parados, que son los campesinos, no ha habido remedio alguno.

Estaba en vigor un Estatuto de Cataluña. Que la Administración esté más o menos descentralizada es cuestión de pura técnica, en la que no se cruza ninguna consideración esencial; lo que importa, cuando se quiere conceder a una región facultades descentralizadas, es comprobar que no hay en ella el menor germen de separatismo. En Cataluña lo había, y la rebelión de octubre vino a ponerlo de manifiesto. Entonces las Cortes disueltas, ¿derogaron un Estatuto que sólo pudo concederse, sin traición, sobre el supuesto de no existir separatismo? No; las Cortes suspendieron tímidamente el Estatuto y los Gobiernos se fueron encargando de restaurarlo poco a poco, para que sirva de instrumento a otra tentativa de secesión.

No se emprendió a fondo la reconstrucción de nuestro Ejército y de nuestras fuerzas navales y aéreas. Nuestra frontera y nuestras costas siguen desguarnecidas y el heroísmo secular de nuestros oficiales y soldados expuesto a la estéril gloria de las empresas desgraciadas.

No se ha reinstalado el sentido nacional y espiritual de la escuela, materializada por el marxismo. No se ha hecho justicia por los sucesos de octubre. El Estado, cobarde y cruel, como todo Estado débil que no se siente justificado, su rigor por el servicio a un gran destino, fue excesivo en la represión con los humildes y claudicante en el castigo de los grandes culpables. Se dijera que los gobernantes, inseguros de su razón y de su permanencia, querían granjearse la benignidad futura de quienes, si

ahora eran reos, podían ser jueces mañana. Así, mientras fue ejecutado, tras de saludar a la bandera, el sargento Vázquez, pronto veremos al traidor Pérez Farrás reír sobre la tumba del heroico capitán Suárez, a quien asesinó.

Todo esto salió de las elecciones del 33, aparte de los asuntos turbios que las Cortes dejaron impunes y el aparato de sujeción en que España, sin libertad, ha vivido sujeta, como si se estuviera sosteniendo una comprometida guerra exterior o llevándose a cabo una ingente empresa interna. ¿Se nos moviliza para sacar otras Cortes iguales? Entonces no acudiremos. Para cerrar el paso al marxismo no es voto lo que hace falta, sino pechos resueltos como los de esos veinticuatro camaradas caídos, que por cerrarles el paso dejaron en la calle sus vidas frescas. Pero hay algo más que hacer que oponerse al marxismo. Hay que hacer a España. Menos "abajo esto", "contra lo otro", y más "arriba España", "por España, una, grande y libre", "por la Patria, el pan y la justicia".

Queremos el orgullo recobrado de una patria descargada de chafarrinones zarzueleros: exacta, emprendedora, armoniosa, indivisible; unidad de destino superior a las pugnas entre los partidos, los individuos, las clases y las tierras distintas. La política internacional de España deberá regirse por su interés y su conveniencia, no por presión alguna exterior. Para eso, España tiene que ser fuerte; su Ejército y sus flotas marítima y aérea han de asegurarle en todo instante la independencia y la jerarquía. La educación ha de encaminarse a formar un espíritu nacional fuerte y unido, y a implantar en el alma de las juventudes la alegría y el orgullo de la Patria. Todo lo que sea invocación patrioterica sin este sentido, sin este contenido, será una música de charanga con la que unos cuantos privilegiados traten, en vano, de distraer al pueblo para que no se acuerde de su hambre.

El hambre del pueblo: he aquí otra angustia apremiante y a la que España puede poner remedio. La gran tarea de nuestra generación consiste en desmontar el sistema capitalista, cuyas últimas consecuencias fatales son la acumulación del capital en grandes empresas y la proletarianización de las masas. El capitalismo —ya lo sabéis— no es la propiedad; antes bien, es el destructor de la propiedad humana viva, directa; los grandes instrumentos de dominación económica han ido sorbiendo su contenido a la propiedad familiar, a la pequeña industria, a la pequeña agricultura... El proceso de hipertrofia capitalista no acaba más que de dos maneras: o interrumpiéndolo por la decisión heroica incluso de algunos que participan en sus ventajas, o aguardando la catástrofe revolucionaria que, al incendiar el edificio capitalista, pegue fuego, de paso, a inmensos acervos de cultura y de espiritualidad. Nosotros preferimos el derribo al incendio, y estamos seguros de que ese derribo —que al alumbrar las nuevas formas de vida colocará a la cabeza del mundo a la primera nación que lo logre— es en España más fácil que en parte alguna, porque apenas tropieza con un gran capitalismo, industrial, que es el más difícil de desarticular rápidamente.

Aquí, con la reforma crediticia, que tiende a la nacionalización del servicio de crédito en bien de quienes lo necesitan, a quienes hay que redimir de sórdidos usureros y bancos suntuosos, y con la reforma agraria, que levanta el tono de vida del pueblo campesino español, estaría casi todo hecho en lo económico.

Explica con detalle la concepción ya conocida de la Falange en orden a la reforma agraria: delimitación de las áreas cultivables de nuestro suelo; reconstrucción de las unidades económicas de cultivo; devolución al bosque y a la ganadería de las tierras ineptas para la siembra, e instalación revolucionaria del pueblo labrador sobre las tierras cultivables.

Por último —dice—, necesitamos justicia, que sólo puede dar un Estado seguro de su propia razón de existencia, de su propia justificación histórica.

Nuestro Estado será más fuerte y menos cruel que el torpe Estado autor de la represión de Asturias; nosotros hubiéramos sido más rigurosos con los jefes y mucho menos duros con los mineros alucinados, cuyo ímpetu magnífico, desviado hacia el error, puede, bajo otro signo, deparar jornadas gloriosas a la revolución nacional de España.

Este es nuestro lenguaje. No vamos por ahí especulando con menudos chismes, sino llamando a lo más profundo de una España profunda y eterna. Sabemos que esta tierra entrañable de

Extremadura, labradora, conquistadora y doliente, fértil en vanguardias de camisas azules, entenderá nuestra voz y estará con nosotros.

(*Arriba*, núm. 29, 23 de enero de 1936)

AÚN NO SE SABE A DÓNDE VA ESTO

CONFUSIÓN

Faltan poco más de veinte días para las elecciones, y ésta es la hora en que no se sabe siquiera cómo se constituirán las fuerzas en lucha. En fechas anteriores se habló por Madrid, como de cosa perfilada, del frente de izquierdas y del frente de derechas. Noticias posteriores —que no hacen sino confirmar lo que un cálculo riguroso anticipaba— parecen poner en duda el arribo a buen puerto de uno y otro frente. El de izquierdas tropieza a última hora con la dificultad de acoplamiento en las candidaturas los socialistas, conscientes de su fuerza, exigen más puestos de los que —quisieran darle los republicanos, y éstos no sólo se baten por la mayor participación en las candidaturas, sino, además, movidos por una subconsciente repugnancia a ir en calidad de invitados —o de prisioneros—, en el duro marco de las organizaciones proletarias. Burgueses todavía, aunque sean burgueses de izquierda, los republicanos coligados podrán despotricar en tertulias contra todas las jerarquías existentes —en el fondo, ¡cuánto no hay de secreta envidia y de resentida nostalgia en muchas de esas maldiciones!—; pero en las horas vitales les brota del fondo humano auténtico una invencible repulsión a soportar la altivez obrera. Tal vez este dato psicológico influya más que muchas consideraciones políticas en la ruptura posible de un frente que, de todas maneras, dure o no dure, es aceptado sin interior alegría por cuantos lo forman.

Por su parte, la armonía entre las derechas dista de ser ejemplar. Recuérdese el comentario aparecido en estas columnas cuando el señor Calvo Sotelo y su órgano, *La Nación*, se apresuraron, sin ocultar el apremio ni aun por razones de urbanidad, a pedir la destitución del señor Gil Robles en su calidad de eje de la coalición de derechas. Como era de prever, la trama minuciosa de Acción Popular y la tenaz habilidad del señor Gil Robles para todo lo que no es una gran empresa, han acabado por configurar la negociación entre los partidos de derecha como un juego de peticiones, cada vez menos exigentes por parte de los monárquicos, y de concesiones o negativas por parte del señor Gil Robles. Esto es, que el señor Gil Robles ocupa entre las derechas un puesto análogo al que desempeña Largo Caballero en la izquierda: uno y otro son los verdaderos jefes de las coaliciones, y el resto de los que intervienen en ellas, meros adheridos, no muy satisfechos.

Así, las elecciones, de llegarse a la lucha en el actual planteamiento, serían una pugna por el Poder entre el socialismo —que lo ejercería de momento por mediación de administradores republicanos de izquierda— y Acción Popular, no suficientemente acompañada para dejar de ser el eje de la política, pero sí lo suficientemente obligada a buscar compromisos parlamentarios como para que su actuación tuviera que ser tan sosa como en el famoso bienio 1933–35.

Ya se dice, sin embargo, que estos cálculos serían valederos si las cosas se resolvieran conforme a la disposición de fuerzas planteadas hasta ahora. Pero de aquí a las elecciones, con estar tan cerca, puede preverse que ocurran todavía cosas inesperadas. Mejor dicho: puede afirmarse que ocurrirán.

EL MANIFIESTO DE LAS IZQUIERDAS

Nadie podía sustraerse a un cierto afán por conocer el tanto tiempo anunciado manifiesto de las izquierdas. No se ha ocultado nunca, por las voces y las plumas autorizadas de nuestro Movimiento, que la nacionalización de una parte de las izquierdas podía, acaso, iniciar un camino de hallazgo de España. Todo interés ha sido defraudado, no obstante, en presencia del documento.

Cuando se creía encontrar en él alguna promesa sugestiva en lo social —cosa que en el campo de las derechas no puede esperarse ni por asomo—, el manifiesto no hace otra cosa que registrar discrepancias. Los partidos obreros solicitaban la nacionalización de la tierra, la de la Banca y el *control obrero* en las industrias, cosas todas ellas que, con algunas reservas y lentitud en los trámites, han de constituir las bases del futuro orden económico social. Los partidos republicanos burgueses, con la más cerrada cicatería, consignan su negativa redonda a tales aspiraciones.

Cuando se esperaba una rectificación en la benevolencia con los movimientos disgregadores —benevolencia cuya perduración impide la incorporación de las izquierdas a una verdadera corriente nacional—, he, aquí que el manifiesto sale del paso con la afirmación lacónica de que se mantendrá y

desenvolverá el régimen autonómico votado por las Constituyentes; es decir, que se afirma la contumacia de un sistema cuyos últimos efectos llevan a la ruptura de toda solidaridad española.

Pero para que no falte nada, y para que los crudos manjares de esos puntos programáticos no tengan siquiera una salsa grata, el documento de las izquierdas anuncia la vuelta a los procedimientos inquisitoriales del primer bienio. Inquisitoriales en el más riguroso sentido: examen de estados de espíritu en los funcionarios para medir su "lealtad al régimen" y privarles de la función si se juzga tibia; revisión de expedientes y procesos ya acabados ... ; es decir, siembra de la zozobra, de la angustia, en millares de familias; vuelta a los sucios métodos de delación que llegaron a hacer repugnantes los que nacieron para ser alegres días de la infancia de la República. Si no rigieran valores morales superiores para reprobar semejante propósito, descalificaría a sus autores la garrafal torpeza política que revelan. Quienes han conocido la experiencia de dos años persecutorios y saben hasta qué punto les cercó el asco y la impopularidad por el empleo de tales métodos, tienen que haber caído en imbecilidad para apuntar propósitos de reincidencia. A cualquier español, por poco hostil que sea, en principio, a los postulados izquierdistas, le sobresalta el augurio de volver a la pesadilla de 1931–1932. Aquellos dos años sin paz, en que nadie estaba libre de registros domiciliarios, encarcelamientos, atropellos, vigilancias policíacas, intervención de pasaportes, groseras pesquisas sobre su intimidad espiritual y demás insufribles lindezas, deben de haber dejado, en ese aspecto, pocos nostálgicos. El anuncio de una *reprise* no es para que se agoten las entradas.

ENSEÑANZA

No son los hombres –ni más ni menos aprovechables que los de otras profesiones–, es el sistema entero el que caduca. Mientras para gobernar haga falta una mayoría parlamentaria; mientras para tenerla haya que ocupar en las Cortes 250 asientos, aunque sea con asnos (y hay que acudir a los asnos porque la densidad política española no produce 250 hombres de primera fila, ni el sistema electoral es exactamente un método de selección); mientras para sacar los hombres y los asnos precisos de las urnas haya que organizar el tumulto periódico de las elecciones, con toda su estupidez y toda su injusticia, no se emprenderá ninguna gran tarea, ni mucho menos se le dará cima. Pero esto, en 1 fondo, este barrunto de una próxima liquidación del sistema, ¿es como para entristecernos, camaradas?

(Arriba, núm. 29, 23 de enero de 1936)

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL FRONTÓN CINEMA, DE ZARAGOZA, EL DÍA 26 DE ENERO DE 1936

Os debo, camaradas —comenzó—, la rendición de cuentas de un proceso interior que nos planteaba un grave problema de conciencia: la proximidad de una lucha electoral. Nosotros no podemos desentendernos de esa lucha, porque la Falange, como todo movimiento que aspira a triunfar, no puede eludir los combates en ningún terreno; ha de ir ganando paso a paso todas las posiciones; tiene que encargarse de cubrir el camino sinuoso y salvar las alturas, y al final del camino, por una línea recta, llegar hasta el ideal. Hizo observar que la lucha electoral, igual que la vida española entera, se presenta partida en dos bandos: a un lado, las izquierdas; al otro, las derechas. Mostró cómo en el fondo de nuestras almas vibra una simpatía hacia muchas gentes de la izquierda, las cuales —dijo— han llegado al odio por el mismo camino que a nosotros nos ha conducido al amor mediante la crítica de una España mediocre, entristecida, miserable y melancólica. Pero los que constituyen el bloque electoral de izquierdas son los marxistas; mejor dicho, los que preconizan el pensamiento marxista con un sentido asiático, antiespañol antihumano, y así, en el manifiesto que publicaron, después de una serie de vaguedades en las soluciones, muestran adjetivos muy diferentes que, completados con declaraciones más o menos claras, nos anuncian un nuevo período de guerra civil. Es decir, quieren introducir otra vez en España a los hombres que acaben con la esperanza de su salvación; quieren introducir en España una nueva revolución que deje pequeña a la anterior, lo cual llevará el desasosiego otra vez a los hogares españoles. Esto es lo que representa el frente de izquierdas, y ante esas intenciones, nosotros nos alistáramos en el Frente Nacional para luchar contra las amenazas de un peligro asiático, —contra las amenazas de una guerra interior.

Cuando nos hemos acercado a lo que se llama Frente Nacional, hemos encontrado, en primer lugar, una falta completa de carácter nacional. En el llamado Frente Nacional no hay más que un miedo pavoroso; sus componentes temen por sus privilegios materiales, y, además, están presentes los radicales.

En la última noche de las Cortes, que se disolvieron cuando ya clareaba la madrugada, cuando nuestra fatiga era grande, yo me levanté y dije:

"He estudiado el expediente Nombela y encuentro una estafa al Estado Español de dos millones y tantas pesetas", que precisé hasta los céntimos, sin que me rebatiera nadie ni lo más mínimo. Les dije en esa madrugada el juicio que me merecía don Alejandro Lerroux, sentenciado por la opinión pública y por la moral, y que entonces íbamos a ver si las Cortes se sentían o no compatibles con el señor Lerroux. Bolas blancas y bolas negras fueron cayendo en las urnas para enjuiciar el pasado próximo de don Alejandro Lerroux; pero al echar las bolas en las urnas, las Cortes sentenciaron su propia muerte. Era don Alejandro Lerroux la ancianidad averiada a quien intentaron salvar, con un abrazo amoroso, las Cortes españolas de derechas.

La Falange, toda abnegación y sacrificio, es para salvar a España, no para defender intereses materiales ni para cubrir conductas descalificadas.

Los carteles están llenos de contras y abajos; contra esto, contra lo otro, contra lo de más allá; abajo esto, abajo lo otro. Este lenguaje no es el nuestro. Nosotros queremos menos contras, menos abajos; queremos más arribas; arriba la Patria; queremos el pan y la justicia de la Patria. Cuando hablamos de Patria, no hay en nuestra boca una bandera contrabandista más; ya sabéis para cuántas cosas se emplea el nombre de la Patria.

Vosotros habitáis en una tierra que linda con otra donde brota la hierba del separatismo, la tierra hermana de Cataluña, la que nosotros queremos reintegrar a los destinos nacionales españoles. En presencia del proceso espiritual de Cataluña, que a muchos hizo alejarse del patriotismo por el camino atormentado del odio, la Falange hace saber que confía no en una unidad territorial o racial, sino en una gran unidad de destino. La labor de la Falange está en unir uno a uno todos los destinos de España. Pero a España hay que verla sobriamente, exactamente; mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como los intereses de los Bancos o los dividendos de las grandes Empresas.

Nosotros buscamos una patria para España, y cuando la tengamos, España recobrará su política internacional, España tendrá una política que le aconseje en unos casos la paz, quizá –por desgracia– en otros la guerra, y en otros le aconseje ser neutral, pero nunca por imposición de una potencia extranjera, sino por la voluntad de España.

Queremos el pan para los españoles. No temáis que nosotros unamos nuestra voz a los que en esta ocasión electoral gritan que se interesan muchísimo por el obrero y hasta le ofrecen algunos abriguitos de punto y algunas meriendas, no; nosotros no ofrecemos abriguitos de punto; nosotros ofrecemos estas camisas azules, estas camisas que pueden vestir los obreros sin renunciar a sus ímpetus revolucionarios. Nosotros lo decimos abiertamente: aspiramos a una estructura orgánica de las labores españolas; pero mientras a eso se llega, nosotros entendemos que los obreros hacen bien en seguir siendo revolucionarios. Hace dos años, cuando fui candidato por Cádiz, me pareció intolerable oír a unos obreros amaestrados decir que eran los verdaderos obreros de España. No queremos esquiroles; queremos obreros revolucionarios.

Explica la situación de los obreros en la futura organización Económica que la Falange impondrá.

Afirma que haremos la reforma agraria con todo el sentido revolucionario que sea preciso, y la fertilización de grandes extensiones de tierra adonde hay que hacer llegar el agua. Las tierras de España –dice– no pueden vivir decorosamente. Hay tierras españolas donde cada semilla da tres o cuatro, y de éstas hay que entregar una al usurero, y con las otras dos vivir el labrador en una miseria que pasa de padres a hijos.

No se puede vivir como se vive en muchos pueblos españoles de tierra estéril, donde las gentes se tiene que refugiar en el interior de ella. Nosotros haremos carreteras, conducciones y depósitos de agua, para que esos españoles dejen su miseria y no tengan que meterse dentro de la tierra, como las sabandijas.

Queremos la justicia, y dice que el Estado no es fuerte ni está seguro del vigor moral de su destino más que cuando es justo.

Cuando nos acerquemos a la revolución nacional española no nos arredraremos ante ningún cabecilla privilegiado. Nosotros no somos partidarios de la crueldad. Nosotros no hubiéramos fusilado al sargento Vázquez ni a aquel pobre niño de diecinueve años, sino a ese Pérez Farrás y a otros que ya están en la calle.

Pues para eso, para hacer una España única, grande y libre; una España que nos asegure la Patria, el pan y la justicia; para eso estamos aquí otra vez, aragoneses; para deciros que el peligro ha aumentado, que España se hunde, que la civilización cristiana se nos pierde. No para hacer lo que hacen los que ya en 1933 nos dijeron lo mismo e hicieron salir las monjas de sus conventos a votar, y ahora pronuncian los mismos gritos para pedirnos también el voto. Si España fuese un conjunto de cosas melancólicas, faltas de justicia y de aliento histórico, pediría que me extendieran la carta de ciudadano abisinio; yo no tendría nada que ver con esta España.

Desde el puesto de más humildad, que es el puesto de jefe, prometió para la madrugada nupcial del NACIONAL SINDICALISMO una España única, grande y libre.

¡Arriba España!

(*Arriba*, núm. 30, 30 de enero de 1936)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO PEREDA, DE SANTANDER, EL DÍA 26 DE ENERO DE 1936

Dice Primo de Rivera que hoy le corresponde a él hablar de cosas desagradables. Falange sabe que no le es lícito estar ausente de la contienda electoral, como de ninguna coyuntura. La lucha va a plantearse entre dos grandes fuerzas: la de la civilización occidental, cristiana, y un sentimiento ruso, asiático, que insiste en venir a desplazarla.

Aludiendo al manifiesto de las izquierdas, dice que en él no hay más que unos burgueses prisioneros, a los que se permite un pequeño aleteo para que puedan decir que no les es grata la socialización de la propiedad; pero que se ve que van empujados por la fuerza de las masas soviéticas para establecer el Estado número dos, como ya se llama en Moscú a España. Nos anuncian un sistema en el que se nos achicharrará poco a poco, para implantar el socialismo.

Frente al bloque de izquierdas, nosotros abogamos por un frente nacional, que cerrará implacable el paso a la revolución con barreras infranqueables a los flancos, pero que sabrá escaparse por arriba en aspiración imperial. No se ha hecho esto y hoy renacen las consignas de 1933. Y volverán a surgir en 1940, repitiéndose que se va a hundir la civilización cristiana. Pero para que no se hunda tenemos que poseer algo más que la consigna del miedo: una fe profunda en España. Frente a los gritos de abajo esto y abajo lo otro, hay que gritar: "¡Arriba España, una, grande y libre; por la Patria, el pan y la justicia ... !" (*Grandes aplausos.*)

Analiza severamente la labor de las Cortes y habla de la admirable tradición militar de nuestros soldados.

Ya es hora —exclama— que les demos armas y barcos para que sepan triunfar en las pruebas que merecen. (*Ovación y vivas al ejército y a España.*)

Agrega que no se ha hecho nada. En dos años de socialismo se llegó a penetrar hasta en las escuelas; en los dos años siguientes no se ha devuelto a las escuelas su sentido cristiano y nacional. La revolución marxista y separatista de octubre se liquidó en tan cobarde forma, que mientras los grandes culpables obtienen absoluciones e indultos, todo lo han pagado —Dios tenga piedad de ellos— el sargento Vázquez, muerto después de saludar a la bandera, y aquel pobre niño que fusilaron en León.

Si lo que se promete ahora en vísperas de las elecciones es una política semejante a la que se desarrolló entonces, yo os digo que no cuenten con Falange Española; si ésta es la España que ellos quieren, entonces, camaradas, ya podéis ir pidiendo que se os extienda la carta de ciudadanía de Abisinia.

Para una España fuerte y libre no regatearemos sacrificios; para la que se sortea cada dos años, ni un cartel, ni un grito ni un voto. (*Muy bien. Grandes aplausos.*)

Hablando de las alianzas electorales, dice que Falange Española irá sola donde debe ir; nos abstendremos de presentar candidatos allí donde podamos hacer daño. Expone el concepto de la Patria. Habla de los trabajadores y del problema social. Recuerda los conceptos que expuso en la conferencia que pronunció en el Ateneo de Santander, donde manifestó que, a su juicio, la angustia del mundo y de España es que estamos asistiendo al final del régimen capitalista, aclarando que el capitalismo nada tiene que ver con la propiedad, que necesariamente ha de subsistir a través de todas las evoluciones.

Dice que el capitalismo es una armadura que incorpora los factores de la propiedad a la dominación financiera.

Como ejemplo, se refiere a la Cooperativa Sam, y expresa lo que ocurre, con un negocio de leche donde se aúnan los esfuerzos de miles de modestos campesinos que quieren constituir una Cooperativa para obtener directamente los beneficios y cuando comienzan a lograrse éstos una gran

empresa extranjera, que tiene grandes negocios en medio mundo, y a la que no le importa nada perder varios millones de pesetas, rebaja el precio de venta unos céntimos y arruina por entero a una provincia como ésta. (*Ovación ensordecedora.*)

De este aspecto entero y profundo de la crisis del capitalismo, que oprime no sólo a los obreros, sino a muchos pequeños empresarios, no dice nada la propaganda de las derechas. Todo se les vuelve llamamientos falsos al "honrado obrero", que el obrero, naturalmente, no ha de creer.

Lo cierto es –sigue diciendo– que a los obreros, hasta que formaron sus Sindicatos, no se les quitó sus jornales de hambre y hasta que no fueron un peligro no les llamaron las derechas. (*Aplausos.*)

Expone que Falange quiere desarticular el régimen capitalista para que sus beneficios queden en favor de los productores, con objeto de que éstos, además, no tengan que acudir al banquero, sino que ellos mismos, en virtud de la organización nacionalsindicalista, puedan suministrarse gratuitamente los signos de crédito.

Agrega que si Falange llega al Poder, a los quince días será nacionalizado el servicio de crédito, acometiéndose inmediatamente el problema agrario. Quizá llegue pronto el día en que me vea obligado a responder de estas cosas. (*Ovación.*)

Daremos a España justicia. El que ejerce el Poder por audacia o por vanidad no puede ser rígido. Son débiles y crueles. El Estado interino, flojo, es siempre débil y cruel. Termina diciendo que la España del pan para el obrero y de la justicia para todos sí que merece todos los sacrificios. Con diputados, sin diputados o contra los diputados la tendremos. Y entonces sí que cerraremos el paso a quien pretenda destruirla; pero no con nuestros votos, sino con nuestros brazos, con nuestros pechos, con nuestras armas.

¡Arriba España!

(*Arriba*, núm. 30, 30 de enero de 1936)

DISCURSO PRONUNCIADO EN OVIEDO, EN EL MITIN CELEBRADO SIMULTÁNEAMENTE EN LOS TEATROS DEL PRINCIPADO Y SANTA CRUZ, EL MARTES 28 DE ENERO DE 1936

El jefe nacional dijo que las izquierdas esperan implantar la dictadura más fuerte hasta ahora conocida. El grupo revolucionario de este signo tiene su base más firme en el proletariado, cuyos ideales, a la larga, serán los que triunfarán, porque son los que tienen la fuerza. Se ha dicho que en las candidaturas revolucionarias de izquierda van más hombres republicanos que socialistas, pero éstos aprovecharán la oportunidad del triunfo en las elecciones para implantar una segunda Rusia, como se dice ya en Moscú.

Anunció que el frente ruso asiático estaba ya; ya se había cumplido la mitad de nuestra profecía. Frente a él iba a situarse, sin duda, la alianza de la generación actual española. "Esto esperábamos, y porque lo esperábamos estábamos dispuestos a mezclar el azul intacto de nuestras camisas en frentes electorales, en el toma y daca, en la busca y rebusca de los ficheros, centros e intervenciones, en todas estas cosas en que yo, después de haber sido candidato dos veces, no he logrado, gracias a Dios, aprender todavía. Y como estábamos dispuestos, lanzamos nuestras avanzadas para buscar el Frente Nacional. ¿Dónde estará este Frente Nacional que levante la fe para unirnos a todos en la ocasión solemne, para edificar una España alta, ambiciosa, poderosa, una, grande y libre? ¿Dónde estará este Frente Nacional? Corrimos a este Frente para alistarnos bajo sus banderas, pero ¡mal íbamos a encontrarlo! ¿Sabéis lo que se nos dice? ¡Claro que lo sabéis, porque se os dice a todos! Se nos dice otra vez, como en 1933, que se nos hunde España. "¡Votad a España contra el peligro ruso, el separatismo, la masonería! ¡Contra esto y lo otro!", igual que en 1933; pero ni una sola consigna, ni una sola tarea, ni una sola esperanza, ni una gran palabra, ni un quehacer común; al rencor no se opone más que el miedo; se creen que no somos capaces de otra cosa más que de miedo. Se nos dice: "¡Echando papeletas en las urnas vamos a salvar a España, que se nos hunde, y a la religión cristiana, que se nos pierde!" Y tenemos razón para contestar: ¿pero es que por el mismo procedimiento de las papeletas no salvamos a España y a la civilización cristiana en 1933? (Grandes aplausos.)

En este bienio he asistido a espectáculos como éste. En Madrid se proyectó una película, "La Bandera", donde se ensalzaban las gestas de la Legión española que en Asturias habéis conocido. La Casa productora de esa película, que era francesa, consideró que a la cabeza de la película debía poner una dedicatoria ofreciendo la película a las glorias de la Legión. Pues bien, bajo este bienio melancólico se acordó que fuera cortado aquel trozo de cinta, porque no era prudente que a la Legión se la ensalzara en un cine de Madrid; era más propio que se abrieran las espitas para insultarla y escarnecerla. (*Muy bien. Gran ovación.*)

De modo que ya no hay puestos en las candidaturas, ni siquiera aquí en Asturias, "¡que aquí en Asturias no hay puestos en la candidatura para nosotros!" En primer lugar, ¿para qué se nos dice esto? Nosotros no íbamos mendigando puestos de nadie, y además, en segundo lugar, ¿qué lenguaje es éste? ¿Cómo osan decir que en Asturias no hay puestos para nosotros, porque hay que cumplir con los compromisos de los viejos electoreros? ¿Qué no hay puestos para nosotros en la lucha electoral de Asturias? Ya lo hubo para nosotros; para ti, Panizo, y para ti, Yela, cuando andábais días y noches a tiros en la calle de Jovellanos, y para ti, Inenarity, y para ti, Suárez Pola, cuando bajo los fuegos llevasteis las órdenes desde el puerto hasta el "Libertad", y para ti, Santiago López, que defendiste a Pravia, y para Montes y Germán, cuando dieron sus vidas en Moreda; ¡entonces sí!, cuando otros se escondían de casa en casa huyendo de la quema, entonces sí, en aquellas candidaturas para la muerte, ¡camaradas!, os dejaron en blanco todos los puestos de la mayoría y de la minoría (*Estruendosa ovación, que dura largo rato.*)

Arriba, núm. 32, 13 de febrero de 1936.

LA SITUACIÓN POLÍTICA

EL PODER IRÓNICO

Para muchas cosas y circunstancias es más cómodo tener la Presidencia del Consejo sin partido que con partido. Siempre los partidos traen un engorro enorme de ineludibles compromisos, por ejemplo, en vísperas electorales.

El señor Portela se ha encontrado la partida ideal para hacer una política de tipo irónico, gohetiano, volteriano, maquiavélico. Sus enemigos han acertado al presentarle en sus caricaturas como un vizconde del siglo XVIII. Se ha encontrado el señor Portela con una gruesa pugna de tipo romántico y materialista, entre dos movimientos dispuestos a insurgir confusamente –rousseaunianamente– contra las leyes y usos constitucionales que se oponen a sus pasiones. Socialistas y derechas dicen cada uno: "El Estado voy a ser yo".

Tercia Portela en la política desde la Presidencia del Consejo con un escepticismo absoluto de castas y partidos, con un desdén usuario y diabólico por las retóricas y gritos en contraste, los plácidos idealismos y las hipocresías de virtud. En seguida se revela como un titiritero de extraña raza, casi tan interesante como Cambó, que es un nigromante. Muchos empiezan a poner el grito en el cielo contra el titiritero. Pero no comprenden que lo primero que hace falta para que un titiritero exista es que haya títeres. Portela ha operado maravillosamente sobre los títeres. Los ha encontrado de todos los colores y pelajes, por la izquierda y por la derecha, y los ha movido por medio de todos los hilos a su alcance, con rara habilidad. Así tenía que ser en un campo político donde las escorias son de mayor peso que el metal puro y donde los residuos superan siempre a los cocientes. Eso sucede siempre que no se sabe dividir. Es lo que venimos diciendo en la Falange: España está mal partida en dos, partida por la línea oscura de los intereses y no por la clara y neta línea moral de las conciencias. De esta mala división general, de esta serie de malas divisiones locales, ha surgido esta política irónica de los residuos frente a la política de los cocientes mal obtenidos. Portela es la contraprueba irónica del yerro que nosotros venimos denunciando desde hace meses, porque la ironía es siempre eso: contraprueba.

EL PACTO FUTURO

La ironía tiene una virtud. Conduce a los hombres a ser moderados y razonables. Los descompone dulce y burlescamente después de haberles producido una ira personal. La polémica contra Portela desciende en los medios más hostiles hasta hace pocos días, pero también más avisados y más interesados. La campaña contra el presidente de la República se va desvaneciendo. El propósito de Cortes Constituyentes, el grito de "todo el Poder para el jefe", la reforma del artículo 81, persiste ya tan sólo en zonas excitables e ingenuas. Los enterados han desistido. Es menester prepararse a pactar, en previsión de que la ironía gubernativa siga causando sus terribles estragos. Nadie ha negado nunca al señor Gil Robles un gran sentido de la realidad y la medida, una adaptación constante a las circunstancias de momento y una rara habilidad en las evoluciones. A esto se añaden, sin duda, los buenos consejos. Todo hace pensar que si no hoy, en un futuro próximo y quizá apacible, los señores Gil Robles y Portela se podrán entender. Todo marcha, por los pasos contados, hacia combinaciones de grado superior al cedorradicismo.

EL FRENTE "PACÍFICO"

Las llamadas derechas "auténticas" van a padecer. Todo parece conjurarse con ellas y las constelaciones políticas se les vuelven cada vez más crueles.

En las dos zonas de derechas, la "auténtica" y la "conformista", o si se quiere, la "pura" y la "aplicada", se han podido observar parecidos fenómenos. Los grandes aparatos de intereses concentrados en la autoridad de dos grandes periódicos matutinos han ido moderando el antiportelismo y el antipresidentismo de Gil Robles, así como el anticedismo de Calvo Sotelo. Los dos grandes periódicos, como representantes de vastas zonas neutras de intereses, que tienen su signo y su concordia en una pingüe publicidad, han ido empujando las cosas, cada uno en su campo y "siempre para evitar mayores males", hacia temperaturas cada vez más serenas, normales y

pacíficas, dentro de sus criterios respectivos. Este largo e intuitivo trabajo de erosión, realizado por la gran Prensa, va desprendiendo cada vez más la política de los señores Calvo Sotelo y Gil Robles de sus raíces originarias.

Uno y otro pueden cantar a sus órganos periodísticos la conocida copla:

*Ni contigo ni sin ti
tienen mis penas remedio.*

La gran Prensa, la Banca, las ambiciones personales, laboran y especulan sin cesar sobre las divisiones y rencillas, sobre la baja manifiesta del tono moral para ir conduciendo las cosas a una nivelación y a un reparto tranquilos, puestos al reparo de una defensa gubernativa del orden público. Todo empuja a la paz de la C.E.D.A. con el portelismo y a la paz de los monárquicos y tradicionalistas con la C.E.D.A. Si no se hace a gusto, si en muchos casos se hace aún con rencor mal contenido, se hace a la fuerza y "en vista de intereses superiores".

Es la *kermesse heroica*...

Esto da una gama de compromisos que parte del ironista cauteloso y pasa por el hábil razonable, cogiendo en el garlito al terco doctrinario ilusionado y haciendo llegar al tonto enardecido la consigna de "guarda, que es podenco". Las rupturas a la larga y complicada cadena que se va formando serían posibles, pero se reharían inmediatamente. Si en esta vasta línea hay muchos dispuestos a herirse entre sí, van siendo muchos los que vierten amorosamente el bálsamo o piden árnica.

LAS IZQUIERDAS

Las izquierdas se conservan en un silencio inteligente y amenazador. Saben que si se les presenta mal el campo político les quedan otros dos, el social y el revolucionario, para forzar la partida. El socialismo es siempre un ejército de tres armas frente a un ejército de una sola. Sólo la Falange dice escuetamente: frente a esa política, otra política; frente a esa sociedad, otra sociedad; frente a esa revolución, otra revolución.

(*Arriba*, núm. 30, 30 de enero de 1936)

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LINARES (JAÉN), EN EL MITIN DE PROPAGANDA CELEBRADO SIMULTÁNEAMENTE EN LOS TEATROS OLIMPIA Y SAN ILDEFONSO, EL SÁBADO 1 DE FEBRERO DE 1936

Al levantarse a hablar José Antonio Primo de Rivera es acogido con una ovación inenarrable y vivas entusiastas. Hecho el silencio, principió diciendo que las elecciones actuales no son un problema, que lo que hace falta es que arriba haya aliento histórico para llevar a España por la senda tradicional de su grandeza y corregir en los de abajo la injusticia y la miseria, por las cuales la masa es cautiva de los embaucadores, de los explotadores de la miseria.

Añade que el capitalismo nos dejó sus grandes miserias y que unos cuantos detentan la riqueza, mientras capas sociales más modestas no disfrutan de ningún privilegio y hay quienes no tienen ni una cama para caerse muertos. Alude al triste espectáculo de los obreros parados en las plazas de los pueblos, esperando se alquilen sus brazos como en Abisinia se alquilan esclavos o camellos. Alude también al 14 de abril y a las esperanzas y alegrías que los españoles pusieron en el cambio de régimen, por creer que con ello vendría una España nueva con justicia y pan para todos, malográndose esa ocasión y aquella certidumbre en una España regenerada porque los políticos no están a la altura de esa labor constructiva. Habla del bienio de Azaña y del bienio de la C.E.D.A., inaugurado en 1933, y manifiesta que ni en aquella ni en esta ocasión se hizo nada para conjurar el grave problema del paro y la miseria en las clases trabajadoras, y solamente cuando estas Cortes últimas hallábanse agonizantes se destinan unos millones para obras de construcción en Madrid, mientras que en el resto de España continuaban los parados exhibiendo sus necesidades y sus miserias.

En relación con los Estatutos regionales, dice que Falange Española no va contra los Estatutos que enaltecen la colectividad regional dentro de la unidad indestructible de la Patria, sino contra aquellos otros que tienden a desmembrar el territorio nacional. Considera torpeza inmensa, cálculo erróneo y de traición a España las contemporizaciones con los elementos separatistas, y manifiesta que al alzarse en 1934 contra España los elementos separatistas debió ser suspendido terminantemente aquel famoso Estatuto de Cataluña.

Refiérese a la indefensión de España en fronteras y costas, que haría inútil todo generoso heroísmo de nuestro Ejército en caso de conflicto internacional. Ataca a la enseñanza marxista y separatista, manifestando que la escuela española no debe ser refugio de extranjerismos ni laboratorio de extravagancias.

Alude al asunto del "straperlo" y al intento de atraco al tesoro colonial español, manifestando que las Cortes votaron contra su propia honorabilidad al depositar sus bolas blancas en una célebre sesión. Dice que otra vez se presenta el panorama electoral con sus fuerzas de izquierda, en que unidos los burgueses indeseables y marxistas dependientes de los rusos chocan contra las derechas, reunidas por el miedo, y que es demasiado serio el porvenir, el bienestar y la salvación de España para jugárselo todo en las próximas elecciones.

Afirma que Falange Española está dispuesta a luchar por la Patria, que es el orgullo alegre de vivir unidos los españoles en una comunidad de destino, y por la Justicia y el Pan, inseparables en la aspiración de una sindicalización vertical de productores para que los beneficios no vayan a manos de cuatro particulares sino al general de todos los ciudadanos. Muéstrase partidario de una profunda reforma crediticia y de otra no menos honda Reforma Agraria que organice el campo dentro de un Estado fuerte y único servidor de los grandes destinos de la Patria y elaborador de nuestras futuras y augustas grandezas.

Tras de escuchar una ovación imponente del público, el orador se trasladó al teatro San Ildefonso, donde oportunamente se habían colocado altavoces para que el numerosísimo público en él congregado oyese los discursos y en el que José Antonio Primo de Rivera se limitó a unas breves frases de saludo y agradecimiento, coreadas por ovaciones y vivas entusiastas.

La Época, 3 de febrero de 1936.

LA FALANGE ANTE LAS ELECCIONES DE 1936

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CINEMA EUROPA, DE MADRID, EL DÍA 2 DE FEBRERO DE 1936

Por primera vez vemos a la Falange en una coyuntura electoral y nosotros, que no somos de derecha ni de izquierda, que sabemos que una y otra postura son incompletas, insuficientes, pero que no desconocemos, sin embargo, que en la derecha y en la izquierda, como esperando la voz que lo redima, está todo el material humano de que España dispone, al encontrarnos ante esta coyuntura electoral hemos tenido que estudiar, incluso con ojos benignos, los programas de la izquierda y de la derecha para ver si tenían algo aprovechable. El programa de la izquierda era el más fácil de estudiar; se ha formulado con puntos y comas, con números y letras en los apartados. Y el programa de la izquierda, si se examina, tiene estas tres cosas; en primer lugar, una parte que es de puro señuelo electoral, una pura enumeración de bienandanzas; se va a hacer de España una Arcadia, sin que sepamos cómo. Hay cosas tan contradictorias como el aumento de todos los servicios —de la sanidad, de las escuelas, de las comunicaciones— y la reducción, al mismo tiempo, de los impuestos. Nadie sabe, si se van a reducir los impuestos, cómo se van a aumentar los servicios. Esta primera parte no tiene otro objeto que cazar a unos cándidos electores, no muy dotados de agudo espíritu crítico. Hay una segunda parte, la que se refiere a lo social, donde el manifiesto de las izquierdas —y esto convendría que los obreros lo supiesen— se mantiene en los términos del más cicatero conservantismo. Nada que se acerque a la nacionalización de la tierra, nada que se acerque a la nacionalización de la Banca, nada que se acerque al *control* obrero, nada que sea avance en lo social. Y hay un tercer ingrediente en este programa de la izquierda que aleja todas nuestras esperanzas en orden al sentido nacional que pudiera aportar: una declaración de que será restablecido, en su plenitud, el sistema autonómico votado en las Cortes Constituyentes; otra declaración de que renacerán las persecuciones, las chinchorrerías, las mortificaciones personales del primer bienio. Los varones de las izquierdas reunidos para redactar un manifiesto; los varones de las izquierdas, que saben hasta qué punto hendió la concordia del 14 de abril esta falta de sentido de totalidad, de empresa nacional, cuando se ven en la perspectiva de gobernar a España otra vez tienen el cuidado de decir que indagarán en los expedientes de los agentes de vigilancia para comprobar su minuciosa adhesión al régimen o expulsarlos, si no, del servicio.

Claro es que el verdadero fondo del manifiesto de las izquierdas no está en ninguno de estos tres apartados: está en el espíritu total que lo informa. El manifiesto de las izquierdas no señala sino una previa época de tránsito, en que la masa fuerte, numerosa, de los partidos proletarios de combate convida benévolamente a unos cuantos burgueses, más o menos resentidos, para que figuren en la candidatura; y como sabe que los va a desbordar pronto, como sabe que no son sino unos mandatarios interinos, les deja el último goce de que se desahoguen un poco en la sustanciación de sus pequeños resentimientos.

Este no es un juicio temerario, Muchos de vosotros conocéis un periódico que se llama *Renovación*. A pesar de su nombre, no imaginéis que es el órgano del dignísimo y respetabilísimo don Antonio Goicoechea, no; *Renovación* es el órgano de las juventudes socialistas, y en este órgano de las juventudes socialistas se dice, con descaro, que tras del triunfo electoral de las izquierdas empezará el partido socialista revolucionario a montar la dualidad de Poderes; irá armando, junto a cada órgano del Estado, el órgano del partido socialista, el órgano del futuro Estado socialista, para que cuando esté la cosa madura, el partido socialista, ya insertado, ya penetrado en cada una de las células del Poder, no tenga sino desprender la cáscara postiza de los burgueses y quedarse del todo con el Estado socialista soviético.

Si la revolución socialista no fuera otra cosa que la implantación de un nuevo orden en lo económico, no nos asustaríamos. Lo que pasa es que la revolución socialista es algo mucho más profundo. Es el triunfo de un sentido materialista de la vida y de la historia; es la sustitución violenta de la Religión por la irreligiosidad; la sustitución de la Patria por la clase cerrada y rencorosa; la agrupación de los hombres por clases, y no la agrupación de los hombres de todas las clases dentro de la Patria común a todos ellos; es la sustitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado que no sólo regula nuestro trabajo, como un hormiguero, sino que regula también implacablemente nuestro descanso. Es todo esto. Es la venida impetuosa de un orden destructor de la civilización occidental y

cristiana; es la señal de clausura de una civilización que nosotros, educados en sus valores esenciales, nos resistimos a dar por caducada.

Pero si así se nos presentan las izquierdas, ¿cómo se nos presentan las derechas? ¿Qué nos dicen las derechas en sus manifiestos, en sus carteles electorales? Si el rencor es la consigna del frente revolucionario, simplemente el terror es la consigna del frente contrarrevolucionario. Al rencor se opone el terror, y nada más que esto. Ni un gran quehacer, ni el señalamiento de una gran tarea, ni una palabra animosa y esperanzadora que nos pueda unir a los españoles. Todo son gritos: "Que se hunde esto, que se hunde lo otro; contra esto, contra lo otro". El grito que se da al rebaño en la proximidad del lobo para que el rebaño se apiñe, se apriete, cobarde. Pero una nación no es un rebaño: es un quehacer en la Historia. No queremos más gritos de miedo: queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España, a paso resuelto, por el camino universal de los destinos históricos.

Para consignas de miedo ya tuvimos bastante con las de 1933. Se nos dijo lo mismo: "¡Que se hunde esto! ¡Que se hunde lo otro! ¡Defendámoslo! ¡Todos unidos, todos somos uno!". Al día siguiente del escrutinio ya se había pasado el susto, y como se habían unido instintivamente por el susto, aquellos que gozaron juntos las delicias del escrutinio, resultó que al día siguiente nada tenían que hacer en común. Para tener algo en común hay que tener el mismo sentido entero de la historia y de la política. El sentido entero de la historia y de la política, como dije en el mitin de la Comedia, es como una ley de amor; hay que tener un entendimiento de amor, que sin necesidad de un programa escrito, con artículos y párrafos numerados, nos diga, en cada instante, cuándo debemos abrazarnos y cuándo debemos reñir. Sin ese entendimiento de amor, la convivencia entre hombre y mujer, como entre partido y partido, no es más que una árida manera de soportarse.

Como no había una ley de amor sobre la cabeza de los partidos triunfantes en el año 33, no pudieron coincidir más que en una cosa: en no hacer nada. Como necesitaban los votos, unos de otros, para que aquellos votos no se les negasen hubo un acuerdo tácito, por virtud del cual cada uno renunció a lo más señero, a lo más interesante, a lo más caliente de lo que podía llevar en su programa; se convirtieron en dóciles corderos los viejos anticlericales del partido radical y aplazaron indefinidamente sus tribulaciones religiosas los de la C.E.D.A. Ya nada corría prisa, ni en lo material ni en lo espiritual. ¿Qué se hizo en lo material? Pensad en lo que queráis: en la reforma agraria, en el paro obrero, en lo que os plazca. La reforma agraria era mata, tenía un gran defecto en su planteamiento, tenía algunas injusticias en el articulado. Ya está radicalmente purgada de todos sus defectos. La ley de Reforma Agraria fue anulada por las Cortes de 1933-35, y con su muerte, desde luego, se curó de todo resto de enfermedad.

El paro obrero, que es una angustia que debía quitar el sueño a todo político español, nos ofrece la triste situación de 700.000 hombres que pasan muchos días y muchas noches sin comer; 700.000 cabezas de familia para quienes el pan diario de sus hijos constituye una congoja sin remedio. Pues bien: ¿qué se hizo contra el paro obrero? Mala literatura parlamentaria. Un proyecto para remediarlo con 100 millones de pesetas. Otro proyecto para remediarlo con 1.000 millones de pesetas. Al final, cuando la época electoral estaba cerca, se las arreglaron de modo que ahora se están haciendo al mismo tiempo no sé cuantas casas en Madrid. Dentro de unos meses, cuando esas casas se concluyan, los obreros de la construcción de Madrid ya no tendrán nada que hacer en veinte años. De los 400.000 y pico de obreros del campo, que constituyen el núcleo más numeroso y angustioso del paro obrero, no se acordaron siquiera las Cortes de 1933.

Eso en lo material. Veamos en lo espiritual. Ahí tenéis a nuestro Ejército, a nuestro magnífico Ejército, que tiene que nutrirse, como siempre, de su tradición heroica; ahí tenéis a nuestro Ejército, a nuestra Armada, a nuestra Aviación, sin cañones, sin torpedos, sin caretas contra los gases asfixiantes; ahí los tenéis para que si un día (que Dios no mande sobre nosotros) tienen que hacer otra vez cara a una ocasión de guerra, nuestros soldados puedan dejar a sus hijos, como les dejaron tantos militares españoles, la triste gloria de saber que sus padres dieron la vida heroicamente por defender a una Patria representada por un Estado que no les dio medio de defensa.

Ahí tenéis también la escuela, donde ya no se forma el alma de los niños para que sean españoles y cristianos; nuestra escuela, penetrada por el marxismo, que fue cauto para instalarse en la escuela

en los dos años del Gobierno socialista, y que no ha sido desalojado de ella en los dos años del Gobierno cedista y radical.

Aquí tenéis al Estatuto de Cataluña redivivo. El Estatuto de Cataluña, que si se dio honradamente tuvo que darse sobre el supuesto de que en Cataluña ya no quedaban restos del virus separatista. Cuando una región está ganada por entero para la conciencia de la unidad de destino de la Patria, no importa que técnicamente sus organismos de administración se monten de una manera o de otra; pero cuando en una región perdura el sentimiento de insolidaridad con la unidad de destino de la Patria, entonces no se le puede entregar un Estatuto, porque el Estatuto es una herramienta para aumentar el poder de secesión. Pues bien: si las Cortes Constituyentes no fueron criminales, erraron el cálculo al dar a Cataluña el Estatuto; pero destruida la presunción de que Cataluña estaba del todo incorporada a la unidad de destino española con la rebelión de la Generalidad, el 6 de octubre de 1934 había caducado toda decente justificación para que el Estatuto se mantuviera, y, sin embargo, las Cortes de 1933 a 1935, tras de suspender tímidamente el Estatuto, dejaron abierta la puerta para que el Estatuto, en todas sus partes, se restableciese.

¡Política estéril la de este estéril y melancólico bienio! ¡Política estéril la de esos hombres que tuvieron en sus manos aquella magnífica ocasión del 6 de octubre! Tuvieron en su mano todo el Poder, todo el Poder que ahora piden con 180 candidatos, como os decía Julio Ruiz de Alda; tuvieron todo el Poder y toda la asistencia. Fue un instante, después de salvada España de la urgencia peligrosa, para levantar una clara consigna, para decirnos: "Ya que nos hemos salvado de este inmenso peligro histórico vamos a emprender juntos una gran tarea". ¿Se hizo eso? En vano estuvimos esperando la consigna, en vano esperamos el desenlace. Aún dura el papeleo, aún duran los juicios orales y los Consejos de Guerra. Sabemos que todo es un simulacro. No nos importa en cuanto a los humildes. No nos importa que absuelvan a los mineros enardecidos. Sabemos que su ímpetu revolucionario puede encauzarse un día en la revolución nacional española. No tenemos ningún rencor, ni ganas de que se nos entreguen cabezas cortadas, ni hombres pendientes de la horca: pero nos subleva que de la revolución de Asturias y de la revolución de la Generalidad de Cataluña hayan venido a resultar responsables el sargento Vázquez y un pobre minero.

Y toda esta esterilidad en lo material y en lo espiritual, envuelta en un clima moral insoportable, en un clima moral del que fueron beneficiarios los hombres de un viejo partido, y del que fueron demasiado tolerantes encubridores los hombres del otro. En España hacía muchos años que no se manejaban los caudales públicos y privados con el sucio desembarazo con que se han manejado en estos tiempos. Nosotros tenemos amigos y enemigos; nosotros sabemos que en todos los partidos hay gentes con quienes coincidimos más o con quienes coincidimos menos; pero ni aun a aquellos con quienes estamos entrañablemente discordes les lanzaremos a la cara la imputación de falta de honradez; sin embargo, nosotros, aquí como en el Parlamento, lanzamos la imputación de falta de honradez a algunos de los hombres que gobernaron en este bienio melancólico. Y yo, que en aquella y última noche memorable de las Cortes tuve que hablar hasta las seis de la madrugada, después de poner en claro, cifra por cifra, cómo se preparaba un atraco de dos millones de pesetas contra el Tesoro colonial español, dije a las Cortes: "Ahora, por bolas blancas y por bolas negras, vamos a decidir, no de la honorabilidad de este o del otro ministro, de este o del otro ex presidente (sobre eso, el pueblo español tiene ya formado su juicio); vamos a votar sobre el honor de estas Cortes, vamos a saber si estas Cortes reprueban o toleran que gentes salidas de nuestro seno cultiven así la inmoralidad". A las seis de la madrugada, cuando un amanecer lívido empezaba a teñir de un tono lechoso la claraboya del salón de sesiones, los diputados, en fila, fueron echando bolas blancas y bolas negras. Por un predominio de las bolas blancas sobre las negras, aquellas Cortes, en aquella madrugada de su suicidio, decidieron que no tenían honor.

Después de esta experiencia estéril de estos dos años, ¿otra vez se nos convoca, como en 1933; otra vez se nos llama para esto, porque viene el lobo, porque viene el coco? ¿Otra vez, ya alejados por el uso, esos melancólicos, carteles que dicen: "Obrero honrado, obrero consciente" —que era un lenguaje apolillado ya cuando se escribía Juan José—; "Obrero honrado, obrero consciente, no te dejes engañar por lo que te dicen tus apóstoles"? ¡Como si el obrero honrado y consciente no supiera que hasta que armó sus fuertes Sindicatos —donde hubo algún apóstol que quizá medró en política, pero donde hubo ánimo combatiente y medios numerosos—; que hasta que tuvo esos Sindicatos y planteó la guerra, los que hoy escriben esos carteles no se acordaron de que eran obreros honrados y conscientes! Esos carteles, donde se habla de todo, desde los incendios de

Asturias hasta las toneladas de cemento que pensaba emplear la C.E.D.A. en su plan quinquenal, pero de donde hay dos cosas totalmente ausentes: primera, la sintaxis; segunda, el sentido espiritual de la vida. Cemento, materiales de construcción, jornales, eso sí; aquello de antes, como ya os he dicho esta mañana: el crucifijo en las escuelas, la Patria, la unidad nacional, ni por asomo. A última hora parece que se han acordado de que habían quedado fuera de los programas estos pequeños detalles, y empiezan a salir algunos carteles que remedian, si no la sintaxis, al menos el descuido. Los carteles del miedo, los carteles de quienes temen perder lo material, los carteles que no oponen a un sentido materialista de la existencia un sentido espiritual, nacional y cristiano; los carteles que expresan la misma interpretación materialista del mundo, la interpretación esa que yo me he permitido llamar una vez el bolcheviquismo de los privilegiados, para eso nos convocan; con la invocación de ese miedo, nos llaman y nos dicen: "Que se nos hunde España, que se nos hunde la civilización cristiana; venid a salvarla echando unas papeletas en unas urnas". Y vosotros, electores de Madrid y de España, ¿vais a tolerar la broma de que cada dos años tengamos que acudir con una papeletita a salvar a España y a la civilización cristiana y occidental? ¿Es que España y la civilización occidental son cosas tan frágiles que necesiten cada dos años el parche sucio de la papeleta del sufragio? Es ya mucha broma ésta. Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alicorta, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenten con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba, y de ahí por dónde nuestro grito de "¡Arriba España!" resulta ahora más profético que nunca. Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras, otra vez, a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el pan y la justicia.

Una Patria que nos una en una gran tarea común; tenemos una gran tarea que realizar: España no se ha justificado nunca sino por el cumplimiento de un universal destino, y le toca ahora cumplir éste: el mundo entero está viviendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo, porque el orden capitalista liberal ha roto la armonía entre el hombre y su contorno, entre el hombre y la Patria. Como liberal, convirtió a cada individuo en el centro del mundo; el individuo se consideraba exento de todo servicio; consideraba la convivencia con los demás como teatro de manifestación de su vanidad, de sus ambiciones, de sus extravagancias; cada hombre era insolidario de todos los otros. Como capitalistas, fue sustituyendo la propiedad humana, familiar, gremial, municipal, por la absorción de todo el contenido económico, en provecho de unos grandes aparatos de dominación, de unos grandes aparatos donde la presencia humana directa está sustituida por la presencia helada, inhumana, del título escrito, de la acción, de la obligación, de la carta de crédito. Hemos llegado al final de esta época liberal capitalista, a no sentirnos ligados por nada en lo alto, por nada en lo bajo; no tenemos ni un destino ni una Patria común; porque cada cual ve a la Patria desde el estrecho mirador de su partido; ni una sólida convivencia económica, una manera fuerte de sentirnos sujetos sobre la tierra. Los unos, los más privilegiados, nos hemos ido quedando en ejercientes de profesiones liberales, pendientes de una clientela movediza que nos encomiende un pleito, o una operación quirúrgica, o la edificación de una casa; los otros, en esta cosa tremenda que es ser empleado durante años y años de una oficina, en cuya suerte, en cuya prosperidad no se participa directamente; los últimos, en no tener ni siquiera un empleo liberal, ni siquiera una oficina donde servir, ni siquiera una tierra un poco suya que regar con el sudor, sino en la situación desesperante y monstruosa de ser proletarios, es decir, hombres que ya vendieron su tierra y sus herramientas y su casa, que ya no tienen nada que vender, y como no tienen nada que vender, han de alquilar por unas horas las fuerzas de sus propios brazos, han de instalarse, como yo los he visto, en esas plazas de los pueblos de Andalucía, soportando el sol, a ver si pasa alguien que los tome por unas horas a cambio de un jornal, como se toman en los mercados de Abisinia los esclavos y los camellos.

El capitalismo liberal desemboca, necesariamente, en el comunismo. No hay más que una manera, profunda y sincera, de evitar que el comunismo llegue: tener el valor de desmontar el capitalismo, desmontarlo por aquellos mismos a quienes favorece, si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a desmontar el capitalismo, a implantar el orden nuevo.

Esto no es sólo una tarea económica: esto es una alta tarea moral. Hay que devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de sustancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su municipio; hay que hacer que la vida humana se haga otra vez apretada y segura, como fue en otros tiempos; y para esta gran tarea económica y moral, para esta gran tarea, en

España estamos en las mejores condiciones. España es la que menos ha padecido del rigor capitalista: España —¡bendito sea su atraso!— es la más atrasada en la gran capitalización: España puede salvarse la primera de este caos que amenaza al mundo. Y ved que en todos los tiempos las palabras ordenadoras se pronuncian por una boca nacional. La nación que da la primera con las palabras de los nuevos tiempos es la que se coloca a la cabeza del mundo. He aquí por dónde, si queremos, podemos hacer que a la cabeza del mundo se coloque otra vez nuestra España. ¡Y decidme si eso no vale más que ganar unas elecciones, que salvarnos momentáneamente del miedo!

Para esta gran tarea es para lo que hemos vestido este uniforme; para esta gran tarea os convocamos; para esta gran tarea levantamos nosotros, los primeros y los únicos, las banderas del frente nacional. No nos han hecho caso. Lo que se ha formado es otra cosa. ¡Ya os lo han dicho otros! Raimundo Fernández Cuesta, Rafael Sánchez Mazas, Julio Ruiz de Alda, todos os lo han dicho. No es esto el frente nacional, sino un simulacro. Para eso no estamos nosotros; para eso no formamos nosotros; contra eso levantamos nuestra candidatura suelta, que puede triunfar si lo queréis; nuestra candidatura suelta, contra la cual se esgrime ahora un último argumento de miedo. Se dice: "Estos son, al separarse de los demás, también cómplices de la revolución". Primero: ¿de qué revolución? Nosotros no queremos la revolución marxista, pero sabemos que España necesita la suya. Segundo: ¿quién nos lo dice? Estos enanos de la venta, que ahora hacen a la letra impresa lanzar baladronadas, ¿pueden decirnos a nosotros que somos cómplices de la revolución, cuando en Asturias, en León y en todas partes nos hemos lanzado, unos y otros, a detener con nuestros pechos, y no con palabras, la revolución comunista, y hemos perdido a los mejores camaradas nuestros?

Ahora, mucho "no pasarán", "Moscú no pasará", "el separatismo no pasará". Cuando hubo que decir en la calle que no pasarían, cuando para que no pasaran tuvieron qué encontrarse con pechos humanos, resultó que esos pechos llevaban siempre flechas rojas bordadas sobre las camisas azules.

Y por último, ¿qué se creen que es la revolución, qué se creen que es el comunismo estos que dicen que acudamos todos a votar sus candidaturas para que el comunismo no pase? ¿Quiénes les han dicho que la revolución se gana con candidaturas? Aunque triunfaran en España todas las candidaturas socialistas, vosotros, padres españoles, a cuyas hijas van a decir que el pudor es un perjuicio burgués; vosotros, militares españoles, a quienes van a decir que la Patria no existe, que vais a ver vuestros soldados en indisciplina; vosotros, religiosos, católicos españoles, que vais a ver convertidas las iglesias en museos de los sin Dios; vosotros, ¿acataríais el resultado electoral? Pues la Falange tampoco; la Falange no acataría el resultado electoral. Votad sin temor; no os asustéis de esos augurios. Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario a los eternos destinos de España, la Falange relegará con sus fuerzas las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio. Si, después del escrutinio, triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el Poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, pero sin desmayo, estaría en su puesto como hace dos años, como hace un año, como ayer, como siempre.

(Palabras de José Antonio en el cine Padilla, antes de trasladarse a pronunciar su discurso en el cine Europa, el 2 de febrero de 1936)

Los camaradas y amigos que están en el cine Padilla me van a conceder la benevolencia de tolerar que me traslade al cine Europa a pronunciar mi discurso. Se me han propuesto varias fórmulas, una de las cuales era decir aquí una parte y allí otra de la que podríais (si queréis ser generosos en la denominación) llamar la pieza oratoria que esperáis de mí. Yo, que empiezo a sentir una cierta fatiga oratoria, que siento disminuir mis aptitudes, no me arriesgo a partir en dos un discurso, como se parte en dos un salchichón. (*Risas.*) Solicito vuestra benevolencia para hablar a todos desde allí, y todos estáis seguros de que si mi presencia física no está aquí, en el cine Padilla, entre vosotros, la tensión espiritual, mucho más sentida, mucho más permanente que la de este cable eléctrico que nos une, se ha de mantener entre nosotros lo mismo que si yo estuviera físicamente aquí. Aparte de que quedan para presidirnos varios de los camaradas que se sientan detrás de esta mesa, a uno de los cuales, a Rafael Sánchez Mazas, habéis oído tan magníficas palabras.

En los minutos que yo emplee en trasladarme del cine Padilla al cine Europa, nuestras camaradas de la Sección Femenina van a proceder a una colecta. Para esta colecta no ruego de vosotros otra cosa que una cierta actitud de seriedad. Ya sabéis hasta qué punto es pobre la Falange; ya sabéis en qué empeños ha metido sus huestes. Estoy seguro de que nadie que recapacite un instante sobre esto contestará al requerimiento de nuestras camaradas con avaricia. Es fácil dar unas monedas de cobre; es fácil para algunos dar unas monedas de plata. No es lo fácil lo que pedimos, sino lo difícil, como difícil es la tarea que tenemos ante nosotros. Ya sé que con sólo esto, el que pueda dar una peseta no dará unos céntimos; el que pueda dar un duro no dará una peseta; el que pueda dar cinco duros no dará un duro. Al acercarse nuestras camaradas con la bolsa abierta para hacer un requerimiento a su generosidad, que cada uno considere, si no le basta avergonzarse de sí propio reprochando su propia cicatería, no lo que hicieron por la Falange los que cayeron, cuyo recuerdo es demasiado delicado para invocarse en solicitud de unas monedas; que piense cada uno en lo que dan nuestras magníficas compañeras que, uniformadas, enhiestas, activas, valerosas, constantes, vencen todos los días la batalla contra su propia timidez y se acercan a solicitar nuestra generosidad. *(Grandes y prolongados aplausos).*

(Arriba, núm. 31, 6 de febrero de 1936)

A LOS AFILIADOS Y SIMPATIZANTES, A TODOS LOS ESPAÑOLES

"Falange Española de las J.O.N.S. requiere, no sólo a sus afiliados y simpatizantes, sino a todos los españoles que sientan ardientemente la tragedia de España, para que ofrezcan su ayuda personal o económica a nuestro movimiento nacional ante la próxima contienda electoral. Falange Española opone el más firme baluarte con sus fuerzas aguerridas y disciplinadas a las huestes del marxismo asiático.

Los ofrecimientos, en nuestro Centro, Cuesta de Santo Domingo, 3, Madrid, y en provincias, en los Centros respectivos."³⁰

La Época, 6 de febrero de 1936.

³⁰ En unas declaraciones formuladas por José Antonio a un redactor de *El Sol*, el 9 de febrero, consta lo siguiente: "Sólo luchamos por once puestos; pero esto no nos interesa. Nuestros núcleos son jóvenes, y si acudimos a las elecciones, es por lo que la campaña tiene de movilización, aparte de que los puestos que podemos obtener son necesarios, pues en el Parlamento donde se habla para atacar o para defenderse, y es allí donde se canalizan las corrientes de la calle."

RESUMEN DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO PRINCIPAL DE SANLUCAR DE BARRAMEDA (CÁDIZ) EL DÍA 8 DE FEBRERO DE 1936

Empieza su discurso Primo de Rivera diciendo que parece que estamos en el año 1933. Otra vez la misma propaganda, otra vez las mismas luchas y otra vez perder el tiempo inútilmente. En las Cortes pasadas no se ha podido hacer nada; en las que van a elegirse, tampoco se hará.

¿Que por qué? Porque los partidos socialista, comunista y de izquierda republicana saben concretamente por lo que van; pero los de derechas no oponen a aquéllos más que el miedo, el terror a las consecuencias de aquellas doctrinas, pero nada constructivo. Aconsejan que se vote por el miedo de lo que pueda pasar.

Se aliaron con los radicales viejos y anticatólicos, y así no fue posible realizar el programa de abolir el divorcio y restablecer el crucifijo en las escuelas.

¿Qué ha ocurrido de 1933 a 1935?

El paro forzoso de 700.000 obreros; 700.000 familias que no comen. En la economía pública no se hacen milagros. ¿Que cómo se remedia? Dando comida, dando trabajo; no hay otra manera. Con discursos y palabras no se vive.

Precisamente por decir que hay que dar trabajo, que hay que dar comida, que hay que imponer sacrificio a los potentados, se han quedado fuera de otras Cortes; intentan la reforma y no pueden ponerse de acuerdo, llegándose a una solución que no resuelve nada, porque al ritmo que se le imprime tardaría en resolverse el problema ciento sesenta años, y que digan los campesinos sí pueden tener paciencia para conformarse con eso.

Surge la revolución de octubre, y, de momento, toda España se pone al lado de Lerroux y se puede dominar.

¿Se ha vencido la revolución? No. Para ello hace falta desenlazarla de los criminales asesinos y repugnantes separatistas que la prepararon y alentaron, empujando a los infelices obreros para que los ametrallaran.

Después, ver la razón de justicia que, ofreciendo su programa constructivo, con fe en su destino de llegar a una Patria grande, madre de todos, grandes y chicos, porque nuestra tierra da para que todos vivan y que nadie pase hambre.

Lo que padecemos en España es la crisis del capitalismo, pero no lo que vulgarmente se entiende por tal, sino el capitalismo de las grandes empresas, de las grandes compañías, de la alta banca, que absorbe la economía nacional, arruinando al pequeño labrador, al pequeño industrial, al modesto negociante, con beneficio y lucro de los consejeros, de los accionistas, cuentacorrentistas y demás participantes; es decir, de los que no trabajan, pero que se benefician del trabajo de los demás.

El trabajo lo tenemos bien elocuente en Sanlúcar con el cultivo de la vid.

Antes todos eran pequeños propietarios que labraban sus viñas con cuidadoso esmero para obtener los mejores caldos, que luego eran codiciados y solicitados por sus excelentes cualidades. Era una célula humana donde todos vivían patriarcalmente en sus hogares felices. Vino el capitalismo absorbente con sus grandes empresas. Ya no se escogen los buenos caldos. Ya se compran las grandes partidas de miles de hectolitros, sin mirar la procedencia y con el único fin de las grandes ganancias.

Y viene la obligada consecuencia de la ruina de los pequeños propietarios, hasta convertirlos en pobre obrero y pobre asalariado, alquilado como bestia de carga.

Así es que el capitalismo no sólo no es la propiedad privada, sino todo lo contrario. Cuanto más adelanta el capitalismo, menos propietarios hay, porque ahoga a los pequeños.

Los Bancos son meros depositarios del dinero de los demás. No producen. A los dueños del dinero les abonan el uno y medio por ciento, y por ese mismo dinero, que no es suyo, cobran a los demás el siete y ocho por ciento. Con sólo una sencilla manipulación de dos asientos en sus libros obtienen esa pingüe diferencia.

Es decir, que el esfuerzo del trabajo lo absorbe la organización capitalista.

Hay que hacer desaparecer este inmenso papel secante del ocioso privilegiado que se nutre del pequeño productor.

Hay que transformar esta absurda economía capitalista, donde el que no produce nada se lo lleva todo, y el obrero que trabaja o crea riqueza no alcanza la más pequeña participación.

España está en mejores condiciones que el resto del mundo para desmontar ese vicioso sistema. Cuando todos nos unamos y nos constituyamos en nuestros propios banqueros y tengamos una organización corporativa propia, en una unidad de intereses y de aspiraciones, tendremos una economía nacional fuerte y robusta y habrá desaparecido la miseria.

Menos gritos que nos hundimos y más atención a estos problemas.

Pensad que la Patria es un gran barco donde todos debemos remar, porque juntos nos hemos de salvar o juntos pereceremos.

(*Arriba*, núm. 32, 13 de febrero de 1936)

ELECCIONES Y PARLAMENTO.– TRIUNFARÁN LAS DERECHAS, DICE EL SEÑOR PRIMO DE RIVERA

En el turno de estas informaciones políticas hemos hecho una visita al jefe de Falange Española. El joven político, caudillo de fuerzas jóvenes que aspiran nada menos que a hacer la nueva España, no tiene un positivo interés electoral, en el uso que suele darse al vocablo; pero sí es evidente que él y los suyos representan una de las notas de novedad al acudir con sus candidaturas historiadas a la lucha del próximo domingo. Y libres de todo prejuicio, como cargados de objetividad, acudimos al despacho de don José Antonio Primo de Rivera.

Bufete de abogado que trabaja. Casa señorial de un aristócrata que puede y quiere llamarse popular. Muchas visitas. El título de El Sol hace que nuestra espera en el antedespacho sea brevísima, pero lo suficiente para admirar unas estampas jerezanas: caballos, galgos, armas. En esta saleta, como en otras dependencias, retratos del general que tuvo en sus manos el destino del país.

Y ya estamos en diálogo con el jefe de Falange. Primo de Rivera habla con rapidez y efusión. Y dice cosas...

– Mi posición política, que es la de Falange, la expuse con precisión en el reciente mitin del cine Europa, aquí en Madrid –nos empieza diciendo–.

– Sin embargo –le atajamos–, nuestro deseo es que usted, como otros políticos, nos dé su opinión en relación al momento electoral. Y a ser posible, que haga un pronóstico.

– Sea. Creo que van a triunfar las derechas.

– ¿Así, en rotundo?

– Van a fracasar las izquierdas quizá en desproporción a su fuerza real; es decir, que no van a tener los diputados que merecen. La opinión de derecha se haya empujada por el miedo, y esto la hará votar con pasión, con prisa.

– Ya habrá visto –le decimos– que en muchas provincias se han hecho tos electorales, hasta el punto de que son no pocas las personas que creen que esta coalición centro derecha subsistirá a los fines de gobernar.

– Yo también lo creo, y no se vea en esto el menor reproche para ninguna de esas fuerzas, para ninguno de esos partidos que han de actuar así dado el actual sistema parlamentario.

– ¿Usted es partidario del sistema parlamentario?

– Mientras el Parlamento sean cuatrocientos hombres que representan a la nación no hay efectividad posible. Ni en nuestro país ni en ningún otro hay élite para reunirla en un recinto parlamentario. Pero no se crea que esto quiere decir que yo participe en la beatería antiparlamentaria. Lo preciso es que el Estado tenga un quehacer, y cuando se tiene esto los Parlamentos funcionan bien.

Primo de Rivera no rehuye en nada nuestras preguntas; pero insensiblemente sus palabras se dirigen siempre al terreno doctrinal del que él es campeón. Habla en falangista. Y nosotros, tercios, con una obligación que cumplir, insistimos:

– De forma que en orden a pronósticos, ¿usted cree en el triunfo derechista?

– Los partidos de derecha y el Gobierno, las fuerzas conservadoras en general, se hallan reunidas por el solo vínculo de temor al triunfo de las izquierdas. No acaban de comprender que haciendo desaparecer el efecto desaparece la causa, y se resisten a desmontar el sistema capitalista, que está fracasado en todo el mundo. De momento, claro está que se evitará un nuevo golpe, un nuevo viraje

violento en esta política de bandazos que viene siendo la política española; pero en cambio las izquierdas quedarán en una irritabilidad peligrosa para el día en que les llegue la hora del triunfo.

– ¿Su partido presenta muchos candidatos?

– Sólo luchamos por once puestos; pero esto no nos interesa. Nuestros núcleos son jóvenes, y si acudimos a las elecciones es por lo que la campaña tiene de movilización, aparte de que los puestos que podamos obtener son necesarios, pues en el Parlamento es donde se habla para atacar o para defender, y es allí donde se canalizan las corrientes de la calle.

– ¿Tiene muchos afiliados Falange Española?

– Unos ochenta mil.

La conversación se prolonga en gracia a la amabilidad, y, sobre todo, por el interés que pone en sus palabras nuestro comunicante. Y esto nos anima para, quizá un poco a destiempo, decirle:

– ¿Usted cree firme la posición revolucionaria de los socialistas?

– En las juventudes, sí.

– También a usted hay quien le considera revolucionario, del mismo modo que le dan fama de valiente.

– Valiente en el sentido vulgar de la palabra, no; de ninguna forma. Yo aspiro a que se me considere como hombre de trabajo, con una firme devoción intelectual³¹. Lo que sucede es que cumplo con mi deber, como debemos cumplirlo todos en esta hora decisiva para Europa y para el mundo. Que no corro, que no correré nunca. En otro orden, nosotros hemos acogido el uniforme, los colores, porque ello sirve de distintivo; pero todo ello es accidental. Lo decisivo es conseguir una estructura económica del Estado, hacer en este sentido una revolución económica, que ha de devolver también al país todo el sentido moral de que cada día se haya más desmoronado.

El tema electoral se ha alejado definitivamente en la charla. Nosotros hemos de forzar ya la despedida. Sin embargo, para corresponder a la cordialidad del candidato por Cádiz que es don José Antonio Primo de Rivera, recogemos ya al terminar la definición que éste nos hace de sus teorías económicas de programa de Falange.

– Lo que pretendemos no es más que evitar la adjudicación de la plusvalía a los titulares de los signos de créditos, luchamos por una economía sindicalista que adjudique la plusvalía a la comunidad orgánica de los productores constituida en Sindicatos verticales.

Ya en pie, al despedirnos con un apretón de manos –nada de brazo arriba por nuestra parte– y agradecer la acogida a *El Sol*, aun hacemos al señor Primo de Rivera una última pregunta:

– Independientemente de la pasión que toda elección atrae, ¿usted cree que la actuación de los partidos, y particularmente de la CEDA, consolida la República?

Don José Antonio Primo de Rivera sonríe con finura y campechanía, y mientras nos acompaña hasta la puerta, dice:

– En esto de República o Monarquía tengo mi opinión clara; pero no iba a parecerlo así si la expusiese, y por ello vale más dejarlo. *El Sol*, 9 de febrero de 1936.

³¹ José Antonio era socio fundador del P.E.N. Club Internacional de Escritores. En calidad de tal estaba designado para integrar la Delegación española que asistiría al Congreso a celebrarse en Buenos Aires en el mes de abril de 1936. El otro delegado era Azorín.

NOTA EN "ARRIBA"

El austero aislamiento

"Falange Española no ha concertado pacto electoral de ninguna clase en ninguna provincia de España. Conste, para que cada cual acepte su responsabilidad, que no sólo no se ha hecho a la Falange ningún ofrecimiento, sino que ha existido la consigna terminante de prescindir de ella. La Falange no pierde nada con ese austero aislamiento, al que está acostumbrada. Cuando hubo que hacer frente en la calle a la revolución marxista y separatista, también como fuerza civil combatiente, se encontró sola. Sola con su entusiasmo irá, pues, a las elecciones. Únicamente pide que nadie le cargue responsabilidades ajenas y que ninguno preste crédito a los rumores de pacto puestos en circulación por los mismos que se han esforzado en hacerlo imposible.

Madrid, 11 de febrero de 1936".

El Sol, 12 de febrero de 1936.

Arriba, núm. 32, 13 de febrero de 1936

SÍNTESIS DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN CÁCERES, EN EL TEATRO NORBA, EL MARTES 11 DE FEBRERO DE 1936

Primo de Rivera comienza diciendo: "Veo por todas partes rótulos aconsejando votar a España, ¿a quién se ha de votar en estos momentos?" Esa propaganda no basta, manifiesta. Porque España no es eso, a menos que sea una falsa invocación. España es la tradición, su historia, su destino, su gran misión; cuando España dejó de ser todo esto vino a dar en lo que estamos presenciando, y lo que podrá ocurrir es fácil preverlo. O somos hermanos o somos los mismos mercaderes o, sencillamente, no formamos una Patria. España era una nación en la que había para todos, pero desde hace unos cuantos lustros se ha especulado con su vida, con el afán de emancipación de su pueblo; la situación que configuraba el feudalismo era mejor que lo de ahora.

Hay dos clases de propietarios: el que dirige, desempeñando una función social con competencia e interés, y otro, el que sin saber nada de la explotación agrícola sólo se preocupa de cobrar la renta, sin misión por arriba, ni convivencia por abajo. Los demagogos son los interesados en que esto siga para que haya desesperados. Las derechas tampoco ponen gran interés en remediar esto.

Describe el panorama de muchos pueblos de España, donde se vive en la mayor miseria; sólo se les lleva pan en el período electoral, a título de una caridad fingida, que no se siente en otros momentos más que en los presentes.

Habla del pucherazo, que sólo se realiza por ignorancia de las pobres gentes de los pueblos, y dice que este procedimiento, a su vez, lo utilizan las izquierdas y las derechas.

No cree en el peligro de la revolución; es el coco de todas las campañas electorales desde el advenimiento de la República. Las anteriores Cortes fueron regidas bajo la consigna del miedo. Hay que devolver a España lo que propugna la Falange Española, que es Patria, pan y justicia; por eso la Falange está sola, sin inteligencias con nadie; ni un solo puesto se les ha ofrecido; y que conste así para que lo sepa toda España, después de haber sido los de Falange los que iniciaron la organización del Frente Nacional; nos importa únicamente el reconocimiento de nuestra organización. No hay que temer el triunfo de las izquierdas, porque el Poder no se les entregaría, aunque se apoderasen de él, y en cuyo gesto todos estaremos juntos, lo mismo que en octubre cuando no hubo diferencias entre los dispuestos a salvar a España.

Cree que es mayor peligro el que vayan a las Cortes quince o veinte partidos, con los cuales será imposible gobernar.

Terminó diciendo que no hay más lema que el de ellos en momentos como los presentes ¡Arriba España!

Arriba, núm. 32, 13 de febrero de 1936

La Época, 12 de febrero de 1936

ABC, de Sevilla, 12 de febrero de 1936.

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN TRUJILLO (CÁCERES), EN EL TEATRO GABRIEL Y GALÁN, EL JUEVES 13 DE FEBRERO DE 1936

Hecho el silencio, el señor Primo de Rivera fija la posición de Falange Española, que no está ni en la derecha ni en la izquierda, por dos razones: la primera, porque lo que una da la otra lo quita; mientras, seguimos sin pan y sin justicia, y la segunda, porque esa política de derecha e izquierda divide a los españoles, en vez de unirlos para una empresa nacional común.

Relata lo que ha ocurrido hasta conseguir que Falange Española tenga que presentarse sola en la lucha, y refiere cómo ellos anunciaron hace tiempo, en Madrid, que la próxima lucha electoral, como así ha sucedido, se entablaría entre los extremos de uno y otro partido.

Añade que España es una nación rica, que está sin explotar, mientras que hay tantos hombres parados que no tienen qué comer, con cuya hambre especulan los vividores de la política.

Censura los grandes sueldos de los consejeros de Administración de grandes empresas industriales. Aboga por que se cree un fuerte Estado basado en un poderoso Ejército de mar, tierra y aire, para que España sea respetada en el concierto de las demás naciones europeas y cumpla su destino glorioso.

Con un emocionante canto patriótico termina su discurso el señor Primo de Rivera, que es largamente ovacionado.

Al acto asistieron numerosos camaradas uniformados de los pueblos del partido, que saludaron con el brazo en alto.

Semanario *La Muralla*, de Trujillo, Cáceres, 16 de febrero de 1936. Proporcionado por el camarada Julián García de Guadiana.

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LOGROSAN (CÁCERES) EL 13 DE FEBRERO DE 1936

Primo de Rivera expuso el programa de su partido diciendo que hay que hacer la Reforma Agraria, pero que para realizarla hay que expropiar forzosamente las tierras a los grandes terratenientes.

Atacó a las grandes empresas monopolistas, de las que dijo son las culpables de la ruina de la economía nacional, proponiendo su nacionalización.

Explicó por qué no van en la candidatura derechista, diciendo que no comprende cómo Acción Popular hace pactos con los radicales, con el Gobierno y con los monárquicos. Dice que propuso a la unión de derechas un programa para realizarlo a rajatabla, a lo que las derechas no se atrevieron.

Habla de las promesas de las izquierdas, y dice que el comunismo no podrá implantarse en España, porque las derechas se opondrán por instinto de conservación, y además el comunismo no tiene aplicación aquí, pues los españoles somos individualistas.

Dice que a los socialistas no les conviene mejorar la situación de los campesinos, pues saben que en cuanto los campesinos tengan su comida y su techo asegurado no los podrán llevar a la revolución, pues las revoluciones, sólo se hacen con hambrientos y desesperados.

Heraldo de Aragón, 14 de febrero de 1936.

"EL PROBLEMA POLÍTICO NO ES DE RÉGIMEN".– EL "DIARIO DE NOTICIAS", DE LISBOA, PUBLICA UNA ENTREVISTA CON DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.– LA REFRENDA EL PERIODISTA ARMANDO BOAVENTURA

Madrid, 10 de febrero.– Escucho ahora una figura política de la España de hoy –el más joven y de mayor porvenir–, "por la acción directa" que desarrolla en estos confusos momentos agitando con el entusiasmo de su patriotismo la bandera antisoviética en pro del "bien común" nacional.

Refiérome al abogado José Antonio Primo de Rivera, marqués de Estella, título que heredó de su padre, que es el jefe de Falange Española, núcleo bastante numeroso de estudiantes universitarios, de oficinistas y de campesinos que, en los últimos tres años y mayormente desde la revolución comunista de Asturias, en octubre de 1934, vienen afirmando su tenaz audacia y su alto espíritu de sacrificio en el combate sin tregua a la revolución marxista.

Y España conoce a estos muchachos –más de 80.000– que, con sus camisas azules y sus insignias, se baten valerosamente, en arriesgados cuerpo a cuerpo en plena calle, enfrentando al adversario. En las refriegas van quedando muchos de ellos, unos después de otros, pero el Movimiento prosigue su marcha como un ejército en el campo de batalla, reforzando, hora a hora, sus contingentes.

José Antonio, a quien me liga un entrañable recuerdo de su padre –cuyo último retrato me ofreció en las vísperas de la caída de la Dictadura, y que conservo, así como unas amables líneas escritas en París, ocho días antes de su misteriosa muerte – es un hombre joven, distinguido abogado, parlamentario vigoroso, que se consagró a la política con el respetable propósito, que mucho le honra, de desagravio a la memoria, tantas veces injustamente juzgada, del que fue su progenitor y Dictador de España. Y si otras razones no hubiese tenido, ésta –¡ya hoy tan rara!– bastaría para ganar mi consideración y mi estima.

El nacionalsindicalismo español es, por su organización un atrayente movimiento de rebeldía juvenil contra el liberalismo político y económico del siglo XIX. En línea de los movimientos autoritarios que alumbran la primera mitad del presente siglo, preconiza la Revolución del Orden contra la Revolución del desorden. En lo político, defiende la unidad nacional de España "cabeza de un Imperio". En lo económico, concibe a España, "como gigantesco sindicato de productores", que actúan organizados en sociedades corporativas por un sistema de Sindicatos verticales (principio de la revolución concebida de arriba para abajo), distribuidos por los diferentes ramos de producción. En este capítulo, el económico, repudia el sistema capitalista existente, el cual "no atiende a las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes propicias a la miseria y a la rebelión". Combate, por tanto, el marxismo, que viene a ser su consecuencia. Propicia elevar el nivel de vida del campo, "vivero permanente de España", y para eso aboga en la necesidad de una reforma económica y social de la agricultura, reforma tendente, en el plano económico, a enriquecer al productor agrícola, asegurando a todos los productores de la tierra un precio mínimo remunerador; haciendo posible que retorne al campo gran parte de la población apta que hoy absorben las grandes ciudades; organizando un verdadero crédito agrícola que permita facilitar dinero a bajos intereses, de tal suerte que el labrador pueda redimiese de la usura y del caciquismo político; difundiendo y enseñando nuevos procedimientos agrícolas; racionalizando la explotación de las unidades de cultivo con el fin de suprimir los enormes latifundios despreciados, sin caer en la trampa de los minifundios antieconómicos por su exiguo rendimiento. En lo social: redistribución de las áreas cultivables para instituir la propiedad familiar y estimular enérgicamente la sindicalización de los labradores, liberar de la miseria en que viven a las enormes masas campesinas, que hoy se extenuan y malogran sus esfuerzos arañando suelos estériles y a las cuales es menester trasladarlas a nuevas tierras cultivables; expropiar, por parte del estado, las tierras cuya propiedad haya sido adquirida y disfrutada ilegítimamente; reconstruir los patrimonios comunales de los pueblos, etc.

En cuanto a la educación nacional, el nacionalsindicalismo preconiza la educación premilitar, capaz de dotar juventudes en condiciones de incorporarse, en caso necesario, al ejército nacional; sin descuidar la educación moral e intelectual que ha de desarrollarse bajo la égida de la religión católica.

– Empero –manifiesta el jefe de la Falange Española– el momento político español es tan confuso que no permite prever su futuro... Las "derechas", está fuera de duda, ganarán las elecciones...

– ¿También la Falange Española?

– Posiblemente no verá ninguna de sus candidaturas victoriosa. Y esto sucederá a pesar de que sólo en Madrid tenemos 12.000 afiliados y muchos simpatizantes.

– ¿Cómo puede ser esto?

– Es que la lucha electoral se entabla propiamente entre extrema izquierda" y "extrema derecha"; es decir, entre socialistas marxistas, que tienden a un comunismo integral, y los católicos.

– La Falange no forma parte del bloque de las "derechas"; según creo interpretar...

– Estamos contra la mentalidad y los procedimientos políticos de las denominadas "derechas", cuya responsabilidad en la hora es tremenda...

Y en un desahogo, exclama:

– ¡Ah! ... ¡esas derechas!...

Lo invito a proseguir la charla:

– ¿Y cuál considera entonces que será el resultado electoral en las próximas elecciones?...

– No es fácil preverlo. Creo, con todo, que, a pesar de los compromisos electorales de algunos partidos del bloque de las "derechas" –que prometieron discutir en las nuevas Cortes la legalidad o ilegalidad de la disolución de las anteriores, lo que traería como consecuencia una mutación de escenario político haciendo caer determinadas figuras–, será el propio señor Portela Valladares quien será el encargado de constituir el nuevo Gobierno, con algunos de los mismos partidos de las "derechas", inclusive la "Ceda"...

– ¿Y siendo así?...

– Todo quedará como antes, como ahora...

– Y no aguarda una ofensiva revolucionaria de las izquierdas?

– Intentarán posiblemente sus golpes aquí y allá, pero no se impondrán...

Insisto todavía:

– Háblase de una dictadura civil apoyada por el ejército...

– Quizá pero no para ahora.

–Y el nombre de Gil Robles...

– Es el que ofrece, de hecho, más garantías de éxito...

– A pesar de su mentalidad liberal, de su entusiasmo por el parlamentarismo... –Insinuó.

Primo de Rivera asiente:

– Gil Robles gusta, en efecto, de la vida parlamentaria que, por otra parte, le apasiona. Ha sido el Parlamento lo que le ha proporcionado, en forma decisiva, sus triunfos políticos y la justa fama y prestigio de que goza. Se siente en el Parlamento como "el pez en el agua"...pero en el fondo y a pesar de todo, no cree en las virtudes del régimen liberal ni en el sistema parlamentario.

–Por tanto, ¿confía usted en la acción futura del jefe de la Ceda... ?

–Lo juzgo capaz de ser dictador, pero no supongo que esa dictadura resuelva definitivamente el problema política de España. Tampoco creo que una dictadura sería capaz de resolver el problema social o el económico, pues para eso sería necesario llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias la Revolución Nacional que propugna la Falange.

La última pregunta:

– ¿En cuanto a la cuestión del régimen?

El hijo del último Dictador de la Monarquía española responde:

– ¿Para qué una restauración?... ¿Con qué monárquicos? ¿Con los que contribuyeron al derrumbamiento de las instituciones monárquicas y, consecuentemente, a la implantación de la República, el 14 de abril?...

Y para rematar:

– El problema no es de régimen, sino de hombres aptos. De hombres a la altura de las responsabilidades del momento político, de la hora que transcurre en todo el mundo. En este segundo cuartel de la Revolución del siglo XX...

Y me despido con la convicción más absoluta que las juventudes españolas serán llamadas, en breve, a trabajar activamente por el futuro político de España...

Armando Boaventura: "*Madrid–Moscovo. Da Ditadura á República e á guerra civil de Espanha*". Lisboa, 1937, c. XIII, págs. 160-65.

RESEÑA DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN GIJÓN, ASTURIAS, EN EL CINEMA CAMPOS ELÍSEOS, EL VIERNES 14 DE FEBRERO DE 1936.

No traigo preparado un discurso. Tengo sólo notas dispersas, seiscientos kilómetros recorridos por carretera, y en los zapatos el barro de Castilla. Toda España está impregnada de nuestro grito. Pasado mañana se libra la primera batalla. Importa mucho los votos que se nos den porque significan una asistencia a la tónica de nuestra lucha; pero nos importa más porque esta coyuntura electoral nos da ocasión de propagar nuestra inquietud y de pasear nuestras consignas. Así como somos los pobres y quizá no todos viejos, somos los únicos que comparecemos en la lucha electoral con un programa entero, con un manifiesto entero. Los únicos que, aunque no vayamos a vencer en la .contienda, nos presentamos a ella con un programa definido y concreto.

Así como vosotros seguís en vuestra lucha, así como no desmayáis ante las calumnias y dificultades que se interponen en vuestro camino, nuestros camaradas de Santander, Valencia, Zaragoza, Cáceres, Sevilla, Jaén, Toledo, Zamora, están sosteniendo la misma lucha. Dentro de dos días veréis cientos de miles de votos que acaso no sean suficientes para darnos puestos en el Parlamento, pero es lo de menos: dicen muy claro que aun en este terreno de los votos, que no es el nuestro, esta presencia enérgica constituye un triunfo para la Falange Española. Dentro de dos años nosotros, salvando las triquiñuelas electorales, seremos una fuerza positiva en la vida nacional. Y ahora una declaración sobre este tema de los pactos electorales: no retiraremos las candidaturas ni en Asturias ni en ninguna parte de España donde estén presentadas (¡Muy bien! Aplausos.) No retiraremos las candidaturas; únicamente en uno de estos dos casos contemplaríamos tal posibilidad: Primero, que no fuéramos nadie, que no tuviéramos fuerza. Puede que no seamos nadie y que no tengamos fuerza. Entonces, ¿por qué tienen empeño en que nos retiremos? Si no somos nadie ¿qué estorbamos? Déjennos realizar este pequeño desahogo. Segundo: retiraríamos la candidatura si con ello cumpliéramos un deber. Si hiciéramos daño en serio a los grandes y permanentes intereses de España, no a los intereses de cualquier organización caciquil y a cualquier orador más o menos pasado de moda, que aspire a ser la "vedette" del Parlamento.

Habla también de que las retirarían si existiera un peligro evidente de revolución inmediata, marxista o separatista. Se refiere a la lucha política y a quienes tienen en sus manos el panderero electoral. Añade que las revoluciones no se ganan con votos. De ello tienen buena prueba los asturianos por octubre del año 1934. Agrega que sin fanfarronerías puede afirmar que en caso de que se produjera otra revolución, ellos lucharían contra ella en la calle como lo hicieron en la anterior coyuntura.

Habla del panorama de miseria que tiene España de punta a punta. Tiene párrafos de elocuencia al tratar de las gestas de Pizarro y de otros grandes valores nacionales. Desde la cuna de Pizarro, en Trujillo, vino a Asturias, cuna en la que se meció España. Se extiende a este aspecto en amplias consideraciones acerca de este tema, y añade, más adelante, desconfiar de la eficacia de los métodos de las coaliciones contrarrevolucionarias, que probablemente resultarán elegidas y que una vez en el Poder no harán nada positivo, sino decir que volverán a la lucha nuevamente, ofreciendo panaceas para salvar a España. Combate la propaganda de coalición de las derechas. Recuerda que él fue quien dio el grito de alerta para formar el Frente Nacional que luchara frente al comunismo, no por lo que en sí representa en España, sino por tratarse de una monstruosidad asiática, de un atentado contra la conciencia europea...

Da fin a su discurso manifestando que hay que luchar por una España grande, libre. Cuando se oiga un grito de "¡España, una e indiscutible!", respondió: "¡España, por la Falange! ¡Arriba España!" (*Gran ovación.*)

El Comercio, núm. 17.940, de Gijón, 15 de febrero de 1936. Texto obtenido por deferencia de los camaradas Francisco Javier Jiménez, director de *Voluntad*, y Marcelino Junquera.

EL VOTO DE LA MUJER

Los antialgo y el señoritismo español. Las fantasías creadoras del hombre en política y el voto de la mujer. La inutilidad del sufragio. De votar alguien, mejor sería que votase sólo la mujer. ¿Han hecho algo las mujeres en el Parlamento? ¿Lo han hecho los hombres? Dos en uno. Divagaciones sobre la guerra.

OPINIONES DE PRIMO DE RIVERA

Don José Antonio Primo de Rivera no es feminista. Así lo declara sinceramente, apoyando su criterio en una especie de balance histórico respecto a la labor creadora que en su haber puede apuntarse Eva desde que el mundo es mundo. Ni las matemáticas, ni la geografía, ni la pintura, ni la música –la ciencia o el arte, en fin– deben a la mujer casi nada en su global progreso. El jefe de Falange Española se manifiesta "no feminista" sin ambages.

–Sin embargo –le objeto–, el Premio Nobel de Química de este año fue para una mujer, la señora Curie, casi una niña, y su madre también se lo mereció.

Miró en torno nuestro. Un gran retrato de Mussolini, dedicado afectuosamente, preside desde la librería. La cabeza redonda, lisa, y el gesto obstinado de la faz... Entre los volúmenes hay un libro de León Trotsky.

–No soy feminista; por tanto, huelga que le diga que no soy partidario de darle el voto a la mujer.

Parece reflexionar, y exclama:

–Eso no quiere decir que sea *antifeminista*. Los antialgo, sea lo que sea este algo, se me presentan imbuidos de reminiscencia del señoritismo español, que se opone irreflexiva, pero activamente, a lo que él no comparte. No soy ni antimarxista siquiera, ni anticomunista, ni... antinada. Los *anti* están desterrados de mi léxico como si fueran tapones para las ideas.

Y como demostración de eclecticismo, continúa:

–Le dije antes que la falta de facultades creativas (empleo su frase) de la mujer es lo que me induce a no ser feminista. Mas he de revelarles que me asustan tanto las fantasías creadoras actuales del hombre en política, que es posible que la mujer, al mezclarse en ella, pueda darle cierto reposo, cierto aplomo, que bien necesario lo es... Y desde este punto de vista, su actuación puede ser buena, ya que la mujer vendría a ser como esa fuerza retardataria de las mareas que, haciendo la cincha del globo, modera el movimiento acelerado de la tierra.

–Haría de freno –aclaro.

–Exacto. No confío en el voto de la mujer. Mas no confío tampoco en la eficacia del voto del hombre. La ineptitud para el sufragio es igual para ella que para él. Y es que el sufragio universal es inútil y perjudicial a los pueblos que quieren decidir de su política y de su historia con el voto. No creo, por ejemplo, que en la conveniencia o inconveniencia de una alianza internacional o sobre la política marítima a seguir pueda tener la masa opinión, ni a lo sumo, más que muy pocos de sus representantes. Don Antonio Maura hizo el voto obligatorio. ¿Y para qué? En el mejor de los casos, los hombres elegidos son señores sin voluntad propia, sometidos a los partidos, sin especialización para ir meditadamente resolviendo los arduos y trascendentales problemas del Estado. Los elegidos no lo son por ser los más adecuados al país, sino los más flexibles a los jefes, y nada les preocupan las leyes que se van a dictar para guiar a la nación por una ruta determinada. La incultura de la masa de los electores no es menos que la de la masa de los elegidos en materia política. Ahí están las listas de candidatos llenas de nombres desconocidos; no podrían muchos alegar otra razón para estar en ellas que la amistad y representar mañana en el Parlamento un número, un voto, un sumando, pero no una inteligencia y un pensamiento... En fin, yo le aseguro que en vísperas de la contienda electoral me afirmo más que nunca en mi oposición al sufragio, lo mismo para la mujer que

para el hombre. Ahora bien: si lo estimásemos imprescindible para la vida de la nación –va usted a escucharme una extravagancia–, de tener que votar forzosamente, mejores frutos habrían de lograrse con el voto de la mujer que con el del hombre. Ella tiene más aplomo y una sensibilidad práctica de que él carece. El voto de ambos sería adecuado para cualquier tema municipal o administrativo.

–¿Qué opinión tiene usted de la labor de la mujer en el Parlamento?

–No la conozco. No sé si porque no ha hecho ninguna o porque yo no la haya estudiado bien. Pero si ellas no han hecho nada, los hombres me consta que han hecho casi tan poco como ellas. Podemos decir que los Parlamentos de la República han sido estériles. La representación parlamentaria femenina será exigua. De ello no debemos congratularnos.

El jefe de Falange Española, con escepticismo que contrasta con su juvenil aspecto me asegura:

–Las mujeres no harán más que redoblar con su voto el voto masculino, con sus defectos; no teniendo, por tanto, el de ellas trascendencia en el camino futuro de España. Serán dos donde antes fuera uno, o dos en uno, si usted lo prefiere. En los medios rurales, el sufragio tiene, además, el inconveniente de su insinceridad. Es evidente que las clases pudientes compran el voto de las económicamente sometidas. Y claro que empeoran lo que ya es detestable.

–¿Cree usted que iremos a una situación de derechas porque las mujeres de este sector sean más numerosas, más fuertes o más ricas?

–Derechas, izquierdas... Son palabras de poco sentido. El Estado ruso es el más derechista de todos los de Europa, y el pueblo soviético es el más izquierdista ideológicamente... Pero si nos ceñimos a su vulgar acepción, derechas e izquierdas representan en España algo tan heterogéneo e irreconciliable que se puede esperar poco, por sus mismas tensiones respectivas. Más tienen de exponentes de lucha que de internos ideales por la Patria. Sin embargo, quizá vamos a una situación de lo que llaman derechas.

Pensativo me habla luego de las posibilidades de un régimen más en armonía con su concepción de los Estados.

–La guerra –dice inflexiblemente– es inalienable al hombre. De ella no se evade ni se evadirá. Existe desde que el mundo es mundo, y existirá. Es un elemento de progreso... ¡Es absolutamente necesaria!

–Cuando la mujer intervenga en la gobernación del Estado, ¿no cree usted que defenderá a sus hijos contra la guerra, evitando que le arrebaten y destruyan lo más preciado de su labor y de su vida? La educación a los hijos en el odio a la guerra...

–Los haría cobardes solamente. Los hombres necesitan la guerra. Si usted la cree un mal, porque necesitan del mal. De la batalla eterna contra el mal sale el triunfo del bien, dice San Francisco. La guerra es absolutamente precisa e inevitable. La siente el hombre con un imperio intuitivo, atávico, y será en el porvenir lo que fue en el pasado... ¿Los pueblos sin guerra?

El jefe de Falange Española sonríe largamente.–*Luisa Trigo.*

(*La Voz*, de Madrid, 14 de febrero de 1936)

PALABRAS PRONUNCIADAS EN MADRID, EN EL CENTRO DE FALANGE, EN LA CALLE NICASIO GALLEGO, NUMERO 21 (ÚLTIMO LOCAL DE LA ORGANIZACIÓN), EL 20 DE FEBRERO DE 1936

Luego de hacer alusión a su recorrido por Madrid, refiriendo que los centros de los partidos políticos denominados "de orden", que en víspera de elecciones rebosaban de gente, se encontraban ahora desiertos y con sus dirigentes escondidos o a punto de abandonar España, si es que no lo habían hecho ya, con la premura que abandonan las ratas el barco que se incendia, manifestó lo siguiente: "A todo ese tinglado electorero y falseador de nuestra trágica realidad parece habérselo tragado la tierra. Todos huyen, todas las defensas se hunden presas de pánico, mientras vosotros estáis aquí, sin necesidad de convocatoria ni de otros apremios que el servicio de España. Cantando nuestros himnos, sin imprecaciones ni fanfarronadas, iremos dispuestos con alegría al sacrificio y al combate. Nosotros no retrocederemos, porque nuestros muertos se encargarán de impedir que en nuestras filas cunda el desaliento o la flaqueza."

"El despido de estos magníficos camaradas que en octubre de 1934 ocuparon su puesto de trabajo o siguieron en él a pesar de los tiros y de las amenazas del marxismo ensoberbecido, es una profunda lección que los elementos de la antipatria colocan ante nuestra vista para que no la olvidemos nunca. Así será el sentido de este aprendizaje: amargo por un lado, alentador y fecundo por el otro; desde hoy, para todos nosotros queda patente que la primera y mas urgente petición es la de readmisión de estos auténticos obreros represaliados, no por abandonar el trabajo, sino por haber estado en todo momento cumpliéndolo."

José Antonio recordó a los obreros caídos: a Angel Montesinos, a García Vara, a Corpas, a Rivas, al "Manco"³² y a otros asesinados la víspera en los derribos de la vieja plaza de toros. Aludió a la lucha por el pan y la justicia contra el marxismo y las derechas; al famoso asalto a los tajos que compartiera con ellos, a la actitud heroica del 7 de octubre, por la que ahora se veían despedidos.

"No hay razón que apoye este caso típico de desquite, esta monstruosa represalia contra trabajadores,, sin más recurso que el jornal. La adversidad debe afinar nuestros sentimientos fraternales. Que nadie cierre los oídos al dolor o al sufrimiento de los camaradas. Que nadie posea para sí nada que no sea para todos los que lo necesiten.

Conforme pase el tiempo –agregó por último– los días serán más difíciles. pero es igual. En nuestros puestos permaneceremos firmes hasta el último momento, orgullosos de sabernos cumplidores de una misión sublime y total, y persuadidos de que en el supremo instante podremos resumirla con un ¡arriba España!"

Versión de Alfonso Gallego Cortés: *"Diario de un falangista"*, cap. II; y Carlos Ruiz de la Fuente: *"Relación oral"*. Madrid, 1956.

³² "El Manco" se llamaba Ramón Faisán, ex legionario, manco en acción de guerra y cinco veces herido en campaña. A su lado cayó José Urrea Goñi.

INSTRUCCIONES A TODAS LAS JEFATURAS TERRITORIALES, PROVINCIALES Y DE LAS J.O.N.S.

ANTE LAS CIRCUNSTANCIAS POLÍTICAS

El resultado de la contienda electoral no debe, ni mucho menos, desalentarnos. La Falange luchaba simplemente, como ya sabéis todos, para aprovechar la magnífica ocasión de propaganda y ejercicios que se le ofrecía. No esperaba obtener puesto alguno, inasequible con una ley electoral que sólo los asigna a las dos candidaturas más fuertes; pero le urgía señalar con una clara actitud de independencia su falta de todo compromiso, y aun de toda semejanza, con los partidos de derecha. Esta finalidad ha sido conseguida con creces; nuestras candidaturas han sido perseguidas; no pocos votos nos han sido robados; hasta última hora se han puesto en circulación, de mala fe, rumores de retirada; pero, a costa de tales adversidades, hemos podido afirmar, con más limpidez que nunca, la línea inconfundible nacionalsindicalista, anticapitalista y revolucionaria de nuestro Movimiento. Planteada prácticamente la lucha entre derechas e izquierdas, su resultado nos era extraño. Dos años de Gobierno y Parlamento derechista habían demostrado la absoluta esterilidad de tal sector. Las derechas, como tales, no pueden llevar a cabo ninguna obra nacional, porque se obstinan en oponerse a toda reforma económica, y con singular empeño a la Reforma agraria. No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcada en la miseria y en la ignorancia, y las derechas, por propio interés, favorecen la continuación de este estado de cosas. En cambio, las izquierdas, hoy reinstaladas en el Poder, cuentan con mucho mayor desembarazo para acometer reformas audaces. Sólo falta saber si sabrán afirmar enérgicamente su carácter nacional o si se zafarán a tiempo de las mediatizaciones marxistas y separatistas. Como esto se logre, como el brío revolucionario de lo social se una al mantenimiento de una alta temperatura espiritual española, acaso el periodo de Gobierno de izquierdas se señale como venturoso para nuestra Patria. Son muchas las dificultades, y, por consecuencia, los riesgos del fracaso; pero mientras las fuerzas gobernantes no defrauden el margen de confianza que puede depositarse en ellas, no hay razón alguna para que la Falange se deje ganar por el descontento.

* * *

Una de las consecuencias más previsibles de la nueva situación política es la llegada en masa a nuestras filas de personas procedentes de otros partidos, señaladamente de los de derecha. Este incremento, por una parte apetecible, nos pone en peligro de deformación si permitimos que los nuevos núcleos formados en doctrina y estilo bien diferentes a los nuestros, aneguen nuestros cuadros. Todos los jefes territoriales, provinciales y de las J.O.N.S. cuidarán, ahora más que nunca, de mantener la línea ideológica y política del Movimiento, en forma de impedir a todo trance su confusión con los grupos de derecha.

Para precisión del criterio contenido en los anteriores párrafos, se formulan las siguientes instrucciones concretas:

1º.- Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo Gobierno ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas. Nuestros centros seguirán presentando el aspecto sereno y alegre de los días normales.

2º.- Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado, alianzas de fuerzas de *orden* y demás cosas de análoga naturaleza.

3º.- Se evitará todo incidente; para lo cual, nuestros militantes se abstendrán en estos días de toda exhibición innecesaria. Ninguno deberá considerarse obligado a hacer frente a manifestaciones extremistas. Claro está que si alguna de éstas intentara el asalto de nuestros centros o la agresión a nuestros camaradas, unos y otros estarían en la obligación estricta de defenderse con la eficacia y energía que exige el honor de la Falange.

4º.- A los que soliciten el ingreso en nuestras filas y se hallen en situación económica acomodada, se les deberá exigir una cuota de incorporación no inferior a quince pesetas;

5º.- De ninguna manera se conferirán puestos de mando a los afiliados de nuevo ingreso, en tanto no lleven, por lo menos, cuatro meses en la Falange y hayan acreditado suficientemente completa compenetración con su estilo y doctrina.

* * *

De momento, no hay más advertencias que formular. La consigna para todos puede ser ésta: serenidad, confianza en el mando y fe inquebrantable en los destinos de nuestro Movimiento. ¡Arriba España!

Madrid, 21 de febrero de 1936.—El jefe nacional, *José Antonio Primo de Rivera*.

AQUÍ ESTÁ AZAÑA

Sucedió lo que tenía que suceder. Las derechas –Acción Popular sobre todo– cubrieron las paredes de toda España con millones de carteles horribles. Convendría que los técnicos de la C.E.D.A. pensaran si ese alarde fanfarrón de dinero no le habrá ganado la antipatía de algunos millares de electores; es decir, si la fatuidad publicitaria no habrá sido contraproducente. De todas maneras, nadie ha disentido de este parecer: la propaganda de las derechas ha sido un total desacierto. Al menos, en 1933 se invocaron valores nacionales y religiosos; ahora todo ha sido materialismo: llamadas al egoísmo asustadizo de los pudientes y cucamonas –en falsete– al *obrero honrado*. Un desastre. Las izquierdas no trataron de competir con aquel frenético lujo. Su austeridad propagandista acabó con resultar simpática, aun para los más alejados de los partidos de izquierda. Así llegó la fecha de las elecciones. La Prensa de derechas redobló la baladronada. Acción Popular, en una última muestra de delirio, cubrió toda una fachada de la Puerta del Sol con el famoso biombo que tardaremos en olvidar. El aplastamiento de las izquierdas era seguro. Y, en efecto, ganaron las elecciones.

Hay que reconocer que, pese a todos sus grandes defectos, el sufragio universal ha dado esta vez considerables señales de tino y justicia: por lo pronto, ha desautorizado de manera terminante la insufrible vacuidad del bienio estúpido; después ha raído del mapa político al descalificado partido radical; en el País Vasco ha puesto freno al nacionalismo, que es, como se sabe, un intento de reintegro a la precultura primitiva; ha señalado la preferencia, en general, por los partidos y los hombres menos frenéticos, y, por último, ha deparado el triunfo a uno de los bandos en tan prudente dosis, que ninguna mitad de España puede considerarse que ha aplastado a la otra mitad. Lástima, y grande, que el resultado de las elecciones en Cataluña anuncie la vuelta posible al camino de la desmembración. Esta sí que es la verdadera zozobra de las presentes fechas. Ahí está el punto por donde, en breve, puede volver a ensombrecerse España.

Pero hablemos de lo de ahora. Con un brío que también sirve de contraste a la flojedad observada por las derechas en 1933, las izquierdas han reclamado la entrega del Gobierno. Y a estas horas está en el Poder un Ministerio presidido por el señor Azaña. He aquí la "segunda ocasión" de este gobernante, anunciada en el artículo que *Arriba* publicó acerca de él a raíz de su discurso del Campo de Comillas. Grave ocasión, y peligrosa. Pero llena de sabroso peligro de lo que puede dar resultados felices. Por de pronto, hay que señalar esto: el triste pantano cedorrado del último bienio no permitía alimentar a nadie la más leve esperanza, ni el menor interés, ni el más ligero gusto por la participación; aquello era como una muerte lenta y estúpida. Esto de ahora es peligroso, pero está tenso y vivo; puede acabar en catástrofe, pero puede acabar en acierto. Aquí se juega una partida arriesgada y emocionante; allí estaba todo perdido de antemano.

Azaña vive su segunda ocasión. Menos fresca que el 14 de abril, le rodea, sin embargo, una caudalosa esperanza popular. Por otra parte, le cercan dos terribles riesgos: el separatismo y el marxismo. La operación infinitamente delicada que Azaña tiene que realizar es ésta: ganarse una ancha base nacional, no separatista ni marxista, que le permita en un instante emanciparse de los que hoy, apoyándole, le mediatizan. Es decir, convertirse del caudillo de una facción, injusta, como todas las facciones, en jefe del Gobierno de España. Esto no quiere decir –¡Dios me libre!– que se convierta en un gobernante conservador: España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo. Pero hay que llevarla a cabo –aquí está el punto decisivo– con el alma ofrecida por entero al destino total de España, no al rencor de ninguna bandería. Si las condiciones de Azaña, que tantas veces antes de ahora hemos calificado de excepcionales, saben dibujar así las características de su Gobierno, quizá le aguarde un puesto envidiable en la historia de nuestros días. Si Azaña cede a la presión de los mil pequeños energúmenos que le pondrán cerco; si renueva las persecuciones antiguas; si un día destituye a un juez municipal por conservar un retrato de la infanta Isabel, y otro día traslada a un comandante porque su mujer es devota; si volvemos a aquella fiebre, a aquel desasosiego, a aquel avispero de 1931 a 1933, la nueva ocasión de Azaña se habrá perdido ya sin remedio.

LA FALANGE

Nosotros asistimos a esta experiencia sin la más mínima falta de serenidad. Nuestra posición en la lucha electoral nos da motivos para felicitarnos una y mil veces. Nos hemos salvado a cuerpo limpio

del derrumbamiento del barracón derechista. Hemos ido solos a la lucha. Ya se sabe que en régimen electoral mayoritario sólo hay puesto para *dos* candidaturas; la tercera tiene por inevitable destino el ser laminada. No aspirábamos, pues, y varias veces lo dijimos, a ganar puestos, sino a señalar nuestra posición una vez más. Las derechas casi amenazaron de excomunión a quien nos votara. Por otra parte, acudieron a los más sucios ardides: repitieron hasta última hora que nos retirábamos; nos quitaron votos en los escrutinios, hechos sin interventores nuestros... todo lo que se quiera. Con ello, el interés de las elecciones no hace para nosotros más que aumentar: no nos ha votado *ni una sola persona que* no estuviera absolutamente identificada con la Falange; y aun así, hemos tenido en las nueve circunscripciones donde hemos luchado *más de cincuenta mil* votos oficiales. Dado que dos terceras partes de nuestros adictos no tienen voto aún, esto quiere decir que la Falange, en dos años de vida, contra viento y marea, cuenta en nueve provincias con un núcleo incondicional de ciento cincuenta mil personas. ¿Podrían muchos partidos decir otro tanto?

Con todo, lo de los votos es para nosotros lo de menos. Lo importante es esto: *España ya no puede eludir el cumplimiento de su revolución nacional*. ¿La hará Azaña? ¡Ah, si la hiciera!... Y si no la hace, si se echan encima el furor marxista, desbordando a Azaña, o la recaída en la esterilidad derechoide, entonces ya no habrá más que una solución: la nuestra. Habrá sonado, redonda, gloriosa, madura, la hora de la Falange nacionalsindicalista.

(*Arriba*, núm. 33, 23 de febrero de 1936)

CATALUÑA Y EL 6 DE OCTUBRE

Más grave que todo lo que está aconteciendo en estos días es la marcha vertiginosa de los partidos separatistas catalanes hacia el recobro de su absoluto predominio y, quizá más grave que eso, la indiferencia española ante el fenómeno.

No es que parezca como si no se hubiera producido el 6 de octubre; es que parece —y es— que ha triunfado el 6 de octubre. Aquel 6 de octubre en que se gritó: "¡Catalanes, a las armas!" contra España.

Los mismos nombres en el Poder. Y aclamaciones frenéticas por las calles para quienes simbolizan la muerte de oficiales y soldados que salieron a las calles de Barcelona en defensa de la unidad.

En el frenesí de la multitud apiñada en torno a Companys, ni un "¡Viva España!" se ha escapado. Todo ha sido vivas a Cataluña y a la República, proferidos con el designio patente de eludir la pronunciación del odiado nombre de, España. De igual manera se eludirá el pronunciado en la formación de la infancia catalana, ya en camino de ser entregada por entero a manos separatistas. Ni siquiera se guardará para España un silencio de extranjería, sino que se empleará el más cauto rencor en extirpar del alma de los niños eso que llaman los separatistas el asimilismo español.

Sean cuales sean los requerimientos de la hora, no neguemos ni un instante de desvelos a esta terrible inminencia de Cataluña.

De la tierra española de Cataluña, que por nada, cueste lo que cueste, nos avendremos a perder.

(*Arriba*, núm. 34, 5 de marzo de 1936)

POR MAL CAMINO

REINCIDENCIA

Nadie podrá decir que el Gobierno del Sr. Azaña fue acogido con hostilidad en estas columnas (que tienen más lectores de lo que se imagina *Política*, y aún más que el propio *Política*). Nuestro ánimo nos inclina siempre a suponer en las personas una casi ilimitada capacidad de aprendizaje y enmienda. Al Sr. Gil Robles, por ejemplo, vinimos atribuyéndole hasta el fin, cuando ya muchos se las negaban, condiciones nada vulgares de político. De la misma manera estuvimos casi solos, durante un largo periodo de adversidad, en señalar al señor Azaña como un muy considerable hombre de gobierno, llamado, quizá, a remediar los errores de su primera etapa en una “segunda ocasión” que fuimos los primeros en vaticinar. Suponíamos -y no otra cosa podría suponer quien tuviera al Sr. Azaña por persona inteligente- que puesto en una nueva coyuntura gubernamental eludiría enredarse en las mismas zarzas del primer bienio. Así abrimos los ojos ante su nuevo encumbramiento al Poder con la benévola expectación del que ve cumplidos sus augurios y cree iniciada una experiencia que puede llevar a resultados felices.

Pese a tan buena disposición, los primeros pasos del Gobierno no son como para confortar a los vacilantes. Si para algo sirvió la inolvidable prueba de 1931 a 1933, debiera haber sido, al menos, para precisar esta norma: se pueden llevar a la práctica los adelantos más audaces en lo político y en lo social; lo que es torpeza insigne, que paga a la larga quien la comete, es mortificar individualmente a las personas. ¿Quién no recuerda como una pesadilla aquella minuciosidad chinchorrera, aquella colección china de pequeñas torturas puesta en juego durante dos años por el Sr. Azaña y sus ministros? En el famoso bienio todos vivimos con la impresión acongojante de no tener estatuto de derecho. Dependíamos enteramente del arbitrio gubernativo y policiaco: no había casa en que se estuviera libre del manoseo, de la intromisión, de la fiscalización de autoridades subalternas; nadie estaba seguro, por ajeno que fuera a la delincuencia, de si dormiría en su casa o en los espeluznantes sótanos de la Dirección General de Seguridad. Aquella falta de toda certeza, de toda confianza en la protección del derecho, desazonaba a las gentes más aún que las persecuciones mismas. El Gobierno hubiera podido ir mucho más lejos en sus reformas de índole general si no hubiera soliviantado contra sí, a fuerza de mortificantes torpezas, tempestades de oposición.

Esta vez, las palabras dichas por el Sr. Azaña junto al micrófono, al tomar posesión del cargo, parecían revelar propósitos más serenos. Pero hay indicios, no leves para el poco tiempo que el Gobierno lleva en el Poder, de que la cosa va a quedarse en palabras. Ya han empezado las detenciones arbitrarias -alguna revestida de caracteres tan odiosos como la de nuestro camarada José Gómez, de la que se habla en otro lugar de este número-, los registros domiciliarios, las clausuras de centros que funcionan dentro de la ley. Ya se ha repartido por España una baraja escogida de esa especie de funcionarios coloniales llamados gobernadores civiles, invención característica de nuestra Patria. Pronto lloverán -ya empiezan- multas, prisiones y destierros sobre las gentes que, en la opinión más o menos zafia del poncio de turno, encarnen tendencias contrarias a las de la situación ministerial. ¿Llegaremos a las delicias del primer bienio? Ello no será cómodo, ciertamente, para quienes tuviéramos que soportarlo. Pero, a la larga, sería peor para el Sr. Azaña como hombre público. Su inteligencia permite esperar que ponga coto al exceso de celo de las autoridades inferiores. En otro caso, será el propio Sr. Azaña, y no sus auxiliares, quien padezca la situación grotesca y triste del hombre que cayó dos veces en el mismo charco.

ESPECTÁCULOS

Mientras la Policía gasta sus horas en la importante labor de recoger una docena de porras cada semana en los domicilios de los aliados a la Falange, el *júbilo popular* por el triunfo de las izquierdas se hace presente en la vía pública cada lunes y cada martes. Los festejos más notables de la semana anterior fueron el mitin en la Plaza de Toros y la manifestación del domingo.

En la Plaza de Toros hablaron, entre aclamaciones, comunistas y separatistas. Companys y Pérez Farrás, los que en octubre de 1934 atentaron contra la unidad de España, recibieron en sus oídos el regalo de estos aplausos de Castilla. La cosa no puede comentarse. No hay palabras que la comenten. Es preciso buscar una explicación de patología colectiva a esta complacencia, a este regodeo de un público español en la desdicha que representa la desmembración de España. Hay procesos morbosos en los que la degradación exhibida llega a constituir un deleite. ¿Habrán llegado ya a ese punto las masas españolas?

Si al paso de Companys hubo quien gritó “¡Viva Cataluña libre!”, en la manifestación del domingo se gritó repetidamente “¡Viva España rusa!” Unos prefieren que España desaparezca por la desintegración; otros prefieren asignarle un destino colonial. Los que vitoreaban a España rusa expresaban exactamente el sentido antiespañol del comunismo, que es, mucho más que una doctrina social y económica, una religión ferviente y satánica en la que se adoran los valores contrarios a los que España representa en la Historia. Rusia (o Asia) contra Europa; así está entablada la partida. Y al decir “España rusa” se toma a España como expresión de Europa, de lo que Europa significa como tipo de civilización. “¡Viva Rusia!” es decir viva el que nos desprecia y nos amenaza; viva lo contrario de lo que somos entrañablemente. Viva nuestra degradación, también por este lado. Y aún se hace burla de los que gritaban hace un siglo “¡Vivan las caenas!”

LA DESPEDIDA DE OBREROS

Otros llaman a esto la readmisión de obreros; todo depende del lado en que uno se coloque para mirar. En estos días, varias docenas de millares de casas obreras festejarán el triunfo del bloque popular de una manera bien extraña: quedándose sin pan. Docenas de millares de obreros que cometieron un grave delito: el de aceptar trabajo hace dieciséis meses, cuando otros obreros, por su libre voluntad, dejaron las tareas para lanzarse a una revolución.

El Estado español es siempre uno y el mismo. Identificarlo con el Gobierno o las personas que lo ejercen es sembrar el más corrosivo germen de anarquía. El Estado español, en octubre de 1934, debió gratitud a los obreros que acudieron a trabajar cuando mayor era el peligro. El Estado español, entonces, se regía por leyes en virtud de las cuales era perfectamente legítima la situación de trabajo ganada por quienes acudieron a colocarse en los instantes de la revolución. Habrá cambiado el Gobierno, pero no el Estado. Sin embargo, ahora se altera, con efecto retroactivo, el estatuto jurídico de aquellos obreros. Y se les echa a la calle.

La cosa no para ahí. Los patronos que, *con arreglo a las leyes vigentes entonces*, consideraron vacantes las plazas desamparadas por los revolucionarios, tienen ahora que indemnizar a éstos como si hubieran sido víctimas de un despido injusto. Habrá grandes empresas que tendrán que pagar millones como indemnización, y pequeñas empresas a las que la cantidad que se les exija pondrá en trance de quiebra. Sobrevendrán forzosas clausuras de negocios y aumentará el paro.

Estos son los efectos de una política económica que no responde a ningún criterio. Si se lee el programa del Frente Popular triunfante se verá que, en lo económico, es de un conservatismo feroz. Sus principios son capitalistas, a rajatabla. Así el Gobierno no anuncia la sustitución del régimen capitalista por otro régimen total, orgánico, como sería el socialista o el sindicalista. Conserva el capitalismo, pero se entretiene en echarle arena en los cojinetes, a ver si lo estropea. Con lo cual ni habrá una economía revolucionaria, probablemente mejor que la que existe, ni siquiera la que existe se tendrá en pie; habrá, simplemente, un caos económico.

LOS RESORTES DEL PODER

Bien claro está que es el comunismo el que ha dado el carácter a las manifestaciones de los pasados días. En las elecciones, el comunismo ha pasado de tener un puesto en las Cortes a tener trece. La

influencia comunista sobre las Juventudes Socialistas y aun sobre los Sindicatos es cada vez más patente. El avance comunista va cubriendo todas las etapas hacia el predominio absoluto.

Nadie será tan cándido como para suponer que el partido comunista y sus auxiliares van a considerarse satisfechos para siempre con la representación confiada a unos cuantos miembros de la *pequeña burguesía*, tan despreciada por aquéllos. Además, no hace falta rebuscar intenciones ocultas; los órganos extremistas del socialismo, como el semanario *Renovación*, han anunciado sin rodeos que durante el período republicanoburgués el partido socialista irá montando la *duplicidad del Estado*, para despegar con poco esfuerzo la cáscara del Estado oficial, cuando el momento llegue, y transformarlo en estado soviético.

El asalto al Poder por los comunistas y socialistas es un hecho que tiene que contarse como matemáticamente previsible. Y el honor del Estado republicano se cifra ahora, precisamente, en impedir ese asalto. ¿Van encaminadas a ello las medidas del Gobierno Azaña? Nadie lo diría. Con el pretexto de restaurar los Ayuntamientos populares o de republicanizar tales o cuales Cuerpos, se están entregando a socialistas y comunistas los más delicados resortes de autoridad. Lo que ocurre con los Ayuntamientos es asombroso: no se repone a los que fueron elegidos por el pueblo (esta norma experimenta tantas excepciones como quieren los gobernadores civiles), sino que se están nombrando en todas partes, cuando el Ayuntamiento popular no es grato a los revolucionarios, Comisiones gestoras. Y ocurre que tales Comisiones gestoras, como los raros Ayuntamientos populares que se respeta, están en manos de socialistas y comunistas.

Esto es: que cuando la revolución comunista estalle, los alcaldes de la mayor parte de los pueblos españoles, con la autoridad que les atribuye la ley sobre la fuerza pública, estarán de parte de la revolución y en contra del Estado. ¿Se ha dado cuenta de ello el Sr. Azaña? ¿Tiene, por ventura, vocación de Kerenski?

(Arriba, núm. 34, 5 de marzo de 1936.)

LA VOZ DEL JEFE DESDE EL CALABOZO

"¡NO DESMAYEIS! SABED QUE EN SUS FOCOS ANTIGUOS LA FALANGE SE MANTIENE FIRME A LA INTEMPERIE, Y QUE EN ESTAS HORAS DE ABATIMIENTO COLECTIVO ELLA REHABILITA, CON SU CORAJE COMBATIENTE, EL DECORO NACIONAL DE LOS ESPAÑOLES"

Como anunció la Falange antes de las elecciones, la lucha ya no está planteada entre derechas e izquierdas turnantes. Derechas e izquierdas son valores incompletos y estériles; las derechas, a fuerza de querer ignorar la apremiante angustia económica planteada por los tiempos, acaban de privar de calor humano a sus invocaciones religiosas y patrióticas; las izquierdas, a fuerza de cerrar las almas populares hacia lo espiritual y nacional, acaban por degradar la lucha económica a un encarnizamiento de fieras. Hoy están frente a frente dos concepciones TOTALES del mundo; cualquiera que venza interrumpirá definitivamente el turno acostumbrado; o vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española de la existencia, con cuanto supone de servicio y sacrificio, pero con todo lo que concede de dignidad individual y de decoro patrio, o vence la concepción materialista rusa de la existencia, que, sobre someter a los españoles al yugo feroz de un ejército rojo y de una implacable policía, disgregará a España en repúblicas locales –Cataluña, Vasconia, Galicia– mediatizadas por Rusia.

Rusia, a través del partido comunista, que rige con sus consignas y con su oro, ha sido la verdadera promotora del Frente Popular español. RUSIA HA GANADO LAS ELECCIONES. Sus diputados son sólo quince, pero los gritos, los saludos, las manifestaciones callejeras, los colores y distintivos predominantes son típicamente comunistas. Y el comunismo manda en la calle; en estos días, los grupos comunistas de acción han incendiado en España centenares de casas, fábricas e iglesias; han asesinado a mansalva, han destruido y nombrado autoridades..., sin que a los pobres pequeños burgueses, que se imaginan ser ministros, les haya cabido más recurso que disimular esos desmanes bajo la censura de la Prensa.

* * *

El Gobierno pequeño burgués no ha hecho más que capitular en el mes escaso que lleva de vida. He aquí el breve saldo de su labor:

1º. ANMSTIA.–Quizá fuera conveniente. Era, desde luego, justa para los dirigidos y alucinados, sobre todo desde que los cabecillas habían logrado la impunidad. Pero el Gobierno no ha podido darla a su tiempo, por sus trámites, sino de cualquier manera, forzando los resortes y, sobre todo, cuando ya las turbas en muchos sitios, se las había tomado por su mano.

2º. EL ESTATUTO.–También aprisa y corriendo. Completado el acuerdo de la Comisión Permanente con la sentencia presurosa dictada por el dócil Tribunal de Garantías. Azaña quiere comprar a precio de la unidad de España la asistencia de los catalanes contra los marxistas. Pero a la hora del triunfo marxista, si llega, se encontrará con que Cataluña, así como Galicia, Vasconia y Valencia –las cuatro regiones, nótese la casualidad, donde el socialismo es menos fuerte–, se separan de la quema nacional, para constituirse en Estados nacionalistas aparte. Ello será la desaparición de España y la muerte, por aislamiento, de sus tierras interiores.

3º. AYUNTAMIENTOS Y DIPUTACIONES.–No han sido REPUESTOS los del 12 de abril, sino nombrados libremente: en los más de los sitios, los que han querido designar comunistas y socialistas. Es decir, que en el día de hoy, una parte grandísima de las autoridades locales, con el poder que ejercen sobre la fuerza pública, se pondrían EN CONTRA DEL ESTADO si los comunistas lo quisieran asaltar.

4º. DESPIDO DE OBREROS.–Miles y miles de obreros legítimamente colocados, según el orden jurídico nacional, han sido puestos en la calle para que los sustituyan los que, con arreglo a las leyes republicanas del primer bienio, perdieron sus puestos en octubre de 1934. A éstos, además, hay que indemnizarlos como si hubieran sido víctimas de despido injusto. Quebrarán con ello numerosas empresas y aumentará el paro.

5º. VEJACIONES.—Mientras tanto, el Gobierno, reincidiendo con torpeza increíble en los usos de la anterior etapa de Azaña, gasta la Policía en llevar la zozobra a las casas de los que supone políticamente desafectos: registros, intervención de correspondencia, detenciones arbitrarias se multiplican. Hay quien lleva más de quince días incomunicado en los sótanos espeluznantes de la Dirección General de Seguridad, comparables con las prisiones de la Edad Media.

6º. DESASTRE ECONOMICO.—EN vez de buscar, a tono con los tiempos, una dirección estatal, integradora de la economía, con respecto a la iniciativa individual en la base, se está protegiendo la dirección gran capitalista por arriba, mientras se alienta por abajo la perturbación socializadora y burocrática que los marxistas manejan. Es decir, en vez de sustituir un sistema económico —el capitalista— por otro igualmente completo, se está conservando arriscadamente el capitalismo, pero metiéndole chinias en los engranajes.

7º. DESORDEN PUBLICO.—Pese a la censura, nadie ignora ya lo que ha pasado en Alicante, en Granada, en Toledo, en Cádiz, en Vallecas, en el mismo corazón de Madrid, a un paso del Ministerio de la Gobernación. Muchos cientos de miles de españoles han visto las llamas de los incendios. Cientos de familias llevan luto por los asesinados. Y hasta en uniformes militares perdura la huella de ultrajes públicos; innumerables pueblos y ciudades de España, incomunicados, han sido presa del pillaje en estos días.

¿Qué harán ante esto los españoles? ¿Esperar cobardemente a que desaparezca España? ¿Confiar en la intervención extranjera? ¡Nada de eso! Para evitar esta última disolución en la vergüenza, tiene montadas sus guardias, firme como nunca. FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Mientras tantas hinchadas apariencias se hundieron al primer golpe de adversidad, la Falange, sin dinero y perseguida, es la única que mantiene su alegre fe en un resurgimiento de España y su duro frente contra asesinatos y tropelías. Más que a nadie, vayan estas palabras a vosotros, camaradas de todos los rincones de España, cercados por el silencio de la Prensa intervenida, acometidos por la ferocidad de los bárbaros vencedores, vejados por la injusticia de grotescos gobernadores y alcaldes. ¡No desmayéis! Sabed que en sus focos antiguos la Falange se mantiene firme a la intemperie —¿qué más da que le clausuren los centros?—, y que en estas horas de abatimiento colectivo ella rehabilita, con su coraje combatiente, el decoro nacional de los españoles.

En la propaganda electoral se dijo que la Falange no aceptaría, aunque pareciera sancionarlo el sufragio, el triunfo de lo que representa la destrucción de España. Ahora que eso ha triunfado, ahora que está el Poder en las manos ineptas de unos cuantos enfermos, capaces, por rencor, de entregar la Patria entera a la disolución y a las llamas, la Falange cumple su promesa y os convoca a todos —estudiantes, intelectuales, obreros, militares, españoles— para una empresa peligrosa y gozosa de reconquista.

¡ARRIBA ESPAÑA!

Por Falange Española de las J.O.N.S.

El Jefe Nacional.

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(Hoja escrita por José Antonio en los sótanos de la Dirección General de Seguridad el 14 de marzo de 1936)

UNA NOTA DE FALANGE ESPAÑOLA

"Como la noticia de haber sido suspendido el funcionamiento de Falange Española pudiera llevar el desaliento a los militantes mal informados, el jefe nacional y miembros de la Junta política, presos en la cárcel de Madrid, les hacen saber por medio de la presente nota:

Primero. Que esa suspensión es sólo una medida provisional adoptada por el juez instructor y quedará sin efecto tan pronto como la Audiencia de Madrid, en el juicio oral que se verá en breve, sentencie como es de justicia y de toda probabilidad el carácter legal de la Asociación.

Segundo. Que los afiliados de todas partes deben mantenerse serenos y confiados en la Justicia."

La Época, 19 de marzo de 1936.

CIRCULAR RESERVADA PARA LOS JEFES

Primero. Se procederá a la organización clandestina, conforme al sistema celular, de la Falange.

Segundo. La sustitución inmediata de los jefes presos, apelando a la base, conforme al sistema de renovación de las J.O.N.S.

Tercero. La revisión, uno por uno, de los elementos y la movilización de toda la Falange.

Cuarto. El encuadramiento por distritos, zonas, sectores, localidades y J.O.N.S.

Quinto. La reorganización de la primera línea.

Sexto. La incorporación del S.E.U. a la Milicia y su encuadramiento en la primera línea.

Séptimo. Pasar a la ofensiva.

Octavo. Procurar armas y medios de transporte.

Madrid, 20 de marzo de 1936.

Patricio González de Canales: *"La Falange y el 18 de Julio"*, en Informaciones, 18 de julio de 1956.

EL RUIDO Y EL ESTILO

Ahora resulta que nosotros, los de la Falange, hemos preferido la clandestinidad a la propaganda abierta. Calculo que Miguel Maura no tomará como base de su imputación los días en que vivimos, porque si tal hiciera, yo tendría que retirar mi presunción de que obra de buena fe. El que ahora tengamos los centros cerrados, la Prensa suspendida y la tribuna silenciosa se debe a menudas circunstancias, ajenas a nuestra voluntad, que ni Maura ni nadie puede desconocer. Pero ¿antes? Hay para hacerse cruces. Durante el año anterior al 16 de febrero, contra viento y marea –porque también aquellos ministros de la Gobernación procuraron por temporadas hacernos la vida imposible–, publicamos un semanario, dimos cerca de doscientos mítines, abrimos centros en todas las provincias de España y publicamos tres millones de hojas impresas, y, por último, presentamos cuarenta y tantas candidaturas para las elecciones generales. Yo creía que todo esto no era clandestinidad. Ahora veo que me equivocaba. ¿Qué habrá llegado a saber de nuestro Movimiento el ciudadano medio español cuando político tan alerta como Miguel Maura, en trance de escribir benévolutamente acerca de nosotros, ni siquiera conoce que hayamos dado señales de vida? Más: ignora hasta nuestro nombre. Dice que nuestro fascismo no tiene de italiano *sino el nombre*. Y, cabalmente, el nombre es lo que no tiene ni ha tenido nunca: jamás se ha llamado fascismo en el olvidado párrafo del menos importante documento oficial ni en la más humilde hoja de propaganda. Así, ¡ay!, nos conocemos unos a otros en esta España de nuestros desvelos. ¿No sería cosa de pensar, aunque nos pegáramos mucho, en escucharnos los unos a los otros alguna que otra vez?

Precisamente cuando unos cuantos nos lanzamos a fundar lo que ahora parece a Miguel Maura *realidad preocupadora* nos impusimos como el más estricto deber el de conservar, sobre todo, aun en las manifestaciones más ásperas de la lucha, dos cosas, que casi son una: el rigor intelectual y el estilo. Nos horrorizaba la recaída en aquellos semibalbuceos de nuestro advenimiento que interpretaba como fascismo o cosa parecida el saludo, consignas secretas y el reparto clandestino de unas docenas de pistolas. Si Miguel Maura hubiera tenido la amabilidad de leer algunos de mis discursos –desde el de la Comedia, el 29 de octubre de 1933, hasta el del domingo anterior a las últimas elecciones–; si hubiera leído los trabajos publicados en *Arriba*, humildemente anónimos las más de las veces, por mis camaradas de más clara cabeza, notaría que nuestro Movimiento es el único Movimiento político español donde se ha cuidado intransigentemente de empezar las cosas por el principio. Hemos empezado por preguntarnos qué es España. ¿Quién la vio antes que nosotros como *unidad de destino*? Analice Miguel Maura este concepto, y verá cómo recoge y explica todo lo inmanente y lo trascendente de España; cómo abraza, por ejemplo, en una superior armonía, la diversidad regional, tan peligrosa en manos de los nacionalistas disolventes como de la gruesa patriotería de charanga. Así, empezando por preguntarnos qué es España, nos forjamos todo un sistema poético y preciso que tiene la virtud, como todos los sistemas completos, de iluminar cualquier cuestión circunstancial. La Falange es el único partido nacional –los marxistas no son nacionales– que responde a un cuerpo de doctrina formulado, con rigor hasta la última coma, en 27 proposiciones. Un cuerpo de doctrina y no un recetarlos de soluciones caseras, porque eso lo tienen casi todos, y nosotros no lo tenemos, gracias a Dios.

Pero ¡si hasta hemos oído burlas por este prurito sistemático! Si por tratar yo en el Congreso, al hablar no menos que de la revolución de Asturias, de verla bajo especie de historia, el señor Gil Robles me llamó *ensayista*. ¡Ensayista! Ya se da cuenta Miguel Maura de que, en boca del señor Gil Robles, esta palabra tiene toda la intención de un agudo sarcasmo.

Por habernos portado como *ensayistas*, por no haber caído en la idolatría de la actividad, de la agitación ruidosa y vana –de eso que llama Rafael Sánchez Mazas la retórica de la acción–, creo que hemos preservado a nuestra obra contra muchos gérmenes de fracaso. ¡Qué duros tiempos de prueba soportaría ahora si no le hubiéramos impuesto a tiempo aquella sal del bautismo! Y no aludo a las dificultades exteriores, como encarcelamientos y otros fastidios. Eso son peripecias pasajeras. Aludo al riesgo tremendo de deformación. Ahora todos se vuelven *fascistas*. Hay como una carrera de aspirantes a dictadores. Desde los sitios más dispares se lanzan guiños –en ocasiones, casi indecentes– para ver si la Falange cautiva se deja raptar por esos ocasionales donjuanes. Pero, claro, la Falange, sin saber por qué –estas cosas, adquiridas por vía poética, casi religiosa, no hallan expresión en boca de todos los fieles–; la Falange, sin saber por qué, descubre en sus galanteadores un impalpable matiz grotesco. Su locuacidad flatulenta, su impudor para lanzar al aire las palabras más delicadas y solemnes, su urgencia para llegar a resultados prácticos, su falta de alusión a los

primeros principios... Todo eso hace que a la Falange le suene la palabrería de sus pretendientes como un lenguaje extraño y sospechoso. Lo que entre nosotros se comunica en media palabra queda oscurecido en torrentes de vocablos ajenos. Ese estilo de los recién llegados se denuncia a la legua, por lo mismo que cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación.

Ahora oímos todos los días: "La Patria", "El Ejército", "Antimarxismo", "Estado totalitario", "Me declaro fascista..." y centenares de cosas más. Pero todo como en un torbellino, como en una algarabía, sin que pueda saberse a qué ley matemática y a qué ley de amor obedece. Más parece eso la invitación a un baile de disfraces que la invitación para embarcarse en una empresa religiosa y militar de hacer historia.

Por eso, puede creerlo Miguel Maura, asisto al correr de estos días con impasible tranquilidad. Y hasta acepto que se me eche en cara, con justicia o con injusticia, el no haber movido demasiado la propaganda de periódicos, carteles, "radio", automóviles, discursos... Acaso sea lo mejor.

(La censura prohibió en abril de 1936 la publicación de este artículo en *Informaciones*, que apareció en *Baleares* el 6 de enero de 1940)

VISTA, EN LA CÁRCEL MODELO, DE LA CAUSA CONTRA LOS DIRECTIVOS DE FALANGE

Esta mañana se celebró en la Cárcel Modelo la causa contra los directivos de Falange Española y su jefe, José Antonio Primo de Rivera, acusados de delito de asociación ilícita, cuya disolución también se pide.

En la calle, en los patios de la cárcel, en los pasillos de la propia sala, las máximas precauciones policíacas.

Dificultades de acceso, incluso para los periodistas.

Solo presencian el acto éstos, algunos familiares de los procesados y un buen número de agentes de Vigilancia.

Presidió el Tribunal el magistrado Sr. Rogdrigo y actuaron de defensores el propio Sr. Primo de Rivera y el letrado Sr. Arellano, que defendía al Sr. Barrado.

LAS CONCLUSIONES DEL FISCAL Y PENAS QUE PIDE

Comenzó el acto, a las once, con la lectura de las conclusiones del fiscal.

Ningún reparo opone a los estatutos de Falange, que fueron inscritos en la Dirección General de Seguridad, donde se dice que es una organización política que se propone desarrollar el todo el territorio de España, mediante el estudio y la propaganda y todo medio lícito, una actividad encaminada a devolver al pueblo español el sentido profundo de una unidad indestructible de destino y la fe resuelta en su capacidad de resurgimiento, y a implantar la justicia social sobre la base de una organización económica, integradora, superior a los intereses individuales de grupo y clase.

El fiscal entiende que se ocultó el verdadero objeto de la asociación, cuyo programa verdadero, no presentado en la Dirección de Seguridad, pero profusamente publicado, dice:

“España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonamos. La Constitución vigente, en cuanto incita a la disgregación, atenta contra la unidad de España. Por eso exigimos su anulación fulminante.”

En otro epígrafe se dice:

“F.E. quiere un orden nuevo enunciado en los anteriores principios; para implantarlo, en pugna con las resistencias de orden vigente, aspira a la revolución social.”

De estos hechos el fiscal deduce la existencia de un delito de asociación ilegal, del que son responsables los siguientes procesados:

José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Asociación; Segundo Barrado, miembro de la Junta Política de Falange; Raimundo Fernández Cuesta, secretario general; Heliodoro Fernández, del Consejo Nacional, afiliado al Sindicato Español Universitario; José Luis García Casas, presidente del Sindicato y jefe del mismo, del que es fundador; José Miguel Guitarte, del Consejo Nacional de Falange Española; David Jato, del Sindicato Universitario; Eduardo Ródenas, también del Sindicato; Julio Ruiz de Alda, presidente de la Junta Política del Partido; Alejandro Salazar Salvador, afiliado a Falange Española y del Sindicato, del que fue presidente al fundarse éste; Manuel Valdés Larrañaga, de la Junta Política.

Para cada uno de los procesados pide el fiscal un año, ocho meses y veintiún días de prisión y quinientas pesetas de multa.

Solicita asimismo la disolución de la Asociación, en virtud de lo dispuesto en el artículo 14 de la ley de asociaciones de 30 de junio de 1887.

No todos los procesados ocupan el banquillo. Los señores Primo de Rivera y Fernández Cuesta visten toga y toman asiento en estrados.

Les acompañan los diputados del Colegio de Abogados Elices y conde de Colombí.

El Sr. Sánchez Mazas disfrutaba de libertad provisional y ha desaparecido.

INTERROGATORIO DE LOS PROCESADOS

El primer interrogatorio es el del Sr. Primo de Rivera.

Le pregunta el fiscal:

- ¿Es usted fundador de Falange?

- Sí.

- ¿Se presentaron los estatutos en la Dirección de Seguridad?

- Desde luego.

- En atención a ellos fue inscrita la Asociación. ¿Es cierto?

- En efecto.

- Luego se publicó una hoja que no se presentó a la Dirección.

- Es claro. El contenido no había que someterlo a inscripción, porque no era programa de partido, sino una simple hoja política.

- ¿Qué carácter tiene la Junta?

- Es meramente consultiva. La responsabilidad la asume el jefe del Movimiento.

- El Sindicato Universitario, ¿es afiliado a F.E.?

- No. Es una entidad adherida, pero con inscripción propia en la Dirección de Seguridad. Es una entidad autónoma en cierto modo.

A preguntas del letrado Sr. Arellano dice el Sr. Primo de Rivera:

- El manifiesto que motiva el juicio es conocidísimo desde hace año y medio, pues se ha repartido con enorme profusión desde el año 1934.

Declara después Heliodoro Fernández, quien dice:

- Pertenezco al Sindicato, pero éste no tiene actividades políticas de ninguna clase. Es de pura defensa de los intereses escolares.

Augusto Barrado dice que pertenece a Falange Española, donde ingresó para organizar los servicios sanitarios. Nunca ejerció facultades ejecutivas, pues aunque pertenece a la Junta Política, ésta es meramente consultiva.

El Sr. Ruiz de Alda confiesa que es el presidente de la Junta Política de Falange.

Fernández Cuesta afirma que conocía los estatutos y la hoja.

Los procesados Jato, Miranda, Ródenas y Ruiz García Casas dicen que pertenecían al Sindicato Universitario, cuyas actividades, según sus manifestaciones, son meramente profesionales.

Salazar Salvador afirma que es secretario de la Junta, y los restantes procesados, Guitarte y Valdés, dicen que, como afiliados a F.E., conocían los estatutos y la hoja política.

LA PRUEBA TESTIFICAL

Renunciados por el fiscal sus testigos, sube a estrados el Sr. Delgado Barreto.

Le interroga D. José Antonio Primo de Rivera.

- En octubre de 1934, ¿era usted director de *La Nación*?

- Afortunadamente, sí, porque todavía no se habían puesto de moda los incendios.

- ¿Reconoce la hoja en que se publicaron los veintisiete puntos políticos de Falange?

- Sí, porque se publicaron entonces en el periódico.

- ¿En aquella época había censura de Prensa?

- Desde luego.

Otro testigo es el Sr. Hernández, administrador de *La Nación*.

- ¿En los talleres de *La Nación* fue impresa la hoja?

- Sí, en el año treinta y cuatro.

- ¿Se publicó en el periódico?

- Textualmente.

MODIFICA EL FISCAL SUS CONCLUSIONES Y PRONUNCIA SU INFORME

Tras la breve prueba practicada, el fiscal retira la acusación para los miembros del Sindicato Universitario Español, por no aparecer que éste dependiera de Falange Española.

Sólo mantiene la acusación primitiva contra Primo de Rivera, como director del Movimiento, y pide para los restantes procesados dos meses y un día de arresto como simples asociados a una sociedad ilícita.

Seguidamente pronuncia su informe de acusación el Sr. Medina, representante en el acto del ministerio fiscal.

- No mantengo -dice- la acusación contra los miembros del Sindicato, porque no se ha demostrado que éste sea parte integrante de Falange; pero he de mantenerla contra los restantes procesados, por entender que las actividades de Falange son perfectamente ilícitas.

No se puede poner tacha a sus estatutos, pero en noviembre de 1934 se publica con gran profusión una hoja que viene a ampliarlos y modificarlos.

El fiscal no puede por menos de analizar su contenido, y así se encuentra con que Falange admite el empleo de la fuerza y la violencia para lograr fines revolucionarios. Es decir, se propone la comisión de actos ilícitos, de verdaderos delitos contra la forma de gobierno.

Dicho esto, el fiscal no tiene sino que ratificar sus razonamientos de la calificación definitiva.

LOS INFORMES DE LOS DEFENSORES

El defensor Sr. Arellano entiende que es preciso distinguir entre lo que es esencial de la vida de las Asociaciones: sus estatutos y los actos de gobierno accidentales, de los que son responsables los dirigentes.

Los estatutos de Falange Española son perfectamente lícitos, y así lo ha reconocido el fiscal.

Los simples afiliados a Asociaciones, para delinquir, o han de pertenecer a una sociedad clandestina, o han de delinquir personalmente.

¿Cómo a los afiliados se les acusa sólo por pertenecer a una Sociedad que estatutariamente es perfectamente lícita?

Si el manifiesto desnaturaliza los estatutos, hará responsable a quien lo suscriba.

Aplica dichas normas a su defendido Sr. Barrado, del que dice, además, que, como médico, deseaba prestar benéficos servicios en el seno de la organización, y esto no puede considerarse censurable.

Termina reiterando la petición de absolución.

Pronuncia después su informe el Sr. Primo de Rivera, diciendo:

- La petición accesoria de disolución de Falange Española me obliga a informar. Mi absolución no me interesa, puesto que recabo nuevamente por mí la responsabilidad de la función directiva de todas las actividades de la organización que presido.

Es Falange, con sus cincuenta muertos: son tres años de trabajo, de lucha y fe, lo que defiende.

El fiscal toma nuestros estatutos y luego un manifiesto publicado hace dos años, y, con ellos a la vista, pretende que la Asociación persigue la comisión de un delito contra la forma de gobierno.

Pero ¿es que mantener la unidad de España es un delito?

Pero ¿es que tratar de modificar una Constitución es delictivo?

¿Es que no es revisable la Constitución?

Perseguimos un orden nuevo que presentará resistencias y que obligará a una revolución que hemos de hacer desde arriba, si algún día llegamos al Poder.

Esto es una revolución: la alteración de las bases políticas y sociales de un país.

El nervio del programa de Falange Española es el nacionalsindicalismo, y esto en ningún momento lo hemos ocultado.

Si nos atuviéramos a algunas declaraciones policíacas, somos falsificadores, tenedores de explosivos, etc.

Sin embargo, de lo que se nos acusa es de proclamar en nuestro programa ideológico que España es una unidad de destino en la universal y que el separatismo es un crimen.

Nosotros concebimos España como un gigantesco sindicato de productores, y la palabra revolución que hemos empleado, ya la empleó el que fue presidente del Consejo, D. Antonio Maura.

Al propugnar por la revolución, nos referimos a la transformación jurídico-político-económica del país, no a las sediciones callejeras ni a los asesinatos.

Examina diversas sentencias del Supremo para demostrar que únicamente los actos pueden ser determinantes de sanción en esta materia.

Alude a las propagandas de partidos de extrema izquierda y del partido socialista concretamente, con matices francamente revolucionarios en todas sus manifestaciones, y destaca que en el proyecto de reglamento que la Agrupación Socialista de Madrid presentará al Congreso del partido se habla de la conquista del Poder político para la implantación del régimen socialista, sirviendo como medio de transición la dictadura del proletariado, y se preconiza la implantación del socialismo revolucionario y el armamento del pueblo.

Esto -dice- debe ser lícito, ya que no se persigue.

¿Por qué Falange Española, en situación análoga, ha de ser disuelta?

No se crea que arrastramos a unos muchachos animosos, quizá hasta la muerte, por puro capricho.

Nos encontramos en un momento histórico en que ha hecho crisis un sistema. No somos cobardes ni frívolos; somos hombres que vamos a tratar de evitar el hundimiento total que parece avecinarse.

Conscientes de nuestra responsabilidad ante los momentos históricos de España, en vez de optar por el suicidio cobarde o la frivolidad acomodaticia, preferimos el servicio alistándonos en línea para evitar el hundimiento de los valores espirituales, sustituyendo el privilegio capitalista, para salvar los principios religiosos, morales y patrióticos.

Creemos que la plusvalía de la producción debe atribuirse, no al capital, sino al Sindicato nacional productor, y en este sentido pensamos como millares de europeos.

Niega que la Falange Española tenga matiz perturbador respecto al Estado, y lo justifica mediante las ponencias del Consejo Nacional de Falange Española acerca del paro, educación y trigo, pero no metralla ni explosivos.

Se refiere a la ley de Amnistía, y considera que como ésta se promulgó posteriormente a la publicación de la mencionada hoja, es un caso claro de aplicación de sus beneficios.

Termina haciendo una invocación a la justicia de los magistrados.

EL TRIBUNAL ABSUELVE A TODOS LOS PROCESADOS Y TAMPOCO ACCEDE A LA DISOLUCIÓN DE FALANGE

No necesitó mucho tiempo la Sala para deliberar y dictar sentencia.

Por ella se absuelve a todos los procesados y no se accede a la disolución de Falange Española, aunque se propone a las autoridades que adopten medidas de seguridad, puesto que hay indicios de que en algún momento la Asociación participó en actividades contra el orden público.

La modificación de conclusiones del fiscal hizo innecesarios los informes de los letrados Sres. Fernández Cuesta y Prado, que ayer consiguió la absolución de dos estudiantes de Medicina culpados de promover desórdenes en la Facultad.

(La Gaceta del Norte, 31 de mayo de 1936.)

EL MANIFIESTO ELECTORAL DE CUENCA

"Alcanzado en buena lid el derecho de representar en Cortes a Cuenca, el acuerdo a todas luces arbitrario de una Cámara invalidó las actas de los elegidos, dejando a la provincia sin diputados. Por reacción natural fue unánime en aquéllos el deseo de solicitar nuevamente vuestros votos y de evidenciar con la reelección la extensión de la injusticia cometida; pero razones de carácter político aconsejaron el desistimiento de una nueva tentativa de copo, para el que, evidentemente, ahora como en febrero, sobrarían votos, y reducir la pretensión electoral a la obtención de los puestos de la minoría.

Planteado el problema de la eliminación de nombres, cada uno de los elegidos se prestó voluntaria y generosamente a hacer el sacrificio del suyo y a apoyar desinteresadamente y con ardimiento la candidatura que se formara. Decidido que los designados representasen en lo posible el equilibrio entre las diferentes fuerzas políticas de derecha, no pudieron los directores de la lucha substraerse al empeño hidalgo y al clamor vehemente que desde todos los ámbitos de la provincia solicitaban la inclusión del nombre de José Antonio Primo de Rivera.

Formada definitivamente la candidatura con su nombre, el del general Francisco Franco, el de Goicoechea, y el de un representante de Acción Popular, nuevamente nos obliga a modificar el acuerdo de la Junta provincial del Censo, que acordó que al repetir esta elección como segunda vuelta de la del 16 de febrero niega a Franco y a José Antonio Primo de Rivera su derecho a proclamarse candidatos. No sólo en señal de protesta enérgica contra este acuerdo inadmisibles, sino como muestra de solidaridad obligada con el injustamente perseguido, nosotros, que renunciamos forzosamente a luchar en compañía del ilustre general Franco, mantenemos a todo trance la candidatura de José Antonio Primo de Rivera, en espera que en las Cortes no habrá de prevalecer, ante nuestra manifiesta y resuelta voluntad, el propósito de descontar sus votos, atropellar su derecho y mantenerlo en prisión. La candidatura ha quedado constituida por don José Antonio Primo de Rivera, don Antonio Goicoechea, don Manuel Casanova y don Modesto Gosálvez.

Se nota en ella la omisión de un nombre que aquí ha llegado a ser familiar al cuerpo electoral: el del ilustre general Fanjul, que ha preferido servir al interés nacional y cumplir sus deberes militares, pero ligado con vínculos estrechos a la provincia que tantas veces le otorgó la representación, promete, al igual que don Enrique Cuartero y don Tomás Sierra, triunfante como él en febrero, trabajar por Cuenca continuamente y en todas partes, cual si ostentasen el honor de su representación parlamentaria.

¡,a candidatura que os aconsejamos votéis reviste carácter nacional. Nacional porque aspira simbolizar un movimiento de vigorosa reacción contra todas las vergüenzas antinacionales, hoy victoriosas y omnipotentes. Ansiamos para Cuenca el honor de la cruzada a emprender, la iniciativa y el ejemplo nacional por su contenido, porque los cuatro nombres de los candidatos están vinculados a la realización de los ideales de la España de hoy, responden a su tradición religiosa, restauración de su ser, emancipación del afrentoso yugo de Moscú, iniciación de una era en la que a costa de los necesarios sacrificios individuales, conquistaremos para España la paz y la grandeza. Vamos a la lucha seguros del triunfo. Vosotros podéis estarlo de que sólo lo utilizaremos en provecho de Cuenca y de España"³³.

³³ Consideramos superfluo señalar que la presencia de José Antonio encabezando, como "independiente", la candidatura derechista de Cuenca, obedecía a un recurso judicial ideado por varios de sus más entrañables amigos, dirigentes en las denominadas fuerzas de orden. Aparte del incentivo electoral que el nombre de José Antonio significaba en mayo de 1936 para todos los españoles, dispuestos a no transigir con la soviétización de su Patria, el nombre del Fundador de la Falange era el único banderín de enganche capaz de arrastrar tras de sí a todos los desengañados con las tácticas transigentes o inoperantes que se venían ensayando. Cuando Garcerán lo visitó en la Cárcel Modelo para comunicarle pormenores de los atropellos electorales perpetrados contra su candidatura por Cuenca, José Antonio se limitó a contestar: "Estoy completamente seguro de que Casares no ha dejado pasar mi nombre. Ya cuento de antemano con que esta prisión será la última." El Fundador preveía su muerte para ese año 1936, concretamente, para el otoño: "Ese otoño que, acaso, traiga la dulzura magnífica de combatir y morir por España." ¿Acaso no fue en Callosa de Segura, precisamente en Alicante, donde dos años antes anunció: "Estoy dispuesto por ese amor a ofrecer el sacrificio de mi sangre"? La hora estaba próxima. "Estoy persuadido —confiaba a Foxá de que hasta el final la lucha en España será dura. Pero quienes os salvéis de la catástrofe celebrad misas gregorianas por mi alma."

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, ANTONIO GOICOECHEA, MANUEL CASANOVA Y
MODESTO GOSÁLVEZ

ABC, 30 de abril de 1936.

CARTA A LOS MILITARES DE ESPAÑA

I.— ANTE LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

¿Habrá todavía entre vosotros —soldados, oficiales españoles de tierra, mar y aire— quien proclame la indiferencia de los militares por la política? Esto pudo y debió decirse cuando la política se desarrollaba entre partidos. No era la espada militar la llamada a decidir sus pugnas, por otra parte harto mediocres. Pero hoy no nos hallamos en presencia de una pugna interior. Está en litigio la existencia misma de España como entidad y como unidad. El riesgo de ahora es exactamente equiparable al de una invasión extranjera. Y esto no es una figura retórica; la extranjería del movimiento que pone cerco a España se denuncia por sus consignas, por sus gritos, por sus propósitos, por su sentido.

Las consignas vienen de fuera, de Moscú. Ved cómo rigen exactas en diversos pueblos. Ved cómo en Francia, conforme a las órdenes soviéticas, se ha formado el Frente Popular sobre la misma pauta que en España. Ved cómo aquí —según anunciaron los que conocen estos manejos— ha habido una tregua hasta la fecha precisa en que terminaron las elecciones francesas, y cómo el mismo día en que los disturbios de España ya no iban a influir en la decisión de los electores franceses se han reanudado los incendios y las matanzas.

Los gritos los habéis escuchado por las calles: no sólo el ¡Viva Rusia! y el ¡Rusia, sí; España, no!", sino hasta el desgarrado y monstruoso "¡Muera España!" (Por gritar ¡Muera España!" no ha sido castigado nadie hasta ahora, en cambio, por gritar "¡Viva España!" o "¡Arriba España!" hay centenares de encarcelados.) Si esta espeluznante verdad no fuera del dominio de todos, se resistiría uno a escribirla, por temor a pasar por embustero.

Los propósitos de la revolución son bien claros. La Agrupación Socialista de Madrid, en el programa oficial que ha redactado, reclama para las regiones y las colonias un ilimitado derecho de autodeterminación, que incluso las lleve a pronunciarse por la independencia.

El sentido del movimiento que lanza es radicalmente antiespañol. Es enemigo de la Patria. (*Claridad*, el órgano socialista, se burlaba de Indalecio Prieto porque pronunció un *discurso patriótico*.) Menosprecia la honra, al fomentar la prostitución colectiva de las jóvenes obreras en esos festejos campestres donde se cultiva todo impudor; socava la familia suplantada en Rusia por el amor libre, por los comedores colectivos. por la facilidad para el divorcio y para el aborto (¿no habéis oído gritar a muchachas españolas estos días: "¡Hijos, sí; maridos, no!"?), y reniega del honor, que informó siempre los hechos españoles, aun en los medios más humildes; hoy se ha enseñoreado de España toda villanía; se mata a la gente cobardemente, ciento contra uno; se falsifica la verdad por las autoridades; se injuria desde inmundos libelos y se tapa la boca a los injuriados para que no se puedan defender; se premian la traición y la soplonería...

¿Es esto España? ¿Es esto el pueblo de España? Se dijera que vivimos una pesadilla o que el antiguo pueblo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido sustituido por una plebe frenética degenerada, drogada con folletos de literatura comunista. Sólo en los peores momentos del siglo XIX conoció nuestro pueblo horas parecidas, sin la intensidad de ahora. Los autores de los incendios de iglesias que están produciéndose en estos instantes alegan como justificación la especie de que las monjas han repartido entre los niños de obreros caramelos envenenados. ¿A qué páginas de esperpento, a qué España pintada con chafarrinones de bermellón y de tizne hay que remontarse para hallar otra tubra que preste acogida a semejante rumor de zoco?

II.— EL EJÉRCITO, SALVAGUARDIA DE LO PERMANENTE

Sí; si sólo se disputara el predominio de este o del otro partido, el Ejército cumpliría con su deber quedándose en sus cuarteles. Pero hoy estamos en vísperas de la fecha, ¡pensadlo, militares españoles!, en que España puede dejar de existir. Sencillamente: si por una adhesión a lo formulario del deber permanecéis neutrales en el pugilato de estas horas, podréis encontraros de la noche a la mañana con que lo sustantivo, lo permanente de España que servíais, ha desaparecido. Este es el límite de vuestra neutralidad: la subsistencia de lo permanente, de lo esencial, de aquello que pueda

sobrevivir a la varia suerte de los partidos. Cuando lo permanente mismo peligra, ya no tenéis derecho a ser neutrales. Entonces ha sonado la hora en que vuestras armas tienen que entrar en juego para poner a salvo los valores fundamentales, sin los que es vano simulacro la disciplina. Y siempre ha sido así: la última partida es siempre la partida de las armas. A última hora –ha dicho Spengler–, siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización.

La mayor tristeza en la historia reciente del Ejército ruso se escribió el día en que sus oficiales se presentaron, cada cual con un lacito rojo, a las autoridades revolucionarias. Poco después, cada oficial era mediatizado, al frente de sus tropas, por un "delegado político" comunista y muchos, algo más tarde, pasados por las armas. Por aquella claudicación de los militares moscovitas, Rusia dejó de pertenecer a la civilización europea. ¿Queréis la misma suerte para España?

III.– UNA GRAN TAREA NACIONAL

Tendríais derecho a haceros los sordos si se os llamara para que cobijaseis con vuestra fuerza una nueva política reaccionaria. Es de esperar que no queden insensatos todavía que aspiren a desperdiciar una nueva ocasión histórica (la última) en provecho de mezquinos intereses. Y si los hubiera, caería sobre ellos todo vuestro rigor y nuestro rigor. No puede invocarse al supremo honor del Ejército, ni señalar la hora trágica y solemne de quebrantar la letra de *las Ordenanzas*, para que todo quedase en el refuerzo de una organización económica en gran número de aspectos. La bandera de lo nacional no se tremola para encubrir la mercancía del hambre. Millones de españoles la padecen y es de primera urgencia remediarla. Para ello habrá que lanzar a toda máquina la gran tarea de la reconstrucción nacional. Habrá que llamar a todos, orgánicamente, ordenadamente, el goce de lo que España produce y puede producir. Ello implicará sacrificios en la parva vida española. Pero vosotros –templados en la religión del servicio y del sacrificio– y nosotros –que hemos impuesto voluntariamente a nuestra vida un sentido ascético y militar– enseñaremos a todos a soportar el sacrificio con cara alegre. Con la cara alegre del que sabe que, a costa de algunas renunciaciones en lo material, salva el acervo eterno de los principios que llevó a medio inundo, en su misión universal, España.

IV.– HA SONADO LA HORA

Ojalá supieran estas palabras expresar en toda su gravedad el valor supremo de las horas en que vivimos. Acaso no las haya pasado más graves, en lo moderno, otro pueblo alguno, fuera de Rusia. En las demás naciones el Estado no estaba aún en manos de traidores; en España, sí. Los actuales fiduciarios del Frente Popular, obedientes a un plan trazado fuera, descarnan de modo sistemático cuanto en la vida española pudiera ofrecer resistencia a la invasión de los bárbaros. Lo sabéis vosotros, soldados españoles del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia Civil, de los Cuerpos de Seguridad y Asalto, despojados de los mandos que ejercíais por sospecha de que no ibais a prestaros a la última traición. Lo sabemos nosotros, encarcelados a millares sin procesos y vejados en nuestras casas por el abuso de un poder policiaco desmedido que hurgó en nuestros papeles, inquietó nuestros hogares, desorganizó nuestra existencia de ciudadanos libres y clausuró los centros abiertos con arreglo a las leyes, según proclama la sentencia de un *Tribunal*, que ha tachado la indigna censura gubernativa. No se nos persigue por incidentes más o menos duros de la diaria lucha en que todos vivimos: se nos persigue –como a vosotros– porque se sabe que estamos dispuestos a cerrar el paso a la horda roja destinada a destruir a España. Mientras los semiseñoritos viciosos de las milicias socialistas remedan desfiles marciales con sus camisas rojas, nuestras camisas azules, bordadas con las flechas y el yugo de los grandes días, son secuestradas por los esbirros de Casares y sus poncios. Se nos persigue porque somos –como vosotros– los aguafiestas del regocijo con que, por orden de Moscú, se pretende disgregar a España en repúblicas soviéticas independientes. Pero esta misma suerte que nos une en la adversidad tiene que unimos en la gran empresa. Sin vuestra fuerza –soldados– nos será titánicamente difícil triunfar en la lucha. Con vuestra fuerza claudicante es seguro que triunfe el enemigo. Medid vuestra terrible responsabilidad. El que España siga siendo depende de vosotros. Ved si esto no os obliga a pasar sobre los jefes vendidos o cobardes, a sobreponernos a vacilaciones y peligros. El enemigo, cauto, especula con vuestra indecisión. Cada día gana unos cuantos pasos. Cuidad de que al llegar el momento inaplazable no estéis ya paralizados por la insidiosa red que alrededor se os teje. Sacudid *desde ahora mismo* sus ligaduras. Formad *desde ahora mismo* una unión firmísima, sin esperar a que

entren en ella los vacilantes. Jurad por vuestro honor que no dejaréis sin respuesta el toque de guerra que se avecina.

Cuando hereden vuestros hijos los uniformes que ostentáis, heredarán con ellos:

O la vergüenza de decir: "Cuando vuestro padre veía este uniforme dejó de existir lo que fue España".

O el orgullo de recordar: "España no se nos hundió porque mi padre y sus hermanos de armas la salvaron en el momento decisivo". Si así lo hacéis, como dice la fórmula antigua del juramento, que Dios os lo premie; y si no, que os lo demande.

¡ARRIBA ESPAÑA!

(Hoja clandestina escrita por José Antonio en la Cárcel Modelo de Madrid el día 4 de mayo de 1936)

CIRCULAR A TODAS LAS JEFATURAS TERRITORIALES, PROVINCIALES Y DE LAS J.O.N.S.

Camaradas: Pese a las persecuciones y al silencio a que nos sujeta el estado de alarma, nuestro Movimiento crece por todas partes con entusiasmo incontenible. Ya esta Jefatura ha adoptado las medidas precisas para que poco a poco, aprovechando todos los resquicios de oportunidad, se vaya rehaciendo en todas partes la red de nuestros mandos, rota en algunos sitios por el encarcelamiento de millares de militantes. Por otra parte, se está penetrando en capas de la sociedad española donde nuestra propaganda, hasta hace poco, había calado insuficientemente. Pronto llegarán a todas partes los efectos de esta tarea de reconstrucción, y en cuanto pasen los días del atropello inútil en que una autoridad torpe se desgasta, renacerá nuestro Movimiento con redoblado brío, para rabia y confusión de nuestros perseguidores.

Como consigna inmediata, a reserva de las órdenes e instrucciones que vayáis recibiendo, *permaneced en vuestro sitio sin desmayo y reanudad en cuanto podáis la comunicación con vuestros inmediatos jefes*. Y ahora, una *advertencia especial*:

Andan por España algunas personas que, especulando con nuestras actuales dificultades de comunicación, aseguran a nuestros militantes que se han concertado fusiones o alianzas con otros partidos. Terminantemente: *no les hagáis caso*. No se ha llegado a pacto alguno con nadie. Quienes lo propagan sólo aspiran a aprovecharse de nuestro incremento en favor de agrupaciones en eclipse. Si algún día nuestro Movimiento pactara con alguien, llegará a vosotros la noticia directamente, a través de vuestra jerarquía interna. Ningún rumor que no llegue por conducto orgánico de nuestra Jefatura debe merecer el menor crédito.

Madrid, 13 de mayo de 1936. – El *Jefe Nacional*. ¡Arriba España!

EL GOBIERNO, FUERA DE LA LEY

Falange Española de las J.O.N.S., declarada lícita por los tribunales, sigue soportando el atropello gubernativo

La denuncia.

El 14 de marzo se estrenó Alonso Mallol con la Falange; detuvo al jefe nacional, aparte de la Junta política, a otros que no pertenecían a ella y a quien le vino en gana. Los tuvo un día en uno de los sótanos de la Dirección General de Seguridad y luego los remitió al juez con un escalofriante oficio, en el que se detallaban todos los horrores imputables a los falangistas. Como resumen de todos, la Dirección decía lo siguiente:

"Del conjunto de esta información recogida se aprecia la existencia muy acusada de actividades punibles contra la Constitución del Estado y contra Corporaciones oficiales, incluyendo el Ejército, de quien dice la propaganda fascista acompañada que hay que DEVOLVERLE toda la dignidad que merece, lo que da a entender que la ha perdido..."

Aludía el director de Seguridad a aquel punto del programa nacionalsindicalista que dice: "Devolveremos al Ejército de tierra, mar y aire toda la dignidad pública que merece, y haremos, a su imagen, que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española." Sin duda, cuando fueron redactados los 27 puntos de la Falange, se pensó que únicamente fueran leídos e interpretados por individuos pertenecientes a la especie humana. No se contó con que cayeron en manos de Alonso Mallol. Para éste la palabra dignidad no tiene más que una acepción: la de virtud, la de cualidad de las personas dignas. Ignora el pobre sujeto que dignidad quiere también decir jerarquía o prerrogativa. Así se habla de las dignidades de la Iglesia para referirse a los que en ella ocupan cargos elevados. Decir del Ejército que se aspira a devolverle la dignidad pública "que merece" quiere, cabalmente, decir que se pretende restaurarle a una jerarquía, a un nivel, a un respeto público, de los que ha sido injustamente depuesto. Esto es bien fácil de entender: si Alonso Mallol no lo entiende, nadie tiene la culpa.

El procesamiento.

Pero el juez, don Ursicino G6mez Carbajo, tenía obligación, incluso por el decoro de la magistratura que ejerce, de aquilatar por sí mismo las acusaciones contra los hombres que le eran entregados. Cobardemente, sin embargo, y traicionando su conciencia y su competencia los procesó. El auto de procesamiento fue un baldón para quien lo dictara y un honor para quienes lo padecieran. El fundamento de hecho de aquella inolvidable pieza judicial era el siguiente: "En las actuaciones de este sumario, seguido por el delito de asociación ilícita, figura el programa de la Falange Española de las J.O.N.S., que contiene, entre otros, los siguientes extremos: "2º ... la Constitución vigente, en cuanto incita a las disgregaciones atenta contra la unidad de destino de España. Por eso exigimos su anulación fulminante." "3º ... tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio." "4º ... devolveremos al Ejército de tierra, mar y aire toda la dignidad pública que merece, y haremos, a su imagen, que, un sentido militar de la vida informe toda la existencia españolas "26º ...su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo."

El señor Gómez Carbajo acaso no haya procesado a nadie por gritar ¡"Muera España"! o "¡Viva Cataluña Libre!". Ni por injuriar al Ejército. Pero procesó a unos cuantos españoles por afirmar resueltamente la unidad de la Patria, por desear para ella plenitud de Imperio y por aspirar al enaltecimiento de sus fuerzas armadas. Allá el señor juez con su sentido de la justicia; quede recogida esta nota para gala de su hoja de servicios.

La acusación.

El fiscal sostuvo, sobre los mismos fundamentos que el juez, su disparatada acusación. Afirmaba que los 27 puntos de la Falange estaban en contradicción con los fines atribuidos a la misma entidad en los Estatutos, de donde se sacaba la consecuencia que era una asociación con fines ocultos, delictivos, y que debía ser disuelta.

La defensa.

El día 30 de abril se vio la causa ante el Tribunal de Urgencia, de Madrid, compuesto por tres dignos magistrados. Ante él informó el fiscal y los defensores: don José María Arellano y el propio jefe de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. Este demostró plenamente cómo los 27 puntos desenvuelven con toda fidelidad el contenido político del artículo 1º de los Estatutos, y señaló la observación sugestiva de que se persiguiera a la Falange por querer la revolución nacional y no, por ejemplo, al partido socialista, entre cuyas afirmaciones programáticas, aprobadas por la Agrupación de Madrid, las hay como las siguientes: "El proletariado no debe conformarse con defender a la democracia burguesa, sino procurar por todos los medios la conquista del Poder político para realizar desde él su propia revolución socialista." "En el período de transición de la sociedad capitalista a la socialista, la forma de gobierno será la dictadura del proletariado." "A las colonias y a cualquier provincia o región se las reconocerá el derecho de su autodeterminación política, incluso hasta la independencia."

La sentencia.

El Tribunal dictó sentencia, en que se dice: "Considerando que de los hechos probados no se deduce la perpetración por parte de los acusados del delito que se les inculpa por el Ministerio Fiscal, ya que el ideario político de la Asociación, contenido en los Estatutos aceptados legalmente, no ha sido alterado en su esencia, orientación ni procedimiento por el documento impreso del folio seis del sumario ... FALLAMOS: QUE DEBEMOS ABSOLVER Y ABSOLVEMOS DEL DELITO DE QUE SON ACUSADOS A LOS PROCESADOS DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, DON AUGUSTO BARRADO, DON JULIO RUIZ DE ALDA, DON RAIMUNDO FERNÁNDEZ-CUESTA, DON ALEJANDRO SALAZAR SALVADOR, DON JOSÉ GUITARTE IRIGARA Y DON MANUEL VALDES LARRAÑAGA... IGUALMENTE, Y EN VIRTUD DE LA ANTERIOR ABSOLUCIÓN, DEBEMOS DECLARAR Y DECLARAMOS NO HABER LUGAR A LA DISOLUCIÓN DE LA ASOCIACIÓN FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S."

Consecuencia.

La Falange es legal. Es ilegal, faccioso, vituperable y cobarde esto que con la Falange hace el Gobierno. Sus centros están clausurados contra derecho; miles de sus afiliados están en prisión contra derecho; su vida legal se cohibe contra derecho. Incluso la censura ha cometido el abuso de prohibir la publicación de la sentencia transcrita. Sépase, pues, que si los nacionalsindicalistas tienen que acudir a vías apartadas para comunicarse y actuar lícitamente, es porque no ellos, sino el Gobierno se ha colocado fuera de la ley.

No Importa. Año I, núm. 1, 20 de mayo de 1936.

PRIETO SE ACERCA A LA FALANGE

He aquí lo que son las cosas. Primero nos derrotaron en las elecciones. Soy, acaso, el candidato más profusamente derrotado que conoce España. Y mis compañeros de candidatura, igual. Hablo de las elecciones de febrero, porque en estas de ahora, de Cuenca, no he sido derrotado, sino triunfante. Para quitarme el puesto han tenido que robar medio centenar de actas, pistola en mano, facinerosos llevados *ad hoc* de Vallecas y Cuatro Caminos. Las autoridades conquenses no han encubierto con perifollos su menosprecio de la ley. En un pueblo donde mi candidatura triunfaba ordenó el gobernador que, por buenas componendas, se diera la mitad del censo a cada lista. En el acta, que firmaron, ingenuos, hasta los interventores del Frente Popular, constan declarados los términos del compromiso y hasta la paternidad gubernativa de su inspiración.

Lo de Cuenca no ha sido una derrota electoral, sino otra cosa tan burda, tan descarada, que más vale tomarlo a risa. Hablaba de las elecciones de febrero, en las que Falange Española, desligada de todo pacto, presentó sus candidaturas propias y fue derrotada clamorosamente. Después vino el Gobierno del señor Azaña. Todos oímos por radio unas palabras tranquilizadoras y hasta prometedoras. Pero, ¡sí, sí!. A los ocho o diez días empezaron los encarcelamientos en masa, las multas, los registros domiciliarios. Dicen que hasta se nos ha declarado fuera de la ley –digo "dicen" porque nadie ha visto decreto ni sentencia en que tal cosa se pronunciara; por el contrario, el Tribunal de Urgencia de Madrid, en fallo que hidalgamente ha tachado la censura, ratificó hace días nuestra licitud–. Por si estamos o no estamos prohibidos, cada gobernador, cada alcalde, cada comisario de Policía puede proporcionarse el contento de cobrar en mortificación nuestra todos sus rencores atrasados. Un día es una multa a tina muchacha por llevar una blusa azul; otro día, un golpe de cárcel a quien saludó con el brazo en alto (¿se sabe cuántos grados puede medir lícitamente el ángulo del brazo con el tronco en nuestros deliciosos tiempos?); otro día, el ruin soplo de un diputado viajero determina la detención de un falangista que iba en tren por asuntos particulares.

Quién sabe si el servicio sanitario que estamos prestando a nuestra costa con deparar a tanto funcionario resentido algún desahogo para sus bilis. Quién sabe cuántos fracasos sociales e intelectuales, cuántos gramos de la intimidad fisiológica de estas pobres gentes están hallando alivio en el desagüe de nuestra persecución. Aquí hay un tema que no es para mí, sino para los que se consagran a la Patología.

Primero, derrotados; luego, perseguidos; al fin, según dicen, disueltos. No somos nadie ni importamos nada. Quien lo dude, puede leerlo en *Política*, órgano del mal humor gubernamental, que se permite a diario fulminar amenazas y sentenciar desapariciones con la insolencia de quien no ha de encontrar leyes que constriñan, ni siquiera contradictores que le puedan responder. Hemos desaparecido. ¿Conformes? Y ahora es cuando llega el momento de decir: he aquí lo que son las cosas. Desde que se afirma que hemos dejado de existir no hay un solo aspecto de la vida española que no esté teñido con nuestra presencia. No hablo ya del fascismo o del antifascismo. Hablo específicamente del ideario y del vocabulario de la Falange. Bastaría desplegar ante la memoria aquellas palabras que se usaban en los lemas políticos hasta hace tres años: "derechas", "izquierdas", "gente de orden", "democracia", "reformas sociales". ¿Quién se atreverá a negar su marchitez? Hasta movimientos que cumplieron en su hora una misión considerable, ¿osarían desplegar sin retoque su viejo enunciado enumerativo: "religión", "patria", "familia", "orden", "propiedad"? Evidentemente, cada uno de esos lemas sigue rotulando valores humanos fundamentales; pero ya no pueden lanzarse así. La letra seguirá llena de interés, pero la música ha envejecido desoladoramente. La lucha política ha adquirido otro tono y otra profundidad. Al fin, los que no estaban en las líneas marxistas se han dado cuenta de que hay que encararse con el marxismo, cavando hasta las raíces que él explora. Simplemente: que es antídoto inútil contra el marxismo el que no parta de esta consideración: el mundo –y España forma parte del mundo, aunque otra cosa crea el señor Galarza– asiste a los minutos culminantes del final de una edad. Acaso de la edad liberal capitalista; acaso de otra más espaciosa de la que el capitalismo liberal fue la última etapa. Nos hallamos en la inminencia de una "invasión de los bárbaros"; de una catástrofe histórica de las que suelen operar como colofón de cada era. Nunca ha sido menos lícita que ahora la frivolidad. Pocas veces como ahora ha recobrado la existencia su calidad religiosa y militante. Las brechas de nuestros días se resisten a cicatrizar en falso. Hay que pedir socorro a las últimas reservas vitales, a las que, en las horas ascendentes, lograron edificar las naciones. De ahí la

palabra de nuestros días: "lo nacional"; lo nacional dicho como propaganda de una misión, de una tarea, no como vago presupuesto de las tareas de todos los partidos. Ahora muchos tremolan el gallardete de lo nacional. Pero en política activa, con este sentido preciso, poético y combatiente, los primeros que proferimos la palabra "nacional" fuimos los hombres de Falange Española.

Y con ella, toda una dialéctica, toda una poética, todo un rigor formal hecho, más que nada, de renunciaciones. Al principio éramos pocos y nuestra voz débil. En ningún caso hemos contado con grandes órganos de publicidad. Celebramos actos, pero casi siempre les puso sordina una Prensa hostil en parte, y en parte recelosa. Sin embargo, por las misteriosas vías donde lo religioso se propaga, nuestras consignas, nuestras tesis, se iban contagiando y difundiendo. En este momento no hay un solo político español que no haya adoptado, más o menos declaradamente, puntos y perfiles de nuestro vocabulario.

El último neófito ha sido de marca mayor: don Indalecio Prieto. El 1 de mayo se fue a Cuenca y pronunció un discurso. ¿Estaría, quizá, más presente la Falange en el ánimo del señor Prieto por hablar en acto donde se preparaba el gatuperio electoral de que he sido víctima? Tal vez pasara esto; lo cierto es que el discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar, casi desde la cruz a la fecha, en un mitin de Falange Española. Algunos párrafos, párrafos enteros, me han oreado el espíritu como encuentros felices con viejos amigos que uno había dejado de ver. Tengo en mi celda la colección del semanario *Arriba*, donde está impreso el texto literal de los discursos pronunciados en actos de la Falange. Es un deleite comprobar cómo frases casi textuales nuestras, y, sobre todo, pensamientos característicos, han sido trasplantados al discurso del orador de Cuenca, así como cuando exclamaba, refiriéndose a Extremadura: "Dije en aquella tierra, de donde salieron en gran número los hombres que, en una de las más bellas aventuras históricas, cruzaron el Océano... Que nosotros, los españoles..., teníamos que poner el ímpetu desbordante del genio español al servicio... de una conquista a realizar. ¿Cuál? Conquistar a España, conquistarnos a nosotros mismos." O cuando se rinde ante lo espiritual. "El hombre ha venido a la vida no como una bestia. Se nos dice desde diversos puntos de vista religiosos, pero todos con razón, que el hombre es superior al animal." O cuando señala, casi exactamente con palabras dichas en un gran mitin de la Falange, una de las lacras del sistema capitalista: "Ese hombre..., por razón del actual régimen capitalista, es tratado con menos consideración que una bestia, porque el patrono, cuando se le muere la cabeza del ganado, siente el tirón en su bolsillo al sacar las monedas con que ha de reemplazarla en la feria; pero cuando se muere un jornalero no siente tirones en su corazón ni en el bolsillo, porque..." la ovación no le dejó seguir; acaso el párrafo iba a acabar con las mismas palabras del gemelo párrafo nuestro. O cuando apostrofa: "¿En qué moral puede caber el fenómeno monstruoso de que sobre trigo, se pudra, y millones de españoles "de esta Patria nuestra" apenas lo coman por carecer de medios para adquirirlo?" O cuando increpa: "Cuando un país está sin hacer, cuando puede construirse todo, una incapacidad terrible en los gobernantes y —oídlo bien, que no vengo a adular a nadie— en los gobernados, que estemos sufriendo... la crisis enorme de trabajo que actualmente pesa, con peso agobiador, sobre los hombros de nuestra pobre España". O cuando proclama: "A medida que la vida pasa por mí... me siento cada vez más profundamente español. Siento a España dentro de mi corazón y la llevo hasta en el tuétano mismo de mis huesos..." "Así os habla quien se siente cada vez más español, y unido por vínculos que no se romperán más que por la muerte, *si es verdad que la muerte los rompe*, a sus hermanos de España, quiere verlos libres y dignos."

¿Qué lenguaje es éste? ¿Qué tiene esto que ver con el marxismo, con el materialismo histórico, con Amsterdam ni con Moscú? Esto es preconizar, exactamente, la revolución nacional. La de Falange: y hasta con la cruda descalificación de la España caduca que la Falange fulminó muchas veces. Yo lo dije en el Cine Madrid, el 19 de mayo de 1935: "El patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona nada esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas de su pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con voluntad de perfección. No a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora, sino a la eterna, inmovible metafísica de España". Prieto ha dicho: "Nadie reniega de España ni tiene por qué renegar de ella. No; lo que hacemos cuando construimos estas agrupaciones Políticas es renegar de una España como la simbolizada en Paredes..... No somos, pues, la antipatria; somos la Patria, con devoción enorme para las esencias de la Patria misma".

La Falange no existe. La Falange no tiene la menor importancia. Eso dicen. Pero ya nuestras palabras están en el aire y en la tierra. Y nosotros, en el patio de la cárcel, sonreímos bajo el sol. Bajo este sol de primavera, en que tantos brotes apuntan.

(Editorial: *Aquí estamos*. Palma de Mallorca, 23 de mayo de 1936. Año I, número 1)

JUSTIFICACIÓN DE LA VIOLENCIA

En medio de la mediocridad nacional, la Falange irrumpe como un fenómeno desconocido hasta ahora. No por originalidad –con ser mucha– de su programa, sino porque es el único movimiento que no se limita a agrupar a sus partidarios por la vaga coincidencia en su programa, sino que trata de formarlos por entero, de infundirles, religiosamente, una moral, un estilo, una conducta. La Falange no ha seguido a las viejas agrupaciones política, aspirantes a remediar el mal de España con unos coloretos a flor de piel; la Falange ha calado hasta la raíz; ha empezado por el principio; no se ha conformado con tener adheridos, ficheros y cuotas; ha aspirado a tener "hombres" y "mujeres"; seres humanos "completos", entregados a la abnegación del servicio.

En las horas aparentemente tranquilas esta actitud profunda, religiosa, de la Falange mereció la pálida sonrisa de los cautos. Las pobres derechas españolas creyeron concluir con la Falange por dos caminos: el del silencio y el de la falsificación; ocultando nuestras luchas –¡muertos tratemos de la Falange, a los que la Prensa "patriótica" no dedicó una línea!– y recordando nuestra exterioridad, a la que imaginaban vinculado el éxito. Las izquierdas, más avisadas, señalaron desde el comienzo nuestro peligro y nos declararon la guerra; una guerra infame, que tenía por arma el asesinato.

Así, entre el crimen y la envidia, hemos vivido tres años que parecen una existencia. Años fecundos, germinales, que nos han adiestrado para la lucha de ahora. Y para la decisiva que se prepara.

Porque es indecente querer narcotizar a un pueblo con el señuelo de las soluciones pacíficas. YA NO HAY SOLUCIONES PACÍFICAS. La guerra está declarada y ha sido el Gobierno el primero en proclamarse beligerante. No ha triunfado un partido más en el terreno pacífico de la democracia; ha triunfado la revolución de octubre: la revolución separatista de Barcelona y la comunista de Asturias; la que asesinó al capitán Suárez por mano del traidor Pérez Farrás y la que incendió la Universidad de Oviedo. Ha triunfado el octubre sangriento y repulsivo de 1934, que ahora se ensalza a los cuatro vientos, mientras se persigue a los que en octubre defendieron abnegadamente al Estado español. Estamos en guerra. Por eso el Gobierno beligerante se preocupa poco de los ficheros cedistas y de la Prensa conservadora; lo que absorbe su atención es el preparativo de la victoria completa. El Gobierno no pierde su tiempo en matar moscas; se da prisa por aniquilar todo aquello que pueda constituir una defensa de la civilización española y de la permanencia histórica de la Patria: el Ejército, la Armada, la Guardia Civil... y la Falange.

No somos, pues, nosotros quienes han elegido la violencia. Es la ley de guerra la que la impone. Los asesinatos, los incendios, las tropelías, no partieron de nosotros. Ahora, eso sí –y en ello estriba nuestra gloria–, nuestro empuje combatiente, nuestra santa violencia, fue el primer dique con que tropezó la violencia criminal de las hordas de octubre. Por eso se han encarado con nosotros con tanta colérica sorpresa. Imaginaban que todo el monte iba a ser orégano, como en el otro bienio de Azaña. Pensaban que podrían, como entonces, herir y atropellar. Cuando he aquí que la Falange se les ha plantado en medio. Ha sido inútil multiplicar las persecuciones: la Falange está aquí, firme en su sitio. Ella ha roto el sortilegio que presentaba como invencibles a los monstruos resentidos del Frente Popular. Ha puesto al descubierto que no era para tanto. Se les ha subido a las barbas. La Falange les faltó al respeto, y tras ella, todo el mundo se lo ha perdido. El terrible Azaña de 1934 se ha tenido que refugiar en El Pardo, discreta pantalla de su ridículo, y el lacayo Casares arde con 39 grados de fiebre, consumido en una lucha contra fuerzas inaprehensibles.

¡Bien haya esta violencia, esta guerra, en la que no sólo defendemos la existencia de la Falange, ganada a precio de las mejores vidas, sino la existencia misma de España, asaltada por sus enemigos! Seguid luchando, camaradas, solos o acompañados. Apretad vuestras filas, aguzad vuestros métodos. Mañana, cuando amanezcan más claros días, tocarán a la Falange los laureles frescos de la primacía en esta santa cruzada de violencias.

No Importa. Año I, 6 de junio de 1936, núm. 2.

CONTESTACIONES QUE JOSÉ ANTONIO DIO A LAS PREGUNTAS QUE LE REMITIÓ EL PERIODISTA RAMÓN BLARDONY, POR INTERMEDIO DEL ENLACE AGUSTÍN PELÁEZ, EN ALICANTE, EL 16 DE JUNIO DE 1936

1º ¿Número aproximado de afiliados?

– Ciento cincuenta mil.

2º ¿Número aproximado de afiliados encarcelados?

– Alrededor de dos mil. Ha llegado a haber más de seis mil durante los meses de marzo y abril. Salvo treinta o cuarenta, *"todos los demás están encarcelados sin proceso"*. Muchos de ellos siguen en la cárcel por orden gubernativa. *"después de que los jueces han mandado ponerlos en libertad"*.

3º ¿Número aproximado de jóvenes de Acción Popular que se han pasado a Falange?

– De diez mil a quince mil.

4º ¿Cómo está organizada la Falange?

– Jefe Nacional. Consejo Nacional (cuarenta y ocho miembros; quince elegidos por las organizaciones locales, y los demás miembros nombrados por el jefe nacional); Junta Política (Delegación Permanente del Consejo Nacional: doce miembros); Jefaturas provinciales (de una provincia); J.O.N.S. (Junta de Ofensiva Nacional Sindicalista: se llama así a la organización de cada ciudad o pueblo). Dentro de cada J.O.N.S., todos los afiliados están reunidos en grupos de ocho a quince elementos, con un jefe cada uno. Estos grupos, coordinados a su vez, forman las unidades superiores, que son variables.

5º Distintivos, emblemas que usan.

– El yugo y las flechas (dadle una insignia). Este distintivo es común a todos los afiliados. Los miembros del Consejo Nacional llevan un cordón rojo y negro, con borlas de oro. Los jefes territoriales y provinciales, el mismo cordón, con borlas rojas y negras. La camisa es azul oscura, con las flechas y el yugo bordadas en rojo al lado izquierdo. Debajo del emblema, bordadas en plata o en rojo (según sean jefes o subjefes), llevan un yugo, tres flechas, dos o una, los que mandan unidades de primera línea.

6º ¿Qué plan se sigue para la propaganda de los ideales de Falange Española?

– Ahora, la difusión de consignas, por medio del aparato interno del partido. No es posible otra cosa, porque, a pesar de que el partido ha sido declarado lícito por el Tribunal Supremo, el Gobierno le impide toda manifestación de existencia. Este atropello llega al extremo de que un periódico de San Sebastián *"El Diario Vasco"*, fue sometido a censura –que no existía en la provincia de San Sebastián– por haber publicado un artículo con la firma de Primo de Rivera. Antes de esta persecución. Falange Española usaba todos los métodos corrientes de propaganda: Prensa (semanario *"Arriba"*, mítines, hojas impresas, etc.

7º ¿Número de muertos y heridos que ha habido en los encuentros de. afiliados a Falange con los de distinta ideología?

– Muertos, cuarenta y ocho. Heridos, alrededor de quinientos.

8º ¿En qué provincias, ciudades, etc., hay mayor número de afiliados?

– Madrid, Asturias, Santander, Valladolid.

9º ¿Ha adoptado Falange algunos métodos y sistemas del fascismo alemán?.

– En la elección de métodos, Falange no ha tenido la obsesión de ningún modelo especial. Ha procurado, simplemente, elegir en cada instante los más adecuados al logro de sus fines.

10º Aun concediendo que Falange, como organización española, tenga estilo netamente español, etc., ¿a qué fascismo se aproxima más, al italiano o al alemán?

– Coincide con la preocupación esencial a uno y otro: la quiebra del régimen liberal capitalista y la urgencia de evitar que esta quiebra conduzca irremediabilmente a la catástrofe comunista, de signo antioccidental y anticristiano. En la busca del medio para evitar esa catástrofe, Falange ha llegado a posiciones, doctrinales de viva originalidad; así, en lo nacional, concibe a España como unidad de destino, compatible con las variedades regionales, pero determinante de una política que, al tener por primer deber la conservación de esa unidad, se sobrepone a las opiniones de partidos y clases. En lo económico, Falange tiende al sindicalismo total; esto es, a que laplus valía de la producción quede enteramente en poder del Sindicato orgánico, vertical, de productores, al que su propia fuerza económica procuraría el crédito necesario para producir, sin necesidad de alquilarlo –caro– a la Banca. Quizá estas líneas económicas tengan más parecido con el programa alemán que con el italiano. Pero, en cambio, Falange no es ni puede ser racista.

¿Son los obreros muy reacios a afiliarse a Falange Española de las J.O.N.S. por considerarla una organización burguesa, defensora del capitalismo? ¿Qué métodos se siguen para atraerlos?

– Los obreros conocen el nacionalsindicalismo sólo a través de las versiones de sus enemigos. Por eso, creen que es un instrumento del capitalismo, cuando precisamente una de 'sus razones de existencia es el propósito de desmontarlo. Pese a las dificultades de propaganda, considerables masas obreras empiezan a mirar ya a Falange con benévola curiosidad, especialmente impresionadas por el régimen de austera persecución que soporta, en contraste con la suntuosidad burguesa y burocrática que siempre ha rodeado a los líderes marxistas. Donde Falange logrará más pronto avivar las corrientes de simpatía es en las filas del viejo sindicalismo revolucionario español.

VISTA A LA DERECHA

Aviso a los "madrugadores": la Falange no es una fuerza cipaya

Por la izquierda se nos asesina (o a veces se intenta asesinarlos, porque no somos mancos, a Dios gracias). El Gobierno del Frente Popular nos asfixia (o intenta asfixiarnos, porque ya se ve de lo que sirven sus precauciones). Pero —¡cuidado, camaradas!— no está en la izquierda todo el peligro. Hay —¡aún!— en las derechas gentes a quienes por lo visto no merecen respeto nuestro medio centenar largo de caídos, nuestros miles de presos, nuestros trabajos en la adversidad, nuestros esfuerzos por tallar una conciencia española cristiana y exacta.

Esas gentes, de las que no podemos escribir sin cólera y asco, todavía suponen que la misión de la Falange es poner a sus órdenes ingenuos combatientes. Un día sí y otro no los jefes provinciales reciben visitas misteriosas de los conspiradores de esas derechas, con una pregunta así entre los labios: "¿Podrían ustedes darnos tantos hombres?"

Todo jefe provincial o de las J.O.N.S., de centuria o de escuadra a quien se le haga semejante pregunta debe contestarla, por lo menos volviendo la espalda a quien la formule. Si antes de volverle la espalda le escupe el rostro no hará ninguna cosa de más.

¿Pero qué supone esa gentuza? ¿Que la Falange es una carnicería donde se adquieren al peso tantos o cuántos hombres? ¿Suponen que cada grupo local de la Falange es un tropa de alquiler a disposición de las empresas?

La Falange es una e indivisible milicia y partido. Su brío combatiente es inseparable de su fe política. Cada militante en la Falange está dispuesto a dar su vida por ella, por la España que ella entiende y quiere, pero no por ninguna otra cosa.

No ya la vida; ni una gota de sangre debe dar ningún camarada en auxilio de complots oscuros y maquinaciones más o menos derechistas cuyo conocimiento no les llegue por el conducto normal de nuestros mandos. El jefe nacional ha dicho muchas veces que así como los heridos al servicio de la Falange son ensalzados ante sus camaradas, el que padezcan herida en servicio no ordenado por la Falange será expulsado de ella con vilipendio.

+ + +

Vamos a ver si nos enteramos:

Entre la turbia, vieja, caduca, despreciable política española, hay un tipo que se suele dar con bastante frecuencia: el del "madrugador". Este tipo procura llegar cuando las brevas están en sazón —las brevas cultivadas con el esfuerzo y el sacrificio de otros— y cosecharlas bonitamente.

Nunca veréis al "madrugador" en los días difíciles. Jamás se arriesgará a pisar el umbral de su Patria en tiempos de persecución sin una inmunidad parlamentaria que le escude. Jamás saldrá a la calle con menos de tres o cuatro policías a su zaga. Su cuerpo no conocerá las cárceles ni las privaciones.

Pero —eso sí— si otros a precio de las mejores vidas —¡muertos Paternos de la Falange!— logran hacer respetable una idea o una conducta, entonces el "madrugador" no tendrá escrúpulo en falsificarla. Así, en nuestros días, cuando la Falange a los tres años de esfuerzo recoge los primeros laureles públicos —¡cuán costosamente regados con sangre!—, el "madrugador" saldrá diciendo: "¡Pero si lo que piensa la Falange es lo que yo pienso! ¡Si yo también quiero un Estado corporativo y totalitario! Incluso no tengo inconveniente en proclamarme "fascista".

Algunos ingenuos camaradas hasta agradecerían esta repentina incorporación. Creerán que la Falange ha adquirido un refuerzo valioso. Pero lo que quiere el "madrugador" es suplantar a nuestro movimiento, aprovechar su auge y su dificultad de propaganda, encaramarse en él y llegar arriba

antes de que salgan de la cárcel nuestros presos y de la incomunicación nuestras organizaciones. En una palabra: madrugar.

El "madrugador" no tiene escrúpulos. A codazos se abrirá paso en sus propias filas. Traicionará y tratará de eclipsar a sus jefes (tanto más fáciles de eclipsar cuanto más elegantemente adversos a esa especie de groseros pugilatos). Contraerá en cada instante la voz y el gesto con los que más pueda medrar. Y cultivará sin recato la adulación; en nuestros tiempos –para llamar a las cosas por sus nombres– la adulación a las fuerzas armadas. El "madrugador" siempre cuenta con el Ejército como un escabel más; está convencido de que unos cuantos jefes militares arriesgarán vida, carrera y honor para servir la ambición hinchada y ridícula de quienes los adulan.

+ + +

Si lo que se ventilara fuera el acceso a los cargos públicos, ¡lleváranse los enhorabuena los "madrugadores"! Esos cargos públicos, servidos de abnegación, son la más espinosa carga imaginable. A buen seguro que ninguno de nuestros camaradas de primera fila daría de grado su libertad, su juventud, su vida llena de atractivos, por la dura servidumbre de un ministerio.

Pero no se trata de ser ministro. Para serlo, en estos tiempos en que se producen más de ochenta ministros cada cinco años, hay caminos más llanos que el de la Falange. Se trata de hacer a España.

De hacer a España con arreglo a su entendimiento de amor, que sólo poseen los que lo han adquirido en las horas tensas y difíciles.

De hacer a España según una iluminada geometría, cuyos secretos sólo se han entregado tras de muchas noches en vela.

Que alguien escuche y desmenuce el lenguaje de los "madrugadores": ese lenguaje espeso, inflado, prosaico, abrumadoramente abundante y grotescamente impreciso. ¿Podrá alguien percibir en ese lenguaje el menor aleteo de la gracia?

Nuestra empresa española –ya se dijo en acto inicial de la Falange– es una empresa poética, religiosa y militar. No reside en fórmulas, y menos en fórmulas bastas. Es la aspiración permanente a una forma histórica llena de garbo y de fervor, sólo percibido por una fe clarividente.

No seremos ni vanguardia, ni fuerza de choque, ni inestimable auxiliar de ningún movimiento confusamente reaccionario. Mejor queremos la clara pugna de ahora que la modorra de un conservatismo grueso y alicorto, renacido en provecho de unos ambiciosos "madrugadores". Somos –se ha dicho muchas veces– no vanguardia, sino ejército entero, al único servicio de nuestra propia bandera.

Aspiramos a ser un pueblo en marcha tras de una voz de mando. Una voz que se nos haya hecho familiar en las horas de peregrinación. No creemos en una receta o en una colección de recetas que cualquiera puede preparar. Creemos en una mente y en un brazo.

Para que esa mente y ese brazo nos gobiernen lucharemos todos hasta el final. Para que un "madrugador" se adelante y nos diga: "¿Pero no les da a ustedes lo mismo? ¡Si yo también soy totalitario!" Para eso, no; ni un minuto.

Y será inútil el madrugón. Aunque el "madrugador" triunfara le serviría de poco su triunfo. La Falange, con lo que tiene de ímpetu juvenil, de acervo intelectual, de brío militante, se le volvería de espaldas. Veríamos entonces quién daba calor a esos "fascistas rellenos de viento".

Nosotros, para ver pasar sus cadáveres, no tendríamos más que sentarnos a la puerta de nuestra casa bajo las estrellas.

No Importa, Boletín de los días de persecución, número 3, 20 de junio de 1936.

"LA FALANGE, LICITA; EL GOBIERNO, FACCIOSO Y COBARDE"

El Tribunal Supremo, confirmando la resolución de la Audiencia de Madrid, ha declarado lícita la Falange. Pero todo es inútil; el Gobierno, abusivo y cobarde, tras de impedir por medio de la censura que se conozca el fallo de la justicia, retiene en la cárcel contra todo derecho a millares de afiliados a la Falange, mantiene la clausura de sus centros e impide su vida legal.

Ya, por embustero que sea el Gobierno, no podrá decir que al obrar así cumple la ley; viola abiertamente la ley y menosprecia al Tribunal Supremo. Ahora las cosas están claras: la única ley que rige para el Gobierno es la de la destrucción de España al servicio de todas las fuerzas enemigas suyas. Por eso trata de aniquilar a cuanto puede ser reserva para la Patria: Ejército, Marina, Guardia Civil... y Falange. El Gobierno se ha declarado beligerante contra España. Pero la Falange, que además de tener a su lado la justicia de la Historia tiene la justicia de los Tribunales, atropellada por un Gobierno faccioso, acepta el reto con su grito sereno y seguro: ¡Arriba España!

No Importa, Boletín de los días de persecución, número 3, 20 de junio de 1936.

A TODAS LAS JEFATURAS TERRITORIALES Y PROVINCIALES

URGENTE E IMPORTANTÍSIMO

Ha llegado a conocimiento del jefe nacional la pluralidad de maquinaciones en favor de más o menos confusos movimientos subversivos que están desarrollándose en diversas provincias de España.

La mayor parte de los jefes de nuestras organizaciones, como era de esperar, han puesto en conocimiento del mando cuantas proposiciones se les han hecho, y se han limitado a cumplir en la actuación política las instrucciones del propio mando. Pero algunos, llevados de un exceso de celo o de una peligrosa ingenuidad, se han precipitado a dibujar planos de actuación local y a comprometer la participación de los camaradas en determinados planes políticos.

Las más de las veces, tal actitud de los camaradas de provincias se han basado en la fe que les merecía la condición militar de quienes les invitaban a la conspiración. Esto exige poner las cosas un poco en claro.

El respeto y el fervor de la Falange hacia el Ejército están proclamados con tal reiteración, que no necesitan ahora de ponderaciones. Desde los 27 puntos doctrinales se ha dicho cómo es aspiración nuestra que, a imagen del Ejército, informe un sentido militar de la vida toda la existencia española. Por otra parte, en ocasiones memorables y recientes, el Ejército ha visto compartidos sus peligros por camaradas nuestros.

Pero la admiración y estimación profunda por el Ejército como órgano esencial de la patria no implica la conformidad con cada uno de los pensamientos, palabras y proyectos que cada militar o grupo de militares pueda profesar, preferir o acariciar. Especialmente en política, la Falange —que detesta la adulación porque la considera como un último menosprecio para el adulado— no se considera menos preparada que el promedio de los militares. La formación política de los militares suele estar llena de la más noble ingenuidad. El apartamiento que el Ejército se ha impuesto a sí mismo de la política ha llegado a colocar a los militares, generalmente, en un estado de indefensión dialéctica contra los charlatanes y los trepadores de los partidos. Es corriente que un político mediocre gane gran predicamento entre militares sin más que manejar impudicamente algunos de los conceptos de más hondo arraigo en el alma militar.

De aquí que los proyectos políticos de los militares (salvo, naturalmente, los que se elaboran por una minoría muy preparada que en el Ejército existe) no suelen estar adornados por el acierto. Esos proyectos arrancan casi siempre de un error inicial: el de creer que los males de España responden a simples desarreglos de orden interior y desembocan en la entrega del Poder a los antes aludidos, charlatanes faltos de toda conciencia histórica, de toda auténtica formación y de todo brío para la irrupción de la Patria en las grandes rutas de su destino.

La participación de la Falange en uno de esos proyectos prematuros y candorosos constituida una gravísima responsabilidad y arrastraría *su total desaparición, aun en el caso de triunfo*. Por este motivo: porque casi todos los que cuentan con la Falange para tal género de empresas la consideran no como un cuerpo total de doctrina, ni como una fuerza en camino para asumir por entero la dirección del Estado, sino como un elemento auxiliar de choque, como una especie de fuerza de asalto, de milicia juvenil, destinada el día de mañana a desfilar ante los fantasmones encaramados en el Poder.

Consideren todos los camaradas hasta qué punto es ofensivo para la Falange el que se la proponga tomar parte como comparsa en un movimiento que no va a conducir a la implantación del Estado nacionalsindicalista, al alborear de la inmensa tarea de reconstrucción patria bosquejada en nuestros 27 puntos, sino a reinstaurar una mediocridad burguesa conservadora (de la que España ha conocido tan largas muestras), orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules.

Como de seguro tal perspectiva no halaga a ningún buen militante, se previene a todos por esta circular, de manera terminante y conminatoria, lo siguiente:

1. Todo jefe, cualquiera que sea su jerarquía, a quien un elemento militar o civil invite a tomar parte en conspiración, levantamiento o cosa análoga, se limitará a responder: "Que no puede tomar parte en nada, ni permitir que sus camaradas la tomen, sin orden expresa del mando central, y que, por consiguiente, si los órganos *supremos* de dirección del movimiento a que se les invita tienen interés en contar con la Falange, deben proponerlo *directamente* al jefe nacional y entenderse precisamente con él o con la persona que él de modo expreso designe".
2. Cualquier jefe, sea la que sea su jerarquía, que concierte pactos locales con elementos militares o civiles, sin orden expresa del jefe nacional, será fulminantemente expulsado de la Falange, y su expulsión se divulgará por todos los medios disponibles.
3. Como el jefe nacional quiere tener por sí mismo la seguridad del cumplimiento de la presente orden, encarga a todos los jefes territoriales y provinciales que, con la máxima premura, le escriban a la prisión provincial de Alicante, donde se encuentra, comunicándole su perfecto acatamiento a lo que dispone esta circular y dándole relación detallada de los pueblos a cuyas J.O.N.S. se ha transmitido. Los jefes territoriales y provinciales, al dirigir tales cartas al jefe nacional, no firmarán con sus nombres, sino sólo con el de su provincia o provincias respectivas.
4. La demora de más de cinco días en el incumplimiento de estas instrucciones, contados desde la fecha en que cada cual la reciba, será considerada como falta grave contra los deberes de cooperación al Movimiento.

Madrid, 24 de junio de 1936.

¡Arriba España!

A LA PRIMERA LÍNEA DE MADRID

CAMARADAS de la primera línea de Madrid: Desde esta nueva cárcel donde se cree encerrar el espíritu de la Falange teniéndome encerrado, os envío, con el pensamiento en nuestra España y el brazo en alto, mi mejor saludo nacionalsindicalista.

Si algo tiene de agobiante la prisión, por otra parte leve sacrificio al lado del que tantos camaradas sufrieron, es el alejarme físicamente de nuestros peligros, de nuestros afanes. Pero estoy lejos en cuanto a la distancia material; fuera de ella, no sólo en el ardor del espíritu, sino en una actividad silenciosa que no descansa, estoy más cerca de vosotros que nunca.

Desde esta celda de una cárcel tuerzo sin descanso los hilos que llegan a nuestros más lejanos camaradas.

Podéis estar seguros de que no se pierde un día, ni un minuto en el camino de nuestro deber. Aun en las horas que parecen tranquilas maquino sin descanso el destino de nuestro próximo triunfo. No lo olvidéis, camaradas de Madrid, en la hora de ocio forzado que acaso os traigan algunos días, no caigáis en la tentación de emplearos en otra cosa que el adiestramiento para una misión no lejana y decisiva. Vuestro entusiasmo prefiere el combate a su preparación; pero lo que se acerca es demasiado grande para que lo arrostrems sin prepararlo. Mejorar nuestro métodos, acrecentad vuestra lucha en menesteres de lucha y redoblad vuestra fe en el mando. Ya sabéis que quien lleva con más orgullo que ningún distintivo las tres estrellas de plata de la milicia y con ellas al pecho os ha conducido al través de tres años de lucha hasta las horas presentes de crecimiento, estará a vuestra cabeza, pase lo que pase, en el instante decisivo, y con la ayuda de Dios os hará entrar en la tierra prometida de Nuestra España, UNA, GRANDE Y LIBRE.

¡ARRIBA ESPAÑA! – El Jefe Nacional, Jefe de la Primera Línea, José Antonio Primo de Rivera.

Prisión Provincial de Alicante, 29 de junio de 1936. (Reproducida por primera vez en “Norma y Estilo”, número 2, 30 de junio de 1938. Hoja quincenal Nacionalsindicalista, publicada por la Jefatura Provincial de Propaganda de Sevilla.)

A LAS JEFATURAS TERRITORIALES Y PROVINCIALES

RESERVADÍSIMO

Como continuación a la circular de 24 del corriente, se previene a los jefes territoriales y provinciales las condiciones en que podrán concertar pactos para un posible alzamiento inmediato contra el Gobierno actual.

1. Cada jefe territorial o provincial se entenderá *exclusivamente* con el jefe superior del movimiento militar en el territorio o provincia, y no con ninguna otra persona. Este jefe superior se dará a conocer al jefe territorial o provincial con la palabra "Covadonga", que habrá de pronunciar al principio de la primera entrevista que celebren.
2. La Falange intervendrá en el movimiento formando sus unidades propias, con sus mandos naturales y sus distintivos (camisas, emblemas y banderas).
3. Si el jefe territorial o provincial y el del movimiento militar lo estimaran, de acuerdo, indispensable, parte de la fuerza de la Falange, que no podrá pasar nunca de la tercera parte de los militantes de primera línea, podrá ser puesta a disposición de los jefes militares para engrosar las unidades a sus órdenes. Las otras dos terceras partes se atenderán escrupulosamente a lo establecido en la instrucción anterior.
4. El jefe territorial o provincial concertará con el jefe militar todo lo relativo al armamento largo de la fuerza de la Falange. Para esto se señalará con precisión el lugar a que debe dirigirse cada centuria, falange y escuadra, en un momento dado, para recibir el armamento.
5. El jefe militar deberá prometer al de la Falange en el territorio o provincia que no serán entregados a persona alguna los mandos civiles del territorio o provincia hasta tres días, por lo menos, después de triunfante el movimiento, y que durante ese plazo retendrán el mando civil las autoridades militares.
6. Desde el mismo instante en que reciba estas instrucciones, cada jefe territorial o provincial dará órdenes precisas a todas las Jefaturas locales para que mantengan enlace constante, al objeto de poder disponer, en plazo de cuatro horas, de todas sus fuerzas de primera línea; también darán las órdenes necesarias para que los diferentes núcleos locales se concentren inmediatamente sobre sitios determinados, para constituir agrupaciones de una falange por lo menos (tres escuadras).
7. De no ser renovadas por nueva orden expresa, las presentes instrucciones quedarán completamente sin efecto el día 10 del próximo julio, a las doce del día.

Alicante, 29 de junio de 1936.

EL ÚLTIMO MANIFIESTO DE JOSÉ ANTONIO

Un grupo de españoles, soldados unos y otros hombres civiles, no quieren asistir a la total disolución de la Patria. Se alza hoy contra el Gobierno traidor, inepto, cruel e injusto que la conduce a la ruina.

Llevamos soportando cinco meses de oprobio. Una especie de banda facciosa se ha adueñado del Poder. Desde su advenimiento no hay una hora tranquila, ni hogar respetable, ni trabajo seguro, ni vida resguardada. Mientras una colección de energúmenos vocífera –incapaz de trabajar– en el Congreso, las casas son profanadas por la Policía (cuando no incendiadas por las turbas), las iglesias entregadas al saqueo, las gentes de bien encarceladas a capricho por tiempo ilimitado; la ley usa dos pesos desiguales: uno para los del Frente Popular, otro para quienes no militan en él; el Ejército, la Armada, la Policía, son minados por agentes de Moscú, enemigos jurados de la civilización española; una Prensa indigna envenena la conciencia popular y cultiva todas las peores pasiones, desde el odio hasta el impudor; no hay pueblo ni casa que no se hallen convertidos en un infierno de rencores: se estimulan los movimientos separatistas; aumenta el hambre, y, por si algo faltara para que el espectáculo alcanzase su última calidad tenebrosa, unos agentes del Gobierno han asesinado en Madrid a un ilustre español, confiado al honor y a la función pública de quienes lo conducían. La canallesco ferocidad de esta última hazaña no halla par en la Europa moderna y admite el cotejo con las más negras páginas de la Checa rusa.

Este es el espectáculo de nuestra Patria en la hora justa en que las circunstancias del mundo la llaman a cumplir otra vez un gran destino. Los valores fundamentales de la civilización española recobran, tras siglos de eclipses, su autoridad antigua, mientras otros pueblos que pusieron su fe en un ficticio progreso material ven por minutos declinar su estrella; ante nuestra vieja España misionera y militar, labradora y marinera, se abren caminos esplendorosos. De nosotros, los españoles, depende que los recorramos. De que estemos unidos y en paz, con nuestras almas y nuestros cuerpos tensos en el esfuerzo común de hacer una gran Patria, Una gran Patria para todos, no para un grupo de privilegiados. Una Patria grande, unida, libre, respetada y próspera. Para luchar por ella rompemos hoy abiertamente contra las fuerzas enemigas que la tienen secuestrada. Nuestra rebeldía es un acto de servicio a la causa española.

Si aspirásemos a reemplazar un partido por otro, una tiranía por otra, nos faltaría el valor –prenda de almas limpias– para lanzarnos al riesgo de esta decisión suprema. No habría tampoco entre nosotros hombres que visten uniformes gloriosos del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de la Guardia Civil. Ellos saben que sus armas no pueden emplearse al servicio de un bando, sino al de la permanencia de España, que es lo que está en peligro. Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario, ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja. Al contrario: nuestra obra será una obra nacional, que sabrá elevar las condiciones de vida del pueblo –verdaderamente espantosas en algunas regiones– y le hará participar en el orgullo de un gran destino recobrado.

¡Trabajadores, labradores, intelectuales, soldados, marinos. guardianes de nuestra Patria: sacudid la resignación ante el cuadro de su hundimiento y venid con nosotros por España una, grande y libre. Que Dios nos ayude! ¡Arriba España!

Alicante, 17 de julio de 1936.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

LA ENTREVISTA CON JAY ALLEN EN ALICANTE

Fui a Alicante. Todo el mundo comentaba cómo el gobernador civil, Francisco Valdés, carecía de autoridad; cómo los anarquistas eran los amos; cómo Valdés no se atrevía a moverse de su despacho por miedo a ser asesinado.

Para conseguir la entrevista es verdad que hubo dificultades. Valdés me dijo que lo podría ver. El camarada José Prieto, un ciudadano con mono azul y pistola al cinto, me dijo: "No". Es el presidente de una famosa Comisión de Orden Público. Sugirió al gobernador que era un asunto muy delicado.

– Pero Madrid está de acuerdo– le replicó el gobernador.

Se celebró una reunión de la Comisión y se me dijo que asistiera. Era plenaria y acudieron dos representantes de los partidos del Frente Popular. Pronuncié un discurso en mal español. ¡Lo desagradable –apostilla Jay Allen– que sería encontrarse con estos hombres, imbuidos de ideales de revolución social y de justicia revolucionaria, con la vida en peligro y la conciencia culpable

El Comité vuelve. El camarada Prieto dice:

– Primo de Rivera está a disposición de nuestro Gobierno de Madrid; es, por lo tanto, natural que se le guarde seguro e incomunicado. Sin embargo, si usted consigue que alguien en Madrid autorice esta "interview", puede, desde luego, hacerla. Perdónenos; pero en asunto de esta naturaleza toda precaución es poca

En la prisión

A las nueve de la mañana –Allen debió conseguir el permiso– la Delegación me viene a buscar. Son los camaradas Prieto, Carmelo Alberola, Martín Bautista y el comisario José Cases, hasta hace poco periodista.

Me acompañan a un "auto". Los otros huéspedes del hotel se miran entre sí y se nota que se alegran de que me haya tocado a mí y no a ellos.

Las puertas de la cárcel se abren. El director de la prisión saluda. Pasamos por filas de puertas de celdas. "Los presos están haciendo ejercicio en el patio", dice el guarda.

La vieja cerradura funciona. Salimos a la luz del sol. Dos hombres jóvenes, morenos y guapos, en "breeches" blancos, camisas con el cuello abierto y alpargatas, miran hacia arriba, a nosotros, con interés. Esta es la primera visita que reciben en meses.

José Antonio, el más delgado de los dos, me da la mano cortésmente. Encuentra difícil disimular su desilusión al ver que soy solamente yo. Los cuatro camaradas del Comité están a pocos pasos.

– ¿No fue hace dos años cuando comimos juntos en el Savoy, de Madrid, con el príncipe?

Los camaradas escuchan con interés. Digo, muy profesionalmente:

– ¿Seguimos con la "interview"?

Me contesta con una sonrisa encantadora, mirando a los camaradas que mañana pueden ser sus ejecutores.

– Con gusto –le dice José Antonio–, pero yo no sé nada. Estoy aquí desde marzo.

Los camaradas se miran. Ya me habían dicho que habían encontrado dos pistolas y cien cartuchos en las celdas de los hermanos, después de haber estallado la rebelión, además de mapas que

indicaban la situación de las islas Baleares. Los camaradas se cruzan miradas de inteligencia. Primo de Rivera es abogado, y de los buenos; pero él es su única defensa. Yo no debía agravar su situación.

Después de unas cuantas preguntas, prosigue el reportero:

Tenía sus ojos posados en mí. Quería noticias; ardientemente las deseaba. ¿Qué podía decirle yo? Se me adelantó diciendo:

– ¿Pero qué está pasando ahora? No sé nada. Le dije:

– Estoy seguro que estos amigos no me han traído aquí para informarle, pero le haré unas preguntas hipotéticas que usted puede contestar o no.

– ¿Qué pensaría usted si le dijese que yo opino que el movimiento del general Franco se ha salido de su cauce, cualquiera que fuese, y que ahora en adelante simplemente la vieja España lucha por perdidos privilegios?

– Yo no sé nada, pero no creo que sea verdad. Si lo es, es un error.

– ¿Y si le dijese que sus muchachos están luchando al servicio de los terratenientes?

– Le diría a usted que no.

Me miró escrutadoramente y dijo:

– ¿Se acuerda de mi posición y de mis discursos en las Cortes?

Y continuó:

– Usted sabe que yo dije que si las derechas, después de octubre de 1934, se mantenían en su política negativa de represión, Azaña volvería al Poder muy pronto. Ahora ocurrirá lo mismo. Si lo que hacen es únicamente retrasar el reloj, están equivocados. No podrán sujetar a España si sólo hacen esto. Yo defendía algo distinto; algo positivo. Usted ha leído el programa de nuestro nacionalsindicalismo, el de reforma agraria y todo lo nuestro. Yo era sincero. Podría haberme hecho comunista y haber conseguido popularidad...

Le dije –prosigue Allen:

– Pero sus muchachos ahora...

– Creo y deseo que lo que usted me dice no es verdad. Pero recuerde que no tenían jefatura después de que fui arrestado y acuérdesese también que había mucha gente empujada a la violencia por la política provocativa de Casares Quiroga.

Los camaradas se miraban.

Yo dije:

– Pero creo recordar que usted introdujo una política de pistoleros en Madrid.

– Nadie ha sido capaz de probar eso. Mis muchachos habrán podido matar, pero después de haber sido atacados.

La charla termina con estos párrafos de José Antonio:

– Yo sé que si este Movimiento gana y resulta que no es nada más que reaccionario, entonces me retiraré con la Falange y yo... volveré a ésta o a otra prisión dentro de muy pocos meses.

Les pregunté a los camaradas que me acompañaron:

–¿Qué van hacer ustedes con él?

–Habrá un juicio. Y se cambiaron unas miradas.

Será juzgado no solamente el hombre, sino el falangismo español. No puedo de ninguna manera imaginarse ninguna circunstancia que pueda salvar a este joven. Su situación es muy mala. Lo menos que yo puedo hacer es no agravarla.

Extracto de la entrevista celebrada por el reportero Jay Allen, para el periódico *New Chronicle*, de Londres, Edición del 24 de octubre de 1936. La traducción corresponde al capitán Fernández Silvestre, caído pocos días después en la marcha sobre Madrid.

GUIÓN DE UN MANIFIESTO POLÍTICO INCONCLUSO, REDACTADO EN LA PRISIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

5 de noviembre de 1936.

Cuando la sublevación estalla, se comunica a José Antonio en la cárcel de Alicante. Durante aquella soledad y aquel silencio, el prisionero traza el guión de un manifiesto político por si le fuera dado concluirlo y publicarlo.

"Situación. No tengo datos de quién lleva la mejor parte. Por lo tanto, pura síntesis moral:

A) Si gana el Gobierno: 1º) fusilamientos; 2º) predominio de los partidos obreros (de clase, de guerra); 3º) consolidación de las castas de españoles (funcionarios cesantes, republicanización, etc.).

Se dirá: el Gobierno no tiene la culpa. Los que se han sublevado son *los otros*.

No: una rebelión (sobre todo tan extensa) no se produce sin un profundo motivo.

¿Reaccionarismo social?

¿Nostalgia monárquica?

No: este alzamiento es, sobre todo, de clase media. (Hasta geográficamente, las regiones en que ha arraigado más (Castilla, León, Aragón) son regiones de tono pequeño burgués).

El motivo determinante ha sido la insufrible política de Casares Quiroga.

Persecuciones.

Vejaciones.

Atropellos...

Ejemplo: yo. Mi actuación parlamentario.

Ref. agraria...

Proposición acusatorio...

Asunto de Guinea...

Mi conducta política:

Persecución por las derechas,

Exclusión de candidaturas...

Con esfuerzo y sacrificio he logrado disciplinar a una juventud a la deriva, que, probablemente, hubiera derivado hacia la acción estéril.

Llega el 16 de febrero. NUESTRA ACTITUD. SALIDA DEL BIENIO ESTÚPIDO.

Clausuras.

Tolerancia para los asesinatos de los nuestros.

Y a poco:

Registros.

Encarcelamientos (millares).

Contra mí: procesos falsos.

¿Resultado?:

Imposibilidad de la vida legal, controlada, como partido; reducción a la vida ilegal, incontrolable, en guerrillas.

No se puede aumentar indefinidamente la presión de una caldera. La cosa tenía que estallar. Y estalló. Pero ahora

B) –¿Qué va a ocurrir si ganan los sublevados?

Un grupo de generales de honrada intención; pero de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de los espíritus ...)

Detrás:

1º) El viejo carlismo intransigente, cerril, antipático.

2º) Las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas.

3º) El capitalismo agrario y financiero, es decir: la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna. La falta de todo sentido nacional de largo alcance.

Y, a la vuelta de unos años, como reacción, otra vez la revolución negativa.

Salida única:

La deposición de las hostilidades y el arranque de una época de reconstrucción política y económica nacional sin persecuciones, sin ánimo de represalia, que haga de España un país tranquilo, libre y atareado.

Mi ofrecimiento."

PROYECTO DE GOBIERNO NACIONAL

"1. Amnistía general.

2. Reposición de los funcionarios declarados cesantes a partir del 18 de julio.

3. Disolución y desarme de todas las milicias. La existencia comprobada de grupos organizados militarmente hará recaer la responsabilidad sobre las asociaciones o partidos con los que mantengan relación notoria.

4. Alzamiento del estado de alarma y de prevención. (Si por razones de orden público no se considera esto posible, modificación de la ley O.p. en el sentido: 1º. de que la prisión gubernativa no pueda durar más de quince días, ni ser impuesta más de dos veces cada seis meses; 2º. que las clausuras de centros políticos se sujeten a las mismas normas; 3º. que las multas gubernativas se hayan de imponer por resolución fundada y, no siendo impuestas en aplicación de preceptos fiscales, no se hagan efectivas sino después de agotados los recursos legales).

5. Revisión de las incautaciones realizadas durante el período anormal, en orden a acomodarlas a los preceptos vigentes antes del 18 de julio.
6. Declaración de inamovilidad de todos los funcionarios públicos, salvo lo que dispusieran los reglamentos orgánicos de los distintos cuerpos vigentes el 18 de julio.
7. Supresión de toda intervención política en la administración de Justicia. Esta dependerá del Tribunal Supremo, constituido tal como está y se regirá por las leyes vigentes antes del 16 de febrero último.
8. Implantación inmediata de la ley de Reforma agraria.
9. Autorización de la enseñanza religiosa, sometida a la inspección técnica del Estado.
10. Formación de un Gobierno presidido por D. Diego Martínez Barrio, del que formen parte los señores Alvarez (D. Melquíades), Portela, Sánchez Román, Ventosa, Maura (D. Miguel). Ortega y Gasset y Marañón.
11. Redacción de un programa de política nacional reconstructiva y pacificadora.
12. Clausura de las Cortes durante seis meses y autorización al Gobierno para legislar dentro de las líneas del programa aprobado".

Más tarde formuló la lista de su proyectado Gobierno en la forma siguiente:

"Presidencia: Martínez Barrio

Estado: Sánchez Román.

Justicia: Alvarez (D.M.).

Guerra: El Presidente.

Marina: Maura (M.).

Gobernación: Portela.

Agricultura: Ruiz Funes.

Hacienda: Ventosa.

Instrucción Pública: Ortega y Gasset.

Obras Públicas: Prieto.

Industria y Comercio: Viñuales.

Comunicaciones.

Trabajo y Sanidad: Marañón".

("Convulsiones de España", Indalecio Prieto, Tomo I. Ed. Oasis, S. A., México, 1967).

DECLARACIONES DE JOSÉ ANTONIO EN EL SUMARIO INCOADO POR EL JUZGADO ESPECIAL DE ALICANTE EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1936

"Folio 154 y siguientes.— Declaración de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia.— En Alicante, a 10 de noviembre de 1936..., de treinta y tres años de edad, estado soltero, profesión abogado, vecino de Madrid, calle de Serrano, 86..., manifiesta: Que no tomó parte ninguna en la política española con anterioridad al fallecimiento de su padre, don Miguel Primo de Rivera, para cuyo recuerdo y gestión tiene una adhesión completa, sin que esto envuelva adhesión incondicional a los juicios que puedan formularse sobre la interpretación histórica de aquel período, acerca del cual el declarante expuso su juicio en el discurso que pronunció en el Parlamento con ocasión del primer debate producido por el señor Calvo Sotelo al reintegrarse a España. Que el 29 de octubre de 1933 se celebró en el teatro de la Comedia un acto preliminar de la constitución de la Falange Española, al que dio forma legal pocos días después y cuyos estatutos, tanto los primitivos como los vigentes, están registrados en la Dirección General de Seguridad; en ellos consta la verdadera finalidad de Falange Española, y en cuanto a la actividad del partido, se ha ajustado constantemente a ella, según hubo ocasión de comprobarse en el sumario instruido por el supuesto delito de asociación ilegal y que dio lugar a una sentencia favorable por la Audiencia de Madrid y por el Tribunal Supremo. Preguntado por S. S. para que manifieste si, a pesar de lo expuesto, no es más cierto que además de las actividades que constan en la constitución del partido de Falange Española existían ciertamente otras de carácter delictivo y criminal, que se manifestaron en el descubrimiento de armas, bombas de mano en el domicilio social y además en frecuentes atentados realizados por individuos que pertenecían como miembros al citado partido, contesta: Que respecto al hallazgo, no de bombas de mano, sino de unos que se dijeron aparatos explosivos de relojería, fue una mixtificación policíaca, debida al entonces jefe superior de Policía señor Muñoz Castellanos, y que respecto a los atentados y demás actos de violencia, todo lo que puede decir es que, antes de iniciarse los actuales sucesos revolucionarios, Falange Española había visto caer asesinados a más de 60 de sus miembros, sin que en ningún caso se hubiese realizado colectivamente y por orden de los órganos de dirección hecho delictivo alguno, ni hubiera tomado parte en él ningún afiliado de Falange con el carácter de tal. Esto no quiere decir que (no) pueda afirmarse en términos absolutos el que jamás baya delinquido ningún miembro de ésta, como de cualquier otra Asociación. Preguntado para que explique si basta el número de víctimas a que se refiere la Directiva de Falange Española no intervino en la represalia, puede y debe entenderse, naturalmente, que posteriormente al número indicado ya intervino de un modo directo, dice: Que al señalar como fecha la iniciación, no alude a la existencia de una nueva táctica en la Falange a partir de entonces, sino a la absoluta falta de información respecto a cuanto ocurre fuera de la cárcel en que el declarante se encuentra. Preguntado si a pesar de lo expuesto es también cierto que en sus discursos parlamentarios y en sus alocuciones por medio de la Prensa se hacían amenazas más o menos encubiertas respecto a la actuación delictiva de Falange Española, dice que se atiene a lo que conste en el "Diario de Sesiones" en los discursos pronunciados por él, y en el semanario Arriba, que dirigía. Preguntado de si como Jefe de Falange Española aprobaba los atentados cometidos por los miembros del partido a que pertenecía, contesta: Que no le consta que ningún afiliado a Falange Española haya cometido atentado alguno, y que si ahora se le dijese que algunos de aquellos afiliados aparecía convicto en un delito de esa naturaleza, el declarante no consideraría airoso desde su situación segura, respecto a ese hecho, culminar ninguna desautorización verbal. Preguntado si, no obstante lo expuesto, le consta que existían individuos que, aunque no afiliados a Falange Española, eran retribuidos por los dirigentes de los asesinatos o hechos delictivos que se cometían en España, como ocurrió, por ejemplo, con el atentado en Madrid contra el señor don Eduardo Ortega y Gasset, realizado por un tal Rivagorda, manifiesta: Que Falange Española jamás ha retribuido a delincuente de ninguna especie y que la información, digo la afirmación, en este sentido, es una reiterada calumnia política, nunca confirmada por descubrimiento policíaco serio, cuando tan fácil es a la Policía localizar grupos permanentes de delinquentes remunerados. Rivagorda jamás fue afiliado a Falange Española y que sólo empezó a tener relación con los que lo eran a partir de su ingreso en la Cárcel de Madrid, donde había centenares de falangistas detenidos. A preguntas del señor fiscal, manifiesta: Que la actuación de Falange Española no se desvió en nada de su programa político, según declaró el Tribunal Supremo en la sentencia que ha aludido antes y que es de fecha de junio a julio de este año. Preguntado si antes de entrar en la Cárcel Modelo de Madrid, como durante su estancia en la misma y posteriormente cuando su traslado a esta Cárcel Provincial, el 6 de junio pasado, tenía conocimiento de una sublevación militar que iba a tener efecto para implantar la dictadura militar y falangista española, manifiesta: Que antes del ingreso en la Prisión de Madrid, no, pero ya en ella, y aun en la de Alicante, oyó el rumor muy impreciso de un alzamiento militar, no militar y falangista,

como se dice en la pregunta, y aún añadirá que lo oyó con bastante preocupación, porque teme mucho por los resultados contingentes de un movimiento político en el que el pensamiento peculiar del declarante no tenga las garantías de prevalecer. Preguntado por S.S. si, a pesar de lo expuesto, el actual movimiento gozaba de las simpatías y anuencia del señor Primo de Rivera, manifiesta: Que carece de suficiente información sobre el contenido político y social del movimiento, sobre sus asistencias y sobre las personas que lo dirigen, para arriesgarse a expresar una adhesión completa a él, y en prenda de sinceridad a lo que acaba de decir, no tiene inconveniente en afirmar que, a su juicio, la situación en que España se encontraba antes de empezar el movimiento era intolerable; que las persecuciones, las arbitrariedades y aun los crímenes habían puesto a la nación en el último riesgo de contarse entre las civilizadas, y, por tanto, no estima reprochable, desde un alto punto de vista histórico y político, el alzamiento contra aquel estado de cosas, interesándole insistir en que habla del alzamiento en términos abstractos y no de este alzamiento concreto de ahora, acerca del cual –repite– le falta información suficiente. Preguntado por S.S. para que manifieste si en los crímenes, arbitrariedades y persecuciones a que se refiere incluía los atribuidos a falangistas pertenecientes a su partido político, contesta: Que la crítica de un estado político se refiere siempre a los que ejercen el Poder y tienen la responsabilidad de los sucesos políticos, y que sólo ésta y no la conducta comprobada o presunta de particulares entidades es la que el declarante se permitía enjuiciar; y que en cuanto a las persecuciones y arbitrariedades y aun crímenes que abominaban, puede citar los millares de encarcelamientos sin procesos de afiliados de Falange Española; las clausuras de centros, multas; las docenas de atentados no seguidos de investigación política, policiaca ni judicial, y algún hecho ajeno al ámbito de Falange Española, pero tan señalado como la muerte de don José Calvo Sotelo en las circunstancias que todos conocen. Preguntado si no obstante lo que tiene expuesto de su intervención en la preparación del movimiento insurreccional de España, tuvo negociación con las naciones extranjeras, Alemania e Italia, o visitas de pura cortesía a los señores Mussolini e Hitler, contesta: Que en los años 1933 y 1934 fue recibido, en breves visitas, por los señores Mussolini e Hitler, y que al declarante no se le pasó por la imaginación incurrir en la falta de tacto de plantear a aquellas personalidades extranjeras propósitos de insurrección española a larguísimo plazo, no ocultando que ha estado en Italia varias veces, la última a principios de verano del año 1935, pero que no ha tenido entrevistas allí con ninguna personalidad política italiana. Preguntado si últimamente mantenía correspondencia política relacionada con el movimiento revolucionario, tanto con Italia como con Alemania, como parece deducirse de la carta fechada en Madrid el 11 de julio de 1936, firmada por su secretaria, Encarnación Moya, contesta: A la petición de señas en Roma de; señor Sánchez Mazas, cuyas señas pedía, es un conocidísimo escritor español refugiado últimamente en casa de sus afines italianos, después de sustraerse a un encarcelamiento que sufrió en Madrid con el declarante, y que la señorita Camps es persona española residente en Madrid, como en la misma pregunta se dice, con quien el declarante ha mantenido correspondencia sobre la que no es lícito dar ninguna explicación. Preguntado, además, por S. S. si la señorita Camps no servía al declarante como enlace con todos los dirigentes revolucionarios actuales, manifiesta. Que la señorita Camps no puede a los ojos de nadie, en manera alguna, tener manifiesta relación alguna con el que declara. Que fue la única entrevista a que antes ha hecho referencia, la que celebró con Hitler en Alemania; que no se celebró ningún acto ni mitin en Alemania en que tomase parte el declarante ni tampoco Mosley, pues no conoce a dicho señor. Preguntado si durante su estancia en Alemania solicitó de Hees le preparara una entrevista con Hitler y ésta tuvo lugar en una finca de la Alta Baviera, contesta: Que no ha sido jamás presentado al señor Hees ni ha hablado con él de ningún asunto. Preguntado por S. S. si, a pesar de lo manifestado, ha tenido correspondencia, bien directamente o indirectamente, con dicho señor, valiéndose de otras personas de su intimidad o bien falangistas, manifiesta que no. A otras preguntas del señor fiscal, insiste en que ni de palabra ni por escrito ha tenido la menor relación con ningún alemán sobre la preparación del movimiento subversivo en España. Preguntado respecto a una carta escrita por el general Sanjurjo en Estoril (Portugal), el 21 de marzo de 1936, en que le habla de su regreso de Alemania, si por la persona que trajo la carta o por otra alguna se le hicieron indicaciones respecto al problema o motivo de dicho viaje del citado general, contesta: que no, y que la única noticia que tiene del viaje del general a Alemania es la que él mismo da en la carta. Preguntado si la nota de su puño y letra que tiene escrita en el ángulo superior de la carta, de que contestó verbalmente a través de persona segura, significa que por la importancia de la contestación y gravedad de la misma tuvo que hacerla verbalmente a persona de su confianza, manifiesta: Que no, y que esa nota alude simplemente a la seguridad de evitar extravíos de correspondencia, cosa que el mismo general señala en la carta respecto de un telegrama no recibido. Preguntado para que explique el significado de la segunda carta, también dirigida a él por dicho general, fechada igualmente en Monte Estoril el 23 de abril del corriente año, en que volvía a hablar de su viaje por Centroeuropa, y de una carta certificada que le envió a la

Cárcel, manifiesta: Que lo único que demuestra esta segunda carta es la poca importancia que uno y otro corresponsal habían dado a la primera, puesto, que ni el general estaba seguro de que hubiese llegado al declarante ni la contestación verbal y formularia del declarante hubiera llegado al general. Preguntado para que explique el significado de un tarjetón escrito y dirigido a él por el señor Martínez Anido, manifiesta: Que no le encuentra explicación posible, igual que a la ampulosa del doctor Albiñana, que también le ha sido puesto de manifiesto, a las que no se puede dar ningún sentido más que el bien transparente del que resulta de su texto. Preguntado por S. S. para que explique el contenido de la carta, fecha 8 de julio del corriente, dirigida a él por un afiliado a Falange Española llamado José Moreno, manifiesta: Que el Rafael a que se refiere en la carta es el señor Sánchez Mazas, de quien habló antes, que este señor estuvo refugiado en Pamplona y que como llegasen noticias al declarante de que una conspiración derechista interna quería perturbarle en la dirección del Movimiento Nacional Sindicalista (Falange Española), escribió una carta al señor Sánchez Mazas, cuya dirección en Pamplona desconocía, y se la remitió por medio del señor Moreno, que se la devuelve por haber salido ya Sánchez Mazas de Pamplona. A esto se debe que el declarante inquiriese las señas en Italia de Sánchez Mazas. En cuanto a la palabra "Movimiento", es bien sabido que Falange Española la ha usado siempre, desde sus primeros pasos, para esquivar el uso de la palabra "partido", tan poco grato a los oídos de los españoles. Preguntado igualmente sobre otra carta, fecha 7 de abril, en que se le dice por el citado dirigente que se ha enterado de que el señor Primo de Rivera ha dicho que no vaya a visitarle a la Cárcel quien no sea pariente o lleve alguna misión determinada, de donde puede ingerirse que los visitantes no parientes iban a recibir órdenes o que se les encomendara alguna gestión o misión a realizar en relación con el desenvolvimiento político de esa organización, contesta: Que, en efecto, para reducir en algo la abundancia de visitas que perturbaban el régimen de la Cárcel de Madrid, insinuó genéricamente que se abstuvieran de ir a verle los que no tuvieran alguna cosa precisa, política o no, consejo al que se acogieron de muy buena gana los que, como el Eduardo autor de la carta, no tenían ganas de comprometerse yendo a la Cárcel a visitarle. Que con respecto a un retrato del rey que fue Alfonso de Borbón³⁴, dice: Que, evidentemente, ha sido una equivocación de la Policía al entregar la documentación obrante en el sumario, por cuanto que su recuerdo de aquella persona no es tan fervoroso como para tener un retrato suyo en la cárcel. Preguntado para que exponga las frecuentes visitas que le hacían en la prisión determinadas personas y el motivo de estas entrevistas, manifiesta: Que en Madrid tenían un objeto profesional, otras muchas de parentesco, amistad o afinidad política e innumerables de mera curiosidad, no poco fastidiosa en ocasiones, y que en Alicante han obedecido a los mismos motivos, salvo el profesional, del que apenas se había ocupado. Preguntado para que explique el motivo de la visita que celebró en esta Prisión el día 14 del pasado mes de julio, pocos días antes del movimiento revolucionario, por. don Antonio Goicoechea, jefe político del partido Renovación Española, dice: Que aquella entrevista dejó tan poca impresión en su espíritu que ni siquiera recuerda el que se haya celebrado, y en cuanto a los diputados señores Serrano Suñer, Daza y Finat, les une con el declarante una amistad fraternal de muchos años, que les movía a visitarle con bastante frecuencia. Preguntado que si las entrevistas de su cuñada Margot Larios con su hermano Miguel y con él tenían, además de un fin puramente familiar, el que pudiera servir de elemento de enlace con personas dirigentes del Movimiento revolucionario actual, contesta: Que no, en absoluto. Preguntado igualmente que explique cómo en varias ocasiones, en las entrevistas que tenía con ellos su cuñada, la tela metálica que los separaba apareció rota por distintos sitios, como si hubiera servido para introducir objetos. Dice que no, si bien no tiene interés en ocultar que alguna vez pasaban por encima de esa misma tela alguna botella de coñac. Preguntado para que explique por qué conducto y de qué forma qué persona le proporcionó la pistola marca "Danton" con el número borrado, reglamentaria de la Guardia Civil, con otro cargador de doce balas y una caja de municiones, así como otra arma exactamente igual, con otro cargador e igual número de municiones, que se encontraron también a su hermano Miguel, dice: Que jamás se les pasaron dichas armas, como tiene declarado en el sumario que al efecto se instruyó, al cual se remite. Preguntado para que reconozca si son de su propiedad el mapa y los croquis del mismo que le ponen de manifiesto, dice: Que, efectivamente, reconoce haber sido suyo el mapa y uno de los croquis, sin que pueda asegurar que el otro fuera hecho por su hermano, y que las noticias a que responde el dibujo las adquiriría porque

³⁴ Un rasgo demostrativo de la altiva dignidad con que rechazara de su alrededor toda procacidad o toda cobardía soez: José Antonio, doctrinalmente, no aceptaba la Monarquía liberal ni parlamentaria, y, personalmente, se hallaba dolido por el proceder de don Alfonso con el dictador; pero cuando en los furibundos interrogatorios de su último juicio el juez le preguntó sobre "sus relaciones con el Borbón", José Antonio, agravando su ya peligrosísima circunstancia, se negó a contestar a menos que se sustituyera tal designación despectiva por la de don Alfonso XIII o la de ex rey de España. (Julián Pemartín: *Noticia biográfica de José Antonio Primo de Rivera*).

entonces leían periódicos³⁵ y no estaban incomunicados del todo. Preguntado por S. S. para que manifieste si les hacían los cacheos reglamentarios diariamente en sus celdas y personas, contesta: Que en su persona no recuerda se le hubiera hecho ninguno antes del supuesto hallazgo de pistolas, pero que en su celda, a las horas de patio, supone que sí, porque un día, al subir del patio, muy poco antes de las famosas pistolas, encontró con que estaban terminando dos oficiales el registro. Preguntado asimismo para que explique la causa de la libertad tan grande que gozaban dentro del régimen carcelario, en que se les permitía por los vigilantes el tener abiertas las puertas de su celda, y cuando, por cualquier causa, se extremaba el celo en la vigilancia o visitas, protestaba airadísimo contra los diversos directores, dice: Que no considera disfrutase de excesiva libertad, sino, por el contrario, de un régimen más restringido del habitual en los presos políticos, y que a esto, que juzgaba como exceso de restricción, se debían sus protestas cuando era agravado. Preguntado, por último y definitivamente, si tanto durante el tiempo que lleva en prisión, como anteriormente, ha dirigido e inducido a individuos que le visitaban, entregando cartas para los jefes facciosos, preparando de esta suerte la sublevación militar de carácter puramente fascista que se desarrolla actualmente en España: Que no, e insiste en todo lo que tiene declarado. Leída por sí propio esta declaración, cuyas contestaciones han sido redactadas por el propio declarante, se afirma y ratifica y firma con S. S. y el señor fiscal y doy fe. Enjuto.–

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA. VIDAL GIL. TOMÁS LÓPEZ ZAFRA.

Declaración transcrita por Francisco Bravo: *"José Antonio ante la justicia roja."* Madrid, 1941.

³⁵ Concretamente *El Liberal*, de Murcia y *El Heraldo*, de Madrid.

EL PROCESO DE ALICANTE

Día 16

A las 10,30 horas.— En la Sala de la Audiencia, habilitada en la Prisión Provincial, comienza la primera sesión del proceso con la lectura por el Secretario del Tribunal de las conclusiones provisionales del Ministerio Fiscal.

Admisión de pruebas presentada por José Antonio como abogado defensor de sí mismo, de su hermano Miguel y de su cuñada Margot Larios.

A continuación se efectúa el interrogatorio de José Antonio, Miguel y Margot.

A las 16 horas.—Se reanuda la sesión con el interrogatorio de los Oficiales de Prisiones procesados:

Abundio Gil Cañaveras, Samuel Andani Boluda, Joaquín Samper Sánchez, Miguel Molíns Martínez y Francisco Perea Pérez.

Día 17

Prueba testifical en la que intervienen:

José Goicoechea y Primo de Rivera, Mariano Castaño, Adolfo Crespo, Antonio Vázquez, Enrique Alijo, Martín Echevarría, Eduardo Busquier, José Pujalte, Manuel Pallá y José González Prieto.

Prueba documental

A las 16 horas.— Conclusiones definitivas del Ministerio Fiscal.

Conclusiones definitivas de José Antonio.

Absolución de los Oficiales de Prisiones procesados.

Informe del Ministerio Fiscal.

Informe de José Antonio.

A las 22,30 horas.— Preguntas del Tribunal de Derecho al Jurado (se prolonga la sesión hasta la madrugada del día siguiente).

Día 18

A las 2,30 horas de la mañana.— Informe en Derecho.

SENTENCIA:

Se condena al procesado JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y SAENZ DE HEREDIA, como autor de un delito de rebelión militar, A LA PENA DE MUERTE; al procesado MIGUEL PRIMO DE RIVERA Y SAENZ DE HEREDIA, como autor de un delito de rebelión militar, A LA PENA DE RECLUSION PERPETUA, que no podrá exceder de treinta años, y a la procesada MARGARITA LARIOS Y FERNÁNDEZ DE VILLAVICENCIO, como autora de un delito comprendido en el párrafo 2º. del art. 240 del Código de Justicia Militar, A LA PENA DE SEIS AÑOS Y UN DÍA DE PRISIÓN MAYOR, accesorias correspondientes a estas dos últimas penas; a que los tres indemnicen mancomunada y solidariamente al Estado en la suma de quince millones de pesetas, y al pago de las costas procesales en la proporción legal correspondiente, sirviendo de abono para el cumplimiento de la

pena de los dos últimos procesados citados, todo el tiempo que hayan estado privados de libertad por esta causa.

NEGATIVA DE INDULTO Y ORDEN DE EJECUCIÓN

Después de leída la sentencia, el Jurado se opone a la revisión de la Causa y a la petición formulada por José Antonio sobre la conmutación de la pena capital a que ha sido condenado.

A las 3 horas.— Termina la vista de la Causa.

Día 20

A las 6,40 horas.— Ejecución de la sentencia.

+ + +

La documentación del Proceso de Alicante figura en el libro *Frente a Frente*, de José María Mancisidor, del cual hemos tomado las piezas fundamentales de la defensa de José Antonio que se incorporan en esta obra y que son las siguientes:

16 de noviembre de 1936:

Admisión de prueba.

Interrogatorio de José Antonio.

17 de noviembre de 1936.

Conclusiones definitivas de José Antonio.

Informe de la defensa de José Antonio, como abogado de sí mismo; de su hermano Miguel y de su cuñada Margarita Larios.

ADMISIÓN DE PRUEBA DEL ABOGADO JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, EN ALICANTE, EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1936

Presidente: ¿Las partes tienen que añadir alguna prueba?

Fiscal: Este Ministerio Fiscal solicita que se unan en cuerda floja la causa de Crevillente contra Augusto Aznar y otros; la de Alicante contra el General García Aldave y otros militares y la de Orihuela contra Miguel Salinas y otros más, y un ejemplar del diario *El Liberal* de Murcia que habla de unas declaraciones de JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA a un enviado especial de un periódico extranjero.

José Antonio: Esta defensa su escrito de prueba que reproduce con algunas modificaciones. Por de pronto se prescinde de pedir el fallo referente a Asociación Ilegal. Por otra parte, que se suprima la limitación de plazos, porque al proponer la petición de ciertos informes a la Dirección General de Seguridad y Tribunales de Madrid, se decía que este Tribunal señalase como plazo las 12 de la mañana de hoy. Esto lo modifica esta defensa para que se le conceda el plazo que la justicia del Tribunal crea oportuno para que llegue esta prueba.

Después quiero aclarar que el testigo a quien solamente se ha dado el nombre de "Señor Echevarría", es el señor Martín Echevarría, subsecretario de Agricultura y Secretario de la Junta Delegada del Gobierno de Levante. Y después, como prueba nueva, la incorporación de unos documentos que consisten en una carta de JULIO RUIZ DE ALDA publicada en un ejemplar de un periódico clandestino, *No importa*; un ejemplar del de Madrid *La Epoca*, y una contestación anónima de un afiliado de Bilbao al artículo de *La Epoca*.

Muy encarecidamente ruego la inclusión de ese documento aportado por el señor Fiscal, que es la interviú, que con autorización de la Comisión de Orden Público, fue celebrada por un periodista extranjero. Y ruego que se añada el testigo don Julián Elordi, Gerente del Hotel Victoria, a quien se puede avisar urgentemente.

Algunas de las pruebas quisiera que se demorasen algunas horas, o quizá veinticuatro horas el Juicio. Esto es porque manifiesto mi confianza en la justicia del Tribunal Popular para que se ponga todo en claro.

Si el Tribunal, dado lo serio del caso y la gravedad de la pena, accediese a esta petición, comenzaría a hacer justicia.

Otra defensa (Campos Carratalá): Solicito que como prueba documental se añada la certificación expedida por el Sindicato de Trabajadores del Cuerpo de Prisiones de esta Capital a favor de D. Miguel Molins. Otra del Frente Popular de Murcia, certificando la absoluta adhesión al Régimen del mismo procesado. Otra también de adhesión al Régimen, del Secretario de la Casa del Pueblo de Murcia. Otra del Sindicato de Prisiones de Murcia, por ser donde prestó sus servicios, de que desde la fecha de su fundación era adicto a este Sindicato. Igualmente otra de que Samuel Andani es afecto a la República, de Elche, y otra idéntica de Pego.

Intereso como prueba documental la lectura del Sumario y también la prueba testifical entregada por el Juez interesando la citación judicial de este testigo y al mismo tiempo rogando al Tribunal se sirva acordar lo pertinente.

Presidente :Se suspende unos minutos la sesión para plantear esta prueba.

Jurado (Doménech): Quisiera que PRIMO DE RIVERA rectificara unas palabras ofensivas para el Tribunal que ha pronunciado. Son ellas las dichas al rogarnos que autorizáramos la prórroga de veinticuatro horas para que vengan las pruebas solicitadas; dice que con ello empezaría este Tribunal a hacer justicia.

José Antonio: Con mucho gusto. Me refiero en este caso, porque sería la primera determinación que tomase.

Secretario: El jurado ha acordado admitir las pruebas propuestas por el Ministerio Fiscal y las pruebas de PRIMO DE RIVERA.

Presidente: Lea el señor Secretario únicamente las que se aceptan.

Secretario: Se admiten el que se dirija oficio a la Jefatura de Policía de Alicante para que dé información acerca de si el ex diputado monárquico señor Goicoechea estuvo aquí el 14 de julio y le hizo una visita; que se dirija oficio al Gobierno Civil, para que se disponga la entrega por aquella dependencia de la colección del semanario *Arriba* que debieron presentarse allí.

José Antonio: Esta parte renuncia a esta prueba.

Secretario: Que se reclame al periódico *El Luchador* y demás que se publican en Alicante, ejemplares del número en que a raíz de la rebelión militar en Barcelona, se publicaron listas de gobiernos rebeldes halladas en poder de Oficiales presos.

Se admite toda prueba del Fiscal, incluso la de los testigos de Madrid.

Presidente: Se harán las citaciones para esta tarde a los que residan aquí. De los de Madrid, para mañana o pasado. Los de Madrid que sean mañana a las diez horas.

Jurado (Ortega): Siempre que llegue en el momento oportuno.

José Antonio: Como ha sido admitida una prueba del Ministerio Fiscal consistente en la aportación de otros datos, de los que esta defensa no se ha instruido, ruego al Tribunal que acuerde que se me traigan por el Secretario.

Presidente: Le serán llevadas a la cárcel por el señor Secretario de este Tribunal.

Defensor (Campos): ¿Sobre las pruebas propuestas por esta parte defensora, qué resolución recae?

Presidente: Admitidas todas ellas.

Del libro *"FRENTE A FRENTE. José Antonio frente al Tribunal Popular. Alicante - Noviembre 1936"*, de José María Mancisidor. Editorial Almena. Madrid, 1975.

INTERROGATORIO DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y SÁENZ DE HEREDIA, EN EL PROCESO CELEBRADO EN ALICANTE, EL 16 DE NOVIEMBRE DE 1936

Presidente: Le exhorto a que diga la verdad.

José Antonio: Lo juro.

Presidente: ¿Edad?

José Antonio: Treinta y tres años.

Presidente: ¿Estado?

José Antonio: Soltero.

Presidente: ¿Profesión?

José Antonio: Abogado.

Presidente: ¿Vecindad?

José Antonio: Madrid.

Presidente: ¿Ha estado procesado alguna vez?

José Antonio: He sido condenado por delitos de desacato y publicación clandestina.

Presidente: ¿Penó todo?

José Antonio: Todas las he cumplido ya.

Fiscal: ¿Desde el advenimiento de la República se colocó usted en posición de franca rebeldía y abierta oposición a la misma, manifestando su descontento a las Cortes, acudiendo a medios subversivos, intentando anular las prerrogativas del pueblo?

José Antonio: No, señores. Nada más lejos de todo eso. Como sabe todo el Tribunal, mi padre, el General Primo de Rivera, difunto desde el año treinta, fue el Jefe del Gobierno en la penúltima etapa monárquica. Se le destituyó o se le depuso, cobardemente, por virtud de una serie de intrigas que todos conocen. La Dictadura del General Primo de Rivera no cayó por ninguna oposición, declarada o abierta, popular, sino que tales maquinaciones dieron por resultado la formación de un Gobierno palatino de antiguos políticos. Esto lo sabe todo el mundo. Al General Primo de Rivera no le sucedió la República, sino el General Berenguer con todos los políticos conocidos antiguos, Romanones, García Prieto, etc., etc. Mi padre, el dictador o Presidente, pues sobre esto de dictador habría mucho que hablar, se fue en estado de infinita tristeza, por el pago recibido a lo que él creía servicios a la Monarquía. Se fue a París y hubo en él tal estado de melancolía que murió en París a las seis semanas. Murió de pura tristeza, sin que (este detalle creo puede tener algún relieve) de Palacio, donde tanto se debían acordar de él, llegase ni una tarjeta postal interesándose por su salud en el mes y medio que siguió a su expatriación de España. Comprenderá el señor Fiscal que dados esos antecedentes –y sin que yo venga aquí de ninguna manera, a implorar la commiseración del Tribunal de una manera humillante–, comprenderá el señor Fiscal que mi recuerdo para aquella última etapa del antiguo Régimen, no está, por cierto, llena de afectos. El propio señor Fiscal y el señor Juez instructor han tenido la consideración de creer, sin el menor titubeo, que cierto retrato –que figura en los autos y que por error entregó la Policía como entre mis papeles encontrado–, de suponer que aquel retrato no sea mío.

De modo que, cuando sobrevino el cambio de Régimen, en que se derrumbaba aquel Régimen que solapadamente y mediante intrigas había sustituido al de nuestro padre. Esto lo someto a la consideración y al ánimo de mis hermanos. Y sustituyó al Régimen de nuestro padre atacándole por debajo, calumniándolo, persiguiendo aquello como una dictadura intolerable, cuando lo cierto y verdadero es que todas las clases conservadoras, palatinas, potentados que apoyaron la dictadura al principio, creyendo que iba a ser en efecto un instrumento de clase, de dominación, autoritario, se le fueron apartando, cada día más, cuando se dieron cuenta de las obras en sentido social que hacía la Dictadura. Muchas de las obras mantenidas por la República en materia social, están promulgadas en tiempo de la Dictadura. Desde luego, la Dictadura no remató su obra social, y yo me he permitido, en lugar tan público como las Cortes, decir que fue una experiencia frustrada, que no cumplió su destino, que no colmó las esperanzas de una juventud española obrera, estudiantil, etc., en la que yo entonces formaba, y que creyó que la ruptura del antiguo Régimen era para implantar una obra social revolucionaria nueva. Yo, reciente la muerte de mi padre, no tenía que juzgar si la Dictadura había conseguido o no todos sus objetos, sino únicamente que mi padre había sido traicionado por unas cuantas gentes que habían sido destituidas por una elección popular. En principio pues, aquellas elecciones populares tuvieron simpatía mía, aún cuando sólo sea en este aspecto.

Un dato que me he encontrado en los autos y que he solicitado, yo mismo, que se una, es este: Cuando el famoso Diez de Agosto de 1932, mi hermano Miguel y yo fuimos detenidos, llamándonos como nos llamábamos, hubo sospechas. Pues bien, sabe el Tribunal que los detenidos de aquel Diez de Agosto fueron detenidos unos, retenidos en prisión otros, deportados otros. Pues el Gobierno de entonces, especialmente el Ministro de la Gobernación Casares Quiroga –para quien tengo que dedicar unas palabras referentes a las injusticias cometidas con mis camaradas y conmigo–, pero entonces, Casares Quiroga por falta absoluta de pruebas, por comprobación absoluta de que no teníamos nada que ver con aquel Movimiento, dispuso la libertad de mi hermano y la mía. Eso figura en los antecedentes que obran en la Dirección General de Seguridad, se han pedido para el Sumario y no sé si han contestado.

Fiscal (Gil Tirado): Los hechos y sucesos políticos que se produjeron en la anterior etapa, principalmente durante la Dictadura de su padre, continuados en peor forma por la otra Dictadura mixta, civil–militar de Berenguer, ejerciendo también forma de Gobierno contraria a todo régimen democrático ¿produjeron en usted una influencia tan inmediata, por su espíritu y su temperamento, que le impulsaron a Vd. a pensar en la constitución de una agrupación política de tipo dictatorial?

José Antonio: Eso me obliga, por mucho que me pese, a que explique mi actitud personal. En esto de las dictaduras como oposición de todo régimen democrático, tengo que hacer constar una cosa, señor Fiscal. Cuando se produce un movimiento, lo mismo de derechas que de extremas izquierdas, que conviene para implantar un régimen revolucionario, por avanzado que sea, hay que pasar por un período dictatorial por la sencilla razón de que a un pueblo como el español, al que se ha tenido sumido en la miseria, no se le puede hacer la burla de soltarle y decirle: "Arréglate con tus propias disponibilidades". Eso es burlarle. Muchos de los partidos representados, dignamente, en este Tribunal, creen que hay que pasar por un período dictatorial. La diferencia está en que los partidos reaccionarios creen y quieren que este período dictatorial sea un régimen estable, redundando en provecho de unas clases que vienen detentando el Poder; en tanto que los que tienen un sentido revolucionario (y uso esta palabra no con énfasis –Falange Española tiene sentido revolucionario– y esto también consta en ese Sumario), los que creemos esto, sabemos que en vez de hacerlo, hay que trabajar algunos años para darle sentido. Desde este punto de vista, yo soy demócrata. En el sentido democrático de decirle: "Arréglate como puedas y ven un domingo cada cuatro años a votar", yo no soy democrático. En cambio, autoritario, militarista:... Yo le agradecería al señor Fiscal que señale un solo pasaje mío en que me pueda acusar de tal, que yo señalaré luego los numerosos en que se demuestra lo contrario.

Fiscal: En julio de 1933, se celebró un mitin en el Teatro de la Comedia de Madrid, en el que pronunció un discurso JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, explicando y exponiendo su programa.

José Antonio: Deploro mucho que ese discurso no esté aquí. Pero como hay una serie de discursos y trabajos en los que desarrollo la misma ideología, a ellos me remito.

Fiscal: Siguiendo sus propósitos de organización, buscando y recogiendo adeptos en todas partes, ¿la Falange Española fusionó a ella las J.O.N.S. que ya existían con anterioridad a Falange Española, por ser útil a sus fines políticos utilizar y atraer las asociaciones de las J.O.N.S. contrarias al régimen legal, erigiéndose Vd. en líder o Jefe de todo ese conglomerado, de toda esa agrupación de la Falange Española y de las J.O.N.S.?

José Antonio: No, señor. Había una pequeña agrupación que se llamaba Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Esta agrupación se fundó por un muchacho, Ramiro Ledesma, que siempre ha tenido un revolucionarismo espectacular. No había tales juventudes, porque eran una docena de amigos. Lo que pasa es que como él agitaba una bandera Nacional-Sindicalista, coincidentes en muchos puntos, en lo teórico, con la que agitábamos nosotros, el hecho de que existieran dos agrupaciones iguales, se prestaba a un confusionismo. Todo el que ha hecho una propaganda política sabe lo difícil que es recoger adeptos. El hecho de que hubiera dos asociaciones con idearios parecidos, complicaba y entorpecía hasta tal punto, que tuvimos que transigir con la suma de esos dos movimientos. Pero Ramiro Ledesma, que es cauto y que sabía explotar su propia fuerza y sobre todo el instrumento de posibles especulaciones políticas que tenía en la mano, exigió que al nombre escueto y bastante bonito, de... Falange Española, le añadiésemos ese de J.O.N.S. No hubo manera de hacerle desistir, y, naturalmente, por añadirle ese apéndice no íbamos a mantener vivo ese pequeño cáncer. Transigimos y por eso hubimos de hacer Estatutos nuevos en octubre de 1934. Los otros eran del treinta y tres.

Fiscal: ¿La finalidad de esa nueva agrupación política no era otra que sustituir al Estado democrático que el pueblo se dio por otro autoritario o imperialista, que propugnaba Vd. en su ideario político.

José Antonio: Desde luego el sistema constitucional de Parlamento y todo eso, sí ¿Cómo voy a ocultar semejante cosa? No por un sistema, sino por un Estado Sindicalista; lo cual quiere decir ésto, como todo el mundo sabe. Las personas que suponen que el régimen capitalista está en quiebra, en sus últimas manifestaciones, entienden que este régimen capitalista tiene que dar paso a una de estas soluciones: o bien a la solución socialista, o bien a la solución sindicalista. Poco más o menos, los socialistas entregan la plus-valía, es decir, el incremento de valor del trabajo humano a la colectividad organizada en Estado. En cambio, el sistema sindicalista adjudica esta plus-valía a la unidad orgánica del mismo trabajador. Se diferencian los dos del sistema capitalista actual, en que éste la adjudica al empresario, al que contrata el trabajo. Pues bien, como la Falange Española ha creído desde un principio, en que el sistema capitalista está en sus últimas manifestaciones (Una conferencia que encontraréis en las páginas de "Arriba", quizá una coyuntura decisiva ante la historia política del mundo, que pronuncié en Madrid ante seis o siete mil personas) y que, precisamente esta es la crisis de nuestra época al decidirse por uno de esos dos sistemas optó por el sindicalista, porque creo que conserva en cierto modo el estímulo y da una cierta alegría de trabajo a la unidad orgánica del trabajador. El socialista parece que burocratiza un poco la vida total del Estado, pero esto, como se vé, es actitud lícita. El mundo está lleno de partidos. El carlista, tradicionalista, monárquico... que propugnan distintas maneras de entender el Estado. Fuimos procesados por sostener estas ideas y el Tribunal Supremo de Justicia ya bajo el Gobierno, no actual, sino del señor Azaña y Casares Quiroga, y precisamente por la Sala Segunda del Supremo, que es la de más probada lealtad republicana, que está formada no por representantes de la carrera judicial, sino por elementos como Antán Oneca, discípulo predilecto de Jiménez Asúa, y notables jurisconsultos como el señor Crespo Cambra, nombrado por el Gobierno de la República, este Tribunal Supremo nos dió la razón y nos dijo que precisamente la Constitución permite que los españoles profesen distintas ideas políticas y prevé hasta la posibilidad de su propia sustitución. Ella misma habla de que puede ser sustituida por otra. Me parece que eso no es delito alguno.

Uno de los puntos, aparte nuestros juicios, determina que entendemos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Pero según explica una conferencia de Rafael Sánchez Mazas, que es el primer intelectual de la agrupación, se entiende que nosotros no entendemos por Imperio una vasta extensión de país. Nosotros no somos nacionalistas; no creemos que una Nación, por el hecho de ser territorio y de que unos hombres y unas mujeres nazcan en él ya es la cosa más importante del mundo. Creemos que es una Nación importante, en cuanto encarna una Historia Universal. Por eso entendemos en el destino que Italia y Alemania expresan, valores universales, como lo representa Rusia, y éstas son Naciones. Las Naciones que ya han dejado de potenciar un valor histórico en lo universal, no nos interesan nada. No creemos que lo sean por el hecho de que ya están y se hallan

enclavadas en una superficie de tierra. Creemos que eso tiene que representar una función universal; Imperio, es decir, trascendental, que salga más allá de sus fronteras, de su tierra, de sus piedras, de sus elementos naturales. Y esto es lo que quiere decir la palabra Imperio y ésto es lo que está dicho, mejor delimitado, en la conferencia de Sánchez Mazas.

Fiscal: Para escribir como título de esa Asociación política Falange Española y de las J.O.N.S., cuando habla de Falange Española, lo mismo en público que en privado, en hojas y en manuscritos, ¿se refiere a un movimiento que llaman Nacional-Sindicalista?

José Antonio: Sí, señor. Lo corriente es que el partido sea el partido. Pero, como la conciencia pública española está tan castigada por tantos partidos, la palabra partido suena mal, y como tenemos tendencia totalitaria, como la tienen los socialistas ladecemos la palabra partido y la sustituimos por Movimiento Nacional.

Fiscal: ¿No es más cierto que el emplear, para escribir, ese título de Movimiento, sea para que en cualquier momento puedan utilizar en dos acepciones esa palabra, es decir que llegando un movimiento insurreccional subversivo, de algo que signifique cambio político en España, cuando se hable de ese Movimiento no pueda entenderse y disimular su verdadero movimiento?

José Antonio: No, señor. Nada semejante a esto. Desde el primer mitin, dado en el Teatro de la Comedia, lo dije. Nosotros no somos un partido más. Somos un antipartido. Somos un Movimiento Nacional. Esto se ha dicho infinitas veces. Los que hayan prestado atención, a mis camaradas y a mí, saben que es verdad esto.

Fiscal: Entre los numerosos actos políticos que celebró Vd. por su autoridad y ascendiente, ¿alentó o influyó en tal sentido que produjera en su ánimo, un estado, sobre todo cuando los otros eran izquierdas y proletarios, que determinará la comisión de actos delictivos?

José Antonio: La cosa es bien clara de comprobar. Cuando me dijo esto el juez, al tomarme declaración, me preocupó pensar cómo podría sacudirme este cargo. En la colección de mi periódico a ver si hay un solo renglón. He pedido que se traigan mis discursos parlamentarios. El Tribunal no lo ha creído oportuno. Pregunta después que si esta virulencia se recrudeció en tiempos en que el Gobierno de España era regido por Gobierno de izquierda. ¿No ha existido eso? Se constituye Falange Española en 1933, unos meses después de caer el Gobierno de Azaña y ha durado hasta el 16 de febrero del año en que estamos, en que fueron las elecciones. Hasta el catorce de marzo, en que me encarcelaron. Durante esos días no hubo actos públicos de ninguna especie; entonces, ¿de dónde puede sacar el señor Fiscal que esa virulencia mía se ha producido?

Presidente (Iglesias del Portal): Puede el procesado suprimir las preguntas y limitarse a contestar a las preguntas que le hagan.

Fiscal: Al conocimiento de esos actos delictivos ¿no es cierto que no los impidió, ni censuró la conducta de sus afiliados haciendo uso de la autoridad que tiene sobre ellos, aún en ese periodo breve, sino que llegó hasta casi autorizarlos, defendiéndoles, cuando eran procesados por su actuación, ante los Tribunales?

José Antonio: No he defendido ni una sola vista por ningún delito de sangre en doce años, ni de Falange ni de fuera de Falange. Eso se puede ver en el Registro del Colegio de Abogados. He defendido innumerables por supuestos delitos de tenencia ilícita, etc. Me consta que como acuerdo del partido, como cosa organizada por el partido, no se ha cometido un solo delito de sangre. Que en épocas de lucha encarnizada como ésta, y entre grupos políticos de ideología contrapuesta, caigan muertos de un lado y de otro. ¡Que duda cabe! Esto es infinitamente triste. Tengo la misma consideración por la sangre vertida de un lado y de otro. Me ha dolido que hayan caído obreros anarquistas, socialistas, en luchas con afiliados nuestros, que no sé quien son. Algunos muertos nos atribuyen. También tengo yo sesenta y cinco muertos en una lista que está en autos, y no se me ocurre imputarle su muerte a ninguno de los partidos de donde pudieron salir los agresores.

Fiscal: Con motivo del aplastante triunfo del Frente Popular, ¿redobló sus actividades en contacto con otros elementos afines, por ejemplo Renovación Española, contraria al régimen republicano, para preparar la revolución que ensangrienta a España?

José Antonio: Le diré al señor Fiscal. A fines de diciembre de 1935 vino a visitarme un redactor de *Blanco y Negro* periódico ultraderechista, para decirme: ¿Qué resultado prevé Vd. de las elecciones? Había preguntado ya a Calvo Sotelo, a Gil Robles y a no sé quien más. Todos habían dicho: "Triunfo aplastante de las derechas". En la última página o en la penúltima de este periódico está lo que yo dije: "Preveo el triunfo de las izquierdas". "El triunfo rotundo de las izquierdas". Y me dijo: ¿Qué sucesos públicos prevé como consecuencia? Respondí: "Se constituirá un Gobierno de izquierdas burguesas, probablemente presidido por Azaña. Si este Gobierno acierta a comunicar al país la experiencia de una obra izquierdista, renovadora, pero con alegría nacional, puede esperarse para nuestra Patria buenos días, grandes días". Esto dije yo. Y agregué: "Si no consigue eso, probablemente, habrá una pugna evidente entre la Revolución Marxista y la Revolución Nacional". Esto dije también. Se celebraron las elecciones, la Falange Española fue separada de las derechas e hizo campaña contraria a ellas, porque les eché en cara treinta veces que no habían sabido hacer una obra Nacional y Social; que se habían limitado a aplastar, de modo torpe y excesivo, la Revolución de Asturias, sin ponerse a indagar por qué podía haber estallado. Todo esto lo dijimos hasta hartarnos y cuando vino el, dieciséis de febrero y triunfaron las izquierdas, publiqué un número de Arriba, en el que a toda plana se decía: "Sucedió lo que tenía que suceder"

"Como habíamos previsto el veintiocho de junio de mil novecientos treinta y cinco, antes de la primavera de este año tendremos Gobierno Azaña en el Poder". "La experiencia es peligrosa. Está llena de riesgos. Pero esta experiencia peligrosa nos interesa. Esta puede tener una sustancia, un color y un contenido". Así que, como españoles, miramos esto con una expectación benévola.

Fiscal: Acaba Vd. de manifestar que tenía que venir la Revolución Marxista con la Nacional. ¿Es la equiparación de que tenía que ser la marxista con ustedes?

José Antonio: No voy a dar parte de mis condiciones de profeta. Yo lo que dije es que estallaría un choque violento. Eso es evidente. En la calle está. La relación mía o la simpatía con esto que está luchando en la calle, esto, cuando el señor Fiscal me lo pregunte, le contestaré con mucho gusto.

Fiscal: En virtud de ese triunfo del Frente Popular ¿dedicó sus actividades a celebrar reuniones clandestinas, con sus secuaces para llegar a un acuerdo a la forma, la manera y la época propicia en que habían de tener lugar el movimiento subversivo?

José Antonio: Si estaba en la Cárcel, algo así como veintitantos días, no podía hacerlo y ¿cómo iba a mostrar simpatía hacia esas personas a quienes había combatido y censurado durante dos años?

Fiscal: ¿Presentaron Vds. impreso del programa político, en la Dirección General de Seguridad?

José Antonio: No, señor. De los Estatutos, sí: pero del programa político ¿desde cuándo hay que presentarlo?

Fiscal: La lectura de los números y puntos que se detallan y expresan sin hablar del conjunto, ¿ese programa político era sin variación alguna, lo que constituye el desarrollo de todas las actividades políticas de ustedes? ¿Lo refleja todo?

José Antonio: No voy a condenar ahora la Revolución, para que parezca que quiero congraciarme con el Tribunal. Esto me interesa ponerlo en claro. La revolución en calidad de cipayos, la revolución de mis muchachos, ardorosos, combatientes, para luego Dios sabe qué, eso no. Creo que eso es la sustancia del juicio presente y espero las preguntas del señor Fiscal.

Fiscal: ¿Antes de ser detenido hizo propaganda en contra de la República y a favor del Fascio, que continuó con posterioridad, y siempre tratando de la Revolución para su logro?

José Antonio: ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!. La palabra Fascio no aparece ni una sola vez en treinta y tantos números. ¡Que me señale un solo hecho, o indicio, de semejante cosa!

Fiscal: ¿Recibía cartas dirigidas a Vd. como Jefe de la Falange de sus secuaces, en las que estos decían, llenos de ímpetu y valor, que se preparaban para lanzarse al asalto del Poder?

José Antonio: Probablemente innumerables. Es cosa de los ingenuos.

Fiscal: ¿Usted realizó un viaje a Alemania en el año treinta y cinco?

José Antonio: No, señor. El primero de mayo de 1934, por primera vez, y volví el siete del mismo mes. Le voy a decir que hablé unos minutos con Hitler, pero éste no habla más lengua que el alemán y yo es una lengua, que apenas puedo decir, que empiezo a entender. Me tuve que valer de un intérprete y en cinco minutos que hablamos me dijo que tenía gran afecto para la memoria de mi padre, le di las gracias, y como había entre nosotros una gran distancia, allí terminamos la entrevista. No he vuelto a poner los pies en Alemania ni antes ni después.

Fiscal: ¿La gestión de este Movimiento data precisamente de este año?

José Antonio: ¿Del año treinta y cuatro?

Fiscal: Quizá del año treinta y tres, a virtud de aquella época.

José Antonio: Eso no lo sé.

Fiscal: La prensa ha publicado escritos, que nadie ha contradicho ni rectificado, en donde se ha dicho que antes de que Vd. fuera a Alemania, hubiera ido ya el difunto ex General Sanjurjo, por sugerencias que le hicieron a Vd., en su estancia en Berlín, por Hitler o alguno de los lugartenientes suyos, y usted lo indicó a Sanjurjo para preparar la subversión.

José Antonio: Perfectamente. El señor Fiscal en su acusación dice que eso ha sido publicado un día de octubre de este año. Según dice el señor Fiscal, mi absoluta incomunicación empezó el dieciséis de agosto. Es decir que, desde entonces, se acabó la tolerancia conmigo. Entonces, comprenda el Tribunal, que es imposible que yo me enterase de que se había publicado eso y me rectificara. Eso sería pedir gollerías. En cuanto a Sanjurjo lo vamos a ver enseguida.

Fiscal: Ya le preguntaré sobre eso.

José Antonio: Decía el señor Fiscal que el General Sanjurjo fue propuesto por mí, o me dijeron que era mejor que fuera Sanjurjo. Pues bien, sobre lo que he dicho antes, referente a mi paso por Alemania, de que jamás he visto al señor Hess, añadiré que no he tenido la más mínima relación con Sanjurjo, a quien tenía afecto, porque era compañero de armas de mi padre y hombre de muy buenas cualidades, aunque quizá fuera equivocado y torpe en política, porque no tenía capacidad política. No he tenido relación con él, porque él ha estado emigrado en Portugal y yo he estado en España.

Fiscal: ¿Heff no preparó una entrevista de Vd. con Hitler?

José Antonio: ¡Jamás!, no he visto jamás a Hess.

Fiscal: Lo de Hess o Heff, lo mismo da. Ahora, si le conoce mejor el procesado, eso varía. Yo sigo con Heff, mientras no se demuestre lo contrario con un diccionario. Claro que, cuando el procesado lo dice, él sabrá por su superior cultura.

José Antonio: Bien; el señor Fiscal sabe que mi cultura es bien modesta, pero que la uso.

Fiscal: Basta. ¿Tuvo lugar un mitin en Berlín en el que habló usted, hablando también Mosley?

José Antonio: Yo le digo al señor Fiscal que un mitin es un acto público. Ha tenido que publicarse la reseña en infinitos periódicos de Europa. Hay muchos periódicos españoles que tienen completísimo archivo: *El Sol*, *El Debate*, *ABC*. Todos están ahora incautados por el Frente Popular. Que se pida a los archivos de esos periódicos, ya que yo no lo puedo hacer, porque estoy encarcelado y todos lo sabéis, a ver si existe un supuesto mitin, en un lugar de Europa, en que yo haya hablado. Tampoco conozco al señor Mosley.

Fiscal: ¿Recuerda que Sanjurjo al hacer su viaje a Alemania desde Portugal, vino una referencia que se publicó y la insertaron todos los periódicos españoles, de su disimulo de que se marchaba porque se le había hablado de algo que se preparaba?

José Antonio: Sí, recuerdo haberlo leído.

Fiscal: Sin embargo, como a usted le consta que hizo un viaje a Alemania y le notificó a usted...

José Antonio: Yo le ruego que no me haga explicar la conducta del General Sanjurjo, sino la mía. Yo creí que se había visto que no lo estaba. Pero esto ¿qué relación puede tener conmigo?

Fiscal: Pues por el afecto. El General Sanjurjo disimuló su salida de Portugal.

José Antonio: Pero ¿cómo detrás de mí, señor Fiscal? ¿Cómo he podido decir que Sanjurjo fue detrás de mí, si he sostenido que estuve a primeros de mayo de mil novecientos treinta y cuatro y Sanjurjo fue en el año treinta y seis?

Fiscal: No hay una distancia tan grande. Para mí, según mi información, es más próxima.

José Antonio: Pues, por fortuna, en la colección de *Arriba*, se da noticia cada semana de mi actuación. Cada semana estoy dando un mitin en ciudades de España.

Fiscal: ¿Usted sabe si en su estancia en Berlín el General Sanjurjo, llevó a cabo un pacto especial, en el cual Alemania colaboraba no sólo con protección y ayuda económica, sino también con armas y municiones, a cambio de algo que se le concedía de nuestro suelo?

José Antonio: Yo no sé nada de semejante pacto. Y si eso puede ser puede tener la seguridad de que a quien hubiera firmado un pacto de esta índole, no hubiera tenido yo después escrúpulo de pasarlo por las armas. Es decir, envolvernos en un régimen colonial en que tantos años ha estado España y del que estaba saliendo hace treinta y cinco o cuarenta. Eso de ninguna manera.

Fiscal: En una de las cartas que usted recibió de Sanjurjo, éste empezaba así: Desde Vigo y a mi regreso de Alemania tengo mucho gusto en felicitarte, porque eres muy valiente..." pues bien, en el ángulo hay una nota, de su puño y letra, en la que habla de algo de carácter secreto.

José Antonio: Dice: "Contestada de palabra por persona segura".

Fiscal: ¿Quiere usted explicar por qué se le dio ese carácter secreto, como una inteligencia común entre ustedes?

José Antonio: Está clarísimo. Me escribe una carta el día de mi santo, que es también el santo suyo. El día 19. Me pone esas cosas que se ponen a todos los amigos que están en la Cárcel. A mí me habla de tú y yo a él no. Me considera por la amistad que a mi padre le unía, como un niño. Dice: "A mi vuelta de Alemania te puse un telegrama que supongo no recibirías". En vez de contestarle por escrito a esa carta de diecinueve de marzo, a alguien que vino y me dijo: "Voy a ver al General Sanjurjo en Portugal", le encargué que le dijera que había recibido su carta y que me alegraba muchísimo. Pasó un mes y pico y el veintitrés de abril me volvió a escribir otra carta que está ahí en la que me dice: "Supongo que recibirías una carta mía que te envíe a la cárcel Modelo". Ni ha recibido esa contestación mía, ni le importa, ni me ha vuelto a escribir. Y esta segunda carta es, poco más o menos, tan frívola como a otra. Me habla: "Aquí veo todos los días a tus magníficos

muchachos expatriados". ¡La gracia que me haría ver a esos que iban a presumir de héroes cuando todos estábamos en la cárcel! El General Sanjurjo me escribe una carta felicitándome por mi santo. Le mando recado de palabra. No lo recibe. Me escribe segunda carta y se acaba mi correspondencia con el General Sanjurjo. Esto es lo que está en los autos.

Fiscal: ¿Estando en la Cárcel de Madrid detenido, lo mismo que en esta de esta Capital, no ha recibido usted muchas cartas sin censurar todas ellas.

José Antonio: Sin censurar, que yo sepa...

Fiscal: ¿Reconoce que son del General Martínez Anido, del Doctor Albiñana, de Serrano Súñer?

José Antonio: Y de Miguel Maura, doctor Marañón, y otros amigos más. El contenido de esas cartas está ahí y a ellas me remito y si quiere un pequeño comentario a ellas, lo haré.

Fiscal: Estando en la cárcel, las principales visitas que recibió ¿no eran de elementos de Falange Española?

José Antonio: Naturalmente que sí.

Fiscal: ¿Con ellos hablaba usted de la preparación del movimiento subversivo?

José Antonio: Con ellos hablaba por tandas de quince a veinte y rogué a los Oficiales que me las abreviasen. Se trataba de gente cariñosísima. Eran "Arriba España", el saludo y alguna que otra vez "Os trasladan a Madrid", "Cuándo os libertan". ¿Ibamos a conspirar a gritos con treinta o cuarenta personas a la vez y con personas que yo no conocía pues no había estado jamás en esta región?

Fiscal: ¿En el locutorio de conferencias concurrían nada más que Letrados o también personas de la intimidad o correligionarios? ¿Podía usted, no a gritos, sino en conversaciones aparentemente corrientes por todos los que concurrían allí, de la capital y de la provincia, haberlo hecho?

José Antonio: Claro que eran afiliados casi todos, pero yo personalmente no les conocía. Eran afiliados porque me lo decían ellos. Muchas veces les pregunté: ¿Tenéis carnets? Entonces salían una tercera parte de ellos diciendo que eran simpatizantes. Yo les dije que tenía poca simpatía a los simpatizantes, porque eran los que se sumaban a los homenajes, pero no a la lucha. Tuve visitas individuales, y estoy dispuesto a contestar sobre esas entrevistas.

Fiscal: ¿Recuerda que las comunicaciones en el locutorio con su familia, eran en el mismo pasillo reservado a la vigilancia?

José Antonio: Sí, señor.

Fiscal: ¿Las demás eran en el locutorio de enfrente? ¿No recuerda que ha recibido visitas sin tener el carácter de Abogados en el locutorio de Abogados?

José Antonio: Generalmente en consideración a ser Diputados que venían a verme de cuando en cuando.

Fiscal: ¿Recuerda que entre esas visitas recibió una de José Ibáñez Massó, de esta capital, en donde le habló a usted de la preparación del movimiento y tiene su explicación en el momento en que esperaba la llegada de su Secretario, el Letrado señor Sarrión, con el cual le pondría usted en relación?

José Antonio: Del movimiento no me habló nada. Probablemente sí me dijo: "Tengo que decirle alguna cosa reservada", como muchísimas veces me han dicho –porque como es de comprender no todos los partes pueden darse al pregonero–, y es probable que le dijese: "Puesto que va a venir

Sarrión entrevístate con él". Con lo que terminó la entrevista con mi Camarada ya difunto y entrañable Ibáñez Massó.

Fiscal: ¿Fue éste el que fundó Falange Española en Alicante?

José Antonio: No lo sé, porque tuvo sus dimes y diretes. Yo no le conocía directamente, aunque nos habíamos escrito, personalmente, hasta esa primera vez que vino a verme. Lo que le ha pasado después desgraciadamente, lo he sabido ayer...

Fiscal: ¿Es cierto que llegó Sarrión, su Secretario?

José Antonio: Es compañero mío de Universidad.

Fiscal: ¿Le puso usted en relación con Ibáñez Massó?

José Antonio: No. Le dije a Ibáñez que se pusiera en relaciones con Sarrión.

Fiscal: ¿Recibió la visita de Augusto Aznar, Médico de Crevillente, que había llegado en coche conduciendo a algunos amigos, con unas pistolas ametralladoras? ¿Le visitó a usted personalmente, a mediodía del diecinueve o veinte de julio y después salió? ¿No regresó a Crevillente, quedándose en la población y hubo un tiroteo por la noche en Alicante?

José Antonio: La radio sonaba bastante clara aquella noche y oí por la radio que habían intentado venir aquella noche.

Fiscal: ¿Es cierto que en la misma prisión, y una temporada de ocho o quince días, estuvo usted casi en constante comunicación con elementos reaccionarios, monárquicos, desafectos al régimen, fascistas, que se saludaban ustedes desde la galería, los que estaban en contacto directo con usted, y por una reja conversaban con el saludo: "El Fascio ha de triunfar".?

José Antonio: Lo del Fascio es una expresión que no hemos empleado nunca y que comprenderá el señor Fiscal que me molesta. Somos sencillamente afiliados a Falange Española, pero no enemigos del régimen. Estaban detenidos aquí desde antes de llegar yo, y aunque estábamos formalmente separados, como había bastante tolerancia en el régimen de la cárcel, nos veíamos con frecuencia y nos saludábamos.

Fiscal: ¿Recuerda el nombre de Antonio Macía, apodado "El Pollo"?

José Antonio: No señor. A este no le recuerdo. Aquí hay dos: José Macía y Francisco Macía.

Fiscal: Usted ha hablado con algún Macía. ¿Recuerda que estallado el movimiento, cuarenta y ocho horas después recibió la visita de uno de los Macía. Fue Antonio Macía. Por la mañana habló con usted ultimando el Movimiento, y por la tarde, precisamente al oscurecer, volvió a visitarle y le pidió una carta, usted se la dio –puesto que gozaba de una libertad absoluta en la prisión, donde el régimen interior no rezaba para usted–, cuya carta al Macía le indicaron la llevara al cuartel Benalúa donde estaban reunidos?

José Antonio: No, señor.

Fiscal: ¿Le habló Macía de que, cumpliendo sus instrucciones había dejado dos camiones en la carretera de Alicante, para venir, sacarles y señalarles la conveniencia de ir al Gobierno?

José Antonio: Mientras me hablaba de un Macía, no sabía de que Macía se trataría. Ahora cuando me precisa este hecho, no sé...

Fiscal: Un mapa que obra al folio cuarenta y uno y al folio cuarenta y cuatro, si mal no recuerdo...

José Antonio: Lo he reconocido.

Fiscal: Y dos calcos, en los que con lápiz azul y rojo se señalaba la situación de las fuerzas. ¿Quiere decir al Tribunal –porque ya dije que eso no se hace a título de curiosidad, sino como interesado–, por qué hacía usted todas esas manifestaciones y la distribución de los combatientes?

José Antonio: Por la sencilla razón de que creo que en aquellos días no había un solo español a quien no interesase eso, y como teníamos las veinticuatro horas del día para estar en la celda, haciendo ese género de comunicación, nosotros dibujábamos, más o menos, con el informe de los periódicos, la situación de las fuerzas combatientes. Seguramente muchísimas personas hicieron igual en sus casas.

Fiscal: ¿Quiere explicar al Tribunal los motivos de esas inscripciones del calendario de Falange Española de las J.O.N.S., desde primero de octubre de mil novecientos treinta y cuatro a primeros de octubre de mil novecientos treinta y cinco, en las que aparece una cruz grande y luego "Presente"; en otras "Asalto a la C. N. T..... ha caído un socialista"?

José Antonio: obra en el sumario de Madrid, que ya fue sentenciado. Este almanaque no tiene ni la más mínima indicación de procedencia, ni pie de imprenta. No ha venido al sumario porque se haya encontrado en registro alguno, sino en la Dirección General de Seguridad porque lo tenía un confidente. Uno de los medios de lucha es la falsificación de documentos de los partidos contrarios. Esa es toda la autoridad que merece ese calendario. Tal es que no ha merecido interés alguno a las autoridades de Madrid.

Fiscal: Yo tengo mi juicio formado de ese calendario. Es para que explique la aparición de esas notas.

José Antonio: No tiene ninguna autoridad.

Fiscal: ¿Lo reconoce?

José Antonio: sí, lo he visto.

Fiscal: ¿Cómo estaba en las oficinas de Falange Española?

José Antonio: No lo creo; será falso.

Fiscal: Entonces, ¿la Dirección General de Seguridad falseará las comunicaciones alguna vez?

José Antonio: Eso lo sabrá usted.

Fiscal: Vamos a ver si aclaramos una visita de Goicoechea.

José Antonio: Vamos a ver si la aclaramos.

Fiscal: ¿Usted tiene un primo, José Goicoechea y Primo de Rivera, jubilado de Hacienda?

José Antonio: Sí, domiciliado aquí desde hace dos años, y quizá mucho antes.

Fiscal: Según certificaciones de esta Prisión, aparece, cuando se habla de Goicoechea y es don José, siempre "D. José Goicoechea". Este dijo al declarar que había estado dos o tres veces y aparece cinco; que hizo las tres o cuatro visitas con sus familiares y ha hecho cinco visitas. Pero ahí, en el número 1639 de las mil ochocientas y pico visitas que aparecen en treinta y cinco días, que le han visto en la prisión figura en la relación un señor Goicoechea de Madrid, que le visitó el dieciocho de julio.

José Antonio: El catorce.

Fiscal: Aparece, sin decir José o Antonio, señor Goicoechea, Madrid. Es el ocho de julio. Y con el número 1778, aparece bien claro, como tal visitante, Antonio Goicoechea, de Madrid, el catorce de julio.

José Antonio: Antonio Goicoechea no ha estado en Alicante en esta prisión, nunca. Además sería estúpido negarlo, he recibido otras visitas que, igualmente, podrían ser sospechosas. Sobre esto hay un poco de confusión. Por de pronto, el llamado Antonio Goicoechea no es Diputado. Lo ha sido en otras cortes pero no en estas. Están mal informados el señor Fiscal y el señor Juez. Pero todos los que han declarado que vino a verme numerosas veces el Diputado Antonio Goicoechea, es porque Abundio Gil dice que estuvo varias veces. Perea dice: "No recuerdo si estuvo una o más de una". El Juez decide que una sola vez, el catorce de julio y el Fiscal parece que se inclina a que fueran dos. Es que hay un lío armado. D. Antonio Goicoechea no estuvo aquí nunca. He pedido que por Comisaría se diga si estuvo o no aquí, una persona tan conocida y que necesariamente tuvo que ser registrada en la ciudad.

Fiscal: Usted a propósito, buscó una conferencia, una entrevista, con un enviado especial de un periódico de Londres, recientemente, y cuando el movimiento estaba ya en su auge, preparada o espontáneamente ese enviado especial se le presentó solicitando entrevistar a usted.

José Antonio: Yo no podía pedir nada porque estaba incomunicado y una mañana me dicen: Viene a verle un periodista extranjero —no inglés, sino norteamericano— acompañado de varios miembros de la Comisión de Orden Público. La entrevista me hizo poquísima gracia, porque... ¡un incomunicado ponerse a hacer declaraciones! Pero como siempre es bueno hacer una declaración sincera, hice algunas declaraciones recogidas, con alguna fidelidad, en los extremos que más me pueden perjudicar en ese periódico de Murcia que tuvo la amabilidad de enseñarme el señor Fiscal.

Fiscal: A pesar de eso que depuso usted en el sumario ¿no es más cierto que buscó usted esta entrevista como medio de sincerarse puesto que la publicó *El Liberal* de Murcia, con conocimiento de la información extranjera publicada por *El Liberal* con fecha veinticinco de octubre, puesto que esta fue el seis, siete u ocho de noviembre.

José Antonio: Aseguro, absolutamente, que no, que esta fue tramitada por entero por la Comisión de Orden Público. Ni siquiera recuerdo cómo se llama el periodista, aunque le conozco desde hace varios años, tres o cuatro, de Madrid. Y recuerdo que le conocí porque almorzamos juntos, invitados por un amigo común rumano, antifascista furibundo.

Fiscal: ¿Recuerda que en esa entrevista hizo manifestaciones de desagrado y menosprecio hacia Gil Robles, porque éste durante su mandato en el bienio negro radicalcedista, no hubiese hecho lo que podía hacer, porque de esa manera hubiera hundido el izquierdismo y a las organizaciones sindicales?

José Antonio: Sería ridículo. Eso está en pugna. Jamás he dicho semejante cosa y le diré otras cosas que me perjudicarán luego. Esa entrevista está llena de disparates.

Fiscal: ¿Censuró usted el período álgido de Lerroux–Gil Robles, como gobernantes, a ese enviado especial?

José Antonio: Sí señor. Y también el de Casares Quiroga, como gobernante.

Fiscal: ¿Le preguntó ese enviado especial, si usted aceptaría un puesto, de triunfar la Revolución, en el Gobierno que llegara a constituirse o en la Asamblea o lo que fuera?

José Antonio: No me lo dijo en esos términos. Ahora, me hizo declarar mi punto de vista sobre esa rebelión. Me dijo "Se han unido todas las fuerzas antiguas" Si es así, le dije que yo estaba en contra del movimiento. No creo que el Ejército se haya sublevado para restaurar la política antigua. Si lo

hubiera hecho no creo que algunos de los que figuran se hubieran adherido, pero ello sería la razón para que volviese pronto el régimen de izquierdas.

Fiscal: Añadía usted que eso daría motivo a que Azaña volviese a reconquistar el Poder.

José Antonio: Exacto.

Fiscal: A mi juicio guarda una relación directa. Recuerde usted que le hizo la siguiente pregunta: "¿Qué diría usted si supiera que Franco ha logrado la colaboración de alemanes e italianos a costa de la concesión de determinadas porciones peninsulares y puertos de España, y sin tener en cuenta el riesgo que existe para una nueva guerra". ¿Le hizo esta pregunta? ¿Cree que tenía relación con el otro informe que dijo entendía el Ministerio Fiscal que había relación tan directa, de que efectivamente en sus visitas de usted, había una relación de causa efecto y después de esas visitas señalar las posiciones estratégicas, no cree que exista relación entre esa pregunta y la anterior?

José Antonio: No puedo explicar relación alguna de hechos que no sean míos. No se ni por qué el periodista me preguntó eso, ni por qué lo ha publicado *El Liberal* de Murcia. Estoy contestando con bastante sinceridad. El periodista me hizo la pregunta y le di la respuesta vituperando todo pacto en que se enajenase todo o parte del territorio o de la riqueza española.

Fiscal: Nada más.

Presidente: (D. Eduardo Iglesias del Portal).—¿Los jurados?

Jurado (Ortega): ¿Usted conocía en Madrid a Ribagorda?

José Antonio: Le conocí en la cárcel, el catorce de marzo de este último año.

Jurado (Ortega): ¿Y a un individuo apodado "El Negro"?

José Antonio: De ese no me acuerdo. De Ribagorda sí, porque me escribió alguna carta. El pobre creo que ha muerto, tenía gran empeño por hacerse pasar por camarada. Yo les dije a los camaradas de la misma galería que no lo consideraran como tal.

Jurado: ¿Usted, anteriormente a ingresar en la Cárcel no tenía ninguna relación con él?

José Antonio: No tenía la menor idea de que existiera Ribagorda.

Jurado: ¿Cómo le pusieron para su custodia personal?

José Antonio: El único negro que conozco es Antonio Pereira, que es afiliado, y tiene cariño especial o afecto a Ruiz de Alda. El otro no sé quien es, y Ribagorda no ha estado afiliado nunca.

Jurado: Para su salvaguarda personal, ¿no le acompañaban estos individuos?

José Antonio: No me acompañaba nadie.

Jurado: ¿Y a Ramos y Sotomayor?

José Antonio: Claro. Son los que prepararon con Ledesma la disensión de las J.O.N.S. Este nos traicionó y lo tuve que echar. Salió una nota mía en los periódicos. Precisamente por los puntos de contacto que existían entre las J.O.N.S. y la Falange Española quise que convivieran y llegaran a fundirse. Entonces Sotomayor entró y armó la disensión.

Jurado: Ya fundidas, por la actuación de Ramos, con éste ¿guardaba usted enemistad?

José Antonio: Hay que señalar tres períodos. Ellos forman J.O.N.S. y nos fastidian. Se suman al Movimiento y se funden. Y tercero, ellos son desleales.

Jurado: Con anterioridad a romper relaciones con estos señores ¿guardaba usted con ellos relaciones amistosas?

José Antonio: Tenía con ellos trato diario de camaradas.

Jurado: ¿Era en la calle Marqués de Riscal donde planteaban, como verdaderamente se ha visto en la práctica, por toda la opinión española, el sinfín de asesinatos cometidos en Madrid contra elementos de izquierdas que, indudablemente habían de ser provocados por elementos de derechas?. ¿Era en la casa de esa calle donde organizaban los asesinatos estos?

José Antonio: Esto será un rumor. No hemos planeado asesinatos como cosa del partido. Allí no sé si en alguna habitación unos cuantos planeaban eso. Pero no tengo conocimiento de ello.

Jurado: ¿Usted ignora los individuos que atentaron contra Juanita Rico?

José Antonio: Los conozco. Conozco los que fueron facilitados por un confidente del periódico *Mundo Obrero*, como en todas partes hay traidores, pone unos nombres y esos nombres son distintos de los que publica *Mundo Obrero*. Esto es lo grave: que *Mundo Obrero* encontró más periodístico y sensacional dar ciertos nombres.

Jurado: Concretando. Los individuos que atentaron contra esa muchacha pertenecían a Falange Española?

José Antonio: No sé quienes atentaron contra Juanita Rico. Y digo que esos nombres son distintos. Hay los verdaderos autores, los del confidente y los del periódico. De los verdaderos autores no tengo idea.

Jurado: ¿Al señor Robles, que actuó de Fiscal en la causa contra usted le unía alguna amistad?

José Antonio: De él conmigo no.

Jurado: ¿Ni de una prima suya?

José Antonio: Nada.

Jurado: Usted dice a preguntas del Fiscal que cuando fue el Ibáñez Mussó a comunicar con usted, le dijo que se sometiera a las instrucciones que le daría uno de sus compañeros.

José Antonio: No señor. Exactamente, no. Ibáñez Mussó me dijo que me tenía que decir algo más minucioso, más reservado. Yo para asegurar la intimidad de la comunicación le dije: "Pues hoy viene precisamente Sarrión, que es compañero mío de despacho. Habla con él".

Jurado: ¿Cómo puede justificar que siendo la máxima autoridad de Falange Española vitupere el movimiento que han provocado, siendo Falange Española uno de los puntales de este levantamiento?

José Antonio: Por el hecho, sencillísimo, de estar yo en la cárcel, hecho que ha sido buscado directamente, por las fuerzas de derechas que están en la calle. Han querido aprovechar el brío y la energía combatiente de los muchachos de Falange Española, impidiendo mi control sobre ellos.

Jurado: ¿Y no ve que se contradice la opinión del procesado con la prueba evidente, que existe y personalmente vamos a confirmar en Alicante mismo? Sí verdaderamente debióse a que haya tenido esta intervención tan directa Falange Española, a estar él preso y no poder guardar la debida autoridad, con los de la localidad ha guardado el procesado estrecha relación, por la libertad que ha

tenido de comunicaciones. ¿Y cómo es posible que los de la localidad y provincia, que guardaban esta estrecha relación, sean también unos de los tantos que estaban en el movimiento? Se inició el movimiento y vimos las figuras de Falange Española guardando relación máxima con usted y luego actuando en la calle.

José Antonio: Esto no lo sabía. Lo sé desde ayer.

Jurado: Si hubiese condenado este movimiento ¿no cree que estos hubiesen dejado de colaborar? Si el Jefe, la cabeza máxima del movimiento indicase la necesidad de apartarse, sus subordinados se apartarían inmediatamente y se pondrían a su disposición, porque goza de la simpatía y admiración de sus subordinados. ¿Cómo siguen estos con tenacidad férrea y voluntad inquebrantable sumados al movimiento, luchando y estrangulando el movimiento?

José Antonio: Para demostrar si es verdad o no que lo reprocho en público, tengo el periódico clandestino que lo publicó. Hay un artículo claro, del veinte de junio, que se llama: "Vista a la derecha". "La Falange no es una fuerza cipaya". Se extiende a casi toda España, precisamente por ser una de las organizaciones modernas y por estar encarcelados muchos de los que había ligado con más dificultad y sólo por la comunicación directa con mis camaradas.

Jurado: Yo quiero que me conteste concretamente. ¿A qué puede atribuirse que esos representantes de la organización aún con menos categoría que el procesado, continúen al frente del movimiento? ¿Cómo lo justifica?

José Antonio: No sé que continúe el movimiento más que porque me lo dice el Jurado. Además no se nos ha dejado hablar. Yo sabía que ese movimiento se preparaba y luego explicaré cómo trabajé para impedir que se produjera. Será porque los de Falange se hayan dejado ganar por la sugestión de algún otro.

Jurado: A pesar de que aduce temores grandes, tenía la libertad de destino para que creamos todos, que con una simple insinuación, que les podía haber hecho, le hubieran obedecido y esto parece que es lo más sencillo. El movimiento, en la forma en que está planteado, puede haber visitas que desempeñaran una misión. Eso sí podría decirse. En cambio salen de la cárcel, van al pueblo y organizan atendiendo instrucciones de Alicante.

José Antonio: No puedo creer que esté demostrado. Esta tarde, cuando me haya informado de esos autos ya argumentaré en contra.

Jurado: Además, el procesado al explicar la organización de Falange la equipara al Partido Socialista. Hace una distinción del Partido Socialista, a Falange, porque es una organización estatal, que pacta cierto capital que viniendo de la producción, podría pasar a los obreros y manifiesta que precisamente las J.O.N.S., eran lo fundamental para que toda la producción pasase a todos.

José Antonio: A los Sindicatos.

Jurado: A los Sindicatos. Y habiendo como hay una Confederación Nacional del Trabajo, de un puro federalismo, y donde verdaderamente están condensados y defendidos íntegramente, los intereses de la clase trabajadora ¿cómo justifica esta distinción que en el fondo mantiene el procesado?

José Antonio: Precisamente en la nota de lo nacional. Tenemos un cierto valor histórico que es lo nacional, casi todo un contenido nacional, religioso, que habrá que conservar. Por eso somos nacional-sindicalistas y no sindicalistas solamente.

Jurado: Pues no existiendo esa relación tan profunda, porque si así fuera, indiscutiblemente, estaría dentro de la organización confederal y da la coincidencia de que precisamente, en la Confederación han ingresado todos los trabajadores, todos los explotados y por el contrario recurren a Falange todos los señoritos para hacer guerras de conquista, de dominios, que han de repercutir en perjuicio de la clase obrera.

José Antonio: Pues se equivoca el señor Jurado. Puede que ocurra eso al final. Eso será consecuencia de la lucha obrera y revolucionaria.

Jurado: ¿Cómo se contradice en la práctica que a Falange vayan todas las gentes de riqueza y a la organización confederal todos los pobres?

José Antonio: Es hora de informaciones. En Falange, que tiene cien mil afiliados, no encontrará el Tribunal ni siquiera ciento cincuenta que tengan un vivir de sus rentas. Ahora se les ha encarcelado por centenares, por millares. Pues vean como están en la cárcel. ¡Miren si les mandan comida excelente! Son todos gentes modestísimas, de la clase obrera urbana, por estar todos ganados por otros fervores, quizá todos de una pequeña clase campesina, estudiantes, operarios de pequeña importancia. No tenemos un millonario en toda la organización.

Jurado: Por las acciones hechas con su padre, dice usted, que no supieron agradecer la labor que hizo su padre en bien de España, y en consecuencia de ello usted rompió las amistades con los demás sectores políticos de derechas. Pero en cambio aparece aquí Sanjurjo y otros militares y otros políticos que usted manifiesta tener para ellos profunda relación, agradecimiento, amistad, y no se explica si verdaderamente está en pugna porque no han sabido ponerse y que después de guardar estrecha relación vienen a corroborar los hechos de que todas las fuerzas de Falange, de Derecha Regional Agraria, de las derechas, vienen engrosadas en el movimiento fascista que se ha levantado.

José Antonio: Los Generales Martínez Anido y Sanjurjo, los perfectos amigos de mi padre y colaboradores. Me refiero a quienes maltrataron a mi padre. Me refiero a izquierdas y derechas, y que tengo amigos personales en los dos bandos, ¿esto le pasa a todo el mundo!

Jurado: ¿Usted conocía al Barón de la Lide?

José Antonio: ¿Cómo se llamaba de nombre natural?

Presidente: Roca de Togores.

José Antonio: ¡A sí! ¡De Valencia creo! Me visitaban catorce o quince personas nuevas cada día.

Jurado: ¿Usted cree que puede llevar al convencimiento del Tribunal si son figuras destacadas en el Movimiento?

José Antonio: Apenas si lo conozco. No lo sé. Mi primer conocimiento de estos Camaradas ha sido cuando venían de la Región y en visitas de quince o veinte al mismo tiempo.

Jurado: ¿Pero ellos han guardado esta relación con usted, y se han incorporado al movimiento?

José Antonio: No lo sé.

Jurado: ¿Pronunció un mitin el 29 de octubre de 1933, en Sevilla?

José Antonio: No. No hice en aquella fecha más que el mitin del Teatro de la Comedia, en Madrid.

Jurado: ¿Y cómo justifica este artículo? Sevilla ¡Entusiasmo indescriptible! La Fiesta de Falange, conmemorativa del 29 de octubre de 1933... (Lo lee).

José Antonio: La de octubre del treinta y tres es justamente lo que he dicho: la fundación de Falange Española. Que ahora lo atribuyan a un sitio o a otro, de eso no tengo la culpa. No fue en Sevilla, sino en Madrid.

Jurado: Si las fuerzas fascistas que se levantan para un...

José Antonio: El Estado fascista nadie sabe lo que quiere decir. Lo que es posible es que tenga un carácter capitalista retardatario. Esto lo hubiera impedido. Las derechas saben que estando yo en la calle, hubiera habido o no movimiento, pero no me hubieran apartado a que me siguieran los grupos de muchachos en Alicante, Madrid, Coruña...

Jurado (Antonio Moreno Peláez): ¿Me puede decir el procesado por qué medios recibió en la cárcel el mapa de que ha hecho referencia antes, el original?

José Antonio: No lo sé. Por carta.

Procesado Miguel Primo de Rivera: Lo tenía yo.

Jurado: En un registro en la celda de usted, encontraron una pistola y unos cargadores. ¿Puede el procesado decirnos por qué medios llegaron a su poder?

José Antonio: He negado que esas pistolas las hubiéramos puesto nosotros allí. El Director de la Prisión, que he visto como testigo, dijo que nada más fácil que lanzar un paquete de este tamaño por encima de la reja.

Jurado: ¿Esas pistolas le fueron entregadas o facilitadas a usted por alguien?

José Antonio: No señor.

Jurado (Doménech): ¿El procesado acaba de contestar a preguntas de un compañero jurado, que solamente ha hecho propaganda en el año treinta y cinco o treinta y seis en La Coruña, Aragón o Sevilla?

José Antonio: No he dicho eso. Me ha entendido mal. Propaganda he hecho desde el año treinta y tres en el mes de octubre, hasta que me dijeron: "Esta organización la tenéis mal controlada, porque no habéis estado nunca". Precisamente eso en Andalucía, Aragón y Madrid, más que en ninguna y que esta de Alicante, la tenía muy descuidada por no haber estado nunca.

Jurado: Pues a este Jurado, que no se le oculta la inteligencia que el procesado tiene, ¿cómo le explica que Aragón y esos sitios donde usted ha trabajado mucho, estén con los fascistas y Radio Burgos al dirigirse a los radioyentes diga: Falange Española, Radio Burgos? ¿Cómo explica que estén combatiendo con ardor al lado de toda la masa reaccionaria del país, precisamente en aquellas provincias que ha cuidado?

José Antonio: Pues me lo explico por lo mismo que he dicho antes. Por no estar yo en libertad. Por haber sido deliberadamente aislado.

Jurado: Las revoluciones tienen dos aspectos. Uno, íntimo. ¿A mí no va a convencerme de poder desmentir la cosa revolucionaria que estamos viendo, de que están los falangistas juntos?

José Antonio: El miembro del jurado sabe perfectamente que, en caso de exigir la participación de masas, es difícilísimo mantener la cosa secretamente. Ante la masa se puede disimular, pero no poner en pugna patente. Porque eso se descubriría en seguida.

Fiscal: Permítame el señor Presidente una aclaración.

Presidente: Tiene la palabra el señor Fiscal.

Fiscal: Dice usted que su detención obedeció a una maniobra de las derechas. ¿No obedeció a un estado de insubordinación ante un Tribunal?

José Antonio: No, señor Fiscal. Fui detenido el catorce de marzo. Me impusieron dos meses de arresto. Los soporté. Cuando todavía no se habían terminado me vino otro por publicación

clandestina. Me condenaron a dos meses de arresto, que es lo que marca la Ley. Cuando estaba a punto de acabar los dos meses, el Tribunal Supremo me largaba otro por asociación ilegal. Todas estas fueron con prisión en el proceso. Nos absuelven, pero antes de que nos absuelvan ya me han promovido el cuarto, para que no salga nunca de la cárcel, porque dicen que me han encontrado dos pistolas. Tienen la suerte de que me encuentren dos pistolas en el sitio en que más daño podía hacerme. El Tribunal, que las vió, sin polvo, encima de un cajón lleno de polvo, me condena. Entonces se me fueron los nervios. Esto pasó en junio y estoy preso desde el catorce de marzo.

Fiscal: Toda esa actitud fue estudiada, relativamente meditada por tener usted todos los trabajos de preparación. Usted disimuladamente dio orden a los Jefes de Centurias, para que usted, metido en la cárcel, apareciera libre y ajeno, en la seguridad de que triunfaría el movimiento, para luego decir: ¡Aquí está el Jefe!

José Antonio: Hubiera hecho lo que hicieron todos los demás jefes de derechas: marcharme al extranjero. Si por estar en la cárcel me puede ocurrir lo que puede ocurrir, sí que hubiera sido sitio seguro el mío.

Fiscal: ¿Usted conoce que sus huestes forman partidas militares y van en la vanguardia?

José Antonio: No lo conocía. Más las referencias no puedo tomarlas como artículo de fe.

Fiscal: Hasta el dieciséis de agosto, contestando a preguntas sumariales, se le permite escuchar radios próximas. ¿No ha oído por esa radio facciosa, que los falangistas van a la cabeza, en vanguardia, con los moros mercenarios?

José Antonio: Las radios facciosas no se oyen nunca, ya que la primera medida fue cortarlas. La única que se oye, a gritos, es la del Gobierno.

Fiscal: Nada más.

Del libro *"FRENTE A FRENTE. José Antonio frente al Tribunal Popular. Alicante–noviembre 1936"*, de José María Mancisidor. Editorial Almena, Madrid 1975

CONCLUSIONES DEFINITIVAS DE JOSÉ ANTONIO EN EL PROCESO DE ALICANTE, 17 DE NOVIEMBRE DE 1936

La defensa de los procesados JOSÉ ANTONIO, MIGUEL PRIMO DE RIVERA y MARGARITA LARIOS formula con el carácter de definitivas las siguientes conclusiones:

PRIMERA A) JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, en unión de otras personas que coincidían con su manera de pensar, fundó a fines de 1933 una Agrupación política llamada "FALANGE ESPAÑOLA".

Más adelante se fundió esta entidad con otra algo más pequeña y antigua llamada J.O.N.S. (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista), nombre que Falange Española hubo de añadir como apéndice al suyo propio en homenaje a la necesidad de aunar voluntades y suavizar asperezas que hubieran acaso, dificultado la fusión.

"FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.", ya unificada, presentó y registró sus Estatutos en la Dirección General de Seguridad, en Madrid el veintidós de octubre de mil novecientos treinta y cuatro. El artículo 1º. de tales Estatutos expresa terminantemente que la Asociación se propone "Desarrollar en todo el territorio de España, mediante el estudio, la propaganda, la sindicación y todo otro medio lícito, una actividad encaminada; 1º a devolver al pueblo español el sentido profundo de una indestructible unidad de destino y la fe resuelta en su capacidad de resurgimiento; 2º a implantar la justicia social sobre la base de una organización económica integradora superior a los intereses individuales, de grupo y de clase."

Estos dos extremos del artículo copiado, contienen los dos postulados del programa de Falange Española, el Nacional y el Sindicalista. Por el primero se aspira a potenciar el valor nacional de España, no con el criterio de idolatría de las entidades naturales que informan a los partidos nacionalistas sino con el criterio que aspira a perpetuar en España la representación histórica de un sentido universal de la vida (que es lo que se expresó más tarde con la palabra "Imperio", vocablo doctrinalmente alusivo a toda aspiración política de alcance y validez universal). Por el segundo postulado, o sea el sindicalista, se tiende a sustituir la ordenación económico capitalista que asigna la plusvalía a los empresarios y titulares de los signos de crédito, por una organización sindicalista que entregue la propia plusvalía a la agrupación orgánica de los productores, constituidos en sindicatos verticales. Como consecuencia se postula el reemplazo del sistema político democrático burgués vigente por otro de tipo sindicalista, conforme al derecho que a todo español reconoce la Constitución republicana para defender y profesar las ideas políticas que juzgue mejores y aún para propagar la reforma de la propia Constitución.

Hacia fines de 1934 fue redactado y divulgado el ideario NacionalSindicalista de Falange Española, en una enumeración de 27 puntos o artículos. La licitud de estos artículos y su perfecto ajuste a la finalidad de la Asociación, declarada en sus Estatutos, fue objeto de proceso seguido ante los Tribunales republicanos y fallado por el Supremo de la Nación, en sentido totalmente favorable.

FALANGE ESPAÑOLA ha desarrollado una incesante, lícita y pública actividad política, puesta de relieve en la copiosa prueba que se aportó a la causa a que se acaba de aludir y que obra unida en "cuerda floja"; editó periódicos, celebró mítines, luchó en las elecciones, organizó entidades filiales y adheridas (como el Sindicato Español Universitario), etc. etc.

Sin que ello pueda reputarse ni por asomo al fruto o a la conducta del Jefe de Falange Española (que es el procesado JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA), ni de nadie de cuantos le auxilian o secundan, la organización se vio rodeada de un durísimo ambiente de lucha, en el que perdieron la vida, entre noviembre de 1933 y junio de 1936, no menos de sesenta y cinco afiliados. En este ambiente de lucha también cayeron, en hartos menor número y a partir de fecha mucho más reciente, víctimas (no menos deplorables), de otros partidos políticos hostiles a Falange. Jamás se ha podido comprobar ni ha existido organización especial alguna dentro del movimiento que tuviera a su cargo la ejecución de tales agresiones, ni los Jefes del mismo movimiento han participado, ni ordenado que se ejecutasen. La lucha, por cruel que haya sido, ha estado sostenida por el ardor de los militantes de todos los bandos y ha revestido los caracteres, no por lamentables, menos conocidos de este

género de pugnas debidas casi siempre a la falta de conocimiento recíproco de los programas y aspiraciones.

El 14 de marzo último ingresó en la Prisión Celular de Madrid el procesado a que todo este relato se refiere, por la causa fundada en el supuesto delito de asociación ilegal a que se ha hecho repetida alusión. Después de preso fue objeto de otros varios procesamientos no interesantes ahora.

El 6 de junio fue trasladado a la Prisión Provincial de Alicante, en la que recibía a diario copiosa correspondencia y numerosísimas visitas, casi todas en grupos, desordenadamente, con duración brevísima y sin la menor garantía de reserva, por su carácter colectivo y por ser desconocidas para el procesado casi todas las personas que le visitaban. Más o menos intervenidas esas comunicaciones, no dieron lugar durante mes y medio, a que ni entre los funcionarios de la Prisión (los más inequívocadamente adictos al régimen) ni entre la predominante población izquierdista de la Ciudad, ni entre los vecinos de otras localidades de donde venían y a donde tornaban comisiones, se despertase la menor sospecha de que en las entrevistas de PRIMO DE RIVERA con sus visitantes se maquinara un alzamiento militar contra el Gobierno republicano. Tal actividad, en efecto, no existió ni por asomo, ni hubiera respondido al ideario constante de FALANGE ESPAÑOLA, bien diverso, aún hostil, al de los grupos políticos a quienes un alzamiento de tal índole hubiera dado probablemente el Poder.

El 18 de julio de este año, como es público, estalló en gran parte de España un movimiento militar, al que se dice prestan asistencia grupos de Falange Española. Tales grupos ni han recibido ni han podido recibir instrucción alguna de su jefe, que, de haberlas podido dar, hubieran sido con claras y decisivas garantías políticas y aún personales, que le hubieran puesto en condiciones de intervenir activamente en la dirección del Movimiento.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA es, en resumen ajeno a la génesis y al ulterior desarrollo del movimiento subversivo iniciado en julio del presente año, en el que ni directa ni indirectamente, ni por sí mismo ni induciendo a otros, ha intervenido.

B) El también procesado MIGUEL PRIMO DE RIVERA no tiene historia política alguna, no sólo no ocupa puesto directivo de alcance nacional, sino que ni aún desempeña cargo alguno en la organización local de Jerez de la Frontera, donde habitualmente reside. Por la diferencia de vecindades, hábitos y gustos mantiene con su hermano JOSÉ ANTONIO una relación afectuosa pero espaciadísima, y jamás ha sido partícipe, ni aun confidente, en las actividades políticas de su hermano.

Detenido el 30 de abril de 1936 en Cuenca, durante una accidental temporada de permanencia con sus hermanos que habitan en Madrid, ingresó como preso gubernativo en la Cárcel Modelo de aquella capital. Al ser trasladado a la Prisión Provincial de Alicante JOSÉ ANTONIO, lo fue también Miguel el cual, apenas se ha ocupado en otra cosa que hablar con su mujer, Margarita Larios, en cuantas horas le permitía su amplio régimen de tolerancia, a solas y sin que siquiera asistiera JOSÉ ANTONIO, sino breves instantes a tales visitas. Miguel recibía poquísima correspondencia y cuando más, se limitaba a saludar a algunas de las abigarradas comisiones que acudían a ver a su hermano.

Miguel Primo de Rivera no sólo es totalmente ajeno al movimiento subversivo militar, sino que también lo es por completo, a toda actividad de su hermano JOSÉ ANTONIO, de cualquier índole que sea.

C) La procesada MARGARITA LARIOS, esposa del citado en el apartado anterior, se instaló en Alicante a los tres días de encarcelado aquí su marido. Se instaló en el Hotel Victoria y ha permanecido allí sin interrupción (salvo un viaje brevísimo a casa de sus hermanos en Madrid), apartada de todo otro quehacer que el de visitar a su citado marido y acompañarle en la Cárcel cuantas horas le permitían. Nadie le ha atribuido hecho alguno revelador del menor indicio de actividad sospechosa. No tiene sombra de relación con el movimiento subversivo que conmueve a España, ni con las actividades de ninguna índole de su cuñado JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

Cualquiera afirmación de hecho que esté en pugna con las contenidas en los párrafos de la presente conclusión, es terminante negada por esta defensa.

SEGUNDA: Los hechos relatados en la conclusión anterior no constituyen delito alguno. Dado que el resultado de la prueba ha reducido las hipótesis acusatorias a la posibilidad de que acaso JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA hubiera mantenido correspondencia con los complicados en el movimiento subversivo durante el tiempo en que estos lo preparaban, tal insostenible conjetura, de ser cierta encajaría en el supuesto del artículo 141 del Código de justicia Militar, párrafo 1º. en relación con el 2º. del 238, y con el párrafo 1º. del artículo 4º. del Código Penal ordinario.

TERCERA: No habiendo delito no puede haber responsable. De ser admisible la inculpación prevista en hipótesis en el párrafo anterior, sería responsable en concepto de autor de tal delito de conspiración JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA. Los otros dos procesados ni aún así lo serían en ningún concepto.

CUARTA: Si hubiera delito, lo que nuevamente se niega, concurriría la circunstancia atenuante 8ª del artículo 9º del Código Penal ordinario.

QUINTA: Procede la libre absolución de los tres procesados. En último extremo, que sólo se recoge hipotéticamente podría imponerse a JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, la pena de prisión mayor en su grado mínimo.

Tales son las conclusiones definitivas de la defensa, que somete al Tribunal al que suplica dicte veredicto y sentencia conforme a sus términos. Alicante a 17 de noviembre de 1936. José Antonio Primo de Rivera.

Así literalmente, consta en su escrito, pero cuando la formula "in voce", sólo dio lectura a la primera y segunda por ser inoportunas las restantes en ese momento procesal del Juicio Oral.

Del libro *"FRENTE A FRENTE. José Antonio frente al Tribunal Popular. Alicante-noviembre 1936"*, de José María Mancisidor. Editorial Almena, Madrid, 1975

INFORME DE LA DEFENSA DE JOSÉ ANTONIO, COMO ABOGADO DE SI MISMO; DE SU HERMANO MIGUEL, Y DE SU CUÑADA, MARGARITA LARIOS, EN LA SESIÓN CELEBRADA EN ALICANTE, EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1936

Presidente: La defensa tiene la palabra.

José Antonio: Con la venia del Tribunal. Cuando hace cuatro o cinco noches se interrumpió el silencio de la incomunicación en que vivía desde que empezaron los sucesos que conmueven a España; cuando se interrumpió en forma de que, bajo la luz amarillenta de la Prisión, harto menos brillante de la que ahora nos ilumina, allá en nuestra celda, entraron el señor Fiscal y el señor Juez Instructor y nos leyeron de sopetón un Auto de procesamiento y nos anunciaron que íbamos a comparecer seguidamente, en el término de días, ante el Tribunal Popular, y que quizá no nos correspondiese por turno de Oficio tan excelente defensor como hubiéramos podido proporcionárnoslo nosotros mismos, y que quizá no me concediesen el medio de probar lo que yo necesitaba, cuando se me dijo esto de sopetón, os he de confesar que me corrió por la espalda un escalofrío.

Después ha empezado el Juicio y tengo que daros las gracias al Tribunal porque se me ha permitido instruirme de los Autos, se me ha puesto en condiciones de comportarme sin tener que adquirir nuevos usos ante lo nuevo y el carácter bélico extraordinario que corresponde a este Tribunal, sino como me he comportado en doce años de ejercicio, porque el señor Fiscal que al principio de su informe, como al final no, me señalaba como prototipo del señoritismo ocioso, no le dijo a tiempo al tribunal, que yo llevo doce años trabajando todos los días, según el Fiscal ha dicho, al reconocer que he informado más veces que él, aún llevando él más años de ejercicio y yo tener menos edad, y que en ese trabajo he adquirido alguna destreza en mi oficio que es mi mayor título de dignidad profesional, y esa destreza me ha permitido en dos horas y media instruirme de ese montón de papeles, preparar mi defensa y someterla a vuestra conciencia.

Este homenaje de mi artesanía habitual, honrada y tranquila, es la mejor manera, sin alharacas y sin adulaciones, de expresamos mi agradecimiento.

El señor Fiscal empezó diciendo: "Falange Española es una asociación de tipo dictatorial, que aspira a un régimen político de tipo dictatorial." Mis minutos son pocos, pero sobre esto la benevolencia del Tribunal, administrada con largueza por su Presidente, me permitió hablar ya ante vosotros cuando fui interrogado en calidad de reo. Fui interrogado por el señor Fiscal e inteligentemente por varios miembros del Tribunal, que saben lo que son los partidos y sus sentidos sociales. Dije perfectamente por qué somos sindicalistas y no encuadrados en los partidos que son solamente sindicalistas; por qué añadimos a lo de "sindicalistas", lo de "nacional"; y por qué en lo del sindicalismo que es una posición nueva y de lo nacional, que es lo que parte en dos a toda la juventud de España.

Toda la juventud de España, todas las clases enérgicas de España, las juventudes ardientes, están divididas en dos grupos encarnizados. A esto se debe que, de cuando en cuando, nos matemos como fieras. A que unos aspiran a otro orden social más justo y se olvidan de que forman con el resto de sus conciudadanos una unidad de destino y los otros, ventean y mueven el gallardete del patriotismo y se olvidan de que hay millones de españoles hambrientos y de que no basta pasear la Bandera de la Patria sin remediar a los que padecen hambre. No ahora que comparezco ante este Tribunal, ni por este hecho, sino desde mil novecientos treinta y tres he venido sosteniendo esto sin descanso. hasta enronquecer, y lo atestigua mi declaración que figura al folio 69 de la causa instruida en Madrid, de la que podría leer los padres que se refieren a economía, trabajo, lucha de clases, tierra. ¿Queréis un punto improvisado ahora? "Todos los españoles no impedidos tienen el deber de trabajar. El Estado Nacional-Sindicalista no tendrá la menor consideración al que no cumpla función alguna y aspire a vivir como convidado a costa del esfuerzo de los demás." Punto dieciséis. Estos son los típicos señoritos, este es el señorito. Pues ya ve claro y bien el señor Fiscal cuál es la opinión de la Falange Española sobre el señoritismo.

Yo he redactado casi todo el ideario de Falange Española, de la que soy Jefe. Que soy el Jefe es evidente, sería pueril negarlo. Que Falange Española se mueve dentro de la legalidad republicana lo he demostrado también ayer. Y no he sido yo solo. Lo ha dicho el Tribunal Supremo de la República

hace muy pocos meses, mucho después de triunfar el Frente Popular, y lo ha dicho una de las Salas, que por los antecedentes de quienes la componen os debe ofrecer las mayores garantías. Estoy seguro que al hacer el programa me he movido dentro de la misma Constitución. Ahora, si esto es delito, yo ruego, y de manera especial al Tribunal de Derecho que ha de redactar las preguntas para el Veredicto que no involucre este hecho mío innegable: Toda la responsabilidad para mí por haber sido el fundador de esa entidad y por ser el autor de su programa, pero que no la envuelvan hacia otras cosas que han sucedido después y que no tienen nada que ver con mi condición de Fundador de Falange Española.

¡Actos delictivos! Este es otro pasaje de mi vida pasada. Resulta que Falange Española ha cometido varios actos, de esta índole.

También me persiguen los minutos. La mayoría de los que formáis el Jurado pertenecéis a partidos enérgicos. Habéis tenido bajas y habéis comprobado que camaradas vuestros han abierto bajas en otras filas. Solo hay una cosa indecorosa en este género de lucha. La lucha en sí es triste. Es terrible, es dolorosísimo que lo más brioso, lo más enérgico de la juventud de España, en nuestras filas y en las vuestras, se mate a tiros. Hay, repito, solamente una cosa indecorosa en estas luchas, y es que se emplee el pistolero profesional. En este trance para mí tan solemne, os digo, que la Falange Española no lo ha hecho nunca. Vosotros que estáis hechos a la lucha sabéis que el pistolero profesional no sirve para nada, no hay quien se juegue la vida por cinco duros. Se lo juega por nada el que siente dentro de sí un Ideal. Vuestros militantes y los nuestros han sentido el ardor cada uno de su Ideal y se han matado.

¿Cuántas veces habréis visto en estos hechos a la Prensa gruesa, a la prensa burguesa, achacar la comisión de los mismos a pistoleros profesionales para mancillar el nombre de una organización? Vosotros sabéis que generalmente las Organizaciones de lucha no tienen para pagar esos profesionales, ni los usan, porque quieren cobrar y no arriesgar la vida. La Policía localiza siempre los grupos de delincuentes habituales. La Policía no puede, ni mucho menos, cazar a todo el que entra en la lucha de partidos numerosos, pero cuando hay pequeños grupos de pistoleros asalariados, los caza siempre. Pues ¿cómo la Policía, que tantas veces nos echó en cara esta condición nuestra, cómo no ha cogido nunca el cogollo de estos grupos? ¿Por qué estaba a nuestro favor? La Policía nos ha encontrado bombas y las ha encontrado también en vuestros locales, sin que vosotros las hubieseis puesto. La Policía, Muñoz Castellanos, Jefe de Policía de este bienio que llamáis negro y que yo bauticé con el nombre de "bienio estúpido", nos armó este y diecisiete enredos más y nos clausuró los Centros que teníamos, y nos suspendió los periódicos que editábamos. Era mano derecha de Valdivia, hombre tan afecto a la República, tan defensor de la República, que cuando dejé de leer periódicos por mi incomunicación creo que fue uno de los últimos que encarcelasteis como sospechoso cuando comenzó el Movimiento.

Esta ha sido la vida de la Falange Española. Muertos de un lado y de otro. Pero no venimos aquí a cancelar las deudas de sangre en papel sellado. ¡Ojalá dejásemos de matar! Venimos a juzgar si yo he participado o no en el actual Movimiento, y no vais a aprovechar esta coyuntura para hacer una liquidación de cuentas más o menos falsas.

Enemigo destacado del régimen, según el señor Fiscal. Ayer os expliqué las circunstancias en que vino el régimen y las circunstancias de ánimo en que su venida me cogió a mí, dolorido en lo entrañable del recuerdo de mi familia. No quiero insistir en esto porque parecería hasta indecoroso que en un trance como este me dedicase a tocar la nota de lo sentimental. Ayer la toqué y la dejo encomendada a vuestro recuerdo.

Ahora bien, este carácter de enemigo del régimen, dice el señor Fiscal, se ha manifestado más cuando alcanzaba el Poder alguna situación izquierdista y proletaria, y señalaba una fecha. Este entusiasmo y ardor contra el régimen, nacía en todas las derechas españolas y singularmente en JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA cuando se triunfó en las elecciones del 33, que dieron el triunfo a las derechas. En ellas fui elegido Diputado. Debíamos haber participado en aquella alegría colectiva. Os ruego que en la colección de Arriba no dejéis de mirar un número, el número 23, de 12 de diciembre de 1935, en que se reproduce otro más antiguo, el artículo que escribí y publiqué en "Falange Española", "F.E." el 7 de diciembre de 1933, a raíz de las elecciones. Basta su título. Se acababa de ganar la victoria de las derechas. Escribí un artículo, cuyo texto leeréis vosotros y que se

llama nada menos que así: "La victoria sin alas." Esta fue mi manifestación de contento en aquellas elecciones en que fui elegido.

Después mi participación en el entusiasmo de las derechas. Un recuerdo a un difunto: José Calvo Sotelo. Fue el colaborador de mi padre y esto me basta para que le cite siempre con respeto y afecto. Pero en lo político, con algún remordimiento tengo que contaros que a Calvo Sotelo le hice yo esto: El era fogoso, tenía una oratoria confusa, se le disparaban torrentes de palabras que algunas veces hasta llegaban a perder el sentido. Calvo Sotelo iba diciendo por ahí: "No hay más que dos fuerzas nacionales, Falange Española y los hombres del Bloque Nacional." Entonces yo le contesté con una coz, con una cosa durísima que se encuentra en uno de esos pasquines en letras grandes que veréis a la cabeza de todos los números de nuestro periódico. Si no doy con él y no lo encuentro, vosotros me haréis el favor de buscarlo y leerlo. Me parece que fue en la cabeza del número 22. Le contesté la siguiente amabilidad al pobre José Calvo Sotelo: "Algún orador se dedica a decir por ahí que las únicas fuerzas nacionales son las de la Falange y las suyas. ¿Por qué no deja en paz a la Falange? Su elogio nos hace la misma gracia que ese refrán de: "El hombre y el oso cuanto más feos más hermosos." Que nos llamen feos no nos importa, pero que nos empareje con el oso..."

Llegan las nuevas elecciones. Regocijo de las derechas. *Blanco y Negro* organiza aquella encuesta de que os hablé y me pide mi opinión. Se publicó el 25 de diciembre y está reproducida en la página última, página cuarta del número 33 de Arriba. Era la pregunta: ¿Quién cree que ganará? ¿Triunfarán las derechas? ¿Cuál será la composición del nuevo Parlamento? Hice conjeturas bastante aproximadas como pude comprobar más tarde, una vez conocido el resultado de las elecciones. "¿Qué sucesos prevé para el año próximo?", y le contesté esto: "Las izquierdas burguesas volverán a gobernar sostenidas en equilibrio difícilísimo entre la tolerancia del Centro y el apremio de las masas subversivas. Si los gobernantes –Azaña por ejemplo–, tuvieran el inmenso acierto de encontrar una política nacional que les asegurara la sustitución de tan precarios apoyos por otros más fuertes y duraderos, acaso gozara España horas felices. Si como es más probable, no tiene ese acierto, la suerte de España se decidirá entre la revolución marxista y la revolución nacional."

Como se vé, mi actitud, la actitud nuestra ante la coyuntura probable de un gobierno Azaña, era bastante benévola. Estaba llena de interés, interés benévolo y discreto. Nuestra actitud no era de hostilidad cerrada ni nada semejante, quizá porque este panorama del retorno de Azaña estaba predicho por mí desde el 28 de marzo de 1935, cuando escribí en Arriba: "Antes de la primavera del año próximo tendremos a Azaña en el Poder", y lo hice como resultado de una política estúpida de las derechas. Yo auguré que vendría Azaña, y cuando triunfó el Frente Popular y entró Azaña escribí en este periódico: "Sucedió lo que debía suceder. Azaña ha tenido dos ocasiones. La de ahora es peligrosa. Si no se vuelve a las chinchorrerías del primer bienio, a coger a un Comandante y a echarlo porque su mujer vaya demasiado a misa; si no se vuelve a estas cosas con este ímpetu, puede hacer el Gobierno una gran obra y tiene la obligación de hacer una obra revolucionaria en lo social, mucho más amplia de la que hizo la otra vez." Esto lo encontraréis en un trabajo que titulé "Azaña" comentando el discurso pronunciado por Azaña en el Campo de Comillas.

Adhesión total, entusiasta a cuanto hicieron las derechas, no; a las izquierdas, tampoco.

Yo creo que el Gobierno de Casares Quiroga tuvo en mucho la culpa de que pudiera estallar este movimiento, porque sembró aquel dislocamiento de todas las fuerzas, metió en la cárcel a tal cantidad de personas –entre las que me cuento–, sembró pequeñas incomodidades que predispusieron a todos y creció el espíritu crítico. Sin eso podríais tener la seguridad de que no habría en la lucha tanto joven, ni de que se hubiera podido provocar una locura de estas a espaldas de personas responsables. De mí, por ejemplo, no os voy a decir hipócritamente que no me hubiera sumado a la rebelión. Creo que en ocasiones la rebelión es lícita y la única salida de un período angustioso.

Ahora, una rebelión que han preparado en España y fuera de España haciendo gestiones en Alemania e Italia, con lo difícil que son las negociaciones en estos países las dos naciones de diplomacia más intrincada y difícil, en donde hace falta meses para llegar a conocer el vocabulario, para que un día en la cárcel me encuentre con que ya está todo armado, sin saber a dónde va y que hay muchos míos, unos matando, otros muriendo, otros haciendo las ferocidades de que el señor Fiscal me da ahora la primera noticia; atrocidades que por otra parte me va a permitir que ponga en

cuarentena, porque sé que mis camaradas no son capaces de cometerlas. Son trámites difíciles con finalidades turbias, inexplicables por lo menos, con pactos sobre si se entrega parte del territorio o no, y yo encerrado en la Cárcel de Alicante, sin comunicación con nadie y sometido al Tribunal Popular.

Eso no hubiera pasado si yo no hubiera estado encarcelado, y no hubiera pasado si los Jefes de mis organizaciones no hubieran estado perseguidos como alimañas, separados de sus familias, de sus camaradas.

Por haberse puesto a España en este avispero ha sido posible que estalle este movimiento que ahora tendremos todos que lamentar.

No os adulo. No encuentro toda la política de las izquierdas acertada, ni mucho menos.

También veréis que dije en este traba o: "Azaña ha tenido dos ocasiones en la historia", en la última plana, en cabecera así de ancha (señala con las manos), que decía: "Azaña vive su segunda ocasión. La primera se malogró, si se malogra la nueva ocasión de Azaña se habrá perdido ya sin remedio y probablemente no tendrá ninguna más."

Presidente: Ruego al Letrado que prescinda de esas consideraciones.

José Antonio: En realidad, señor Presidente, el proceso es puramente político. Pero como no adulo al Tribunal por la política que le pueda inspirar, corto aquí. Basta. Con las derechas mi disidencia ha sido constante. Mi agresión durísima, encarnizada. No insistiré más en esto. Aquí os entrego mis textos y os ruego que hagáis el favor de repasar esta modesta vida que no hubiera traído a cuento si no lo hubiera hecho el señor Fiscal.

¿Que yo he dado muestras de esta aversión al pueblo? No sé cómo aprovechar los minutos para hacer un índice.

Yo en las Cortes me levanté un día para pedir que se ampliara la amnistía concedida por las derechas, gracias a la cual salieron a la calle varios millares de afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo; y otro día, cuando se presentó el proyecto de anulación de la Reforma Agraria, pronuncié dos discursos para impedir que se anulara la primera Reforma Agraria y expuse de la tierra este concepto que está escrito en el número del 21 de noviembre de 1935 de Arriba, página 5, quinta columna, también dice: (leyendo). "¿En qué consiste desde un punto de vista social, la reforma de la agricultura? Consiste en esto: Hay que tomar al pueblo español hambriento de siglos y redimirle de las tierras estériles, donde perpetúa su miseria; hay que trasladarle a las nuevas tierras cultivables; hay que instalarle sin demora, sin esperar siglos, como quiere la ley de contrarreforma agraria, sobre las tierras buenas. Me diréis— pero ¿pagando a los propietarios o no? Y yo os contesto: Esto no lo sabemos; dependerá de las condiciones financieras de cada instante. Pero lo que yo os digo es esto: Mientras se esclarezca si estamos o no en condiciones financieras de pagar la tierra, lo que no se puede exigir es que los hambrientos de siglos soporten la incertidumbre de si habrá o no habrá Reforma Agraria; a los hambrientos de siglos hay que instalarlos, como primera medida, luego se verá si se pagan las tierras, pero es más justo y más humano y salva a más número de seres que se haga la Reforma Agraria a riesgo de los capitalistas, que no a riesgo de los campesinos." Cuando el señor Fiscal hablaba, con razón, de la tragedia del campo español, quizá no formulaba frases tan enérgicas como estas.

Y cuando la revolución de Asturias, me levanté en las Cortes y dije, que en una revolución hay que atender siempre a dos cosas. Primero a dominarlas, y después a ver si tenían razón. Una revolución no estalla sin razón nunca.

Cuando decían frívolamente: "Los mineros de Asturias, ¿qué quieren si ganan diecisiete pesetas?" Yo les decía: "Pero, ¿es que creéis que lo hacen por ganar dos o tres pesetas más? Han empezado a votarse edificios, por los campesinos andaluces que ganan una peseta o seis reales. Esto es lo que hay en la revolución de Asturias si tenéis inteligencia para remediarlo. Y esto, ahora que habéis dominado la revolución no haréis más que enjuiciar y precipitar la segunda revolución de Asturias."

He querido que vengan los discursos. Algunos están aquí, por ejemplo el que pronuncié cuando me opuse a la proposición acusatorio contra el señor Azaña. Como sabéis la fecha, no os costará encontrarlo.

Vamos al tercer capítulo de mi vida privada. Señor Fiscal, perdóneme

El señor Fiscal sabe ya cuáles han sido mis viajes al extranjero. He estado en Berlín una sola vez, en mayo de 1934. No asistí al mitin que se decía organizado por Hess y con intervención de Mosley. No conozco ni a uno ni a otro. En cambio, nadie me preguntó si conocía a Hitler, lo que podía ser más comprometido, y sin embargo confieso que sí le he visto. Le vi unos minutos, cuatro o cinco, y ya comprenderéis en ese espacio de tiempo lo que pueden hablar un alemán y un español, un alemán que no sabe español y un español que no sabe alemán. ¿Que estaba preparando entonces esta revolución? Pero ¡Si ha tenido que ir Sanjurjo! El Fiscal no ha aportado ninguna prueba respecto a este aspecto. La única sombra de prueba es que Sarrión, que no sé si vive en estos momentos, el Abogado y compañero mío de despacho (está justificado que viniera mucho a verme porque, por fortuna, mi despacho era bastante próspero y de actividad), no ha rectificado una información tomada por *El Liberal* de Murcia, y en vista de que Sarrión, el pobre Sarrión, no ha rectificado al murciano y el murciano no ha rectificado al inglés, yo tuve que haber ido a Alemania. ¿Qué culpa tengo yo de todo esto? Mi vida se refleja en nuestro periódico semanalmente. Cada semana he estado en un sitio de España dando un mitin. A ver si es posible que estuviera en Alemania al mismo tiempo.

Tenemos las dos cartas de Sanjurjo. La del 21 de marzo y la del 23 de abril, que figuran a los folios 93, 94 y 95 del Sumario. En el folio 98 están estas cartas famosas del General Sanjurjo; me escribe una carta por mi santo, me dice cuatro generalidades. Como por lo visto se pierden las cartas de Sanjurjo y los telegramas, yo aprovecho una visita de no sé quién, que me dice que va a Portugal y le digo que le dé las gracias. Y escribo al margen: "Contestado de palabra por persona segura." Si sería segura aquella persona que en abril me escribe nueva carta y me dice: "No sé si habrás recibido la mía anterior." No sólo no había recibido la suya anterior. Me vuelve a decir en otra nueva carta nuevas generalidades, me da el pésame por mi primo Andrés, que acababa de morir y nada más. El General me habla de tú y yo a él de usted, me escribe dos cartas sin clave, donde no se menciona ningún asunto, donde me dice: "Vuelvo de Alemania." Y ello ¿qué demuestra? Esto, que es lo importante: que Sanjurjo y yo no tenemos correspondencia, puesto que para la segunda carta se sirve de alguien, lo que revela que no recibió la contestación a la primera, y que esta falta no le preocupó ni poco ni mucho. Esta carta es todo el indicio respecto a las comunicaciones con Alemania.

Y bien, yo digo: Toda esta recapitulación de mi vida anterior, la creación de Falange, mis visitas, todo esto, ¿a qué viene? A mí no se me acusa de nada de esto, sino por haber participado en el 'Movimiento revolucionario y no menos que en jerarquía de jefe, según se ha dicho por el señor Fiscal. Cuando hay que condenar a hombres y mujeres no se puede decir: "Porque pudiera ocurrir que en aquella fecha los presos..... Porque a lo mejor hicieron..." "Porque quizá aprovecharan..." Esto no. Si a mí no se me han visto las cartas, ¿pude haberlas empleado para promover un movimiento revolucionario? Lo mismo pude haberlas empleado desde aquí en dirigir una fábrica de moneda falsa. Esto es evidente. Cuando no consta lo que se ha hecho, es posible que se haya hecho todo lo humanamente realizable. Pero ni el señor Fiscal puede acusarme de esa manera, ni el señor Fiscal puede acusarme con esa base.

El Tribunal necesita algún principio de prueba positiva. ¿En qué consiste esta prueba? Que yo tenía comunicaciones, visitas... Todos los Oficiales, los procesados y los no procesados han dicho cómo eran. Muchedumbres que venían a verme, a las que yo ni siquiera conocía. Gruñía por su abundancia, hasta el extremo de que yo rogaba a mi hermano Miguel que las recibiera él, lo que le molestaba tanto como a mí. Y comunicaciones por el locutorio de Abogados, con Sarrión por ejemplo y algún personaje amigo. Pues bien, esto es un indicio, y como no se nos intervenían, es posible que estuviésemos allí maquinando. Pues bien, en estas entrevistas" ha habido como testigos más o menos tolerantes, los Oficiales, y como coro, la población y la provincia. Cuando aquellas gentes volvían a sus pueblos después de recibir mis instrucciones, no serían todas ellas tan discretas que callasen en los pueblos los consejos y órdenes que yo les daba. De modo que diez o doce o quince mil personas, han tenido que saber que yo daba órdenes para una rebelión militar. Nadie ha

quebrantado el secreto. Nadie ha puesto de relieve que yo estaba preparando un alzamiento contra la República.

Esta mañana vino un digno representante de la Comisión de Orden Público y montó en cólera porque yo, con el respeto que estoy manifestando ante el Tribunal, le dije: "¿Usted tiene la convicción moral de que el movimiento lo he hecho yo?" "Eso es siempre una segunda operación." "¿Recuerda quién le dio la primera sospecha?" "La conciencia pública, me respondió." Le dije: "Pero esa no es una voz, no es un dato, eso no es una persona" "No sé a qué he venido aquí, me respondió, a contestar a qué he venido", y se me fue todo furioso. Yo he insistido hasta ser machacón, pero ¿ha oído alguien que se dijese que aquí se estaba maquinando eso? Nadie ha oído, ni visto, ni sabe que yo estuviese barruntando maquinaciones contra el régimen, y algunos de los miembros del Tribunal que con más sagacidad han intervenido en los interrogatorios parecen barruntar una posibilidad de que no era en las visitas donde se había maquinado, sino en las cartas. Esto es evidente. En cartas puedo haber tenido esta comunicación. Pero tampoco hay el más mínimo rastro de prueba de que haya podido tener estas comunicaciones. ¡Si cuando empezó el levantamiento militar habían transcurrido treinta y cinco días de mi prisión aquí y no había recibido menos de cuatrocientas cartas! Cartas entusiastas, de camaradas, manifestaciones de afecto y hasta baladronadas, si queréis, propias de la juventud. Pero naturalmente esos son los que venían a verme y los que me escribían. Pero ¿quién iba a venir si no? indicios evidentes de que aquí se maquillase algo, ¡nada!

No hay más que estas tres o cuatro cosas. "¡Se rajó Aldave!" Uno de los que han manifestado más inteligente audacia en sus manifestaciones de ayer, ante la previsión ya, de un careo, dijo que él no había querido decir que se hubiese oído esta frase en un grupo en el que figurásemos mi hermano y yo, sino que se había oído en un grupo de falangistas presos. Si se dijo, pues, entre un grupo de falangistas que no éramos ninguno de los dos, nada tengo que decir.

Segundo. Una visita de mi cuñada el día de la muerte de Calvo Sotelo. ¡Sospechosa visita! Pues todo lo contrario. Calvo Sotelo murió una madrugada. Cualquier persona bien informada, los representantes de la prensa local pueden recordarlo, a las cinco o a las siete de la madrugada, podían ya saber que habían asesinado a Calvo Sotelo. Mi cuñada, que por lo visto tiene un hilo especial con sus amigos para comunicar, se enteró de este suceso cuando ya había oscurecido. La noticia era, en efecto, algo interesante porque supone algo de prolongación familiar. ¡Seis años de trabajar junto con mi padre! Mi cuñada, la que tenía hilo especial de información y espionaje, se enteró de que ha muerto Calvo Sotelo cuando hace diez o doce horas que no hay quien lo ignore.

Las pistolas aparecen el dieciséis de agosto. Dos pistolas. Han podido venir de los siguientes modos: o lanzadas por encima de una tapia, cosa hacedera según creencia de algunos Oficiales de Prisiones, que conocen otros casos en que esto ha ocurrido; o han sido facilitadas por el locutorio de Abogados; o ese iracundo testigo que dice que le consta, que lo sabe, porque se lo ha dicho un moribundo o alguien que sabía que estaba a punto de morir que han sido introducidas en una paella; o en una cuarta forma, que el Oficial de esta Prisión señor Muñoz dice que quizá de haber sido introducidas en paellas no hubiera sido en una sino en dos. De modo que han venido por el aire, por el locutorio de Abogados, por una paella o por dos. Esta abundancia de versiones me permite robustecer la versión que he tenido siempre sobre la ignorancia de la venida de las pistolas. Pero como esto no es el tema, vamos a suponer que sí, que por uno de esos cuatro medios o por otro cualquiera, nos hemos hecho introducir esas pistolas. No olvide el Tribunal una cosa. Esas pistolas están en nuestra celda el dieciséis de agosto. El día dos de agosto ha habido "motín" y han roto los cristales de nuestras celdas. Es justo que unos presos nos consideren, como el señor Fiscal, culpables de que España esté así.

Pregunto a todos los Oficiales si siguió hasta el dieciséis de agosto el régimen de tolerancia, y coinciden todos en que don Adolfo Crespo lo cambió de medio a medio. Pues si el dos de agosto hemos estado en riesgo inminente de perder la vida hubiera sido muy justo que nos hubiéramos procurado dos pistolas para defendernos de un segundo "motín". Pero si el señor Fiscal y el Tribunal han oído que nuestras comunicaciones con los camaradas de Falange no estaban intervenidas, sino que las teníamos a espaldas y nadie vigilaba nuestras visitas, ¿íbamos, siendo veintitantos, a formar como todo arsenal este depósito de dos pistolas? ¿Se creará que para cooperar con la rebelión nos íbamos a quedar con aquellas dos pistolas, que hubieran servido como máximo para una defensa y agresión de dos minutos? Si hubiera sido posible, como dijo el señor Fiscal, con la actividad de mi

cuñada introducir una ametralladora a piezas, tenga la seguridad el señor Fiscal que nosotros, comprometidos en el movimiento, hubiéramos hecho lo que se ha hecho en otras poblaciones. Quien ahora resulta nada menos que el autor de la rebelión y su dirigente, hubiera hecho algo más que meter estas pistolas en una paella, dos paellas o tres paellas.

Hay un único principio. Aquí sí que ruego al Tribunal atención. Hay una única cosa. El Fiscal dijo: "Se ve la relación de JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA en este movimiento no sólo por las actuaciones de este Sumario, sino por la existencia de ese almanaque." Perdonen si me he equivocado; de este almanaque que fue encontrado en un centro, que no tiene padre reconocido. Salvo esto, dice el señor Fiscal: "Se han instruido y fallado por el Tribunal Popular juicios sobre la rebelión militar en Alicante y en otras muchas provincias de España..." Pues bien, si aparece la inequívoca prueba de que JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, tenía algo que ver con eso, pudiera ocurrir que alguien nos hubiera acusado por que sí, el señor fiscal que lo sabe, traerá esos juicios. En efecto, el Fiscal trae dos o tres juicios de Alicante y en ellos, ni el señor Fiscal ni la sagacidad del Tribunal me van a dejar mentir; el nombre de PRIMO DE RIVERA aparece pronunciado por un individuo llamado Nicanor Manzano, que en el pliego once del juicio doce contra Miguel Salinas y otros más en los últimos momentos del juicio oral, cuando se ve en el riesgo de una condena que le abrumba ice: que el día diecinueve a las cuatro de la mañana llamaron a su casa diciéndole que sacara un coche y que era Antonio Macía para venir a la mañana del día diecinueve a Alicante. Esta fecha fue para Nicanor Manzano, la decisiva de su existencia: fue la que le proporcionó la muerte. El intento de alzamiento en el Cuartel se hizo el diecinueve. No se equivocó de fecha. El diecinueve por la mañana vinieron a Alicante. Fueron al Reformatorio donde habló Macía con PRIMO DE RIVERA, sacaron una carta y se fueron al Cuartel de Benalúa. Luego le dijo Macía que no se preocupara expresándose en esta forma: "Somos los amos." Es la única vez que nos cita Nicanor Manzano. Y Nicanor Manzano se equivocó. Dice que estuvieron en el Reformatorio. Nicanor Manzano no tenía el espíritu para esos, distinguos. Vinieron el diecinueve. La trágica fecha de autos que le costó la vida. Si se coge el registro de mis visitas, llevado esos últimos días con extraordinaria minuciosidad, el Director interino en eso sí que no transigía, se verá,, que el día diecinueve no tuve ninguna visita. Antonio Macía, no estuvo, pues, en ese día. Ni con su nombre, ni con nombre supuesto, ¿Está claro? Las últimas visitas las tengo el día dieciocho. El día diecinueve no se atreven a venir a verme. El veinte vienen tres personas: dos mujeres y un hombre. Yo no recibí a nadie más. El pobre Nicanor Manzano, que quiere sacudiese una responsabilidad diciendo que vinieron a verme, coloca esta escena un día diecinueve, en un inconfundible día diecinueve de julio, en que yo no tuve ninguna visita., ¿Que Antonio Macía estuvo alguna vez en la Cárcel? No sé cuantas veces. Yo no sé quién era éste pobre Antonio Macía. Yo he recibido mil cuatrocientas visitas de otros tantos y teniendo en cuenta las que se repetían, figuran setecientas u ochocientas personas en un registro de un sitio donde no había estado nunca. Agradezco estas visitas y les dedico un recuerdo póstumo. Ni se llevó carta al Cuartel ni pasó nada de esto, y éste es el único dato positivo acusatorio que hay en toda la actitud y en todo el informe del señor Fiscal.

Y no quisiera molestar más.....

Varios Jurados. (Los señores Moreno Peláez y Domenech, de Izquierda Republicana y Partido Comunista respectivamente.) Puede la defensa seguir hablando el tiempo que quiera.

José Antonio: ¡Ah! ¿Sí? Se lo agradezco mucho, ¡Cuánto se lo agradezco!

Si yo no quisiera más que referirme a las bases, a la falta de pruebas. ¿Cómo me vais a condenar sin indicios contra mí? No sólo no los hay, sino que hay indicios muy fuertes a mi favor. Sólo tengo que revelar con la misma sinceridad con que hasta aquí me he pronunciado, cual es el secreto de mi aislamiento.

La política de las derechas respecto de mi partido ha sido siempre la misma; querer aprovechar el brío combatiente de mis muchachos. Esta es la clave. Por eso de cuando en cuando a mis muchachos les buscaban la gracia. Eso sí, querían impedir a toda costa, pero que a toda costa, que a estos muchachos los dirigiera yo. ¿Por qué? Porque dicen que estas cosas que yo decía de la tierra y demás, eran señuelos que yo utilizaba para atraer a las clases obreras, porque las derechas tienen el error de creer que a las clases obreras se las atrae con señuelos.

Yo sé que la clase obrera me va a dar la terrible angustia de no creerme, pero aseguro que responde a una convicción personal honrada. Las derechas suponen que es señuelo; yo sé que no lo es. Las derechas suponen que es falso; yo sé que es verdadero. La Monarquía es una Institución que ha tenido su momento histórico. Las derechas tienen esa actitud respecto de mí, pero en cambio dicen: "Esos miles de chicos valerosos, arrojados, un poco locos si queréis, esos son utilísimos. Con estos tenemos que contar nosotros." Y entonces me maquinan disensiones dentro de mi Movimiento. Me organizan la de Ramiro Ledesma y Sotomayor, me someten a un cerco político, económico y personal; espantoso, me vienen a dejar sin cuartos. Estamos cuatro meses sin poder pagar la casa en Madrid, nos cortan el teléfono y nos quitan la casa y así estamos porque las derechas quieren a toda costa que no me interponga. Y surge mi encarcelamiento y la ocasión es "pintiparada": ahora sí que es fácil levantar el coraje de estos chicos magníficos, valerosos y un poco ingenuos, sin que se nos interponga el majadero ese que nos viene con la cosa de la reforma agraria y del Movimiento Nacional-Sindicalista. ¿Pruebas de esto? Van a ser tan cabales como las del Fiscal. Son pruebas fortísimas.

Sabe perfectamente el Tribunal que en esta comarca, en esta región de Levante, predomina entre el elemento militar, la Unión Militar Española. La U.M.E. tenía un Jefe con el que soñaba, que era el pobre Calvo Sotelo y tenía un órgano en la Prensa que es *La Epoca*, que es el pequeño foco intelectual militar ultrarreaccionario y Calvo Sotelo era el Profeta. *La Epoca* me tenía la simpatía que demuestra este tremendo artículo ofensivo publicado en primero de julio en contestación a mi artículo a que me refería antes. Aquí está la prueba y la pondrá a disposición del Tribunal el señor Secretario. Hágame el favor (dirigiéndose al Secretario del Tribunal). Estando yo en la Cárcel se me injuria. Este es el pago de la U.M.E. que no tiene fuerza en casi ninguna región de España pero en esta de Alicante sí. Estas son precisamente las guarniciones que no se sublevan. Luego ha habido algunos que han sostenido gallardamente su decisión. Pero estas guarniciones no se sublevan y forman un cerco alrededor de Alicante, del sitio dentro del cual yo estoy. Es el centro de un semicírculo geográfico perfecto. Estas son las guarniciones que no se sublevan, menos una; la de Albacete. Allí sale un Teniente Coronel ardoroso. Dirige un mensaje telegráfico. Y en el mensaje telegráfico acaba: "Arriba España." ¿Qué le pasa a ese Teniente Coronel? Pasan días y días y nadie le socorre. Era en los primeros días, cuando no habíais hecho esfuerzo alguno de organización y teníais frente a vuestra falta de organización casi todo un ejército sublevado. Creo que este Teniente Coronel se comportó de una manera muy brava. Persiste un día y otro día y de cuando en cuando comete la nueva temeridad de decir "Arriba España". "Mandadme socorro." Y nadie le socorre. El Teniente Coronel CHAPULI, que había roto este semicírculo geográfico, fracasa. Es el fracaso más notable de la rebelión.

El punto tercero. He rogado insistentemente, acaso haya llegado ya, que la prensa local diese un número de un periódico en el que publicara la lista de los futuros Gobiernos encontrada a un Oficial sublevado de la guarnición de Barcelona.

Este era, naturalmente, de la U. M. E. que domina en toda esta costa de Levante. Se le encontraron dos listas de Gobiernos que han de sucederse en el Poder según los propósitos de los sublevados. La primera es una Junta compuesta por unos cuantos Generales. En seguida se da paso a un Gobierno civil más estable, de personajes políticos. En ese Gobierno (yo os ruego que mováis los resortes posibles para que llegue un ejemplar en donde vinieran esas listas encontradas a un Oficial), figuran personajes de primer orden, de segundo, tercero, cuarto y hasta quinto orden: El Doctor Albiñana, del que tengo una carta toda llena de ampulósidades, y a la que contesto: "Gracias", Rosa Urraca Pastor... Personas, que sin pecar de soberbia, considero que tienen una representación política o intelectual algo inferior. Todas estas personas son Ministros en la lista oficial de la U.M.E. El que no aparece ni para Subsecretario, ni para Gobernador Civil es JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, supuesto Jefe de esta rebelión militar.

Punto cuarto. Mis declaraciones al yanqui, al periodista americano Allen, ¿Creerá el Tribunal todavía que yo he podido pedir que viniese esa visita? Había salido ya de la tolerancia. Regía la Comisión de Orden Público que me trajo a aquel señor, a quien había visto ya otra vez en mi vida. Le hago unas declaraciones que reproduce con mediana regularidad. Inserta un párrafo que no le dije y que podía en estos momentos haberlo dicho o decir que le dijera; el párrafo es este: "Yo no hubiese tolerado que estuviese Falange Española combatiendo con los mercenarios y fuerzas traídas de fuera." Me

convenía haber pronunciado esa frase. Pues bien, yo no la pronuncié. Son fuerzas que han luchado por España en Africa vertiendo su sangre y no puedo menospreciarlas.

Pero sobre todo, el indicio más fuerte de todos y el Tribunal estoy seguro que ha de valorarlo: Todos los que temían que la rebelión podía ser más o menos larga, más o menos favorable, ¿qué hicieron con sus familiares? Las mandaron al extranjero, ¿para qué voy a decir nombres? Este y el otro. Y los que no tenían fervor combatiente, Gil Robles por ejemplo, que no es seguramente por lo visto, un Cid, no queriendo tomar las armas se marchó a Portugal.

Yo me quedé aquí. Dice el señor Fiscal que estaba aquí por mi gusto. Pues entonces, Casares Quiroga, me dio ese gusto, estaba en combinación conmigo. Que no estaba en la Cárcel por mi gusto, es obvio. Mi hermano y otra hermana y una tía septuagenaria que están en el Reformatorio, ¿iban a estar aquí por gusto?, ¿iba a tener el gusto, esta voluptuosidad del peligro, de que les cogiesen, les encarcelasen, les metiesen en el Reformatorio? ¿es posible que yo hiciera esto? Que se quedasen aquí todos los elementos femeninos de mi familia.

Pero hay otra cosa. Yo escribí, lo ha declarado el Vigilante de Prisiones Francisco Sampere, al folio 16 del Sumario y creo que lo declaró otro de los procesados, una carta a Martínez Barrios. La escribí a primeros de agosto con el pensamiento puesto en la España de todos y con el pensamiento puesto en la tragedia actual, y dije esto: Estoy viendo que España se está haciendo pedazos, y estoy viendo que esto puede ser la vuelta a las pequeñas guerras entre españoles y por este camino se puede retroceder en el orden social, político y económico y llegar a estados de confusión y oscuridad. Yo no puedo hacer más que una cosa: que ustedes me proporcionen un aeroplano; yo voy a la otra zona dejando empeñada mi palabra de volver, que avala el temor entrañable personal de mi familia: tengo mis hermanos y una tía mía que ha hecho las veces de madre. Aquí dejo esta prenda. Voy a la otra zona y voy a hacer una intervención para que cese esto.

Se me dijo: creo que el Gobierno no podrá aceptar esta proposición.

Yo les dije: Si puedo prestar este servicio, no a la República sino a la Paz de España, no voy a fingir celo repentino, aquí estoy.

No se aceptó el servicio. Lo que yo ofrecí quizá no fuese posible, pero lo ofrecí y no vinieron a darme contestación. Es un círculo de indicios bastante más lleno que los indicios acusatorios del señor Fiscal.

Toda esta rebelión se ha hecho aprovechando mi encarcelamiento, y como yo sabía que esto estaba ocurriendo, yo no descansaba en mi celda y por eso me pasaba los días y horas escribiendo, y rogando a Miguel que pasase a recibir aquellas visitas abigarradas, donde no se ventilaba nada, y él bajaba a ver aquellos montones de gente, cosa que él hacía molesto. Me pasaba el día escribiendo a mi gente, a Julio Ruiz de Alda, segundo del Movimiento, le decía: "No tengo noticias, no tengo casi información, ¿qué va a pasar?" Y me contestaba: "Tampoco tengo información pero tengo la convicción de que las derechas, con la imbecilidad de siempre, están maquinando." Y escribo en *No importa*, periódico clandestino: "VISTA A LA DERECHA. Aviso a los 'madrugadores': la Falange no es una fuerza cipaya." "Desde la izquierda se nos mata y se nos acomete, pero ¡cuidado, Camaradas! no está en la izquierda todo el peligro. Desde las derechas ya se está especulando como siempre y se acercan un día sí y otro no, a nuestros jefes, visitas misteriosas, de los conspiradores de esas derechas con una pregunta así entre los labios: ¿Podrían ustedes darnos tantos hombres? Al que os haga esta pregunta, escupidle. ¿Pero, qué supone esa gentuza? ¿Que la Falange es una carnicería donde se adquieren al peso tantos o cuantos hombres? ¿Suponen que cada grupo local de la Falange es una tropa de alquiler a disposición de las empresas? La Falange es una e indivisible, milicia y partido. Su brío combatiente es inseparable de su fe política. Cada militante en la Falange está dispuesto a dar su vida por ella. por la España que ella entiende y quiere, pero no por ninguna otra cosa. El "madrugador" no tiene escrúpulos. A codazos se abrirá paso en sus propias filas. Traicionará y tratará de eclipsar a sus propios Jefes. Contraerá a cada instante la voz y el gesto con los que más pueda medrar. Y cultivará sin recato la adulación. Y será inútil el madrugón. Aunque el "madrugador" triunfara le serviría de poco su triunfo. La Falange con lo que tiene de ímpetu juvenil, de acervo intelectual, de brío militante, se le volvería de espaldas. Veríamos entonces, quién daba calor a estos "fascistas" rellenos de viento. Nosotros, para ver pasar sus

cadáveres, no tendríamos más que sentarnos a la puerta de nuestra casa bajo las estrellas. La Falange a disposición de un político "madrugador", con un general de más o menos buena fe, pero sin formación política: ¡Eso no! "Y decía en esos artículos palabras de una virulencia que escapan a la posibilidad de responder a toda otra intención, como decía ayer a otro miembro del Tribunal. Porque lo que se hace a veces es ocultar la trama interna a los ojos de la masa con consignas totalmente opuestas a la consigna interna del Movimiento, ya que entonces la masa no puede obedecer y el Movimiento se frustra. No. Dije exactamente lo que respondía a la situación de mi espíritu, y lo dije con tal fijeza que entonces fue cuando *La Epoca*, el órgano de la U.M.E. de los "madrugadores", de los que aspiraban a valerse de mí, insistieron, escribiendo ese artículo que también dejó entregado a la consideración del Tribunal.

Y esos fueron mis trabajos desde aquí. Cartas y más cartas, circulares, consignas, para evitar que esto ocurriera. Quizá dentro de un año hubiera habido Revolución Nacional-Sindicalista y que la hubiera capitaneado yo, pero sin esta incomunicación de mi encierro, no hubiera habido lo de ahora.

De pronto, vino la muerte de Calvo Sotelo. El suceso fue verdaderamente tremendo. Se conturbó todo, salieron Regimientos a la calle, los muchachos de Falange, llenos de inexperiencia política, de valor y de voluntad se unieron en unos sitios y en otros no. Yo no sé nada. No sé de verdad y quisiera saberlo. Daría dos o tres años de mi libertad por unos cuantos periódicos de estos meses que he pasado encerrado en la Cárcel. Y me entero aquí, encerrado entre rejas, descorazonado de saber que está España matándose y sin poder tomar parte para evitarlo. Esta es mi historia.

Yo creo que el Tribunal, a falta de otras pruebas más fuertes, el Tribunal repito, note en mis palabras una cierta sinceridad. No he derrochado esa elocuencia de que me hacía elogio el señor Fiscal. Sólo he contado los hechos.

Y unas palabras de mis dos hermanos. Creo que con éstos, dado lo exento que yo estoy de todo, no es necesario que insista mucho en lo exentos que ellos están. De estos dos hermanos lo único probado en serio, es que pasaban horas y horas hablando por la reja. Se casaron hace un año. Nos traen aquí el seis de junio. El nueve viene mi cuñada detrás de su marido y se dedica a hablar con él por la reja cuantas horas le permiten. No interrumpe su comunicación más que unos días que va a Madrid, Serrano 86, modesta casa que está a disposición del Tribunal. Escribe desde allí una carta bastante improcedente, llena de bromas en inglés escritas con un humor extraordinario, escribe unas cuantas cosas hijas de la propia fantasía y fanfarronadas. Tiene la nota irónica para una muchacha que no sabe por qué se coloca una corona, como yo me podía poner una tiara pontificio, y pone una corona y una frase escrita en inglés, que no es caldeo ni nada indescifrable. Carta ' a mi hermano. Si mi cuñada y mi hermano estuvieran complicados no dirían esas cosas improcedentes, hijas de la poca edad, y no lo harían en inglés. Estando en Alicante tendría que ir a hacer esas gestiones, traer y llevar recados, cumplir las consignas que se le daban. Pero que le daba ¿quien? ¿Ella era mi enlace y yo el jefe del Movimiento? Resulta absolutamente probado que a mí casi no me veía. Yo, cuando ella venía, bajaba un momento y como conocía la índole conyugal de sus visitas, la saludaba y me marchaba a trabajar. Esta es la actuación de mi cuñada que además se queda en Alicante, incorpora en los días más peligrosos a su hermana política y a su tía, y que esto hace que las encierren a todas en el Reformatorio.

Creo que con esto ha terminado mi defensa.

Una sola palabra al Tribunal.

Creo que es usual en los políticos de algún relieve, que cuando se ven en un trance así, como este en que vosotros me ponéis, empiezan o acaban soltando una heroica baladronada para la posteridad, diciendo: "En fin, yo soy el responsable de todo. Haced de mí lo que queráis. Cumpló con mi deber. Disponed de mi vida."

Esta decisión ha sido interrumpida algunas veces por algunos Jefes revolucionarios de izquierdas. Yo prefiero imitar a éstos y, no a los otros. No os voy a decir nada de esto: "No me importa dar la vida por esto o por lo otro." El señor Fiscal ha dicho que soy valiente. No soy valiente. Quizá no sea cobarde... Sí me importa dar la vida. Hay que arrostrar los sucesos de la vida con decorosa

conformidad. Os digo que prefiero con mucho no morir. Que creo que la vida no se nos ha dado para que la quememos como una bengala al final de una función de fuegos artificiales.

Si yo no he tenido parte en esto, si no he participado en esto, ¿para qué voy a venir aquí y hacer el papel de víctima?

Yo os ruego que estiméis mi causa en conciencia y la causa de estos dos y que en conciencia dictéis veredicto de inculpabilidad.

Vuestro rigor no va a ser puesto en duda por nadie. Habéis defendido a las instituciones que os han encargado de defender, con severidad. Vuestro entusiasmo por el Régimen, tampoco. Os ruego que no veáis en mí si soy fulano o mengano, sino que soy un acusado que viene aquí a comparecer ante la justicia con otros dos. Que peséis mi causa con todos los indicios y todas las pruebas; y porque creo que lo merecemos y no tenéis que acreditar vuestro rigor y os interesa seguir acreditando la absoluta justicia de este Tribunal Popular, os pido dictéis un veredicto de inculpabilidad para los tres

Yo os aseguro que en nombre de todos y mío he de agradecerlos muy de veras, que me alegraré muy de veras esta noche encontrarme con la vida en el cuerpo, con esta vida que modestamente he dedicado y seguiré dedicando, a que contribuya con mucho o poco a que el Pueblo Español tenga uno de los lemas de nuestro Movimiento: "LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA".

Del libro *"FRENTE A FRENTE. José Antonio frente al Tribunal Popular. Alicante–noviembre 1936"*, de José María Mancisidor. Editorial Alrrena. Madrid, 1975.

TESTAMENTO DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, de treinta y tres años, soltero, abogado, natural y vecino de Madrid, hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen), en la Prisión Provincial de Alicante, a dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuentas sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecía desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía de otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé, aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más, observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!" Y, ciertamente, ni hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto tendí, y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice *responsable de todo* ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó, no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esa sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que sí pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperada por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar. El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos sólo fue roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que, hace cinco o seis días, conocí el sumario instruido contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora, declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con "mercenarios

traídos de fuera". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabios o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrinas de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual, paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes

CLÁUSULAS

Primera. Deseo ser enterrado conforme al rito de la religión Católica, Apostólica, Romana, que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz.

Segunda. Instituyo herederos míos por partes iguales a mis cuatro hermanos: Miguel, Carmen, Pilar y Fernando Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, con derecho de acrecer entre ellos si alguno me premuriese sin dejar descendencia. Si la hubiere dejado, pase a ella en partes iguales, por estirpes, la parte que hubiera correspondido a mi hermano premuerto. Esta disposición vale aunque la muerte de mi hermano haya ocurrido antes de otorgar yo el testamento.

Tercera. No ordeno legado alguno ni impongo a mis herederos carga jurídicamente exigible; pero les ruego:

A) Que atiendan en todo con mis bienes a la comodidad y regalo de nuestra tía María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, cuya maternal abnegación y afectuosa entereza en los veintisiete años que lleva a nuestro cargo no podremos pagar con tesoros de agradecimiento.

B) Que, en recuerdo mío, den algunos de mis bienes y objetos usuales a mis compañeros de despacho, especialmente a Rafael Garcerán, Andrés de la Cuerda y Manuel Sarrión, tan leales durante años y años, tan eficaces y tan pacientes con mi nada cómoda compañía. A ellos y a todos los demás, doy las gracias y les pido que me recuerden sin demasiado enojo.

C) Que repartan también otros objetos personales entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca han compartido conmigo las alegrías y adversidades de nuestra Falange Española. Ellos y los demás camaradas ocupan en estos momentos en mi corazón un puesto fraternal.

D) Que gratifiquen a los servidores más antiguos de nuestra casa, a los que agradezco su lealtad y pido perdón por las incomodidades que me deben.

Cuarta. Nombro albaceas contadores y partidores de herencia, solidariamente, por término de tres años, y con las máximas atribuciones habituales, a mis entrañables amigos de toda la vida Raimundo Fernández Cuesta y Merelo y Ramón Serrano Súñer, a quienes ruego especialmente:

a) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en período atrasado de elaboración, así como cualesquiera obras prohibidas por la Iglesia o de perniciosa lectura que pudieran hallarse entre los míos.

B) Que coleccionen todos mis discursos, artículos, circulares, prólogos de libros, etc., no para publicarlos –salvo que lo juzguen indispensable–, sino para que sirvan de pieza de justificación cuando se discuta este período de la política española en que mis camaradas y yo hemos intervenido.

C) Que provean a sustiirme urgentemente en la dirección de los asuntos profesionales que me están encomendados, con ayuda de Garcerán, Sarrión y Matilla, y a cobrar algunas minutas que se me deben.

D) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las cinco de la tarde, en otras tres hojas además de ésta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen.

AL PROPIO TIEMPO QUE SU TESTAMENTO, EN DOS CUARTILLAS TAMBIÉN ESCRITAS DE SU PUÑO Y LETRA, JOSÉ ANTONIO DICE LO SIGUIENTE:

ADMINISTRACIÓN

La llave de la caja de Fernando la guardaba yo siempre entre las hojas de un cuadernito forrado de hule negro que tenía en mi armario, departamento de la derecha, en el tablero que cubre los cajones. Si se ha perdido habrá que ir al Banco y arreglarlo allí.

Un título Chade de cinco obligaciones, amortizado, propiedad de Pilar, se perdió. En el cajón de mi mesilla de noche estaba el número del título prendido con un alfiler a la póliza de compra. Si lo encontráis, mis albaceas y Tomás Chávarri os dirán lo que hay que hacer.

Para poner al día las cuentas, si existe el libro mío que conocéis (Cuerda lo conoce perfectamente), no habrá ninguna dificultad. Si el libro se ha perdido tendréis que ajustamos al patrón aproximado que va en hoja aparte señalada así: Aunque os parezca un poco complicado por las X y las Y, cualquiera que sepa un poco de contabilidad os lo pondrá en claro, y, desde luego, mis albaceas lo entenderán.

Hace años que tengo guardadas 2.000 pesetas de una pobre anciana llamada Práxedes Merino, de la que hay antecedentes en el despacho. Si no lográis averiguar su paradero ni el de los parientes suyos, emplead las 2.000 pesetas en obras de caridad.

Debo dos trajes al sastre.

En mi despacho hay algunas minutas pendientes de cobro y algunos asuntos en que aún no se ha hecho minuta. Repasando las carpetas verán las que están en un caso y en otro. Cuerda y Sarrión conocen bien todo esto.

En otra cuartilla del aludido escrito reza lo siguiente:

Patrón para restablecer la situación de cuentas.

Debo: Existencia total en caja (mis dos montones y lo cobrado después de mi encarcelamiento ... X. Debido a Carmen. De antes: 1.500. Su parte de las rentas cobradas: Y.

Gastado en casa desde el 15 de marzo de 1936 ... X. Debido a Pilar. De antes: 3.000. Su parte de las rentas cobradas: Y.

Debido a Fernando: 2.000. Total... Y.

De Barrado la diferencia de Y a X.

Creo que las rentas cobradas últimamente eran sólo de los valores de Carmen, Pilar y míos, de Madrid.

Como no habrá dinero en caja suficiente para liquidar, puesto que los gastos de la casa se han ido tomando adelantados del fondo común, sin que, por otra parte, se hayan cobrado las rentas principales, habrá que:

1º. Cobrar las rentas atrasadas;

2º. Dar su parte a Fernando y Miguel, que no contribuyen a los gastos de casa;

3º. Dar a Barrado la cantidad X menos Y, según el cuadro de la vuelta;

4º. Si aún sobra dinero, repartirlo en tres partes: una de Carmen, otra de Pilar y otra de mi herencia.

El testamento y las cuartillas adjuntas fueron enviados por José Antonio con una carta a su hermana política Margot Larios, que aparece en el Epistolario incluido en esta obra.

José María Mancisidor: *"Frente a Frente, José Antonio Primo de Rivera, frente al Tribunal Popular"*. Mancisidor incluye el texto íntegro del segundo y definitivo Testamento de José Antonio, ya que el primero, redactado, igualmente, por el notario de Alicante, señor Castaños, fue prohibido y censurado por el gobernador civil, alegando que en él había conceptos que dañaban al "régimen". Entonces, y tras unas gestiones del subdirector de la cárcel, don Víctor Viñes, José Antonio quedó autorizado para dejar escrito un testamento ológrafo en el que no apareciese juicio político alguno.

EPISTOLARIO

A RAMÓN SERRANO SUÑER

1925?

"Tengo una clientela de locos que apenas dejan dinero. Pero estoy contento, y los prefiero, desde luego, a los excesivamente cuerdos, a quienes tengo que echar del despacho cuando se muestran extrañados de que no me ponga de parte de la iniquidad."

Fragmento de una carta de José Antonio a su compañero de estudios Ramón Serrano Súñer.

A JUAN G. LÁZARO

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado
Los Madrazo, 26
MADRID

Madrid, 26 de agosto de 1925.

Señor don Juan G. Lázaro:

Muy señor mío: Recibí su carta del 15 preguntando si puede solicitar unas secretarías de Ayuntamiento que hay vacantes. Yo creo que sí (siempre que reúna las condiciones precisas), pues su temor de que haya compromiso adquirido no debe preocuparle. Justamente el Directorio ha venido a sustituir el sistema de los compromisos y las recomendaciones, por el de la recta aplicación del Derecho.

Suyo affmo., q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

P.D.—16 de octubre de 1925.

Le devuelvo su carta, según me pide en la suya del 5.

Vaya tranquilo al concurso, seguro de que no le harán injusticias; pero yo no puedo recomendarle, porque eso sería ya una injusticia contra los demás aspirantes¹.

¹ El facsímil de esta respuesta con postdata fue reproducido por primera vez por Angel Ruiz Ayúcar: *"José Antonio y el sentido de la justicia"*, en la revista de la Sección Femenina, *Teresa*, número de noviembre de 1963.

A JUAN NOTARIO CÁNOVAS

Madrid, ¿25 de septiembre de 1925?

Estimado Notario:

Recibí su carta y agradezco mucho que se acuerde usted todavía de nosotros. Debía haberle contestado antes, pero no me ha sido posible, porque estoy ahora de lleno en mi servicio militar y no tengo momento libre².

Recuerdos de los de casa y saludos para usted de su aftmo.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Tarjeta que José Antonio envió al antiguo asistente de su padre, Juan Notario Cánovas, residente en Facinas, provincia de Cádiz. Notario fue asistente de don Miguel Primo de Rivera en 1915.

² José Antonio prestaba entonces servicio en el Regimiento de Húsares de la Princesa, de Madrid. Su servicio militar tuvo una primera etapa en Barcelona, como voluntario del. Regimiento de Dragones de Santiago.

A MERCEDES DIEZ Y DE ZURITA

Madrid, 21 de julio de 1926.

Querida Nena:

No creas que he olvidado tu encargo; lo que es que no he querido enviarlo a Jerez con un cosario por temor a que se perdiese, y he preferido esperar que alguien se fuera y lo llevase. Mañana sale para Jerez Julián Pemartín y se lo encargaré.

Haz el favor de saludar muy afectuosamente de mi parte a todos los de tu casa, y cree que es siempre tu buen amigo,

JOSÉ ANTONIO

El sobre dice: *Francia. Mlle. Mercedes Diez. 16 Avenue Frieland. París.* La carta está escrita en pliego sin membrete de 202 mm. de altura y 312 mm. de ancho y orla de luto de 12 mm. El sobre lleva orla de luto de 12 mm.

Colección Julián Pemartín.

INSTANCIA DE DON JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA A S. M. DON ALFONSO XIII, SOLICITANDO LA MERCED DEL HÁBITO DE LA ORDEN DE SANTIAGO

A. 4.247.356 X Presento Cédula clase 10, nº 11.561. Madrid, 10 de mayo de 1927.

Señor:

José Antonio Primo de Rivera Sáenz de Heredia, Orbaneja y Suárez Argudín, natural de Madrid, de veinticinco años de edad, Gentilhombre de Vuestra Cámara con ejercicio y servidumbre, abogado del Ilustre Colegio de esta Corte y Alférez de Complemento del Arma de Caballería, con el más profundo respeto,

Suplica a V. M. que, previos todos los requisitos y pruebas necesarias, se digne hacerle merced del hábito de la Orden de Santiago. Gracias que espera alcanzar de Vuestra Majestad, cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, veintisiete de febrero de mil novecientos veintiocho.

Señor a L. R. P. de V. M.

José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia³.

³ Vicente de Cadenas y Vicent: *"El Marquesado de Estella, el Condado de San Fernando de la Unión y el Ducado de Primo de Rivera"*, en Madrid. Aparte de la revista *Hidalguía*, septiembre–octubre de 1955. Número extraordinario con motivo del III Congreso Internacional de Genealogía y Heráldica. Una gacetilla de los periódicos, de fecha 27 de junio de 1930, daba cuenta de que en los Comendadores de Santiago, histórico templo enclavado en la calle de Quiñones, tuvo lugar la ceremonia de vestir el hábito de la ínclita y militar Orden de Caballeros de Santiago. El Capítulo lo presidió el Infante Fernando de Baviera y en su transcurso tuvo lugar el Cruzamiento de José Antonio, Miguel y Fernando Primo de Rivera y Sáenz de Heredia. José Antonio fue apadrinado por don Juan Laygorri.

A DESIDERIO GUTIÉRREZ

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado
Los Madrazo, 26
MADRID
Teléfono 54145

26 de febrero de 1928

Sr. Alcalde de
San Cebrián de Mazote.— Valladolid.

Mi distinguido Sr. Alcalde:

El estudio de los documentos que me dejaron ustedes aquí me ha producido una impresión sumamente favorable; tanto, que sin pérdida de tiempo le ruego haga las siguientes cosas:

1º. Convocar tan pronto como reciba esta carta al Ayuntamiento en pleno, y, si no es materialmente posible, a la Comisión Permanente.

2º. Someter a su consideración, para cumplir el artículo 156 del Estatuto municipal, el dictamen que le envío. (No es un dictamen definitivo, sino sólo para cumplir esta formalidad legal.)

3º. Que se levante acta del acuerdo en la forma cuyo borrador también le envío, y que el Secretario extienda testimonio del acuerdo íntegro, incluso el dictamen.

4º. Presentar al Juzgado municipal con dos copias, el escrito que también le mando modelo.

5º. En cuanto le den el exhorto, hacerlo cumplimentar en el Juzgado municipal de Tiedra (si la propietaria del monte es ahora vecina de otro pueblo, ponga usted en el escrito el que sea, en lugar del que he puesto yo).

6º. Acuda usted al acto de conciliación, haga que se transcriba íntegramente en el acta el testimonio del acuerdo del Ayuntamiento y alegue usted como fundamentos de la petición "que el derecho de los pueblos fue reconocido y declarado por una ejecutoria de 1544 y por otras posteriores, y que el causante de la actual propietaria le constaba por el Registro de la Propiedad y por haber estado ejercitándose hasta hace pocos años". Procure que tomen sus palabras así en el acta.

7º. Pida y mándeme testimonio del acta de conciliación.

Un día que se pierda en todo esto puede ser decisivo, pues el único peligro grave que veo para el derecho de esos vecinos es que se cumplan veinte años de desuso de su derecho. Por lo demás, me parece verlo todo con una claridad que me da verdadera alegría, y a pesar de que todavía no he formado juicio del todo, no quiero ocultarles esta buena impresión, ni mucho menos retrasar la celebración de un acto conciliatorio, que puede ser decisivo y que en ningún caso compromete a nada.

A reserva de volver a escribirle pronto con más completos fundamentos, para no retrasar ahora la salida de esta carta, queda esperando con impaciencia su contestación su aftmo. amigo y s. s. q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Firmado y rubricado

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado
Los Madrazo, 26
MADRID
Teléfono 54145

14 de marzo de 1928

Mi distinguido Sr. Alcalde:

Recibo su carta con el dictamen del señor Monsalve, que encuentro muy acertado. Antes de nada debo insistir en que el yo le mandé no es todavía un dictamen definitivo, sino únicamente una fórmula de dictamen para cumplir la formalidad que exige el artículo 156 del Estatuto municipal. En el caso de que conviniera emprender el pleito, y que como requisito previo hubiese de oír el Ayuntamiento dos dictámenes de Letrados, yo tendría mucho gusto en darle el mío por extenso y debidamente fundamentado.

Lo que interesa dejar probado en forma es que hace menos de veinte años que dejó de usarse la servidumbre; y como los veinte años deben de estar para cumplirse, es por lo que le encargué con urgencia que celebrasen el acto de conciliación. El haberlo celebrado en julio no sirve de nada, pues la Ley exige para que el acto de conciliación interrumpa la prescripción empezada que se presente la demanda dentro de los dos meses siguientes a la celebración de aquel acto (art. 1.947 del Código civil.) De manera que considero indispensable promover en todo caso un nuevo acto de conciliación, y así por un lapso interrumpiríamos la prescripción y por otro lado tendríamos dos meses para estudiar las posibilidades del pleito.

Me contraría la noticia de que en 1907 ya se habían dejado de usar los pastos por parte del pueblo. Si esto es así, se nos viene abajo la base de derecho más firme. Haga el favor de indagar bien y vea si queda algún rastro de ejercicio del derecho dentro de los veinte años últimos.

Esperando su contestación se reitera suyo aftmo. amigo y s. s. q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Firmado y rubricado

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado
Los Madrazo, 26
MADRID
Teléfono 54145

22 de junio de 1928

Sr. D. Desiderio Gutiérrez.

Alcalde de
San Cebrián de Mazote.— Valladolid.

Mi distinguido amigo:

Contesto a su carta del día 12 para exponerle definitivamente mi opinión sobre las cuestiones de derecho que tuvieron la amabilidad de consultarme.

He leído el dictamen del Abogado de Valladolid señor Monsalve, y en lo sustancial estoy de acuerdo con él. Falta, efectivamente, una prueba decisiva del dominio que ustedes alegan sobre el suelo del

monte, puesto que no se encuentra la ejecutoria de 1805. Y además, la acción para exigir el reconocimiento de ese dominio tiene que haber prescrito ya. No prescribiría efectivamente, como dice el señor Monsalve, si se tratara de una copropiedad, ya que la acción "communi dividundo" es imprescriptible. Pero en este caso no hay, a mi juicio, copropiedad: en la copropiedad las partes intelectuales de cada condueño son cualitativamente idénticas, mientras que en esta suerte de propiedad dividida, que aquí se alega (suelo de uno, vuelo de otro) no sólo son diferentes los derechos en su contenido, sino en la base material, exterior, donde se apoyan.

En cuanto al derecho de pastos considerado como gravamen de la finca, tiene que haberse extinguido si, como dice usted, hace más de veinte años que no se usa (art. 546, núm. 2º del Código civil).

Es una pena que se dé esta circunstancia, porque de no ser así, ni el amparo del Registro ni la prescripción adquisitiva hubieran investido a la actual propietaria del dominio sobre los pastos.

Efectivamente, el Registro no ampara sino a los terceros de buena fe, y no tienen tal consideración, según copiosísima jurisprudencia, los que por el propio Registro conocían el gravamen, ni los causahabientes de los mismos. El Registro de la Propiedad, en sus inscripciones primera a cuarta, en las que figura la propiedad del monte inscrita a nombre de la casa de Alba, menciona el gravamen de pastos en provecho del pueblo de San Cebrián. Al causarse la inscripción sexta (1886) para asentar al mismo tiempo la transmisión del dominio de la finca al entonces Duque de Alba y su compra por don Hermenegildo Alonso y Alvarez, se hizo una larga explicación, desfigurando lo que proclama la ejecutoria de 1544, para llegar a la conclusión de que el gravamen a favor de los pueblos no existía. Pero esta declaración puramente unilateral y sin intervención de los pueblos favorecidos por el gravamen no puede extirpar el derecho de éstos. Y, en cambio, don Hermenegildo Alonso, que en la inscripción "inmediatamente" anterior a la suya encontró la mención del derecho a favor de los pueblos, no pudo alegar la condición de tercero ignorante de la carga ni transmitirla a su heredera la propiedad actual.

En cuanto a la prescripción adquisitiva, que hubiera podido incorporar a la propiedad del inmueble el derecho sobre los pastos, tenía que haber sido la extraordinaria necesariamente, con treinta años de duración, y ese lapso, al parecer, no ha corrido. La prescripción ordinaria de diez años entre presentes requiere buena fe y justo título (art. 1.904 del Código civil). El justo título es "el que legalmente baste para transferir el dominio o derecho real de cuya prescripción se trate" (art. 1.952) y "ha de ser verdadero y válida" (art. 1.953). Y no es justo título el de transmisión por el Duque de Alba a don Hermenegildo Alonso, ya que el Duque de Alba, según el estado del Registro vigente a la sazón, no tenía la propiedad libre del monte, sino la propiedad limitada por el gravamen a favor del pueblo. Nadie puede transmitir más que lo que tiene, y por lo tanto, el Duque de Alba sólo pudo transmitir la propiedad limitada. El comprador lo sabía, puesto que la inscripción inmediatamente anterior a la de su título lo proclama así. Luego no tuvo título bastante para adquirir la propiedad entera.

Por todas estas razones, y una vez que parece seguro que no han pasado treinta años desde que los dueños del monte vienen poseyendo los pastos como suyos, sólo por la prescripción extintiva del artículo 546, número 2º del Código civil, puede haber perdido el pueblo su derecho sobre los pastos. Pero si de veras han pasado veinte años ya desde que se usan, me parece imposible recuperarlos, puesto que sólo a título de servidumbre y no de propiedad podrían exigirse.

Siento haber llegado a esta conclusión en un estudio que tan optimistas esperanzas me hizo concebir al principio, pero considero que debo decirles la verdad. Tal vez si aparecieran documentos más decisivos pudiera cambiar de criterio. La ejecutoria y demás papeles que me entregaron los tengo a su disposición. Ustedes me dirán cómo enviárselos.

Celebro mucho haber tenido esta ocasión de entrar en comunicación con ustedes y se reitera suyo
aftmo. y s. s. q. e. s. rn.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Firmado y rubricado

Las tres piezas de dictamen jurídico que tienen como destinatario al señor don Desiderio Gutiérrez, Alcalde de San Cebrián de Mazote, Valladolid, y que patentizan la actuación de José Antonio como abogado de consulta, fueron obtenidas por deferencia del camarada Narciso García Sánchez, de la Vieja Guardia vallisoletana.

A PASCUAL RUIZ SALINAS

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado
Los Madrazo, 26
MADRID
Teléfono 54145

Madrid, 10 de noviembre de 1928.

Sr. D. Pascual Ruiz Salinas.

Juez de Primera Instancia de Almagro.

Querido Pascual: Recibo tu carta y me apresuro a ratificar por escrito cuanto te dije de palabra el día que tuve el gusto de verte.

Puedes decir en todas partes que esa gente que alardea en Almagro de amistad conmigo y consecuente influencia es para mí desconocida hasta el nombre. Aunque la conociera, me guardaría muy bien, como me guardo siempre, de hacer la menor indicación o recomendación a jueces ni magistrados. Pero en el caso presente, no sólo me ofenden quienes se atribuyen esa amistad conmigo, sino que mienten abiertamente, pues, como te digo, se trata de individuos a quienes no conozco siquiera ni quiero conocer.

Creo que esta carta está bastante clara. No la necesitabas tú, porque tu rectitud no ha de apoyarse en pruebas tan poco importantes como una carta mía, sino que por sí misma ha de ser reconocida y respetada. Pero sí me interesa a mí, por mí mismo, poner esto en claro, pues no hay nada que pueda ofenderme más que la suposición de que influyo sobre los Tribunales, según el peor estilo del antiguo régimen. Aunque esa gente de que me hablas hubiera sido amiga mía (que no lo es, por fortuna), hubiese hecho bastante con atribuirme lo que me atribuye para perder mi amistad

Lo único que quisiera es que se atreviese ahora alguno de esos individuos a presentármese en casa, cosa que no han osado hacer hasta ahora. Yo le enseñaría cómo se sale por la escalera de un modo más enérgico del acostumbrado.

Puedes hacer de esta carta el uso que quieras. Te abraza tu buen amigo y compañero de los días de la Facultad

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Publicada en Y, número de marzo de 1941.

A LA SRTA. A. M. C. S.

Madrid, 13 de junio de 1929.

Srta. A. M. C. S.

Mi querida amiga: Hace unos días me llevé la sorpresa de recibir su carta con el estudio grafológico que me prometió a nuestro paso por Zaragoza. Le ruego me perdone que haya tardado estos días en contestarle; pero, por un lado, apenas he tenido un minuto libre, por otro, me daba cierto miedo escribir a una persona que descubre todas esas cosas en la letra de uno. Le estoy agradecidísimo por el estudio, pero me parece que debe ser más amable que sincero, pues no puedo creer que a costa de algún pequeño defecto como los que me descubre haya en mí tantas cosas buenas. Esto sí que se lo digo de verdad: cuando me juzgo a mí mismo encuentro siempre muchos más motivos de descontento que de satisfacción. Sin embargo, me parece que el estudio salvo lo que ha puesto su amabilidad, es acertadísimo: así me lo han dicho varios de los amigos que me conocen más⁴.

Un millón de gracias. Se alegra mucho de saludarla una vez más su afectísimo amigo.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

En el artículo publicado por Felipe Ximénez de Sandoval en *Arriba*, el 23 de febrero de 1966, consta que la referencia utilizada por A. M. C. S. consistía solo en tres palabras: "Querer y querer" y la fila.

⁴ El estudio grafológico a que se hace referencia estaba dedicado "A José Antonio Primo de Rivera, uno de los pocos caballeros que quedan". Decía textualmente: "Escritura de tamaño grande y extensa, que revela generosidad, esplendidez, sentido estético y cierta simpatía que rompe la impresión un poco fría de su personalidad. Franqueza condicional. Un poquito amigo de llevar la contraria. Conocimiento del valor propio; carácter algo impaciente, que sabe, sin embargo, someterse a la disciplina, nunca a la imposición; espíritu observador y filosófico —mucho lógica y sentido deductivo—; persona que piensa las cosas antes de hacerlas (precaución antes de decirse). Más propenso al optimismo que al pesimismo.

Inclinaciones. — A lo bueno, elevado y noble.

Sus aptitudes. — Son para la diplomacia; en ella hubiera usted triunfado.

En la firma. — Se observa un gran amor propio, que tal vez sea su más señalada característica. ¿No es así?

A CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

Madrid, 15 de marzo de 1930.

Señor Don César González-Ruano.

Mi distinguido amigo:

He leído su interviú y le agradezco muy sinceramente la forma afectuosa en que está hecha. Mi horror a la exhibición se tranquilizó, en parte, al recibir de usted, con tono inconfundible de sinceridad, la promesa de que no aparecería en la interviú nada que pudiera mortificarme. Ahora me tranquilizo del todo, al comprobar que usted, cumpliendo con creces su promesa, no sólo ha evitado toda mortificación, sino que me ha proporcionado motivos de gratitud.

Recíbala muy cordialmente de su afectísimo amigo y compañero, q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Del libro de César González-Ruano: *"El momento político español."* Madrid, 1930.

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

Madrid, 15 de marzo de 1930.

D. Juan Ignacio Luca de Tena.
Director de ABC

Mi querido amigo: No es fácil de expresar la sorpresa y la emoción con que he leído su carta. Pero no me será difícil hacérsela imaginar. Nos hemos educado los dos, como usted dice muy bien, en la misma enseñanza. Y de igual manera que siente y entiende mi temor de ser tan sólo "el hijo de papá" tiene que sentir y entender también hasta qué punto llega al fondo del alma un rasgo de cordialidad como el suyo.

Parece que el haber vivido desde chicos en un ambiente de publicidad y pasión (la publicidad y la pasión que han rodeado a nuestros padres) debería habernos embotado, en parte, la sensibilidad para todo género de impresiones. Pero a mí me ha pasado lo contrario, y, por lo visto, también a usted; los ataques a mi padre (los ataques insolentes, enconados, injustos, como muchos de los que se leen en estos días) llegan a producirme una amargura hasta física tan agobiante, que me quita del todo la paz. Y, en cambio, el encontrar una prueba noble de afecto, el verme entendido y apoyado, como ahora con su carta, me entona de un modo que sólo puede imaginar quien lo ha sentido.

No encuentro palabras con que agradecer lo que ha hecho. Es imposible buscar nada de mayor delicadeza; adivinar la situación de espíritu de un hombre a quien ni siquiera le ligaba una amistad íntima y decirle precisamente las palabras justas para confortarle. Ha venido usted a reconocer en justicia, generosamente, los beneficios que a mi padre debe España, precisamente en estos días en que me achicharra por dentro el repugnante espectáculo que a nadie se oculta: una Prensa rabiosamente sectaria y una turba hambrienta de viejos fracasados que resucitan, pidiendo aullidos, ¡las responsabilidades de la Dictadura! Como si el Gobierno dictatorial, falible como todos, no hubiera venido a sacar a España de las miserias y las vergüenzas en que la sumieron muchos de los que ahora ejercen de fiscales; como si no hubiese ahuyentado la anarquía, la pesadilla africana, el déficit crónico, la leyenda negra, la reputación detestable de nuestros amigos y tantas otras cosas tristes, sino que hubiera sido una cuadrilla de salteadores dedicada durante seis años al saqueo. Y esto es lo que se dice, a sabiendas de que es mentira, entre el silencio cobarde de los más obligados a la defensa.

Si todos se portasen como usted, conmigo ahora, ¿qué importarían las discrepancias políticas? Lo malo es que, en general, entre nosotros, se trata a los adversarios como si no fueran hombres, como si no fueran sensibles; dándoles unos manotazos desconsiderados que hacen sangre en lo más vivo de los sentimientos. Tal vez los que atacan de esa manera sienten poco y, por eso, no adivinan el daño que hacen. Usted, al entender lo que otros sienten, demuestra que también sabe sentir.

No quiero acabar yo tampoco sin darle las gracias muy sinceras por la benevolencia con que juzga un trabajo mío como aprendiz de periodista y mi actitud general en mi papel de hijo. Para lo uno y para lo otro puede aleccionarme mucho su ejemplo.

Crea que se alegra de verdad al considerarse suyo afectísimo, amigo q. e. s. m.

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Publicada en ABC, 19 de noviembre de 1952. Proporcionada por Mariano Rodríguez de Rivas.

A JOSÉ MARÍA PEMÁN

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado
Los Madrazo, 26

Madrid, 30 de abril de 1930.

Querido José María:

El secretario de la U.M.N., al repartir entre sus miembros la comunicación con las provincias, me encomienda la de Cádiz.

Excuso decirte que, para cumplir como pueda mi misión, no cuento con más auxilio que los que puedan prestarme tu amistad y tu experiencia. Ya sabes el cariño que mi padre te profesaba y la confianza que siempre puso en ti. ¿Quieres, en recuerdo de uno y de otra, encargarte de movilizar a cuantos elementos puedan adherírsenos en la provincia? Creo que puedes hacer mucho; sobre todo, si te vales, tanto en Cádiz como en Jerez y otros sitios, de tus relaciones y parentescos personales. Todo lo que tú hagas será completamente de fiar, mientras que otras ayudas circunstanciales son bastante problemáticas.

Por de pronto, se trata de celebrar una Asamblea del partido en la última decena de este mes, y es preciso saber la representación que puede mandar Cádiz (provincia).

Conviene la formación de grupos de propaganda o secretariados, a semejanza del que se ha constituido en Madrid y conoces por los periódicos.

Me han elegido, en recuerdo de mi padre, presidente de la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana; y para acompañarme en la Junta Directiva habéis sido nombrados tú, Pepe Pemartín, Fuentes Pila y Quintanar. Excuso decirte lo que me alegro de que también en esto trabajemos juntos.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo,

JOSÉ ANTONIO

AL GENERAL DÁMASO BERENGUER

(Nota publicada en La Nación)

Don José Antonio Primo de Rivera ha dirigido una carta al señor Presidente del Consejo de Ministros, general Berenguer, protestando de la conducta intolerable del alcalde de Villoldo al anunciar desvergonzadamente la subasta de un retrato del inolvidable marqués de Estella y otro del general Martínez Anido.

Dice en ella el señor Primo de Rivera que "ninguno de su familia puede ser tachado de impulsivo si se decide, por fin, a molestarle con una queja como la que es objeto de la carta".

"Llevamos tres meses —añade— soportando injurias contra una memoria venerable. Y si no acudimos al Gobierno cuando los ofensores eran simples particulares, hoy, que viene la provocación de una autoridad pública, en funciones de tal, sobra razón para romper el silencio."

Agrega que estos hechos sólo podrían quedar impunes en un estado de descomposición social, y después de otras consideraciones muy razonables, termina esperando que el señor presidente ponga severo y pronto correctivo al sujeto.

Según nuestras noticias, el general Berenguer ha contestado que el Gobierno interviene ya en el asunto.

De *La Nación*: "Lo del alcalde de Villoldo", 5 de mayo de 1930.

A JULIÁN PEMARTÍN

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 27 de mayo.

Querido Julián:

Te he echado mucho de menos en los días de nuestra inmensa desgracia, y puedes estar seguro de que creo en la sinceridad con que has tomado parte en ella.

Hace muchos días que estoy queriendo escribirte para darte las gracias; pero no tenía un minuto que no fuera de ajeteo, y necesitaba dedicar a nuestra amistad un rato más tranquilo.

¡Qué espantoso es esto, Julián! La vida no le deja a uno entregarse, y menos ahora en que tantos deberes siento pesar sobre mí, pero cuando se queda uno solo consigo mismo y puede ver el hueco enorme que queda, viene un abatimiento espantoso. Te aseguro que estas cosas, como las heridas, duelen más al enfriarse: los primeros días son de aturdimiento; no se da uno cuenta ni puede ver el conjunto de la desgracia, sino sólo rasgos sueltos. Pero, después...

¡En fin! Creo que voy a verte pronto, porque quisiera pasar unos días con tu hermano Pepe, que me ha prometido invitarte, y si no, de todas maneras, iré, D. m., a Jerez.

Te debo todavía las gracias por lo que hiciste cuando lo de Queipo. ¿Ves cómo no eres asinalagmático? Recibe un abrazo muy fuerte de tu mejor amigo.

JOSÉ ANTONIO

Contestación al pésame que Julián Pemartín le envió a José Antonio cuando el fallecimiento de su padre. La fecha que corresponde al documento es, por tanto, la de 27 de mayo de 1930. Papel de carta en pliego de 215 milímetros de altura por 271 mm. de ancho y orla de luto de 12 mm.

AL DIRECTOR DEL "DIARIO DE CÁDIZ"

Jerez de la Frontera, 5 de julio de 1930.

Señor director del Diario de Cádiz

Muy distinguido señor mío:

He leído en el Diario de Cádiz –periódico que recuerdo con la mayor simpatía desde los años en que mi padre estuvo allí de gobernador militar– la reseña de mi visita del jueves a la Unión Patriótica, y le agradezco muchísimo la atención prestada por el Diario a un visitante de tan poca importancia como yo.

Pero ya que se me ha concedido trato semejante, quisiera que mi visita no pudiera por nadie interpretarse como propósito de entrometerme en la vida gaditana ni de formular juicios, sin la menor autoridad, acerca de sus figuras y su vida política interior.

Lo digo porque, leyendo el resumen de las palabras que pronuncié en la Unión Patriótica, parece desprenderse que quise atribuir a José María Pemán –amigo mío de toda la vida– el engrandecimiento urbano de Cádiz, diciendo que, gracias a él, se sostuvo en el cargo de alcalde durante el tiempo de la Dictadura el marqués de Villapescada.

Ni esto es así ni yo me hubiera atrevido a decir tal cosa. José María Pemán, al que le sobran méritos propios para no necesitar que se exageren sus merecimientos, tuvo el acierto de proponer para alcalde el nombre de don Ramón de Carranza. Pero, de ahí en adelante, y sin echar en olvido la leal asistencia que siempre le prestó Pemán, sería injusto atribuir la permanencia de don Ramón de Carranza en el cargo a todo lo que no fueran sus méritos propios, verdaderamente extraordinarios, y elogiados como por nadie por el propio Pemán.

Cádiz ha tenido la fortuna de dar con un alcalde magnífico; con un verdadero ejemplar de gobernante, fuerte, resuelto, inteligente, infatigable; de esos que transforman en unos años a la ciudad que gobiernan.

Y sería ridículo que yo, admirado espectador de la transformación urbana de Cádiz, viniera a explicar, por relaciones de política gaditana interior, por mí completamente desconocida, la venturosa permanencia de tal alcalde en su magistratura municipal.

Conste así ara que nadie pueda confundir a un visitante maravillado (modestísima figura además, sin otro mérito que la triste gloria de su apellido) con un entrometido importuno.

Si da usted cabida en el Diario de Cádiz a esta carta, señor director, se lo agradecerá muchísimo. De todas maneras reciba el cordial saludo de su afectísimo., s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ A. PRIMO DE RIVERA

Diario de Cádiz, 8 de julio de 1930.

A ENRIQUE ESPERABÉ DE ARTEAGA

Madrid, 18 de marzo de 1931.

Don Enrique Esperabé de Arteaga:

He leído, profundamente afectado y muy conmovido, la carta que ha tenido usted la gentileza de enviar a La Nación, en homenaje a mi inolvidable padre (q. D. g.)

Mil gracias, mi respetable amigo, y cuente siempre con mi eterno reconocimiento.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 31 de marzo de 1931.

Querido amigo Juan Ignacio: Mi muy sincera gratitud por los honores concedidos en *ABC* al artículo que publiqué en *La Nación*.

Al agradecimiento por lo que *ABC* contribuye a divulgar un trabajo escrito en defensa de la memoria de mí padre, se une la satisfacción de principiante del periodismo que ve de pronto su nombre rotulando dos columnas: dos columnas de *ABC* como quien no dice nada.

Le reitero, además, las gracias por la carta que me escribió en el aniversario de mi padre; aniversario, además, como usted afectuosamente recordaba, de una inolvidable correspondencia nuestra.

Le abraza cordialmente su buen amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
(Rubricado)

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Madrid, 1 de abril de 1931

Ilmo. Sr. Marqués de Luca de Tena:

Querido amigo Juan Ignacio: Ya son demasiadas molestias; pero como me he dirigido a los demás directores de periódicos solicitando la publicación de mi última respuesta al general Burquete, no renuncio al honor, si usted me lo concede, de verla publicada en ABC. Usted decidirá si debe o no reproducirla, y, de todas maneras, le queda muy agradecido su buen amigo que le abraza.

Firmado y rubricado:

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A JULIÁN PEMARTÍN

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Querido Julián:

Tengo una visita interesante mañana, Sábado de Gloria, y para asistir a ella hubiera tenido que salir de Jerez a media tarde del Viernes Santo, con la consiguiente pérdida de la procesión más emocionante y de la tranquilidad con que pueda contemplar las anteriores un hombre sin prisa. Por eso hube de desistir por este año de admirar la Semana Santa de Jerez; lo cual, D. m., no volverá a ocurrir el año que viene.

El día de San José recibí una telefonema firmado por Eduardo⁵ y por ti. Hazme el favor de darle un abrazo de agradecimiento y recibe tú otro.

Hace un siglo que estoy queriendo enviarte los adjuntos papeles que te dejaste en Chamartín. Incluso los he llevado a Jerez en dos viajes y no me he acordado de dártelos.

Espero ir por ahí muy pronto.

Recibe un fuerte abrazo de tu mejor amigo,

JOSÉ ANTONIO

3 de abril de 1931

P. D. – Hazme el favor de preguntar a un González las señas de Alvaro, en Cuba, pues tengo que contestarle a un telegrama que me puso en el aniversario de mi padre. Pregunté a Fernando y no me ha contestado. Cuanto antes me lo digas más te lo agradeceré.

⁵ Eduardo Zurita, hijo de los marqueses de Campo Real. El manuscrito viene en pliego de 2 mm. de altura por 271 mm. de ancho y orla de luto de 12 mm.

A DON TIRSO ESCUDERO

ESTELLA

Madrid, 21 de abril de 1931.

Don Tirso Escudero.

Querido amigo: Hemos pasado unos días de tan poca tranquilidad espiritual, que durante ellos se me han atrasado todas mis obligaciones. Entre las primeras estaba la de enviarle a usted, de corazón, un fuerte abrazo de gratitud por la carta que me escribió cuando lo de Burquete, por las facilidades que dio en la Comedia para el acto conmemorativo de la muerte de mi pobre padre, y por la constante lealtad para su memoria de que está dando continuas muestras en medio de tantos desertores. Crea que pongo en estas palabras verdadera emoción y que todos mis hermanos participan en el mismo agradecimiento.

Aunque con retraso, recíbalos de su buen amigo, que le abraza,

JOSÉ ANTONIO

(Del libro de Tirso Escudero: *"Memorias de un empresario"*, cit. por F. Ximénez de Sandoval: *José Antonio* página 98.) La lealtad del antiguo empresario del Teatro de la Comedia decidiría en buena parte la elección de Madrid como escenario del acto fundacional de la Falange, en vez de Burgos, como José Antonio prefería en un principio.

A JOSÉ MARÍA PEMÁN

ESTELLA

8 de junio de 1931.

Querido José María:

¡Un millón de gracias por tu magnífico regalo! Un paseo por el barrio de Santa Cruz con la guía de tus versos –algunos de los cuales son quizá los mejores que has escrito– es un buen descanso en estos días de agitación. Tengo ganas de charlar contigo. ¿Qué haces? ¿Qué piensas? ¿Qué se prepara ahí para las Cortes Constituyentes? Créeme que siento verdadera preocupación. Pero, en fin, la aplazo por ahora y vuelvo a tus versos...

"¿Fue una mujer la Pimienta?"...

¡Quién viviera en un país habitable, donde hubiera mayor número de buenos poetas y muchísima mayor cantidad de buena educación! Un abrazo,

JOSÉ ANTONIO

Colección de José María Pemán

A JULIÁN PEMARTÍN

ESTELLA

Chamartín de la Rosa.

15 de noviembre de 1931

Querido Julián:

El sangre gorda de mi hermano Miguel, que se ha pasado en Jerez dos meses, no me ha dicho nada hasta ahora de tu enfermedad. Hace tiempo oí vagamente que estabas malo; pero ni pude pensar que fuera una cosa seria ni mucho menos que te hubiera durado tanto; ya te suponía, desde hace mucho tiempo, haciendo tu vida regular, que es tu vida irregular. Y ahora me entero de que aún estás convaleciente. ¡Qué habrás pensado de mí y de mi amistad al ver que no te ponía dos renglones interesándome por tu salud! Pero no necesito argumentos para convencerte de lo sinceramente que tomo parte en tus cosas, ni . para que creas en el interés con que, desde que la he sabido, espero noticias de tu enfermedad, que quisiera me diceses tú mismo cuando el hacerlo no te cause molestias.

De haberte sabido antes en cama hubiera procurado, además, escribirte cosas de aquí, por si con ellas te entretenía. No me hubiera faltado materia, pues ya habrás visto por los periódicos que en los últimos meses mi vida ha sido una continua agitación, que ha recorrido desde las gloriosas cumbres del sufragio popular hasta las tribulaciones del cautiverio. No sabes cuántas veces me he acordado de ti durante todas esas peripecias y lo que me hubiera alegrado, ya qí4e no tu material auxilio impropio de nuestra amistad asinalagmática, tu inteligente buen humor.

Ahora creo recordar que en una de las cartas de felicitación recibida en Jerez con motivo de las elecciones se me hablaba de tu enfermedad; pero no tuve ocasión de leerla hasta hace pocos días, porque como llegaron con aquel motivo más de mil, Cuerda me las guardó todas juntas, y cada día no leíamos más que las que íbamos a contestar.

Voy a ver si me pongo al corriente en papeles y te escribo otro día una carta más interesante. Por ahora, recibe sólo el más ferviente deseo de que te pongas bien y un fuerte abrazo de tu mejor amigo,

JOSÉ ANTONIO

En dos cuartillas apaisadas de 212 mm. de ancho por 165 mm. de altura, con orla de luto de 6 mm.

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

Ilmo. Sr. Marqués de Luca de Tena.

Querido Juan Ignacio:

Mil gracias por tu carta, nueva prueba de tu amabilidad para conmigo y de los feos procedimientos que ahora sigue la censura. Porque no es lo malo el que tache con injusticia; eso puede tener disculpa; lo reprochable es que "mienta", como ha mentido al telefonear a *ABC* que el extracto de mi carta dada por *La Nación* se había publicado sin permiso. En el periódico están, para quien quiera verlas, las galeradas sometidas al censor. ¡Cualquiera publica nada sin permiso, después de la persecución –cuatro multas ya– con que están agobiando a nuestro periódico!

En fin, tú no has podido hacer más y te lo agradezco muy de veras. Como te lo agradecería también muchísimo el que ya que *ABC* ha publicado en extracto los artículos del señor Alba, acoja la nota de rectificación que ha escrito el secretario de la U.M.N.

Se trata, como habrás podido ver, de un tranquilo razonamiento sobre datos y cifras.

Un fuerte abrazo de tu buen amigo,

JOSÉ ANTONIO.
(Rubricado.)

Esta carta está sin fecha. Debe ser de fines del 31 o principios del 32.

A JOSÉ MARÍA PEMÁN

13 de mayo ¿de 1932?

Querido José María:

La primera mujer de Adán y todos sus descendientes te felicitamos con orgullo por la cuchillada que has asestado al "maestro". Desde luego, no he sido puntual en comunicarte esta felicitación, pero sí en sentir la alegría de tu triunfo⁶.

Además, te debo las gracias por tu felicitación cuando el Consejo de Guerra. Como verás, mi correspondencia es un modelo de orden.

¡Pero no importa! En cambio, mi amistad es verdadera.

Un abrazo,

JOSÉ ANTONIO

⁶ Pemán había publicado en ABC, de 30 de abril de 1932, una respuesta polémica a Ortega con el título: "De un pululante a un olímpico", que La Nación reprodujo en esa misma fecha, subtitulándola: "La larga claudicación del señor Ortega, y Gasset". Carta de la colección Pemán.

A BLANCA SILVEIRA-ARMESTO

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Abogado

Los Madrazo, 26.—Alcalá Galiano, 8
Teléfonos 10999 – 44722

Madrid, octubre de 1932.

Sra. D^a Blanca Silveira-Armesto.

Mi distinguida amiga:

El continuo ajetreo en que vivo me ha hecho aplazar hasta ahora, contra mi propósito, el deseo de darle las gracias por su interviú. Ha puesto usted en ella cordialidad y un acento difícil de lograr cuando fue tan larga y tan desordenada, por mi parte, la conversación que sostuvimos. Le ruego, reciba mi agradecimiento sincero.

Ya sabe donde me tiene a su disposición. Con mucho gusto se reitera su affm^o. amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Obtenida por deferencia de don Mariano Rodríguez de Rivas. La interviú a que se alude apareció en la revista *Crónica*, de Madrid.

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

Madrid, 19 de marzo de 1933

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en Crisis del liberalismo. Carta a Juan Ignacio Luca de Tena (*ABC*, 22 de marzo de 1933)

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

Madrid, 22 de marzo de 1933

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en Carta a Juan Ignacio Luca de Tena (*ABC*, 23 de marzo de 1933)

A JULIÁN PEMARTÍN

Madrid, 2 de abril de 1933

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en La violencia y la justicia. Carta al camarada Julián Pemartín (*"Hacia la historia de la Falange"*, tomo I, Sancho Dávila, Julián Pemartín, pág. 21)

CONTESTACIÓN CIRCULAR A LAS ADHESIONES RECIBIDAS CON MOTIVO DE LA FUNDACIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA

F. E.
FALANGE ESPAÑOLA
MADRID

El Comité de Mando de este Movimiento Nacional ha recibido la carta de adhesión dirigida por usted a uno de sus miembros. La abrumadora abundancia de las adhesiones recibidas no permite contestar personalmente a cada adherido sino por medio de esta hoja impresa. Pero crea que las palabras de usted han sido leídas y estimadas personalmente, con la más cordial gratitud, por el jefe a quien van dirigidas, y que al enviarle esta notificación de tenerle ya por unido al Movimiento le dirige todo el Comité su fraternal saludo.

Madrid, 8 de noviembre de 1933.

Fdo: J. A. PRIMO DE RIVERA

Sr. D. Blas García. Ríos Rosas. 8, 3º
Madrid.

A JOSÉ GUTIÉRREZ–RAVE

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
Teléfono 44722
MADRID

Madrid, 2 de diciembre de 1933

Señor don José Gutiérrez–Ravé.
Alcalá, 195.
Madrid.

Muy distinguido señor mío:

Agradezco muy de verdad su afectuosa carta y tengo mucho gusto en enviarle un ejemplar de nuestros discursos de la Comedia, que han sido impresos según usted aconsejaba.

Le saluda y se ofrece suyo affmo. amigo s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A SANCHO DÁVILA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
MADRID
Teléfono 44722

Madrid, 11 de diciembre de 1933.

Sr. D. Sancho Dávila.
Canalejas, 4.
Sevilla.

Querido Sancho: Mil gracias por tu carta.

No han llegado los señores quejosos. Me parecen perfectas tus medidas respecto a la constitución de otro grupo rival del nuestro.

A Heredia mándalo a Madrid, calculo que en tercera, y dile que se me presente.

Gracias por todo y un fuerte abrazo de tu primo.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Enterado y conforme con la postdata.

A RAMÓN DE DESPUJOL

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
MADRID
Teléfono 44722

Madrid, 14 de diciembre de 1933.

Sr. D. Ramón de Despujol.
Suñer y Capdevila, 25.
Barcelona.

Muy distinguido señor mío:

Mil gracias por su afectuosa carta del día 5 que me ha animado mucho por lo que tiene de alentador para proseguir la obra en que estoy metido.

Desde luego va usted bien al entenderse con la persona de quien me habla.

Tiene mucho gusto en saludarle su affmo, s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
(Rubricado)

A BLAS GARCÍA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
MADRID
Teléfono 44722

Madrid, 22 de diciembre de 1933.

Sr. D. Blas García.
Ríos Rosas, 8.
Madrid.

Mi distinguido amigo:

Recibo su carta del día 20 y hoy mismo escribo al señor del Pueyo interesándome por lo que en ella manifiesta. Tan pronto tenga contestación se la transmitiré.

Se alegrará mucho de poder serle útil su affmo. s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A SANCHO DÁVILA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
MADRID
Teléfono 44722

Madrid, 26 de diciembre de 1933.

Querido Sancho:

Llegó Heredia con tu nota. Me parecen muy bien las gestiones que estás haciendo.

Todavía no tenemos modelo de cruz ni emblema alguno. Lo que retrasa el adoptarlo es el deseo de llegar a un acuerdo con las J.O.N.S., pues nos parece que ninguno es tan expresivo ni tan español como el de las flechas de los Reyes Católicos; pero no queremos adoptarlo antes de limar todas las asperezas, para que las J.O.N.S. no se considere mortificada.

Felices Pascuas a todos vosotros y un fuerte abrazo de tu agradecido primo que te quiere.

JOSÉ ANTONIO

A JUAN CRESPI

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
MADRID

Madrid, 29 de diciembre de 1933.

Sr. D. Juan Crespi y demás firmantes de la carta de 23 de noviembre⁷.
Seriña, 23.
Palma de Mallorca, Baleares.

Mis queridos amigos:

Aunque ya habrán recibido ustedes instrucciones por otra parte, no quiero dejar sin contestación, al volver a encontrarla ahora bajo un montón de papeles pendientes, su afectuosa y admirable carta.

Les doy por ella las gracias más cordiales, y al mismo tiempo que me felicito de haberla recibido, felicito a ustedes el magnífico espíritu que demuestran.

Que el año 1934 traiga a todos ustedes y a nuestra idea las mejores horas.

Cordialmente les saluda,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Del libro del marqués de Zayas: "Historia de la Vieja Guardia de Baleares," págs. 72 y siguientes.

⁷ Firmantes: Juan Crespi, Fernando Serrano, Antonio Nicolau, Fernando Cotoner, Pedro Cotoner, Francisco Borrás, Nicolás Garáu, Juan Sureda, Isidro Vicente, Alfonso Zayas, Joaquín Puigdorfilá, José Moragues, Jaime Mulet, José Seguí, José Tabaqué, José Tous Maroto, Bartolomé Bareclá, Joaquín Morell, Luis Cotoner, Ladislao López Bassa y Guillermo Pascual. Cronológicamente corresponde a la Falange mallorquí el primer intento de liberación de José Antonio de la prisión de Alicante. A principios de julio de 1936 pareció concretarse esa tentativa planeada con la complicidad del camarada Ramírez, de la Vieja Guardia de Baleares, detenido junto a los hermanos Primo de Rivera. El jefe provincial, Zayas, contrató un barco y reclutó una tripulación "especial", pero el confinamiento en el castillo de San Carlos de los directores del plan desarticuló aquel desesperado intento de liberación.

AL DIRECTOR DE LUZ, DE MADRID

Madrid, 13 de febrero de 1934.

Señor Director de Luz.

José Antonio Primo de Rivera saluda al señor director de Luz y le ruega la publicación de la adjunta nota, por la que le adelanta las más sinceras gracias.

En el tercer número de F.E. se dijo: "Falange Española aceptará y presentará siempre combate en el terreno que le convenga, no en el terreno que convenga a los adversarios. Entre los adversarios hay que incluir a los que, fingiendo acucioso afecto, la apremian para que tome las iniciativas que a ellos les parecen mejores".

Por otra parte, Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes, ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba.

Lo que hace Falange Española, entre el derrotismo y el asesinato que esgrimen quienes buscan aniquilarla, es seguir implacable su ruta de servicio a España.

Le saluda de nuevo su affmo. s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 20 de marzo de 1934.

Sr. D. Francisco Bravo.
Jesús, 5.- Salamanca.

Mi querido compañero:

Sé, en el momento de ir a contestar con retraso su afectuosa carta del día 5, que todo está ya arreglado en Salamanca en la mejor forma que yo podía desear.

Me alegra mucho de que haya sido así, y, con el brazo en alto, le saluda cordialmente,

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada,"* págs. 216–217.

A UN ESTUDIANTE QUE SE QUEJA DE QUE F.E. NO ES DURO

FE, núm. 11, 19 de abril de 1934

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en Carta a un estudiante que se queja de que FE no es duro (*FE*, 19 de abril de 1934)

A JULIÁN PEMARTÍN

ESTELLA

Chamartín de la Rosa.
(Provincia de Madrid)

24 de abril de 1934, 9 3/4 noche.

Querido Julián:

Hasta hace hora y media estaba con todo decidido para ir a tu boda. Pero en el último momento ha surgido una cosa absolutamente inaplazable, que te diré de palabra cuando te vea, en cuya virtud no tengo más remedio que quedarme aquí.

Tú ya sabes hasta qué punto estaré contigo en espíritu y cómo nuestra amistad fraternal de tantos años te deseará las mejores cosas. Ya las promete lo bien que has elegido; ahora que Dios haga lo demás y que Nena y tú seáis perfectamente felices.

Dile a Nena todo esto de mi parte y recibe, con toda la emoción y la pena de no poder acompañarte (ya sabrás con qué justa razón) el abrazo lleno de afecto de tu mejor amigo,

JOSÉ ANTONIO

P., D.— Con esta carta te entregaran un pequeño recuerdo mío.

A SANCHO DÁVILA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
Madrid

28 de abril de 1934.

Querido Sancho: Recibo tu carta y la fotografía que se publicará en cuanto vuelva a aparecer FE. Han vuelto a suspendérselo tan pronto como declararon el estado de alarma. Nos tienen fritos: casi todos los Centros cerrados; casi todos los Estatutos detenidos, y, mientras tanto, el ministro sonriente, cuando va uno a él con protestas.

Pero nada podrá contra gentes del espíritu que mostráis los de Sevilla, y, a su cabeza, tú, modelo irreprochable de militantes y jefes. Saluda a todos y recibe un fuerte abrazo.

JOSÉ ANTONIO

De *"Hacia la historia de la Falange"*, Sancho Dávila y Julián Pemartín, pág. 7 3.

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 17 de mayo de 1934.

Querido Sancho:

Personalmente, como me pedía el secretario de nuestro Movimiento en Sevilla y como hubiera hecho yo de todos modos, he hablado con el ministro de la Gobernación, quien ha escuchado atentamente mis protestas y me ha prometido en forma solemne poner justo fin a la estúpida persecución de que nos hace objeto en Sevilla el gobernador que nos ha tocado la suerte de padecer.

He insistido mucho en la gestión con el ministro y no he hablado del caso en la Cámara, porque, dado el número de preguntas e interpelaciones anunciadas, no me hubieran dado turno para hablar hasta fines de la semana próxima, por lo menos. Pero si el ministro, a quien pienso recordar sin descanso su promesa, tarda muy pocos días más en cumplirla, pediré la palabra con cualquier oportunidad (no surgida hasta ahora ni aun traída por los pelos) y formularé en público mi protesta.

Mientras tanto, hazme el favor de comunicar a los camaradas de Sevilla mi felicitación y el aliento de la Junta de Mando. Vuestra actitud frente al oficio del gobernador ha sido perfecta y ha merecido elogios unánimes. En estos días difíciles nos anima a seguir la lucha el saber que allá en Sevilla seguís dando un ejemplo constante de entusiasmo y estilo.

Con el brazo en alto, un cordial saludo para todos y fuerte abrazo para ti.

JOSÉ ANTONIO

De *"Hacia la historia de la Falange"*, Sancho Dávila y Julián Pemartín, págs. 75-76. Reproducida en *FE*, de Sevilla, 29 de octubre de 1938.

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 24 de mayo de 1934.

Señor don Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido camarada: Su carta del día 22 rezuma razón por todas sus le tras. La estúpida resistencia de muchos gobernadores civiles nos tienen ahogado, contra ley, el Movimiento en Salamanca y otras varias provincias.

Yo he agotado mis gestiones con el ministro de la Gobernación, y como no es posible soportar más esperas, le he anunciado que plantearé en las Cortes la cuestión de nuestro funcionamiento. Tenemos aprobados los Estatutos por la Dirección General de Seguridad y es no sólo injusto, sino anárquico, que cada gobernador civil someta a nueva deliberación lo que ya está admitido por autoridad superior.

Como el Parlamento, cifra de todos los defectos del sistema Político, funciona según las normas que jamás entenderé, no me es posible calcular cuándo me concederán la palabra para hablar de esto, pero puede creer que no descansaré si no logro remediar la situación por que pasan nuestras Juntas de provincias.

Saluda cordialmente por su conducto a todos los camaradas de ahí,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De "*José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*". de Francisco Bravo, pág. 227.

A CARMEN MUÑOZ ROCATALLADA, CONDESA DE YEBES

ESTELLA

Chamartín de la Rosa.
(Provincia de Madrid)

Querida Carmen:

Te envío la revista que te prometí y un ejemplar de los discursos de la Comedia en que empezó nuestro Movimiento. En ellos encontrarás algunos datos para mi biografía externa, encomendada a futuros historiadores superficiales; pero tampoco se te ocultarán algunos rasgos reveladores de mi biografía interna que tú estás llamada a escribir. Dios te lo pague.

Sabes que es tu buen amigo,

JOSÉ ANTONIO (Rubricado).

¿27 de mayo de 1934?

A B.P.C.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Alcalá Galiano, 8
MADRID
Teléfono 44722

Madrid, 18 de junio de 1934.

B.P.C.
San Martín, 20
Ribadavia. Orense.

Muy señor mío:

Si usted pertenece a la Falange Española de las J.O.N.S. sólo a su disciplina puede estar sujeto y no a la de ningún otro que bajo algún otro nombre se haya podido constituir.

Así pues, siento no poder enviarle la fotografía que me pide para su "Juventud fascista", por cuanto el envío de esa fotografía pudiera parecer un acto de aprobación.

Le saluda su affmo. s. s.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La fotocopia de esta carta apareció en *Vieja Guardia*, de Madrid, número correspondiente al mes de julio de 1963. Estaba dirigida a un simpatizante de Ribadavia (Orense), cuyas señas e identidad omite la revista, por razones que desconocemos.

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 23 de julio de 1934.

Camarada Sancho Dávila.
Canalejas, 4. Sevilla.

Querido Sancho:

Con la contrariedad que podrás imaginar, me entero de vuestra nueva detención. Por comentarla en el número de *FE* correspondiente al jueves pasado, nos lo denunció el fiscal Sin embargo, te enviaré un paquete de ejemplares.

Es magnífico ver cómo lucháis y sufrís en Sevilla. Los tiempos son duros para todos; pero a vosotros os ha tocado ser de los más castigados por la persecución. Por eso sois de los mejores.

JOSÉ ANTONIO

P. D.— Recibí las fotografías de la fachada color crema. Me han hecho mucha gracia.

De *FE*, de Sevilla, 29 de octubre de 1937.

A D. JOSÉ DE MORA-FIGUEROA, MARQUES DE TAMARÓN

Madrid, 26 de julio de 1934.

Ilmo. Sr. Marqués de Tamarón.
Avda. del 14 de abril, 6. Cádiz.

Querido Pepe:

Me entera la Secretaría general de tu dimisión, y no quiero perder la esperanza de que un llamamiento personal a ti te mueva a retirarla.

La carta que escribiste dimitiendo, lejos de demostrar un fracaso en tu altura, pone de relieve excelentes condiciones: tu modo de enjuiciar la situación de nuestro movimiento en Cádiz es exacta, y esta exactitud de juicio es una de las primeras cualidades que un jefe necesita.

Yo te pido que las apliques a considerar no lo poco que, mirado en absoluto, se ha conseguido, sino lo que esto representa en relación a la juventud del movimiento y a la apatía de los españoles, tal vez más marcada entre algunos andaluces. Dices que sólo los estudiantes nos entienden. ¿Te parece poco, cuando hace menos de un año nadie aún había lanzado en público en España nuestra idea?

Ya sabemos que intentamos una cosa ardua; por lo mismo hemos de vencer todas las tentaciones de desistimiento. Créeme que yo también las padezco de cuando en cuando; pero no hay más remedio que seguir, porque si no es por nuestro camino no puede haber interés ni gloria para España.

Hazme, pues, el favor de meditar tu propósito otra vez y recibe un abrazo de tu buen amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A SANCHO DÁVILA

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, 29 de julio de 1934.

Señor don Sancho Dávila.
Canalejas, 4. Sevilla.

Querido Sancho:

Mil gracias por tu afectuosa carta.

Existió, en efecto, un intento de indisciplina, que se reprimió como era preciso. En el último número de *FE* (del que he dicho que te mandaran unos cuantos ejemplares, a pesar de haber sido denunciado y recogido por la Policía) habrás visto un artículo transparentemente alusivo a la conspiración. También habrás visto otro en el que se hablaba de Sevilla. Precisamente este trabajo y otro de la primera plana fueron los que motivaron la denuncia por el fiscal.

No se ha hecho comunicación oficial acerca del propósito de revuelta para evitar el escándalo y los chismes que alrededor de ello se hubiera suscitado fuera de la Falange. Sólo hablé, con pruebas a la vista, de la traición de los conspiradores, a algunos jefes de aquí que se habían dejado atraer por ellos. A los leales no había que decirles nada, y por eso no te incluí a ti entre los primeros. Todos los que habían entrado en la conspiración, engañados por la insidia de los que la promovieron, siguen en nuestro Movimiento con mejor espíritu que antes, porque han comprobado en quién tienen que poner su fe. Y el que era alma de la conspiración, Juan Antonio Ansaldo, ha sido dado de baja.

La cuestión económica sigue pasando por instantes de extrema gravedad. Precisamente el intento de conspiración venía apoyado desde afuera por los dueños del dinero, quienes a toda costa se proponen hacer a nuestro Movimiento una simple milicia a sus órdenes. Por eso la conspiración, fuera y dentro de la Falange, iba dirigida contra mí, a quien suponen, para mi honor, el más irreductible guardián del espíritu de la Falange.

Cada vez que tu admirable gente de Sevilla pasa por una nueva amargura, siento muy de veras el deseo de que fuera posible recabar para mí la mayor parte de su sufrimiento. Ya que esto no se puede hacer te ruego les digas a todos hasta qué punto estamos unidos a ellos todos los camaradas de España, y cuánto les admiramos por su magnífico temple.

En cuanto a ti, ¿para qué decirte? Toda palabra es pálida para ensalzar tu esfuerzo, tu valor y tu serenidad.

¡Viva España! y un fuerte abrazo de

JOSÉ ANTONIO

Colección de Sancho Dávila: *"Cartas de José Antonio."*

A SANCHO DÁVILA

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, 4 de agosto de 1934.

Señor don Sancho Dávila
Canalejas, 4. Sevilla.

Querido Sancho:

Recibo tu carta con los impresos que incluyes y encuentro justificado el que esta vez hayas considerado que había motivo de urgencia excepcional para adoptar la resolución que adoptaste con el triunviro de Sevilla José María Cañadas.

No dejes de tenerme al corriente en todo lo que vaya ocurriendo a los camaradas de ahí en sus continuas contrariedades.

Abrazos a todos y viva España.

JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

P.D.- Ahora vivo en Serrano, 86, donde me tienes para lo que quieras.

A SANCHO DÁVILA

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S.

Madrid, 20 de agosto de 1934.

Señor don Sancho Dávila.
Canalejas, 4. Sevilla.

Querido Sancho:

Con tu carta del día 14 recibí una copia de la circular que habéis remitido a los pueblos, y que me pareció muy bien.

Mis toques para procurar la apertura del centro Sevilla no han cesado. Figúrate que ahora se añade al interés del centro de ahí el que representa la clausura de todos los demás. Incluso he hablado con el presidente del Consejo de Ministros, harto de perder el tiempo con Salazar Alonso. Pero hay una consigna cerrada contra nosotros que llega desde el Gobierno hasta las extremas derechas. Tenemos que aguantar con la segura confianza de que este otoño será de gran auge para nuestro Movimiento.

Muy interesante y muy bien el informe del jefe de milicias que mandaste con tu carta del día 11.

Abrazos a todos y arriba España

JOSÉ ANTONIO

Carta incluida en *Hacia la historia de la Falange*, de Sancho Dávila y Julián Pemartín, pág. 80.

AL GENERAL FRANCISCO FRANCO

Madrid, 24 de septiembre de 1934

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en Carta al General Franco (Madrid, 24 de septiembre de 1934)

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 22 de octubre de 1934.

Querido Sancho: Hoy mismo escribo a Pedro Parias una carta de agradecimiento. Recíbelo tú también por tu magnífico espíritu y tu diligencia. Otra vez, y no sé si van mil, estoy gestionando la apertura del Centro de Sevilla. No sé si ahora, en premio a la asistencia que hemos prestado a las autoridades, conseguiré resultado.

Te abraza,

JOSÉ ANTONIO

De *"Hacia la historia de la Falange"*, Sancho Dávila y Julián Pemartín, pág. 80.

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 24 de octubre de 1934.

Señor don Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido camarada: Mil gracias por tu magnífica carta del 12 de octubre. Ya imaginarás la disculpa que me ofrece la agitación de todos estos días para no haberte contestado antes. Quiero, sin embargo, decirte que cada una de las palabras de tu carta ha sido leída, releída y pensada por mí, y que seguiré teniéndola en cuenta constantemente.

En cuanto al proyecto del programa, lo he entregado a la Junta Política, con los materiales del Consejo, para que urgentemente elabore un proyecto definitivo. En principio me parecen muy bien tus puntos y algunos los estimo excelentes. Sin embargo, me propongo que el programa definitivo sea, a ser posible, algo más breve y más sistemático. Acaso haya perjudicado un poco al tuyo la diferente procedencia de algunos de los principios acogidos.

Como ya va cesando el estado de agitación me propongo reanudar enérgicamente la organización y actividad del Movimiento, al que creo sin la más mínima duda que espera un año fecundísimo. Ya irás recibiendo comunicaciones.

Te abraza tu buen amigo y camarada.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, de Francisco Bravo, págs. 221-222.

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 31 de octubre de 1934.

Querido Sancho: Por fin me parece que puedo darte una noticia relativamente buena. He vuelto a ver al presidente del Consejo y me ha dado a entender de un modo bastante expresivo que tan pronto se levante el estado de guerra será abierto el Centro de Sevilla. Espero que no nos engañe.

Un abrazo y arriba España.

JOSÉ ANTONIO

De "*Hacia la historia de la Falange*", de Sancho Dávila y Julián Pemartín, pág. 81.

A UN MILITAR ESPAÑOL

Madrid, noviembre de 1934

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en Carta a un militar español (Madrid, noviembre de 1934)

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 3 de noviembre de 1934.

Señor don Sancho Dávila.
Canalejas, 4. Sevilla.

Querido Sancho:

Después de saludarte paso a decirte lo siguiente:

1º. En el Laboratorio de Medicina Legal, de Sevilla, están, pendientes de análisis desde hace dos meses, unas ropas recibidas de Zafra (Badajoz) que constituyen piezas de convicción en el sumario que se instruye por el supuesto delito de asesinato contra nuestro compañero Bernardino Oliva.

Como éste afirma ser inocente y tiene mucho interés en que el análisis sea hecho pronto, te ruego veas si tienes medios de influir cerca del Laboratorio de Medicina Legal para que comunique su informe lo antes que pueda al Juzgado que le remitió las ropas.

2º. Ya he escrito a Vallellano pidiéndole recomiende a la sucursal en Sevilla del Banco de los Previsores del Porvenir a los afiliados a nuestros Sindicatos. Creo que escribirá al director de la sucursal en el sentido de que tenga como recomendados a aquellos a quienes presentes tú. Haz el favor de ponerte al habla, por lo tanto, con los jefes del personal del Banco para convenir la forma en que vas a hacerles saber que van de tu parte.

Mil gracias y un abrazo.

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Sancho Dávila: *"Colección de autógrafos de José Antonio."*

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 3 de noviembre de 1934.

Señor don Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido compañero: Los puntos programáticos están ya casi concluidos; creo que hoy me entregará su proyecto la Junta Política, y yo no emplearé más de un par de días en revisarlo y modificarlo.

En cuanto a nuestra posición frente a la chabacanería gubernamental, no te preocupes. ¿De dónde has sacado lo de nuestros elogios al Gobierno? ¿No has leído mi circular del 13 de octubre? ¿Ni mi artículo "Una ocasión de España", publicado en Libertad, de Valladolid? Por si acaso, te envío unas pocas circulares, y siento no poder hacer igual con el artículo, porque no tengo de él ejemplar alguno

Desde luego, para mí está bien claro el sentido del momento presente: lo profundo de España ha ganado una batalla que pudiera ser punto de arranque de un movimiento decisivo, y la mediocridad cedorradical va a esterilizar esa victoria ignorando sus factores profundos y aprovechándola para consolidar un sistema estúpidamente conservador. Espero poner esto en claro cuando hable en las Cortes. Pero ya sabes que hay censura de Prensa incluso para las sesiones parlamentaria.

Un abrazo.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Firmado)

Francisco Bravo, op. cit., pág. 224.

A JUAN PUJOL

Madrid, 19 de enero de 1935.

Señor don Juan Pujol.
Director de *Informaciones*. Madrid.

Mi querido amigo:

Agradezco mucho la información que en el número de anoche me dedica Federico de Urrutia, y estimo en lo que vale la acogida que ustedes le dispensan. Pero como en medio de los aciertos del trabajo hay un punto algo confuso que pudiera originar malestar entre al unos de nuestros mejores militantes, le agradeceré muy de veras la aclaración siguiente:

El elemento indeseable que se introdujo en la Falange de las J.O.N.S. no consistía en "una legión de indocumentados procedentes del campo marxista ", perjudicial para "toda esencia pura, mística y profundamente española de nuestro Movimiento". Los antiguos marxistas incorporados a la Falange de las J.O.N.S. se conducen de un modo intachable y han aportado el sentido profundo de totalidad y de disciplina que en los medios marxistas se adquiere. Lo malo era un grupo –no legión– de gentes cultivadas, fuera de todo ideal político, en los fondos infrasociales más turbios de la vida humana. Estos elementos, revolucionarios de alquiler, son los que han tenido que salir de la Falange de las J.O.N.S., no por establecer unidad de pensamiento, nunca rota entre nosotros, sino por higiene.

Así resulta que todos los antiguos Consistas y todos los obreros de los Sindicatos nacionalsindicalistas se han quedado con nosotros, sin que llegue a dos docenas en toda España el número de las defecciones.

Mil gracias por la publicación, que le ruego, de estas aclaraciones y disponga de su siempre buen amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 4 de febrero de 1935.

Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido camarada: La proximidad de mi viaje a Salamanca me permitirá nivelar de palabra el retraso de correspondencia en que estoy contigo. Tú me disculparás y ya sabes que ni una de tus líneas cae para mí en saco roto.

Me parece excelente la alteración que has introducido en el programa y comparto por entero tus motivos.

Pienso llegar a Salamanca el sábado por la tarde, hacia las cinco. Ya están avisados los jefes provinciales que tú indicabas.

En cuanto a la muchacha de Lamamié de Clairac que tan afectuosamente se interesa por nuestro Movimiento, creo que el viaje me proporcionará la mejor ocasión para conocerla, de lo que puedes creer que me alegraré mucho.

Te abraza,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, de Francisco Bravo, págs. 226-227.

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 15 de febrero de 1935.

Señor don Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido camarada: Al regresar de Andalucía me encuentro con tu carta, que reaviva el recuerdo magnífico del domingo pasado en Salamanca. No puedes figurarte la resonancia que ha tenido nuestro acto, a pesar del semisilencio de la Prensa. Hasta en lejanos pueblos andaluces han valorado en su exacto sentido la presencia de don Miguel en el mitin y en el almuerzo. Acaso sea consecuencia indirecta del mismo acto el que los muchachos de Santander se hayan sublevado contra una vieja dirección, inepta y mediatizada por las gentes de siempre, y la hayan destituido *manu militari*. He tenido que darles la razón.

Lo de que Mateo dé un mitin exclusivamente obrero ahí me parece muy bien. Le traslado tu nota y él se pondrá de acuerdo contigo.

Mil gracias por todo otra vez. Espero que no llegue tu separación del periódico; pero sólo el peligro de que pueda producirse aumenta el valor de tu magnífica perseverancia. Ya se van encontrando jefes, como verás. Si hay aún algunos puestos deficientemente atendidos es porque los hombres aptos abundan menos de lo que uno quisiera, pero todo se andará y puedes creer que no se descansa.

Un abrazo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De "*José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*", de Francisco Bravo, págs. 227-228.

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 13 de marzo de 1935.

Señor don Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido camarada: Lo primero de todo quiero encargarte, y no lo he hecho antes por haberseme traspapelado el documento, que des las gracias a todos los camaradas de ahí por el magnífico escrito que me enviaron con ocasión de haber salido el llamado periódico Patria Libre. Sé tú mismo quien rinda mi agradecimiento y mi emoción ante la actitud lacónica y fuerte de los militantes que tú conduces por el camino de nuestra disciplina.

Contesto ahora, además, a tu carta del día 11, y lo voy a hacer punto por punto.

1º. No hay ningún inconveniente en que se proyecte ahí la película "*Camisas negras*", con la conferencia de Giménez Caballero. Estoy seguro de que una conversación tuya con él le apartará de todo propósito de extravagancia y le hará ver la conveniencia de sujetarse a la buena línea. Por cierto que te has distraído un poco al no revisar el anuncio de la conferencia redactado por el Sindicato de Estudiantes. ¿Qué es eso de que Giménez Caballero es "líder de la juventud española"? ¿A qué viene la cita del texto alemán escrito por el propio Ernesto parangonando su influencia en la juventud con la de Ortega y Gasset? ¿Y el infeliz recuerdo a sus artículos sobre los patronos? Conviene que revises todas las cosas de nuestro Movimiento destinadas a la publicidad.

2º. No se ha publicado aún la nota explicativa de nuestra actitud ante las futuras elecciones, porque en este instante en que los únicos periódicos que acogen nuestras cosas están emperrados en el bodrio de la unión de las derechas, la salida de nuestra nota, con aire, en cierto modo, de reto, determinaría probablemente la clausura para nuestras informaciones de las únicas columnas donde encuentran alguna acogida. Los acuerdos de Valladolid saldrán, no obstante, en nuestro periódico, que va a publicarse en seguida, como verás en el punto siguiente. Claro está que el retraso en publicar la declaración trae pequeñas confusiones, como la que han cometido contigo los monárquicos de Salamanca; pero acaso esas pequeñas confusiones desvirtuadas por actitudes locales terminantes sean menos perjudiciales, de momento, que la reducción a un silencio total.

3º. El periódico iba a salir mañana, jueves. Por dificultades de última hora, debidas especialmente a la lentitud de la censura, saldrá el jueves próximo sin falta, a menos que nos lo suspendan las autoridades. Va a titularse Arriba, porque ninguno de los dos títulos anteriores se nos permite. De aquí al jueves, los jefes provinciales tendréis que anunciar animosamente su publicación.

Sentiré no verte en Corrales, pero me parece bien que ahorréis en viajes para emplear los pocos recursos que hay en intensificar el Movimiento.

Te saluda cordialmente,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De "*José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada*," de Francisco Bravo, págs. 230-231.

A SANCHO DÁVILA

ESTELLA

Serrano, 86. Madrid.

Madrid, 19 de marzo de 1935.

Querido Sancho:

El 21, por la mañana, llegaré, Dios mediante, en el expreso, para asistir a tu boda y darte un abrazo. Ahora, con esta carta, recibirás dos recuerdos nuestros: un reloj que fue de mi padre y que todos los hermanos queremos que sea tuyo, y una sencilla caja de uso diario, que quiero que sirva a mi jefe territorial de Andalucía como memoria de este camarada suyo en el ajetreo en que estamos metidos.

No tengo que decirte la felicidad que te deseo, por que ya lo sabes, y porque te lo diré de palabra el jueves próximo.

Te abraza muy fuerte tu primo y camarada,

JOSÉ ANTONIO

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 28 de marzo de 1935.

Señor don Francisco Bravo.
Jesús, 5. Salamanca.

Querido Camarada: Agradezco el espíritu con que has recibido mi carta anterior y también agradezco tus indicaciones. Sin embargo, las que me aconsejan que me prevenga contra la adulación me parecen innecesarias; puedes creer que cada día tengo a mi alrededor más cosas amargas y que casi me vendría bien un poco de adulación como emoliente.

Supongo que habrás recibido ya el primer número del periódico. Salió con retraso por dificultades externas y pereza interna. Del segundo número me he encargado en persona, y hoy jueves están tirándolo ya. Va tu artículo sobre don Miguel, que es estupendo. En cuanto a la difusión del semanario, puedo decirte que tenemos ya más de quinientos corresponsales en España. La eficacia de estos corresponsales y el aumento de la venta dependerá ahora, más que nada, de lo que hagan los jefes provinciales. En Salamanca tengo muchos motivos para estar seguro de que la cosa andrà bien.

Mateo, en efecto, se supera a sí mismo cada día. Es una magnífica adquisición. En cuanto a Onésimo, el domingo le veré en Tordesillas, por la tarde, e intentaré seguir esforzándome por entenderlo.

Mucho te agradecería un informe con más detalles sobre la cuestión del trigo ahí.

Te abraza,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Firmado)

¡Arriba España!

De *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"* de Francisco Bravo, págs. 232-233.

A JESÚS SUEVOS

Madrid, 11 de abril de 1935.

Querido camarada:

Las impresiones recogidas por mi en el viaje a Galicia fueron las siguientes: me parecieron muy buenos de espíritu y de entusiasmo Canalejo (Coruña), Paz (Santiago) y Cedrón del Valle (Lugo). Estos camaradas, sin embargo, necesitan una cierta intensificación doctrinal, y sentirse confortados por un mando superior que les inspire confianza y les sugiera iniciativas.

Encontré muy bien de palabra y de sentido al jefe de Sarria, cuyo nombre no recuerdo⁸.

En Mellid había un grupo de camaradas llenos de buena fe y de entusiasmo ingenuo; necesitan adoctrinamiento y comunicación frecuente.

De Meleiro, el jefe de Orense, no logré formar el menor juicio; era tímido y taciturno.

Kruckenberg me pareció el arquetipo de lo que no debe ser un jefe de J.O.N.S.; creo que mientras permanezca en el cargo, nuestro Movimiento no se parecerá ni poco ni mucho a lo que tiene que ser.

Buhigas, el jefe de Villagarcía, se manifestó impreciso de estilo, y necesita un fuerte tónico revolucionario, por mas que espero que el mitin haya dejado impresión en él.

A toda la organización en Galicia le hace falta una unificación de pensamiento y de estilo. Creo que puedes dársela, y que no debes retrasar la tarea, porque es posible que no tarden en llegar horas trascendentales para nuestro Movimiento.

Te abraza tu amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

⁸ José Antonio alude al camarada Mario González Zacra, que es el actual poseedor del original de esta carta dirigida a Suevos.

A FRANCISCO BRAVO

Madrid, 16 de abril de 1935.

Señor don Francisco Bravo.
Salamanca.

Querido camarada: He recibido tus dos cartas, y me parecen bien las decisiones que me comunicas y las razones en que las fundas. Estas razones serían distintas si, lo que Dios no quiera, se repitiese el caso; pero en las circunstancias presentes han tenido todo el acierto.

Te ruego no dejes de decir a nuestro camarada Juan Pérez Almeida la emoción y la impaciencia con que todos esperamos noticias de su mejoría. Si encontraras ocasión de comunicar a su familia el dolor de todos nosotros por la muerte de la pobre niña que asesinaron, te lo agradecería mucho.

Por medio del Banco Español de Crédito te envío quinientas pesetas para ayudar a esa J.O.N.S. en los gastos que esta peripecia le proporcione.

Yo salgo hoy para un viaje inexcusable que durará cuatro o cinco días, y pienso llegar para el mitin de Zamora el domingo próximo.

Te abraza tu amigo y camarada.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Firmado)

¡Arriba España!

De *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, de Francisco Bravo, págs. 231-232.

A MANUEL DELGADO BARRETO

Madrid, 21 de mayo de 1935.

Señor don Manuel Delgado Barreto.
Director de *La Nación*.

Mi querido amigo:

Como no pienso volver a escribir una línea en *La Nación*, espero que publicarás éstas en lugar semejante al que dedica a acometerme el número de ayer. Cualquier objeción, por violenta que sea, a mis puntos de vista políticos, me parece previsible; lo que no aguardaba en un periódico como *La Nación*, escrito e inspirado por personas que hasta ayer fueron amigas mías, era la insidia contenida en los renglones que copio: "el batallador Jefe de Falange Española defendía con ardimiento en 1930, próxima la proclamación de la República, la supervivencia de la Monarquía en los actos resonantes de la Unión Monárquica". Otro cualquiera podría echarme en cara mi paso efímero y sacrificado por aquella errónea tentativa de la Unión Monárquica Nacional fundada por los ex ministros de la Dictadura; pero... ¿usted? ¿Usted, confidente de tantas intimidades espirituales de mi padre y mías? ¿Usted, que sabe hasta qué punto fui ajeno al bautismo y al programa de aquella tentativa, a la que me uní —¡Dios y usted saben con cuánto esfuerzo interior!— para defender la obra de mi padre y de sus colaboradores, atacada entonces despiadadamente? Repase usted las reseñas publicadas en *La Nación* misma de los actos celebrados por la Unión Monárquica y a ver si encuentra un solo párrafo pronunciado por mí —ardiente o tibio— que denuncia contradicción con mi actitud de ahora. Me duele que quede este recuerdo de una amistad larga. No le envidio en su situación de ahora, pero tampoco le guardo rencor.

Suyo, afectísimo amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Obtenida por deferencia de don Mariano Rodríguez de Rivas.

A MANUEL JIMÉNEZ CIENA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Teléfono 61993
Serrano, 86
MADRID

Madrid, 19 de junio de 1935.

Señor don Manuel Jiménez Ciena:

Mi respetado Decano y querido amigo: Gracias por el envío de la sentencia que considero, como usted, injusta. Adjunto va mi recurso de casación. Si no está usted disconforme con sus puntos de vista, mucho le agradeceré que en el que formulo en nombre de Parejo recoja las infracciones señaladas en los tres motivos de fondo, y la contradicción del segundo de los deforma, puesto que si no, ya nos sería imposible alegarlas en la vista.

Copisito y Parejo pueden designarme defensor para ante el Supremo, en escrito que presenten ahí mismo antes de que manden para acá las actuaciones, a las que debe acompañar.

Puede creer que yo sí que recuerdo con el mayor afecto estos días tan llenos de intensidad que he pasado entre los compañeros de Badajoz. No olvidaré nunca las consideraciones y benevolencia que han tenido para mí, desde el Decano –que me hizo el honor de sentarse conmigo– hasta el más joven de los compañeros.

Con todo afecto y respeto le saluda su buen amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A MERCEDES DIEZ Y DE ZURITA

Serrano, 86. -MADRID.

16 de julio de 1935.

Querida Nena:

Con todo afecto y muy sincera participación en tu pena, te recuerdo estos días, así como a todos los tuyos. Yo que, por desgracia, ya he pasado por la misma prueba que tú, sé medir muy bien lo que duele y puedo compartirla.

No quiero añadir más palabras, inútiles en estas ocasiones. Julián y tú conocéis muy bien el afecto y la vieja amistad de

JOSÉ ANTONIO

Obtenida por deferencia del camarada Julián Pemartín.

A SU TÍA DOÑA CARMEN PRIMO DE RIVERA, MONJA DE LAS DESCALZAS

ESTELLA

Serrano, núm. 86.

Madrid, 16 de julio de 1935.

Querida tía Carmen:

Aunque tengo más de un motivo para estar picado contigo, por lo dispuesto que siempre está tu ánimo a escuchar chismes absurdos de los que ponen en circulación contra mí las señoras más feas de Córdoba y del resto de España, mi magnánimo corazón te perdona en esta festividad de la Virgen del Carmen y te desea las cosas mejores, entre ellas, alguna mayor justicia para juzgarme y un poco más de rigor para cribar las fuentes de tus informaciones.

Que el cielo te ilumine, como fervorosamente le pido, y me conceda pronta ocasión de ir a verte en persona, cosa de la que tengo, a pesar de todo, muchas ganas.

Recibe, en serio, el cariño de tu sobrino

JOSÉ ANTONIO

De la revista de la Sección Femenina, "Y", núm. de marzo de 1944.

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 15 de agosto de 1935.

Querido Sancho:

Salgo en este momento para París, donde es indispensable ir de cuando en cuando, pero no quiero tomar el tren sin darte las gracias por tu magnífica carta. Todo lo que te diga acerca de ella resultará deslucido junto al laconismo griego de tus renglones. Ellos perfilan, una vez más, el estilo perfecto de esa milicia de Sevilla, que cada vez me considero más orgulloso y más confuso de mandar. Da a todos los que padecen contigo un abrazo muy fuerte y asegúrales que su prisión no durará un minuto más de lo que pueda yo conseguir con mi esfuerzo.

Hoy salen 500 pesetas para la cuenta corriente que me dijiste.

Recibe, con un abrazo, todo el afecto y toda la admiración de tu primo y camarada,

JOSÉ ANTONIO

P.D.: Volveré de París dentro de tres días: el tiempo justo para desempeñar la misión que allí me lleva.

A SANCHO DÁVILA

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, 6 de septiembre de 1935.

Sancho Dávila.
Sevilla.

Querido Sancho:

Celebro muy de veras que la gestión llevada a cabo por mí cerca del ministro de la Gobernación alcanzara el resultado, verdaderamente no usual de lograr vuestra libertad y la condonación de vuestras multas. El gobernador de Sevilla se resistía aún a cumplimentar las órdenes del ministro, pero yo puse a éste un nuevo telegrama recordándole su promesa y el Poncio no tuvo más remedio que ceder.

Sé las dificultades de toda índole que ponen a prueba tu magnífico espíritu y me preocupa día y noche el riesgo que puedes correr. Con todo el afecto de primo y camarada te suplico y con toda la autoridad de jefe te ordeno de manera terminante que no descuides ni un segundo la vigilancia de tu seguridad personal. Si no bastara para que atendieses a esta indicación el pensar en todas las obligaciones y afectos que te obligan a vivir, habrías de tener en cuenta la falta que haces a la Falange.

En cuanto vea un momento propicio, pues ya sabes lo que en estas cosas importa la oportunidad, gestionaré la reapertura de los Centros de Sevilla. Mientras tanto, procura ir estudiando un plan completo de propaganda, a la que, como sabes, contribuirán los fondos de esta Jefatura.

Te abraza,

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

CIRCULAR A LOS JEFES TERRITORIALES

Madrid, 24 de septiembre de 1935.

Querido camarada:

Es indispensable que te presentes aquí en Madrid, en nuestro Centro, el próximo día 30 a las diez de la mañana.

Debes traer todos los elementos necesarios para informar exactamente del estado de la organización en tu provincia o territorio. No olvides ninguno de los aspectos de la organización, aun los más especiales y difíciles, y trae todos los datos que a ellos se refieran.

Se trata de celebrar un cambio detallado de impresiones y de comunicarles a todos instrucciones precisas para el desarrollo inmediato de una campaña muy intensa de penetración y propaganda.

Al mismo tiempo se examinará la situación económica del Movimiento en tu provincia o territorio y se te proporcionará, en la medida posible, alguna ayuda económica.

Te saluda cordialmente.

JOSÉ ANTONIO

P.D. - Recibo tu carta. Vende tus mulas tranquilo y ven el 1 ó el 2. Pero trae todos los datos. Un abrazo.

Colección Sancho Dávila

A ANTÓN SÁENZ DE HEREDIA

Madrid, 25 de octubre de 1935.

Querido tío Antón:

Necesito celebrar esta noche una entrevista importante y absolutamente reservada. He pensado en tu casa como sitio a propósito, ya que, además, tiene una tradición de esta clase. Sino me dices nada en contra, estaré allí hacia las diez de la noche. Tú me harás el favor de que a las once menos cuarto esté todo dispuesto para que el interlocutor y yo podamos vernos sin que él encuentre testigos.

Si por cualquier razón no pudieras, te lo agradeceré me lo dijese cuanto antes. De todos modos mil gracias y un fuerte abrazo de tu sobrino que sabes te quiere,

JOSÉ ANTONIO

Carta autógrafa de José Antonio a su tío Antón Sáenz de Heredia, en donde alude a su entrevista con Goded. Fue entregada por Eduardo Rojas, conde de Montarco.

A JULIÁN PEMARTÍN

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Serrano, 86.—MADRID
Teléfono 61993

20 de noviembre de 1935.

Querido Julián:

Te envío la adjunta nota para la apelación de nuestro desahucio. El día de la vista se la entregas al juez, con el ruego de que piense acerca de los argumentos que en ella se aducen. Mil gracias por el interés que te tomas por la Falange y por la abnegación con que soportas estos fastidios.

En el próximo número de *Arriba* saldrá el extracto de mi conferencia a los estudiantes, publicada, con erratas infinitas, en *Haz*. Si se retrasa te lo mandaré directamente⁹.

Hasta pronto, probablemente, te abraza,

JOSÉ ANTONIO

⁹ José Antonio alude a su conferencia sobre "Derecho y Política", pronunciada en la inauguración del curso del Sindicato Español Universitario. El extracto de esa disertación apareció en *Arriba*, número 2 1, de 28 de noviembre de 1935. El desahucio era el del último local de la Falange jerezana, en la calle de la Naranja, alquilado por Julián para instalar "un club literario". La carta viene en papel apaisado blanco.

A SANCHO DÁVILA

Madrid, 26 de noviembre de 1935.

Sancho Dávila.
Aduana, 7. Sevilla.

Querido Sancho:

En la forma en que me dices, te envío tres mil pesetas, de momento, para los gastos de preparación del mitin. Si con lo que logres reunir ahí puedes cubrir el resto de los gastos, me alegraré, pues ya sabes que nunca nos sobra el dinero. Si te fuera imposible, ve gastando esas tres mil pesetas y avísame cuando se te acaben. Sé que no regatearás ningún esfuerzo para gravar lo menos posible a la tesorería nacional

Te ruego me escribas cuanto antes los detalles que han de figurar en los carteles (nombre del frontón, hora y lista de oradores), para encargar aquí la tirada y mandártela enseguida.

Te abraza tu primo y camarada,

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

A SANCHO DÁVILA

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, 28 de diciembre de 1935.

Sancho Dávila.
Sevilla.

Querido camarada:

Tu provincia es una de las dieciocho aludidas en nuestra nota del día 8. En ella, por consecuencia, se va a comenzar enseguida una intensa campaña de propaganda.

A mediados de la semana próxima llegará ahí un equipo de propagandistas provisto del material impreso y de los medios económicos suficientes. Para cuando lleguen deberás tener estudiado el itinerario para recorrer eficazmente la provincia en diez días, señalados los lugares estratégicos para la celebración de mítines (que por tener que celebrarse casi todos en día de trabajo habrán de anunciarse para las horas en que mayor pueda ser la concurrencia del pública), y solicitadas las autorizaciones gubernativas para ellos.

Conviene que, tan pronto recibas esta carta, visites al señor gobernador civil de la provincia, con objeto de recabar todas las facilidades legales para el plan de propaganda que se intente. Si le ves en actitud desconfiada u hostil, avísame en seguida.

Te saludo cordialmente,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Colección Sancho Dávila

AL DIRECTOR DE "EL GUADALETE"

Madrid, 6 de enero de 1936.

Señor Director de *El Guadalete*
Jerez de la Frontera.

Mi distinguido amigo:

Leo en el número de su periódico correspondiente al día 3 un artículo que se titula "Comentarios a un discurso". Resulta que el discurso comentado es el que pronuncié en el teatro "Eslava" el día 1 y del cual no se creyó *El Guadalete* en el caso de publicar ni el más parco resumen. Parece un poco extraño que se comente tan por extenso aquello acerca de lo cual no se informó. Pero como de esta actitud desconcertante no quiero deducir la presunción de que *El Guadalete* estima derogados para conmigo todos los usos civiles, ruego a usted –y se lo agradezco por adelantado– la publicación de esta carta.

No tiene otro objeto que rectificar dos extremos del artículo en cuestión. Son los siguientes:

Dice el articulista, refiriéndose a mi discurso, y al parecer poniéndolo en mi boca, que "no vale decir que fue elegido sin su consentimiento, arrastrado por la voluntad popular". ¡Claro que no valdría decir una sandez de ese tamaño! Pero, ¿en qué pasaje de mi conferencia se dijo nada semejante? Más de mil personas me oyeron, y las que no me oyeron saben muy bien que no entra, por cierto, en mis prácticas el soslayar ninguna responsabilidad. Por lo visto, el autor del artículo, descontento con el discurso que oyó, ha considerado oportuno completarlo con aportaciones de su propio ingenio. El que la añadidura resulte poco ingeniosa es disculpable; pero la falta de ingenio me autoriza a buscar un suplemento de mala fe.

2º. Se añade en el artículo que no he hecho nada por la provincia y que las razones para no haberlo hecho, válidas acaso ante mi conciencia, no bastan para eximirme ante los electores, a cuyas necesidades y sentimientos debí servir. Estas consideraciones estarían muy puestas en razón si yo hubiera tratado de justificar una actitud de desinterés por las cosas de esa tierra. Pero fue bien otro el objeto de mi disertación: lo que hice fue "demostrar" (con datos que y a se cuida muy bien de no sacar a luz mi espontáneo contradictor) que mi actitud en la gestión de ciertos asuntos fue exactamente lo que estimaba más acorde con el interés general de España y el interés local de Jerez. Así, sostuve y sostengo que reputo perjudicial para España y para Jerez el intento de instalar ahí una fábrica de azúcar. Porque así lo creía y porque considero que el interés de los pueblos me ordena con más autoridad que los movimientos de opinión, frecuentemente equivocados, me negué a secundar la diligencia de los partidarios de la fábrica. ¿Por qué los defensores oficiosos de éstos no se toman el trabajo de impugnar las cifras que di en la conferencia como justificación de mi actitud?

Con estas dos acotaciones tengo bastante, porque no me encuentro con tiempo ni ganas para polemizar con el autor de los Comentarios acerca del valor comparativo de mis méritos personales con los de otros brillantes políticos de la localidad. No seré yo quien trate de empañar la gloria de tales varones ni quien depare a su vocero, con quien por primera vez discuto, nuevas ocasiones de probar el generoso ardor con que los defiende.

Le saluda y se reitera suyo afmto. seguro servidor y amigo, que estrecha su mano,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Carta reproducida en *Arriba* el 2 de enero de 1962 con el artículo de Felipe Ximénez de Sandoval que da noticia de la misma.

A SANCHO DÁVILA

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, 7 de enero de 1936.

Sancho Dávila.
Aduana, 7
Sevilla

Querido Sancho:

Te mando para Padrón¹⁰ el distintivo que le prometí cuando estuve en Sevilla. Hazme el favor de dárselo.

Te abraza,

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

¹⁰ José Antonio alude al camarada Manuel Guerrero Padrón, quien sufrió un atentado el 27 de agosto de 1935, cuando salía de un cine. Rodeado por un grupo comunista recibió a quemarropa un tiro en la boca, que le dejó gravemente herido.

A JULIÁN PEMARTÍN

Madrid, 11 de enero de 1936.

Querido Julián:

Mil gracias por tu artículo y por tu carta publicada en el Diario de Jerez. Veo que la charca sigue agitada; peor para los sapos.

Pronto espero volver por ahí. Entonces te daré las gracias en persona y te ganaré al ajedrez.

Miguel me ha traído la historia de Balana. Como sabía que iba a venir y que la traería, no te escribí acerca de ella.

Te abraza,

JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

De "*Hacia la historia de la Falange*": Sancho Dávila y Julián Pemartín, fotocopia.

A I.

Madrid. 20 de enero de 1936

Querida I:

¿Tendré que decirte cómo he agradecido tu carta? Entera, pliego y sobre, no sólo la estampa que me remitías, ha venido conmigo en todas estas jornadas de propaganda. La franca y tranquila naturalidad de tus renglones me ha servido muchas veces de descanso en el ajeteo y de paz en los ratos de mal humor.

Tal vez sepas que he estado en Cáceres. He hecho, poco más o menos tu recorrido: de Avila a Cáceres, aunque mi camino haya dado grandes rodeos. ¡Avila a Cáceres! Por primera vez me he dado cuenta, al acompañarte imaginariamente en el camino, de que ese trayecto es, tal vez, el eje de España. Por ahí trashumaban los ganados cuando España era todavía ganadera, que es cuando aprendió a ser descubridora y militar.

Ahora siento haber escrito un párrafo más o menos solemne. Quizá contribuya con él a que sigas pensando que estoy en actitud de jefe, como apuntas, por coquetería, que tal vez estaba al saludarte. Digo por coquetería porque sabes muy bien qué poco había de actitud de "caudillo" en mi saludo y cuánto de hombre sencillo y normal que reanudaba con alegría mi antigua comunicación mantenida durante todo el mitin. Lo mejor que tuvo nuestro encuentro fue la falta de sorpresa; nos pareció tan natural a los dos como si nos conociéramos de siempre; por lo menos a mí. Aparte de eso, puedes creer que no me siento nunca "jefe" en el sentido de lo externo y aparatoso. Cumplo en mi puesto porque lo considero mi deber, pero me interesa muchísimo más lo que pueda haber de humano dentro de mí. Ya lo irás notando cuando nuestra amistad sea más larga; y hasta te darás cuenta de que esta amistad, en cuanto tenga de comunicación e inteligencia mutua, me servirá de mucho más alimento espiritual que las aclamaciones. Lo importante, en el fondo, es tener en la vida siete u ocho personas con quienes hablar y entenderse; lo demás —la exhibición, los aplausos— son cargas que deben llevarse sin caer en la soberbia de creerse superior a las masas (cosa que no suele ser verdad, porque en las masas hay infinitas vidas humildes llenas de valor profundo), pero tampoco en la vanidad de creerse más porque le aplauden a uno.

Perdona lo confuso y sentencioso de esta primera carta mía. Te pido, si no es mucho, que me contestes. Incluso, si es posible, evitando el medir por mi tardanza la de tu contestación.

Con todo afecto, vuelve a darte las gracias,

JOSÉ ANTONIO

Ya sabes: Serrano, 86.

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, págs. 126-128.

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

ESTELLA

Serrano, 86

1 de febrero del 36.

Querido Juan Ignacio:

De tren a tren, aprovecho un minuto para contestar a tu carta.

No veas en la presentación de dos nombres nuestros por Sevilla la menor hostilidad hacia ti, ni menos las relaciones con el silencio poco amistoso guardado por *ABC* acerca de nuestros últimos impresionantes actos. Para que veas que ninguna de estas consideraciones políticas pesa en mis actitudes personales de amistad, anoche, apenas leída tu carta, telegrafíé a Sevilla diciendo que retirasen mi candidatura y presentasen sólo la de Sancho Dávila.

Un abrazo de tu buen amigo,

Firmado: JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

AL DIRECTOR DE "LA VOZ" DE MADRID

Madrid, 18 de febrero de 1936.

Señor director de *La Voz*.

Muy distinguido señor mío:

Ya que *La Voz* tiene la amabilidad de referirse anoche a unas palabras mías¹¹, le agradeceré me permita precisar, con unas pocas más, el matiz de lo que le dije: Al hablar del enorme retrato del señor Gil Robles en la Puerta del Sol, lo hice con un ligero tono irónico, incompatible con la extensión de deseos de incendio y ejemplaridad multitudinaria. Los que me conocen saben que soy poco inclinado a las invitaciones demasiado solemnes. Aparte de que, en este caso, el tema de la conversación (aquel triste biombo con la cara del que fue "a por los trescientos") no era para invocar la cólera del Cielo, ni siquiera la de las turbas. ¿No le parece?

Con gracias anticipadas por la publicación de estas líneas, se reitera suyo affmo. s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

La Voz, 17 de febrero de 1936

¹¹ El comentario que provocó la aclaración de José Antonio decía lo siguiente: "Llamado por el director general de Seguridad estuvo en el Ministerio de Gobernación el señor Primo de Rivera, quien dijo a los periodistas que sentía que hubiesen quitado tan pronto el colosal cartel con la efigie de Gil Robles. Ha debido estar fijo tres días más, para que hubiera servido de escarnio y vergüenza ante España y lo hubieran quemado las multitudes."

A JOSÉ ÑUDI

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.

Madrid, 21 de febrero de 1936.

Señor don José Ñudi.
Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).

Mi querido amigo y camarada:

Mil gracias por el afectuoso telegrama en que me diste cuenta del brillante resultado electoral obtenido en Sanlúcar (4.800 votos).

Estoy contento por varios motivos, y uno de ellos este de haber obtenido casi diez mil votos en la provincia sin haber dado apenas un solo paso en su busca.

A ti y a todos los amigos os saluda muy cordialmente,

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

Carta de José Antonio dirigida al jefe local de Falange, don José Ñudi Ruiz de Somavia.
Proporcionada por atención de doña Pilar de Argüeso, viuda de Ñudi.

A I.

Madrid, 18 de marzo de 1936.—Prisión celular.

Querida I: Perdóname que haya dejado pasar tantos días sin contestar dos cartas tuyas. Ya sabrás que mi habitual ajeteo se ha complicado ahora con la pequeña peripecia de esta detención. Si no fuese porque fuera de aquí está mi puesto de servicio, te aseguro que estaría encantado: pasarse de cuando en cuando una temporada en la cárcel es delicioso: no existe el teléfono, la comunicación con el mundo exterior se reduce a una hora al día, las comidas son algo más frugales, se puede hacer por la mañana gimnasia, porque nada le apremia a uno; se toma el sol en los patios, se lee y se escribe. Si lo hago ahora, aprovechando esta quietud, y no lo hice antes, espero que me sabrás perdonar. Más difícil es que yo te perdone que hayas estado en Madrid sin avisarme, cuando tú sabes muy bien (porque eso se sabe sin que se lo digan a uno) lo mucho que me hubiera alegrado de verte.

Espero estar libre para cuando vengas otra vez. Si no lo estoy, ¿te decidirás a visitarme en la cárcel? Las horas de visita son de doce y media a una y medía. Convendrá, de venir, que vengas temprano dentro de esas horas, y que alegues un vago parentesco conmigo. Será una magnífica sorpresa verte al través de la reja. Hasta me gustaría que fueras un poco más simple para que te hiciera el efecto romántico y patético que conviene esto de verme enjaulado. Pero ni te lo producirá ni tengo interés en que te lo produzca. Estoy seguro de que, una vez más, nos entenderemos en la manera sencilla de hacer cara a esta pequeña incidencia, que ni es tan grave como para hacerle a uno acreedor al martirologio ni está tan desprovista de pequeñas incomodidades como para no tener cierto valor educativo.

Espero que me alegren unos renglones tuyos. Puedes mandarlos a casa o aquí. Mientras tanto, recibe el afecto de

JOSÉ ANTONIO

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, págs. 128-129.

A ONÉSIMO REDONDO

Madrid, Cárcel Modelo, 23 de marzo de 1936.

Querido Onésimo:

Siento tu detención y te acompaño en ella mentalmente con el espíritu dispuesto por la semejanza de mi situación. Supongo, sin embargo, que en la cárcel de Valladolid estarás peor que en ésta: aquí, en realidad, los presos políticos lo pasamos bastante bien, en una vida ordenada y tranquila muy conveniente para nuestra salud.

Ayer vinieron Alzaga y Tobalina con una pregunta de tu parte que me apresuro a contestar. Creo –de acuerdo con los camaradas de la Junta Política presos aquí– que debes conservar los hilos en la mano para una posible participación en las elecciones, en pacto –cuyas bases te ruego me des a conocer– con los partidos no gubernamentales. Pero estos preparativos han de estar sujetos a la contingencia, muy probable, de una abstención total en la que estamos gestionando que nos acompañen todos los partidos ajenos al bloque de izquierdas. Creemos que hay que declarar facciosas unas elecciones preparadas en medio del terror rojo en los pueblos, de la censura de Prensa, de la obstrucción a toda propaganda y de la clausura gubernativa de innumerables centros políticos. Ya comprendes que tales objeciones tienen en nosotros un valor táctico y no sustantivo: la conducta antiliberal del Gobierno nos tendría, en principio, sin cuidado; lo importante es que las elecciones municipales van a dar por caminos lícitos e ilícitos, una inmensa mayoría a los marxistas, que quizá se alegue como justificación para un traspaso de poderes como el del otro 14 de abril. Previsto esto y dado que el triunfo marxista es casi inevitable, sólo es posible quitar por adelantado el valor de plebiscito a la elección, descalificándola por adelantado y negándose a acudir a ella.

Te aseguro que el estar en prisión no me mortifica nada personalmente, pero me inquieta por el alejamiento que, como a todos, me impone, del puesto de deber, en estas semanas en que creo que se está decidiendo la suerte de España. Gracias a Dios la Falange se mantiene en la calle honrosamente. Sólo ella, en medio del achicamiento general, ha elevado el decoro público de los españoles. Sin su decisión combatiente la ola comunista hubiera sido mucho más rápida, pues lo que le ha contenido ha sido el temor de un contragolpe en el que los nuestros podían haber tenido mucha parte.

Julio, Rafael, Raimundo, Barrado, Valdés y Salazar, reunidos en esta plácida galería de presos políticos, me dan recuerdos para ti. Recíbelos con un abrazo de tu buen amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO

Carta proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.

A JULIÁN PEMARTÍN Y FAMILIA

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Serrano, 86.—MADRID
Teléfono 61993

Cárcel Modelo, 29 de marzo de 1936.

Queridos Nena, Julián (A.), Natalia y Julián (B.): Mil gracias por vuestra tarjeta, tan agradable de recibir en este balneario. Desde ayer, como sabréis, y encantado de la amabilidad del trato y de lo reposado y saludable del régimen de vida, he resuelto prolongar mi estancia hasta dos meses y un día ahora¹². Nada se opone, sin embargo, dada la gentileza con que diversos tribunales se obstinan en prolongar mi estancia, a que aguarde aquí los días en que Natacha y Julian B. puedan felicitar me de su puño y letra. Ello siempre será una alegría personal y política (por lo que revelará de aumento en la cultura infantil) para vuestro siempre buen amigo que os quiere,

JOSÉ ANTONIO

¹² José Antonio acababa de ser condenado, en efecto, "a dos meses y un día de prisión" a raíz de su famoso manifiesto "Desde los sótanos de la Dirección General de Seguridad", y tenía pendientes aún otros dos procesos, uno por "ilicitud" de la Falange y otro por "injurias" a Mallol.

AL CAMARADA ALBERTO ORTEGA

Cárcel Modelo, 10 de abril de 1936.

Camarada Alberto Ortega.

Querido camarada:

Sé que no necesitas que se te anime; pero no quiero que en las primeras horas de hoy te falte mi abrazo y admiración por tu gallarda actitud, bien diferente de las de los inmundos cobardes que te han condenado.

Tú, que eres casi abogado, sabes los mil recursos que caben todavía contra la sentencia, y puedes estar "seguro" de que la Falange, desde el primero hasta el último, no descansará hasta volverte a hacer libre. No dudes en ello un solo minuto: los treinta años de prisión que te han impuesto durará un corto número de meses.

Te abraza paternalmente tu camarada que te admira,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (rubricado)

¡ARRIBA ESPAÑA!

(En el membrete dice: "José Antonio Primo de Rivera. Abogado. Serrano, 86. Madrid. Teléfono 61993".) La carta está fechada en el mismo día que condenaron a Alberto Ortega a treinta años de prisión, con motivo del atentado a Jiménez Asúa. Ortega era jefe de una Falange de la primera centuria madrileña y afiliado al S. E. U. de Derecho. Preso en el penal de El Dueso, fue asesinado el 8 de diciembre de 1936.

A MANUEL VILLARROEL

Cárcel Modelo de Madrid, 11 de abril de 1936.

Señor don Manuel Villarroel.
Prisión Provincial de Cáceres.

Mi estimado camarada:

Para ti y para todos los que contigo firmaron la carta del día 28, mi cordial agradecimiento. Ahora nos toca pasar tiempos un poco duros, pero en ellos no haremos más que curtimos para seguir la ruta hacia el triunfo, cada vez más seguro.

Os abraza vuestro camarada.

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

Obtenida por mediación del camarada Licinio de la Fuente.

A ONÉSIMO REDONDO

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Serrano, 86.—MADRID
Teléfono 61993

Cárcel Modelo, 13 abril 1936.

Querido Onésimo:

Me parece bien que algunos seáis candidatos para compromisarios, si ello facilita vuestra libertad. En cuanto a los pactos que se concierten para ir a la elección, quedan a tu arbitrio, pues aquí no se discute, como en las de diputados, una posición permanente que mantener como partido, sino sólo la asistencia a una ocasión determinada —la elección presidencial—, en la que no ya la Falange, sino aun los partidos de derechas, tendrán que renunciar a actitud propia y no tendrán otra, seguramente, que la de apoyar al candidato republicano contra el socialista, caso de que el Frente Popular se rompa, como parece probable.

Hazme el favor de abrazar a todos los camaradas presos y decirles que cuantos estamos en la prisión de aquí hemos recibido con emoción vuestra carta y aclamamos, con vosotros, a España una, grande y libre.

Te abraza tu camarada y amigo,

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

Carta proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.

A I.

Cárcel Modelo, 22 de abril de 1936.

Querida I: Me prometiste venir a verme hacia el martes. ¿Qué formalidad es ésta? Antes de ponerte un pleito por quebrantamiento de promesa de visita, mi benevolencia se inclina a creer que tal vez te hayan puesto alguna dificultad para entrar. Si es así, haz el favor de escribírmelo aquí o a casa y yo trataré de arreglarlo.

Mientras te veo, mil gracias muy sinceras por tu pésame. Era un primo mío sencillo y valiente al que quería mucho.

Hasta pronto, espero,

JOSÉ ANTONIO

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, pág. 129. Madrid, 1939.

A JULIO MORENO DÁVILA

Modelo, 2 de mayo de 1936.

Señor Jefe provincial de Acción Popular.
Provincia de Granada.

"Panizo me ha completado su información acerca del espectáculo de barbarie que es en esa provincia el simulacro de lucha electoras No cabía más que retirarse, como han hecho ustedes..."¹³.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¹³ El fragmento de la carta de José Antonio a Julio Moreno Dávila esta incluido en el libro de José María Gil-Robles: *"No fue posible la paz"*, págs. 560-561. Madrid, 1968.

A JOAQUÍN BERNAL

Cárcel Modelo, 2 de mayo de 1936.

Querido camarada Joaquín Bernal:

Me ha llenado de emoción y de alegría su admirable carta, que, por una parte, me revela la salvación, ya lograda, de su vida, y, por otra, me edifica con una nueva muestra de ese incomparable espíritu con que, sin desmayo, nos honra y nos alecciona a todos.

Si alguien dudara de que en nuestra Falange está la verdad, ejemplos como el suyo le convencerían, porque la mentira no puede producir calidades tan limpias de heroicidad.

¡Arriba España!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Fotocopia original en *FE*, 29 de octubre de 1938. Joaquín Bernal, jefe provincial de la Falange de Cádiz, resultó seriamente herido en los sucesos prerrevolucionarios del año 1936.

A PEDRO PARRO NOVOA

Cárcel Modelo, 4 de mayo de 1936.

Mil gracias por sus afectuosas palabras. Doy orden para que manden ahí propaganda en cuanto se pueda. ¡Arriba España!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Rubricado)

Tarjetón dirigido al camarada Pedro Parro Novoa, de Almorox, Toledo, desde la Carcel Modelo de Madrid.

A LOS MILITARES DE ESPAÑA

Madrid, 4 de mayo de 1936

El texto de esta carta se ha incluido en el índice cronológico. Su contenido puede consultarse en Carta a los militares de España (Hoja escrita en la cárcel Modelo, de Madrid)

A SU TÍA CARMEN PRIMO DE RIVERA

Cárcel Modelo, 9 de mayo de 1936.

Querida tía Carmen:

Aquí tengo un sinfín de cartas tuyas, todavía sin contestar, y todos los libros, estampas y demás objetos piadosos que me has mandado. Te los agradezco muy de veras y los tengo muy presentes, así como tus consejos. No te diré que todos éstos se puedan seguir al pie de la letra, pero, de todas maneras, me alegra mucho verte tan interesada por la Falange (tan calumniada, ¿te acuerdas?, por las señoras feas de Córdoba) y de descubrir en ti esta nueva vocación de redactora de documentos político-religiosos.

Aquí, en la cárcel, no lo pasamos nada mal. Nuestra vida es ordenada e irreprochable. Estamos bastante alegres, y de ningún modo podría entrar en nosotros el desaliento, estando, como estamos, al lado de quinientos muchachos magníficos que nos edifican con su alegría y entereza. De cualquiera de ellos tendría yo muchísimo que aprender. Procuro, Por lo menos, no ser indigno de mandarlos.

Todos los días tenemos una hora de comunicación. Viene a vernos mucha gente; entre ellas, no pocas muchachas buenas y guapas. ¿Qué diríais, si de mi estancia en la cárcel saliera un proyecto sacramental? No hay todavía nada de eso, no vayas a adelantarte. Ni siquiera hay persona señalada; pero nadie dice que no pudiera ocurrir. Claro está que entonces tendrías que desistir de tus planes de verme incorporado al sacerdocio; para esto, de momento, no me encuentro con vocación. Hacia el matrimonio me inclino algo más, aunquedudo de encontrar mujer que –como mis admirables cuñadas– se decida a incorporarse a una familia tan poco tranquila.

También tengo mis horas místicas, de unión con Dios, contrito de lo pasado y con planes para su gloria en lo porvenir y que se cumpla su voluntad.

En fin, mil gracias a tus monjas por sus, cada día más necesarias oraciones, y para ti el cariño muy grande y muy verdadero de tu sobrino,

JOSÉ ANTONIO

De la revista Y, número de marzo de 1944.

AL CAMARADA JOAQUÍN ROVIRA VIDAL

Madrid, Cárcel Modelo, 16 de mayo de 1936.

Joaquín Rovira Vidal.
Cárcel de El Escorial, Madrid.

Querido camarada:

A ti y a todos los camaradas que firman contigo la carta del día 11 de mayo os envío un cordial saludo y os felicito por el magnífico espíritu con que soportáis vuestra prisión.

Un abrazo para todos de vuestro aftmo. camarada,

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

De la revista de la Sección Femenina, "Y", número de diciembre de 1942.

A ONÉSIMO REDONDO

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.
SECRETARIA GENERAL

Madrid, Cárcel Modelo, 16 de mayo de 1936.

Onésimo Redondo.
Valladolid.

Querido Onésimo:

Recibo dos cartas tuyas del día 8 y me sorprende lo que me dices de no haber recibido ninguna mía. Te escribí hará una semana acerca del caso a que te referías en la tuya anterior. Por si mi carta se perdió definitivamente y por si ésta, que te envío por otro conducto, llega a su destino, te diré que mi consejo, en sustancia, era que tomaras precauciones contra los rumores alarmistas y las tendencias difamatorias a que se inclinan muchos en esta época de nerviosismo. Te decía, y repito, que el camarada a quien te referías tiene una hoja de servicios excelente y que ni tú ni yo debemos dar oídos a ninguna especie contra él sin pruebas terminantes.

En cuanto a la incomunicación en que nos hallamos, ya comprenderás que no es especial para contigo, sino que se debe a la rotura de casi todos los enlaces como consecuencia de las circunstancias presentes. Ya he tomado medidas para que esos enlaces se reanuden, y seguramente en estos días llegará alguna persona a Valladolid encargada de comunicar instrucciones para que recompongamos el movimiento. Por otra parte, se cuida más que nunca el tendido de diferentes redes especiales. Sobre esto no te he dicho nada por lo peligroso de cualquier comunicación y porque parece recomendable que sea función encomendada a órganos propios.

Lo de la elección de Cuenca era de suponer, y ya te figurarás que no me ha deprimido nada. Es una mínima peripecia de la lucha en que estamos metidos. En cuanto al proceso por asociación ilegal, terminó como era de justicia, cosa en verdad no muy corriente en estas horas.

Me alegraré mucho de que atiendas cuanto puedas al cargo y de que me tengas al corriente de cuanto pase y se te ocurra.

Con el deseo de verte pronto en libertad, te abraza tu amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

Carta proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.

A FRANCISCO BRAVO

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Serrano, 86.–MADRID
Teléfono 61993

Cárcel Modelo, 18 de mayo de 1936.

A Francisco Bravo.

Querido camarada y amigo: Mil gracias por tu carta, no sólo por lo que tiene para mí afectuosa, incluso ante el dolor familiar por la muerte de mi pobre primo Andrés, sino por el testimonio que me trae de vuestro admirable espíritu en la prisión. Podemos, en realidad, estar contentos: nunca ha habido organización política que haya padecido persecución tan intensa, y nunca tampoco ha conservado ninguna organización en trance semejante nuestro garbo, nuestra unión y nuestra eficacia revolucionaria. Esto último, sobre todo, es sorprendente. La hemos mantenido desde el primer día, y la mantenemos intacta, contra todo, como no se ha visto nunca. Por eso la gente empieza a venir a nosotros. Ya verás qué buena cosecha de camisas azules, como tú dices, tan pronto como ceda un poco la persecución, y aunque no ceda.

Yo aquí trabajo constantemente y ya he montado un aparato de reorganización del partido, del que pronto tendrás muestra.

A todos los presos ahí –hazme el favor de decirlo a los demás– os abraza cordialmente vuestro camarada,

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, de Francisco Bravo, págs. 241-242.

A ONÉSIMO REDONDO

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.
SECRETARIA GENERAL

Madrid, Cárcel Modelo, 19 de mayo de 1936.

Onésimo Redondo.
Cárcel Provincial
Valladolid.

Querido Onésimo:

Al recibir ayer tu carta del día 13 me doy cuenta de que dejé en mi última sin contestar un extremo de la tuya anterior, a saber: el de si la J.O.N.S. de Valladolid debe pagar los viajes de algún camarada a quien llamemos desde aquí. Desde luego puedo decirte para tu tranquilidad que no. Ahora bien, naturalmente, si esa J.O.N.S. recibiera donativos de cuantía extraordinaria, como los que están llegando por distintos conductos, me harías el favor de decírmelo para meditar acerca de su empleo, ya que esos ingresos extraordinarios deben constituir el fondo nacional de reserva del Movimiento.

Me alegra que llegara ahí mi artículo del *Diario Vasco*. Ya notarías que estaba escrito en tono de incredulidad respecto al orador que comentaba, y que todo el trabajo había sido hecho para poner de relieve la difusión casi milagrosa del pensamiento de la Falange.

Mi nuevo proceso creo que ofrece poco peligro. Por otra parte, verás que el Supremo me ha dado la razón en un recurso y anulado una de mis dos condenas.

A todos los que estáis presos ahí y a ti especialmente os abraza vuestro camarada y amigo,

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

Carta proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.

**POSTDATA DE JOSÉ ANTONIO, QUE FIGURA EN UNA CARTA DE ROBERTO
BASSAS A LOS CAMARADAS JOSÉ RIBAS SEVA, LUIS SANTA MARINA,
LUIS FONTES DE ALBORNOZ, LUPIS, TRÍAS Y OTROS**

Madrid, Cárcel Modelo, 19 de mayo de 1936.

Un abrazo. Aquí tenemos a Roberto, cazado sin comerlo ni beberlo por las celosas autoridades policíacas. Como está en calidad de preso gubernativo (que es como estar prisionero de un jefe del Congo) la duración del encierro es imprevisible. Como la del nuestro. Así, pues, hasta el valle de Josafat

JOSÉ ANTONIO¹⁴

¹⁴ Reproducción facsimilar en *La Vanguardia Española*, de 20 de noviembre de 1958.

A BARTOLOMÉ MOSTAZA

Modelo, 21 de mayo de 1936.

Amigo y camarada Mostaza:

Agradezco tu última carta llena de corazón y fe en la Falange y de lealtad a mi persona. Esperanzado el ánimo con el pronto triunfo que se nos avecina, leo, estudio y no pierdo comunicación con mis bravos escuadristas y leales jefes. Por fin, las gentes se acuerdan de nosotros como única tabla de asidero en el naufragio. ¡Qué diferencia de otros tiempos! Pero algunos habrá que, después de nuestro triunfo, nos llamen comunistas, o cosa así y olviden que hemos salvado la Patria.

¡Arriba España!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(Tarjetón cursado por intermedio de Fernando Primo de Rivera y Cobo de Guzmán. Tanto Fernando, como su hermano Federico, primos de José Antonio, fueron asesinados en Madrid, a cuya Vieja Guardia pertenecían.)

A GUMERSINDO FRAGOSO Y FRAGOSO

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.
SECRETARIA GENERAL

Madrid, Cárcel Modelo, 25 de mayo de 1936.

Sr. D. Gumersindo Fragoso y Fragoso.
Hermigua. Gomera (Canarias)

Mi estimado amigo y camarada:

Recibí la carta que, con fecha 27 de abril, me escribió en unión de J. Mendoza y Antonio Fagundo. No recuerdo haber recibido antes ninguna otra.

Como aquí, en la cárcel, no dispongo del material que me piden ustedes, encargo o alguno de los que están fuera se lo envíe lo antes posible. En cuanto a organización, de momento, no se puede hacer nada, porque el Gobierno ahoga nuestra vida lícita. Pero es necesario que cuantos estén conformes con nosotros se unan en grupos pequeños, cuyos jefes se comuniquen entre sí, para conservar constantemente el contacto y mantener contra todas las circunstancias nuestra vida.

Le saluda cordialmente su camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Rubricado).

Proporcionada por el camarada Antonio Fagundo.

A JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

Cárcel Modelo de Madrid, 25 de mayo de 1936.

Querido Juan Ignacio:

Mil gracias por tu carta. Tienes razón cuando invocas nuestros sentimientos comunes de hombres civilizados. Este es un espectáculo de barbarie nada sorprendente para quienes creemos en la necesidad de un orden nuevo y sabemos que el vigente no es más que el vivero de injusticias alternativas. Pero es bueno, siquiera, esto de sentirnos en la incomodidad (todavía me parece demasiado pomposo llamarlo persecución, porque en este aprendizaje nos hacemos fuertes para derribarlo y alzar sobre su ruina la España que quiere la Falange: una, grande y libre.

Un fuerte abrazo de tu buen amigo,

JOSÉ ANTONIO

De Dolor y memoria de España. Artículo, "Recuerdo de un amigo que no era aún correligionario".

A JOSÉ ÑUDI

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.
SECRETARIA GENERAL

Cárcel Modelo, Madrid, 25 de mayo de 1936.

Sr. D. José Ñudi.
Prisión Central del Puerto de Santa María (Cádiz).

Querido camarada:

A ti y a todos los que me escribisteis la carta del día 2 –llegada a mi mano con mucho retraso– os doy las gracias más sinceras y os felicito cordialmente por el magnífico espíritu que reveláis.

Esta época de persecución nos está curtiendo y templando a todos. Las cárceles donde se nos encierra convierten en aguerridos militantes a los que antes eran tibios, elevan el fervor y la actitud de los mejores e incorporan por la virtud del ejemplo a muchos que aún no estaban con nosotros. Por ese camino nuestros enemigos trabajan por la gloria de la Falange.

Os abraza a todos, con el mayor afecto, vuestro camarada,

Firmado: JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Carta de José Antonio dirigida al jefe local de Falange, don José Ñudi Ruiz de Somavia; don Pedro Gutiérrez Ambrossi, don Enrique Fernández y otros. Reproducida por atención de doña Pilar de Argüeso, viuda de Ñudi.

A ONÉSIMO REDONDO

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S.
SECRETARIA GENERAL

Madrid, Cárcel Modelo, 1 de junio de 1936.

Onésimo Redondo.
Valladolid.

Querido Onésimo:

Al recibir tu carta, todos los que estamos aquí cambiamos impresiones acerca del nuevo tema del Estatuto de Castilla. Creemos que tienes razón desde el punto de vista español y desde el punto de vista castellano. El propósito del nuevo Estatuto parece inspirado por el deseo de armar una pequeña política regional en la que descuellen ciertos valores que en la nacional fracasaron; no se trata, pues, de nada que parezca prometer a España mejores horas. Y, por otra parte, el admitir para Castilla un destino de región, con su Estatuto, su remedo de Parlamento y todo lo demás es hacerla dimitir el otro destino lleno de gloria tradicional de ser el núcleo de España.

Creo que estas cosas que te dejo dichas no agotan la cuestión, y es posible que tú pudieras redactar un trabajo en el que se tratase de expresar nuestro punto de vista ante la propaganda de un Estatuto castellano. Si lo haces y me lo envías te lo agradeceré.

Te abraza tu amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

Carta proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.

A ARCADIO CARRASCO

Querido camarada: He recibido tu tarjeta y he pedido tu traslado a la segunda galería, para que estés menos solo. Si necesitas algo escríbeme, o escríbele a Sarrión, pidiéndole que venga a verte.

Te abraza tu camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

A Sarrión puedes escribirle así.

Don Manuel Sarrión.
Abogado.—Despacho del señor P. de Rivera.
Serrano, 86.—MADRID.

Tarjeta escrita en junio de 1936 y proporcionada por su destinatario, camarada Arcadio Carrasco.

A ROBERTO REYES

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Serrano, 86
MADRID
Teléfono 61993

Cárcel Modelo, 10 de junio de 1936.

Querido camarada Roberto Reyes:

Mil gracias por tu afectuosa y entusiasta carta, que he recibido con alegría.

Ya he dicho a Sarrión que reanude la comunicación contigo y que aproveche tus excelentes disposiciones.

Lo de la posible candidatura para el Colegio de Abogados era ya un poco tarde para pensarlo. Creo, además, que mejor ha sido no presentarme esta vez.

Te abraza tu amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Cedida a los compiladores por gentileza de Roberto Reyes.

AL DIPUTADO MANUEL GIMÉNEZ FERNÁNDEZ

Madrid, Cárcel Modelo, 4 de junio de 1936.

Primo de Rivera escribe una carta al señor Giménez Fernández, en la que, al agradecerle "la defensa elocuente, briosa e inútil" que ha hecho de su acta por Cuenca, discurre así:

"Una vez más, el régimen parlamentario, en el que usted cree y yo no, ha consumado un atropello. ¿Lo ve usted? El parlamentarismo es la tiranía de la mitad más uno, sin norma superior que se acate ni cabeza individual visible que responda. Yo no entiendo por qué ha de ser preferible a la dictadura de un hombre la de doscientos cincuenta bestias, con toga legislativa. Con el aditamento de que no es una dictadura que se ejerza al servicio del bien público o del destino patrio, sino al servicio de la blasfemia y de la ordinariez.

Perdone usted esta modesta escapada especulativa, disculpable en un preso un poco maniático... "

Fragmento de una carta de José Antonio al diputado a Cortes señor Giménez Fernández, fechada en la cárcel Modelo, de Madrid, el 4 de junio de 1936, cit. por Enrique Pavón Pereyra: *"Vida de José Antonio"*, pág. 140. Madrid, 1948.

A SU TÍO ANTÓN SÁENZ DE HEREDIA

Prisión Provincial de Alicante, 10 de junio de 1936.

Querido tío Antón:

Recibo aquí, en Alicante, tu carta y te agradezco muy de veras el cariño con que está escrita. Sin embargo, exageras en la valoración de mi esfuerzo (que todavía no pasa de lo elemental y más que tolerable) y te equivocas al juzgar desigual la lucha que tengo emprendida. Por primera vez en España una lucha así no la emprende un hombre solo o casi solo, sino secundado por una juventud inmensa, tallada en el mejor filón heroico de España.

Si algún mérito tengo está en haber puesto al aire ese filón, tanto tiempo enterrado. Y para que no creas que el enemigo es tan superior, piensa en su desgaste, en su nerviosidad, en lo inútil de los golpes con que pretende aniquilarnos y sólo logra agrandarnos y endurecernos. Ten fe: creo que se acercan buenos días y su sola probabilidad vale cualquier esfuerzo.

Recibe un abrazo muy fuerte de tu sobrino que te quiere mucho,

JOSÉ ANTONIO

Publicada en el *Boletín Sindical*, número extraordinario de octubre de 1942, dedicado a la memoria y recuerdo de José Antonio Primo de Rivera. Edición del Departamento Nacional de Prensa y Propaganda Sindical. (Obtenido por gentileza de Felipe Ximénez de Sandoval.)

A ONÉSIMO REDONDO

Prisión Provincial, Alicante, 17 de junio de 1936.

Querido Onésimo:

Con algún retraso, que te ruego disculpes, porque la falta de Cuerda y de mi máquina de escribir me complica muchísimo el despacho de papeles, contesto a tu última carta desde mi nueva residencia de Alicante (residencia, te lo diré al paso, grata y tranquila, donde puedo organizar mis horas bastante bien y donde, aunque aislado por orden superior de los camaradas presos, no estoy solo, porque me acompaña mi hermano Miguel). Y voy con los puntos de tu carta:

El artículo del *Diario Regional* me gustó mucho. Desde luego, sobre su misma línea, puedes mantener la polémica acerca del Estatuto sin aprobación previa, actualmente, de cada trabajo. Lo mismo que puedes considerarte autorizado para mantener vivo el fuego del Movimiento con toda la razonable holgura de iniciativa. Mi circular respecto a manifiestos iba encaminada a cortar la temible fertilidad en documentos disparatados que se estaba produciendo por obra del entusiasmo, sin madurez, de algunos camaradas –nuevos o antiguos– a quienes las circunstancias presentes aislaban de una inmediata dirección.

Respecto de tu consulta de cómo debemos recibir las oficiosidades de las derechas en defensa nuestra, creo que lo más adecuado es un silencio desdeñoso, siempre que se trate de casos en que sea presumible un intento de suplantación. Claro está que algunas personas de las derechas nos defienden por pura simpatía a nuestra lucha y sin que su posición y antecedentes haya suponer intento de fraude. Para esas personas nada se opone a que tengamos un agradecimiento cortés.

Lo que me dices del dinero me llena de júbilo, por una parte, y por otra, me suscita alguna preocupación, que quisiera hacerte compartir. Debes frenar enérgicamente la tendencia al derroche que se suele apoderar de nuestros camaradas, sin duda por falta de costumbre, en cuanto ven algún dinero. Por ejemplo, las 8.000 pesetas en material ¿estás seguro de que se han empleado bien? Mira que en ese género de partidas, si no interviene sólo gente muy experta, los timos suelen ser atroces. ¿Has comprobado el gasto de 4.500 pesetas en coches y sus reparaciones? Porque si los gastos de coche van en renglón aparte ¿cómo han podido subir a 5.500 los de propaganda en la provincia, entre los que deben ser los de coche los más considerables? Y ¿qué son los gastos "fuera de la provincia"? Si se trata de peticiones de dinero que hayan podido hacerte personas más o menos auténticamente investidas de atribuciones especiales, te ruego cortes el abuso con severidad y no des nada sino a quien lleve autorización expresa para hacerse cargo de ello.

Supongo que tendrás archiconocidas mis instrucciones para la organización en escuadras y células. Todo encarecimiento me parece poco para rogarte emplees cuantas energías puedas irradiar desde la cárcel en hacer que cuanto antes la provincia entera esté organizada así. Por lo menos quisiera que, en los sitios donde ya hay J.O.N.S., pudieras comunicarme para fin de mes que no queda ni un solo militante no encuadrado en su escuadra (si es de primera línea) o en su célula (sí es de segunda). Cree que constituidos así no hay poder humano contra nosotros.

Sabrás que el Supremo declaró lícita nuestra organización en una preciosa sentencia que están imprimiendo en Madrid y de la que recibirás suficientes ejemplares.

En fin: da un abrazo a todos los camaradas presos ahí y tú recibe otro muy cordial de tu buen amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

Carta proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.

A JUAN MARTÍN VILLAPECELLÍN

Prisión Provincial de Alicante, 18 de junio de 1936.

Querido Villapecellín:

He agradecido muy de veras tu carta, tan llena de afecto para mí, y deseo que dure tu libertad. Conviene que estemos libres cuantos podamos, para mejor servicio de España en estos duros días. Aquí no estamos mal: la vida es tranquila y el clima dulce. Miguel y yo estamos separados por orden de Madrid, de los demás camaradas; seguimos nuestro régimen de gimnasia y trabajo, y estamos inmejorablemente de salud. Miguel te manda sus mejores recuerdos. Recíbelos con un abrazo de tu amigo y camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

De Juan Martín Villapecellín: *"José Antonio en la cárcel y a hombros de sus camaradas."* Barcelona, 1939.

A FRANCISCO BRAVO

Prisión Provincial de Alicante, 18 de junio de 1936.

Francisco Bravo.

Querido camarada: Mil gracias por tu afectuosa carta, en nombre de mi hermano Miguel y en el mío.

Me alegra lo que me dices del incremento de nuestro partido y te ruego de la manera más apremiante que no regatees esfuerzo hasta lograr que todas las organizaciones locales estén estructuradas en escuadras y células, según mis instrucciones últimas. Es perfectamente realizable, y a ello aspiro, que ni un solo militante ande como una rueda loca, sino que todos estén inscritos en células y escuadras.

Creo que pronto llegarán ocasiones difíciles y decisivas. Espero, antes, hablarte con mayor detenimiento. Un fuerte abrazo.

Un saludo fraternal a todos los camaradas.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Firmado)

¡Arriba España!

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, pág. 242.

A JOAQUÍN BERNAL

Prisión Provincial de Alicante, 23 de junio de 1936.

Querido camarada Joaquín Bernal:

He recibido su carta y he leído con emoción las vicisitudes de su restablecimiento, en el que tanto ha tenido que padecer. Estos padecimientos añaden nueva gloria a la heroica entereza con que tantas veces nos ha dado usted ejemplo a todos.

Al lado de lo que usted soporta y de lo que algunos otros han sufrido, los meses de cárcel que yo llevo no pueden siquiera contarse como adversidad. Sólo siento no estar libre por lo que ello me aleja de mi puesto de mando en estas horas en que hay tanto que hacer. Pero como en la cárcel, ya lo supondrá, no me dedico al ocio, creo que ni esa ni ninguna dificultad podrá estorbar la segura llegada de nuestro día.

Con el fraternal afecto de la Falange le abraza su camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

¡Arriba España!

P.D.— Miguel también me encarga que le abrace.

Fotocopia original en FE, de Sevilla, 29 de octubre de 1938.

A I.

Prisión Provincial.—Alicante, 27 de junio de 1936.

Querida I: Este retraso en contestarte se debe a mi mala memoria. No —ya lo entenderás— porque me haya olvidado de tu carta o del santo de tu nombre, sino porque no recordaba el número de la calle de Santa Engracia en que vives. Supongo que la calle entera de Santa Engracia reventará de orgullo de tenerte y reconocerá tus pisadas entre mil; pero como tal vez esa perspicacia jubilosa no se haya transmitido a los carteros, temía que mi carta se perdiese si la dirigía, por ejemplo, al número 40 de tu calle. He tenido que esperar a que Cuerda, ¿no conoces al admirable Cuerda, actualmente en la Cárcel Modelo?, a instancia mía, buscara tus señas entre mis papeles y me las enviara.

Todo se quedó allí de mala manera en la noche en que me sacaron inesperadamente para trasladarme aquí. Mi despedida de la Moncloa fue un nuevo espectáculo de esas cóleras bíblicas en que he caído últimamente con alguna reiteración. A la mañana siguiente, con la luz que precede al amanecer, Miguel, mi hermano, y yo, fuimos depositados en esta nueva cárcel. Tenemos menos amigos que en la de Madrid, porque no nos permiten la comunicación con los camaradas presos, pero ya hemos implantado nuestras costumbres (gimnasia, ducha, etc.), y no lo pasamos nada mal. Leemos, escribimos y una hora al día nos asomamos a una jaula para recibir los saludos de los camaradas de toda la región y alimentar, por otra parte, la curiosidad de no pocos ciudadanos tranquilos, en cuya vida sin altibajos constituye considerable aliciente el ver a dos hombres en una jaula.

Tal vez dentro de unos días me lleven a Madrid para asistir a otro juicio. A ver si te veo. Cree que se alegrará de veras tu buen amigo de verdad,

JOSÉ ANTONIO

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*, págs. 129-130.

A EUGENIO MONTES

Querido Eugenio:

"Aunque no nos permiten comunicarnos con nuestros camaradas sino a distancia, nos hemos ingeniado para escribirles al "rojo vivo". por lo menos, una vez al día.

Procuro luchar contra el embrutecimiento de una prisión prolongada. Hago gimnasia y juego a la pelota con mi hermano Miguel. Leo lo que puedo y escribo mucho. Trabajamos sin tasa y algunas veces no nos damos cuenta de estar en la cárcel.

La persecución es la réplica a la verdad irrefutable. Pero sólo la sangre fructifica... "

Fragmentos de la carta de José Antonio a Eugenio Montes, desde la Prisión Provincial de Alicante, el 27 de junio de 1936

A MIGUEL MAURA

Prisión Provincial. Alicante, 28 de junio de 1936.

Querido Miguel:

He leído tus artículos con el interés que su contenido merece, aparte del que les da su firma, y hasta he creído del caso formular a ellos algunas afectuosas objeciones. Con este propósito mandé a Informaciones un artículo titulado por mí "*El ruido y el estilo*", que Víctor de la Serna se apresuró amablemente a acoger y aun a destacar con llamativos subtítulos. Este trabajo (que creo conocerás, porque me han prometido mandarte la galerada) fue tachado de arriba abajo por la censura de la inmundicia chusma que nos gobierna. Igual suerte hubiera corrido si tratara de la Osa Mayor. Yo ya no tengo derecho ni afirmar en los periódicos: estoy proscrito de la vida civil. Bueno; esto es un incidente. Ya veremos quién ríe el último.

Ahora bien: entre la falta de publicidad del artículo y lo que el artículo no decía, queda en tu favor un saldo de gratitud mía por las palabras de generoso elogio que dedicabas a mis camaradas de la Falange. Lástima que no amplíes tu generosidad hasta entender lo que habla de clarividencia histórica y política –quizá implicada, como todo lo de tipo religioso– en aquellas gloriosas muertes prematuras. Entonces verías que si la bravura de miles de muchachos que yo no he dado a luz, que ya existían al fundarse la Falange, se ha visto expresada en la Falange hasta el punto de arrostrar el ofrendamiento de la propia vida, es porque en ella está la verdad: la de los principios permanentes y la de las mejores calidades entrañables españolas...

Tú, ahora, después de los extravíos que tienes la nobleza de confesar y que se avaloran en ti –ya te lo dije otra vez– con el sacrificio de las cosas más costosas (familia, amigos de siempre, medio social...) andas barruntando la verdad en nuevas pesquisas. Lástima que aún no te atrevas a llamarla por su nombre. Cuando analices enfriado esto de la "dictadura nacional republicana" verás que lo de republicana, si quiere decir algo más que no monárquica (nota negativa en que todos ahora, menos los insensatos, tienen que estar conformes) ha de aludir a su contenido institucional incompatible con la idea de dictadura. De ahí que para salvar la contradicción tendrás que concluir aspirando a un régimen autoritario nacional capaz de hacer (¿recuerdas?) la revolución desde arriba, que es la única manera decente de hacer revoluciones. ¿Ya qué otra cosa aspiramos nosotros?

Pero ya verás; ya verás cómo la terrible incultura, o mejor aún la pereza mental de nuestro pueblo (en todas sus capas) acaba por darnos o un ensayo de bolchevismo cruel y sucio o una representación flatulenta de patriotería alicorta a cargo de algún figurón de la derecha. Que Dios nos libre de lo uno y de lo otro.

Recibe el afecto de tu buen amigo,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Del libro de Luis Romero: "*Tres días de julio*". Ediciones Ariel. Barcelona, 1967, págs. 200 y 201.

A ONÉSIMO REDONDO

Prisión Provincial. Alicante, 3 de julio de 1936.

Querido Onésimo:

He recibido tus dos cartas (la segunda ahora mismo) y te las agradezco mucho.

Antes que nada, hazme el favor de comunicar mi agradecimiento, mi admiración y hasta mi envidia a los camaradas de las J.O.N.S. de la provincia de Valladolid, que tan alto están poniendo el nombre de la Falange. Te ruego des un abrazo a todos los que están pre [(Falta texto, por extravío del original)] responsabilidad.

Hazme el favor de comunicar a la familia de nuestro camarada muerto en Aldeamayor, Abundio Sanz Miguel, mi sincero pesar, y recíbelo tú en nombre de esas sufridas J.O.N.S. de Valladolid.

No olvides escribir a Raimundo detalles de la muerte de ese muchacho, para contarlo entre nuestro mártires.

Un fuerte abrazo.

JOSÉ ANTONIO

¡Arriba España!

Fragmento de carta autógrafa reproducida en *Libertad*, de Valladolid, en abril de 1937. (Proporcionada por el camarada Narciso García Sánchez.)

A MARIANO GÓMEZ-ULLA

Prisión Provincial de Alicante, 12 de julio de 1936.

Camarada Mariano Gómez-Ulla y demás firmantes de la carta de 17 de junio.

Queridos camaradas:

Desde este otro extremo de España correspondo con gratitud y emoción a vuestros, renglones.

Sé que soportáis con magnífica entereza vuestra prisión, y el temple vuestro, como el de los demás camaradas perseguidos, me alienta en estas horas de lucha.

Que pronto amanezca para España, si ya lo merecemos y que pueda abrazaros en libertad vuestro camarada,

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (Rubricado)

¡Arriba España!

En el sobre constaba el nombre y dirección de su destinatario: "A Mariano Gómez-Ulla, en la cárcel de Santiago de Compostela."

A ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

Cárcel de Alicante, 12 de julio de 1936.

Querido Ernesto: He agradecido mucho tus dos cartas, que recibí ayer, cada una por un conducto, y la dedicatoria de tus artículos de Informaciones, que estoy siguiendo con el mayor interés¹⁵.

Me pides noticias mías. Puedo decirte que estoy mejor que nunca de salud, a Dios gracias, y en plena forma de ánimo. Esos casi cuatro meses de cárcel me han permitido calar más adentro en algunas cosas, y aparte de eso, a fuerza de tender cables, esto ya en contacto con cuanto puede haber en España, en este momento, de eficaz. Hasta tal punto, que sin la Falange no se podría hacer nada en este momento, como no fuera un ciempiés sin salida.

Créeme que no he descansado en la adopción de estas precauciones, por que me horroriza el temor de que la ocasión grave y magnífica que estamos viviendo aborte una vez más o, lo que es peor, dé a luz un monstruo. Si eso pasa, no será por mi culpa.

Una de las cosas terribles sería la "dictadura nacional republicana". Estoy conforme contigo al ver en su defensa un síntoma de reconocimiento de nuestras posiciones. Hasta ahí bien. Lo malo sería la experiencia Maura-Prieto, con una excitación artificial de los negocios, las obras públicas, etc., para fingir una prosperidad económica sin levantar nada sobre fundamentos hondos. Al final del ciclo de febril bienestar sobrevendría una gran crisis económica sobre un pueblo espiritualmente desmantelado para resistir el último y decisivo ataque comunista (lo nuestro, en un período de calma burguesa, no es donde alcanza su mejor cultura). Otra experiencia falsa que temo es la de la implantación por vía violenta de un falso fascismo conservador, sin valentía revolucionaria ni sangre joven. Claro que esto no puede conquistar el Poder; pero, ¿y si se lo dan?

Porque ninguna de las dos cosas ocurra, trabajo, como te digo, sin tregua y con un no poco éxito. Ya faltan pocos días me parece para que la vía quede completamente libre y despejada. Y entonces creo que nada nos detendrá.

Gracias por tu confianza y disciplina. Procura ayudar cuanto puedas y yo me alegraré mucho.

Un abrazo,

JOSÉ ANTONIO

De Francisco Bravo: *"José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada"*. págs. 135-136.

¹⁵ José Antonio hace referencia a la colección de artículos titulada *"Historia del anarquismo español"*, que apareció en *Informaciones* por aquellas fechas. También a José Antonio está dedicada *La nueva catolicidad*, de Giménez Caballero, editada en Madrid en el año 1933. Véase del mismo autor el artículo sobre la figura de JOSÉ Antonio, en *Roma Universa*. Milán, 1933.

AL GENERAL EMILIO MOLA

En lugar de Alberola, que está retrasado, conduce este mensaje Pepe Finat. Tiene el carácter de apelación suprema. Estoy convencido de que cada minuto de inacción se traduce en una apreciable ventaja para el Gobierno. Siempre oí decir a mi padre que si retrasa una hora su golpe de Estado hubiese fracasado...

Fragmento del mensaje urgentísimo que José Antonio escribió a Mola, "El Director", y que fue cursado por intermedio de José Finat, conde de Mayalde, el 15 de julio de 1936, desde la Prisión Provincial de Alicante. ("*Vida de José Antonio*", de Enrique Pavón Pereyra, página 168.)

**FRAGMENTO DE LA CARTA DE JOSÉ ANTONIO A SU HERMANO FERNANDO
Y A RAFAEL GARCERÁN, CURSADA POR INTERMEDIO DE JOSÉ FINAT,
CONDE DE MAYALDE, DESDE ALICANTE, EL 15 DE JULIO DE 1936**

"Este es el momento único. De lo contrario, todo Quedará otra vez en palabras."

Gumersindo Montes Agudo: "*Vieja Guardia*", páginas 265-266. Ello equivalía a la orden para que se pusiera en marcha la operación denominada "Covadonga", cuyo dispositivo quedó evidentemente trastornado a raíz de haber sido interceptados en Aleañiz, Teruel, varios de los mensajes de José Antonio. Fernando Primo de Rivera dispuso entonces reacondicionar el aparato revolucionario con el plan "Granada", que tenía fijado como fecha de iniciación el día 20 de julio, pero los acontecimientos se precipitaron en forma definitiva con el alzamiento de las unidades del glorioso Ejército de Marruecos. José Antonio no llegó a conocer los motivos reales de la alteración de los planes revolucionarios y atribuyó la medida de Fernando a la defección de los elementos comprometidos.

**FRAGMENTO DE LAS INSTRUCCIONES DE JOSÉ ANTONIO, LEÍDAS POR SU
SEGUNDO PASANTE, MANUEL SARRIÓN, A LOS ENLACES MILITARES
REUNIDOS EN MADRID EN EL DOMICILIO DEL COMANDANTE FERNÁNDEZ**

"Entonces (cuando se haya sublevado el cuartel de la Montaña) la Falange luchará unida a él; pero ello ha de ser en ese momento, sin adelantarse a las fuerzas militares, no interviniendo, así, ni un minuto antes ni un minuto después."

15 de julio de 1936

Pavón Pereyra, op. cit., pág. 168.

A ENRIQUE ESTEVE

Prisión Provincial de Alicante, 14 de noviembre de 1936.

A Enrique Esteve:

Haz lo posible para proporcionarme cuanto antes lo siguiente: una copia de mi circular del 24 de junio (fíjate bien en la fecha: es aquella en que seprevenía contra las conspiraciones) y un ejemplar del tercer número del *No Importa* (el que traía el artículo "Vista a la derecha").

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Cuartilla dirigida por José Antonio al falangista alicantino Enrique Esteve el 14 de noviembre de 1936. Esteve fue fusilado ese mismo año. Cfr. por Enrique Pavón Pereyra, op. cit., pág. 185.

**EL TESTAMENTO OLÓGRAFO DE JOSÉ ANTONIO Y LAS CUARTILLAS QUE
CONTENÍAN DISPOSICIONES SOBRE SU HERENCIA FUERON ENVIADOS A
MARGOT LARIOS CON LA SIGUIENTE CARTA ADJUNTA:**

Prisión Provincial de Alicante, 18 de noviembre de 1936.

Querida Margot:

Ahí van unos documentos que os harán falta si se cumple mi sentencia. Te los mando a ti y ruego al Director que te los dé sin que mi tía Má los vea, para no asustarla. Hazme el favor de guardarlos. Si Dios quiere que no llegue el caso de hacer uso de ellos, mejor; y si llega el caso, tú los sacarás y darás a Raimundo, a Ramón Serrano, a Sarrión o a algún otro de los abogados que sabes son amigos míos. Muchas gracias.

Para mi tranquilidad, te ruego me pongas dos letras diciéndome que has recibido los papeles que te mando. Son tres, como verás: uno de cuatro hojas tamaño de pliego, cosidas, y dos cuartillas escritas (como todo lo otro) de mi letra.

Perdóname este jaleo y el susto de ayer y todo lo demás. Un abrazo.

JOSÉ ANTONIO

CARTA ÚLTIMA DE JOSÉ ANTONIO A SU HERMANA POLÍTICA MARGOT LARIOS, RECLUIDA EN EL REFORMATARIO DE ADULTOS DE LA CIUDAD DE ALICANTE

Prisión Provincial. Alicante, 19 de noviembre.

Sra. D^a Margot Larios.
Reformatario de Adultos. Alicante.

Querida Margot:

Para que la censura las vaya despachando y yo quede tranquilo sabiendo que están en tu poder te mando cartas para:

Los hermanos ausentes – Rafael Sánchez Mazas; tía Carmen, la monja; Lola, mi ahijada; Garcerán, Cuerda y Sarrión; Raimundo y Serrano Suñer; tío Antón, Julio, Manolo Valdés, Sancho, Carmen Werner, Julián Pemartín (total doce).– Hazme el favor de guardarlas y no darles curso si no llega la ocasión triste para que han sido escritas. Mil gracias por todo y un abrazo.

JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

A CARMEN WERNER

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querida Carmen:

Tengo sobre la mesa, como última compañía, La Biblia que tuviste el acierto de enviarme a la cárcel de Madrid. De ella leo trozos de los Evangelios en estas, quizá, últimas horas de mi vida.

Nuestra amistad es demasiado seria y sólida para que yo escriba una carta de "condenado a muerte". Sólo quiero reiterarte las gracias por el libro y decirte que tu amistad es una de las cosas buenas que han alimentado mi vida.

Si te vuelvo a ver (lo que Dios haga), ya te contaré todo. Y si no, recibe por la vez última mi más verdadero afecto.

JOSÉ ANTONIO

P.— Ayer hice una buena confesión.

De Felipe Ximénez de Sandoval: *"José Antonio"*. Biografía con apéndice documental. En el sobre del referido autógrafo reza escueto: "Para Carmen Werner."

CARTA ÚLTIMA DE JOSÉ ANTONIO A ROSARIO URQUIJO, PILAR Y FERNANDO PRIMO DE RIVERA

Prisión Provincial. Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Queridos hermanos Rosario, Pilar y Fernando:

¿Para qué os voy a decir que me acuerdo de vosotros? El irme sin daros un abrazo es el mayor sacrificio, tal vez, entre todos los que van envueltos en el de la vida. No me lloréis demasiado, aunque temo que esta recomendación sirva de poco, porque sé cómo me queréis y lo buenos que sois. Pero podéis creerme: en medio de la tristeza de morir joven me consuela y os debe consolar el tener en cuenta que tal vez en otra ocasión me cogiera peor preparado para la eternidad y que, respecto de esta vida, acaso me reservara pruebas próximas de inmensa responsabilidad, en las que nadie sabe si sabría sostener el crédito que me ha abierto hasta ahora la generosa lealtad de tantos camaradas. Con todo, si Dios me concede el seguir viviendo, me alegraré mucho por dos motivos sobre todo; para evitaros la tristeza de perderme y por tener ocasión de mejorar mi vida, tan profundamente necesitada de enmienda. Pero ya os digo: lo dejo resignadamente en manos de Dios, con una completa calma de la que hasta ahora no ha querido privarme y que le tengo que agradecer infinito.

Perdonarme todo lo que habéis tenido que aguantarme en injusticias, egoísmos e irritabilidad. Que vuestros hijos sean buenos y muy felices. Y que vosotros, de vez en cuando, penséis que se fue del mundo queriéndooos con toda el alma vuestro hermano que os abraza,

JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

En el sobre, autógrafo de José Antonio, puede leerse lo siguiente: "Para mis hermanos Rosario, Pilar y Fernando".

A RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Rafael:

Voy a escribir muy pocas cartas, pero una ha de ser a ti. Desde que nos separamos quedó cortada nuestra comunicación, ya que, aunque recibí cartas tuyas, creo que no logré hacer llegar a tus manos ninguna de las dos que te escribí. Sirva ésta para anudar ese cabo suelto y para dejarlo ya anudado hasta la eternidad. Perdóname —como me tenéis que perdonar cuantos me conocisteis— lo insufrible de mi carácter. Ahora lo repaso en mi memoria con tan clara serenidad que, te lo aseguro, creo que si aún Dios me evitara el morir sería en adelante bien distinto. ¡Qué razón la tuya al reprender con inteligente acierto mi dura actitud irónica ante casi todo lo de la vida! Para purgarme quizá se me haya destinado esta muerte en la que no cabe la ironía. La fanfarronada sí, pero en esa no caeré. Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas y haciendo una macabra pirueta. Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de sacramentos y recomendaciones de alma, es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional. Pero ésta no se elige: Dios, quizá quiera que acabe de otro modo. Él acoja mi alma (que ayer preparé con una buena confesión) y me sostenga para que la decorosa resignación con que muera no desdiga junto al sacrificio de tantas muertes frescas y generosas como tú y yo hemos conmemorado juntos. Abraza a nuestros amigos de las largas tertulias de la Ballena, empezando por el tan querido canciller don Pedro Murlane. Dos abrazos especiales para José María Ayaro y Eugenio Montes, a quienes no sé si podré escribir, pero a quienes recuerdo de todo corazón. Y que a ti, a Liliana y a tus hijos os dé Dios las mejores cosas.

Un fuerte abrazo, Rafael.

JOSÉ ANTONIO

Carta de José Antonio a Rafael Sánchez Mazas. De *"José Antonio"* de Julián Pemartín. Col. "Temas españoles". Madrid, 1953. Se alude a dos anteriores misivas: son las que fueron dirigidas a Pamplona y a Roma, lugares donde José Antonio suponía refugiado a Sánchez Mazas.

A GARCERÁN, CUERDA Y SARRIÓN

Alicante, 19 de noviembre de 1936.

A sus pasantes.

Queridos Garcerán, Cuerda y Sarrión, mis pacientes compañeros de trabajo: En estos momentos de unos días que, si Dios no lo remedia, son los últimos míos, me consuela del descontento profundo de mi vida y de mi carácter el recordar que he conseguido cosechar algunos efectos de inusitada calidad, y que ello tal vez revele dentro de mí alguna buena condición atractiva que a mí mismo me cuesta trabajo descubrir. Entre los primeros de esos afectos están los de vosotros tres, mis leales, infatigables, generosos e inteligentísimos compañeros de trabajo. Mil gracias por este consuelo que me proporciona el pensar que me queréis un poco, y mil veces más mil perdones por lo muchísimo que os he dado que aguantar y por lo que he complicado vuestras vidas con los azares de la mía propia. Como, por otra parte, yo también os tengo un afecto que no hay que ponderar ahora, confío en que me recordaréis sin verdadero fastidio, en que me echaréis algo de menos.

A todos los demás remeros de nuestro despacho profesional más o menos asiduos, a Matilla, a Power, García Conde, etc., sin olvidar a la admirable Encarnita, mi despedida de verdadero y agradecido amigo. Y para vosotros tres, fuertes abrazos.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

De "*José Antonio*", biografía. Felipe Ximénez de Sandoval.

A JULIO RUIZ DE ALDA, CUYA MUERTE GLORIOSA EN LA CÁRCEL MODELO IGNORABA JOSÉ ANTONIO

Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Julio:

Por si se ejecuta la sentencia que anteayer dictaron contra mí, haz el favor de aceptar el encargo de decir adiós en mi nombre a todos los camaradas. A aquellos a los que he estado personalmente unido, por haber estado juntos en prisión, por los cargos o por cualquier circunstancia, díles de manera especial cómo los recuerdo y cómo los entresaca el hecho de recordarlos tú. Y para ti, quédate con un fuerte abrazo.

Espero la muerte sin desesperación, pero ya te figurarás que sin gusto; creo que aún podría ser útil mi vida, y pido a Dios que se me conserve. Si Él lo dispone de otra manera, moriré confortado con el ejemplo de tantos que cayeron más jóvenes que yo y más humildes y silenciosamente.

Perdonadme todos, y tú de manera especial, lo que a veces os haya podido herir con las espinas de mi carácter. Mis hermanos te explicarán el laconismo de esta carta y se consolarán recordándome en tu compañía y en la de tantos con quienes nuestras vidas han corrido en los últimos años mezcladas. Dios os ilumine a todos y os mantenga unidos.

Para Amelia y tu chico, mis mejores deseos. Y para ti, de nuevo, un abrazo.

JOSÉ ANTONIO

De "*José Antonio*", biografía. Felipe Ximénez de Sandoval.

A MANUEL VALDÉS

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Manolo:

He encargado a Julio que me despida de todos los camaradas; pero a ti, mi profesor de cultura física y mi compañero de solterón de por las tardes, tengo que enviarte un abrazo especial.

Da parte de él a los otros nadadores: Luis Aguilar, Agustín Aznar y al pequeño y valeroso Gaceo. A todos os recuerdo mucho y aún confío en veros.

Si Dios, sin embargo, lo dispone de otro modo, mi resignación, y hasta el final os acompañará mi afecto.

Tú conoces también a muchos amigos y amigas mías. Diles adiós de mi parte, seguro de que los que elijas estaban presentes en mi memoria.

Otra vez un fuerte abrazo de

JOSÉ ANTONIO

De *Haz*, número de marzo de 1943.

A SU PRIMA Y AHIJADA, DOLORES PRIMO DE RIVERA Y COBO DE GUZMÁN

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querida Lola:

Como eres mi ahijada, vas a ser la transmisora de mi despedida a tu madre y a tus hermanos, de quienes me acuerdo con muchísimo cariño. Da un abrazo especial a Fernando¹⁶, que podrá explicaros bien la etapa en que me encuentro; quiera Dios, todavía, que yo, también pueda explicárosla. Y a cierto magnífico gordo¹⁷ que, con pesar mucho, vale bastante más de lo que pesa, dile que para que yo lo tenga en la memoria como si fuera de mi familia le sobra con lo que ha hecho hasta ahora.

No os digo nada más porque nos queremos lo bastante para entender sin palabras todo lo que tienen de emocionante estos momentos. Que Dios os dé las mejores cosas y recibid cada uno un abrazo fuerte de vuestro primo,

JOSÉ ANTONIO¹⁸

De Felipe Ximénez de Sandoval: "*José Antonio*", biografía que trae la fotocopia del documento que transcribimos.

¹⁶ Fernando Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, fusilado, como su hermano Federico, en Madrid, por las milicias marxistas. Hijos ambos del héroe de Monte Arruit.

¹⁷ Agustín Aznar, jefe de Milicias y prometido de Lola Primo de Rivera (hoy su esposa), cuyos tres hermanos, Rafael, Jaime y Guillermo, murieron también heroicamente por la Revolución Nacional Sindicalista.

¹⁸ También escribió una carta –inédita– a su cuñada Margot Larios, procesada con él.

A SU TÍA CARMEN PRIMO DE RIVERA

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Queridísima tía Carmen:

Dos letras para confirmarte la buena noticia, la agradable noticia, de que estoy preparado para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva. Como cualquiera de los dos resultados se ha de deber mucho a tus oraciones, te mando muchísimas gracias con este mi último y cariñoso abrazo. No te digo que pidas por mí porque sé que lo harás sin descanso, y que moverás a hacerlo a tus hermanas en religión, cuya inagotable caridad tal vez algunas veces abra paso al deseo retrospectivo de no haber tenido en la Comunidad una monja perteneciente a familia tan agitada.

Dentro de pocos momentos ya estaré ante el Divino Juez, que me ha de mirar con ojos sonrientes.

Te abraza otra vez y te quiere mucho tu sobrino,

Firmado: JOSÉ ANTONIO

P.— Como no eres joven, pronto nos veremos en el cielo.

En el sobre, José Antonio escribió: "Para tía Carmen, la monja de las Descalzas." Texto reproducido de la revista de la S.F. Y, número de marzo de 1944, Felipe Ximénez de Sandoval: "*José Antonio*", biografía apasionada.

A DON ANTÓN SÁENZ DE HEREDIA

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido tío Antón:

Me despido de ti con mucho cariño, de toda la familia de mi madre. Hazme el favor de decírselo a todos sin olvidar a ninguno: a tío Cesáreo y a tía María; a tía Carmen; a tío Angel y a tía Nieves; a tío Goyo y a tía María, heroicamente probados también por la dureza de estos tiempos, y en cuya entereza tanto tengo que aprender¹⁹. No dejes fuera a ninguno de los primos y primas y a sus maridos y mujeres. De mis sobrinos, hijos de ellos, no te digo nada porque son tan chicos que iban a oír la noticia como quien oye llover. No escribo a ninguno porque tendría que hacerlo a todos, y no quiero dedicar a cartas mucho tiempo del limitado que me queda de vida, salvo que Dios haga todavía que se me prorrogue. Créeme que me alegraría que así fuese; pero, por si no es así, trato de disponerme lo mejor posible para el juicio de Dios: ayer confesé con un sacerdote viejecito y simpático que está preso aquí y hoy estoy lleno de paz: todavía en gran parte porque me ilusiona la esperanza de vivir; si esta esperanza se pierde, porque confío en que la sustituya una conformidad cristiana con lo que venga.

En fin, perdonadme en lo que os haya podido molestar y reciban todos por medio tuyo fuertes abrazos de tu sobrino que mucho te quiere,

JOSÉ ANTONIO

De la revista Y, junio de 1944.

¹⁹ Alusión a Andrés Sáenz de Heredia, primo de José Antonio y miembro activo de la Vieja Guardia de la Falange de Madrid.

A RAIMUNDO FERNÁNDEZ CUESTA Y RAMÓN SERRANO SÚÑER

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Queridos Raimundo y Ramón:

Estoy muy tranquilo, pero no quiero presumir: no es por indiferencia ante la muerte, sino porque, gracias a Dios, aún tengo esperanza de que se me evite. Pero, por si llega el trance (en el que haga Dios también que no me falte una decente entereza), aprovecho estos minutos de tranquilidad para despedirme de vosotros.

No es éste el momento de ponderar mi amistad. Las amistades como la vuestra se han acreditado en toda una vida y no aumentan ni disminuyen con la muerte. Os uno en la misma carta, a pesar de que no seáis uno con otro viejos amigos, porque juntos me he permitido nombraros albaceas de un Testamento ológrafo que redacté ayer y que espero hagan llegar a tiempo a vuestras manos. Mil gracias por el trabajo que el albaceazgo os dé y por el afecto con que habéis contribuido, como pocos, a dar apoyos sólidos a mi vida.

Dios os dé, como a vuestras mujeres y a vuestros hijos, lo mejor que podáis desear, y que perdonéis los muchos defectos de vuestro amigo que quizá por última vez os abraza.

JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

P.D. – A Pepe Finat y a Fermín Daza, dos fuertes abrazos.

Del libro *"Serrano Súñer en la Falange"*: Ángel Alcázar de Velasco, págs. 167-168.

A SANCHO DÁVILA

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Sancho:

Pocas palabras, porque quizá no disponga de mucho tiempo: mil gracias por tu lealtad y por tus magníficas condiciones, y un abrazo muy fuerte.

Que a ti, a tu mujer y a los hijos que os mande Dios, las mejores cosas. Os lo desea de corazón tu primo y camarada,

JOSÉ ANTONIO

Al margen: no he de decirte lo que debes transmitir de mi parte a los de tu tierra.

Fotocopia original en *FE.* de Sevilla, el 29 de octubre de 1938.

A JULIÁN PEMARTÍN

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA
Abogado

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Julián:

Esta es casi la última carta que voy a escribir, salvo que Dios tenga dispuesto que se me alargue la vida como de todo corazón le pido. No apetezco la muerte, aunque confío en recibirla con decente conformidad si no hay más remedio. Viva o muera, ya conoces de muchísimos años mi amistad, para la que no puede faltarme un recuerdo muy hondo en estas horas.

Que a Nena, a ti y a vuestros hijos os dé Dios lo que más podéis desear. Y recibe un fuerte abrazo de

JOSÉ ANTONIO (Rubricado)

P.D. – Despideme con mucho afecto de Pepe²⁰ y de los amigos que dejo en Jerez y que tú conoces, empezando por Joaquín Bernal

El diario FE, de Sevilla, en edición del 20 de noviembre de 1938, reprodujo la primera fotocopia del presente autógrafo.

²⁰ José Antonio alude aquí a su amigo y mentor don José Pemartín.

ESCRITOS POÉTICOS

"YA LA NOCHE..."¹

"Ya la noche... Cuánto tarda
en volver el mensajero
que envié con una carta
para el Abad del convento.

De fijo que Fray Clotardo,
que fue mi sabio maestro..."

¿1913?

¹ Fragmento inicial de la adaptación versificada de la novela histórica de Cánovas del Castillo: *"La Campana de Huesca"*, que José Antonio escenificó y dirigió con actores infantiles cuando tenía apenas diez años. Recuerdos de Nieves Sáenz de Heredia.

LA PROFECÍA DE MAGALLANES

El mar estaba inquieto, el cielo oscuro
por nubes cenicientas apagado,
con fulgor inseguro,
empezaba a asomarse la alborada;
cerrando los Confines de Occidente,
brotaban de las sombras lentamente
las titánicas cumbres de los Andes,
y en toda su hosquedad Naturaleza
mostraba la magnífica fiereza
con que sabe vestir los hechos grandes.

Y entre esa majestad, sobre las olas
que el continuo vaivén tornaba pálidas
las cuatro carabelas españolas
se alzaban atrevidas y gallardas;
sobre la inmensa superficie solas,
las quillas en el mar, la enseña al viento
lanzaban en su arrojo un desafío
al oscuro nublado, al mar bravío,
al ígneo rayo y al ciclón violento.

¡Jamás ante el poder de un elemento
temblaba aquella Raza de titanes!
Hasta el mar cuando fiero se alborota
humilla su poder ante una flota
como aquella de Hernando Magallanes.

El era su Almirante. Sobre el puente
de la nave izadora de la enseña
iba el bravo marino, alta la frente,
la mirada aguileña
escrutando orgullosa el Occidente:
es que allá, separados los pilares
que forman la gigante cordillera,
dejaban paso abierto hacia otros mares,
es que la audaz quimera
que en su mente genial alentó un día
ante la faz de la Creación entera
proclamando su gloria se cumplía...

Magallanes habló; sus ojos de ave
brillaban encendidos de entusiasmo,
los bravos marineros de la nave
le escuchaban hablar, mudos de pasmo,
y aun las nubes que en lo alto se cernían,
y hasta el agua sin fin del mar Atlante
absortas parecían
escuchando la voz del Almirante.

—¡Ya es hora! —dijo—. ¡Un mundo nos espera
tras del que hoy se divide a nuestro paso;
Sigamos nuestra ruta aventurera
por los mares ignotos al acaso!
Es infinito el mar, la vida corta,
nuestro poder, pequeño,
¡pero no os arredréis! ¿Qué nos importa
que se acabe la vida en el empeño?
¡No importa que muramos! Las estelas
que dejan nuestras raudas carabelas
jamás han de borrarse; por su traza
vendrán para buscar nuevos caminos
otros bravos marinos
de nuestra Religión y nuestra Raza;

De España y Portugal, la raza ibera
cuyos hijos, unidos como hermanos,
a la sombra van hoy de una bandera;
portugueses e hispanos,
bogamos juntos tras la misma suerte...
Españoles, ¡quién sabe si algún día
se unirá vuestra Patria con la mía
en un lazo de amor eterno y fuerte!

Calló; todos callaban
de solemne estupor sobrecogidos;
los bravos corazones palpitaban
con rápidos latidos,
y tendiendo los brazos a Occidente,
por donde un nuevo mundo aparecía,
el marino vidente
acabó la asombrosa profecía:

— Esas costas y esotras cordilleras
también serán iberas
cuando naves de Iberia con sus quillas
surquen aquel Estrecho que allí asoma;
desde las dos orillas
les darán parabienes en su idioma...
¿Qué importa nuestra muerte si con ella
ayudamos al logro de este sueño?
Si la muerte es tan bella,
¿qué importa sucumbir en el empeño?..
¡Adelante, hijos míos!
—gritó transfigurado, el Almirante—.
Y los cuatro navíos
temblaron a las voces de: —¡Adelante!..

Hincháronse las velas;
en el mástil derecho
la enseña tremoló, las carabelas
embocaron audaces el Estrecho...
Y entonces, estallando de repente
la fiera tempestad que amenazaba,
rugió por los espacios imponente
cual monstruo colosal que se destraba;
aullaba el huracán, el mar bramaba
alzándose feroz en ronco estruendo
y la Creación entera parecía
que presa de pavor se estremecía
ante el empuje del ciclón tremendo.

¡Era un himno triunfal que nubes y olas
con su música fiera
cantaban a las naves españolas,
embajadoras de la Raza Ibero!

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Trascrito de *Raza Española. Revista de España y América*. Año IV, Núm. 37. Enero 1922. Directora:
Blanca de los Ríos.

BRINDIS

Hemos bebido el sol disuelto en vino
y sangre de claveles en gazpacho;
a un fauno viejo, vigoroso y macho
he tenido en la mesa por vecino.

Don Pedro es andaluz "sonoro y fino"
y siempre que pronuncia un diccharacho
tiene risas alegres de muchacho
y experiencias de viejo libertino.

Al final el mantel se abrió en heridas
y cayeron las rosas encendidas
sobre las caries de la tabla vieja;

y entre el perfume esenciado de las rosas
escanciamos los besos de las diosas
en las copas de vino de Orbaneja.

19 de junio de 1925

Trascrito por Julio Suárez en *Estafeta Literaria*, de Madrid, enero de 1946. El soneto apareció en el dorso de una minuta del restaurante "El Duque de El", que existía entonces en la calle de Echegaray.

POEMA ÍNTIMO

II.— Vivamos en el mundo.
Pero tengamos nuestro mundo aparte
en un rincón del alma.

Un mundo nuestro
donde tus horas y mis horas pasen
íntimamente, luminosamente
sin que nos turbe nadie.

1925

Tomado al oído, por Julián Pemartín, quien nos la ha proporcionado para esta antología.

ELOGIO

Hoy ha comido el Nuncio en la Embajada.
¡Bien debió de cenar su señoría!
Pero yo por su cena no daría
la cena sin igual de esta posada.

¡Oh insigne sopa de ajo! ¡Oh ensalada!
¡Oh cordero que ajara transcendía!
¡Oh rubios bartolillos! ¡oh judía
con trozos de chorizo decorada!

¡Oh glorioso yantar de achuras viles!
¡Oh viña castellana y andaluza
de vinos bulliciosos y viriles!

¡Oh aceite venerable de la alcuza
que lo mismo alimenta los candiles
que alimenta al que come la merluza!

9 de diciembre de 1926

Los catorce endecasílabos de este soneto, escrito "al modo de Baltasar del Alcázar", aparecieron en el álbum de clientes del "Mesón del Segoviano", de Madrid. Transcrito por el camarada Ignacio Agustí, director de la revista nacionalsindicalista de Cataluña *Destino*.

SOLEA

I.— Jardín de Paterna, el tiempo
se cayó en un pozo blanco
debajo del limonero.

1930

ENVÍO A JULIÁN PEMARTÍN

Julián, hermano: desde Castilla
–hoy huérfana de reyes– donde moro
hasta esa tierra en que tu brazo brilla
tan recio cuanto tu rabel sonoro,
mi ofrenda de amistad fuerte y sencilla
llévate el dios de púrpura y de oro.

JOSÉ ANTONIO, 29 de mayo de 1931

El envío venía en un tarjetón con orla de cinco milímetros, que ostentaba el escudo del marquesado de Estella, en su residencia circunstancial de Chamartín de la Rosa, provincia de Madrid. José Antonio adjuntó a su salutación un artículo de don Pedro Murlane Michelena, titulado *El dios de púrpura y de oro*. Julián tenía una mano rota a consecuencia de su intervención en una riña. Esta expresión poética fue dada a conocer por vez primera, en nuestra recopilación *Textos inéditos y Epistolario de José Antonio*, Madrid, 1956. Ediciones del Movimiento.

CARCELERA

Las rejas de esta cárcel son como una parrilla
donde se asan mis horas melancólicamente;
es estrecha esta cárcel como es ancha Castilla;
la esperanza está lejos como el sol en Oriente.

Oh turrón de Jijona; oh, yemas de Sevilla,
oh pavo con castañas, oh roscas de aguardiente
oh manjares que alegran la Navidad sencilla,
¿os probará en la cárcel mi gula impenitente?

La conjetura horrible me tiene sobre un ascua,
pues si ya, por desdicha, nos hicieron la pascua,
mal será que nos la hagan en la Pascua de veras,
o que los Reyes Magos, montados en camellos,
se encuentren con que al Africa fuimos en busca de ellos,
no en cunas infantiles, sino en sucias literas.

Madrid, 11 de diciembre de 1932

Durante la breve estancia de José Antonio en la Prisión Celular de Madrid, a raíz de haber sido detenido por suponersele implicado en los sucesos del 10 de agosto de ese año, los detenidos ocupaban su obligado ocio componiendo un Semanario intermitente. La aludida publicación se denominaba *La Voz de los Arios*; la colección apareció fotocopiada en el periódico *Ellos*, que dirigía José María Pemán. El autógrafo de la Carcelera, sin firma, figuraba en su texto. José Antonio, ajeno en absoluto al golpe de mano que inspiró Sanjurjo, no tardó en aclarar su situación prescindente.

HIMNO DE LA FALANGE

Cara al sol, con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer,
me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver.

Formaré junto a los compañeros
que hacen guardia sobre los luceros...
impasible el ademán,
y están presentes en nuestro afán.
Sí te dicen que caí,
me fui, al puesto que tengo allí.

Volverán banderas victoriosas
al paso alegre de la paz,
y traerán prendidas cinco rosas
las flechas de mi haz.

Volverá a reír la Primavera
que por cielo, tierra y mar se espera.
Arriba, escuadras, a vencer
que en España empieza a amanecer

¡España! ¡Una!
¡España! ¡Grande!
¡España! ¡Libre!

¡Arriba España! ¡Arriba!

3 de diciembre de 1935.

APÉNDICES

I. ACTA DE CONSTITUCIÓN DE LA FALANGE ESPAÑOLA

Traslado del acta de constitución del libro de actas inutilizado el 15 de febrero de 1934:

"En Madrid, a dos de noviembre de 1933, reunido el núcleo iniciador de "Falange Española" en el domicilio de dicha entidad, calle de Torrijos, número 46, principal 'A', y habiendo transcurrido el plazo de ocho días determinado en el artículo 4 de la Ley de Asociaciones de 30 de junio de 1887, acordó dicho núcleo lo siguiente:

1º. Constituir la entidad "Falange Española".

2º. Nombrar la siguiente Junta Directiva:

Comité de Mando.— Don Julio Ruiz de Alda, don Alfonso García Valdecasas y don José Antonio Primo de Rivera.

Delegado de Estudio.— Don Rafael Sánchez-Mazas.

Delegación de Organización local.— Juan Martínez Cabezas.

Secretario.— Don Elíseo García del Moral y Bujalance.

Tesorero.— Don Ramón Ayza.

Vocales.— Don Agustín Escudero, don Antonio Bouthelier Espasa y don Mariano García."

El Secretario,

Fdo. ELISEO DEL MORAL

Por el Comité de Mando como Presidente.

Fdo. Julio Ruiz de Alda

De *Informaciones*, 2 de noviembre de 1939. Proporcionada por el camarada Francisco Martínez Soto.

II. LA RELIGIOSIDAD DE JOSÉ ANTONIO

a) – En este pequeño grupo que hoy inicia la lucha no habrá superiores ni inferiores: somos como en los primeros tiempos de la Compañía de Jesús, un grupo de hombres de buena fe que debemos censurarnos todos a fin de acertar¹.

b) – Yo soy católico convencido –decía José Antonio a Bravo, el domingo 24 de junio de 1934–. Pero la tolerancia es ya una norma inevitable impuesta por los tiempos. A nadie puede ocurrírsele perseguir a los herejes como hace siglos, cuando era posiblemente necesario. Nosotros haremos un Concordato con Roma en el que se reconozca toda la importancia del espíritu católico de la mayoría de nuestro pueblo, delimitando facultades. La infancia será educada por el Estado; mas los padres que quieran dar a sus hijos una instrucción religiosa podrán utilizar los servicios del clero con plena libertad. El culto será respetado y protegido².

c) – He hecho dos veces Ejercicios, una de ellas con ocasión de una gran crisis espiritual, y ambos me sirvieron de gran alivio y vigorización.

– Si me lo ordenas –contestó Foxá, que era su interlocutor– te acompañaré en el retiro de la próxima Cuaresma. Iré contigo como subordinado falangista.

– Yo no puedo ni debo mandar eso como jefe –replicó vivamente José Antonio–. Os lo aconsejo como amigo. Ahora, si no os ponéis bien con Dios y os toca caer un día, no aleguéis allá arriba el acto de servicio para libraros del infierno. Yo soy misionero de España, no misionero de Dios, como le digo a veces a Mateo³.

d) A Nieves Sáenz de Heredia, que cejaba por tener razón en cierto pleito de poca monta, le preguntó José Antonio:

– Si Dios quisiera conducirte ante el Supremo Tribunal de los Cielos, ¿insistirías en la demanda pretendiendo tener de vuestra parte la justicia?

– No. En este caso no insistiría –contestó Nieves contrita.

– Pues hazte cuenta de que yo os pregunto eso mismo desde allá arriba –sentenció sonriente José Antonio⁴.

e) José Antonio pertenecía a la Orden de Santa María de la Misericordia o Merced de los Cautivos, la españolísima fundación que en el siglo XIII –el siglo de las catedrales y de las Navas de Tolosa, de Santo Tomás y San Luis– por mandato divino creó San Pedro de Nolasco, que ciñó primero la toga militar para que sobre ella le fuera impuesto el blanco escapulario. La devoción de José Antonio por estos monjes soldados, que en tierra de moros se adelantaban a rescatar cautivos, no tenía límites. Al ser detenido mandó pedir el escapulario que como caballero mercedario tenía y que pendía siempre de la cabecera de su cama.

¹ Eliseo García del Moral, en la revista Y, edición de septiembre de 1941. La fecha de ese pensamiento joseantoniano corresponde al 22 de octubre de 1933. Una semana después, el mismo día del acto fundacional de la Comedia, comentó ante Julio Valdecasas y los hermanos Peláez: "Hoy he oído misa temprano, en un convento de monjas, donde todas han rezado para que Dios nos ilumine."

² Francisco Bravo "José Antonio, el hombre, el jefe, el camarada", op. cit.

³ Diálogos de José Antonio con el poeta Agustín de Foxá, según Ximénez de Sandoval, op. cit. págs. 367-369.

⁴ Diálogo con Nieves de Heredia, según Pavón Pereyra, cit.

III. EL PLAN DE LECTURAS DE JOSÉ ANTONIO EN LAS CÁRCELES DE MADRID Y DE ALICANTE.– EL SEMINARIO DE FORMACIÓN QUE ORGANIZÓ CON LOS ELEMENTOS DEL S.E.U.– UNA DEDICATORIA DE MARAÑÓN

Desde el instante mismo de su última detención, el aciago 14 de marzo de 1936, José Antonio dedicó buena parte de su tiempo a reconstruir y ajustar todo el aparato del Movimiento insurreccional. Sus dotes de organizador le permitió montar dentro de la Cárcel Modelo, de Madrid, un sistema de comunicaciones y de agitación tan eficaz, que la Falange clandestina funcionaba detrás de los muros mejor aún que en los días anteriores a su encarcelamiento.

Sabido es que no tardaron en seguir su suerte los más caracterizados dirigentes del Sindicato Español Universitario, y José Antonio consideró entonces que aquella coyuntura era una preciosa ocasión para perfeccionar el proceso formativo de los estudiantes; decidió instalar –en un alarde de adaptación a las circunstancias– una especie de Academia de Mandos en lo que él denominaba humorísticamente "Cuartel General de la Falange".

Como primera medida hizo traer de su biblioteca particular de la calle de Serrano, 86, utilizando los buenos oficios de su secretario Andrés de la Cuerda, una selección de textos, y ya con ellos en la mano comenzó la distribución de tareas, auxiliado por los miembros de la Junta Política, y, en particular, de Julio, Rafael, Raimundo, el doctor Barrado, Valdés y Alejandro Salazar.

Pero veamos sus lecturas más asiduas en la Cárcel Modelo. En primer término anotaremos "La Biblia", que le envió la camarada Carmen Werner. El ejemplar de "Don Quijote de la Mancha", que le entregó Azorín, con una curiosa dedicatoria, en la que propone a José Antonio que use el mote de "El Bueno".

Viene luego el notable "Conde-Duque de Olivares", que Marañón le regaló espontáneamente el 3 de mayo, con la siguiente dedicatoria: "Como la lectura de mi libro ha suscitado tantos comentarios, hasta el punto de establecer algunos un parangón con la interpretación que doy a mi biografiado y la figura de su padre, tengo interés en que sepa usted, admirado José Antonio, que esto no responde a ningún propósito determinado, ya que la figura del general Primo de Rivera aparece día en día más clara y alta, diáfana y sincera, en el pensamiento de los españoles, agigantándose ante la labor del historiador."

Seguimos la nómina con la sugestiva obra de George Sorel: "Reflexiones sobre la violencia". De Harold Joseph Laski, el teórico laborista, el ensayo "¿La democracia en crisis?". Oswald Spengler se hacía presente con su célebre "Decadencia de Occidente", traducción de García Morente, en cuatro tomos.

Los textos de Spengler, a indicación de José Antonio, fueron adoptados por los elementos del S.E.U. como primer material de sus comentarios políticos en aquel Seminario de formación a que venimos aludiendo. Resulta evidente que el Fundador tenía intención de inclinar a cada uno de los universitarios hacia determinadas materias, aconsejando que los libros que sirviesen de análisis se desmenuzasen por grupos de estudio. También recomendó en el ala del S.E.U. "España invertebrada", de Ortega y "Defensa de la Hispanidad" de Maeztu: de esta última obra él mismo entregó un ejemplar a Ródenas. Anota Jato que "su imaginación y fervor literario le llevó a comenzar un ensayo sobre una orden nueva católica y militante, seno de la minoría que moviese el mundo hispánico". Ese ensayo no era otro que el que titulara "Germanos contra bereberes", que espero leer algún día junto a su drama bíblico "Moisés", y a su novela autobiográfica "El navegante solitario".

A continuación recordemos, entre los temas de polémica, títulos como "Historia de la revolución rusa. La revolución de febrero", de León Trotsky, en traducción directa del ruso por Andrés Nin, el enigmático orquestador del P.O.U.M. ibérico, que los comunistas liquidarían en Barcelona. De Werner Sombart, su obra más representativa: "L'apogée du capitalisme", en dos volúmenes; de Alexis Carrel: "La incógnita del hombre"; José Ortega y Gasset aparecía otra vez con "La rebelión de las masas". Dos biografías de Hilaire Belloc señalaban las predilecciones de José Antonio por ese género literario: "Cromwell" y "Enrique IV".

El Fundador releía a menudo la "Historia de la Filosofía", de August Messer, recién traducida por Zubiri y Xirau, con una frecuencia que sólo podía disputar otro manual clásico y eterno como la "Conjuración de Catilina", de Cayo Salustio.

En la Prisión Provincial de Alicante, José Antonio padeció una verdadera escasez de libros. Con todo, pudo salvar su "Biblia", y otro libro de Spengler: "Años decisivos". Más tarde agregaría a esta parva lista los "Ensayos completos", de Miguel de Unamuno, en seis volúmenes, y alguna biografía de Belloc: "Richelieu" de la que estuvo dos ejemplares. El primero se lo proporcionó, el vizconde de Mamblas, y como en una requisa se lo robaron, José Antonio aprovechó la presencia del juez instructor de su último proceso para solicitar otro ejemplar del secretario judicial, López Zafra. Este funcionario le facilitó asimismo, de Eca Queiroz, "Prosas bárbaras".

Omitimos, por considerarlas demasiado prolijas, las referencias de otros libros que sabemos, positivamente, le fueron obsequiados a José Antonio durante su permanencia en el fatídico "Abanico", cuyo pavimento salpicaría la sangre de una de las inteligencias más lúcidas y preclaras de la Universidad española: la de Fernando Primo de Rivera. Las obras regaladas por Contreras, Almagro San Martín, Ledesma Miranda, Marichu de la Mora, Ximénez de Sandoval, y las que le llevaron a la Provincial de Alicante, Alberola, Mamblas y Víctor de la Serna, figuran entre ellas. Todo ello explica su frase: "No me importan los años de cárcel. Repasaré el bachillerato." Pero cuando las detenciones en masa amenazaron con desarticular los cuadros de más arriscada beligerancia, previno: "No quiero ni un preso más en la Modelo. Tan sólo hay una razón para que os acoja aquí con júbilo: el cumplimiento de una orden mía capaz de salvar a España. Si alguno viene por motivo que no sea ése, usaré de toda mi autoridad de Jefe Nacional, para hacerle poner inmediatamente de patitas en la calle..."